LOS CIEN ÚLTIMOS DÍAS

EL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN EUROPA

JOHN TOLAND



Los últimos cien días de la Segunda Guerra Mundial en el escenario europeo son la culminación del drama que se ha desarrollado a lo largo de toda la contienda. En esos tres meses los Aliados darán el golpe de gracia al Tercer Reich pero, antes de que este se hunda definitivamente, Alemania tendrá que soportar una tragedia con escasos precedentes en la historia de la humanidad. Víctima de intensos bombardeos, del frío y la falta de alimento, de los excesos cometidos por las tropas rusas y del terror impuesto por los últimos guardianes del nazismo, la población germana acabará recibiendo la noticia de la derrota con indisimulado alivio.

En estas páginas, el historiador John Toland ofrece una extensa, documentada y apasionante reconstrucción de esos últimos y dramáticos días. Su lenguaje ameno y directo, más cercano al periodismo que al propio de los libros de historia, transporta al lector a los diferentes escenarios en los que se libra esa partida final, en un fascinante relato de interés creciente que logra captar toda su atención desde el primer momento.



John Toland

Los cien últimos días

ePub r1.1
ramsan 01.06.16

Título original: *The Last 100 Days: The Tumultuous and Controversial Story of the Final Days of World War II in Europe*
John Toland, 1965
Traducción: Camilla Batlles

Editor digital: ramsan
ePub base r1.2



Nota del autor

Tal vez no haya habido en la historia de la Humanidad otros cien días con mayor significado y consecuencias que aquellos con los que terminó la Segunda Guerra Mundial en Europa. En el corto lapso de tres meses murieron Roosevelt, Hitler y Mussolini, y también dejaron de existir el nazismo y el fascismo. El día de la Victoria señaló el fin de una era y el comienzo de otra, con sus terrores y sus fantásticas esperanzas.

He procurado escribir acerca de esos trascendentales hechos como si hubiesen ocurrido hace un centenar de años, y he tratado de retratar a Hitler, Himmler, Goering y los demás, no con la pasión de una persona que ha vivido tal período, sino con la objetividad que proporciona el paso del tiempo.

Este libro se ha escrito basándose en centenares de entrevistas con personas de veintiún países diferentes que estuvieron directamente relacionadas con los sucesos descritos. Siempre que ha sido posible, fueron los protagonistas la fuente principal de lo ocurrido, transcribiéndolo con sus propias palabras. Es este un momento adecuado para la revelación, y no para la acusación.

La obra se basa además en innumerables fuentes de primer orden: informes del momento, escritos oficiales, monografías, y un crecido número de mensajes estrictamente secretos y de documentos personales que hasta el presente no estuvieron al alcance de los historiadores (el teniente general Hobart Gray, jefe de Estado Mayor del general Patton, permitió que su Diario —retenido por orden de Patton— se emplease por primera vez). Se consultaron asimismo numerosas obras editadas y por editar. Los extractos de diálogo que aparecen en el libro no son imaginarios, sino que se han obtenido de notas, apuntes taquigráficos y del relato directo de los protagonistas. Las notas que se insertan al final de la obra contienen las fuentes de todo el material empleado, capítulo

por capítulo.

Max Beerbohn escribió en cierta ocasión: «El pasado es una obra de arte que está libre de incongruencias y de hechos inexplicables». Mi deseo ha sido reproducir los hechos pasados después de transcurrido el tiempo suficiente para presentarlos con relativa tranquilidad, pero no antes de que las «incongruencias» y los «hechos inexplicables», que constituyen la parte interesante de la historia, se hayan desvanecido.



THE LAST 100 DAYS
Territory held by the Allies on January 27, 1945
Allied gains from January 27 to May 8, 1945
Neutral territory
The front on January 27, 1945
The front on May 8, 1945
The names of Allied and German commanders are shown in boxes
All international boundaries are those of September, 1939
0 MILES 250
SWEDEN
NORTH SEA
ENGLAND
DENMARK
BALTIC SEA
EAST PRUSSIA
RENDULIC
CHERNYAKH
HIMMLER
ROKOSSOVSKY
ZHUKOV
POLAND
KONEV
SCHORNER
PETROV
CZECHOSLOVAKIA
MALINOVSKY
WOHLER
HUNGARY
TOLBUKHIN
WEICHS
YUGOSLAVIA
BLASKOWITZ
MONTGOMERY
BELGIUM
BRADLEY
MODEL
GERMANY
Berlin
DEVERS
HAUSSER
FRANCE
SWITZERLAND
AUSTRIA
KESSELRING
CLARK
ITALY
ADRIATIC SEA
ALBANIA
GREECE
MEDITERRANEAN SEA

PRIMERA PARTE

La gran ofensiva

Capítulo primero

Marea del Este

1

En la mañana del 27 de enero de 1945 reinaba un ambiente de mal contenida excitación entre los diez mil aliados internados en el Stalag Luft III (campamento de prisioneros de guerra de la Aviación) de Sagan, a solo ciento cincuenta kilómetros al sudeste de Berlín. A pesar del intenso frío y de la nieve que caía persistentemente en grandes copos, los prisioneros se agrupaban en el exterior de los barracones, comentando animadamente el último informe: los rusos se hallaban a menos de treinta kilómetros al Este, y seguían avanzando.

Dos semanas antes habían comenzado a filtrarse noticias en el campamento, procedentes de los inquietos guardias, acerca de una gran ofensiva que estaba llevando a cabo el ejército soviético. Los prisioneros se mostraron llenos de júbilo hasta que varios guardias les hicieron saber que habían llegado órdenes de Berlín de hacer del campamento un *Festung* (fortaleza), que debía defenderse a toda costa hasta el fin. Pocos días después se difundió otro rumor según el cual los alemanes pensaban emplear a los *kriegs* (abreviación de *kriegsgefangenen*, prisioneros de guerra) como rehenes, fusilándolos si los rusos trataban de apoderarse de la zona. Esta versión fue seguida de otra aún más estremecedora: el mando alemán iba a transformar las duchas en cámaras de gas para exterminar a los internados.

Los ánimos decayeron a tal punto que Arthur Vanaman, un general de

brigada norteamericano que ostentaba la más alta graduación del campamento de Sagan, envió una orden a los cinco grupos que constituían el mismo, exhortándoles a que no propalasen más rumores y estuviesen preparados para una posible marcha forzada hacia el Oeste.

Uno de los prisioneros escribió en su Diario: «Nuestros barracones parecen una reunión del Círculo Benéfico de Damas Costureras». Los hombres permanecían sentados en sus literas, con las piernas cruzadas, cortando trozos, en forma de guante, de la parte inferior de sus abrigos, y haciendo también gorros para la nieve y mochilas de pantalones viejos. Unos pocos, más decididos, se dedicaban incluso a construir trineos con trozos de leña y restos de catres.

Pero nada pudo hacer acallar los rumores, por lo que el 26 de enero Vanaman ordenó efectuar una reunión en el mayor de los recintos del campamento. Subió al estrado y anunció que por un aparato clandestino se había enterado de un informe de la BBC según el cual los rusos se hallaban a solo veinticinco kilómetros del campo. El oficial acalló los gritos de alegría y dijo que probablemente les obligarían a cruzar todo el territorio alemán.

—Nuestra última posibilidad de sobrevivir —manifestó— reside en que sepamos mantenernos unidos como un solo hombre, haciendo frente a lo que pueda llegar. Dios es nuestra única esperanza, y debemos confiar en El.

El 27 de enero, por la mañana, los internados en Sagan estaban ya preparados. Los bultos y mochilas se apilaban junto a las puertas de cada barracón, y algunas pertenencias se hallaban aún sobre los camastros, dispuestas a ser empaquetadas. Mientras la nieve caía lentamente, los hombres esperaban sin prisas, con una extraña sensación de calma y serenidad. Muchos eran los que miraban por encima de las alambradas, hacia las hileras uniformes de nevados pinos. Detrás de estos se hallaba lo desconocido.

2

Tiempo atrás Hitler tuvo en su poder todo el territorio europeo, así como el Norte de África. Sus tropas habían penetrado profundamente en Rusia, llegando a dominar más tierras que el Imperio Romano en su época. Pero ahora, después de casi cinco años y medio de guerra, sus vastos dominios habían quedado

reducidos a los mismos límites de Alemania. Los ejércitos combinados de los norteamericanos, ingleses, canadienses y franceses, se aprestaban al asalto final contra la frontera occidental, desde Holanda hasta Suiza, y el extenso frente oriental, disperso desde las cálidas aguas del mar Adriático hasta el helado Báltico, acababa de romperse en una docena de sitios. Tras liberar a media Yugoslavia, la mayor parte de Hungría y el tercio oriental de Checoslovaquia, el Ejército Rojo se hallaba ya en el decimoquinto día de la mayor ofensiva militar de la historia.

El 12 de enero, casi tres millones de rusos —más de doce veces la cantidad de hombres que desembarcaron en el día D—, apoyados por intenso fuego de artillería y conducidos por una riada aparentemente interminable de carros de asalto «Stalin» y «T-34», atacaron de improviso a unos 750 000 alemanes pobremente armados, sobre un frente de seiscientos cuarenta kilómetros, que se extendía desde el mar Báltico hasta el centro de Polonia. En el extremo norte, el mariscal Ivan Danilovich Chernyakhovsky, del Tercer Frente Ruso Blanco (equivalente a un cuerpo de ejército), presionaba hacia la histórica ciudad de Koenigsberg, en Prusia Oriental, cerca del Báltico. A su izquierda, el Segundo Frente Ruso Blanco, mandado por el joven y dinámico mariscal Rokossovsky, avanzaba sobre Danzig y se aproximaba a Tannemberg, escenario de uno de los mayores triunfos alemanes de la primera gran guerra. A la izquierda de Rokossovsky se hallaba el comandante de más talento de todo el ejército soviético, mariscal G. K. Zhukov, cuyo Primer Frente Ruso Blanco había conquistado Varsovia en solo tres días. En esos momentos estaban rodeando Poznan, y su objetivo final era Berlín. Por fin, por el alejado extremo sur de esta gran ofensiva, se desplazaba el Primer Frente Ucraniano, del mariscal Ivan Konev, una de cuyas avanzadas lo constituía las tropas que se aproximaban al campo de prisioneros de Sagan.

El *generaloberst* (capitán general) Georg-Hanus Reinhardt, del Grupo de Ejército del Norte, había sido el blanco principal de Chernyakhovsky y de Rokossovsky, simultáneamente, y en el curso de dos semanas sus tropas habían sido derrotadas en varios puntos. Uno de sus ejércitos, el Cuarto, se hallaba ya en plena retirada. El comandante de este ejército, general Friedrich Hossbach, aun sabiendo que Hitler no lo consentía, había comenzado a desplazarse hacia el Oeste por propia iniciativa. Pero Rokossovsky ya había avanzado trescientos kilómetros por delante de él, y Hossbach comprendió que si no iniciaba una retirada desesperada sus tropas serían aniquiladas. Y lo que era más importante,

se daba cuenta de que tenía la obligación de abrir un paso por el que pudiesen huir hacia el Oeste el medio millón de civiles de Prusia Oriental, amenazados de quedar aislados.

Reinhardt, el superior inmediato de Hossbach, aprobó el plan, pero el *generaloberst* Heinz Guderian, jefe de Estado Mayor del Ejército, y también comandante de todo el Frente Oriental, montó en cólera cuando supo que todos los efectivos de Prusia Oriental habían cedido tras escasa lucha, y sin su consentimiento. Nacido junto al río Vístula, en Prusia Oriental, Guderian fue educado considerando a Rusia como el más temible de los enemigos. Prusiano hasta lo más hondo de su ser, el general se hallaba decidido a salvar a su país de los bolcheviques. A pesar de todo, Guderian defendió obstinadamente a Hossbach y a Reinhardt cuando Hitler los mandó llamar acusándolos de traición. —Merecen que se les juzgue en consejo de guerra— dijo el Führer—. Serán destituidos al momento, junto con sus colaboradores inmediatos.

—Podría ofrecer mi brazo derecho, como garantía por el general Reinhardt —replicó Guderian.

En cuanto a Hossbach, afirmó que bajo ninguna circunstancia podía considerársele un traidor.

Hitler hizo caso omiso de Guderian. Destituyó a Reinhardt y le reemplazó en seguida por un hombre singular, el cual recientemente había dicho a sus tropas, que se hallaban cercadas:

—Cuando las cosas se pongan feas y no sepáis qué hacer, golpead vuestro pecho y decid: «Soy nacional-socialista». ¡Eso mueve las montañas!

Tal era el *generaloberst* Lothar Rendulic, un talentoso historiador militar austríaco de encantadores modales, que gustaba de la buena vida. Era astuto, sutil y conocía la manera de manejar a Hitler. Por fortuna para las tropas que se hallaban bajo su mandato, también era competente.

El comandante del Grupo Central de Ejército, a la derecha del doctor Rendulic, había sido anteriormente destituido por Hitler, y en tal ocasión también Guderian se opuso decididamente, sobre todo porque el reemplazante era el *generaloberst* Ferdinand Schoerner, uno de los favoritos del Führer.

Schoerner era un bávaro sanguíneo y robusto que necesitaba de tales atributos para enfrentarse con la caótica situación que había heredado. Su ala izquierda ya se hallaba destrozada ante el avance de Zhukov, y la derecha estaba sufriendo los embates de Konev. Schoerner comenzó a recorrer todo el frente, desde la retaguardia a la vanguardia, cambiando comandantes, reorganizando los

sistemas de suministro, y en general provocando la zozobra en cada unidad que visitaba. En retaguardia, donde sacaba a los hombres de sus escritorios para entregarles fusiles, se le odiaba, y en el frente, donde los combatientes y los oficiales jóvenes nunca habían visto hasta entonces un comandante de grupo de ejército llegar tan adelante, se le apreciaba. Schoerner amenazó con dejar muerto de un tiro en su sitio a todo aquel que huyese, y prometió a sus hombres que recibirían la mejor comida y vestimenta de todo el frente. Palmeó en la espalda con familiar actitud a los oficiales de la vieja escuela, que no disimularon su desagrado; insultó a los generales que a su juicio merecían ser insultados, y regaló pasteles y caramelos a los soldados.

Schoerner era para Hitler lo que fuera el mariscal Ney para Napoleón, y lo cierto es que el 27 de junio, y a pesar de sus métodos heterodoxos, el Grupo Central de Ejército había constituido un frente, tambaleante e irregular, pero un frente al fin, y estaba aguantando una tremenda ofensiva rusa. Lo que no pudo hacer el general bávaro, desde luego, fue cerrar la brecha que Zhukov —el mariscal ruso más temido de los alemanes— había abierto entre él y el doctor Rendulic.

Este era el problema que más preocupaba a Guderian, quien dijo a Hitler que solo había un modo de detener el arrollador avance de los carros de combate de Zhukov: la formación de un grupo de ejército de emergencia que debería constituirse inmediatamente para taponar la brecha abierta entre Schoerner y Rendulic. Guderian deseaba que dicha fuerza fuese mandada por el *generalfeldmarschall* Maximilian von Weichs, un competente y osado oficial. Hitler accedió a que se formase el grupo de ejército solicitado, pero declaró que Weichs se hallaba agotado. «Dudo que esté en condiciones de realizar semejante tarea», afirmó, y propuso encargar de la misión al *reichsführer* Heinrich Himmler[1] el hombre más poderoso de Alemania, después del propio Hitler.

Ofendido, Guderian protestó diciendo que Himmler no tenía experiencia militar. Hitler replicó que el *reichsführer* era un gran organizador y administrador, cuyo solo nombre bastaría para impulsar a sus hombres a una lucha hasta el fin. Decidido a evitar que «semejante estupidez se perpetrase en el desgraciado frente oriental», Guderian siguió oponiéndose tercamente al punto que causó el asombro del *feldmarschall* Wilhelm Keitel, jefe de OKW (Oberkommando der Wehrmacht: Alto mando de las Fuerzas Armadas) y burlonamente apodado Lakeitel —de *lakei*, lacayo— por sus compañeros de

armas.

Hitler se mostró inflexible, y replicó que Himmler, como comandante del Ejército de Relevo, era el único hombre capaz de constituir una fuerza importante de la noche a la mañana. Lo que no dijo Hitler es que Himmler era uno de los pocos hombres en quien todavía podía confiar.

Himmler aceptó la tarea con el ciego entusiasmo con que acogía toda proposición del Führer, y anunció que detendría a los rusos en el Vístula. A tal efecto partió hacia el Este en un tren especial. A ochenta kilómetros de Berlín cruzó sobre el río Oder, y luego siguió hasta llegar al Vístula, en un lugar al sur de Danzig. La nueva fuerza se llamaría, adecuadamente, Grupo de Ejército del Vístula, y para detener a Zhukov contaba Himmler con unos pocos oficiales de Estado Mayor y una situación en el mapa que ya no era la real. A excepción de unas cuantas unidades dispersas, el Grupo de Ejército del Vístula solo existía sobre el papel. Mientras llegaban nuevas divisiones, Himmler, desacertadamente, comenzó a formar una línea defensiva que iba de Este a Oeste, desde el Vístula hasta el Oder, lo que simplemente servía de protección para Pomerania y el Norte. En una palabra, estaba defendiendo cuidadosamente la puerta del servicio, mientras dejaba indefensa la puerta principal.

Zhukov, que no tenía intención de desviarse de su camino, pasó sencillamente junto a la línea lateral de Himmler y siguió su marcha hacia el Oeste, hallando solo la débil oposición de algunas fuerzas aisladas, hasta que el 27 de enero sus tropas se encontraron a solo ciento sesenta kilómetros de Berlín. Ante él se hallaba el Oder, el mayor obstáculo natural que debía superar antes de llegar a la Cancillería del Reich.

3

Los prisioneros internados en los campamentos situados al este de Sagan ya estaban siendo evacuados hacia el Oeste, y avanzaban a pie trabajosamente, sobre la nieve, junto a las columnas de civiles que huían del avance de los rusos. Un grupo de norteamericanos llevaba en la carretera una semana. Muchos de ellos habían sido capturados en la batalla de Bulge, y desde entonces habían perdido un promedio de trece kilos por cabeza en su constante marcha de uno a otro campamento. Por ello, resultaban presa propicia para la pulmonía y la

disentería. Mil cuatrocientos habían salido del campamento de Szubin, no lejos del Vístula, y el 27 de enero eran solo novecientos cincuenta.

Hacía tanto frío que cuando al teniente coronel James Lockett se le cayó la bufanda que cubría sus orejas, la piel expuesta al aire helado durante solo unos momentos, quedó como si hubiese sufrido una quemadura. A última hora de la tarde los prisioneros fueron enviados a una granja donde los alojaron en pocilgas y húmedos graneros. Ciento dieciocho se hallaban demasiado enfermos para seguir andando y los metieron en un tren de carga. Los restantes hicieron pequeñas fogatas y pusieron a secar sus zapatos y calcetines. Por asombroso que parezca, todos se sentían animados y estaban decididos a marchar hasta su meta, cualquiera que fuese.

Después de una mezquina comida, compuesta únicamente por una sopa de patatas y de cebada, los hombres se echaron a dormir, pensando no en mujeres, sino en comida. Algunos recordaron una poesía escrita por un antiguo redactor de publicidad, el teniente Larry Phelan, el cual la había dedicado a su mujer, «La muchacha más encantadora del mundo, a la que no gustará mi poema».

«Sueño como solo un cautivo puede soñar,
Con la vida, como era en días pasados;
con huevos revueltos, y tortitas llenas de crema,
y sopa de cebollas, y langosta “Thermidor”.
Con ternera asada, y chuletas, y bistecs jugosos,
y pechuga de pavo, o ala, o zanca dorada.
Días de salchichas, de pasteles de alforfón,
de pollo asado, o en pepitoria, o a la cacerola.
Me recreo con el recuerdo de buñuelos y pasteles,
de pan de maíz caliente, de tarta de manzana,
de espárragos con crema, y a la holandesa.
Suspiro por el bizcocho horneado,
por las ostras, rezumando salsa de mantequilla.
Y a veces, vida mía, por ti también suspiro».

Centenares de miles de alemanes que huían de sus granjas en Polonia, seguían el mismo camino en convoyes de carromatos. Los niños, los ancianos y los enfermos, iban a caballo, o en los carros, mientras que los más fuertes avanzaban penosamente, cubriéndose la cabeza con sacos de patatas provistos de agujeros para los ojos, a fin de preservarse del frío. Se veían los vehículos de tracción animal más variados, desde carretones hasta cochecillos tirados por perros. Todo lo que podía desplazarse se había aprovechado. Solo unos pocos vehículos eran cubiertos, y los viajeros se amontonaban en su interior, sobre el

heno húmedo, en un vano intento de luchar contra el cortante viento y los remolinos de nieve.

La caravana avanzaba muy lentamente, cruzando eminencias y depresiones en una línea continua, mientras hostigaban a los animales, por lo general, los jóvenes trabajadores forzados de las granjas. Estos eran franceses, polacos y ucranianos, tan ansiosos de huir de los rusos como podían estarlo sus amos, los alemanes. Por otra parte, a muchos los habían tratado tan bien, que estaban deseando llevar a sus «familias» a lugar seguro.

Pero estos refugiados eran afortunados en comparación con los que trataban de huir de Prusia Oriental, a cuatrocientos kilómetros al Este. Su *gauleiter* (jefe regional del Partido), Erich Koch, había declarado que Prusia Oriental jamás caería en manos de los rusos, y prohibió que la gente huyese al Oeste. Pero en cuanto Chernyakhovsky irrumpió a través de la frontera, unos pocos funcionarios locales, haciendo gala de valor, desafiaron abiertamente las órdenes de Koch y mandaron a la gente que huyese. Lo habían hecho sin preparativo alguno, y en esos momentos avanzaban con la nieve hasta las rodillas, mal calzados y alimentados, con la única esperanza de marchar por delante del implacable avance de las tropas rojas.

Uno de esos grupos empezaba a entrar en el pueblo de Nemmerdsdorf, cuando aparecieron de improviso los tanques rusos, derribando todo a su paso. Numerosos carromatos quedaron destrozados, con el equipaje disperso y sus ocupantes aplastados. Los carros de combate avanzaban implacablemente, y pocos minutos más tarde se presentaron los camiones militares, de los que descendieron los soldados rusos, que comenzaron a realizar toda clase de desmanes. En el restaurante «El jarro blanco», cuatro mujeres fueron violadas varias veces, luego las arrojaron desnudas al exterior y las clavaron por las manos a un carromato. No muy lejos, en «El jarro rojo», otra mujer fue clavada desnuda contra un granero. Cuando los rusos se marcharon, dejaron detrás setenta y dos muertos.

A unos pocos kilómetros más hacia el Oeste, los rusos irrumpieron también en el pueblo de Weitzdorf, donde una muchacha, Lotte Keuch, contempló horrorizada cómo fusilaban a su suegro y a otros seis vecinos. Luego los rusos reunieron a una docena de trabajadores forzados franceses y les quitaron los anillos… cortándoles los dedos, tras lo cual los alinearon y los mataron a tiros. Luego empezaron las violaciones.[2]

Escenas semejantes se reproducían aquel día en miles de pueblos, por todo el este alemán, conforme iban llegando las tropas de los cuatro frentes del Ejército Rojo, cuyos soldados robaban, violaban y mataban, sin el menor reparo. El motivo principal de esta conducta salvaje era la represalia a más de cuatro años de implacable y sistemática brutalidad nazi. La ignominia había alcanzado su punto culminante, posiblemente, en el campo de concentración de Auschwitz, situado en el extremo sudoeste de Polonia, a donde acababa de llegar una de las unidades del mariscal Konev. A primera vista, el campo de concentración parecía tener un aspecto inocente, incluso atractivo, con sus pulcras hileras de edificios de ladrillo, separados por calles en las que crecían arbolillos, y un gran letrero sobre la puerta de cada barracón, que decía: EL TRABAJO PROPORCIONA LIBERTAD. Colmada en un tiempo su capacidad, con más de 200 000 prisioneros, solo quedaban 5000 cuando las tropas soviéticas llegaron, y los internados se hallaban en tal estado de debilidad que apenas si pudieron vitorear a sus salvadores. Los demás supervivientes habían sido enviados, a pie o en vehículos, a otros campos del Oeste, a fin de impedir su liberación. Durante la semana anterior, los guardias de las SS habían estado quemando montañas de ropas, zapatos y de pelo cortado, con el fin de ocultar los rastros de las exterminaciones en masa. En el verano de 1941, Himmler había dicho al comandante de Auschwitz, Rudolf Hess: «El Führer ha ordenado que la cuestión judía quede resuelta de una vez, y nosotros vamos a cumplir esa orden». El principal campamento de muerte iba a ser Auschwitz, ya que estaba bastante apartado, y a pesar de ello tenía buenas comunicaciones por carretera y ferrocarril.

Hess era un miembro tan concienzudo de las SS, que supervisó personalmente todas las ejecuciones que pudo en los tres extensos campamentos y treinta y nueve subcampamentos que componían el complejo de cuarenta kilómetros cuadrados de área de Auschwitz. Hess quería dar ejemplo a sus hombres «evitando la crítica que entrañaba el ordenar a otros lo que uno no hubiera querido hacer», y por consiguiente estuvo en todas partes, oportuno y eficaz, desde el mismo momento en que llegó un tren cargado de judíos, hasta que se incineraron los cadáveres. Unos dos mil seres, entre hombres, mujeres y niños, fueron apartados a su llegada, y después de decirles que iban a recibir una ducha, los condujeron desnudos en rebaño hasta la cámara de gas. Los que adivinaron la verdad y quisieron retroceder, fueron apaleados y azuzados por los perros.

Los esfuerzos para borrar todo rastro de los crímenes prosiguieron hasta la mañana del 27 de enero, con la descarga completa de las cámaras de gas, pero esto no pudo ocultar la terrible prueba de lo que allí había ocurrido durante los cuatro años anteriores. A pesar de las precauciones tomadas, el Ejército Rojo halló varias toneladas de zapatos, gafas y miembros artificiales, y las fosas comunes de centenares de miles de seres humanos.[3]

4

La primera caravana de refugiados llegó a las afueras de Berlín relatando el brutal comportamiento de los soldados soviéticos, y al momento una oleada de terror se extendió por la capital. Muchos ciudadanos, sin embargo, aún tenían fe en la promesa de Goebbels, de que ciertas armas secretas salvarían a Alemania en el último momento. Afortunadamente para los aliados, la bomba V-2 no estuvo dispuesta para su uso hasta el otoño anterior, pues de lo contrario, y según las palabras del general Eisenhower, la invasión aliada de Francia «hubiera tenido que ser cancelada». Pero en esos momentos, las V-2, creadas en el campamento experimental de cohetes de Peenemünde bajo la dirección del doctor Wernher von Braun —un científico de treinta y cuatro años—, estaban asolando Londres, Amberes y Lieja, y recientemente Von Braun había revisado los proyectos para construir un cohete de varias fases con una V-2 alada en la parte superior. Esta última fase podría poner un satélite en órbita hasta alcanzar la ciudad de Nueva York.

Uno de los responsables de la creación de aquella *Wunderwaffen*, el general de brigada Walter Dornberger, se hallaba celebrando una entrevista en Berlín, en aquellos momentos. Se le acababa de confiar la tarea de lograr un proyectil dirigido que destruyese infaliblemente a cualquier avión que intentase atacar Alemania, terminando al mismo tiempo con la superioridad aérea de los Aliados. Los diez miembros del «Grupo Dornberger», después de revisar numerosos experimentos realizados en dicho campo —desde cohetes antiaéreos no dirigidos hasta proyectiles controlados a distancia para el lanzamiento tierra-aire—, llegaron a la conclusión de que su única posibilidad de éxito residía en dedicarse a unos pocos proyectos. Por consiguiente, decidieron estudiar solo tres de aquellos cohetes antiaéreos dirigidos: el «mariposa», del profesor Wagner, capaz

de alcanzar la velocidad del sonido; el «X-4», del doctor Kramer, cohete que podía ser lanzado desde un avión, y el «Catarata», gran cohete guiado por radio que estaba siendo desarrollado en Peenemünde. El grupo de Dornberger accedió posteriormente a que todos los talleres, institutos técnicos y centros de investigación relacionados con la producción de esas armas secretas fueran trasladados al centro de Alemania, lo más lejos posible de las zonas de combate, ya que Peenemünde, que se hallaba a orillas del Báltico, podía caer en poder de Zhukov en contadas semanas.

A unas pocas manzanas de distancia de donde comenzaban a llegar las caravanas de refugiados, las personas citadas para asistir a la conferencia de la tarde del Führer empezaban a entrar en la Cancillería del Reich, haciéndolo los militares por una puerta y los miembros del Partido por otra. El general Guderian y su ayudante, el comandante barón Bernd Freytag von Loringhoven, ascendieron la docena de escalones hasta llegar ante la pesada puerta principal de roble. Una vez en el interior del edificio, dieron un largo rodeo hasta las oficinas del Führer, pues el pasillo de costumbre estaba obstruido a consecuencia de los daños producidos por los bombardeos aliados. Ambos militares pasaron ante ventanas cuyos cristales habían sido reemplazados por cartones, y ante salas desiertas, sin cuadros, alfombras ni tapices, hasta llegar por fin a la antesala donde los centinelas vigilaban empuñando sus pistolas ametralladoras. Un oficial de las SS les pidió cortésmente las carteras y las examinó con rapidez. Aquello se había convertido en una norma desde que el conde Claus von Staufenberg colocó una bomba de tiempo junto a la silla de Hitler, poco antes del comienzo de la conferencia que debía pronunciar el Führer el 20 de julio de 1944. Cuando la bomba hizo explosión, dos de los asistentes al acto resultaron muertos, pero Hitler, increíblemente, solo sufrió leves heridas. Desde aquel día se aplicaron rigurosas medidas de seguridad, incluso con Guderian, jefe de Estado Mayor de Ejército y comandante del Frente Oriental.

A las cuatro la estancia se hallaba llena de militares y de dirigentes políticos, entre los que podía citarse a Goering, a Von Keitel y a su competente jefe de Operaciones, el *generaloberst* Alfred Jodl. Pocos minutos después las puertas del despacho del Führer se abrieron, dejando ver una amplia habitación, parcamente amueblada. En un extremo, un balcón aparecía tapado con cortinas grises, y el suelo estaba cubierto en su mayor parte por alfombras. Ante la parte

central de una de las paredes estaba el gran escritorio de Hitler, detrás del cual se hallaba un sillón de cuero, de cara al jardín. Los personajes asistentes a la entrevista tomaron asiento en pesados sillones de cuero, en tanto que sus ayudantes y otros funcionarios de menor importancia se sentaban en sillas corrientes. En la estancia se encontraban veinticuatro hombres.

Hitler se presentó a las cuatro y veinte, con el cuerpo encorvado y andar inseguro. Su brazo izquierdo pendía inerte a su costado. El Führer saludó a los presentes con un débil apretón de manos, antes de dirigirse lentamente hacia su escritorio. Un ayudante le corrió el sillón, y Hitler se hundió pesadamente en el mismo. Los que vieron así a Hitler imaginaron que su brazo izquierdo era el que había sufrido el efecto de la bomba de Staufenberg, y sin embargo era el derecho el que resultó ligeramente dañado con la explosión, y ya se le había curado hacía tiempo. Hitler tuvo una fuerte gripe en 1942, y la paralización del brazo izquierdo era consecuencia de las inyecciones que le diera el desastrado doctor Morell, su médico personal. La gripe desapareció por completo, pero poco a poco el ojo izquierdo del Führer empezó a lagrimear cada cierto tiempo. Pocas semanas más tarde Hitler experimentó una sensación de torpeza en la pierna izquierda, que después se trasladó a su mano izquierda. El Führer solía decir con frecuencia a su chófer privado, el SS *Obersturmbannführer* (teniente coronel) Erich Kempa, que su mano izquierda constituía para él una molestia, y más tarde tomó el hábito de introducirla durante largo tiempo en un bolsillo.

Desde el momento del atentado, Hitler había envejecido visiblemente[4], no porque sufriese las consecuencias de un daño físico, sino por haberse enterado de que en la conjura estaban complicados tantos militares de alta graduación. Aunque numerosos sospechosos de conspiración habían sido ya ejecutados en una purga despiadada, y otros estaban esperando a ser juzgados, Hitler se sentía inquieto, y desconfiaba de casi todos los militares. Por el contrario, recompensó largamente a los que se habían mostrado leales a él el 20 de julio. Al mayor (comandante) Otto Remer, le ascendió de golpe a general, y jamás dejó de agradecer a Von Keitel, en los términos más sentidos, el haberle conducido fuera del recinto destrozado. Los recelos que sentía contra sus oficiales no hicieron más que unirle con mayor fuerza a los miembros de su círculo íntimo: secretarios, criados, ayudantes militares y otros miembros de su personal. Hitler solía escuchar pacientemente sus problemas privados, y les aconsejaba o reprendía paternalmente. Se cuidaba de proporcionarles comodidades y les

trataba con toda consideración. «Soy el hombre más democrático del Reich», solía decir con frecuencia a Kempa.

La reunión se inició con el crudo informe de Guderian sobre el creciente desastre del Este. Hitler le interrumpió para decirle que había que evacuar a los prisioneros de guerra de Sagan antes de que los rusos los liberasen. Guderian continuó con su informe, y el Führer hizo muy pocas observaciones más, pero cuando comenzó a hablarse del frente occidental, pareció recuperar el interés. Escuchó resignadamente mientras el *reichsmarschall* Hermann Goering explicaba con su lenguaje salpicado de términos arrabaleros la razón por la que el *generaloberst* Kurt Student debía retener el mando del grupo de ejército H, de Holanda y el Bajo Rin. Los detractores de Student, manifestó Goering, no se daban cuenta de que la gran lentitud con que hablaba el general no era más que una peculiaridad personal. —Piensan que es un necio, pero no le conocen como yo le conozco… Me gustaría que siguiera en su puesto, porque sé que está capacitado para mantener el viejo espíritu alemán entre sus paracaidistas.

Luego Goering imitó el habla trabajosa de Student:

—Suele afirmar: «el… Führer… me… dijo…». Yo le conozco mucho mejor que los demás. El otro día alguien me preguntó de él si no era un mentecato. Yo contesté: «No es un mentecato. Siempre ha hablado de ese modo…».

—Ha hecho algunas cosas extraordinarias —admitió Hitler.

—Bien, me gustaría conservarle, porque cuando se presente un momento de crisis estoy seguro de que usted lo lamentaría y le mandaría llamar. Deseo que llegue ese momento.

—Yo no —replicó Hitler, secamente.

Goering siguió exponiendo su tema:

—Tal vez con el tiempo llegue a hablar aún más lentamente, pero estoy convencido de que también se retirará mucho más despacio.

—Me hace recordar a Fehrs, mi nuevo criado de Holstein —declaró Hitler —. Cuando le digo que haga algo, se eterniza. Es lento como un buey, pero no hay duda de que trabaja duro. Su único defecto es la lentitud.

La conversación recayó después sobre otro comandante del Oeste, el SS *obertsgruppenführer* (general) Paul Hausser.

—Tiene el aspecto de un zorro… —musitó Hitler.

—Es vivo como un látigo —intervino Guderian.

—Muy rápido al tomar decisiones —declaró Von Keitel, a su vez.

—… Con sus astutos ojillos —prosiguió diciendo Hitler, que no había

interrumpido su pensamiento—. Aunque tal vez ahora se sienta afectado por la seria herida que ha recibido. (Un trozo de granada le había destrozado parte del rostro).

—No debió de ser tan serio lo ocurrido —manifestó el SS *brigadeführer* (general de brigada) Hermann Fegelein, oficial de enlace de Himmler en la Cancillería.

Era un antiguo jinete de ridículo aspecto, que se había ensoberbecido con su rápido ascenso en el Waffen SS. Ello había ocurrido gracias a una buena hoja de servicio militar en el Frente Oriental, y a su reciente casamiento con Gretl Braun, hermana de Eva, la que fue durante largo tiempo amante de Hitler.

—El *reichsführer* (Himmler) —prosiguió diciendo— nunca le hubiera propuesto (a Hausser) a menos de estar totalmente seguro de que todo seguía bien. El *reichsführer* es muy cuidadoso con esas cosas.

—¿No lo somos todos? —comentó Hitler, humorísticamente.

—Pero es que el *reichsführer* siempre recibe críticas —insistió Fegelein, y varios oficiales más jóvenes se esforzaron por no sonreírse. A sus espaldas le llamaban «flegelein», de *flegel*, palurdo.

—Eso es solo cuando algo marcha mal —replicó Hitler.

Sin darse cuenta de que estaba aburriendo al Führer, Fegelein prosiguió con su terca defensa.

—Por otra parte, Hausser considera que no hay nada mejor para un soldado de sesenta y cinco años, que morir valerosamente en el frente.

—No es eso lo que yo quiero —contestó Hitler—. Es una forma de pensar absurda.

—Bueno —objetó Guderian—. Hausser es un hombre que ama la vida.

—A pesar de eso, corre todos los riesgos posibles —siguió diciendo Fegelein —. Recorre el frente, sin preocuparse, bajo el fuego de la artillería enemiga…

—Yo sin duda me protegería —dijo Hitler.

Luego desvió la conversación, como solía hacerlo, hacia la Primera Guerra Mundial.

—Yo estaba con un general que nunca se ponía a cubierto… Es que no oía muy bien. Por lo común, en la Primera Guerra, entre 1915 y 1916, teníamos una asignación de municiones que les haría erizar el pelo a ustedes.

Hitler siguió hablando incansablemente de su antiguo regimiento de artillería, como si no se sintiera con valor para abordar las catástrofes militares que se sucedían en aquellos momentos en que se dedicaba a recordar.

—Casi siempre nos limitaban bastante —añadió—, pero cuando se llevaba a cabo un ataque, entonces se prodigaban las municiones. Recuerdo que un nueve de mayo las baterías del mayor Parseval lanzaron casi cinco mil proyectiles. Disparaban tan rápido como podían durante todo el día, lo que significaba más de un centenar de descargas por cañón.

Jodl trató de llevar la conversación hacia el tranquilo frente italiano.

—No sé si… —murmuró Hitler, con tono abstraído. Sin duda estaba pensando en otra cosa, ya que de pronto dijo—: ¿No creen que a los ingleses no les hace demasiada gracia los éxitos que obtienen los rusos?

—Desde luego —contestó Jodl, quien sabía que Churchill temía tanto al peligro bolchevique como ellos mismos.

—Si esto sigue así —aseguró Goering—, no tardaremos en recibir un telegrama. Los ingleses no esperan que nos defendamos tan encarnizadamente, y que les aguantemos denodadamente en el Oeste, mientras los rusos entran cada vez más profundamente en Alemania y se apoderan de la mayor parte del país. En la voz de Goering había algo más que un tono de ironía, pues él, lo mismo que Guderian, consideraba una ridiculez luchar tan tenazmente en el Oeste, cuando el Este se estaba desmoronando rápidamente.

Haciendo caso omiso del tono sarcástico del *reichmarschall*, Hitler dijo con creciente entusiasmo que el ministro de Asuntos Exteriores, Joachin von Ribbentrop, había hecho llegar a manos inglesas un informe en el que se revelaba que los rusos estaban enviando a Alemania un ejército de 200 000 germanos capturados, «totalmente infectados de comunismo».

—¡Eso servirá para que tomen buena nota los ingleses! —concluyó.

—Nos declararon la guerra para evitar que marchásemos hacia el Este —dijo Goering—, pero no para que el Este llegase hasta el Atlántico.

—Así es. La cosa no parece tener mucho sentido. Los periódicos ingleses ya se están preguntando amargamente: «¿Cuál es el objeto de esta guerra?».

La conversación prosiguió y los temas fluctuaron desordenadamente desde un informe de Jodl sobre la lucha en Yugoslavia hasta una disertación de Hitler sobre un nuevo ataque de los rusos, y la fabricación de una nueva granada para destruirlo. Luego surgió una áspera discusión entre Hitler y Goering acerca de la situación de los oficiales que habían sido llamados desde su situación de retiro al servicio activo, con un grado inferior. Ambos habían chocado siempre en aquel aspecto. Goering, el último comandante del famoso «circo» de Richthofen, en la Primera Guerra Mundial, siempre veía las cosas como un oficial, en tanto que

Hitler, antiguo cabo del ejército, las consideraba desde el punto de vista de soldado. Por otra parte, Hitler se había vuelto más desconfiado con los militares desde que sufriera el atentado contra su vida.

—Todo este sistema burocrático tiene que recibir una limpieza en seguida —anunció el Führer, secamente—, porque ha experimentado un incremento tan grande, que en relación con la burocracia civil es como un dinosaurio comparado con un conejo.

Goering se desentendió de este argumento para manifestar acaloradamente que un oficial debería ser colocado en un puesto que pudiera desempeñar, pero siempre conservando su graduación anterior.

—Pero no se les puede dar su antigua graduación —replicó Hitler—. Si uno de esos hombres volviese a ser coronel, entregarle un regimiento significaría asesinar a tres mil hombres. Tal vez en este momento no sea capaz siquiera de mandar una escuadra.

—En tal caso, se le puede dar una misión menos comprometida. Es lo que he hecho con algunos de mis generales…

Goering y el Führer seguían enzarzados como dos escolares, y cuando Hitler dijo que el grado y la labor desempeñada debían estar equiparados, el *reichsmarchall* replicó:

—Solo un ser despreciable aceptaría una disminución de grado. Un digno militar preferiría antes pegarse un tiro.

Hitler trató de calmarle un poco prometiéndole no bajar la paga de los oficiales retirados, aunque se alistasen de nuevo como sargentos, pero Goering estalló:

—Yo les tiraría la paga a la cara y diría: «¡Lo que me estáis robando es el honor!». Es sabido que hasta ahora esto se ha considerado como la peor humillación.

—Eso no es cierto —contestó Hitler, visiblemente molesto—. Solo se trata de la forma en que *ustedes* lo consideran.

La discusión prosiguió sin tener trazas de concluir, y Guderian se agitó inquieto en su asiento, impaciente por regresar a su cuartel general de Zossen y a los desesperados problemas del Frente Oriental que se apilaban sobre su escritorio.

—Hoy nos hallamos en estado de emergencia —añadió Hitler—, y hemos de tener en cuenta lo que es un jefe de compañía. Se trata de un teniente perfectamente capacitado para dirigir una compañía; suponga un coronel incapaz

de hacerlo, porque está retirado desde hace veinticuatro años al que se le ha dado el mando de un pelotón, y tal vez ni eso siquiera, pero vistiendo un uniforme de coronel. ¿A qué clase de desbarajuste conduciría todo eso? ¿Debe el comandante de la compañía saludar al coronel?

—El cambio es tan fundamental que acabará con todo lo establecido hasta hoy —insistió Goering—. Se trata de una idea inconcebible.

—En el resto del mundo se hace así —contestó Hitler.

Guderian seguía revolviéndose en su asiento, mientras Von Keitel y el general Wilhelm Burgdorf, jefe de personal del Ejército, apoyaban a Hitler con vehementes argumentos que resultaban ridículos con tres millones de vengativos rusos irrumpiendo por la frontera oriental de Alemania.

Por fin, Hitler comenzó a detallar sus argumentos:

—En primer lugar, no puedo consentir que esa gente vuelva a casa. No voy a llamar al servicio a hombres incapaces, de casi cincuenta y seis años, mientras despido a otros de cuarenta y cinco que al fin y al cabo han sido soldados. Eso es imposible. En segundo lugar, tampoco puedo entregar unidades a gentes incapacitadas para mandarlas…

—… Y en tercer lugar —interrumpió Goering—, yo no puedo decir a las personas que una vez mandaron esas unidades, que ya no les será entregado su mando…

—Si son competentes, les será entregado —aseguró Hitler.

—En una ocasión lo fueron…

—En tal caso pronto estarán en condiciones de asumirlo de nuevo. Lo único que tendrán que hacer es aprender otra vez. Eso no es una desgracia. Después de todo, ¿no he aprendido yo a ser Canciller del Reich? Era jefe de un Partido y nadie mandaba en mí, y en cambio como canciller estaba subordinado al presidente del Reich. Durante un tiempo incluso fui funcionario del Gobierno de Brunswick.

Un ministro nazi de Brunswick nombró en 1932 a Hitler para ocupar un puesto en el Gobierno del Estado, con lo que adquiría automáticamente la ciudadanía alemana, pero a Hitler no le gustaba recordar aquello.

—Pero no era en servicio activo —replicó Goering, y se produjo un silencio embarazoso.

—¡Cómo se atreve a decir eso! —contestó Hitler, conteniéndose a duras penas—. Hice mucho por esa zona del país.

A pesar de los rumores que corrían de que Goering había perdido su

ascendiente con el Führer, tras su renuncia al mando de la Luftwaffe, tal diálogo indicaba que las relaciones entre ambos seguían siendo buenas todavía, y se reseñaba el hecho de que el *reichsmarschall* seguía siendo el sucesor legal del Führer.

En ese momento entró un mensajero y entregó a Fegelein un informe. El rechoncho general llamó la atención de Hitler.

—Esos diez mil oficiales y suboficiales —los ingleses y norteamericanos de Sagan— comenzarán a ser trasladados dentro de dos horas en un convoy —manifestó, añadiendo que a otros 1500 prisioneros de un campamento situado más hacia el Este se les había dicho que podían permanecer en él esperando que los liberasen los rusos—. Se negaron, y ofrecieron luchar por nosotros.

Hasta el mismo general Jodl comprendió la excitación que trasuntaba la voz de Fegelein.

—Si conseguimos que los ingleses y norteamericanos luchen contra los rusos —afirmó Jodl—, sería algo digno de celebrarse. Pero Hitler se mostró escéptico.

—Tal vez uno de ellos habló algo de eso, y sin duda exageraba. No estoy muy seguro de que sucedan así las cosas.

—Bien —dijo Fegelein, como si el Führer se hubiese mostrado entusiasmado—. Si hubiese una posibilidad, quizá pudiéramos lograr algo interesante.

Dos de los jóvenes oficiales intercambiaron discretos codazos.

—No hay que confiar en ello solo porque un prisionero haya hecho tal declaración —manifestó Hitler, cautamente.

La reunión terminó a las 18,50 y Guderian y Freytag von Loringhoven salieron en seguida para Zossen, localidad situada a treinta kilómetros al sur de Berlín. El general se mostraba disgustado. Habían hablado durante dos horas y media sin llegar siquiera a una decisión importante acerca de la crítica situación en la frontera oriental.

Uno de los comandantes de grupo de ejército de dicho frente, Ferdinand Schöerner, acababa de resolver un problema delicado, y estaba tratando de hablar con Hitler por teléfono. Había conseguido rehacer su destruido flanco norte, donde Zhukov había llegado hasta el Oder, cuando surgió otra complicación, esta vez en el flanco sur, donde el 17.° Ejército recibía los embates de las tropas de Konev.

Tras una apresurada visita al punto más delicado de las operaciones,

Schöerner tuvo la convicción de que toda la unidad quedaría aniquilada si no se ordenaba una retirada inmediata. Sin embargo, una retirada significaba entregar a los rusos la importantísima industria de la Alta Silesia, que después de la del Ruhr era la última, industrial y carbonífera, que le quedaba al Reich. Hitler había ya enviado a Schöerner varios telegramas prohibiéndole que abandonase la región, fuesen cuales fueren las circunstancias. Pero la zona estaba destinada a perderse inexorablemente, por lo que Schöerner ordenó al comandante del 17.° Ejército que se retirase. Luego el mismo Schöerner dijo a su jefe de Estado Mayor, el *generalleutnant* (teniente general) Woldfdietrich von Xylander, que escuchase por un teléfono supletorio mientras él hablaba con Hitler.

—Führer —comenzó diciendo Schöerner, y al momento entró en materia—. Acabo de ordenar la evacuación de la zona industrial de la Alta Silesia.

Xylander, que estaba tomando nota de la conversación, esperaba una réplica iracunda y una revocación de la orden, pero desde Berlín no llegó respuesta alguna por la línea telefónica. —Esas tropas han estado luchando duramente en los últimos quince días, y ahora se encuentran exhaustas— prosiguió diciendo Schöerner—. Si no les damos un respiro, perderemos por completo el 17.° Ejército, y el camino de Baviera quedará desguarnecido totalmente. Retrocederemos hasta el Oder y allí nos detendremos.

Continuó el silencio durante unos momentos, y al fin una voz cansada dijo:

—Está bien, Schöerner; si considera que esto es lo que debe hacerse, hágalo.

En el campamento de Sagan algunos de los prisioneros estaban leyendo una octavilla en la que se les exhortaba a luchar contra los bolcheviques:

> **«¡SOLDADOS DE LA COMMONWEALTH BRITÁNICA! ¡SOLDADOS DE ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA!**
>
> *La gran ofensiva bolchevique acaba de trasponer las fronteras de Alemania. Los hombres del Kremlin consideran que ha quedado abierta la conquista del mundo Occidental. Esta va a ser indudablemente la batalla decisiva para nosotros. Pero también lo será para Inglaterra, para Estados Unidos y para la supervivencia de la civilización de Occidente… Por consiguiente, nos dirigimos a vosotros como un hombre blanco puede hacerlo a otro hombre blanco…*
>
> **ESTAMOS SEGUROS DE QUE MUCHOS DE VOSOTROS COMPRENDÉIS LAS CONSECUENCIAS QUE ACARREARÁ LA DESTRUCCIÓN DE EUROPA —NO SoLO DE ALEMANIA, SINO DE EUROPA— PARA VUESTRO PROPIO PAÍS…**

Consideramos que nuestra lucha es también la vuestra… Os invitamos a que entréis en nuestras filas y en las de decenas de millares de voluntarios procedentes de las naciones conquistadas y oprimidas de Europa, que han tenido que elegir entre la sumisión al más brutal de los dominios asiáticos, y una existencia

nacional en el futuro, con ideas europeas, muchas de las cuales, desde luego, constituyen nuestros propios ideales…
Os pedimos que informéis al oficial de caravana de vuestra decisión, y seréis recibidos con los mismos privilegios que nuestros propios hombres, pues sabemos que compartiréis sus obligaciones. Esto es algo que supera los meros límites de una nación. El mundo se halla hoy enfrentado con una lucha entre el Este y el Oeste. Pensadlo bien.

¿ESTÁIS A FAVOR DE LA CULTURA OCCIDENTAL, O DE LA BARBARIE ORIENTAL? ¡TOMAD AHORA VUESTRA DECISIÓN!».

Los internados en el campamento de Sagan reaccionaron del mismo modo que otros que estaban más hacia el Este, y justamente en la forma que Hitler había sospechado que reaccionarían: No se presentó un solo voluntario, y los que guardaron la octavilla en su mochila lo hicieron solo para tener un recuerdo, o para disponer de papel higiénico.

Aquella misma noche la mayoría de los prisioneros de los cinco grupos estaban dedicados a efectuar los últimos preparativos para la marcha, con la excepción de unos quinientos hombres del Grupo Sur, que se hallaban contemplando una representación de su conjunto teatral, denominada *No podéis llevarlo con vosotros*. El auditorio había sido construido por los mismos prisioneros, y sus asientos estaban hechos de cajones vacíos de la Cruz Roja Canadiense. Todos los billetes fueron solicitados, y la entrada «costaba» una briqueta de carbón. Los candeleros y los reflectores se habían construido con grandes latas de bizcochos, y a los lados había incluso unas pasarelas elevadas para situar reflectores a diferentes distancias. Desde la noche de la inauguración de la sala, en el pasado mes de febrero, los hombres del Grupo Sur habían puesto en escena algunos espectáculos de variedades, piezas teatrales de un solo acto, y obras de Broadway, como *Front Page*, *Kiss and Tell* y *Room Service*. Los papeles de mujer eran desempeñados —sin remilgos— por hombres.

Las estufas que se hallaban encendidas en las cuatro esquinas de la sala únicamente conseguían atenuar algo el frío intenso del auditorio, pero los hombres se hallaban demasiado absortos en la comedia de Kaufman y Hart para notar aquella circunstancia. A las siete y media la puerta de la sala se abrió con estruendo y el coronel C. G. Goodrich, el oficial de mayor grado del grupo, subió al estrado haciendo retumbar las tablas con sus zuecos de madera. Era un fornido piloto de bombardero norteamericano que se había roto la espalda volando sobre África. En cuanto subió al escenario se produjo un repentino silencio.

—Los guardias acaban de informar que nos dan treinta minutos para estar preparados ante la puerta del campamento —manifestó—. Coged vuestros petates y formad en línea.

Al momento los espectadores abandonaron el local y se dirigieron hacia sus barracones. Se habló poco mientras se colocaban ropa interior limpia y el mejor uniforme de que disponía cada uno. Los más afortunados sacaron los zapatos nuevos que guardaban entre sus pertenencias, y la comida que no podría ser llevada no tardó en ser consumida con apresurados bocados. Los prisioneros se colocaron los abrigos, y encima de los hombros una manta arrollada. El teniente coronel Harold Decker ocultó el receptor de radio bajo su abrigo. Los auriculares estaban cosidos ya en el interior de su gorro. Otros hombres se apresuraban a escarbar en el suelo helado de los barracones para recuperar códigos, mapas y dinero que habían enterrado antes.

Delante de cada barraca se formó una fila. Los prisioneros se ayudaron mutuamente, ajustándose los bultos a las espaldas, mientras golpeaban el suelo con ritmo inconsciente, y se dispusieron a esperar, que era algo a lo que estaban acostumbrados desde que entraron en el campamento. Los que no tenían gorros que tapaban también el rostro, padecían un frío tan intenso que les causaba dolor de cabeza. Después de treinta minutos que les parecieron varias horas, llegaron unos cien guardianes con una docena de perros que aullaban fieramente y tiraban de las correas que les sujetaban. Los guardianes comenzaron a sacar a los prisioneros fuera del Grupo Sur. Al pasar ante los Grupos Oeste y Norte, sus compañeros les despidieron deseándoles buena suerte. Eran ya un poco más de las diez de la mañana cuando la larga columna de dos mil hombres estuvo al fin fuera del campamento encaminándose hacia el Oeste, entre los remolinos de nieve que se formaban a su alrededor. El Grupo Oeste avanzaba a continuación del Grupo Sur, y cada uno de los sobrecargados prisioneros recibió, en el momento de trasponer la puerta, un paquete de cinco kilos donado por la Cruz Roja. Muchos de ellos solo quisieron conservar unos pocos alimentos, como el chocolate y las sardinas, y las cunetas de la carretera no tardaron en quedar llenas de comida.

Los hombres del Grupo Central supieron por su jefe, el coronel Delmar Spivey, que el general Vanaman iría al frente de su columna, y que deseaba el estrecho cumplimiento de las órdenes dadas por los alemanes.

—No nos pasará nada si nos mantenemos unidos —manifestó Spivey, y advirtió a sus hombres que no hicieran ninguna tentativa para escapar.

A causa del lento avance de los que se encontraban ya en la carretera, eran casi las cuatro de la mañana del 28 de enero cuando los últimos hombres atravesaron la puerta del campamento.

En ese momento, los que avanzaban en cabeza de la larga columna de trece kilómetros se encontraban ya exhaustos, pues llevaban andando siete horas. Se había levantado un fuerte viento, lo que unido al medio metro de nieve que cubría la carretera hacía que cada paso que daban resultase un tormento. Aun así, el teniente coronel Albert Clark, un piloto de caza derribado en 1942, no se decidía a abandonar dos grandes álbumes de recortes que había obtenido de periódicos alemanes. En broma había ofrecido una caja de whisky escocés al que le llevase los libros, pero el teniente coronel Willie Lanford lo tomó en serio Y avanzaba arrastrando a sus espaldas un trineo improvisado sobre el que iban los dos álbumes. Otra media docena de prisioneros, entre los que se contaba el propio Clark, se turnaban para tirar del vehículo, ya que el habilidoso Lanford había hecho el trineo lo suficiente grande como para que en él pudieran llevar varios hombres su impedimenta.

Cada pocas horas la columna se detenía, y los hombres se agrupaban dando patadas al suelo. Nadie hablaba, ni se oían bromas. Los zapatos y las ropas suplementarias, así como los recuerdos tanto tiempo guardados, iban a parar a la cuneta. Algunos hacían pequeñas fogatas con las cartas de los seres queridos, y con sus Diarios.

Cuando se reanudaba la marcha, a pesar de lo que se había tirado a la cuneta, los paquetes parecían más pesados que antes. Cuando uno de los hombres se tambaleó y cayó al suelo, fue recogido entre dos compañeros que temían lo matasen los guardias de un tiro, y lo llevaron entre ambos, dejando atrás los bultos y las mantas. Solo los prisioneros más débiles iban en carromatos. Por lo demás, poca era la diferencia que había entre prisioneros y guardias, en esos momentos, pues hasta los alemanes se aligeraban de peso deshaciéndose de algunas pertenencias. Uno de los guardias, que tenía bastantes años y se había portado bien con los internados, avanzaba apoyado en dos de ellos, en tanto que otro le llevaba el fusil.

Mediada la mañana la vanguardia de la columna se detuvo en un pueblo situado a veintinueve kilómetros de Sagan, y sus componentes fueron alojados en tres graneros. Los que veían atrás seguían marchando, y se desplomaban cada vez en mayor número sobre la carretera, con las ropas húmedas por la nieve y el sudor. Por lo regular, uno de los compañeros se quedaba con el caído, frotándole

los brazos y las piernas hasta que llegaba el carro de socorro. Si este ya estaba demasiado lleno, alguno de los que se encontraban mejor, saltaba al suelo y cedía su lugar al hombre tendido en el camino.

Los integrantes del Grupo Central llegaron a la ciudad de Halbav a las tres de la tarde. Era imposible que siguieran adelante sin tomarse algún descanso, por lo que, mientras los prisioneros estaban expuestos al aire helado, un sargento alemán fue en busca de alojamiento. Por fin, un sacerdote consiguió colocarlos en una iglesia luterana donde cabían quinientos fieles, y los que no entraron allí fueron a descansar al depósito de cadáveres y a una escuela.

Mil quinientos hombres se apiñaron en la iglesia, hasta que cada centímetro de la misma estuvo ocupada, desde los retretes del sótano hasta la buhardilla. Los prisioneros estaban tan apelotonados en los bancos, que no podían hacer un solo movimiento. Otros durmieron bajo los bancos, en el suelo. No tardó la iglesia en quedar desagradablemente caldeada con el calor corporal de tantos hombres hacinados. Se inició entonces un constante desfile hacia los servicios, que se acentuó al llegar la noche. Pero el avance se hacía tan dificultoso a través de los cuerpos tendidos, que muchos de los enfermos vomitaban encima de sus compañeros que dormían, antes de poder llegar a los retretes. Los enfermos de disentería empujaban desesperadamente para llegar hasta los servicios, y a las pocas horas el hedor era insoportable, al tiempo que la lucha entre los que querían salir y los que deseaban dormir se aproximaba a lo frenético. De pronto alguien gritó:

—¡Atención!

Era el coronel Spivey, que se hallaba de pie, en ropa interior, junto al púlpito. A su lado se hallaba Daniel, el joven pastor protestante.

—Al próximo hombre que vea peleando —anunció Spivey, cuando el tumulto se hubo acallado le haré quedar de pie afuera, sobre la nieve, durante toda la noche. Las incomodidades que pasamos ahora, incluso el que nos vomiten encima, no es lo peor que puede sucedernos. En este momento nos hallamos a cubierto, pero hace tres horas estábamos en la carretera, helándonos de frío.

Luego pidió a los prisioneros que ayudasen a sus compañeros enfermos, y que tuviesen paciencia.

—Si no pueden dormir, quédense sentados y piensen en sus hogares. Y si no son capaces de decir algo agradable, más vale que mantengan la boca cerrada. Buenas noches.

El joven sacerdote avanzó luego y dijo con tono conciliador:

—¿No se han parado a pensar que tal vez Dios esté probando la fe de ustedes?

Luego empezó a orar, pidiendo protección para los enfermos y los más débiles.

—Dadnos la fuerza necesaria para sobrevivir —dijo— y para seguir adelante siempre, hasta que logremos nuestra liberación. Amén.

Los hombres parecieron serenarse, y la mayor parte de ellos no tardaron en quedarse dormidos.

Justamente por el camino principal que seguía Zhukov en su marcha hacia Berlín, avanzaba otro grupo de prisioneros aliados. Habían salido del campamento de Schokken, Polonia, ocho días antes, y se encontraban ya cerca del pueblo de Wugarten, a treinta kilómetros al oeste de la frontera alemana. Era un grupo heterogéneo, integrado por 79 norteamericanos y 200 italianos, entre los que se contaban 30 generales de avanzada edad, que fueron encarcelados tras la capitulación del rey Humberto. El jefe de los prisioneros era el coronel Hurley Fuller, comandante de un regimiento de la División 28. Cuando le capturaron en Bulge, uno de sus sargentos manifestó:

—Los nazis van a lamentar haber apresado a Hurley.

Este justificó las palabras del sargento desde el principio.

Ya en el día inicial de la marcha, Fuller ordenó repentinamente hacer un alto en el camino, lo mismo que si aún estuviese mandando su regimiento. A continuación se tendió sobre la nieve, a un lado de la carretera. Los atónitos guardias no tardaron en comprender, lo mismo que lo habían comprendido anteriormente los superiores de Fuller, que aquel tejano de cuarenta y nueve años era un hombre testarudo, y como hiciera caso omiso de sus amenazas, terminaron por encargarle de la caravana. En el curso de la última semana, Fuller había estado retrasando todo lo posible el avance hacia el Oeste, ya que quería ser liberado por los rusos. Por consiguiente, los prisioneros solo habían llegado a Wugarten cuando debían haber cruzado ya el río Oder.

El intérprete de los alemanes, teniente Paul Hegel, buscó refugio para los prisioneros en una escuela y les llevó alimentos. Había pasado cerca de cinco años en Nueva York, preparándose para un cargo en una institución bancaria, por lo que casi podía decirse que era partidario de los norteamericanos.

—Ayúdenos —le dijo Fuller—, y conseguiremos que vuelva a Estados Unidos.

Aquella noche Hegel oyó un mensaje de Goebbels, por la radio, con el que pretendía tranquilizar a los alemanes. Afirmaba que la situación en el Este era delicada, pero que no había motivos para sentir pánico. Las armas secretas del Führer no tardarían en estar preparadas, y resultaría fácil hacer retroceder a los rusos. Pero en cuanto Hegel apagó el receptor, se percibió con claridad el estruendo de la artillería.

Al día siguiente, 29 de enero, por la mañana temprano, el *hauptmann* (capitán) Matz, jefe de los guardias, oyó no muy lejos el crepitar de las ametralladoras, y decidió que la única forma de librarse de los rusos era dejar atrás a los prisioneros. Por consiguiente se trasladó a la escuela, despertó a Hegel cuando eran las siete de la mañana, y le hizo escribir una nota, que entregó a Fuller: La nota decía: «Estos oficiales norteamericanos deben quedar atrás debido a la lentitud con que marchan, y al avance de los tanques pesados rusos».

—Cuando los rusos se apoderen de nosotros, bastardo, voy a conseguir un fusil y correré detrás tuyo para matarte —gruñó Fuller, como si estuviese encolerizado, aun cuando se sentía satisfecho por librarse al fin de Matz. Pero lo que necesitaba era un intérprete. Por lo tanto, Fuller fue a donde Hegel se estaba vistiendo apresuradamente y, quitándose la pistola «Walther», le dijo:

—Usted se queda con nosotros.

Luego le hizo vestir un uniforme de oficial de Estados Unidos, incluyendo ropa interior y calcetines, y le entregó una chapa de identificación.

—Desde ahora es usted norteamericano, teniente George Muhlbauer.

Muhlbauer había huido no hacía mucho del grupo de Fuller.

—No se inquiete —le dijo al asombrado Hegel—. Se ha portado usted bien con nosotros, y yo le sacaré de este atolladero.

El coronel Fuller reunió a los norteamericanos y les dijo que permaneciesen en la escuela, al tiempo que les recordaba el castigo que recibirían si se entregaban al pillaje. La noticia de la marcha de Matz se divulgó rápidamente y a los pocos minutos el alcalde de Wugarten se presentó, y se le hizo responsable de los alimentos y suministros del pueblo. Luego llegaron dos soldados polacos que ofrecieron los servicios de 185 de sus compatriotas. Fuller los aceptó, y lo mismo hizo con diecisiete prisioneros franceses, entre los que había uno que hablaba ruso. Estableció a continuación un puesto de mando en la casa del alcalde y ordenó que todas las armas del pueblo fueran entregadas. Una vez

armado, el coronel se preparó a defender Wugarten de todo aquel que se presentase, fuese alemán o ruso.

Tres de los hombres del grupo de Fuller ya estaban luchando contra los alemanes. El teniente coronel Doyle Yardley y otros dos norteamericanos habían huido del grupo una semana antes. Cuando fueron alcanzados por una unidad de tanques del Ejército Rojo, el comandante golpeó en la espalda a Yardley y exclamó:

—*Amerikansky*, Roosevelt, Churchill, Stalin, «Studebaker», «Chevrolet», ¡muy bueno!

Luego dio vodka a los norteamericanos, así como mantas y alimentos, e insistió en que se uniesen a su batallón para luchar contra los alemanes, como buenos aliados.

El 29 de enero los tres norteamericanos estaban ya cerca de Wugarten, tomando parte en un ataque de carros de asalto del Ejército Soviético. De pronto tres «Messerschmitt 109» picaron sobre la columna acorazada. Los americanos se lanzaron instintivamente a una zanja, ante el regocijo de los rusos, que siguieron despreocupadamente de pie, disparando contra los aviones con fusiles, metralletas e incluso con pistolas. La columna se desplazó lentamente pero sin pausa, dejando a sus muertos en el camino, y llegó al pueblo de Kreuz, donde los infantes rusos estaban acabando con los últimos núcleos de resistencia. Yardley observó que de una casa salían dos alemanes para rendirse. Un oficial soviético les disparó tranquilamente con su pistola, y los cadáveres fueron arrastrados al centro de la calle. Entonces comenzaron a pasar sobre los cuerpos, deliberadamente, los camiones y tanques de la unidad. Esto hizo estremecer a Yardley, pues aquella no era la clase de lucha que había presenciado en el Frente Occidental.

Mientras Zhukov avanzaba hacia el Oeste, en dirección a Berlín, Rokossovsky se dirigía al Norte, al mar Báltico y al histórico puerto de Danzig. Delante de las avanzadillas de Rokossovsky huían caravanas de refugiados procedentes de Prusia Oriental. Un hombre que iba a caballo corrió a lo largo de una columna de refugiados que marchaba hacia Danzig, gritando:

—¡Los rusos llegarán aquí dentro de media hora!

Muchos de los que iban a pie se dispersaron cortando camino por la nieve, pero los carros estaban atestados y avanzaban con gran lentitud. De improviso comenzaron a estallar las granadas en los campos cercanos, y sin que se supiera de dónde salían, las ráfagas de ametralladora empezaron a barrer la carretera. Josefina Scheleiter, una estudiante de Medicina, se arrojó sobre la nieve mientras a su alrededor restallaban las balas y hacían explosión las granadas con estrépito ensordecedor. La muchacha tuvo la seguridad de que su vida había llegado a término.

Repentinamente volvió a reinar la calma, y unos momentos más tarde, tan de improviso como antes, surgieron unos enormes tanques rusos, de distintos puntos. Detrás de ellos avanzaban con movimientos decididos unos soldados soviéticos que vestían ropajes blancos. Uno de los tanques se internó en la carretera, volcando varios carromatos y aplastando a otros. Más tanques siguieron al primero, y poco después los caballos heridos yacían en las cunetas, relinchando de terror, mientras la gente saltaba apresuradamente de los carros y escapaba para salvar la vida.

Josefine oyó que una muchacha rogaba a su padre que la matase de un disparo.

—¡Sí, padre, y a mí también! —añadió el hermano, de dieciséis años—. No tengo ningún motivo para vivir.

—Esperad un poco más, hijos míos —replicó el padre, mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro.

Un oficial soviético avanzó sobre su caballo y escuchó con impaciencia las súplicas de varios soldados alemanes, que se le acercaron. Josefine vio que el oficial sacaba su pistola y entonces cerró los ojos. Oyó varios disparos, y cuando volvió a mirar, descubrió a los alemanes tendidos en el suelo, mientras la sangre teñía de rojo la nieve. Josefine quiso acudir en su ayuda, pero estaba demasiado aterrada. Pasaron varios carros de combate más, sobre los cuales iban robustos soldados que agitaban los brazos y gritaban mientras reían:

—Hitler *kaputt*!

Algunos saltaron a tierra exclamando:

—*Uri, uri*!

Era su versión del vocablo *uhren*, relojes. Los refugiados fueron despojados de sus relojes, anillos y guantes de piel. Llegaron más tanques, conducidos por mujeres, lo mismo que por hombres. Todos eran fornidos y vestían buenos uniformes, botas nuevas y gorras de piel.

Algunos trabajadores forzados polacos estaban ya trabando amistad con rusos.

—Volved a vuestras casas —dijeron a sus antiguos amos alemanes—. Los rusos son buena gente, nada malo os ocurrirá.

Por la noche el coronel Fuller y sus allegados habían hecho de Wugarten un baluarte. Además de los veintiséis fusiles y las dos ametralladoras abandonadas por Matz y sus hombres, habían conseguido de los habitantes del pueblo varias escopetas, pistolas e incluso espadas. Fuller armó a sus americanos y a los 185 polacos, y apostó centinelas en cada extremo de la población. Al este de la misma se excavaron trincheras y se emplazaron las dos ametralladoras. Hacia las nueve, varios grupos organizados de alemanes fueron capturados.

Una hora más tarde, Fuller, Hegel y el teniente Craig Campbell, que dormían en el segundo piso de la alcaldía, fueron despertados por unos disparos de cañón. Fuller miró a través de la ventana y vio una docena de tanques pintados de negro. No parecían alemanes, sino que tenían la alta silueta de los «Sherman» americanos. Antes de que los tres hombres se hubieran terminado de vestir, oyeron golpes en la puerta de abajo y fuertes gritos.

—No hablan alemán —declaró Campbell.

—Creo que es ruso —dijo Fuller—. Abrid la puerta.

Ya se oían recias pisadas que ascendían la escalera. Hegel comenzó a gritar:

—*Amerikansky! Amerikansky*!

La puerta de la habitación se abrió de golpe, y varios rusos se abalanzaron sobre los tres hombres, apoyándoles en el vientre sus ametralladoras ligeras. Fuller señaló hacia la habitación vecina, y al fin los rusos parecieron comprender y trajeron a Alex Bertin, el prisionero francés que hablaba ruso. Cuando el comandante soviético, capitán Mayarchuk, oyó decir que los tres eran oficiales norteamericanos, se rió sarcásticamente.

—¿Cómo pueden estar los americanos en el Frente Oriental, por delante del Ejército Rojo? —replicó, al tiempo que hundía aún más su pistola en el estómago de Fuller.

Bertin explicó la razón, y el ruso dio entonces a Fuller un fuerte abrazó, le besó en una mejilla y dijo que los americanos podían pedir lo que quisieran. Fuller dijo que necesitaba municiones alemanas y velas, y que quería verse libre de los treinta y seis prisioneros germanos capturados. El capitán contestó que se

cuidaría de todo ello, y dijo que debería imponerse inmediatamente el toque de queda para la población civil alemana. Fuller envió a por el alcalde, el cual se mostró plenamente dispuesto a colaborar, y afirmó que mandaría en seguida al pregonero por todo el pueblo para que divulgase la orden. A continuación se marchó apresuradamente de la estancia.

Se oyó entonces un disparo, y Fuller, presintiendo algo desagradable, salió a la calle. El alcalde yacía tendido sobre la nieve, con una herida mortal en la cabeza. El capitán Mayarchuk, junto al cuerpo, se rió sarcásticamente de la indignación de Fuller.

—Solemos matar a todos los alcaldes alemanes —manifestó. Los dos militares aliados se dirigieron a continuación a la plaza del pueblo, donde los tanques rusos «Sherman» —cedidos por los americanos— se hallaban detenidos junto a la iglesia. Los treinta y seis prisioneros alemanes fueron sacados de la bodega donde estaban encerrados. Uno se hallaba tan mal herido que le traían en carretilla. Mientras Fuller proseguía su camino conducido por el capitán ruso, se oyó otro disparo. Volvióse Fuller al momento y descubrió al hombre de la carretilla con los miembros inertes, muerto de un balazo.

—¡Esto va contra las leyes de guerra! —protestó Fuller—. Informaré a su superior.

Cuando Bertin tradujo estas palabras, Mayarchuk se limitó a sonreír.

—Está bien, diga al coronel que ya no mataremos más nazis en la ciudad —manifestó—. Desde ahora los llevaremos al campo, para hacerlo.

Por todo el pueblo se veía a los rusos bebiendo vodka y celebrando el acontecimiento de haberse encontrado con los americanos. Pero la indignación de Fuller llegó a impresionarles. Aunque se emborracharon e hicieron grandes destrozos, Wugarten fue probablemente la única población de todo el Frente Oriental en que no se violó a una sola mujer aquella noche. Solo en una casa se registró un acto de violencia. Los soviéticos hallaron unos retratos de Hitler colocados para celebrar al día siguiente el duodécimo aniversario de su ascenso al poder, y como castigo dieron muerte a los diez integrantes de la familia.

Capítulo segundo

Cinco minutos antes de la medianoche

1

Eran casi las cinco de la mañana del 30 de enero, cuando un gran «Skymaster» —transporte C-54 de Estados Unidos— tomó tierra en la isla de Malta. En el aparato viajaban Winston Churchill y otros personajes ingleses que llegaban para asistir al «Cricket», nombre clave de una conferencia de cuatro días de duración con los militares y los jefes políticos norteamericanos, que se realizaba previamente a la entrevista de los Tres Grandes, en el balneario de Yalta.

El gobernador de Malta, así como el comandante en jefe del Mediterráneo y muchos otros importantes funcionarios militares y civiles, se hallaban reunidos en el aeropuerto cuando el ayudante personal de Churchill, comandante C. R. Thomson, se asomó a la puerta del avión. Llevaba puesto el pijama, y una chaqueta sobre el mismo. Ante su asombro y desconcierto, se vio bañado en el resplandor de los reflectores. Pero aún se desconcertó más cuando supo que el gobernador de Malta había estado esperando una hora al frío, ya que el telegrama anunciaba la hora de llegada de Churchill según el T. M. de Greenwich.

También se hallaba despierto en aquellos momentos el general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos. Una hora antes, un diligente sargento británico le había entregado un sobre con la inscripción

«Muy urgente». Se trataba de una invitación impresa, para la cena del día siguiente en la residencia del gobernador, solicitándose una respuesta inmediata.

A las diez, Marshall y otros miembros del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos se reunían en «Montgomery House», residencia de La Valetta, capital de Malta, para decidir la postura que debía adoptarse en la primera reunión formal de «Cricket». Después de algunas bromas acerca de las intempestivas invitaciones nocturnas, y sobre la gélida temperatura que reinaba en las habitaciones, comenzó a considerarse el aspecto militar más importante que debería tratarse en «Criquet»: la estrategia final a adoptar en el Frente Occidental.

Entre británicos y americanos habían surgido graves diferencias, acerca de la forma de realizar la ocupación de Alemania, ya desde el mismo momento de la invasión de Normandía. Desde su cuartel general de Francia, el mariscal de campo Bernard Montgomery, comandante del 21.° Grupo de Ejército, se mostraba inclinado a realizar un solo ataque por el norte de Alemania, a través del Ruhr, y bajo su propia dirección. Afirmó que lo único que necesitaba, además de sus tropas, era el Primer Ejército norteamericano. Pero los comandantes norteamericanos se mostraban igualmente insistentes en que el ataque debía hacerse simultáneamente desde su propia zona, bastante hacia el Sur, contra Francfort del Main. Con las tropas germanas retirándose desordenadamente, tanto el mando de Estados Unidos como el británico, consideraban justificadamente que podían lograr una victoria total hacia fines de 1944, siempre que se les diera carta blanca. Pero el comandante supremo, general Eisenhower, era más bien un estadista militar que un jefe de operaciones, y halló una solución equitativa: permitió que Montgomery llevase a cabo la ofensiva principal desde el Norte, con preferencia en los suministros, pero dejó también que el teniente general George S. Patton siguiese atacando desde el Sur, con el Tercer Ejército de Estados Unidos, aunque en menor escala. Como resultado de ello, los Aliados avanzaron hacia el Este en un amplio frente, y llegaron a la frontera alemana en septiembre, para quedar detenidos por falta de suministros. Muy poco fue lo que ocurrió en aquel frente durante los tres meses siguientes, permitiendo a los alemanes reorganizar sus ejércitos, que habían sido duramente castigados en Francia, creando una fuerte línea defensiva desde Holanda hasta Suiza. La calma permitió a Hitler, incluso, lanzar una ofensiva realmente inesperada: la batalla del Bulge. Sorprendiendo a los norteamericanos en situación débil, los alemanes avanzaron arrolladoramente hacia el río Mosa, y

aunque los soldados de Hitler fueron después rechazados hasta las fronteras germanas, el prestigio militar americano y la moral de las tropas quedaron seriamente dañados. La discusión originada por la petición de Montgomery de llevar a cabo una sola ofensiva en Alemania, se vio agravada durante la batalla del Bulge, cuando Eisenhower decidió transferir repentinamente el sector norte de las Ardenas al mariscal inglés. Bradley quedó desconcertado al verse sin la mitad de sus tropas, justamente cuando creía tener dominada la situación. Luego montó en cólera cuando Montgomery, una vez ganada la batalla, explicó a los corresponsales de los periódicos la forma en que había «solucionado el embrollo». Bradley consideró que Montgomery había exagerado el papel que le cupo en la victoria, «aprovechando nuestro descalabro en las Ardenas».

Perfectamente al corriente de esta desagradable situación, Eisenhower había elaborado su plan final para invadir Alemania. Su proyecto era similar al del otoño anterior, y consistía en presionar sobre la frontera alemana desde Holanda a Suiza. En el extremo de la línea se hallaba el 21.° Grupo de Ejército de Montgomery, que comprendía tres ejércitos: el Primero canadiense, el Segundo británico y el Noveno americano. A continuación se hallaba el 12.° Grupo de Ejército de Bradley, integrado por los ejércitos Primero y Tercero de Estados Unidos. En el Sur, por fin, estaba el general Jacob L. Devers con el 6.° Grupo de Ejército compuesto por los ejércitos Primero y Séptimo franceses. Los jefes de Estado Mayor norteamericanos se reunieron para conocer los planes estratégicos del comandante supremo, que fueron expuestos por el jefe de Estado Mayor de Eisenhower, teniente general Walter Bedell Smith, al que apodaban «Descarado». Montgomery conduciría su 21.° Grupo de Ejército en el ataque final a través de la cuenca del Rhur, y Bradley llevaría a cabo el segundo ataque en importancia contra la zona de Francfort. Smith manifestó que la oportunidad en las operaciones era el factor más importante, y que los Aliados deberían avanzar con ímpetu hacia el Este, en tanto los alemanes recibían un duro castigo en el frente opuesto, por parte del Ejército Rojo.

A mediodía, los jefes británicos de Estado Mayor se reunieron con sus colegas norteamericanos. Entre todos constituían la Jefatura del Estado Mayor Conjunto, y tenían la responsabilidad de la marcha de la guerra en el Oeste. El mariscal de campo Alan Brooke, con prerrogativas similares a las del general Marshall, asumió la presidencia. De afable apariencia, reservó sus ingeniosos sarcasmos para el Diario que llevaba fielmente. Tenía la seguridad de conocer la forma de ganar la guerra mucho mejor que Eisenhower, pero procuró ocultar su

parecer al comandante supremo. Para los amigos íntimos, no era ningún secreto que Brooke consideraba a Eisenhower como una persona que se dejaba influir por la opinión del último con quien hablaba. Brooke también tenía sus reparos acerca de Marshall, y se habría sentido mucho más satisfecho si Mac Arthur —a su modo de ver el general más competente de la contienda— hubiese sido el jefe de Estado Mayor norteamericano.

Brooke escuchó cortésmente mientras Smith bosquejaba el plan de Eisenhower, aunque sin dejar de pensar que el llamado ataque secundario de Bradley amenazaba con convertirse en algo casi tan importante como el de Montgomery. Por fin, hizo notar que los ingleses consideraban que no existían fuerzas suficientes como para llevar a cabo dos operaciones de gran envergadura, por lo que sería necesario decidirse por una sola. Y de las dos, la de Montgomery en el Norte parecía ser la más prometedora.

Con irascibilidad que se veía agravada por su úlcera estomacal, Smith contestó que Eisenhower pensaba proporcionar a Montgomery todas las unidades que logísticamente pudiera mandar, o sea, treinta y seis divisiones, con diez más de reserva, y añadió que «el ataque del Sur no pretende competir con el del Norte». Esto hizo suscitar mayores recelos en Brooke, quien declaró que le parecía bien la explicación, pero que seguía creyendo que el ataque de Bradley podría exigir el empleo de numerosas fuerzas, debilitando la ofensiva de Montgomery. Marshall comenzaba a impacientarse, y dominando su irritación declaró —como lo habían hecho antes que él muchos otros generales americanos que no era conveniente confiar en una línea única de ataque contra Berlín. Se hacía indispensable contar con otro recurso al que echar mano si no le salían bien las cosas a Montgomery.

Los ingleses tuvieron entonces la seguridad de que los norteamericanos estaban planeando una segunda ofensiva importante, y comenzaron a criticar enérgicamente el plan de Eisenhower de concentrar todas las tropas ante el Rhin antes de intentar el cruce del río. El cáustico Smith replicó que Eisenhower nunca había dicho que se tomara toda la zona occidental del Rhin antes de cruzarlo, lo cual fue confirmado, con su tono mesurado, por el jefe de operaciones de Eisenhower, general Harold Bull. La reunión en las márgenes del Rhin no se intentaría, añadió Smith, si ello significaba una demora en el avance. Pero Brooke estaba secretamente convencido de que eso serviría como excusa para efectuar una ofensiva a lo largo del Rhin, en lugar de concentrar las energías en el único ataque en que actuase Patton, y estaba destinada a

convertirse en principal, por lo que cortésmente dijo que en lugar de aprobar el plan de Eisenhower preferiría que la Jefatura del Estado Mayor Conjunto solo tomase nota del proyecto en esos momentos. La acción sufría así una demora, y en cuanto la entrevista hubo terminado Bedell Smith envió a Eisenhower, que estaba en Versalles, el siguiente telegrama:

> *… Los jefes de Estado Mayor británicos insistirán en que se estipule algo por escrito para asegurarse de que el ataque principal se llevará a cabo por el Norte, y de que usted no demorará la operación hasta haber eliminado a todas las fuerzas alemanas al oeste del Rhin…*

Mientras se celebraba este debate, los jefes políticos de ambas naciones se hallaban a bordo de navíos de guerra de sus respectivos países. Churchill estaba en el «H. M. S. Orión», anclado en el puerto de La Valetta. Aquejado de fiebre, se encontraba en cama. El presidente Roosevelt se hallaba en el nuevo crucero «Quincy», a tres días de navegación de Malta. Consideraba que un día bastaba para solucionar la conferencia «Cricket», pues no quería reanudar las discusiones con Churchill acerca de su plan favorito de avanzar a través de los Balcanes hasta Viena y Praga.

Aquel día Roosevelt cumplía sesenta y tres años y su única hija, la señora Anna de Boettiger, estaba organizando una fiesta para celebrar su aniversario. Por todo el territorio de Estados Unidos se celebraría el acontecimiento, a beneficio de la sociedad filantrópica por la que el presidente sentía especial predilección.

2

El 30 de enero también era una fecha que se celebraba en Alemania. En 1933, el mismo año en que Roosevelt inició su primer mandato presidencial, el presidente alemán Paul von Hindenburg nombró a Adolf Hitler canciller del Gobierno. En aquella ocasión, doce años más tarde, era de suponer que destacados jefes del Partido Nazi hablarían a los soldados en todos los frentes para ponerles al corriente de las favorables perspectivas que se presentaban en el futuro, y para asegurarles que la guerra sería ganada por Alemania. El SS *obergruppenführer* (teniente general) Karl Wolff, jefe de las SS y de la Policía de Italia, había reunido a sus hombres principales. Antiguo ayudante de Himmler,

Wolff era un individuo corpulento, enérgico y de sencilla mentalidad, que creía ardientemente en el Nacional Socialismo y tenía tal confianza con Himmler que firmaba las cartas que le enviaba como «Wolffchen»[5].

Pero cuando Wolff trataba de hallar las palabras que debía decir, tales como «victoria final» y otras, no se le ocurría nada. ¿Cómo podía ganarse la guerra, si no era gracias a un milagro? En consecuencia, Wolff prefirió improvisar un discurso en el que no hizo mención alguna a los días brillantes que les reservaba el futuro.

Aún antes de terminar su discurso, Wolff tomó la decisión más trascendental de su vida: Vería a su jefe, Himmler, y le haría directamente esta pregunta: ¿Dónde están los maravillosos aviones y las armas secretas que Hitler ha prometido para ganar la guerra? Si Himmler no se lo podía contestar, vería al propio Führer, y si este respondía con evasivas, insistiría en la necesidad de solicitar un armisticio honorable. Wolff había contraído un gran afecto por el pueblo italiano, y no quería que siguiera sufriendo. Del mismo modo, ¿por qué había de morir innecesariamente uno más de los SS o de los soldados de la Wehrmacht? Wolff se enteró mediante una llamada telefónica al cuartel general de Himmler que este se hallaba a buena distancia, en el Este, al mando del Grupo de Ejército Vístula, aunque le informaron que si era necesario se concertaría una entrevista más adelante. Wolff declaró que se trasladaría en avión a Alemania dentro de unos días.

Por la tarde, Martín Bormann, jefe delegado del Partido Nazi y la persona en quien Hitler más confiaba en esos momentos, escribió otra de sus sentimentales cartas a su «querida mami», su esposa, que residía en las proximidades de Berchtesgaden. Le aconsejaba que se proveyese de verduras deshidratadas y de «unos veinte kilos de miel». También le contaba de las atrocidades que se cometían en el Este:

«Los bolcheviques están arrasándolo todo. Consideran la violación de mujeres como un pasatiempo, y los fusilamientos en masa, especialmente en los distritos rurales, como un hecho rutinario. Ni tú ni los niños debéis caer jamás en las manos de esas fieras salvajes. Pero confío en que este peligro no llegue a presentarse, y que el Führer conseguirá salvar este obstáculo, como ha conseguido salvar otros, anteriormente. Entre los dos o tres millones que han sido desalojados de su tierra y de sus hogares, reina la más indescriptible miseria, como podrás comprender. Los niños se mueren de hambre y de frío, y lo único que podemos hacer es endurecer nuestro corazón y esforzarnos cuanto podamos para salvar el resto de nuestro pueblo y para rehacer nuestras líneas defensivas. Tenemos que conseguirlo.

»Con todo cariño,
»M».

Entre los fugitivos de que Bormann hablaba se encontraban 30 000 que pugnaban por llegar a Alemania en cuatro buques mercantes. El convoy iba destinado a un puerto cercano a Hamburgo y ya estaba contorneando la península de Hela, abandonando el golfo de Danzig para entrar en el mar Báltico. El mayor de los barcos era el «Wilhelm Gustloff», de 25 000 toneladas, que nunca había llevado tantos pasajeros: 8000 civiles y 1500 jóvenes que recibían instrucción para la navegación submarina, es decir, ocho veces el número de pasajeros que transportaba habitualmente el «Lusitania». Nadie sabía con exactitud la cantidad de personas aterrorizadas que habían subido a bordo en el puerto de Danzig. Aunque todo el mundo debía tener sus billetes y los papeles de evacuación en regla, eran muchos los que se habían introducido subrepticiamente a bordo. Algunos hombres se escondieron en cajones y otros adoptaron algún disfraz. Se supo de algunos refugiados que llegaron a extremos aún más vergonzosos con el fin de escapar de los rusos. Recientemente, en Pillau, donde solo se consentía subir a bordo del buque a los adultos con niños, algunas madres arrojaban sus criaturas desde la borda a los parientes que estaban en el muelle. El mismo niño era utilizado de este modo cerca de una docena de veces. En la confusión algunos chiquillos cayeron al agua, y otros fueron a parar a manos de extraños.

Cuando el «Wilhelm Gustloff» ponía rumbo al Oeste, hacia el encrespado Báltico, salió a cubierta Paul Uschdraweit, uno de los valerosos funcionarios de distrito que desafió al *gauleiter* Koch, dejando que las gentes evacuasen sus tierras. El también había conseguido escapar a duras penas del Ejército Rojo, en compañía de su chófer, Richard Fabian.

El resto del convoy iba bordeando las costas de Pomerania con el fin de evitar a los submarinos rusos, pero el «Wilhelm Gutsloff» tenía mucho calado y navegaba solo, con la única compañía de un dragaminas, a una milla de distancia. En ese momento el capitán anunció por los altavoces que los hombres que tuvieran salvavidas debían entregarlos, ya que no había bastantes para las mujeres y los niños. Tampoco debía usarse ninguna linterna o aparato de radio.

En el Báltico reinaba un fuerte oleaje, y la mayoría de las mujeres y los niños se marearon fuertemente. Como estaba prohibido asomarse por la borda, el hedor no tardó en hacerse insoportable. Los enfermos fueron llevados a la parte

central del buque, donde el balanceo era menos perceptible. Uschdraweit halló una tumbona y se tendió en ella, pues en los últimos días apenas sí había dormido. Mientras se disponía a descabezar un sueño se preguntó si volvería a ver a su mujer alguna vez. También pensó que aún en el caso de llegar a salvo a Alemania, tal vez le castigasen por haber desobedecido las órdenes del *gauleiter* Koch.

Cuando se hallaba a veinticinco millas de la costa de Pomerania, el buque puso proa al Oeste. Cierto número de luces seguían aún encendidas en la nave, que recortaba su silueta contra las oscuras aguas del Báltico. A las 21,10 Uschdraweit fue despertado por una sorda explosión. Aún estaba tratando de recordar en qué lugar se hallaba, cuando oyó la segunda detonación. Su chófer, Fabian, salió corriendo sin hacer caso de los gritos de Uschdraweit. Se produjo una tercera explosión y se extinguieron las luces, que deberían haberse apagado horas antes. Por el lado de babor acechaba un submarino ruso, esperando para disparar el cuarto torpedo, si se hacía necesario, o para hundir a otro buque que acudiese en ayuda del «Wilhelm Gustloff».

Uschdraweit creyó que habían sido bombardeados, hasta que notó que el buque escoraba a babor. Entonces comprendió que las explosiones habían sido causadas por torpedos. Tanteando, avanzó a través de un pasillo en tinieblas, y al fin pudo encontrar su equipaje. Sacó del mismo una chaqueta forrada de piel, un gorro de esquiar, una pistola y una caja de mapas que contenía documentos oficiales. Abrió una ventana y saltó a la cubierta de paseo, que se hallaba más abajo. Allí no estaba tan oscuro, y encontró una puerta que comunicaba con la proa. Corrió hacia ella y en el camino se cruzó con un grupo que se dirigía lleno de pánico hacia el puente, sin chalecos salvavidas. En las puertas, los hombres se abrieron paso a la fuerza entre los aterrados grupos de mujeres y niños. Los oficiales del buque trataron de evitar el pánico. Algunos extrajeron sus pistolas e hicieron ademán de disparar, pero no se sintieron capaces de ello y la turba los echó a un lado.

El buque tenía ya una inclinación de 25 grados a babor. En la sala de máquinas, los hombres se hallaban aún en sus puestos, mientras otros tripulantes cerraban los accesos de los compartimientos inundados y hacían funcionar las bombas. En las cubiertas, los marineros trataban de echar al agua las lanchas salvavidas del costado de babor, pero los pescantes estaban helados por completo y no respondían a la maniobra. A pesar de ello, los frenéticos viajeros apartaban a los marineros y se introducían en los botes.

En la proa, Uschdraweit observó que se lanzaban al aire cohetes rojos —señal de socorro— y confió en que otros buques acudiesen en ayuda de la nave torpedeada. Junto a él se desarrollaban escenas estremecedoras. Centenares de pasajeros, gritando histéricamente, corrían hacia la popa, que adquiría por momentos mayor altura. Un pescante de acero cayó junto a él, y lo pudo evitar a duras penas, saltando de costado. El «Wilhelm Gustloff» se inclinaba cada vez más, y Uschdraweit comenzó a oír gritos de angustia. Al volverse, observó que una mujer, con su niño de la mano, caían desde un bote al agua.

Alguien cogió por un brazo a Uschdraweit. Era una mujer con la que había hablado durante la larga espera en el muelle. La mujer tenía un niño en brazos y dos asidos a su falda.

—¡Socórrame, por favor! —exclamó—. Usted es hombre, y tiene que conocer alguna solución.

A Uschdraweit no se le ocurría nada. Todos los botes se habían marchado. Luego recordó las balsas neumáticas, y dijo a la mujer:

—Quédense conmigo. Trataré de salvarla a usted y los niños en una balsa.

—¡Está usted loco! Mis hijos no soportarán el agua helada —replicó la mujer, con acento indignado—. Ustedes, los hombres, solo saben dar vueltas sin hacer nada.

Con la mirada llena de pánico, la mujer empujó a sus hijos por un pasillo y se dirigió hacia el puente de proa.

La reacción de la mujer sacó de quicio a Uschdraweit. Miró hacia las olas. Reinaba una temperatura rigurosa, por debajo de los cero grados. Oyó varios disparos de pistola, por encima de los alaridos, y las heladas olas salpicaron su rostro. Un temor irracional se adueñó de él. No quería morir; no quería dejar sola a su mujer en un mundo semejante. Al fin pudo dominarse. «Muere dignamente», pensó. Recordaba que un oficial del buque le había ordenado que no fumase a bordo. El, bromeando, le contestó: «Supongo que podré fumar, si el barco se hunde». Decidió entonces fumar un cigarrillo antes de que llegara la muerte. Después de unas chupadas, tiró el cigarrillo por la borda. Encendió otro, y volvió a arrojarlo nerviosamente. Por fin, pudo fumar el tercer cigarrillo hasta el final.

—¿Cómo puede usted fumar en un momento como este? —oyó que alguien le decía en tono de reproche. Era un alto oficial de la OT (Organización Todt), que lucía la Cruz de Hierro.

—Tome usted un cigarrillo. De todos modos, esto habrá concluido dentro de

poco.

El hombre miró a Uschdraweit como si este hubiera perdido el juicio; dijo algo más y luego se marchó. Un marinero que se hallaba junto a la borda se quitó el uniforme y se lanzó al agua. Una alta silueta se acercó penosamente a Uschdraweit, en la semioscuridad. Era uno de los cadetes submarinistas, que tenía pálido el rostro y los ojos muy abiertos. Señaló a su muslo, donde se advertía el hueso saliendo por una rotura de su pantalón de fajina, entre la sangre que se deslizaba al suelo, manchando la cubierta helada.

—¿Qué te ha sucedido, muchacho? —inquirió Uschdraweit.

—Me encontraba abajo… y me hirió un trozo de metralla. Ya no tengo salvación. Bajo cubierta… se han ahogado por millares, como ratas… y pronto me ocurrirá a mí lo mismo.

El muchacho se volvió y se alejó lentamente.

Tres buques acudían al rescate: dos destructores de 600 toneladas, el «T-36» y el «Löwe», y una barcaza. Poco antes de las diez de la noche, el capitán Hering, del «T-36», avistó el buque siniestrado. Cuando acercaba su navío, observó que la barcaza se encontraba junto al «Wilhelm Gustloff», pero el oleaje era tan intenso que las dos embarcaciones comenzaron a chocar peligrosamente entre sí. La gente saltaba llena de pánico desde las cubiertas del buque a las de la barcaza. Algunos cayeron bien, pero otros lo hicieron entre ambos barcos y fueron aplastados por los cascos de los mismos. Hering comprendió que sería inútil tratar de acercarse, ya que el destructor podía sufrir una vía de agua en el costado. Lo único que podía hacer era permanecer en el lugar y recoger a los supervivientes. Ordenó parar las máquinas, a fin de que el *sonar* pudiese localizar más fácilmente a los submarinos enemigos, que según sus sospechas, deberían de estar acechando debajo, en espera de nuevas víctimas.

Sin darse cuenta de que los buques de salvamento estaban cerca, Uschdraweit se aferraba a la borda para no resbalar por la inclinada cubierta. La proa del «Wilhelm Gustloff» ya se hallaba casi por completo bajo el agua, cuando divisó a un teniente. Uschdraweit dijo:

—Todo ha concluido, ¿verdad?

El teniente se acercó. Era el oficial del buque que le había ordenado no fumar.

—Venga, vamos a salvarnos —dijo a Uschdraweit—. Vaya hacia popa y ayúdenos a lanzar al agua la balsa. Rápido, o será demasiado tarde.

Con el viento silbándole en los oídos, Uschdraweit se dirigió cautelosamente

hacia la parte posterior del buque. El teniente y tres cadetes soltaron la balsa, que se deslizó, yendo a golpear a Uschdraweit en las espinillas. Helada como una roca, la balsa no le fracturó las piernas gracias a las pesadas botas que calzaba. El dolor fue intenso, pero Uschdraweit no le prestó mucha atención.

Cuando entre los cinco hombres lograron asir la balsa, una gran ola les lanzó contra las ventanas del puente. Uschdraweit vio a la gente mirarle desde el otro lado de los cristales como si fueran peces en un armario. Era como una horrible pesadilla. La ola siguiente arrojó a Uschdraweit al mar. El repentino chapuzón le proporcionó mayores energías, y nadó con fuerza hacia la balsa, que ya flotaba sobre las olas. Por algún motivo incomprensible, su miedo se había desvanecido. El y los otros cuatro hombres se aferraron a las cuerdas de la balsa.

—¡Remad, remad con los brazos! ¡Vamos hacia nuestra salvación! —exclamó el teniente.

Los cinco hombres se aferraron a la balsa con una mano y con la otra chapotearon desesperadamente en el agua. Cuando habían recorrido unas cincuenta brazas, Uschdraweit notó que la chaqueta de pieles y las botas le arrastraban hacia el fondo. Trató de subirse a la balsa, pero el teniente le dijo que esperase a que recorriesen otras cincuenta brazas.

Por fin todos treparon sobre la balsa, y por primera vez Uschdraweit creyó que podrían salvarse. Miró hacia atrás y vio la popa del buque levantada, como una alta torre. Alcanzaba a percibir centenares de alaridos de mujeres y niños. Los pavorosos lamentos estuvieron a punto de volverle loco. Fue lo más horrible de aquella espantosa noche.

El buque se hundía cada vez más de proa. Los mamparos comenzaron a crujir y al cabo reventaron, inundando el agua las cubiertas inferiores. Cuando el «Wilhelm Gustloff» se inclinó profundamente hacia un lado, los gritos se hicieron aún más agudos. Uschdraweit, con el rostro contraído por el sufrimiento también gritó:

—¡Si esto no acaba pronto…!

Pero el teniente le retuvo por un hombro.

El balanceo del buque se acentuó, y el «Wilhelm Gustloff», con la sirena sonando, cayó totalmente de costado. Los cinco hombres contemplaron la sombra del buque que se hundía cada vez más rápido, hasta que desapareció por completo.

—¡Hay alguien nadando! —exclamó el teniente.

Uschdraweit vio un brazo que salía del agua y tiró del mismo, consiguiendo

izar a un joven marinero a la balsa. Ahora eran seis, y permanecieron temblando de frío, sentados en la balsa, mientras contemplaban silenciosamente el mar. Varios cadáveres flotaban cerca de la balsa, con sus chalecos salvavidas puestos. Los seis hombres estaban demasiado deprimidos para hablar. De vez en cuando divisaban sobre las olas uno de los botes salvavidas, no muy lejos. Pero nada más. Era la única señal de vida que veían a su alrededor.

Sobre la balsa, Uschdraweit notó que el agua le subía lentamente por las piernas, pero no dijo nada.

—Creo que nos hemos hundido un poco —manifestó el teniente.

Cuando la ola siguiente les permitió divisar el bote salvavidas cercano, el teniente les ordenó que remaran con la mano. Luego gritó al bote que los admitiesen a bordo, pero alguien contestó que la embarcación ya iba sobrecargada. Cuando los seis hombres trataron de aproximarse más en la balsa, el bote se alejó rápidamente, impulsado por los remos.

Uschdraweit empleaba un trozo de madera como remo, hasta que se dio cuenta de que tenía las manos insensibles. Arrojó la madera al agua, volvió a utilizar las manos de nuevo, y al momento pareció restablecerse la circulación. El teniente regañó a los muchachos, ordenándoles que siguieran remando. Estos gruñeron, pero terminaron obedeciendo.

El «T-36» y el «Löwe» iban a la deriva en la oscuridad, con las máquinas paradas y unas redes tendidas a los lados para recoger a los supervivientes. De improviso, el sonar del «T-36» localizó un submarino. Hering dio las órdenes oportunas y se alejó un poco del lugar.

—¡Miren, un destructor nuestro! —gritó alguien en la balsa, y todos comenzaron a remar frenéticamente. Uschdraweit no alcanzaba a ver nada, hasta que una sombra oscura surgió enfrente. Luego el haz de un reflector barrió las aguas e iluminó la balsa. Las olas aproximaron más a los náufragos al destructor. Cuando estuvieron junto al costado del mismo, el teniente asió un cabo que lanzaron desde el «T-36», y en seguida los cuatro jóvenes treparon a bordo. Uschdraweit dijo al teniente que subiera, pero este replicó:

—Vamos, apresúrese; yo seré el último.

Alguien cogió por el brazo a Uschdraweit y le izó a bordo del destructor. Mientras trataba de conservar el equilibrio, sobre la cubierta, Uschdraweit vio que un golpe de mar alejaba la balsa del «T-36», con el teniente aún sobre ella.

Los marineros ayudaron a Uschdraweit a bajar al entrepuente, le quitaron las ropas y le envolvieron en una manta, dejándole sobre una hamaca. Todo su

cuerpo se estremecía con los temblores. El repentino calor le resultaba aún más penoso que el frío, pero en lo único que pensaba era en el teniente, alejándose en la balsa después de haberles salvado a ellos la vida.

El capitán Hering extrajo a más de seiscientas personas de las heladas aguas del Báltico. Algunos estaban ya muertos por congelación, y a una buena parte de ellos les faltaba poco para dejar de existir. Luego apareció un segundo submarino en la pantalla del sonar, y el T-36 se vio obligado a huir en zig zag, para evitar los torpedos. En ese momento se dejó oír con estruendo la voz del Führer a través de los altavoces, ensalzando los doce años de grandeza transcurridos desde que asumiera el poder. Después la voz se interrumpió repentinamente. Se presentó en seguida un oficial, el cual dijo a los náufragos que no se asustaran, ya que iban a lanzar algunas cargas de profundidad. Le interrumpió un sordo rumor, y el buque se estremeció. Luego se oyó otra serie de detonaciones espaciadas. El duelo mortal siguió durante un buen rato. El submarino lanzó otro torpedo, y una vez más el comandante Hering maniobró el «T-36» eludiendo el peligro.

Las mujeres y los niños gemían aterrados, pues habían creído hallarse a salvo en el destructor. Cerca de Uschdraweit se hallaba un muchacho de dieciséis años por cuyo rostro se deslizaban profusamente las lágrimas. Contó a Uschdraweit que cuando anunciaron en el «Wilhelm Gustloff» que solo las mujeres y los niños podrían utilizar los chalecos salvavidas, él entregó en seguida el suyo. Entonces su madre le convenció para que aceptase el de ella, ya que podría salvarla si se lo ponía. Pero en la confusión de los últimos momentos ambos quedaron separados.

—Si yo no hubiera cogido el salvavidas de mi madre, a estas horas ella viviría —dijo a Uschdraweit—. Además, yo sé nadar.

Solo 950 personas fueron salvadas por los buques de rescate, muriendo más de 8000 en el que fue el mayor de los desastres marítimos, pues hubo más de cinco veces el número de víctimas que se produjeron cuando el hundimiento del «Titanic». Al amanecer del siguiente día, mientras el «T-36» se dirigía hacia Kolberg, se ordenó a todos los supervivientes varones que se reunieran en cubierta. Uschdraweit trepó por la escalerilla. Allí, frente a la puerta, se hallaba Fabian, su chófer. Llenos de emoción, los dos hombres se dieron un fuerte abrazo.

También en Wugarten cundió el terror aquella noche. Un oficial ruso de enlace, el teniente coronel Theodosius Irshko, había llegado al pueblo al mediodía con un buen aprovisionamiento de comidas y vino para los hombres de Fuller. Dijo que probablemente Wugarten sería convertido en punto de reunión de los soldados aliados dispersos, y nombró al tejano comandante de la población. Tras exhortarle a que mantuviese la calma en la localidad, Irshko se marchó… llevándose todas las armas que Fuller había reunido. Por la noche comenzaron a llegar al pueblo grupos de soldados rusos borrachos, que violaron a mujeres de todas las edades, matando a dieciséis de ellas. Como se hallaban desarmados, los norteamericanos no podían acudir en ayuda de las desgraciadas mujeres, cuyos gritos oían claramente.

La vanguardia de Zhukov, que había pasado por Wugarten camino de Berlín, casi no halló oposición. Cuando llegó a Landsberg, una importante ciudad situada a dieciséis kilómetros al oeste de Wugarten, se produjo una breve escaramuza, pero mediada la mañana del 3 de enero, la lucha había terminado.

Katherina Textor, una maestra de edad madura, vio por vez primero a unos rusos, con vestimentas blancas, que saltaban sobre la valla del jardín, en dirección al edificio que ocupaban diez familias. Un minuto más tarde comenzaron a golpear en las puertas. Como de costumbre pidieron «Uri, uri!», pero se mostraron corteses y redactaron una nota explicando que se habían llevado todos los relojes de la casa. Montaron en cólera cuando en uno de los pisos hallaron una vieja escopeta de caza y un retrato de Hitler. Preguntaron burlonamente:

—Hitler, Hitler, ¿dónde está, camarada?

Pero siguieron sin molestar a nadie. Katherina y sus vecinos creían ya que los relatos sobre la brutalidad rusa no eran más que propaganda de Goebbels, cuando dos jóvenes soldados rusos entraron de improviso, en busca de mujeres. Uno empujó a Katherina y a otras dos ancianas a la cocina, y les ofreció cigarrillos, mientras su amigo se llevaba a una muchacha llamada Lenchen y la forzaba. Cuando Katherina se quejó a un oficial soviético, este se limitó a sonreír con indulgencia, al tiempo que decía:

—No es posible controlar el amor, madrecita.

La vanguardia de Zhukov siguió hacia el oeste, acercándose a Küstrin, ciudad a orillas del Oder, que solo se encontraba a ochenta y cuatro kilómetros de la Cancillería del Reich, por una carretera asfaltada. Poco antes del mediodía, un grupo de norteamericanos procedentes del campamento Stalag IIIC

avanzaban apresuradamente, con cinco de ellos a la cabeza. Por delante comenzaron a caer varias granadas, y las balas de ametralladora deshicieron sus filas. Rápidamente, los sargentos Charles Straughn, Herman Kerley y Lemoyne Moore, confeccionaron banderas blancas y avanzaron hacia los tanques. Pero los rusos creyeron que eran húngaros y dispararon sobre ellos, matando a Moore e hiriendo a Kerley. Cuando los rusos descubrieron que estaban disparando contra sus aliados, ya habían muerto cinco norteamericanos, y otros cinco estaban heridos.

Junto a la desembocadura del río Oder, a ciento cincuenta y cinco kilómetros en línea recta hacia el Norte, el doctor Wernher von Braun, director técnico de la base de cohetes de Peenemünde, estaba celebrando una entrevista con sus principales colaboradores. Habían conseguido crear el A-4, un cohete que consideraban como el primer paso en la conquista del espacio. Pero Hitler lo consideró como un arma de largo alcance, y Goebbels lo volvió a bautizar V-2: «Venganza, arma 2».

Von Braun explicó a sus ayudantes que había ordenado celebrar la entrevista a causa de las órdenes contradictorias recibidas aquel mismo día, de funcionarios de las SS. El delegado especial de Himmler para el proyecto, SS *obergruppenführer* (teniente general) doctor Hans Kammler, había enviado una orden por teletipo según la cual la base de cohetes debía trasladarse al centro de Alemania. Por su parte, Himmler, como comandante del Grupo de Ejército Vístula, despachó un mensaje ordenando que todos los ingenieros de Von Braun se uniesen al Volkssturm, el Ejército del Pueblo, a fin de que defendiesen la zona ante la aproximación de las tropas soviéticas.

—Alemania ha perdido la guerra —siguió diciendo Von Braun—, pero no debemos olvidar que ha sido nuestro grupo el que primero ha llegado al espacio exterior terrestre… Hemos sufrido muchos disgustos a causa de nuestra fe en el gran futuro que cabe al cohete en tiempos de paz. Ahora tenemos una obligación que cumplir. Cada una de las potencias vencedoras querrá disponer de nuestros conocimientos. La pregunta que debemos contestar es esta: ¿A qué país debemos confiar nuestros hallazgos?

Alguien sugirió permanecer allí y entregarse a los rusos, pero la propuesta fue rechazada. Por fin se votó unánimemente la rendición al ejército de Estados Unidos. El primer paso para ello consistía en obedecer la orden de Kammler y

trasladarse hacia el Oeste. No había tiempo que perder, ya que los preparativos para el traslado total podían llevar más de dos semanas, y en aquel mismo momento ya se alcanzaba a escuchar el retumbar de la artillería de Zhukov.

Pese a las malas noticias que llegaban del Frente Oriental, Hitler no se sentía desanimado. Después de la entrevista de la tarde, algunos de los asistentes a la misma se quedaron con él, mientras el Führer hablaba despreocupadamente de la situación. Hitler solía celebrar estas sencillas reuniones en un deseo de hacer comprender a sus jefes militares —y especialmente a Guderian, que solo pensaba con mentalidad de soldado— que la guerra también era un asunto de economía, de geopolítica y de ideología.

Muy pocas personas sabrán que Hitler tenía una memoria de tipo fotográfico, y por lo general la gente se dejaba impresionar por el profundo conocimiento de que hacía gala el Führer sobre asuntos complicados, ya que en el curso de las conversaciones solía mencionar datos y cifras que había retenido con una simple lectura. El ambiente era apacible, y Hitler habló como un profesor a un grupo de discípulos favoritos, explicando primero por qué había mandado realizar el ataque del Bulge. Dijo haber comprendido que la guerra ya no se podía ganar únicamente por medios militares. La solución era una paz honorable con el Occidente, a fin de poder lanzar todo el poderío alemán contra Rusia. Pero para lograr esta paz tendrían los alemanes que hallarse en buena posición para negociar, por lo que había atacado en las Ardenas, con todas las divisiones que le sobraron de uno u otro lado, en un intento para alcanzar Amberes, introduciendo así una cuña entre los ingleses y los norteamericanos. Churchill siempre había tenido tanto recelo del comunismo como él mismo, siguió diciendo Hitler, y aquel revés militar podía servir al primer ministro británico como excusa para insistir en la necesidad de llegar a un acuerdo pacífico con Alemania. Admitió el Führer que su plan había fracasado militarmente, pero que se había obtenido una victoria psicológica. Ya los norteamericanos y los ingleses estaban disputando pública y enconadamente acerca de la forma en llevar la lucha, y era inminente una escisión entre los aliados.

Guderian comenzó a mirar impaciente su reloj, pero los jóvenes oficiales, como el altísimo ayudante del Führer en el Waffen SS, Otto Günsche, parecían hipnotizados mientras Hitler explicaba por qué había enviado el Sexto Ejército Panzer, mandado por el SS *oberstgruppenführer* (general) Josef Dietrich, desde

las Ardenas a Hungría, a pesar de la insistencia de Guderian de que esa poderosa fuerza debía ser empleada contra Zhukov o Konev. Las razones, aseguró el Führer, excedían de lo puramente militar. En primer lugar, Dietrich proyectaba lanzar un ataque relámpago que no solo permitiría salvar las últimas reservas petrolíferas de Hungría, sino también recuperar el petróleo de Rumania. En segundo término, y más importante aún, de este modo se ganaba tiempo. En cualquier momento el Occidente podía comprender que el régimen bolchevique era su verdadero enemigo, y entonces se unirían a Alemania en una cruzada común. Churchill sabía tan bien como él que si el Ejército Rojo conquistaba Berlín, la mitad de Europa se volvería inmediatamente comunista, y que al cabo de pocos años la otra mitad sería también absorbida.

—Yo nunca quise luchar contra Occidente —dijo Hitler, con repentino tono de amargura en la voz—, pero me obligaron a ello.

Los planes rusos se hacían cada día más evidentes, y hasta el mismo Roosevelt debió de abrir los ojos cuando poco antes Stalin había reconocido el Gobierno polaco de Lublin, respaldado por los comunistas.

—El tiempo es nuestro aliado —añadió el Führer.

Luego explicó que por ese motivo había decidido que el grupo de ejército Kurland permaneciese en Letonia. ¿Acaso no era evidente que cuando los ingleses y los norteamericanos se uniesen a los alemanes, aquella fuerza sería una valiosa cabeza de puente para un ataque conjunto contra Leningrado, de la que solo le separaban quinientos sesenta kilómetros? ¿No era también lógico que cada *festung* en el Este sería un trampolín para la cruzada germano-británico-americana contra el judaísmo y el bolchevismo?

Ese ataque continuo, aseguró Hitler, lleno de excitación, estaba muy próximo a llevarse a cabo. Con un lápiz rojo el Führer subrayó un informe del ministerio de Asuntos Exteriores, acerca de las disputas internas existentes entre Estados Unidos y Gran Bretaña.

—¡Lean esto, esto y esto! —exclamó.

Se advertía que en los países aliados la gente cada vez se oponía con mayor fuerza y no tardarían en solicitar la paz con Alemania y la guerra contra el enemigo común, la Rusia comunista. La voz de Hitler se elevó apasionada cuando recordó a los que le escuchaban que en 1918 la Patria había sido traicionada por el Estado Mayor General. De no ser por su prematura rendición, Alemania hubiese logrado una paz honrosa, y no se habría producido el caos que siguió a la guerra, ni la depresión económica, ni las tentativas comunistas de

adueñarse del país.

—Esta vez —aseguró Hitler—, no nos rendiremos cinco minutos antes de la medianoche.

Capítulo tercero

Esta conferencia puede ser trascendental

1

Las predicciones de Hitler, de que las querellas entre británicos y norteamericanos aumentarían, no se basaban en especulaciones carentes de fundamento. Lo mismo que en 1944, los ingleses querían que se llevase a cabo una ofensiva única por el Norte, contra Alemania, en tanto que los americanos insistían en la conveniencia de realizar una ofensiva de mayor amplitud. Una vez más, Eisenhower halló la solución intermedia: Montgomery desempeñaría el papel principal, dirigiendo el ataque más importante, mientras que Bradley lanzaría una ofensiva secundaria desde el Sur. Como antes, la solución equitativa no hizo más que disgustar a las dos partes.

Durante la segunda entrevista de jefes conjuntos, que se llevó a cabo en Malta, el 31 de enero, Bedell Smith leyó un telegrama de Eisenhower en el que aseguraba que aún proyectaba dejar que Montgomery cruzase el Rhin por el Norte, «con un máximo de fuerzas y total determinación», antes de esperar a que Bradley y Devers se aproximasen al río, pero añadió que eso solo se haría cuando «la situación en el Sur me permita reunir las fuerzas precisas, sin incurrir en riesgos innecesarios».

Brooke quedó desilusionado. Para él el mensaje no era más que otra tentativa de complacer a ambas partes, creando desconcierto donde ya reinaba bastante confusión, y se convenció más aún de que Eisenhower era un jefe de segundo

orden. Aquella noche escribió en su Diario: «*Así pues, estamos otra vez atascados*».

Hubiera resultado interesante conocer el punto de vista de Marshall en los días referidos, pero este no llevaba Diario. En realidad, rara vez discutía semejantes problemas con sus ayudantes. En cierta ocasión, dijo al general John E. Hull, el relativamente joven jefe del Estado Mayor, que nunca escribiría un libro, ya que prefería no hablar abiertamente sobre ciertas personas.

Una de las mayores decepciones de Marshall fue el no haber sido designado como comandante supremo en Europa. Churchill lo hubiera preferido, pero Roosevelt, aconsejado por Leahy, King y Arnold, decidió que se le necesitaba más en el Alto Mando militar de Estados Unidos. Marshall, por su parte, recomendó a un notable aviador, su antiguo jefe de operaciones, el teniente general Frank M. Andrews, pero este resultó muerto en un accidente de aviación ocurrido en Islandia, y el segundo propuesto por Marshall fue Dwigt D. Eisenhower, un general de brigada relativamente desconocido en la época del ataque de Pearl Harbour. Algunos afirmaban que Eisenhower se limitaba a repetir lo que decía Marshall. Los más allegados, como Hull, manifestaban que si bien ambos habían sostenido una relación como de padre a hijo, Marshall nunca se mostró autoritario, lo cual queda confirmado al leer los frecuentes mensajes que los dos generales intercambiaron. Eisenhower y sus ayudantes tomaban las decisiones casi siempre con la aprobación de Marshall. Incluso cuando estaban en desacuerdo, el jefe del Estado Mayor parecía preguntar, en lugar de criticar.

Aunque Marshall se mostraba tan imperturbable como siempre en las entrevistas de Malta, lo cierto es que ocultaba a duras penas una creciente irritación contra los ingleses, por su falta de confianza en Eisenhower. Temía Marshall que esto diese motivos a los británicos a realizar lo que tanto deseaban: colocar junto a Eisenhower un ayudante que mandase todas las operaciones de tierra. Los ingleses habían manifestado que de ese modo Eisenhower quedaría más libre de desempeñar su papel de comandante supremo. Marshall siempre se opuso a tal proyecto, y solo pocos días antes había dicho a Eisenhower: «Mientras yo sea jefe del Estado Mayor, no consentiré que le endosen a usted un comandante de operaciones terrestres».

Brooke se disponía a acostarse aquella noche, cuando Beddell Smith se

detuvo a charlar un rato con él. Tras unos momentos de conversación intrascendente, Brooke preguntó si Eisenhower era «lo suficiente enérgico» para ser comandante supremo. Esto llevó a Smith a sugerir que ambos hablasen abiertamente, de hombre a hombre. Brooke había comenzado con el tema, y prosiguió diciendo que tenía grandes dudas acerca de Eisenhower, debido a que este prestaba demasiada atención a los deseos de sus comandantes. Smith replicó que Eisenhower mandaba un grupo de generales caracterizados por su individualismo, y que hombres como Monty, Patton y Bradley no podían ser manejados más que con una mezcla de energía y diplomacia.

Esto no convenció en absoluto a Brooke, quien dijo que Eisenhower había cambiado muchas veces de opinión, en el pasado, influido por terceras personas. Sin duda se hallaba singularmente capacitado para suavizar las diferencias de los Aliados, pero precisamente por su simpatía con el punto de vista de todos, resultaba sumamente susceptible de aceptar la opinión del último hombre con quien hablaba. Smith replicó que era mejor dejar el asunto de la competencia de Eisenhower en manos de los jefes del Mando Combinado. Brooke respaldó prontamente este parecer, y admitió que Eisenhower tenía numerosas y excelentes cualidades. ¿Acaso él mismo no había aprobado su designación como comandante supremo, en un principio? Lo único que esperaba era que Smith comprendiese la necesidad que había de concentrar los refuerzos en el Norte, no permitiendo que Bradley iniciase una ofensiva secundaria contra Francfort, que podría terminar convirtiéndose en una operación fundamental. Los dos hombres se despidieron algo más tranquilos. Brooke confiaba que Smith, el ejecutor de los planes de Eisenhower, se hallase de acuerdo con él en los asuntos principales. Smith estaba seguro de que Brooke consideraba ya a Eisenhower como el hombre más capacitado para el cargo de comandante supremo. Sin embargo, ambos estaban equivocados en sus presunciones.

2

Durante la ceremoniosa cena que previamente se había celebrado aquella misma noche en la Gobernación, Edward Stettinius Jr. —el reciente sustituto de Cordell Hull, que se hallaba enfermo, y el segundo secretario de Estado más joven de Estados Unidos, a sus cuarenta y cuatro años— había sostenido un

cambio de impresiones con Winston Churchill. Para decirlo con mayor exactitud, Stettinius había sido objeto de un violento ataque verbal por parte del primer ministro inglés. En el cáustico lenguaje que Churchill solía emplear —y que los secretarios que transcribían sus conversaciones se encargaban de atemperarle preguntó qué demonios intentaba al criticarle públicamente su postura acerca de Italia. Harry Hopkins, el consejero jefe de Roosevelt, ya había advertido a Stettinius que Churchill les iba «a vapulear» en ese aspecto. De todos modos, el nuevo secretario de Estado no estaba del todo preparado para el violento ataque del primer ministro. Stettinius era un hombre de aspecto imponente, con su cabello plateado y sus espesas cejas oscuras, y había desempeñado con eficacia el puesto de presidente de la «US Steel Corporation», con una retribución de cien mil dólares anuales. Mientras estudiaba en la Universidad de Virginia, se había dedicado a enseñar en las escuelas dominicales y a leer la Biblia en los momentos libres a las congregaciones de montañeros. Ya entonces ni fumaba, ni bebía, ni practicaba deporte alguno, y a pesar de ello contaba con las simpatías suficientes como para que resultase elegido jefe de su clase. Era sincero, honrado y no tenía ambiciones políticas, contentándose solo con el deseo de servir a su patria…, lo cual hizo por la suma de un dólar al año. Pero esto no bastaba para hacer de él un secretario de Estado competente. Lanzado a los complejos asuntos internacionales con escasa preparación, no se hallaba en condiciones de competir con gentes avezadas en la política, como eran Churchill, Eden, Stalin y Molotov.

En los asuntos del Departamento de Estado, Stettinius casi siempre se apoyaba en las opiniones de sus consejeros. Cuando se le presentaba algún documento para su aprobación y firma, sus únicos comentarios se referían a la anchura de los márgenes de la hoja. Pero si bien algunos de los políticos se burlaban de él, considerándole como un trabajador vulgar y concienzudo, sin demasiada perspicacia, en cambio era universalmente querido por su modestia y su buen carácter. Tal vez fueran estas las cualidades que decidieron a Roosevelt a elegirle para el puesto. A causa de la enfermedad de Cordell Hull, Roosevelt había actuado como secretario de Estado durante algún tiempo, y luego, en lugar de elegir a una persona enérgica, como James Byrnes, sin duda prefirió a un hombre afable que llevase a cabo sus deseos sin crear desilusiones. Esto puede explicar la razón de que Roosevelt diera instrucciones a su fiel y astuto ayudante, Harry Hopkins —su mano derecha—, para que acompañase a Stettinius a Malta, a fin de que supervisase todas sus actuaciones. Los enemigos del Gobierno ya estaban acusando a Stettinius de ser simplemente el hombre de paja de Hopkins,

y le calificaban despectivamente de «el muchacho de pelo blanco». Churchill también atacaba a Stettinius, como si este hubiese sido directamente responsable de la oleada de críticas que se desencadenó en Norteamérica contra el primer ministro inglés al haber ordenado a las tropas británicas de Atenas que luchasen contra los partisanos comunistas, que hasta poco antes habían combatido contra los nazis. Churchill replicó que de no haber tenido Inglaterra tropas en Grecia, los comunistas griegos se hubiesen adueñado del poder.

Al día siguiente, 1.° de febrero, por la mañana, las cosas se presentaron más tranquilas para Stettinius. El y Anthony Eden, el secretario de Asuntos Exteriores británico, abandonaron el crucero ligero británico «Orion» para dar un paseo por los muelles y discutir amigablemente acerca de los problemas que podrían surgir en Yalta. Eden era un hombre de temperamento tranquilo, y resultaba un anfitrión muy agradable. No es que no tuviera también momentos temperamentales. Aunque la gente creía que era un caballero de suaves modales y carácter pasivo, Eden era capaz a veces de tener arrebatos de cólera. Y el cordero que de pronto ruge como un león resulta siempre más desconcertante.

Cerca del mediodía, Eden, Stettinius y sus ayudantes se reunieron en el «Sirius», donde los americanos se alojaban, con el fin de estudiar la postura que debían asumir en la conferencia de Yalta. Eden consideró que los norteamericanos concedían demasiada importancia a la proyectada organización mundial, y poco interés al problema de Polonia. Era del parecer de que las Naciones Unidas no servirían de mucho, si a los soviéticos no «se les persuadía u obligaba a tratar a Polonia decentemente».

Por más que el problema polaco tenía su origen en un remoto pasado, la crisis actual podía considerarse como originada el 23 de agosto de 1939, cuando, ante la consternación de casi todos los países del mundo, Rusia y Alemania firmaron el Pacto de Moscú. Ribbentrop y Molotov acordaron dividirse el territorio polaco a cambio de la no intervención soviética, y el 1.° de septiembre los tanques germanos avanzaban hacia Varsovia. Dos días después, Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a la Alemania de Hitler. La Segunda Guerra Mundial había empezado.

Para Polonia, la entrada de sus aliados en el conflicto no significaba más que un apoyo moral. Al cabo de tres semanas todo el país se hallaba ocupado por Alemania y Rusia, y centenares de miles de polacos eran recluidos por los nazis

y los soviéticos en los campos de concentración. El Gobierno polaco, sin embargo, después de huir a Inglaterra a través de Rumania y Francia, fue reconocido por las democracias occidentales, como el Gobierno legal en el exilio.

El 22 de junio de 1941, Hitler hizo estremecer de nuevo al mundo al volverse contra su aliada e invadir la Unión Soviética. Pocas semanas más tarde, Roosevelt y Churchill revelaban al mundo los términos de la Carta del Atlántico, que ambos habían firmado. Este documento proporcionaba nuevas esperanzas a los polacos de todas las confesiones políticas. Allí se encontraban los cimientos de una Polonia verdaderamente libre. Cuando Rusia se adhirió más tarde a los principios de la Carta, prometiendo «no buscar incremento territorial de ninguna clase», el optimismo polaco pareció tener entonces una base real. Luego cambió la suerte de la guerra, y al iniciar el Ejército Rojo su lucha contra Alemania, en términos similares, Stalin insistió en que la frontera rusopolaca debía ser trasladada al Este, a la línea de demarcación estipulada en la Conferencia de Paz de París, de 1919, por lord Curzon. Esto significaba que Rusia iba a conservar casi todo el territorio que el Ejército Rojo había ocupado en 1939. Los polacos pusieron el grito en el cielo, pero sus protestas no conmovieron a Churchill. Este, lo mismo que Stalin, consideraba que el gran cambio que había experimentado la situación militar, justificaba también un cambio de la política. Ese fue también el parecer de Roosevelt, y en la conferencia de Teherán, celebrada en 1943, ambos estadistas prometieron secretamente a Stalin que aceptarían la Línea Curzon.

El Premier polaco, Stanislaw Mikolajczyk, no sabía nada de este acuerdo, como es natural, y se trasladó a Estados Unidos para conseguir de Roosevelt las debidas seguridades de que defendería los derechos de Polonia. Cuando los dos hombres se reunieron el 6 de junio de 1944 —el día D—, Roosevelt nada dijo acerca de la Línea Curzon, y solo prometió que Polonia sería libre e independiente.

—¿Qué me dice de Stalin? —inquirió Mikolajczyk.

—Stalin es un hombre práctico —dijo el presidente, encendiendo un cigarrillo—, no debemos olvidar, al juzgar los actos de Rusia, que el régimen soviético solo posee unos pocos años de experiencia en materia de relaciones internacionales. Pero de una cosa estoy seguro: Stalin no es un imperialista.

Roosevelt prosiguió diciendo que los polacos debían llegar a un acuerdo con Stalin.

—Ustedes solos —añadió—, no tienen ninguna esperanza de derrotar a

Rusia, y debo decirle que ni los ingleses ni los norteamericanos tenemos la menor intención de combatir a la Unión Soviética.

Al notar la preocupación que reflejaba el rostro de Mikolajczyk, Roosevelt procuró tranquilizarle:

—Pero no se preocupe; Stalin no trata de privar a Polonia de su libertad. No osará hacer tal, porque sabe que nuestro Gobierno apoya decididamente a Polonia. Me ocuparé de que su país no salga perjudicado en esta guerra.

Luego el presidente americano exhortó a Mikolajczyk a que se entrevistase con Stalin inmediatamente, para estudiar la posibilidad de llegar a un acuerdo.

—Cuando algo se hace ineludible —concluyó diciendo Roosevelt—, lo mejor es adaptarse a la situación.

Mikolajczyk, jefe del Partido Campesino, no era tan insistente como la mayoría de los polacos acerca de la conveniencia de no hacer la menor concesión a los rusos, y accedió a trasladarse a Moscú. Ya en camino, estuvo a punto de volverse, lleno de cólera, pues se enteró que Stalin había entregado el territorio polaco recientemente liberado por el Ejército Rojo, al nuevo Comité Nacional de Liberación Polaco de Lublin, cuyos dirigentes eran comunistas polacos o simpatizantes del Partido.

La llegada a Rusia de Mikolajczyk, el 30 de julio, no podía producirse en circunstancias más dramáticas. La emisora de radio Kosciusko, de Moscú, acababa de hacer un llamamiento al pueblo de Varsovia, para que ayudase al Ejército Rojo, que se acercaba rápidamente, mediante «lucha directa y activa en las calles».

Los dirigentes polacos clandestinos oyeron la exhortación final de la emisión: «¡Polacos, ha llegado la hora de la libertad! ¡Polacos, a las armas, no hay tiempo que perder!». Resolvieron entonces poner en juego la operación «Tempestad», consistente en una rebelión general contra los nazis, y el jefe del ejército clandestino, general Bor (su verdadero nombre era Tadeusz Komorowski), ordenó iniciar las hostilidades el 1.° de agosto. En tal fecha, unos 35 000 polacos de todas las edades, pobremente armados, atacaron la guarnición germana de Varsovia. Unidades de las SS y de la policía —incluyendo a los reos en libertad condicional y los prisioneros rusos renegados, que odiaban a los polacos—, fueron enviadas a la ciudad, y bajo el mando del SS *gruppenführer* (general de división) Erich von dem Bach-Zelewski, se inició una brutal campaña destinada a arrasar Varsovia por completo, y a aplastar de raíz la sublevación.

Los polacos lucharon, confiando en que las tropas rusas situadas en la otra orilla del río Vístula no tardarían en liberar a Varsovia. Pero pasaron días, y los rusos ni siquiera disparaban contra los aviones alemanes que atacaban las posiciones de los polacos sublevados, pese a que los aparatos se hallaban al alcance de sus antiaéreos.

Por fin, cuatro días después de su llegada a Moscú, consiguió Mikolajczyk hablar con Stalin, quien accedió de mala gana a hacer unas pocas concesiones, si los polacos de Londres lograban llegar a un entendimiento con los de Lublin. Por consiguiente, Mikolajczyk sostuvo varias entrevistas con los dirigentes polacos de Lublin, quienes ofrecieron hacerle primer ministro de una coalición gubernamental, pero insistiendo en que Boleslaw Bierut, un comunista declarado, fuera el presidente, y que catorce de las diecisiete carteras ministeriales irían a los comunistas o a sus simpatizantes. A todo esto, Mikolajczyk trataba por todos los medios de conseguir ayuda militar para Varsovia. En una ocasión Stalin le dijo que el Ejército Rojo no podía cruzar el Vístula a causa de un ataque que llevaban a cabo cuatro nuevas divisiones alemanas de carros de asalto, y añadió que de todos modos no sabía que hubiera lucha alguna en las calles de Varsovia.

En Gran Bretaña y en Estados Unidos, la opinión pública estaba tan alterada a causa de la promesa dada a los polacos, que Roosevelt terminó por aprobar una orden para el envío de aviones norteamericanos a Varsovia, los cuales, tras arrojar suministros a los polacos, seguirían hasta territorio ruso para abastecerse de combustible. Pero los rusos consiguieron revocar este proyecto, alegando que el levantamiento de Varsovia era «un asunto arriesgado, en el que el Gobierno soviético no deseaba comprometerse».

«Si se estudia la posición del Gobierno soviético… —escribió el embajador W. Averell Harriman a Washington—, se ve que su negativa está basada en implacables consideraciones políticas, y no en el hecho de que no exista resistencia interna, o de que se adviertan dificultades de tipo operativo». A pesar de las negativas, Roosevelt y Churchill siguieron pidiendo ayuda para Varsovia. Pero Stalin se mantuvo firme, y envió el siguiente telegrama a los dos estadistas:

«… Tarde o temprano se conocerá la verdad acerca del puñado de criminales en busca del poder que iniciaron la aventura de Varsovia. Estos elementos, aprovechándose de la credulidad de los habitantes de la ciudad, expusieron a gentes prácticamente desarmadas a los cañones, tanques y aviones alemanes…

»No obstante, las tropas soviéticas, que últimamente han tenido que hacer frente a renovados contraataques alemanes, están haciendo todo lo que pueden para rechazar las incursiones hitlerianas y

para llevar a cabo una nueva ofensiva en gran escala sobre Varsovia. Puedo asegurarles que el Ejército Rojo no ahorrará esfuerzo alguno para aplastar a los germanos en Varsovia, liberándola para los polacos. Esa será la ayuda más eficaz que pueda prestarse a los polacos antinazis».

Si el Ejército Rojo era realmente incapaz de liberar a Varsovia —lo cual resulta dudoso—, la torpe tentativa de Stalin de convertir la rebelión en una «aventura», indica claramente que deseaba que los alemanes destruyesen por completo el ejército clandestino polaco. Con la eliminación de esos polacos resultaría mucho más fácil, para el Gobierno comunista de Lublin, adueñarse de Polonia al terminar la guerra.

Cuando al fin el general Bor se rindió, el 2 de octubre de 1944, después de sesenta y tres días de valiente resistencia, unos 15 000 hombres de sus fuerzas habían muerto, otros 200 000 polacos perecieron con ellos, y Varsovia se hallaba en ruinas. Una semana más tarde Churchill llegó a Moscú para tratar de hallar soluciones satisfactorias al nuevo problema que presentaba la expansión soviética en el Este y el Sudeste de Europa. Como los polacos de Londres aún seguían denunciando la traición de Stalin en el levantamiento de Varsovia, Churchill temió que pudieran trastornar las reuniones entre los Tres Grandes. Por lo tanto, envió un telegrama a Mikolajczyk —quien había llegado recientemente a Londres, profundamente disgustado—, e insistió en que regresase de nuevo con una delegación para continuar las entrevistas con los polacos de Lublin.

De mala gana, Mikolajczyk y un grupo de polacos de Londres llegaron a Moscú pocos días después, solo para recibir otro rudo golpe: en una reunión celebrada el 14 de octubre, Molotov reveló que Roosevelt había accedido en Teherán al establecimiento de la frontera en la Línea Curzon. Mikolajczyk inquirió a Churchill y Harriman acerca de la certeza de aquello. El elocuente silencio de ambos fue la mejor respuesta, y los polacos de Londres solo hicieron lo que ya estaban acostumbrados a hacer: protestar violentamente. Churchill contestó, con igual energía, que la fortaleza que demostraban terminaría por «destruir la paz de Europa», haciendo estallar una contienda que costaría veinticinco millones de vidas.

—¿Para qué estáis luchando? ¿Para que os aniquilen del todo?

Mikolajczyk, siempre indignado, pidió permiso para lanzarse en paracaídas sobre Polonia, a fin de reunirse con los partisanos.

—Prefiero morir luchando por la independencia de mi patria, antes de que me ahorquen los rusos en presencia de vuestro embajador —contestó.

A pesar de su arrebato, Mikolajczyk no tardó en comprender que debía llegarse pronto a un acuerdo, y a su regreso a Londres exhortó al Gobierno polaco en el exilio a que estableciese un nuevo convenio con Moscú. Como era de prever, los exilados se negaron a todo lo que no estuviese contenido en la Carta del Atlántico, y Churchill dijo entonces a Mikolajczyk:

—Si hubiesen seguido mis consejos del pasado enero, y aceptado la Línea Curzon, ahora no tendrían a esos terribles polacos en Lublin.

Luego Churchill amenazó con «lavarse las manos» en relación con los polacos de Londres, a causa de sus intemperancias, y entonces Mikolajczyk preguntó:

—¿Por qué entre todos los países de las Naciones Unidas solo Polonia es la única que tiene que hacer sacrificios territoriales, y tan pronto, además?

—Está bien —replicó Churchill sarcásticamente—. Dejen que los polacos de Lublin sigan manejando los asuntos de Polonia, ya que ustedes no quieren lo contrario. Son polacos *quisling*, sucios, salvajes, los que asumirán el poder de vuestro país.

Luego manifestó que la única manera de que los polacos de Londres pudiesen gobernar en Polonia, al concluir la guerra, era accediendo inmediatamente al establecimiento de la Línea Curzon. De hacerlo, tendrían el apoyo de Inglaterra y de Estados Unidos.

—A menos que me dé usted una respuesta hoy o mañana, consideraré que todo ha terminado. En realidad, no existe Gobierno polaco si este es incapaz de tomar una decisión —dijo Churchill.

—No puedo convencer a mis colegas de la necesidad de aceptar condiciones tan duras, establecidas además sin las debidas garantías —contestó Mikolajczyk.

—¡Basta ya! —exclamó Churchill—. Ustedes no pueden negociar más que sobre un aspecto: la Línea Curzon…

—Nos pide algo enorme, extremadamente difícil —contestó Mikolajczyk—. Tenga en cuenta que esto significa la transferencia de cinco o seis millones de polacos a las nuevas regiones de Polonia, y la expulsión de estas de siete millones de alemanes.

—¿Para qué ha venido usted a Londres, entonces? —preguntó furioso Churchill, pegando con el pie en el suelo, como un chiquillo irritado. Luego hizo algunas amenazas más, y de pronto volvió a inquirir—: ¿Está usted dispuesto a salir mañana hacia Moscú?

—No, no puedo hacerlo.

—¿Y pasado mañana?

Mikolajczyk manifestó que se tardaría más en conseguir la aprobación del Gobierno polaco en el exilio.

Perdido ya el dominio de sí mismo, Churchill agitó los brazos en el aire y gritó:

—¡Si su actitud es negativa, tenga el valor de decirlo! No vacilaré en volverme contra usted. Ha desperdiciado dos semanas enteras en continuas discusiones, sin haber logrado ningún resultado. ¿Qué pretende? Se lo digo por última vez: ¡después de esta noche no volveré a recibirle!

Cuando Mikolajczyk informó de esto a su Gobierno, los componentes del mismo, como era de esperar, se negaron indignados a verse así coaccionados. Acosado por ambas partes, Mikolajczyk entregó su renuncia.

En este ambiente de disputas, sospechas e intrigas, por lo que al problema polaco se refería, discutieron Stettinius y Eden el asunto de Polonia a bordo del «Sirius», en la mañana del 1.° de febrero. Stettinius declaró que el reconocimiento del Comité Nacional de Liberación de Lublin —que controlaban los comunistas—, como Gobierno de Polonia, provocaría el descontento en Estados Unidos. Eden también se mostró de acuerdo en que los ingleses no reconocerían al Gobierno de Lublin. Para él, la única solución residía en el establecimiento de un «nuevo Gobierno provisional en Polonia, que lleve a cabo elecciones libres en cuanto la situación lo permita». Después de la entrevista, Eden escribió en su Diario que se había llegado a un «completo acuerdo en los asuntos principales», y que hizo todo lo posible porque Stettinius comprendiese que en esa ocasión eran los americanos los que debían llevar el peso del asunto. Aseguró que habrían apoyado a los polacos, pero que la situación había cambiado, y tenían que hacer lo que más conviniese.

La armonía entre los diplomáticos fue seguida poco después por nuevos roces entre los militares, cuando estos se reunieron por la tarde y volvieron a considerar la campaña del Frente Occidental. Marshall solicitó que se celebrase la sesión a puerta cerrada, a fin de que pudieran hablar con mayor libertad. Una vez que los taquígrafos hubieron salido de la estancia, Marshall exhortó a que aceptasen el plan de Eisenhower sin más dilaciones. Brooke rechazó la proposición, y solo accedió a que se «tomase nota» de ella.

Fue aquella una de las pocas ocasiones en que Marshall perdió el dominio de

sí mismo. Con una violencia que asombró a los asistentes, expresó su opinión acerca de Montgomery, que para los ingleses no tenía ningún defecto, y declaró luego que si no se aceptaba el plan de Eisenhower, recomendaría a este que renunciase como comandante supremo, ya que no había otra alternativa.

Así pues, la entrevista destinada a preparar la conferencia de Yalta, había creado una situación difícil.

Pocas horas más tarde Stettinius y Hopkins se hallaban cenando en el «Orion», con Churchill y Eden. Churchill expresó su preocupación por los sufrimientos a que se veía sometida la Humanidad. Al contemplar el mundo, decía, solo podía ver penas y matanzas, y manifestó que la paz de la posguerra dependería de un estrecho entendimiento entre Gran Bretaña y Norteamérica.

No era esta una opinión aislada y pesimista, sino que tres semanas antes el mismo Churchill había enviado a Roosevelt el siguiente telegrama:

> *«Esta puede resultar una conferencia trascendental, al celebrarse en un momento en que los grandes aliados se encuentran tan divididos, y la sombra de la guerra se agranda ante nosotros. En el momento actual considero que el fin de esta guerra resultará aún más decepcionante que el de la anterior contienda».*

Y desde el envío de este telegrama, la división había aumentado, no solo entre los Tres Grandes, sino entre los aliados occidentales. A menos que Gran Bretaña y Estados Unidos consiguiesen resolver sus diferencias al día siguiente, serían muy escasas las posibilidades de lograr algo efectivo en Yalta.

3

Por difícil que resultase a veces que los americanos e ingleses llegasen a un acuerdo, lo cierto es que ambos tenían una herencia cultural común, y que creían con igual firmeza en la democracia. Y lo que era más importante, su idioma y su actitud acerca de la Humanidad eran los mismos. Pero entre ellos y la Unión Soviética se abría un gran abismo, no solo en el aspecto político, sino también en el cultural, y lo que era más importante, en el comportamiento con las personas, que se evidenciaba especialmente en el trato que cada uno de ellos daba a los enemigos civiles.

Hasta la mañana del 1.° de febrero, los habitantes del pueblo de Kurzig,

situado no muy lejos del poblado del coronel Fuller, no habían visto a un solo ruso, ya que no se encontraban junto a la carretera de Küstrin a Francfort. En Kurzig no había electricidad, y por consiguiente no había aparatos de radio. De otro modo los moradores del lugar se hubieran enterado de que las avanzadas de Zhukov ya se encontraban al oeste de ellos. Pero sí escucharon el retumbar de los cañones, y se preguntaron qué medida debían tomar. Friedrich Paetzold, un funcionario policial, se hallaba en la alcaldía con su primo Otto, el alcalde, quemando apresuradamente los documentos del Partido Nazi. A mediodía los dos hombres fueron a su casa a comer, pero Paetzold se hallaba inquieto y salió en seguida a dar un paseo. Divisó entonces a un grupo de hombres que salían del bosque. El que iba delante llevaba un ropaje totalmente blanco, y cada cien metros, aproximadamente, se arrodillaba y miraba a través de unos prismáticos.

Paetzold regresó corriendo a la granja y gritó:

—¡Los rusos están aquí!

Sin detenerse subió apresuradamente hasta su habitación, desde cuya ventana observó a cuatro hombres, que se aproximaban empuñando fusiles ametralladores. Cuando el primer ruso levantó su arma, Paetzold se lanzó al suelo. Trozos de vidrio cayeron sobre su rostro, y otra serie de disparos destrozó una ventana en el piso inferior. Las mujeres que se hallaban en la habitación gritaron aterradas.

Los rusos se apoderaron de todos los relojes, y luego fueron de cuarto en cuarto destrozando los enseres y las vajillas que habían pasado de generación en generación. Paetzold observó afligido cómo los rusos destruían cuanto caía en sus manos, haciéndolo con delectación de vándalos, e incluso arrancando el teléfono, que arrojaron por una ventana. Pensó que parecían chiquillos malcriados.

De improviso, uno de los soldados rusos entró en la habitación con la bandera de un club local de tiro, y con un sable que pertenecía a su primo Otto. El ruso lanzó la bandera al suelo y trató de romper el águila del asta, pero no lo consiguió. Intentó luego desgarrar la bandera, pero la tela era demasiado resistente. Lleno de cólera, empezó a jurar y a saltar sobre la enseña, y Paetzold no pudo evitar una carcajada. En vez de matar a Paetzold, el soldado reaccionó extrañadamente, y se calmó por completo.

El primer grupo de rusos se fue del pueblo sin provocar más incidentes, pero llegaron otros, encontraron una destilería de licores, y una vez borrachos comenzaron a incendiar, a violar mujeres y a matar. *Frau* Lemke, una joven

casada con un soldado, cogió la pistola de su marido y dio muerte a sus dos hijos y luego se suicidó. Su padre se cortó las venas de la muñeca. La granja de la viuda Rettig fue incendiada, y la mujer recibió un balazo y cayó muerta en su jardín. Hacia el anochecer casi todas las casas de Kurzig se hallaban en llamas, y en la calle principal del pueblo se alineaban los cadáveres. Paetzold, junto con sus parientes y una docena más de habitantes del poblado, fueron encerrados en la bodega de la granja, donde tuvieron que esperar, sin saber lo que iba a ocurrirles.

Dos soldados rusos bajaron al fin y cogieron a la mujer que se hallaba más cerca de la puerta, la viuda Semisch.

—¡Ven, haznos la comida! —dijo uno de los rusos.

—¡Allí hay mujeres jóvenes! —exclamó la mujer, señalando hacia la paja, donde se ocultaban dos recién casadas. Pero los soldados probablemente no comprendieron, pues siguieron arrastrándola fuera de la habitación. Entonces su hija, de diez años de edad, se aferró a ella llorando, pero la apartaron. Una hora más tarde la viuda regresó con paso vacilante a la bodega. Tenía el vestido desgarrado, y lloraba fuertemente, mientras se apretaba los costados y gemía:

—¡Mi cintura, mi cintura!

La niña corrió hacia ella, hecha un mar de lágrimas, y exclamó:

—¡Madre querida! ¿Qué te han hecho los soldados?

Nadie dijo una sola palabra en la bodega.

Paetzold se sentía preocupado por Otto, al cual retenían arriba, en la casa. Al fin se deslizó fuera de la bodega, miró en la cocina con su linterna, y luego en otras estancias. Pero todo lo halló vacío. Luego se encaminó hacia dos habitaciones que pertenecían a la madre de Otto. La primera estaba vacía, y en la segunda vio a Otto caído en una esquina, junto al armario, que aparecía perforado por los balazos. Paetzold se inclinó sobre Otto y vio que tenía dos orificios de bala en la cabeza.

Dejóse caer Paetzold sobre una silla, sintiéndose incapaz de ir a contar a la madre y la esposa de Otto lo que había visto. Permaneció allí sentado, hora tras hora, mientras recordaba como él y Otto jugaban de pequeños, y lo mucho que todos le querían, incluso los trabajadores forzados polacos. Se preguntó por qué Dios habría consentido aquello, en lugar de sucederle a Hitler, que había destrozado la vida y la felicidad de tantos seres. Al amanecer regresó a la bodega. Todos le miraron cuando entró en silencio y se sentó ante la madre de Otto.

—Está muerto —dijo ella, serenamente—. Puedo verlo en tu rostro.

Paetzold hizo una señal afirmativa con la cabeza, y después de un largo silencio contó que Otto estaba en el dormitorio de su madre.

—Nunca podré volver a dormir allí —dijo la anciana—. Tendría siempre su imagen ante mis ojos.

4

A las 9,35 del 2 de febrero, el «Quincy», navío de guerra norteamericano, pasó a través de la abertura de red antisubmarina que cerraba la entrada del puerto de La Valetta. Era una mañana calurosa, y el cielo estaba totalmente despejado. Una densa multitud se alineaba a ambos lados del canal. Todos habían acudido a ver al hombre que, vistiendo una chaqueta parda, se sentaba en el puente del buque. El «Quincy» avanzó lentamente y pasó ante el «Orion», que se encontraba amarrado al muelle. Winston Churchill, desde este último buque, vestido con uniforme de la marina y con un cigarro en la boca, saludó con el brazo. La figura sentada en el puente del «Quincy» devolvió el saludo en la misma forma. Se hizo un repentino silencio cuando todos se volvieron hacia Roosevelt. Era, según dijo Eden, «uno de esos momentos en que todo parece acallarse y se comprende que se está marcando un hito en la historia».

De pronto el silencio quedó roto por el rugir de una escolta de «Spitfires» que cruzaron el cielo, así como por el estampido de las salvas y la música de las bandas de los buques amarrados que tocaban «Barras y Estrellas».

Franklin Delano Roosevelt esbozó su forzada sonrisa, evidentemente satisfecho por el recibimiento. Aquello era el comienzo de lo que podía ser la cúspide de su existencia. En los días siguientes, él y otros dos hombres tendrían una ocasión inigualada para crear un mundo mejor.

La edad y el sufrimiento se pintaban en el rostro del presidente norteamericano, pero también se advertía en su semblante un gesto de decisión y de confianza en su propio destino. Cuando en Washington se despidió de su mujer, confirmó las grandes esperanzas que tenía en la conferencia de Yalta.

—Puedo hacer bastante para fortalecer los vínculos personales entre el mariscal Stalin y yo —le dijo.

A pesar de su enfermedad, Roosevelt estaba decidido a dar los pasos

necesarios a fin de asegurar una paz justa y permanente para el mundo. Sus relaciones con Churchill eran inmejorables, casi con el afecto y los sentimientos de dos hermanos. En 1940, cuando la Gran Bretaña se vio en peligro mortal, Roosevelt arriesgó su carrera política enviando ayuda incondicional. Pero después de salvar a aquel hombre que le superaba en edad, Roosevelt insistió en la inmoralidad que para él suponía el colonialismo. No le convencía la frase británica de «gobierno propio dentro de la Comunidad Británica», y siguió decidido a ayudar a los pueblos sometidos —incluyendo los del Imperio Británico—, para que pudieran lograr su libertad.

—Creo que está usted tratando de acabar con el Imperio Británico —le dijo una vez Churchill, en privado.

De aquello no podía caber la menor duda.

—El sistema colonial significa guerra —dijo Roosevelt a su hijo Elliot, en otra ocasión—. Explota los recursos de países como la India, Birmania y Java; les quita todas sus riquezas, y no les proporciona educación, ni buen nivel de vida, ni un mínimo de condiciones sanitarias. Todo lo que hace es negar los valores de cualquier estructura de paz, antes de que esta se inicie.

Pero el colonialismo no era más que uno de los problemas que debían abordarse en Yalta, y poco antes de salir de Estados Unidos, Roosevelt mandó llamar a Bernard Baruch, para que le aconsejase.

—Anoche tuve algunas diferencias con los muchachos, Bernie —dijo Roosevelt, para explicar el temblor que agitaba sus manos, y expresó la esperanza de que pudieran sentarse los cimientos de la paz mundial en la conferencia de Crimea.

Baruch, que en cierta ocasión se calificó acertadamente a sí mismo como un «maestro de lo evidente», estaba ya preparado y le entregó una carta, la cual decía en una de sus partes:

«… La Biblia y la Historia están llenas de casos en que innumerables hombres han llevado a cabo misiones para ayudar a sus semejantes.

»Nunca se ha visto nadie ante las responsabilidades con las que va usted a enfrentarse.

»No solo es el depositario de las esperanzas del mundo, sino que tiene ocasión de hacer que triunfen todas las tentativas anteriores, logrando una paz en que los esfuerzos rindan su fruto…

»Podemos aprender de los errores del pasado. Debe usted triunfar en su misión. Por encima de todo, mis esperanzas y mis plegarias van hacia los que tienen puestos los ojos en usted, y sé que no les defraudará».

Profundamente conmovido, Roosevelt dijo que haría que su secretario, el general Edwin Watson, le leyese toda la carta antes de la entrevista.

—No voy a llevarle conmigo, Bernie —dijo Roosevelt—, pues sé que se marea, pero le prometo que no estableceré ninguna base para un tratado de paz. Cuando lo haga, estará usted sentado junto a papá.

—Evite hacer propuestas de ninguna clase —aconsejó Baruch, colocando su brazo alrededor de los hombros del presidente, y era la primera vez que se tomaba tal confianza—. Y recuerde que en cualquier lugar donde usted se siente, allí estará la cabecera de la mesa.

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Roosevelt, que bajó la cabeza para ocultar aquella desacostumbrada muestra de emoción, y luego quedóse en silencio.

George Marshall fue a informar al presidente, poco después de las once de la mañana del 2 de febrero. Se les unió el almirante de la flota Ernest King. Tanto Marshall como King se asombraron al ver el semblante consumido y macilento que tenía Roosevelt. Sin darse cuenta de la preocupación de los dos hombres, el presidente escuchó con interés el relato de las desagradables entrevistas sostenidas con los militares británicos, y la violenta reacción de estos ante un posible cruce del Rhin por Bradley.

El presidente pidió un mapa, y tras examinarlo detenidamente hizo notar que conocía bien el terreno, ya que en una ocasión había hecho una excursión en bicicleta por la zona comprendida entre Bonn y Francfort, y que por consiguiente aprobada calurosamente el plan de Eisenhower. Marshall y King no querían cansar a Roosevelt, y se marcharon después de media hora de conversaciones. Una vez a bordo de la lancha que les conducía a tierra, seguían tan alarmados por el aspecto del presidente, que se miraron mutuamente, llenos de consternación, pero en presencia de los tripulantes no quisieron hacer comentarios y se limitaron a mover la cabeza, significativamente.

Poco antes del mediodía, Churchill subió a bordo del «Quincy» con su hija Sara y con Eden. Durante la comida que siguió, el primer ministro, aunque no del todo recuperado de su propia enfermedad, dominó la reunión con su agudo ingenio y su brillante conversación. En un determinado momento, Roosevelt hizo notar que la Carta del Atlántico nunca llegó a ser firmada por Churchill, al punto de que el propio Roosevelt tuvo que poner el nombre del primer ministro inglés en su ejemplar. Luego, el presidente dijo, bromeando, que esperaba que Churchill estampase su firma, para dar así validez al documento. Por su parte,

Churchill declaró que habiendo leído recientemente la Declaración de Independencia de Estados Unidos, le divirtió comprobar que la misma se hallaba sintetizada en la Carta del Atlántico.

Después de la comida, Eden dijo a Stettinius que le parecía haber notado al presidente más tranquilo que durante la reunión de Quebec, celebrada el otoño anterior, a pesar de lo cual Eden escribió en su Diario: «*… Da la sensación de que sus energías flaquean*». No obstante las palabras de Eden, Stettinius no se sintió confortado, y aún recordaba la forma en que las manos y el cuerpo de Roosevelt habían temblado durante los recientes discursos. Ya en la comida, Roosevelt hizo notar que había dormido diez horas en la noche del viaje por mar a Malta, pese a lo cual «aún no se sentía del todo despejado».

Aquella misma tarde, el presidente y su hija fueron invitados por el gobernador general de Malta a hacer una excursión de unos cincuenta kilómetros por la isla. El Diario de Roosevelt registró que «*el tiempo era delicioso*». Reanimado por este agradable intermedio, el presidente se encontró por vez primera con Churchill y los jefes de Estado Mayor Conjunto, en la sala de oficiales del «Quincy», a las seis de la tarde. Como de costumbre, Churchill fue el que lo dijo casi todo, mientras que Roosevelt se limitaba a aprobar afirmativamente con la cabeza. El explosivo asunto de la estrategia en el Frente Occidental fue solucionado con sorprendente facilidad cuando Churchill aceptó rápidamente el plan de Eisenhower. Pero luego el primer ministro creó un nuevo problema; el que Marshall tanto temía: sugirió que el mariscal de campo Harold Alexander, que mandaba todas las fuerzas de los aliados en Italia, fuese nombrado delegado de Eisenhower, con la misión de encargarse de todas las operaciones terrestres. Los jefes norteamericanos se opusieron resueltamente. Churchill tomó la negativa con buen talante, y se dio por terminada la entrevista.

Mientras Marshall esperaba para regresar a tierra, Roosevelt le mandó llamar, y le dijo que Churchill seguía deseando que Alexander fuese designado delegado de Eisenhower. Marshall contestó que nunca aprobaría tal medida, y poco después le destituían de su cargo.

5

Aquel mismo día, algo más temprano, Bradley, que se hallaba en Spa,

Bélgica, habló a los comandantes de los ejércitos Primero, Tercero y Noveno de Estados Unidos —tenientes generales Courtney Hodges, George Patton y William Simpson—, acerca del plan de Eisenhower. Cuando estos se enteraron de que Montgomery dirigiría el ataque principal, y de que el Noveno Ejército de Simpson quedaría bajo el mando del mariscal inglés, sus reacciones fueron las que cabía esperar.

Los tres generales eran viejos amigos, con muchas experiencias en común, y el comienzo de sus respectivas carreras militares había sido igualmente negativo. En West Point, Simpson había terminado el último de su clase, en tanto que Patton y Hodges eran suspendidos en 1905. Patton consiguió por fin terminar junto con Simpson en 1909, pero Hodges recibió otro suspenso, esta vez en matemáticas, y comenzó de nuevo desde abajo, como soldado. Los tres habían luchado contra Pancho Villa, en Méjico, y combatieron en el frente durante la Primera Guerra Mundial. Aunque muy diferentes en cuanto a personalidad, todos eran agresivos, extremadamente competentes y se hallaban impacientes por aplastar a los alemanes cuanto antes. Los tres generales escucharon con creciente decepción, mientras Bradley seguía explicando que Hodges y Patton podían seguir con sus reducidos ataques contra la Línea Sigfrido —a la que los alemanes llamaban Muro del Oeste—, hasta que Montgomery llevase a cabo la ofensiva principal. Después de eso, el combate se desarrollaría según se presentasen las circunstancias.

Patton no pudo contenerse, y manifestó que él y Hodges tenían más posibilidades de llegar los primeros al Rhin. Además, consideraba él —y creía que Hodges compartía su opinión—, que el poder ofensivo de las tropas británicas no era muy grande. Para Patton aquella forma de concluir la guerra, por parte de los norteamericanos, era ridícula y poco gallarda. Dijo que todas las divisiones disponibles debían lanzarse al ataque, en cuyo caso los alemanes seguramente no tendrían posibilidades de detener la ofensiva.

6

Tanto Eden como Churchill estaban preocupados porque Roosevelt había evitado hablar con ellos acerca del aspecto político a considerar en Yalta. Para remediar tal situación se concertó con el presidente una cena íntima, aquella

noche, a bordo del «Quincy». Stettinius tuvo la impresión de que durante la cena se aclaró la postura de los americanos y británicos en relación con las Naciones Unidas, con Polonia, y con la conducta a seguir respecto a Alemania, pero Eden no se mostró tan optimista. Según él, no se había llegado a ningún acuerdo, y escribió en su Diario:

> *«… Es imposible tratar del asunto. Hablé airadamente con Harry (Hopkins) acerca de ello, cuando este llegó más tarde, haciéndole notar que íbamos a reunirnos en una conferencia decisiva, y hasta el momento nadie había acordado lo que se iba a discutir, ni cómo debían llevarse las cosas con un Oso que sin duda sabe muy bien lo que debe hacer».*

El presidente Roosevelt, según Eden, era «desconcertante», y tanto él como Churchill estaban inquietos porque no hubiera habido verdaderas consultas angloamericanas a nivel superior. Después de la cena, Roosevelt y Churchill se trasladaron al aeropuerto de Luqa, para marchar en avión al lugar de la entrevista con Stalin. El primer ministro subió a bordo de su cuatrimotor «Skymaster» y se retiró a dormir. El presidente, siempre en su silla de ruedas, fue colocado en un ascensor especial, en el que subió hasta su aparato, un «C-54»[6] transformado. Era la primera vez que Roosevelt empleaba el avión, ya que, además de disgustarle la monotonía del viaje por aire, el presidente consideraba que un avión adaptado especialmente para él, y dedicado únicamente a su uso, constituía un gasto innecesario. A pesar de todo, Roosevelt se hallaba excitado y optimista. Adelante le esperaba la aventura. Le dijeron que su aparato no despegaría hasta varias horas después, por lo cual Roosevelt también se dispuso a dormir.

Hacía frío y el cielo estaba cubierto cuando los 700 conferenciantes destinados a Yalta subieron a los veinte «Skymaster» americanos y a los cinco «York» británicos. El ambiente, en el aeropuerto oscurecido como prevención contra los ataques aéreos, era de gran tensión. De acuerdo con un informe del Servicio de Inteligencia norteamericano, Hitler se hallaba al corriente del lugar exacto en que los Tres Grandes iban a realizar su entrevista. Un vuelo de prueba efectuado tres noches antes por el teniente coronel Henry T. Myers, casi había terminado en un desastre. Al tomar tierra en el aeropuerto de Saky, en la península de Crimea, Myers halló numerosos agujeros en el fuselaje, producidos por disparos antiaéreos. O bien estos habían sido causados al pasar el aparato sobre la isla de Creta, en poder de los germanos, o los artilleros turcos le habían tomado por un avión alemán.

A las once y media, mientras caía sobre Luqa una llovizna fina y helada, el primer avión despegó, emprendiendo su viaje de más de dos mil kilómetros hasta Saki. Otros aparatos siguieron a intervalos regulares, con un plan de vuelo de tres horas y media hacia el Este, seguido de un giro de 90° hacia el Norte, para evitar la isla de Creta. El avión del presidente despegó hacia las tres y media de la madrugada, inmediatamente antes que el de Churchill. Sin escolta y con las luces apagadas, el gran aparato de transporte no tardó en desaparecer entre las oscuras nubes. Cuando el ruido de sus motores se extinguió, la suerte del presidente de Estados Unidos sería una incógnita durante casi siete horas, ya que todos los aparatos en vuelo debían guardar el más estricto silencio.

La primera parte del vuelo transcurrió sin novedad. Pero poco después de que seis cazas «P-38» se hubieron unido al «C-54» de Roosevelt, sobre los montes de Grecia, comenzó a formarse hielo en las alas de los siete aviones. Uno de los cazas tuvo que regresar a Atenas, al quedársele parado un motor. Los hombres del Servicio Secreto se mostraron tan preocupados por el hielo, que estuvieron a punto de despertar al presidente, a fin de prepararle para una eventualidad. Pero el peligro pasó, y poco después del mediodía, hora de Crimea (dos horas de adelanto con Malta), el piloto efectuó el giro de 90° previsto.

A las 12:10 el aparato de Roosevelt tomó tierra en una helada pista de bloques de hormigón sumamente lisa, y se detuvo casi al final de la misma. La región aparecía desprovista de árboles, llana y triste. Mientras el avión se aproximaba a la zona de estacionamiento, los que se hallaban a bordo alcanzaron a ver algunos soldados rusos de flamantes uniformes, que rodeaban el aeropuerto, con sus fusiles ametralladores preparados. Un regimiento seleccionado del Ejército Rojo se aprestaba a recibir a los viajeros, en tanto que una banda militar interpretaba algunas marchas. El ministro soviético de Asuntos Exteriores, Vyacheslav M. Molotov, así como el embajador Harriman y Stettinius, subieron a bordo del aparato para dar la bienvenida al presidente Roosevelt, informándole al mismo tiempo que el mariscal Stalin aún no había llegado a Crimea.

Poco después, a las 12:30, llegó el avión de Churchill escoltado por seis «P-38». Churchill se encaminó hacia el aparato de Roosevelt, y observó cómo bajaban a este en el ascensor y le colocaban en un «*jeep*» ruso —préstamo de los americanos—, bajo la atenta supervisión del jefe de escolta del presidente, Michael Reilly. El comandante de la guardia de honor pronunció un discurso de bienvenida a los dos dirigentes occidentales, y la banda rompió a tocar «Barras y

Estrellas». El vehículo avanzó ante las filas de soldados, marchando junto a él Churchill, con un cigarro de veinte centímetros que parecía un pequeño cañón.

Roosevelt fue trasladado a un automóvil, para recorrer en él los ciento veinte kilómetros que le separaban de Yalta. No había más vehículos en la carretera, la cual aparecía flanqueada cada cien metros por guardias vestidos con largos y pesados capotes, provistos de brillantes correajes. Algunos llevaban gorros de astracán, y otros gorras de vivo color verde, azul o rojo. Cada uno de los centinelas efectuaba un rápido saludo con el fusil en el momento de pasar el automóvil del presidente. La hija de Roosevelt tiró de la manga de su padre y dijo con acento de sorpresa:

—¡Mira, muchos de los centinelas son chicas!

En efecto, colocadas en los cruces había muchachas uniformadas, cada una con una bandera roja y otra amarilla. Si el camino estaba libre, la chica apuntaba con la bandera amarilla hacia el coche, colocaba luego ambas banderas bajo el brazo, y saludaba marcialmente con la mano derecha. Esto no dejó de impresionar a los norteamericanos, que se sintieron más tranquilos acerca de la seguridad de su presidente.

El primer tercio del viaje discurrió a través de un terreno levemente ondulado, desprovisto de árboles y cubierto de nieve, que se parecía bastante a las grandes planicies de Estados Unidos. Pero a diferencia de aquel país, las tierras que atravesaban aparecían cubiertas de tanques destrozados, edificios quemados y otros restos de la contienda. Después de dejar atrás Simferopol, la capital de Crimea, la carretera se hacía sinuosa al ascender por una escarpada cadena montañosa. La caravana de coches se encaminó hacia el mar Negro, y luego hacia el Sur, bordeando la costa. Pasaron por Yalta a las seis, y siguieron aún tres kilómetros en dirección Sur, hasta llegar al fin al palacio Livadia, que sería la residencia de Roosevelt. El palacio, de cincuenta habitaciones, había sido proyectado por Krasnov en estilo Renacimiento italiano, y fue construido durante el reinado del zar Nicolás, en 1911. Situado a unos cincuenta metros sobre el nivel del mar, el edificio de granito blanco daba simultáneamente a las montañas y al mar. Para Stettinius el panorama resultaba admirable, y le recordaba algunas partes de la costa de Estados Unidos en el Pacífico.

Livadia había sido convertido en un sanatorio antituberculoso para trabajadores, después de la Revolución. Los alemanes lo habían saqueado a conciencia, despojándole incluso de sus artesonados. Solo quedaron dos cuadros y una plaga de insectos. Durante los diez días anteriores, los rusos habían

llenado el palacio con muebles y enseres del hotel Metropole, de Moscú, y llevaron un ejército de albañiles, fontaneros, calefactores, electricistas y pintores para que reparasen los innumerables desperfectos. Los parásitos quedaron a cargo de los escrupulosos norteamericanos, y un grupo de hombres del «Catoctin», navío auxiliar de la marina de guerra de Estados Unidos, que se hallaba amarrado en Sebastopol, llevó a cabo la completa desinsectación del edificio.

Roosevelt fue acomodado en el primer piso, que disponía de un comedor privado, estancia que fuera anteriormente el salón de billares del zar. A Marshall le alojaron en el dormitorio imperial, y al austero almirante King en el cuarto tocador de la zarina, lo cual nunca dejaron de recordarle sus compañeros.

Pese a todo este despliegue de lujo, los 216 norteamericanos alojados en el palacio encontraron un grave defecto: solo Roosevelt disponía de baño privado. Además, las camareras rusas entraban en los demás cuartos de aseo sin llamar siquiera, ajenas por completo a la turbación de los sorprendidos americanos.

Churchill y su comitiva abandonaron inmediatamente el aeropuerto y siguieron a Molotov hasta una amplia tienda ovalada, dotada de calefacción, en cuyo interior aparecían unas mesas cargadas de té caliente, vodka, coñac, champaña, salmón y esturión ahumados, caviar y huevos cocidos y pasados por agua, así como mantequilla, queso y pan.

Ya en camino, el viaje a Yalta requirió más de dos veces el tiempo que tardó Roosevelt. Tras la comida de bocadillos, que suministró un precavido oficial de Estado Mayor, el séquito de Churchill se detuvo en Alustha, una pequeña población costera situada al norte de Yalta, donde Molotov les ofreció un pantagruélico almuerzo. Los corteses británicos hicieron lo posible por fingir apetito. Llenos hasta reventar, pasaron ante el palacio Livadia, donde se alojaba Roosevelt, y siguieron diez kilómetros más, hasta avistar el palacio del príncipe Yusupov —el que diera muerte a Rasputin—, donde se alojaría Stalin. Continuaron hacia el Sur, bordeando la costa durante otros seis kilómetros, y al fin llegaron al alojamiento previsto para Churchill, el palacio Vorontsov. Aunque menos grande y lujoso que el palacio Livadia, la residencia era sumamente cómoda. Desde una parte, el edificio parecía un castillo escocés, y desde otra, un palacio árabe. Unos leones tallados flanqueaban la entrada —detalle muy apropiado—, y en el comedor Churchill observó un cuadro que le resultaba

familiar.

—Me parece haberlo visto antes —dijo Churchill al comandante Thompson.

Era un retrato de la familia Herbert, que había visto en Wilton, y que se hallaba allí por haberse casado la hermana del príncipe Vorontsov con un miembro de dicha familia.

Lo mismo que en Livadia, todos los muebles, los aditamientos y el personal de servicio había sido llevado desde Moscú. Cuando el general Hastings Ismay, jefe de Estado Mayor de Churchill, entró en el palacio, reconoció a dos criados que solían servirle en el hotel Nationale, de Moscú. Al hacer estos caso omiso de la sonrisa que les dirigiera, Ismay se sintió profundamente desconcertado, pero en cuanto hubieron quedado a solas, los dos sirvientes cayeron de rodillas y le besaron la mano, tras lo cual se incorporaron rápidamente y salieron de la estancia sin decir una palabra.

7

La víspera de la conferencia que debía decidir el destino de la Alemania de Hitler, los mismos nazis estaban aún juzgando a algunos hombres que habían intentado acabar con el Tercer Reich, y que habían fracasado. El Tribunal del Pueblo ya había condenado a varios centenares, acusados de complicidad en la conjura del 20 de julio. Entre ellos Karl Goerdeler, antiguo *oberbürgemeister* de Leipzig, el cual había escrito la carta secreta a los generales, en 1943:

«… Es un gran error creer que la energía moral de los alemanes se ha desvanecido. Lo cierto es que solo se halla deliberadamente debilitada. La única esperanza de salvación reside en barrer definitivamente el terror y la clandestinidad, restableciendo la justicia y el gobierno adecuado, a fin de conseguir reactivar nuestra moral. No debe asombrarnos que el pueblo alemán tenga sed de justicia, de honradez y realismo para el futuro, como la tuvo en el pasado. Y como en el pasado, los pocos elementos degenerados que no lo querían, deberán ser mantenidos bajo control por el poder legal del Estado.

»La solución más práctica consiste en crear una situación, aunque solo sea por veinticuatro horas, en que pueda decirse la verdad, restableciendo la confianza de que la justicia y el buen gobierno prevalecerán una vez más».

Los procedimientos del 3 de febrero fueron presididos, como de costumbre, por Roland Freisler, presidente del Tribunal del Pueblo. Este era un hombre astuto, de palabra mordaz e indudable capacidad. Ardiente bolchevique en su

juventud, había sido calificado por Hitler como «nuestro Vishinsky», y en los pasados seis meses se había hecho acreedor a tal título. Actuando como fiscal y juez, Freisler atacó, amenazó, ridiculizó, y cuando nada de esto dio resultado, vociferó con toda la potencia de sus pulmones. Su aguda voz podía oírse a buena distancia de la sala donde se celebraba el juicio contra Ewald von Kleit-Schmenzin, un propietario de tierras. Sin inmutarse, Kleist admitió con orgullo haber combatido siempre a Hitler y al Nacional Socialismo. Otros encartados escucharon estas declaraciones y desearon interiormente hacer frente al tribunal con igual dignidad.

Desconcertado ante las respuestas de Kleist, Freisler suspendió repentinamente su caso y reanudó el de Fabian von Schlabrendorff, un joven funcionario, abogado de profesión. Este no solo había tomado parte en la conjura del 20 de julio, sino que colocó una bomba de tiempo en el avión de Hitler, en marzo de 1943, bomba que no llegó a estallar. Desde el día de su detención, Von Schalbrendorff había sufrido una serie de torturas que no le habían hecho confesar ni el nombre de uno solo de sus cómplices. Le habían apaleado con pesados garrotes, le clavaron alfileres en los dedos y le colocaron en las piernas unos artefactos en forma de tubo, forrados interiormente con púas, que se apretaban con un tornillo, punzándole y desgarrándole la carne.

Freisler comenzó por agitar una carpeta que contenía las pruebas contra Von Schlabrendorff, y gritó:

—¡Eres un traidor!

Pero en ese momento sonaron las sirenas de alarma antiaérea y el tribunal suspendió apresuradamente la sesión. Los prisioneros fueron llevados a toda prisa, aherrojados de manos y piernas, al mismo refugio que ocupaba Freisler. Por encima, a unos diez mil metros de altura, casi mil fortalezas volantes de la Octava Fuerza Aérea norteamericana comenzaron a descargar sus bombas. Von Schlabrendorff oyó un estampido ensordecedor, y creyó que había llegado su fin. Cuando el polvo se disipó, vio que una gran viga había caído sobre un funcionario de los Tribunales, y sobre Freisler. Llamaron a un médico, pero Freisler ya estaba muerto. Cuando Von Schlabrendorff vio el cuerpo inerte de Freisler, aferrando aún la carpeta que contenía las pruebas, una amarga sensación de triunfo se difundió por todo su ser, y se dijo a sí mismo: «Los designios de Dios son inescrutables. Yo era el acusado, y él el juez. Ahora él está muerto y yo he quedado con vida».

Los miembros de la Gestapo sacaron a Von Schlabrendorff, a Kleits y a otro

acusado de la bodega, y los condujeron a la prisión de la Gestapo. Era aún mediada la tarde, pero el cielo ya estaba oscureciendo por el humo y las cenizas desprendidas de los incendios. Se veían llamas por todas partes, y hasta el mismo edificio de la Gestapo —a donde iban—, situado en el número 9 de la Prinz Albrechtstrasse, se hallaba incendiado. Pero el refugio antiaéreo había sido levemente afectado, y allí introdujeron a Von Schalabrendorff. Cuando este pasaba ante otro prisionero, el almirante Wilhelm Canaris —antiguo jefe del Servicio de Inteligencia, y conspirador desde hacía mucho tiempo contra Hitler—, se detuvo para gritar:

—¡Freisler ha muerto!

La buena nueva circuló entre los demás prisioneros: el *generaloberst* Franz Halder, antiguo jefe de Estado Mayor del Ejército; el magistrado Carl Sack, y otros más. Con un poco de suerte, los aliados les liberarían antes de que se llevase a cabo el próximo juicio.

8

En el palacio Livadia, Roosevelt pasó una noche tranquila, descansando. Al día siguiente, en el soleado porche que daba al mar, se entrevistó con sus consejeros militares para una breve consulta antes de que los Tres Grandes se reuniesen esa misma tarde. El almirante William Leahy dijo que todo estaban de acuerdo en que Eisenhower debía comunicarse inmediatamente con el Estado Mayor General soviético, y Marshall manifestó que hacerlo por intermedio de los jefes de los ejércitos aliados conjuntos, como querían los ingleses, no era práctico en esos momentos, ya que exigiría una gran pérdida de tiempo, y los rusos se encontraban ya a solo sesenta kilómetros de Berlín.

Los jefes militares aliados se disponían a marcharse, cuando el embajador Harriman se acercó al porche en compañía de Stettinius y de tres funcionarios del Departamento de Estado: Freeman Matthews, Charles Bohlen y Alger Hiss. Stettinius exhortó a los militares a que se quedaran para escuchar la postura del Departamento de Estado en el aspecto diplomático. Asesorado y aconsejado con frecuencia por Matthews, Stettinius enumeró los temas que a su entender debían estudiar los Tres Grandes. Los más importantes eran: el de Polonia, el establecimiento de una organización de Naciones Unidas, la actitud respecto a

Alemania, y el allanamiento de diferencias entre el Gobierno chino y los comunistas. El único que no tomó parte en la discusión fue Hiss.[7]

Roosevelt se mostró de acuerdo en que el Gobierno de Lublin no debía ser reconocido, y pidió un informe sobre Polonia, para entregárselo a Churchill y Stalin.

Stalin había llegado aquella misma mañana, después de un tedioso y cansado viaje en ferrocarril desde Moscú. A las tres de la tarde, cuando iba camino de la primera reunión plenaria de Livadia, Stalin se detuvo ante el palacio de Vorontsov para cumplimentar a Churchill. El dirigente soviético expresó su optimismo acerca de la marcha de la guerra. Alemania estaba quedándose sin pan y sin carbón, y su red de transportes se estaba desmoronando.

—¿Qué harán ustedes, si Hitler se traslada al Sur, a Dresde, por ejemplo? —inquirió Churchill.

—Le seguiremos —replicó serenamente Stalin, y añadió que el Oder ya no constituía ninguna barrera. Por otra parte, Hitler había destituido a sus mejores generales, a excepción de Guderian, «y este es un aventurero», aseguró. Stalin dijo también que los alemanes eran lo bastante necios como para dejar once divisiones acorazadas en los alrededores de Budapest. ¿Acaso no se habían dado cuenta de que ya no eran una potencia mundial, capaz de tener fuerzas en todas partes?

—Aprenderán con el tiempo —terminó diciendo torvamente el mariscal—, pero entonces será demasiado tarde para ellos.

Stalin se despidió de Churchill y salió hacia el palacio Livadia en su gran «Packard» negro, con Molotov y un intérprete, para dar igualmente la bienvenida a Roosevelt. Eran las cuatro y cuarto de la tarde, es decir, cuarenta y cinco minutos antes de la hora concertada para la inauguración de la conferencia, cuando los soviéticos entraron en el despacho del presidente americano. Roosevelt agradeció a Stalin los esfuerzos realizados a fin de acomodarle convenientemente. Bohlen hizo de intérprete, ya que hablaba el ruso con facilidad. Aparte de Roosevelt fue el único norteamericano presente en aquella entrevista. Luego el presidente americano bromeó acerca de las muchas apuestas que se habían cruzado durante su viaje por mar, sobre si los rusos llegarían a Berlín antes de que los americanos entrasen en Manila. Stalin reconoció que probablemente los norteamericanos llegarían antes a su meta, ya que «actualmente se desarrolla una lucha muy dura en el frente del Oder».

Después Roosevelt dijo a Stalin que le había impresionado grandemente la devastación reinante en la zona de Crimea, que habían atravesado, lo que le había hecho considerar «más sanguinarios» a los alemanes de lo que creyera un año antes.

—Espero que volverá usted a proponer en un brindis la ejecución de cincuenta mil oficiales del ejército alemán —añadió Roosevelt.

Stalin replicó que todos deseaban vengarse de los alemanes, y que la destrucción de Crimea no era nada comparada con la de Ucrania.

—Los alemanes son unos salvajes, y parecen aborrecer con odio reconcentrado todas las obras creadoras de los seres humanos —manifestó Stalin.

Después de comentar brevemente la situación militar, Roosevelt inquirió de Stalin acerca de la reunión que había tenido con el general De Gaulle en su entrevista de diciembre, celebrada en Moscú.

—No me parece que De Gaulle sea una persona demasiado complicaba —replicó Stalin—. Pero creo que no está acertado, en el sentido de que Francia no ha luchado mucho en esta guerra, a pesar de lo cual exige igual trato que los americanos, ingleses y rusos, que han llevado el peso de la lucha.

Roosevelt, a quien disgustaba el dirigente francés y que le consideraba solo como un mal necesario, manifestó que en Casablanca De Gaulle se había comparado con Juana de Arco. Stalin apreció tanto la anécdota que llegó a sonreír un poco. Tras mostrarse solo cortésmente deferente con Churchill, ahora se manifestaba afable con el presidente americano. Lo cierto es que ambos congeniaron tanto que comenzaron a hacerse confidencias. Roosevelt informó a Stalin acerca de un reciente rumor sobre que Francia no proyectaba anexionar ningún territorio alemán, sino que deseaba colocarlo bajo control internacional. Stalin movió afirmativamente la cabeza y repitió lo que De Gaulle le había dicho en Moscú: el Rhin era la frontera natural de Francia, y deseaba que hubieran tropas francesas estacionadas allí permanentemente.

Este cambio de impresiones proporcionó tal confianza a Roosevelt, que anunció que iba a decir algo quizá indiscreto; algo que no comentaría con Churchill: después de terminada la guerra, los ingleses deseaban que Francia situase una fuerza de 200 000 hombres a lo largo de su frontera oriental, para detener cualquier ataque de los alemanes, hasta tanto Inglaterra hubiese reorganizado su propio ejército.

—Los ingleses son un pueblo original —añadió enigmáticamente Roosevelt

—. Quieren tener el pastel y comérselo al mismo tiempo.

Stalin escuchaba con gran interés, y Roosevelt prosiguió señalando las dificultades que había tenido con los británicos en relación con las zonas de ocupación de Alemania.

—¿Cree usted que Francia debe poseer una zona de ocupación? —inquirió el mariscal a Roosevelt.

—No me parece mala idea —contestó este—, pero sin concesiones de ninguna clase.

—Solo así se le proporcionaría una zona —dijo Stalin, con firmeza. Molotov, callado hasta aquel momento, apoyó a Stalin con la misma energía. Era un negociador duro y flemático, al que Roosevelt llamaba «mula de piedra», ya que era capaz de permanecer a lo largo de toda una conferencia repitiendo una y otra vez la misma proposición.

El presidente comprobó que eran las cinco menos tres minutos, por lo que sugirió que se trasladasen al salón de conferencias, donde ya estaba reunido el personal militar de los Tres Grandes. Roosevelt prefería que hubiera la menor cantidad de testigos, cuando se presentaba a una de esas entrevistas. Sentado en un escabel montado sobre ruedecillas, el presidente fue introducido en la amplia estancia, usada antiguamente por el zar Nicolás como salón de banquetes y de baile. Al llegar a la gran mesa de conferencias, Roosevelt se pasó él mismo a un sillón, con sus musculosos brazos. Bohlen tomó asiento a su lado, dispuesto a hacer de intérprete.

En ese momento, los fotógrafos militares se dedicaron a sacar fotografías, mientras Stalin, Churchill, Stettinius, Eden, Molotov, Marshall, Brooke y otros dirigentes políticos y militares tomaban asiento en sus respectivos sitios. Los consejeros se colocaron detrás de sus jefes. En total, diez norteamericanos, ocho ingleses y diez rusos se situaron alrededor de la mesa, dispuestos a iniciar la trascendental reunión. La importancia de su misión les abrumaba a todos, y entre ellos se oían toses nerviosas y frecuentes carraspeos.

Stalin abrió la sesión sugiriendo que Roosevelt hiciese las reseñas iniciales, como había hecho en Teherán. Los americanos que veían por vez primera a Stalin se asombraron de lo bajo que era —medía un metro sesenta y cinco centímetros— y de su afable manera de expresarse.

Roosevelt dio espontáneamente las gracias a Stalin, y comenzó diciendo que el pueblo al que representaba deseaba la paz por encima de todas las cosas, y el rápido fin de la guerra. Puesto que en ese momento se entendían mejor que

anteriormente, consideraba adecuado proponer que las conversaciones se desarrollasen sin protocolo alguno, de modo que todos pudieran expresarse con plena franqueza y libertad. Propuso que se hablase primeramente del aspecto militar «especialmente del punto principal, el concerniente al Frente Oriental».

El general Alexei Antonov, delegado soviético del Estado Mayor, leyó una declaración sobre el desarrollo de la nueva ofensiva, que fue seguida de un conciso resumen de Marshall acerca del Frente Occidental. Stalin dijo entonces que Rusia tenía 180 divisiones en Polonia, contra 80 los alemanes. La superioridad de la artillería era abrumadora, hallándose en una proporción de cuatro piezas por cada una germana. Había 9000 carros de asalto soviéticos, y el mismo número de aviones en un frente relativamente reducido. Stalin terminó preguntándose qué era lo que los Aliados esperaban del Ejército Rojo.

Churchill, hablando también con espontaneidad, expresó la satisfacción de Inglaterra y Norteamérica por el poderío y el éxito de la gran ofensiva soviética, y pidió únicamente que las tropas rusas continuaran con su ataque.

—La ofensiva actual no es el resultado de los deseos de los Aliados —replicó Stalin, un poco ásperamente, e hizo hincapié en el hecho de que la Unión Soviética no estaba obligada, por un tratado como el de Teherán, a llevar a cabo una ofensiva de invierno.

«Digo esto solo para poner de manifiesto el espíritu de los dirigentes soviéticos, quienes no solo han querido cumplir con sus obligaciones normales, sino que han ido más lejos, y han actuado en la forma que mejor podían cumplir con un deber moral, en relación con sus aliados».

Siguió diciendo Stalin que a petición de Churchill había lanzado la gran ofensiva soviética con tiempo suficiente para quitarles algún peso a los norteamericanos en la batalla de Bulge. Por lo que se refería a continuar con el ataque, afirmó que el Ejército Rojo seguiría con él, siempre que el tiempo y el estado del terreno lo permitiesen.

Roosevelt había solicitado franqueza, y la estaban obteniendo. El presidente hizo algunas observaciones conciliadoras, y Churchill se le unió, expresando su total confianza en que el Ejército Rojo apresuraría el avance mientras fuese posible.

Con esta única excepción, el tono de la primera asamblea plenaria, según hizo notar Stettinius, fue «de plena cooperación», y todo el mundo se mostraba del mejor talante cuando se levantó la sesión a las siete menos diez. Un momento más tarde, dos miembros del NKVD, identificados como

guardaespaldas de Stalin, perdieron el rastro de este. Una contenida sensación de pánico se extendió por los corredores mientras los dos hombres le buscaban activa y silenciosamente… hasta que le vieron salir sin prisas de los lavabos.

El primer día de la conferencia terminó con una cena de gala en el palacio Livadia, que ofreció e] presidente a sus dos colegas, invitando a los ministros de Asuntos Exteriores y a unos pocos consejeros políticos, catorce en total. La cena fue una combinación de platos rusos y norteamericanos: caviar, esturión y champaña ruso; pollo asado al gusto del Sur, hortalizas y tarta. Se propusieron numerosos brindis, y Stettinius observó divertido que Stalin, después de beber la mitad de su vaso de vodka, lo llenaba otra vez con agua, furtivamente. El observador Stettinius, que tomó una nota detallada de la conferencia, también observó que el mariscal prefería los cigarrillos americanos.

Cuando Molotov brindó por Stettinius, y expresó su deseo de verle en Moscú, Roosevelt dijo en tono de broma:

—¿Cree usted que Ed se comportará en Moscú como Molotov en Nueva York?

Con eso quiso dar a entender que «mula de piedra» lo había pasado muy bien, en la gran ciudad americana.

—Le queda el recurso (a Stettinius) de ir a Moscú de incógnito —bromeó a su vez Stalin.

El ambiente se hizo cada vez más liberal, y Roosevelt, al fin, dijo a Stalin:

—Hay algo que quiero decirle. El primer ministro y yo hemos intercambiado telegramas constantemente, desde hace dos años, y tenemos un término para designarle a usted; es «el tío Joe». La mandíbula de Stalin se cerró con fuerza, y luego preguntó secamente qué quería decir el presidente. Los norteamericanos no le entendían, pero el tono de su voz no dejaba dudas, y se hizo la pausa necesaria para la traducción, lo que motivó que la tensión aumentase.

Por último, Roosevelt dijo que era un término afectuoso, y ordenó otra ronda de champaña.

—¿No es hora de regresar? —adujo Stalin.

Cuando Roosevelt contestó que todavía no se lo parecía, el mariscal dijo fríamente que era tarde y que tenía algunos asuntos militares por resolver. Entonces, James Byrnes, director de la Oficina de Movilización de Estados Unidos, trató de salvar la situación, y dijo:

—Después de todo, si ustedes hablan siempre del tío Sam, ¿qué tiene de malo hablar del tío Joe?

Molotov, en un desacostumbrado papel de pacificador, se echó a reír y agregó:

—No se preocupen, el mariscal les está tomando el pelo. Ya sabíamos eso desde hace dos años. Y en toda Rusia se le conoce como «el tío José».

No estaba muy claro si Stalin se había ofendido, o solo lo fingía, pero el caso es que prometió quedarse hasta las diez y media. Churchill, maestro consumado en tales momentos, brindó por la histórica entrevista. El mundo entero les estaba observando, dijo, y si tenían éxito, seguirían un centenar de años de paz para el mundo. Los Tres Grandes, que habían luchado en la guerra, deberían mantener la paz.

El brindis, y tal vez su oportunidad, espolearon el sentido de responsabilidad de Stalin, el cual alzó su copa y declaró que los Tres Grandes habían cargado con el peso de la guerra, liberando a los países pequeños de la dominación nazi. Algunas de las naciones salvadas, añadió irónicamente, parecían creer que las tres grandes potencias estaban obligadas a derramar su sangre para liberarlas.

—Y ahora critican a las potencias por no tener en consideración los derechos de los países pequeños —añadió, manifestando luego que a pesar de ello estaba dispuesto a unirse a Norteamérica e Inglaterra en la protección de tales derechos.

«Pero no consentiré que ninguna acción de ninguna potencia importante, esté sometida a la crítica de los países pequeños». Por el momento, Stalin y Churchill se hallaban de acuerdo, aunque Roosevelt disentía.

—El problema que presenta el trato con las naciones pequeñas —manifestó el presidente americano— no es tan sencillo. En Estados Unidos, por ejemplo, hay numerosos polacos que se hallan interesados en el futuro de su país.

—Pero de sus siete millones de polacos, solo votan siete mil —replicó Stalin —. Lo he estudiado concienzudamente y sé que tengo razón.

Roosevelt era demasiado cortés para decir que aquello era ridículamente inexacto, y Churchill, en una evidente tentativa por cambiar de tema, brindó por todas las masas proletarias del mundo. Ello originó una animada discusión acerca de los derechos del pueblo para autogobernarse.

—Aunque se me tacha constantemente de reaccionario, de los presentes soy el único que puedo ser destituido de mi cargo, en cualquier momento, por sufragio de mi pueblo —aseguró Churchill—. Personalmente, me produce una gran satisfacción semejante riesgo.

Cuando Stalin hizo notar jocosamente que el primer ministro parecía temer esas elecciones, este comentó:

—No solo no las temo, sino que estoy orgulloso del derecho que tiene el pueblo inglés de cambiar de Gobierno cada vez que lo juzgue conveniente.

Poco después Stalin reconocía que estaba dispuesto a colaborar con Gran Bretaña y Estados Unidos para proteger los derechos de las naciones pequeñas, pero de nuevo insistió que no aceptaría sus censuras. Esta vez fue Churchill quien no se mostró de acuerdo. Dijo que no debía interpretarse como si las demás naciones fuesen a dictar su parecer a las grandes potencias. Estas tenían el deber de ejercer su supremacía con moderación y con manifiesto respeto hacia los derechos de los países pequeños.

—El águila —dijo Churchill, citando una frase conocida— puede permitir que canten los pajarillos, sin cuidarse de lo que cantan.

Roosevelt y él se hallaban de acuerdo en ese momento, y era Stalin el tercero en discordia. Pero aquello no era más que una afable contienda, una prueba que se realizaba, bajo el efecto del vodka y el champaña, de los asuntos que deberían tratarse. Stalin mostró hallarse tan a gusto, que permaneció hasta las once y media de la noche, y cuando él y Roosevelt abandonaron la estancia, ambos se hallaban sumamente satisfechos. Eden, en cambio, aparecía taciturno. Para él había sido una «terrible reunión». Roosevelt se había mostrado «impreciso e ineficaz», en tanto que Churchill «hizo demasiados discursos para tratar de arreglar las cosas». Por lo que se refería a Stalin, su actitud acerca de las pequeñas naciones impresionó a Eden como «sombría», por no decir siniestra. El ministro inglés se sintió sumamente aliviado cuando «el asunto hubo concluido». Pero las discusiones aún no habían terminado. Cuando Eden y Churchill se dirigían hacia su automóvil, en compañía de Bohlen, el primer ministro hizo notar que debía permitirse que cada república integrante de la Unión Soviética tuviera un voto en las Naciones Unidas, asunto este al que se oponían los norteamericanos. Eden perdió la paciencia y defendió el punto de vista norteamericano con vehemencia. De viva voz, Churchill respondió ásperamente que todo dependía de la unidad de las tres grandes potencias. Afirmó que sin eso el mundo se vería sujeto a una tremenda catástrofe, por lo que cualquier cosa que contribuyera a mantener esa unidad recibiría su apoyo.

—¿Cómo un acuerdo semejante puede atraer a las naciones pequeñas a esa organización? —inquirió Eden, y añadió que personalmente consideraba que la idea no encontraría apoyo entre el público inglés.

Churchill se dirigió a Bohlen inquiriendo cuál era, según él, la solución de Norteamérica a la cuestión del voto.

Bohlen contestó diplomáticamente con una broma.

—La propuesta americana me hace recordar la anécdota del hacendado que entregó una botella de whisky a un negro, como regalo. Al día siguiente, el plantador preguntó al negro que cómo había encontrado el whisky. «Perfecto», dijo el negro. El hacendado inquirió lo que quería decir con eso. «Digo que de haber sido mejor, usted no me habría regalado el whisky, y si hubiera sido peor, yo no hubiese podido beberlo».

Churchill miró pensativamente a Bohlen, y después de un momento dijo:

—He comprendido.

Capítulo cuarto

«¡Pan por pan, sangre por sangre!»

1

Alemania, atacada por el Este y el Oeste, también recibía embates desde el aire. Por más que la situación desastrosa del Frente Oriental se ocultaba en parte a los alemanes —y a Hitler—, casi todo el mundo en Alemania, incluyendo al mismo Führer, estaba en peligro, tratándose de ese tipo de combate. El 4 de febrero, Martin Bormann escribió a su esposa Gerda acerca del penoso estado en que se encontraba el cuartel general del Führer.

«Amada mujercita:

»En este preciso momento acabo de refugiarme en la oficina de mi secretario, que es la única habitación que conserva algunos cristales, por lo que se encuentra aceptablemente templada… El jardín de la Cancillería presenta un aspecto desolador. Se ven profundos agujeros, árboles caídos y caminos obstruidos por los escombros. La residencia del Führer ha sido alcanzada varias veces. Del salón de banquetes y de los invernaderos no quedan más que algunos restos de paredes, y el vestíbulo de Wilhelmtrasse, donde generalmente montaba guardia la Wehrmacht, ha quedado destruido por completo…
»A pesar de todo, tenemos que seguir trabajando activamente, ya que la guerra continúa en todos los frentes. Las comunicaciones telefónicas siguen siendo deficientes, y la residencia del Führer y la Cancillería del Partido todavía permanecen incomunicadas con el mundo exterior…
»Para completar la situación en el Barrio Gubernativo se carece de electricidad y de agua. Tenemos un carro cisterna ante la Cancillería del Reich, y ese es nuestro único suministro para cocinar y lavarnos. Y lo peor de todo, según me dice Müller, son los excusados. Esos cerdos del Kommando los utilizan constantemente, y ni uno solo se molesta siquiera en echar un cubo de agua…».

Aquel mismo día Bormann escribió a su «querida mami» acerca del

hundimiento del Frente Oriental, detallándole la situación mejor de lo que se la revelaban al mismo Führer.

«… La situación no se ha estabilizado en absoluto. Cierto es que hemos enviado algunas reservas, pero los rusos tienen muchos más tanques, cañones y otras armas pesadas, y contra ellos la resistencia más desesperada de la Volkssturm resulta impotente…

»No te escribiría todo esto, si no supiera que en ti tengo una camarada nacional socialista muy valiente y comprensiva. A ti te puedo escribir con franqueza, contándote lo muy desagradable, o para ser sincero, lo muy desesperada que es la situación, pues bien sé que tú, lo mismo que yo, nunca perderemos la fe en una victoria final.

»En esto, querida mía, sé que no te exijo más de lo que tú puedes dar, y esa es la razón por la que me doy cuenta, en estos días dramáticos, del tesoro que tengo en ti…

»Hasta el momento nunca había llegado a advertir la suerte que significa tener a una nacional socialista tan decidida como esposa, como compañera, como madre de mis hijos, y tampoco he apreciado debidamente mi inmensa fortuna al tenerte a ti y a los niños…

»A ti, querida mía, hermosa criatura, que eres el mayor tesoro de mi vida».

La dedicación total a los asuntos del Partido Nazi hacía que el amor de ambos esposos resultase algo singular. Después de seducir a la actriz «M», Bormann contó a Greta todos los detalles en una larga carta, declarándose un individuo dichoso, que se hallaba entonces «doble e increíblemente feliz por estar casado». Ella le contestó que la noticia la llenaba de contento y que era «una gran vergüenza que a tan buenas chicas se les negase el tener hijos». Luego dijo que era una pena que ella y «M» no pudiesen comparar notas y trabajar en equipo, para de ese modo proporcionar al Führer una cosecha regular de miembros del Partido. Los diez hijos que ella y Martin habían producido no eran suficientes, por lo visto.

El coronel Fuller, situado en el centro de la tormenta acerca de la cual escribía Bormann, se hallaba redactando una carta para el comandante del cuartel general ruso más próximo, establecido en Friedeberg:

«Estoy impaciente por que sepa usted de nuestra presencia aquí, a fin de que informe de nosotros al oficial ruso encargado de hacer que nos reunamos con nuestras propias fuerzas.

»En este momento no necesitamos alimentos. Sin embargo, nos estamos quedando sin harina para hacer pan, debido a que no llega ahora la corriente eléctrica a este pueblo, y el molino no puede funcionar…

»Quiero aprovechar esta ocasión para recomendarle al capitán Abramov, quien el 3 de febrero, en este pueblo, actuó rápida y enérgicamente para evitar un acto de violencia…».

Abramov era un afable oficial de enlace soviético que había llegado a

Wugarten a tiempo para salvar a una mujer alemana de ser violada por un teniente ruso borracho. Pocas horas después de que Abramov se hubo marchado para Friedeberg, aumentó el fragor que de la batalla llegaba desde el norte. Un coronel ruso informó a Fuller que los tanques alemanes estaban contraatacando, y ordenó que se excavasen trincheras al norte del pueblo para rechazar un posible ataque.

Al anochecer el estampido de los cañones se oía tan cerca, que Fuller decidió ir en busca del coronel ruso, llevándose a Bertin como intérprete. Dos kilómetros más adelante fueron detenidos por un centinela que, lleno de sospechas, les condujo por la nieve hasta un extenso grupo de tanques situados en el centro del valle. Allí les detuvieron otros dos centinelas y un oficial que comenzó a hablar en voz alta y amenazadora.

Bertin cogió por un brazo a Fuller y dijo:

—Coronel, quieren fusilarnos. ¡Creen que somos francotiradores!

Tras una larga discusión, el oficial manifestó que podían seguir hasta el cuartel general, y concluyó diciendo:

—¡Si le ocurre algo a un soldado ruso, esta noche, este —dijo señalando a Fuller— será fusilado!

El cuartel general se hallaba instalado en una granja cercana. Todo el mundo bebía, y algunos oficiales yacían en el suelo, totalmente borrachos. El comandante, un capitán, también creyó al principio que eran francotiradores, pero cuando se convenció de que Fuller era realmente americano, comenzó a proponer brindis por Stalin y el Ejército Rojo.

No obstante, y como toda la zona iba a quedar aislada por el avance de los tanques alemanes, el capitán creyó conveniente escoltarles hasta la retaguardia. Se encaminaban ya hacia Wugarten, cuando se aproximó a ellos un soldado al galope de su caballo, enarbolando con gesto fiero un fusil ametrallador.

—*Amerikansky!* —gritó el capitán, en el momento en que el soldado apuntaba con su arma a Fuller. Pero el hombre se hallaba demasiado borracho para comprenderle, y comenzó a amenazar al mismo capitán ruso. Solo después de una larga y acalorada discusión el soldado se marchó y los dos hombres pudieron llegar a salvo a Wugarten.

Al día siguiente, por la mañana, un pequeño biplano tomó tierra en un campo cercano. Dos oficiales que salieron del mismo, pidieron los nombres de los prisioneros de guerra aliados que había en el pueblo, a fin de confeccionar una lista para su repatriación. Los recién llegados informaron también que diez

oficiales norteamericanos del grupo de Fuller se hallaban ya camino de Odesa, para ser repatriados a su país. Uno de ellos era George Muhlbauer, cuyo nombre había estado empleando el antiguo guardia intérprete, el alemán Hegel. Fuller volvió a bautizarle rápidamente con el nombre de primer teniente George F. Hoffmann, con número de serie del Ejército 0-1293395. También le hizo una nueva biografía: había sido entrenado en Fort Benning, Georgia, integrando posteriormente los efectivos del COS en Virginia. Luego sirvió con Fuller en el 109° regimiento, siendo capturado en la batalla del Bulge. Desde ese día Fuller interrogó continuamente a Hegel, despertándose incluso a altas horas de la noche para que le repitiese lo aprendido.

2

Otros tres mil norteamericanos capturados en el Bulge acababan de llegar al Stalag IIA, localizado en las alturas que dominaban Neubrandenburg, a unos ciento sesenta kilómetros al norte de Berlín. Además, de los norteamericanos, había, en grupos separados, entre servios, holandeses, polacos, franceses, italianos, belgas, ingleses y rusos, más de 75 000. El campamento era para soldados rasos y solo había allí dos oficiales norteamericanos, un médico y el padre Francis Sampson, capellán católico capturado cerca de Bastogne, cuando trataba de pasar medicamentos tras las líneas alemanas. El capellán había sido un hombre robusto, optimista y lleno de buen humor, pero en esos momentos se hallaba enflaquecido y enfermo…, aunque con el mismo buen humor. Los alemanes consintieron que permaneciese con los soldados a causa de que un comprensivo médico servio hizo creer al comandante del campamento que el padre Sampson tenía pulmonía doble y no podía ser trasladado.

Una mañana, a comienzos de febrero, el padre Sampson encabezó una delegación de norteamericanos hasta el almacén para recoger los primeros paquetes de la Cruz Roja de Estados Unidos que llegaban al campamento. El grupo de hombres desnutridos se reunió alrededor de las grandes cajas de cartón, todos pensando en alimentos. El padre Sampson recordó en ese momento su primera comida en el campamento: sopa de repollo con unos pocos trozos de nabo y muchos gusanillos flotando en la superficie. Uno de los hombres, mirando al sacerdote con gesto de pesadumbre, manifestó:

—Lo único que lamento es que los gusanos no están lo suficientemente gordos.

Con ansioso ademán abrieron las cajas de la Cruz Roja. Se produjo un silencio lleno de expectación, y luego se oyó una serie de maldiciones que superaban a todo lo que el padre Sampson había oído durante dieciocho meses de convivencia con los paracaidistas. Dentro de los paquetes aparecían raquetas de tenis, pantalones de baloncesto, paletas de ping-pong, centenares de juegos y muchas hombreras para camisetas de rugby.

Por la tarde, el padre Sampson visitó el hospital por vez primera, situado a alguna distancia del grupo americano, y atendido por médicos servios y polacos. El padre estuvo viendo cómo un médico polaco amputaba las dos piernas a un joven soldado americano, aplicando luego papel higiénico en vez de gasas, y periódicos como vendajes. Hubo que amputar, a causa de la gangrena que se le había declarado al helársele los pies durante las prolongadas marchas y el viaje en tren por todo el territorio alemán. Con las lágrimas deslizándose por sus mejillas, el médico contó al capellán que este era el quinto norteamericano que perdía ambas piernas. A otros dieciocho se les había amputado una sola.

Mientras el padre Sampson hablaba con otros pacientes americanos —la mayoría de ellos enfermos de disentería o de pulmonía—, se presentó un guardia alemán con el bigote recortado a lo Hitler. Era el hombre más odiado del campamento. Le llamaban «el pequeño Adolfo», y aunque solo era cabo, tenía un cargo destacado en el Partido, y hasta el mismo comandante del campo le respetaba. En Stalag IIA, la palabra del «pequeño Adolfo» era ley, y los demás centinelas, que generalmente trataban bien a los prisioneros, decían que él se hallaba siempre detrás de cualquier atrocidad que se cometía.

«El pequeño Adolfo», que al padre Sampson le recordaba un empleadillo, gustaba discutir con él acerca de «cultura» y «civilización», por lo que en ese momento se dirigió al capellán y le preguntó:

—¿Qué le parecen los bolcheviques? ¿Cómo pueden ustedes justificar el ser aliados de los ateos rusos?

—A mi entender el Gobierno comunista y el Gobierno nazi son dos gatos de la misma raza —contestó el sacerdote—. En este momento, los nazis son los más peligrosos, debemos emplear cualquier medio para librarnos de ellos.

—¡Está usted loco! —exclamó «el pequeño Adolfo»—. Por si no sabe la verdad, deje que le demuestre lo cerdos que son los rusos.

Y al decir esto señaló hacia los alojamientos soviéticos, que estaban

increíblemente sucios, y cuyo hedor se extendía por todo el campamento.

—Sí; viven en una pocilga —admitió el padre Sampson—. Pero no resulta fácil tener aquí las cosas limpias.

—Veo que no lo comprende. Otras gentes son más aseadas. Hay varios profesores en el grupo de los rusos. He hablado con ellos y sé que son sus mejores intelectos. Sin embargo, no saben diferenciar la cultura y la civilización.

—Es solo una cuestión de semántica.

—No; usted no lo entiende. Es que esas gentes no advierten la diferencia. Esos rusos no son seres humanos. ¿Sabe usted que cuando muere un hombre no lo dicen y le tienen ahí días y días?

—Es para aprovechar las raciones de los muertos —contestó el sacerdote.

De 21 000 rusos que habían entrado al campamento, solo quedaban con vida 4000. El resto había muerto de hambre.

—El médico de ustedes, el doctor Hawes, ha examinado algunos de esos cuerpos, comprobando que se trataba de canibalismo —manifestó «el pequeño Adolfo».

El capitán Cecil Hawes había confirmado el hecho. De todos modos, el padre Sampson no podía hacer responsables a los rusos de sus actos. Después de haber estado él mismo durante siete semanas sin comer, sabía perfectamente que un hombre hambriento hacía cualquier cosa por seguir viviendo.

El «pequeño Adolfo» condujo al padre Sampson a la parte del hospital reservada exclusivamente a los rusos. Aquello era una cámara de horrores. Los moribundos yacían tendidos en el suelo, tan apretados, que sus miembros se confundían. Se arañaban y escupían unos a otros, empujándose débilmente. Algunos miraron al padre Sampson con ojos vacíos, que no reflejaban sentimiento alguno. Pero todos parecían comprender que iban a morir muy pronto. El único que los cuidaba era un sacerdote francés, aparentemente muy joven, que parecía tener poco más de veinte años. Por todo el campo se decía que daba a los rusos paquetes de comida que recibía, y que pasaba casi todo su tiempo con ellos. El padre Sampson observó mientras el sacerdote francés les atendía cuidadosamente, ignorando la absoluta falta de agradecimiento de sus pacientes.

—¡Vea usted! ¡Son como animales! —comentó «el pequeño Adolfo».

En el momento en que desapareció el alemán, el «joven» sacerdote, que en realidad tenía cerca de cincuenta años, se acercó al padre Sampson y le dijo que iban a sacar un camión lleno de cuerpos humanos.

—¡Y algunos están vivos, padre! —dijo el sacerdote francés—. Se libran de ellos tan pronto como pueden.

Los germanos no le dejaban acercarse al camión, y el francés rogó al padre Sampson que hiciera algo, cualquier cosa. El padre Sampson se apresuró y llegó a tiempo para ver un gran camión cargado de cuerpos que se dirigía hacia el cementerio. Vio algunos brazos y piernas que se movían débilmente. Iban a enterrar vivos a muchos hombres, y lo único que podía hacer era mirar pasivamente.

Horrorizado, el padre Sampson se dirigió hacia la puerta principal, donde un ruso estaba siendo registrado por un guardia. Este hizo desabrochar el cinturón al prisionero, y entonces le cayó a los pies una pieza de pan. El guardia lo recogió, pero el ruso se lo arrebató, y por más que le hundían la bayoneta en el cuello, el prisionero no soltaba el pan. El guardia pegó con la culata de su fusil en la cabeza del ruso, y cuando este cayó al suelo siguió golpeándole y dándole patadas. A pesar de todo el prisionero seguía aferrado a su pan. «¿Quién es el animal?», pensó para sus adentros el padre Sampson.

En un alemán deficiente, el americano se dirigió al centinela:

—Soy sacerdote —le dijo una y otra vez, señalando su crucifijo, pero el castigo continuaba. El padre Sampson se arrodilló junto al ruso, murmurando una plegaria. El guardia vaciló, intimidado por el crucifijo, o quizá por sus insignias de capitán, y ordenó a dos compañeros que llevasen al ruso al pabellón de los guardias. Mientras le llevaban en vilo, el prisionero seguía aferrado a su pieza de pan.

A pocos kilómetros al este de Francfort del Oder, el Ejército Rojo acababa de detener a otra caravana de alemanes que huían, y los estaban haciendo salir de los carros en que se hallaban. Unos muchachos y niñas fueron separados de sus padres y puestos en fila en una zanja, mientras un oficial ruso exclamaba:

—*Khleb za khleb, krov za krov*!

Uno de los alemanes, Irwin Schneider, que contaba dieciséis años de edad, sabía que aquello quería decir: «¡Pan por pan, sangre por sangre!».

Los muchachos mayores cayeron de rodillas, suplicando y sollozando, cuando observaron que varios soldados alzaban sus fusiles ametralladores. Pero el oficial no hizo caso de las súplicas, y las balas comenzaron a segar las filas de los jóvenes. Schneider sintió un pinchazo en un brazo y vio a los otros

muchachos que caían a su lado, mientras pálidas manchas rojas aparecían en la nieve. Luego un objeto redondo voló por el aire hacia él, antes de que se diera cuenta de que era una granada, se oyó una aterradora explosión, y se vio levantado en vilo como en una pesadilla. Algún tiempo después, el martilleo que oía en su cabeza cesó, y consiguió mover los dedos de las manos. Luego hizo lo propio con el resto del cuerpo, y oculto por el humo se arrastró cautelosamente fuera del montón de cuerpos —algunos de los cuales aún se movían— hasta esconderse en unos matorrales cercanos. Oyó gritos salvajes, seguidos de detonaciones con las que se eliminaba metódicamente a los muchachos que quedaban vivos. Por último cesó el estrépito, y solo se alcanzó a oír el gemido de los padres de los chiquillos muertos.

En esa ocasión, los rusos habían matado a sangre fría, inspirados por propagandas tales como la de Ilya Ehrenburg, que exhortaba a tomar venganza:

«Las ciudades alemanas no tienen alma… Todas las trincheras, las fosas y las cunetas llenas de cadáveres de inocentes, avanzan hacia Berlín…

»Las botas de los hombres y los zapatos de los niños asesinados con gas en Maidenek, marchan sobre Berlín… No debemos olvidar nada. Mientras avanzamos por Pomerania, tenemos ante nuestros ojos los campos devastados y sangrantes de Bielorrusia…

»Un alemán es un alemán, en cualquier parte donde se halle. Los germanos han sido castigados, pero no lo suficiente. Los Fritz siguen corriendo, pero no yacen muertos. ¿Quién puede detenerlos, ahora…? ¿El Oder? ¿El Volkssturm? No, ya es demasiado tarde. Alemania, puedes revolverte, y arder y aullar en tu agonía. ¡La hora de la venganza ha sonado!».

Pero los soldados de Mongolia y de otras regiones orientales se dedicaban a saquear, a violar y a asesinar, no por venganza, sino solo porque obedecían al concepto primitivo de sus antepasados, de que los despojos de guerra pertenecen al vencedor. Durante los últimos días eso era lo que había ocurrido en Landsberg, la ciudad cercana al pueblo de Fuller. El 6 de febrero, dos soldados soviéticos dispararon a una niña en el estómago, más por error que por deseos de hacerlo, y salieron corriendo atemorizados cuando la maestra de escuela, Katherina Textor, salió en su ayuda. Katherina y otras dos ancianas hallaron un cochecillo de niño y lo utilizaron para llevar a la chiquilla al hospital. Cuando llegaron, después de cruzar el helado río Warthe, ya se había hecho de noche, y el doctor Bartoleit tuvo que extraer la bala a la luz de una linterna, y sin anestesia.

Katherina y sus dos amigas decidieron permanecer en el hospital para verse libres de la temible orden de los rusos: «*Frau, komm!*», pero no podían haber

elegido peor lugar. La tropa soviética recorrió los pasillos del hospital durante toda la noche, en busca de mujeres. Algunos irrumpieron en la habitación donde las tres recién llegadas trataban de dormir, y las examinaron con las linternas. Uno de los rusos dijo lleno de disgusto:

—Viejas moribundas.

Y salieron de la habitación. Pero todas las enfermeras fueron violadas y luego las metieron en camiones con destino al Este. Cuando los rusos llegaron al piso del doctor Bartoleit, le hallaron muerto en el suelo, con una pistola en la mano. A su lado yacían, también sin vida, su mujer y su hija.

3

Al día siguiente, 6 de febrero, el Führer decía en Berlín a sus allegados que los Tres Grandes trataban de aniquilar a Alemania.[8]

—Hemos llegado al último cuarto de hora —dijo sombríamente—. La situación es seria, muy seria. Parece incluso desesperada.

Pero insistió en que aún había una oportunidad de lograr la victoria si se defendía palmo a palmo el suelo de la patria.

—Mientras sigamos luchando —agregó—, seguirá habiendo esperanza, y eso, indudablemente, será bastante para impedirnos pensar en que todo ha terminado. Ningún partido se pierde hasta el momento del pitido final. Como Federico el Grande, nosotros también vamos a combatir a la coalición, y esta, recordadlo, no es una entidad estable, sino que existe solo en la voluntad de un puñado de hombres. Si Churchill desapareciese repentinamente, todo podría cambiar en un instante.

La voz de Hitler se elevó de tono, llena de excitación:

—¡Aún podemos lograr la victoria, en la carrera final! Disponemos de tiempo para ello. Todo lo que tenemos que hacer es negarnos a considerarnos derrotados. Para el pueblo alemán, el simple hecho de continuar con una vida independiente, resultará una victoria. Y solo eso, será suficiente justificación para esta guerra, que así no se habrá librado en vano.

El general de las SS Karl Wolff —el «Wolffchen» de Himmler, y jefe de las

SS en Italia, llegó a la Cancillería para pedir explicaciones satisfactorias acerca del asunto de las armas secretas, y sobre el futuro de Alemania. Su jefe, el *reichsführer*, no fue capaz de contestarle, por lo que se dispuso a entrevistarse con el mismo Hitler. Con él se hallaba el ministro de Asuntos Exteriores, Joachin von Ribbentrop.

—Mi Führer —dijo Wolff—. Si no le es posible dar una fecha para el empleo de las armas secretas, los alemanes debemos entrevistarnos con los angloamericanos para concertar la paz. El rostro de Hitler permanecía inexpresivo como una máscara, mientras el locuaz Wolff revelaba que había celebrado ya dos entrevistas con tal fin: con él cardenal Schuster, de Milán, un antiguo amigo del Papa, y con un agente del Servicio Secreto británico.

Wolff dejó de hablar unos instantes. Hitler nada dijo, pero comenzó a chasquear los dedos. Wolff interpretó esto como que podía seguir hablando, y propuso que había llegado el momento de elegir uno de esos mediadores.

—Mi Führer —prosiguió diciendo—. Es perfectamente evidente que existen diferencias naturales entre esos antinaturales aliados (los Tres Grandes). Pero no se ofenda si le digo que no creo que esa alianza vaya a destruirse espontáneamente, sin nuestra activa intervención.

Hitler inclinó la cabeza, como si asintiera, y siguió chasqueando los dedos. A continuación sonrió, indicando que los veinte minutos de la audiencia habían ya transcurrido. Wolff y Ribbentrop salieron de la estancia, comentando animadamente la actitud del Führer, en apariencia favorable hacia su proposición. Cierto es que no había dicho una palabra, y que no había dado instrucciones específicas, pero tampoco había dicho que no. Ambos se separaron. Wolff para investigar las posibilidades que había en Italia, y Ribbentrop las de Suecia.

A un centenar de metros se hallaba Bormann en su despacho, escribiendo otra carta a Gerda, en la que describía la fiesta celebrada el día anterior con motivo del cumpleaños de Eva Braun, y en la que, como era lógico, había estado presente Hitler:

> *«Ella parecía dichosa, pero se quejó de que no había tenido un buen compañero de baile. También criticó a diversas personas con una aspereza que no es habitual en ella».*

Añadía Bormann que Eva se mostraba inquieta porque el Führer le acababa de decir que ella y otras mujeres tendrían que dejar Berlín dentro de pocos días.

Esta carta de Bormann se cruzó con otra de Gerda en la que esta exaltaba las glorias del Nacional Socialismo en los siguientes términos:

«… El Führer nos ha dado un concepto de lo que es el Reich, el cual se ha difundido —y aún sigue haciéndolo en secreto, por todo el mundo—. Los increíbles sacrificios que realizan nuestras gentes —y que solo pueden hacer debido a que están imbuidas de esa idea—, son buena prueba de su fortaleza, y demuestran al mundo lo necesaria que es nuestra lucha.

»Llegará el día en que el Reich de nuestros sueños surgirá ante todos. ¿Viviremos nosotros o nuestros hijos, para verlo? En cierto modo, esto me recuerda el "Crepúsculo de los Dioses", de las Eddas: los gigantes y los enanos, el lobo Fenris, la serpiente de Mitgard y todas las fuerzas del mal, se unen contra los dioses. La mayoría ya han caído, y los monstruos asolan el puente de los dioses. Los ejércitos de los héroes caídos luchan en una batalla invisible; las Valkyrias se les unen, la ciudadela de los dioses se desmorona y todo parece perdido. Y de pronto, una nueva ciudadela se levanta, más hermosa que nunca, y Baldur comienza a vivir de nuevo. "Papi", siempre me asombra observar lo próximos que los antepasados se hallaban a nosotros en sus mitos, especialmente en las Eddas…

»Mi bienamado, soy tuya totalmente, y viviremos para seguir luchando, aun cuando solo uno de nuestros hijos sobreviva a esta tremenda conflagración.

»Tuya,

»Mami».

4

Para los habitantes de un país democrático, la filosofía nazi resulta incomprensible, algo así como una fantasía retorcida; pero no era lo mismo para los germanos, que habían visto a Hitler rescatar a su patria de un estado cercano a la revolución comunista, y salvarlo del desempleo y el hambre. Aunque eran pocos relativamente los alemanes miembros del Partido, nunca en la historia se dio el caso de un hombre que encandilase a tantos millones de seres. Hitler había surgido de un lugar ignorado para llegar a dominar por completo una gran nación, no solo por la fuerza y el terror, sino también con ideas. Ofreció a los alemanes el destacado lugar que estos creían merecer, mientras les advertía constantemente que solo lo lograrían si se aniquilaba a los judíos y a su siniestra confabulación para dominar el mundo con la doctrina bolchevique.

Por encima de todo, el odio contra el bolchevismo había sido inculcado incesantemente en los germanos, durante más de un decenio, y era este odio el que animaba a los soldados del Frente Oriental a resistir desesperadamente. Hitler les había dicho una y otra vez que los rojos destruirían a sus mujeres, sus hijos, sus hogares y a la patria misma. Y por ello los soldados seguían luchando contra toda esperanza, impulsados por el odio, el temor y el patriotismo. Más

que con máquinas y armas, luchaban con firmeza, desesperación y ruda valentía. Y a pesar de los inmensos recursos del ejército soviético, que les superaba abrumadoramente en tanques, cañones y aviones, el Frente Oriental comenzaba a estabilizarse. Una semana antes, aquello hubiera parecido realmente imposible.

El compendio del espíritu de lucha, en el Frente Oriental, era el *oberst* (coronel) Hans-Ulrich Rudel, jefe de un grupo de bombarderos «Stuka». De estatura mediana, el coronel impresionaba por su exuberante vitalidad. Más que andar, saltaba; más que hablar, clamaba con su fuerte voz. Tenía el pelo ondulado, de color castaño claro; ojos verdes, y recias facciones que parecían talladas con cincel. Creía sin reservas en el Führer, a pesar de lo cual no había nadie que criticase más abiertamente los errores de los miembros del Partido y de los jefes militares. Tras casi 2500 misiones de combate durante seis años, sus hazañas se habían convertido en legendarias. Había hundido un acorazado y destruido unos 500 carros de asalto.

El 8 de febrero sus hombres estaban combatiendo sobre el río Oder, entre Küstrin y Francfort, justamente encima de la punta de lanza que Zhukov había hecho avanzar más allá del grupo de ejército de Himmler. Este, a decir verdad, poco tenía para detener a los rusos, si no era el Oder, unas cuantas unidades dispersas detrás del río, y los «Stukas» de Rudel, que, con toda propiedad, llevaban pintado el emblema de los Caballeros Teutónicos, que habían luchado en el Este seiscientos años antes. El «Stuka» ya no era el terror de los aires, sino que resultaba lento y pesado, un blanco fácil cuando salía estremeciéndose de un picado. El mismo Rudel había recibido muchas veces los impactos enemigos, y en aquellos momentos tenía aún la pierna izquierda enyesada curando de las heridas recibidas de una ametralladora soviética. Durante las dos semanas anteriores, los pilotos de Rudel habían recorrido las márgenes del río, arriba y abajo, como si fueran camiones de bomberos tratando de detener el avance de los tanques rojos. Destruyeron centenares de estos, pero otros miles llegaban, avanzando implacablemente hacia las orillas del río Oder.

Durante la batalla del Bulge, Rudel había sido llamado al cuartel general del Führer en el Frente Occidental, para recibir una condecoración especial.

—Ahora ya ha volado usted bastante —le manifestó Hitler, cogiéndole una mano y mirándole a los ojos—. Es preciso que conserve la vida, para que la juventud alemana pueda aprovecharse de su experiencia.

Para Rudel no había nada peor que quedarse en tierra, por lo que contestó:

—Mi Führer, no podré aceptar la condecoración, si no se me permite volver

a mi escuadrilla.

Hitler, reteniendo aún la mano derecha de Rudel, le tendió un estuche forrado de terciopelo, con la izquierda. En él refulgía engastada con brillantes la condecoración que había diseñado él mismo para Rudel, especialmente. El serio semblante de Hitler se distendió lentamente en una sonrisa.

—Está bien —dijo—, puede seguir volando.

Pero pocas semanas más tarde cambió de parecer y ordenó que Rudel fuese destinado a servicios terrestres. Rudel se enfureció y trató de hablar con Goering, pero este había salido de viaje. Quiso hablar con Von Keitel, más tenía una conferencia. Solo le quedaba una solución: entrevistarse con el propio Hitler. Cuando pidió audiencia, un funcionario celoso le preguntó su graduación.

—Soy cabo —bromeó Rudel. El otro rió la ocurrencia del aviador, que un momento más tarde se hallaba hablando con el oberst Nicolaus von Below, ayudante de Hitler en la Luftwaffe, el cual le manifestó:

—Sé lo que usted desea, pero le ruego que no exaspere más al Führer.

Rudel decidió hacer una llamada personal a Goering, que se hallaba en su casa de campo, Karinhall. El *reichsmarschall* llevaba puesta una bata de vivos colores, cuyas mangas pendían como las alas de una mariposa.[9]

—Fui a ver al Führer hace una semana, en relación con su caso —manifestó Goering—, y esto es lo que me dijo: «Cuando Rudel está en mi presencia, no tengo valor para decirle que tiene que dejar de volar. Me resulta imposible hacerlo. Pero ¿para qué es usted el jefe de la Luftwaffe? Usted puede decírselo. Yo no. A pesar de lo que me satisface ver a Rudel, no quiero volver a recibirle hasta que no se haya resignado a aceptar mis deseos». Estoy citando las mismas palabras del Führer, y no quiero discutir más sobre esto. Ya conozco sus argumentos y objeciones. Así pues, Rudel no dijo nada, pero regresó al frente decidido a seguir volando. Continuo haciéndolo en secreto, hasta que en un comunicado se le mencionó por haber destruido once tanques en un solo día, y le ordenaron que informase a Karinhall inmediatamente.

Goering estaba furioso, y dijo con voz alterada:

—El Führer sabe que usted sigue volando. Me ha dicho que le advierta que debe abandonar los vuelos de una vez por todas. Espera que no le obligará a tomar medidas disciplinarias por desobedecer una orden. Por otra parte, se halla molesto porque no puede concebirse tal conducta en el hombre que luce la más importante condecoración alemana al valor. No creo necesario añadir mis

propios comentarios.

A pesar de todo, dos semanas más tarde Rudel seguía volando, y una noche recibió la visita de Albert Speer, el más capacitado e inteligente ministro de Hitler, encargado de la cartera de Armamento y Producción de Guerra.

—El Führer proyecta un ataque contra los embalses de la industria rusa de armamento, localizada en los Urales —comenzó diciendo Speer—. Con ello espera interrumpir la producción de armas del enemigo durante un año. Usted deberá organizar la operación, pero sin volar. El Führer ha hecho hincapié expresamente en este punto.

Rudel protestó, asegurando que había otras personas mucho más capacitadas que él para llevar a cabo aquella tarea. El estaba entrenado únicamente para realizar bombardeos en picado. A estas y otras objeciones Speer solo replicó:

—El Führer quiere que se haga así.

Luego manifestó que le enviaría detalles acerca del proyecto de los Urales. Mientras se despedía, Speer confesó a Rudel que la gran destrucción de la industria alemana le hacía sentirse pesimista acerca del futuro, pero esperaba que Occidente reconociese la situación y no dejase caer a Europa en manos de los rusos. Por fin, suspiró y dijo:

—Estoy convencido de que el Führer es el hombre apropiado para resolver el problema.

5

Antes de asistir a la conferencia diaria del Führer, aquel 9 de enero, el general Heinz Guderian, jefe del Estado Mayor del Ejército y comandante del Frente Oriental, se hallaba estudiando los informes acerca de la situación, con creciente desánimo. La defensa no era su punto fuerte, ni lo era el mando a semejante nivel. Guderian era un jefe nato de tropas; un soldado íntegro y ardiente, de inquieta naturaleza, que luchaba con tal habilidad y placer, que sus hombres —desde los generales a los soldados rasos— le seguían con devoción. Después de cuatro años en la Academia Militar Prusiana, se había integrado a una compañía de infantes mandada por su padre, sirviendo en la Primera Guerra Mundial como oficial de señales, primero, luego como oficial de Estado Mayor, de la 4.ª división de infantería, y finalmente como oficial del Estado Mayor

General.

Guderian adquirió un vivo interés por los carros de asalto. A diferencia de los ingleses y los franceses, que consideraban que las características principales de los tanques debían ser una gran capacidad artillera y una robusta coraza, él manifestó que eso supeditaba el tanque a la acción de la infantería. La esencia de guerra *panzer* consistía, según él, en la velocidad y la capacidad de maniobra. Luego interesaba la potencia artillera, y por último las defensas acorazadas. Para él, la división panzer no era solo un conjunto de tanques, sino un contingente militar totalmente independiente, que comprendía cañones antitanques y antiaéreos, infantería motorizada e ingenieros. Tales divisiones deberían agruparse en ejércitos Panzer, que operarían con tremenda fuerza y serían capaces de llevar a cabo avances vertiginosos.

Pero el Estado Mayor General alemán estaba de acuerdo con las teorías francesas e inglesas, y los sueños de Guderian solo se realizaron cuando Hitler, al que seducía la posibilidad de una guerra relámpago, subió al poder. La teoría de Guderian pudo al fin ponerse en práctica en Polonia y en el avance acorazado a través de Bélgica, donde, de no haberle detenido Hitler, probablemente Guderian hubiese llegado hasta el Canal de la Mancha a tiempo para evitar la retirada de Dunquerque.

Los primeros grandes éxitos obtenidos después del ataque a Rusia, durante el verano de 1941, se debieron en gran parte a la teoría de Guderian, pero cuando la nieve comenzó a caer y este suplicó a Hitler que le dejase avanzar a toda prisa hasta Moscú, el Führer le ordenó que en lugar de ello rodease y tomase Kiev. Así se hizo, pero a costa de perder un tiempo sumamente valioso. Entonces, Guderian solicitó permiso para esperar hasta la primavera para tomar Moscú. Una vez más Hitler se mostró en desacuerdo, e inmediatamente se lanzó al ataque contra la capital soviética. Se produjo el desastre y Hitler relevó a Guderian del mando. Solo la hecatombe de Stalingrado le sacó del retiro dos años más tarde. A pesar de su ascenso a jefe del OKH (Oberkomando des Heeres: Alto Mando del Ejército) las diferencias entre ambos solo quedaron salvadas a medias, amenazando con ahondarse en cada conferencia. A tal punto la situación era violenta, que el ayudante de Guderian barón Freytag von Loringhoven llegó a temer por la vida de su jefe.

Guderian se mostraba impaciente e irritado durante el viaje de treinta kilómetros hacia el Norte, desde Zossen a Berlín, para asistir a la conferencia del Führer, aquel 9 de febrero. Manifestó que había que hacer algo. Lejos, en el

Norte, las doce divisiones del Grupo de Ejército Curlandia se hallaban al margen de la lucha, en las costas de Letonia, porque Hitler no las había evacuado por mar. En la zona costera de Koeningsberg, el Grupo de Ejército del Norte también estaba aislado. Como sus camaradas situados más al Norte, solo recibían suministros por mar y aire, y ninguno de los dos grupos contribuía en nada a ayudar en la batalla por Alemania. Luego estaba el Grupo de Ejército Vístula, de Himmler, poco más que una fuerza teórica, que nada había podido hacer por detener el avance de Zhukov hacia Berlín. A pesar de la amenaza directa que se cernía sobre la capital alemana, Hitler había ordenado iniciar una gran ofensiva hacia Hungría, por el Sur. Aquello era ridículo, murmuraba Guderian, añadiendo que tendría una discusión definitiva con el Führer aquel mismo día.

Como de costumbre, los guardias les registraron con humillante minuciosidad, antes de que fueran admitidos al despacho de Hitler.

Apenas había comenzado la conferencia, cuando Guderian solicitó inopinadamente al Führer que postergase la ofensiva contra Hungría, y que en lugar de ello lanzase un contraataque para detener la punta de lanza de Zhukov, que se dirigía hacia Berlín. Dijo que Zhukov había agotado sus provisiones, y que un ataque simultáneo a ambos flancos de sus fuerzas podía cortar a estas en dos.

Hitler escuchó pacientemente hasta el momento en que Guderian especificó los efectivos que serían necesarios para realizar tal contraataque. Se precisarían las divisiones de Curlandia, así como todas aquellas de los Balcanes, Italia y Noruega, de que pudiera disponerse inmediatamente. Esto provocó una seca negativa del Führer, lo que no impidió que Guderian siguiera insistiendo en su proyecto.

—Debe creerme cuando afirmo que no es tozudez lo que me hace insistir en la evacuación de Curlandia. No veo otra manera de conseguir tropas de reserva, y sin ello no tenemos esperanza alguna de defender la capital. Le aseguro que solo actúo en bien de los intereses germanos.

Al llegar a este punto, Hitler se puso de pie, con la mano izquierda temblándole, y gritó:

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma? ¿Acaso piensa que yo no estoy luchando por Alemania? ¡Toda mi vida ha sido una larga lucha por Alemania!

Goering se acercó a Guderian, y cogiéndole por un brazo le llevó hasta la próxima habitación, donde los dos tomaron una taza de café, mientras Guderian trataba de contener su ira. Cuando regresaron al salón, el militar volvió a dejar

perplejos a todos al repetir su petición de evacuar las tropas de Curlandia. Hitler, lleno de cólera, se acercó, arrastrando los pies, a Guderian, quien se levantó inmediatamente de su silla. Los dos hombres se miraron cara a cara durante unos instantes. A pesar de que Hitler tenía contraídos los puños, Guderian se negó a moverse. Por fin, el general Wolfgang Thomale, uno de los miembros del Estado Mayor de Guderian, cogió a este por el faldón de su chaqueta y le hizo retroceder.

Poco después Hitler había recuperado el control de sí mismo, y ante la sorpresa general se mostró de acuerdo en que Guderian lanzase el contraataque que proyectaba. Eso sí, no sería posible hacerlo con la magnitud que el general deseaba, ya que era imposible retirar tropas de Curlandia. Entonces el Führer explicó el plan que había ideado: un ataque muy limitado desde el Norte, con tropas que Himmler estaba ya usando para proteger la zona de Pomerania.

Guderian puso algunos reparos, pero concluyó diciendo que era mejor una pequeña ofensiva que nada en absoluto. Al menos se salvaría Pomerania y se mantendría abierto el paso hacia Prusia Oriental.

Sin preocuparse en absoluto por la posibilidad de alguno de esos contraataques, Zhukov seguía haciendo penetrar su punta de lanza más hacia el interior de Alemania. Ya había establecido una cabeza de puente en la orilla occidental del Oder, entre Küstrin y Francfort, y se preparaba para utilizarla como trampolín hacia Berlín.

En la mañana del 9 de febrero, el cuartel general de la Luftwaffe informó a Rudel que los tanques rusos acababan de cruzar el río en la mencionada cabeza de puente. El Alto Mando no podía enviar artillería con tiempo suficiente para impedir que esos carros de combate se internasen por la carretera que conducía a Berlín. Solo los «Stukas» podían detenerles. Pocos minutos más tarde Rudel estaba en el aire, con todos los pilotos que se hallaban disponibles, dirigiéndose hacia el helado río Oder. Ordenó que una escuadrilla atacase los pontones que se habían tendido junto a Francfort, y luego se dirigió con la escuadrilla antitanque hacia la orilla occidental.

Rudel vio algunos rastros en la nieve. ¿Eran de tanques o de tractores antiaéreos? Siguió volando bajo, hacia el pueblo de Lebus, donde localizó una docena o más de carros de asalto hábilmente camuflados. En ese momento se le empezó a disparar y Rudel se elevó tan rápido como pudo. Debajo alcanzaba a

ver al menos ocho baterías antiaéreas, y comprendió que sería suicida perseguir carros de asalto en una zona llana, desprovista de árboles o edificios altos, que permitieran acercarse con alguna seguridad. En otras circunstancias, Rudel se hubiese limitado a elegir otro blanco más adecuado, pero ahora se trataba de Berlín, que estaba en peligro, por lo que informó por radio que él y su artillero de cola, *hauptmann* (capitán) Ernst Gadermann, irían solos a atacar la formación de tanques. Los otros deberían esperar hasta que viesen el resplandor de las baterías antiaéreas, y entonces tratar de ponerlas fuera de combate.

Rudel examinó la zona y al fin vio a un grupo de tanques «T-34» que salían de un bosque. «Esta vez tengo que confiar en mi suerte» se dijo, y enfiló su «Stuka» hacia ellos.

El fuego comenzó a surgir desde varios lados, pero Rudel siguió descendiendo. Al llegar a unos 150 metros de altura ascendió ligeramente y se dirigió hacia un gran carro de asalto. No quería atacar desde un ángulo muy abierto por si erraba el blanco. Disparó entonces sus dos cañones y el tanque quedó envuelto en llamas. Inmediatamente tuvo un segundo tanque en su mira. Hizo fuego en dirección a la parte posterior del vehículo, y se produjo una explosión en forma de hongo. A los pocos minutos había destruido dos tanques más. Luego regresó a la base para reabastecerse de municiones, y regresó a donde estaban los carros de asalto. Después de destrozar varios tanques más, volvió penosamente a su base, con las alas y el fuselaje hechos una criba por el fuego antiaéreo, y cambió de avión. En su cuarta salida, Rudel había ya destruido doce tanques, y solo quedaba uno, un «Stalin» de gran tamaño. Ascendió por entre las balas antiaéreas, y de pronto inclinó el morro del avión hacia tierra, iniciando un agudo y ensordecedor picado, mientras zigzagueaba violentamente para evitar el fuego antiaéreo. Al acercarse al carro de asalto, enderezó el aparato e hizo fuego, saliendo en zig zag hasta que se halló fuera del alcance de los cañones y pudo ascender otra vez, sin peligro. Miró hacia abajo y vio que el tanque humeaba, aunque seguía avanzando. Las arterias de las sienes le latían con fuerza. Sabía que era un juego peligroso, y que las probabilidades en contra suya aumentaban con cada nueva pasada, pero había algo en aquel tanque solitario que le enardecía. Tenía que destruirlo.

Rudel observó entonces que la luz roja indicadora de uno de sus cañones parpadeaba. ¡La recámara estaba obstruida! Y en el segundo cañón no quedaba más que una sola carga. Cuando llegó a una altura de 800 metros, Rudel discutía consigo mismo. ¿Por qué arriesgar todo a un solo tiro? La respuesta era que tal

vez se necesitaba ese solo tiro para evitar que aquel tanque siguiera avanzando por territorio alemán. «¡Qué tontería! —se dijo a sí mismo—. Muchos más serán los tanques que entren en territorio alemán, aunque destruya este, y estoy seguro que lo voy a destruir».

Volvió a iniciar el ensordecedor picado, y mientras descendía vio el centelleo de varios cañones del tanque. De pronto niveló el aparato e hizo fuego. El «Stalin» quedó envuelto en llamas. Lleno de júbilo, Rudel inició un ascenso en espiral. Sintió entonces un crujido y un dolor en la pierna derecha, como si le hubiesen aplicado un hierro candente. No podía ver; todo estaba oscuro ante él. Jadeando con fuerza, Rudel luchó por mantener el control del aparato.

—Ernst —dijo con voz ahogada a su artillero, por el intercomunicador—. ¡Mi pierna derecha ha desaparecido!

—No puede ser —manifestó Gadermann—. De ser así, no podrías hablar.

Gadermann era médico, aunque también era un luchador nato. Cuando estudiaba en la Universidad, había sostenido innumerables duelos, y tanto le gustaba el combate que se había hecho artillero de cola.

—El ala izquierda está ardiendo —dijo Gadermann serenamente—. Nos han acertado dos veces.

—¡Guíame hasta donde pueda hacer un aterrizaje de emergencia! —exclamó Rudel, que seguía sin poder ver—. Luego sácame rápidamente, para que no me queme vivo aquí dentro. Gadermann guió al piloto ciego.

—¡Pronto, asciende! —exclamó.

Rudel se preguntó si sería un árbol o unos cables telefónicos. ¿Tardaría mucho en desprenderse el ala? Poco después el dolor de la pierna se intensificó de tal modo que Rudel solo reaccionaba a gritos de su compañero.

—¡Asciende! —gritó Gadermann, de nuevo.

La exclamación hizo estremecer a Rudel como si hubiese recibido un jarro de agua en el rostro.

—¿Cómo es el terreno? —inquirió.

—Malo, bastante accidentado.

Rudel sabía que podía desvanecerse en cualquier momento, e hizo un esfuerzo para poder aterrizar. Sintió que el aparato dejaba de obedecer a los mandos y dio un tirón a la palanca. Un dolor insoportable le atenazaba el pie izquierdo, y no pudo impedir un quejido. ¿Pero no era la pierna derecha donde le habían herido?, se preguntó, olvidando que también tenía la izquierda enyesada.

Comenzaban a salir llamas del avión cuando Rudel hizo ascender

suavemente la proa del aparato para realizar el aterrizaje de emergencia. Sintió un estrépito ensordecedor, una serie de sacudidas, y luego notó que el aparato se deslizaba ruidosamente sobre el suelo. Después se produjo un repentino silencio. Pasado el momento de tensión, Rudel se desvaneció, abrumado por el dolor. Volvió ligeramente en sí y de nuevo perdió el conocimiento. Cuando lo recuperó del todo se hallaba en la mesa de operaciones de un hospital situado a pocos kilómetros al oeste del Oder.

—¿Me la han cortado? —inquirió débilmente.

Un cirujano que le miraba atentamente hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Rudel pensó en seguida en lo que aquello significaba. Nunca más podría esquiar, saltar con pértiga y practicar otros deportes. Pero ¿qué importaba, cuando tantos camaradas habían sido heridos mucho más seriamente? ¿Qué era la pérdida de una pierna si había contribuido en algo a salvar a la Patria?

—A excepción de unos restos de músculos y de tejido fibroso —le estaba explicando el cirujano—, nada queda ya de la pierna, por lo tanto…

Poco después se presentó el médico personal de Goering, el cual dijo que el *reichsmarschall* quería que Rudel fuese trasladado al hospital montado en el *bunker* del zoológico de Berlín. También contó a Rudel que Goering había informado del accidente a Hitler, el cual, después de expresar su contento porque el mayor héroe de Alemania hubiese salido tan bien librado, dijo: «Esperemos que los polluelos actúen con más juicio que la gallina».

Si Rudel era el ideal de Hitler en la guerra, el doctor Josef Goebbels lo era en el aspecto intelectual. Goebbels, que contaba entonces cuarenta y siete años, había sufrido a los siete una operación que le dejó la pierna izquierda siete centímetros más corta que la derecha. En el colegio se mostró ya aficionado a las actividades del intelecto, y antes de cumplir los treinta años había sido, en rápida sucesión, novelista aficionado, dramaturgo y guionista, si bien cada intento fue seguido del correspondiente fracaso. Dotado de una serie de cualidades de segundo orden, y amargado por los fracasos, Goebbels se hizo portavoz ardiente de las ideas de Hitler. Si algún comunista alemán dotado del mismo genio político que Hitler, hubiese aparecido en escena en aquel momento, Goebbels se habría convertido igualmente en su eficaz y voluntario instrumento, ya que en el fondo era un espíritu rebelde, y lo que le atraía eran las doctrinas revolucionarias, como la Nacional Socialista.

Martín Bormann era tan adicto al nazismo como el propio Goebbels, y ambos hombres fueron probablemente los seguidores más entusiastas de Hitler. Los dos eran capaces de hacer cualquier cosa en beneficio del Führer, y los dos desconfiaban de Himmler y eran objeto de la desconfianza de este. A pesar de estos puntos de contacto, las diferencias que existían entre ellos eran notables. Bormann era bajo, fornido, y poseía un grueso cuello de toro. Su redondo rostro y ancha nariz acentuaban su aspecto rudo, proporcionándole una apariencia cruel, casi animal. De personalidad hosca y un tanto desvaída, prefería mantenerse en segundo plano. Goebbels, por el contrario, era enjuto, quijotesco, exuberante como un ídolo de opereta, y le satisfacía verse bajo las luces de los estrados. Tenía un agudo sentido del humor, y podía atraerse lo mismo a un extenso auditorio que a un solo interlocutor, gracias a su atractivo e ingenio. Mientras que Bormann era concienzudo y preciso en lo que se refería a los detalles, Goebbels era imaginativo y, de acuerdo con el parecer de Speer, poseía una mente latina, antes que germánica, lo cual le permitía ser un consumado orador y un maestro de la propaganda.

Bormann había sido atraído al Nacional Socialismo, posiblemente por su nacionalismo, su apartamiento de la Iglesia y el deseo de progresar. Como ayudante de Rudolf Hess, Bormann careció del menor relieve, y en esos momentos en que era jefe de la Cancillería del Partido, casi se le desconocía en Alemania. Se convirtió en la sombra fiel de Hitler, en el hombre siempre dispuesto para la ejecución de tareas lo mismo triviales que arduas, y una mera insinuación del Führer bastaba para que iniciase una acción inmediata.

Cierto día, por ejemplo, hallándose en su finca de Berchtesgaden, el Führer comentó el lamentable panorama que desde sus ventanas ofrecía la granja de unos ancianos vecinos. Sugirió que cuando estos muriesen se hiciera desaparecer el antiestético edificio. Pocos días más tarde, Hitler descubrió que la granja había desaparecido como por ensalmo. El concienzudo Bormann se había limitado a derribarla, trasladando previamente a sus moradores a otra finca mucho mejor, pero que detestaban.

Bormann era el más enigmático de todos los dirigentes nacional socialistas. Rechazaba cualquier condecoración y los honores que se le quisieran tributar. Eludía toda clase de publicidad, y sus retratos eran tan escasos que muy pocos alemanes eran capaces de identificarle personalmente. Lo que deseaba por encima de todo era convertirse en un hombre del que Hitler no pudiera nunca prescindir.

En abril de 1943, Bormann fue designado oficialmente secretario del Führer, cargo que le proporcionó un poder desmesurado. Era él quien decidía las personas que podían entrevistarse con Hitler, y los documentos que este debía leer. Por otra parte, Bormann se hallaba presente, casi siempre, en todas las entrevistas que concedía el Führer.

Tras el atentado de que fue objeto el 20 de julio, Hitler se inclinó a confiar aún más en el reducido círculo de sus allegados, y entre ellos Bormann era el único capaz de reducir las ideas y proyectos en proposiciones claras y sencillas.

—Los conceptos de Bormann —dijo en cierta ocasión Hitler— están elaborados con tal exactitud, que solo necesito decir sí o no. Con él despacho en diez minutos un montón de papeles que me llevaría varias horas, si me ayudase otro hombre. Cuando le pido que me recuerde cierto asunto al cabo de seis meses, tengo la seguridad de que lo hará.

Y cuando alguien se quejaba de los expeditivos métodos de Bormann para cumplir con sus obligaciones, Hitler replicaba:

—Sé que es brutal, pero realiza lo que se propone. Puedo confiar totalmente en eso.

Los dos altos personajes, con tantas semejanzas y tantas diferencias entre sí, competían vigorosamente por conseguir el afecto y confianza del Führer, pero su duelo era encubierto y silencioso. Comprendiendo lo mucho que el Führer confiaba para sus asuntos en Bormann, Goebbels se mostraba lo suficientemente inteligente como para no desprestigiarle. Bormann, por su parte, sabía que Goebbels seguía siendo amigo personal del Führer, y tampoco deseaba llevar la lucha a terreno abierto.

Además de sus obligaciones como ministro de Propaganda, el doctor Goebbels era también el encargado de la defensa de Berlín. A principios de febrero reunió a un pequeño grupo en su oficina por este motivo. Se hallaban presentes el *generalleutnant* (general de división) Bruno von Hauenschild, comandante militar de Berlín; el alcalde de la ciudad; el jefe de policía; el secretario de Estado, doctor Werner Naumann; el ayudante de Goebbels, y el capitán Karl Hans Hermann, designado por Hauenschild como oficial de enlace con Goebbels. Durante los nueve días anteriores el joven Hermann había permanecido en casa de Goebbels, ocupando el dormitorio de un hijo de la esposa de este, habido en un matrimonio anterior. Después de todas las anécdotas que Hermann había oído acerca de la activa vida amorosa de

Goebbels,[10] se sorprendió al comprobar que era un esposo atento y considerado, y que a pesar de sus devaneos, el matrimonio se llevaba perfectamente bien. Una noche en que los residentes de la casa se hallaban en el refugio a causa de una alarma aérea, Hermann observó que *frau* Goebbels cogía la mano de su marido y la presionaba afectuosamente contra su mejilla.

En la entrevista de febrero, Goebbels anunció que iba a revelar un secreto de Estado, e hizo prometer a los presentes que guardarían riguroso silencio.

—Acabo de ver al Führer —dijo Goebbels, haciendo luego una pausa dramática—. Pase lo que pase, está decidido a no abandonar Berlín.

Todo el mundo comprendió la importancia que tenía defender la capital, pero aquello significaba para Goebbels su primer gran triunfo sobre Bormann. Goebbels siempre había sostenido que el fin de Hitler, si había de llegar, tenía que producirse en Berlín, con todos sus principales allegados presentes. El práctico Bormann, en cambio, aconsejaba que Hitler huyese a Berchtesgaden. En realidad, no se trataba verdaderamente de un triunfo. Aunque Goebbels tiraba en un sentido y Bormann en otro, Hitler ya había decidido quedarse en Berlín por razones personales que podían cambiar al día siguiente, si la situación variaba.

De todos los gobernantes de Europa, Hitler era el único que se había hecho indispensable a causa del dominio especial que ejercía sobre su pueblo. Era un hombre predestinado, y él lo sabía. Para él era una buena prueba de ello la milagrosa salvación cuando el atentado de la bomba, y aún seguía creyendo lo que había escrito en la prisión de Landsberg, en 1924:

> *«En espaciados intervalos de la historia de la Humanidad, puede ocurrir ocasionalmente que el político práctico y el político doctrinario coincidan en una misma persona. Cuanto más íntima sea la unión, mayores serán las dificultades políticas. Un hombre semejante no trabaja para satisfacer las demandas de cada individuo, sino que trata de llegar a objetivos que solo comprenden unos pocos. Por consiguiente, su vida fluctúa entre el odio y el amor de los demás. Las protestas de la actual generación, que no le comprende, luchan con el reconocimiento de la posteridad, para la cual también trabaja».*

En aquella época, los fines de Hitler solo eran comprendidos por «unos pocos», pero había millones de alemanes que aún le seguían con ciega lealtad.

Capítulo quinto

El juez Roosevelt aprueba

1

La temperatura era apenas de cuatro grados cuando la segunda reunión plenaria se inició, a las cuatro de la tarde, en el gran salón del palacio de Livadia. Un agradable fuego de leña ardía en la chimenea, en la esquina de la estancia, y Churchill, con las mejillas sonrosadas, aparecía vestido con uniforme de coronel y fumaba su sempiterno cigarro. Harry Hopkins, el hombre de confianza de Roosevelt, hacía su primera aparición pública en Yalta. Sufría de hemocromatosis, y en la pasada semana había perdido más de cinco kilos. Se hallaba sentado detrás del presidente, en actitud alerta, a pesar de los espasmos de dolor que experimentaba.

Roosevelt abrió la sesión sugiriendo que se hablara de los asuntos políticos concernientes a Alemania. La partición de este país, después de su derrota, era uno de los mayores problemas a considerar, y había sido tratado extensamente por la Comisión Consultiva Europea, compuesta por representantes de la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña.[11]

Dicha comisión ya había recomendado que, terminada la guerra, Alemania debería dividirse en tres zonas de ocupación, siendo el tercio oriental para Rusia, el tercio del noroeste para Gran Bretaña y el del sudoeste para Estados Unidos. Tanto Gran Bretaña como Rusia habían aprobado el plan, pero Roosevelt, descontento con la zona sudoeste, menos accesible, aún no había firmado.

Después de las observaciones iniciales del presidente, Stalin declaró llanamente que deseaba la resolución inmediata del asunto de la partición de Alemania. Ante la sorpresa de los asistentes, fue Churchill, y no Roosevelt, quien se opuso a tomar una decisión apresurada.

—Si se me preguntase hoy cómo iba a dividir Alemania —manifestó—, no sabría qué contestar. No tengo una idea definida, y me gustaría que el asunto se estudiase y acordase en unión de mis dos grandes aliados. Cuando Stalin siguió insistiendo en que el asunto debía resolverse allí, en aquel mismo momento, Churchill contestó obstinadamente:

—No creo posible discutir ahora la forma exacta de llevar a cabo la desmembración del país. Esto se realizará durante la conferencia de paz.

—Los dos están hablando del mismo asunto —intervino Roosevelt con suavidad, actuando de arbitro de los dos antagonistas. Y añadió que sería una buena solución «dividir a Alemania, tal vez en cinco o seis estados…».

—Algo menos —murmuró Churchill—. Por otra parte no veo la necesidad de informar a los alemanes, en el momento de la rendición, de si va o no a dividirse su país, y en qué modo. Harry Hopkins garabateó una nota y se la pasó al presidente Roosevelt. El papel decía:

«Señor presidente:

»Me permito sugerir que diga usted que se trata de un asunto muy importante y urgente, y que los tres ministros de Asuntos Exteriores pueden presentar mañana una proposición[12] *para llegar a un pronto acuerdo, en el asunto de la división.*

»Harry».

—No bien acababa Roosevelt de leer esta nota, cuando Stettinius le entregó otra, escrita con su prolija caligrafía, y cuya firma terminaba en una optimista rúbrica ascendente:

«Señor presidente:

»Podemos acceder de buen grado a esa primera entrevista de ministros de Asuntos Exteriores.

»Ed».

—Si este asunto se discutiese por todo el mundo, habría un centenar de planes de partición —manifestó Roosevelt—. Por consiguiente, solicito que quede limitado a nuestros tres países, y que los ministros de Asuntos Exteriores correspondientes presenten mañana un plan.

—¿Se refiere usted a un plan para estudiar el asunto de la partición, o un plan para la división en sí misma?

—A un plan para estudiar la partición.

Si Churchill pareció estar conforme, Stalin no lo estaba, ciertamente.

—Considero que la sugestión del primer ministro, de no decir la verdad a los alemanes, es un tanto arriesgada. Debemos decírsela, y por adelantado.

—La idea del mariscal, que en cierto modo es semejante a la mía —aclaró Roosevelt—, es que resultaría más fácil si se les informa de lo que se proyecta.

—No querrá usted hacer eso —replicó Churchill—. A Eisenhower no le parece conveniente. Eso impulsaría a los alemanes a luchar con mayor energía. Es necesario que no se divulgue este asunto.

Roosevelt preguntó a Churchill si accedería a que se incluyese la palabra «desmembración» en los artículos del armisticio que la Comisión Consultiva Europea también había redactado.

—Sí, accedería a ello —asintió Churchill, con un gruñido.

—Queda por decidir lo de la zona francesa —prosiguió diciendo Roosevelt.

Churchill y Stalin se miraron uno a otro como dos gallos de pelea. Recientemente, ante la insistencia de De Gaulle, y con el apoyo entusiasta de Churchill, Francia había sido admitida como miembro de la Comisión Consultiva Europea, pero no se le había asignado una zona de ocupación a causa de la firme oposición de Stalin. La noche anterior Churchill había dicho que cualquier cosa que contribuyese a mantener la unidad de los Tres Grandes, recibiría su voto, pero en ese momento estaba dispuesto a arriesgar tal unidad por una causa que lo merecía… como era dar una zona de ocupación a Francia.

Churchill se puso de pie aparentemente para defender la causa de Francia, pero en realidad para detener la agresividad soviética. Tenía la seguridad de que en cuanto la Alemania de Hitler hubiese quedado derrotada, el equilibrio del poder quedaría gravemente alterado, y Rusia trataría de atraer a la órbita comunista al occidente europeo, como ya estaba haciendo con el sudeste. Proporcionar a Francia una zona en Alemania, contribuiría a fortalecer el frente contra el comunismo.

—Los franceses desean una zona, y yo estoy en favor de entregársela.

Incluso les daría con gusto una parte de la británica —afirmó Churchill.

—Creo que pueden presentarse complicaciones en nuestro trabajo, si admitimos un cuarto miembro —contestó Stalin, aparentando la misma inocencia.

—Esto trae a colación el futuro de Francia en Europa —siguió diciendo Churchill—, y considero que los franceses han de jugar un papel importante en ese aspecto… Poseen gran experiencia en la ocupación de Alemania. Lo hacen eficazmente, y no se mostrarán remisos. Debemos permitir que aumente el poderío francés, para mantener sujeta a Alemania.

Luego Churchill miró significativamente a Roosevelt y añadió:

—No sé durante cuánto tiempo Estados Unidos seguirán con nosotros en la ocupación.

—Dos años —contestó rápidamente Roosevelt, sin darse cuenta de la repercusión que tal respuesta podía tener.

«Doc» Mathews, sentado detrás del presidente de Estados Unidos, vio que los ojos de Stalin refulgían cuando Pavlov tradujo esta frase.

Como si quisiera asegurarse de que Pavlov había oído «dos años» correctamente, Stalin pidió al presidente que se explicara, lo cual hizo este:

—Puedo conseguir que el pueblo y el Congreso cooperen plenamente en beneficio de la paz, pero no me será posible conservar un ejército durante largo tiempo en Europa. Dos años serán el límite máximo.

La contenida alegría de Stalin era evidente. Harriman, que conocía al mariscal tan bien como a cualquier norteamericano, habría deseado que Roosevelt no hubiera proporcionado semejante ventaja a Stalin tan irreflexivamente.

—Espero que eso sea según se presenten las circunstancias —contestó Churchill, tratando de ocultar su desaliento—. De todos modos, necesitaremos a los franceses para que nos ayuden.

—Francia es nuestra aliada —dijo Stalin, de un modo que recordó a uno de los norteamericanos la imagen de un gato tragándose un ratón—. Hemos firmado un pacto con ella, y queremos que disponga de un gran ejército.

Stalin podía permitirse una muestra de magnanimidad.

Pocos momentos más tarde Roosevelt volvió a provocar la consternación de Churchill cuando dijo:

—Preferiría que los franceses no tomasen parte en el control de los asuntos.

Esto no resultaba claro ni siquiera para Hopkins, ya que Francia se había

unido recientemente a la Comisión Consultiva Europea, por lo que comenzó a escribir otra nota.

Stalin prefirió pensar que Roosevelt le apoyaba en contra de Churchill, y por ello dijo:

—Estoy de acuerdo en que los franceses deben fortalecerse, pero no olvidemos que en esta guerra Francia abrió las puertas al enemigo… El control y administración de Alemania debe ser solo para aquellas potencias que han permanecido firmes contra ella desde el comienzo. Y hasta ahora, Francia no se halla incluida en ese grupo.

—Todos hemos tenido dificultades desde el principio de esta guerra —hizo notar Churchill, con gesto de disgusto—. Pero lo cierto es que Francia debe ocupar el lugar que le corresponde. La necesitamos para defendernos de Alemania… Después que los norteamericanos se hayan marchado, habrá que pensar seriamente en el futuro.

Sin duda Stalin se daba cuenta de lo que Churchill quería significar, y repitió que estaba en contra de que Francia tomase parte en la dirección superior de los asuntos. Mientras Churchill seguía defendiendo su punto de vista, Harry Hopkins terminó su nota y se la pasó a su jefe. Decía así:

«1. Francia está en la Comisión Consultiva Europea, *en este momento*. Puede por consiguiente tratar de los asuntos alemanes ahora.

»2. Prometa la entrega de una zona».

»3. Postergue cualquier decisión acerca de la Comisión de Control».

Roosevelt miró al frente, después de leer atentamente la nota, y declaró:

—Creo que no hemos tenido en cuenta la situación de Francia en la Comisión Consultiva Europea. Sugiero que se proporcione a Francia una zona de ocupación, pero que posterguemos la discusión acerca del control del asunto.

—Estoy de acuerdo —contestó Stalin, con una presteza que resultó sorprendente.

Para Stettinius era evidente que el mariscal no deseaba en esos momentos tener roces con Roosevelt, e igualmente era claro que se hallaba decidido a discutir encarnizadamente todos los aspectos con Churchill. Este dijo:

—Propongo que los tres ministros de Asuntos Exteriores proyecten el tipo de comisión de control que debe establecerse. Eden se inclinó hacia Churchill, le

dijo algo al oído, y el primer ministro inglés añadió:

—Dice (Eden) que ya se ha estudiado esto, y por lo tanto retiro mi propuesta.

A continuación se habló de las compensaciones de guerra. Cuando Iván Maisky —que impresionó a Stettinius por su recortada barbita y su correcto inglés— presentó una demanda soviética de diez mil millones de dólares, fue Churchill el que se opuso a un pago tan oneroso, haciendo notar los desgraciados resultados que habían provocado las pesadas cargas establecidas al término de la Primera Guerra Mundial. También habló acerca del espectro del hambre en Alemania.

—Si ochenta millones de seres se mueren de hambre, ¿vamos a decir «os lo merecéis»? En caso contrario, ¿quién va a pagar para alimentarles?

—Habrá comida para ellos, de todos modos —contestó Stalin. Roosevelt, actuando de nuevo como pacificador, tomó una posición intermedia.

—No queremos matar gente. Deseamos que Alemania siga viviendo, pero que no posea un nivel de vida superior al de la Unión Soviética. Sueño con una Alemania que se mantenga a sí misma, y que no se muera de hambre… Al efectuarse las compensaciones, debemos tomar de lo que podamos, pero no todo en absoluto. Es menester dejar a Alemania bastante industria y trabajo para evitar que perezca de inanición.

Pocos minutos más tarde se levantaba la sesión, y algunos norteamericanos, como Bohlen, se mostraban preocupados porque el presidente no se había colocado decididamente de parte de los ingleses en materia de reparaciones de guerra. Aunque Roosevelt había abandonado públicamente el plan Morgenthau, que hubiera despojado a Alemania de las zonas industriales del Ruhr y del Sarre, convirtiéndole en «un país de carácter primordialmente agrícola y ganadero», aún quedaba algún vestigio de tal intención, y Bohlen y otros que se hallaban al corriente de la historia del centro y el este de Europa, sabían que una Alemania agrícola daría lugar con toda seguridad a una dominación de todos esos territorios por la Unión Soviética.

La asamblea plenaria del día siguiente se inició con una discusión sobre el asunto que más preocupaba a Roosevelt: la organización de las Naciones Unidas.

Churchill declaró que aunque la paz dependía de las tres grandes potencias, debería asegurarse la libre expresión de las naciones pequeñas.

—Podría parecer que nosotros tres estamos tratando de dominar el mundo…

mientras que nuestro deseo es servirles, y evitar la repetición de los tremendos horrores en que se ve envuelta su población. Por consiguiente, creo que las grandes potencias… debemos hacer lo que yo llamaría una orgullosa sumisión a las comunidades del mundo.

El siempre observador Stettinius comprobó que las gafas de Churchill se hallaban muy bajas, cabalgándole sobre la nariz, en tanto que Stalin, que volvía a fumar cigarrillos rusos, garabateaba incesantemente en un trozo de papel.

—No se trata de si una potencia o tres potencias desean dominar el mundo —replicó Stalin—. No sé de ninguna gran nación que trate de adueñarse del globo. Tal vez esté equivocado, y no vea claro. Así que me gustaría pedir a mi amigo, míster Churchill, me diga qué potencias son las que pretenden dominar el mundo. Estoy seguro de que míster Churchill e Inglaterra no desean tal cosa. Estoy seguro de que Estados Unidos tampoco lo desea. Lo mismo ocurre con la Unión Soviética. Eso solo deja en el tapete a una potencia: ¡China!

—Yo me refería a las tres grandes potencias aquí representadas —contestó Churchill—, elevándose colectivamente hasta tal altura que las demás terminarían por considerar que estaban tratando de dominar el mundo.

Stalin explicó que el problema era mucho más serio.

—Mientras vivamos cualquiera de los tres —manifestó—, no dejaremos que nuestros países incurran en acciones agresivas. Pero dentro de diez años ninguno de nosotros puede hallarse presente. Llegará una nueva generación que no habrá experimentado los horrores de la guerra, y que olvidará todo lo que nosotros hemos pasado. Nos gustaría asegurar la paz al menos durante cincuenta años. Esa es la idea que yo tengo. Creo que debemos establecer una estructura que origine cuantos obstáculos sean posibles para llegar a la dominación del mundo… El mayor peligro para el futuro reside en los conflictos que puedan crearse entre nosotros mismos.

El presidente de Estados Unidos trató de cambiar de tema trayendo a colación el asunto de Polonia, el más delicado de todos. Durante varios meses Churchill había insistido vanamente ante Roosevelt para que forzase a los polacos de Londres a hacer concesiones a Stalin en nombre de la colaboración con Rusia; pero ahora era Churchill el que salía en defensa de Polonia.

—Gran Bretaña no tiene interés material en Polonia —comenzó diciendo el primer ministro—. Su interés reside puramente en el aspecto del honor, ya que nosotros sacamos la espada para defender a Polonia del brutal ataque de Hitler. Nunca me contentaré con una solución que no deje a Polonia como Estado libre

e independiente. Nuestro más firme deseo, que estimamos tanto como nuestras propias vidas, es que Polonia sea dueña de su propia casa y de su propia alma.

Luego Churchill sugirió que las tres grandes potencias podían concertar un gobierno en aquel mismo momento.

—… Un gobierno provisional o interino, como ha dicho el presidente, que quedará pendiente de elecciones libres, de modo que los tres podamos otorgar nuestro reconocimiento… Si lo conseguimos, podremos abandonar esta mesa habiendo dado un gran paso hacia la paz futura y la prosperidad del centro de Europa.

Stalin propuso un descanso de diez minutos, y entonces entró en el salón el mayordomo del palacio donde se alojaba Roosevelt —era el *maître* del hotel Metropole—, seguido de varios camareros vestidos de etiqueta, que portaban bandejas con pasteles, bocadillos y té caliente en unos vasos altos, de fino cristal. Los rusos se mostraron divertidos al ver los apuros que pasaban los norteamericanos para tomar aquel té hirviente.

Se reanudó la sesión con un vehemente discurso de Stalin en el que señaló que en los últimos treinta años Alemania había pasado por Polonia dos veces para invadir a Rusia. Ni Roosevelt ni Churchill mencionaron, claro está —pues eran lo suficientemente corteses—, que la marcha de Alemania a través de medio territorio polaco, en 1939, había coincidido con la de sus ahora aliados, los rusos, en la otra mitad, para encontrarse con ellos.

Hizo notar Stalin que la Línea Curzon no había sido inventada por rusos, sino por extranjeros, y que él no podía volver a Moscú con menos de lo que Curzon y Clemenceau habían ofrecido en una ocasión.

—Y ahora, por lo que se refiere al gobierno —prosiguió diciendo Stalin—, el primer ministro ha solicitado que formemos un gobierno polaco aquí mismo. Me temo que haya sido una equivocación involuntaria. Sin la participación de los polacos no podemos formar ningún Gobierno polaco. Ellos dicen que soy un dictador —añadió sonriendo levemente—, pero tengo el suficiente sentido democrático como para no constituir un gobierno polaco sin polacos.

Al terminar Stalin este discurso, Roosevelt, que parecía agotado, dijo que siendo ya las ocho menos cuarto era mejor que se suspendiese la sesión. Pero Churchill quería decir la última palabra, y manifestó:

—Tal vez estemos equivocados, pero considero que el Gobierno de Lublin solo representa a un tercio del pueblo polaco… Creo que el Gobierno de Lublin no tiene derecho a representar a la nación polaca.

A continuación se redactó un informe para los periódicos de todo el mundo, anunciando que se había llegado a un «completo acuerdo para realizar operaciones militares conjuntas en la fase final de la guerra contra la Alemania nazi», y que «la discusión de los problemas concernientes al establecimiento de una paz duradera también había comenzado».

El comunicado parecía tranquilizador, pero buena parte de los norteamericanos que habían tratado íntimamente con los rusos se sentían preocupados. El antiguo embajador de Rusia, William C. Bullitt, temía que Roosevelt hubiera sido engañado. Recordó que una vez, en privado, el presidente le dijo que convertiría a Stalin de imperialista soviético en demócrata, dándole todo lo que necesitase para luchar contra los nazis. Stalin necesitaba tanto la paz, dijo Roosevelt, que de buena gana colaboraría con el Oeste para conseguirla. Bullitt predijo entonces que Stalin nunca cumpliría sus promesas.

—Bill, no discuto tus razones —contestó entonces Roosevelt—. Las considero justificadas, pero tengo la impresión de que Stalin no es de esa clase de hombres. Harry (Hopkins) asegura eso, y afirma que solo quiere la seguridad de su país. Yo creo que si le doy lo que pide, y no solicito nada a cambio, como *noblesse oblige*, él no tratará de apoderarse de nada, y colaborará conmigo para lograr un mundo democrático y pacífico.

Como Bullitt siguiese defendiendo su postura, el presidente dijo que ello le hacía recordar la época en que los alemanes dividieron los ejércitos francés y británico en 1918. Rogó entonces a Woodrow Wilson que enviase soldados norteamericanos para cerrar la brecha; de lo contrario los Aliados serían derrotados. —Wilson me miró y dijo: «Roosevelt, no quiero enviar a nuestras tropas para tapar ese agujero. Lo que pronostica usted tal vez llegue a ocurrir, pero tengo la impresión de que no sucederá así. La responsabilidad es mía, y no suya, y yo voy a actuar de acuerdo con mi corazonada». Eso es lo que yo le digo, Bill. «Es mía la responsabilidad, y no suya, y voy a obrar según mi intuición».

Roosevelt creía en lo que acababa de decir a Bullitt, pero además estaba siguiendo los consejos de sus mejores expertos militares y políticos. Los militares le exhortaban a que continuase una íntima colaboración con el Ejército Rojo, lo que era un importante factor para facilitar el ataque general en el Occidente.

Cuando Marshall se encontró con Eisenhower antes de la reunión de Malta, el comandante supremo hizo hincapié en que el éxito de su ataque final a través de Alemania dependería en gran parte de la continuación de la gran ofensiva que

se llevaba a cabo en el Este.

George Marshall se sentía aún más preocupado por la guerra del Pacífico. Ya había advertido a Roosevelt que costaría entre medio millón y un millón de vidas americanas la conquista del Japón, a menos que Rusia entrase en la lucha, y le rogó que obtuviese una promesa definitiva de Stalin, en tal sentido, durante la conferencia de Yalta. Siendo intérprete sensible de la opinión americana, Roosevelt sabía que la mayor parte de la población de Estados Unidos apoyaría con entusiasmo un programa como ese, destinado a ahorrar vidas americanas, por lo que decidió seguir el consejo de Marshall.

Durante las pasadas semanas Roosevelt se había mostrado más propicio que nunca a recibir los consejos del Departamento de Estado. La influencia de hombres tales como el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, y de otros partidarios de una política severa con Alemania, se estaba desvaneciendo y comenzaba a hacerse notar el razonamiento más moderado de diplomáticos de carrera, como Bohlen y Matthews. El presidente prestaba especial atención a los informes de Averell Harriman, quien le había advertido de que aunque Stalin parecía sincero y sin dobleces, la mayoría de la gente cometía el error de tomar por buena su primera declaración.

—Hágale tres o cuatro preguntas —aconsejó Harriman— hasta que compruebe cuál es su verdadera intención.

Harriman sabía que Stalin era un hombre recio, con una enorme capacidad de trabajo. Stalin estudió Teología y era hijo de un sacerdote, a pesar de lo cual su credo actual era el Comunismo, y llegaría a cualquier extremo con tal de propagarlo. Harriman le había oído decir, sin el menor asomo de emoción, que había dejado morir de inanición a millones de kulaks, solo para poder dominar a los campesinos.

También informó Harriman que, en contra de lo que se creía habitualmente, las relaciones personales también tenían importancia para Stalin. Este admiraba a Churchill como un luchador incansable, pero solo confiaba en él mientras durase la guerra. En una ocasión, refiriéndose al primer ministro, Stalin dijo: «Es un individuo desesperado». Pero le intimidaba el presidente de Estados Unidos, y escuchaba atentamente todo cuanto decía, reconociendo que su política del *New Deal* era un concepto original que confundía las teorías de Marx y de Lenin.

Con todo esto en la mente, Roosevelt estaba jugando su baza en el Palacio Livadia. Además, no podía olvidar que a principios de junio de 1944 había

cuatro veces más alemanes en el Este que en el Oeste, y que sin el Ejército Rojo no hubiese sido posible llevar a cabo el desembarco del Día D.

Aquella noche, después de la tercera reunión plenaria, Roosevelt cambió impresiones con sus consejeros y luego decidió escribir a Stalin acerca de Polonia, ya que era evidente que la conferencia podía fracasar a causa de aquel problema. Con la ayuda de Harry Hopkins y del Departamento de Estado, se redactó un mensaje. Harriman llevó una copia al palacio Vorontsov, donde Churchill y Eden la leyeron. Eden consideró que estaba acertada en líneas generales, aunque «no era lo suficientemente enérgica», y sugirió que se efectuaran algunas enmiendas. Tanto Churchill como Harriman aprobaron los cambios efectuados, y aquella noche Roosevelt hizo incorporar las rectificaciones a la misiva, quedando concebida en los siguientes términos:

«Estimado mariscal Stalin:

»He estado pensando seriamente en nuestra entrevista de esta tarde, y deseo expresarle con toda franqueza mi opinión por lo que al Gobierno polaco se refiere.

»Me preocupa mucho que las tres grandes potencias no se hallen de acuerdo acerca de la situación política de Polonia. Tengo la impresión de que nuestra postura ante el mundo no queda favorecida por el hecho de que usted haya reconocido a un gobierno, en tanto que ingleses y norteamericanos reconocemos a otro que se encuentra en Londres. Estoy seguro de que esta situación no debe continuar, pues en tal caso nuestros respectivos pueblos pueden pensar que existen profundas diferencias entre nosotros, y este no es el caso…

»Debe usted creerme cuando le aseguro que nuestros pueblos contemplan con ojo crítico lo que consideran un desacuerdo entre nosotros, en este punto crucial de la guerra. Afirman, en efecto, que si no podemos llegar a un acuerdo ahora que nuestros ejércitos convergen sobre un enemigo común, menos será posible conseguir un entendimiento sobre asuntos más importantes que se presentarán en el futuro.

»Es necesario que le aclare que no podemos reconocer el Gobierno de Lublin tal como está compuesto ahora, y el mundo considerará como un lamentable corolario de nuestro trabajo el que nos separemos en abierta y evidente divergencia en lo que se refiere a este aspecto…

Roosevelt proseguía sugiriendo que Beirut y Osobka-Morawski, del Gobierno de Lublin, debían ser llamados a Yalta inmediatamente, así como Mikolajczyk y otros representantes de los polacos de Londres.

«Creo que no es necesario asegurarle que Estados Unidos nunca darán su apoyo, en sentido alguno, a ningún gobierno provisional de Polonia que se halle en conflicto con los intereses de ustedes.

»Tampoco preciso afirmar que cualquier gobierno interino que pueda formarse aquí como resultado de nuestra conferencia con los polacos, deberá quedar sometido a la celebración de elecciones libres en Polonia lo antes posible. Sé bien que esto va de acuerdo con sus deseos de ver surgir a una nueva y democrática Polonia del caos de la guerra.

»Sinceramente suyo,

»Franklin D. Roosevelt».

Aquella noche los norteamericanos de nivel bastante menor organizaron un baile en Yalta, y pronto las danzas de salón se convirtieron en un concurso de *jitterburg*. Todo terminó en tablas, pues no fue posible establecer quién bailaba más desenfrenadamente, si los sudorosos americanos o las robustas muchachas rusas.

2

Mientras los conferenciantes iban colocándose en torno a la gran mesa redonda para celebrar la cuarta reunión plenaria, en la tarde siguiente, Churchill arrastró una silla y se colocó entre Roosevelt y Stettinius.

—Tío José querrá tratar de Dumbarton Oaks —dijo con un ronco susurro.

Eso quería decir que Stalin accedería a las propuestas de Estados Unidos para votar en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En la conferencia de Dumbarton Oaks, celebrada el otoño anterior, y en la que se había bosquejado un plan para una Organización Mundial, los delegados norteamericanos manifestaron que para conservar la paz mundial, los cinco miembros permanentes del Consejo (Gran Bretaña, Estados Unidos, la URSS, China y Francia) debían votar unánimemente. Los americanos también habían insistido en que todos los miembros de la organización, fuesen grandes o pequeños, debían ser escuchados con el mismo interés.

La sesión comenzó con la sugerencia de Roosevelt de volver a tratar el asunto polaco. Stalin dijo que hacía una hora y media que había recibido la traducción de la carta de Roosevelt y que desde entonces trató infructuosamente de conseguir comunicación telefónica con Osabka-Morawski.

—Mientras tanto —manifestó Stalin—, Molotov ha preparado un plan que concuerda en cierto modo con el del presidente. Podremos escucharlo cuando hayan concluido de traducirlo. Entretanto, hablemos de Dumbarton Oaks.

Por vez primera Roosevelt estuvo seguro de lo que Molotov iba a decir.

—Creemos que las decisiones tomadas en Dumbarton Oaks —manifestó— y las modificaciones sugeridas por el presidente, nos asegurarán la colaboración de todas las naciones, lo mismo grandes que pequeñas, después de la guerra. Por consiguiente, consideramos aceptables las propuestas presentadas.

Roosevelt se mostró enormemente satisfecho hasta que Molotov agregó que

la Unión Soviética se contentaría con la admisión de tres, o dos al menos, de las Repúblicas Soviéticas, como miembros fundadores de las Naciones Unidas. El rostro de Roosevelt se ensombreció, y escribió apresuradamente: «Esto ya no está tan bien», pasándole luego el papel a Stettinius. A pesar de ello, elogió a los soviéticos por los grandes avances realizados, y comenzó una larga, aunque cortés crítica, acerca de la propuesta que acababa de presentar Molotov.

Hopkins le interrumpió entregándole otra nota:

«Señor presidente: Creo que debe pedir someterlo al estudio de los ministros de Asuntos Exteriores, antes de que se produzcan complicaciones.

»Harry».

Roosevelt echó una mirada a la nota y luego dijo a los conferenciantes que era importante establecer la nueva Unión de Naciones sin mayor demora. Agregó que se sometieran todos los temas al estudio de los ministros de Asuntos Exteriores, que también podían elegir una fecha para la primera reunión de la U.N., la cual podía ser en marzo, por ejemplo.

—No estoy en desacuerdo con las proposiciones del presidente —manifestó Churchill—, pero considero que los secretarios de Asuntos Exteriores ya se han visto bastante abrumados de trabajo.

Dijo también que el mes de marzo le parecía demasiado pronto para celebrar la primera entrevista. La lucha estaba en su punto culminante, y la suerte del mundo era aún demasiado incierta. Stettinius deslizó una nota ante Roosevelt:

«Stimson piensa de igual forma».

Pero a Roosevelt le interesó más otra nota que recibió de Hopkins, y que decía:

«Detrás de estas conversaciones hay algo cuya base desconocemos. Será mejor que esperemos hasta más tarde, para ver cuáles son sus propósitos».

Debajo Roosevelt escribió: «Todo esto es repugnante», y subrayó la palabra «repugnante», añadiendo a continuación: «Es política localista».

Mientras tanto, un ayudante entregaba a Molotov el proyecto sobre Polonia, y el ministro soviético comenzó a leerlo en voz alta. Tanto Roosevelt como Churchill fruncieron el ceño cuando Molotov leyó la tercera parte: «Resulta muy de desear que en el Gobierno Polaco Provisional se integren algunos de los

líderes democráticos procedentes de los círculos polacos emigrados».

—Solo hay una palabra que no me gusta —observó Roosevelt—, y es la palabra «emigrados».

Churchill intervino y explicó, como para dar a Stalin una lección de Historia, que la palabra se había originado durante la Revolución Francesa, y su significado era: una persona que sale de su país por voluntad de sus compatriotas.

Luego Roosevelt escribió otra nota a Hopkins con su conciso estilo: «Tenemos para media hora». Roosevelt ya había bromeado a veces en privado acerca de los largos discursos del «viejo y querido Winston», que consideraba a veces improcedentes, y que sin duda irritaban a Stalin.

Churchill estaba declarando que deseaba que Polonia recibiera territorios en el este de Alemania para compensar el que la Unión Soviética iba a tomar de Polonia Oriental, pero advirtió que no debería dárseles a los polacos mucho de ese territorio alemán.

—No quiero atracar al ganso polaco para que muera de indigestión germana —manifestó, e hizo notar que muchos ingleses quedarían sorprendidos ante la transferencia por la fuerza de unos seis millones de alemanes.

—Ya no habrá alemanes allí —dijo Stalin—. Cuando nuestras tropas entraron en la zona, los alemanes salieron huyendo.

—Entonces está el problema de cómo manejarlos en Alemania —siguió diciendo Churchill—. Ya hemos matado a seis o siete millones y probablemente daremos muerte a otro millón antes de que termine la guerra.

—¿Uno, o bien dos millones? —interrumpió Stalin, jocosamente. —Bueno, no estoy poniendo límites —replicó Churchill, de no menos buen humor, y preguntó a Stalin si le parecía bien añadir las palabras «y algunos dentro de Polonia».

Stalin, siempre de buen talante, contestó:

—Sí, me parece aceptable.

—Bien —concluyó Churchill—; estoy de acuerdo con el presidente en que debemos suspender la sesión hasta mañana.

—También yo lo considero oportuno —dijo Stalin.

Una vez que se hubo levantado la sesión, Leahy opinó que había sido la reunión más prometedora hasta aquel momento, y varios norteamericanos comentaron la habilidad de Roosevelt para conciliar las discusiones que se suscitaron entre los otros dos dirigentes.

Los ingleses no hicieron tantos elogios, y algunos se hallaban resentidos por el papel de mediador que el mismo Roosevelt se había asignado. Unos pocos hablaron incluso de lo que consideraban como una total ignorancia de la historia de Europa Oriental. Eden manifestó que Roosevelt estaba demasiado impaciente «por demostrar a Stalin que Estados Unidos no se estaba “confabulando” con Gran Bretaña “en contra de Rusia”», lo cual solo originaba «confusiones en las relaciones angloamericanas, de lo que se aprovechaban los soviéticos». Para él Roosevelt era un consumado político, capaz de visualizar claramente un objetivo inmediato, pero «cuya perspectiva a largo plazo no era muy acertada».

En las últimas horas de la noche, Churchill envió un largo telegrama a Clement Attlee, jefe del partido Laborista y primer ministro suplente.

> *«Hoy ha salido mucho mejor. Todas las proposiciones americanas para la constitución de Dumbarton Oaks han sido aceptadas por los rusos, quienes declararon que ello se debía principalmente a nuestra explicación, que les había tomado en una actitud propicia para aceptar el plan en su totalidad. También disminuyeron su petición de dieciséis miembros votantes en la asamblea, a solo dos… A pesar de nuestros sombríos presentimientos, Yalta ha resultado bastante propicia hasta el momento…».*

Mencionó asimismo la carta que Roosevelt había enviado a Stalin en relación con el nuevo Gobierno polaco, más representativo. Si ocho o diez polacos democráticos como Mikolajczyk quedaban integrados en el nuevo Gobierno, resultaría beneficioso para Gran Bretaña reconocer tal Gobierno en seguida.

> *«… Entonces podremos enviar embajadores y misiones a Polonia, y averiguar al menos lo que está sucediendo allí, así como si es posible establecer los fundamentos para unas elecciones libres y válidas, que puedan dar vida a un Gobierno polaco. Esperamos que en este difícil terreno nos darán plena libertad de acción…».*

Attlee se mostró complacido con el extenso telegrama. Aunque él y Churchill eran los polos opuestos en el terreno político, el Gobierno inglés de la época de guerra actuaba casi con completa exclusión del aspecto interior. Ocultando una notable capacidad bajo una apariencia incolora, Attlee parecía un insignificante empleadillo. Pero sentía afecto por el rutilante Churchill, y respetaba su indudable competencia, aun cuando aseguraba que el primer ministro «se descarriaba» en algunas ocasiones. Winston —dijo en cierta oportunidad— está formado por un noventa por ciento de genio y diez por ciento de necio impetuoso. Lo que necesita es una buena secretaria que le diga con

energía: «¡No sea tan necio e impetuoso!».

También recordaba Attlee el comentario de Lloyd George acerca de Churchill: «Ese es Winston. Tiene media docena de soluciones para cada problema, de las que solo una es acertada. Lo malo es que no sabe cuál es la buena».

3

Aquel día, 7 de febrero, el teniente general H. D. G. Crerar, comandante del Primer Ejército Canadiense, llamó a los corresponsables de guerra a su cuartel general táctico situado en Tillburg, Holanda, y les dio a conocer los planes de la operación «Veritable», que constituía el primer paso para el avance de Montgomery hasta el centro de Alemania.

La operación «Veritable» se iniciaría al día siguiente desde el flanco norte de las tropas de Montgomery. El campo de batalla se hallaba delimitado por dos ríos: el Rhin, que se internaba por Alemania hacia el norte y luego se dirigía bruscamente hacia el oeste, a Holanda. Pasaba entonces por Nimega, a solo diez kilómetros al norte del Mosa, el segundo río, que procedía de Bélgica. El ataque canadiense comenzaría en esta estrecha franja de diez kilómetros, y seguiría hacia el sudeste, arrollando a todas las tropas alemanas situadas entre ambos ríos.

—Esta operación podrá prolongarse, resultando una lucha dura y fatigosa —manifestó Crerar a los corresponsales—. Todos confiamos, sin embargo, en que se concluirá satisfactoriamente la gran tarea que tenemos el honor y la responsabilidad de llevar a cabo.

El plan era simple en teoría, pero dependía en gran parte del tiempo y de la conformación especial del terreno que Crerar tendría que conquistar. Por la tarde, el hombre que había elegido para dirigir el asalto inicial, teniente general Brian Horrocks, comandante del 30.° Cuerpo británico, se dirigió hasta un puesto avanzado de observación cerca de Nimega, donde tantos americanos habían muerto en la tentativa de desembarco aéreo del otoño anterior. Hacia el sudeste, Horrocks descubrió un pequeño valle que se elevaba unos cincuenta metros en el Reichswald, un bosque de pinos tan denso que la visibilidad quedaba limitada a unos pocos metros. Horrocks tenía que atacar aquel siniestro

bosque, y además la carretera que había más allá del mismo y que partía desde Nimega hacia el sudeste.

El problema inicial de Horrocks consistió en llevar doscientos mil hombres, así como tanques, cañones y vehículos, a la zona boscosa situada detrás de Nimega, sin que fuera observado. Durante las tres semanas anteriores, pero solo por la noche, se habían trasladado 35 000 vehículos con soldados y suministros a la nueva posición, a pesar de la pertinaz lluvia que caía en aquellos momentos, que llegó a hacer intransitables numerosas carreteras.

Cuando Horrocks observó el horizonte, no pudo advertir ningún movimiento enemigo desacostumbrado, pero ello no hizo que disminuyera su preocupación. Los bosques y los alrededores de Nimega se hallaban atestados de tropas alemanas. ¿Qué ocurriría si llevaban a cabo un eficaz ataque aéreo, o si comenzaban de nuevo las lluvias?

Crerar no dijo a los corresponsales que una vez que los alemanes enviasen rápidamente refuerzos desde el sur, para detener la operación «Veritable», el flanco derecho de Montgomery avanzaría hasta la zona desocupada por esas tropas. Esa sería la operación «Granada», destinada a obligar al Alto Mando alemán a enviar de nuevo las reservas al sur. En la confusión subsiguiente, Horrocks se infiltraría rápidamente hasta el Rhin.

Para dirigir la operación «Granada», Montgomery había elegido al general William Simpson, comandante del 9.° Ejército de Estados Unidos. El «Gran Simp» —para distinguirlo del «Pequeño Simp», otro general americano de igual apellido— era alto, calvo y poseía recias facciones. Aunque tenía el aspecto de un fiero jefe indio, no había probablemente otro comandante de ejército que fuera menos temido por sus oficiales y más admirado, al mismo tiempo. Hablaba suavemente, rara vez perdía el control de sí mismo, y le bastaba una sola palabra de reproche para corregir al que cometía un error.

A unos cien kilómetros al sur de Nimega, Simpson aconsejó a sus comandantes que no mezclasen sus unidades.

—Manténgase en orden en el campo de batalla. Conserven intactas las unidades —manifestó.

Luego les reveló que el Día D era el 10 de febrero. Faltaban, pues, tres días. Pero por muy cuidadosamente que Simpson planease el ataque, su éxito final dependía del comandante de otro grupo de ejército, y también de un río, el Roer, que se dirigía hacia el norte, desde las Ardenas, y que era la primera barrera que Simpson tenía que atravesar en su marcha hacia el Rhin. El general era Courtney

Hodges, y sus tropas trataban en aquellos momentos de tomar intactos los embalses del Roer. Si los alemanes los destruían, millones de toneladas de agua anegarían la zona, impidiendo a Simpson que alcanzase el otro lado durante dos semanas al menos, o lo que era peor, aislando a las tropas que ya hubieran cruzado.

Por consiguiente, el resultado de la operación «Veritable» dependía del agua: de los embalses situados cien kilómetros al sur, y de la lluvia. Al anochecer de aquel día el cielo aparecía despejado y la calma reinaba sobre la zona de Nimega. A las nueve de la noche Horrocks oyó el sordo rumor de los aviones: 769 bombarderos pesados británicos que se dirigían hacia Cleve y Goch, en la otra orilla del Reichswald.

Poco antes del amanecer del 8 de febrero, Horrocks trepó a una pequeña plataforma instalada en el tronco de un árbol —su puesto de mando— y observó una cortina de explosiones, quizá más de un millar a la vez, que se apreciaban sobre todo el frente. Era un amanecer frío y gris, y para disgusto de Horrocks comenzó a llover. Pero a pesar de ello podía seguir observando la mayor parte del campo de batalla. Hasta para una persona avezada a la guerra el espectáculo era estremecedor. De pronto cesó el fuego de los cañones, y entonces se inició entre el barro el avance de los tanques y de los «canguros» (tanques provistos de plataforma, para transportar a la infantería).

A las 21:20 un fuego de artillería comenzó a caer sobre las líneas alemanas, alcanzando su intensidad máxima cuarenta minutos después. A la hora H el blanco de la artillería fue avanzando cien metros cada cuatro minutos, mientras una cortina de humo blanco ocultaba los batallones de asalto de las cuatro divisiones que avanzaban por el valle. Si bien el enemigo no podía ver las tropas que realizaban el avance, Horrocks sí podía divisar con claridad los grupos de hombres y los carros de asalto que se aproximaban al bosque, encontrando escasa resistencia. Pero una hora más tarde, los tanques aminoraron la marcha y parecieron detenerse. Se estaban quedando atascados en el barro.

El cieno no era en modo alguno el peor de los problemas con que se enfrentaba la operación «Veritable». Hacia el sur, el ataque de la 78.ª división, de infantería de Hodges, contra los embalses, había remitido. Hodges llamó por teléfono al comandante del 5.° Cuerpo, general de división Clarence Huebner, y expresó su descontento por los pocos progresos de la 78.ª división. El ataque

estaba respaldado por el fuego de potente artillería, y Hodges no comprendía que esta no pudiese abrir un camino hasta los embalses.

—Debo tenerlos en mi poder mañana mismo —afirmó. Huebner sabía que la 78.ª división estaba agotada. Era necesario enviar una nueva unidad.

—Tengo que usar la 9.ª División —dijo a Hodges.

—Quiero tener los embalses en mi poder por la mañana —repitió Hodges—. La forma de conseguirlo es asunto suyo. Huebner habló con el general de división Louis Craig, comandante de la 9.ª División, el cual acababa de llegar, y le preguntó el tiempo que tardaría en trasladar sus tropas.

—Puedo hacerlo en seguida —manifestó Craig.

4

Los jefes norteamericanos del Estado Mayor se hallaban, sin embargo, mucho más preocupados con el desarrollo de la guerra en el Pacífico. Estaban a la sazón sentados ante una mesa al otro lado de la cual se hallaban los jefes de Estado Mayor soviéticos. La reunión se celebraba en el palacio Yusupov, que albergaba el cuartel general de Stalin, y en ella trataban de solucionar los problemas militares del Extremo Oriente, y en especial las medidas que debería tomar la Unión Soviética una vez que declarase la guerra al Japón.

Mientras se celebraba esta reunión, Roosevelt y Stalin consideraban el mismo asunto a un nivel superior, en presencia de Molotov, de Harriman y de los dos intérpretes, Pavlov y Bohlen. Roosevelt se mostraba partidario de un bombardeo intensivo, que hiciese rendir a los japoneses, evitando tener que invadir el archipiélago. A esto replicó Stalin:

—Me gustaría discutir las condiciones políticas según las cuales las URSS entraría en la guerra contra el Japón.

Tales condiciones, precisó Stalin, habían sido ya detalladas en una conversación con Harriman.

Roosevelt consideró que no había dificultad alguna en que Rusia se quedase con la mitad de la isla de Sakhalin y con las islas Kuriles, como reparación. En cuanto a proporcionar a los soviéticos un puerto de aguas cálidas en el Lejano Oriente, le parecía bien arrendar el puerto chino de Dairen, o bien hacer de él un puerto libre.

Dándose cuenta de la favorable posición en que se hallaba situado, Stalin replicó solicitando algo más: el empleo de los ferrocarriles de Manchuria. También esto pareció razonable a Roosevelt, que sugirió arrendarlos a Rusia, y colocarlos bajo el control de una comisión rusochina.

Stalin se mostró satisfecho.

—Si estas condiciones no se cumplen —dijo con aspereza—, nos resultará difícil explicar, a mí o a Molotov, ante nuestro pueblo, la razón de que Rusia entre en la guerra contra el Japón.

—No he tenido ocasión de hablar con el mariscal Chiang Kai Shek —contestó Roosevelt—. Una de las dificultades con que se tropieza al hablar con los chinos, es que cualquier cosa que se les dice se transmite al mundo por radio al cabo de veinticuatro horas.

Stalin declaró que por el momento no era necesario hablar con los chinos, y luego hizo notar afablemente:

—Respecto a la cuestión del puerto de aguas cálidas, no habrá dificultad, pues no pondré objeciones a que sea un puerto libre, internacionalizado.

Cuando la conversación abordó el tema de la administración fiduciaria de algunos territorios del Lejano Oriente, Roosevelt admitió que el problema coreano era muy delicado. En tono confidencial añadió que si bien personalmente creía que no era necesario invitar a los ingleses a que participasen en el fideicomiso de dicho país, estos podían mostrarse resentidos, si no se solicitaba su colaboración.

—Sin duda alguna se ofenderían —dijo Stalin, haciendo un gesto significativo—. Creo que el primer ministro nos mataría, por lo que considero que debe ser invitado.

Eran casi las cuatro de la tarde, hora de iniciarse la cuarta asamblea plenaria, y ambos se dirigieron hacia el gran salón. Los demás conferenciantes se encontraban ya allí, charlando en pequeños grupos. Alger Hiss estaba hablando a Eden acerca de la debatida cuestión del procedimiento para votar en las Naciones Unidas. Aquella misma mañana Eden había ayudado a confeccionar el informe de los ministros de Asuntos Exteriores sobre dicho asunto, y Hiss preguntó si podría echar un vistazo al proyecto antes de que se iniciase la asamblea plenaria. Eden vaciló, y al fin le entregó el informe. La razón de sus dudas se hizo evidente para Hiss cuando leyó con creciente asombro que Estados Unidos apoyaban ahora la petición de Stalin de mayor número de votos asignados. Hiss exclamó que aquello era un error, y que Estados Unidos no

habían aprobado semejante cosa.

—No sabe usted lo que ha ocurrido —dijo Eden, tomando asiento reposadamente, y sin decir Hiss que Roosevelt había aprobado la medida en privado.

La quinta reunión plenaria se inició con unas palabras de Eden aceptando la invitación de Estados Unidos para celebrar la primera reunión de las Naciones Unidas en Norteamérica, el día 25 de abril. Luego de una prolongada discusión sobre los países que debían participar, Molotov cambió de tema diciendo:

—Consideramos que resultaría útil discutir el problema polaco sobre la base de que el Gobierno actual debe ser ampliado. No podemos ignorar el hecho de que este Gobierno existe en Varsovia, y que ejerce la jefatura sobre el pueblo polaco con gran autoridad.

—Este es el punto crucial de la conferencia —manifestó Churchill, proyectando la mandíbula hacia adelante. Todo el mundo estaba esperando una resolución, y si abandonaban Yalta reconociendo aún varios Gobiernos polacos, se haría evidente que entre ellos existían «diferencias fundamentales», a pesar de todo. Por otra parte, y de acuerdo con los informes que Churchill tenía, el Gobierno de Lublin no gozaba del apoyo de la mayoría de los polacos, y si los tres grandes abandonaban a los polacos de Londres para respaldar a los de Lublin, los 150 000 polacos que luchaban por los aliados se considerarían traicionados.

—Las consecuencias de no llegar a un acuerdo serían lamentables —manifestó Churchill—, y colocarían el sello del fracaso sobre nuestra conferencia.

Luego añadió que el Gobierno de Su Majestad sería acusado en el Parlamento de haber abandonado la causa de Polonia. Debían celebrarse unas «elecciones libres y generales».

—Una vez que se haya hecho esto, el Gobierno de Su Majestad reconocerá al Gobierno que surja, sin tener en cuenta el de los polacos de Londres. Lo que nos causa zozobra es el intervalo que va de aquí a las elecciones.

Stalin replicó que el Gobierno de Lublin —que él llamaba el Gobierno de Varsovia— era muy popular, en realidad.

—Son las gentes que no abandonaron Polonia. Proceden de la Resistencia.

Agregó que en la Historia los polacos odiaban a los rusos, pero que se había producido un cambio radical al ser liberado su país por el Ejército Rojo.

—Ahora demuestran buena voluntad hacia Rusia. Es natural que los polacos

sientan una enorme satisfacción al ver a los alemanes huir de su país, y al sentirse liberados. Mi impresión es que los polacos consideran esto como una fecha histórica. La población está grandemente sorprendida de que los integrantes del Gobierno polaco de Londres no tomen parte en esta liberación. Ven allí a los miembros del Gobierno provisional; pero ¿dónde están los polacos de Londres?

Stalin admitió que, indudablemente, era mejor establecer un Gobierno basado en elecciones libres, pero que la guerra la impedía, debiendo formarse primero un Gobierno provisional.

—Es algo semejante al de De Gaulle —continuó diciendo—, que tampoco ha sido elegido. ¿Quién es más apreciado, De Gaulle o Bierut? Hemos considerado posible tratar con De Gaulle y establecer convenios con él. ¿Por qué, entonces, no tratar con el Gobierno provisional polaco? No podemos pedir más a Polonia que a Francia…

—¿Cuánto tiempo tardarían en celebrarse las elecciones? —inquirió Roosevelt.

—Un mes, aproximadamente, a menos que se produzca una catástrofe en el frente y los alemanes nos derroten —replicó Stalin, demostrando de nuevo su cachazudo humor, y sonriendo—. Pero no creo que esto llegue a ocurrir.

Hasta el mismo Churchill estaba impresionado, o al menos parecía estarlo.

—Sin duda las elecciones libres disiparían las preocupaciones del Gobierno británico —dijo.

—Propongo que posterguemos las conversaciones hasta mañana —sugirió Roosevelt.

Era obvio que se hallaba satisfecho con aquellas muestras de armonía, y pidió que el asunto quedase a cargo de los tres ministros de Asuntos Exteriores.

—Mis colegas me ganarán con sus votos —dijo Molotov, con una de sus raras sonrisas.

Stalin siguió demostrando buen humor, incluso cuando preguntó la razón de que aún no se hubiese hablado de Yugoslavia. ¿Y respecto a Grecia?

—No tengo críticas que hacer, pero me gustaría saber qué ocurre allí —dijo el mariscal, mirando de reojo a Churchill, pues era sabido que Grecia se hallaba en la esfera de influencia de Inglaterra.

Churchill dijo que podía hablar durante varias horas acerca de Grecia. En cuanto a Yugoslavia, manifestó que se había persuadido al rey —o más bien se le había forzado— a que estableciese la regencia. El jefe del Gobierno yugoslavo

en el exilio había salido ya de Londres, según tenía entendido, para formar en Belgrado un Gobierno de coalición con Tito.

—Tengo esperanzas de que la paz se establecerá basándose en una amnistía —dijo Churchill—; pero ambos se odian tanto que no pueden dejar de poner las manos en Yugoslavia.

Esto provocó otra sonrisa de Stalin, quien manifestó:

—Es que aún no están acostumbrados a las discusiones, y en lugar de ello se cortan la garganta mutuamente.

En lo concerniente a Grecia, el mariscal añadió con supremo aire socarrón:

—Solo deseaba enterarme. De todos modos, no tenemos deseos de intervenir allí.

Este tono de jovialidad siguió imperando en la cena que se celebró en el palacio Yusupov, mientras se sucedían los brindis. Stalin proclamó que Churchill era un hombre de los que solo nacía uno cada cien años. En reciprocidad, el primer ministro elogió a Stalin como el jefe de un poderoso país que había recibido el impacto más fuerte de la maquinaria guerrera germana, y que tras destruirla había expulsado a los tiranos de su suelo.

Luego Stalin brindó por Roosevelt con un calor que era algo más que político. Las decisiones tomadas por Churchill y por él mismo, manifestó, habían sido relativamente simples, pero Roosevelt se había unido a la lucha contra el nazismo a pesar de que su país no se hallaba seriamente amenazado por una invasión, constituyéndose luego en el «principal forjador del instrumento que condujo a la movilización del mundo contra Hitler». Los proyectos de préstamo de Roosevelt, dijo Stalin con acento agradecido, habían salvado a muchos. Conforme iba transcurriendo la velada, Stalin comenzó a bromear acerca de Feodor Gusov, uno de sus propios diplomáticos, que jamás sonreía. Stettinius consideró que el mariscal llevaba la broma casi hasta el punto de ridiculizar a su subordinado.

Los mosquitos torturaban continuamente los tobillos del almirante Leahy, irritándole casi tanto como los interminables brindis. El almirante se vertía él mismo la bebida en su copa, con el fin de mantenerse sobrio, pero en general consideraba que la reunión constituía una pérdida de tiempo. Se preguntaba por qué no se marcharían todos a sus respectivos alojamientos a descansar, a fin de estar recuperados para la siguiente jornada de trabajo.

Churchill se puso una vez más de pie e hizo otro brindis, tan optimista esta vez que Stettinius; recordando el deprimido estado de ánimo del primer ministro en Malta, no dejó de asombrarse. Churchill dijo que se hallaban en ese momento en la cúspide de la montaña, y que ante ellos se abría la perspectiva de la llanura.

—Mis esperanzas descansan en el ilustre presidente de Estados Unidos y en el mariscal Stalin, en los que hallamos a los campeones de la paz, y que tras derrotar al enemigo, nos señalarán el camino para vencer la pobreza, la confusión, el caos y la opresión. Esas son mis esperanzas, y al hablar de Inglaterra diré que no regatearemos tampoco nuestros esfuerzos, y que no desmayaremos en secundar las empresas que ustedes llevan a cabo. El mariscal ha hablado del futuro. Eso es lo más importante de todo. De otro modo los mares de sangre vertidos hubieran resultado inútiles y ultrajantes. Propongo un brindis por el radiante amanecer de la paz victoriosa.

Pocos minutos más tarde se propuso el brindis cuadragésimo quinto y final de la velada. Para el cauto y sobrio almirante Leahy, había tardado demasiado en llegar.

Los jefes militares de las tres grandes potencias se reunieron a las once de la mañana siguiente para discutir acerca del informe militar final. Se convino en que a fin de establecer planes, la fecha más temprana en que cabía esperar la derrota de Alemania era el primero de julio de 1945, y la última, el 31 de diciembre del mismo año. Se establecía que la caída del Japón se produciría dieciocho meses después de la de Alemania.

A mediodía se reunió con ellos Churchill, y quince minutos más tarde llegó Roosevelt, demorado por un tratamiento para aliviarse la sinusitis que padecía. Puesto que los jefes militares habían llegado a un completo acuerdo, ya no había necesidad de que los dirigentes políticos occidentales resolviesen más problemas en aquella esfera, por lo que se inició una afectuosa conversación entre el primer ministro y el presidente. Casi una hora después, Roosevelt se dirigió a Churchill y dijo con sonrisa traviesa:

—Esta ha sido una magnífica conferencia, Winston, a menos que vaya usted a París y haga otro discurso diciendo a los franceses que los británicos tratan de equipar veinticinco divisiones francesas más con material americano.

Churchill contestó riendo que jamás había dicho tal cosa, pero el presidente afirmó que «un montón de papeles» probaba que Churchill había hecho

semejante declaración después de la reunión de Quebec.

—Sea lo que fuere lo que afirmé en París, lo dije en francés —contestó Churchill—, y nunca sé bien lo que digo cuando hablo en francés, de modo que es mejor que no le preste usted atención.

Poco después de celebrarse la sexta reunión, aquella tarde, los Tres Grandes y sus principales consejeros se reunieron en el patio del palacio de Livadia para que les tomasen unas fotografías. A su regreso al salón, Stettinius comenzó a leer el plan que los ministros de Asuntos Exteriores habían redactado acerca de los territorios en fideicomiso, tema que debía ser tratado en las Naciones Unidas. Antes de que estuviese por la mitad de la lectura, Churchill gritó irritado que hasta el momento no estaba de acuerdo con una sola palabra del proyecto.

—¡No se me ha consultado ni he oído hablar del asunto hasta ahora! —exclamó, tan exaltado que sus gafas resbalaron hasta la punta de la nariz—. ¡Bajo ninguna circunstancia consentiré que los dedos de cuarenta o cincuenta naciones hurguen en la existencia del Imperio Británico! ¡Mientras yo sea primer ministro, no cederé un solo trozo del patrimonio británico! Al fin Churchill se apaciguó la suficiente para que Stettinius pudiese terminar la lectura del informe, pero aquel siguió enfurecido, y en el momento en que Molotov propuso que se tratase acerca de Polonia, se agitó en su asiento como si se dispusiera a entrar en batalla.

En su papel de mediador, Roosevelt dijo creer que estaban próximos a llegar a un acuerdo sobre el caso de Polonia, el cual, según él, solo era un asunto «de terminología». Por otra parte, también tenían importancia para él los siete millones de polacos que vivían en Norteamérica, a quienes debía asegurarse que Estados Unidos harían lo que pudiesen para establecer la celebración de elecciones libres en Polonia. Churchill declaró que también él tenía que informar a la Cámara de los Comunes acerca de parecido asunto, y añadió irritado:

—Personalmente no me preocupan demasiado los polacos. Stalin quiso aprovechar esa despectiva manifestación, y dijo rápidamente:

—También hay gentes notables entre los polacos.

Y a renglón seguido elogió sus cualidades como científicos, soldados y músicos. Llegó incluso a decir que eran elementos «no fascistas y antifascistas», tanto en el Gobierno de Lublin como en el de Londres. Churchill atacó inmediatamente el empleo de tales términos, y comenzó una querella de tipo

semántico entre él y Stalin, quien terminó diciendo que la Declaración de Europa Libre hacía uso del mismo vocablo.

Los americanos se pusieron al momento en guardia. Esa Declaración había sido idea de Roosevelt, y ensalzaba «el derecho de los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual deberían vivir». Una vez Stalin hubo atraído la atención de todos, dijo de improviso:

—En general, la apruebo.

Roosevelt experimentó una gran alegría. Si Stalin firmaba la Declaración, la paz del mundo y los derechos universales del hombre estarían asegurados.

—Este es el primer ejemplo de cómo puede usarse la Declaración —manifestó el presidente, con vehemencia—. En ella está la frase «crear instituciones democráticas de elección propia», —y siguió citando parte del tercer artículo de la Declaración—: «… Formar autoridades de Gobierno interinas plenamente representativas de todos los estamentos democráticos de la población, y procurar en el menor plazo posible el establecimiento de elecciones libres para crear Gobiernos que respondan a la voluntad del pueblo».

—Aceptamos el artículo tercero —dijo Stalin.

Roosevelt le miró con gesto agradecido y declaró:

—Quiero que estas elecciones de Polonia sean las primeras que se realicen.

Stalin volvió a mostrarse conforme.

El tercero en discordia, Churchill, quedó relegado y quiso sobreponerse:

—No disiento de la Declaración del presidente —dijo un tanto sombríamente —, siempre que se entienda que la referencia a la Carta del Atlántico no se aplica al Imperio Británico. Pero un momento más tarde, Churchill volvió a recuperar la atención de los presentes, cuando manifestó con acento dramático:

—Deseo anunciar que las tropas británicas han comenzado un ataque al amanecer de ayer en la zona de Nimega. Han avanzado cerca de tres mil metros, y ahora están en contacto con la Línea Sigfrido… Mañana seguirá el segundo ataque e intervendrá el Noveno Ejército americano. La ofensiva continuará sin interrupción alguna.

5

La operación «Veritable» halló más dificultades de las que hubiera previsto

el más pesimista de sus comandantes. Las tropas hicieron escasos progresos en los campos convertidos en pantanos por los continuos aguaceros. Los tanques se atascaban en los barrizales de las carreteras, y cuando se inundó la carretera clave Nimega-Cleve, se produjo un monumental atasco de vehículos.

En el sur, Simpson también se veía obstaculizado por el agua. El río Roer crecía por momentos, y aunque sus ingenieros le aseguraron que ello solo se debía a la lluvia, y no a una rotura en sus embalses, todos menos uno de sus comandantes de cuerpos le exhortaron a que aplazase la operación «Granada». Simpson replicó que les comunicaría su decisión hacia las cuatro de la tarde. Era un problema de difícil solución: el éxito de «Veritable», acción que ya comenzaba retrasándose, dependía en gran parte del ataque de la mañana siguiente. Pero ¿qué ocurriría si enviaba al ataque a sus tropas, cruzando el Roer, y luego estas quedaban aisladas, con la inundación a sus espaldas? Poco antes de las cuatro le comunicaron que el río seguía subiendo, aunque ligeramente. ¿Era una subida causada por las lluvias, o por el agua de los embalses? ¿Debía arriesgarse? Probablemente su carrera terminaría allí, si fracasaba en el ataque. Simpson tomó asiento con gesto vacilante, de intensa preocupación. A las cuatro alguien le dijo:

—Postergue el ataque.

Y Simpson accedió a ello.

La 9.ª División de Craig aún no había llegado a los embalses. Los alemanes, al retirarse lentamente, hacían que cada metro avanzado resultase sumamente costoso. Solo a las nueve de la noche —varias horas después de la decisión de Simpson—, el primer batallón del 309.° regimiento llegó penosamente en medio de la oscuridad hasta el mayor de los embalses. El batallón se dividió en dos partes: una se dirigió hacia la parte superior del mismo, y la otra descendió hasta la central eléctrica.

A media noche, y ante el fuego del enemigo, un equipo de ingenieros se dirigió corriendo por encima del dique hacia un túnel de inspección. Encontraron el aliviadero del embalse destruido y bloqueado, y se deslizaron hacia abajo por la vertical de 70 metros de altura, para entrar por el túnel de salida. Todo fue en vano. Los alemanes habían destruido ya toda la maquinaria de la central, volando también las compuertas. Una corriente de agua se deslizaba hacia el río Roer, lo suficientemente densa como para mantener el valle inundado durante las

dos semanas siguientes.

Resulta extraño que los que hicieron que «Veritable» dependiese en tal grado de la operación «Granada» no se hubiesen dado cuenta de lo que iba a ocurrir. Como resultado de ello, doscientos mil soldados, entre canadienses, ingleses, galeses y escoceses, se hallaban enfrascados en una de las batallas más agotadoras de la guerra. La responsabilidad debía ser compartida por muchos, pero principalmente por los mandos superiores: Eisenhower y Montgomery, Marshall y Brooke.

Durante todo el día siguiente, 10 de febrero, los hombres de Horrocks siguieron avanzando lentamente, marchando con coraje contra un enemigo obstinado. Horrocks debía haber recibido ayuda de la operación «Granada», pero como ya es sabido, no hubo ataque de Simpson, y los alemanes enviados al norte como refuerzo daban un gran trabajo a los soldados de la operación «Veritable».

Horas más tarde la mayor parte de la carretera Nimega-Cleves se hallaba anegada por las aguas. Además, la primera oleada de agua de los embalses del Roer no solo había hecho crecer considerablemente el río Roer, sino que estaba llegando a Maas, y al cabo de pocas horas Horrocks tendría que enfrentarse con otra calamidad: el terreno bajo de Reichswald quedaría igualmente anegado.

El ejército aliado que estaba haciendo más progresos aquel día, fue detenido por una orden, y no por el enemigo. Bradley llamó a Patton y le preguntó si podía ponerse a la defensiva. Patton replicó acaloradamente que era el comandante de más edad y experiencia de todo el Ejército, y que solicitaría que le relevasen si le obligaban a actuar a la defensiva. Los argumentos de Bradley solo hicieron comentar a Patton sarcásticamente que sería una buena idea si alguno de los del 12.° Grupo de Ejército se acercaba al frente de vez en cuando. Para Patton, lo malo de Bradley era que no se enfrentaba con Eisenhower, ni luchaba por sus convicciones con la suficiente firmeza.

Poco después Bradley volvió a llamar. Lo que dijo en esa ocasión proporcionó a Patton una extraña satisfacción. El ataque de Monty, dijo Bradley confidencialmente, era el mayor error que Eisenhower había cometido. Pronosticó que las tropas quedarían atascadas, si no lo estaban ya. Simpson no había atacado como estaba previsto, y lo más probable es que hubiera que volver al plan defendido por Patton… en cuanto lo permitiese el estado del tiempo.

Esto no eran más que meras especulaciones. A pesar de las dificultades que

encontró la operación «Veritable», y del aplazamiento de «Granada», Eisenhower no tenía intenciones de cambiar sus planes. Montgomery seguiría dirigiendo el ataque principal a través del Rhin, hacia Berlín, en tanto que Hodges y Patton continuaban con su papel de apoyo a la operación principal.

6

El embajador Harriman se reunió con Molotov por la tarde y le fue entregada una traducción al inglés de las condiciones políticas que establecía la Unión Soviética para entrar en guerra contra el Japón. Stalin deseaba que continuase la situación existente en Mongolia Exterior y que los territorios ocupados por el Japón después de la guerra de 1904 —especialmente el sur de la isla de Sakhalin, así como Port Arthur y Dairén—, fuesen devueltos a Rusia. También pedía que le concediesen el control de los ferrocarriles de Manchuria, y las islas Kuriles. A cambio de ello, la Unión Soviética celebraría un pacto de amistad y alianza con Chiang Kai Shek, y declararía la guerra al Japón.

Harriman leyó el proyecto y manifestó:

—Hay tres enmiendas que el presidente querrá hacer, según creo, antes de aceptarlo. Dairen y Port Arthur deberán ser puertos libres, y los ferrocarriles manchurianos tendrán que ser dirigidos por una comisión conjunta chino-soviética. Además, estoy seguro de que el presidente no querrá resolver estos dos asuntos, en los que China está interesada, sin que se halle presente el generalísimo Chiang Kai Shek.

En cuanto Harriman hubo regresado a Livandia, enseñó a Roosevelt el proyecto de Stalin con las enmiendas que él mismo había hecho. El presidente aprobó todo y dijo a Harriman que lo entregase de nuevo a Molotov, quedando convencido de que así hacía lo mejor en favor de Norteamérica. La junta de jefes militares había insistido unánimemente en que debía lograr a toda costa que Rusia entrase en guerra contra el Japón, sobre todo para combatir a los 700 000 japoneses del ejército de Kwantung, que se hallaba en Manchuria. Marshall opinaba que un ataque a este ejército, sin la ayuda rusa, provocaría la muerte de millares de muchachos norteamericanos. Unos pocos oficiales del Servicio Naval de Inteligencia de la Armada americana sospechaban que el referido ejército de Kwantung solo existía en teoría, ya que la mayoría de los soldados

habían sido trasladados a otros sectores. Pero estos expertos no fueron escuchados —aunque tenían razón—, y en consecuencia, el 10 de febrero Roosevelt estaba tomando las medidas que hubiera tomado cualquiera que dispusiera de los informes que él poseía.

Poco después de haberse marchado Harriman, Roosevelt fue introducido en el salón donde se iba a celebrar la séptima reunión plenaria, entrevista que determinaría el éxito o el fracaso de toda la conferencia. Los asuntos más importantes a tratar eran las indemnizaciones de guerra, la zona de ocupación francesa y el asunto de Polonia, cuya suerte señalaría el futuro de otras naciones libres del este europeo.

Roosevelt se hallaba en su lugar a las cuatro en punto, con la espalda vuelta hacia la chimenea. Churchill llegó luego jadeando y pidió disculpas a Roosevelt. A continuación, con voz misteriosa dijo:

—Creo que he tenido éxito, y se ha remediado la situación.

En seguida se dirigió a su sitio sin explicar que Stalin acababa de acceder en principio a considerar desde un punto de vista diferente el asunto de las elecciones polacas.

Cuando llegó Stalin, también se disculpó ante el presidente. Eden abrió la sesión, esta vez con un informe confortador: anunció que los ministros de Asuntos Exteriores habían llegado a un acuerdo sobre el futuro Gobierno de Polonia, según la fórmula siguiente:

«En Polonia se ha creado una nueva situación como resultado de su total liberación por el Ejército Rojo. Esto exige el establecimiento de un Gobierno polaco provisional, que puede quedar asentado con mayor firmeza que en anteriores épocas. El Gobierno provisional que ahora se halla funcionando en Polonia deberá ser reorganizado sobre una base democrática, con la inclusión de dirigentes demócratas de la misma Polonia, y con polacos residentes en el extranjero…

»Este Gobierno Provisional de Unidad Nacional deberá celebrar elecciones libres en cuanto sea posible, y de acuerdo con los principios del sufragio universal y del voto secreto…».

Roosevelt entregó una copia a Leahy, el cual frunció el ceño mientras la leía. Al devolver el papel dijo:

—Señor presidente, esto es tan elástico que los rusos pueden estirarlo desde Yalta a Washington sin que nunca llegue a romperse.

—Lo sé, Bill —contestó el presidente, en voz baja—. Lo sé. Pero es todo lo que puedo hacer por Polonia en los momentos actuales.

Mientras Churchill traía a colación el hecho de que el proyecto no hacía mención de las fronteras, Hopkins entregó una nota al presidente que decía:

«Señor presidente:

»Creo que debe aclarar a Stalin que usted apoya la frontera oriental, pero que solo deberá ser divulgada una declaración general manifestando que consideramos fundamental un cambio de fronteras. También sería conveniente dar la misma explicación a los ministros de Asuntos Exteriores.

»Harry».

La declaración aludida sería la única que los Tres Grandes publicarían cuando la conferencia hubo concluido, haciendo públicas sus decisiones finales.

—Creo que debemos dejar de lado toda la alusión a las fronteras —manifestó Roosevelt, haciendo caso omiso de la nota de Hopkins.

—Es importante decir algo al respecto —declaró Stalin.

Por vez primera Churchill y Stalin se mostraron de acuerdo, en contra de Roosevelt. El primer ministro dijo que el establecimiento de la frontera debería aparecer en el comunicado, pero Roosevelt no se mostró satisfecho.

—No tengo ningún derecho a llegar a un acuerdo sobre fronteras en estos momentos. Esto será llevado a cabo por el Senado, posteriormente. Dejemos que el primer ministro haga algunas declaraciones públicas cuando regrese, si lo considera necesario. Molotov se agitó inquieto en su asiento, y manifestó en voz baja:

—Creo que sería muy conveniente incluir algo acerca de la completa conformidad de los tres dirigentes, en relación con la frontera oriental. Podemos decir que la Línea Curzon está de acuerdo con el parecer de todos los presentes… También creo que no hay necesidad de aludir a la frontera occidental.

—Considero que hay que decir *algo* —insistió Churchill.

—Sí, pero menos definido, si le parece bien —manifestó Molotov.

—Puede decirse que Polonia obtendrá compensaciones en el oeste.

—Muy bien —dijo Molotov.

Roosevelt trajo a colación un nuevo tema, que provocó la sensación general.

—Quisiera decir que he cambiado de parecer respecto a la posición francesa en el control de Alemania. Cuanto más pienso en ello más razón me parece que tiene el primer ministro. Siguió diciendo que debería entregarse a Francia una zona de ocupación. Antes de que Stettinius se hubiese recobrado de la sorpresa, recibía otra mayor al oír decir a Stalin:

—Estoy de acuerdo.

Esto había sido arreglado privadamente. Hopkins persuadió a Roosevelt de que sería prudente conceder a Francia una zona, y el presidente dijo a Stalin en

privado, a través de Harriman, que había cambiado de parecer. Stalin contestó rápidamente que coincidía con el presidente.

Churchill se mostró tan satisfecho con este resultado, como Roosevelt lo había estado el día anterior.

—Cierto es —dijo con semblante alegre— que Francia puede decir que no tomará parte en la Declaración, y que se reserva todos los derechos para actuar en el futuro.

En este punto todo el mundo se echó a reír.

—Debemos hacer frente a tal posibilidad —añadió Churchill, con gesto travieso, que hizo sonreír hasta al sombrío Molotov—. Tenemos que estar dispuestos a recibir una dura respuesta. Este ambiente de camaradería se enrareció tan rápidamente como se había iniciado, cuando Churchill se refirió al tema de las indemnizaciones de guerra. Consideraba que veinte mil millones de dólares —la mitad para Rusia— eran una suma absurda, si bien lo dijo más cortésmente.

—Hemos recibido instrucciones de nuestro Gobierno para no hacer mención alguna de una cifra determinada —manifestó—. Dejemos que la Comisión de Indemnizaciones de Moscú lo haga.

Stalin ya esperaba esto de Churchill, pero no dio muestras de emoción alguna. Sin embargo, pereció realmente ofendido cuando Roosevelt hizo notar que también a él le disgustaba mencionar una cantidad específica, pues muchos norteamericanos pensarían que las indemnizaciones solo se contaban en dólares y centavos de dólar.

Irritado, Stalin murmuró algo a Andrei Gromyko, el cual asintió con la cabeza y se dirigió hacia donde estaba Hopkins. Luego de una serie de susurros, Hopkins escribió rápidamente la siguiente nota:

«Señor presidente:

»Gromyko acaba de decirme que el mariscal considera que no ha respaldado usted a Eden relación con las indemnizaciones, sino que ha apoyado a los ingleses, y que eso le disgusta. Tal vez pueda usted explicárselo más tarde, en privado.

»Harry».

Stalin decía en esos momentos, con voz emocionada:

—Creo que podemos ser totalmente sinceros.

Su voz ascendió de tono mientras manifestaba que nada de lo que pudiera proporcionar Alemania, llegaría a compensar las tremendas pérdidas

experimentadas por Rusia.

—Los norteamericanos acuerdan tomar como base veinte millones de dólares —declaró, demasiado excitado para comprender que había cometido un error—. ¿Quiere eso decir que los norteamericanos se echan atrás?

Al decir esto miró a Roosevelt, entre ofendido y decepcionado. Roosevelt rectificó rápidamente. Lo que menos deseaba era una discusión seria acerca de lo que consideraba como un asunto de importancia secundaria. Solo una palabra parecía preocuparle, por lo que dijo:

—La palabra «reparaciones» solo significa «dinero» para mucha gente.

—Podemos emplear otra palabra —concedió Stalin, levantándose de su silla por primera vez en una sesión, desde que habían comenzado las entrevistas—. Los tres Gobiernos acuerdan que Alemania debe pagar en especie las pérdidas causadas por ella a los aliados en el curso de la guerra…

Si Roosevelt se hallaba con ánimo conciliador, no ocurría lo mismo con Churchill.

—No podemos establecer una cifra de veinte mil millones de dólares, ni otra cifra cualquiera, hasta que la Comisión haya estudiado el asunto —manifestó, y siguió argumentando con tal ardor y elocuencia, que Stettinius escribió en sus notas el placer que sentía siempre que oía las «hermosas frases» de Churchill, fluyendo «como el agua de una fuente».

Sus palabras provocaron un efecto opuesto en Stalin, quien dijo gesticulando enfáticamente.

—Si los ingleses no quieren que los rusos obtengamos indemnizaciones, es mejor que lo digan con toda franqueza.

Tras esto, el mariscal tomó asiento pesadamente y miró a Churchill con fiereza.

Churchill desaprobó la indirecta, lo que hizo que Stalin volviese a ponerse de pie otra vez. Roosevelt intervino entonces declarando:

—Sugiero dejar todo este asunto a la Comisión de Moscú. Algo apaciguado, Stalin tomó asiento y dejo que Molotov interviniese.

—La única diferencia importante entre Estados Unidos y la Unión Soviética, por una parte, y los ingleses por la otra, se refiere al importe de una suma de dinero —dijo Molotov. Stalin pareció satisfecho. La diestra frase les hacia compañeros de Roosevelt contra Churchill.

—Con razón o sin ella, el Gobierno británico considera que la simple mención de una suma supondrá un compromiso —dijo Eden, con tono

conciliador, y propuso que la Comisión de Reparaciones recibiese instrucciones para examinar el informe elaborado recientemente por los tres ministros de Asuntos Exteriores.

Stalin, que parecía haber recuperado por completo el dominio de si mismo, afirmó:

—Propongo, en primer lugar, que los tres jefes de Gobierno acuerden que Alemania debe pagar una indemnización en especie por las pérdidas originadas durante la guerra. En segundo lugar, los jefes de los tres Gobiernos acuerdan que Alemania debe compensar las pérdidas sufridas por las naciones aliadas. Tercero, la Comisión de Reparaciones de Moscú deberá estudiar el importe de la suma a pagar. —Se volvió hacia Churchill y dijo—: Nosotros proponemos una cantidad a la Comisión, y ustedes dan la suya.

—De acuerdo —contesto Churchill—. ¿Y qué opinan Estados Unidos?

—La contestación es sencilla —replicó el presidente, sumamente aliviado—. El juez Roosevelt aprueba, y el documento queda aceptado.

A continuación hubo un descanso para tornar el té, que fue servido a los americanos en vasos provistos de asas de plata, para que no volvieran a quemarse. La breve disputa entre Roosevelt y Stalin había provocado aparentemente la preocupación de este último, por lo cual llevó a Harriman a un lado para decirle que estaba dispuesto a hacer algunas concesiones al presidente en relación con la guerra contra el Japón.

—Estoy plenamente de acuerdo en que Dairén se convierta en puerto libre, bajo el control internacional —manifestó—. Pero el caso de Port Arthur es diferente. Debe ser una base naval rusa, y por consiguiente la Unión Soviética tiene que solicitarlo en arriendo.

—¿Por qué no trata este asunto inmediatamente con el presidente? —sugirió Harriman.

Poco después Stalin y Roosevelt hablaban en voz baja entre sí. Se llegó a un completo acuerdo, y cuando los conferenciantes reanudaron la sesión, se notó una general sensación de alivio, al comprobarse que las temidas diferencias habían desaparecido. Esto se advirtió en la serie de bromas que se hicieron unos a otros.

Por último volvieron a entrar en materia, y pasó a considerarse la cuestión más importante del día: la declaración de la posición a adoptar por los tres grandes acerca de Polonia, asunto que aparecería al final del comunicado. Hopkins temió que Roosevelt pudiese comprometer a Estados Unidos en un

tratado que estableciese los nuevos límites de Polonia, y para evitarlo escribió otra nota:

«Señor presidente:
»Va a tener complicaciones con los poderes legales y con lo que diga el Senado.

»Harry».

Después de leer la nota, Roosevelt sugirió que se cambiase la redacción de la declaración, a fin de no violar la constitución norteamericana.

Se redactó rápidamente una nueva nota, que fue leída en voz alta:

> *«Los tres jefes de Gobierno consideran que la frontera oriental de Polonia debe situarse en la Línea Curzon con diferencias, en algunas zonas, de cinco a ocho kilómetros a favor de Polonia. Se admite que Polonia recibirá importantes extensiones de terreno, en el norte y el oeste. Los tres jefes de Gobierno están de acuerdo en que el nuevo Gobierno provisional polaco de Unidad Nacional deberá ser consultado debidamente acerca de la magnitud de tales compensaciones, y que la delimitación final de la frontera occidental de Polonia deberá esperar hasta que se celebre la Conferencia de Paz».*

Hopkins entregó entonces al presidente Roosevelt una nota final, que decía:

«Señor presidente:
»Creo que habremos logrado nuestros fines cuando esta discusión haya terminado.

»Harry».

Mientras Roosevelt leía dicha nota, Molotov sugirió que se añadiese a la segunda frase «con la devolución a Polonia de sus antiguas fronteras en Prusia Oriental y en el Oder».

—¿Desde cuánto tiempo eran polacas esas tierras? —preguntó Roosevelt.

—Desde hace mucho.

Roosevelt se volvió hacia Churchill y dijo sonriendo:

—¿No quiere usted respaldarnos?

—Los polacos podrían indigestarse, si obtienen demasiado territorio alemán.

—Pero el cambio estimularía notablemente a los polacos —dijo Molotov.

—Prefiero dejar las cosas como están —manifestó Churchill.

—Retiro mi sugerencia —declaró Stalin, conciliadoramente, y convengo en dejar el documento tal como está.

Ya eran las ocho de la noche, y Roosevelt tenía aspecto de cansancio. Propuso que se levantase la sesión hasta la mañana siguiente, a las once, en que podrían redactar el comunicado conjunto a tiempo para concluir la conferencia

hacia el mediodía. Eso le permitiría abandonar Yalta a las tres de la tarde.

Churchill frunció el ceño y dijo que no creía posible solucionar todos los problemas tan rápidamente. Por otra parte, el comunicado debería ser radiado al mundo, y no podía redactarse con precipitación. Stalin se mostró de acuerdo. Roosevelt, sin decir sí o no, hizo una seña a Mike Reilly, jefe de sus guardaespaldas, el cual le sacó del salón en su silla de ruedas.

Esta salida apresurada dejó preocupados a buen número de delegados británicos y rusos, pero había poco tiempo para hacer conjeturas. Una hora más tarde deberían comparecer todos para la última cena oficial, esa vez en el palacio Vorontsov, con Churchill como anfitrión. La grotesca finca morisco-escocesa había sido ya minuciosamente registrada por los soldados rusos, que se metieron hasta debajo de las mesas, para mirar mejor.

Mientras se tomaban el aperitivo de vodka y caviar, antes de la cena, Molotov fue hacia donde se hallaba Stettinius y manifestó:

—Estamos de acuerdo en la fecha; pero ¿puede decirnos dónde se celebrará la conferencia?

Se estaba refiriendo a la primera reunión de la Organización de Naciones Unidas.

Stettinius se había visto en un atolladero, durante cierto tiempo, ante la necesidad de hallar el lugar de la conferencia. Varias ciudades fueron propuestas, para luego desecharlas: Nueva York, Filadelfia, Chicago, Miami. A las tres de la noche anterior Stettinius despertó soñando con tal realidad con San Francisco, que casi le pareció sentir la fresca brisa del Pacífico. Convencido de que era el lugar perfecto, se dirigió al dormitorio de Roosevelt, después del desayuno, y expuso las ventajas de San Francisco, a lo que contestó el presidente con evasivas.

Al volver a la conferencia, Stettinius dejó a Molotov y se dirigió a donde se hallaba Roosevelt en su silla de ruedas.

—Molotov quiere saber el lugar donde se va a celebrar la conferencia. ¿Está usted dispuesto a decir que en San Francisco?

—Está bien, Ed; que sea San Francisco —contestó Roosevelt.

Stettinius volvió junto a Molotov y le dio la noticia. El ministro soviético hizo una seña a Eden, y un momento más tarde los tres ministros de Asuntos Exteriores hacían un brindis con vodka por la Conferencia de San Francisco, que se iniciaría al cabo de once meses.

Durante la cena, Stalin dijo a Churchill que no le satisfacía la forma en que

se había solucionado el asunto de las indemnizaciones. Temía decir al pueblo soviético que no obtendrían las compensaciones apropiadas a causa de la oposición de los ingleses. Stettinius sospechó que Molotov y Maisky le convencieron de que había hecho demasiadas concesiones en la última reunión.

Churchill contestó que esperaba que Rusia lograría grandes indemnizaciones, pero que no podía olvidar lo ocurrido en la última guerra, cuando se estableció una cifra que Alemania no podía pagar.

—Sería una buena idea —insistió Stalin— mencionar algo en el comunicado acerca de la intención de hacer que Alemania pague los daños que ha originado a las naciones aliadas. Tanto Roosevelt como Churchill se mostraron de acuerdo con la proposición, y este último propuso un brindis por el mariscal.

—Ya he hecho este brindis en varias ocasiones. Esta vez lo hago con un sentimiento más cálido que en anteriores encuentros, no porque sea más propicio, sino porque las grandes victorias y la gloria de las armas rusas le hacen más grato que en las duras épocas que hemos pasado. Tengo la sensación de que, sean cuales fueren las discrepancias que tengamos en ciertos aspectos, el mariscal es un buen amigo de la Gran Bretaña. Deseo que el futuro de Rusia sea brillante, próspero y feliz. Yo haré cuanto pueda para contribuir a ello, y estoy seguro de que otro tanto hará el presidente. Había una época en que el mariscal no se mostraba tan propicio hacia nosotros, y recuerdo haber dicho algunas cosas fuertes contra él, pero nuestros peligros comunes y nuestra mutua lealtad han terminado con todo eso. El fuego de la guerra ha consumido los desacuerdos del pasado. Sabemos que hay un amigo en el que podemos confiar, y espero que él sentirá lo mismo acerca de nosotros. Ruego que viva lo suficiente para ver a su querida Rusia no solo gloriosa en la guerra, sino también feliz en la paz.

Stettinius se dirigió entonces hacia Stalin y habló con exagerado sentimiento y entusiasmo:

—Si trabajamos juntos en la época de la posguerra, no hay razón para que todos los hogares de la Unión Soviética no dispongan pronto de electricidad y de agua corriente.

—Ya hemos aprendido mucho de Estados Unidos —replicó Stalin sin el menor asomo de sonrisa.

Un momento más tarde Roosevelt contó una anécdota acerca del Ku Klux Klan. En cierta ocasión había sido él invitado por el presidente de la cámara de comercio de una pequeña ciudad del sur norteamericano. Cuando preguntó si los dos hombres que se sentaron a su lado —uno judío y otro italiano— eran

miembros del klan, su anfitrión contestó: «¡Ah, sí, pero son buenas personas! Todo el mundo los conoce por aquí».

—Es un buen ejemplo —hizo notar Roosevelt— de lo difícil que resulta tener prejuicios, sean raciales, religiosos o de otro tipo, cuando se conoce realmente a las personas.

—Eso es muy cierto —afirmó Stalin, y Stettinius consideró que era una evidencia para el mundo de la forma en que los pueblos de diferentes antecedentes también podían hallar una base común de entendimiento.

La conversación se desvió hacia la política inglesa y a los problemas de Churchill en las próximas elecciones.

—El mariscal Stalin posee una tarea política mucho más sencilla —declaró traviesamente el primer ministro—. Solo tiene un partido con que enfrentarse.

—La experiencia demuestra que un solo partido resulta lo más conveniente para un jefe de Estado —contestó Stalin, con el mismo buen humor.

El ambiente siguió tranquilo hasta que Roosevelt manifestó que tendría que dejarles al día siguiente.

—Pero, Franklin, no puede usted marcharse —dijo Churchill, con vehemencia—. Tenemos a nuestro alcance un gran objetivo.

—Winston, he contraído compromisos, y debo partir mañana, como había proyectado.

Poco antes el presidente había dicho a Stettinius que tendría que recurrir a esa disculpa para evitar que la conferencia se prolongase demasiado.

—También yo creo que se necesita más tiempo para considerar y terminar los asuntos de la conferencia —dijo Stalin, y dirigiéndose hacia donde se hallaba el presidente le dijo que veía difícil que pudiera concluirse todo para las tres del día siguiente, que era domingo.

Roosevelt terminó por ceder amablemente.

—Si es necesario —declaró—, esperaré hasta el lunes.

Después de la cena, Roosevelt regresó a sus habitaciones del palacio de Livadia. Cansado como se hallaba por la trascendental jornada, aún tenía que escribir dos notas importantes. James Byrnes y Edward Flynn —dos astutos políticos— le habían advertido ya que recibiría numerosas críticas en Estados Unidos cuando se supiera que Rusia iba a conseguir dos votos más en las Naciones Unidas, por lo que era conveniente conseguir también dos votos suplementarios para Norteamérica.

Roosevelt escribió entonces una nota a Stalin, explicándole sinceramente el

problema y pidiéndole que accediese a otorgar dos votos más a Estados Unidos. El presidente escribió asimismo otra carta similar a Churchill, y luego se retiró a descansar.

Al día siguiente, 11 de febrero, Stalin y Roosevelt mostraron su conformidad a Churchill y Eden acerca del acuerdo sobre el Lejano Oriente. Churchill se disponía a firmar el documento, cuando Eden llamó a este papel «un desacreditado producto de la conferencia», delante de Stalin y Roosevelt. Churchill contestó ásperamente que el prestigio británico se resentiría, si seguía el consejo de Eden, y firmó el acuerdo.

Nada fue capaz de enturbiar el alegre espíritu de Roosevelt, el cual acababa de recibir la respuesta a las dos cartas de la noche anterior. Churchill contestó: «No necesito decirle que le apoyaré en todo lo posible, acerca de este asunto». Stalin, por su parte, escribió: «Creo que el número de votos de Estados Unidos debe aumentarse a tres… Si es necesario, estoy dispuesto a respaldar oficialmente tal propuesta».

Durante la octava reunión plenaria de aquel día, que era también la última, el buen humor de Roosevelt resultaba contagioso. No había surgido un solo problema, y la redacción del comunicado exigió menos de una hora. Todos parecían hallarse contentos, menos Churchill. Este comenzó a gruñir, diciendo que sería duramente atacado en Inglaterra acerca de la decisión sobre Polonia.

—Dirán que hemos cedido por completo ante Rusia en el asunto de las fronteras, y en general en toda la cuestión —manifestó el primer ministro.

—¿Habla usted en serio? —inquirió Stalin—. No puedo creerlo.

—Los polacos de Londres pondrán el grito en el cielo.

—Pero dominarán los demás polacos —contestó Stalin.

—Eso espero —observó Churchill, sombríamente—. No vamos a insistir en el asunto, pero no se trata de una cuestión de cantidad de personas, sino de la causa por la que Inglaterra desenvainó la espada. Dirán que usted ha eliminado totalmente al único Gobierno constitucional de Polonia. De todos modos, procuraré defender el acuerdo con todas mis fuerzas —terminó diciendo Churchill, con acento deprimido.

Si Churchill se mostró sombrío entonces, la comida que siguió a continuación no lo fue en modo alguno. Allí el sentir general era de alivio porque las cosas hubiesen salido tan bien. Roosevelt se mostró expansivo. Su

querida declaración de la Europa Libre, y la promesa de libertad mundial y de democracia, habían sido aceptadas, y Stalin se había mostrado de acuerdo en comunicarle por escrito la entrada de Rusia en la guerra contra el Japón, a los dos o tres meses de la caída de Alemania.

Harriman también se hallaba satisfecho, pues Stalin convino en apoyar a Chiang Kai Shek, reconociendo la soberanía de la China Nacionalista sobre Manchuria. Era en verdad un gran triunfo diplomático. Por lo que a Polonia se refería, el embajador tenía la seguridad de que Stalin había hablado de buena fe cuando prometió elecciones libres. Sin embargo, detrás de todo este optimismo le quedaba una duda mortificante, ya que Harriman recordaba el antiguo dicho: «Con un ruso siempre hay que comprar el caballo dos veces». El problema era, por consiguiente, hacer que los rusos cumplieran su palabra.

Bohlen consideró que había sido «una conferencia necesaria, que permitiría a Estados Unidos juzgar a la Unión Soviética por la forma en que esta observase los acuerdos alcanzados». En algunas ocasiones Stalin había cedido ante Roosevelt, lo cual demostraba que el presidente había sabido aprovechar el respeto que inspiraba al dirigente ruso. El problema más delicado, Polonia, no podía haber tenido mejor solución bajo las circunstancias del momento. Churchill y Roosevelt solo tenían tres alternativas: no hacer nada; apoyar sin comprometerse a los polacos de Londres y tratar de incluir la mayor parte posible de polacos de Londres en la reorganización del Gobierno. La primera posibilidad quedaba descartada. Todo el que conocía a Stalin sabía que la segunda hubiera sido rechazada de plano. La tercera, aunque no era la mejor solución, era el único recurso práctico que quedaba a los dirigentes occidentales.

Ya se comentaba entre los ingleses que la delicada salud del presidente había sido un factor adverso durante las entrevistas. Bohlen pasó todo el tiempo al lado de Roosevelt, y aunque no podía negarse que este flaqueaba en ciertas ocasiones, como al terminar las reuniones prolongadas, era dudoso que el estado físico de Roosevelt hubiera contribuido a debilitar sus decisiones.

Durante la comida se hicieron circular entre los presentes los ejemplares del reciente concluido comunicado conjunto. Churchill, Stalin y Roosevelt examinaron las copias, y después de dar su aprobación las firmaron. A excepción de algunas formalidades sin importancia, había concluido la conferencia.

Se produjo un sentimiento de tranquila satisfacción entre los norteamericanos, cuando estos se aprestaron a abandonar Yalta. En todo el mundo se creyó que Estados Unidos había conseguido en la conferencia todo lo

que deseaba. Harry Hopkins tenía absoluta seguridad de que ese era el amanecer de un día por el que todos habían estado rogando y del que se había hablado durante muchos años. La primera gran victoria de la paz acababa de ganarse, creía él, y los rusos se habían mostrado razonables y previsores.

Cierto era que Roosevelt y Churchill habían logrado lo que la mayoría de los occidentales deseaban. Hubo ásperas discusiones, pero estas quedaron eclipsadas por el gran número de acuerdos concertados, algunos de los cuales, por desgracia, no llegarían a ponerse en práctica. Un observador imparcial de los encuentros de Livadia solo podía sacar en conclusión que, al menos en teoría, el Occidente había conseguido un triunfo sustancial. Y la principal victoria había sido ganada solo por Roosevelt —sin lucha—, cuando el reacio Stalin y el vacilante Churchill no pusieron objeción alguna al asunto de las Naciones Unidas.

Aquella noche Roosevelt cenó a bordo del navío americano «Catoctin», amarrado en el puerto de Sebastopol. Uno de los platos era bistec, lo que suponía «un verdadero regalo» para todos los americanos después de ocho días de comida rusa. El presidente se hallaba exhausto, pero feliz.

Hasta las seis de la tarde los tres ocupados ministros de Asuntos Exteriores no firmaron el protocolo de la conferencia, y después de que la última palabra del documento fue transmitida por radio a Washington, a través de la emisora del «Catoctin», «Doc» Mathews dijo a Stettinius:

—Señor secretario, nuestro último mensaje ha sido enviado. ¿Puedo interrumpir la comunicación con el buque?

—Sí —contestó Stettinius.

La conferencia de Yalta había terminado.

Capítulo sexto

El caos de los Balcanes

1

Las discusiones que surgieron en Yalta acerca de Polonia no hacían más que poner de manifiesto un problema con el que debían enfrentarse todos los países de Europa, recién liberados, y en parte alguna era más agudo este problema que en los Balcanes. En la primavera de 1944 los rusos iniciaron un ataque tan repentino con tres poderosos ejércitos, que al cabo de una semana los Balcanes quedaban dispuestos para la conquista.

Esto alarmó a Churchill casi tanto como a Hitler, ya que aquel había considerado siempre a los Balcanes como una piedra angular en la Europa de posguerra, aun cuando la Unión Soviética envió una nota formal a Gran Bretaña y a Estados Unidos prometiendo no cambiar por la fuerza el sistema social imperante en Rumania —primer país en la marcha del Ejército Rojo—. Churchill, sin embargo, consideró que Stalin trataba, en secreto, de convertir al comunismo a todo el sudeste de Europa. En consecuencia, pidió a Eden que redactase un informe para el Gobierno acerca de la brutal actuación del Este en los Balcanes. «Genéricamente hablando —escribió Churchill a Eden— la cuestión es si vamos a aceptar la forzada conversión al comunismo de los Balcanes…». De no ser así, «… deberemos exponerlo con toda franqueza en el momento en que la situación militar lo permita».

Al mismo tiempo, Churchill se daba cuenta de que era imposible detener a

los rusos en todas partes, y creía necesario llegar a un acuerdo con Stalin para dividir los Balcanes en varias zonas de influencia. Dejar, por ejemplo, que Rusia dominase Rumania, y que Gran Bretaña hiciese lo propio con Grecia. Lo malo era que la simple mención de aquel convenio bastaba para ofender al secretario de Estado, Cordell Hull, y a muchos otros norteamericanos. Por lo que se refería a Roosevelt, este se mostraba totalmente opuesto a mezclar a Estados Unidos en la carga que suponía la reconstrucción de Europa en la posguerra, y sobre todo en los Balcanes. «Esa misión no nos concierne, hallándonos a una distancia de cinco mil seiscientos kilómetros o más —escribió el presidente a Stettinius—. Decididamente se trata de una tarea británica, y en la que los ingleses se hallan más interesados de lo que estamos nosotros».

Roosevelt hizo también estas sinceras declaraciones a Churchill, enviándole un telegrama en el que manifestaba que se oponía a la división de los Balcanes en esferas de influencia, y advirtiéndole que Estados Unidos nunca emplearían fuerzas militares de ninguna clase para lograr victorias diplomáticas en el sudeste de Europa.

En agosto de 1944, después de que las últimas defensas germano-rumanas fueron aplastadas por el Ejército Rojo, el rey Miguel hizo dimitir al Gobierno de Antonescu y pidió que terminaran las hostilidades. Se formó entonces un Gobierno de coalición integrado por conservadores, socialistas y comunistas. Pero la coalición poco valor tuvo cuando algunos días más tarde se firmó un armisticio que colocó a Rumania bajo la autoridad directa del Alto Mando Soviético. El embajador Harriman hizo saber entonces a Washington que aquello daba a los soviéticos un control policíaco inmediato en Rumania, y un posterior dominio político sobre el país. El Departamento de Estado contestó a Harriman que podía protestar, pero aquella protesta, lo mismo que una idéntica de la Gran Bretaña, hizo muy escaso efecto en Stalin. Pocas semanas más tarde, algunos observadores occidentales de Bucarest comenzaron a informar que Rumania estaba siendo arrastrada cada vez más firmemente a la esfera comunista.

El caso de Bulgaria fue una variación sobre el mismo tema. Si bien su Gobierno nunca había declarado la guerra a Rusia, las tropas búlgaras ayudaron a Hitler a dominar los Balcanes.

Cuando Rumania se vio invadida por el Ejército Rojo y atraída a su órbita, cayó el Gobierno búlgaro, y el nuevo que subió rescindió su pacto con Hitler, prometiendo neutralidad incondicional. Pero esto no fue bastante para Stalin, quien envió sus tropas, que cruzaron la frontera. Fue una conquista incruenta, en

la que los búlgaros no solo recibieron al Ejército Rojo llenos de entusiasmo, sino que establecieron un nuevo Gobierno de coalición integrado por numerosas facciones, entre las que se incluía el Partido Comunista. Lo mismo que en Rumania, el Ejército Rojo adquirió el control total y la coalición solo resultó una farsa, pues a cada día que pasaba, el país se acercaba más al comunismo.

2

El siguiente objetivo del Ejército Rojo fue Yugoslavia, país que constituía un ejemplo de contradicciones. El jefe de la lucha contra Hitler era un comunista mirado con disgusto y desconfianza por el primer comunista del mundo, y al que admiraba y apoyaba uno de los mayores demócratas del momento. Para Stalin, Tito era un advenedizo pagado de sí mismo, mientras que para Churchill era un valiente luchador, empeñado en una patriótica contienda contra Hitler.

Los problemas de Yugoslavia eran distintos a los de cualquier otro país balcánico. Se trataba de un reino creado artificialmente después de la Primera Guerra Mundial, integrado por Croacia, Servia, Montenegro, Macedonia y Eslovenia, y cuyo Gobierno había firmado un pacto con Rumania y Bulgaria, el 25 de marzo de 1941, alineando a las tres naciones dentro del nuevo orden europeo de Hitler.

El enfurecido pueblo yugoslavo se rebeló, y dos días más tarde tanto el regente, príncipe Pablo, como su primer ministro fueron colocados bajo custodia por un grupo de oficiales de aviación que constituyó un Gobierno patriótico. Cuando Hitler se enteró del golpe de Estado, no dio crédito a lo que oía. Una vez que le informaron de la verdad de lo ocurrido, ordenó la invasión de Yugoslavia, y al cabo de pocos días los bombarderos germanos atacaron Belgrado mientras tropas alemanas, húngaras, búlgaras e italianas avanzaban desde varios puntos. Doce días más tarde Yugoslavia capitulaba.

Durante dos meses hubo escasa resistencia en el interior del país, hasta el ataque por sorpresa de Hitler contra Rusia, momento en que el Comintern envió el siguiente mensaje radiado a Josip Broz, que ocupaba el cargo de secretario general del Partido Comunista yugoslavo:

«Organice destacamentos de partisanos sin pérdida de tiempo. Comience una guerra de guerrillas

en la retaguardia del enemigo».

Josip Broz, cuyo nombre en el Partido era Tito, era un hombre atractivo y varonil de cincuenta y tres años de edad. Séptimo de quince hijos, procedía de una familia campesina y de ellos había heredado la robustez corporal. Durante los últimos veintiocho años había sido un comunista militante, e igualmente era un patriota acendrado. No tardó en combinar estos dos ideales con tal tesón y capacidad, que al poco tiempo la mayoría de los yugoslavos reconocían en él al jefe del movimiento contra el fascismo.

No obstante, un grupo bastante extenso de partisanos se negó a aceptar su jefatura. Eran los *chetniks*, herederos de toda una tradición como guerrilleros, y cuyos antepasados habían combatido contra los turcos. Mandados por el coronel Draja Mikhailovich, del Real Ejército Yugoslavo, los *chetniks* seguían usando su tradicional sombrero de pieles, así como el emblema de los puñales cruzados, y continuaban cantando viejas canciones sangrientas, con unas pocas variaciones modernas:

Mi sombrero de pieles tiembla, igual que se estremece mi puñal durante la marcha.
Debemos matar, debemos degollara todo aquel que no esté con Draja.

Mikhailovich, antiguo oficial de contraespionaje, era un monárquico acérrimo, que soñaba con el Gobierno de tiempos pasados. A pesar de haber recibido alguna educación, ostentaba muchas de las primitivas características de sus antepasados. Para complicar las cosas, era un hombre irresoluto, al que disgustaba tomar decisiones. Se negó a unirse a los partisanos de Tito a causa de su odio al comunismo, y al cabo de poco tiempo, lo que había comenzado como una lucha patriótica contra Hitler se convirtió en una guerra política contra Tito. La disputa se hizo tan enconada que Mikhailovich no tardó en comenzar a colaborar en secreto con los alemanes. Según dijo a sus lugartenientes, una vez que el país se viese libre de Tito, volverían sus armas contra los germanos. Paradójicamente, tanto su hijo como su hija estaban luchando en el bando de Tito.

El Gobierno yugoslavo exilado en Londres denunció como una mentira bolchevique la acusación de que Mikhailovich estaba colaborando con los alemanes, y a continuación le concedió el grado de general y le nombró ministro de la Guerra y comandante en jefe del Real Ejército Yugoslavo. Dicho Gobierno yugoslavo era tan persuasivo que tanto los ingleses como los norteamericanos

comenzaron a lanzar en paracaídas extensos suministros a Mikhailovich, y solo a mediados de 1943, después de un detallado informe del capitán F. W. Deakin, joven profesor de Oxford que viajaba con Tito, Churchill comenzó a sospechar que la ayuda que se enviaba a Mikhailovich era empleada contra sus propios amigos. Para establecer si era Tito, antes que Mikhailovich, quien merecía la ayuda de los aliados, Churchill envió al brigadier Fitzroy MacLean, un antiguo diplomático de carrera de treinta y dos años, como jefe de una misión militar ante los partisanos yugoslavos.

MacLean, que era miembro conservador del Parlamento, descubrió que Tito había unido a los patriotas de numerosas procedencias en una fuerza enérgica y efectiva. Según informó, los partisanos eran disciplinados y austeros, no habiendo borrachos ni buscadores de botines entre ellos… Todos parecían estar unidos por el mismo afán ideológico y patriótico de expulsar de su país a los fascistas, estableciendo un Gobierno representativo de todos los pueblos que componían su heterogénea nación. Lo que más sorprendió a MacLean fue el intenso orgullo nacional de Tito, característica que parecía incompatible con un ardiente espíritu comunista. También había otras cosas insospechadas: la abierta mentalidad de Tito; su sentido del humor y su ingenua satisfacción ante los pequeños placeres de la vida; sus violentos arrebatos, y su ecuanimidad al considerar los distintos aspectos de un asunto.

Más importante aún fue la observación que hizo MacLean de que los partisanos de Tito estaban poniendo en jaque a fines de 1943 a doce divisiones alemanas, y también que era hostigado continuamente por Mikhailovich, así como por un grupo de nacionalistas croatas llamados ustachi. Estos eran fervientes católicos, aunque paradójicamente eran sanguinarios aun para una zona como los Balcanes. Los ustachi se hallaban dedicados a una campaña de terror, y odiaban a los servios, judíos, comunistas, y especialmente a los miembros de la Iglesia Ortodoxa Griega. Aunque la mayoría de las jerarquías eclesiásticas de Croacia no se mostraban partidarias de los ustachi, los sacerdotes croatas acogían sus actos con cierta complacencia. Uno de los métodos favoritos de los ustachi consistía en quemar las iglesias ortodoxas, con sus congregaciones encerradas en el interior.

Inducido por los informes de MacLean, Churchill persuadió a Stalin y Roosevelt, en Teherán, para que proporcionasen el mayor apoyo a Tito en Yugoslavia. Dos meses más tarde el primer ministro escribió a Tito:

«… He decidido que el Gobierno británico no proporcione más ayuda militar a Mikhailovich, y solo se la entregue a usted. También nos produciría satisfacción que el Real Gobierno Yugoslavo le destituya a él de sus cargos. El rey Pedro II, que escapó de niño de las traidoras añagazas del regente, príncipe Pablo, vino a vernos como representante de Yugoslavia y como joven príncipe en desgracia. No sería caballeresco ni honorable que Gran Bretaña le dejara a un lado. Tampoco podemos pedirle que corte todos los contactos que mantiene con su país. Espero, por consiguiente, que usted comprenderá que de cualquier modo debemos seguir en contacto oficial con él, al tiempo que le proporcionamos a usted toda la ayuda militar posible. También deseo que pueda ponerse término a las querellas de ambas partes, ya que con ello solo se benefician los alemanes…».

Tito contestó agradeciendo la ayuda de Churchill, pero hizo notar que el futuro político de su país era más complejo de lo que los ingleses parecían comprender.

«… Me doy perfecta cuenta de sus compromisos con el rey Pedro II y su Gobierno, y me las arreglaré, en tanto me lo permitan los intereses de mi pueblo, para evitar innecesarias querellas, a fin de no causar inconvenientes a nuestros aliados en este aspecto. De todos modos le aseguro, Excelencia, que la situación política interna creada en esta ardua lucha por la liberación, no es solo la oposición de algunas personas o de ciertos grupos políticos, sino el irresistible deseo de todos los patriotas, de todos aquellos que luchan y se hallan relacionados desde hace tiempo con esta batalla, y estos son la inmensa mayoría de los pueblos de Yugoslavia…

»En el momento actual todos nuestros esfuerzos se dirigen en una dirección… crear una unión y hermandad de las naciones yugoslavas, la cual no existía antes de esta guerra, y cuya ausencia ha originado la catástrofe en nuestro país…».

A pesar de las divergencias políticas existentes entre ambos, Churchill y Tito siguieron colaborando tan satisfactoriamente que en el momento del día D, los partisanos, ayudados por las armas occidentales, luchaban contra unas veinticinco divisiones alemanas casi en igualdad de términos, y en el momento en que el Ejército Rojo —después de sus fáciles conquistas de Rumania y Bulgaria, en septiembre— se dirigía hacia Yugoslavia, los alemanes se retiraban ya de ella.[13]

Aquella era la primera visita de Tito a Rusia desde 1940, cuando siendo miembro desconocido de un partido clandestino de escasa importancia, recibía el vulgar nombre clave de Walter. En el momento de trasladarse a Rusia era ya un victorioso mariscal y jefe también de un activo partido político que no tardaría en hacerse con el control del país. Le llevaron al mismo robusto Stalin abrazó a Tito, y ante la sorpresa de este le levantó en vilo unos centímetros. Tito contestó a estas efusiones con actitud respetuosa, deferente, y Stalin se enfrió

perceptiblemente. En realidad, ya estaba un tanto preocupado por los recientes mensajes de Tito, especialmente con uno que comenzaba: «Si no nos puede ayudar, al menos no nos ponga obstáculos». El veterano Stalin tuvo también que sentirse resentido ante la deslumbrante apariencia y los magníficos uniformes de Tito, así como por la propaganda que le hacía la Prensa occidental.[14]

—Tenga cuidado, Walter —dijo Stalin, condescendiente, en una de sus entrevistas—. La burguesía de Servia es sumamente fuerte.

—No estoy de acuerdo con usted, camarada Stalin —replicó Tito, al que le disgustaba que le llamasen Walter—. La burguesía de Servia es muy débil.

Siguió un embarazoso silencio, no atenuado por el hecho de que Tito tuviese razón.

Cuando Stalin le preguntó acerca de cierto político yugoslavo no comunista, Tito contestó:

—Es un truhán y un traidor. Ha estado colaborando con los alemanes.

Stalin mencionó a otro hombre, y como obtuviese la misma contestación, dijo:

—Walter, para usted todos son truhanes.

—Exactamente, camarada Stalin —arguyó Tito, con gesto digno—. Todo el que traiciona a su país es un truhán.

Lo que resultaba solo una situación tirante amenazó en convertirse en algo más serio cuando Stalin declaró que se mostraba partidario de restituir al rey Pedro en el trono, a fin de evitar choques con Gran Bretaña y Norteamérica, ya que en ese momento de la guerra aún necesitaba mucha ayuda militar. Tito, que también precisaba ayuda, pero no a semejante precio, replicó ásperamente que era imposible restaurar la monarquía. El pueblo no la respaldaría, dijo, y tachó impetuosamente tal acto como una traición.

Stalin dominó sus impulsos y contestó:

—No necesita usted restaurarle de hecho —dijo astutamente—. Manténgale en segundo plano, y en el momento oportuno puede alojarle un cuchillo en la espalda.

En ese instante Molotov informó que los ingleses habían desembarcado en la costa yugoslava.

—¡No es posible! —exclamó Tito.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —replicó Stalin de mal humor—. Es un hecho cierto.

Pero Tito explicó que sin duda se trataba de solo tres baterías artilleras que el mariscal de campo Harold Alexander había prometido desembarcar cerca de Mostar, para auxiliar las operaciones de los guerrilleros.

—Nos resistiríamos.

Tito demostró la misma independencia de criterio en lo relativo a los rusos, sosteniendo inequívocamente que permitiría la entrada del Ejército Rojo a su país solo cuando él le invitase a entrar, y estableció claramente que solo necesitaba una ayuda limitada: una división acorazada sería suficiente para ayudarle a liberar Belgrado. Por otra parte, no se permitiría que el Ejército Rojo usurpase funciones civiles y administrativas en Yugoslavia, como lo había hecho en Rumania y Bulgaria. Stalin accedió a tales restricciones con aparente complacencia, y dijo que enviaría a Tito un cuerpo de ejército en lugar de una división, es decir, unas cuatro veces más de lo que había pedido. Tito regresó en avión a su país en el momento en que el prometido cuerpo de Ejército Soviético entraba en Yugoslavia, y con su ayuda los partisanos tomaban finalmente Belgrado unas tres semanas más tarde. Ello señaló el fin de la lucha militar para Tito, ya que los alemanes estaban impacientes por huir a Hungría. La vida política de Tito también experimentó un cambio, y el antiguo proscrito trasladó su residencia al palacio del príncipe Pablo, situado en los alrededores de la capital. En primer lugar, pagó su deuda con Churchill firmando un acuerdo con el Gobierno exiliado en Londres, por el cual se comprometía a celebrar elecciones libres para determinar el Gobierno permanente que regiría Yugoslavia. Esto no le costaba nada a Tito, el cual, a diferencia de los dirigentes comunistas de otros países de Europa Oriental, era un héroe nacional, el salvador de Yugoslavia, y no había la menor duda de que la abrumadora mayoría de sus compatriotas votarían en su favor.

Pocos días más tarde de la partida de Tito, Churchill llegaba a Moscú. Tenía grandes deseos de ver a Stalin —«con el que siempre he considerado que puedo hablar como un ser humano con otro»— para tratar acerca de la situación de posguerra de los países europeos liberados. Los dos hombres se hallaban discutiendo el asunto de Polonia, cuando Churchill dijo de improviso:

—Aclaremos la situación en los Balcanes. Sus ejércitos se encuentran en Rumania y Bulgaria, donde tenemos intereses, misiones y agentes. No debemos interferirnos mutuamente. Por lo que a Gran Bretaña y a Rusia se relaciona, ¿qué

le parece disponer ustedes del noventa por ciento del predominio en Rumania, nosotros de otro noventa por ciento en Grecia, y partir el cincuenta por ciento en Yugoslavia?

Churchill escribió luego algo en un papel, y Stalin comprobó que además de lo dicho para Rumania, Grecia y Yugoslavia, Churchill proponía que Hungría se repartiese al cincuenta por ciento y que Rusia ostentase el setenta y cinco por ciento del poder en Bulgaria. El mariscal guardó unos momentos de silencio, y luego trazó una gran raya azul sobre el papel que le había entregado Churchill.

En el lapso de unos pocos segundos se había hecho historia.

—¿No parecerá un tanto cínico que dispongamos de estos asuntos, en lo que va el destino de tantos millones de seres humanos, de una manera tan ligera? —dijo Churchill—. Será mejor que quememos el papel.

—No, es preferible que lo guarde —contestó Stalin.

Los dos aliados enviaron un telegrama conjunto a Roosevelt anunciándole que se hallaban de acuerdo en formular una política para los Balcanes. Churchill también envió un mensaje privado al presidente, que decía:

> *«Es absolutamente necesario que nos pongamos de acuerdo acerca de los Balcanes, a fin de evitar el estallido de la guerra civil en varios países, cuando probablemente usted y yo mostremos simpatías por una parte, y T. J. (el tío José) las demuestre por otra. Le mantendré informado de todo esto, y no se resolverá nada entre Gran Bretaña y Rusia, a excepción de acuerdos preliminares sujetos a posterior discusión y al estudio de usted. Sobre esta base, estoy seguro de que no le preocupará que tratemos de llegar a un acuerdo lo más íntimo posible con los rusos…».*

3

Después de que el mariscal Feodor Ivanovich Tolbukhin, del Tercer Frente Ucraniano, hubo ayudado a Tito a capturar Belgrado, en octubre de 1944, se dirigió hacia el nordeste para colaborar con el mariscal Malinovsky, del Segundo Frente Ucraniano, en la toma de Hungría. En una ocasión, un emperador romano fue rey de Hungría, y durante muchos años los emperadores de Austria, los Habsburgo, dominaron allí como reyes. Pero de todos los singulares Gobiernos que habían regido aquel pueblo exuberante, ninguno era más extraño que el presente. Hungría era en esos momentos un reino sin rey, y estaba gobernada por un almirante sin flota, el regente Miklós von Horthy, que se hallaba sometido a la voluntad de Hitler.

Tras la Primera Guerra Mundial los Habsburgo marcharon al exilio, pero ello no mejoró la situación de los empobrecidos campesinos, ya que el régimen feudal seguía subsistiendo bajo la monarquía sin rey de Horthy. Por consiguiente, en ninguna parte de Europa se advertía tan abyecta pobreza rodeada de lujo tan desbordante. Hungría se había unido a Hitler en su cruzada contra el comunismo, y lo hizo con cierto entusiasmo, pero poco después Hitler puso fin a la aparente independencia de Horthy, y ocupó el país, faltando algunos meses para el desembarco de Normandía.

De hecho asumió el Gobierno el representante diplomático alemán en Budapest, general de las SS doctor Edmund Veesenmayer, pero con el Ejército Rojo a menos de ciento setenta kilómetros de Budapest, Horthy pensó que era tiempo de rendir al Ejército húngaro, que aún seguía combatiendo a los rusos, aunque de mala gana. Como los secretos de Budapest se comentaban en voz alta en los cafés, los rusos no tardaron en enterarse casi inmediatamente de la decisión de Horthy, y designaron a un coronel soviético llamado Makarov para que contribuyese a acelerar las cosas. Makarov envió dos cartas tan llenas de espléndidas promesas, que Horthy contestó despachando rápidamente un delegado a Moscú para que negociase. Resultó típicamente húngaro que el almirante olvidara dar a su delegado una autorización escrita, y tuviese luego que enviar a un conocido pintor impresionista con los documentos adecuados. Y también fue típicamente ruso el que los soviéticos manifestasen no saber nada acerca del coronel Makarov y de sus engañosas cartas. El resultado, como era de suponer, fue que cundió la desorientación, y cuanto mayor era esta, más severas eran las exigencias soviéticas.

Característicamente alemán, también, era que Hitler estuviese perfectamente al corriente de lo que estaba sucediendo. Mientras las negociaciones de los delegados húngaros iban de mal en peor en Moscú, Hitler envió al SS *Sturmbannführer* (comandante de SS) Otto Skorzeny, que entonces contaba treinta y seis años, a Budapest, para llamar al orden a los dirigentes húngaros. El vienés Skorzeny, aparte de su estatura de cerca de un metro noventa, poseía una figura imponente: tenía una gran cicatriz en el rostro, producida en un duelo estudiantil por una bailarina, y se conducía con la autoridad de un *condottiere* del siglo XIV. A fines de 1943 había descendido con media docena de planeadores en un paraje montañoso, rescatando a Mussolini en una operación de comando que le hizo famoso entre amigos y enemigos.

A causa de la fe casi mística que tenía en hombres como Skorzeny, Hitler solo le envió a Budapest con un batallón de paracaidistas, y la orden de evitar que Horthy cambiase de bando. Skorzeny tenía que apoderarse de la Ciudadela, donde Horthy vivía y gobernaba, en una maniobra fácil e incruenta, llamada Operación «Panzerfaust». Pero las complicaciones eran algo habitual en los Balcanes, y así Skorzeny se vio enfrentado con otro obstáculo; la rendición de Hungría por otro Horthy, el joven «Miki» Horthy, hijo del almirante, quien lo hacía sin consentimiento de su padre. Miki era el *enfant terrible* del clan Horthy. Se le conocía por las alegres fiestas que daba en la isla Margit, y ahora que su hermano mayor, István, había muerto en el Frente Oriental, era a un tiempo la esperanza y la desesperación de su padre. Cuando Skorzeny se enteró por un agente de Inteligencia alemán que Miki ya se había entrevistado con un representante de Tito para negociar personalmente la paz con Rusia, se mostró de acuerdo para colaborar con la Gestapo en el rapto del joven Miki, la próxima vez que se enfrentase con los yugoslavos. La operación recibió el nombre de «Mickey Mouse».

El 15 de octubre de 1944, Miki se dispuso a entrevistarse con el agente de Tito, pero Skorzeny y los hombres de la Gestapo se apoderaron de él, le envolvieron en una alfombra y lo pasaron de contrabando por el aeropuerto. Cuando dijeron al almirante que habían llevado a la fuerza a su hijo a Alemania, denunció a los nazis y dijo al Consejo de la Corona que debía dar instrucciones a sus negociadores en Moscú para que se rindieran a los rusos incondicionalmente.

Esa misma tarde, el diplomático alemán doctor Veesenmayer se trasladó a la Ciudadela y fue sumariamente informado por Horthy de que estaba negociando la rendición con los aliados. Poco después, una grabación de la voz del almirante repetía por radio que Hungría acababa de celebrar una paz por separado con los rusos. Pero nada de esto era verdad, y los mismos soviéticos se sintieron bastante molestos. Por radio informaron a Horthy que no habría armisticio si no aceptaba las condiciones soviéticas antes de las 8 de la mañana del día siguiente. Horthy y sus ministros discutieron hasta bien entrada la noche, pero no llegaron a un acuerdo, y el almirante terminó por retirarse a descansar lleno de disgusto. Por fin los ministros acordaron entre ellos que buscarían asilo en Alemania, y un emisario llamado Vattay fue enviado a que informase a Horthy de la decisión que habían tomado. Horthy se negó en redondo a dimitir y volvió otra vez ofendido a la cama. Lo que siguió fue también típicamente húngaro: el emisario Vattay consideró por lo visto que la noticia no iba a ser del agrado de los

ministros y declaró simplemente que Horthy había aceptado el plan «en su totalidad».

En consecuencia, el ministro presidente envió una nota al doctor Veesenmayer informándole que el Consejo de la Corona iba a renunciar, y que Horthy dimitía. Eran las tres de la madrugada cuando Veesenmayer recibió el mensaje. Tardó casi una hora en conseguir comunicación con el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, el cual le dijo desde Berlín que tendría que obtener la aprobación personal de Hitler. Al fin, a las 5:15 se supo que Hitler aceptaba la abdicación de Horthy. Veinte minutos más tarde Veesenmayer se trasladó en automóvil a la Ciudadela. En el interior de la misma, Horthy seguía resistiéndose a las tentativas para que renunciase, pero en el momento en que oyó la bocina del coche de Veesenmayer, se dio por vencido y salió hacia el patio.

—Me cabe el desagradable deber de tener que colocarle bajo custodia —dijo Veesenmayer, al tiempo que miraba su reloj—. El ataque comenzará dentro de diez minutos.

Veesenmayer se refería a la Operación «Panzerfaust», que debía comenzar a las seis de la mañana. El alemán cogió por el brazo a Horthy y le condujo hasta su automóvil. Cuando los dos hombres se alejaban eran las 5:58 de la mañana. En la legación alemana alguien telefoneó a Ribbentrop comunicándole que el asunto había terminado sin efusión de sangre.

Por desgracia, nadie informó de esto a Skorzeny. A las 5:59, este agitó un brazo en el aire —señal para que se pusieran en marcha los motores—, señaló hacia la Ciudadela, y la columna comenzó a trepar por la escarpada colina. Al cabo de media hora, y tras la pérdida de siete vidas, Skorzeny había capturado la Ciudadela, aunque ya no era necesario.

A pesar de que el país se hallaba entonces controlado más firmemente que nunca por los hombres de Hitler, las fuerzas mixtas germano-húngaras fueron rechazadas por el Ejército Rojo. En la Nochebuena de 1944 los tanques rusos irrumpieron en los suburbios de Buda —en la orilla occidental del Danubio; Pest se halla en la oriental—, y unos pocos llegaron casi hasta el conocido hotel Gellert. Los ciudadanos, ocupados en sus compras para las fiestas, observaron serenamente la marcha de los tanques rusos, creyendo que eran alemanes. Cuando advirtieron las estrellas rojas de los costados, cundió el pánico. Ante la

mirada de los aterrados fieles que se dirigían a misa, los tanques Tigre alemanes cruzaron los puentes del Danubio y desbarataron la vanguardia rusa.

Esta se hallaba formada por una avanzada del Tercer Frente Ucraniano de Tolbukhin, que había cruzado el Danubio hasta Budapest. Aunque este primer ataque contra la ciudad fue fácilmente rechazado, Tolbukhin aumentó la presión desde el sur, en tanto que el Segundo Frente Ucraniano de Malinovsky cruzaba el Danubio más arriba de Budapest. El 27 de diciembre se encontraron dos grandes fuerzas al oeste de la ciudad, rodeando así a nueve divisiones —cuatro húngaras y cinco alemanas—, junto con los ochocientos mil habitantes civiles de la ciudad. Si bien el ataque de Tolbukhin sobre la escarpada Buda fue rechazado fácilmente, otro mucho más intenso sobre Pest no pudo ser detenido, y el 10 de enero de 1945 el Ejército Rojo se apoderó de ocho distritos de la ciudad con la ayuda de los rumanos. Esto se llevó a cabo principalmente en lucha cuerpo a cuerpo, ya que los soviéticos no querían dañar los depósitos de agua de la ciudad con un bombardeo de la artillería.

Por la mañana del 17 de enero, en hora temprana, los defensores de Pest se retiraron a Buda, cruzando para ello el Danubio. Los soldados húngaros se negaron a volar sus históricos puentes, pues afirmaron que de todos modos el hielo que cubría el Danubio permitiría el paso de los tanques rusos. Los alemanes replicaron que no era momento de sentimentalismos, y procedieron ellos mismos a hacer saltar los puentes.

En Pest, los amedrentados ciudadanos esperaban el saqueo, los asesinatos y las violaciones de que acusaban los alemanes a los rusos. Pero ante la sorpresa general, el Ejército Rojo distribuyó harina, café, pan, azúcar y otros artículos de primera necesidad. No hubo asesinatos, y solo unas pocas violaciones. A los soldados soviéticos les habían dicho que Hungría era «un buen país, a pesar de la falta de cultura», y por consiguiente se mostraron amistosos con las gentes. Les encantaba hacer regalos, y a veces robaban en una casa para entregar el botín a los vecinos de la puerta de al lado. Del mismo modo, al abandonar la ciudad algunos soldados se llevaron los juguetes de los niños.

—Los que vengan después os traerán más juguetes —dijo un ruso a una irritada abuela. Los querían para obsequiar a los niños que encontrasen más adelante.

El 11 de febrero, último día de la conferencia de Yalta, la batalla por la

margen izquierda del río se había convertido en un duro asedio. Firmemente atrincheradas en las colinas de Buda, las tropas germano-húngaras desbarataban con fuego de artillería cualquier intento de cruzar el helado Danubio. Pero los 70 000 defensores se hallaban cercados, y más fuerzas rusas se acercaban a la ciudad.

En el momento en que Roosevelt saboreaba su bistec a bordo del «Catoctin», el comandante nazi de Buda, Karl von Pfeffer-Wildenbruch, ordenó a sus hombres que tratasen de abrirse paso a través del cerco soviético formando tres grupos separados. Era evidente que no había casi ninguna posibilidad de escapar, pero pocos fueron los que pusieron objeciones. Preferían morir luchando antes que ser exterminados. Las posibilidades de huida eran aún menores de lo que habían imaginado los alemanes. El comandante soviético se enteró de lo que se proyectaba, y comenzó a retirar en secreto a sus hombres de los edificios que rodeaban a las tropas germano-húngaras.

Cuando los tres grupos comenzaban a marchar en diferentes direcciones, los cohetes rusos empezaron a demoler los recientemente evacuados edificios. A pesar de todo, los alemanes salieron de sus escondites armados solo con fusiles automáticos, e hicieron frente a un pavoroso fuego de cohetes y artillería. La mayoría fue eliminada en los primeros momentos. Los que consiguieron pasar, se encontraron con tal muchedumbre de infantes rusos que parecía imposible que uno solo pudiera escapar. Pero en la oscuridad y la confusión del momento, casi 5000 soldados germano-húngaros lograron atravesar el cerco.

Como el teniente primero Gyula Litteráti, de la 12.ª División Húngara, conocía todas las calles de Buda, encabezó un grupo de once húngaros y cuatro alemanes de las SS, dirigiéndose hacia la cima de la nevada Colina Suavia, por las vías del funicular. Era cerca del amanecer del 12 de febrero cuando Litteráti llegó a un bosquecillo y le extrañó oír un silbido. Dos metros más adelante vio a un ruso cubierto con una sábana. Surgieron otras figuras también disimuladas entre la nieve, y en el momento en que Litteráti se disponía a empuñar su arma, vio echársele encima un rostro de expresión salvaje, y sintió que algo se estrellaba contra su sien. En ese momento perdió el conocimiento.

Al amanecer la lucha había concluido, y los rusos buscaban entre los escombros de Buda para descubrir a los supervivientes de la desesperada huida, matándolos allí donde los hallaban. Luego unos camiones con altavoces recorrieron las proximidades de los bosques de Buda, exhortando a salir a los soldados que se hallaban ocultos, y asegurando que «serían tratados

decentemente». Si los que salían eran alemanes, los abatían a balazos, y si eran húngaros, se les daba a elegir entre unirse a los soviéticos o quedar internados en un campo de prisioneros. Los que cambiaban de bando, se colocaban sobre el uniforme unas cintas rojas, que sujetaban con alfileres, y marchaban a ayudar a capturar otros compatriotas.

Cuando el joven Litteráti recuperó el conocimiento, levantó la cabeza y vio que los cuatro SS alemanes de su antiguo grupo se hallaban desnudos ante una fila de soldados soviéticos, los cuales se reían de alguna broma. Entonces, casi imperceptiblemente, los rusos apuntaron con sus fusiles ametralladores y comenzaron a disparar. Luego uno de los rusos se acercó a Litteráti y dijo con acento acusador:

—Eres un oficial alemán.

Litteráti trató de convencerle de que era húngaro, pero no lo consiguió. El otro le llamó mentiroso y señaló las condecoraciones alemanas y húngaras que se advertían en su pecho. Los hombres de Litteráti le apoyaron, pero los rusos volvieron a cargar sus armas.

—¡Vas a morir, fascista! —gritó un soldado soviético.

Litteráti miró desesperado a su alrededor. Vio a un hombre alto, con uniforme húngaro, que llevaba una banda roja en la manga.

—¡Camarada, di a estos rusos que somos húngaros, y no alemanes!

Afortunadamente, Litteráti había hallado un hombre en el que los rusos creían, y al fin le llevaron a la casa de un guardabosques, no lejos de allí. Debilitado a causa de la herida, Litteráti se tendió en un lecho, colocando un pañuelo bajo la cabeza, para impedir que la sangre manchase la funda de la almohada. Luego vio un rostro conocido que le miraba. Era el del «bárbaro» que le había golpeado. Mientras una enfermera soviética le lavaba la herida, el soldado ruso de feroz aspecto empezó a sonreírle, y después de entregarle dos paquetes de cigarrillos le estrechó la mano con todo entusiasmo.

De los setenta mil hombres de Pfeffer-Wildenbruch, poco más de setecientos escaparon a las líneas alemanas. Casi todos los demás murieron en combate o fueron asesinados. El comandante soviético aseguró que había capturado a treinta mil soldados. Como luego solo dispusiera de unos pocos millares de prisioneros, se limitó a detener a veinticinco mil civiles en las calles de Buda. Pero la verdadera historia de la matanza de prisioneros, así como los numerosos

saqueos y violaciones cometidos por toda Buda, no pudieron ocultarse, y la gente del otro lado del Danubio comenzó a preguntarse si después de todo la liberación había representado una ventaja tan considerable.

Ese mismo día el «Catoctin», con Roosevelt a bordo, abandonó el puerto ruso de Sebastopol. Por lo que al presidente se refería, el futuro de los Balcanes se hallaba asegurado desde el momento en que Stalin aceptaba la Declaración de Europa Libre. Roosevelt se daba cuenta ya de que en Bulgaria, Rumania y Hungría se iban estableciendo a la fuerza Gobiernos comunistas, pero imaginó que la situación volvería más tarde a la normalidad, de acuerdo con los términos de Yalta.

Capítulo séptimo

Operación «Trueno»

1

Cuando el 12 de febrero se publicó el comunicado oficial de la Conferencia de Crimea, la mayor parte de los ingleses y norteamericanos la aprobaron con entusiasmo. En Inglaterra una serie de artículos aparecidos en periódicos tan diversos como el *Manchester Guardian*, el *Daily Express* y el *Daily Worker* elogiaban las decisiones alcanzadas por los Tres Grandes. Joseph C. Harsch, de *The Cristian Science Monitor*, expresaba así la favorable opinión de la mayor parte de los norteamericanos:

> *«… La Conferencia de Crimea destaca de las anteriores a causa de su especial carácter decisivo. Las reuniones que produjeron la Carta del Atlántico, Casablanca, Teherán y Quebec, estaban dominadas políticamente por un afán de declaraciones. Eran declaraciones de políticas de aspiraciones, de intenciones. Pero no eran entrevistas de decisiones. La reunión de Yalta se hallaba dominada por el deseo, la voluntad y la determinación de lograr sustanciosas decisiones».*

En la Unión Soviética se observaba un sentimiento similar. Pravda dedicó una edición entera a la conferencia. En su opinión, las decisiones alcanzadas indicaban que «la alianza de los Tres Grandes Poderes poseía no solo un histórico pasado, sino también un gran futuro». Izvestia, por su parte, declaró que era «el acontecimiento político más importante de la época».

El comunicado también provocó la satisfacción de Goebbels, ya que le dio ocasión de fortalecer su propaganda sobre el Plan Morgenthau y la rendición

incondicional. Al mismo tiempo afirmó que la decisión de los Tres Grandes en Yalta, de desmembrar a Alemania, forzándola a pagar agobiantes indemnizaciones, demostraba que Alemania debía seguir luchando con renovado vigor… o ser aniquilada.

Entusiasmó en Francia la decisión de concedérsele una zona de ocupación, pero la satisfacción fue atemperada por la desaprobación personal de De Gaulle. El disgusto del general era comprensible. No solo le habían negado el permiso para asistir a la conferencia, sino que permaneció ignorante de los resultados habidos hasta que Jefferson Caffery, el embajador norteamericano en Francia, le entregó un memorándum el 12 de febrero. R. W. Rever, un funcionario político francés, envió un telegrama a Roosevelt manifestando que De Gaulle había recibido al embajador «fríamente». Este informe, y la negativa de De Gaulle a encontrarse con Roosevelt en Argel, hicieron que el presidente americano se desentendiese del general, al que no profesaba simpatía alguna.

—Me hubiera gustado tratar algunos problemas con él —manifestó a Leahy—. Pero si no ha querido hacerlo, eso no cambia las cosas para mí.

De Gaulle, al menos, se mostró exteriormente cortés en relación con Yalta, pero los polacos de Inglaterra y los de Norteamérica criticaron la conferencia acerbamente. Guiados por el primer ministro Tomás Arciszewski —el reemplazante de Mikolajczyk—, proclamaron que Roosevelt y Churchill habían entregado Polonia a la Unión Soviética como sacrificio para lograr la unión entre ellos. Uno de los polacos hizo algo más que acusar. El teniente general W. Anders, comandante del II cuerpo polaco, que había desempeñado un buen papel en la toma de Montecassino, amenazó con retirar sus tropas de la línea de batalla, y envió un telegrama al presidente de la República, W. Raczkiewicz, manifestando que no podía aceptar…

«… La unilateral decisión por la que Polonia y los polacos eran entregados a la codicia de los bolcheviques…
»En conciencia, no puedo solicitar en el momento presente ningún sacrificio de los soldados…».

Otro polaco que pudo hacer una protesta más sensacional pero que sin embargo se mantuvo callado, fue el conde Edward Raczynski, embajador en Londres. Poco antes, *sir* Owen Malley había enseñado a Raczynski un informe final acerca de su exhaustiva investigación en la matanza de once mil oficiales polacos en el bosque de Katyn. Se probaba manifiestamente que la atrocidad

había sido cometida por los rusos, y no por los nazis. *Sir* Owen también dijo al conde que después de haber leído el Gabinete británico este informe, se ordenó suprimirlo, y se redactó otro que no ofendiese a la Unión Soviética. Pero Raczynski había dado a Malley su promesa de no decir nada, y por lo tanto tuvo que unirse a la conspiración del silencio.

Poco antes del mediodía el general Guderian entró en el despacho de Hitler, situado en la Cancillería, donde un buen grupo de personas ya estaban sentadas dando cara al gran escritorio del Führer. En su viaje a Berlín, Guderian había dicho a su joven jefe de Estado Mayor, general Walther Wenck:

—Hoy, Wenck, vamos a poner todo en claro, arriesgando su cabeza o la mía.

El limitado contraataque sobre la avanzadilla de Zhukov fracasaría miserablemente si lo dirigía Himmler, el cual no era más que un aficionado.

—No podemos dejar que las tropas actúen sin al menos un soldado profesional que las dirija —añadió Guderian.

Himmler, un hombre de talla mediana, con labios delgados e incoloros y rasgos un tanto orientales, parecía hallarse bastante incómodo, como siempre le sucedía en tales conferencias. No era un secreto que le disgustaba enfrentarse con Hitler, y una vez llegó a decir al general Wolff que el Führer le hacía sentirse como un escolar que no hubiera hecho sus deberes.

En Himmler luchaba interiormente un conflicto entre lo que era y lo que quería ser. Era bávaro, pero admiraba con fervor a los reyes prusianos como Federico el Grande, y elogiaba constantemente la austeridad prusiana y su reciedumbre. Creía fanáticamente que el ideal germánico debía de ser nórdico —alto, rubio, de ojos azules—, y prefería a tales gentes a su alrededor. Himmler admiraba la perfección física tanto como la destreza atlética, y a menudo solía decir: «Hay que hacer ejercicio para mantenerse joven». A pesar de ello, sufría constantemente de dolor de estómago, y presentaba una figura ridícula cuando esquiaba o nadaba. Una vez sufrió un desvanecimiento cuando trataba de ganar una carrera de 1500 metros entre competidores poco destacados. Disponía Himmler de más poder personal que nadie en el Reich, a excepción de Hitler, pero era un individuo pedante, con el alcance intelectual de un maestro alemán de enseñanza primaria. Implacablemente atacaba al cristianismo, y sin embargo, había reorganizado las SS sobre principios jesuitas, copiando asiduamente «los estatutos de servicio y los ejercicios espirituales creados por Ignacio de Loyola».

A semejanza del hombre al que a la vez temía y reverenciaba, Himmler era indiferente a lo material, y vivía con frugal sencillez. Comía moderadamente, bebía poco y se limitaba a fumar dos cigarrillos al día. Como Hitler, trabajaba con una intensidad que hubiese provocado la ruina de la mayor parte de las personas normales, se mostraba cariñoso con los niños, y sentía por todas las mujeres el mismo respeto que por su madre. También como Hitler tenía una amante. En realidad fueron dos las que se le conocieron. A los diecinueve años vivió con una prostituta, Frieda Wagner, siete años mayor que él. Un día la encontraron asesinada, y el joven Himmler fue llevado ante los tribunales, pero le dejaron en libertad por falta de pruebas. Más tarde se casó con otra mujer que le llevaba siete años, asimismo, llamada Margarita Concerzowo, la cual trabajaba de enfermera. Con el dinero de su mujer, Himmler montó una granja avícola cerca de Munich, pero fracasó. Lo mismo sucedió con el matrimonio.

La pareja tuvo una hija. Gudrun, pero Himmler quería un varón. Sin embargo, sus puntos de vista en relación con el divorcio se hallaban de acuerdo con su estricta educación católica. La similar actitud de Hitler sin duda le ayudó a llevar una doble vida. Comenzó así una íntima relación con su secretaria personal, Hedwig, la cual le dio un hijo, Helge, y una niña, Nanette Dorothea. De romántico espíritu, Himmler escribía regularmente a su amante, llamándola cariñosamente su *häschen* (conejito), en largas y sentimentales cartas, mientras que guardaba, en apariencia al menos, una actitud de respeto y acato hacia su legítima esposa. Como hombre escrupuloso que era, mantenía a sus dos familias tan desahogadamente que se hallaba continuamente en deudas.

El padre de Himmler fue un hombre severo, lo cual heredó su hijo, cuya oficina aparecía llena de carteles moralizadores, que decían, por ejemplo: «Solo un camino conduce a la libertad, y sus mojones se llaman obediencia, tesón, honradez, sobriedad, espíritu de sacrificio, orden, disciplina y amor a la Patria». Según dijo el doctor Karl Gebhardt, un amigo de la niñez, Himmler «creía en lo que decía en el momento de expresarlo, y todo el mundo le creía también». Algunas de sus creencias, sin embargo, eran tan excéntricas, que hasta sus seguidores más fieles se veían en dificultades para aceptarlas. Entre ellas figuraban la cosmogonía glacial, el hipnotismo, la homeopatía, el mesmerismo, la eugenesia natural, la clarividencia e incluso la hechicería.

La higiene era para él una verdadera manía, y se pasaba todo el día lavándose y haciendo gargarismos. Era un hombre de costumbres precisas, parsimonioso, limpio y cuidadoso, y estaba desprovisto de toda originalidad o

sentido intuitivo. Su peculiar mandíbula era muestra de una obstinación que lindaba con el absurdo. Todo esto, unido a su afición por lo secreto, sus órdenes un tanto imprecisas y su perpetua y enigmática sonrisa, le envolvían en un aura de misterio. En resumen, y según las crudas palabras del general de SS Paul Hausser, que le había ayudado a organizar las Waffen SS, el antiguo avicultor era «un fantástico idealista que tenía los pies plantados firmemente en tierra; un individuo verdaderamente extraño».

Este era el hombre más temido de Alemania, y tal vez del mundo; pero en la conferencia del Führer, que acababa de iniciarse, Guderian se alegró de su presencia. Sin más preámbulos, el general se volvió al *reichsführer* y le pidió que comenzase el contraataque dos días más tarde. Parpadeando detrás de sus características gafas, Himmler aseguró que necesitaba más tiempo, pues aún faltaba por llegar al frente buena parte de las municiones y el combustible. Luego se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas cuidadosamente.

—¡No podemos esperar hasta que la última lata de gasolina y la última granada hayan sido entregadas! —exclamó Guderian—. Para entonces los rusos habrán adquirido demasiada fuerza. Hitler tomó aquellas palabras como si fueran una acusación contra su persona.

—No permitiré que me acuse usted de demorarme en lo que hay que llevar a cabo —manifestó.

—Yo no le acuso de nada —contestó Guderian—. Digo, sencillamente, que no tiene objeto esperar hasta que la última entrega de material haya sido efectuada, con lo que se perdería el momento favorable para el ataque.

—¡Le digo que no consentiré que me acuse de retrasarme! —repitió Hitler.

Guderian demostró que tenía escaso sentido de la diplomacia, cuando eligió este momento para decir:

—Quiero que se nombre al general Wenck como jefe de Estado Mayor del grupo de ejército Vístula. De otro modo, no habrá garantías de que el ataque se realice con éxito.

Luego, mirando al *reichsführer* Himmler, añadió:

—El no puede hacerlo. ¿Cómo podría realizarlo?

Hitler se levantó penosamente de su sillón y dijo con irritación:

—¡El *reichsführer* es lo suficientemente capaz para dirigir el ataque!

—El *reichsführer* no tiene la experiencia ni el grado necesarios para conducir el ataque sin ayuda. La presencia del general Wenck es absolutamente necesaria.

—¿Cómo se atreve a criticar al *reichsführer*? ¡No quiero que vuelva a

hacerlo!

Las palabras de Hitler resonaban iracundas, pero en su actitud había algo de teatral, a causa de lo mucho que protestaba. Guderian, que no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, repitió:

—Debo insistir en que el general Wenck sea trasladado al Estado Mayor del grupo de ejército Vístula, para dirigir adecuadamente la operación.

El manifiesto desafío de Guderian hizo perder a Hitler los últimos vestigios de paciencia. Los dos hombres comenzaron a discutir con tal acaloramiento, que uno a uno los presentes fueron abandonando el salón discretamente, hasta que solo quedaron Hitler, Himmler, Guderian, Wenck, y unos pocos ayudantes de pálido semblante.

Hitler volvió la espalda a Guderian y cruzó la estancia en dirección a la gran chimenea, sobre la cual colgaba un gran retrato de Bismarck. Para Guderian, Bismarck parecía estar mirando acusadoramente a Hitler, y al otro lado de la habitación, un busto de Hindenburg parecía decir: «¿Qué estás haciendo con Alemania? ¿Qué será de mis prusianos?». Este espejismo contribuyó a afirmar la resolución de Guderian, y durante más de dos horas la discusión siguió con la misma intensidad. Cada vez que Hitler gritaba «¿Cómo se atreve?», y tomaba aliento, Guderian repetía que Wenck debía ser nombrado ayudante de Himmler. Y cada vez que hacía esta petición, Himmler parecía palidecer un poco más.

Por fin, Hitler cesó en su nervioso paseo, se detuvo ante el sillón que ocupaba Himmler y dijo, mientras lanzaba un suspiro de resignación:

—Bien, Himmler, el general Wenck irá esta noche al grupo de Ejército Vístula para asumir el mando del Estado Mayor. Luego el Führer se volvió hacia Wenck y añadió:

—El ataque comenzará el quince de febrero —al tiempo que se sentaba pesadamente, se dirigió a Guderian y añadió—: En resumen, *herr generaloberst*, hoy el Estado Mayor General del Ejército ha ganado una batalla.

Pocos minutos más tarde Guderian salió a la antecámara y se sentó con gesto cansado ante una pequeña mesa. Von Keitel se le acercó y dijo:

—¿Cómo se atreve a contradecir al Führer de esa manera? ¿No ve lo nervioso que le está poniendo? ¿Qué pasaría si sufriera un ataque?

Guderian le miró fríamente y contestó:

—Todo estadista debe esperar que le contradigan, y que le expliquen la verdad de lo que ocurre. De otro modo no se le podría llamar estadista.

Otros de entre los reunidos comenzaron a hacerse eco de la acusación de Von

Keitel, pero Guderian les volvió la espalda y dijo a Wenck que diera las órdenes pertinentes para llevar a cabo el ataque el 15 de febrero.

2

El mariscal del Aire, *sir* Arthur T. Harris, era un hombre fornido y enérgico, de cincuenta y tres años, que se había alistado, al estallar la Primera Guerra Mundial, como corneta en la infantería de Rodesia. Después de las agotadoras marchas que tuvo que realizar en el África Alemana del Sudoeste, juró que nunca volvería a luchar a pie, y se alistó en el Real Cuerpo de Aviación (anterior a la R.A.F.). En esos momentos era jefe del Comando del Bombardeo, y aquella misma noche sus hombres iban a lanzar un ataque contra Dresde, el cual sería el primero de una larga serie de incursiones sobre las principales ciudades del este alemán, destinadas a dar el golpe final a la moral germana.

La «Operación Trueno», nombre clave de todos los bombardeos, era otro paso que daba el Gobierno británico en su proyecto de bombardear zona por zona, lo cual, según el parecer de Harris, era el mejor modo de terminar la guerra. Se le conocía como «Bombardero» Harris, mote que no le desagradaba, y algunos periódicos llegaban a llamarle «Carnicero Harris», sin que él se diera por aludido. Pensaba que ese era su trabajo, acabar con la producción bélica alemana, y para ello tenía que destruir ciudades y matar gente, aunque no fueran esos sus deseos.

Su forma de ser, y su agresiva manera de disponer el bombardeo de las ciudades, le hicieron antipático para algunos, pero también esto contribuyó a que fuera más apreciado entre sus hombres, ya que luchaba lo más enérgicamente posible para el equipo que tenía, mientras procuraba emplear los métodos más seguros en la realización de los bombardeos.

Los antecedentes de la «Operación Trueno» fueron largos y complejos. Dos meses después del día D, *sir* Charles Portal, jefe del Estado Mayor Aéreo, sugirió que en el momento en que Alemania se aproximase a su derrumbe militar, se lanzasen una serie de duras incursiones aéreas contra los centros alemanes de población, a fin de apresurar la rendición total. El Comité Conjunto de Inteligencia, integrado por un grupo de expertos británicos, no se mostró entusiasmado con la «Operación Trueno», ya que no era probable «que

obtuviese un éxito aceptable». Por otra parte, el general H. H. Arnold, jefe de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, se hallaba en principio contra tales bombardeos, y el Departamento de Guerra Psicológica de Eisenhower llegó a calificarlos como actos de terrorismo.

Por consiguiente, la «Operación Trueno» fue archivada hasta diez días después de la gran ofensiva soviética del 12 de enero de 1945, en que el director de la sección de Operaciones de Bombardeo sugirió al ayudante de *sir* Charles Portal, Norman Bottomley: «Si el ataque se lanza en el momento en que la ofensiva rusa sigue en todo su vigor, ello dará la impresión de que existe un plan coordinado entre los rusos y nosotros».

Con objeto de revalorizar la «Operación Trueno», según este razonamiento, el Comité Conjunto de Inteligencia informó que una serie de bombardeos durante cuatro días, con sus noches, probablemente provocaría un éxodo de las ciudades alemanas, «lo cual crearía una gran confusión, impediría el movimiento ordenado de las tropas y obstaculizaría el mecanismo militar y administrativo alemán». Por otra parte, «ayudaría a los rusos en la trascendental batalla que se estaba desarrollando en el Frente Oriental, y justificaría que temporalmente no se realizasen ataques contra centros de comunicación u otros blancos que no fuesen refinerías o depósitos de combustible». Además, la operación seguramente tendría «valor político, al demostrar a los rusos, de la forma que mejor nos es posible, el deseo que tenemos los británicos y americanos de ayudarles en la batalla que se está desarrollando».

El 25 de enero, Bottomley llamó por teléfono a Harris para tratar de hacer efectiva al fin la «Operación Trueno».

—Ya he pensado en Berlín —contestó Harris, y sugirió que los otros centros podían ser Chemnitz, Leipzig y Dresde, tres ciudades que no solo eran el albergue de los refugiados del Este, sino que eran también puntos clave de comunicación con el Frente Oriental.

Simultáneamente, Churchill hablaba de tales incursiones con *sir* Archibald Sinclair, secretario de Estado para la Aviación, y le preguntaba acerca de los planes que tenía la R.A.F. para «castigar a los alemanes en su retirada de Breslau». No podía decirse que esto fuera una coincidencia, ya que Harris solía visitar con frecuencia a Churchill, con quien discutía las operaciones, habiéndole urgido a que se iniciase la «Operación Trueno».[15]

Al día siguiente Sinclair pasó la petición al Estado Mayor del Aire. Pero Portal, el autor de «Trueno» se hallaba poco entusiasmado en esos momentos con la operación, y en su informe hizo notar que los blancos petrolíferos tendrían prioridad, seguidos de las fábricas de aparatos de reacción y de los astilleros de submarinos. Una vez que esas tres actividades estuviesen bajo control, «dirigiremos todos nuestros esfuerzos —aseguró— contra Berlín, y también contra Dresde, Leipzig y Chemnitz…».

Después de leer esta tibia aprobación, y tras consultar a otros miembros del Estado Mayor de la Aviación, Sinclair se mostró reacio a la realización del proyecto.

«Me preguntó usted la pasada noche si había algún plan para apresurar la retirada germana de Breslau», escribió a Churchill, y luego le sugirió que era una tarea más apropiada para las Fuerzas Tácticas Aéreas. Siguió diciendo que los bombarderos deberían continuar destruyendo refinerías y depósitos de petróleo, en tanto pudieran hacerlo. En caso contrario, los ataques deberían lanzarse contra las ciudades orientales de Alemania.

Esta nota provocó una respuesta sarcástica de Churchill, quien según parece había olvidado sus propias palabras:

> *«No le inquirí anoche sobre los planes para acelerar la retirada alemana de Breslau. Por el contrario, le pregunté si Berlín, y también otras grandes ciudades del este alemán, podrían considerarse en el momento actual como blancos apetecibles. Me alegra que este asunto esté "sometido a examen". Le ruego que me informe mañana de lo que se va resolviendo».*

Tal vez el repentino interés de Churchill en la «Operación Trueno» se debía a la conferencia que iba a celebrarse en Yalta poco después. Acaso estaba deseando demostrar a Stalin lo valiosas que las fuerzas aéreas aliadas podían resultar para ayudar a la ofensiva soviética.

Después de la batalla del Bulge, el Occidente necesitaba sin duda de todo su prestigio militar para sentarse con tranquilidad ante la mesa de conferencias. Sea lo que fuere lo que inspiró a Churchill, la urgencia de la nota que envió a Sinclair provocó resultados inmediatos, y Harris recibió la orden de atacar ciudades tales como Berlín, Dresde y Chemnitz lo más pronto posible, ya que en ellas «un duro ataque no solo provocaría trastornos en la evacuación del Este, sino que entorpecería el movimiento de las tropas alemanas del Oeste».

El ayudante de Harris, mariscal del Aire *sir* Robert Saundby, tenía algunas discrepancias al respecto, y al leer la orden se preguntó la razón de que se

incluyera a Dresde en el ataque, ya que consideraba que la ciudad no tenía tanta importancia como se le daba. Aunque centro ferroviario de interés, no era un gran núcleo industrial, ni se empleaba en movimientos de tropas en gran escala. En consecuencia, pidió al ministro del Aire que excluyese a Dresde como blanco de la operación. Tales demandas eran contestadas generalmente con toda rapidez mediante una llamada telefónica personal. En esa ocasión dijeron a Saundby que había que consultar a una autoridad más elevada. Saundby tuvo que esperar varios días antes de recibir una confirmación de que Dresde debería ser bombardeada. La demora se había debido, según dijeron, al interés personal de Churchill en la «Operación Trueno», encontrándose ya el primer ministro en esos momentos en la conferencia de Yalta.

Ahora solo se trataba de la clase de tiempo que luciese. En la mañana del 13 de febrero, se informó por fin que las condiciones eran favorables, y poco antes de las nueve de la mañana, Harris ordenó que el grupo número 5 atacase a Dresde aquella misma noche, tras lo cual seguiría un segundo bombardeo que llevaría a cabo una fuerza combinada integrada por cuatro grupos. En horas tempranas de la madrugada, las «Fortalezas Volantes» americanas atacarían la ciudad por tercera vez. Hacia el mediodía, sin embargo, los meteorólogos informaron que las condiciones atmosféricas habían cambiado. Las nubes se extendían por todo el centro de Europa, y el cielo no aparecería despejado sobre el blanco hasta las diez de la noche.

Para Harris, esta no era una razón suficiente para postergar el ataque, y aquella tarde el comandante Maurice A. Smith, jefe de la primera ola de ataque, solicitó órdenes de vuelo a la sección de Inteligencia de la 545 base de Coningsby. Su peligrosa misión consistiría en permanecer sobre el blanco, a baja altura, dirigiendo el bombardeo. Pilotaría un «Mosquito», rápido aparato biplano de armazón de madera, que resultaba seguro a las elevadas altitudes por las que solía volar, pero peligroso a baja altura, a causa de carecer casi por completo de elementos protectores. Smith había dirigido bombardeos contra Karlsruhe, Heilbronn y otras ciudades alemanas, pero en circunstancias más propicias. Tampoco se halló el mapa detallado de Dresde, y Smith tuvo que guiarse por un plano confeccionado a base de fotografías deficientes tomadas en 1943.

Se ordenó a Smith que concentrase el ataque sobre los centros ferroviarios de comunicación de la Altstadt (ciudad antigua) de Dresde, famosa por sus hermosos edificios y monumentos. El comandante de la base manifestó que en una ocasión había estado en un hotel de la plaza Altmark, situada en el centro de

la ciudad antigua, y que le habían atendido mal. «Espero que con eso se repare la injusticia», dijo en son de broma.

A causa del estado del tiempo, el éxito dependía de la oportunidad en la operación. Los primeros aparatos que alcanzasen Dresde serían dos escuadrillas de bombarderos «Lancaster». A las 22:04 lanzarían bengalas verdes en paracaídas, con el fin de señalar la situación de la ciudad. Seguirían luego ocho «Mosquitos», que guiados por las bengalas verdes lanzarían bombas rojas de situación en el estadio deportivo, que se hallaba justamente a la derecha del blanco principal: el nudo ferroviario. Por fin, a la Hora Cero —las 22:15—, la fuerza principal se presentaría para bombardear el objetivo señalado con luz roja.

Poco antes de las 5:30 de la tarde despegaron los ocho aparatos «Mosquito», cuyos pilotos recibieron la extraña orden de evitar a toda costa un aterrizaje forzoso al este de Dresde. En lugar de ello, deberían poner rumbo al oeste, aterrizando en territorio enemigo, a fin de que el nuevo equipo electrónico no cayese en manos de sus aliados, los rusos.

Algunos minutos más tarde, el primero de los 244 «Lancaster» comenzó a despegar del aeródromo del Grupo N.° 5, y hacia las 18 horas, todos los bombarderos estaban en el aire. A las 19:57 el comandante Smith, bombardero principal, abandonó Coningsby en su «Mosquito». Después de cerca de una hora de vuelo, comenzó a soplar un duro viento del Oeste, y ello le permitió reunirse con los otros ocho «Mosquitos», que habían seguido una ruta indirecta. A más de 5000 metros de altura sobre Alemania Occidental, los nueve aparatos fueron empujados por un viento de cola de 85 nudos. A las 21:49 los navegantes vieron la primera señal en el «Loran», el aparato electrónico construido por los norteamericanos, que les guiaría directamente hasta el blanco. Pero el navegante de Smith no pudo apreciar la segunda señal de su pantalla y se necesitaron dos para obtener la posición. Miró su reloj. Eran las 21:56. Ocho minutos más tarde deberían lanzar los primeros aviones las bengalas verdes. A las 22 horas apareció al fin la segunda señal, y el navegante de Smith localizó su situación a quince millas al sur de Chemnitz.

Los nueve aparatos «Mosquito» viraron hacia el Noroeste, buscando las bengalas verdes lanzadas por los anteriores aparatos cuatro minutos antes. Mientras descendían, las nubes comenzaron a abrirse lentamente, tal como se había previsto. Era como si la cubierta protectora que se cernía sobre Dresde estuviese siendo retirada por los hados.

Aunque Dresde no era una ciudad abierta, solo había experimentado dos ataques aéreos de pequeña importancia, uno el 7 de octubre de 1944, cuando treinta bombarderos de Estados Unidos atacaron sus nudos ferroviarios, matando a 435 personas. El otro bombardeo se produjo el 16 de enero de 1945, y en tal ocasión 133 aviones Liberator bombardearon el mismo blanco, y dieron muerte a 376 personas.

Posteriormente se produjeron algunas alarmas aéreas, pero como todas resultaron falsas, en la ciudad se tuvo la convicción de que se había hecho un convenio secreto con los Aliados: si los alemanes no atacaban Oxford, los Aliados tampoco lo harían con Dresde. Después de todo, la ciudad poseía escaso valor militar, y sus numerosos museos, iglesias y otros edificios de estilo barroco, estaban reconocidos como un tesoro arquitectónico.

Incluso corrió el rumor —falso desde luego— de que los Aliados habían dejado caer unos folletos prometiendo que Dresde no sería bombardeada, ya que iba a ser la capital de posguerra de Alemania.

Todo esto proporcionó una gran tranquilidad a los 630 000 habitantes de la ciudad, la cual, a pesar de los desastres del Frente Oriental, tenía casi un aire festivo en aquella noche del 13 de febrero. Ello se debía a que era un martes *Fasching*[16], una de las fiestas favoritas de los alemanes, en que los niños se vestían —como lo estaban en aquel momento— con alegres ropajes de carnaval. Por consiguiente, hubo poca inquietud cuando se dejó oír la primera alarma aérea —el «cuco»—, hacia las diez de la noche. Pocos imaginaban que se trataba de una incursión devastadora contra la ciudad.

Esta sensación de seguridad de los ciudadanos se extendió a los centenares de miles de refugiados procedentes del Este, así como a los que procedían de Berlín y de Alemania Occidental. Las salas de espera de los ferrocarriles se hallaban abarrotadas de estas gentes y de sus pertenencias. Los edificios públicos, igualmente, estaban atestados de catres y camas en los que dormían los refugiados durante la emergencia. El aflujo humano era tan grande que hubo que habilitar el extenso parque de Grosser Garten con tiendas de campaña y chozas para unas 200 000 personas, entre refugiados y trabajadores forzados.

En la estación de ferrocarril casi no había cabida para más trenes, a consecuencia de todos los que habían llegado del Este, y al mismo tiempo, las carreteras procedentes del frente seguían enviando riadas de refugiados a pie, en

carretas, coches y camiones. La ciudad crecía en población por momentos, y se calcula que al producirse el bombardeo había 1 300 000 seres humanos en Dresde, entre los que figuraban numerosos norteamericanos e ingleses prisioneros de guerra.

El sistema defensivo contra los ataques aéreos en Dresde era sumamente deficiente. Los cañones antiaéreos que aparecían montados amenazadoramente en las colinas que rodeaban la ciudad, eran en realidad de cartón piedra, pues los verdaderos habían sido enviados a los frentes oriental y occidental, y solo quedaban sus firmes bases de hormigón.

Las defensas de la Luftwaffe no eran más eficaces. El Centro de Alarma anticipada de Francia había ya caído en manos enemigas, y cuando los 244 «Lancaster» del Grupo N.° 5 hicieron su aparición en las pantallas del sistema situado en el interior de las fronteras germanas, fue imposible determinar su objetivo. Repentinamente, aparecieron también 300 bombarderos «Halifax» en las pantallas. Estos aparatos iban en dirección a la refinería de petróleo situada al sur de Leipzig, pero su verdadera intención era desorientar a los alemanes. Y así fue en efecto, ya que estos no tenían la menor noción de cuál sería el ataque principal. Cabía incluso la posibilidad de que las dos incursiones tuvieran por fin la desorientación del adversario, ya que el «Bombardero» Harris tenía aún a su disposición 450 bombarderos más.

La 1.ª División de Combate alemana situada en Klotszche, a unos pocos kilómetros al norte de Dresde, se preparó para defender la ciudad, pero como los germanos no sabían a dónde debían enviar sus cazas, tuvieron que esperar hasta que se dijera algo en concreto. Solo cuando los 244 «Lancaster» pasaron sobre Leipzig y pusieron rumbo a Dresde, los defensores supieron a qué atenerse, y no fue hasta las 21:55 que la Primera División de combate recibió órdenes de hacer despegar su escuadrilla de cazas nocturnos. Pero cuando estos aparatos estuvieron en el aire, ya era demasiado tarde, pues los primeros aviones ingleses habían lanzado ya sus bengalas verdes.

El bombardero principal de Smith se estaba acercando a Dresde, y por vez primera rompió el silencio que se había mantenido por radio:

—Ordenador a jefe de marcadores. ¿Cómo me escucha? Cambio. El jefe de aviones de vanguardia contestó que podía oírle perfectamente.

—¿Tienen nubes bajo ustedes, todavía? —inquirió Smith. El otro contestó afirmativamente, y Smith preguntó luego si podía ver ya las bengalas verdes.

—Sí, las veo. Las nubes son aquí poco densas —contestó el jefe de

vanguardia.

Este pronto estuvo volando sobre su objetivo, y se asombró al no ver un solo reflector ni el menor fuego de artillería antiaérea. Debajo podía divisar una serie de puentes que cruzaban el Elba, que atravesaba Dresde por el centro, separando la ciudad antigua de la nueva. La zona le recordaba a Shrospshire, Hereford y Ludlow.

Cuando el jefe de vanguardia pasó a baja altura sobre el núcleo ferroviario, advirtió una sola locomotora detenida cerca de un gran edificio que sospechó fuera la Estación Central. Desde los setecientos metros inició un picado hacia un estadio deportivo (había otros dos en las cercanías).

—¡Jefe de marcadores, Tallyho! —exclamó.

A 250 metros de altitud el jefe de vanguardia abrió las compuertas del aparato y su bomba indicadora de blanco, que pesaba media tonelada, salió despedida, dejando un vivo rastro rojo en su descenso. Otro aparato «Mosquito» que seguía al de cabeza, vio un resplandor en la cabina de este avión, y su piloto exclamó:

—¡Cielos, han tocado al jefe!

Pero solo se trataba del fogonazo producido por la cámara fotográfica del piloto de vanguardia.

El jefe de bombarderos se apresuró a comprobar la situación de los tres estadios en su mapa.

—Ha marcado un estadio que no correspondía —dijo con voz tensa.

Pero volvió a estudiar de nuevo el plano y rectificó aliviado:

—No, no. Está bien. Adelante.

El jefe de bombarderos podía ver en esos momentos el resplandor rojo cerca del estadio previsto, y añadió:

—Escuche, jefe de marcadores. El indicador del blanco se halla a un centenar de metros al este del punto señalado.

Eran casi las 22:07, y faltaban ocho minutos para la hora cero. Los otros aparatos «Mosquito» comenzaron a lanzar sus bombas indicadoras donde había caído la primera. La preocupación principal del jefe de bombarderos era que las señales luminosas no fueran vistas por los demás aparatos a través de la delgada capa de nubes. Llamó entonces a uno de los «Lancaster» que habían dejado caer las primeras bengalas verdes y que se hallaba aún a 6000 metros de altura sobre la ciudad:

—Ordenador a comprobador 3. Dígame si alcanza a ver el resplandor.

—Veo desde aquí los tres ID (indicadores de blanco) a través de las nubes.

—Está bien. ¿Ve ya las luces rojas? —inquirió Smith.

—Son las únicas que veo —fue la satisfactoria respuesta del piloto del «Lancaster».

Eran en esos momentos las 22:09. Solo entonces el locutor de una emisora de Dresde exclamó:

Achtung, Achtung, Achtung! ¡Se avecina un ataque aéreo! ¡Vayan a los refugios en seguida!

Los ciudadanos hicieron lo que les ordenaban, pero de mala gana, ya que la mayoría dudaba incluso de que se tratase de una incursión real. En la ciudad antigua se procedió a apagar todas las luces. La mayor parte de los campesinos llegados desde el Este nunca habían presenciado un ataque aéreo y contribuían a aumentar la confusión, tratando de hallar los refugios de que hablaban unos ensordecedores altavoces.

A las 22:10 el jefe de bombarderos comenzó a repetir una y otra vez a la fuerza principal que se aproximaba a Dresde:

—Atención, ordenador a Fuerza Principal. Sigan y bombardeen la marca roja ID, según lo previsto.

Desde tierra no partió un solo disparo de cañón antiaéreo. Como la ciudad se hallaba evidentemente indefensa, Smith ordenó a los bombarderos que descendiesen más bajo de lo previsto.

Poco después la ciudad antigua se estremecía bajo el impacto de potentes bombas explosivas, a las que seguirían las bombas incendiarias.

—Escuche, Fuerza Principal —dijo Smith—. Está bien. Ha sido un buen bombardeo.

Veintitrés kilómetros al nordeste de Dresde, el estudiante Bodo Baumann, de la escuela de cadetes de Meissen, que contaba quince años de edad, vio los «fuegos artificiales» —las señales luminosas rojas—, mientras un enjambre de bombarderos rugía sobre su cabeza, lanzando lenguas de fuego por sus escapes. Baumann había estado presente en dos grandes bombardeos de Berlín, pero se daba cuenta de que aquel iba a ser mayor. Incluso desde Meissen, Bodo alcanzó a ver las grandes llamaradas que se levantaron poco después. Los cristales de las ventanas de un edificio cercano se estremecieron violentamente, y el horizonte se cubrió de lenguas de color carmesí y violeta. Al principio el muchacho vio

estallar algunas bombas aisladamente, pero un minuto más tarde las explosiones fueron tan numerosas que todo se volvió de color rojo. La tierra retumbó bajo los pies de Bodo, el cual permaneció estático mirando hacia Dresde. «La ciudad está condenada —se dijo a sí mismo— y nadie saldrá con vida».

Otro muchacho de quince años, Joachim Weigel, se hallaba en el tejado de la casa de pisos en que vivía, justamente en la orilla opuesta del Elba, frente a la ciudad antigua. El y otro miembro de las Juventudes Hitlerianas estaban arrojando arena sobre el fuego producido por unas bombas incendiarias, pero cuando comenzaron a caer las grandes bombas explosivas, los muchachos corrieron hacia el sótano de la casa y cerraron la puerta de hierro. Pero el hombre que se hallaba a cargo de los muchachos les ordenó que fueran al quinto piso, que comenzaba a arder. Cinco chicos y una chica subieron atropelladamente escaleras arriba y comenzaron a arrojar por la ventana todo lo que podía ser pasto de las llamas, como alfombras, muebles y vestidos.

Hans Koehler, de catorce años, se hallaba de guardia en la comisaría de policía de Alstadt, como ayudante de un teniente cuya misión era despachar algunas autobombas de incendios que había en reserva, contra los fuegos más importantes. El teniente debía esperar en el sótano de la comisaría hasta que la incursión aérea hubiese terminado, antes de enviar los vehículos de los bomberos, que se hallaban estacionados en una colina, algunos kilómetros más lejos. Pero el bombardeo era muy intenso, y comprendió que habrían numerosos incendios de gran magnitud.

—Tenemos que llegar hasta las autobombas —dijo el teniente a Hans.

Los dos corrieron a la calle en el preciso momento en que una bomba estallaba en un edificio cercano. Los escombros comenzaron a caer alrededor de ellos, y el calor se hizo insoportable. Indemnes, subieron a una motocicleta y se alejaron a toda prisa. Cuando pasaron junto al nudo ferroviario, Hans observó que en la ciudad antigua solo había unos pocos incendios. Ello se debía a la intensidad del bombardeo explosivo que siguió al de las bombas incendiarias.

Siguieron hacia el oeste, colina arriba, en dirección al distrito conocido como Loebtau, pasaron ante la casa de Hans, y al fin llegaron hasta el lugar donde se hallaban estacionadas las autobombas. Mientras el teniente ordenaba a los bomberos los lugares a donde debían ir, llegaron otras autobombas de los pueblos cercanos, para ayudar en la extinción de los incendios. Uno de los conductores no conocía la ciudad, y Hans se ofreció para guiarle hasta el lugar que le indicaron.

A las 22:21, el bombardero principal Smith vio la ciudad antigua envuelta en llamas. Llamó entonces a uno de los «Lancaster» y le ordenó que enviase el siguiente mensaje por radio a Inglaterra:

«Objetivo atacado con éxito. Plan primario. A través de las nubes».

Pocos minutos más tarde la gran formación de bombarderos puso rumbo Oeste, dejando caer gran cantidad de láminas metálicas para desorientar al radar. Luego descendieron rápidamente a dos mil metros de altura, justamente bajo el horizonte del sistema de radar alemán.

La segunda oleada, integrada por 529 «Lancaster», es decir, más del doble de la primera, se hallaba ya en camino. Cuando las dotaciones de los aparatos supieron su objetivo, cundió la preocupación. Era un vuelo muy largo que llegaba casi al límite del radio de acción de los aviones «Lancaster», y muchos se preguntaron por qué razón los rusos no atacarían ellos mismos, ya que se hallaban más cerca. Los oficiales de Inteligencia dieron diversas explicaciones, manifestando que los soviéticos ya estaban muy ocupados bombardeando los cuarteles generales del ejército alemán, así como destruyendo depósitos de armas y de suministros, grandes zonas industriales y una factoría importante de gas tóxico.

Ya en camino hacia el objetivo, la temperatura descendió tan rápidamente que en muchos aviones comenzó a formarse hielo. En otros aparatos hubo que volar con control manual, por haberse descompuesto el piloto automático. Un manto de espesas nubes protegió a los bombarderos hasta que llegaron a Chemnitz. Luego el cielo se aclaró repentinamente, y las baterías germanas abatieron tres «Lancaster». En aquel momento ya se podían divisar las señales luminosas para la segunda oleada de aviones, pero cuando el jefe de estos bombarderos llegó sobre el objetivo, a la 1:28 de la madrugada, la ciudad antigua se hallaba convertida en una hoguera.

Se había producido en aquel momento una tormenta semejante a la de Hamburgo. Era un fenómeno meteorológico causado al elevarse la temperatura ambiente a unos 500° C., como consecuencia de varios grandes incendios simultáneos. Este enorme calor provocaba una succión de aire frío hacia el centro del fuego, originándose un viento de gran violencia. El resultado era un infierno rugiente.

El jefe de bombarderos de la segunda oleada comprendió que el ataque no

tendría precisión alguna, por lo que se decidió a actuar sobre las zonas que no había alcanzado la primera oleada. Emitió el mensaje correspondiente a sus aparatos, y pocos minutos más tarde comenzaron a caer las bombas. A diferencia del primer ataque, se emplearon bombas demoledoras para extender los incendios y mantener a cubierto a los bomberos. Luego se lanzaron 650 000 bombas incendiarias, incluyendo termitas de dos kilos, con lo que el fuego se extendió con increíble violencia por toda la ciudad. Los bomberos esperaron aterrorizados. Nunca hasta entonces habían visto nada semejante. Era estremecedor contemplar calles y más calles envueltas en llamas.

Los dieciocho cazas alemanes nocturnos procedentes de Klotzsche, que habían despegado demasiado tarde para detener la primera formación de bombarderos, esperaban con ansiedad las órdenes para atacar la segunda oleada. Oyeron el rugido de los motores, pero no llegó la esperada orden, y permanecieron en la pista, llenos de impaciencia. De pronto se encendieron los focos que iluminaban las pistas. Los pilotos llamaron al control de vuelo para que apagara los focos antes de que los bombarderos los localizasen y destruyesen por completo el aeródromo. Pero recibieron la respuesta de que se esperaba de un momento a otro el aterrizaje de una escuadrilla de aviones de transporte procedente de Breslau, ciudad que se hallaba entonces sitiada.

Como el tiempo pasaba y las bombas llovían literalmente sobre Dresde, la preocupación de los pilotos alemanes se transformó en ira. ¿Era aquello sabotaje, o derrotismo? ¿Por qué no se les ordenaba levantar el vuelo, para tratar al menos de defender la ciudad? El comandante de la base se hallaba igualmente decepcionado. Todas las comunicaciones telefónicas y de radio habían quedado interrumpidas, y no había obtenido permiso del Control Central de Berlín para enviar a la lucha a los cazas.

El joven Bodo Baumann se hallaba con un grupo de salvamento a la entrada de Dresde, en compañía de otros doscientos estudiantes de su misma escuela, cuando se inició el segundo ataque. Los camiones del convoy de salvamento se detuvieron al comenzar el bombardeo, y los muchachos corrieron a buscar refugio. Bodo saltó detrás de un muro. Entre las explosiones alcanzaba a escuchar el aterrador rugido producido por el incendio de la ciudad. El suelo se estremecía como si se estuviera produciendo un terremoto.

Cuando se detuvo el bombardeo, los muchachos siguieron a pie hacia el centro de la ciudad, hasta que llegaron a los edificios derruidos y en llamas. Se detuvieron ante un puente que cruzaba el Elba hacia la ciudad antigua,

convertida en esos momentos en un horno que hacía insoportable la temperatura hasta en la orilla donde se encontraba Bodo. Los muchachos tenían orden de sacar a las gentes fuera de los refugios, antes de que muriesen asfixiadas. Por consiguiente, se cogieron de la mano, y empezaron a atravesar cautelosamente el puente. De pronto, el hombre que guiaba la cadena humana lanzó un grito y desapareció entre el fuego. El muchacho que le seguía se aferró a lo primero que encontró, para no ser atraído por las llamas. El fuego rugía pavorosamente, en tanto que el viento les azotaba con furia, cubriéndoles de polvo y ceniza.

Los chicos retrocedieron, encontraron una cuerda y trataron de utilizarla para asegurarse en el avance, pero el calor era demasiado intenso y fracasaron por segunda vez. Bodo vio a varios bomberos muertos, tendidos en el suelo y con las ropas humeantes. Las densas nubes de humo negro hicieron retroceder a los muchachos hasta el río, donde mojaron en el agua sus pañuelos y se los aplicaron sobre el rostro.

En la otra orilla de la ciudad, Hans Koehler se dirigía de nuevo hasta las bombas de incendio situadas en la colina, cuando oyó las sirenas avisando el segundo ataque. Encontró una bicicleta y con ella se dirigió hacia su lugar de destino. A mitad de camino vio caer algunas bengalas. Se detuvo y tomó unas fotografías con su cámara de cajón. Luego escucho el silbido de las bombas y se lanzó a una cuneta. A unos cien metros de donde estaba se produjo una aterradora explosión. Luego observó que los manzanos que se alineaban a los lados de la carretera habían desaparecido como por arte de magia. Cruzó corriendo la carretera y se dirigió hacia una casa de pisos. Cuando bajaba, se vio lanzado contra el suelo. La gente tosía a consecuencia del polvo y el humo. Las mujeres se quejaban, y al fin alguien encendió una vela. Una mujer de edad avanzada dijo serenamente.

—Voy arriba a ver lo que ocurre.

Los demás le gritaron que no fuese, pero la mujer desapareció lentamente escaleras arriba, como una sonámbula. Al cabo de diez minutos regresó y con la misma tranquilidad dijo:

—Hay un poco de ruido allá arriba, pero es un bonito espectáculo.

Hans se preguntó si se habría vuelto loca o estaría tratando de animar a los demás.

El zumbido del motor de los bombarderos se hacía ensordecedor cuando pasaban sobre el lugar donde se hallaba refugiado el grupo. Luego se produjo un silencio repentino, solo interrumpido por el chisporrotear de las llamas y el

estrépito de las paredes al derrumbarse. Cuando regresó a la calle, Hans percibió un lejano lamento de apariencia ultraterrena, muy distinto a lo que había oído hasta entonces. Miró hacia la ciudad antigua, que era un muro de fuego. Avanzó como hipnotizado algo más de un kilómetro hasta el infierno de llamas y se detuvo en la fábrica de cigarrillos «Yenize». Esta tenía forma de mezquita, y su exótica silueta parecía danzar entre la rojiza iluminación. Hans trató de encontrar alguna bomba contra incendios, pero ninguna se hallaba a la vista. ¿Qué podía hacer? La gente se aproximaba hacia donde estaba él como si fueran espectros, con el rostro ennegrecido, el pelo quemado y los vestidos humeantes. Las mujeres aferraban a sus criaturas, y los hombres portaban maletas e incluso objetos absurdos, como ollas y sartenes. Unos pocos lanzaban quejidos, pero la mayoría guardaban un silencio extraño, mirando todo con los ojos muy abiertos, como si aún no comprendiesen lo que había ocurrido. Aquellos espectros hicieron que Hans pensase en su familia, y se volvió para ir en su busca. A mitad de camino entró en un restaurante. Dentro la gente se apretujaba en el suelo, con las vestiduras hechas jirones. Hans miró los ennegrecidos semblantes esperando hallar algún familiar, pero todos los rostros le eran desconocidos. Entonces alguien le tocó en un brazo. Se volvió y divisó a su madre, cuyo largo pelo le caía desordenadamente sobre los hombros.

—Todo se ha perdido —dijo ella.

—¿Dónde está padre?

—Está en el piso, para ver si recupera algo. Pero no vayas, es horrible.

Luego procuró tranquilizarse, y añadió:

—Ya ha pasado todo. No volverán.

A continuación, la madre de Hans miró al cielo y murmuró algo ininteligible.

Dentro de la ciudad antigua, la mayor parte de la gente seguía en los sótanos, sin comprender que pronto se les acabaría el oxígeno que respiraban. Algunos trataron de escapar durante las incursiones, pero fueron destrozados por las bombas en la calle. Otros se refugiaron en los quioscos metálicos de anuncios, donde literalmente se asaron vivos.

El circo Sarassino estaba envuelto en llamas. La alarma de la primera incursión se había producido en medio de la función, cuando estaban actuando los payasos, y poco después casi todos los espectadores se hallaban refugiados en el sótano situado bajo la pista, mientras los caballos árabes relinchaban

aterrados fuera del edificio. No muy lejos, en el parque del Grosser-Garten, los animales del zoológico habían salido de sus jaulas y rondaban por los alrededores, pero de ellos solo saldrían con vida los buitres.

La enorme masa de refugiados del parque se encontraba igualmente indefensa. En un desesperado intento de huir del insoportable calor, se introdujeron frenéticamente en los grandes tanques de agua, que se tenían como reserva para apagar los incendios. Muchos se salvaron del fuego, pero otros se ahogaron en los profundos depósitos.

En el borde de la ciudad antigua se hallaba la Estación Central, la cual solo había sido dañada levemente en el primer bombardeo. Inmediatamente los empleados del ferrocarril comenzaron a cargar los trenes de evacuados, dando preferencia a los niños. Pero antes de que alguno de dichos trenes pudiera salir de la estación, comenzaron a caer las señales luminosas del segundo ataque, a las que siguieron las bombas incendiarias, que atravesaron la estructura metálica y encristalada del techo de la estación, dejaron a esta reducida a una hoguera. Cuando los integrantes de los grupos de salvamento entraron en la estación vieron a centenares de personas arrinconadas contra las paredes, como si durmieran, pero habían perecido asfixiadas por el monóxido de carbono. Los niños, en el interior de los trenes, estaban apiñados en grupos. También estaban muertos. En los sótanos, donde miles de refugiados habían buscado protección, los suelos aparecían cubiertas de cadáveres.

Hacia el norte de la estación, Annemarie Friebel, cuyo esposo estaba luchando contra los rusos, salió semiasfixiada de un sótano, con la cabeza cubierta por una toalla. Envolvió a su criatura de apenas un año en unos trapos mojados, y salió a la calle, empujando el cochecito del niño y seguida de su madre. La mujer encontró cerrado el paso por un montón de escombros, por lo que recogió al niño, y tras envolverle en una manta, cruzó sobre los cascotes. La criatura no lanzó un solo gemido, como no lo había hecho durante todo el bombardeo. Sobre sus cabezas caían cenizas ardiendo, que prendieron fuego en la manta del niño. Su madre apagó el fuego con las manos.

Otras personas estaban tratando igualmente de salir de la encerrona que representaba la ciudad en llamas. Unos pocos llevaban efectos personales, pero a la mayoría, solo les interesaba salvar la vida. Una mujer que empujaba un cochecillo de niño fue arrastrada por una corriente de aire como si fuese una hoja, hacia un callejón lateral totalmente en llamas.

Annemarie y su madre, con el rostro cubierto de sudor, llegaron por fin al

límite de la ciudad antigua e iniciaron el ascenso de la colina. De pronto Annemarie se dio cuenta de que estaba helándose, y se encaminó hacia una caseta de camineros. Al llegar a la puerta, se volvió y observó la ciudad, que estaba envuelta por completo en llamas. Resultaba un espectáculo estremecedor, aunque no desprovisto de belleza. Otras gentes llegaron al refugio. Ninguno tenía idea de lo que podían hacer. La misma Annemarie se sentía aturdida, mareada, y no podía darse mucha cuenta de lo que había ocurrido.

3

A las 4:40 de la madrugada las dotaciones de la Octava Fuerza Aérea de Estados Unidos recibieron la orden de atacar sus dos objetivos principales: Dresde y Chemnitz. La 1.ª División Aérea debería atacar Dresde. 450 fortalezas volantes iban a bombardear algunos cuarteles y la estación de ferrocarril de Neustadt, situada en la orilla norte del Elba. Los navegantes recibieron instrucciones de seguir el rumbo hasta la ciudad de Torgau, y luego remontar el curso del Elba durante unos setenta kilómetros. La próxima ciudad importante que hallasen sería Dresde. Las dotaciones estaban prestas en sus aparatos a las 6:40 de la mañana, pero llegó una orden de esperar, y la primera fortaleza volante no despegó hasta las ocho de la mañana. A la oleada de bombarderos se unieron 288 «Mustang P-51», cuando aquellos estuvieron sobre el Zuyder Zee. La mitad de los cazas debería permanecer con los bombarderos para evitar los ataques de la Luftwaffe; en tanto que los demás colaborarían en la destrucción de la ciudad. Los pilotos se preguntaban, mientras volaban sobre Alemania, si sería posible realizar el bombardeo por medios visuales. No había muchas nubes encima, pero por abajo el cielo aparecía cubierto casi por completo. A causa de estas nubes el Grupo 298 se extravió, y cerca del mediodía estuvo a punto de bombardear la ciudad de Praga, situada a unos ciento veinte kilómetros al sudeste de Dresde.

Por consiguiente, solo 316 fortalezas volantes se aproximaban entonces a Dresde, y de ellas casi la mitad, el Grupo 457, se desvió algo de su curso y erró el blanco. Luego el Grupo 457 dio la vuelta en redondo para hacer otra pasada. El sargento Joe Skiera, ametrallador que hacía también de bombardero, miró hacia arriba y vio de pronto un «B-17» a unos ciento veinte metros por encima

de su cabeza. El nuevo rumbo les había llevado justamente debajo de otro grupo de bombarderos. La compuerta del aparato situado encima se hallaba ya abierta, y Skiera pudo ver un racimo de bombas de 250 kilos que se balanceaban arriba, dispuestas a ser lanzadas.

El grupo 457 dio dos pasadas más, sin hallar una abertura en las nubes inferiores. Por fin, en la cuarta pasada, hallaron un claro.

Debajo, seguían elevándose las llamas de los incendios producidos en los dos primeros ataques. Nubes pardas y rojizas se extendían hacia Praga, esparciendo restos ennegrecidos a muchos kilómetros de distancia. Era Miércoles de Ceniza.

La gente se agrupaba también en las orillas del Elba, muchos de ellos con la cabeza envuelta en trapos mojados. Bodo Baumann, que había visto a su jefe desaparecer entre las llamas del puente, se hallaba entre el grupo de jóvenes que procuraban ayudar a los aturdidos supervivientes. Un hombre, fuera de sí, se arrojó al agua, y cuando los muchachos lo sacaron volvió a tirarse otra vez. No lejos de Marienbrúcke, Bodo observó unas cercas de alambre de púas, en las que se advertían restos humanos colgando, lo cual había sido originado sin duda por las explosiones de las bombas. El espectáculo era horripilante.

Hacia el mediodía Bodo y varios amigos entraron en un edificio parcialmente en llamas para ver si hallaban algo de comida. En el piso superior encontraron una botella de coñac. Cuando estaban bebiendo, las llamas se reavivaron y les cortaron la salida. Mientras los muchachos echaban una cuerda por una ventana, para escapar, comenzaron a caer las primeras bombas de los aviones norteamericanos. En aquella parte de la ciudad no había alarma aérea, y Bodo vio a un grupo de unos cincuenta ancianos sentados en un patio, como si no ocurriese nada. Rodeados de algunas pertenencias, permanecían inmóviles, mirando fijamente hacia delante. Pero cuando los muchachos pasaron junto a ellos, les tendieron implorantes los brazos, y uno gritó:

—¡Llevadme con vosotros!

El estallido de las bombas obligó a Bodo a guarecerse detrás de una garita de cemento. Con una mano aferraba todavía la botella de coñac, y se preguntó cómo se las habría arreglado para bajar con ella por la cuerda. Una bomba hizo explosión no muy lejos, y el suelo se estremeció pavorosamente.

Los «Mustang», en busca de blancos secundarios, picaron hacia la multitud que huía a lo largo de las orillas del Elba. Los jóvenes reconocieron la silueta de los aviones, gritaron advirtiendo a los demás y corrieron a buscar refugio. Pero los adultos siguieron corriendo a campo abierto, y muchos fueron abatidos por

las balas de los aviones. Otros «Mustang» se lanzaron sobre los camiones, los carros y las riadas de refugiados que escapaban de la ciudad por las carreteras principales.

Una vez que los norteamericanos se hubieron marchado, Annemarie Friebel y su madre decidieron alejarse de Dresde todo lo posible. Junto con un amigo, cargaron unos pocos enseres en una camioneta, colocaron la criatura y otros niños encima, y se unieron a los millares de personas que iniciaban el éxodo hacia el sur. La interminable columna se desplazaba lentamente, sin precipitaciones ni histerismos.

Hans Koehler y su padre tiraban de un carromato que habían llenado con pertenencias familiares rescatadas de su piso. Hans se detuvo de pronto y dijo que su deber era permanecer junto a los bomberos. Su padre aprobó la decisión.

De regreso a la ciudad antigua, Hans pasó ante una tienda de carnicero, incendiada, y viendo que las salchichas se estaban asando en los estantes, cogió una larga ristra y siguió su camino. Observó luego a un hombre que trataba de borrar con el pie una inscripción escrita sobre una acera que decía: «¡Gracias, querido Führer!». En el exterior de la fábrica de cigarrillos, vio a varios soldados disparando sobre dos hombres que habían llenado unos sacos de cigarrillos, los cuales por milagro no habían ardido, y que se desparramaron ahora por la calzada, a consecuencia de la huida de los hombres. A continuación Hans pasó ante una gran casa de pisos en cuya fachada una persona previsora había escrito: «Estamos vivos, sáquennos del sótano». Las cuadrillas de salvamento estaban tratando de llegar hasta ellos, pero el calor era excesivo y dificultaba las operaciones.

Por fin Hans llegó hasta la ciudad antigua. Si esta le había impresionado anteriormente, ahora se aparecía ante él como un caos de escombros calcinados que despedían un olor pestilente. El famoso teatro de la Opera, donde por vez primera se había puesto en escena Tannhäuser, estaba convertido en una fulgurante antorcha. El palacio Zwinger, uno de los más hermosos ejemplos de arquitectura barroca, no era más que una ruina humeante, lo mismo que el castillo y el Hofkirche. El Kreuzkirche, con su cúpula envuelta en humo, aparecía milagrosamente intacto.

En la semiderruida comisaría, Hans recibió la orden de llevar un mensaje. Cogió la bicicleta, y al regresar, después de cumplida la orden, uno de los policías le acusó de sabotaje, asegurando que perdía el tiempo intencionadamente. Hans se echó a llorar, jurando que no era así, y en seguida

salió a la calle. Halló la Lindenauplatz sembrada de cadáveres, los vestidos de los cuales aparecían quemados o habían volado con las explosiones. Cerca de la entrada de unos lavabos públicos vio a una mujer que yacía desnuda sobre un abrigo de pieles. Algo más allá descubrió los cadáveres de dos niños, abrazados estrechamente. Cerca de Seidneter, varios centenares de personas aparecían ahogadas en una charca no muy profunda.

Una mujer avanzó hacia Hans, arrastrando trabajosamente un bulto envuelto en una sábana. Dentro vio el muchacho los restos de un hombre, probablemente el esposo. Cuando pasaba ante Hans, del bulto cayeron una pierna y dos brazos. La mujer se echó a reír, y aún seguía riéndose cuando Hans se puso a correr, alejándose de allí.

Vio también a otras gentes que llevaban restos de los seres queridos, buscando en su extravío un lugar donde enterrarlos. Por fin llegó al Grosser Garten. Algunos de los árboles más robustos habían sido arrancados de cuajo. Otros estaban desgajados o cortados limpiamente en dos. La hierba aparecía cubierta de cuerpos. Muchos parecían dormidos, pero estaban todos muertos. Cuando los levantaban del suelo, sus miembros pendían fláccidos, como si estuvieran dislocados. Esparcidos entre la gente se veían también los cuerpos de los animales del zoológico. Entre las ramas de un arbusto apareció un leopardo muerto, justamente encima de dos mujeres desnudas, tendidas en el suelo. Sintiéndose repentinamente exhausto, el muchacho regresó hacia las ruinas de lo que había sido su hogar. Detrás de él quedaban setecientas hectáreas de terreno totalmente devastado, casi tres veces el daño sufrido por Londres durante toda la guerra.

Al no existir comunicación entre Dresde y las demás ciudades, los detalles de la catástrofe no llegaron a Berlín hasta las últimas horas del día. Un informe oficial previo estableció que por lo menos cien mil personas[17] —muchas más probablemente— habían perecido en dos incursiones aéreas sucesivas y que una de las ciudades más antiguas y queridas del Reich había quedado totalmente destruida. Al principio Goebbels se negó a creer en la veracidad del informe. Luego se echó a llorar desconsoladamente. Cuando al fin recuperó el habla, fue para acusar a Hermann Goering.

—¡Si yo tuviera la autoridad suficiente, sometería a juicio a ese cobarde e

inútil de *Reichsmarschall*! —gritó—. Hay que llevarlo ante el Tribunal del Pueblo. Ese parásito es el causante de todo, por desidia y por preocuparse solo de su comodidad. ¿Por qué no habrá escuchado el Führer mis anteriores advertencias?

Los ingleses se enteraron de lo ocurrido en Dresde hacia las 18 horas, cuando los boletines radiados anunciaron que se trataba de uno de los grandes ataques proyectados por Roosevelt y Churchill en Yalta. «Nuestros pilotos declaran que hubo escaso fuego antiaéreo, por lo que pudieron hacer las incursiones sobre los blancos sin gran peligro —informaba el locutor—. En el centro de la ciudad se llevó a cabo un ataque de gran eficacia».

Capítulo octavo

Guerra y paz

1

En hora temprana del 14 de febrero, Goebbels y su ayudante de Prensa, Rudolf Semmler, fueron a ver a Himmler en el sanatorio de su viejo amigo, el doctor Gebhardt. Este retiro de Hohenlychen, a cien kilómetros al norte de Berlín, se había convertido en el cuartel general oficioso de Himmler, el cual gustaba de la soledad y quietud del lugar. A efectos oficiales, Himmler estaba recibiendo tratamiento para curarse de una amigdalitis, pero los nervios eran lo que más le preocupaba. Himmler se estremecía aún al recordar la conferencia del día anterior, en la que Guderian y Hitler casi habían llegado a las manos por su causa.

En una cena celebrada unos días antes, Goebbels manifestó a Semmler que trataría de conseguir el apoyo de Himmler para intentar una profunda reorganización del Gobierno, en el que figuraría él mismo como canciller del Reich, y Himmler como jefe de las Fuerzas Armadas. En aquel momento, en el aparato de radio se dejó oír el vals de Lehar «No pretendas las estrellas, querida». *Frau* Goebbels se echó a reír, y su marido exclamó, irritado:

—¡Apaga esa radio!

A Semmler no le dejaron estar presente en la entrevista con Himmler, y cuando ambos regresaban en silencio hacia Berlín, el ayudante de Goebbels supuso que la reunión no había resultado satisfactoria.

Por la noche Himmler recibió otra visita, la del general Wenck, el jefe de Estado Mayor que le acababa de ser impuesto por Guderian.

Como jefe efectivo que era en esos momentos del Grupo de Ejército Vístula, Wenck tenía prisa por regresar al frente, donde el ataque contra el flanco derecho de Zhukov iba a ser lanzado de un momento a otro.

—Primero comeremos —dijo Himmler—. Luego hablaremos de la situación.

—Después de la comida —dijo Wenck, con toda franqueza— no me será posible hablar. Me voy ahora al otro lado del Oder, que es donde debo estar.

Enterado de que los enemigos que tenía en Berlín se burlaban de la gran distancia que había entre su puesto de mando y sus líneas de combate, Himmler replicó ásperamente:

—¿Está insinuando que soy un cobarde?

—No insinúo nada, *reichsführer*. Solo quiero marcharme allí, donde puedo actuar como un soldado.

Explicó Wenck que pensaba librar una batalla al este del río, para ganar tiempo a fin de que pudieran fortalecer las defensas de la orilla occidental del Oder, y también para que los refugiados tuviesen posibilidades de escapar.

El problema con que había de enfrentarse Wenck no tenía antecedentes en los manuales militares. El Grupo de Ejército Vístula se hallaba en realidad dividido en dos frentes: el primero y más importante, la línea de doscientos cuarenta kilómetros que defendía a Berlín; el segundo, la línea que protegía a Pomerania, la cual era débil y tortuosa, y se iniciaba en el Oder y corría hacia el este hasta llegar al río Vístula. Más allá, se encontraban los núcleos aislados de resistencia germana. Algunos eran fuertes y otros débiles, y todos estaban en dirección a Letonia.

Uno de los más importantes de estos núcleos era el de Danzig, y numerosas caravanas de fugitivos procedentes de Prusia Oriental trataban de llegar a este dudoso refugio. Pero las tropas de Rokossovsky, que también avanzaban hacia Danzig, les habían cortado el paso. La única esperanza que quedaba a los que huían, era cruzar los hielos de Frisches Haff, un lago interior costero, hasta llegar a Nehrung, el estrecho brazo de tierra que separaba el Haff del mar Báltico. Una vez en Nehrung, los fugitivos podrían encaminarse hacia el oeste, hasta Danzig.

Un repentino deshielo hacía peligroso el cruce sobre el lago, y el único camino seguro estaba señalado con marcas especiales cada cincuenta metros. La noche anterior, numerosos carros se hundieron en los hielos traicioneros cuando sus conductores perdieron el rastro en la densa niebla, por lo que la multitud que

se apiñaba en la orilla sur se hallaba asustada, temiendo seguir un camino equivocado. Pero el estampido de los cañones, que adquiría cada vez mayor intensidad, resultaba aún más aterrador, y en cuanto la niebla se hubo disipado, millares de fugitivos se internaron en el hielo y se dirigieron hacia Nehrung, a unos siete kilómetros de distancia. Mediada la mañana, el primer grupo alcanzó a ver las dunas de arena, y comenzaron a gritar:

—¡El Nehrung! ¡El Nehrung!

Echaron entonces a correr desesperadamente, ya que el hielo se derretía por momentos bajo los rayos del sol. De pronto comenzaron a estallar por todas partes las granadas de la artillería rusa, y el pánico cundió entre los fugitivos. Estos se olvidaron del camino señalado, y corrieron desordenadamente hacia la playa. Muchos llegaron al brazo arenoso, pero una tercera parte desapareció entre el quebradizo hielo.

El contraataque que proyectaba Wenck contra el flanco derecho de Zhukov se realizaría en dos puntos distintos: el primero situado a unos ochenta kilómetros al este del Oder, y el segundo también a otros ochenta kilómetros al este del primer punto. El 11.° Ejército avanzaría hacia el sur, hasta Wugarten, y seguiría unos pocos kilómetros, para llegar a la confluencia de los ríos Warthe y Oder. Uno o dos días después, según el éxito del primer ataque, el Tercer Ejército Panzer llevaría a cabo el segundo asalto, forzando a Zhukov a retirarse, o haciéndole al menos postergar su ataque contra Berlín.

Cuando el joven e impulsivo comandante del 11° Ejército, *Sobergruppenführer* (teniente general) Félix Steiner recibió las órdenes, se sintió anonadado. Era imposible avanzar entre los rusos hacia el sur, con solo cincuenta mil soldados y trescientos tanques. Decidió que era más oportuno atacar por el sudoeste, y sobre un objetivo más limitado. Esto le dejaría menos expuesto al contraataque que Zhukov iniciaría a continuación, y se hallaría en mejor posición para defender Pomerania. Sin tener en cuenta a Wenck, Steiner llamó directamente a Guderian y entre ambos se inició una violenta discusión.

—¡Acepte mi plan, o reléveme del mando! —gritó al fin Steiner.

—¡Haga lo que le parezca! —contestó airadamente Guderian, y colgó violentamente el auricular.

En la mañana del 16 de febrero, Steiner abandonó su cuartel general, situado en un vagón de ferrocarril, y se trasladó al sur, hasta una finca que dominaba el Stangard, a unos sesenta y cinco kilómetros al nordeste de Wugarten. Allí se encontraría cerca del lugar donde iba a iniciarse el ataque. Al anochecer todas las

carreteras de los alrededores del Stargard se hallaban atestadas de columnas de vehículos blindados. Llegaban al lugar cañones, carros de asalto y camiones, a fin de que estuviesen a punto para el asalto del amanecer siguiente. Se leyó a las tropas una urgente proclama del comandante títere del Grupo de Ejército Vístula, *reichsführer* Himmler, que decía: «¡Adelante! ¡Adelante sobre el barro! ¡Adelante sobre la nieve! ¡Adelante en la noche! ¡Siempre adelante, para liberar el suelo del Reich!».

Ocultando su pesimismo, Steiner hizo pintar unos letreros que rezaban: «¡AQUÍ ESTA EL FRENTE ANTIBOLCHEVIQUE!», y animó personalmente a cada uno de sus comandantes de división.

—Este año estaremos de nuevo en el Dniéper —dijo Steiner, palmeando afectuosamente en la espalda al coronel León Degrelle, comandante de una división de voluntarios belgas. Su ataque desde el norte, en conjunción con otro del sur, añadió Steiner, acabaría con la punta de lanza de Zhukov. Al principio Degrelle pensó que el plan era teatral, excesivamente audaz. Luego advirtió el serio semblante de los oficiales de Estado Mayor de Steiner, mientras hacían los preparativos de última hora, y pensó que así debió haber ocurrido en Montmirail, cuando Napoleón lanzó su ataque final.

Degrelle era el jefe de un partido político de Bélgica. Era un hombre apasionado, de treinta y ocho años de edad, prototipo del millón de voluntarios no alemanes que pensaban que el futuro de Europa se hallaba en esos momentos en juego. Sus enemigos belgas le llamaban fascista y nazi, pero él no se consideraba ninguna de las dos cosas. El partido que dirigía representaba para él la reacción contra la constante corrupción. Era un movimiento de renovación política y de justicia social; una batalla contra la incompetencia, la irresponsabilidad y la incertidumbre.

Cuando Hitler invadió Rusia, en 1941, Degrelle dijo a sus camaradas que el pueblo de los países conquistados, como Bélgica y Francia, debería ir voluntario a las legiones de Hitler, y tomar parte activa en la lucha contra el bolchevismo. Solo de una hermandad semejante podría surgir una nueva Europa. Su fanatismo iba aún más allá: sostenía que a menos que los no alemanes se uniesen en la lucha santa contra los bolcheviques, carecerían de voz y voto en la Nueva Europa, y Alemania adquiriría demasiado poder. Degrelle se alistó entonces como soldado, aunque le ofrecieron una alta jerarquía militar.

—Veré a Hitler —dijo a sus seguidores—, cuando coloque en mi pecho la

Cruz de Hierro. En ese momento habré ganado el derecho de hablar con él de igual a igual. Y entonces le preguntaré: «¿Va usted a hacer una Europa Unida, o solo una Alemania poderosa?».

En los cuatro años que pasó luchando en el frente, Degrelle fue herido siete veces, y cuando al fin ganó la Cruz de Caballero, cumplió su promesa de hablar a Hitler sobre la Europa Unida. El Führer escuchó al impulsivo Degrelle y le aseguró que al cabo de una generación todos los jóvenes de Europa se conocerían entre sí y serían como hermanos. Rusia sería un extenso laboratorio, poblado por todos los jóvenes de Europa, que vivirían unidos por sus experimentos.

Degrelle volvió a hablar con Hitler en ocasiones posteriores, y el Führer siempre le escuchaba indulgentemente. En una de las entrevistas, hizo notar afectuosamente:

—Si tuviera un hijo, me gustaría que fuera como usted.

La relación entre ambos hombres se hizo tan estrecha que una vez Degrelle le dijo:

—He oído con frecuencia a la gente llamarle lunático. Hitler se echó a reír y contestó:

—Si fuera como los demás, me sentaría en un café a tomar cerveza.

Al amanecer del 16 de febrero Degrelle condujo a sus hombres a pie, hasta el campo de batalla. Después de tomar la colina que constituía su objetivo, trepó a un nido de ametralladoras para observar el ataque principal, que realizarían los carros de asalto de Steiner. Cuando los «Tigres» y «Panteras» comenzaron a avanzar sobre la nieve, Degrelle pensó que el ímpetu de los años anteriores se había desvanecido. Los tanques avanzaban cautelosamente hacia los bosques. Vio a varios carros de asalto germanos estallar envueltos en llamas antes de llegar a su objetivo, pero el resto desapareció entre los árboles, y unos minutos más tarde reaparecieron al otro lado, haciendo retroceder a los soldados del Ejército Rojo. A continuación penetró la infantería alemana en el bosque. Ese era el momento decisivo. Si avanzaban con energía, las posiciones quedarían consolidadas. Pero los alemanes retrocedieron y Degrelle sintió que le invadían la decepción y la ira.

Steiner solo había avanzado trece kilómetros al anochecer y aunque el 68° Ejército de Zhukov se retiraba, lo hacía lenta y ordenadamente. Poco después de medianoche, Degrelle recibió la orden de ir a informar personalmente al cuartel general del 11.° Ejército. Stargard ya estaba ardiendo, como consecuencia del

bombardeo de la artillería soviética, cuando Degrelle ascendió en su coche hasta la cima de la colina donde se hallaba el cuartel general de Steiner. Se quedó unos instantes en el jardín de la finca, mirando hacia abajo, a la ciudad en llamas, con las torres de sus medievales iglesias luteranas proyectando sus sombrías siluetas contra un cielo rojo. «Pobre Stargard», pensó Degrelle. Las austeras torres protestantes del Este eran hermanas de las altas torres católicas de San Rombaut, en Malinas, y de las del Campanario, de Brujas. Degrelle comprendió que aquella tragedia era su propia tragedia, y comenzó a llorar.

La batalla adquirió gran intensidad al día siguiente, 17 de febrero. Un puñado de «Stukas» hizo varias pasadas sobre la enorme masa de tanques que los rusos lanzaban a la batalla. Centenares de ellos se incendiaban, pero centenares también proseguían adelante sobre la nieve. A pesar de ello, Steiner seguía avanzando obstinadamente, y al anochecer había causado una situación tan peligrosa en el flanco de Zhukov, que se solicitó el auxilio de dos ejércitos soviéticos de carros de asalto que se encaminaban hacia Berlín.

En las últimas horas de la noche, Wenck recibió la orden de regresar inmediatamente a Berlín para informar a Hitler sobre los progresos realizados. Amanecía cuando el agotado Wenck abandonó la cancillería del Reich. Estaba impaciente por regresar al frente para supervisar la operación del Tercer Ejército Panzer, que debería comenzar dos horas y media después, por lo cual dijo a su chófer, Hermann Dorn, que se dirigiese a Stettin.

Wenck llevaba tres noches y sus días sin dormir. Por el camino Dorn detuvo el gran «BMW» a un lado de la carretera.

—*Herr* general —dijo—. Me estoy durmiendo.

—Tenemos que llegar al frente —manifestó Wenck, y se puso al volante del vehículo.

Mientras avanzaba a noventa kilómetros por hora por la oscura autopista, Wenck se llevó un cigarrillo a la boca y masticó el tabaco para mantenerse despierto. Pero una hora después quedose dormido conduciendo, y el auto se estrelló contra los pilares de un puente de ferrocarril. Dorn y un comandante que también dormía en el asiento posterior, se vieron arrojados del coche y cayeron en el terraplén de la vía férrea, mientras que Wenck quedó inconsciente al volante del automóvil, que se incendió y las balas de algunos fusiles ametralladores que había en el asiento trasero comenzaron a estallar. El ruido hizo volver en sí a Dorn, el cual, aunque mal herido, ascendió por el terraplén penosamente, rompió el cristal de una ventanilla y extrajo del interior del coche

a Wenck, cuyo uniforme estaba ardiendo. Dorn quitó a su jefe la guerrera y le hizo rodar por el suelo para apagar el fuego.

Cuando Wenck recuperó el conocimiento, se hallaba sobre una mesa de operaciones, con el cráneo fracturado, cinco costillas rotas y numerosas contusiones. Sin él, se desvanecía cualquier posibilidad de éxito del contraataque.

2

El otro ataque que debía empujar el flanco izquierdo de Zhukov hacia el sur, nunca llegó a efectuarse. Los efectivos que debían llevarlo a cabo se contentaron con resistir los embates de los rusos. Cuando estos entraron en la ciudad de Bunzlau, situada a ciento veintinueve kilómetros en línea recta al este de Dresde, el aspecto que ofrecía la tropa era realmente exótico y pintoresco. Sobre los sucios tanques «Stalin» y «T-34», una serie de soldados con los uniformes manchados de grasa bebían y cantaban alegremente sentados sobre alfombras de vivos colores. Luego venía una caravana de cañones pesados, cuyos servidores, sentados en cojines bordados, tocaban alegres aires en armónica y acordeones, sustraídos a los alemanes. Detrás avanzaba un coche veterano adornado con farolillos de papel y atestado de jóvenes oficiales, armados hasta los dientes, que usaban sombrero de copa y portaban paraguas abiertos. Con solemnidad de borrachos, los oficiales miraban a los soldados a través de unos impertinentes que se habían agenciado. Otro vehículo llevaba la capota echada hacia atrás, y en él un grupo de soldados rasos reía y lanzaba pullas a sus compañeros. Un capitán ruso, Mikhail Koriakov, perteneciente a las fuerzas aéreas, pero relegado a la infantería por haber asistido a una misa de Réquiem en la iglesia de un pueblo, observaba estas escenas con desagrado. Los puestos de control, establecidos para mantener el orden, hicieron caso omiso del carnavalesco desfile, y los oficiales que iban de un lado a otro en «*jeeps*» americanos se hallaban demasiado ocupados, por lo que podía verse, para darse cuenta de lo que ocurría. Solo un oficial de alta graduación —un coronel— trató de detener aquella orgía ambulante…, pero también él estaba bebido. El coronel detuvo una camioneta cargada de gallinas robadas, entre las que iba también un cerdo, y sacó de dentro a un soldado que portaba un gran sombrero de señora adornado con flores.

—¿De modo que te gustan las gallinas, eh? —dijo el vacilante coronel, agitando un puño ante el rostro del muchacho—. ¿No estás enterado de la orden del diecinueve de julio, del camarada Stalin?

El soldado estaba al corriente del estricto código a seguir por las tropas en territorio alemán, y permaneció mudo.

El coronel se apoderó de una gallina que colgaba de un faro del vehículo y golpeó con ella en la cabeza al soldado, al tiempo que añadía:

—¡Yo te enseñaré a respetar las órdenes del camarada Stalin! Luego se dirigió tambaleándose hacia su «*jeep*», donde se advertía una garrafa llena de vino.

En Bunzlau, Koriakov se encaminó hacia una pequeña plaza para rendir un homenaje a la estatua del general Kutuzov, el héroe ruso que murió allí mientras perseguía a las tropas napoleónicas. Grabada en mármol se leía la siguiente inscripción, tributo de los alemanes:

El príncipe Kutuzov-Smolensky condujo a las victoriosas tropas rusas hasta este lugar.
Liberó a Europa de la opresión y a su pueblo de la esclavitud.
Aquí la muerte puso fin a sus gloriosos días.
Su memoria perdurará eternamente.

Koriakov pensaba con tristeza en lo mucho que habían cambiado los rusos, cuando oyó un grito y vio a una muchacha que corría hacia él con el vestido desgarrado y las medias cayéndole sobre los tobillos. La chica se detuvo junto al capitán y le miró con gesto suplicante. Dos soldados, con los cascos negros de los servidores de tanques, se aproximaban corriendo detrás de ella. Al acercarse al capitán le sonrieron alegremente, como para que se uniese a su diversión.

—¿Sois del Tercer Ejército? —inquirió Koriakov.

Los soldados contestaron afirmativamente, llenos de orgullo. Su comandante, el general Rybalko, había jurado vengar a su hija, la cual había sido raptada por los alemanes. Al llegar a la frontera del Reich, Rybalko dijo a sus hombres:

—¡Ha llegado el momento tan esperado! ¡La venganza está a nuestro alcance! ¡Todos tenemos motivos personales para vengarnos: mi hija, vuestras hermanas, nuestra Madre Rusia, la devastación de nuestras tierras!

Este ejército siempre dejaba atrás un rastro de sangre. Koriakov preguntó a los soldados qué querían de la muchacha. Uno de ellos dijo que iban a llevarla a trabajar en la cocina de la compañía.

—No irá con vosotros —dijo el capitán, con firmeza.

Uno de los soldados —un sargento borracho— cogió a la chica por el brazo.

—También nuestros oficiales están esperando que la llevemos —exclamó.

Pero Koriakov no se dejó intimidar y el sargento soltó de mala gana a la muchacha; mientras se alejaba alcanzó a murmurar:

—¡Rata de cuartel general!

El incidente hizo recordar a Koriakov una conversación que había sostenido recientemente con un herrero polaco.

—¿Por qué tiene que existir la guerra en el mundo, capitán? —inquirió el polaco—. Ya van seis años de esto. Llegó desde Alemania, directamente hasta aquí. Se fue luego a Rusia, para llegar al Volga, y de nuevo ha vuelto a estas tierras. Ahora llega hasta el corazón de Alemania, a Berlín y Dresde. ¿Por qué? La mitad de Rusia está destruida. Alemania se halla en llamas, y seguirá ardiendo hasta que no quede nada.

La respuesta era sencilla, para Koriakov: los alemanes habían arrasado a Rusia, asesinando a millares de mujeres, niños y ancianos con increíble ferocidad. Ahora los rusos, inflamados por consignas como las de Ílya Ehrenburg, «Dos ojos por cada ojo» y «Un río de sangre por cada gota de sangre», estaban ajustando las cuentas a los alemanes.

Hasta el mismo Stalin pareció mostrar preocupación ante aquellos actos de brutalidad. «Los Hitler aparecen y desaparecen —manifestó una vez—. Pero el pueblo alemán sigue subsistiendo».

Su preocupación quedó así consignada el 9 de febrero, en un artículo de fondo aparecido en el periódico Estrella Roja:

«“Ojo por ojo y diente por diente” es un antiguo aforismo. Pero no debe tomarse al pie de la letra. Si los alemanes robaron y ultrajaron a nuestras mujeres, eso no quiere decir que nosotros debamos hacer lo mismo es un antiguo aforismo. Pero no debe tomarse al pie de la letra. Si los alemanes robaron y ultrajaron a nuestras mujeres, eso no quiere decir que nosotros debamos hacer lo mismo. Si los alemanes robaron y ultrajaron a nuestras eso no quiere decir que nosotros debamos hacer lo mismo. Esto nunca ha sucedido, y nunca deberá suceder. Nuestros soldados no deben permitir que algo semejante ocurra, no por consideración al enemigo, sino por su propio sentido de dignidad personal…

»Debe entenderse que cada infracción a la disciplina militar solo contribuye a debilitar al victorioso Ejército Rojo… Nuestra venganza no es ciega. Nuestra ira no es irracional. En un acceso de cólera puede destruirse una fábrica en el territorio enemigo conquistado. Una fábrica que puede tener valor para nosotros. Tal actitud solo puede beneficiar al enemigo».

Cinco días más tarde, las críticas a la propaganda de Ehrenburg surgían de una fuente igualmente importante. El dirigente y teórico del Comité Central, G. F. Alexandrov, en un artículo del *Pravda* titulado «el camarada Ehrenburg

simplifica las cosas excesivamente», declaró que era antimarxista y poco cuerdo pensar que todos los alemanes eran nazis, y que debían ser tratados como seres infrahumanos. «Hay buenos alemanes, decía Alexandrov, y los soviéticos tendrán que colaborar con ellos después de la guerra».

Pero artículos como este tenían escaso efecto sobre las tropas que combatían en el frente, y poco después de su publicación, un buen amigo de Koriakov, llamado Stoliarov, el cual era un hombre apacible, sugirió que incendiasen un gran depósito de herramientas.

—¿Estás loco? —exclamó Koriakov—. ¿Para qué quieres incendiarlo?

—¿Para qué? —dijo Stoliarov, con el rostro congestionado—. ¡Para vengarnos! ¡Ellos quemaron lo nuestro, y nosotros tenemos que quemar ahora lo de ellos!

3

Cuatro días después de la triple incursión contra Dresde, algunas zonas de la ciudad seguían humeando, y millares de hombres, entre los cuales se contaban prisioneros de guerra ingleses, se dedicaban al salvamento de los escasos supervivientes.

Joachim Barth, un muchacho de quince años, vagaba solo por la ciudad, llevado en gran parte por la curiosidad. Vestido con un abrigo de chica y arrastrando los pies, calzados con zuecos, miraba con morbosa fascinación a los hombres que quemaban un montón de cadáveres, con lanzallamas, en el centro de la plaza Altmark. Vio cómo a un hombre y una mujer, a los que habían sorprendido robando pulseras, anillos y relojes de los cadáveres, los colocaban contra una pared y los fusilaban. El joven Bodo Baumann se hallaba ante la estación de la ciudad antigua, ayudando a colocar cadáveres en un gran montón de unos cien metros de largo, diez de ancho y tres de altura. Millares de cuerpos fueron colocados en lanchones y se los envió río abajo. A otros los llevaban a Brühler Terrassen, donde los quemaban con lanzallamas. El resto de los cuerpos se cubrían con paja, arena y cascotes, para que los supervivientes no los viesen.

Una vez que la zona de la estación quedó despejada, Bodo y su destacamento fueron enviados al Grosser Garten, para que se deshicieran de más de diez mil cadáveres. Era una tarea horrible, al tener que manejar los cuerpos con las manos

desnudas. Pero lo que causaba a Bodo mayor repugnancia era el dulzón olor de la carne quemada, mezclado con el humo y el hedor de los restos corrompidos.

En las primeras horas de la mañana Hans Koehler regresó a Dresde con su padre. Cuando se disponían a cruzar un puente que llevaba hacia la ciudad antigua, un hombre les dijo:

—No vayan. Están metiendo a todo el mundo en el Volkssturm.

—Es mejor que te dirijas al Oeste, hacia las líneas americanas dijo *herr* Koehler a su hijo. —Luego puedes esperar allí hasta que todo haya terminado.

Padre e hijo se abrazaron en señal de despedida, y el joven inició la marcha hacia el Oeste, sin dinero ni alimentos, y bajo una llovizna helada.

Goebbels trató de utilizar la matanza de Dresde para suscitar la indignación en Suiza, Suecia y otros países neutrales. Pero el bombardeo le proporcionaba algo más que una ocasión para hacer propaganda. En la conferencia que sostuvo con los jefes de su departamento, el 18 de febrero, Goebbels declaró con acento emocionado que la Convención de Ginebra «había perdido todo significado, cuando los pilotos enemigos mataban a cien mil personas no combatientes en apenas dos horas». Los alemanes, manifestó Goebbels, no habían tomado represalias sobre las dotaciones de los aviones enemigos derribados, por sus «tácticas terroristas», a causa de lo estipulado en la Convención. Pero si esta perdía su valor, podía evitarse otro Dresde solamente con la ejecución de los aviadores ingleses y americanos, bajo el cargo de haber «asesinado a civiles».[18]

La mayoría de los que escuchaban a Goebbels se opusieron a sus razones, especialmente Rudolf Semmler, el cual advirtió «el enorme riesgo que supondría un acto semejante, y las represalias que se llevarían a cabo con nuestros soldados prisioneros del enemigo».

Goebbels ignoró esta advertencia, y ordenó a su ayudante de Prensa que averiguase la cantidad de pilotos aliados que tenían en su poder, y los alemanes que los aliados tenían prisioneros. Semmler inició de nuevo una protesta, pero el ayudante de Goebbels le dio una discreta patada por debajo de la mesa, y el otro tuvo que callarse la boca.

Aquella misma noche Goebbels llevó el asunto al Führer, el cual estuvo de acuerdo en principio, pero le dijo que esperase antes de tomar una decisión final. Por fortuna, Ribbentrop y otros jefes alemanes lograron disuadir al Führer de

este propósito.

4

Mientras tanto, otros alemanes trataban de hallar la paz, en lugar de buscar venganza, y el 18 de febrero aparecieron en dieciocho periódicos de cuatro naciones europeas las noticias referentes a las negociaciones. Las relativas a España y Portugal no eran verdaderas, pero las de Suecia y Suiza eran fruto de la reciente entrevista de Berlín, en la que Hitler, con su silencio, dio al general Wolff y a Ribbentrop la impresión de que deseaba concertar la paz con Occidente.

No era extraño que Wolff y el ministro de Asuntos Exteriores tratasen de llevar a cabo el mismo cometido con independencia el uno del otro. Himmler y Ribbentrop habían sido rivales durante muchos años —desde los días de Munich, Hitler había procurado enfrentar entre sí a sus subordinados, para impulsarles a una mayor competencia—, pero ambos compartían una peculiaridad física: a la menor palabra de censura del Führer, los dos se enfermaban del estómago. Su rivalidad se centraba ahora sobre las negociaciones de paz, y había llegado a ser tan intensa que casi se trataba de un estado de guerra entre ambos departamentos estatales.

Unidos a estos tanteos destinados a lograr la paz, se hallaban las negociaciones con las que los dos ministros procuraban salvar a los prisioneros encerrados en los campos de concentración. Los esfuerzos de Himmler en tal sentido no se debían a un sentimiento humanitario, sino a una especie de extorsión, pues era evidente que algunos millones de vidas podían constituir un factor importante en una paz negociada. Himmler se vio respaldado en su tarea por dos hombres. Uno de ellos era su masajista, el doctor Félix Kersten. Nacido en Estonia, en 1898, carecía de título médico. Era un hombre de afable aspecto y boca sensual. Bajo y rechoncho, se movía pesadamente, pero se hizo tan conocido con su «terapéutica manual», que los grandes de Europa solicitaban a menudo sus servicios. Poco antes de la guerra, Himmler se vio aquejado por unos fuertes dolores de estómago, agravados probablemente por la batalla que se libraba en su interior. Kersten fue llamado para que tratase al *reichsführer*, y lo hizo con tal éxito que Himmler llegó a depender de él por completo,

posteriormente. Kersten ya había utilizado su influencia para salvar a cierto número de personas condenadas a muerte en un campo de concentración. «Con cada masaje que me da —explicó Himmler en cierta ocasión—, Kersten me arrebata una vida ajena».

El segundo hombre era el jefe de espionaje de Himmler, el SS *brigadeführer* (general de brigada) Walter Schellenberg. Este era partidario de todo lo que hacía Kersten, y acababa de convencer a Himmler de que unas demostraciones de humanidad con los prisioneros políticos y de guerra, probarían al mundo que Himmler no era un monstruo.

Aunque subordinado oficialmente al SS general doctor Ernst Kaltenbrunner, jefe del RSHA y segundo de Himmler, Schellenberg había dispuesto las cosas hábilmente, y ahora trataba directamente con Himmler. Schellenberg era un hombre bajo, de buen aspecto, que tenía treinta y tres años y había sido educado en un colegio de jesuitas. Desde tiempo estaba convencido de que Hitler llevaba al Reich a la ruina, e incansablemente exhortaba a Himmler a que explorase cualquier posible oportunidad de paz.

No era esta una tarea sencilla, puesto que las negociaciones debían realizarse sin el conocimiento de Hitler. Por otra parte, Kaltenbrunner era un nazi convencido, que desconfiaba de Schellenberg, y que continuamente urgía a Himmler a no dejarse envolver en planes que podían provocar el desagrado de Hitler… o algo peor. Estas advertencias adquirían mayor peso a causa de la formidable apariencia de Kaltenbrunner, el cual era un hombre de un metro noventa de estatura, con una gran frente achatada y ojos penetrantes, un corte de sable sobre una de sus cadavéricas mejillas, macizas espaldas, y brazos largos y oscilantes, como los de un mono. Nacido en 1903, no lejos del lugar donde viniera al mundo el propio Führer, Kaltenbrunner procedía de una familia de fabricantes de guadañas. Su padre había terminado con la tradición familiar al convertirse en abogado, y el hijo hizo lo mismo. A los veintinueve años se afilió al Partido Nazi austríaco, y con diligencia y perseverancia llegó hasta aquel puesto prominente, al que aportó su lógica de abogado y su mediocridad.

Su jefe, Himmler, se había opuesto al principio a la matanza de judíos, y confesó posteriormente a Kersten que «el exterminio de gente es un acto antigermánico». La violencia repugnaba al *reichsführer* —a pesar de haber ordenado el fusilamiento de su propio sobrino, por homosexual—, y la primera vez que presenció una ejecución se sintió enfermo y se puso a vomitar. Solo su creencia casi mística en la razón que presidía todos los actos del Führer, así

como el profundo temor que este le inspiraba, le hacían permanecer hoscamente imperturbable en las ejecuciones, hasta que la última víctima se desplomaba sobre el suelo. En unas notas que preparó previamente a una conferencia que dio a algunos oficiales de la Wehrmacht, Himmler escribió con su sinuosa caligrafía: «Ejecución de todos los presuntos dirigentes de la Resistencia. Es algo duro, pero necesario… Debemos ser rigurosos, es nuestra responsabilidad ante Dios». Este hombre, pusilánime por naturaleza, y a veces jocoso, pero siempre torturado, terminó al fin por aceptar la violencia como una forma de vida, hasta llegar a convertirse en el mayor verdugo del mundo. En 1943 declaró ante un grupo de generales de las SS:

> *«Entre nosotros podemos mencionarlo con franqueza, pero no debemos hablar de ello públicamente… Me refiero a la limpieza de judíos, al exterminio de la raza judía… La mayoría de ustedes sabe lo que significa un centenar de cadáveres yaciendo en un montón, o bien quinientos, o un millar. El llevar esto a cabo, y al mismo tiempo (aparte de excepciones originadas por la debilidad humana) seguir siendo personas decentes es lo que nos ha hecho tan curtidos. Esta es una página gloriosa de nuestra historia, una página que nunca se ha escrito ni volverá a escribirse jamás».*

Un año más tarde, Himmler habló así a unos funcionarios de Posen, acerca de las dificultades que presentaba el exterminio de los judíos:

> *«Nos vemos forzados a sacar la triste conclusión de que este pueblo ha de desaparecer de la faz de la tierra. La organización de esta tarea ha sido hasta ahora nuestro cometido más difícil, pero la hemos realizado sin que —espero, caballeros, que sea posible decir esto— sin que nuestros dirigentes y sus seguidores hayan sufrido daño alguno, tanto en su mente como en su espíritu. El peligro era considerable, pues solo hay una distancia muy corta entre Escila y Caribdis, y existía el peligro de que se convirtieran en rufianes implacables, incapaces de apreciar el valor de la vida humana, o bien de que se volvieran pusilánimes, y sufrieran colapsos nerviosos… Eso es todo lo que deseo decir del problema judío en estos momentos, y es mejor que lo reserven para ustedes mismos. Tal vez más adelante, bastante más adelante, podamos pensar en revelar al pueblo alemán algo más acerca de este asunto. Pero creo más oportuno que no sea así. Somos nosotros los que hemos cargado con esta responsabilidad, la responsabilidad de un acto y también de una idea, y considero más adecuado que llevemos con nosotros este secreto a nuestras tumbas».*

A pesar de tales palabras, Himmler era un hombre constantemente torturado por los horrendos crímenes que se veía obligado a cometer.

—Es la maldición de la grandeza, que debe pasar sobre cuerpos sin vida, para crear una nueva existencia —dijo a Kersten, poniendo como ejemplo a los norteamericanos, que habían exterminado implacablemente a los indios—. Por lo tanto, debemos crear una nueva vida, debemos limpiar nuestro suelo, o nunca

dará buen fruto. Esta carga será para mí muy dura de soportar.

La carga de los asesinatos en masa, en efecto, se hizo tan pesada que las convulsiones de su estómago aumentaron de intensidad, colocando a Himmler, cada vez más, bajo la influencia del único hombre que podía proporcionarle alivio, el doctor Kersten. Y este, en esos momentos, junto con Schellenberg, utilizaba su poder para salvar a los judíos que aún no habían sido asesinados. Seguidor nato, Himmler se veía obligado a actuar por propia iniciativa; discípulo fiel, sentía la tentación de traicionar a su jefe; cobarde por naturaleza, se veía inspirado sobre las graves consecuencias que podían tener tales actos, y vacilaba entre la influencia del pequeño y afable Schellenberg y la del enorme Kaltenbrunner, constantemente angustiado por las indecisiones. Recientemente Schellenberg había ganado en la contienda, y persuadió a Himmler para que se entrevistase en secreto con Jean-Marie Musy, expresidente de Suiza. Musy prometió pagar una bonificación en francos suizos por cada judío liberado, y dijo que procuraría también predisponer mejor al mundo hacia Alemania. Himmler accedió de buen grado a enviar mil doscientos prisioneros judíos a Suiza, cada dos semanas.

Uno de los subordinados de Ribbentrop, el doctor Peter Kleist, también inició negociaciones con el Congreso Mundial Judío, y se había entrevistado ya con Gilel Storch, uno de los miembros más importantes de aquella entidad. En su primera entrevista, celebrada en un hotel de Estocolmo, Storch propuso que se estudiase la liberación de unos 4300 judíos de diversos campos de concentración.

El negociar sobre seres humanos era algo que repugnaba a Kleist, el cual afirmó que hasta a un semicivilizado centroeuropeo le costaba prestar su nombre a semejante empresa. Afirmó luego que lo único que le interesaba era una solución a la guerra, que no provocase la ruina de Alemania.

—Esta no es una transacción de negocios —manifestó Storch—, sino un convenio para salvar vidas humanas.

—Ni quiero ni deseo verme envuelto en semejante «convenio», que me parece sucio y repulsivo —contestó Kleist—. Tampoco me parece posible solucionar la totalidad del problema judío, por medio de semejantes operaciones.

Afirmó a continuación que eso solo podía conseguirse por medios políticos. En su lucha contra el antisemita Tercer Reich, Roosevelt se veía impelido por influyentes hombres de negocios judíos, como Morgenthau, manifestó Kleist, lo cual, junto con la fórmula de rendición incondicional, era lo que intensificaba el

antisemitismo de los alemanes. El resultado era que todo el judaísmo resultaría aniquilado, junto con Europa, quedando el continente en manos de los bolcheviques.

—Si la salvación del judaísmo sirve para salvar a Europa —prosiguió diciendo Kleist—, en tal caso el «trato» bien vale que arriesgue mi propia vida.

—Tiene usted que hablar con Ívar Olson —declaró Storch—. Es un diplomático norteamericano de la embajada de Estocolmo, que desempeña el cargo de consejero personal del presidente Roosevelt para el Comité de Refugiados de Guerra del Norte y el Oeste de Europa. Mantiene contactos directos con el presidente.

Pocos días después Storch, visiblemente excitado, dijo a Kleist que el presidente Roosevelt deseaba redimir la vida del millón y medio de judíos que había en los campos de concentración, por procedimientos «políticos». Eso era justamente lo que deseaba Kleist, una solución política a la guerra, y la noticia le llenó de un gozo tal que repitió exactamente las palabras de Storch al conde Folke Bernadotte, vicepresidente de la Cruz Roja sueca. Sin embargo, Bernadotte compuso un gesto de incredulidad. Luego Kleist relató el caso al doctor Werner Best, el comisionado nazi en Dinamarca, que al igual que Kleist pertenecía a las SS. A diferencia de Bernadotte, Best pareció impresionado, y sugirió a Kleist que sometiese el delicado asunto al ayudante de Hitler, Kaltenbrunner.

Kleist se entrevistó con Kaltenbrunner, y le informó que Storch prometía «una solución política a la guerra», a cambio de la vida de millón y medio de judíos. Kaltenbrunner estaba al corriente de la relación de Storch con el Congreso Judío Mundial, y comenzó a pasear de uno a otro lado de la estancia. Repentinamente se detuvo, y dijo con su fuerte acento austríaco:

—¿Sabe usted dónde ha metido la nariz? Tendré que informar de esto al *reichsführer* inmediatamente. No sé lo que decidirá acerca del asunto… y acerca de usted.

Kleist quedó detenido en su domicilio, para evitar que hablase con Ribbentrop.

—No salga más allá de la puerta de su jardín, hasta que todo esto quede aclarado —le advirtió Kaltenbrunner.

Pocos días más tarde Kaltenbrunner mandó llamar a Kleist y le estrechó la mano afablemente.

—El *reichsführer* desea aprovechar esta oportunidad que ofrecen los suecos

—manifestó, añadiendo ante la sorpresa de Kleist—: No tenemos un millón y medio de judíos en nuestro poder, sino dos millones y medio.

Hubo una segunda sorpresa: el mismo Kleist debería trasladarse a Estocolmo para iniciar las negociaciones, y en prueba de buena fe llevaría con él dos mil judíos a Suecia.

No bien hubo regresado Kleist a su casa, cuando le llamaron de nuevo a la sede de la Policía. Esta vez Kaltenbrunner lo miró con fiereza y dijo:

—El caso de los judíos ha terminado para usted. No me pregunte por qué. Usted no ha tenido nada que ver con esto, ni tendrá que ver con ello en el futuro. Es algo que no le concierne desde ahora. ¡Eso es todo!

Kaltenbrunner no se molestó en explicar la razón del repentino cambio provocado por Schellenberg al hablar con Himmler de enviar a Kersten para que llevara a cabo las negociaciones, ¿para qué compartir aquello con Ribbentrop?

Así pues, Kersten se trasladó a Suecia a fin de iniciar conversaciones con Christian Günther, el ministro sueco de Asuntos Exteriores, para tratar de la libertad de los prisioneros escandinavos que se hallaban en los campos de concentración. Himmler dijo que si ese paso inicial salía bien, Kersten podría negociar directamente con Storch.

La entrevista con Günther tuvo tal éxito que se acordó la ida de Bernadotte a Berlín, para establecer los acuerdos finales personalmente con Himmler.

Ribbentrop no supo nada de estos acontecimientos hasta que el embajador sueco en Berlín envió inocentemente un mensaje oficial a Himmler, solicitando que concediese una entrevista a Bernadotte. Como era un asunto oficial, la petición se hacía a través del ministerio de Asuntos Exteriores. De este modo, Ribbentrop supo por primera vez que su rival estaba llevando a cabo negociaciones en Suecia, a espaldas suyas.

Temió Himmler que Ribbentrop expusiera lo que sucedía al Führer. Al borde del pánico, Himmler llamó por teléfono a Kaltenbrunner y le rogó que contase al Führer confidencialmente lo de la visita de Bernadotte a Berlín, y observase al mismo tiempo sus reacciones Para mayor seguridad, Himmler telefoneó asimismo al general Fegelein, cuñado de Eva Braun, pidiéndole que «sondease» a Hitler acerca del mismo asunto.

Al día siguiente, 17 de febrero, Fegelein llamó a Himmler para decirle que el Führer había hecho este comentario:

—En una guerra total no es posible llevar a cabo absurdos como esos.

Himmler quedó perplejo. Temía seguir adelante, pero se daba cuenta de que

era una oportunidad que tenía de mostrar al mundo sus sentimientos humanitarios. Sin embargo, ganó el miedo, y decidió no realizar ninguna conversación con Bernadotte. Cuando Schellenberg le habló por teléfono para decirle que el conde acababa de llegar de Suecia, Himmler manifestó que estaba «demasiado ocupado» con la contraofensiva del Grupo de Ejército Vístula, para poder ver a nadie. Schellenberg, sin embargo, insistió en las grandes ventajas que tal entrevista podría proporcionar al *reichsführer*. Himmler rara vez se resistía al don persuasivo de Schellenberg, y esa ocasión tampoco fue diferente. Así pues, accedió a ver a Bernadotte, pero con una condición: Schellenberg se las arreglaría para que Bernadotte viese primero a Ribbentrop, a fin de que este no le acusase ante Hitler.

Schellenberg hizo correr el rumor de que las perspectivas de la entrevista Bernadotte-Himmler eran tan halagüeñas que el *reichsführer* estaría en condiciones de hacer lo que nadie podía llevar a cabo: salvar a Alemania del desastre.

La artimaña dio resultado, y al día siguiente, 18 de febrero, Ribbentrop mandó llamar a Kleist.

—El conde Bernadotte está en la ciudad para ver a Himmler —declaró en son de reproche, y dijo que quería hablar con el sueco lo más pronto posible.

En la legación sueca, Kleist halló a Bernardotte cuando este se disponía a salir. El conde le prometió que vería a Ribbentrop. Pero antes tenía una cita con Kaltenbrunner y Schellenberg. Himmler seguía esperando lo que iba a hacer Ribbentrop, antes de comprometerse personalmente.

Bernadotte fue conducido hasta la lujosa mansión de Kaltenbrunner, la cual se hallaba situada en los alrededores de Berlín. El conde, que era sobrino del rey Gustavo V, era un hombre a la vez elegante, sencillo e ingenuo. Llevaba con gallardía su peculiar uniforme de la Cruz Roja, y usaba un bastón con la misma soltura que si hubiese nacido con él. Sin embargo, una de sus fotografías favoritas era aquella en que aparecía apoyándose agotado contra un árbol, vestido con pantalones cortos de *boy scout*. Y es que, según algunos amigos, su esposa, la norteamericana Estelle Manville, le había enseñado a reírse de sí mismo.

Bernadotte se hallaba especialmente calificado para desempeñar la misión que le llevaba a Alemania. Si bien no era un intelectual, poseía una cualidad de enorme valor: un gran sentido común. En las negociaciones nunca se daba por vencido. Era capaz de discutir horas y horas sin perder su buen humor, y si las

cosas se ponían algo serias, comenzaba a contar chistes. Pero tal vez su mayor virtud residía en sus deseos de ayudar a los desafortunados, y en la firme creencia de que la mayoría de los hombres tenían un buen fondo, y podía persuadírseles para que obraran correctamente.

Con fría cortesía, Kaltenbrunner ofreció a su invitado cigarrillos Chesterfield y una copa de Dubonnet. Al tiempo que aceptaba lo que le ofrecían, Bernadotte pensó que aquello era parte del botín obtenido en territorio francés. Kaltenbrunner escrutó entonces a Bernadotte con ojos inquisitivos, y le preguntó el motivo por el cual deseaba ver a Himmler. Una entrevista en tal ocasión resultaría muy difícil de concertar, e inquirió si no podía transmitirle él el mensaje del conde. Sin esperar la respuesta, Kaltenbrunner preguntó, mientras encendía otro cigarrillo con sus dedos manchados de nicotina:

—¿Actúa usted siguiendo instrucciones oficiales?

Bernadotte, que deseaba tratar directamente con Himmler, decidió confiarle lo menos posible:

—No, pero puedo asegurarle que no solo el Gobierno sueco, sino también la totalidad del pueblo de mi país, comparten la opinión que acabo de expresar.

Kaltenbrunner manifestó que deploraba la situación, lo mismo que Himmler, el cual estaba deseando establecer buenas relaciones entre los dos países, pero que algunas medidas rigurosas, como la de detener a rehenes, eran necesarias para combatir los actos de sabotaje.

—Sería una gran desgracia para Alemania —dijo Schellenberg, que se hallaba presente en la entrevista— si Suecia se viera arrastrada a la guerra contra su voluntad.

Bernadotte observó inmediatamente los corteses modales del jefe de espías, el cual le pareció más inglés que alemán. Aquel era un hombre de gran prestigio en los medios internacionales, y sus motivos se hallaban fuera de toda sospecha. Con él como intermediario, Suecia, que tenía especial interés en la pacificación del norte de Europa, seguramente podría lograr una paz para Occidente. Era una posibilidad interesante.

Kaltenbrunner preguntó a Bernadotte si podía hacerle alguna proposición en concreto. El conde propuso que se permitiera a la Cruz Roja Sueca actuar en los campos de concentración alemanes. Bernadotte quedó sorprendido cuando Kaltenbrunner no solo asintió en señal de aprobación, sino que dijo hallarse de acuerdo con que Bernadotte viese personalmente al *reichsführer*. Una hora más tarde, el conde estaba hablando con Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos

Exteriores, o más bien estaba escuchando, ya que desde el momento en que tomó asiento junto al alegre fuego que ardía en la chimenea, el ministro alemán no había hecho más que monologar. Sintiendo curiosidad por ver lo que iba a durar aquello, Bernadotte pulsó disimuladamente el botón de su cronógrafo.

Comenzó Ribbentrop con una disertación acerca de la diferencia que había entre el Nacional Socialismo y la doctrina bolchevique, y pronosticó que si Alemania perdía la guerra, los bombarderos rusos volarían sobre Estocolmo antes de seis meses, y tras la invasión, los Rojos asesinarían a la familia real, incluyendo al conde. Saltó Ribbentrop de un tema a otro, sin detenerse un momento exponiendo trivialidades contenidas en la ideología nazi, como si fuera un viejo gramófono, según la impresión de Bernadotte. Por fin, Ribbentrop declaró que el hombre que más había trabajado en favor de la humanidad era «¡Adolf Hitler, sin duda alguna, Adolf Hitler!». Luego Ribbentrop guardó silencio, y el conde pulsó de nuevo su cronógrafo: habían transcurrido sesenta y siete minutos.

Al día siguiente, 19 de febrero, Schellenberg llevó en su automóvil a Bernadotte hasta el sanatorio del doctor Gebhard. Los constantes ataques aéreos de los aliados hacían que el viaje resultase peligroso, especialmente para el conde, el cual padecía de hemofilia, y la menor herida podía resultarle fatal. Por el camino, Schellenberg manifestó con inesperada franqueza que Kaltenbrunner no era de fiar, y que Himmler era un hombre débil, al que convencían los argumentos del último que hablaba con él.

En Hohmenlychen el conde fue presentado en primer lugar al doctor Gebhardt, el cual hizo notar sombríamente que en su establecimiento se albergaban ochenta niños refugiados, procedentes del Este, que habían sufrido amputaciones a causa de la congelación de miembros o de las heridas de balas. Bernadotte sospechó que aquella introducción estaba prevista para atraer sus simpatías. Luego Schellenberg le presentó a un hombrecillo que vestía el verde uniforme de las SS, sin condecoración alguna. Un hombre de manos pequeñas y cuidadosamente manicuradas: Era Himmler. Bernadotte le encontró extremadamente afable, y observó que bromeaba, incluso, cuando la conversación decaía. No había nada de diabólico en su apariencia. Por el contrario, parecía un hombre vivaz, que se ponía sentimental cada vez que mencionaban el nombre del Führer.

También otros escandinavos habían quedado asombrados ante las contradicciones del carácter de Himmler. El profesor Didrik Seip, por ejemplo, rector de la Universidad de Oslo y acendrado patriota noruego, había dicho poco antes a Bernadotte que Himmler le parecía «un idealista de tipo especial, con un afecto particular hacia los países escandinavos».

—¿No cree que carece de lógica el que Alemania siga en la guerra, puesto que no tiene posibilidades de ganar? —preguntó Bernadotte a Himmler.

—Todo alemán luchará como un león, antes de entregarse —contestó Himmler—. La situación militar es grave, muy grave, pero no desesperada. No hay riesgo de un avance inmediato de los rusos en el frente del Oder.

Bernadotte manifestó que lo que más indignación causaba en Suecia era el fusilamiento de rehenes y la muerte de seres inocentes. Al negar Himmler esto último, Bernadotte dio ejemplos concretos. Himmler dijo acaloradamente que el conde se hallaba mal informado, y preguntó si tenía que hacerle alguna proposición determinada.

—¿Podría usted sugerir algo que contribuyese a mejorar la situación? —inquirió Bernadotte.

Tras vacilar unos instantes, el *reichsführer* contestó:

—No puedo sugerir nada.

Bernadotte propuso entonces que Himmler liberase a los noruegos y daneses que se hallaban en los campos de concentración alemanes, para que quedasen bajo la custodia de Suecia. Esta modesta petición provocó en Himmler un torbellino de acusaciones contra los suecos, que para Bernadotte resultaban totalmente infundadas, y que probablemente habían sido inspiradas por uno de los repentinos accesos de miedo de Himmler.

—Si accediera a su propuesta —dijo este, parpadeando nerviosamente—, los periódicos suecos no tardarían en anunciar con grandes titulares que el criminal de guerra Himmler, aterrado por sus crímenes, estaba tratando de comprar su libertad.

No obstante, dijo que podría hacerse lo que Bernadotte sugería, si Suecia y los aliados aseguraban que cesarían los actos de sabotaje en Noruega.

—Eso es imposible —contestó el conde, cambiando luego de tema—. La Cruz Roja sueca tiene gran interés en obtener su permiso para actuar en los campos de concentración, especialmente en los que se hallan internados noruegos y daneses.

—Creo que esa será muy útil, y no veo ninguna razón por la que deba

negársele el permiso —manifestó Himmler. El conde se iba ya acostumbrando a los repentinos cambios de Himmler, y entonces le pidió algunas concesiones, también de menor cuantía, que le fueron rápidamente concedidas. Alentado por la marcha de la entrevista, Bernadotte preguntó si las mujeres suecas casadas con alemanes podrían regresar a su país.

—No soy partidario de enviar niños alemanes a Suecia —repuso Himmler, frunciendo el ceño—. Allí se les educaría odiando a su patria, y sus compañeros de juego les escupirían porque sus padres eran alemanes.

Bernadotte hizo notar que esos padres se sentirían sumamente aliviados al saber que sus hijos estaban a salvo.

—Sus padres preferirían sin duda verlos crecer en una choza, antes de saberlos refugiados en un castillo de un país tan hostil para Alemania como es Suecia —contestó Himmler, pese a lo cual dijo que haría lo que pudiese.

El conde le había llevado hasta el límite, y el talante de Himmler había cambiado.

—Puede usted considerarlo sentimental, incluso absurdo, pero he jurado lealtad a Adolf Hitler, y como soldado y como alemán no puedo echarme atrás en mi juramento. Por tal motivo, no puedo hacer nada para oponerme a los planes y deseos del Führer.

Solo un momento antes, Himmler había hecho concesiones que hubieran enfurecido a Hitler, pero ahora comenzaba a cambiar, y se puso a citar las palabras de su Führer acerca de la «amenaza bolchevique», para luego profetizar el fin de Europa si el frente oriental se hundía.

—Sin embargo, Alemania fue aliada de Rusia durante una parte de la guerra —dijo el conde—. ¿Cómo se conjuga esto con lo que acaba de decir?

—Pensé que me diría eso mismo —replicó Himmler y admitió que la alianza había sido un error. Luego comenzó a hablar con nostalgia de su juventud en el sur de Alemania, donde su padre había sido tutor de un príncipe bávaro. También se refirió a sus propios servicios en la Primera Guerra Mundial, como sargento mayor, y a su afiliación al Partido Nacional Socialista, a poco de haber sido fundado este.

—¡Esos eran días gloriosos! —exclamó Himmler—. Los miembros del movimiento estábamos en constante peligro de muerte, pero no teníamos miedo, pues Adolf Hitler nos guiaba y nos mantenía a todos unidos. ¡Fueron los años más maravillosos de mi vida! Entonces luchaba por lo que consideraba el renacimiento de Alemania.

Bernadotte habló luego con cautela acerca del trato que se daba a los judíos.

—¿No le parece que entre ellos hay personas decentes, como las hay en todas las razas? —inquirió el conde—. Yo mismo tengo muchos amigos judíos.

—Tiene razón, en cierto modo —contestó Himmler—, pero es que en Suecia no tienen ustedes un problema judío, y por consiguiente no pueden comprender el punto de vista de los alemanes.

Al terminar la conferencia, que había durado dos horas y media, Himmler prometió dar respuestas definidas a todas las peticiones de Bernadotte, antes de que este regresase a Suecia. Por su parte, el conde obsequió a Himmler con un tamborcillo escandinavo del siglo XVII pues sabía el interés que este sentía por el folklore de tales países.

Himmler afirmó hallarse «profundamente agradecido», y preguntó a Schellenberg si había elegido un buen chófer para el conde. Schellenberg dijo haberle asignado el mejor hombre disponible, y Himmler hizo un gesto significativo.

—Está bien —declaró—. De otro modo, los periódicos suecos anunciarían con grandes titulares: EL CRIMINAL DE GUERRA HIMMLER ASESINA AL CONDE BERNADOTTE.

De vuelta en Berlín, Schellenberg informó a Kaltenbrunner acerca de la entrevista. El jefe del RSHA le acusó de «ejercer una nociva influencia sobre el *reichsfürer*», y el SS *gruppenführer* (general de división) Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, gruñó que «siempre sucedía lo mismo, cuando los señores que se consideraban a sí mismos como caballeros, atraían a Himmler a alguna de sus ideas».

Bernadotte regresó al despacho de Ribbentrop. El ministro de Asuntos Exteriores parecía tener mayor interés en ayudar al conde que en la entrevista anterior, pero su avasallador buen humor no hizo más que irritar a Bernadotte, el cual se despidió cortésmente en cuanto pudo.

A continuación, Ribbentrop llamó al doctor Kleist, y le dijo que se sentase en el sillón que acababa de ocupar Bernadotte, cerca de la chimenea.

—¿Quién es en realidad Bernadotte? —inquirió Ribbentrop—. ¿Quién le respalda? ¿Qué es lo que desea, en verdad, además de salvar a los escandinavos?

Kleist descubrió entre el tapizado del sillón una gran billetera de cuero, atestada de papeles. Al ir a recogerla, cayó de su interior un pasaporte.

—¿Qué es esto? —inquirió Ribbentrop.

—El billetero de su última visita —manifestó Kleist, creyendo que Ribbentrop examinaría los documentos que había en el interior de la cartera. Pero Ribbentrop se limitó a colocarla dentro de un gran sobre, y dijo:

—Por favor, devuelva esto a Bernadotte, estoy seguro de que lo echará de menos.

Kleist quedó impresionado. Le pareció «un gesto de caballerosidad, entre la corrupción de la guerra total».

Mientras Himmler celebraba conversaciones que esperaba diesen por resultado una paz favorable, su grupo de ejército se estaba desintegrando. Steiner se había visto forzado a retirar sus tropas hasta el punto de partida, y el ataque principal del Tercer Ejército Panzer —sin Wenck, para supervisar la operación— no hacía progreso alguno. El desastre total en el Este parecía tan inminente, que otros alemanes prominentes, además de Himmler y Ribbentrop, comenzaron a pensar que la única esperanza para salvar a la Patria residía en la diplomacia, es decir, en una rendición incondicional.

SEGUNDA PARTE

Ofensiva desde el Oeste

Capítulo primero

«Surgirá un telón de acero»

1

El 14 de febrero, Eisenhower fue a reunirse con Montgomery en el cuartel táctico de Zonhoven, Bélgica. El arduo problema del Alto Mando seguía abrumando a Eisenhower, el cual se quejó de «hallarse siempre presionado por Marshall y los jefes de Estado Mayor norteamericanos, quienes le acusaban de ser partidario de los ingleses, e igualmente por el primer ministro (Churchill) y los jefes militares británicos, que a su vez le culpaban de favorecer a los americanos». Preguntó Eisenhower a Monty lo que pensaba acerca de la situación. Como de costumbre, el punto de vista del mariscal de campo era definitivo: si se le consentía realizar el ataque principal ayudado por el Noveno Ejército de Simpson, creía que los resultados serían satisfactorios. En su Diario, Montgomery consignó lo siguiente:

«A Ike le encantó que yo estuviese satisfecho sobre el estado actual de la situación. No hay duda de que estaba preocupado por algo cuando llegó a Zonhoven, y esta preocupación se manifestó también durante nuestras conversaciones.

»Hasta el momento no tengo la menor idea de lo que puede causar su inquietud, pero fue evidente que en cuanto le dije que me hallaba satisfecho con la situación actual del mando militar, se convirtió en un hombre diferente, y su semblante resplandeció de satisfacción».

Montgomery escribió a Booke expresándole su agrado porque «Ike se mostró de acuerdo en todo lo que estaba haciendo», y prometiéndole dejar a Simpson

bajo su mando mientras durase la guerra. «Todo esto es muy satisfactorio, y considero que al fin nos vemos impulsados por un viento favorable para llegar a puerto. Han habido algunas tormentas, pero el cielo se presenta ahora despejado».

Nueve días más tarde, el río Roer —inundado al destruir los alemanes los embalses— bajó lo suficiente de nivel como para poder iniciarse la «Operación Granada», gran ofensiva en la que tomaban parte trescientos mil hombres. A las 2:45 de la madrugada del 23 de febrero, el Noveno Ejército de Simpson abrió un intenso fuego de artillería. Cuarenta y cinco minutos más tarde cesó el bombardeo, y la oleada inicial, formada por cuatro divisiones de infantería, comenzó a cruzar el Roer, aún bastante crecido, en embarcaciones de asalto. Hubo escasa resistencia por parte del enemigo, al comienzo, pero las agitadas aguas volcaron numerosas embarcaciones y estorbaron la construcción de puentes.

Por el norte, Montgomery había conseguido lo que parecía imposible una semana antes: ordenar la caótica situación. La «Operación Veritable», afectada momentáneamente por la postergación de «Granada», había recuperado su impuso inicial, y esos momentos las tropas avanzaban lenta pero firmemente a través de los llanos inundados. El 30.° Cuerpo de Horroks arrolló las ciudades y pueblos fortificados, y conquistó sus dos principales objetivos, Cleve y Goch, en una de las más duras batallas cuerpo a cuerpo de la guerra.

Montgomery se mostró satisfecho al tener conocimiento de la caída de Goch, considerada como el último gran bastión de la muralla occidental. Pero la siguiente ciudad demostró ser otra Goch, y lo mismo ocurrió con todas las poblaciones que siguieron. Las once divisiones alemanas se apiñaban en la estrecha franja que se extendía entre el Roer y el Rhin, decididas a resistir y luchar hasta su total aniquilación. Era evidente, sin embargo, que los duros éxitos conseguidos por británicos y canadienses, habían hecho más fácil el camino de Simpson. Hacia el anochecer, los americanos habían cruzado el río en un amplio frente, con solo noventa y dos muertos entre sus efectivos. Al día siguiente, la aviación y la artillería germanas trataron de detener a los ingenieros de Simpson, pero siete brigadas de Clase 40, capaces de transportar carros de asalto, y doce brigadas ligeras, consiguieron pasar el Roer.

En el 25 de febrero, la 30.ª División de Infantería se abrió paso a través del bosque de Hambach. Pocos obstáculos quedaban ya ante Simpson, a excepción de la gran llanura de Colonia, la cual, cruzada por una buena red de carreteras,

era en realidad un paraíso para las unidades de carros de asalto. Varios comandos de combate de la 2.ª y la 5.ª divisiones acorazadas irrumpieron a través de las brechas enemigas, y avanzaron rápidamente hacia el Rhin. Sidney Olson, periodista del *Time*, observó las avanzadas de la 2.ª División Acorazada desde una avioneta. Vio grandes oleadas de carros de asalto norteamericanos avanzar como enormes escarabajos a través de los campos de coles. Luego innumerables camiones llenos de soldados se adelantaron formando una masa impresionante. Para Olson, aquello fue «una de las demostraciones magníficas de la unidad y el perfecto funcionamiento de la maquinaria militar, en un momento de pura acción bélica».

2

Por más que la reacción alemana ante la «Operación Veritable» fue bastante lenta, el cruce del Roer por Simpson tuvo la virtud de poner en claro las intenciones de los Aliados, y el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, el anciano comandante del Frente Occidental, se dio cuenta de que con «Veritable» como yunque, y con «Granada» como martillo, dos de sus ejércitos quedarían destruidos, a menos que iniciase una rápida retirada. Pese a la contundencia de los dos ataques que sufría su flanco norte, Von Rundstedt comprendió que el desconcertante Patton suponía una amenaza aún mayor en el sur, y el 25 de febrero pidió a Hitler que le diese nuevas instrucciones, declarando que a menos que se llevase a cabo una retirada general al otro lado del Rhin, el Frente Occidental se desmoronaría en su totalidad.

Este llamamiento desesperado no fue tenido en cuenta, y Von Rundstedt sugirió entonces una retirada más modesta, hasta la confluencia de los ríos Roer y Maas. En esta ocasión Berlín replicó con una seca negativa, a la que siguió el 27 de febrero un mensaje personal de Hitler informando a Rundstedt que no era posible pensar siquiera en una retirada general más allá del Rhin.

En la conferencia que celebró varios días más tarde, Hitler ridiculizó la insistencia de Rundstedt por replegarse.

—Quiero tenerle pegado al muro occidental el mayor tiempo posible. Por encima de todo, debemos curarle la idea de retirarse de allí, porque en el preciso momento en que el enemigo tenga el Sexto Ejército inglés (se refería al Segundo

Ejército británico) y las tropas americanas en libertad de acción, se lanzarán todos contra aquí. Este hombre carece por completo de visión. Solo sería trasladar la catástrofe de un punto a otro. En cuanto me retirase de allí, el enemigo quedaría en libertad de atacar. No puede asegurarme que el enemigo se mantendrá quieto, sin avanzar.

Era casi como si Hitler hubiese escuchado los planes hechos en Yalta para lanzar un ataque por el norte, mientras se resistía en el sur.

A continuación, el Führer sugirió que se enviasen observadores al Frente Occidental.

—Tenemos que mandar a un par de oficiales allí, aunque solo tengan un brazo o una pierna. Oficiales que sean buenos elementos, y que puedan obtener una clara visión de lo que allí ocurre.

Siguió diciendo Hitler que no podía confiarse en los informes oficiales, y añadió:

—Solo sirven para arrojar polvo a nuestros ojos. Todo parece bien explicado, y después nos encontramos con que nada de lo que dicen ha ocurrido.

Por lo que se refería al Frente Oriental, Hitler animó a Himmler para que crease un frente a cualquier precio, incluso reclutando mujeres.

—Muchas mujeres están deseando empuñar un fusil, y podíamos mandarlas allí inmediatamente.

La idea de utilizar mujeres repugnaba a un militar como Guderian, pero este no dijo nada, y Hitler prosiguió:

—Son muy valientes, y si las colocamos en segunda línea, al menos los hombres no saldrán corriendo. Detrás del Rhin, nadie puede ir contra el enemigo. Eso es lo que hace gracia, solo piensan en retroceder.

3

Tanto Hodges como Patton habían hecho avances apreciables, pero ambos se veían contenidos por Eisenhower hasta que Montgomery no hubiese llegado al Rhin, Hodges no podría atacar Colonia, ni Patton tomar Coblenza. Con cierta amargura, Patton dijo a Bradley que la historia criticaría al Alto Mando Americano por su falta de energía. Luego pidió que le dejase «echar una carrera hasta Coblenza». Bradley le dijo que podía hacerlo, si se le presentaba la

ocasión. Esta llegó el 27 de febrero cuando la 1.ª División Acorazada, cedida temporalmente a Patton, llegó a diez kilómetros de Tréveris, antigua ciudad situada tan estratégicamente a orillas del Mosela, que una vez desalojados los germanos de allí, tendrían que replegarse hasta el Rhin.

Al anochecer, Patton llamó por teléfono a Bradley manifestando que se hallaba a la vista de Tréveris, y pidiéndole autorización para seguir adelante, aun cuando la 10.ª División Acorazada debía ser devuelta al Alto Mando aquella noche. Bradley declaró que continuase, al menos hasta que Eisenhower ordenase personalmente la devolución de la división. Luego Bradley lanzó una risita y dijo que se alejaría bastante del teléfono. Patton creyó que él y Bradley estaban haciéndole una jugarreta a Eisenhower, pero lo cierto es que la insubordinación de Bradley era totalmente ficticia, ya que él y Eisenhower habían decidido en privado dejar que Patton avanzase más allá del Rhin, acuerdo este tan secreto que ni los mismos ayudantes de Bradley sabían nada de él.

Así pues, la 10.ª División Acorazada siguió avanzando hacia Tréveris, y poco antes de la medianoche del 28 de febrero, la fuerza de asalto del teniente coronel Jack J. Richardson entró sin mayor oposición en los suburbios del sudeste de la ciudad y capturó, sin disparar un solo tiro, una compañía que defendía un cruce de ferrocarriles. Uno de los prisioneros declaró que su tarea consistía en advertir a los equipos demoledores de puentes, situados en los dos puentes del Mosela, de la llegada de los norteamericanos. Decidido a capturar intactos los puentes, Richardson envió a la mitad de sus hombres al puente norte, que fue volado antes de que llegasen los norteamericanos. La otra mitad de los efectivos se encaminó al Kaiserbrücke, construido en tiempos de los romanos.

El propio Richardson dirigía el avance hacia el Kaiserbrücke. A la luz de la luna llena, pudo ver que sus hombres eran abatidos por las balas de los fusiles disparados desde la otra orilla del Mosela. Ordenó barrer el otro extremo del puente con fuego de ametralladoras, e hizo que lo cruzasen cinco tanques y un pelotón de infantería. Seis alemanes borrachos trataron de volar el extremo opuesto, pero los americanos los abatieron antes de que pudieran poner las cargas.

Al amanecer, dos comandos de combate de la 10.ª División Acorazada, reforzada con efectivos de la 94.ª División, penetraban en la ciudad, rodeando a los asombrados y soñolientos soldados germanos. Con Tréveris y el puente en su poder, Patton podía seguir Mosela arriba hasta Coblenza y el Rhin, o bien dirigirse al sudeste, hacia la región industrial del Sarre. Fuese cual fuere el curso

que eligiera, ¿quién podía ya detenerle? En ese momento Patton recibió un mensaje del Alto Mando ordenándole que eludiese Tréveris, ya que necesitaría al menos cuatro divisiones para hacer efectiva su captura. Con singular deleite, Patton replicó: «He tomado Tréveris con dos divisiones. ¿Qué quieren que haga, que la devuelva?».

El mismo día, primero de marzo, los infantes de la 29.ª División de Simpson se apoderaron de Moenchen-Gladbach, la mayor ciudad conquistada hasta el momento, a solo veinte kilómetros del Rhin. Para Simpson, la «Operación Granada» había sido «como un partido de fútbol, con cada jugada llevada a cabo con toda precisión». Eisenhower giró una visita al cuartel general del Noveno Ejército, y dijo que se hallaba sumamente interesado en los planes de Simpson para apoderarse de un puente sobre el Rhin. En aquella zona había ocho puentes, y un rápido avance podía permitir la captura de uno al menos. Simpson explicó que proyectaba iniciar un ataque al día siguiente hacia uno de los tres puentes de Neuss-Düsseldorf. Eisenhower y Simpson se dirigieron hasta el frente, bajo la lluvia, e inspeccionaron un regimiento de la división que había capturado recientemente Moenchen-Gladbach.

Eisenhower dijo en tal ocasión:

—Quiero anticiparle una noticia confidencial. Dentro de unos días recibirá la visita del primer ministro Churchill. ¿Qué automóvil tiene, para poner a su disposición?

Simpson solo tenía un «Plymouth». Según parece, alguien en retaguardia se quedaba con los coches que le destinaban.

—Ya me cuidaré de este asunto —manifestó Eisenhower—. Otra cosa, a Churchill le gusta el whisky escocés. Ocúpese de tener una buena provisión a mano.

Los soldados reconocieron a Eisenhower en el asiento delantero del «*jeep*», y comenzaron a gritar:

—¡Ahí está Ike!

Los dos generales avanzaron a pie sobre el barro, hasta la falda de una colina, donde se habían reunido 3600 soldados de infantería. Simpson presentó al Comandante Supremo, el cual habló en términos emocionados durante cinco minutos. Cuando se disponía a marcharse, Eisenhower resbaló y cayó sentado en el barro. Estalló una carcajada general. Eisenhower se puso trabajosamente de pie, y luego sonrió y enlazó sus manos por encima de la cabeza, al estilo de los boxeadores. Hubo un segundo rugido —esta vez una ovación— de los soldados.

Eisenhower también visitó a Montgomery aquel mismo día, y le dijo confidencialmente que estaba al corriente de los manejos de Brooke para hacer que Alexander le fuese asignado como ayudante a cargo de las operaciones terrestres. Una vez más el comandante americano preguntó el parecer de Monty. Este contestó que el fin de la guerra se hallaba próximo, y que el nombramiento de Alexander solo serviría para suscitar resentimientos en ciertos sectores norteamericanos.

—Por todos los cielos, eliminemos a toda costa cualquier causa de fricción que pueda originarse. Estamos a punto de ganar la guerra en Alemania. Dejemos que Alex siga en Italia. Montgomery recibió a otro visitante de importancia, Churchill, que había llegado al Continente para compartir personalmente las grandes victorias del 21.° Grupo de Ejército. En la mañana del 3 de marzo, Churchill, Brooke y Montgomery se trasladaron en dos «Rolls-Royce» a Maastricht, para hacer una visita a Simpson. El grupo, al que acompañaba un buen número de corresponsales de guerra, se instaló luego en una caravana de coches para efectuar una inspección del campo de batalla.

Por consejo de Montgomery, Simpson tomó asiento junto a Churchill. Un «*jeep*» se acercó en ese preciso momento, y el soldado que lo conducía entregó un paquetito a Churchill. El primer ministro lo desenvolvió, extrajo de su interior su dentadura postiza, se la colocó en la boca, y comenzó a entretener a Simpson contándole episodios de los días iniciales de la guerra. Dijo haber volado hasta París durante la invasión alemana de 1940, para ofrecer ayuda permanente de Inglaterra. Los dirigentes franceses rechazaron su oferta. Acerca de Dunquerque, explicó:

—Creo que tuvimos suerte, al conseguir que volviesen cincuenta mil soldados.

Cuando la comitiva se aproximaba a un puente erigido sobre una pequeña cañada, Simpson hizo notar:

—Mister Churchill, la frontera entre Holanda y Alemania corre bajo ese puente que está ante nosotros.

—Dígale a su ayudante que pare, y bajemos —dijo Churchill.

El primer ministro cruzó andando el puente, y descendió por la orilla del río hasta una larga fila de «dientes de dragón», una de las defensas germanas contra los carros de asalto. Allí esperó a que se le uniesen Montgomery, Brooke, Simpson y otros generales más.

Desde el puente una multitud de periodistas y fotógrafos observaban

interesados la escena. Churchill, que había manifestado tener deseos de ir un momento al excusado, manifestó sonoramente:

—Caballeros, me gustaría que me acompañasen. Orinemos todos sobre el Gran Muro Occidental de Alemania.

En seguida apuntó con un dedo hacia los fotógrafos, que se disponían a empuñar las cámaras, y dijo:

—Esta es una de esas operaciones de guerra que no deben ser reproducidas fotográficamente.

Brooke se hallaba junto al primer ministro, y pudo advertir «el gesto infantil de intensa satisfacción que apareció en su rostro cuando miró hacia abajo, en el momento crítico».

4

Poco antes de marchar en avión hacia el Frente Occidental, Churchill fue requerido en la Cámara de los Comunes, entre una gran controversia, para que aprobase la decisión de la Conferencia de Crimea acerca de Polonia.

—Es evidente que en estos asuntos se basa el futuro del mundo —aseguró—. Los lazos existentes entre los tres grandes potencias se han fortalecido, lo mismo que la mutua comprensión. Estados Unidos han entrado profunda y constructivamente en la vida y la salvación de Europa. Los tres nos hemos dado la mano para lograr compromisos de largo alcance, los cuales son prácticos y solemnes, a la vez.

Una abrumadora mayoría de la Cámara aprobó las decisiones de Yalta, obteniéndose solo veinticinco votos en contra del Gobierno.

Al día siguiente, 1.° de marzo, Rooselvelt abandonó la Casa Blanca para encaminarse al Capitolio en compañía de su mujer, de su hija Anna y del esposo de esta. Allí procuraría hacer lo mismo que Churchill: obtener la aprobación de la Conferencia de Yalta por parte de las dos Cámaras del Congreso.

La señora Roosevelt había notado un acentuado cambio en su esposo desde su regreso. Comprobó que necesitaba tomar un descanso en la mitad del día, y que cada vez tenía menos deseos de recibir a la gente. Solo cuando hablaba de Yalta, su entusiasmo parecía reavivarse.

—¡Fíjate en el parte de Crimea! ¡Mira el camino que traza! Desde Yalta a

Moscú, a San Francisco y Ciudad de Méjico, a Londres, Washington y París, sin olvidar que menciona a Berlín. ¡Ha sido una guerra universal, y ya hemos comenzado a construir una paz universal!

Sam Rosenman, que había trabajado con Roosevelt en el discurso sobre Yalta, tuvo la impresión de que el presidente estaba inquieto, «totalmente gastado», y que el abrumador peso de doce años de presidencia se hacía en él cada vez más palpable. Pero cuando Frances Perkins, secretaria de Trabajo, vio entrar al presidente en la sala de sesiones, quedó agradablemente sorprendida. Roosevelt tenía el semblante alegre, los ojos brillantes, y la piel de color sonrosado. «Este hombre es una maravilla —se dijo a sí misma—. Se encuentra deshecho, pero en cuanto se le proporciona un poco de descanso en un viaje por mar, se reanima en seguida».

Roosevelt siempre se había dirigido al Congreso desde la tribuna de la Cámara de Representantes. En esos momentos, una mesa sobre la que brillaban varios micrófonos, se encontraba a solo un metro de la primera fila semicircular de asientos. Entró Roosevelt, seguido por el vicepresidente, Harry Truman, y el presidente de la Cámara, Sam Rayburn. Por vez primera Roosevelt no se puso de pie para hablar.

—Señor vicepresidente, señor presidente de la Cámara, señores representantes —comenzó diciendo Roosevelt—. Espero que sabrán disculparme por la poco habitual actitud de permanecer sentado durante mi discurso. Yo sé que comprenderán que para mí es mucho más fácil no tener que avanzar con los cinco kilos de acero en la parte inferior de mis piernas, y también que acabo de hacer un viaje de veintidós mil quinientos kilómetros.

Era esa la primera vez que Roosevelt hacía mención pública de su dolencia, y muchos de los que escuchaban por los aparatos de radio quedaron asombrados. Un número sorprendente de norteamericanos ignoraban que su presidente era un inválido. La señora Perkins tuvo la impresión, en cambio, de que lo dijo de modo tan elegante, y demostrando tan poca lástima por sí mismo, que nadie debió de sentirse incomodado. La secretaria de Trabajo quedó también impresionada por el discurso que siguió. En él contestaba cualquier temor que ella podía haber albergado. Truman, por el contrario, pasó por alto el comportamiento de Roosevelt, y Rosenman manifestó después hallarse preocupado por el vacilante e ineficaz discurso, así como por algunas observaciones extemporáneas que bordeaban el ridículo, y que debieron ocurrírsele en aquel mismo momento.

El presidente reseñó los dos propósitos principales de la Conferencia de Yalta: «Provocar la caída de Alemania lo más rápidamente posible, y con la menor pérdida de hombres por parte de los Aliados, y seguir elaborando las bases de u acuerdo internacional, que proporcionase orden y seguridad tras el caos de la guerra, y estableciese una paz duradera entre las naciones del mundo».

Habló luego de la nueva Organización de Naciones Unidas, y de la primera conferencia, que debería celebrarse en San Francisco, el 25 de abril.

—En esta ocasión no cometeremos el error de esperar hasta el fin de la contienda para poner en marcha el mecanismo de la paz —aseguró—. Esta vez, del mismo modo que hemos luchado juntos para lograr al fin la paz, trabajaremos unidos para evitar que se produzca de nuevo la conflagración.

Si bien el discurso carecía de la habitual elocuencia de Roosevelt, el Congreso quedó impresionado por el coraje y la fuerza de voluntad que demostraba el presidente. Al terminar, este recibió una afectuosa y sincera ovación.

—En cuanto pueda —dijo Roosevelt a Truman, un momento más tarde—, me trasladaré a Warm Springs para tomar unos días de descanso. Me encontraré perfectamente si permanezco allí durante dos o tres semanas.

Mientras Churchill y Roosevelt estaban hablando a sus respectivos pueblos de lo que se había conseguido en la Conferencia de Crimea, la unidad de los Tres Grandes se vio afectada por una grieta que apareció en Rumania. El representante político de Estados Unidos en Bucarest informó que «el sector violento del Partido Comunista tiene cada vez mayores exigencias, desfigura los hechos y efectúa acusaciones al tiempo que la posición del Gobierno mejora ante el pueblo».

Los periódicos comunistas locales tildaron los esfuerzos de la policía, por deshacer las manifestaciones que se llevaban a cabo contra el gabinete de coalición de Radescu, de «sangrientas matanzas», y exigieron la inmediata disolución del Gobierno.

Varios miembros norteamericanos de la Comisión Aliada de Control para Rumania solicitaron una entrevista para resolver la crisis, pero el presidente de la Comisión, que era soviético, se negó a ello. Como protesta, Harriman escribió a Molotov una nota oficial declarando que los acontecimientos políticos en Rumania debían estar de acuerdo con la Declaración de Europa Libre, como se

había convenido en Yalta. La respuesta de Stalin fue enviar a Bucarest al comisario delegado de Asuntos Exteriores, Andrei Vishinsky, bien recordado por su lamentable actuación como acusador durante los juicios de Moscú. En Yalta, Vishinsky sonrió benévolo, y al menos en apariencia resultaba una persona agradable. Pero en Bucarest se volvió amenazador, y ordenó al rey de Rumania que hiciese dimitir inmediatamente al Gobierno de Radescu. Luego le dio dos horas y cinco minutos para que hallase un nuevo jefe de Gobierno y anunciase públicamente el nombramiento. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores, Visoianu, protestó manifestando que el rey debía seguir las prácticas constitucionales, Vishinsky le gritó: «¡Cállese!», y se marchó dando un portazo.

Al día siguiente, aproximadamente en el momento en que Roosevelt hablaba al Congreso, el rey de Rumania designaba al príncipe Stirbey como reemplazante de Radescu. Pero los comunistas se negaron a unirse a su Gobierno, y Vishinsky aconsejó al rey que eligiese a Petru Goza, un hombre estrechamente relacionado con los comunistas.

Entretanto, una política más diplomática era puesta en práctica, en un pueblecillo húngaro, por un militar, el mariscal Tolbunkhin, comandante del Tercer Frente ucraniano. Durante los pasados meses, el mariscal de campo Harold Alexander le había enviado varios mensajes, solicitando entrevistarse con él para discutir algunos problemas de índole militar. Se trataba principalmente de que sus respectivas fuerzas se estaban aproximando unas con otras con gran rapidez, y Alexander deseaba evitar una colisión de frente. Actuando en apariencia según instrucciones de Moscú, Tolbukhin ignoró al principio los mensajes, pero como Alexander insistiera cortésmente, al fin se le invitó a trasladarse al cuartel general del Tercer Frente ucraniano en Hungría, con un pequeño grupo de expertos militares ingleses y norteamericanos. El grupo aliado fue llevado en un «C-47» soviético hasta una base aérea secreta situada justamente en la frontera húngara, y luego en automóvil, durante hora y media, por pésimos caminos vecinales. El teniente coronel Charles W. Thayer, jefe de la misión militar norteamericana en Yugoslavia —diplomático de carrera y graduado en West Point—, pidió al general de la misión rusa que le acompañase. Este dijo que no sabía si el lugar estaba en Yugoslavia o en Hungría. Al fin llegaron a un pueblo bastante grande, en el que abundaban las flores y los árboles frutales.

—Aquí está el cuartel general del mariscal Tolbukhin —manifestó el general.

Thayer contó hasta cien chalets pequeños. No había tránsito de vehículos, ni teléfono, ni ninguno de los elementos propios de un cuartel general. Incluso se advertía un escaso número de centinelas. El grupo de militares aliados fue acompañado hasta el chalet en que estaba localizado el puesto de mando de Tolbukhin. Después de una breve espera, se presentó el mariscal, que dio a Thayer la impresión de haber salido «directamente de la novela *La Guerra y la Paz*». Tolbukhin era alto, robusto y tenía la cara redonda y escaso pelo. Al general inglés Terence Airey, jefe de Inteligencia de Alexander, también le pareció un típico oficial imperial de los días anteriores a la Revolución, con su aspecto impresionante y su carácter expansivo.

Tolbukhin ocultó cualquier resentimiento que sintiese por haberse visto forzado a conferenciar con Alexander, y saludó a sus visitantes con vehementes manifestaciones. Primero sugirió que tomasen un ligero refrigerio, y les condujo hasta el comedor, donde para empezar comieron jamón, sardinas, arenque en escabeche, queso, todo regado con vodka. Thayer se dio cuenta de que al mariscal le llenaban el vaso con un recipiente especial. Tolbukhin advirtió que le observaban, y jovialmente condenó a Thayer a tomar tres vasos de vodka seguidos por espiar.

Después del desayuno, y mientras los especialistas militares se hallaban conferenciando, Thayer y el general de brigada Fitzroy Mac Lean —enviado a Yugoslavia por Churchill— dieron un paseo por el pueblo. Se trataba de la instalación militar más singular que habían visto jamás, al punto de que parecía que Tolbukhin y sus ayudantes hubiesen llegado allí solo unas horas antes. A Thayer le hizo recordar los pueblos ficticios que Potemkin, el favorito de Catalina la Grande, hacía construir para complacer a su regia amante.

Para Alexander la reunión resultó amistosa, pero carente de frutos. Pidió disculpas por la muerte accidental de un comandante del Ejército Rojo, causada por unos cazas Aliados, y manifestó que si Tolbukhin le informase de la situación de las líneas del frente, esos lamentables accidentes no se producirían. Tolbukhin manifestó que el referido comandante había sido uno de sus mejores amigos, y añadió con resignación:

—De nada vale solicitar la situación del frente. Moscú dice que no.

En un banquete celebrado por la noche, sirvieron un enorme esturión, pavos asados y lechones cebados. Todo ello acompañado con abundante vodka, champaña de Crimea y espeso coñac del Cáucaso. Por fin, los servidores

introdujeron en el comedor, con toda ceremonia, una gran tarta helada, adornada con figurillas alegóricas y símbolos patrióticos. Siguieron los brindis, y el ambiente se volvió tan liberal, que al cabo todos los comensales se hablaban a gritos de un extremo a otro de la enorme mesa. Un general de cuatro estrellas del Ejército Rojo preguntó a Mac Lean dónde había aprendido a hablar tan bien el ruso. Cuando el general inglés le dijo que había estado en la Unión Soviética durante los Juicios de Moscú, el afectuoso rostro del ruso se ensombreció súbitamente.

—Debe de haber sido una época difícil de comprender para un extranjero —manifestó, y se volvió a hablar con el comensal que tenía al otro lado.

Después del banquete, un teniente general soviético acompañó a Alexander hasta su alojamiento, y Thayer fue con ellos como intérprete. Al entrar en el chalet destinado a Alexander, encontraron en su interior a una atrayente rubia con uniforme soviético, durmiendo en un catre.

—¿Quién es, puede saberse? —inquirió cortésmente Alexander. El general ruso parpadeó, desconcertado, y al cabo manifestó:

—Es que de ordinario vive en esta casa. Debe de haber vuelto inconscientemente.

—¿Cómo una paloma? —preguntó Alexander.

Despertaron a la muchacha y la hicieron salir del aposento. Thayer, por su parte, encontró también a una chica de uniforme en las habitaciones que compartía con el general de división Lyman Lemnitzer, un militar americano que integraba el personal de Alexander.

—¡Pero qué demonios pasa aquí! —exclamó Lemnitzer—. ¿Para qué es esta auxiliar?

Thayer explicó que seguramente se trataba de una asistente.

—Dormirá en la habitación de al lado, no tiene por qué preocuparse.

En aquella habitación, la muchacha había hecho la cama para Thyer en el catre. Cuando este estuvo acostado, le arropó como si fuera un niño y le trajo un vaso de leche caliente. Luego la chica se envolvió en un abrigo y se acostó en el suelo. Thayer se despertó a las cinco de la mañana, cuando la muchacha le empezó a lavar la cara con un trapo empapado en agua fría. Después de haberle afeitado, la joven dijo:

—Ahora abra la boca, que le voy a limpiar los dientes.

El desayuno con Tolbukhin comenzó y terminó como de costumbre, con vodka, por lo que la mayoría de los componentes de la misión aliada recordaban

bastante poco de su viaje cuando se despertaron en Belgrado al día siguiente. Indudablemente, Moscú lo había planeado así de antemano.

En Bucarest habían pasado varios días desde que Vishinsky pidiera al rey de Rumania que formase un nuevo Gobierno encabezado por Groza, el candidato soviético. Los ministros del rey se mostraban indecisos, y al fin, el 5 de marzo, Vishinsky perdió la paciencia y ordenó al monarca que anunciase la formación del Gobierno de Groza aquel mismo día. De no hacerlo así, gritó Vishinsky, la Unión Soviética lo consideraría como un acto hostil. A las siete de la tarde, el nuevo Gabinete, integrado por trece partidarios de Groza y cuatro representantes de otros partidos, daba su juramento de fidelidad. Sin elecciones, y por medio de amenazas, el comunismo había entrado en Rumania.

Harriman protestó, como lo había hecho desde que comenzó la crisis, pero se limitaron a contestarle cortésmente que el antiguo Gobierno fue eliminado por fascista. Actuando como si fueran los únicos defensores de la democracia, los soviéticos declararon además que «la política terrorista de Radescu, que era incompatible con los principios demócratas, había quedado superada con la formación de un nuevo Gobierno».

Por una de las ironías de la política, Goebbels había escrito hacía poco un artículo titulado «El año 2000», previniendo al Occidente acerca de semejante duplicidad. Pero ¿quién podía creer en un enemigo, especialmente cuando mezclaba tan liberalmente la fantasía con la realidad?

«… En la conferencia de Yalta, los tres dirigentes enemigos, a fin de llevar a cabo su programa de aniquilación y exterminio del pueblo alemán, han decidido ocupar Alemania hasta el año 2000…

»¡Qué vacío debe de estar el cerebro de esos tres personajes, o al menos el de dos de ellos! Ya que el tercero, Stalin, ha trazado sus planes para mucho más adelante que sus dos compañeros…

»Si el pueblo alemán se rinde, los soviéticos ocuparán… todo el este y el sudeste de Europa, además de la mayor parte de Alemania. Delante de este enorme territorio, incluyendo la Unión Soviética, surgirá un telón de acero… El resto de Europa caerá en un caos político que será el período de preparación para la llegada del bolchevismo…».

Aunque Goebbels no hubiera hecho otra cosa, con las palabras «telón de acero» inventó una frase que los occidentales deberían estudiar detenidamente, y que luego manifestaron haber inventado ellos mismos.

Capítulo segundo

Pleamar y bajamar

1

Un período de calma había descendido sobre el Frente Oriental. En parte se trataba de un simple efecto de estrategia, ya que la tremenda ofensiva soviética había dejado a sus tropas escasas de aprovisionamiento. En parte era también el resultado de la valiente, aunque desordenada defensa germana. El Primer Frente ucraniano, de Koniev, había encontrado cada vez mayor resistencia en las tropas de Schoerner, y aunque Zhukov había tendido tres pequeñas cabezas de puente sobre el Oder, estaba hallando una firme oposición en Francfort, Kütrin y Schwedt. Por otra parte, el limitado ataque de Steiner en el Norte, había provocado tal alarma en el Alto Mando del Ejército Rojo, que se decidió suspender el avance hacia Berlín, hasta que se hubiesen taponado las brechas.

La preocupación de Hitler ante la amenaza soviética quedó de manifiesto cuando trasladó a uno de sus mejores comandantes al Frente Oriental, desde otro frente que estaba a punto de hundirse. Hitler ordenó al barón Hasso von Manteuffel, cuyo Quinto Ejército Panzer había constituido la avanzada de la batalla del Bulge, que tomase un importante sector del río Oder. Manteuffel era un joven y enérgico general, nieto de un gran héroe militar. Pese a medir escasamente un metro sesenta, había sido un gran jinete, y además de ser campeón alemán de pentatlón personificaba la mejor tradición militar prusiana. Era uno de los pocos que osaba mostrarse en desacuerdo con Hitler, y en una

ocasión incluso desobedeció una orden directa del Führer. Albert Speer, ministro de Armamento y Producción de Guerra, y antiguo amigo de Manteuffel, le había rogado que no destruyese los puentes, presas y fábricas de la importante zona industrial de Colonia-Dusseldorf, ya que en este caso el pueblo alemán se vería sumamente perjudicado después de la guerra. Manteuffel estaba de acuerdo, y no pensaba destruir tales efectivos más que en caso de ineludible necesidad estratégica.

El 3 de marzo, Von Keitel se encontró con Manteuffel en una antesala de la Cancillería del Reich, y le dijo con gesto preocupado:

—Manteuffel, es usted joven e impetuoso. No le ponga nervioso. No le cuente demasiadas cosas.

Un momento más tarde, el pequeño general fue introducido en el despacho del Führer, donde halló a Hitler derrumbado en su sillón, como un anciano. Antes de la batalla del Bulge, cuando discutieron acerca de los planes de ataque, Hitler ya parecía encontrarse mal. Ahora su aspecto era aún más deplorable. Hitler alzó la mirada, y en lugar de saludar a Manteuffel con su habitual cordialidad, exclamó:

—¡Todos los generales son unos mentirosos!

Era la primera vez que Hitler le levantaba la voz, y Manteuffel se sintió ofendido.

—¿Sabe acaso el Führer que el general Von Manteuffel y sus oficiales son unos mentirosos? ¿Quién le ha dicho eso?

El único testigo, el ayudante militar de Hitler, se hallaba allí presente, de pie y en silencio. Hitler parpadeó nerviosamente y manifestó que no se había referido concretamente a Manteuffel y sus generales. Luego, ya más sereno, explicó cortésmente la situación. Manteuffel quedó anonadado ante la ignorancia de Hitler acerca de la superioridad de los Aliados en el aire, y tuvo que explicarle que en la zona del Rhin no había vehículo alguno, fuesen convoyes o camiones aislados, que pudieran desplazarse sin ser atacados por los aparatos aliados.

—Cuesta creer eso —comentó escuetamente el Führer.

—En los pasados meses, tres camionetas, en una de las cuales yo mismo viajaba, fueron alcanzadas por el fuego de los aviones enemigos —explicó Manteuffel, y Hitler quedó asombrado. El Führer dijo entonces que la calma en el Frente Oriental era solo momentánea. Zhukov se hallaba ante el Oder, a una hora de Berlín, por carretera, con más de 750 000 soldados. Para proteger la

capital, Himmler había reorganizado por completo el Grupo de Ejército Vístula. Todas las fuerzas disponibles habían sido reunidas en dos ejércitos: uno más allá de Frankfurt y Küstrin, que mandaba el general Theodor Busse, y el otro a la izquierda de este último, formando una línea que iba hasta el mar Báltico. Este segundo ejército tenía necesidad de un hombre que conociera la forma de luchar contra los rusos, aseguró Hitler, y pidió a Monteuffel que informase de ello inmediatamente al *reichsführer* Himmler, en su cuartel general. Manteuffel ya había oído que Himmler ostentaba el mando nominal del grupo de ejército, lo cual le parecía demasiado absurdo, y no pudo evitar preguntar al Führer la razón de que hubiera sido elegida esa persona.

Hitler se limitó a encogerse de hombros, y dijo, como si quisiera disculparse:

—Himmler ha sido nombrado comandante en jefe, solo como un gesto de carácter político.

Cuando Manteuffel pasaba por la antesala, tras la entrevista con el Führer, Von Keitel se le acercó.

—He oído lo que le ha dicho al Führer —dijo con tono de reproche—. No debería usted hacer eso. El ya tiene bastantes preocupaciones.

2

En Wugarten, pueblo situado en la otra orilla del Oder, la tensión había disminuido algo, entretanto. Los prisioneros aliados que mandaba el coronel Fuller ya no temían el contraataque alemán procedente del norte. Su mayor preocupación era, en esos momentos, los rusos, que se preparaban para el asalto a Berlín. Cada pocos días una nueva unidad soviética pasaba por la ciudad, violando y cometiendo toda clase de desmanes. En cierta ocasión en que Fuller protestó ante un general ruso por el desastroso comportamiento de sus soldados, este replicó:

—Debe usted recordar, coronel, que todas las mujeres son propiedad del Ejército Rojo. Es mejor que no moleste más a mis hombres.

Para empeorar la situación, la escasez de alimentos en el pueblo había llegado a un nivel crítico. Y cuando el 4 de marzo, el tan prometido camión de suministros soviéticos llegó al pueblo, solo dejó dieciséis cajas de tabaco, y una carta del Cuartel General informando a Fuller que dentro de unas horas llegarían

a Wugarten varios camiones para transportar al Este a los prisioneros americanos, para su repatriación. Al amanecer, los habitantes del pueblo contemplaron en silencio cómo sus protectores trepaban a cinco camiones. Antes de marcharse, Fuller recomendó que el capitán Foch, pariente del famoso mariscal, fuese colocado al mando de los restantes prisioneros. Para los italianos, esta era la ofensa definitiva que se infería a su jefe, el general Geloso.

Fuller hizo subir a su camión a Hegel, el intérprete alemán que pasaba por americano, y le advirtió que no se dejase ver cuando pasaran por las ciudades. En una de las paradas que hicieron para descansar, el capitán Donald Gilinski observó que en una zanja yacía un soldado ruso, y dijo a un sargento soviético que tomase el nombre y el número de serie del muerto.

—¿Por qué?

—A fin de que en su División lo sepan.

—¿Eso para qué?

—Para que lo notifiquen a sus familiares.

—Bueno, cuando vean que no vuelve, sabrán que ha muerto —replicó el sargento.

Cuanto más se acercaban a Posen, más excitado se ponía Hegel, ante la perspectiva de ver a su mujer y su hijo. Fuller y otros oficiales norteamericanos volvieron a advertirle que no se pusiera en evidencia, ya que si le descubrían, todos sufrirían las consecuencias. Cuando pasaban por la calle en que vivía Hegel, este no pudo resistir la tentación de echar un vistazo desde el camión, pero un oficial americano le empujó hacia adentro.

Siguieron por las calles de la ciudad hasta llegar al gran campamento de prisioneros de guerra de la localidad de Wrzesnia, el cual se hallaba atestado de norteamericanos, ingleses, franceses, polacos, yugoslavos, rumanos e italianos. Entre ellos se contaba también un brasileño, el único de este país. Un grupo de americanos que había desembarcado con Fuller en Normandía, le recibió con todo entusiasmo. Pero la reacción de los británicos fue bastante fría, y uno de los soldados rasos ingleses se acercó incluso al desprevenido Fuller y le derribó al suelo de un golpe.

—Pero ¿qué le ocurre a este infeliz? —inquirió Fuller. —Siente tentación de golpear a todo aquel que tiene aspecto de oficial —explicó otro soldado británico.

En la noche siguiente, todos los norteamericanos y británicos del campamento subieron a un tren destinado a Varsovia y luego a Odesa. Desde allí

serían llevados a Italia en buques británicos.

Cuando el grupo de Fuller se acercaba a la capital de Polonia, dos jóvenes polacos trataban por su parte de huir de Varsovia para no ser ejecutados por los rusos.

Uno era Jan Krok Paszkowski, de dieciocho años, hijo de un comandante de división capturado por los alemanes en 1939, el cual aún seguía prisionero de los nazis. El hermano de Jan, un teniente del ejército, había luchado contra los rusos mientras su padre hacia lo propio contra los germanos. Luego se unió a la resistencia polaca, pero fue capturado por los nazis y ejecutado en Maidenek. Imitando a su hermano, Jan se hizo guerrillero. Luchó con las desafortunadas tropas del general Bor, durante el levantamiento de Varsovia, y fue herido dos veces. El y otros trescientos trataron de escapar por las cloacas, pero la inundación de las mismas les obligó a salir…, justamente frente al cuartel general de la policía alemana. Cuando los llevaban al lugar de ejecución, Jan logró huir una vez más, y con la ayuda de unos campesinos se ocultó en una casa que tenía la familia en los alrededores de la ciudad.

En cuanto se inició la gran ofensiva soviética del 12 de enero, y los rusos hubieron cruzado el río Vístula, el ejército polaco quedó disuelto, y se aseguró que Polonia sería libre. Pero era evidente que Stalin pretendía hacer del país un satélite comunista, en lugar de liberarlo, y la mayor parte de los componentes de este ejército, incluyendo a Jan, volvieron a la resistencia, una vez más.

A principios de marzo, Jan se enteró de que los rusos iban a detenerlo a causa de su participación en el levantamiento de Varsovia, y decidió huir al Oeste. Oyó entonces un rumor según el cual los alemanes iban a iniciar un contraataque en las proximidades de la frontera polaco-checoslovaca. Jan y otro joven partisano pensaron escapar a través de la línea de batalla, en la confusión de la misma, y tomaron un tren para Katowice, en el sur de Polonia. Jan vestía un viejo frac raído (que le habían proporcionado los miembros de la resistencia, junto con dos monedas de oro que valían en total unos diez dólares), y calzaba botas altas de caballería, pero no causó demasiada curiosidad, ya que por aquella época las indumentarias eran lo más variadas que pueda imaginarse.

Katowice se había convertido en la Meca de las personas desplazadas y los oportunistas. La curiosidad de los dos amigos se vio de pronto espoleada por un

letrero que campeaba en la parte exterior de una tienda, y que decía: «SOCIEDAD DE TERRITORIOS OCCIDENTALES». Una vez dentro, se enteraron que por unas cuantas botellas de vodka podían hacerse con nuevos documentos de identidad, que les permitirían establecerse en los territorios alemanes prometidos a Polonia en Yalta. Jan sospechó que se trataba de una pandilla de truhanes. Así era, en efecto, pero también se enteraron de que por alguna razón desconocida, los rusos aceptaban aquellos documentos de identidad.

Al día siguiente, los dos jóvenes provistos de sus nuevos documentos de identidad, se aproximaron a un puente que cruzaba el Oder. Los detuvieron en un puesto de control ruso, y los llevaron junto con otros a un vallado que se encontraba al este del río. Allí dijeron a un oficial de la NKVD que habían sido enviados por la Sociedad de Territorios Occidentales para organizar el establecimiento de colonos en Neisse, una antigua ciudad alemana situada a unos sesenta kilómetros al oeste del río del mismo nombre, cerca de la frontera checa. Los rusos creyeron su historia, y les dieron un salvoconducto que les permitía viajar en cualquier vehículo soviético. Mediada la tarde, los dos muchachos volvían a dirigirse hacia el oeste, y cruzaban el Oder en un camión ruso. Al anochecer el camión se detuvo cerca del puente que daba acceso a la carretera de Neisse, y les dijeron que se apearan. Al encaminarse hacia el puente alcanzaron a ver la ciudad en llamas, al otro lado del río, y oyeron también varias ráfagas de ametralladoras.

En el puente había dos puestos de control. Pasaron libremente el primero, pero les detuvieron en el segundo, donde les dijeron que allí se hallaba la nueva frontera entre Polonia y Alemania. Jan señaló hacia la ciudad incendiada —conocida como la Roma de Silesia— e inquirió si podía contribuir a salvar los históricos edificios de Neisse, ciudad que iba a formar parte de la nueva Polonia. Este argumento satisfizo de tal modo a un comandante ruso, que no solo ordenó que les franquearan el paso, sino que mandó a un teniente y un soldado que los acompañasen. Mientras se encaminaban a la ciudad, el soldado raso, un hombre joven y fornido, les dijo:

—He sido oficial, pero me degradaron por matar a otro oficial que estaba violando a una muchacha.

Jan sospechó que se trataba de un miembro del NKVD que actuaba como espía, pues el teniente ruso le trataba con gran respeto.

En la ciudad, el pequeño grupo trató de reclutar soldados para apagar los

incendios, pero todos ellos se hallaban ocupados en saquear los domicilios. Los rusos vagaban borrachos por las calles, disparando a sus propia imágenes, reflejadas en los cristales de las ventanas.

—¡Los comunistas no actuamos como bestias salvajes! —gritaba en vano el fornido soldado soviético—. ¡Vosotros sois comunistas, lo mismo que yo, y no debéis incendiar una ciudad polaca! ¡Ellos y nosotros somos hermanos!

Sin ayuda alguna, los cuatro consiguieron al fin salvar unos pocos edificios durante la agotadora noche, y al amanecer el viejo frac de Jan estaba literalmente hecho jirones. El soldado ruso proporcionó nuevos trajes a los dos polacos, y les entregó unas escarapelas rojas y blancas, para que no los matasen por error.

Por la noche, los llevaron a un rancho de oficiales, donde se celebraba una fiesta, y allí fueron presentados como representantes del «primer Gobierno polaco». Jan tomó asiento entre dos agraciadas muchachas, oficiales del Ejército Rojo, que hablaban un polaco inteligible, pero que se mostraron muy atentas.

Mientras comían, siete músicos —prisioneros civiles alemanes, cada uno de ellos con un brazalete que decía «músico»—, interpretaron algunas piezas populares occidentales. Después de la cena, se inició una extraña diversión. Los hombres comenzaron a bailar solos, o bien entre sí, pero rara vez con las muchachas. El entretenimiento prosiguió con renovado vigor hasta las tres de la mañana, y para aquel entonces los dos jóvenes polacos estaban tan imbuidos de su papel, que casi se lo creían ellos mismos.

Cuando se hizo de día, comprendieron que lo mejor era marcharse mientras aún tenían ocasión, pero antes de que llegaran al extremo occidental de la ciudad, dos coches se aproximaron a ellos, seguidos de un camión lleno de soldados que agitaban banderas polacas. Uno de los coches se detuvo, y de él bajaron las dos mujeres oficiales, vestidas ahora de calle. Ante la consternación de Jan, una de ellas le habló en correcto polaco.

—Nos alegra que se encuentren aquí —manifestó la muchacha—. Hemos venido para establecer el primer grupo de autoridades comunistas.

Luego presentó a los que iban en el coche como camaradas del Partido, y preguntó si podían ayudarles en algo.

El amigo de Jan pensó con rapidez, y manifestó:

—Pertenecemos al departamento de cultura, y nuestra tarea es salvar los edificios de valor artístico y los museos.

Esta añagaza pareció lógica a los comunistas, pues no tardaron en instalar a los dos jóvenes en un despacho, proporcionándoles también un camión y un

permiso para viajar hasta la frontera de Checoslovaquia, a fin de recuperar piezas valiosas de museo. Incluso les facilitaron cómodo alojamiento en un yate fondeado en el río. Todo lo que tenían que hacer, desde entonces, era descansar y esperar la hora de la victoria.

3

El rumor que Jan había oído, acerca de una contraofensiva alemana junto a la frontera checa, no carecía de fundamentos. Hitler estaba planeando, efectivamente, una ofensiva relámpago bien al sur, en Hungría concretamente, donde los rusos se preparaban a su vez para atacar la ciudad de Viena. Hitler tenía esperanzas de evitarlo atacando el primero, y ordenó a los Ejércitos Panzer Primero y Sexto que lanzasen una ofensiva desde el lago Balaton hasta un punto del Danubio situado al sur de Budapest, con el fin de dividir el Tercer Frente ucraniano del mariscal Tolbukhin en dos partes. Los alemanes se dirigían entonces sobre el norte, y aplastarían al Segundo Frente ucraniano del general Malinovsky. Como puede verse, la tarea del Sexto Ejército Panzer, mandado por el excéntrico general de las SS Sepp Dietrich, era sencilla, aunque descabellada al mismo tiempo. En un reciente y vano intento por salvar a Budapest, que se hallaba cercada, su ejército había perdido al menos el treinta por ciento de los tanques y de la infantería. Y ahora se proyectaba que avanzase más allá del Danubio.

El 3 de marzo uno de los hombres que iba a dirigir el ataque, el SS *obersturmbannführer* (teniente coronel) Fritz Hagen[19] fue a reconocer las posiciones de sus efectivos. Estaba lloviendo en esos momentos, y el joven Hagen, que era uno de los comandantes de carros de asalto más enérgicos del Waffen SS, y había ganado varias condecoraciones, dijo a su chófer que detuviera el vehículo. Señaló entonces hacia el vasto cenagal que se extendía ante ellos, y declaró a sus acompañantes:

—Señores, estamos ahora ante nuestro campo de batalla. Todos se echaron a reír, pero en seguida comprendieron el sarcasmo de Hagen.

En cuanto este hubo regresado a Veszprém, llamó por teléfono al cuartel general del Cuerpo y manifestó:

—Lo que yo tengo son tanques, no submarinos. Tómenlo como les parezca,

pero no pienso hacerlo.

—Tenga calma —le dijeron—. Estamos procurando solucionar ese obstáculo.

El cuartel general informó acerca de las desfavorables condiciones del tiempo al comandante del Grupo de Ejército Sur, general Otto Woehler, el cual prometió hablar a Hitler de un posible aplazamiento del ataque. Se ordenó a Hagen que trasladase sus tropas a las proximidades del punto de ataque, y que esperase allí hasta conocer la decisión del Führer. Sin embargo, el tiempo no era el único problema que tenía Hagen. A su izquierda, dos oficiales soviéticos se habían rendido a un alemán, el teniente Erich Kernmayr. Uno de los rusos era ucraniano, el otro, oriundo del Uzbekistán, era un ardiente comunista que creía que Stalin había traicionado a Marx y a Lenin, volviéndose imperialista. En cuanto al primero, manifestó hallarse harto de bolcheviques. Ambos revelaron que unos tres mil vehículos blindados soviéticos se hallaban preparados para atacar en masa.

Si no se aplazaba el ataque del Sexto Ejército Panzer, los alemanes serían aplastados en esa rara posibilidad que teme todo militar: un encuentro en que dos grandes fuerzas de asalto chocan con tremendo impacto.

Kernmayr acompañó personalmente a los dos rusos hasta el cuartel general del Grupo de Ejército Sur, pero el oficial de Inteligencia de Woehler, *oberstleutnant* (teniente coronel) conde Von Rittberg, no compartía su alarma. Rittberg dijo que el hecho era «muy interesante» y «que hablaría de ello al general durante la comida». Las horas pasaron mientras Kernmayr esperaba. Entretanto, Rittberg cabalgaba, jugaba al ajedrez y asistía a una fiesta de cumpleaños. Era casi de noche cuando regresó.

—El general se ha mostrado muy interesado por el relato de usted —dijo alegremente—. Verdaderamente interesado. Salude en mi nombre al general Gille.

Como Rittberg observase el gesto de consternación de Kernmayr, preguntó:

—¿Hay algo más?

—Pero ¿qué vamos a hacer? ¿Qué debo informar? Comprenda que se trata de una amenaza sumamente peligrosa sobre nuestro flanco.

—Mi querido amigo —manifestó el conde Rittberg—, no se preocupe. Tienen ustedes al 25.° de húsares húngaros…

Kernmayr le recordó que los húngaros solo disponían de dos ametralladoras por cada compañía.

—Todo está previsto, querido amigo. El Grupo de Ejército procederá según convenga —concluyó Rittberg.

Pero, lo cierto es que nada se hizo, y el 4 de marzo Hitler ordenó a Woehler por radio que comenzase la ofensiva según se había planeado. Al día siguiente, las tres divisiones de tanques que encabezarían el ataque de Dietrich, se situaron en sus posiciones, seguidas de dieciséis divisiones que irrumpirían por la brecha. Una frase se divulgó entonces de unidad en unidad: «¡Regalar al Führer los pozos de petróleo rumanos, para su cumpleaños!».

A medianoche el grupo de batalla de Hagen se aproximó a su punto de partida. Los tanques, con el agua hasta la parte inferior de la carrocería, avanzaban lentamente mientras la infantería seguía en silencio y en fila india, a través de la intensa oscuridad reinante. Un gris amanecer reveló después las planicies cubiertas de agua. De pronto, las granadas de los cañones alemanes silbaron sobre sus cabezas en un atronador bombardeo. Los atacantes se miraron con orgullo, y en ese momento la artillería rusa inició a su vez tal fuego que eclipsó por completo el de los germanos. El espectáculo era aterrador y mortífero. Los infantes germanos se vieron atrapados, e incapaces de cavar hoyos en el cieno, quedaron muertos o heridos en su mayoría.

Hagen llamó por teléfono a sus comandantes sugiriendo que no se atacase a las ocho de la mañana, como estaba previsto, sino que se hiciese lo más pronto posible, pues no tenía idea de lo que podía ocurrir más tarde. Los puestos de observación húngaros, instalados sobre plataformas de madera, informaron que no alcanzaban a divisar nada. De todos modos, Hagen dio la orden de poner en marcha los motores de los tanques, pero ninguno arrancó, ya que el combustible se había mezclado con el agua. Algunos voluntarios se arrastraron debajo de los carros de asalto, reteniendo la respiración cuando el agua helada sumergía sus cabezas, y vaciaron la gasolina aguada en los depósitos, en tanto que otros soldados recorrían la zona en busca de más combustible. Al mediodía, el grupo de batalla de Hagen, provisto de nueva gasolina conseguida casi a punta de pistola, de otra unidad, puso en marcha sus motores, disponiéndose a iniciar el ataque.

4

A las nueve de la noche del 4 de marzo, recibió un norteamericano, por vez primera, la orden de cruzar el Rhin, si ello era posible. El coronel Edward Kimball, del Comando de Combate B, perteneciente a la 8.ª División Blindada, recibió la orden de tomar Reheinberg, una pequeña ciudad situada a solo tres kilómetros del río, en el extremo norte de la línea de Simpson.

—Siga adelante —le ordenaron—, y si la situación no es muy comprometida en Rheinberg, cruce el Rhin y establezca una cabeza de puente en la otra orilla.

Kimball tenía que tomar Rheinberg en la noche del día siguiente, antes de que los alemanes se diesen cuenta del ataque. El coronel americano estaba impaciente por avanzar. Era la primera vez que tenía preferencia en unas operaciones.

Bajo la grisácea luz del amanecer, los primeros efectivos pasaron a través de la línea defendida por la 35.ª División de Infantería, rumbo a Kamp-Lintfort, a trece kilómetros hacia el Noroeste. A otros ocho kilómetros más adelante se encontraba Rheinberg. Encabezaba el ataque la Fuerza de Combate Roseborough, que era esencialmente una unidad de infantería, y que tenía por misión apoderarse de Kamp-Lintfort y avanzar hasta Rheinberg. Por su parte, la Fuerza de Combate Van Housten, unidad acorazada, seguiría a la primera y tendría como objetivo la ciudad de Rheinberg. El optimismo era general entre los americanos, pues según informes fidedignos, entre ellos y el Rhin solo había trescientos desmoralizados soldados germanos. Por la noche podían estar haciendo historia.

La Fuerza de Combate Roseborough encontró escasa resistencia en Kamp-Lintfort, pero a las tres en punto llegaron a Kimball noticias inquietantes del frente: el capitán Tucker, comandante de las tropas de reconocimiento, informó que «se había desatado el infierno» cuando sus hombres se aproximaban a Rheinberg. Era evidente que la pequeña ciudad se hallaba defendida por algo más que por trescientos soldados y tres baterías. Kimball pensó que era ya demasiado tarde para solicitar un ataque aéreo. La única solución residía en efectuar un rápido y demoledor asalto con los tanques apoyados por la infantería. Kimball manifestó entonces al teniente coronel Van Houten haber encontrado una inesperada resistencia en Rheinberg, y le ordenó que cruzase con el grueso de sus fuerzas a través de las atascadas unidades de reconocimiento, para avanzar y apoderarse luego de la ciudad. No tardó Van Houten en hallarse cargando, por la llanura, con sus tanques. Sin embargo, el terreno no era apropiado para los carros de asalto, ya que había numerosos canales que

recorrían sinuosamente el suelo, y solo se observaban escasos bosquecillos, que apenas si ocultaban la maniobra de ataque.

Pocos minutos más tarde, Van Houten se aproximó al hombre que le había informado acerca de las dificultades surgidas en Rheinberg, el capitán Tucker.

—Duplique los efectivos de reconocimiento, y siga atacando —ordenó Van Houten.

Tucker se dirigió hacia el Este, y casi en seguida atrajo el fuego del enemigo. Pero él contestó y prosiguió adelante. Van Houten le vio dirigirse hacia el Norte, y le ordenó por radio:

—¡Siga hacia la derecha!

—¡Estoy matando alemanes a derecha e izquierda! —fue la contestación de Tucker.

Pero los infantes ya no se hallaban detrás de él, y al cabo de media hora sufrieron los embates del fuego enemigo. Cuando Van Houten lo observó, ordenó a Tucker que colocase sus tanques delante de la infantería.

—Diríjase hacia Rheinburg y ataque desde el Sudoeste —añadió Van Houten.

Tucker hizo lo que le ordenaban y avanzó sobre la ciudad bordeando un canal, con los infantes encaramados sobre los tanques, hasta que tuvieron que bajarse a causa del intenso fuego antitanque y de morteros.

A su derecha, la compañía B también estaba atacando Rheinberg. El capitán David Kelley dirigía esta columna en un rápido avance hacia los suburbios del sur de la ciudad. Era un pequeño distrito de calles sinuosas y antiguos edificios rodeados por los restos de una vieja muralla. En cuanto el fuego antitanque comenzó a estallar por todas partes, Kelley retrocedió para reunir a su compañía que, algo desconcertada, se había dispersado a lo largo de la carretera.

—¿Puedo mantener mi posición en este lugar? —preguntó por radio a Kimball, y añadió que necesitaba ayuda de la infantería, antes de intentar de nuevo el asalto de la ciudad. Solo le quedaban siete tanques. Kimball se mostró de acuerdo. Un momento más tarde Van Houten llamó a Kimball para decir que no deseaba que los tanques penetrasen en el mismo casco urbano de Rheinberg. Dos habían sido ya alcanzados y estaban bloqueando la carretera. Agregó que enviaba a su ayudante, el comandante Edward Gurney, con los tanques ligeros de otra compañía, a que realizase el asalto de la ciudad por el Oeste.

Había transcurrido un cuarto de hora escaso cuando Kimball recibió una llamada desesperada del mismo Gurney, que manifestó haber perdido nueve

tanques y dijo que quedaría aniquilado si no recibía pronto auxilio. Kimball reunió rápidamente cuantos infantes pudo encontrar, y los hizo subir a varios camiones.

—¡Por Dios, consiga alguna ayuda! —gritó por teléfono Kimball a su ayudante, y saltó al vehículo que tenía más cerca. Llegaron hasta un puesto volado y Kimball ordenó a sus hombres que le siguieran, tras lo cual comenzó a avanzar a pie, entre un denso fuego de morteros, *bazookas* y fusiles. Delante vio un espectáculo estremecedor: nueve tanques de Gurney estaban en llamas, con cadáveres colgando de las escotillas, como si aún estuviesen tratando de escapar.

Kimball siguió avanzando a pie hasta llegar a donde se encontraba Gurney, el cual estaba preparando otro ataque contra Rheinberg con los dieciocho tanques que le quedaban. Kimball hizo señales a sus hombres con los brazos, y subió a una de las tres camionetas que conservaba Gurney. La caravana se dirigió hacia Rheinberg, mas por el camino unos soldados alemanes ocultos en nidos de ametralladoras situadas a ambos lados de la carretera abrieron fuego cruzado sobre los vehículos con *bazookas* y ametralladoras. Kimball saltó de la camioneta y trepó a uno de los tanques ligeros.

—Adelante, siga a los otros tanques —ordenó al conductor del carro de asalto.

Tres tanques, que aún seguían hacia Rheinberg, eran los únicos vehículos que continuaban avanzando, pero luego de solo quinientos metros, una granada de 88 mm. dejó al tanque de Kimball fuera de combate. El y el conductor saltaron del vehículo cuando comenzaba a humear, y eludiendo el fuego de ametralladoras se lanzaron hacia una zanja.

Los supervivientes de los efectivos de Gurney también se hallaban en la misma zanja, con su comandante, que estaba herido en el vientre. Eran las 16:30, cuando alguien exclamó:

—¡Si queréis salir con vida, huid de este infierno!

Kimball vio una granja a unos cincuenta metros de distancia. Corrió hacia ella, seguido de un soldado. Una granada estalló a pocos pasos de Kimball, el cual se arrojó al suelo, lo mismo que el soldado que le seguía. Echaron otra carrera entre el fuego de las ametralladoras, y se introdujeron en la casa por una ventana del sótano.

Una vez en el interior, el soldado encendió un cigarrillo y se lo entregó a Kimball, mientras ambos recuperaban el aliento.

—Gracias a Dios, nos hemos salvado, coronel —comentó el soldado.

—Eso creo —contestó Kimball, moviendo significativamente la cabeza.

A unos cuarenta y cinco kilómetros por el Sur, Hodges también se aproximaba al Rhin y a Colonia, la cuarta ciudad en importancia de Alemania. En el curso de dos semanas, el teniente general J. Lewton Collins, del 7.° Cuerpo, había procurado satisfactoria protección al flanco derecho de Simpson, y simultáneamente encabezó un ataque del Primer Ejército hacia el Rhin. La operación se inició con miras modestas, pero su desarrollo fue tan halagüeño, que Hodges dio plena libertad de acción al impetuoso Collins, a quien sus hombres apodaban «el rayo Joe». Dos de las divisiones de Collins, la 104 de infantería, y la 3.ª acorazada, convergían en esos momentos con tal implacable eficacia, que el 71.° Cuerpo alemán se veía obligado a retirarse en medio de un total confusión. Su comandante, el general Friedrich Koechling, solo tenía bajo su mando en aquel momento dos divisiones maltrechas, la 9.ª Panzer y la 363 de infantería. Las avanzadas de la 3.ª División Acorazada americana iniciaron el ataque contra el puesto de mando adelantado de Koechling, a unos trece kilómetros al norte de Colonia. El general alemán observó los restos de la 9.ª Panzer, desbordados por el avance de los tanques americanos, y al fin se vio obligado a evacuar su propio puesto de mando. Bajo el fuego enemigo, Koechling recorrió en automóvil varios kilómetros, hasta llegar a Merkenich. En la bodega de una cervecería halló al comandante de la 9.ª División Panzer, el cual anunció que su división retrocedía en forma más o menos ordenada. Pero no había noticia alguna acerca de la División 363.

Poco después del mediodía, Koechling se retiró hasta Colonia, instalándose en un *bunker* situado a un kilómetro al norte del puente de Hohenzollern. A continuación se hizo cargo de la defensa de la ciudad. En el centro de Colonia casi todos los edificios se hallaban derruidos, pero milagrosamente las torres gemelas de su famosa catedral aún seguían apuntando al cielo. El templo había sido salvado por un enemigo, el general Collins, quien prohibió que sus torres fueran utilizadas como punto de referencia de la artillería americana.

El anterior comandante de la ciudad dijo a Koechling que la situación local era desesperada, ya que no había fuerzas ni equipo para defender la urbe, a excepción de unos pocos efectivos Volkssturm. Mientras se hallaban hablando, el *gauleiter* local irrumpió en la estancia y gritó:

—¡Hay que defender a Colonia hasta el fin! ¡La Volkssturm puede detener a

los tanques americanos con *bazookas*!

Los militares observaron divertidos mientras el funcionario iba de un oficial a otro rogando, exigiendo y al fin amenazando. Después de este extraño comportamiento, el *gauleiter* pidió a Koechling que se trasladase a su propio puesto de mando, pero Koechling se negó a hacerlo. Más tarde, de los mil doscientos componentes del «selecto» cuerpo de la Volkssturm, que había prometido el *gauleiter*, solo se presentaron sesenta.

Al día siguiente, cuando las unidades de la 104.ª división norteamericana se acercaban al centro de la ciudad, Koechling fue relevado de su mando y detenido, probablemente por instigación del *gauleiter*. Pero antes de abandonar su puesto, Koechling escribió un crudo informe, pronosticando que «en cuestión de horas» la ciudad y el gran puente de Hohenzollern que cruzaba el Rhin, caerían en poder del enemigo. Siguió diciendo que a causa de la desesperada situación que reinaba al oeste del Rhin, «la voluntad de lucha ha dado paso a la resignación y la apatía por parte del mando, así como de las mal pertrechadas tropas…». Koechling firmó la nota y se colocó bajo la custodia de su jefe de Estado Mayor. Los dos cruzaron el Rhin, y Koechling fue detenido para ser juzgado por negligencia en el deber y posible traición.

No sorprendió a los americanos cuando el puente de Hohenzollern saltó en pedazos ante la llegada de sus tropas, pero lo que sí les llenó de asombro fue la conducta totalmente inesperada de los habitantes de la ciudad. Desafiando el fuego de los soldados germanos, aún escondidos en algunas casas, millares de civiles alemanes salieron de sus domicilios para recibir a los norteamericanos, no como invasores, sino como libertadores.

Algunos se mostraron muy explícitos al acusar a Hitler, y uno de ellos, que vestía unos pantalones raídos y una camisa desastrada, dijo al corresponsal Iris Carpenter:

—¡Les estábamos esperando desde hace mucho tiempo!

Luego, en la derruida plaza en la que se alzaba el teatro de la ópera, los alemanes señalaban burlonamente hacia un letrero que decía, en alemán e inglés:

«Dadme cinco años y no reconoceréis a Alemania.

»Adolf Hitler».

Capítulo tercero

«¿Y si me estalla en la cara?»

1

El Rhin, que no había sido cruzado por invasor alguno desde la época de Napoleón, era considerado desde hacía mucho por los aliados como la última gran barrera que les separaba del corazón de Alemania. Durante los meses en que se trabaron los planes para cruzarlo, nadie pensó seriamente en la posibilidad de encontrar un solo puente intacto. Aquello era totalmente absurdo.

Y siguió pareciéndolo, hasta el 2 de marzo, en que el Noveno Ejército de Simpson se acercó al río, y su 83.ª división se enteró de que unos veinticinco kilómetros adelante había un puente intacto que conducía a Düsseldorf. Se organizó inmediatamente una fuerza especial, con tanques pintados de modo que pareciesen alemanes, y al anochecer el grupo de carros de asalto, en el que iban soldados que hablaban perfectamente el alemán, inició la marcha seguido por efectivos de infantería.

Los norteamericanos pasaron fácilmente a través de las líneas enemigas, sin ser molestados, y siguieron dieciséis kilómetros adentro, cruzándose en algunas ocasiones con tropas germanas que marchaban en sentido contrario.

Al amanecer la fuerza especial pudo divisar el puente, pero en ese momento un soldado alemán que iba en bicicleta, detrás de una columna de tropas, reconoció los uniformes americanos. Estos eliminaron rápidamente la columna alemana, pero al momento una sirena comenzó a difundir la alarma. Cuando el

primer tanque americano avanzaba hacia el puente, se produjo una gran explosión, y del río se elevaron cuatro columnas de agua. Cuando desapareció la humareda, la mayor parte del puente había desaparecido.

A su vez, el 3 de marzo, la Segunda División Acorazada de Simpson se acercó aún más para tratar de apoderarse de un puente sobre el Rhin, situado veintitrés kilómetros al norte de Düsseldorf. Además de acelerar en varias semanas el avance de Montgomery hacia Berlín, la captura del puente causaría al Führer un gran disgusto, ya que el mismo llevaba su nombre. El coronel Sidney Hinds, del Comando de Combate B, de la Segunda División Acorazada, expuso su plan al capitán George Youngblood, del 17.° Batallón de Ingenieros Blindados: una compañía de infantería perteneciente a la Fuerza Especial Hawkins avanzaría rápidamente por el puente Adolf Hitler y pondría fuera de combate a los centinelas alemanes de la otra orilla, mientras que los ingenieros de Youngblood procedían a desarmar las cargas explosivas colocadas en el puente. Era una jugada con pocas probabilidades de éxito, pero Hinds comprendió que había que intentarla.

La primera unidad de la Fuerza Especial Hawkins, integrada por la sección de tanques del teniente Peter Kostow, llegó al Rhin hacia el mediodía. Ante Kostow se hallaba el gran puente Adolf Hitler, de tres arcos, que medía unos quinientos metros de largo. Las granadas estallaban en las proximidades de los extremos del puente. Durante quince horas y media, el 92.° batallón de artillería acorazada había conseguido impedir que los alemanes volasen el puente. Kostow bajó de su carro de asalto, y antes de que los alemanes que se hallaban al otro lado se dieran cuenta, corrió hacia el puente y comenzó a cruzarlo, al tiempo que aumentaba su excitación con cada paso que daba. Kostow fue el primer aliado que cruzó el Rhin. Se trataba de un momento histórico, pero él solo estaba interesado en regresar para decir a Hawkins que el puente se hallaba intacto.

Cierto es que el puente estaba incólume, pero los alemanes estaban dispuestos a defenderlo a toda costa. Los primeros cuatro tanques que envió Hawkins fueron destruidos antes de que llegaran al puente. Después se enviaron dos batallones de infantería, que alcanzaron el puente, pero fueron eliminados por el fuego concentrado desde la orilla. Avanzó entonces otro grupo de tanques, los cuales se vieron detenidos por un gran embudo de granada, de unos cinco metros de diámetro, que se hallaba en la mitad de la carretera.

En cuanto oscureció, el teniente Miller, del 41.° Regimiento de Infantería, comenzó a avanzar para inspeccionar el puente. La noche era oscura, sin luna.

Rodeó el orificio de la carretera y se dirigió hacia el extremo occidental del puente. Como Kostow, cruzó hacia la orilla oriental, donde el alquitrán de la carretera estaba ardiendo a causa de los disparos de la artillería norteamericana. De pronto, de una casa vecina partieron una serie de disparos, y Miller retrocedió corriendo hacia la orilla occidental. De pronto se produjo una explosión, que fue seguida un momento después por otra, la más potente que Hawkins había oído jamás. Pensó que los alemanes habían volado el puente, pero estaba demasiado oscuro para ver lo que pasaba, por lo que ordenó a tres soldados que examinasen la estructura del puente para ver si aún estaba en buenas condiciones.

El capitán Youngblood decidió que no podía esperar por la infantería, y se encaminó hacia el puente con sus ingenieros. Dejó tres soldados a retaguardia, y condujo a los otros entre la oscuridad, que solo se veía atenuada por las explosiones de las granadas americanas y alemanas. Varias ráfagas cayeron sobre el puente, pero los ingenieros se arrastraron hacia adelante, cortando todos los cables que encontraban e inspeccionando los pilares y las uniones. En la orilla oriental vieron también arder el alquitrán de la carretera, y a continuación emprendieron el regreso. El puente estaba intacto. Aún había una oportunidad de hacer cierto lo que parecía imposible.

Mientras Hawkins reorganizaba a sus hombres para el ataque del amanecer, los alemanes se arrastraron a su vez por el puente y trabajaron febrilmente para reemplazar los cables de demolición cortados. Poco antes del alba se dejó oír una tremenda explosión, a la que siguieron otras más. Los americanos, que se aprestaban a iniciar el ataque, se detuvieron atemorizados, y vieron cómo la mitad oriental del puente se estremecía, derrumbándose luego sobre la corriente del río.

De todos los puentes que aún quedaban en pie sobre el Rhin, el que menos interesaba capturar era, como es lógico, el menos valioso. Durante los extensos preparativos para el ataque del Rhin, el puente ferroviario de Ludendorff, situado en Remagen, a ochenta kilómetros al sur de Düsseldorf, era uno de los que nunca había sido mencionado como posible punto de cruce. Las carreteras que llevaban hacia Remagen desde el Oeste eran deficientes, y una vez al otro lado del puente, los invasores tendrían que vérselas con un talud de basalto de doscientos metros de altura. Además de esto, durante una extensión de unos veinte kilómetros, se

veían montes boscosos, atravesados por caminos poco transitables, que hacían casi imposible el avance de las unidades acorazadas. Pero la captura de cualquier puente sobre el Rhin constituiría una de las grandes hazañas militares de la guerra, por lo que el 4 de marzo, el general Hodges discutió esta posibilidad con el general John Millikin, comandante del Tercer Cuerpo. Las probabilidades eran muy remotas, ya que después del episodio de Urdingen los alemanes estarían más alerta que nunca.

El oponente de Hodges, general Gustav von Zangen, se hallaba sumamente preocupado por tal amenaza. Tuvo un presentimiento. Su Ejército, el 15.°, retenía con éxito una extensa sección del muro occidental, a unos cuarenta kilómetros al oeste de Remagen. Pero su vecino del Norte, el Quinto Ejército Panzer, había tenido que retroceder hasta el Rhin, dejando una brecha entre ellos de unos noventa y seis kilómetros. Zangen presentía continuamente que Hodges irrumpiría por su sección para apoderarse del puente de Ludendorff desde atrás. Por consiguiente, habló a su comandante de grupo de ejército, el mariscal de campo Walther Model, acerca de esta posibilidad, y le pidió permiso para retirar tres de sus divisiones del muro occidental para taponar la brecha. Fiero y competente, Model era un celoso discípulo de Hitler, y estaba resuelto a cumplir a toda costa su orden de defender cada palmo de tierra hasta el último momento.

—¿Cómo puede usted justificar un movimiento tan importante de tropas? —inquirió Model, severamente.

—Los americanos tendrían que ser imbéciles si no aprovechasen la ventaja que les proporciona esta brecha, y no hicieran avanzar los carros de asalto hasta el Rhin. Creo que se lanzarán sobre este valle como la riada de una inundación.

—Eso es absurdo —replicó secamente Model, pensando que solo un necio cruzaría por aquel punto tan escarpado—. Ninguno de sus efectivos será retirado del muro occidental, general. Sin embargo, algo interesante debió de encontrar Model en el razonamiento de Zangen, ya que un momento más tarde manifestó:

—En realidad, no creo que ocurra nada si se debilita un poco el muro occidental.

Alentado por estas palabras, Zangen sugirió que se enviasen también algunas tropas al puente de Ludendorff, para fortalecer sus débiles defensas.

—No debe usted pensar tanto en la retaguardia —contestó Model ásperamente, de nuevo, prohibiéndole que enviase un solo hombre a Remagen.

Zangen regresó resignado a su puesto de mando, donde se enteró de que una de las avanzadas de Hodges había tomado Colonia, mientras la otra se dirigía

rápidamente hacia la brecha que estaba a su derecha. Zangen decidió arriesgar su carrera, y tal vez su vida, desobedeciendo las órdenes recibidas. Mandó entonces que su flanco derecho, el 67.° Cuerpo del general Otto Hitzfeld, retrocediese hacia el Nordeste y se abriese paso hasta Bonn, a unos veinticuatro kilómetros al norte de Remagen, donde establecería contacto con el Quinto Ejército Panzer. Esto cerraría el camino que llevaba a Remagen.

Ante la sorpresa de Zangen, Model no se irritó, y llegó incluso a prometer que lanzaría un ataque desde Bonn, con una unidad del Quinto Ejército Panzer, a fin de encontrarse con Hitzfeld. Por vez primera en una semana Zangen suspiró aliviado. Si la maniobra de Hitzfeld no conseguía parar a Hodges, al menos le detendría durante unas jornadas, y daría al comandante de la segunda línea de defensa, *generalleutnant* (general de división) Walther Botsch, la ocasión de fortalecer los efectivos de Remagen.

Botsch se sintió tan apesadumbrado acerca de lo del puente de Ludendorff como el mismo Zangen, y llegó a arrancar a Model la promesa de que enviaría refuerzos a las defensas de Remagen. Pero antes de que llegasen tales refuerzos, Botsch fue transferido sumariamente por Model. El mando directo del puente de Ludendorff se hallaba ahora en manos del general Von Bothmer, para el cual lo importante era defender Bonn, el lugar donde había nacido Beethoven, en tanto que Remagen ni siquiera merecía que se le efectuase una visita personal. Por el contrario, Bothmer envió a un oficial de enlace que desconocía la zona, y que sin sospecharlo se aproximó hacia la unidad norteamericana que se hallaba más cerca de Remagen.

Esta era la 9.ª División Acorazada, que mandaba el general de división John Leonard. Model, por error, creyó haber destruido esta unidad en la batalla del Bulge, pero en esos momentos era la avanzada que Hodges enviaba para que se encontrase con una columna de Patton procedente del Sur, en un gran movimiento envolvente destinado a cercar unos 250 000 soldados alemanes, incluyendo el conjunto del 15.° Ejército de Zangen. Leonard irrumpiría en Remagen y luego marcharía hacia el sur, por la margen occidental del Rhin, durante unos cuarenta y siete kilómetros, hasta encontrar la avanzada del general Patton en las proximidades de Coblenza.

Hacia el mediodía del 6 de marzo, la división de Leonard había penetrado por la brecha que existía entre los dos ejércitos alemanes, tal como había temido Zangen. Hacia la derecha avanzaba el Comando de Combate A, y a la izquierda, por el norte, el Comando de Combate B, mandado por el general de brigada

William Hoge. A las cuatro, Hoge avanzó con su unidad hacia la ciudad de Meckenheim, a diecinueve kilómetros de Remagen, y hacia su importante puente ferroviario, después de una rápida ofensiva, de dieciséis kilómetros. Hoge, que era un hombre sereno y lacónico, había hecho avanzar implacablemente a sus hombres la semana anterior, sacando partido de la debilidad que se apreciaba en la resistencia del enemigo.

—Si encuentran algo en el camino, es conveniente que lo aparten —dijo Hoge a sus comandantes de unidad—. Los batallones eludirán las ciudades, si se hace necesario… Consigan ayuda de los tanques mientras puedan, y háganlos avanzar en cuanto no observen fuego antitanque. Les iré dando los objetivos conforme vaya desarrollándose la operación.

Hoge consideraba que era el momento de sacar pleno partido de la situación. Nunca había pretendido que sus hombres le tuvieran un gran afecto, pero al menos deseaba que le respetaran. Graduado en West Point, lo mismo que dos hermanos y dos hijos suyos, había luchado en la misma división que Leonard y Hodges durante la Primera Guerra Mundial. Su actuación en la actual guerra fue sobresaliente: dirigió la descarga de suministros en Playa Omaha, durante el desembarco de Normandía, y luchó con valor en St. Vith, durante la batalla del Bulge. Otros menos capacitados que él, pero también menos sinceros, le habían dejado atrás en el escalafón militar.

Hoge mandó llamar a su oficial de operaciones, comandante Ben Cothran, y le dijo que eligiese una buena carretera para llegar a Bonn, a veinticuatro kilómetros al norte de Remagen. Se encargó al Comando de Combate A, situado a la derecha, que tomase Remagen y luego se dirigiese hacia el sur. Pero a las seis, Hoge hizo saber a Cothran que los planes habían cambiado, y que debía esperar a recibir nuevas órdenes. El agotado Cothran, antiguo editor del *Journal,* de Knoxville, que había pasado casi una semana sin dormir, se derrumbó sobre su catre.

Pocas horas después Leonard recibió una llamada telefónica de su inmediato superior, el general Millikin, del Tercer Cuerpo. Ambos hablaron de la misión que debería desempeñar Leonard al día siguiente, y en un momento de la conversación, Millikin dijo, como al azar:

—¿Ha visto esa pequeña franja oscura que es el puente de Remagen? Pues bien, si consigue usted tomarlo, su nombre se cubrirá de gloria.

Millikin colgó el auricular y no tardó en olvidar lo que había dicho. Todo militar trataba siempre de apoderarse de un puente, pero no creía que allí

surgiera realmente esa ocasión.

2

El comandante de la compañía de seguridad del puente, *hauptmann* (capitán) Willi Bratge, se hallaba también al teléfono, procurando reforzar sus endebles defensas. En teoría contaba con más de un millar de hombres: 500 Volkssturm, 180 miembros de las Juventudes Hitlerianas, 120 voluntarios rusos, unos 220 soldados de las baterías antiaéreas y de los cohetes, y su propia compañía, integrada por 36 hombres.

Bratge era un hombre severo y minucioso, antiguo maestro, que en 1924 se vio forzado a ingresar en el ejército a causa del desempleo. Sabía que en caso de emergencia solo podía contar con sus treinta y seis hombres, pero estos en su mayoría se hallaban convalecientes de las heridas recibidas. De los miembros del Volkssturm, solo seis no habían huido, y muchos de los servidores de las baterías antiaéreas, situadas en el farallón que se alzaba a unos cien metros del extremo oriental del puente, habían desaparecido misteriosamente. Bratge trató de alzar trincheras de troncos en los accesos al puente, por el lado de Remagen, pero los airados vecinos de la ciudad invocaron un antiguo edicto que prohibía la destrucción de los preciados árboles germanos. Por raro que parezca, los superiores de Bratge no quisieron tomar cartas en el asunto.

Poco después, Bratge telefoneaba a un teniente de artillería llamado May, del cuartel general de Model, informándole que había terminado la tarea de colocar maderos sobre una de las dos vías del puente de Ludendorff, por lo que el mismo se hallaba ya en condiciones de permitir el paso de vehículos en dirección al Este.

Bratge pidió a continuación refuerzos urgentes, pues los americanos se hallaban tan cerca que llegaba a escuchar los disparos de los tanques.

—Los americanos no van a Remagen —dijo el teniente May, repitiendo las palabras de Model—. Se dirigen hacia Bonn. Luego restó importancia a los disparos escuchados por Bratge: debían proceder de alguna pequeña unidad americana que protegía un flanco del cuerpo principal.

—Soy militar desde hace tiempo —replicó Bratge, que había luchado en Polonia, Francia, Rusia y Rumania—, y le aseguro que estas no son fuerzas

pequeñas, sino importantes. Colgó Bratge el auricular, y lleno de desaliento se dirigió al exterior. Avanzó entre la niebla hasta el extremo occidental del puente, y allí se encontró con Karl Friesenhann, el capitán que mandaba los ciento veinte ingenieros cuya misión era destruir el puente en el último momento. Friesenhann, un hombre delgado, de mediana edad y pelo canoso, miraba en ese momento hacia el sur, donde se hallaba su ciudad, Coblenza. El cielo aparecía, en aquella dirección, enrojecido a causa de las llamas. Preocupado sin duda por la suerte de su familia, Friesenhann criticó ásperamente a Bratge por enviar a casi la totalidad de sus treinta y seis hombres a Viktoriaberg, la colina que se encontraba al oeste de Remagen, y le preguntó por qué no se hallaban abajo, protegiendo el puente. Bratge montó en cólera y contestó que sus hombres estaban apostados en la colina para señalar la aproximación de los americanos, a fin de que Friesenhann y sus ingenieros tuvieran tiempo de volar el puente. Ambos capitanes eran hombres bajitos, y se miraron fieramente, como gallos de pelea. La explicación no satisfizo a Friesenhann, pero este no tuvo otra alternativa que encogerse de hombros y alejarse del lugar.

Hitzfeld, que no había podido cerrar la brecha por la que la división de Leonard se estaba introduciendo, acababa de recibir una misión más: defender el puente de Ludendorff. Lo mismo que Zangen, comprendía la importancia que tenía el puente, y mandó llamar a su ayudante, el comandante Hans Scheller, al que consideraba un hombre capacitado y prudente. De todos los que tenía a su disposición, Scheller le parecía el más adecuado para enfrentarse con la crítica situación. Hitzfeld ordenó a Scheller que asumiese el mando de todas las fuerzas que defendían el puente, y que cuidase de los preparativos para su destrucción final.

—Si se hace necesario —agregó—, dé usted mismo la orden de volar el puente.

Scheller se sintió alborozado, y dijo inmediatamente a su ordenanza:

—Prepara en seguida el coche. ¡Esto me valdrá al menos una cruz de Caballero!

3

En el puesto de mando de Hoge, el coronel John Growdon —«Pinky», para sus hombres—, oficial de operaciones de Leonard, se presentó a las 2:30 de la madrugada con nuevas órdenes: a las siete de la mañana deberían desplazarse dos columnas hacia Remagen y Sinzig, ciudad esta situada a cinco kilómetros de la anterior. Growdon dijo también que no había órdenes especiales en relación con el puente de Ludendorff, a excepción de que debía de bombardearse con granadas de tiempo. Estos proyectiles estallarían antes del ataque americano, evitando que los alemanes cruzasen el puente, pero sin dañar seriamente su estructura.

Al amanecer del 7 de marzo comenzó a caer una llovizna sobre los soldados que limpiaban apresuradamente los escombros de las calles de Meckenheim, con objeto de que los carros de asalto de Hoge pudieran salir de la ciudad. El general reunió a sus comandantes a fin de darles instrucciones. Las fuerzas se dividirían en dos unidades especiales. El teniente coronel Leonard Engeman conduciría su 14.° Batallón de carros de asalto, y el 27.° Batallón de infantería acorazada, directamente hacia el este, hasta Remagen, a fin de apoderarse de la ciudad. La otra fuerza especial, integrada por el 52.° Batallón de infantería acorazada, al mando del teniente coronel William R. Prince, debía desempeñar presumiblemente una misión mucho más difícil. Prince tenía que atacar hacia el sur de Remagen para establecer una cabeza de puente sobre el río Ahr, tributario del Rhin, a cuyo fin debería apoderarse de la ciudad de Sinzig.

La fuerza especial de Prince inició su avance en el momento previsto, pero los escombros de la parte oriental de la ciudad detuvieron a los efectivos de Engeman, el cual no pudo partir hasta las 8:20 de la mañana.

Encabezaba las fuerzas un pelotón de la Compañía A, perteneciente al 27.° batallón de infantería acorazada, y detrás de él seguía un pelotón de M-26, los nuevos tanques «Pershing» de gran tamaño, armados con cañones de 90 milímetros.

Entretanto, Hoge se hallaba estudiando en Mackenheim un plano con una lupa luminosa, cuando se le acercó el general Leonard y le dijo:

—¿Qué tal va eso, Bill?

Hoge levantó la vista, con los ojos azules entrecerrados en un gesto característico.

—John, ¿qué le parece este puente sobre el río? —dijo al tiempo que trazaba un círculo alrededor del puente de Ludendorff.

—¿Qué sabe de ese puente?

—Su Servicio de Inteligencia no ha podido decirme si aún sigue en pie. Suponga que me encuentro con que este puente no ha sido volado. ¿Debo tomarlo?

—Desde luego —contestó Leonard, sin vacilar—. Crúcelo en cuanto pueda.

Al ver que Cothran, que se hallaba presente, se dirigía hacia la puerta, Leonard añadió:

—¿Adónde demonios va usted?

—Si Engeman tiene que cruzar ese puente, es mejor que alguien se lo diga —contestó Cothran, con su característico acento del sur—. No creo conveniente transmitirlo por radio. Estamos demasiado cerca de los «fritz».

Leonard hizo un gesto significativo. Como los demás, él también creía que había pocas probabilidades de adueñarse del puente.

—Está bien —dijo Leonard—. Vaya, y seguramente su nombre aparecerá en los periódicos.

—General, no deseo que aparezca mi nombre en los periódicos; solo quiero que termine esta maldita guerra, para regresar a casa.

4

Los vehículos que habían estado cruzando el puente desde el amanecer fueron todos inspeccionados por Bratge. Ya agotado y de mal humor, montó en cólera cuando vio a un grupo de soldados que arrastraban algunas baterías antiaéreas hacia el puente, en las últimas horas de la mañana. Estaban reemplazando los cañones que habían sido enviados a Coblenza para detener a las tropas de Patton. Por vez primera Bratge se dio cuenta de que el estratégico risco estaba casi desprovisto de baterías antiaéreas. Miró hacia la colina que había al otro lado del río, y gritó a los sudorosos hombres:

—¡Atención, se aproximan los americanos!

Luego se dirigió hacia su puesto de mando, situado a algunos cientos de metros del extremo occidental del puente. El día era sombrío, y Bratge se sintió extrañamente deprimido. Apareció entonces un oficial alto, de aspecto cansado, y dijo ser el comandante Scheller, nuevo comandante de combate de Remagen. Bratge creyó que traía los refuerzos que había pedido, y preguntó en qué lugar se

hallaban. Scheller dijo que no tenía idea de lo que le decía el capitán, por lo que este sospechó que era un espía, hasta que al fin Scheller le enseñó sus documentos. La preocupación inmediata de Scheller eran los preparativos para la destrucción del puente. Se colocaron setenta cargas explosivas en lugares estratégicos, y poco antes del mediodía los dos oficiales empezaron a unir las cargas a un cable principal conectado con el detonador, el cual estaba localizado en el túnel situado al otro lado del río.

Al mismo tiempo que se realizaban estas operaciones, la Fuerza Especial Engeman, de los americanos, atravesaba el pueblecillo de Bierresdorf, que se hallaba a cinco kilómetros de Remagen. La columna se dirigió entonces en línea recta hacia el este y penetró en los bosques de la meseta que dominaba el Rhin. Cerca de la vanguardia de la columna, el sargento del Primer Pelotón de la Compañía A sintió sospechas ante la extraña quietud que reinaba en el bosque, y para asegurarse de que no había nada raro disparó algunas ráfagas de fusil ametrallador contra los árboles. Era Carmine Sabia, un joven bajo y fornido, de veinticinco años, que procedía de Brooklyn. Se detuvo la columna, y Sabia, junto con otros nueve soldados de la Compañía A, saltó del camión en que viajaba y avanzó cautelosamente. Sabia se dirigió carretera adelante, y alrededor de las 13 horas llegó hasta una curva cerrada que se dirigía hacia la derecha. A continuación pudo ver ante él el magnífico panorama que ofrecían el sinuoso curso del Rhin y la ciudad de Remagen.

—¡Cielos, mirad eso! —gritó, y quedóse inmóvil, sin poder decir nada más. Por fin, preguntó al hombre que tenía más cerca—: ¿Sabes tú cómo se llama ese maldito río?

El sargento Joseph De Lisio se acercó para ver si podía echar una mano. Igual que Sabia, era bajo, robusto, usaba bigote y tenía veinticinco años, pero no era de Brooklyn, sino del Bronx. Cuando divisó el Rhin, también se quedó sin habla, a causa de la belleza del panorama. La guerra cesó en aquel momento para él. Pero pasados los primeros instantes de hechizo, advirtió hacia la derecha algo increíble: un gran puente con numerosos vehículos circulando sobre él. De Lisio pensó inmediatamente que se trataba de una trampa. Por lo general, no tenía miedo de nada. Por ejemplo, uno de sus métodos favoritos para descubrir a un tirador apostado consistía en salir a terreno abierto con una gran bufanda amarilla alrededor del cuello. Pero aquello del puente no le gustaba. Tenía la sensación de que en cuanto se hallasen sobre él, saltaría en pedazos por el aire. El descubrimiento hizo que el comandante de la compañía, segundo teniente

Karl Timmermann, y el jefe del pelotón, Emmet Burrows, se dirigiesen rápidamente hacia la curva de la carretera. Como los anteriores, ellos también se maravillaron ante el paisaje que se extendía a su vista. Al mirar hacia el puente con los prismáticos, pudieron ver que además de los vehículos circulaban por él vacas y caballos, conducidos por soldados. Burrows mandó llamar a su escuadra de morteros, y dio una orden:

—Prepárense a disparar sobre la línea de retaguardia.

Pero Timmermann consideró que era una tarea que debía dejarte a los tanques y la artillería. No era momento adecuado para cometer un error, ya que se trataba de su primer día en el mando. Timmermann era alto, rubio, de semblante serio. La mayor parte de sus hombres sentían simpatía por él, pero algunos consideraban que era demasiado estricto en los asuntos de disciplina, y en las reuniones de oficiales se había opuesto algunas veces a sus superiores con comentarios demasiado atrevidos.

El comandante de la fuerza especial, coronel Engeman, se dirigía también hacia la cabeza de la columna en su «*jeep*» y un minuto más tarde se encontró junto a los demás. Era un hombre de rápidos movimientos, bajo y rechoncho. Manifestó que aquello era una suerte, una increíble suerte. Después de observar el tránsito que se advertía sobre el puente, dijo a sus artilleros que preparasen las piezas.

Mientras tanto, la Fuerza Especial Prince se dirigía rápidamente hacia el sudeste, casi sin hallar oposición alguna, y recibía en cada pueblo la bienvenida de los civiles alemanes, que les saludaban agitando trapos blancos. A varios kilómetros al oeste del Rhin dieron la vuelta hacia el sur, y cruzaron con tal ímpetu el río Ahr, en dirección a Sinzig, que tomaron totalmente por sorpresa a los defensores que hallaban apostados en las casamatas de hormigón.

Trescientos alemanes cayeron prisioneros. El teniente Fred De Rango interrogó por su parte a varios civiles de la localidad, y uno de ellos le informó que el puente de Ludendorff iba a ser volado a las 16 horas. De Rango envió un mensaje al nuevo cuartel general de Hoge, en Bierresford, y trató también de ponerse en comunicación directamente por radio con la Fuerza Especial Engeman. Como no lo consiguiera, De Rango inició la marcha con su pelotón hacia el puente, rogando para sus adentros que pudiera llegar a tiempo para inutilizar las cargas de dinamita.

5

Engeman ordenó a la Compañía A que saliese hacia Remagen a pie, y a la C que siguiera, pocos minutos después, a la anterior en camiones. A continuación dijo al teniente John Grimball, del 14.° Batallón de carros de asalto, un larguirucho abogado de Carolina del Sur:

—Quiero que dispare hacia Remagen, John. Cubra bien el puente con el fuego de los tanques, y líbrese de cualquiera que pretenda volarlo.

A las 13,50 Timmermann envió a todos sus efectivos, menos a un pelotón de la Compañía A, hasta la sinuosa carretera que conducía a Remagen, con el pelotón del teniente Burrows a la cabeza. El otro pelotón, que mandaba el agresivo sargento De Lisio, cortó camino colina abajo, a través de un escarpado terreno cubierto de viñedos. Pasaron detrás de la famosa iglesia de San Apolinario, reconstruida en los siglos XIII, XVII y XIX a partir de una capilla erigida en tiempos de los romanos, y luego penetraron en la carretera Bonn-Remagen, que bordeaba la orilla occidental del Rhin. Allí encontró De Lisio un puesto de carretera abandonado. Dejó en él una ametralladora con sus servidores, para defender la posición, y se adelantó sin vacilar hacia las márgenes del río. Una vez allí torció hacia la derecha, en dirección a la ciudad y al puente, que estaba más allá de la misma. De unas casas cercanas partieron algunos disparos, pero cuando llegaron a ellas se encontraban ya vacías.

En ese momento un soldado se aproximó corriendo hacia De Lisio.

—¡El sargento Foster acaba de capturar a un general alemán! —gritó el soldado, lleno de excitación.

De Lisio siguió al soldado hasta una casa, donde Foster y su escuadra rodeaban a un alemán de uniforme y a dos mujeres.

—¿Qué te parece esto, Joe? —inquirió Foster.

De Lisio comenzó a reírse y manifestó:

—Dejad marchar a ese hombre. Lo que habéis capturado es un empleado de ferrocarriles.

Siguió De Lisio por las márgenes del río hasta Remagen. Un kilómetro más allá divisó lo que parecían las dos torres de un castillo, y que eran el extremo occidental del puente de Ludendorff.

Escondidos de De Lisio, detrás de la fábrica de muebles de Becher, se hallaban el capitán Friesenhann y cuatro ingenieros voluntarios, en cuclillas alrededor de una carga de dinamita que iban a colocar en el extremo occidental del puente. Con ella pretendían hacer en la carretera un orificio lo suficientemente grande como para detener a cualquier vehículo americano. Una unidad de artillería, en retirada, debería llegar de un momento a otro, y Friesenhann estaba esperando hasta el último momento para colocar la carga.

Al acercarse la Compañía A al puente se dejó oír el fuego de armas ligeras alemanas, y los tanques de Grimball comenzaron a disparar sobre el lugar donde se hallaban los ingenieros militares alemanes. Friesenhann aún no se decidía a volar la calzada, pero cuado oyó la sirena de la fábrica de muebles, y advirtió el brillo de los cascos americanos en las ventanas de la misma, el capitán alemán se resolvió y lanzó la orden:

—¡Fuego!

Uno de los soldados oprimió el percutor, y todos se pusieron a cubierto. Seis segundos más tarde, a las 14:5, se produjo una explosión. Cuando el humo se disipó, Friesenhann comprobó satisfecho que en la carretera aparecía un cráter de unos diez metros de diámetro. Hizo una señal a sus hombres, y retrocedió atravesando a la carrera el puente. Una granada de un tanque «Pershing» estalló a unos pocos metros del capitán alemán, que quedó inconsciente en el suelo. Quince minutos más larde, Friesenhann volvió en sí y avanzó tambaleándose hacia la orilla oriental.

Más atrás, otras dos siluetas se escabulleron hacia el puente. Eran el sargento Gerhard Rothe, encargado de los puestos de vigilancia de Viktoriaberg, y otro suboficial. Ambos hombres bordearon el gran agujero de la carretera, pero Rothe, herido tres veces en una pierna, se tambaleó al llegar al puente. Mientras se arrastraba penosamente hacia el otro extremo, las balas se estrellaban a su alrededor. Solo le faltaban recorrer trescientos metros, pero la distancia le parecía interminable.

El general Hoge recibió informes de Cothran acerca del puente y se encaminaba en esos momentos en su coche hacia el lugar de la operación. Cuando descubrió que el puente aún se hallaba intacto, casi no pudo dar crédito a lo que veían sus ojos, y de pronto recordó lo que Leonard le había dicho por la mañana. Ninguno de los dos creía aún que podía llevarse a cabo aquello. Tal vez

los alemanes esperarían a que los hombres de Engeman cruzasen, para volar el puente.

—¡Apodérense del puente! —gritó Hoge a Engeman.

De pronto, a Hoge todo le pareció que marchaba con demasiada lentitud.

—Tome algunos tanques —añadió—, colóquelos en la orilla y haga que disparen sobre la margen opuesta. Cuando el fuego le proporcione la superioridad deseada, envíe a la infantería a través del puente.

Los que le rodeaban nunca habían visto a Hoge tan agitado como en aquellos momentos. Tranquilo, por lo común, el general se impacientaba ahora por lo que consideraba una demora intolerable. Preguntó ásperamente a Engeman el porqué de que aún no se hubiera apoderado de Remagen, y este le explicó haber enviado poco antes a dos compañías de infantería seguidas de los tanques del teniente Grinball. Hoge no quería explicaciones, sino que le entregasen Remagen lo antes posible.

—Será magnífico si logramos apoderarnos del puente —dijo con gesto pensativo.

—Sí, señor —contestó Engeman, el cual dio instrucciones por radio a sus hombres para que se apresurasen.

A las 15:15 el operador de radio de Hoge le entregó un mensaje. Procedía de De Rango, y en él informaba que el puente sería volado probablemente cuarenta y cinco minutos más tarde.

—Tiene que darse prisa —gritó el general a Engeman—. Van a volar el puente a las 16 horas. Oculte el puente con una cortina de humo, pero sin disparar sobre él. No quiero que los «fritz» vean lo que estamos haciendo. Cubra el avance con tanques y haga que sus hombres corten los cables de las cargas. Engeman contestó que ya había dado la orden de lanzar una cortina de humo. Sus palabras quedaron subrayadas por densas humaredas de blanco fósforo que se alzaban alrededor del puente, pero sin llegar verdaderamente a ocultarlo. Hoge examinó el puente con sus prismáticos. No se apreciaba ninguna actividad. ¿Qué era lo que impedía el ataque? Entonces se dirigió al comandante Murray Deevers, el despreocupado comandante del batallón de infantería acorazada, y le ordenó que descendiese con sus efectivos hacia la falda de la colina. Luego volvió a advertir a Engeman:

—Quiero que tome ese puente lo antes posible.

—Estoy haciendo todo lo que puedo por apoderarme de ese condenado puente —contestó Engeman, al tiempo que ascendía a un «*jeep*». Cuando

Engeman llegaba a las afueras de Remagen, ordenó por radio a Grimball:

—Diríjase hacia el puente.

—Ya estoy en él.

—Está bien, cúbralo entonces con sus disparos y no consienta que los «fritz» vuelvan a tocarlo.

A continuación, el coronel Engeman envió una nota al teniente Hugh Mott, del 9.ª Batallón de Ingenieros. Pocos minutos más tarde ambos se encontraban detrás de un hotel situado cerca del puente.

—Mott —dijo el coronel—, diríjase hacia el puente, corte los cables, quite los explosivos y dígame en cuánto tiempo puede quedar en condiciones de que lo atraviesen los tanques. Cuando el teniente observó el gran cráter de diez metros que habían hecho los hombres de Friesenhann, comprendió que durante varias horas los tanques no podrían cruzarlo. Mott llamó después a dos de sus sargentos, y los tres se dispusieron a dirigir el primer grupo de asalto contra el puente.

Para ese entonces el comandante Deevers había llegado y se hallaba preparando su ataque. Encontró al teniente Timmermann cerca de la fábrica de muebles, y le dijo:

—¿Cree que podrá conducir a su compañía a través del puente? Timmermann echó una ojeada. De las dos torres del otro lado del río llegaba el fuego de los fusiles y las ametralladoras, pero no podía dejarse escapar la ocasión.

—Lo intentaremos, señor —contestó.

—Adelante, entonces.

Timmermann volvió a mirar hacia el puente, en cuya superestructura estallaban las grandes granadas lanzadas por los alemanes desde la cima del farallón situado en la orilla opuesta.

—¿Y si me estalla en la cara? —inquirió Timmermann.

Deevers no le contestó, y el teniente se deslizó al interior del cráter hecho por una granada, donde le estaban esperando los jefes de pelotón.

—He recibido órdenes de iniciar el cruce —dijo con tono sereno—. La Compañía Alfa irá en cabeza. El orden de la marcha será el siguiente: primer pelotón, segundo pelotón y tercer pelotón.

El sargento Sabia, que simpatizaba con el teniente, manifestó:

—Es una trampa. Cuando estemos en el medio harán saltar el puente.

De Lisio, que no le profesaba mucha simpatía, tampoco se sintió muy

contento con la orden, pero nada dijo.

Timmermann vaciló y luego manifestó:

—Ordenes son órdenes. Nos han dicho que vayamos, así que, ¡en marcha!

Y diciendo esto saltó fuera del cráter.

En la cima de la colina, Hoge acababa de recibir un mensaje del Tercer Cuerpo, por el que quedaba cancelada su actual misión. Patton había llegado casi hasta el Rhin, y a Hoge le ordenaban que se dirigiera inmediatamente con sus tropas hacia el sur, para encontrarse con aquel en Coblenza.

Era el colmo de la mala suerte. Hoge estaba a punto de llevar a cabo una de las grandes hazañas de la contienda, y una orden se lo impedía. Siempre que cumpliera la orden, claro está. Echó una ojeada al puente con sus prismáticos. La infantería de Deevers aún no había comenzado el ataque. Aún podía detenerse la operación. Vaciló, pero solo unos instantes. Era una decisión dura, pero clara, para un militar. Si tenía éxito, sería un héroe; si fracasaba, perdería el mando y su carrera quedaría arruinada definitivamente.

Hoge decidió intentar el asalto del puente, y mandó al demonio las posibles consecuencias.

En la otra orilla del río, el capitán Friesenhann, aún algo conmocionado, avanzó tambaleándose hacia el túnel del ferrocarril que se abría en la base del farallón.

—¡Los americanos se encuentran en la fábrica de muebles! —exclamó, cuando llegó junto a los demás.

—Vuele el puente —le sugirió Bratge, con voz excitada. Friesenhann vaciló. Una hora antes había rogado a Scheller que le dejase destruir el puente, pero este le recordó la orden reciente de Hitler de someter a juicio de guerra al que volase un puente sobre el Rhin prematuramente.

—El comandante Scheller es el que tiene que dar la orden —contestó Friesenhann, con acento inseguro.

El sargento Rothe acababa de cruzar el puente, y le ayudaron a entrar en el túnel. Confirmó entonces que los americanos avanzaban en gran número hacia el otro extremo del puente. Bratge dijo impaciente a Friesenhann que tomaría el asunto en sus propias manos, y se dirigió hacia el puesto de mando de Scheller, situado al otro lado del túnel, a unos cuatrocientos metros de distancia. Avanzó medio a tientas, en la oscuridad, sobre las vías del ferrocarril, pero le costaba gran trabajo adelantar debido a los grupos de aterrados campesinos que se interponían en su camino. Por fin llegó a la boca posterior del túnel, situada a

unos pocos cientos de metros de Erpel.

—¡Tenemos que volar el puente! —dijo Bratge con voz agitada a Scheller, refiriéndole que los americanos ya se habían apoderado de la fábrica de muebles.

Pero Scheller recordaba igualmente las órdenes de Hitler y tampoco se decidía.

—Si no da usted la orden —agregó impulsivamente Bratge—, yo mismo la daré.

El comandante suspiró resignadamente y al cabo de un momento dijo:

—Está bien, haga que vuelen el puente.

Bratge regresó laboriosamente hasta el otro extremo del puente, y en cuanto vio a Friesenhann, le espetó:

—¡Vuele usted el puente!

Friesenhann parecía vacilar aún; luego se dirigió a los que le rodeaban y les dijo que se tendieran en el suelo y abrieran la boca para evitar que sufrieran los tímpanos. Luego se arrodilló junto al detonador, el cual estaba conectado a sesenta cargas distribuidas por todo el puente, dio vuelta a una llave parecida a la de un viejo reloj, y luego se tendió en el suelo. Pero no ocurrió nada. El capitán manipuló frenéticamente la llave del detonador, sin que se produjera la esperada explosión. Comprendió que el circuito principal había sido cortado, tal vez por una granada de los americanos. Friesenhann ordenó entonces que un grupo de ingenieros se dirigieran al puente para restablecer el circuito, pero en cuanto los soldados salieron del túnel fueron recibidos con una descarga de los tanques americanos, lo que les obligó a entrar de nuevo en el túnel. Friesenhann solicitó entonces un voluntario que fuera a encender la mecha de una carga de emergencia —trescientos kilos de Donerita—, situada entre las dos torres de la margen oriental del río. Durante un largo momento los hombres permanecieron en silencio, luego el sargento Faust dijo que trataría de cumplir la misión. A las 15:35, Faust salió arrastrándose fuera del túnel, ante una mortífera descarga de las ametralladoras americanas, y luego emprendió una carrera hasta el primer pilar, situado unos ochenta metros adelante.

Friesenhann, sin poder contener su impaciencia, salió del túnel para ver lo que sucedía. El estallido de un proyectil le hizo saltar a un cráter. Al mirar de nuevo, vio decepcionado que el sargento regresaba. Algún inconveniente se había producido con la carga de emergencia. Maldijo este segundo fracaso sin tener en cuenta el tiempo que tardaba la mecha en arder por completo. En seguida se oyó una explosión, y vio volar muchos maderos por el aire.

Afortunadamente, el puente había quedado destruido a tiempo.

Hoge oyó una detonación no muy fuerte, pero al ver estremecerse el puente, tuvo la certeza de que los alemanes lo habían volado, al fin. Aquello constituía una gran decepción, solo atenuada por la dificultad casi insuperable de la empresa. Pero al disiparse la humareda, vio con sorpresa que el puente se hallaba intacto. Saltó Hoge a su «*jeep*» y se lanzó colina abajo para decir a Engeman que hiciese avanzar inmediatamente a la fuerza especial a través del puente.

Por su parte, el teniente Timmermann contempló también cómo se estremecía la estructura con la explosión y exclamó:

—¡Todo se acabó! No podemos cruzar el puente porque acaban de destruirlo.

De Lisio pensó aliviado que aquello les significaría varios días de descanso. Pero alguien gritó en seguida:

—¡Miren, todavía está en pie!

—Muy bien, entonces vamos a cruzar el puente. ¡Adelante! —dijo Timmermann, haciendo una seña a sus jefes de pelotón.

El teniente inició la marcha hacia el puente, pero sus hombres dudaban. El comandante Deevers, siempre dispuesto a hacer una broma, se acercó al primer pelotón y dijo alegremente:

—Vamos, muchachos, a cruzarlo. Os veré en la otra orilla y cenaremos todos juntos pollo asado.

Esto provocó una grosera respuesta de algún soldado, y nadie se movió.

—¡Vamos allá! —gritó Deevers, abandonando su tono festivo—. ¡En marcha!

El sargento Anthony Samele se volvió hacia el sargento Mike Chinchar, jefe del Primer Pelotón, y le dijo:

—Vamos, Mike, solo tenemos que pasar por ahí.

Chinchar comenzó a avanzar cautelosamente hacia el puente. Detrás seguía Art Massie, luego el teniente Mott, al que habían ordenado cortar todos los cables, y el tercero era el fornido sargento Samele.

—¡Atención, vamos a cruzar! —gritó Chinchar, volviéndose hacia los demás, que se apresuraron detrás de él, temiendo que de un momento a otro el puente se desintegrase.

—Massie, sígueme hasta aquel agujero —añadió Chinchar, apuntando al orificio creado por la carga que hiciera estallar el sargento alemán, y que se hallaba a un tercio del otro extremo del puente.

—No me hace gracia, pero lo haré —replicó Massie. Las balas comenzaron a

rebotar alrededor de los americanos. No muy lejos, el teniente Timmermann exhortaba al grupo siguiente a que se dieran prisa.

—¡Vamos, adelante! ¡Adelante! —gritaba una y otra vez. Desde la orilla, el capitán William T. Gibble tomaba vistas del asalto al puente con su cámara de 8 mm.

A Mott se le unieron en seguida sus dos sargentos, y los tres ingenieros comenzaron a cortar todos los cables que se hallaban a la vista. No encontraron explosivos hasta que estuvieron en la mitad del puente, donde hallaron cuatro cargas de unos doce kilos sujetas a la parte inferior de las vigas del puente. Arrancaron la conexión y siguieron avanzando. El sargento Chinchar guió a sus hombres por la parte izquierda del puente, en tanto se estrellaban alrededor de ellos las balas procedentes de las dos torres de piedra del puente. De Lisio preguntó que de dónde procedían aquellas balas.

—Son tiradores apostados —contestó Chinchar.

—¡Cielos! ¿Vamos a consentir que un par de granujas escondidos acaben con todo el batallón? ¡Vamos a por ellos!

El impetuoso De Lisio ordenó a su segunda escuadra que avanzase, y comenzó a correr hacia delante. Esperando que volase el puente de un momento a otro, se dirigió hacia la parte izquierda del puente, hasta que oyó a alguien que decía:

—¿Qué hacemos con la torre de la derecha?

Entonces De Lisio cruzó al otro lado y comenzó a apartar algunos haces de heno que tapaban la entrada de la torre de la derecha.

Sabia iba detrás de él. La carrera sobre el puente le había parecido interminable, como si corriera sobre la rueda de un molino en movimiento. No se atrevía a mirar hacia abajo, donde fluían las aguas del río, a treinta metros bajo sus pies. No se consideraba un buen nadador, ni mucho menos, y se preguntó lo que sería de él cayendo desde semejante altura. En eso oyó un silbido y gritó:

—¡Joe, te han dado!

De Lisio se palpó, pero no sentía dolor alguno.

—Estás loco —contestó.

—Me pareció que recibías el balazo —insistió Sabia, y en seguida se dirigió corriendo hacia la otra torre. De Lisio, que había quedado solo, ascendió por la torre de la derecha y descubrió a cinco alemanes que se afanaban alrededor de una ametralladora encasquillada. De Lisio hizo dos disparos con su fusil

ametrallador, y gritó:

—*Hände hoch!*

Los sorprendidos germanos se volvieron y alzaron las manos, como les habían ordenado. De Lisio se inclinó y con una mano quitó el cargador de la ametralladora, arrojándolo al exterior, para que sus compañeros supieran que el artefacto había quedado fuera de combate. Luego preguntó en un rudimentario alemán:

—¿Hay alguien más arriba?

—*Nein*.

—Vamos a verlo —dijo De Lisio, empujando a los cinco alemanes escaleras arriba.

En lo alto de la torre encontraron a dos hombres, un soldado y un teniente. El primero se quedó inmóvil, pero el teniente, que parecía estar bebido, intentó abalanzarse torpemente hacia un arma que había en un rincón. De Lisio le disparó a los pies y luego le empujó, junto con los demás, escaleras abajo.

En el exterior, Alex Drabik, un larguirucho oriundo de Ohio, esperaba impaciente la aparición de su jefe de pelotón, De Lisio. Le hubiese gustado estar ya en el túnel del ferrocarril. Por fin gritó a los demás:

—¡De Lisio debe de estar allí solo! ¡Adelante!

—¡Adelante! —repitió Sabia, que había ayudado unos momentos antes a Chinchar, Samele y Massie a dejar fuera de combate la ametralladora de la torre de la izquierda. A continuación, siguió al animoso Drabik. Unos segundos más tarde, De Lisio hizo salir a sus siete prisioneros de la torre, los llevó hasta donde estaban las tropas americanas, y corrió luego detrás de Sabia.

Drabik corría tan rápidamente que se le cayó el casco, a pesar de lo cual no se detuvo y fue el primer norteamericano que cruzó el puente.

Inmediatamente después llegó Marvin Jensen, un muchacho de Minnesota que no cesaba de gritar:

—¿Crees tú que lo conseguiremos?

Pisándole los talones iban Samele, De Lisio, Chinchar, Massie y Sabia.

Timmermann fue el primer oficial que cruzó el puente. Señaló hacia la boca del túnel, situada a unos cien metros adelante, y dijo a Sabia:

—Explore allí, pero no se meta en escaramuzas. Llévese a Joe y a otros dos más.

Como era de esperar, De Lisio había ya decidido investigar dentro del túnel. Sabia le advirtió que caminase sobre las traviesas de las vías, a fin de no hacer

ruido y evitar cualquier complicación. Seguidos por varios soldados, penetraron en el oscuro túnel, sin saber lo que podía aguardarles. Pasaron ante unas barricadas y unos vagones de carga. Más allá de una curva se alcanzaba a oír voces apagadas. De Lisio disparó sobre el techo del túnel, y los estampidos se amplificaron con el eco. Se presentaron entonces dos soldados alemanes con las manos en alto. Los americanos los escoltaron hacia atrás, fuera del túnel, y les hicieron atravesar el puente.

6

Cuando Bratge se enteró de que los americanos estaban cruzando el puente, retrocedió hasta donde se hallaba Scheller, en la parte posterior del túnel, y le dijo que necesitaba algunos soldados para llevar a cabo un contraataque. Scheller accedió y el capitán volvió a su puesto, llevándose por el camino a los soldados que encontraba. Cuando llegaba a la boca del túnel que daba al puente, se acercó corriendo un sargento y le dijo que Scheller y dos oficiales más habían desaparecido. Bratge consideró que quedaba al mando de las tropas. Trató de conducir a sus hombres hasta una colina que dominaba el puente, pero los disparos de los americanos le hicieron retroceder. Los civiles que había en el interior del túnel estaban asustados y rogaron a Bratge que cesara en la lucha, tratando incluso de desarmar a los ingenieros. Bratge reunió a los restantes oficiales, que eran Friesenhann y tres tenientes.

—El comandante Scheller y otros dos oficiales se han marchado —dijo Bratge con su pomposa entonación—. No sé el motivo. Lo que sí sé es que no podemos seguir luchando.

Bratge recordó entonces una reciente orden de Hitler, que decía: «Todo aquel que quiera luchar, aunque sea soldado raso, podrá mandar a los demás».

—¿Quiere alguno de ustedes luchar? —inquirió a los oficiales—. Porque en tal caso recibirá el mando.

Nadie contestó.

Iba a hacer la misma pregunta a los soldados, cuando un grupo de civiles se dirigió hacia la salida con una bandera blanca. Bratge dijo a sus soldados:

—Os ordeno cesar la lucha, abandonar las armas y salir del túnel.

Al abandonar el túnel, Sabia condujo a sus hombres hacia la pequeña estación de ferrocarril de Erpel, situada a un centenar de metros de la boca del túnel. Un tren avanzaba lentamente procedente del norte. Sabia indicó a sus hombres que se escondieran en una zanja, y observó cómo descendían del tren cierto número de soldados alemanes de edad más que mediana, armados con fusiles, los cuales eran alineados por un joven e impecable teniente. Sabia pensó que aquello iba a resultar como en una película cómica. Así ocurrió, en efecto. Una vez que los soldados se hallaron en línea, los americanos tuvieron que incorporarse y gritar:

—*Hände hoch!*

Ninguno de los ancianos soldados trató de resistirse, y tampoco lo hizo el atildado teniente.

El resto de la Compañía A estaba tratando de escalar los farallones casi verticales de Erpel Ley bajo un intenso fuego de artillería antiaérea. Resulta aún peor que cruzar el puente. Entretanto, la Compañía C había rodeado el farallón y avanzó hacia la parte posterior del túnel, guardado solo por un soldado alemán que portaba un «Panzerfaust» (fusil antitanque). Un americano le gritó que se adelantase, a lo cual obedeció el germano.

Al cabo de pocos minutos, Bratge y unos doscientos soldados habían sido capturados.

El teniente coronel Sears Y. Coker, jefe de ingenieros de la división, estaba esperando a Hoge en el puesto de mando de Bierresdorf, cuando el general regresó desde Remagen. Al tener conocimiento del problema de Hoge, Coker se ofreció para marchar al cuartel general de la división a fin de explicar la razón de que Hoge hubiese hecho caso omiso de la orden recibida. Poco después de la marcha de Coker, se presentó el mismo comandante de la división, y antes de que el general Leonard pudiera salir de su coche, Hoge le dijo:

—Bien, hemos tomado el puente.

—¿Para qué demonios ha hecho esto? —inquirió Leonard, aunque Hoge no se dio cuenta de que estaba bromeando. Luego añadió—: Entonces hemos cogido al toro por el rabo, y les hemos dado un buen dolor de cabeza. Sigamos adelante, e informemos al cuerpo de ejército.

Hoge le tendió entonces el mensaje que había recibido del Tercer Cuerpo,

ordenándole seguir hacia el sur.

—Aquí están mis nuevas órdenes. ¿Qué puedo hacer? —inquirió—. Ya tengo las tropas al otro lado.

—Ha desobedecido una orden —manifestó Leonard, quien añadió, haciendo un gesto expresivo—: Pero tenía usted razón y voy a defenderle.

Hoge estaba seguro de que Leonard iba a decirle aquello, pero de todos modos se sintió muy aliviado.

—Conserve lo que ha conseguido hasta ahora —añadió Leonard, con tono decidido—. La división va a ser responsable de lo del puente.

Leonard se preguntó de pronto si los alemanes no habrían colocado bombas de tiempo en la estructura.

—Suponga que vuelan aún el puente —manifestó—. Si ocurre antes de treinta y seis horas, todas las tropas de la orilla oriental se habrán perdido.

Hoge consideró que valía la pena correr aquel riesgo, y declaró:

—Solo tenemos una fuerza especial en la otra orilla, y la guerra casi ha terminado.

Leonard lanzó un suspiro. Podía ser una trampa del enemigo, pero decidió que también valía la pena correr aquel riesgo.

—No es nada aconsejable el desobedecer órdenes —afirmó—, pero yo también estoy con usted, Bill. Considero que tiene razón.

El coronel Harry Johnson, jefe de Estado Mayor de Leonard, acababa de enterarse de la toma del puente, por boca del coronel Coker, y estaba llamando por teléfono al Tercer Cuerpo. Le atendió el coronel James Phillips, jefe de Estado Mayor de Millikin, al que informó acerca de la captura del puente. Phillips reaccionó lanzando una carcajada, y Johnson trató de convencerle de que no bromeaba.

—Tengo a mi lado a un teniente coronel de West Point, que acaba de llegar de allí y ha hablado personalmente con Hoge. Phillips se puso serio al momento y dijo que el general Millikin había salido de inspección y no regresaría hasta pasadas algunas horas. Johnson se negó a cortar la comunicación; quería que se consintiese a Hoge permanecer en el puente.

—Esto puede resultar decisivo para la marcha de guerra —manifestó.

—Está bien —dijo Phillips, por fin—, manténganse ahí, pero sin grandes sacrificios.

Pero después de una «vehemente y hábil persuasión», por parte de Johnson, accedió a que Hoge trasladase todos sus efectivos al otro lado del Rhin.

Una vez que Phillips había comprometido al Tercer Cuerpo, se propuso hacer lo mismo con el Primer Ejército. Pero también el general Hodges se hallaba de inspección, y su oficial de operaciones no se decidía a darle permiso para extender la cabeza de puente de Remagen. Por vez primera Phillips se encontraba ante un obstáculo, y por vez primera también se ponía en duda la ventaja de semejante golpe de fortuna. Incluso había la posibilidad de que Hoge, Leonard y Phillips, que habían ignorado las órdenes recibidas, pudieran recibir un castigo como consecuencia de la iniciativa demostrada, la que en realidad debía esperarse de todo buen soldado.

El ingeniero Mott y dos sargentos habían procedido a examinar detenidamente el puente. Se vieron obstaculizados en su misión por los disparos de unos soldados apostados en una embarcación medio sumergida que se hallaba unos doscientos metros corriente arriba. Luego un tanque americano lanzó unas cuantas granadas contra la barca y el fuego cesó. Poco después de las 16:30 Mott informó a Engeman que el puente había quedado libre de explosivos, entre los cuales figuraban una carga de trescientos kilos de dinamita. Un grupo de hombres se hallaba ya reparando el gran cráter que había en el acceso al puente.

—Dentro de dos horas podrá abrirse el puente al tráfico de vehículos —aseguró Mott.

—¿Incluso tanques? —inquirió Engeman.

—Sí, también tanques.

Con el fin de obtener confirmación de lo que había hecho, Engeman envió a Hoge el siguiente mensaje:

«Puente intacto. Traslado efectivos a la otra orilla y preparo el puente para el paso de tanques. ¿Cuáles son sus planes? Aconseje lo antes posible».

Pocos minutos más tarde, volvió a enviar otro mensaje:

«Organizándome en la otra orilla. ¿Quién protegerá nuestra retaguardia? ¿Cuáles son sus planes? Deseo conocerlos lo antes posible».

Por fin, Hoge contestó:

«Le respaldamos con todo lo que tenemos. Establezca defensas al otro lado».

7

Había pasado ya bastante tiempo desde la caída del puente y Hitzfeld, el general alemán bajo cuyo mando se hallaba la zona de Remagen, no sabía nada acerca de la captura del puente. Tampoco tenía noticias de ello Zangen, que había pronosticado lo que iba a ocurrir, ni el superior de este, Model, cuyo cuartel general estaba siendo trasladado al este del río. El oficial de operaciones de Model, Günther Richhelm, que a los treinta y un años era probablemente el coronel más joven de la Wehrmacht, oyó rumores procedentes de uno de los oficiales de Von Rundstedt, el cual lo supo de un oficial de batería antiaérea procedente de Coblenza. Al no hallar a Model o a su jefe de Estado Mayor, Richhelm asumió el mando de las tropas. Inmediatamente trató de enviar a alguien a la zona del puente, pero solo halló al comandante de las Tropas de Comunicación del Ejército, general Praun, el cual, cuando se le habló de llevar a cabo un ataque relámpago contra Remagen, protestó diciendo que él solo era de servicios auxiliares.

Por fin, Richhelm se puso en contacto con el general Wend von Wietersheim, comandante de la 11.ª División Panzer, de Bonn, y le dijo que reuniese a sus tropas.

—Agrúpelas bajo su mando. Será usted el responsable de este ataque.

Wietersheim se mostró de acuerdo, pero no tenía combustible para trasladar sus 4000 hombres hasta el puente, así como 25 tanques y 18 piezas de artillería.

Richhelm llamó entonces por teléfono al general Joachim von Korzfleisch, el cual se hallaba en el castillo de Bensberg, a treinta y dos kilómetros al norte de Bonn, y le asignó el mando general de toda la operación del puente. Hasta ese momento Kortzfleisch solo había estado a cargo de la línea defensiva de retaguardia, la cual estaba integrada por algunos grupos dispersos de Volkssturm, y por soldados de reemplazo a medio entrenar. Sus tropas eran tan poco idóneas, que no hacía mucho había dicho a Model:

—Entregarles armas a ellos es como dárselas al enemigo.

Se ordenó entonces a Kortzfleisch que se hiciera cargo de dos divisiones acorazadas del frente, la 11.ª Panzer, y la Panzer Lehr. Kortzfleisch y su oficial

de operaciones, *oberst* (coronel) Rudolf Schulz, se dirigieron hacia el sur bajo la lluvia, hasta la zona del puente. Les llevaría bastante tiempo trasladar las unidades desde el frente hasta Remagen. Lo que necesitaban realmente era una unidad preparada para operar y equipada con combustible.

En un pueblo del Rhin, algo más allá de Bonn, encontraron al fin lo que estaban buscando. Alineado en la calle principal se hallaba un batallón acorazado completo, compuesto por dieciséis tanques cargados con combustible y municiones. Su comandante, *oberstleutnant* (teniente coronel) Ewers, manifestó que sus fuerzas eran parte de la 106.ª Brigada Acorazada, destinada a Bonn, pero dijo estar dispuesto a echar a los americanos de nuevo al otro lado del Rhin. Durante una hora, Kortzfleisch trató vanamente de que se cambiase la misión de Ewers. Al fin, lleno de desesperación, llamó por teléfono al mariscal de campo Model.

—Si Ewers y sus veteranos soldados no hacen retroceder esta noche a los americanos —manifestó—, me temo que quedará abierto para el enemigo un importante acceso de Alemania. Ante la sorpresa de Kortzfleisch, Model replicó que estaba al corriente de la situación, y que incluso había hablado de ello con Hitler. El Führer no consideraba a Remagen de importancia, y había ordenado que la 106.ª Brigada siguiera hacia Bonn. Tranquilo de ordinario, Kortzfleisch perdió la calma.

—¡*Herr* mariscal de campo! —exclamó—. Me veo obligado a informarle que esa orden será decisiva para la marcha de la guerra.

Mientras Ewers se dirigía contra su voluntad hacia Bonn, Kortzfleisch y Schulz se encaminaban hacia el sur. A cinco kilómetros de Erpel se presentó ante ellos un comandante de artillería alto y de aspecto desastrado. Era Scheller, el cual dijo roncamente que debía llamar por teléfono a Model para informarle de lo ocurrido en el puente. Schulz pensó que parecía un hombre «que acabase de salir de un cenagal, y cuyo espíritu estuviese afectado por una gran pesadumbre».

Scheller informó que la infantería americana que se hallaba en la orilla oriental era aún endeble, y podría ser fácilmente rechazada si se lanzaba un ataque inmediatamente. Rogó a Kortzfleisch que actuase en seguida, ya que una demora de unas pocas horas podía resultar desastrosa. Pero la unidad a la que Richhelm había ordenado bastante antes que llevase a cabo el primer ataque aún estaba tratando de conseguir gasolina, y no se hallaría en condiciones de operar hasta el día siguiente.

Bastante después del anochecer llamaron por teléfono a Zangen, desde el cuartel general de Model, y le informaron que siguiera manteniendo todas las posiciones al oeste del Rhin, a pesar de lo ocurrido en Remagen. Zangen se preguntó si todos se habrían vuelto locos. Pero el desobedecer órdenes se estaba convirtiendo en una costumbre, e inmediatamente mandó que todas las unidades disponibles, así como parte de la artillería, cruzasen hacia la orilla oriental del Rhin.

Desde el atentado del 20 de julio, nada había preocupado tanto a Hitler como la caída del puente de Remagen. Para él aquello era una nueva traición, y estaba decidido a castigar al responsable. Eso también le daba una excusa para librarse del anciano Von Rundstedt, el cual solo parecía estar interesado en retirarse. En consecuencia, Hitler llamó al mariscal de campo Albrecht Kesselring, el comandante del frente italiano, y le ordenó que se presentase inmediatamente en Berlín. Kesselring pidió que le explicasen el motivo, pero solo le contestaron que se diera prisa.

También envió Hitler una llamada urgente al hombre del que dependía cada vez más en tales situaciones: Otto Skorzeny. Cuando el corpulento austríaco llegó a la Cancillería, Hitler se hallaba en la cama, y fue Jodl quien le dijo que el Führer deseaba que destruyese el puente de Ludendorff con su grupo especial de hombres ranas. Por vez primera en su carrera militar, Skorzeny no se mostró demasiado entusiasmado. La temperatura del Rhin —aseguró— era en esa época de casi cero grados, y como los americanos estaban ya extendiendo la cabeza de puente río arriba, veía escasas probabilidades de éxito. Prometió enviar a sus mejores hombres desde Viena a Remagen, pero pidió que se dejase a los buceadores que ellos mismos decidiesen si debían correr el riesgo, después de estudiar la situación.

8

La indecisión del Primer Ejército para aprobar el cruce de Hoge terminó en cuanto Hodges regresó a Spa al anochecer. Allí se hallaba al fin la ocasión de abrir una gran brecha en el Frente Occidental, pensó Hodges, y estaba decidido a

lanzar diez divisiones por aquella cabeza de puente. En consecuencia, ordenó inmediatamente que cruzasen el puente todos los efectivos disponibles. Luego llamó a Bradley a su cuartel general del castillo de Namur y le dijo con su habitual calma:

—Brad, hemos tomado un puente.

—¿Un puente? ¿Se ha apoderado de un puente intacto sobre el Rhin?

—Leonard tomó el de Remagen antes de que lo volasen.

—¡Por todos los cielos, Courtney, esto nos facilitará las cosas! ¿Está haciendo que lo crucen ya las tropas?

—Voy a poner allí todo lo que tengo.

—Magnífico.

Hodges añadió que enviaría inmediatamente las divisiones 78.ª y 9.ª de Infantería, y preguntó si podría mandar también la 99.ª División.

—Cruce todos los efectivos que pueda, Courtney, y sujete bien esa cabeza de puente —contestó Bradley, mientras observaba su mapa de campaña—. Los de enfrente seguramente tardarán aún un par de días en reunir tropas suficientes para atacarle con algún éxito.

La captura del puente de Remagen provocó mayor sensación en los diversos cuarteles generales del Frente Occidental, que cualquier otro acontecimiento desde la batalla del Bulge, pero cuando Bradley se sentó a cenar aquella noche, aún no había llamado por teléfono a Eisenhower. Daba la coincidencia, sin embargo, de que su invitado a la cena era aquella noche el oficial de operaciones de Eisenhower, el general de división Harold Bull, el cual era también uno de los mejores amigos de Bradley. Bull era un hombre sencillo, de gran competencia en su profesión. Procedía de Nueva Inglaterra y era pequeño, de suaves modales y de pelo rojizo. Había llegado a Namur poco antes de la cena para discutir el plan de Eisenhower de enviar cuatro de las divisiones de Bradley al general Jacob Devers, a fin de reforzar el Sexto Grupo de Ejército para la proyectada ofensiva del Sarre. Igualmente deseaba ver personalmente la ayuda que necesitaba Bradley para seguir adelante con su ataque, y la posible táctica a emplear para apoyar una eventual ofensiva de Patton.

En cuanto Bull penetró en el castillo, uno de los oficiales de Estado Mayor de Bradley le preguntó:

—¿No se ha enterado de la buena noticia?

Y le refirió lo de la captura del puente. Bull se dio cuenta de las posibilidades que la acción entrañaba, pero pensó en el efecto que podía tener sobre el cruce

principal del Rhin, a llevar a cabo por Montgomery dos semanas después. Durante toda la cena Bull no dejó de pensar en el puente y en los problemas que planteaba, pero ante su sorpresa, Bradley ni siquiera mencionó el asunto. Bull se preguntaba qué decisión deberían tomar Eisenhower y Bradley.

Después de la cena, los dos militares se trasladaron a la sala de operaciones de guerra de Bradley, y por vez primera se mencionó la captura del puente. Este era un hecho «importante y heroico», según las palabras de Bull, pero no era realmente ventajoso a causa del pésimo terreno que había al otro lado.

—No irá a ninguna parte por ahí, Bradley —dijo Bull—. Además esa operación no encaja en el plan general.

—¡Al demonio con el plan! —exclamó Bradley—. Un puente es un puente, y mucho mejor aún, si este cruza el Rhin. —Solo quería decir que Remagen no es el lugar ideal para cruzar el río.

—No me propongo desechar el plan general —manifestó Bradley—, sino solo afianzar el cruce con cuatro o cinco divisiones. Tal vez pueda utilizarse como un medio de engañar a los alemanes, o bien sirva para fortalecer el movimiento envolvente del sur del Rhin. De todos modos, se trata de un cruce del río. ¡Por todos los cielos, no podemos desperdiciarlo!

—Pero una vez haya usted cruzado, Brad —insistió Bull—, ¿adónde piensa ir?

Bradley le condujo hasta el mapa mural y le enseñó un camino en una zona determinada. Después de que Hodges hubiese recorrido dieciséis kilómetros más allá del puente, hasta la autopista Bonn-Francfort, podía dirigirse hacia el sudeste, en dirección a Francfort, durante ochenta kilómetros, y luego torcer directamente hacia el este.

Bull examinó el mapa, golpeó en él levemente con el dedo y dijo bromeando:

—Apuesto a que lo conseguirán.

No obstante, reiteró que sería muy difícil cambiar todo el plan.

—Al infierno con los cambios —dijo Bradley bruscamente—. No se trata de cambiar nada en absoluto, sino de aprovechar ese puente. Tengo que sacar ventaja de la situación.

Bull quedó sorprendido del áspero tono de su amigo. Después de todo, no veía qué había de malo en que un oficial de operaciones señalase las complicaciones que la toma del puente entrañaba «aparte de sus numerosas ventajas». Por otro lado, no entendía la razón de que Bradley le pidiera a él permiso para llevar cuatro divisiones más allá del puente. Ike era el que debía

decidir al respecto. De pronto Bull se dio cuenta de que Bradley aún no había hablado con Eisenhower acerca del puente, y la noticia databa al menos de hacía dos horas.

—Puede hablarme toda la noche, Brad, que eso no cambiará las cosas. No puedo darle permiso para que envíe cuatro o cinco divisiones a la otra orilla.

Eran casi las ocho de la noche cuando Eisenhower se sentó a cenar en su casa de Reims. Sus invitados eran su ayudante naval, capitán Harry Butcher, el teniente general Frederick Morgan, y un grupo de comandantes americanos, entre los que se contaban los generales de división Maxwell Taylor, James Gavin y Matthew Ridgway. Este último había sido requerido para un lanzamiento de paracaidistas al otro lado del Rhin en el curso del proyectado ataque de Montgomery. Poco antes de terminar el primer plato, Eisenhower fue llamado al teléfono. Cuando Eisenhower escuchó la noticia de Bradley acerca de la toma del puente, afirmó que apenas si podía dar crédito a lo que oía, y luego exclamó:

—¿Cuántos efectivos tiene en la zona, que pueda trasladar a la otra orilla?

—Tengo más de cuatro divisiones, pero le he llamado para asegurarme de que la operación no perjudicaría sus planes.

Bradley no tenía por qué preocuparse, ya que Eisenhower contestó:

—Está bien, Brad, esperábamos tener esas divisiones alrededor de Colonia, pero siga adelante y utilice inmediatamente cinco divisiones, o las que haga falta, para retener nuestra conquista. Eisenhower se mostró sumamente contento, y más tarde recordaría siempre aquel momento como «uno de los más felices de la guerra».

—Eso era exactamente lo que yo pensaba hacer —manifestó Bradley alegremente—, pero el asunto que más me importaba era no obstaculizar sus planes, y por eso he querido consultar con usted.

Todos escuchaban con gran atención desde la mesa. A las palabras de Bradley contestó Eisenhower:

—Dejemos en paz los planes. Claro que sí, Brad, siga adelante y le proporcionaré todo lo que pueda, para que logremos retener esa cabeza de puente. La utilizaremos, aunque el terreno no sea el más apropiado.

Ridgway se inclinó hacia Butcher y dijo:

—Oiga, Butch, ¿no puede meternos en este asunto? Tiene buen cariz.

Después de colgar el auricular, Eisenhower regresó radiante a la mesa.

—Hodges ha tomado un puente en Remagen, y sus tropas ya lo están cruzando.

Butcher manifestó que a los militares presentes les gustaría participar en la operación. Eisenhower contestó que no tenían allí ninguna ocasión de intervenir, y que en cambio les sobraba trabajo en muchos otros lugares.

Sobre el farallón que dominaba el puente de Remagen caía la lluvia con pertinaz insistencia. Mientras las tres compañías de infantes del 27.° Batallón de infantería acorazada se protegían como podían pegándose contra el elevado risco, los ingenieros se dedicaban a reparar frenéticamente el cráter abierto en el acceso occidental del puente. Los ocupantes de los tanques esperaban con ansiedad, y algunos deseaban secretamente que el puente volase antes de que la calzada estuviese reparada.

Unos momentos más tarde comenzaron a llegar nuevos refuerzos, y la entrada del puente quedó atestada de camiones, tanques, cañones autopropulsados y otros vehículos, cuyo número aumentaba por momentos. No muy lejos de allí, en su puesto de mando situado en una bodega, el coronel Engeman decía a sus oficiales que no sabía si el puente sería capaz de soportar el peso de los tanques, después de las reparaciones efectuadas.

—Pero es menester que lo probemos —declaró.

A continuación explicó que los ingenieros trazarían una línea blanca sobre el piso del puente para guiar a los conductores de los vehículos en medio de la oscuridad nocturna. Al llegar al otro lado, los carros de asalto quedarían detenidos hasta el amanecer, en que se reanudaría el avance.

El capitán George Soumas, comandante de los tanques que iban a efectuar el cruce nocturno, se volvió hacia el primer teniente C. Windsor Miller, un corredor de bienes raíces de Washington, D. C., cuyo pelotón de tanques encabezaría la columna y le dijo:

—Creo que será mejor que lleve un tanque por delante, esta noche.

La observación se debía a la costumbre de Miller de ir siempre en el primer carro de asalto. Miller no dijo nada, pero seguía pensando ir el primero. Engeman se dio cuenta de ello, y manifestó:

—Miller, le han dado una orden. Tiene que llevar un tanque delante del suyo. No quiero perder a mis oficiales sin necesidad.

Poco después Miller se dirigía en medio de la oscuridad hacia donde se hallaba el comandante de su tanque número dos, el sargento William Goodson, apodado «Speedy» por lo rápido y desenvuelto que era.

—«Speedy» —le dijo Miller—, me han dado una orden muy desagradable, que debo transmitirle. Usted y yo deberemos cambiar de lugar esta noche.

Goodson no dijo nada, pero en su interior se preguntó irónicamente: «¿Cómo me concederán a mí semejante honor?».

Las dotaciones de los tanques ocuparon sus vehículos y esperaron. Transcurrían los minutos interminablemente, y al fin, a medianoche, dijeron a Soumas que el puente estaba en condiciones, y el capitán hizo disponer sus carros de asalto al frente de los grandes tanques pesados. Por fin, el tanque de Goodson avanzó hacia el puente con un lúgubre rechinar de piezas de acero. Goodson oyó la voz de Miller que le decía por radio:

—Con calma…, despacio. No se adelante demasiado de mi tanque.

En la mitad del puente Miller perdió de vista al tanque delantero, e inquirió:

—¿Dónde está, «Speedy»?

—¿No oye esos golpes? Está chocando contra mi tanque —contestó Goodson.

Miller recordó la expresión «oscura como la boca de un lobo». Así era aquella noche. Trató de descubrir la línea blanca pintada en el suelo, pero tampoco alcanzaba a distinguir. No hubo disparos por parte de los alemanes mientras los tanques cruzaron el puente, pero en cuanto estos se internaron por la carretera que bordeaba la margen oriental del Rhin, se inició el fuego de ametralladoras. Los tanques siguieron hacia el norte, hasta Erpel, y quedaron rodeados por todas partes de alemanes. Algunos gritaban «Kamsrad!», pero la mayoría seguía disparando sus armas.

—El enemigo dispara sobre nosotros —dijo Miller, por radio—. Algunos tratan de rendirse. Envíen la infantería para hacerse cargo de los prisioneros.

—Deberá mantener esa posición aunque destruyan uno por uno a todos sus tanques —fue la respuesta de Engeman. Pero Miller se hallaba en más apurada situación aún de lo que él mismo creía. No habría refuerzos blindados hasta pasadas varias horas, ya que los tanques pesados habían seguido a los «Pershing» hasta el lugar del cráter apresuradamente reparado. Allí el primero se atascó y quedó bloqueando parcialmente el acceso del puente.

El coronel Coker, jefe de ingenieros de la división, se aproximó al tanque y estudió la posibilidad de lanzarlo al río, pues estaba inclinado sobre la orilla, pero desechó la idea por impracticable. Su preocupación aumentaba, ya que si no lograba retirar el tanque antes del alba, la cabeza de puente podía darse por perdida.

A todo esto, los soldados de infantería que habían pasado a la otra orilla comenzaron a retroceder, manifiestamente asustados. Junto al farallón habían oído el rumor de que todas las tropas tenían que retirarse inmediatamente, y como dicho rumor se originó en un oficial, se le dio crédito y cuando Deevers se dio cuenta de lo que ocurría, un tercio de los hombres habían huido hacia Remagen.

A las 4:00 de la mañana se hallaban ya reunidos los primeros refuerzos enviados por Hodges, dispuestos para cruzar el puente y fortalecer la posición de la otra orilla. Al teniente coronel Levis Maness, que dirigiría el primer grupo, le dijeron:

—No hay problema para cruzar el puente. Al otro lado solo hay desmoralización.

Maness deseó que los desmoralizados fueran los alemanes. Al fin condujo a su batallón —unos setecientos hombres— hasta el puente, preguntándose si debía llevar a sus hombres en columna abierta o cerrada. Pero después de dar unos pasos sobre los crujientes tablones del puente la elección le pareció evidente, y exclamó:

—¡Crucemos y salgamos de aquí lo antes posible!

Mientras tanto, el coronel Coker, lleno de barro pero triunfante al fin, había conseguido colocar una palanca que permitiría retirar el tanque de su atasco. Media hora más tarde el camino estaba de nuevo despejado. Se procedió rápidamente a reparar la calzada, y al momento los tanques, camiones y demás vehículos iniciaron el cruce en una caravana ininterrumpida.

Apuntaba el alba cuando los infantes de la 78.ª División comenzaron a cruzar a la otra orilla, mirando fascinados muchos de ellos las cenagosas aguas que se deslizaban por debajo. En ese momento cien ingenieros alemanes, enviados por el mayor Herbert Strobel, trataron de llegar al puente para volarlo. Hubo una lucha breve pero violenta, y algunos alemanes llegaron hasta el puente con una gran carga de explosivos, pero antes de que pudieran colocarla fueron capturados.

A las ocho de la mañana Hoge y Cothran pasaron el puente en un «*jeep*», seguidos por una camioneta de comunicaciones. Cerca de la torre que había tomado De Lisio, el general vio un casco americano caído en el suelo. Detuvo el vehículo y recogió el casco. Era el de Drabik. Las granadas alemanas estallaban en las proximidades, y Hoge pudo oír las ametralladoras americanas disparando al otro lado. Después de cruzar el puente, el general siguió hasta Erpel y

estableció su puesto de mando en el sótano de la casa del alcalde.

Una hora y media más tarde, el capitán Soumas decidió que era hora de remontar la orilla del río con cinco de sus tanques. Los cinco «Pershing» avanzaron hacia el sur durante varios kilómetros, a lo largo de la carretera que bordeaba el Rhin. En los suburbios de Linz se encontraron con el capitán Gibble, el capellán que había tomado vistas del primer cruce del puente. A primeras horas de aquella mañana Gibble había instalado un altar de campaña en la entrada del túnel, pero creyendo que debía hacer algo más, se trasladó en «*jeep*» hasta la ciudad de Linz, donde los funcionarios locales se le rindieron de buen grado. Manifestaron que Linz había sido declarada ciudad abierta a causa de un gran hospital que en ella había, y donde solo se encontraban heridos y personal médico alemán. Soumas, sin embargo, se mostró receloso y estableció un bloqueo inmediatamente. Poco después, desde la ciudad partían disparos de «*bazookas*» y armas ligeras.

Linz era el cuartel general del comandante Strobel, el que había ordenado el audaz aunque inútil ataque para volar el puente a última hora. Strobel se veía ante el dilema de haber recibido órdenes completamente distintas de dos generales: uno quería que las tropas se retirasen, y el otro que atacasen. El *generalleutnant* (general de división) Richard Witz, oficial de ingenieros de Model, le dio instrucciones para que cruzara a la orilla oriental del Rhin, antes de que quedasen cercadas las tropas. El *generalleutnant* Kurt von Berg, comandante del Área de Combate XII Norte, le ordenó que lanzase cuantos efectivos tenía contra la cabeza de puente de los americanos.

Strobel decidió obedecer la última orden, y a tal fin reunió a todos sus ingenieros para llevar a cabo el contraataque, sin exceptuar a los que manejaban los botes del río. Wirtz se enteró de esto y envió a los maquinistas de nuevo a su trabajo. Cuando Berg a su vez vio que las embarcaciones de la zona seguían en actividad, estalló iracundo, y la querella entre los miembros del mando se agudizó notablemente. Como consecuencia de este y otros conflictos, solo se llevaron a cabo algunos ataques esporádicos contra el puente, y mediada la tarde más de ocho mil soldados norteamericanos habían cruzado el Rhin.

Eisenhower llamó por teléfono a Montgomery y con gran tacto le propuso ampliar la cabeza de puente. El mariscal de campo se mostró totalmente de acuerdo.

—Será una grave amenaza para el enemigo, y atraerá buen número de sus fuerzas, distrayéndolas de nuestro asunto del norte —declaró Montgomery, el

cual siguió adelante con su minucioso plan para cruzar el Rhin en masa.

Si bien los periodistas aliados habían oído rumores acerca de la captura del puente, y varios de ellos se encontraban ya en Remagen, solo al anochecer se les proporcionó el informe oficial, y hasta la mañana siguiente los periódicos de Estados Unidos no publicaron la noticia. Desde el día del desembarco en Normandía los americanos no se habían mostrado tan orgullosos.

El *New York Times*, comentando una noticia de la *Associated Press*, manifestaba:

> *El rápido y sensacional cruce del Rhin ha sido una acción de guerra sin paralelo desde que las legiones de Napoleón cruzaron dicho río a principios del siglo pasado».*

Han Boyle, corresponsal de la ya mencionada agencia de noticias, expresó aún mejor el sentimiento de los soldados norteamericanos:

«Exceptuando la gran batalla de carros de asalto que tuvo lugar en El Alamein, es probable que ningún combate de tanques llegue a recordarse más que el veloz ataque que por vez primera condujo al ejército americano al otro lado del Rhin, en Remagen.

»El hecho fue llevado a cabo por la Novena División Acorazada de Estados Unidos.

»No resulta exagerado afirmar que el rápido cruce del Rhin, efectuado en un lugar relativamente expuesto y por unos hombres que sabían el riesgo que corrían de que el puente volase de un momento a otro bajo sus pies, ha ahorrado a la nación americana cinco mil muertos y diez mil heridos».

9

El 8 de marzo diez aviones germanos atacaron el puente de Ludendorff, pero las baterías antiaéreas americanas, que habían sido instaladas rápidamente, les hicieron huir antes de que pudieran ocasionar ningún daño de gravedad. El estallido de las granadas artilleras alemanas no podía evitarse, por desgracia, y aunque el farallón de Remagen protegía el puente, las explosiones en las orillas del río provocaban numerosos muertos entre los soldados americanos, y ponían en peligro la ya por sí endeble cabeza de puente.

Poco a poco fue extendiéndose esta y entonces surgieron los problemas consiguientes. El comando de combate de Hoge, así como sus comunicaciones, no estaban en condiciones de enfrentarse con la situación, y Hoges los reemplazó con un comandante de división. Poco antes de la medianoche, el general Louis Craig, de la Novena División de Infantería, se dispuso a cruzar el

puente. Aunque no lo vio, pasó al lado de un cartel que decía:

CRUCE EL RHIN SIN MOJARSE LOS PIES.
CORTESÍA DE LA 9.ª DIVISIÓN ACORAZADA.

Como en la noche anterior, la oscuridad era tan intensa que el cruce del puente costó no pocas dificultades al conductor del automóvil que llevaba a Craig. Este quedó convencido de que el puente solo podía ser empleado para conducir efectivos hacia la orilla oriental. Pero hasta en ese sentido quedó interrumpido el tránsito cuando en la tarde siguiente una granada alemana acertó a un camión que transportaba municiones, en el momento en que llegaba al acceso occidental del puente. A pesar de ello, Craig siguió ampliando la cabeza de puente a los lados y en profundidad, y los alemanes, aún sin organizarse, continuaron retrocediendo poco a poco.

La suerte de la cabeza de puente no se decidió en una batalla, sino en la ciudad de Reims. El entusiasmo de Eisenhower sobre Remagen había comenzado a enfriarse. Estaba comprometido con el ataque a realizar por Montgomery, el cual exigiría diez divisiones más después de que la primera hubiese cruzado el Rhin. Por ello decidió enviar solo cinco divisiones a Remagen. Cuando Hodges llegó al 12.° Grupo de Ejército para recibir una condecoración francesa, Bradley le dio la mala nueva, que significaba que Hodges solo podría extender su cabeza de puente unos mil metros por día, «lo que no podría impedir que el enemigo minase y levantase trincheras alrededor de la zona». Por otra parte, cuando Hodges llegase a la autopista Bonn-Francfort, debería esperar hasta que Eisenhower le diera la orden de avanzar.

Por una vez Hodges dejó oír sus protestas. El Primer Ejército había conseguido uno de los éxitos más resonantes de la guerra, manifestó, y las posibilidades que el mismo ofrecía eran incalculables. Bradley era del mismo parecer, pero creía que había que esperar hasta que Eisenhower decidiera respecto a un plan que acababan de someterle: un segundo cruce del Rhin, llevado a cabo por Patton, el cual estaba esperando más al sur, simultáneamente con un avance desde la cabeza de puente de Remagen. Cuando las fuerzas de Hodges y de Patton se encontrasen, se dirigirían ambas hacia el Norte, para unirse a los efectivos de Montgomery al este del Rhin, con lo que quedaría cercada toda la zona industrial del Ruhr. Era un plan arriesgado pero interesante, y Eisenhower prometió estudiarlo con atención.

Kesselring llegó a Berlín al mediodía, y mientras esperaba para ver a Hitler en privado, después de la comida, alguien mencionó, como al azar, que le llamaban para que reemplazase a Von Rundstedt. Kesselring creyó que se trataba de una broma, pero Von Keitel y Jodl lo confirmaron. Kesselring, al que apodaban «Alberto el sonriente», a causa de su inagotable optimismo, frunció el ceño. Dijo que le necesitaban en Italia, y que aún no se había recuperado por completo de un accidente de automóvil que sufriera no hacía mucho. Pero Von Keitel y Jodl le aseguraron que tales argumentos no le valdrían con el Führer. Así fue, en efecto. Hitler dijo a Kesselring que la pérdida del puente de Ludendorff requería un cambio en el mando.

—Solo un comandante más joven y activo, que tenga experiencia en la lucha contra las Potencias Occidentales, y que goce de la confianza de sus hombres, podrá quizá remediar la situación —manifestó Hitler, sin mencionar el nombre de Von Rundstedt. Luego ordenó a Kesselring que «aceptase aquel sacrificio», aun en detrimento de su precaria salud.

—Tengo confianza en que hará usted lo humanamente posible. Es de gran urgencia restablecer la situación, y estoy seguro de que puede hacerse —manifestó el Führer.

Así pues, el hombre que unas horas antes había considerado a Bonn como más importante que Remagen, afirmaba ahora que el punto más vulnerable era el puente de Ludendorff. La prolongada explicación de Hitler impresionó grandemente a Kesselring, al cual le pareció que el Führer era «notablemente lúcido y demostraba una asombrosa percepción de los detalles». También quedó en claro el papel de Kesselring en aquel complejo rompecabezas: lo único que tenía que hacer era «resistir».

La cólera de Hitler ante la captura del puente de Ludendorff por los americanos aún no había cesado, y ello se debía a un motivo especial. La caída del puente significaba igualmente la pérdida de la última defensa natural en el Oeste, es decir, el Rhin. El Führer se hallaba por consiguiente más decidido que nunca a castigar a los «responsables», por más que el culpable era él, en realidad. Su machacona insistencia de mantener a toda costa el frente occidental, había abierto la puerta de Remagen, y su propia orden, prohibiendo que los puentes del Rhin fueran destruidos hasta el último momento, había forzado a Scheller a demorarse tanto tiempo. Eran este y Model los verdaderos

responsables, pero Hitler relevó sumariamente a Von Rundstedt del mando, cuando él era precisamente el que había propuesto con sentido de la realidad una retirada ordenada detrás del Rhin, lo cual hubiera evitado la pérdida de Remagen. Siguiendo el mismo razonamiento, Hitler se preparó a castigar a los que estaban directamente encartados en el asunto, como eran Scheller y Bratge. Si a estos se les castigaba inmediata y ejemplarmente, se impediría que cundiera la indisciplina y la cobardía en el Frente Occidental. Por consiguiente Hitler creó el «Tribunal Volante Especial del Oeste», una corte móvil que iniciaría sus juicios contra soldados y oficiales de cualquier rango, en el mismo lugar de los hechos, y que podría ejecutar sus sentencias en el acto. Para dirigir este tribunal nombró al SS *gruppenführer* (general de división) Rudolf Hübner, el cual era un fiel miembro del Partido.

El 10 de marzo Hübner informó a la Cancillería del Reich que iba a iniciar el proceso contra «los cobardes y traidores» de Remagen. Por la noche, Hübner y dos ayudantes —ninguno de ellos con conocimientos legales— llegaron al puesto de mando de Kesselring, situado cerca de Bad Nauheim, y explicaron su misión. El mariscal de campo replicó acaloradamente que semejante tribunal no haría más que debilitar la moral a lo largo de todo el Frente Occidental, y se excusó diciendo que tenía cosas importantes que hacer. Lo primero era telefonear al cuartel general de Von Keitel. Kesselring informó que sus impresiones acerca del frente dejaban mucho que desear. Las probabilidades en contra eran excesivas.

—Al comprobarlo de cerca —manifestó Kesselring—, la situación me parece mucho más seria de lo que había creído.

A continuación insistió en que se satisficieran todas sus necesidades total y rápidamente.

Al día siguiente, por la mañana, Kesselring y su jefe de Estado Mayor, *generalleutnant* (general de división) Siegfried Westphal, se dirigieron hacia una zona situada al norte de Remagen, con el fin de ver a Model. Al pasar ante numerosas tropas que se dirigían hacia el Este con vehículos llenos de bultos, Westphal hizo notar:

—Esta es realmente la situación que impera en el Frente Occidental.

Kesselring movió significativamente la cabeza y dijo:

—Si hubiese venido yo tres meses antes…

Luego, al encontrarse con Model, Kesselring declaró con acento decidido:

—Arroje a los americanos más allá del Rhin.

—Trataré de hacerlo —dijo el comandante del Grupo de Ejército B—, pero no creo que posea las fuerzas suficientes para conseguirlo.

Por la tarde los comandantes que tenían relación con Remagen elevaron sus quejas a Kesselring. El *generalleutnant* Fritz Bayerlein dijo que cada vez que elaboraba un plan de ataque se enteraba de que los americanos habían tomado la zona de operaciones.

—Las zonas de operaciones no resultan fáciles de establecer para el mando alemán, en vistas de los progresos de los norteamericanos —afirmó Zangen sarcásticamente, y exhortó a Kesselring a que le dejase atacar inmediatamente y con todas las fuerzas disponibles.

—Cada día que pase sin contraatacar nos obligará a lanzar el doble de hombres. De otro modo solo experimentaremos reveses, y derrocharemos inútilmente nuestras fuerzas.

Luego Zangen predijo que los americanos, tras llegar a la autopista, harían lo que había planeado Bradley, es decir, dirigirse hacia Francfort, y después encaminarse directamente hacia el Este, en dirección al centro de Alemania.

Al terminar el día, Kesselring se convenció de que Remagen estaba consumiendo casi todos los suministros y el material enviado al frente occidental. La suerte de toda la zona del Rhin dependía de que se contuviese la cabeza de puente de los americanos. Pero ¿cómo podría hacerlo, con el precario estado de sus tropas? Lleno de frustración, se sentía «como un pianista que debe interpretar una sonata de Beethoven ante un selecto auditorio, y que para ello solo dispone de un antiguo y desvencijado piano».

Aquella misma mañana, a hora temprana, la primera corte marcial inició sus sesiones en una granja situada a unos cuarenta y ocho kilómetros al este del Rhin. Los tres jueces tomaron asiento en un diván del salón de la casa, en tanto que el *oberst* (coronel) Felix Janert, oficial jurídico del grupo de Ejército B, se sentaba en una destartalada silla. Bratge fue juzgado *in absentia* y sentenciado a muerte. Luego introdujeron en la habitación al comandante Scheuer, pálido y nervioso. Las rápidas preguntas de Hübner le desconcertaron, y tardó algún tiempo en dar respuestas satisfactorias. Hübner gritó:

—¿Admite su cobardía y su culpa?

Scheller murmuró una respuesta afirmativa, y luego se lo llevaron. Los tres jueces lo condenaron a muerte.

El siguiente fue un teniente de artillería antiaérea, Karl Peters. Dijo haber transportado la mayor parte de sus baterías al otro lado del puente de

Ludendorff, pero admitió que posiblemente quedó alguna de estas armas —que se consideraban como secretas— al oeste del Rhin. Antes de que Peters pudiera explicar la razón de aquello, Hübner exclamó:

—¡Es usted culpable de alta traición y merece ser fusilado por cobardía!

—Sí, señor —murmuró el atemorizado Peters, y pocos minutos más tarde le condenaban también a muerte. Hübner juzgó y condenó igualmente a muerte al comandante Strobel, el ingeniero militar de Linz que había lanzado el audaz ataque destinado a volar el puente, y al comandante August Fraft, superior inmediato de Friesenhahn, quien no estaba en la zona cuando le correspondía.

Kesselring, que había protestado por aquellos juicios, se vio obligado a publicar las sentencias. En un mensaje especial, advertía a todos los soldados del Frente Occidental: «El que no vive con honor, debe morir en la vergüenza».

10

El mismo día en que Bradley dijo a Hodges que solo podría llevar cinco divisiones a la cabeza de puente de Remagen, Patton se hallaba en Namur para recibir una condecoración de los franceses, y dijo a su jefe de Estado Mayor, general de división Hobart Gay, que Eisenhower, según Bradley, no era partidario de un ataque de Montgomery, exclusivamente, pero que temía «que debía llevarse a cabo». El disgusto de Patton quedó registrado en el Diario de Gay:

> *«… Un comentario originado solo en el autor de este Diario, es que si el comandante supremo no cree en ello, debiera decir "NO", a semejanza de otro comandante americano que golpeó en su escritorio y exclamó: "¡No, maldición, no!", con lo cual hizo historia. Se dijo posteriormente que el Primer Ejército tenía autoridad para ampliar la cabeza de puente de Remagen hasta unos quince kilómetros de profundidad y treinta y cinco de anchura. Esta es una afirmación peregrina, si se piensa que el principal esfuerzo americano debe consistir en derrotar a las fuerzas alemanas, y que el Rhin es la última gran barrera natural que se interpone entre ellos y el Este, en esa zona…».*

El hombre más afectado por la decisión temporal de Eisenhower, Courtney Hodges, no dejó que su decepción atenuase la decisión de ampliar la cabeza de puente todo lo posible hacia el Este. Las cosas marchaban demasiado despacio para su gusto. También le preocupaba el mismo puente, que estaba próximo a derrumbarse. Por fortuna, el pontón auxiliar que se construía unos quinientos

metros hacia el Norte, quedó terminado el 10 de marzo. Además, era probable que quedase pronto abierto al tráfico el pesado pontón situado kilómetro y medio hacia el Sur. Por si esto fuera poco, buen número de embarcaciones fluviales transportaban municiones y gasolina a la orilla oriental, regresando con heridos. Los medios más rápidos —balsas con dos motores fuera borda— podían efectuar el peligroso viaje en ocho o diez minutos.

El Primer Ejército solo disponía de tres puentes y de parte de otros dos, pero el coronel de ingenieros William Carter estaba trasladando al Rhin siete más. El mismo Hodges no tenía idea de la misteriosa procedencia de los siete puentes. En Amberes, uno de los hombres de Patton pintaba el letrero «Tercer Ejército» a todo puente que llegaba, pero el Primer Ejército tenía un «amigo» en la estación de Lieja que borraba concienzudamente los letreros y despachaba los puentes al coronel Carter. Aunque los hombres del Tercer Ejército de Patton se jactaban abiertamente de ser los mejores cacos de todo el frente europeo, el moderado Primer Ejército hacía merecimientos sobrados para quedarse con el título.

En la tarde del 10 de marzo, Hodges se dirigió en automóvil a Remagen para ver lo que ocurría al otro lado del río. En cuanto el tráfico del puente quedó despejado, el vehículo del general pasó rápidamente a la otra orilla. Craig dijo a Hodges que en la cabeza de puente se hallaban unos veinte mil hombres. Además, la 99.ª División estaba efectuando el cruce y se hallaría en condiciones de operar un día después. La situación parecía asegurada, y las divisiones 9.ª y 78.ª avanzaban a razón de un kilómetro por día. Aun cuando este era el límite que Bradley había impuesto, Hodges insistió en que se acelerase la marcha.

Poco después que el general hubo atravesado el Rhin, el puente Ludendorff quedó cerrado al tránsito y los ingenieros se dispusieron a reparar con equipo pesado los grandes desperfectos que había causado la explosión de la carga colocada por el sargento alemán Faust. Los ingenieros militares manifestaron que si no se soldaba una gran plancha de acero en aquel lugar, el puente se desmoronaría. Pero el gran puente ya no era absolutamente indispensable. A las once de la noche comenzaron a pasar hacia la orilla oriental los primeros vehículos por el pontón. La cabeza de puente no tardaría en rebosar de suministros y refuerzos, y solo era cuestión de tiempo el que las tropas de Craig traspusieran las colinas boscosas para llegar a la autopista, a unos dieciséis kilómetros de allí.

Uno de los jóvenes oficiales enviados para llevar a cabo el ataque, era el segundo teniente William MacCurdy, del 52.° Batallón de Infantería Acorazada,

perteneciente a la Novena División. Ese era el primer mando de MacCurdy en batalla, y estaba deseando hacerlo lo mejor posible. Cuando llegaron por vez primera a la orilla oriental del Rhin, las dotaciones de las baterías antiaéreas que bordeaban el río les gritaron:

—¡Volveos! ¡Lo vais a sentir!

Otros exclamaban:

—¿Qué tal van las cosas por Estados Unidos?

MacCurdy y sus relevos contestaron con amistosos improperios y recibieron más a cambio, pero por algún motivo especial aquello les hizo sentirse mejor. Se encaminaron entones hasta el pueblo de Kasbach, unos pocos kilómetros al Sur, donde MacCurdy se presentó a un comandante larguirucho y desaseado llamado Watts, el cual sonrió débilmente y dijo:

—Y ahora, muchachos, tenéis que mostraros duros con estos hombres. Han permanecido aquí durante dos semanas, en tensión, y están muy cansados. Deberéis ser vosotros los que les alentéis a sacar las cosas adelante.

Acompañaron a MacCurdy hasta su nuevo pelotón, donde un cabo le quitó las barras doradas de su grado que llevaba en la guerrera.

—No se preocupe, teniente —dijo el cabo—. Sabemos que es usted el que manda, pero si se deja puestas estas barras será un blanco magnífico para los tiradores apostados. La mayor parte de los oficiales se las prenden bajo la solapa.

Aquello era nuevo para MacCurdy, pero le pareció razonable. Su primera misión consistió en hacer una incursión contra la vía del ferrocarril. Una compañía entera había tratado de dirigirse hacia allí, pero no lo consiguió. MacCurdy asintió al aceptar la tarea, pero se preguntó cómo podría lograr un pelotón lo que una compañía entera no había logrado.

El teniente condujo a su pelotón río abajo por un sendero del bosque. De pronto, MacCurdy vio a dos alemanes muertos cerca de una ametralladora. Uno de los soldados estaba aún en posición de disparar, pero el otro se hallaba tendido en el suelo, de espaldas. La piel tenía un color tan oscuro que MacCurdy creyó al principio que se trataba de monigotes colocados allí para atemorizar a los novatos como él. Pero al acercarse comprobó que se trataba, en efecto, de dos cadáveres, y su aspecto hizo que se le revolviese el estómago. Entonces se preguntó: «¿Por qué reina tanto silencio por aquí?».

Solo dos días después, el 13 de marzo, Eisenhower se dedicó al fin a estudiar

el proyecto de dejar a Hodges y Patton en libertad de acción al este del Rhin. Pero su decisión fue negativa. Llamó por radio a Bradley diciéndole que no dejara avanzar a Hodges más de dieciséis kilómetros, pues la cabeza de puente de Remagen solo se utilizaría para recluir en ella a las tropas germanas procedentes de la zona del Ruhr y a las que se hallaban en las cercanías de Montgomery.

Para un comandante de campo, semejante orden resultaba ridícula, y Hodges no dudó en exponerlo claramente. Dijo a Bradley que mientras Monty preparaba laboriosamente su ataque a través del Rhin, el Primer Ejército podía maniobrar desde la cabeza de puente. Bradley le demostró su conformidad, pero dijo que de nada valía discutir; tenían que acatar la orden de Ike.

Era un fin irónicamente cauto, para lo que fuera un comienzo tan prometedor.

Capítulo cuarto

«Estoy luchando por la obra del Señor»

1

De todos los atentados de Hitler en contra de la Humanidad, su «solución definitiva del problema judío» ha sido el que más ha hecho estremecer al mundo civilizado. Pero tal actitud ya se encuentra claramente reseñada en *Mein Kampf*. En dicha obra, Hitler no solo predijo repetidamente las medidas que iba a tomar más tarde, sino que reveló los orígenes de sus prejuicios.

Cuando tenía dieciocho años, el que sería más tarde «El Führer», se trasladó a Viena para estudiar arte. «Allí a donde iba no veía más que judíos —escribió—. Y cuanto más los conocía más distintos me iban pareciendo del resto de la humanidad». Al principio la intransigencia de Hitler era solo personal. La simple contemplación de un judío ortodoxo, con sus barbas y su extraña indumentaria le producía una gran repulsión física. Pero cuando leyó «Los Protocolos de los Antiguos Hijos de Sión», su antisemitismo se convirtió en una obsesión, y se dijo que tenía que defender al mundo de los judíos. Este documento, creado por el Servicio Secreto Imperial Ruso en 1905, alegaba que los judíos trataban de dominar en secreto al mundo, mediante una combinación grotesca de marxismo y capitalismo. «Tenemos que suscitar en todas partes la inquietud, la lucha y la enemistad», anunciaba la declaración de un pretendido dirigente judío. «Tenemos que desatar una contienda mundial, llevando a los pueblos a tal situación, que nos ofrezca el dominio del mundo».

El joven austríaco, que era ya un fanático nacionalista alemán, creyó cuanto decía el espurio documento. «En aquel período —escribió Hitler— mis ojos se abrieron ante dos amenazas en las que yo apenas había reparado hasta entonces, y cuya tremenda importancia para la existencia del pueblo alemán ciertamente yo no había llegado a comprender: el marxismo y el judaísmo».

Hitler llamó a sus cinco años de permanencia en Viena «la más dura, pero provechosa escuela» de su vida. «Llegué a esta ciudad cuando aún era un muchacho y la dejé siendo un hombre evolucionado, sereno y grave… No sé cuál sería hoy mi actitud hacia los judíos y los demócratas sociales, o más bien hacia el marxismo en conjunto, y hacia el aspecto social, si en aquellos tempranos días las lecciones del destino —y mi propio estudio— no hubiesen forjado en mí un caudal básico de opiniones personales».

Sus repugnancias y temores se convirtieron rápidamente en una «idea fija» que era para Hitler «el mayor acicate espiritual» de su vida. «Dejé de ser un enclenque cosmopolita y me convertí en un antisemita». Mucho del obsesivo odio de Hitler contra los judíos tenía su raíz en su fracaso como arquitecto y como artista. Le amargaba en cambio el éxito que los judíos lograban en tales actividades. «¿Hay acaso alguna forma de porquería o libertinaje, especialmente en la vida cultural, en que no se encuentre incluido al menos un judío? Si se corta, aunque sea con cautela, en tal absceso, se hallará, como una larva en un organismo corrompido, a menudo deslumbrada por la luz repentina, una inmundicia».

Pero era la amenaza del marxismo, en primer lugar, lo que encubría su antisemitismo. Evidentemente el orador de mayor magnetismo de nuestro siglo, Hitler, era capaz de contagiar su fanatismo a los demás. Una y otra vez insistía en sus discursos en que cuando el judío se hiciese con el control económico del mundo, mediante las finanzas, se adueñaría luego del control político de nuestro planeta. «Su último objetivo en este aspecto es la victoria de la “democracia”, o bien lo que él entiende como tal: el Gobierno del parlamentarismo… Con infinita astucia procura ocultar la necesidad de justicia social que dormita en el fondo de todo hombre ario, convirtiéndola en odio contra aquellos que han sido más favorecidos por la fortuna, y de este modo confiere a la lucha por la eliminación del demonio social un sello filosófico muy definido. Así se establece la doctrina marxista».

Después de haber actuado en esta forma, advierte Hitler, el judío acaba con la farsa y se muestra tal como es realmente. «El democrático pueblo judío se

convierte en el judío de sangre, y en el tirano de otros pueblos. En pocos años trata de eliminar a los intelectuales del país, y al desposeer a los pueblos de sus jefes culturales, los convierte en presa fácil para la esclavitud permanente. El más estremecedor de los ejemplos lo constituye Rusia, donde el judío ha asesinado o dejado morir de hambre a unos treinta millones de personas, con salvajismo fanático, en parte entre torturas inhumanas, con el fin de proporcionar a una pandilla de periodistas judíos y de bandidos corredores de bolsa la dominación sobre un gran pueblo».

Hitler se hallaba convencido de que la conjura judío-marxista llegaría a su punto culminante en Alemania. «La bolchevización de Alemania, es decir, el exterminio de la clase intelectual alemana, para poder colocar a las clases trabajadoras bajo el yugo de los financieros judíos, ha sido concebida como el paso preliminar de una extensión posterior de la tendencia judía a la conquista del mundo. Si nuestro estado y nuestro pueblo se convierten en las víctimas de esos sangrientos y avaros judíos, la tierra entera desaparecerá entre los tentáculos de semejante pulpo. Si Alemania se libra en cambio de tal abrazo, ese, que es el mayor de los peligros para las naciones, podrá considerarse desaparecido de nuestro mundo».

No hay duda alguna de que Hitler creía interiormente cada una de las inauditas palabras que pronunciaba, y en *Mein Kampf* puso de manifiesto hasta dónde pensaba llegar. «Si durante la Primera Guerra Mundial se hubiese sometido al gas venenoso a doce o quince mil de esos hebreos corruptores de pueblos… el sacrificio de varios millones en el frente no hubiera sido en vano. Por el contrario: doce mil de esos truhanes, eliminados de una vez, habrían salvado la vida de millones de alemanes de verdad, inestimables para el futuro».

Que el dirigente de un estado civilizado pudiera aceptar como verdaderos «Los Protocolos de los Antiguos Hijos de Sión», resultaba bastante improbable, pero que se podía utilizar el asesinato en masa para terminar con «la amenaza judía» era para él tan comprensible, que cuando se revelaron los horrores de los campos de concentración alemanes, la mayoría de los occidentales consideraron a Hitler como un loco, como el peor de los criminales, como un Anticristo.

Pero Hitler y el nazismo hubieran resultado aceptables, e incluso dignos de admiración, para muchos de los profetas medievales del Milenio, aquel millar de años de felicidad, buen Gobierno y libertad que pronosticaba la Revelación XX. Más que un Anticristo, Hitler hubiera constituido la misma esencia del Cristo para un hombre como Tanchelm, el cual inició un movimiento revolucionario en

Flandes, a principios del siglo XII; para John Ball, jefe de la rebelión de campesinos ingleses de 1381, e incluso para Thomas Münzer, que acaudilló la revuelta alemana de hombres del campo en 1525. Cada uno de estos seudoprofetas creía en cierto modo ser un Cristo redivivo, destinado a eliminar del mundo la tiranía, proporcionando a la humanidad una vida nueva y gloriosa, y consideraba que la matanza de sus enemigos era obra de la voluntad del Señor. Münzer, por ejemplo, exhortaba a sus seguidores a que matasen sin piedad. «¡No dejéis que se enfríe vuestra espada…! ¡A ellos, a ellos, a ellos, mientras alumbre la luz del día! Dios va delante de nosotros, así que adelante, ¡seguidle siempre!». Al igual que estos fanáticos, Hitler también se complacía en tratar de renovar el mundo. Aseguraba asimismo haber sido elegido para traer el Milenio a un mundo corrompido. Ofrecía ilimitadas promesas, y a diferencia de otros políticos de nuestros días, confirió a los conflictos sociales y a las esperanzas de la nación un sentido místico de majestad e intención.

Detrás de todo este misticismo se advertía un programa materialista que satisfacía las aspiraciones de todas las clases sociales, prácticamente. Hitler prometió revocar el «infame» Tratado de Versalles, devolviendo a Alemania el honor perdido; aseguró que salvaría a su país de la devastadora depresión, que extendería las fronteras de Alemania hasta Asia, y que exterminaría el bolchevismo así como a los elementos «indeseables», como los judíos.

Hitler no partía del vacío; los excesos perpetrados por él eran la culminación de una serie de persecuciones implacables que se habían desarrollado durante siglos, desde el tiempo de las Cruzadas y el Primer Reich —el Sacro Imperio Romano Germánico—, en la Edad Media, hasta el Segundo Reich de Bismarck y el Kaiser Guillermo II, cuando se originó una firme creencia en la superioridad racial germánica. El era el heredero natural de los sanguinarios profetas, y como ellos, era enérgico e implacable, estaba provisto de una fantasía apocalíptica, y se hallaba convencido de su propia infalibilidad. Hitler no fumaba ni bebía, y era vegetariano. Vivía con frugalidad casi ascética, y se hallaba por encima de cualquier corrupción personal. Tenía una amante, pero ocultaba su existencia a fin de poder presentarse ante la gente como un símbolo asexual de pureza. También su meta era elevada, y bien valía el sacrificio de millones de seres humanos. Cada uno de los antiguos profetas creía haber destruido una gran fuerza corruptora. En el caso de Hitler eran los judíos —un objetivo muy antiguo —, y su eliminación era solo una limpieza necesaria que daría al mundo su

gloria final. «(El judío) sigue su maligno camino hasta el día en que otro poder se le oponga, y en ruda lucha le rechace, invasor de los cielos, hasta el reino de Lucifer».

Era esta apocalíptica visión que había heredado lo que llevó a Hitler a dar muerte a millones de judíos.[20] El Führer carecía de escrúpulos en este sentido. «Creo que estoy actuando de acuerdo con la voluntad del Creador Todopoderoso», decía: «Defendiéndome contra el judío, estoy luchando por la obra del Señor».

En el mes de marzo de 1945, el fantasma de la derrota impulsó a Hitler a acelerar su programa de aniquilación, y ordenó el asesinato de todos los judíos que quedaban en los campos de concentración, antes de que pudiesen ser liberados por los rusos y sus aliados.

El masajista de Himmler, doctor Kersten, trataba de que aquel no llevase a cabo tales matanzas.

—Son órdenes directas del Führer —decía Himmler—, y debo procurar que se cumplan hasta el último detalle.

Durante una semana los dos hombres discutieron acaloradamente, sosteniendo Himmler que «todos los criminales de los campos de concentración no pueden tener la satisfacción de resurgir de las ruinas como triunfantes conquistadores». Pero el infatigable Kersten no se rendía, y siguió insistiendo hasta que obligó al *reichsführer* a prometer por escrito que no ordenaría volar los campamentos, ni mataría más judíos. Todos los prisioneros deberían permanecer en sus respectivos campos, para ser entregados a los Aliados «de manera ordenada».

Cuando hubo concluido de escribir este singular documento, Himmler lo examinó brevemente, y al fin, con su lenta y angulosa escritura, colocó la firma: «Heinrich Himmler, *reichsführer* SS».

Lleno de gozo, Kersten cogió la misma pluma, y llevado por un impulso firmó a su vez. «En nombre de la Humanidad, Felix Kersten».

El logro de Kersten era importante, pero después de todo se trataba de un compromiso privado, y si bien Himmler había insistido en que lo cumpliría, no había seguridad alguna de que mantuviera su palabra.

Irónicamente, mientras procuraba resistir a las demandas de Kersten,

Himmler estaba tratando de establecer un acuerdo secreto en Austria con el doctor Carl J. Burckhardt, presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja, del que podía resultar una considerable mejora de las condiciones imperantes en las cárceles y los campos de concentración. Himmler a su vez esperaba, a cambio, la benevolencia del mundo. Por otra parte, el hombre que Himmler había enviado como agente era el doctor Kaltenbrunner, y enemigos tales como Walter Schellenberg hubieran juzgado imposible que este pudiera participar en negociaciones de un cariz tan humanitario como aquella.[21]

El doctor Burckhardt trató de convencer a Kaltenbrunner para que dejase que la Cruz Roja visitara los campos de concentración y proporcionarse algún alivio a los internados. El mismo había tratado de obtener tal concesión del predecesor de Kaltenbrunner, el conocido Reinhard Heydrich, que se había convertido en el símbolo de la brutalidad de la Gestapo. Heydrich replicó al doctor Burckhardt defendiendo la política de los nazis. Dijo que los campos de concentración estaban llenos de criminales, espías y peligrosos agentes de propaganda.

—No debe usted olvidar que estamos combatiendo, que el Führer combate al enemigo universal —manifestó—. No solo es cuestión de hacer que Alemania sea un país seguro, sino que tenemos la obligación de salvar al mundo intelectual de la corrupción moral. Eso es algo que ustedes no comprenden.

Luego Heydrich hizo descender el tono de su voz, hasta convertirla en un susurro de conspirador:

—Fuera de nuestro país piensan que somos los mayores brutos que hay, ¿verdad? Para el individuo en sí esto resulta algo difícil de aceptar, pero nosotros tenemos que ser duros como el granito, o la obra del Führer se hallaría en peligro. Llegará un día en que todos nos agradecerán que hayamos asumido semejantes responsabilidades.

El doctor Burckhardt obtuvo algo más que palabras del sucesor de Heydrich. Por raro que parezca, Kaltenbrunner aprobó un envío de paquetes con alimentos a los prisioneros militares, e incluso accedió a que algunos observadores de la Cruz Roja viviesen en los campamentos de prisioneros de guerra hasta el fin de las hostilidades. Alentado por la «razonable actitud» de Kaltenbrunner, el doctor Burckhardt trató el tema de los prisioneros civiles, y Kaltenbrunner ofreció para estos las mismas concesiones que para los presos militares.

—Incluso —manifestó—, puede usted enviar observadores permanentes a los campamentos israelitas.

En los días que siguieron, Himmler hizo concesiones aún más humanitarias. Kersten le convenció para que rescindiese la orden de Hitler de destruir los embalses de La Haya y de Zuyder Zee, y para que extendiese una orden prohibiendo el trato cruel contra los judíos.

Llegó a volverse tan benévolo que el 17 de marzo Kersten le pidió que se entrevistase en secreto con Storch, el agente del Congreso Judío Mundial.

—¡No puedo recibir a un judío! —exclamó Himmler—. ¡Si el Führer se entera me matará de un tiro en el acto!

Pero ya había hecho demasiadas concesiones, y Kersten tenía una copia firmada del documento por el que se comprometía a desobedecer a Hitler. Con voz débil, Himmler dio su consentimiento a lo que le pedían.

Hitler dábase cuenta de que a su alrededor se estaban llevando a cabo cierto número de conjuras, algunas de las cuales él mismo había contribuido a instigar. Estaba al corriente, por ejemplo, de las negociaciones de Ribbentrop en Suecia y de las de Wolff en Italia. Incluso sabía que Himmler hacía tratos con judíos. Pero Hitler siguió permitiendo que esos hombres continuaran negociando aparentemente en su nombre. Si el trato fracasaba, se haría el desentendido, y si tenía éxito, podría sacar partido de ello.

Pero resulta dudoso que estuviese enterado de que su política de «tierra arrasada» recibía la activa oposición de su ministro más capacitado, Albert Speer, hasta que este criticó abiertamente la idea en su nota del 18 de marzo, la cual decía lo siguiente:

> *«No hay duda de que la economía alemana se hundirá de aquí a cuatro u ocho semanas… Después de este colapso, la guerra no podrá continuar, ni siquiera en el aspecto militar… Debemos hacer todo lo posible por salvaguardar la vida de nuestro pueblo, incluso en el nivel más primitivo… No tenemos derecho, en esta etapa de la guerra, a llevar a cabo destrucciones que lleguen a afectar la misma existencia del pueblo. Si nuestros enemigos desean destruir esta nación, que ha luchado con valor ejemplar, la vergüenza de la Historia recaerá exclusivamente sobre ellos. A nosotros nos queda el deber de dejar a la nación todas las posibilidades para que pueda reconstruirse en un futuro…».*

Hitler admiró siempre a Speer, y este afecto personal se extendió a unos pocos más. Por ello tal vez esas palabras contribuyeron a enfurecerle tan

intensamente. Si el Führer había vacilado en su decisión de arrasar Alemania, la nota de Speer le resolvió a actuar más rápidamente. Por consiguiente, mandó llamar a Speer y le dijo acaloradamente:

—¡Si se pierde la guerra, el Reich también debe perecer! Eso es inevitable. No es necesario preocuparse de las necesidades elementales del pueblo para que continúe llevando una primitiva existencia. Por el contrario, será mejor que destruyamos esto nosotros mismos, porque nuestro país habrá demostrado ser el más débil, y el futuro solo pertenecerá a la fuerte nación oriental (Rusia). Además, los que queden después de la guerra serán los inferiores, ya que los mejores habrán perecido.

Despidió el Führer perentoriamente a Speer, y dictó la orden que este había tratado de impedir. En ella se mandaba destruir todas las instalaciones militares, industriales, de transportes y comunicaciones, antes de que cayeran en manos del enemigo. Los *gauleiter* nazis y los jefes de la defensa deberían contribuir a la ejecución de tales medidas. «Todas las directivas opuestas a lo antedicho —concluía la orden —quedan anuladas».

Ya desde Stalingrado, Hitler había estado tomando decisiones tan brutales y arbitrarias como esta, y desde el atentado del 20 de julio se volvió más irritable e inflexible. Sus consejeros comprobaron desalentados que tendía a hallar una solución desesperada y única para cada problema, en lugar de buscar varias alternativas, como ocurría en el pasado.

Sin embargo, el Führer seguía siendo considerado y afable con su chofer Kempa y con sus secretarios y servidores, pero hasta estos podían comprobar que se hallaba abrumado por la tensión nerviosa.

—Me mienten por todas partes —dijo en cierta ocasión a uno de sus secretarios—. No puedo confiar en nadie; todos me traicionan. Esto me pone enfermo. Si no fuera por mi fiel Morell (el médico que le daba tantas píldoras) estaría totalmente deshecho. Y esos idiotas de médicos quieren librarse de él. Pero no dicen lo que sería de mí sin Morell. Si algo me pasa, Alemania quedará sin líder, pues no tengo sucesor. El primero, Hess, está loco; el segundo, Goering, ha perdido la simpatía del pueblo, y el tercero, Himmler, sería rechazado por el Partido.

Se disculpó Hitler de hablar de política durante la comida, y luego añadió:

—Estrújese el cerebro de nuevo y dígame quién puede ser mi sucesor. Eso es algo que me pregunto continuamente, sin hallar jamás una respuesta.

Hitler puso de manifiesto las mismas dudas a otras personas con las que se

entrevistó en una de sus últimas «conversaciones privadas». Después de quejarse de que se había visto obligado a llevar a cabo todo en el corto espacio de su existencia, el Führer declaró:

—Ha llegado el momento en que me pregunto si entre mis inmediatos sucesores podrá hallarse un hombre destinado a levantar y seguir portando la antorcha, una vez que esta haya caído de mis manos. También ha sido mi sino el servir a un pueblo con un pasado tan trágico, a un pueblo tan inestable y versátil como el germano, a un pueblo que va, según las circunstancias, de un extremo al opuesto.

Manifestó que hubiera sido magnífico de haber dispuesto de tiempo para imbuir a la juventud alemana de la doctrina Nacional Socialista, dejando luego que las generaciones futuras emprendieran la inevitable guerra.

—La tarea que me propuse, de elevar al pueblo alemán al lugar que le corresponde en el mundo —siguió diciendo—, no es por desgracia una tarea que pueda llevarse a cabo por un solo hombre, en una sola generación. Pero al menos les he abierto los ojos a la grandeza que ello entraña, y les he inspirado la idea de la unión de los alemanes en un Reich grande e indestructible. He sembrado una buena semilla.

Profetizó luego que alguna vez se recogerían los frutos, y concluyó diciendo:

—El pueblo alemán es un pueblo joven y fuerte; un pueblo con el futuro por delante.

2

La creación de la Nueva Europa, instituida por los enemigos de Hitler en Yalta, comenzaba ya a resquebrajarse. Los Tres Grandes habían trazado el plan dentro de una relativa armonía, pero no se ponían de acuerdo a la hora de llevarlo a la práctica. Las discusiones se centraban en el caso de Polonia. La reunión de los representantes de las tres grandes potencias, celebrada en Moscú, no dio resultado alguno. Molotov proclamó una y otra vez que el Gobierno de Lublin representaba verdaderamente al pueblo polaco, en tanto que Harriman y *sir* Achibald Clark Kerr, el embajador británico en la Unión Soviética, manifestaban que debía establecerse un Gobierno más representativo, en el que se incluyesen hombres como Mikolajczyk.

Mientras se discutía esto, los polacos de Londres y Norteamérica atacaban los resultados de Yalta, cada vez con mayor aspereza.

—Considero que se ha producido una gran calamidad —dijo el general Anders a Churchill, con acento acusador, y este le contestó:

—La culpa es de ustedes.

Las palabras de Churchill desmentían su verdadera postura. Estaba luchando en secreto por Polonia, y aún trataba de conseguir el apoyo de Roosevelt para enfrentarse con Stalin. Afirmaba que ambos podían enviar un mensaje al líder soviético, pidiéndole que cumpliese los acuerdos de Yalta y permitiese la instauración de un verdadero Gobierno democrático en Polonia. Por fin, el 11 de marzo Roosevelt contestó a la petición de Churchill en los siguientes términos:

> *«… Creo que nuestra intervención personal debe ser evitada hasta que se hayan agotado todas las demás posibilidades de llevar al Gobierno soviético por donde corresponde. Desearía por lo tanto que no enviase usted un mensaje al tío José en estas circunstancias, sobre todo porque considero que algunas partes del texto que propone podrían causar una reacción contraria a la que pretendemos…».*

En toda la zona de los Balcanes, los soviéticos estaban instalando Gobiernos comunistas en los países liberados, y a menos de que se detuviese el comunismo, en ese momento, Churchill preveía que iba a adquirir un impulso peligroso. De mala gana suspendió el envío del mensaje a Stalin, pero rogó al presidente que permitiese a Harriman y Clark Kerr elevar ante el Gobierno soviético los puntos establecidos en su nota.

> *«… Polonia ha perdido su frontera. ¿Va a perder ahora su libertad?… Considero que una actitud perseverante y firme en los puntos sobre los que hemos estado tratando, así como mi propuesto mensaje a Stalin, tendrán grandes probabilidades de obtener éxito».*

También Bernard Baruch encontró a Roosevelt reacio para tomar una decisión, cuando visitó la Casa Blanca el 15 de marzo. Primero hablaron de Yalta y luego acerca del mundo de la posguerra.

—Aprendimos buen número de lecciones en la Primera Guerra Mundial —declaró Baruch—. En cuanto se termina la lucha todo el mundo es un héroe. Los esfuerzos de los americanos serán minimizados. Debemos actuar enérgicamente y dejar solucionados los problemas antes de licenciar a las tropas.

—Bernie, ¿cuánto tiempo cree que hará falta para que impere una paz verdadera en el mundo? —inquirió Roosevelt, repentinamente.

—Cinco o diez años.

—¡No, por Dios!

—Si queremos que haya paz, debemos encontrar hombres que sepan cómo funciona esta, y cómo se logra que la gente vuelva a trabajar en las actividades de su elección.

Roosevelt pareció de acuerdo con estas últimas palabras, y tras repetirlas, dijo:

—Sí, eso es lo que tenemos que hacer.

—Eso también dependerá de la posición que asumamos en la mesa de la paz. ¿Piensa usted presentarse para otro período presidencial? No podrá hacerlo. Es necesario que piense en el que va a sucederle.

Baruch mencionó a tres o cuatro candidatos, pero Roosevelt siguió mirando por la ventana, hacia el río Potomac.

—Tenemos que tomar alguna decisión —urgió Baruch—. ¿Qué le parece estipular un tratado, especificando la clase de paz a establecer? ¿Y qué me dice de pensar en su sucesor?

Pero Roosevelt seguía sin decir nada. Tenía muchos problemas que eran ignorados hasta por un confidente como Baruch. Stimson le había revelado recientemente que a no tardar se hallaría lista para probar una bomba atómica, cuyos efectos en el mundo de la posguerra nadie podía prever.

El presidente se mostraba en aquellos difíciles días cada vez más irritable. Por vez primera su mujer comprendió que «no era capaz de sostener una verdadera discusión». Si ella le contradecía, Roosevelt se encolerizaba. «Franklin había dejado de ser la persona serena e imperturbable que en el pasado me había exhortado a discutir sobre asuntos políticos. Era otra muestra del cambio que a todos nosotros nos costaba reconocer».

Esto quedó confirmado por la respuesta que Roosevelt dio el 16 de marzo al segundo telegrama de Churchill, para actuar con firmeza contra Stalin en Polonia. Manifestó que no estaba de acuerdo en que se estuviesen dejando de cumplir los acuerdos de Yalta, y pidió que Harriman y Clark Kerr siguieran tratando con Molotov en Moscú. Churchill consideró que este y otros recientes mensajes no eran los habituales en Roosevelt, y envió al mismo un sentido telegrama que sirviera para «facilitar la marcha cuesta arriba de los asuntos oficiales».

«… Nuestra amistad es la roca con la que cuento para construir el mundo del futuro, puesto que soy yo uno

de los constructores. Siempre recuerdo aquellos difíciles días en que usted nos dio su ayuda… Tampoco olvido la parte que nuestras relaciones personales han jugado en favor de la causa del mundo, que se acerca ahora a su primer objetivo militar…

»Como ya he dicho anteriormente, cuando concluya la guerra de gigantes comenzará la de los pigmeos. Habrá un mundo devastado y hambriento para alimentar el conflicto, ¿y qué dirá el tío José o su sucesor de la forma en que actuaremos?

»Mis mejores deseos.

»Winston».

3

La cabeza de puente de Remagen se había extendido más de dieciséis kilómetros hacia el Este, y las patrullas de la 9.ª División se aproximaban a su objetivo, la autopista de Frankfort a Colonia. A pesar de los ataques aéreos y de artillería, el puente de Lundendorff aún seguía en pie, y en su desesperación los alemanes llevaron a la zona un enorme cañón montado sobre orugas, el «Karl Howitzer», de 540 milímetros. Este monstruo, que pesaba 132 toneladas, disparaba granadas de dos mil kilos. Después de algunas andanadas que no acertaron en el puente, tuvo que ser retirado para someterle a unas reparaciones. Desde Holanda se lanzaron doce V-2 supersónicas, que estallaron en una zona muy amplia, y solo originaron algún daño al acertar a una casa situada a trescientos metros al este del puente, dando muerte a tres norteamericanos.

El puente, a todo esto, recibía las sacudidas causadas por los disparos de las cercanas baterías antiaéreas americanas, y por el estallido de los obuses de 200 mm. alemanes. A las tres de la tarde del 17 de marzo, los ingenieros militares americanos estuvieron en condiciones de soldar una gran plancha de acero sobre el arco que casi estaba seccionado. Una vez que la pieza estuviese en su sitio, el puente quedaría seguro. El teniente coronel Clayton Rust, comandante del 276.° Batallón de Ingenieros de Combate, se hallaba en el centro del puente, observando la realización de los trabajos, cuando oyó un estallido seco, como el disparo de un fusil. Cuando miró a su alrededor oyó otra detonación, y vio que parte de la estructura se desprendía. Antes de que pudiera dar la voz de alarma, el puente se estremeció y empezó a levantarse polvo de la estructura de madera. Los soldados que se hallaban trabajando arrojaron sus herramientas y corrieron hacia la orilla más próxima. Rust echó a correr en dirección a Remagen, cuando el centro del puente vibró y lentamente se hundió en las aguas, en medio de una

serie de chirridos metálicos. Todo el puente desapareció en el Rhin. Rust y muchos de sus hombres fueron arrastrados corriente abajo hasta el pontón auxiliar, donde los extrajeron del agua, pero veintiocho soldados murieron en el derrumbe o se ahogaron en las aguas.

En Spa, el general Hodges estaba en ese momento llamando por teléfono a Millikin para decirle que se le relevaba del mando del Tercer Cuerpo.

—Tengo malas noticias que darle —comenzó diciendo Hodges.

—Señor —le interrumpió Millikin—, también yo debo darle una mala noticia: el puente del ferrocarril acaba de hundirse.

Desaparecido el puente de Lundendorff, los hombres rana de Skorzeny decidieron destruir el otro pontón que había corriente arriba. Hacia las siete se sumergieron en las frías aguas del Rhin, llevando cada uno un recipiente con cuatro paquetes de explosivos plásticos. Pero antes de que llegaran a su objetivo, los descubrieron los americanos con el poderoso reflector secreto CDL —cuyo foco no podía detectarse—, y comenzaron a disparar sobre los osados nadadores. Dos de los hombres rana murieron, y los restantes fueron capturados.

Entretanto, todo el Grupo de Ejército B, de Model, había sido aniquilado, y sus restos fueron rechazados más allá del Rhin por Montgomery y Rodges, que en conjunto habían capturado 150 000 prisioneros. Más al Sur, el Grupo de Ejército G, del general Paul Hausser, estaba siendo empujado contra la orilla occidental del río y se hallaba en peligro de quedar cercado entre el Tercer Ejército de Patton, por el Norte, y el séptimo Ejército del teniente general Alexander Patch, por el Sur. Hausser, un ingenioso y cáustico alemán de sesenta y cinco años, comprendió que se enfrentaba con el desastre, y rápidamente pidió a Kesselring que le permitiera cruzar el Rhin antes de que fuese demasiado tarde.

—La política de defensa a ultranza al Oeste del río solo puede dar lugar a tremendas pérdidas y a una probable aniquilación de las tropas —manifestó.

Kesselring se mostraba vacilante.

—Es menester decidir rápidamente una retirada más allá del Rhin —añadió Hausser, impaciente.

—Rechazado —contestó al fin Kesselring, secamente—. Mantenga sus posiciones.

Hausser repitió sus argumentos, pero Kesselring se limitó a mover la cabeza negativamente, y dijo en tono de disculpa:

—Esas son mis órdenes. Debe usted resistir.

Sin embargo, en cuanto Kesselring hubo abandonado la habitación, Hausser

dijo a sus comandantes que se preparasen para una retirada en el mayor secreto.

Dos días más tarde, el 15 de marzo, Patton irrumpió a través del Ejército que Hausser tenía más al Norte, y avanzó en dirección al Rhin. Hausser ordenó una retirada y luego llamó a Kesselring pidiendo autorización para llevarla a cabo.

—Mantenga sus posiciones —dijo Kesselring—, pero evite que le rodeen.

Eso era lo que Hausser quería oír.

—Está bien, ¡gracias! —manifestó, y colgó el auricular rápidamente. Pero ya era demasiado tarde. La mayor parte del Grupo de Ejército G se hallaba ya sentenciada.

El mismo día en que el puente de Ludendorff se hundió, Eisenhower decía a Patton con toda seriedad:

—Lo malo de ustedes, los del Tercer Ejército, es que no se dan cuenta de su propia grandeza. No son lo suficientemente astutos. Dejen que el mundo sepa lo que están haciendo, pues de otro modo el soldado americano no será apreciado en todo lo que vale.

Luego, Patton y su ayudante, el coronel Charles Codman, se trasladaron con Eisenhower en avión hasta el cuartel general del Séptimo Ejército, situado en Lunéville. Por el camino, el comandante supremo siguió elogiando al Tercer Ejército.

—George —dijo Eisenhower, con tono expresivo—, no solo es usted un buen general, sino que también es un general afortunado, y, como recordará, Napoleón estimaba más la suerte de un general que su capacidad.

—Vaya —dijo riendo Patton—, este es el primer elogio que me hace, en los dos años y medio que llevamos sirviendo juntos.

Durante la entrevista de Lunéville, Eisenhower manifestó que el Muro Occidental aún se mantenía en pie ante el Séptimo Ejército de Patch, en tanto que Patton ya había abierto una brecha. Preguntó entonces Eisenhower a Patch si permitiría que Patton atacase por el sector norte del Séptimo Ejército. Patch accedió en seguida.

—Estamos todos en el mismo conflicto —manifestó.

De vuelta ya al cuartel general del Tercer Ejército, Patton se mostró alegre y optimista durante la cena.

—Creo que Ike lo ha pasado bien —afirmó—. Tendría que salir más a menudo.

—Lo que no llego a comprender es eso de que el Tercer Ejército no es lo bastante astuto —musitó Gay—. ¿Cómo explicaría usted esas palabras?

—Es fácil —respondió Patton, mientras removía la sopa con la cuchara—. Dentro de poco, Ike estará preparando su candidatura para presidente. El Tercer Ejército supone un buen número de votos.

Al ver las sonrisas que aparecían en el rostro de los que le rodeaban, Patton añadió:

—¿Creen que bromeo? De ningún modo. Esperen y verán.

Capítulo quinto

Operación «Amanecer»

1

Al regresar a Italia, Karl Wolff pudo comprobar que su preocupación acerca del futuro se veía compartida por uno de sus oficiales de Estado Mayor, el SS *standartenführer* (coronel) Eugen Dollmann, un mundano y apuesto militar que se caracterizaba por su mordacidad. Para los amigos, Dollmann era un hombre de ingenio, y para los enemigos, un malicioso. Su madre era italiana, y él tenía numerosos vínculos sociales e intelectuales en Italia. Hasta el mismo Wolff le llamaba *Eugenio*. También Wolff había tenido varias conversaciones sobre este tema con el doctor Rudolf Rahn, el embajador alemán ante el Gobierno neofascista de Mussolini. Dos años antes, cuando era ministro plenipotenciario en Túnez, Rahn había contribuido a salvar del exterminio a la población judía de aquel país.

Los tres hombres tenían la seguridad de que los partisanos del norte de Italia establecerían un Gobierno comunista, si la resistencia alemana cedía repentinamente. Junto con los comunistas franceses del Oeste, y Tito en el Este, constituirían un amplio cinturón bolchevique que se extendería por el sur de Europa. La única solución consistía en concertar una rendición condicional de las fuerzas alemanas, con el fin de que los occidentales pudieran hacerse con el norte de Italia antes de que los partisanos estableciesen allí su control.

Poco después de esta conversación, Dollmann hizo notar en una fiesta, como

sin darle importancia, que «estaba cansado de aquella maldita guerra», y que era una lástima que alguien no pudiera ponerse en contacto con los Aliados. Esta indiscreción pudo haber echado a pique el plan, pero tuvo en cambio un efecto contrario. Guido Zimmer, un oficial subalterno de las SS, había escuchado las palabras de Dollmann. Por fortuna, él también consideraba que la guerra estaba perdida, y como devoto católico que era, deseaba evitar toda muerte y destrucción inútiles. Zimmer sacó en conclusión que si Dollmann pensaba de aquel modo, Wolff también sería de la misma opinión.

Zimmer creyó que disponía del hombre que se necesitaba como intermediario, el barón Luigi Parrilli, un antiguo representante de la firma Nash-Kelvinator, fabricantes de refrigeradores, y yerno de un industrial milanés. Zimmer había oído rumores de que Parrilli estaba ayudando a algunos judíos italianos a escapar en secreto del país. Por consiguiente, fue a ver al barón y le dijo lo que había oído comentar a Dollmann. Al igual que Wolff, Parrilli también temía un levantamiento comunista en el norte de Italia, donde tenía sustanciales intereses financieros. Escuchó con interés lo que Zimmer le explicaba, de que solo Wolff podía conseguir algo positivo, ya que por ser jefe de las SS y de la Policía, su tarea era precisamente la de reprimir tales tentativas.

Todo ello le pareció sumamente razonable a Parrilli, y prometió ayudarles. El 21 de febrero, el barón tomó el tren hacia Zürich, en Suiza, para ponerse en contacto con su viejo amigo, el doctor Max Husmann, director de un conocido colegio de muchachos de Zugerberg. Husmann le escuchó con simpatía, pero manifestó que no creía que los Aliados iniciasen una negociación que entrañase un acto hostil hacia Rusia. De todos modos, llamó a un amigo, el comandante Max Waibel, un militar de carrera, de cuarenta y cuatro años, que había estudiado en las Universidades de Basilea y Francfort, y que era doctor en Ciencias Políticas. Waibel también se había dado cuenta de la amenaza comunista que se cernía sobre el norte de Italia. Génova era el puerto que Suiza utilizaba principalmente para su flota mercante, y si quedaba en manos comunistas la economía de su país experimentaría grandes quebrantos. Waibel comprendió que si conspiraba y le sorprendían, su carrera quedaría arruinada, pero el plan en el que se hallaba envuelto Wolff le interesaba, y prometió colaborar, aunque no oficialmente, claro está, ya que ello hubiera implicado violar la neutralidad suiza.

Husmann no podía haber elegido mejor hombre para llevar adelante el proyecto. Waibel era un alto oficial de Inteligencia del Ejército Suizo, que podía

arreglárselas para llevar en secreto a su país a cualquier negociador alemán. También conocía a Allen W. Dulles, un misterioso personaje del que se creía que era el representante personal de Roosevelt en Suiza.

En 1942, Dulles abrió una oficina en Berna, empleando la imprecisa denominación de «Ayudante Especial del ministro de Estados Unidos». La Prensa suiza, sin embargo, siguió llamando a Dulles «Representante Especial de Roosevelt», a pesar de sus manifestaciones en contrario. Lo cierto es que este no era ni lo que decía ser, ni lo que le achacaban. Se trataba en realidad del general de división William J. Donovan, representante del OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) americano, para la zona de Alemania, del sudeste de Europa y de una parte de Francia e Italia. Dulles era hijo de un pastor presbiteriano, nieto de un secretario de Estado del Gobierno, sobrino de otro, y había trabajado durante quince años en el despacho de abogado de su hermano mayor, John Foster Dulles. Era un hombre alto, tranquilo y de aspecto amistoso, que solía fumar en pipa y vestía trajes deportivos. Tenía el aire de un profesor, hundido en su poltrona, pero se dedicaba con singular placer a las operaciones de contraespionaje político, y gozaba entrando y saliendo de los restaurantes por la puerta de servicio, o desapareciendo misteriosamente en medio de una fiesta.

El 22 de febrero, un día después al de la llamada telefónica de Husmann, Waibel invitó a Dulles y a su ayudante principal, Gero von S. Gaevernitz, a una cena. Les dijo que tenía dos amigos que deseaban discutir un asunto de mutuo interés con ellos.

—Si les parece, se los puedo presentar después de la cena —declaró Waibel.

Dulles, como era lógico, no podía comprometerse, pero sugirió que su ayudante se entrevistase en primer lugar con «los dos amigos».

Gaevernitz era hombre de corteses modales, con cierto aire misterioso en su persona. Su padre, Gerhard von Schulze Gaevernitz, un conocido liberal, profesor universitario y miembro del parlamento alemán antes de la llegada del nazismo, había ayudado a redactar la Constitución de Weimar. Durante la mayor parte de su vida había luchado, en unión de un grupo de amigos, por establecer una alianza germano-británico-americana, como medio más seguro para mantener la paz en el mundo. Su último libro era una contestación al *Decline of the West*, de Spengler, y expresaba una fe absoluta en la democracia.

El joven Gaevernitz había recibido el doctorado en Economía, en Francfort, y se trasladó a Nueva York en 1924, donde trabajó en la banca internacional y se hizo ciudadano americano. Al subir Hitler al poder, Gaevernitz puso en práctica

las creencias de su padre. Consideró que su misión particular era mantener en estrecho contacto a los elementos antinazis de Alemania y el Gobierno de Estados Unidos. Algunos de estos dirigentes antinazis ya le conocían, y confiaban en él. Gaevernitz a su vez consideró que si podía convencer a Dulles de la sinceridad de esos hombres podría hacerse bastante para debilitar el régimen de Hitler o bien para acortar de un modo u otro la duración de la guerra. Cuando Dulles abrió su oficina en Berna, pidió a Gaevernitz que trabajase con él, y poco después se establecía entre ambos hombres un estrecho vínculo de compañerismo.

Parrilli habló a Gaevernitz de la situación imperante en Italia. Este le escuchó con cortés suspicacia —todo resultaba demasiado fantástico—, y dijo que volvería a verle si le traía una oferta concreta: Parrilli preguntó si Gaevernitz o algún conocido querría hablar directamente con Zimmer o Dollmann.

—Eso puede arreglarse —contestó Gaevernitz, y quedó pendiente la entrevista.

Regresó Parrilli a Italia, y por vez primera el mismo Wolff fue informado del contacto establecido con Dulles. Wolff decidió entonces abandonar sus esfuerzos para tratar con el Papa o los ingleses, y envió a Dollmann a Suiza. El 3 de marzo, el comandante Waibel introdujo clandestinamente a Dollmann y Zimmer a través de la frontera suiza, por la localidad de Chiasso, donde se encontraron con Parrilli y el doctor Husmann. Ante su asombro, comprobaron que Dollmann actuaba como un igual, y no como alguien que suplica un favor. En el restaurante Bianchi, de Lugano, anunció que esperaba negociar con los Aliados una «paz justa» que acabase con las aspiraciones de los comunistas en el norte de Italia. El doctor Husmann declaró que Alemania no se hallaba en situación de imponer condiciones, y que era absurdo pensar que Occidente podía separarse de la Unión Soviética hasta después de haberse terminado la contienda.

Dollmann escuchó sin hacer comentarios lo que consideraba como un tedioso y pedante sermón, hasta que Husmann dijo que Alemania solo podía esperar una rendición incondicional. Entonces el coronel enrojeció y se puso de pie bruscamente.

—¿Habla usted de una traición? —exclamó.

Según parecía, el rendirse no era una traición para Dollmann, si los términos eran convenientes. Dijo que Alemania se hallaba en muy buenas condiciones para ceder a una rendición incondicional, y que había un ejército de un millón de hombres, en Italia, que podría entrar en lucha en cualquier momento.

—Piénselo —manifestó Husmann—. Su situación es desesperada. Hable con sus amigos.

Dollmann no se preocupó por continuar la discusión con un intermediario. Deseaba que llegase el representante de Dulles para poder hablar con él. Pero cuando este hombre —era un tal Paul Bloom, no Gaevernitz— apareció al fin, también manifestó que los términos se basarían en una rendición incondicional. Añadió que se tendría consideración con los alemanes de buena voluntad que ayudaran a poner término a las hostilidades. Luego entregó a Dollmann un papel. En él se leían los nombres de dos jefes no comunistas de la resistencia italiana, Ferruccio Parri y el comandante Usmiani, que se hallaban prisioneros de los alemanes. El asunto le pareció a Dollmann como «un juego de prendas en una fiesta de colegialas», pero trató de conservar el semblante impasible y preguntó:

—¿Qué ocurre con estos hombres?

Parrilli explicó que Dulles consideraría como una muestra de voluntad si se les dejaba en libertad y se les permitía escapar desde Italia hasta Suiza. Dollmann manifestó que haría todo lo posible, y la segunda entrevista terminó con un amistoso apretón de manos.

La demanda de rendición incondicional disgustó menos a Wolff que a Dollmann. Al menos se habían iniciado unas negociaciones, y tal vez en entrevistas posteriores se lograsen acuerdos más honorables. La liberación de dos importantes prisioneros políticos era algo diferente. Se trataba de un riesgo considerable que podía poner en peligro todo el plan. Pero Wolff decidió que era la única manera de impresionar favorablemente a Dulles. Dollmann le aconsejó que marchase a Suiza, ya que su presencia en aquel país, como comandante supremo de las SS en Italia, podría impresionar de modo insospechado a los norteamericanos. Wolff dijo que lo pensaría. El asunto no dejaba de tener sus riesgos, ya que Wolff era muy conocido en Suiza. Al día siguiente Wolff se dirigió al cuartel general de Kesselring. Wolff le consideraba casi como a un hermano mayor, y esperaba que esta amistad le permitiría obtener la aprobación que se necesitaba para llevar a cabo la rendición. Sin mencionar nombres, Wolff dijo al mariscal de campo que había establecido contacto con unos norteamericanos de Suiza e insinuó que podría establecerse una paz negociada. Kesselring no quiso comprometerse demasiado, pero dio a Wolff la impresión de que le apoyaría si podía concertarse una paz honorable.

Al día siguiente, Parrilli se entrevistó con Wolff en el lago Garda, y en nombre de Dulles le emplazó a una conferencia en Zürich, el 8 de marzo. Wolff

aceptó.

Aquel 8 de marzo fue un día memorable. Cayó el puente de Remagen, y Kesselring fue llamado a Berlín, relevado de su cargo en Italia y enviado al Frente Occidental. En la mañana de ese mismo día, Wolff y Dollmann, junto con Parri y Usmiani, los dos partisanos italianos, cruzaron clandestinamente la frontera suiza con uno de los hombres de Waibel, y fueron llevados en tren a Zürich, donde se escondió a los italianos en una clínica privada. Ni a Parri ni a Usmiani les habían dicho la razón de su salida de la prisión italiana.

Por la noche Waibel llevó a Dulles y a Gaevernitz al hospital. Parri, que hasta la noche anterior había estado en manos del SS, estaba seguro de que le iban a matar, y cuando vio a su viejo amigo Dulles, rompió a llorar. Era una conmovedora escena, pero para Dulles era algo más: era una prueba de buena fe. Entonces dijo que estaba dispuesto a ver a Wolff. Aproximadamente una hora más tarde, Husmann acompañó al general Wolff a un viejo edificio situado cerca del lago, en el que Dulles tenía un piso para concertar entrevistas secretas.

Gaevernitz fue el primero en hablar con Wolff, al que quería tranquilizar antes de que hablase con Dulles.

—General, he oído hablar bastante de usted —comenzó diciendo Gaevernitz, y añadió rápidamente—: Pero lo que he oído dice mucho en su favor.

En efecto, un tiempo antes, la condesa Mechtilde Podewils había dicho a Gaevernitz que un nazi influyente —sin duda Wolff— había salvado a Romano Guardini de ser enviado a un campo de concentración.

—General —prosiguió diciendo Gaevernitz—, tengo entendido que salvó usted la vida de Guardini, el famoso filósofo católico. Creo que tenemos una amistad común, una hermosa dama que me ha hablado mucho de usted.

Después de escuchar aquellas palabras, Wolff sonrió ligeramente.

Dulles fue presentado a los alemanes, y el doctor Husmann inició las conversaciones.

—General Wolff —manifestó—, ¿ha quedado claro, en el curso de nuestra prolongada conversación en el tren, que la guerra está irrevocablemente perdida para Alemania?

Wolff se había hecho a la idea de que había que conseguir la paz a cualquier precio, incluso con una humillación personal, y contestó afirmativamente.

—¿Se desprende de nuestra conversación que solo podrá ser considerada una rendición incondicional? —volvió a preguntar Husmann.

—Sí —contestó Wolff, sumisamente.

—Si a pesar de ello usted trata de hablar en representación de Himmler, la conversación solo durará unos segundos, ya que míster Dulles se retiraría al momento —siguió diciendo el profesor—. ¿No es así míster Dulles?

Dulles lanzó una bocanada de humo y se limitó a afirmar con la cabeza.

Wolff siguió explicando que mandaba las unidades de retaguardia, así como los efectivos de las SS y la Policía. Como buen alemán, correría cualquier riesgo para contribuir a que acabasen las hostilidades. El tono de las palabras de Wolff trasuntaba sinceridad, y por vez primera Gaevernitz pensó que algo podría sacarse en concreto de la entrevista.

—Estoy dispuesto a colocar mi persona y toda mi organización a la disposición de ustedes, con el fin de poner término a la guerra.

Para ello, sin embargo, debería disponer de la aprobación de la Wehrmacht, aseguró Wolff, y dijo que contaba con la simpatía de Kesselring. Una vez que el mariscal de campo estuviese comprometido, él mismo influiría sobre los comandantes de otros frentes para que capitulasen.

Unos meses antes, Gaevernitz había hablado a Dulles de que muchos generales alemanes estaban a punto de rebelarse contra Hitler, y que en aquel momento él mismo estaba tratando de inducir a cinco generales germanos prisioneros para que incitasen a una revuelta contra el Führer.

Mientras Wolff seguía hablando, las sospechas de Gaevernitz se desvanecieron, y quedó convencido de su sinceridad. Wolff no pedía nada para sí mismo, y sus razonamientos eran sensatos, Dulles resultó asimismo favorablemente impresionado. A su entender, Wolff no era de la misma ralea que Hitler o Himmler, y las conversaciones con él bien podían dar lugar a una capitulación completa de los alemanes en Italia.

Wolff llegó a dar más pruebas de su buena voluntad. Declaró que estaba evitando toda destrucción innecesaria en Italia, y por propia iniciativa y con gran riesgo personal, había salvado los famosos cuadros de los palacios Uffizi y Pitti, así como la colección de monedas del rey Víctor Manuel, de inestimable valor. Todo ello se hallaba en lugar seguro, afirmó, y en modo alguno sería enviado a Alemania.

—Estos son casi la mitad de los cuadros —manifestó Wolff. Con gesto reverente, los norteamericanos examinaron una lista de trescientos cuadros, entre los que se hallaban obras de Botticelli, Ticiano y otros maestros.

Dulles tomó, una decisión. Dijo que trataría con Wolff siempre que el general no estableciese otros contactos con los Aliados. Esto fue del agrado de Wolff, el

cual prometió hacer todo lo posible para proteger la vida de los prisioneros y evitar la destrucción de fábricas, centrales eléctricas y tesoros artísticos.

Con esta manifestación de buenos deseos terminó la entrevista, que había durado una hora, aproximadamente, y Waibel acompañó al grupo de alemanes hasta la frontera. En el Expreso del Gotardo se discutió la posible constitución de un nuevo Gobierno del Reich. Para presidente, nadie mejor que Kesselring. Para ministro de Asuntos Exteriores, Von Neurath, el cual ya se había desempeñado hábilmente en ese puesto. Ministro de Finanzas, el viejo zorro, Schacht, desde luego. Como ministro de Gobernación, se sugirió al general Wolff, el cual, tras enrojecer ligeramente, se negó. Aquello parecía como una recompensa por haber cooperado con los Aliados.

Pero Wolff volvió a la realidad en cuanto cruzó la frontera y se enteró de que Kesselring había sido llamado a Berlín por el propio Hitler. Se preguntó Wolff si en caso de que reemplazasen al mariscal de campo, podría influir igualmente sobre su sucesor.

También llegó un desagradable mensaje de Kaltenbrunner, informando que Wolff debía trasladarse inmediatamente a Innsbruck, justo al otro lado de la frontera italoaustríaca. Wolff estaba seguro de que el segundo de Himmler se había enterado de sus negociaciones con Dulles, y que por consiguiente, un viaje a Innsbruck podía terminar para él en la cárcel, o peor aún, en el paredón de fusilamiento. En consecuencia, Wolff decidió ignorar la orden de Kaltenbrunner.

Dulles informó al general Donovan acerca de la entrevista que había sostenido con Wolff, y recibió instrucciones de continuar la negociación bajo el nombre clave de «Operación Amanecer». Los dos generales de división pertenecientes a las fuerzas de Alexander, que habían sido invitados de Tolbukhin en Hungría —el americano Lyman Lemnitzer y el inglés Terence Airey—, se dirigieron en automóvil hasta la frontera suiza el 15 de marzo, vistiendo ropas civiles. Su misión era encontrarse con Wolff para establecer los acuerdos definitivos de la capitulación.

En la aduana suiza, Lemnitzer contestó satisfactoriamente las numerosas preguntas que le hicieron, pero Airey sabía poco de Norteamérica. Por fortuna no hubo inconvenientes, ya que Waibel había dado instrucciones a los guardias fronterizos para que admitiesen a los dos generales.

Después de pasar dos días con Dulles en Berna, fueron llevados a Lucerna,

donde Waibel les dijo que había recibido noticias inquietantes de Italia: Kesselring había sido sustituido por el *generaloberst* Heinrich von Vietinghoff. De todos modos, Wolff se hallaba en camino, como estaba convenido, para entrevistarse con los dos generales aliados.

Gaevernitz llevó a los generales a Ascona, un pueblo cercano a Locarno desde el cual se contemplaba el lago Mayor, y les instaló en su casa, una antigua y pintoresca granja, donde permanecieron como invitados. Al día siguiente, durante la comida, Gaevernitz les dijo que Wolff había llegado con Dollmann y otras dos personas, y que se alojaba en una casa situada a orillas del lago.

La entrevista de los generales de las SS con Dulles, Lemnitzer, Airey y Gaevernitz, comenzó a las tres de la tarde de aquel mismo día. Nadie más estaba presente en la pequeña casa del lago. Mientras Gaevernitz actuaba como intérprete, y en algunos momentos intervenía en ayuda de las negociaciones, Dulles dijo que le complacía el que un alemán prominente estuviese negociando sin efectuar demandas personales.

Wolff apreció tales manifestaciones, y contestó que el cambio de mando en Italia amenazaba a toda la operación. Tal vez Kesselring había sido relevado a causa de haberse descubierto las negociaciones, y quizá les arrestasen a ellos cuando regresaran a Italia. *Frau* Wolff, por lo tanto, había quedado recluida en su castillo por una orden de Kaltenbrunner. De todos modos, Wolff prometió hacer cuanto pudiese para que fuese un hecho la rendición. Le sugirieron que viese a Kesselring lo antes posible para persuadirle a que hiciera un acuerdo similar en el Frente Occidental. Wolff consideró que sería mejor si le pedía solamente que aprobase la rendición de Italia.

Luego Gaevernitz llevó aparte a Wolff hasta la terraza de la casa y le preguntó la cantidad de prisioneros políticos que había en los campos de concentración italianos. Wolff dijo que había varios miles de diversas nacionalidades.

—Hay órdenes de darles muerte —agregó.

—¿Va usted a obedecer esas órdenes?

Wolff se paseó por la terraza y al fin se detuvo ante Gaevernitz.

—No —contestó.

—¿Puede usted darme su palabra de honor?

—Sí, confíe en mí —concluyó Wolff, estrechando la mano de Gaevernitz.

2

Ese mismo día se extendieron entre las tropas aliadas del Frente Occidental rumores de haberse iniciado las negociaciones de paz, que parecieron tomar cuerpo en el cuartel general de Hodges, cuando Bradley llamó por teléfono al mediodía y dijo al comandante del Primer Ejército que se trasladase en avión a Luxemburgo, inmediatamente, para entrevistarse con él mismo y Patton.

Hodges consideró que solo se trataba de otra conferencia militar. Bradley comenzó por anunciar que Eisenhower acababa de dar permiso para que se utilizasen nueve divisiones más en Remagen. Por fin Hodges podría ampliar la cabeza de puente y prepararse para atacar desde ella hacia el Norte y el Nordeste. Patton se disponía a felicitar a Hodges, cuando Bradley agregó que el ataque no podría comenzar hasta después del 23 de marzo, día en que Montgomery efectuaría el cruce en masa del Rhin. Bradley dijo entonces a Patton «que le parecía más conveniente que el Tercer Ejército no tratase de cruzar el Rhin en las proximidades de Coblenza». En lugar de ello podría hacerlo en la zona de Mainz-Worms. En otras palabras, Patton no debería intentar el cruce inmediato de Coblenza, sino en Mainz, de la que le separaban aún dieciséis kilómetros.

Patton regresó a su cuartel general con evidente disgusto, convencido de que si Montgomery cruzaba primero el Rhin, el conjunto de los suministros y reservas de los Aliados serían enviados al Norte, y el Tercer Ejército tendría que batirse a la defensiva. Solo disponía de cuatro días para vencer a los ingleses en el cruce de Rhin. Ni siquiera era tiempo suficiente, en condiciones ordinarias, para alcanzar la zona de Mainz y someterla a un control total. Solo había una solución: pedir a sus hombres algo extraordinario.

En Reims, el general Smith acababa de convencer a Eisenhower de que «o tomaba algún descanso o sufriría una postración nerviosa», y el comandante supremo había salido hacia Cannes para tomarse unas breves vacaciones. Como de costumbre, su avión emprendió el vuelo atestado de acompañantes.

3

Ya desde el comienzo, los embajadores Harrimann y Clark Kerr habían mantenido informado a Molotov acerca de la «Operación Amanecer», y también desde el principio, el ministro ruso insistió una y otra vez en que un oficial soviético acompañase a Lemnitzer y Airey a Suiza. Pero Harrimann manifestó al Departamento de Estado que los rusos no permitirían que ningún oficial occidental tomase parte en una acción similar en el Este. La aquiescencia del Occidente solo sería considerada como un signo de debilidad, y alentaría a los rusos a hacer demandas aún menos razonables en el futuro. Los jefes militares conjuntos se mostraron de acuerdo, y por consiguiente la histórica reunión tuvo lugar en Ascona, el 19 de marzo, sin participación soviética.

Dos días después, Churchill dijo a Eden que informase a los rusos acerca de los resultados alcanzados en Ascona. La reacción fue rápida y violenta. Al cabo de pocas horas, Molotov entregó a Clark Kerr una nota redactada en términos que rara vez se empleaban entre diplomáticos. Irritado sin duda por haber quedado peligrosamente amenazadas las aspiraciones políticas soviéticas en el norte de Italia, Molotov acusó a los Aliados de connivencia con los alemanes «a espaldas de la Unión Soviética, que es la que lleva la mayor carga en la guerra contra Alemania», y calificó el asunto, «no de malentendido, sino de algo peor».

Harriman recibió una carta igualmente hiriente, que procedió a enviar a Washington. Durante varias semanas Harriman había exhortado a Roosevelt a que tomase una actitud más enérgica contra los soviéticos, y tuvo la esperanza de que esa muestra de la inquina soviética decidiría al fin al presidente a actuar. En su telegrama manifestó que la destemplada carta soviética demostraba que los dirigentes rusos habían cambiado drásticamente de táctica desde los días de Yalta.

«El arrogante lenguaje de la carta de Molotov demuestra, a mi entender, de manera clara, una actitud dominante en relación con Estados Unidos, que ya anteriormente habíamos sospechado. Sostengo que más tarde o más temprano tal actitud creará una situación que resultará intolerable para nosotros.

»Por consiguiente, recomiendo que hagamos frente a la situación siguiendo en la trayectoria razonable y generosa que hemos emprendido, aconsejando al Gobierno soviético, con términos firmes y amistosos, en tal sentido».

Harriman no alcanzaba a comprender la razón de que Stalin «hubiese aceptado los acuerdos de Yalta, si pensaba quebrantarlos luego tan rápidamente». Llegó entonces a la conclusión de que «el mariscal quizá pensaba cumplir sus promesas en un principio, pero cambió de intención por cierto número de

razones». En primer lugar, algunos miembros del Presidium del Partido Comunista habían criticado a Stalin por haber hecho demasiadas concesiones en Yalta. En segundo lugar, Stalin se estaba mostrando cada vez más receloso con todo el mundo. Así, cuando unos aviadores norteamericanos sacaron por su cuenta y bajo cuerda a varios soviéticos que querían salir de Rusia, Stalin calificó el asunto como una conjura oficial de Estados Unidos.[22]

En tercer lugar, y lo más importante, Stalin creyó confiadamente en Yalta que el Ejército Rojo sería aceptado como libertador de los pueblos del este de Europa y de los Balcanes. Era evidente, sin embargo, en esos momentos, que los polacos de Lublin no entregarían Polonia a Stalin en unas elecciones libres, y también que en los Balcanes se consideraba ya a los rusos más como conquistadores que como libertadores. Fuesen cuales fuesen las razones,[23] Stalin había decidido ignorar las promesas que hiciera anteriormente en Yalta a sus aliados. Esto era algo que no presentaba dificultades para un hombre que manifestó una vez con acento imperturbable a Harriman —en relación con otro acuerdo— que no había roto su promesa, sino que había cambiado de parecer.

Otro factor que sin duda debió de haber alentado al dirigente soviético a realizar un cambio tan repentino, fue la revelación que le hiciera Roosevelt en la conferencia de Yalta, de que Estados Unidos retirarían sus tropas de Europa lo antes posible. Ese fue probablemente el mayor error que los Aliados cometieron en el curso de toda la conferencia, ya que una vez en posesión de tal seguridad, Stalin podía considerar —y de hecho así lo hizo— todas las protestas americanas —incluyendo las notas personales del presidente— con manifiesto desdén.

Capítulo sexto

La casa de las conchas

1

A las cuatro de la mañana del 9 de abril de 1940, las tropas alemanas cruzaron la frontera de Dinamarca sin la menor advertencia previa. Otras tropas germanas desembarcaron en varios puertos daneses, incluyendo la capital, Copenhague. Mientras los bombarderos volaban amenazadoramente sobre el país, una hora más tarde, el representante diplomático alemán en Dinamarca entregó al Gobierno danés una nota exigiendo la sumisión. Los germanos manifestaron que solo se habían adelantado para proteger a Dinamarca de la invasión de los aliados occidentales, y no con intenciones hostiles, y prometieron respetar la neutralidad danesa y no injerirse en los asuntos internos.

El Gobierno danés capituló, pero los cuatro millones y medio de recios e independientes daneses se negaron a aceptar tal humillación, y no tardaron en surgir pequeños grupos de guerrilleros. Como en Polonia, no había entre las partisanos diferencias políticas, y no era raro ver a un comunista actuar hombro con hombro con un conservador. Los jefes surgieron de distintas esferas. Había profesores universitarios, hombres de negocios, obreros y profesionales.

Los daneses fueron más allá de los habituales actos de sabotaje y de los retrasos en el trabajo, y se dedicaron a realizar una guerra psicológica que ponía de manifiesto su genio e imaginación. Al comienzo pasaban ante los alemanes como si estos no existiesen. No tardaron en circular anécdotas —posiblemente

falsas, pero que indicaban la actitud de los daneses—, como la siguiente: Un centinela se hallaba en el interior de una casamata circular, que le llegaba al pecho, en el centro de Copenhague. Le sorprendió que de pronto los que pasaban le empezasen a tomar en cuenta. Todos se reían de un letrero que algún bromista había colocado en el exterior de la caseta, y que decía: «Está sin pantalones». Había comenzado un programa para ridiculizar a los alemanes.

En agosto de 1943 ya se producían seis o siete actos de sabotaje importantes al día. Los alemanes replicaron ocupando las fábricas, en las que se desató una oleada de huelgas. Desesperados, los germanos llenaron las calles de tropas, establecieron el toque de queda y amenazaron con capturar rehenes, lo cual solo contribuyó a agravar la situación.

El doctor Werner Best, jefe administrador nazi, se trasladó en avión a Berlín y solicitó paciencia y una política más benévola. Dijo que la rebelión podía aplacarse si se hacían concesiones. Pero el Führer no quedó convencido, y el 28 de agosto envió un ultimátum al Gobierno danés exigiendo la aplicación de la ley marcial, la censura alemana directa, la prohibición total de las huelgas y reuniones, y la pena de muerte para los actos de sabotaje. Al día siguiente el Gobierno danés, con la plena aprobación del rey Cristián X, rechazó la petición. Por la noche, los soldados alemanes asumieron abiertamente el control de Dinamarca. Pero los problemas de Hitler en este país no habían hecho más que comenzar, pues toda la nación se hallaba ahora unificada detrás del movimiento de resistencia.

Un mes más tarde los alemanes ordenaban la detención de los judíos daneses, pero cuando una policía especial comenzó a practicar los arrestos, todos los judíos, a excepción de 477 ancianos, habían desaparecido misteriosamente. Un número de seis mil, fueron enviados clandestinamente a Suecia por la resistencia danesa. Por vez primera, los nazis habían hallado una oposición concreta, por parte de toda una población, para la puesta en práctica de su «solución final».

Esta operación clandestina en masa animó a los daneses a efectuar más actos de resistencia. Planeados por el Consejo de Liberación, un grupo de siete jefes de la Resistencia, aumentaron los sabotajes en los ferrocarriles, hasta que el movimiento de las tropas alemanas disminuyó a un 25 por ciento de lo normal. Los partisanos se habían vuelto tan audaces que llegaban a destruir fábricas enteras, como la «Globus», de Copenhague, que fabricaba piezas importantes de las «V-3».

Si bien los daneses no se hallaban oficialmente en guerra con Alemania, no hay duda de que actuaban como si lo estuvieran, y por más que su territorio estuviese ocupado, estaban contribuyendo a la caída del régimen de Hitler. Hacia el otoño de 1944, sin embargo la Gestapo había llegado a reunir tal cantidad de datos sobre la Resistencia, que los jefes de esta pidieron a la RAF británica que destruyese los archivos que se encontraban en la Universidad de Aarhus. La incursión aérea tuvo tanto éxito que la Resistencia solicitó otra, esta vez contra la casa de las Conchas, de Copenhague, donde se encontraban los principales archivos de la Gestapo. Pero los ingleses se mostraron reacios a cumplir esta petición, ya que el último piso de la casa había sido convertido en prisión, y en ella se hallaban recluidos importantes personajes daneses.

Un mes más tarde la radio de la Resistencia comenzó de nuevo a hacer peticiones: el material de la Casa de las Conchas era tan peligroso que se hacía necesario destruirlo, a pesar del daño que pudieran sufrir los prisioneros daneses. Después de numerosas deliberaciones, el Ministerio del Aire británico terminó por cambiar de parecer, y comenzó a estudiar el plan para la incursión aérea. Se construyó un modelo a escala de todos los edificios que se hallaban dentro de una zona de un kilómetro, alrededor del blanco, así como de las zonas que deberían sobrevolar los aviones. Algunos periodistas que eran miembros de la Resistencia proporcionaron a los ingleses las últimas fotografías del sector. Las importantes fotografías aparecieron en la publicación danesa *Berlingske Tidende* como ilustraciones de un inocente artículo. La censura nazi no sospechó nada y al día siguiente el periódico salió hacia Londres vía Estocolmo.

2

El 19 de marzo, el capitán de grupo Bob Bateson comunicó a unos setenta aviadores ingleses del aeródromo de Norfolk que al mediodía siguiente procederían a bombardear la Casa de las Conchas en tres oleadas. Luego describió el blanco *Svend Truelsen*, el cual no solo se hallaba relacionado con el espionaje de la Resistencia danesa, sino que era también comandante de la Inteligencia del Ejército inglés. Se trataba de un edificio en forma de U, de cuatro pisos de altura, y disimulado convenientemente con franjas de color pardo y verde. Era el único edificio de tales características en toda la ciudad. Truelsen

dio instrucciones a los pilotos para que volasen bajo y lanzasen las bombas en la parte inferior de la fachada del edificio, lo cual daría ocasión a los prisioneros para huir por las escaleras posteriores.

Al día siguiente el tiempo era tan malo que hubo que suspender la operación. Pero el 21 de marzo amaneció despejado, y un bombardero «Mosquito» despegó con fuerte viento del aeródromo de Norfolk. Su piloto, un tal comandante de ala Smith, dio la señal convenida, y otros dieciocho «Mosquitos» comenzaron a despegar por parejas. Luego hicieron lo propio veintiocho cazas «Mustang P-51».

El «comandante Smith» era el vicealmirante del Aire Basil Embry, el cual había mandado personalmente la incursión aérea contra Aarhus. Dirigiría la formación hasta la zona del blanco, donde el capitán Bateson se haría cargo de ella. Los bombarderos pasaron tan bajo sobre la superficie del mar del Norte, que las encrespadas aguas mojaron los cristales de las carlingas, manchándolas de sal. Pero los bombarderos siguieron avanzando a esa altura, con la esperanza de eludir el radar de los alemanes.

En la Casa de las Conchas, uno de los treinta y dos prisioneros que se hallaban en la cárcel del último piso, el inspector jefe Christen Lyst Hansen, de la Policía danesa, fue conducido escaleras abajo. Hansen preguntó adónde le llevaban.

—No puedo decírselo —dijo el guardia, quien después susurró—: Froslev.

Era este un campo de concentración situado cerca de la frontera alemana, y donde, según los rumores que corrían, se fusilaba a los presos importantes. Pero Hansen llegó a la puerta principal en el momento en que partía el coche destinado al campamento, y le hicieron regresar a su celda.

Hacia las nueve, obligaron a subir a otro grupo de prisioneros daneses hasta una estancia situada en el tercer piso de la casa. Durante dos horas, un juez alemán y un intérprete danés interrogaron a uno de estos prisioneros, Jens Lund, el cual se negó a contestar a lo que insistentemente le preguntaban. A las 11:15 un soldado llegó con dos correas de cuero, y Lund se dio cuenta de que le iban a castigar brutalmente. Recordó entonces la milagrosa escapatoria del pastor protestante Sandbaek, de manos de la Gestapo, durante la incursión de Aarhus, y rogó que ocurriera otra vez algo parecido.

Los «Mosquitos» se aproximaban a Copenhague a unos cincuenta metros de altura. A través de los cristales manchados de sal, el capitán Bateson vio una amplia zona ferroviaria y un momento más tarde descubrió lo que buscaba: el

lago detrás del cual se hallaba la Casa de las Conchas.

En el piso superior, el profesor Mogens Fog, un neurólogo que era miembro del Consejo de Liberación, creyó que el rugido de los motores procedía de algunos cazas alemanes que picaban sobre el edificio para asustar a los prisioneros. Ni el sonido de las ametralladoras le convenció de que era un ataque real, y trepó al techo para echar un vistazo a través de un ventanuco. ¡Los aviones se dirigían directamente hacia él! Bajóse de un salto y se lanzó al suelo en el momento en que las bombas iniciaban su sibilante descenso. Luego se arrastró debajo del catre, y trató de protegerse la cabeza con una maleta.

Lund, en el piso de abajo, también había oído el estrépito de las ametralladoras, y preguntó qué estaba ocurriendo. El juez, con la boca abierta, no contestó y Lund creyó que eran los alemanes, que estaban haciendo prácticas de tiro. De repente se oyó el estampido, y toda la habitación se estremeció. El juez cogió a Lund por un brazo y le empujó hacia las escaleras, mientras se levantaban nubes de polvo del revoque de las paredes. La gente se precipitaba hacia abajo, llena de pánico. Lund se desasió del juez, y se lanzó hacia la escalera, entre grupos de hombres y mujeres que gritaban. En el segundo piso halló la escalera tan atestada que al cabo de un momento esta se desplomó en parte, viéndose como un hombre desaparecía entre una nube de humo y polvo. A un lado observó Lund un orificio en la pared, y debajo divisó la calle. Sin pensarlo dos veces dio un salto y fue a caer sobre la acera.

Los seis primeros «Mosquitos» lanzaron con éxito la mayor parte de las bombas en la base de la Casa de las Conchas, y las sirenas antiaéreas no empezaron a sonar hasta que se aproximó la segunda oleada. Uno de los aparatos pasó demasiado bajo, un ala rozó una torreta del ferrocarril, y las bombas se desprendieron del avión, antes de que este se estrellase contra una escuela. Empapada de gasolina de alto octanaje, la escuela comenzó a arder con violencia. Los otros cinco aparatos «Mosquito» siguieron adelante. Uno dio la vuelta hacia el Este, en dirección a Dagmarhus, donde se hallaba otro cuartel general alemán, y el resto bombardeó con éxito la Casa de las Conchas. Los aviones de la tercera oleada fueron atraídos por una gran humareda que se elevaba cerca de las vías del ferrocarril. Lanzaron sus bombas sobre el lugar de donde partía el humo, y emprendieron el regreso a Inglaterra, creyendo haber bombardeado en el blanco. En realidad, lo que atacaron fue la escuela, de donde partía el humo.

En cuanto hubo cesado el primer ataque, el profesor Fog salió de debajo del

catre y se lanzó contra la puerta de la estancia donde se hallaba recluido, pero la puerta no cedió. Oyó entonces aproximarse a los aparatos de la segunda oleada, y corrió de nuevo a ocultarse bajo la cama. Algunas celdas más allá el inspector de policía Hansen se aferraba desesperadamente a su catre. Todo el edificio se tambaleaba, y temía caer a través de un agujero del suelo. Cuando se extinguió el ruido de los bombarderos, Hansen cogió una banqueta de madera y la estrelló contra la puerta. Esta cedió, y el inspector echó a correr por el pasillo. Se asombró entonces al comprobar que sobre él aparecía el cielo abierto. Todo el techo había volado, con las explosiones. Oyó entonces gritar a Fog y a otros prisioneros, que también golpeaban en sus puertas para que les sacasen de allí.

—¡Tenemos que soltarles! —gritó al único guardia alemán que se encontraba en el lugar.

Fog oyó sus palabras e inmediatamente gritó a través de la puerta:

—Die Nückeln!

El guardia estaba inmovilizado por el terror, lo que aprovechó Hansen para quitarle las llaves. Los prisioneros, una vez liberados, echaron a correr escaleras abajo, alejándose de la fachada de la casa. Fog siguió a los demás al principio, pero luego pensó que los alemanes también deberían haber escapado por allí, y seguramente les estaban esperando para volver a capturarlos. En el segundo piso se dirigió hacia la escalera del frente, y allí encontró a otro prisionero, el doctor Brand Rebberg. Fog no dejó de pensar en lo curioso que era el que de todos los prisioneros solo los dos profesores hubiesen pensado en huir por la parte anterior del edificio.

Rehberg, sin embargo, parecía estar anonadado, y se hallaba rodeado por varios cadáveres. Fog le golpeó en la espalda y le dijo:

—¿Nos vamos de aquí?

Avanzaron entonces por entre los escombros, hacia la puerta principal, donde hallaron tendida en el suelo a una muchacha herida. Fog comenzó a arrastrarla hacia la calle, cuando se dejó oír una sirena.

—¡Los Hipos se acercan! —gritó alguien, refiriéndose a los policías daneses renegados.

Fog y su amigo abandonaron a la muchacha, y huyeron por la calle, alejándose de las sirenas. De los treinta y tres prisioneros, solo seis murieron en el bombardeo. Los restantes pudieron escapar.

J. Jalser dirigía los seis camiones de bomberos hasta la Casa de las Conchas, que se hallaba en llamas. Comprendió que la mayoría de los prisioneros tratarían de huir por la parte de atrás del edificio, y hacia allí se dirigió para tratar de salvarlos. Le detuvo un oficial alemán, el cual le ordenó que llevase los camiones ante la fachada del edificio, para apagar el incendio. Jalser hizo como que no entendía el alemán, pues también deseaba que las llamas consumieran los archivos de la Gestapo.

Un bombero se aproximó ofreciéndose para actuar como intérprete, pero Jalser le dio un discreto pisotón, y el bombero se marchó, lo mismo que el disgustado oficial alemán. Unos momentos más tarde llegaron varias autobombas alemanas. Jalser señaló hacia una caseta de hormigón y gritó:

—¡Explosivos! ¡Explosivos!

Todo el mundo corrió a esconderse, inclusive los soldados alemanes.

Libre ya para actuar, Jalser condujo a sus hombres hacia la parte posterior del edificio, que empezaron a regar con sus mangueras. Para entonces el frente de la casa, donde se hallaban los archivos de la Gestapo, se encontraba envuelto en llamas, y al cabo de una hora las paredes se desplomaron.

La escuela seguía ardiendo cuando llegó Jalser con sus cinco autobombas. Entre los bomberos y las monjas trataron de sacar a más de un centenar de niños atrapados entre las ardientes paredes. Jalser quedó impresionado ante el espectáculo de los muebles, los escombros y los cuerpos de los niños, todo formando un conjunto estremecedor. Oyó entonces a uno de los bomberos que repetía incansablemente:

—¡Qué crueldad! ¡Qué crueldad!

Una niña que estaba semienterrada entre los escombros gritó:

—¡Mi madre no sabe dónde estoy!

Para tranquilizarla, uno de los bomberos le dijo:

—Ya he telefoneado a tu mamá.

—Es que nosotros no tenemos teléfono —musitó la niña.

Otro bombero, atrapado entre las ruinas con algunos niños, gritó desesperado:

—¡Sacadme de aquí!

Pero sus compañeros tuvieron que retroceder al tomar incremento las llamas.

La mayor parte de los niños rescatados de aquel infierno se hallaban aterrados, pero una chiquilla no cesaba de decir, mientras se sacudía la ropa:

—¡Qué sucio está mi vestido!

Los daneses experimentaron un gozo indecible al ver envuelta en llamas la Casa de las Conchas, junto con las pruebas que podían llevar al paredón de ejecuciones a centenares de miembros de la Resistencia, hasta que se enteraron de la tragedia de la escuela Juana de Arco, próxima al blanco del bombardeo, en la que perecieron ochenta y tres niños, veinte monjas y tres bomberos.

Al día siguiente la publicación clandestina Nordic News Service habló en nombre de todos los daneses en los siguientes términos:

«… Expresamos nuestra gratitud a los pilotos que destruyeron ese monumento a la infame gesta germana y al terror de la Gestapo que era la Casa de las Conchas, situado en el corazón de Copenhague…

»Por desgracia, además del objetivo especial de la incursión, han perecido gran número de daneses, sobre todo niños de la escuela francesa de Frederiksberg Allé… Para aquellos padres que han perdido a sus seres queridos, no hay consuelo posible, y solo podemos expresarles nuestro más profundo sentimiento.

»El sacrificio que ellos han hecho indirectamente en la batalla de Dinamarca debe incitar, sin embargo, al resto de nosotros, para que contribuyamos con todos nuestros esfuerzos a que otros niños daneses puedan vivir, y hacerlo además en una Dinamarca libre y segura, donde la muerte no amenace en las calles y los caminos porque las naciones agresoras así lo deciden, y porque los bárbaros practican una política de opresión».

Capítulo séptimo

Entre dos ríos

1

El día 22 de marzo, la Gran Alemania de Hitler se hallaba reducida al territorio comprendido entre dos ríos, el Oder y el Rhin. Y tanto desde el Este como desde el Oeste, los enemigos lanzaban ataques en masa que sin duda terminarían por proporcionarles la victoria final. El ataque de Montgomery a través del Rhin, denominado «Operación Saqueo», estaba proyectado para iniciarse al día siguiente, y a diferencia de las ofensivas norteamericanas, fue estudiado con toda atención hasta el menor de los detalles. Todo se hallaba en su lugar, y cada unidad sabía exactamente lo que se esperaba de ella.

Cuando Montgomery trazó por vez primera los planes a fines de enero, designó al teniente general Miles Dempsey, del Segundo Ejército británico, para que corriese con el peso del ataque y cruzase el Rhin al norte de Wesel, una ciudad estratégicamente situada a unos treinta y dos kilómetros al norte de Düsseldorf. En la acción solo intervendría una tercera parte del Noveno Ejército americano de Simpson, y esos efectivos —el 19.° Cuerpo— desempeñarían un papel secundario, ya que apoyarían el ataque con un cruce en Rheinberg, pocos kilómetros más abajo de Wesel, y constituirían los puentes para cruzar el río.

Cuando Simpson recibió esta orden quedó anonadado. Sus tropas se dedicarían poco más que a la construcción de puentes, y por si esto fuera poco, se hallarían bajo las órdenes de Dempsey, no bajo su mando. Simpson protestó

ante Montgomery, el cual accedió al fin a que retuviese el 19.° Cuerpo a sus órdenes.

El 14 de marzo, tres días antes de la captura del puente de Remagen, este cuerpo irrumpió repentinamente a través de las defensas alemanas, y llegó a orillas del Rhin antes del plazo fijado. El comandante, general de división Raymond McLain, llamó a Simpson por teléfono, dándole la noticia de que había hallado «un magnífico lugar para cruzar el Rhin» al norte de Düsseldorf, zona que se hallaba oculta por algunos bosquecillos. De haber estado bajo el mando de Bradley, y no bajo el de Montgomery, Simpson hubiese seguido adelante, y después habría informado al Grupo de Ejército. Pero como sabía que Eisenhower le frenaría, Simpson se dirigió a Montgomery, antes de actuar, y le pidió permiso para cruzar inmediatamente el río, señalando que los alemanes se hallaban tan sorprendidos ante el rápido avance, que aún no habían construido defensa alguna en la orilla oriental del río.

Sin echar siquiera una ojeada al plano preparado por Simpson, Montgomery manifestó:

—Solo podrá usted usar una división o menos, por ahí, ya que no hay espacio para hacer nada. Quiero ajustarme a mi plan. Y agregó que solo observando estrictamente su proyecto, podrían mantenerse en equilibrio sus tropas, y se conseguiría desequilibrar a los alemanes.

Patton y otros jefes militares americanos sospecharon que se retenía a Simpson a fin de que los ingleses tuvieran el honor de efectuar el primer cruce en masa del río. Pero Simpson, que era el más afectado por la medida, consideraba a Montgomery demasiado recto como para tomar una decisión motivada solo en el afán de dar prestigio a su país. Para él, Monty solo quería realizar una batalla ordenada, sin improvisaciones de última hora, ni cambios que afectasen al plan inicial.

Pero Montgomery decidió asegurar el éxito de «Saqueo» con una idea que se le ocurrió a última hora: el lanzamiento de dos divisiones aerotransportadas sobre el Rhin. La operación se denominó «Varsity», y su misión era «destruir las defensas hostiles del Rhin, en el sector de Wesell…».

Esta sería la primera operación aerotransportada de los Aliados que se llevase a cabo a la luz del día, y debía producirse pocas horas después del primer cruce nocturno de la infantería. Para esta tarea, el general de división Matthew Ridgway eligió a las divisiones aerotransportadas 6.ª británica y 17.ª de Estados Unidos, integrantes ambas del 18.° Cuerpo de Ejército Aerotransportado. Los

paracaidistas británicos eran veteranos del desembarco de Normandía, mientras que esta sería la primera acción de guerra de los americanos como paracaidistas, ya que habían actuado como infantes en la batalla del Bulge. El 22 de marzo, ambas unidades, imbuidas de elevada moral, fueron severamente «recluidas». Los ingleses quedaron aislados cerca de East Anglia, en Inglaterra, y los americanos en las proximidades de París. La zona donde se hallaban las tropas fue rodeada con alambre de púas, y el aeródromo quedó bajo la vigilancia de centinelas especiales. Si la información acerca de las zonas de lanzamiento trascendía, la operación «Varsity» podía concluir en un desastre.

Aún con semejantes precauciones, los alemanes debieron presentir que el lanzamiento era inminente. El comentarista radiofónico Günther Weber manifestó lo siguiente desde Berlín:

—Debemos esperar lanzamientos de paracaidistas en gran escala, a fin de establecer cabezas de puente al este del Rhin. Estamos preparados para ello.

Por su parte, George S. Patton hacía sus planes personales para cruzar el Rhin. En lugar de llevar a cabo un asalto frontal contra el río, empleó sus unidades acorazadas y de infantería blindada casi como si se tratase de efectivos de caballería, efectuando profundas incursiones que no solo resultaron espectaculares, sino que proporcionaron cuantiosos prisioneros y salvaron numerosas vidas de norteamericanos. Esto también le permitió llegar al Rhin antes de lo esperado.

Durante los tres días anteriores, desde que Bradley le diera permiso para cruzar cerca de Mainz, Patton se trasladó en avión de un cuartel general a otro, como un poseso, rogando, exhortando, exigiendo y amenazando. Quería celeridad, mucha celeridad. Sabía que Montgomery se lanzaba sobre el Rhin en la noche del 23 de marzo, y deseaba ser él el primero en cruzar en la zona de Maguncia. Patton estaba seguro, asimismo, de que un ataque imprevisto salvaría muchas vidas y le colocaría en una posición mucho más favorable para llegar al corazón de Alemania.

El 20 de marzo Patton se dirigió al puesto de mando del general de división Manton S. Eddy, comandante del 12.° Cuerpo, establecido en las cercanías de Simmnern. Mientras paseaba lleno de excitación, Patton manifestó:

—¡Matt, quiero que cruce usted el río mañana, en Oppenheim!

Oppenheim era una pequeña ciudad situada a unos veinticuatro kilómetros al sur de Maguncia.

—Concédame otro día más —rogó Eddy.

—¡No! —fue la respuesta de Patton, mientras agitaba los brazos con violencia.

Eddy era un hombre alto y robusto, que al principio mantuvo tercamente su petición. Pero como Patton terminase por golpear irritado con el pie en el suelo, cogió el teléfono y llamó al general de división. S. Leroy Irwin, de la 5.ª División, y le dijo:

—Va a tener que cruzar al otro lado, Red. Patton no deja de gritar.

Irvin animó tanto a sus hombres durante las treinta y seis horas siguientes, que llegaron al Rhin en Oppenheim antes del anochecer del 22 de marzo. A las diez de la noche comenzaron a cruzar calladamente el río en botes de desembarco. La primera oleada puso pie en tierra antes de que los sorprendidos alemanes pudiesen organizar una defensa, y al amanecer, seis batallones de Irvin habían cruzado ya el Rhin. Sin preparación de artillería ni bombardeos aéreos, ni paracaidistas, Patton había llevado a cabo el primer cruce del Rhin en lanchas, desde la época de Napoleón, y a un precio de solo veintiocho bajas, entre muertos y heridos.

La noticia del éxito conseguido no tardó en llegar al cuartel general del Tercer Ejército, pero el ayudante de Estado Mayor de Patton, coronel Paul Harkins, sugirió que se ocultase la nueva a Bradley hasta la noche del día 23, en que tendría lugar el cruce de Montgomery. Esa era la clase de proposiciones que a Patton le gustaba que le hicieran.

2

El río que protegía el otro extremo de Alemania, el Oder, también había sido cruzado. Zhukov tenía ya tres cabezas de puente a solo ochenta kilómetros de Berlín, pero el inesperado ataque de Steiner obligó a los rusos a reagruparse antes de llevarse a cabo el asalto final contra la capital.

Desde el accidente automovilístico que sufriera Wenck, Guderian no había recibido un solo informe de Himmler, el hombre responsable de detener el avance de Zhukov. A mediados de marzo, el comandante en jefe del Frente Oriental se dirigió al cuartel general del Grupo de Ejército Vístula, para intentar averiguar algo. El jefe de Estado Mayor de Himmler, SS *brigadeführer* (general de brigada) Heinz Lammerding recibió a Guderian a la entrada del cuartel

general y le dijo:

—¿No puede usted librarnos de nuestro comandante?

—Eso es solo un asunto de las SS —contestó Guderian, y preguntó en seguida por Himmler.

—Se encuentra con gripe, y le está atendiendo el profesor Gebhardt, en Hohenlychen.

En el cercano sanatorio halló Guderian a Himmler, en aparente buen estado de salud, y le exhortó a que renunciase como comandante del Grupo de Ejército Vístula. Recordó a Himmler que también era el jefe nacional de las SS, así como jefe de la Policía alemana, ministro del Interior y comandante en jefe del Ejército Auxiliar. ¿Cómo podría llevar a cabo con éxito un número tan elevado de misiones?

La idea atrajo a Himmler, pero según él había graves inconvenientes.

—No puedo decirle eso al Führer —manifestó—. No le gustaría que se lo sugiriese.

—¿Me autoriza que lo haga yo por usted? —inquirió rápidamente Guderian.

Himmler asintió, dando su aprobación, y por la noche Guderian propuso al Führer que se reemplazase en el Oder al atareado *reichsführer*. También Hitler debió de considerar que era necesario un cambio, ya que preguntó acerca de quién podía hacerse cargo del Grupo de Ejército Vístula.

Guderian propuso al *generaloberst* Gotthard Heinrici, comandante del Primer Ejército Panzer, el cual se hallaba a la derecha de Schoernes.

—No me gusta —declaró Hitler, y propuso otros nombres.

—Tiene gran experiencia con los rusos —manifestó Guderian—. Todavía no han abierto una sola brecha en sus efectivos.

Este argumento pareció impresionar más a Hitler, quien el 20 de marzo envió un telegrama a Heinrici, en su cuartel general de los Cárpatos, nombrándole jefe del Grupo de Ejército Vístula. Al día siguiente Guderian halló a Hitler y Himmler paseando por el jardín de la Cancillería. Guderian se preguntaba si podría hablar a solas con Himmler, y Hitler, afortunadamente, se marchó poco después.

—Ya no es posible ganar la guerra —dijo Guderian, sin más preámbulos—. El único problema que queda es hallar el modo de poner fin lo más rápidamente posible a esta inútil matanza y a los bombardeos. A excepción de Ribbentrop, es usted el único hombre que tiene contactos con países neutrales. Como el ministro de Asuntos Exteriores se muestra reacio a pedir a Hitler que inicie las

negociaciones para la paz, tiene usted que venir conmigo para solicitar al Führer que se avenga a un armisticio.

Himmler permaneció unos momentos silencioso, y luego dijo:

—Mi querido general, es demasiado pronto para eso.

—No le comprendo. No son las doce menos cinco, ahora, sino las doce y cinco. Si no negociamos en este momento, ya nunca podremos hacerlo. ¿No se da cuenta de lo desesperada que es nuestra situación?

A pesar de los razonamientos, Himmler se negó a comprometerse. Prefería llevar las negociaciones en la forma subrepticia que le caracterizaba.

Después de la conferencia de la noche, Hitler pidió a Guderian que se quedase con él.

—Me he dado cuenta de que sus inquietudes han tomado el peor cariz —manifestó.

Solo el oír a Guderian pronosticar la derrota en el Este causaba a Hitler una cólera creciente, y deseaba reemplazarle por alguien que no fuera un derrotista.

—Debe usted tomarse inmediatamente cuatro semanas de descanso —añadió el Führer.

Guderian comprendió lo que había detrás de las palabras de Hitler, pero replicó:

—En este momento no puedo dejar mi puesto, porque no tengo sustituto.

En efecto, el general Hans Frebs, reemplazante de Wenck, había sido herido en un reciente bombardeo al Alto Mando del Ejército, situado en Zossen. Aunque no tenía la menor intención de cumplir su promesa, Guderian añadió:

—Trataré de hallar un relevo lo más rápidamente posible, y entonces me marcharé.

Un ayudante les interrumpió. El ministro de Producción, Albert Speer, deseaba hablar con el Führer en privado.

—No puedo ver al ministro en estos momentos… ni hasta dentro de tres días —contestó Hitler irritado, y volvió a encararse con Guderian—. Cuando alguien quiere verme a solas, en estas circunstancias, es porque tiene algo desagradable que notificarme. Sus notas (las de Speer) comienzan siempre con las palabras «¡La guerra está perdida!», y eso es lo que quiere decirme de nuevo. Por eso aparto siempre sus notas sin leerlas.

Aunque Zhukov tenía tres cabezas de puente al oeste del Oder —una al sur

de Francfort, otra sobre Küstrin, y la tercera a mitad de camino entre ambas ciudades—, los alemanes aún conservaban dos posiciones en la orilla oriental, en Küstrin y Francfort. Esas dos zonas eran blancos inevitables para el ataque final de Zhukov a Berlín, ya que de ellas partían directamente las autopistas hasta la capital.

La zona de Küstrin se hallaba bajo el mando del SS *oberstgruppenführer* Heinzs Rheinefarth, un jefe de policía poco versado en la táctica militar. El comandante de Francfort, Ernst Biehler, aunque solo tenía el grado de coronel, era un competente y enérgico miembro de la Wehrmacht que había convertido a su ciudad natal en un formidable bastión. Después de haber sido herido en una pierna cuando se hallaba en el Frente Oriental, a fines de 1944, Biehler fue enviado a un hospital de Francfort. Cuando los rusos avanzaban a fines de enero de 1945 hacia el Oder, Biehler salió en muletas del hospital para detenerlos con una fuerza compuesta de convalecientes, rezagados, Volkssturm y unos tres mil artilleros.

Un día de principios de febrero, Biehler estaba tomando la merienda con su mujer y sus cuatro hijos, cuando le llamaron al teléfono. Al regresar a la mesa dijo serenamente:

—Francfort del Oder tiene que convertirse en un bastión, y tengo que conseguirlo.

Cinco semanas más tarde, Biehler disponía de treinta mil hombres. La mitad de ellos fueron colocados en las colinas situadas al este del río, en tanto que la otra mitad permanecía en la orilla occidental del Oder, para su entrenamiento. La artillería de Biehler era una abigarrada colección de armas, en número de cien aproximadamente, que comprendía desde cañones yugoslavos hasta morteros alemanes y franceses. Luego le enviaron veinticinco decrépitos tanques «Panzer», y Biehler los hizo ocultar hasta la torreta en puntos estratégicos. Su única fuerza acorazada móvil era un total de veintidós camiones blindados ingeniosamente construidos a partir de materiales de desecho.

Sin embargo, Biehler no dejaba de sentirse asaltado por inquietantes dudas.

—¿Qué utilidad tiene realmente lo que yo pueda hacer en este agujero? —preguntó a Goebbels en una de las últimas inspecciones que este hizo al frente.

—Necesitamos esta zona del otro lado del Oder, porque planeamos una ofensiva contra los rusos hasta Posen.

Biehler le miró con gesto de incredulidad, y Goebbels prosiguió impertérrito:

—Estamos pensando en firmar la paz con Occidente, y entonces los

americanos y los ingleses nos ayudarán a luchar contra los rusos. O al menos, nos permitirán trasladar todos nuestros ejércitos del Oeste al Este. Así podremos contraatacar, y tomaremos de nuevo Posen. Tal vez no tenga sentido para usted el permanecer aquí, pero es una cabeza de puente para el futuro.

Tranquilizado, Biehler arengaba a sus soldados:

—Si no resistís, los rusos se apoderarán de nuestra patria… ¡y de vuestras mujeres y vuestros hijos! ¡Debemos mantenernos firmes!

El hombre elegido para reemplazar a Himmler era un militar bajo y entrado en años. Gotthard Heinrici era hijo de un pastor protestante, pero por parte materna los hombres habían sido soldados desde el siglo XII. Era Heinrici un individuo metódico, competente y digno de confianza; precisamente el hombre que se necesitaba para hacer frente a la caótica situación que imperaba en la zona. Durante más de dos años su Cuarto Ejército había luchado bien en el sector de Moscú, pero su promoción al rango de *generaloberst* se vio retrasada por su insistencia de que la Gestapo dejase de inmiscuirse en su mando. Después del éxito de sus batallas defensivas contra los rusos, fue al fin ascendido, y luego se le concedió la cruz de Caballero con Hojas de Roble.

El 22 de marzo Heinrici fue a ver a Guderian, quien era buen amigo suyo desde hacía tiempo. Las calles de Zossen estaban aún cubiertas por los escombros de las incursiones aéreas de los rusos. Después de saludarle afectuosamente, Guderian le dijo:

—Personalmente le he mandado venir aquí. Eso es imposible con Himmler, quien nunca cumple una orden, ni proporciona los necesarios informes. He dicho a Hitler que es un incompetente, y que nunca ha mandado un solo pelotón a través del río.

Heinrici pidió que le describiera la situación general. Guderian vaciló y al fin explicó:

—La situación es muy difícil, y tal vez la única solución pueda hallarse en el Oeste.

Heinrici se preguntó cuál sería el significado de aquellas palabras, pero cambió de tema y comenzó a preguntar a Guderian acerca de las tácticas de combate. No comprendía por qué seguía aún defendiendo Curlandia. Guderian se agitó inquieto y luego explicó la «insensata» porfía de Hitler para que se

defendiese a toda costa dicha zona.

—¡Me llaman de Berlín a cada momento! —estalló al fin, y señaló los defectos de Hitler como Comandante Supremo.

Heinrici escuchó todo aquello, aunque con creciente impaciencia. Al fin interrumpió a Guderian.

—¿Qué ocurre a orillas del Oder?

Guderian señaló los principales hechos: Himmler tenía dos ejércitos en el Oder para proteger a Berlín. A la izquierda se hallaba Manteuffel y a la derecha, entre Küstrin y Francfort, el Noveno Ejército del general Theodor Busse.

—No conozco muchos detalles —dijo Guderian en tono de disculpa, y lo achacó a Himmler, el cual daba, como siempre, respuestas imprecisas a las preguntas que se le hacían—, pero tengo entendido que mañana comenzará un contraataque general al sur de Küstrin.

Siguió diciendo que la más peligrosa de las tres cabezas de puente a través del Oder era la que se hallaba entre Küstrin y Francfort. Esta tenía casi veinticinco kilómetros de ancho y cinco de profundidad, y en ella se hallaba una enorme cantidad de efectivos rusos de artillería. La Luftwafe la había atacado una y otra vez, pero con escaso éxito a causa de lo eficaces que eran las defensas antiaéreas.

Zhukov estaba a punto de lanzar un ataque contra Berlín, continuó explicando Guderian, y Hitler quería contrarrestarlo. El plan del Führer consistía en enviar cinco divisiones a través del Oder hasta la cabeza de puente de Biehler y avanzar luego hasta Küstrin. Aislada por la retaguardia, la cabeza de puente de los rusos, situada en la orilla occidental, caería por sí sola. Heinrici se quedó asombrado. Cualquiera podía comprender que aquella era la táctica que emplearía un aficionado. En primer lugar, solo había un puente ante Francfort. ¿Cómo podrían cruzar cinco divisiones a tiempo para llevar a cabo el ataque?

—Los ingenieros están también construyendo un pontón —explicó Guderian, aunque era evidente que él también desaprobaba el proyecto.

—Pero es que ambos puentes quedarán bajo el fuego de la artillería rusa —dijo Heinrici—. ¡Este es un plan descabellado!

El general había puesto el dedo en la llaga, y Guderian se daba cuenta de ello.

—Tiene usted razón —admitió Guderian, con aire sumiso.

Busse también había puesto inconvenientes, proponiendo al fin que se atacase directamente la cabeza de puente de los rusos. Pero a Hitler le disgustó la

sugerencia de Busse, y envió al frente al general Krebs para que comprobase si había posibilidad de llevar a cabo un ataque en la orilla del Oder. Krebs informó que podía hacerse, y así se iba a realizar.

—Tengo que ver a Adolf ahora mismo —dijo al fin Guderian, con cierto sarcasmo, y sugirió a Heinrici que le acompañase. Heinrici pretextó que le necesitaban en el grupo de ejército.

—Tengo que obtener informes de lo que ocurre, pues no sé nada de nada. Mis explicaciones carecerían de utilidad, y solo perdería un tiempo precioso.

Guderian lanzó un suspiro. La práctica forma de pensar de Heinrici hubiera sido sumamente útil en la Cancillería. —Le diré a Hitler que está usted imponiéndose de la situación —manifestó.

Heinrici se trasladó en automóvil hasta la zona del Grupo de Ejército Vístula, cuyo cuartel general se encontraba cerca de Prenzlau, a unos ciento sesenta kilómetros al nordeste de Berlín. Era ya casi de noche cuando entró en el puesto de mando de Himmler, un edificio de madera de un solo piso, y media hora más tarde aún seguía esperando al *reichsführer*. Al fin pidió que le recibieran al momento, y le condujeron a una gran estancia decorada con sencillez, pero con comodidad. Frente a la puerta colgaba una gran fotografía de Hitler, y debajo de la misma estaba Himmler, sentado ante una gran mesa escritorio. Los dos hombres no se conocían, y Himmler se levantó cortésmente cuando Heinrici manifestó, tras saludarle:

—He venido a ocupar su puesto como comandante del Grupo de Ejército Vístula.

Himmler extendió una mano y Heinrici se la estrechó. Era una mano fofa, como la de un niño de corta edad.

—Voy a explicarle las batallas que hemos llevado a cabo como acción dilatoria —comenzó diciendo Himmler—. He pedido a un taquígrafo que tome las notas oportunas y nos traerán también los mapas correspondientes.

Luego llamó al general Eberhard Kinzel, jefe de Estado Mayor, y al coronel Hans-Georg Eismann, el oficial de operaciones. Himmler comenzó a relatar sus logros, pero se detuvo tan minuciosamente en los detalles que la explicación comenzó a hacerse pesada.

—Tengo asuntos importantes que hacer —dijo Kinzel, y se fue.

Luego fue Eismann quien pidió que le disculpasen. Después de cuarenta y cinco minutos de confusa explicación, llamó el teléfono. Himmler levantó el auricular, escuchó en silencio unos instantes y luego le pasó el aparato a

Heinrici. Era el general Busse, el cual manifestó:

—Los rusos han vuelto a avanzar, y han ampliado su cabeza de puente por debajo de Küstrin.

Heinrici miró con gesto interrogador a Himmler, el cual se encogió de hombros y dijo:

—Es usted el nuevo comandante. Dé las órdenes correspondientes.

—¿Cuál es su parecer? —preguntó Heinrici a Busse.

—Desearía contraatacar lo antes posible, para estabilizar las fuerzas en torno a Küstrin.

—Está bien. En cuanto tenga tiempo iré a verle, ambos examinaremos la situación del frente.

Cuando Heinrici hubo cortado la comunicación, Himmler declaró:

—Quiero decirle algo personal. Siéntese junto a mí, en el catre. Entonces, con un tono de conspirador que llamó la atención de Heinrici, le descubrió sus tentativas de entrar en contacto con las potencias occidentales.

De pronto, todas las observaciones incomprensibles de Guderian adquirieron sentido para Heinrici, el cual dijo:

—De acuerdo; pero ¿qué medios están en juego, y cómo podremos disponer de ellos?

—Utilizando una potencia neutral —contestó Himmler, con acento misterioso. Luego miró a su alrededor nerviosamente y pidió a Heinrici que le prometiese guardar el secreto.

Al día siguiente, Heinrici procedió a inspeccionar la mitad norte de su grupo de ejército, que estaba defendido por el Tercer Ejército Panzer de Manteuffel. Entre la línea de batalla de Manteuffel y el Oder se extendía una zona de pantanos, y este era el último lugar por donde se podía esperar el ataque principal de los soviéticos. Heinrici se dirigió entonces en automóvil hacia el sur, hasta Francfort, atravesando el frente que defendía el Noveno Ejército, del cual era comandante Busse, el antiguo jefe de Estado Mayor de Von Manstein. Busse era eficaz y sereno en circunstancias apremiantes, cualidad que no tardaría en requerirse en grado sumo, ya que era allí, en aquella zona, terminó diciendo Heinrici, por donde atacaría Zhukov. Al anochecer, Heinrici no solo había delimitado la probable zona de ataque a un sector de cuarenta kilómetros situado al oeste de Francfort y de Küstrin, sino que había ideado un sistema defensivo.

Establecería su línea principal a unos dieciséis kilómetros al oeste del Oder, en una pequeña sierra que corría paralela al curso del río. Más allá, en todo el camino que había hasta Berlín, no se apreciaba ninguna posición natural que permitiera la defensa.

Heinrici lanzó entonces la primera orden. Mandó trasladar todas las divisiones que habían conseguido escapar de Pomerania, incluidas la 25.ª Panzer, la 10.ª SS Panzer, la de Granaderos del Führer, y la 9.ª de paracaidistas, al crítico sector situado detrás de Francfort y de Küstrin. Su segunda orden era propia de un hombre imaginativo, y nada tenía que ver con el movimiento de tropas. Heinrici mandó que se soltasen lentamente las aguas de Ottmachau, un gran embalse situado a más de trescientos veinte kilómetros al Sudeste, y que iba a verter sus aguas en el río Oder. Con ello quedaría inundada la faja de dieciséis kilómetros existentes entre la sierra y el río, con una capa de agua de medio metro de altura.

Hitler tenía esperanzas de que las líneas defensivas con que contaba en aquel momento pudieran contener la inminente ofensiva rusa. Pero algunos de sus allegados no participaban de este entusiasmo, y comenzaron los preparativos para una *Alpenfestung*, un reducto nacional situado en los Alpes, donde el Nacional Socialismo llevaría a cabo su resistencia final de estilo wagneriano. Por absurdo que parezca, esta idea se había originado en la mente de los americanos. En el otoño de 1944, la oficina de Dulles en Suiza oyó rumores de que Alemania estaba construyendo un sistema defensivo inexpugnable en los Alpes austríacos. Los rumores, como correspondía, pasaron a Washington y crearon un estado de aprensión que trascendió a la Prensa. Goebbels reconoció de inmediato el valor propagandístico de la noticia, y poco después la Prensa europea se extendía largamente en especulaciones acerca del formidable reducto alpino.

Contrariamente a los temores de los Aliados, no se había construido todavía en los Alpes ningún sistema defensivo, pero de medios no oficiales se sabía que algunos alemanes prominentes estaban haciendo planes a este respecto. Uno de los más interesados era el austríaco Kaltenbrunner, el cual había ido adquiriendo cada vez más poder gracias a Himmler. A mediados de marzo, Kaltenbrunner fue a ver a Wilhelm Hoettl en su nuevo cuartel general del Alt Ausee, en Austria. Antiguo historiador, Hoettl se hallaba por aquel entonces ocupado en dirigir la Operación Bernhard, consistente en la falsificación en masa de billetes de Banco

británicos.[24]

Kaltenbrunner se enteró de que Hoettl viajaba a menudo a Suiza, y le preguntó si en su opinión los Aliados temían verdaderamente una lucha final en el *Alpenfestung*. Cuando Hoettl contestó afirmativamente, Kaltenbrunner replicó que ese temor podía utilizarse como medio de obtener un permiso «explícito o implícito» para luchar contra los rusos, incluso después de haberse firmado un armisticio con el Occidente. Hoettl contestó que no bastaba con el temor; los Aliados terminarían por descubrir que no había tal reducto, y no se habría adelantado nada. Kaltenbrunner sonrió, oprimió un timbre y mandó llamar al doctor Meindl, jefe de la Steyr Werke, la mayor fábrica de municiones de Austria.

—Puedo garantizarle una producción en pequeña escala de armamentos, desde unas factorías montadas en las montañas, a partir del primero de mayo —aseguró Meindl.

Kaltenbrunner nombró también a varios industriales que se hallaban cooperando igualmente, y reveló que la Operación Bernahrd se encontraba entonces localizada en Austria, y permitiría financiar el *Alpensfestung*. Los 160 expertos de Sachsenhausen y su equipo de falsificación habían sido trasladados a Redl-Zipf,[25] no lejos de la ciudad austríaca que el Führer designaba como su cuna: Linz.

Solo una cosa se requería: obtener el permiso de Hitler para proseguir la lucha en el Sur, si Alemania quedaba dividida en dos. El 23 de marzo Kaltenbrunner se trasladó a Berlín para conseguir esta autorización. Tenía la esperanza de hallar a Hitler tan preocupado por el inminente derrumbe militar, que diera al menos su apoyo a una medida desesperada como era el *Alpenfestung*.

Hitler estaba inclinado sobre una gran maqueta de Linz, en el momento en que Kaltenbrunner entró en su despacho. Cuando advirtió de quién se trataba, su mirada se encendió y anunció que pensaba reconstruir por completo la ciudad, convirtiéndola en la metrópolis del centro de Europa. Luego preguntó a Kaltenbrunner, como nativo de Linz que era, lo que le parecía aquel plan.

Kaltenbrunner murmuró algo ininteligible, y siguió escuchando lleno de sorpresa mientras Hitler continuaba hablando entusiasmado acerca de la nueva Linz. De pronto Hitler miró a Kaltenbrunner y dijo sonriendo levemente:

—Sé lo que ha venido a decirme, Kaltenbrunner, y créame, si no estuviese

convencido de que voy a construir una nueva Linz con la ayuda de usted, tal como se advierte en este modelo, me volaría la cabeza hoy mismo. *Tiene que tener fe*. Aún dispongo de medios para llevar la guerra a una conclusión victoriosa.

Como tantos otros, Kaltenbrunner salió del despacho del Führer lleno de esperanzas. En cinco minutos Hitler le había convencido de que la victoria aún era posible.

3

El deseo de Patton de mantener en secreto su cruce del Rhin era comprensible, pero no fácil de llevarlo a la práctica. Al día siguiente, marzo 23, su jefe de Estado Mayor, general Gay, recibió una llamada telefónica del Séptimo Ejército, manifestando que corría el rumor de que Patton ya había cruzado el Rhin, y preguntando si era cierto.

—No estoy autorizado para contestar a esa pregunta —replicó Gay, el cual exhortó a Patton a continuación para que contase a Bradley que el Tercer Ejército ya tenía siete batallones al otro lado del río.

Bradley acababa de tomar su segunda taza de café, en el comedor del castillo de Namur, cuando le llamaron al teléfono.

—Brad —dijo Patton con acento excitado—; ¡no se lo diga a nadie, pero ya estoy al otro lado!

—¡Cielos! ¿Quiere decir que ha cruzado el Rhin?

—Desde luego. Escabullí una división la pasada noche, pero hay por allí tan pocos «fritzs» que aún no se han dado cuenta. Así que no haga anuncio alguno. Lo mantendremos en secreto hasta ver lo que ocurre.

Bradley se mostró sumamente complacido, y dijo a Patton que el Tercer Ejército podía enviar diez divisiones a la nueva cabeza de puente. También manifestó que iba a proporcionar a Hodges lo que este había pedido desde el principio: diez divisiones para Remagen.

Montgomery estaba ocupado en los preparativos para su gran ofensiva, la operación «Saqueo», que debía comenzar aquella misma noche. Todo se iba

cumpliendo al ritmo previsto, y cada unidad se disponía a actuar en el momento oportuno. Hasta el mensaje personal de Montgomery a las tropas había sido preparado por adelantado.

«… El enemigo pensará posiblemente que se encuentra seguro detrás del obstáculo que representa este gran río, pero nosotros les demostraremos que se hallan muy lejos de estar a salvo. Esta gran máquina militar aliada, integrada por fuerzas aéreas y terrestres, sabrá resolver el problema de manera decidida.
»Y una vez cruzado el Rhin, avanzaremos inconteniblemente por las llanuras del norte de Alemania, expulsando al enemigo de cada uno de sus refugios. Cuanto más rápida y enérgica sea la acción, más pronto terminará la guerra, y eso es lo que todos deseamos; terminar la tarea lo más pronto posible y la guerra en Alemania».
»Adelante, crucemos el Rhin. Buena caza para todos vosotros en la otra orilla.
»Quiera el "Señor de las batallas" otorgarnos la victoria en nuestra última empresa, del mismo modo que la hemos obtenido en todas las batallas desde nuestro desembarco en Normandía».

A las tres de la tarde Churchill y Brooke salieron en avión desde el aeropuerto de Northolt, en Middlesex, y dos horas después el aparato tomaba tierra en Venlo, localidad de la frontera alemana. El primer ministro, a pesar de la oposición por parte de Montgomery y Brooke, quería ver el comienzo de la Operación «Saqueo». Brooke escribió al mariscal de campo diciéndole que Churchill estaba decidido a presentarse, «¡e incluso habla de viajar en un tanque!».

Montgomery contestó: «Por lo que concierne al P. M., si está decidido a presenciar la batalla del Rhin, considero que solo hay una solución: pedirle que permanezca conmigo en mi campamento. De ese modo podré vigilarle y evitar que vaya adonde pueda estorbar a alguien. Ya le he escrito una carta. Simpson le enseñará una copia. ¡Estoy seguro de que le gustará al viejo muchacho!».

La comitiva de Churchill, integrada solamente por su ayudante militar, comandante C. R. Thompson, su ayuda de cámara y Brooke, se trasladó en coche hasta el cuartel general de Montgomery, donde tomaron una taza de té. El mariscal de campo, vestido con un viejo jersey y unos pantalones de pana, procedió a explicar su plan de ataque. Después del bombardeo inicial, dos cuerpos del Segundo Ejército Británico y uno del Noveno Ejército de Estados Unidos, efectuarían el cruce del río. A la mañana siguiente, dos divisiones aerotransportadas serían lanzadas a pocos kilómetros de la orilla oriental del Rhin, cerca de Wesel.

Durante varios días un sector de ciento doce kilómetros de la orilla del río había quedado oculto bajo el humo para esconder los preparativos, y a la sazón los soldados estaban ya tan cansados del humo que aseguraban preferir que los

vieran los alemanes. Pero a causa de tales precauciones se había conseguido situar secretamente en su sitio un gran número de tropas, así como botes de desembarco, «búfalos» (transportes anfibios), material de construcción de puentes y artillería.

A lo lejos, Churchill pudo oír los cañonazos de la artillería de vanguardia. Esta se hallaba hacia el Norte, donde el 30.° Cuerpo británico de Horrocks dominaba una amplia zona del Rhin, sobre la que se haría el cruce inicial. Poco antes de las nueve de la noche Horrocks trepó a su puesto de observación. Era una noche cálida y agradable. Aunque poca cosa podía ver en la oscuridad, a no ser el resplandor de los disparos, alcanzó a percibir a los «búfalos» de vanguardia, cargados con los infantes de las brigadas 153 y 154, cuando se internaban hacia el río por caminos marcados con cintas luminosas. No tardarían en estar navegando a través del Rhin. Hacia el Sur podía oírse igualmente el bombardeo en la zona del 12.° Cuerpo, donde los comandos escoceses efectuarían el cruce del río hacia Wesel.

Luego la artillería comenzó a rugir a lo largo de todo el sector del Segundo Ejército, en un espectacular despliegue de poderío. Más atrás, en Venlo, el viejo soldado que era Montgomery, que conocía el valor que tenía el sueño, se había retirado a su camión de campaña y se encontraba durmiendo, mientras Brooke y Churchill paseaban llenos de excitación a la luz de la luna, comentando lo trascendental de la situación. Aquel momento les traía a la memoria luchas pasadas, y ambos se acordaron de El Cairo, donde Alexander y Montgomery habían iniciado su carrera y donde Churchill hubo de confiar en la elección de Brooke. Más tarde, de vuelta a su cuartel general, Brooke escribió lo siguiente en su Diario:

«… Se encontraba (Churchill) del mejor de los talantes, y demostraba su agradecimiento por todo cuanto había hecho por él, en una forma que no era muy corriente.

»Luego nos aproximamos a la caravana, y él procedió a examinar su caja, que acababa de llegar. En ella se hallaba un telegrama de Molotov —que constituyó para él un gran motivo de preocupación—, relacionado con la actitud rusa respecto a las negociaciones de paz que Wolff está tratando de llevar a cabo en Berna, y expresando su temor de que firmásemos una paz por separado en el Frente Occidental. Dictó entonces una contestación, y cuando su secretario ya había salido de la camioneta le volvió a llamar, la examinó de nuevo, redactó otra, y por fin lo dejó todo para pensarlo con mayor detenimiento al día siguiente.

»Estoy a punto de acostarme. Resulta difícil imaginar que a menos de veinticuatro kilómetros centenares de hombres se encuentran entregados a una lucha a muerte en las márgenes del Rhin, en tanto que otros tantos centenares tratan de mantenerse en su puesto, en una de las pruebas más duras de su vida. Con tal pensamiento en la mente resulta difícil acostarse y descansar pacíficamente».

La Primera Brigada de Comandos estaba preparándose para cruzar el río hacia Wesel. En la orilla, el periodista Richard McMillan hablaba con un coronel de comandos joven y calvo.

—Me pregunto qué hará Jerry al otro lado —dijo el corresponsal, mientras se untaba el rostro con grasa oscura, y bebía un jarro de té.

A las 22 horas los comandos, que usaban gorros verdes en lugar de cascos, comenzaron a cruzar en los voluminosos «búfalos». El estampido de las granadas al estallar resultaba ensordecedor. Al cabo de varios minutos, los vehículos regresaban vacíos para recibir una nueva carga.

—La cosa no está tan mal en la otra orilla como creíamos —dijeron los conductores a McMillan.

A las 22:30 doscientos bombarderos de la RAF comenzaron a lanzar un millar de toneladas de explosivos sobre Wesel, y cuando los aparatos daban la vuelta para dirigirse hacia Inglaterra, los comandos convergieron hacia la ciudad pulverizada.

Pocos kilómetros más al sur, cerca de Alpen, Simpson y Eisenhower ascendieron a la torre de una iglesia para observar el fuego de artillería del Noveno Ejército. A la una de la madrugada del 24 de marzo, cuarenta mil artilleros norteamericanos comenzaron a efectuar un rápido fuego desde unas baterías localizadas en las llanuras al oeste del río. Durante más de una hora dos mil cañones machacaron los blancos alemanes. De pronto cesó el mortífero bombardeo y la primera oleada de la 30.ª División, con tres batallones en vanguardia, comenzó el cruce del Rhin en lanchas de desembarco propulsadas por motores fuera borda. Más al Sur, hacia la derecha, la 79.ª División bordeaba la margen occidental del río, preparándose para el cruce una hora más tarde. Ninguna de las tropas de asalto portaba máscaras antigás. Después de hacer un cálculo de probabilidades, Simpson decidió que las máscaras solo contribuirían a aumentar el número de soldados ahogados.

Eisenhower dijo que deseaba ver el cruce de las tropas a la otra orilla, y Simpson le acompañó hasta las márgenes del Rhin, donde ambos hombres se encontraron con un grupo de infantes de la 30. ª División, que con alta moral se dirigían hacia las embarcaciones de asalto. Notó Eisenhower que uno de los muchachos parecía atemorizado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Mi general, estoy muy nervioso. Me hirieron hace dos meses y llegué del hospital ayer mismo. No me encuentro bien.

—Entonces tú y yo hacemos una buena pareja, porque yo también me encuentro nervioso. Pero debes saber que hemos planeado este ataque durante mucho tiempo, y hemos reunido todos los aviones, las tropas y los cañones que pudimos, con objeto de aplastar a los alemanes. Tal vez si marchamos juntos hasta el río, los dos nos sintamos mejor.

—Bueno, quiero decir que *estaba* nervioso. Ya se me ha pasado, y me parece que no se está tan mal, por aquí.

En el momento en que las primeras tropas británicas iniciaban el cruce del Rhin, Bradley se dirigía de nuevo al teléfono para atender una llamada de Patton.

—Brad —dijo este, con voz aguda—. Por todos los cielos, ¡haga saber al mundo que hemos cruzado! Hemos abatido treinta y tres Fritz en el día de hoy, cuando se acercaron a nuestro pontón. ¡Quiero que el mundo sepa que el Tercer Ejército lo ha conseguido antes que Montgomery!

Los alemanes, en efecto, estaban ya actuando con evidente pánico ante el cruce de Patton en Oppenheim. Kesselring se mostró anonadado. Había advertido al comandante del Séptimo Ejército de una posible tentativa de cruce en su zona, y los americanos lo habían conseguido ya con toda facilidad. Pensó que aquello permitiría a Patton avanzar por detrás del Primer Ejército alemán, que aún se encontraba en la orilla occidental, y adelantarse profundamente en territorio del Tercer Reich. Remagen había sido la tumba del Grupo de Ejército de Model, y Kesselring temía que Oppenheim fuera la de Hausser.

4

A primeras horas de aquel día, en Washington, Roosevelt recibió el último informe de la junta de jefes de Estado Mayor, número 1067, que contenía las directrices de la política de Estados Unidos para la ocupación de Alemania. En ella se atenuaba la proposición de Morgenthau de convertir Alemania en una nación agraria. Lo único que quedaba a este respecto era una vaga declaración de que el Gobierno y la economía alemana deberían ser descentralizados. Se ponía de manifiesto, sin embargo, que el potencial bélico alemán debería ser destruido.

> *«… Como parte del programa para alcanzar este objetivo, todos los suplementos de guerra y los elementos especializados… deberán ser apartados y destruidos. Deberá prohibirse el mantenimiento y la producción de toda aeronave o instrumento de guerra».*

Pero esto solo eran palabras, y su eficacia dependería en gran parte de la persona que se encargase de aplicarlas.

Al mediodía Roosevelt habló con los cinco miembros bipartitos del Congreso, que representarían a Estados Unidos en la próxima Conferencia de las Naciones Unidas, de San Francisco. El almirante Leahy, el secretario de Estado en funciones, Joseph Grew, así como James Dunn y «Chip». Bohlen, del Departamento de Estado, también se hallaban presentes.

—Esta conversación no va a registrarse —comenzó diciendo el presidente.

Luego se refirió a la petición de Stalin de obtener dos votos más en las Naciones Unidas, y explicó la razón de que él y Churchill hubiesen apoyado la demanda.

—Tenía deseos de conseguir que Estados Unidos lograse en fecha posterior igual número de votos —afirmó.

Ninguno de los delegados, republicanos o demócratas, hizo la menor objeción a los votos concedidos a Rusia.

Al día siguiente, 24 de marzo, Robert E. Sherwood, que acababa de regresar de Manila, fue a ver al presidente a la Casa Blanca. El conocido dramaturgo afirmó que después de una conversación de tres horas con Mac Arthur, había quedado impresionado «con los profundos conocimientos que poseía acerca del Oriente, y sobre su amplitud de maneras», quedando convencido de que el general sería un excelente gobernador militar del Japón después de la rendición. Tras haber escuchado a MacArthur, Sherwood tuvo la sensación de que la victoria en el Pacífico «estaba bastante más cerca de lo que había creído».

—Me gustaría que algunas veces me dijera esas cosas a mí —declaró Roosevelt.

Este se preguntó si le convendría asistir a la conferencia de San Francisco.

—Steve Early no cree que debo inaugurar la conferencia…, hasta ver si fracasa —dijo riendo—. Considera que debo esperar a ver si las cosas marchan bien, y en tal caso puedo presentarme y hacer el discurso de clausura, aprovechándome de las ventajas obtenidas. Pero yo voy a estar al comienzo y al final. Todos esos países nos hacen un honor viniendo aquí, y quiero decirles lo mucho que se lo agradezco.

Roosevelt pidió luego a Sherwood que le buscase algunas citas de Thomas Jefferson en el campo de la ciencia, para su discurso del Día de Jefferson.

—Pocas personas lo saben, pero Jefferson era un científico y un demócrata al mismo tiempo, y algunas cosas de las que dijo deben ser repetidas ahora, porque

la ciencia va a tener cada vez más importancia en la construcción del mundo futuro.

Sherwood, claro está, nada sabía acerca de la bomba atómica, y no alcanzaba a comprender el significado de aquellas palabras. Deseó a Roosevelt una feliz estancia en Warm Springs, a donde iba a descansar después de pasar una semana en Hyde Park, y luego se marchó a redactar una memoria sobre Mac Arthur.

Roosevelt comió aquel día con Anna Rosenberg, una de sus consejeras más fieles, en el pequeño comedor del último piso de la Casa Blanca. Hablaron durante tanto tiempo, que al fin la señora Roosevelt entró en la estancia y dijo que tenían que salir hacia la estación de ferrocarril para despedir al gobernador general de Canadá, conde de Athlone, y a su esposa.

Mientras sacaban al presidente en su silla de ruedas de la habitación, acompañado por las dos mujeres, le entregaron un telegrama del embajador Harriman que había sido previamente descifrado. Mencionaba el embajador la «arrogante» carta que había recibido de Molotov, exigiendo que la «Operación Amanecer» fuese suspendida inmediatamente. Harriman recomendaba enfrentarse a los rusos.

Roosevelt golpeó irritado los puños contra los brazos de la silla.

—¡Averell tiene razón! —exclamó Roosevelt—. No podemos tratar con Stalin. Ha roto todos los compromisos que habíamos establecido en Yalta.

El presidente mostró hallarse tan lleno de cólera, que ambas mujeres comprendieron que desde entonces adoptaría en sus tratos con Stalin una actitud diferente, más enérgica.

La causa de las crecientes diferencias entre los Tres Grandes era el alemán Karl Wolff, el cual acababa de llegar a Berlín, requerido por Himmler, que le pidió irritado una explicación de sus manejos. Los dos hombres se entrevistaron en el piso del general de las SS Fegelein. Himmler acusó inmediatamente a Wolff de traición, y declaró que los espías de Kaltenbrunner en Suiza habían descubiertos sus manejos acerca de las negociaciones con Dulles. También acusó Himmler a Wolff de estupidez. ¿Acaso no había montado en cólera el Führer al enterarse de los fallidos esfuerzos de Ribbentrop para negociar con Suecia?

—¿Cómo puedo decirle al Führer que está usted haciendo lo mismo sin órdenes específicas? —gritó Himmler—. ¡Tal vez mande que nos maten a todos!

Wolff hizo una sugerencia que volvió pálido a Himmler. Ambos podían ir a

ver al Führer para contarle todo lo que ocurría. Durante un momento Himmler se sintió incapaz de hablar, y al cabo de un tiempo dijo:

—No es posible que usted siga tratando con Dulles. No sabe lo bastante de muchas cosas.

Y secamente, Himmler prohibió a Wolff que volviese a Suiza.

Capítulo octavo

«Hemos pasado un día divertido»

1

La reunión vespertina del Führer, el viernes 23 de marzo, no comenzó hasta las 2:26 de la madrugada del día siguiente. Los asistentes fueron escasos. Además de los tres ayudantes de Hitler, Günsche, Below y Johannmeier, se hallaban presentes Walter Hewel, del ministerio de Asuntos Exteriores, algunos funcionarios de segundo orden, y el general Wilhelm Burgdorf, el rubicundo jefe de personal del Ejército, que en los últimos tiempos se había convertido en el fiel eco de las ideas de Hitler, ganándose el desprecio de sus compañeros de la Wehrmacht. De todos los informes que procedían del frente de batalla, el cruce inesperado del Rhin por Patton era el que disgustaba más al Führer.

—Considero que la segunda cabeza de puente, la de Oppenheim, es la más peligrosa —manifestó.

—Sin duda porque el enemigo ha logrado pasar con tanta rapidez —añadió Burgdorf.

Hitler señaló a un mapa y declaró:

—En una barrera de río, un hombre negligente puede causar un gran desastre. En realidad, la cabeza superior (Remagen) es probablemente la salvación de ciertas unidades que se hallan ahí. De no haberse producido, el enemigo hubiera cruzado por el Sur con todas sus fuerzas, y nadie habría escapado. En cuanto uno se deja expulsar de una posición fortificada, todo ha

terminado. Los jefes actuaron poco hábilmente en este caso. Amontonaron tropas que podían luchar mejor en terreno abierto en este lugar.

Burgdorf sacó a colación una demanda de Goebbels, quien como Defensor de Berlín que era, deseaba construir una pista de aterrizaje en la avenida llamada Eje Este-Oeste, que atravesaba el Tiergarten, el gran parque de la ciudad.

—Será necesario —hizo notar Burgdorf, con cierta ansiedad— derribar todos los postes de alumbrado de los lados, con el fin de dejar veinte metros libres a cada lado.

Hitler preguntó qué necesidad había de abrir tanto espacio.

—No van a aterrizar con «Goliaths» (carros de asalto). La avenida ya tiene cincuenta y dos metros de ancho —aseguró.

—Si los «JU-52» tienen que aterrizar en la oscuridad, esos postes serán un inconveniente.

—Está bien quitar los postes, pero cortar de veinte a treinta metros del Tiergarten a derecha e izquierda…

La idea de suprimir arboleda preocupaba mucho al Führer.

—No es imprescindible —declaró Below.

—Les bastará con cincuenta metros de anchura —prosiguió diciendo el Führer—. Más de eso no les será de utilidad, porque el terreno a ambos lados no puede pavimentarse. Les resultaría completamente inútil.

—También está la pista de la colina —intervino Johannmeier, el rechoncho ayudante de Ejército.

—Tampoco yo considero necesario el corte de treinta metros de árboles —confirmó Below, que era aviador—. En cuanto a la eliminación de los postes…

—Claro que pueden quitarse —volvió a insistir Hitler.

—Entonces esto queda solucionado —concluyó Burgdorf.

Pero Hitler aún no había terminado con el tema, y añadió:

—Se me ocurre que los «HE-162» y los «ME-262» podrían despegar del Eje Este-Oeste.

Below dijo que la pista tenía suficiente longitud para el despegue de ambos aparatos.

—Pero no podrá hacerse si el Siegessäule sigue en pie —aseguró Hewel, refiriéndose al gran monumento que conmemoraba la victoria obtenida sobre Francia en 1871.

—Habría que quitarlo de allí —concedió Burgdorf.

—Hay casi tres kilómetros hasta la Columna de la Victoria —manifestó

Hitler, que se negaba también al derribo del monumento—. Eso será suficiente.

El tema quedó agotado al fin, y entonces Burgdorf preguntó al Führer lo que pensaba hacer respecto al permiso que se concedía a Guderian por «enfermedad».

—¡De una vez por todas —exclamó Hitler, exasperado—, quiero la opinión del médico acerca de Wenck! Que me dé un detallado informe. Le haré que responda de ello con su vida, y que me diga cuándo estará bien. No hacen más que hablar y hablar de que determinado día podrá dejar el hospital, pero ahora ni siquiera saben si tienen que operarle.

Era evidente que Hitler tenía esperanzas de sustituir con Wenck al cada vez más molesto Guderian.

—El médico nos dijo que Wenck deberá permanecer allí hasta mediados de abril —aclaró Burgdorf—. Pero él mismo se está impacientando.

—Mi Führer —interrumpió Below, cambiando de tema—, cuando no está usted en el Obersalzberg (Berchtesgaden), ¿sería posible ahorrar la cortina de humo? Ahora se lanza cada vez que se avista un aparato, y están agotando las reservas de la sustancia productora de humo.

—Está bien, pero si nos destruyen eso, todo se ha acabado. Es necesario que lo comprendamos. Se trata de uno de los últimos escondites de que disponemos.

Se habló luego de los *bunkers* de Zossen, y a continuación se inició una prolongada discusión acerca de las unidades especiales que podrían lanzarse a la batalla.

—No sabemos lo que pasa a nuestro alrededor —se quejó Hitler—. Para mi asombro, acabo de enterarme de que una división ucraniana de las SS ha aparecido repentinamente.

Siguió diciendo que era una locura entregar armas a una división ucraniana que no era muy digna de confianza.

—Más preferiría quitarles a ellos las armas y crear una nueva división alemana.

A diferencia de muchos de sus consejeros, Hitler tenía recelo de emplear unidades constituidas con soldados capturados del Ejército Rojo, que se habían ofrecido voluntarios para luchar contra Stalin.

Burgdorf le recordó oficiosamente que cada una de las divisiones voluntarias de Letonia y Estonia se habían destacado bastante en la lucha.

—Pero ¿por qué luchan? —preguntó Hitler, sarcásticamente—. La División

Vlasov,[26] por ejemplo, puede considerarse bajo dos posibilidades: si es eficaz, debe tomársela como una división regular; si no lo es, resulta absurdo equipar una división de diez u once mil hombres, cuando no puedo crear divisiones alemanas a causa de la falta de armas. Más valdría organizar una división alemana y entregarles todas esas armas.

—La legión india… —comenzó a decir Burgdorf.

—La legión india es una risa. Hay indios que son incapaces de matar una hormiga, y que antes se dejarían aplastar… Creo que si los emplearnos para tirar de carromatos, o algo por el estilo, se mostrarán como los soldados más bravos del mundo, pero utilizarlos en una lucha a muerte es algo ridículo. ¿Qué fortaleza tienen los indios? Todo eso es una idiotez. Cuando se tiene un exceso de armas puede hacerse algo semejante con fines propagandísticos, pero careciendo de ellas, tales bromas publicitarias resultan totalmente irresponsables.

Hitler siguió expresándose sarcásticamente durante varios minutos hasta que de pronto añadió:

—No quiero decir que no pueda hacerse nada con esos extranjeros. Algo puede lograrse, pero requiere tiempo. Si se los tiene durante seis o diez años, si se gobierna sus territorios de origen, como lo hizo la antigua monarquía de los Habsburgo, entonces se convertirían en buenos soldados. Pero ahora les haremos un gran favor si les decimos que no tienen que seguir luchando.

Alguien hizo notar que los 2300 indios tenían 1468 fusiles, 550 pistolas, 420 fusiles ametralladores y 200 cañones ligeros. —Véanlo si no —observó burlonamente Hitler—; tienen más armas que hombres. Algunos sin duda llevarán dos armas. Luego el Führer preguntó la función de esos hombres en aquellos momentos, y le contestaron que se hallaban en una zona de descanso. Hitler movió la mano con gesto significativo y declaró, disgustado:

—Esas gentes siempre están descansando, nunca luchan.

En aquel momento les interrumpió un oficial de enlace que llegó con el siguiente mensaje urgente: «El Grupo de Ejército H informó a las tres de la madrugada que el enemigo ha cambiado de posición para atacar a un kilómetro y medio al sur de Wesel, cerca de Mehrum (era la Operación “Saqueo”, de Montgomery). La fuerza y naturaleza del ataque aún no ha podido determinarse. Se esperaba la ofensiva. Desde las 17 horas (del 23 de marzo) ha habido intenso fuego de la artillería enemiga sobre nuestra línea de combate principal, así como sobre las zonas de retaguardia».

Cuando comenzaba a discutirse sobre las fuerzas germanas cerca de Wesel, y de los posibles refuerzos a enviar a la zona, un oficial de enlace llamado Borgmann recordó a Hitler que no había suficientes refuerzos para detener a Patton en Oppenheim: Solo tenían cinco tanques pesados, y no estarían en condiciones de entrar en combate hasta el próximo día.

—En los días siguientes dos más se agregarán, de modo que la unidad podrá elevarse a siete tanques. Todo se halla ahora comprometido.

—Realmente habían sido destinados a la cabeza de puente superior —declaró Hitler.

—Así es —confirmó Borgmann—, para el batallón 512 de Remagen.

—¿Cuándo partirán?

—Estarán dispuestos hoy o mañana. Tal vez no puedan salir hasta mañana por la noche.

—Entonces volveremos a informarnos de eso mañana —manifestó Hitler.

Luego comenzó a preguntar el tiempo que tardaría en repararse un grupo de «dieciséis o diecisiete Tigres».

—Eso tendría gran importancia —manifestó el Führer. Su preocupación por un puñado de tanques ilustraba dramáticamente el derrumbe a que había llegado el poderío del ejército alemán.

2

Poco antes del amanecer despegaron de la base inglesa de East Anglia los primeros aviones que transportaban 4876 hombres de la 6.ª División Aerotransportada británica. Al cabo de una hora, 247 aviones «C-47» del 9.° Comando de Transporte de Tropas de Estados Unidos, así como 429 aparatos británicos con sus planeadores, se hallaban en el aire rumbo al Rhin, para llevar a cabo la Operación «Varsity».

En Francia, los hombres de la 17.ª División Aerotransportada acababan de tomar una ligera comida compuesta por bistec y tarta de manzana, y después de examinar su equipo comenzaron a trepar a los transportes y los planeadores. A las 7,17 de la mañana; despegaron los primeros aparatos. Los paracaidistas del 507.° regimiento de Infantería se lanzarían los primeros y ocuparían algunos bosques de importancia estratégica. Luego seguirían el 513.° regimiento de

Paracaidistas de Infantería y cuatro grupos de planeadores, que deberían tomar tierra al este del 507. El último regimiento, el 194 de Planeadores de Infantería, tocaría tierra cerca de Wesel y se apoderaría de los puentes del canal de Issel.

Eran casi las nueve de la mañana cuando el último de los aparatos despegó. La enorme columna —226 aviones «C-47», 72 «C-46» y 610 «C-47» arrastrando 960 planeadores— se extendía más allá de donde podía abarcar la vista. Los 9387 paracaidistas americanos volaron en dirección al Noroeste, para la cita final al sudeste de Bruselas, donde se unieron a la columna aérea británica más pequeña.[27]

Uno tras otro, en una gigantesca caravana aérea de dos horas veinte minutos de largo, los dos grupos pusieron rumbo a Wesel con 213 cazas de la RAF y 676 de Estados Unidos protegiéndoles los flancos.

Para todos los paracaidistas americanos que iban en los transportes, salvo unos pocos, el salto en combate era una experiencia nueva. Muchos de ellos compartían una sensación común: un nudo en la garganta que aumentaba en intensidad, como si fuera a terminar por estrangularlos. Los que iban en los planeadores aún se hallaban más inquietos, ya que su endeble armazón se estremecía bajo la influencia de las fuertes corrientes que originaban los transportes que iban delante.

En su planeador, Howard Cowan, corresponsal de la Associated Pres, trataba de olvidar las imágenes vividas que recordaba de planeadores estrellándose en Normandía y Holanda. Miró a su izquierda y vio la punta del ala derecha del planeador gemelo, uncido al mismo «C-47», que se aproximaba peligrosamente. ¿Qué ocurriría si las dos alas entraban en colisión? Cowan rechinó los dientes, y trató de no mirar a su compañero, que vomitaba en el interior de su casco.

El teniente coronel Allen C. Miller, comandante del 2.° batallón, iba en el avión de cabeza del regimiento 513. Miller solo medía un metro sesenta. Su casco le llegaba más abajo de las cejas, y las botas de salto le subían hasta las rodillas. Sus compañeros oficiales le llamaban «As», pero los soldados que le habían seguido durante la batalla del Bulge le conocían como «Casco y botas».

Era el aparato un gran «C-46», más veloz que el viejo «C-47». Miller miró hacia fuera, admirando el mayor despliegue aéreo que jamás había visto. El conjunto resultaba estremecedor. Se hallaba en el centro de un enjambre de aviones, una serie de prolongadas columnas de transportes que conducían paracaidistas. Había hileras de planeadores que se movían de un lado a otro por

detrás de sus aparatos remolcadores, como si fueran movedizas cometas, y cientos y más cientos de cazas que avanzaban raudos como coléricas avispas. Miller pasó revista a sus hombres, tomó una píldora contra el mareo, y se echó plácidamente a dormir.

A las 9,30 de la mañana, el ayudante militar de Montgomery, Noel Chevase, acompañó a Churchill y Brooke hasta una colina que dominaba el Rhin, cerca de Xanten. Se hallaban allí para observar el lanzamiento, pero reinaba tal niebla que solo podían verse unos pocos botes transportando tropas a través del río. Por todo el contorno solo se veían las baterías disparando rápidamente contra los emplazamientos germanos. Pero a las 9,40 de la mañana se dejo oír otro estruendo, el aún distante pero intenso rugido de la gran flota aérea.

Los paracaidistas se daban cuenta de que estaban ya cerca del objetivo. Delante se apreciaban grandes columnas de humo, donde la artillería británica había arrasado varios kilómetros en las orillas del río.

Richard C. Hottelet, corresponsal de la CBS y el Collier's, observaba el terreno desde un «C-47». Al frente se elevaban negras columnas de humo de las zonas de lanzamiento. Solo una cosa preocupaba a Hottelet, y era que se sentía totalmente despreocupado.

El jefe de ala Johnnie Johnson, uno de los más experimentados pilotos de caza de la contienda, mostró sus temores ante las interminables líneas de transportes y planeadores que se aproximaban al río. Lo mismo le ocurría al piloto del avión vecino, el cual le llamó por radio, para comunicarle su inquietud.

A las 9,46 de la mañana los primeros aparatos del 507 regimiento se aproximaron al Rhin. En el interior de dos aparatos comenzaron a parpadear las señales rojas, y los paracaidistas prendieron el gancho de lanzamiento y comprobaron su equipo.

Poco después se inició un intenso fuego de baterías antiaéreas de 20 y 40 milímetros, y los soldados que se hallaban junto a las puertas abiertas de los aparatos pudieron observar a los soldados alemanes junto a sus cañones, entre los claros que dejaba la humareda. Algunos alemanes se desbandaban como las gallinas de un corral, pero otros, que no servían las baterías, disparaban desafiantes contra los aviones sus fusiles y pistolas.

Eran las 9:50 cuando se encendieron las luces verdes, y los paracaidistas comenzaron a lanzarse fuera de los transportes. El Primer Batallón fue a caer a unos dos kilómetros de la zona prevista. Cuando el coronel Edson Raff llegó al

suelo, reunió a sus hombres y eliminó un nido de ametralladoras alemán desde donde disparaban incesantemente. Luego vio una batería de cañones de 150 mm. disparando entre los árboles a poco más de un kilómetro. Capturó intacta la batería, y a continuación se dirigió hacia el Sudeste, a través de los bosques.

El 513 se acercaba a su zona de lanzamiento, a las diez de la mañana, y se despertó al coronel Miller, el cual exclamó desde su puesto:

—¡De pie! ¡Enganchen! ¡Comprueben el equipo!

Luego se dirigió a la cabina de mando y dio al piloto un golpecito en la espalda. Este, sin volverse, le hizo con los dedos el signo de la V. Miller había comenzado a dirigirse hacia la puerta del avión, cuando empezó el fuego antiaéreo por todas partes. Desde la puerta Miller podía ver el majestuoso curso del Rhin, por encima del cual los bombarderos y los cazas aliados parecían llenar el cielo. Miró hacia atrás y advirtió los grupos de «C-47», más lentos, que avanzaban en formación perfecta. Pero ¿dónde estaban los otros grupos de «C-46» y la gran columna británica?

El aparato de Miller volaba a 120 metros de altura, y el fuego de las armas livianas comenzó a filtrarse a través de las delgadas planchas del suelo. Varios paracaidistas resultaron heridos. El jefe de la dotación corrió hacia atrás, gritando que habían herido al piloto. El «C-46» viró hacia la izquierda, y luego enderezó el rumbo.

Otros aviones del regimiento 513 se hallaban igualmente en dificultades. Las balas que percutían en el «C-46» donde viajaba el teniente Paul MacGuire, le recordaron el granizo al caer sobre un techo de cinc. Pero estaba tan atareado buscando su equipo de salto, que no se dio cuenta de que el avión se hallaba seriamente averiado hasta que advirtió la humareda que se desprendía de uno de los tanques de un ala. La dotación del aparato corrió hacia atrás; se colocaron sus integrantes los paracaídas de emergencia, y preguntaron a los demás:

—Eh, muchachos, ¿cual es la contraseña, ahí abajo, esta noche? Miller advirtió al frente unas vías del ferrocarril.

—¡Salten! —gritó.

Se apartó un poco, dejó que varios hombres se lanzaran por la puerta, y luego él mismo se arrojó al exterior. Al abrirse su paracaídas miró hacia atrás y vio que el ala izquierda del «C-46» estallaba en llamas. Los paracaídas pintados de pardo de los soldados se abrían en el cielo a centenares, mezclándose con los de color azul, rojo y amarillo de las municiones y suministros. Desde el suelo proseguía

con violencia el fuego de armas cortas alemanas. Casi debajo de Miller un paracaidista bajaba con el cuerpo inerte. La cabeza le colgaba hacia un lado, y de ella manaba sangre.

El paracaídas de Miller le llevaba directamente hacia las vías del ferrocarril. Poco después tomaba tierra cerca de una pocilga vallada. Oprimió el mecanismo que libraba automáticamente del paracaídas, pero no ocurrió nada. Mientras luchaba por librarse, unas balas de ametralladora comenzaron a estrellarse a un metro escaso de su cabeza. Se echo a rodar por el suelo, apartándose del lugar, y aferrando su cuchillo cortó el correaje que le retenía al paracaídas.

El fuego procedía de una granja cercana. Miller extrajo su pistola y se dirigió hacia lo que parecía ser un pequeño cobertizo desprovisto de ventanas. Cuando llegaba, un corpulento paracaidista saltó la valla que rodeaba el cobertizo y se dejó caer a su lado. El pequeño coronel, asustado por la repentina aparición del soldado, e irritado por su evidente aspecto de temor, le dio una fuerte patada en el trasero. Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Miller miró cautelosamente más allá de la esquina del cobertizo, y a un metro escaso vio a un alemán, que, de perfil, disparaba rápidamente hacia las vías y al campo que había más allá. Junto a él se hallaban otros tres soldados alemanes. En el campo reinaba gran confusión, pues los paracaidistas caían casi unos encima de otros en un reducido espacio. De pronto se le ocurrió a Miller pensar que si hubiera aterrizado donde debía —más allá de las vías—, en ese momento podía estar muerto.

Aunque no era buen tirador, se dijo que a semejante distancia no podía errar. Apuntó bien hacia el primer soldado alemán. Todos estaban tan absortos en sus disparos, que Miller mató a tres sin que se dieran cuenta. El cuarto se volvió y jadeó al ver a Miller. Este hizo fuego.

Se encontró Miller ante una puerta de cemento. El cobertizo era un *bunker camuflado*. Hizo una seña al corpulento paracaidista para que le siguiera, y penetró de un salto en el *bunker*, dispuesto a disparar. Ante su alivio la estancia estaba vacía, pero había unos escalones en la parte posterior que conducían a un túnel oscuro. Miller avanzó en la penumbra hasta llegar al sótano de la granja. Había ordenado al hombrón que le siguiera, pero cuando se dio cuenta, se encontraba solo. El paracaidista ni siquiera había penetrado en el túnel. El coronel advirtió una figura en un rincón. Ya iba a disparar cuando algo le detuvo. Se trataba de una anciana, con el rostro mortalmente pálido. La mujer quedóse inmóvil mientras él comenzaba a subir escaleras arriba, hacia la cocina.

Ante una ventana protegida por sacos de arena se hallaban tres alemanes haciendo fuego con una ametralladora. El coronel fue arrastrándose de habitación en habitación. Casi todas las ventanas estaban ocupadas por otros tantos servidores de ametralladoras. La casa había sido convertida en un fortín que dominaba los campos adyacentes. Entonces Miller recordó las palabras del locutor alemán: «Estamos preparados».

Miller lanzó apresuradamente una granada de termita en dirección a la cocina, y otra granada demoledora hacia el comedor. Antes de que estallasen echó a correr fuera de la casa, en dirección a las vías del ferrocarril, pasando al lado del *bunker* donde había estado unos momentos antes. De pronto se dio de bruces contra un hombre; era un amigo, el capitán Jack Lawlor, pero se hallaba muerto. Miller vaciló, y luego cruzó las vías, dirigiéndose a los prados. Allí abundaban los muertos y los heridos, y la carnicería le recordó un cuadro que había contemplado algunos años antes.

El capitán Oscar Fodor, ayudante del cirujano del batallón, levantó la vista de la herida que estaba curando y vio a Miller. Señaló entonces hacia un bosquecillo, donde algunos de los integrantes del regimiento 513 estaban tratando de organizarse. En ese momento los planeadores británicos aparecieron por un extremo del campo, dirigiéndose hacia un grupo de paracaidistas americanos que estaban a punto de tomar tierra. Miller contempló horrorizado cómo un «Horsa», mucho mayor que los planeadores americanos, aterrizaba encima de unos cuantos paracaidistas que acababan de posarse en el suelo. El planeador se deslizó hasta detenerse junto a Miller, y luego de abrirse la cola del aparato, de su interior se deslizó un carro blindado. Los alemanes que se hallaban en la casa abrieron fuego sobre el vehículo. Este estalló en llamas, pero el artillero británico comenzó a disparar su cañón hasta que el fuego se lo impidió.

En el bosque, Miller encontró a veintidós hombres, entre los que se contaban algunos pilotos y paracaidistas británicos. Los condujo hasta una granja que el capitán Fodor utilizaba como hospital de emergencia. De la pierna del médico manaba un reguero de sangre. Con toda calma se levantó la pernera del pantalón y se aplicó un torniquete.

—Creo que me han herido —dijo, sin darle importancia, y regresó al exterior.

Encima, el ruido era ensordecedor. Miller observó los «Liberator B-24», que rozaban con increíble audacia las copas de los árboles mientras lanzaban los

primeros suministros de municiones y medicamentos. Tan bajo volaban que Miller podía ver el rostro decidido de los pilotos. El espectáculo le emocionó. Los soldados que se hallaban en el suelo agitaban los brazos y vitoreaban a los aviones, y Miller se sintió orgulloso de ser norteamericano.

Uno de los audaces «Liberator» estalló en llamas, y luego ocurrió lo mismo con varios más. Los suministros, colocados en cilindros de acero de algo más de un metro de largo, caían en racimos innumerables colgando de sus paracaídas. Uno de ellos rebotó y fue a dar contra Miller, el cual quedó semienterrado en el blando suelo que pisaba. Fue aquella la vez que Miller se sintió más cerca de la muerte, en toda la contienda.

Poco después, el comandante del regimiento 513, coronel James Coutts, corrió hacia Miller con un puñado de hombres, y le dijo:

—¡Quiero que ataque hacia el Sur, sobre las vías, con los hombres que le queden!

Señaló entonces hacia un sector de la pradera desde donde acababa de iniciarse un intenso fuego de ametralladora que obligaba a todos a tenderse en el suelo.

El pequeño coronel se puso de pie y gritó:

—¡Seguidme!

Ni un solo hombre se movió. Aunque rara vez perdía los estribos, en esa ocasión Miller se desató en improperios.

—¡Malditos! ¡Moveos de una vez! —gritó, y corrió entre sus hombres rugiendo una y otra vez la orden. Al fin dos hombres se pusieron en cuclillas, como si estuvieran desconcertados, y luego iniciaron un prudente avance. Les siguieron a continuación algunos más y al fin todos comenzaron a avanzar. Cuando los alemanes observaron que Miller y sus soldados cargaban contra ellos a pesar de sus disparos, dieron media vuelta y huyeron.

La tercera unidad americana aerotransportada, el 194.° Regimiento de Infantería de Planeadores, se aproximó a su objetivo, que estaba constituido por los puentes del canal del Issel, a las 10,20 de la mañana.

—Esto no durará mucho —dijo un sargento al corresponsal Howard Cowan, de la *Associated Press*.

Los dos hombres se estrecharon la mano y se desearon suerte mutuamente. Cowan mantenía la mirada fija en el piloto, esperando verle pulsar la palanca

que dejaría en libertad al planeador.

—¡Abajo! —gritó el piloto.

Mientras el aparato picaba repentinamente, el sargento manifestó:

—Ahora es cuando hay que rezar.

La gente había estado rezando desde que el avión despegó, pensó Cowan. Los planeadores penetraron en una amplia nube de humo acre, y Cowan se sintió como si se encontrase en un edificio incendiado. Abajo, en el suelo, decenas de planeadores se hallaban inmóviles, en ángulos absurdos. De improviso pareció que el suelo se precipitaba hacia él. Luego se oyó una serie de crujidos, cuando el aparato fue a dar contra una valla, y pasó por encima de una hondonada. A continuación una de las alas se estrelló contra otra valla, y luego reinó el silencio. Se hallaban en un prado, a salvo. Cowan saltó del planeador y miró a su alrededor.

Al principio Cowan observó intrigado cómo saltaban algunos manojos de hierba en torno suyo. ¡Eran disparos! Se lanzó rodando hacia una zanja llena de agua cenagosa. Allí se quedó sintiéndose seguro. Otro planeador pasó sobre su cabeza, desgajó las ramas más altas de un árbol próximo y se detuvo suavemente unos cien metros más allá. Cowan salió de la zanja donde se hallaba y miró cautelosamente en torno suyo. El tiroteo había terminado, al menos por el momento. Elevó una plegaria en señal de agradecimiento, y prometió no volver a subir en su vida a un planeador.

Muchos de estos aparatos se habían estrellado como si fueran cajas de cerillas, quedando sus ocupantes muertos o heridos. Otros hombres perecieron bajo los disparos de los alemanes. Pero al menos el 194.° Regimiento había tomado tierra en el sitio designado, formando un grupo compacto. Todo había salido hasta el momento como se había previsto, hecho poco frecuente en una acción de guerra. Las piezas de artillería fueron extraídas de los planeadores cuando el regimiento quedó en orden, y las tropas comenzaron a dirigirse hacia el canal de Issel, con el fin de apoderarse de los puentes.

Desde su ventajoso observatorio, Churchill y Brooke dominaban a la perfección las columnas de aparatos que se dirigían directamente al frente de ellos, pero los aviones desaparecían algo más allá entre la neblina y el humo. Momentos después se veía regresar a los transportes con las puertas abiertas y las cuerdas de lanzamiento revoloteando detrás.

Poco antes del mediodía, Churchill y Brooke se trasladaron en camiones blindados unos dieciséis kilómetros al Norte, hasta unos terrenos más elevados situados cerca de Kalkar, desde donde observaron el cruce del río por la 51.ª División Highland. El guía de los personajes tenía órdenes concretas de Montgomery: «Manténgase apartado de la lucha hasta después de la hora de la merienda, y evite que ocurra cualquier desgracia».

Pero en cuanto terminó la comida, el primer ministro hizo una osada petición: quería cruzar el Rhin. Chevasse, el guía, habló con el ayudante militar de Churchill, comandante Thompson, y se le aconsejó que consultase con Montgomery.

Aquella misma noche, el divertido Brooke escribió lo siguiente en su Diario:

> *«Winston se puso entonces un poco pesado; quiso efectuar un cruce personalmente, y tuvimos alguna dificultad para disuadirle. De todos modos, al fin se portó bien y le trajimos de vuelta en nuestros carros blindados hasta donde habíamos dejado los automóviles, y de allí al cuartel general, donde se echó a dormir, lo cual buena falta le hacía. Ya en el coche se había quedado dormido, inclinándose poco a poco sobre mis rodillas».*

Durante la cena, Churchill se mostró de tan buen talante, que entretuvo a Montgomery y los demás comensales con una expresiva lectura de la *Vida de la Abeja*, de Maeterlinck.

Eran las 13:04 cuando el último de los paracaidistas se lanzó al exterior, es decir, tres horas y catorce minutos más tarde que el primero. Menos de una hora después, los paracaidistas americanos establecieron contacto con los ingleses de la 1.ª Brigada de Comandos, que habían avanzado hacia Wesel durante la noche anterior. Casi al mismo tiempo, los hombres de la 6.ª División Aerotransportada se reunieron con la 15.ª División inglesa en Hamminkeln, ciudad situada unos diez kilómetros al este del Rhin.

El general Matthew Ridgway cruzó el río inmediatamente después de saber que sus tropas habían establecido contacto con las unidades de tierra. Mientras el pesado vehículo —un «Alligator»— trepaba por la margen opuesta, los soldados que escoltaban al general dispararon con sus fusiles ametralladores varias ráfagas contra los matorrales que hallaban al paso. Nadie contestó al fuego.

Luego el comandante del 18.° Cuerpo Aerotransportado y sus cuatro acompañantes salieron del vehículo y avanzaron a pie, en busca del general de división William Miley, comandante de la 17.ª División Aerotransportada. Como de costumbre, del cinturón de Ridgway pendían varias granadas de mano.

Aferrando un fusil «Springfield 1903», el general marchó en cabeza hacia un bosquecillo. Como líder nato que era, su máxima en la batalla rezaba: «Muéstrate agresivo, y luego más agresivo aún». Al doblar un caminito se encontró con un soldado alemán en un agujero. El general se detuvo y miró al soldado. Este le contemplaba con los ojos muy abiertos: estaba muerto.

El reducido grupo siguió adelante hasta que Ridgway observó un movimiento entre los árboles que había más adelante, y oyó unos golpes rítmicos. Ridgway hizo señas a los demás para que se pusieran a cubierto. Apareció entonces por el sendero un macizo caballo de granja sobre el que iba montado un paracaidista de Estados Unidos, con un rifle en bandolera y un sombrero de copa en la cabeza, sonriendo con aire satisfecho. El general salió de su escondite y se interpuso en el camino del jinete. A la vista de las dos estrellas que lucía Ridgway, el muchacho se desconcertó, y parecía no saber muy bien si debía saludar, presentar armas o quitarse el sombrero de copa. Pero cuando vio que Ridgway se echaba a reír, se tranquilizó y sonrió también.

Ridgway llegó poco después al puesto de mando de la 17.ª División Aerotransportada, y junto con el general Miley, se trasladó hasta el puesto de mando de la 6.ª Aerotransportada para conferenciar con el general Eric Bols. Ya de regreso al cuartel general de Miley, en una caravana de tres *jeeps*, se aproximó a un camión del que solo quedaban los restos calcinados, y se detuvo para examinarlo. En la oscuridad, Ridgway observó varias figuras que huían. Saltó entonces al suelo y comenzó a disparar su «Springfield» apoyándolo en la cadera. Se oyó un grito y una de las sombras se desplomó. Ridgway se echó detrás de su *jeep* para introducir otro cargador en su arma. Se oyó un estampido y el general sintió una quemadura en un hombro. Una granada acababa de estallar bajo el *jeep*, a solo medio metro de su cabeza, pero el vehículo le había salvado de la explosión.

En el silencio que reinó a continuación, Ridgway alcanzó a oír a los hombres que jadeaban en torno suyo. Dejó de disparar, temeroso de herir a alguno de sus soldados. Luego observó un leve movimiento detrás de unas matas, y con voz potente gritó:

—¡Levanta las manos, perro!

—¡Alto, no dispare! —contestó una voz, con inconfundible acento americano.

Ridgway quitó el dedo del gatillo. Cuando pareció que la patrulla alemana había huido, habló con Miley.

—¿Cómo se encuentra, Bud? Creo que le he dado a uno de ellos —manifestó, pero no dijo que le habían herido. El grupo siguió adelante en dos *jeeps*, hasta que Miley vio algo que se movía en el oscuro tramo de carretera que había delante. Disparó con su pistola, y no hubo réplica. Salió Miley del vehículo y descubrió a uno de los paracaidistas que se hallaba detrás de una ametralladora.

—Condenado, recibiste órdenes de disparar —dijo Miley—. ¿Por qué no lo has hecho contra mí?

El soldado se limitó a sonreír tímidamente, y Miley, no sabiendo si regañarle o darle las gracias, optó por marcharse del lugar.

A unos doscientos cuarenta kilómetros río arriba, George Patton y sus dos ayudantes, el universitario coronel Charles Codman y el agresivo tejano, comandante Stiller, se hallaban en ese momento cruzando el pontón de Oppenheim.

—Es hora de hacer un alto —dijo Patton, mirando hacia el final del puente.

Luego, sin decir una palabra más, se puso a imitar la singular ceremonia que llevara a cabo Churchill sobre las fortificaciones alemanas.

—Estuve esperando esto durante mucho tiempo —añadió satisfecho, mientras volvía a abotonarse.

El reducido grupo siguió hacia la orilla oriental. Cuando Patton, al que preocupaban mucho aquellos momentos trascendentales, puso pie en la orilla, se dejó caer al suelo a imitación de Guillermo el Conquistador, del cual se cree que dijo, al descender de su embarcación: «Mirad, me he apoderado de Inglaterra con ambas manos».

Patton cogió un puñado de tierra y se incorporó. Luego, dejando que la tierra se escurriese de entre sus dedos, manifestó:

—Así, como Guillermo el Conquistador.

3

En la cima de la sierra que Heinrici había elegido como principal línea defensiva detrás del Oder, se hallaba el pueblo de Seelow. Fue allí, el Domingo de Ramos, 25 de marzo, donde conoció a Theodor Busse, el corpulento y optimista comandante del Noveno Ejército. Busse le explicó que el apresurado

ataque que lanzara dos días antes había fracasado, tal como pronosticara al Alto Mando. Sus carros de asalto rompieron las líneas del Ejército Rojo, pero los inexpertos infantes no supieron consolidar el avance y tuvieron que retroceder.

Heinrici le ordenó, a pesar suyo, que lanzase otra ofensiva inmediatamente, ya que aunque había pocas probabilidades de lograr un éxito, la situación era desesperada. Tras la breve entrevista sostenida con Busse, terminó la inspección que Heinrici efectuó al grupo de Ejército Vístula. Luego el general se trasladó a Berlín para su primera reunión con el Führer. Era mediada la tarde cuando Heinrici llegó a la Cancillería donde los que iban a asistir a la conferencia se encontraban ya reunidos en el pasillo. Había unas treinta personas, entre las que se hallaban Von Keitel, Jodl, Guderian y Burgdorf. Antes de que hubieran terminado de tomar el café y los bocadillos, alguien dijo:

—Viene el Führer.

Todos se apresuraron a entrar en la pequeña sala de órdenes, que tenía corridas las cortinas para atenuar la luz del exterior. Se abrió una puerta en el lado opuesto y entró Hitler, avanzando con los hombros encogidos y la espalda encorvada.

Le presentaron a Heinrici, y al estrecharle este la mano, se sintió descorazonado ante el endeble apretón de Hitler. El Führer esperó detrás de un gran escritorio hasta que su ayudante le colocó un sillón detrás. Se hundió en el sillón, y con su mano derecha levantó el brazo izquierdo, que tenía paralizado, y lo dejó caer sobre el escritorio. Entonces otro ayudante le entregó unas gafas de cristales oscuros.

Alguien dijo a Heinrici, en voz baja, que se sentase a la izquierda del Führer, pues no oía bien del oído derecho. Sin más preámbulos, Heinrici comenzó a informar acerca de la situación en el Frente Oriental, hablando con tanta franqueza como lo había hecho con Guderian. En medio de su explicación, le entregaron un mensaje de Busse, en el que este le anunciaba que la segunda ofensiva había fracasado igualmente.

Hitler frunció el ceño ante este informe y se puso de pie bruscamente.

—Contraataque una vez más, y restablezca por cualquier medio las líneas con Küstrin —manifestó.

Luego quiso averiguar la razón de que los dos ataques anteriores hubieran fracasado.

—¿No había suficiente artillería? —preguntó.

—Llegué a tiempo para ver volar los proyectiles desde ambos lados —dijo

Heinrici—. Los rusos también tienen artillería. Hitler prefirió ignorar este sarcasmo y repitió que Küstrin debía ser recuperada a toda costa.

—En tal caso no podremos lanzar una ofensiva desde la zona de Francfort —manifestó Heinrici, al que parecía cada vez más insensato un ataque realizado desde allí.

—*Primeramente* tomaremos Küstrin —declaró Hitler, como si quisiera corregir al general.

4

Al amanecer del domingo, Ridgway había rechazado ya dos fuertes contraataques de los alemanes. La Operación «Varsity» podía ya considerarse como un éxito arrollador. El precio, sin embargo, era elevado. Los americanos sufrían aproximadamente un diez por ciento de bajas, y los ingleses un treinta por ciento, pero en conjunto habían destruido casi por completo las tres divisiones alemanas que se hallaban en la zona de lanzamiento —la 84.ª de Infantería, y las 7.ª y 8.ª de Paracaidistas—, así como numerosas unidades de artillería y antiaéreas. Y lo que era ciertamente más importante, habían también asegurado el éxito del ataque principal de Montgomery, la Operación «Saqueo».

Después de asistir a los servicios religiosos del Domingo de Ramos, Churchill, Montgomery y Brooke se dirigieron a entrevistarse con Eisenhower, Bradley y Simpson en un castillo que dominaba el Rhin cerca de Rheinberg. La conversación fue vivaz, pues todos estaban contentos ante el éxito obtenido por la inmensa operación. Una y otra vez Churchill repetía a Eisenhower:

—¡Mi querido general, los alemanes están deshechos! ¡Ya les tenemos! ¡Esto está acabado!

—Gracias a Dios, Ike, se ajustó usted a su plan —dijo Brooke—. Tenía toda la razón, y lamento que mis temores fueran una carga más para usted. Los alemanes ya no tienen nada que hacer. Ya solo se trata del momento que elijan para rendirse. Afortunadamente, se mantuvo usted en sus trece.

Por lo menos, esto es lo que Eisenhower recordó que Brooke había dicho. Este, por su parte, solo creía haber felicitado cortésmente a Eisenhower por su éxito, afirmando que su proceder era el más adecuado. Escribió luego que nunca admitió que Eisenhower estaba «totalmente acertado», ya que aún seguía

convencido de que el comandante supremo se hallaba «totalmente equivocado».

Después de una agradable comida en los jardines, Eisenhower sugirió que se trasladasen a un pequeño reducto a orillas del Rhin, desde el que podrían observar las operaciones. Cuando llegaron, pudieron ver a las embarcaciones que cruzaban incesantemente de una a otra orilla.

—Me gustaría cruzar en una de esas lanchas —hizo notar Churchill.

—No, señor primer ministro —contestó Eisenhower—. Soy el comandante supremo y me niego. Podrían matarle.

Pero una vez que Eisenhower se hubo marchado, Churchill llamó la atención de Montgomery sobre una pequeña lancha que había llegado en ese momento y dijo:

—¿Por qué no cruzamos ahí y echamos un vistazo a la otra orilla?

—¿Y por qué no? —contestó el mariscal de campo, no sin que Churchill se mostrase algo sorprendido.

Simpson regresó de acompañar a Eisenhower hasta el avión, y se encontró con que Churchill, Montgomery y algunos oficiales más trepaban a una lancha de desembarco de la marina de Estados Unidos.

—Ahora que se ha marchado el general Eisenhower —dijo Churchill, con gesto travieso—, voy a cruzar.

El sol brillaba con fuerza cuando desembarcaron en la orilla opuesta, donde las granadas alemanas estallaban intermitentemente. Entonces, antes de que nadie pudiera evitarlo, Churchill comenzó a avanzar rápidamente hacia la línea de fuego, dando violentas chupadas a su cigarro.

—Este no es sitio para el primer ministro —dijo Simpson a Montgomery—. Me disgustaría que le ocurriese algo en mi propia zona.

El general americano apresuró su paso para ponerse a la altura de Churchill, el cual parecía como si nunca fuera a detener su marcha.

—Si seguimos andando así —dijo Simpson, con mucho tacto—, no tardaremos en hallarnos en el campo de batalla.

Al repasar de vuelta el Rhin, Montgomery se contagió con el espíritu aventurero de Churchill, el cual preguntó al capitán de la lancha:

—¿No podemos ir río abajo, hasta Wesel, para ver lo que ocurre allí?

Esto era materialmente imposible, ya que en la zona había una serie de cadenas para detener minas flotantes, pero en cuanto llegaron a la orilla occidental, el mariscal de campo se inclinó hacia Churchill, y le dijo, como un conspirador le diría a otro:

—Vamos hacia abajo, hasta el puente de ferrocarril del Wesel, para echar un vistazo.

El referido puente de hierro había quedado destruido parcialmente, y aún se hallaba bajo el fuego enemigo. Colocándose de nuevo en cabeza, Churchill inició la marcha ágilmente hacia la estructura metálica. Las granadas caían cada vez más cerca, levantando columnas de agua en la cercana corriente. Por fin, una salva dio en el puente, como si los alemanes se hubiesen dado cuenta de que Churchill se hallaba allí.

Un joven oficial se acercó a Simpson y con tono preocupado le hizo notar que los alemanes tenían observación directa desde una batería de morteros.

—Ya nos han localizado —manifestó—. Uno o dos tiros más, y darán en el blanco.

Simpson se acercó entonces a Churchill y ceremoniosamente le expuso:

—Señor primer ministro, hay tiradores apostados delante de nosotros, y están haciendo fuego sobre ambos extremos del puente, así como sobre la carretera que se halla a nuestra espalda. No puedo aceptar la responsabilidad de que permanezca usted aquí, y debo pedirle que se retire.

El rostro de Churchill pareció adoptar, para Brooke, que le estaba observando, la expresión de un escolar al que le sorprenden en falta. Entonces, ante el alivio de todos, se encaminó hacia el extremo del puente y de mala gana regresó a la orilla. Churchill había dicho a Brooke varias veces:

—La mejor manera de morir es luchando, cuando la sangre está revuelta y no se siente nada.

A Brooke le pareció en ese momento como si el primer ministro estuviese deseando correr todos los riesgos posibles, a fin de morir valientemente en el campo de batalla, librándose de las preocupaciones de posguerra, con la Unión Soviética.

Fue aquel un día de aventura para el primer ministro, pero ni aun en el frente fue capaz de escapar al problema que planteaba Rusia. En el cuartel general de Montgomery le estaba esperando un mensaje de Londres. Era de Eden, quien le preguntaba si sería conveniente acudir a la conferencia de San Francisco, en vista de la actitud arrogante de la Unión Soviética. «¿Cómo podremos sentar las bases de un Nuevo Orden, en el mundo, si existe tal ausencia de confianza en las relaciones entre Rusia y los angloamericanos?» —escribía en su nota.

Churchill contestó inmediatamente afirmando que «todo el asunto de la conferencia de San Francisco sigue aún en la balanza». Luego cambiaba de tema para afirmar con cierta nostalgia: «Hemos pasado un día divertido, en el cruce del Rhin».

Ya más tarde, aquella misma noche, Churchill volvió a escribir a Eden. La repentina decisión de Stalin de enviar a Gromyko a San Francisco, en el puesto de Molotov, era, según dijo, «la manifestación soviética del disgusto acerca de la Operación Amanecer», y opinó que «una actitud definida de Gran Bretaña y Estados Unidos contra una ruptura de los acuerdos de Yalta, se hace ahora necesaria, si deseamos que la conferencia tenga algún valor».

Pero Churchill aún recelaba de que Roosevelt no le respaldase en un frente unido contra Rusia. Dos mensajes del presidente americano a Stalin, aquel mismo día, hicieron poco por atenuar la preocupación del primer ministro. En uno Roosevelt se lamentaba cortésmente de la ausencia de Molotov en San Francisco, y en otro defendía la Operación Amanecer en términos conciliadores. La intensa ira de Roosevelt al leer el áspero mensaje de Molotov aún no se ponía de manifiesto en esa nota oficial, y Churchill tampoco tenía indicios de que el presidente fuese al fin a respaldarle con mayor firmeza contra Stalin.

Capítulo noveno

Fuerza especial Baum

1

El 24 de marzo, Patton lanzó su 4.ª División Acorazada a través del Rhin. Ahora bajo el mando del general William Hoge, el mismo que había capturado el puente de Remagen, la división avanzó unos treinta y dos kilómetros hacia el próximo obstáculo natural, el río Main. El Comando de Combate A cruzó por Hanau, al este de Francfort; el Comando de Combate B, a unos treinta kilómetros al sudeste del anterior, en Aschaffenburg.

El comandante del XII cuerpo, general de división Manton Eddy, llamó a Hoge por teléfono para encomendarle una extraña tarea: Patton deseaba enviar una misión especial a unos cien kilómetros por detrás de las líneas enemigas, en un intento de liberar a novecientos prisioneros americanos confinados en el campamento de Hammelburg. Hoge pensó que, efectivamente, se trataba de un asunto singular, pero no hizo comentarios.

Al final de aquel mismo día el propio Patton llamó por teléfono a Hoge, y con voz más alterada que de costumbre dijo:

—¡Esto va a hacer que la incursión de MacArthur contra Cabanatuan[28] resulte una insignificancia!

Hoge no replicó a Patton, pero dijo a Eddy que no le gustaba la idea. Enviar una fuerza especial al Este solo contribuiría a dispersar los efectivos de su división, la cual ya estaba extendida a lo largo de un frente de treinta y dos

kilómetros, con órdenes de dirigirse hacia el norte, después de haber cruzado el Main. ¿Para qué correr semejante riesgo, estando tan próximo el fin de la guerra? Había muchos campos de prisioneros de guerra. ¿Era tan importante el de Hammelburg? Eddy dijo que hablaría del asunto con Patton.

Hammelburg era una ciudad de cierta importancia que se hallaba situada a orillas del sinuoso río Fränkische Saale, a unos ochenta y ocho kilómetros en línea recta desde Francfort del Main. Treinta y dos kilómetros más al Este se hallaba Schweinfurt, el famoso centro fabril de rodamientos de bolas. El Oflag XIIIB (*Offizierslager*, campamento de oficiales prisioneros de guerra) se hallaba situado en una meseta en forma de bandeja, sobre un escarpado monte a unos cinco kilómetros al sur de Hammelburg. En una de las secciones había unos tres mil oficiales del Real Ejército Yugoslavo, capturados después de la corta campaña de 1941. Los yugoslavos, que preferían llamarse a sí mismos servios, eran orgullosos, vehementes y tenían la tez morena. Sus uniformes se hallaban raídos, aunque conservaban sus muchos adornos. Se mostraron extremadamente atentos y generosos con los ochocientos oficiales americanos que llegaron en enero de 1945, y por votación general donaron ciento cincuenta de sus paquetes de alimentos a sus aliados.

La mayoría de los americanos se habían visto obligados a rendirse al comenzar la batalla del Bulge. Por consiguiente, no sentían orgullo por su unidad, y mostraban poco respeto hacia sus oficiales de mayor graduación. Casi no había ninguna actividad interna organizada, a excepción de los servicios religiosos dominicales. A diferencia del campamento de Sagan, no había espectáculos atléticos, musicales ni teatrales. Pocos eran los que pensaban en escapar, pues era evidente que la guerra solo duraría unos meses más. Los paquetes de la Cruz Roja llegaban una vez al mes, lo cual no era suficiente para paliar la corta ración del campamento y ello daba lugar a numerosos casos de debilitamiento, y como consecuencia a la extensión de la gripe y la pulmonía. La disentería era una dolencia generalizada.

Todo el grupo, en resumen, se hallaba en un estado lamentable, y así siguió hasta el 8 de marzo, en que llegaron de Szubin, Polonia, otros 430 prisioneros americanos, mandados por el coronel Paul Goode. Este, un hombre entrado en años, había sido instructor en West Point. Cuando llegó del viaje se hallaba sumamente cansado, pero al entrar en el campamento había tal determinación en

su ajado rostro, que los prisioneros del Bulge sintieron en su interior una oleada de orgullo.

De la noche a la mañana Goode y su competente ayudante, el teniente coronel John Knight Waters, instauraron de nuevo la disciplina y el orden, y «Pop» —así apodaban a Goode— se convirtió en una palabra mágica para los jóvenes oficiales que nunca se habían sentido muy satisfechos con su pasado. Se limpiaron los uniformes y los zapatos, y se ordenó un corte de pelo y de barba general. Las reuniones tomaron un cariz más militar, y se procedió a limpiar los barracones. Goode dirigió su atención en seguida hacia el comandante alemán del campamento, *generalleutnant* (general de división) Günther von Goeckel. Mejoraron los alimentos, se hizo mejor uso de las instalaciones del campamento, y «Pop». Goode se convirtió en un héroe para todos, a excepción de unos pocos a quienes disgustaba su autoridad.

El 25 de marzo, el comandante Alexander Stiller, uno de los ayudantes de Patton, llegó inesperadamente al cuartel general de Hoge. Stiller era un hombre taciturno, antiguo Ranger de Tejas, de rostro inexpresivo y frío, que había sido sargento al servicio de Patton durante la Primera Guerra Mundial. Stiller se limitó a decir que acompañaría a la expedición que iba a marchar contra Hammelburg. Hoge se mostró sorprendido. Estaba convencido de que se había dejado de lado la empresa, y por consiguiente volvió a protestar ante Eddy, quien le contestó que no se preocupase, ya que él encontraría el modo de manejar adecuadamente a Patton.

A la mañana siguiente Patton se trasladó en avión al puesto de mando de Edtly. Cuando entró en el edificio fue informado por el general de brigada Ralph Canine que Eddy se hallaba de inspección.

—Coja el teléfono y hable con Bill Hoge —dijo Patton, con impaciencia—. Dígale que cruce el río Main y que se dirija hacia Hammelburg.

—General, lo último que me ordenó Matt antes de salir fue que si venía usted y mandaba que se cumpliera la orden, yo debía contestarle que no lo haría.

Patton no montó en cólera ante semejante acto de insubordinación.

—Que se ponga Hoge al teléfono —dijo tranquilamente—, y yo se lo diré personalmente.

Un momento después estaba ordenando a Hoge que «llevase adelante el plan». Hoge adujo que no podía prescindir de un solo hombre ni de un solo

tanque.

—¡Le prometo que le reintegraré cada soldado y cada vehículo que pierda! —exclamó Patton.

Hoge se sintió desconcertado ante el tono casi suplicante que había en la voz de Patton, y con mirada sorprendida se volvió hacia Stiller, que había estado escuchando. Este le explicó en voz baja que el «viejo» se hallaba totalmente decidido a liberar los prisioneros de Hammelburg, y reveló que entre ellos se encontraba John Waters, el yerno de Patton.[29]

Forzado a obedecer la orden directa de Patton, Hoge accedió de mala gana a enviar el ayudante de división, general de brigada W. L. Roberts, al teniente coronel Creighton Abrams, cuyo Comando de Combate B acababa de tomar un puente de ferrocarril sobre el río Main. Cuando Abrams se enteró de que iba a ser él quien tendría que enviar una fuerza especial a Hammelburg, llamó por teléfono a Hoge y le explicó que una sola compañía, aun con refuerzos, sería aniquilada totalmente. Si había que hacerlo, sería necesario enviar todo el comando de combate. Hoge le dijo que Eddy ya se había negado a emplear todo un grupo de combate para semejante misión. La primera orden seguía en pie.

2

En la tarde del 26 de marzo, el capitán Abraham Baum, natural del Bronx neoyorkino, se hallaba durmiendo en el interior de un carro blindado cuando le despertaron y le dijeron que se presentase inmediatamente en el puesto de mando del Comando de Combate B. Baum, antiguo cortador de patrones en una fábrica de blusas, era oficial de Inteligencia del 10.° Batallón de Infantería Acorazada. Medía algo más de un metro ochenta y cinco de estatura, y al igual que su comandante de combate era sumamente enérgico. Su bigotillo, su corte de pelo y la expresión del rostro, contribuían a darle sensación de seguridad en sí mismo.

Baum aún estaba tratando de librarse de la modorra, cuando entró en el puesto de mando. Pero se despejó inmediatamente en cuanto Abrams le ordenó que avanzase con una fuerza especial por detrás de las líneas enemigas y liberase a novecientos prisioneros americanos. No se le dio razón alguna, ni Baum la esperaba. Solamente se limitó a volverse hacia el comandante de su batallón, teniente coronel Harold Cohen, y le dijo bromeando:

—Con eso no se van a librar de mí. Volveré.

Le contestaron que eligiera sus hombres y que se pusiera en marcha en seguida.

A las siete de la tarde la Fuerza Especial Baum se hallaba lista para partir. Estaba integrada por 397 hombres, todos ellos experimentados en la lucha. Disponía de diez tanques «Sherman» y seis tanques ligeros, tres cañones de asalto de 105 mm., veintisiete camiones oruga para trasladar a los prisioneros, siete *jeeps* y un vehículo auxiliar sanitario.

Baum revisó su plan de acción. Tenía que internarse unos cien kilómetros a través de las líneas enemigas con una fuerza de reconocimiento. Sin poderío suficiente para soportar un contraataque intenso, debería aprovecharse de la sorpresa y avanzar por una zona que le era totalmente desconocida y de la que hasta ignoraba la localización de los puntos donde el enemigo tenía concentradas sus fuerzas. En resumen, debía internarse por un país desconocido, para luchar sabía Dios contra qué, y traer de vuelta a novecientos pasajeros.

Inquieto por la misión en sí, Baum recibió otro disgusto cuando Abrams le dijo que el comandante Stiller iría con él.

¿Cómo se entiende eso?, —inquirió Baum, con tono receloso.

Abrams le aseguró que Stiller sería solo un observador, sin mando de ninguna clase, y que posiblemente Patton deseaba que Stiller se curtiese en la batalla. Pero una simple mirada a Stiller bastaba para convencerse de que este no necesitaba curtirse en modo alguno. En cierta ocasión Patton dijo jocosamente al coronel Codman que le gustaría tener la cara de fiero luchador que poseía el comandante Al Stiller.

A semejanza de Hoge, Abrams conocía el verdadero fin de la misión. Stiller acababa de admitir confidencialmente a Cohen y a uno o dos más:

—Creo que el yerno de Patton está allí.

Los hombres de Baum, por supuesto, nada sabían de esto. En realidad, la mayor parte de ellos ni siquiera sabían que iban tras las líneas enemigas a conquistar un campamento de prisioneros de guerra.

El plan de Abrams para lanzar la Fuerza Especial Baum a través de la delgada corteza de defensas alemanas era muy sencillo. El Comando de Combate B cruzaría el puente recién capturado y limpiaría de enemigos la pequeña ciudad situada al otro lado. Luego Baum se introduciría por la brecha

que quedaría abierta, y avanzaría hasta Hammelburg, unos noventa y cinco kilómetros adelante, adonde llegaría a primeras horas de la tarde del 27 de marzo. Con buena suerte estaría de regreso a las líneas americanas por la noche del mismo día.

A las 21 horas del 26 de marzo, el Comando de Combate B cruzó el río Main. Aunque el servicio de Inteligencia aseguró que habría escasa oposición, Abrams se vio comprometido y tuvo que lanzar cuantos efectivos tenía para abrir una brecha por la que pudiera pasar Baum. Era medianoche, es decir, varias horas después de lo previsto, cuando la Fuerza Especial Baum pudo al fin cruzar el puente y puso rumbo al Este, con los infantes subidos a los tanques, y suplementos de municiones y gasolina en los camiones. Hacía calor, el ambiente estaba seco y no había luna. La columna avanzó rápidamente a través de los primeros pueblos, sin hallar casi resistencia a causa de la sorpresa de la incursión. Los artilleros de los tanques barrían la pequeña oposición que hallaban al paso, y los infantes lanzaban granadas dentro de las puertas y ventanas para evitar la acción de los tiradores apostados.

Pero poco después el mando del Séptimo Ejército alemán se enteró de que una unidad acorazada había irrumpido entre sus efectivos —pensaban incluso que podía tratarse de una división entera—, y sospecharon que debían de ser las fuerzas de Patton, a causa de lo temerario del ataque. En efecto, los comandantes alemanes le temían y les infundía más respeto que ningún otro general americano. Los pueblos y ciudades que bordeaban la carretera recibieron la orden de fortalecer sus defensas y de bloquear el paso, pero Baum se desplazaba con tal rapidez y violencia que por más que sufrieron el fuego de algunos *bazookas* y armas ligeras al atravesar las poblaciones, pocas fueron las bajas que tuvieron.

Poco antes del amanecer, la Fuerza Especial, después de haber recorrido cuarenta kilómetros, entró impetuosamente en la ciudad de Lohr. Cuando los tanques ligeros llegaron ante una barricada que obstruía la carretera, se echaron a un lado y dejaron que los pesados «Sherman» abriesen camino. Un *panzerfaust* disparó desde corta distancia y dejó fuera de combate a uno de los «Sherman», pero la dotación del tanque se trasladó a un camión y la columna siguió avanzando. De improviso se vieron frente a una caravana alemana que marchaba despreocupadamente hacia Lohr. Los americanos ametrallaron los camiones sin detenerse. Cuando un joven oficial vio que algunos de los muertos eran muchachas de uniforme se indispuso y vomitó.

Los invasores se dirigieron hacia el nordeste, siguiendo la orilla izquierda del sinuoso río Main. Cuando pasaron ante un convoy ferroviario antiaéreo, destruyeron la locomotora y lanzaron granadas de termita contra los cañones de 20 mm. Poco después del amanecer la expedición se acercó a Gemünden, una ciudad situada en la confluencia de los ríos Sinn y Saale. La localidad le pareció a Baum un lugar perfecto para una emboscada, por lo que ordenó que no se utilizara la radio, y que ni tan solo se hablase en voz alta. A las 6:30 de la mañana la columna entró en Gemünden. El sargento Donald Yoerk, que se hallaba en uno de los últimos tanques, quedó sorprendido al ver a los soldados alemanes que andaban despreocupadamente por las calles con sus carteras en la mano. Esta ciudad, a diferencia de las demás que habían atravesado, estaba ignorante de que se aproximaba una fuerza especial americana. Hacia la derecha de la carretera, Yoerk vio un tren que iba a cruzar un paso a nivel por donde ellos tenían que pasar. Desde el tanque que le seguía Frank Malinski disparó, y alcanzó a la locomotora con la primera andanada. Luego siguió haciendo fuego contra los vagones, hasta que de pronto estalló un vagón de municiones. Cuando se disipó la humareda, Yoerk solo pudo ver cuatro ruedas sobre la vía, en el lugar donde había estado el vagón. Más adelante, los tanques ligeros ya habían destruido varias lanchas que navegaban por el río, y puesto fuera de servicio un tren de carga y pasajeros. Luego avanzaron los «Sherman» y destruyeron una docena más de convoyes ferroviarios, dejando obstruidas las vías. Por suerte, de uno de los trenes estaba desembarcando una división alemana, que se vio sumida en la confusión.

Baum ordenó al teniente William Nutto que adelantase los «Sherman» por el centro de la ciudad, arrasándola a ambos lados mientras avanzaban. Dos pelotones de infantería acompañaron a los tanques, pero cuando los dos primeros soldados penetraron en un puente del centro de la población, voló en pedazos y los dos hombres perecieron. Los «Sherman» arrasaron cuanto salía a su paso, a pesar de estar aislados del resto de la columna, que marchaba detrás. Los alemanes comenzaron a disparar *panzerfaust* (*bazookas*) desde las ventanas y los techos de las casas circundantes.

Baum y Nutto se hallaban algo más atrás, estudiando la situación. Oyeron el ruido de disparos en vanguardia, y corrieron hacia el puente destruido, a tiempo de ver a uno de los «Sherman» cubierto de soldados alemanes. El tanque movía la torreta en todas direcciones, como si quisiera librarse de los alemanes. En ese momento estalló una granada junto a Baum y Nutto, lanzándolos contra la

calzada. Cegado momentáneamente, Nutto se aferró el pecho que le dolía. También le habían dado en las piernas. Baum sintió dolor en la mano derecha y en una rodilla, y observó que la sangre se deslizaba por la pernera de su pantalón.

—¡Salgamos de aquí! —gritó con todas sus fuerzas, y ordenó retroceder a la columna.

La carretera principal hacia Hammelburg estaba cortada, y Baum seleccionó rápidamente una nueva ruta.[30] Dio la vuelta hacia el norte, a lo largo de la orilla occidental del río Sinn, buscando un cruce. A las 8:30 de la mañana envió su primer mensaje al puesto de mando, solicitando un ataque aéreo contra los cuarteles de Gemünden.

El Séptimo Ejército alemán acababa de tener conocimiento de la destrucción de Lohr y Gemünden, y ordenó inmediatamente que todas las fuerzas disponibles detuvieran a los soldados americanos. Fue un alemán, sin embargo, el que ayudó a Baum a resolver su problema inmediato. Un paracaidista germano cansado de la guerra, le hizo saber que el mejor lugar para cruzar el río Sinn era por Burgsinn, unos trece kilómetros más arriba de Gemünden.

Dos kilómetros más adelante los americanos capturaron a otro alemán. Este era más importante, pero resultó de menos utilidad. Se trataba de un general cuyo «Volkswagen» fue a meterse directamente entre la columna americana.

—¿Quién demonios es usted? —inquirió Baum, cuando el general avanzó con gesto orgulloso, colocándose los guantes.

El alemán comenzó a explicarse en su idioma, pero Baum le interrumpió diciendo:

—Metan a este cerdo en un camión y sigamos adelante.

La columna cruzó el río Sinn y luego se internó hacia el sudeste, por un camino de montaña. El terreno era desigual y boscoso, pero el suelo resultaba lo suficientemente firme para el avance de los tanques y los vehículos. Al cabo de algunos minutos llegaron junto a un grupo de unos setecientos prisioneros soviéticos, que al ver los tanques americanos asaltaron a sus guardias y les quitaron las armas. Baum entregó a los rusos los doscientos alemanes que había capturado, y los soviéticos le aseguraron que se dedicarían a la táctica de guerrillas por la zona, hasta que llegasen las tropas americanas.

La fuerza especial atravesó a continuación el Fränkische Saale, y solo faltaban ocho kilómetros para su meta cuando un avión alemán de

reconocimiento se dejó caer sobre la columna. Baum ordenó hacer alto. En el relativo silencio que siguió alcanzó a escuchar el sonido de vehículos acorazados no muy lejos. No tenía objeto el ocultarse, de modo que decidió encaminarse hacia el nordeste, directamente sobre Hammelburg. Poco después vio los primeros tanques alemanes, solo dos, que tras hacer algunos disparos inofensivos desaparecieron. Pero Baum sabía que había otros en las proximidades.

A las 14:00 apareció al fin ante la columna la ciudad de Hammelburg. A un kilómetro escaso de los primeros edificios, la caravana salió de la carretera y comenzó el ascenso de la escarpada colina, en dirección al campamento de prisioneros.

De improviso apareció al frente un tanque alemán, y luego varios más. Baum ordenó a sus seis «Sherman» que atacasen, y por radio mandó al sargento Charles Graham que hiciese avanzar los tres cañones autopropulsados. La batalla por el campamento Oflag XIIIB había comenzado.

3

Los prisioneros percibieron a lo lejos el primer intercambio de disparos entre los tanques atacantes y los defensores. Entonces el general Goode corrió a reunirse con los demás prisioneros, que se habían concentrado junto a las vallas de alambre de púas. A través de los campos, en los que pastaban las ovejas, el padre Paul Cavanaugh, capellán jesuita de la 106 División, observó cómo dos pelotones de centinelas alemanes se colocaban en lugares preestablecidos, sobre la cima de la colina, mientras una compañía completa se situaba en posición a lo largo de la carretera de Hammelburg. A un lado de la misma carretera se advertían dos cañones de 40 milímetros.

Durante treinta minutos los prisioneros esperaron, hasta que de improviso estalló un atronador estrépito de ametralladoras, *bazookas*, fusiles y morteros a través de la pradera.

—Esa es la forma en que comienza una batalla de tanques, padre —declaró el coronel Goode—. He presenciado las suficientes para darme cuenta de ello. Los muchachos del general Patton se están acercando, y los alemanes sin duda van a trasladarnos de aquí.

Dijo que de todos modos esperaba que los americanos les ganasen la partida.

Mientras crecía el rumor de la batalla, algunos de los hombres se encaminaron a la cocina para apoderarse de lo que había en las despensas y darse un buen atracón. Otros cien, en cambio, se dirigieron hacia el barracón del padre Cavanaugh, donde este iba a confesarles antes de la misa. A las 15:50, la sirena dio unos cuantos avisos y por los altavoces se divulgó la siguiente advertencia.

—¡Todos los prisioneros deben permanecer en sus barracones!

Unos pocos rezagados cruzaron rápidamente hacia el lugar donde se estaba celebrando la misa.

—Como ya somos demasiados —dijo el padre Cavanagh un momento después—, comenzaré la misa inmediatamente, y más tarde impartiré una absolución general, antes de la Santa Comunión.

Mientras se colocaba las vestiduras, vio que caían algunas granadas, que no llegaron a estallar. Comenzó en seguida a rezar las plegarias ante un altar improvisado con una sencilla mesa. Al llegar al Evangelio, otra granada cayó en las proximidades, y todo el mundo se arrojó al suelo. Después de un momento, el padre Cavanaugh salió de debajo del altar, con la sensación de que no estaba dando muy buen ejemplo. Pidió calma a los prisioneros y les rogó que siguieran de rodillas.

—Si algo ocurre, no tenéis más que tenderos en el suelo —manifestó—. Voy a daros la absolución general.

Con mano temblorosa hizo la señal de la cruz ante su congregación, y añadió:

—Tened calma. Acortaré la misa todo lo posible para que todos podáis recibir la Comunión.

De cara al altar, el sacerdote leyó la plegaria «*Hanc igitur*». Nunca hasta entonces parecieron tener aquellas palabras un mayor significado:

—Acepta la ofrenda de nuestra sumisión, ¡oh Señor! Danos la paz. Líbranos del mal eterno y recíbenos en el grupo de tus elegidos. Por Cristo nuestro Señor, amén.

Norman Smolka no era católico, pero se hallaba presente porque dormía en aquel mismo barracón. Cuando levantó la vista del suelo, vio los rayos del sol que entraban por una ventana, bañando en luz al sacerdote. Este, según su propia expresión «parecía el mismo Dios».

Algo más allá, el yerno de Patton, se hallaba observando la acción desde el piso bajo del barracón de Goode. Waters era un apuesto joven oriundo de Baltimore, de treinta y nueve años de edad. Había asistido dos años a la

universidad de Johns Hopkins, donde estudió artes y ciencias, y luego trasladó sus estudios a West Point. En 1931 se graduó como segundo teniente de caballería. Era un hombre tranquilo, de habla parsimoniosa y de notables aptitudes, que desempeñaba el cometido de oficial ejecutivo en el Primer Regimiento Acorazado, cuando le capturaron en febrero de 1943, en el norte de África.

Waters alcanzaba a ver varios tanques americanos desplazándose por el campo y disparando sus cañones. En ese momento entró el general Von Goeckel, el cual manifestó que se constituía en prisionero de Goode, y que la guerra había terminado para él. Preguntó si algún americano se ofrecía voluntario para ir afuera y ordenar el alto el fuego. Según parece, los americanos disparaban contra los barracones de los yugoslavos, porque los tomaban por alemanes a causa de su uniforme.

—Iré yo —dijo Waters—. Hay que conseguir una bandera americana y un trapo blanco, a fin de que no nos disparen.

Unos minutos más tarde, Waters salía por la puerta principal del campamento. Detrás iba el capitán Fuchs, un intérprete alemán, y a continuación seguían otros dos voluntarios americanos, uno con la bandera de Estados Unidos, y el otro con una sábana blanca atada a un palo. Tenían la intención de eludir el campo de batalla, estableciendo contacto por un lado.

La Fuerza Especial Baum estaba dirigiéndose en esos momentos hacia el terreno elevado donde los guardias se hallaban parapetados. La lucha de tanques en la colina había sido breve pero feroz. Baum perdió cinco camiones oruga y tres «*jeeps*», pero sus «Sherman» habían puesto fuera de combate a tres tanques alemanes y tres o cuatro camiones cargados con municiones.

Densas nubes de humo cubrían la zona en el momento en que la partida de Waters seguía avanzando en dirección a la columna de Baum. A un kilómetro de la puerta del campamento encontraron un granero rodeado de una valla. Cincuenta metros más adelante vieron correr hacia ellos a un soldado de extraño uniforme. Waters no sabía si se trataba de un soldado alemán o de un americano vestido de paracaidista, y gritó:

—*Amerikanisch!*

El soldado era alemán, y al oír a Waters saltó sobre la valla, empuñó el fusil e hizo fuego contra ellos antes de que el intérprete alemán pudiera explicarle lo que ocurría. Waters notó como si le hubiesen golpeado con un palo, pero a pesar de ello no sintió dolor alguno. Mientras yacía en la zanja donde había caído,

Waters pensó: «Maldito, me has estropeado la fiesta».

A Fuchs —el capitán intérprete— le costó varios minutos convencer a su compatriota de que no debía disparar, pues eran parlamentarios. Luego el yerno de Patton fue colocado sobre una manta y le llevaron de vuelta al campamento.

Dentro de los barracones, los americanos se agolpaban contra las ventanas, vitoreando a los tanques americanos como si estuvieran presenciando un partido de béisbol. Una bala perdida destrozó unos cristales, y todo el mundo se lanzó al suelo, pero al cabo de unos momentos regresaron a las ventanas. Desde el segundo piso de la enfermería, el comandante médico Albert Berndt, de la 28.ª División, vio a los tanques «Sherman» que enfilaban hacia la meseta. De pronto una ametralladora alemana comenzó a disparar desde el techo. Temiendo un ataque a la enfermería, que no tenía distintivo alguno, Berndt corrió hacia la oficina de Goode y le sugirió que los médicos y enfermeros trasladasen su sección al otro lado del edificio. Goode concedió el permiso a Berndt para llevar a cabo el traslado, pero le aconsejó que esperase a que el fuego disminuyese de intensidad. Una hora y media más tarde Goode se enteró de que aún no se había hecho el traslado y mandó llamar a Berndt. Este explicó que no había juzgado prudente enviar a sus hombres afuera, bajo el intenso fuego. En ese momento se abrió la puerta y llegaron los que portaban a Waters, herido.

El padre Cavanaugh estaba dando la Comunión, y sus manos temblaban tanto que temió dejar caer al suelo las Sagradas Hostias. Cuando estaba concluyendo, se dejó oír un grito de alegría en el exterior. El sacerdote se volvió hacia el altar y terminó la misa. Después preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Padre, somos libres! ¡Nos han liberado!

En efecto, el general Von Goeckel acababa de rendirse a Goode.

—Es algo maravilloso —manifestó el comandante Fred Oseth—. Mientras se celebraba la misa, hemos sido liberados. Ya no es usted prisionero de guerra, padre.

Vestido aún para la misa, el sacerdote miró a través de la ventana y observó un tanque americano que se detenía en el patio. Los prisioneros se apiñaron a su alrededor, tratando de abrazar a sus libertadores. El padre Cavanaugh no dejó de

notar el fuerte contraste que ofrecían los recién llegados, al compararlos con los descarnados prisioneros. El sacerdote se quitó lentamente las vestiduras sagradas y las empaquetó en una caja de cartón. Cuando salió al exterior vio innumerables sábanas blancas colgando de las ventanas. Los americanos y los yugoslavos gritaban llenos de júbilo, estrechándose las manos y dándose abrazos.

Mientras los prisioneros daban cuenta de la comida más abundante que jamás se había servido en Oflag XIIIB, llegó la orden de Goode de empaquetar las pertenencias personales. Al anochecer los americanos formaron en fila de cinco en fondo, con mantas a la espalda y sacos del campamento como equipaje. El padre Cavanaugh llenó un saco de harina —que le había sido regalado por un yugoslavo para que lo emplease como toalla— con su ropa, un breviario y algunos alimentos. Otros se llevaban hasta unas estufas que habían improvisado con latas de conserva.

Iluminados por las llamas de un edificio incendiado, los americanos pasaron triunfalmente ante los yugoslavos, que no cesaban de dar vítores. Salieron luego a través de un gran agujero abierto en la valla exterior por los tanques de Baum, y se encaminaron hacia los campos, después de dejar atrás las torres de los centinelas, que estaban vacías. A unos dos kilómetros del campamento se reunieron con el cuerpo principal de la Fuerza Especial Baum, situada en la cima de la meseta, y cuyos tanques se destacaban contra el cielo como oscuros patos gigantes. Agotados por los acontecimientos del día y por el ejercicio que suponía trepar la colina, los exprisioneros se sentaron sobre la tierra helada, sintiéndose libres, al fin. No cesaban de reír y de bromear. De pronto se dejaron oír dos disparos de fusil, y la tensión se apoderó otra vez de todos. Circuló la orden de no encender cigarrillos ni luz alguna. Durante casi dos horas permanecieron todos sentados, temblando de frío, en tanto que la luna aparecía y desaparecía entre las nubes. Goode estaba hablando con Baum, quien se enteró con sorpresa de que no había 900 prisioneros, sino 1291, demasiados para poder llevarlos a todos de vuelta. Entristecido, Baum se volvió, mirando a los hombres que se hallaban allí sentados, llenos de esperanza por regresar a sus hogares. Entonces dijo a Goode que solo se llevaría a los que estuvieran en condiciones de montar sobre los tanques y de ir en los camiones, luchando durante el regreso. Goode se aproximó a sus hombres y les dijo que habría que dividirlos en tres grupos: los que quisieran escapar sin ayuda alguna, los que pudieran viajar sobre los tanques y en los camiones, y los que por hallarse demasiado agotados juzgasen que deberían regresar al campamento.

—Hemos sido liberados —afirmó Goode—, pero hasta que lleguemos a las líneas americanas, cada uno debe valerse por sí mismo. Tenemos que recorrer una distancia de cien kilómetros sin alimentos ni otros suministros, y nos hallamos muy debilitados… Cada uno puede hacer lo que crea más conveniente.

Para la mayoría fue un rudo golpe enterarse de que aquellas fuerzas no eran la vanguardia del ejército de Patton, sino solo una pequeña columna que osadamente se había abierto paso entre las tropas enemigas, y que ahora tendría que regresar con gran trabajo a sus líneas. Pero al menos allí había una esperanza de huir, y unos setecientos prisioneros comenzaron a recorrer los vehículos de la fuerza especial, buscando sitio para subir, e incluso luchando por conseguir un lugar.

Las pertenencias individuales se arrojaron a la cuneta, a fin de que cupieran más viajeros. Mientras estos subían y se les entregaban armas, un grupo de alemanes se acercaron subrepticiamente y lanzaron andanadas de *bazookas*. Uno de los tanques quedó envuelto en llamas. Baum ordenó rápidamente formar de nuevo la columna en un lugar más a cubierto.

Muchos eran los prisioneros que aún no se habían decidido y que vagaban por los alrededores, sin saber qué partido tomar. Bruce Matthews, un capellán protestante, se acercó a su antiguo comandante de regimiento, el coronel Theodore Seeiy, y le preguntó si tenía que darle alguna orden.

—Ninguna, capellán; cada uno está en libertad de hacer lo que le plazca.

—¿Tiene algún consejo que darme?

—No, capellán.

—¿Puede decirme lo que piensa hacer, señor?

—Voy a regresar al campamento —dijo Seely, sencillamente.

—Gracias, señor —replicó Matthews, y sin vacilar trepó al guardabarros izquierdo de un camión. El calor del motor le produjo una grata sensación, en la noche helada.

El teniente Alan Jones, hijo del comandante de la 106.ª División, fue izado sobre un tanque, ya que sus pies habían quedado congelados durante el penoso viaje desde las Ardenas. Luego el comandante del tanque decidió que varios hombres estorbaban los movimientos del cañón de la torreta, y Jones y otros tuvieron que bajarse. Se vio entonces a Jones, que iniciaba con paso vacilante la marcha hacia el Oeste, guiado por las estrellas. Varios centenares de prisioneros americanos habían formado ya grupos de fugitivos que iban desapareciendo en la oscuridad. El teniente Alexander Bolling, amigo de Jones e hijo del general

Alexander R. Bollin, comandante de la 84.ª División, se unió a otros tres prisioneros y juntos se dirigieron colina abajo, hacia el Oeste. Oyeron ladridos de perros. La caza acababa de comenzar.

Más de un tercio de los hombres se encontraban en malas condiciones para marchar o luchar, y regresaron lentamente al campamento. Más tarde Cavanaugh se reunió con aquel triste y silencioso grupo. Poco después de la medianoche el sacerdote volvió a atravesar el orificio practicado en la valla del campamento. Los yugoslavos, que habían dado a los americanos tan ruidosa despedida unas horas antes, contemplaron calladamente su regreso.

Cuando el sacerdote entraba en los barracones, alguien le dijo con tono decepcionado:

—Aún no estamos libres, padre.

—Bien, de todos modos, vamos a descansar —contestó el padre Cavanaugh, y se acostó en su catre.

Pocos minutos habían transcurrido, cuando otro prisionero gritó:

—¡Los alemanes nos trasladan de aquí! ¡Estén preparados dentro de quince minutos!

A la 1:30 de la madrugada del 28 de marzo, 500 americanos, que no se encontraban en condiciones de marchar hacia la libertad, fueron alineados ante los barracones por cuarenta centinelas, los cuales les hicieron salir a continuación por la puerta del campamento. Se les hizo llenar a los bolsillos con el único alimento que había en el lugar: patatas. Mientras el desalentado grupo iniciaba la marcha hacia Hammelburg, comenzó a caer una llovizna helada sobre la región. En la oscuridad pudieron entrever numerosos grupos de soldados alemanes que esperaban con calma al otro lado de la carretera. Pocos minutos más tarde una columna motorizada se acercó a los prisioneros, que se echaron a los lados para dejarla pasar. Algunos vehículos se detuvieron, y el padre Cavanaugh pudo oír a los conductores de la caravana hablar con los guardias en voz baja.

4

La Fuerza Especial Baum, cuyos componentes se hallaban agotados por el esfuerzo realizado, avanzaba lentamente cuesta abajo, al otro lado de la colina,

por un camino bastante malo. Los hombres de Baum llevaban viajando y luchando veinticuatro horas, aproximadamente, y aún les quedaba una prueba más dura, hasta llegar a las líneas americanas. El camino se hizo más estrecho, hasta que por fin los tres tanques medianos que iban en vanguardia no pudieron continuar y tuvieron que retroceder al Oeste. Unas débiles señales que aparecían en la superficie rocosa, ponían de manifiesto que los tanques ligeros enviados por delante, con fines de reconocimiento, habían pasado por aquel lugar.

Cuando el cuerpo principal de la expedición iniciaba la marcha por el nuevo camino, observaron que los tanques ligeros regresaban. El jefe de los mismos tenía buenas noticias que darles: el camino conducía casi directamente hasta Hessdorf, ciudad situada en la autopista Hammelburg-Würzburg. Por consiguiente, la Fuerza Especial inició el avance con relativa rapidez, haciendo notables progresos a pesar de las frecuentes paradas que debían hacerse para permitir el agrupamiento de los vehículos.

Eran casi las dos de la madrugada cuando la columna entró en Hessdorf. Cerca de la plaza principal de la población la caravana se vio bloqueada por dos camiones que habían abandonado los alemanes. Varios exprisioneros saltaron de los tanques, empujaron los camiones fuera del paso, y la caravana siguió su camino. El estrépito alarmó tanto a los habitantes de la población, que en las puertas y ventanas de las casas comenzaron a aparecer sábanas blancas colgando. La columna prosiguió adelante en la oscuridad, y al fin se dirigió hacia el Norte, en dirección a Hammelburg. Baum y sus efectivos se hallaban ya en una carretera principal. Podían regresar por donde habían llegado, pero Baum intuía que toda la zona sería en esos momentos un avispero de alemanes, por lo que decidió dirigirse hacia el Noroeste, hasta establecer contacto con la 4.ª División Acorazada.

Su manera de razonar era correcta, pero los alemanes también le estaban esperando dos kilómetros más adelante, en la próxima ciudad. En los suburbios de Hollrich el tanque que iba en cabeza tuvo que frenar apresuradamente para evitar estrellarse contra unos bloques que obstruían la carretera. De pronto surgieron unos fogonazos cegadores a ambos lados del camino, y los proyectiles de los *bazookas* alemanes estallaron sobre el tanque, matando a su comandante y a uno de los exprisioneros. El artillero del tanque lanzó andanadas a ciegas con su ametralladora.

Una nueva descarga de *bazookas* se abatió sobre los tanques de vanguardia. En el segundo tanque uno de los ocupantes pretendió escapar y cayó muerto por

una granada, cuando salía por la torreta. Otros que iban encima del vehículo quedaron malheridos. Pasaron unos minutos antes de que los exhaustos americanos pudieran reaccionar. Entonces los ocupantes de los tanques iniciaron un fuego endiablado contra los lados de la carretera, y los alemanes tuvieron que ponerse a cubierto.

Reinaba una tremenda confusión mientras las trazadoras balas amarillas y rojas iluminaban la noche en todas direcciones, y de pronto la lucha cesó tan bruscamente como había comenzado, dejándose oír solamente el rumor de los motores y los lamentos de los heridos. Para Baum resultaba suicida seguir adelante a través de la ciudad a oscuras, por lo que los tanques y camiones retrocedieron pesadamente por la estrecha carretera, hasta que estuvieron en condiciones de dar la vuelta. Pocos minutos más tarde la caravana salió del camino para reorganizarse en la cima de una colina. La intensidad de la acción había estimulado a los exprisioneros, que no cesaban de aconsejar a las dotaciones de los tanques, las que por fin les ordenaron que se callasen.

Baum hizo un balance de sus fuerzas. Había comenzado la expedición con 307 hombres y ahora solo disponía de un centenar en condiciones para luchar. El mismo se hallaba herido en una mano y una rodilla. Le quedaban seis tanques ligeros, tres medianos, tres cañones de asalto y veintidós camiones oruga. Ordenó entonces que se trasladara la gasolina desde ocho camiones a los tanques.

Se prendió fuego a continuación a los camiones oruga que ya no eran de utilidad, y se colocó a los heridos graves en un edificio donde se pintó el emblema de la Cruz Roja. Luego Baum reunió al resto de sus hombres y les dijo que iban a cruzar a campo través y que se utilizarían los camiones como puentes, si era necesario, para atravesar los ríos. A lo lejos podía oírse el rumor de los tanques enemigos que se acercaban desde el Este. Baum terminó con unas palabras de ánimo, y por fin gritó:

—¡En marcha!

La Fuerza Especial Baum se hallaba rodeada casi por completo. Por el Sur y el Nordeste se acercaban cañones autopropulsados. Dos compañías de infantería y seis tanques se aproximaban desde el Sudeste, en tanto que seis «Tigres» lo hacían desde el Norte, y una columna de carros blindados por el Noroeste.

Baum acababa de subir a su «*jeep*» cuando presenció la descarga cerrada de tanques más intensa que jamás había contemplado. Los camiones incendiados hacían que la caravana resultase un blanco perfecto para los alemanes. Los tres

cañones de asalto de Baum lanzaron una cortina de humo, en un vano intento por ocultar a los demás vehículos, pero las descargas alemanas siguieron produciéndose con mortífera exactitud. Dos cañones de asalto, así como un tanque ligero y varios camiones oruga fueron alcanzados de lleno, y las llamas que de ellos se alzaron atrajeron nuevas descargas desde varios puntos.

El comando Don Boyer, de la 7.ª División Acorazada, estaba manejando una ametralladora en el interior de un tanque. Aunque maldecía continuamente, no dejaba de sentirse contento por vez primera desde que le habían capturado en la batalla del Bulge. Pero la valentía no era suficiente en aquellas circunstancias, y la Fuerza Especial Baum estaba siendo aniquilada por un enemigo que no alcanzaba a ver. Al cabo de quince minutos todos los vehículos americanos se encontraban en llamas, y los tanques y la infantería alemanes comenzaban a estrechar el cerco. Al quedarse sin tanques, Baum se encaminó a los bosques, donde procedió a reorganizar los restos de sus fuerzas. Varias veces trató de llevar a cabo un ataque contra el lugar que habían abandonado, para ver si aún podía salvarse algo, pero en cada ocasión, el puñado de americanos fue rechazado duramente.

—¡Formen grupos de cuatro y dispérsense! —exclamó Baum.

Luego dio algunas órdenes apresuradas y se alejó en unión de un exprisionero y del comandante Stiller, el cual demostró ser un valiente y callado luchador. Los tres procuraron ocultarse en una arboleda, pero se vieron perseguidos por una jauría de perros. En la confusión, Baum resultó herido en una pierna. Era la tercera herida que recibía en dos días.

Todo ocurrió tan rápidamente que Baum apenas si tuvo tiempo de librarse de su chapa de identificación, a fin de que los alemanes no descubriesen que era judío. Cuando él y otros seis eran conducidos hacia un granero por un solo soldado alemán, Baum se quitó el casco e iba a golpear con él al desprevenido guardia, cuando Stiller se lo impidió aferrándole por la muñeca.

Los prisioneros fueron sometidos a interrogatorio, y varios excautivos del campamento dijeron a los alemanes que Baum era uno de ellos, y le permitieron unirse al grupo que regresaba hacia el Oflag XIIIB. Apoyándose en Stiller y otro hombre, Baum emprendió la marcha por la carretera.

Las primeras luces del día revelaron una colina sembrada materialmente de restos humeantes de tanques y camiones. También los bosquecillos circundantes se hallaban ardiendo. El edificio señalado con el símbolo de la Cruz Roja estaba en ruinas. Era la tumba de la Fuerza Especial Baum.

La misión de Hammelburg fue un completo fracaso, pero la valiente columna realizó un cometido muy distinto y aún más importante de lo que Patton había previsto. La Fuerza Especial Baum dejó a su paso un reguero de destrucción. Cada una de las ciudades por donde había pasado se hallaba en un estado total de confusión. El cuartel general del Séptimo Ejército alemán aún no estaba del todo al corriente de lo que había sucedido, y lanzó contra la zona el equivalente de varias divisiones, con el fin de vigilar los cruces estratégicos y los puentes, en tanto que otra fuerza considerable recorría las colinas ayudada por perros de presa, procurando rodear al millar de prisioneros que habían escapado del campamento.

El precio de la hazaña no fue pequeño. Además de las pérdidas experimentadas por la fuerza de Baum, John Waters, el yerno de Patton, se hallaba malherido en un hospital de Hammelburg. La bala le había entrado por un muslo, saliéndole por la cadera izquierda. Un médico yugoslavo, el coronel Radovan Danich, equipado solo con vendajes de papel y un cuchillo de mesa, estaba tratando diestramente de curarle la herida.

El oficial de Prensa del Tercer Ejército se limitó a decir que se había perdido una fuerza especial, y no dio más explicaciones. Algún tiempo más tarde, sin embargo, se revelaron algunos detalles acerca de lo acontecido, y Patton reunió a los corresponsales en una conferencia de Prensa. Manifestó categóricamente a los periodistas que hasta nueve días después de haber llegado Baum a Hammelburg no supo que su yerno se encontraba entre los prisioneros. Para demostrarlo exhibió su Diario oficial y el privado, y declaró a continuación:

—Tratamos de liberar el campamento porque temíamos que los alemanes, al retirarse, pudieran dar muerte a los prisioneros americanos.

Hoge, Abrams y Stiller sabían que las cosas habían ocurrido de modo diferente, pero como buenos soldados guardaron silencio. Stiller murió sin revelar la verdad, y los otros dos esperaron casi veinte años para hacerlo.

Capítulo diez

Decisión en Reims

1

Durante muchos años Danzig había jugado un papel de vital importancia en la historia de la Europa Oriental. No solo era la principal salida de Polonia al mar, sino que constituía el puerto más valioso del Báltico. En aquel momento, además de ser el punto más importante desde donde huían los alemanes cercados por la ofensiva soviética, era uno de los pocos *festungen* o reductos que quedaban en el Este. Tal era su importancia que Hitler había ordenado que se defendiese la zona hasta el último hombre. Situado a más de trescientos sesenta kilómetros en línea recta al nordeste de la cabecera de puente más próxima de Zhukov, sobre el Oder, este reducto se había convertido en el amparo de innumerables refugiados civiles y militares que procedían de Prusia, al punto que en esos momentos se apiñaban casi un millón de almas en Danzig y su puesto gemelo, Gotenhafen, situado unos veinte kilómetros al Norte.

A comienzos de marzo, el mariscal Rokossovsky había hecho avanzar su Segundo Frente Ruso Blanco por detrás de Danzig, cortando por completo la retirada hacia el Reich, a excepción de la ruta marítima. El 22 de marzo, el mariscal soviético introdujo repentinamente una cuña entre Danzig y Gotenhafen, Gdynia, para los polacos. Dos días más tarde unos folletos exhortando al cese de la resistencia, firmados por el propio Rokossovsky, fueron lanzados desde aviones soviéticos. El mariscal advirtió que estaba instalando

efectivos de artillería para bombardear ambos puertos. «En semejantes circunstancias —escribía—, vuestra resistencia resultará insensata, y solo tendrá como consecuencia la aniquilación de centenares de miles de mujeres, niños y ancianos… A los que se rindan les garantizo que será respetada su vida y los bienes personales». Los demás serían muertos durante la lucha.

La respuesta llegó aquella misma noche desde el propio cuartel general del Führer: «Cada metro cuadrado de la zona Danzig-Gotenhafen debe ser defendido hasta el fin».

Era la sentencia de muerte para dos ciudades que se hallaban ya exhaustas. Los aviones del Ejército Rojo comenzaron poco después a lanzar bombas incendiarias y explosivas, en tanto que la artillería procedía sistemáticamente a arrasar la zona. Al cabo de unas horas, un muro de humo y llamas se alzaba de la ciudad de Danzig.

También imperaba el terror en la población. Para incitar a la resistencia, los miembros de las SS procedían a ahorcar en las ramas de los árboles a numerosos hombres. Alrededor del cuello les colgaban letreros que decían: «Soy un traidor», «Soy un cobarde», «Desertor», «He desobedecido a mi comandante». Y cuando los vehículos de los fugitivos se apiñaban en las carreteras, sus conductores eran con frecuencia arrastrados fuera de ellos y ahorcados, como advertencia para los demás. Los oficiales denunciaron en ocasiones este terrorismo, y hubo momentos en que estuvieron a punto de producirse conflictos entre los propios defensores.

Por la noche del Domingo de Ramos, 25 de marzo, *frau* Klara Seidler, una anciana viuda, se refugió con unos amigos en el sótano de una casa próxima de Danzig. De pronto el edificio se estremeció como por efectos de un fuerte terremoto; las luces se apagaron y sobre el grupo cayó una lluvia de escombros. La explosión derribó la puerta y comenzaron a arder los restos de la casa. El pequeño grupo, con la cara cubierta con toallas mojadas, logró salir a la calle, conduciendo cada persona la mayor cantidad posible de objetos personales. Corrieron a través de las calles llenas de humo, buscando un refugio contra la lluvia de bombas y granadas, que caían cada vez en mayor número. Hallaron varios lugares atestados, y al fin se introdujeron en una casa, al tiempo que estallaba una granada a la entrada de la misma. Llenos de pánico, salieron de nuevo a la calle, pasando sobre los cadáveres de cinco personas, y luego trataron en vano de entrar en el *bunker* situado en las proximidades del dique, que se encontraba atestado de gente hasta las escaleras.

Pocos minutos más tarde, el *bunker* recibía un impacto directo y se convertía en una hoguera. Con los vestidos y el pelo ardiendo, mucha gente salió al exterior tambaleándose y gritando. El grupo de *frau* Seidler abandonó todas sus pertenencias, menos el equipo de mano. Corrieron calle abajo, pasando sobre innumerables bultos y maletas, y sobre los cuerpos de muertos y moribundos. Al fin hallaron refugio junto con otras dos mil personas, en el sótano de la compañía del gas, donde permanecieron todos apiñados y llenos de terror, a lo largo de toda la noche, mientras las granadas estallaban sobre sus cabezas con aterradora regularidad.

Por la mañana, casi todos los que estaban en buenas condiciones huyeron del sótano, pero el grupo de *frau* Seidler permaneció allí todo el día. A medianoche se produjo un repentino silencio, y luego oyeron unas marchas militares transmitidas por altavoces. A las dos de la madrugada del 27 de marzo se oyó gritar a alguien desde la calle:

—¿Se rinden los que están ahí abajo?

Sacaron apresuradamente un trapo blanco, que colgaron en la puerta del sótano. Pasó media hora más de tensión nerviosa, al cabo de la cual varios soldados rusos de flamantes uniformes penetraron en el refugio y cortésmente rogaron a todos que regresaran a sus casas. No habría más bombardeos. Todo había terminado.

Ante la casa de *frau* Seidler se detuvo un vehículo soviético y cuatro oficiales del Ejército Rojo pidieron a la viuda que les proporcionase agua. Tenían miedo de que lo demás que les ofrecían estuviese envenenado, y rechazaban el café y el té. A semejanza de los rusos que entraron en el sótano, los oficiales se mostraron correctos, y ofrecieron cigarrillos a los atemorizados civiles. Al fin, uno de los alemanes se sentó ante el piano y tocó todas las tonadas rusas que alcanzaba a recordar, en tanto las mujeres cosían los botones que faltaban en las guerreras de los militares.

Por todo Danzig los soldados rusos comenzaron a violar a las mujeres y a saquear. Los del grupo de *frau* Seidler estuvieron a salvo hasta que sus protectores se marcharon al anochecer. Entonces entraron numerosos soldados rusos que repetían sus frases preferidas:

—*Uri, uri! Frau, komm!*

Frau Seidler dijo a Inge Bart, una chiquilla de trece años, que se sentase sobre sus rodillas y aparentase ser una niña de corta edad. Ambas se salvaron, pero muchas mujeres de diversas edades fueron arrastradas fuera del piso donde

estaban, para ser violadas.

Sin embargo, lo peor aún faltaba por llegar. Al mediodía comenzó de nuevo el bombardeo de la ciudad por la artillería. Aterrorizados otra vez, los componentes del grupo cogieron lo que tenían a mano y corrieron calle abajo, esquivando las paredes que se derrumbaban a su paso. Uno de los hombres, el padre de Inge Bart, recordó de pronto que había dejado olvidado su canario y regresó al piso, donde halló a varios soldados rusos borrachos que destruían los muebles mientras gritaban con voz ronca. Había un par de ellos sentados sobre el piano, golpeando en el teclado con los pies. El canario ya estaba muerto.

Bart abandonó el piso y se reunió con el grupo, que encontró un edificio al que las llamas habían respetado. Por último cesó el bombardeo y salieron al exterior, enfrentándose con otro terror. Los soldados rusos avanzaban por la calle, violando y matando a su paso. Un joven soldado que aferraba una botella de vino, arrastró a *frau* Seidler hacia una cabina telefónica.

—¡La abuela es muy anciana! —suplicó ella.

Pero el soldado no le hizo caso. Cerca, una madre con tres niños pequeños trató de ocultarse en un sótano. Varios rusos se apoderaron de la mujer, y los chiquillos comenzaron a gritar:

—¡Mamá, mamá!

Entonces un fornido soldado cogió a uno de los niños y lo lanzó de cabeza contra la pared, haciendo luego lo mismo con el segundo y el tercero. *Frau* Seidler nunca olvidó el horrible sonido de los cráneos al aplastarse contra la piedra.

Cuando los rusos se hubieron marchado, *frau* Seidler ayudó a la madre a incorporarse, pero esta, sin fuerzas, cayó de rodillas y comenzó a gatear. Se acercó otro grupo de soldados, y ocho hombres se colocaron delante de la mujer para ocultarla, pero fue descubierta, y uno a uno los soldados la fueron violando.

Las tribulaciones de *frau* Seidler estaban muy lejos de haber terminado. Un polaco y su amiga observaron el anillo de oro que llevaba la anciana en un dedo. Como no saliera con facilidad, el hombre extrajo un cuchillo, con la intención de cortarle el dedo. Por fin, *frau* Seidler logró quitarse el anillo, y se lo entregó al polaco.

Por la noche, el grupo encontró un nuevo refugio, que no resultó más seguro que los anteriores. Se echaron de bruces, inmóviles, en tanto que los rusos vagaban por los alrededores en busca de mujeres. Todo Danzig se encontraba en llamas. El humo resultaba sofocante y los edificios se desplomaban uno a uno.

El pequeño grupo halló una camioneta y decidió huir a los alrededores de la ciudad. Atravesaron las ruinas humeantes, y vieron a una mujer, medio enloquecida, que repetía incesantemente:

—¡Mi dinero y mis joyas están en el sótano!

Siguieron adelante lentamente entre los edificios incendiados, con la garganta reseca por el calor y el humo. Costaba tener abiertos los ojos, enrojecidos por la humareda.

Al anochecer llegaron a los suburbios de la ciudad, y se echaron al suelo a dormir, a pesar de que llovía, de que luego comenzó a nevar. Pero los proyectiles de la artillería empezaron a caer de nuevo, y todos se encaminaron a una casa semidestrozada que ya estaba atestada de fugitivos. Se hallaban a salvo, aunque solo momentáneamente, pues los rusos encontraron la casa y por todas las habitaciones repercutieron sus gritos:

—*Frau komm!*

Las mujeres, incluso la anciana *frau* Mietke, de sesenta y siete años de edad, fueron arrastradas a algunas habitaciones, donde las violaron y les mordieron salvajemente los pechos, entre el estampido de las granadas al estallar y de las ametralladoras. Esta vez *frau* Seidler consiguió escapar ocultándose en una cuna de niño y cubriéndose con libros y cascotes. Un ruso la descubrió y le preguntó si estaba enferma. Ella asintió y el hombre se fue, con lo que la mujer decidió seguir empleando el mismo subterfugio.

2

La situación en el Este, que empeoraba por momentos, estaba dando lugar a que lo hiciesen igualmente las relaciones entre Hitler y su comandante en dicho frente. Mientras Guderian y el comandante Freytag von Loringhoven se dirigían en automóvil desde Zossen a Berlín, en la mañana del 28 de marzo, el ayudante pensaba que la entrevista de aquel día resultaría tormentosa, pues era evidente que Guderian había llegado al límite de su tolerancia. Pensó Von Loringhoven lo lamentable que era que uno de los mejores comandantes de campo de Alemania desperdiciase su tiempo y su talento en una sala de conferencias, discutiendo nimiedades con el Führer.

—¡Hoy voy a decírselo! —manifestó Guderian.

Lo que más le dolía eran los doscientos mil soldados alemanes que sin necesidad alguna se hallaban atrapados a centenares de kilómetros por detrás de las líneas rusas, en Curlandia.

El automóvil atravesaba en esos momentos las calles llenas de escombros de Berlín, pasando ante innumerables edificios que humeaban y cuyos muros se hallaban semiderruidos, y dejando atrás a grupos de habitantes que rebuscaban para ver si hallaban algunos restos de alimentos.

Se apearon en las proximidades de la Cancillería destruida también en parte, y poco después avanzaron a lo largo de los interminables pasillos. Por fin, un centinela les acompañó escaleras abajo, hasta una puerta con refuerzos de acero ante la cual montaban guardia dos miembros de las SS. Era la entrada de la nueva morada de Hitler: el *bunker* situado debajo del jardín de la Cancillería.

Bajaron otras escaleras, hasta alcanzar un estrecho corredor cuyo suelo se hallaba cubierto por treinta centímetros de agua. Cruzaron haciendo equilibrio sobre unos tablones, y llegados ante una puerta ascendieron unos pocos escalones hasta el nivel superior del *bunker*. El vestíbulo central de este, que también servía de comedor, daba paso a una docena de habitaciones pequeñas.

Guderian y su ayudante cruzaron el vestíbulo y descendieron una vez más por una escalera de contorno semicircular, al final de la cual se hallaban los aposentos del Führer. Había dieciocho estancias además de un vestíbulo de entrada que se dividía en dos partes: sala de espera y salón de conferencias. En otro pequeño vestíbulo adyacente se abría una salida de escape cuyos escalones de hormigón conducían el jardín de la Cancillería. A la izquierda del salón de conferencias había una habitación de mapas, la sala de los guardespaldas del Führer, y seis habitaciones privadas que utilizaban Hitler y Eva Braun. A la derecha se hallaban las habitaciones de los doctores Theodor Morell y Ludwig Stumpfeggei (este había sustituido al doctor Karl Brandt como cirujano del Führer), así como una sala de primeros auxilios. El *bunker* estaba protegido por un techo reforzado, de cuatro metros de espesor, encima del cual habían diez metros de hormigón. Esta sería la tumba de Hitler, o bien el bastión de su victoria.

Los dos oficiales fueron registrados por otros centinelas, y se les admitió al fin en la sala de conferencias, ya llena de importantes personajes. El aire estaba viciado a pesar del sistema de ventilación, cuyo monótono zumbido se difundía por todas las estancias del *bunker*.

Poco después se presentó Hitler con paso cansino, y la conferencia del

mediodía se inició con un informe del general Busse dando cuenta de sus infructuosos esfuerzos para salvar la situación en Küstrin. Cuando Busse trató de explicar la razón de que hubiesen fracasado los tres contraataques, Hitler contestó ásperamente:

—¡Yo soy el comandante! ¡La responsabilidad de las órdenes solo me concierne a mí!

Esta destemplada interrupción no desconcertó a Busse, el cual ya había asistido a numerosas conferencias, junto con Von Manstein, y estaba acostumbrado a las intemperancias del Führer. Pero Guderian parecía tener menos dominio de sí mismo y dijo:

—Permítame que le interrumpa ahora a *usted*. Ayer le expliqué detalladamente, tanto de palabra como por escrito, que el general Busse no tenía nada que reprocharse por el fracaso del ataque a Küstrin.

Guderian parecía contener su furia en cada palabra que emitía. Luego elevó la voz y su actitud se volvió violenta.

—El Noveno Ejército empleó las municiones que le suministraron —exclamó—. Las tropas cumplieron con su deber, lo que puede comprobarse por el elevado número de bajas. ¡Por consiguiente, le pido que no acuse al general Busse!

Ante aquel ataque directo, Hitler se puso de pie con actitud amenazadora. Guderian no se dejó intimidar, a pesar de ello, y trajo a colación el tema que él y Hitler habían discutido en las últimas semanas.

—¿Va a evacuar el Führer el ejército de Curlandia? —preguntó acusadoramente.

—¡Jamás! —contestó Hitler, agitando su brazo derecho.

El rostro del Führer se tornó intensamente pálido, en tanto que el de Guderian enrojecía de ira. El general August Winter, delegado de Jodl, retuvo a Guderian por las ropas, mientras Burgdorf procuraba de Hitler que volviese a tomar asiento en su sillón.

Tanto Winter como Jodl trataron de apartar a Guderian de Hitler y de aplacar su furia, pero el general seguía gritando al Führer en voz alta, perdido el dominio de sí mismo. Freytag von Loringhoven temió que Guderian fuese arrestado, por lo que corrió a la antecámara y llamó al jefe del Estado Mayor General. Rápidamente explicó al general Krebs lo que estaba sucediendo, y le pidió que retuviera la comunicación. Luego volvió al salón de conferencias y dijo a Guderian que le llamaban con urgencia al teléfono. Durante los veinte minutos

siguientes, Krebs habló con Guderian, y cuando este regresó a donde se hallaban los demás, ya había vuelto a recuperar la serenidad.

Hitler estaba sentado en su sillón, con una expresión torva en el rostro, y aunque le temblaban las manos, también parecía haberse tranquilizado algo.

—Debo pedir a todos los caballeros presentes que abandonen la estancia —dijo serenamente—, a excepción del *feldmarschall* y el *generaloberst*.

Cuando Von Keitel, Guderian y Hitler estuvieron a solas, este último manifestó:

—General Guderian, el estado de su salud exige que se tome inmediatamente un permiso de seis semanas.

Guderian extendió el brazo y saludó rígidamente.

—Me iré —contestó, haciendo ademán de salir.

—Tenga la bondad de permanecer aquí hasta el fin de la conferencia —dijo Hitler secamente.

Guderian tomó asiento, y la reunión prosiguió como si nada hubiera sucedido. Después de varias horas, que parecieron interminables a Guderian, la entrevista concluyó. Pero el general aún no estaba libre. El Führer le dijo una vez más que se quedase.

—Por favor, cuídese —manifestó Hitler, con solícito acento—. Dentro de seis semanas la situación puede ser muy crítica, y le necesitaré con urgencia. ¿A dónde piensa ir?

Von Keitel sugirió un balneario del oeste alemán, como Bad Liebenstein, pero Guderian le contestó sarcásticamente que los americanos ya estaban allí.

—¿Y qué le parece Bad Sachsa, en el Harz? —inquirió Von Keitel, con tono conciliador.

Guderian dijo que elegiría algún lugar que no cayese en manos del enemigo al menos durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Luego saludó militarmente y acompañado de Von Keitel salió del *bunker* en dirección a su coche. Von Keitel mostró su satisfacción por que Guderian no se hubiera opuesto al mandato de Hitler, y ambos partieron en el automóvil.

Era ya de noche cuando Guderian llegó a su puesto de mando en Zossen.

—La conferencia ha durado muchísimo esta vez —manifestó la mujer de Guderian.

—Sí —replicó el agotado general—, y esta será la última. Me han destituido.

A continuación, los esposos se abrazaron.

3

En aquellos momentos, por la capital de cada país neutral de Europa circulaba un rumor diferente en relación con el armisticio. Por Estocolmo se difundieron varios, todos ellos tan fantásticos que se desvanecieron rápidamente. Quizás el más original era el que aseguraba que Alemania estaba tratando de concertar la paz con Rusia, y los únicos que le prestaron crédito fueron los que estaban directamente relacionados con el asunto. Las negociaciones, en efecto, habían comenzado a mediados de marzo, cuando el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, llamó al embajador japonés en Berlín, general Hiroshi Oshima, a su despacho.

—Como político, no puedo hacer nada por mi país, en estos momentos, si no es concertar la paz con la Unión Soviética —declaró Von Ribbentrop, si bien olvidó explicar que Hitler no sabía nada del asunto—. Esto permitiría que nuestras tropas del Este concentren sus esfuerzos contra los ingleses y los americanos.

La opinión de Oshima fue que ya resultaba demasiado tarde para dar semejante paso, pero escuchó sin hacer comentarios a Ribbentrop mientras este declaraba que como el Japón y la Unión Soviética tenían un pacto de neutralidad, la paz ruso-germana permitiría tanto a Alemania como al Japón canalizar sus esfuerzos para vencer a los británicos y americanos.

—Las conversaciones pueden llevarse a cabo en Tokio o Moscú, por intermedio de los círculos diplomáticos japoneses —prosiguió diciendo Ribbentrop—; pero será mejor evitar Tokio y Moscú.

Añadió que sería más conveniente celebrar una entrevista con Molotov en alguna otra parte, a través del general Makoto Onodera, agregado militar japonés en Estocolmo, con lo que el asunto podría arreglarse en poco tiempo.

Oshima se mostró algo escéptico, pero prometió sondear la opinión de Onodera.

El 25 de marzo, el teniente general Mitsuhiko Komatsu, agregado militar en Berlín, envió a Onodera el siguiente telegrama:

«El embajador Oshima desea sostener una franca conversación con usted. Rogamos venga a Berlín inmediatamente. La aviación alemana garantiza la seguridad de su vuelo… Por otra parte, evite que nuestro ministro en Estocolmo y Tokio se enteren de que el embajador Oshima ha enviado a

buscarle».

Tres días después, el 28 de marzo, Onodera llegó en un avión sueco a Tempelhof, y fue trasladado en automóvil hasta la Embajada japonesa. Allí conferenció con el embajador Oshima, el general Komatsu y tres funcionarios de la representación diplomática.

—Como ya sabe usted, Alemania se ve amenazada por el Este y el Oeste, y su situación es cada vez más desesperada —comenzó diciendo Oshima.

Describió luego la extraña entrevista que había sostenido con Von Ribbentrop. Su impresión era que el plan tenía pocas posibilidades de éxito, pero todos convenían en que tratándose de Stalin lo más fantástico era posible. Lo cierto es que valía la pena intentarlo, y decidieron que Onodera regresase a Estocolmo y se pusiera en contacto con el embajador soviético en Suecia.

Al día siguiente Oshima informó a Ribbentrop que Onodera había accedido a entrar en conversaciones con los rusos. Por vez primera reveló entonces Ribbentrop que Hitler no estaba al corriente del plan, y pidió al embajador japonés que no tomase ninguna decisión hasta que el Führer aprobase el asunto. Oshima regresó a su Embajada. Era cerca de la medianoche cuando le pidieron que acudiera a la oficina de Ribbentrop en seguida.

—El Führer se ha negado (*kategorisch abgelehnt!*) —manifestó Von Ribbentrop, lleno de excitación—, y me dijo: «Estoy plenamente convencido de que conseguiré la victoria final contra el Este y el Oeste».

Añadió Ribbentrop, no obstante, que podía presentarse otra ocasión para negociar.

—Diga al general Onodera que tenga esto en cuenta —manifestó.

Mientras atravesaba las calles cubiertas de escombros de la ciudad, Oshima se preguntó por qué Von Ribbentrop había tenido una idea tan absurda. Pero lo que más le impresionaba era la categórica respuesta de Hitler a Ribbentrop, demostrando su fe inquebrantable en la victoria. Oshima quedó tan desconcertado ante el optimismo del Führer, que decidió informar sobre el asunto a Tokio.[31]

4

El mismo día en que Guderian fue relevado del mando, 28 de marzo, Dwight Eisenhower se preparaba para tomar una decisión, la cual resultaría una de las más trascendentales de la contienda. Los importantes acontecimientos de los dos últimos meses, hacían que el comandante supremo sintiera necesidad de estudiar de nuevo sus planes para llevar a cabo el asalto final contra le corazón de Alemania. ¿Quién hubiera supuesto, seis meses antes, que Zhukov tendría ya instaladas varias cabezas de puente al otro lado del río Oder, a solo sesenta y cinco kilómetros en línea recta de la Cancillería del Reich? ¿Que Hoge se apoderaría de un puente intacto sobre el Rhin, o que Patton avanzaría tan arrolladoramente por el Palatinado, cruzando luego el Rhin en Oppenheim?

Eisenhower se dijo que los alemanes no podían sostenerse en Berlín más allá de unas pocas semanas. ¿Cómo iba a llegar el primero a la capital, cuando Simpson, situado en Dorsten, se hallaba aún a cuatrocientos sesenta kilómetros del centro de Berlín, y de esta le separaban las montañas Harz y el río Elba? Por otra parte, si Eisenhower seguía con su ataque principal contra Berlín, como esperaban sus comandantes, la acción daría lugar prácticamente «a la inmovilización de las unidades a lo largo del resto del frente».

En consecuencia, había que abandonar la idea de una ofensiva contra Berlín. En lugar de ello, rodearía el Ruhr y lanzaría el ataque principal contra Munich y Leipzig. Las tropas dirigidas hacia Leipzig avanzarían para encontrase con los rusos lo antes posible, en tanto que los efectivos restantes se encaminarían hacia el sur de Baviera, y a Austria, a fin de eliminar el Reducto Nacional, donde se rumoreaba que Hitler preparaba la última y desesperada defensa. Montgomery, por su parte, en vez de encaminarse a Berlín, daría la vuelta hacia el Noroeste y tomaría Lübeck, el importante puerto del Báltico, situado justamente encima de Hamburgo, cortando la retirada a las tropas alemanas que se hallaban en Dinamarca y Noruega.

Este era el razonamiento oficial que ponía de manifiesto Eisenhower para justificar su decisión de no apoderarse de Berlín, pero también pudo haberse dejado influir por motivos de índole más personal. Sabía que algunos de los principales generales americanos —Bradley, Patton, Simpson y Hodges, en especial— consideraban que no se les había empleado en toda su capacidad desde la batalla del Bulge. Este nuevo plan permitiría hallar un motivo para trasladar la iniciativa a los norteamericanos. El avance hacia Leipzig y Munich debería ser dirigido por Bradley, y requeriría la devolución del Noveno Ejército de Simpson, una vez que el Ruhr estuviese rodeado.

Tal vez hubo otro factor que contribuyó a dar forma a los pensamientos de Eisenhower. Recientemente Churchill le había enseñado el airado mensaje de Molotov, acerca de la Operación Amanecer. ¿Qué acto más abierto y conciliador podía llevarse a cabo, que la revelación de su nuevo plan a Stalin? Ello probaría sin duda que podía confiarse en los americanos.

Fuera cual fuese la razón, Eisenhower la consideró tan importante que en la tarde del 28 de marzo envió a Stalin un telegrama personal —sin someterlo a la aprobación de los jefes militares conjuntos—, por intermedio del general Deane, que se hallaba en Moscú, el cual debía entregarlo a Stalin, y esperar una «respuesta definitiva».

Eisenhower ponía de manifiesto su decisión de lanzar el ataque principal de sus fuerzas hacia el sur de Berlín, dejando la capital a los soviéticos:

«… Antes de decidir la realización de mis planes, considero muy importante que estos se coordinen lo más estrechamente posible con los de usted, en cuanto a dirección y fechas. Sería conveniente, por lo tanto, que me hiciera usted saber sus intenciones, así como si los fines reseñados en este mensaje se ajustan a su probable línea de acción.

»Si deseamos llevar a cabo la completa destrucción de los ejércitos alemanes cuanto antes, considero esencial que coordinemos nuestros actos y hagamos todos los esfuerzos posibles por mejorar los contactos entre nuestras fuerzas de vanguardia. Estoy dispuesto a enviarle a mis oficiales para lograr tal fin».

Seis meses antes Eisenhower había escrito a Montgomery que Berlín era sin duda alguna el objetivo principal.

> *«No albergo la menor duda de que debemos concentrar todas nuestras energías y recursos en un rápido avance hacia Berlín».*

Y hasta la noche del 28 de marzo, Montgomery siguió creyendo que Eisenhower aún pensaba de la misma forma. Luego el mariscal recibió un mensaje informándole de que tina vez que la zona del Ruhr se hubiera rendido, Simpson con su ejército debería volver bajo las órdenes de Bradley, el cual dirigiría el principal ataque aliado contra Leipzig. Por consiguiente, el papel de Montgomery desde entonces se limitaría a «la protección del flanco norte de Bradley». El mensaje de Eisenhower constituía, desde luego, un rudo golpe para el hombre que ya se encaminaba hacia Berlín con la principal fuerza aliada, y eran escaso consuelo para él las últimas palabras: «Como usted dice, la situación parece buena…».

Dos ejércitos americanos se hallaban dedicados a la tarea de rodear la zona

industrial del Ruhr en un movimiento de pinza envolvente. En el extremo norte se hallaba Simpson, en el extremo sur, Hodges, y ninguno de los dos generales sabía que en cuanto se encontrasen, después de cercar por completo el grupo de ejército de Model, los deseos americanos se cumplirían: Simpson regresaría bajo el mando de Bradley, y las tropas estadounidenses llevarían a cabo el principal ataque aliado.

En la vanguardia de la pinza de Hodges se hallaba la 3.ª División Acorazada, y en cabeza de la misma, a su vez, avanzaba la Fuerza Especial Richardson. En las últimas horas de la noche del 28 de marzo, el teniente coronel Walter Richardson recibió la orden de presentarse ante el coronel Robert Howze, comandante del Comando de Combate de Reserva de la 3.ª División. Richardson se hallaba bastante descontento. Había estado luchando durante más de una semana, casi sin dormir, y aún temía que iba a perder algo más de sueño. En el puesto de mando de Howze encontró a su viejo amigo y coterráneo tejano, el teniente coronel Sam Hogan. Ambos habían luchado hombro con hombro por toda Francia, en el Bulge y por fin en la zona del Rhin.

Howze, que era por lo general un hombre parsimonioso, se hallaba en esos momentos sumamente excitado.

—Vamos a avanzar —dijo a los dos tenientes coroneles—. ¡Vamos a avanzar de verdad!

Y señaló en el mapa a Paderborn, mientras miraba significativamente a Richardson. La distancia era de más de ciento sesenta kilómetros hacia el Nordeste.

—¿Quiere decir que vamos a llegar hasta Paderborn en un solo día? —inquirió Richardson, sin poder dar crédito a lo que le decía Howze.

Este hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Mañana por la mañana usted sale hacia Paderborn, ¡como una flecha! Debe apoderarse de la zona del aeropuerto de Paderborn.

Luego Howze se volvió hacia Hogan y le ordenó que cubriera el avance de Richardson, desde la izquierda. La Fuerza Especial Walborn, desde otro comando de combate, avanzaría a la derecha de Richardson, siguiéndoles luego el resto de la división del mejor modo que fuera posible.

—Lleguen hasta Paderborn sin detenerse —declaró Howze, y explicó que la 2.ª División Acorazada de Simpson les esperaría allí. Con ello toda la zona del Ruhr quedaría cercada.

Este era el tipo de misión que agradaba a Richardson, quien se olvidó al

momento de su cansancio… De vuelta a su puesto de mando, dijo a sus oficiales que saldrían a las seis de la mañana. Añadió que Howze le había dado una sola orden: «¡Adelante!», y que tenían plena libertad para avanzar por cualquier medio terrestre, por carretera, caminos vecinales o autopistas, con tal de que llegasen a Paderborn en un solo día. Característico de Richardson fue que se levantase a las cuatro de la madrugada y reconociese personalmente en su «*jeep*» cinco kilómetros delante de ellos, con el fin de que la Fuerza Especial iniciase el avance con buen impulso. Como no hallase nada anormal, regresó e inspeccionó las tropas para cerciorarse de que los vehículos tenían suficiente gasolina de reserva.

A las seis en punto de la mañana la Fuerza Especial Richardson inició el avance a cincuenta kilómetros por hora, con órdenes de rodear cualquier obstáculo que se presentase, avanzando a través de los campos, si se hacía necesario. A la cabeza marchaba un camión oruga y varios «*jeeps*». Luego seguía el «*jeep*» de Richardson y tres tanques «Sherman», atestados de equipo militar y de soldados. Seguían diecisiete «Sherman», también recargados de infantes, y luego tres grandes «Pershing» con sus descomunales cañones de 90 milímetros. Por orden, avanzaban luego los ayudantes de Richardson, una batería de cañones autopropulsados, otros diecisiete tanques «Sherman», varios tanques ligeros y una larga fila de camiones llenos de soldados, municiones y alimentos. Era una fuerza móvil experimentada, y a pesar del agotamiento general, casi todos estaban tan ansiosos por lograr su objetivo como el mismo Richardson.

Pocas novedades ocurrieron durante la mañana, mientras la columna avanzaba rápidamente hacia el Norte. Al mediodía destruyeron sobre la marcha un tren de pasajeros alemán, y luego hicieron lo propio con unas instalaciones militares de pacífico y engañoso aspecto. Cuando se vieron ante una serie de obstáculos que bloqueaban la carretera, Richardson se limitó a arrollarlos, empleando los tanques delanteros como arietes.

Poco antes del anochecer, Richardson observó el cuadro de instrumentos y vio que habían salvado ya ciento veinte kilómetros. Pero comenzaba a extenderse la niebla, y su operador de radio no podía establecer contacto. Solo había una cosa que hacer: seguir adelante. Al entrar en Brilon, pocos minutos más tarde, Richardson recibió una orden radiada del comandante de la división, general Maurice Rose: La Fuerza Especial Richardson debería limpiar la zona de Brilon. Richardson acusó recibo del mensaje, pero como dependía de las órdenes

de Howze, se limitó a seguir avanzando. Paderborn se hallaba a unos cincuenta kilómetros de distancia, todavía, y no sabía qué camino elegir. En consecuencia, siguió adelante con unos pocos vehículos, para hallar la mejor ruta, y envió al cuerpo principal de la columna a Brilon, a fin de que hiciera una rápida investigación.

Pasó otra hora más antes de que Richardson se enterase gracias a un civil que algo adelante se hallaba un buen camino hacia Paderborn, pero para entonces había tanta neblina y oscuridad, que comprendió que alguien tendría que ir delante, guiando a pie la columna. Richardson había descendido ya de su «*jeep*», para realizar él mismo el cometido, cuando oyó que el núcleo mayor de sus fuerzas se acercaba. Se preguntó lo que les habría retenido tanto tiempo en Brilon. Un joven teniente, que iba al mando de un pelotón, saltó del primer tanque y se aproximó a Richardson en medio de la creciente oscuridad.

—¡Sígame! —ordenó el coronel, y comenzaron a andar carretera adelante. Richardson notó que el teniente tenía el rostro blanco como la cera, a causa del miedo. Pero no le culpó en absoluto.

Los tanques avanzaron retumbando detrás, con las luces cubiertas con trapos azules, y acercándose por momentos. Richardson avanzó rápidamente, pero el primer tanque seguía ganando terreno. Por fin le golpeó en la espalda, y Richardson se lanzó a una zanja. Como un perro fiel, el tanque le siguió. El coronel corrió de un salto a la calzada y agitó frenéticamente su linterna, pero el tanque prosiguió su marcha detrás de él. Richardson vio más atrás el segundo y el tercer tanque que hacían eses y trataban en vano de seguir al que iba en cabeza. Inmediatamente detrás vislumbró el símbolo de la Cruz Roja. ¿Qué demonios hacían las ambulancias en vanguardia? Por fin, como respuesta a sus señales con la linterna, el primer tanque se detuvo con un chirrido metálico. Se oyó un golpetazo al chocar contra el primero el segundo tanque, y poco después otros dos golpes. Richardson increpó ásperamente al conductor del primer tanque, y se volvió hacia el joven teniente.

—¿Qué demonios le ocurre al comandante de ese tanque? —inquirió.

El teniente trepó a la torrecilla y miró adentro.

—Algo no anda bien —manifestó cuando hubo descendido—. El suelo del tanque está cubierto de champaña.

Trepó Richardson a su vez, y vio al comandante del tanque, con los ojos vidriosos, sentado en el suelo de la torrecilla y aferrando un par de botellas de champaña. El coronel saltó de nuevo al suelo.

—Guíe a los tanques por la carretera —ordenó al teniente—. Arroje afuera el champaña y mantenga abiertas todas las escotillas.

Pensó que de este modo la húmeda y fría neblina obraría benéficamente sobre los borrachos. Era evidente que la mayor parte de la columna se hallaba en las mismas condiciones. Cuando se dirigía hacia la primera ambulancia, descubrió una figura familiar que se le acercaba arrastrando los pies. Solo podía ser el doctor «Scattergood».

—Tenernos que volver a Brilon —dijo el doctor, con gesto misterioso, y le hizo un guiño.

—Scat, ¿qué demonios pasa aquí? —inquirió Richardson, cada vez más extrañado.

—Coronel, tengo que decirle la verdad —declaró el médico, y le confesó que era él quien había descubierto un almacén lleno de champaña en Brilon.

Richardson llamó por radio a su oficial ejecutivo para que hiciese salir de Brilon inmediatamente el resto de la columna que aún se encontraba allí, aunque tuviera que disparar sobre ellos, y luego reanudó la marcha a pie por la carretera. Pocos kilómetros más adelante la niebla se disipó, y el coronel regresó a su *jeep*.

A medianoche volvió a observar el tablero de instrumentos y descubrió que habían avanzado ciento setenta y cinco kilómetros, pese a lo cual sus únicas bajas eran unos cuantos borrachos. Pero ocho kilómetros adelante se hallaba Paderborn, sede de una escuela de tanques y de un regimiento de relevo de las SS. Richardson ordenó detener la columna y dijo a sus hombres que comieran y se echaran a dormir unas pocas horas. A la mañana siguiente comenzaría la lucha.

5

La airada reacción de los jefes militares británicos, ante la decisión de Eisenhower, era fácilmente presumible. «Para empezar —escribió Brooke en su Diario, la noche del 29 de marzo—, no tenía por qué dirigirse a Stalin directamente, sino que debió hacerlo a través de los jefes militares conjuntos. En segundo lugar, redactó un telegrama que resultaba ininteligible. Y finalmente, lo que en él se decía carecía totalmente de base, y rectificaba todo lo que se había acordado previamente».

Llevados por su cólera, y sin consultar a Churchill, los jefes militares británicos enviaron un extenso telegrama a los jefes americanos. Protestaron de que Eisenhower se había excedido en sus atribuciones al escribir directamente a Stalin. Y lo peor era que la decisión de cambiar el curso del ataque era un grave error político y militar. También hicieron notar que la inteligencia británica estaba muy poco preocupada con los rumores que circulaban acerca del Reducto Nacional, el cual debía dejarse de lado al establecerse los planes militares futuros.

La reacción de Marshall ante esta unánime protesta consistió en enviar un telegrama personal a Eisenhower, señalando las principales objeciones británicas, y solicitando una aclaración. Esto impulsó a Eisenhower a hacer algunas modificaciones en la nota, y telegrafió inmediatamente a Deane en Moscú preguntándole si había entregado ya el mensaje a Stalin. Eisenhower debió de sentir un profundo alivio cuando Deane contestó que aún no lo había hecho, y que esperaría hasta recibir más noticias en ese sentido.

Lo mismo que sus militares, Churchill también creyó que Eisenhower había cometido un tremendo error. Durante los primeros años de la guerra, el primer ministro británico se mostró tan impaciente como Roosevelt por aniquilar a Hitler, y en consecuencia sacrificó a veces las consideraciones políticas a la efectividad militar. Pero desde Yalta aumentó su convencimiento de que los problemas del Este adquirían una peligrosa importancia para el futuro, y que el aspecto político cobraba mayor trascendencia al aproximarse la victoria. Para él resultaba ya claro que Rusia «se había convertido en un peligro mortal para el mundo libre… que aquel frente debía quedar lo más al este posible de Europa… que Berlín era el principal objetivo de los ejércitos angloamericanos».

Por otra parte, Churchill creía firmemente que Praga debería ser liberada por los americanos, que Austria debía ser dirigida por el Occidente en iguales términos que los soviéticos, y que había de moderar las ambiciones de Tito. Y lo que era más importante, comprendía que era necesario resolver una serie de problemas importantes entre Rusia y el Oeste, antes de que los ejércitos occidentales se hubiesen disgregado.

Singular mezcla de sentimentalismo y de cinismo, *Tory* aristocrático con sabiduría popular, Churchill estaba demostrando ser, pese a sus manifiestos defectos, el jefe occidental que poseía un juicio más claro y ajustado a la realidad. Durante más de un mes trató una y otra vez de convencer a Roosevelt de que debían mantener una actitud firme ante las agresiones que Stalin llevase a

cabo posteriormente.

«Parece que solo hay una alternativa para evitar nuestro fracaso total en este aspecto —escribió a Roosevelt en una carta—. Y esa alternativa consiste en mantenernos fieles a la interpretación de la Declaración de Yalta… En vista de ello, ¿no es el momento de enviar un mensaje conjunto a Stalin acerca de Polonia?».

Impulsado por los repetidos ruegos de Churchill, así como por su propia irritación ante la insultante carta de Molotov, Roosevelt terminó por enviar un telegrama al primer ministro, el 29 de marzo, poniendo de manifiesto que «había llegado el momento de considerar directamente con Stalin los aspectos más importantes de la actitud soviética…», y le envió una copia del telegrama que iba a mandar a Stalin, el cual decía así:

«No puedo ocultarle la preocupación con que contemplo el desarrollo de los acontecimientos de mutuo interés, desde nuestra fructífera reunión de Yalta. Las decisiones que allí alcanzamos eran estimables, y han sido en su mayor parte acogidas con entusiasmo por los pueblos del mundo… No tenemos derecho a decepcionarlos. Pero hasta el momento ha habido una desalentadora falta de progreso en la realización —que el mundo espera— de las decisiones políticas a que llegamos en la conferencia, especialmente en lo concerniente al asunto polaco. Estoy francamente desconcertado sobre la razón de esto, y debo decirle que no alcanzo a comprender en muchos aspectos la aparente actitud de indiferencia de su Gobierno…

»Desearía manifestarle la importancia que tiene, para el desarrollo eficaz de nuestro programa de colaboración internacional, el que la cuestión polaca quedara resuelta rápida y adecuadamente. De no hacerse así, todas las dificultades y los peligros sobre la unidad aliada, que tuvimos tan presentes al concluir las decisiones de Crimea, se presentarán ante nosotros de manera mucho más aguda aún…».

Si el mensaje no era tan enérgico como Churchill hubiese deseado, al menos suponía un paso adelante, e hizo que la nota personal de Eisenhower a Stalin fuese todavía menos procedente. Era el momento de demostrar firmeza en todos los frentes.

Roosevelt envió su mensaje el mismo día en que se preparaba para ir de vacaciones a Warm Springs. Habló brevemente con cada uno de los componentes de su Gobierno. Al hacerlo con Frances Perkins, le dijo:

—Me voy a San Francisco para inaugurar la Reunión, pronunciar el discurso inaugural y recibir a los delegados social y personalmente. Luego nos marcharemos a Inglaterra —añadió con tono confidencial—. Eleanor y yo vamos a hacer una visita oficial. He esperado mucho tiempo para ello. Deseo conocer al pueblo británico por mí mismo… He dicho a Eleanor que prepare sus

vestidos y que se mande hacer algunos más, a fin de que tenga realmente un aspecto agradable.

—¡Pero está la guerra! —protestó *miss* Perkins—. No creo que deba hacerlo. Resulta peligroso, pues los alemanes irán tras usted.

Roosevelt colocó una mano a un lado de la boca y murmuró como en secreto:

—La guerra en Europa terminará a fines de mayo.

El presidente también conferenció con Byrnes y el general Lucius D. Clay, elegido recientemente gobernador militar delegado en Alemania. Clay, disconforme con el nombramiento, ya que deseaba luchar en el Pacífico, permaneció escuchando en silencio mientras el presidente manifestaba que se sentía satisfecho porque se enviaba a Alemania a un general que era ingeniero a la vez. Roosevelt siguió hablando de sus estudios en Alemania cuando «adquirió una profunda aversión hacia la arrogancia y el localismo germanos».

Después de la entrevista, Byrnes dijo bromeando a Clay:

—General, ha hablado usted demasiado.

—Señor magistrado, aun cuando el presidente me hubiera dado una ocasión, dudo de que le hubiese contestado, a causa de lo que me impresionó su aspecto.

—Esa observación suya me preocupa —contestó Byrnes, el cual veía a Roosevelt con frecuencia y hasta ese momento no había reparado en el rápido empeoramiento del presidente.

Cuando este abandonaba su despacho a fin de tomar el tren que le conduciría a Georgia, el almirante Leahy marchó junto a su silla de ruedas hasta la puerta sur de la Casa Blanca.

—Señor presidente, me alegra que se vaya de vacaciones —manifestó—. También me alegra por nosotros, ya que cuando no está usted trabajamos bastante menos que cuando se encuentra aquí.

Roosevelt se echó a reír y contestó:

—Está bien, Bill; aprovéchese mientras estoy de viaje, porque cuando vuelva voy a descargar muchos asuntos en usted, y tendrá que trabajar muy duro.

En el aeropuerto de Varsovia, doce dirigentes de la resistencia polaca, que vestían un abigarrado conjunto de prendas prestadas, tales como pantalones de caza y chaquetas de ceremonia, iban ascendiendo a un avión soviético para asistir, según les habían asegurado, a una entrevista con el mariscal Zhukov en

su cuartel general.

Al principio varios de los polacos se habían mostrado reacios a salir de sus escondites, pero la mayoría arguyó que la invitación de Zhukov ponía de manifiesto que Rusia deseaba ser razonable. Solo una entrevista como aquella podría proporcionar seguridad a su país. Como muestra de buena voluntad, los soviéticos accedieron a dejar en libertad a algunos dirigentes clandestinos, entre los que se contaba Alexander Zwierzynski, jefe de los Nacionales Demócratas del ala centro derecha. También les prometieron que los ocho dirigentes más importantes serían llevados en avión directamente desde el cuartel general de Zhukov hasta Inglaterra, para que informasen al Gobierno de Londres en el exilio. Los demás polacos, desde luego, regresarían sanos y salvos a su país.

Atraídos por tales promesas, los doce polacos ascendieron al aparato soviético en Okecie, sin saber lo que les iba a ocurrir…[32]. Dentro del avión encontraron, quedando sorprendidos, a Zwierzynski. Este se mostraba abatido, y les dijo que había estado en un sótano, donde le golpearon brutalmente, y que luego le habían llevado al avión. Pidió luego que le explicasen lo que estaba sucediendo.

El aparato despegó y los polacos no tardaron en comprobar que se dirigían hacia el Este. Mientras comentaban llenos de ansiedad el hecho, un joven capitán soviético de agradable aspecto les informó que se dirigían a Moscú, ya que Zhukov había sido llamado allí inesperadamente.

Algunos de los polacos tenían la seguridad de que aquello era un rapto, pero otros consideraron que era lógica una entrevista en Moscú, donde podía tratarse con los más altos funcionarios soviéticos. Por otra parte, ¿no habían cumplido los rusos su promesa de dejar en libertad a Zwierzynski?

Los motores siguieron zumbando varias horas, hasta que pareció producirse una avería y el avión planeó sobre un banco de nieve, en el que aterrizó. Después de una larga espera, varios centenares de campesinos despejaron una carretera en la nieve y el grupo fue acompañado hasta una estación del ferrocarril, y desde allí les trasladaron a Moscú, a donde llegaron con hambre y terriblemente cansados.

Zbigniew Stypulkowski, miembro del Partido Demócrata Nacional, fue colocado junto con otros dos delegados en el automóvil que iba delante. Pasaron ante el ministerio de Asuntos Exteriores, donde se dijo que iban a quedarse, y al fin los coches se detuvieron delante de un lujoso edificio de mármol, que

vigilaban unos guardias del NKVD.

—¿A qué hotel de lujo nos han traído? —inquirió impresionado uno de los delegados.

—Es una cárcel —le contestó Stypulkowski.

Se abrieron las puertas y el coche entró en un patio rodeado por paredes en las que se advertían unas ventanas cubiertas con persianas de acero.

—¡Esto es increíble! —exclamó atónito el compañero de Stypulkowski.

Se ordenó salir del automóvil a los polacos, y cada uno de ellos fue recluido en una celda. Stypulkowski rompió el papel que les autorizaba a celebrar conversaciones con los polacos de Londres y los angloamericanos, y comenzó a tragarse los pedazos. Aunque tenía la garganta reseca, al fin pudo concluir su tarea. En ese momento entró una hermosa muchacha que le dijo en tono perentorio:

—*Rozdiewatjes!* (¡Desnúdese!).

Como Stypulkowski se quitase solo el abrigo y el sombrero, la muchacha golpeó impaciente con el pie en el suelo, y repitió:

—¡Le he dicho que se desvista!

El polaco se quitó la camisa, ella le volvió a gritar y él se quitó los pantalones. Después de un detenido examen de cada uno de sus órganos, la chica preguntó:

—¿Tiene sífilis?

Como él le respondiera negativamente, la rusa se marchó de la estancia. Se presentó a continuación un miembro del NKVD, el cual cortó todos los botones de las ropas de Stypulkowski, le rompió el forro del sombrero y desgarró las suelas de los zapatos, para ver si ocultaba algo. Después que le hubieron quitado el anillo, el reloj y la cartera, un guardia le ordenó que se vistiera. Le trasladaron entonces a otra celda, a lo largo de un largo corredor, donde fue sometido de nuevo a una detenida inspección. Por fin le llevaron al último piso, donde le introdujeron en una celda de paredes verde oscuro. Era la celda número 99, y el ventanuco de la misma daba a un sombrío patio…, el patio de la prisión de Lubianka.

—Esta es su nueva casa —dijo el guardia, y cerró con llave la puerta.

6

Al tomar la decisión de permitir que el Ejército Rojo tomase Berlín, Eisenhower consideró que soslayaba el aspecto político, insistiendo en que se basaba en motivos puramente militares, lo cual siguió afirmando incluso cuando se cumplió la profecía de Patton y alcanzó la suprema magistratura de Estados Unidos. Mas lo cierto es que Eisenhower obraba justamente al revés. Los acontecimientos militares que se desarrollaron durante la primavera de 1945, tuvieron una consecuencia más profunda aún que la derrota de Alemania, que ya podía considerarse como un hecho consumado.

La actuación de Eisenhower había quedado condicionada por la singular evolución del cuerpo militar americano. Antes de la guerra este había sido un pequeño grupo altamente profesionalizado, que se preocupaba exclusivamente de la amenaza militar contra Estados Unidos, sin tener en cuenta alianzas ni amistades políticas. Bien al margen de la concepción civil, los militares solo tenían un propósito: la seguridad militar de la nación, y su tarea consistía en preparar defensas contra los posibles enemigos, tanto del futuro como del presente. Su actitud, en relación con la política extranjera, se basaba exclusivamente en el principio de si esta beneficiaba o perjudicaba a la seguridad militar del país. En resumen, los militares realizaban sus funciones tradicionales, sin tener en cuenta la política ni la opinión pública.

Durante los meses que precedieron a Pearl Harbour, los militares se mostraron moderadamente prácticos al considerar la utilidad que a largo plazo representaba el establecimiento de un poder de equilibrio en Europa y Asia. Aconsejaron al presidente que actuara con prudencia y evitase cualquier roce con el Japón o Alemania. Al mismo tiempo, Hopkins, Ickes, Morgenthau y el secretario de Guerra, Henry Stimson, exhortaban a Roosevelt para que acudiese en ayuda de Inglaterra. Una y otra vez los militares se mostraron opuestos a cualquier acto agresivo que pudiera tener como consecuencia una guerra en dos frentes. Pero Roosevelt se dejó al fin convencer de que el mundo solo podría salvarse con la intervención norteamericana, y a pesar de que los militares propugnaban abstenerse de toda «precipitada acción militar», en otoño de 1941 Estados Unidos entró en guerra contra el Japón.

De pronto, los generales y almirantes adquirieron un poderío insospechado, al depositar en ellos los dirigentes civiles, de buen grado, una serie de responsabilidades sin precedentes hasta el momento. El secretario de Estado, Cordell Hull, dijo a Stimson en tal ocasión:

—Me lavo las manos de todo esto, que queda ahora al cuidado de usted y de Knox, del Ejército y la Marina.

Stimson, por su parte, manifestó que su deber en esos momentos era «apoyar y defender a sus generales».

Poco antes de Pearl Harbor, y durante la primera conferencia angloamericana, que bajo el nombre de «Arcadia» se celebró en Washington, se acordó crear un mando unificado. Así nació la Jefatura de Estados Mayores Conjuntos, que estaba compuesta por los jefes de Estado Mayor británico, y por sus equivalentes norteamericanos. Los ingleses ya estaban organizados, pero los americanos, comprendiendo que también debían presentar un frente común para no verse dominados por los británicos, crearon el Estado Mayor Unificado, que se integró con la Jefatura del Estado Mayor del Ejército, el Comando General de las Fuerzas Aéreas, y la Jefatura de Operaciones Navales. Pocos meses más tarde se añadió a dicha organización un cuarto miembro: el almirante Leahy, como representante del presidente, quien, además de haber sido un antiguo camarada de armas durante la Primera Guerra Mundial, era el hombre que tenía más contactos personales con Roosevelt, a excepción de Hopkins.

Al tiempo que la contienda se generalizaba, el Estado Mayor unificado fue adquiriendo una mentalidad cada vez más política, lo cual se debió a sus estrechas relaciones personales con Roosevelt, al cual, como comandante en jefe, y a semejanza de Churchill, le satisfacía el trato directo con los jefes militares de sus fuerzas armadas.

Fue Harry Hopkins quien «descubrió» a Marshall y le recomendó como jefe del Estado Mayor del Ejército. Al comienzo Hopkins sirvió como enlace entre Marshall y el presidente, pero hacia 1943 el jefe del Estado Mayor del Ejército se había ganado la confianza de Roosevelt y no necesitaba ya intermediarios.

Con un acceso tan directo a la suprema magistratura de la nación, Leahy y Marshall tenían un control casi completo de todos los asuntos militares. Stimson y Frank Knox, los ancianos secretarios de Guerra y Marina, respectivamente —ambos del Partido Republicano—, ni siquiera se reunían con el Estado Mayor Unificado y Roosevelt. Su influencia fue desvaneciéndose poco a poco, hasta pasar a las manos de sus subsecretarios, Patterson y Forrestal.

También el Departamento de Estado enmudeció. Cierto es que sus funciones tenían que ver con la diplomacia, y no con la fuerza, pero durante la guerra dicho departamento limitó su atención sobre todo a los países neutrales, a los aliados de menor importancia y a establecer los planes para una nueva organización

mundial. Roosevelt ni siquiera permitió que el secretario de Estado, Cordell Hull, asistiese a las reuniones militares de importancia.

«A partir de Pearl Harbour, no intervine en las reuniones relacionadas con asuntos militares —escribió Hull, manifiestamente agraviado—. Ello se debió a que el presidente no me invitaba a tales conferencias. Yo le planteé el asunto en varias ocasiones… Le pregunté donde iban a desembarcar las tropas, y los caminos que iban a tomar a través del continente europeo para derrotar a Hitler, pero ese era un tema que nunca estudió conmigo el presidente, ni ninguno de sus funcionarios militares más importantes, si bien más tarde se me informó con prontitud acerca de la decisión a que se había llegado. No me dijeron nada, en cambio, respecto a la bomba atómica».

Por otra parte, la influencia de Marshall y Leahy siguió aumentando hasta tal punto que solo en muy raros casos se rechazaron sus consejos. Ello ocurrió una vez en 1942, en relación con la invasión del norte de África, y de nuevo en 1943 respecto a la ofensiva del océano Índico. En ambas oportunidades Roosevelt había aprobado las recomendaciones del Estado Mayor Unificado, pero luego cambió de parecer, a causa, más que nada, de la influencia británica. En definitiva, las decisiones importantes de la guerra corrían a cargo de Roosevelt, Hopkins y el Estado Mayor Unificado. Esto tuvo una consecuencia curiosa, cual era que los militares fueron introduciéndose cada vez más en los asuntos de índole política.

Al tiempo que el Estado Mayor Unificado adquiría mayor poder y alcance, apoyaba sin reservas la política del Gobierno, en la que tenía una influencia tan considerable. El Estado Mayor Unificado británico, en cambio, seguía conservando sus características militares, discrepando a veces violentamente del punto de vista del Gobierno, hasta que se llegaba a una decisión. Solo entonces accedían a respaldar a Churchill.

Hasta el momento, los jefes militares americanos habían aceptado casi siempre la manera de conducir la guerra de Roosevelt.[33]

Capítulo once

La bolsa del Ruhr

1

La totalidad del Frente Occidental alemán se hallaba a punto de derrumbarse. En el sur, el Grupo de Ejército G, de Hausser, había quedado dividido por Bradley, mientras que en el Norte el Grupo de Ejército H, del *generaloberst* Johannes Blaskowitz, estaba siendo arrollado por Montgomery. Ello significaba que tres de los ejércitos de Eisenhower —el de Simpson, el de Hodges y el de Patton— podían concentrar sus esfuerzos demoledores sobre las tropas del centro, integradas por el Grupo de Ejército B, que se hallaba al mando de Model.

Ante la inminencia del desastre, los tres comandantes de grupo rogaron al comandante del Frente Occidental, Kesselring, que les permitiese retirarse en masa. Pero Kesselring se veía obligado a mantener las directrices de Hitler —resistir a toda costa—, y les aseguró que cada día que seguían sosteniéndose en el Rhin, significaba un «fortalecimiento del frente». Para los comandantes, en cambio, cada día en el Rhin suponía la pérdida inevitable de más tropas y material. El comandante del centro, Model, no cejó en sus demandas en momento alguno, pero Kesselring siguió negándose con la misma insistencia, afirmado que Model debía retener la importante zona del Ruhr.

El 29 de marzo, Model hizo un resumen de la situación en que se hallaba, y lo envió por teletipo a Kesselring. En él manifestaba que su misión de contener al enemigo de la cabeza de puente de Remagen, evitando los avances americanos

en la orilla más próxima del río, había fracasado. Proseguir con aquella defensa, por consiguiente, era algo absurdo, «ya que dicha defensa no podía contener a las fuerzas enemigas». Por lo tanto, se imponía una nueva misión, pues una unidad acorazada americana —la Fuerza Especial Richardson— había aparecido repentinamente sin saberse de dónde, y se hallaba en los alrededores de Paderborn. Si no se aniquilaba a esta fuerza, el Grupo de Ejército B se vería rebasado por el flanco. Model pidió autorización para atacar hacia el Este con el LIII Cuerpo de Infantería, desde un punto situado a unos sesenta kilómetros al oeste de Paderborn. Esto seccionaría la punta de lanza americana, aislándola del resto de las fuerzas, y dejándola sin suministros ni refuerzos. Kesselring dio su aprobación, y Model ordenó al comandante del LIII Cuerpo que atacase al día siguiente, 30 de marzo.[34]

Entretanto, Richardson preparaba en vanguardia su ataque contra Paderborn, sin sospechar que los alemanes se disponían a atacar sesenta kilómetros por detrás de él, dejándole aislado del cuerpo principal de la 3.ª División Acorazada. Con las primeras luces del alba, Richardson se puso en marcha. El cielo aparecía cubierto de nubes. En los cruces de las carreteras, los tanques alemanes «Panter» dejaron fuera de combate a los dos primeros tanques de Richardson, y tres kilómetros después, en un pueblo situado a solo cinco kilómetros de Paderborn, una apreciable fuerza de «Panters» y «Tigres» surgió en el camino de la caravana, atacándola con furia.

Después de una breve y cruenta escaramuza, tanto los alemanes como Richardson se retiraron. Se hallaban en posición de tablas: ninguna de las dos partes podía maniobrar sin sufrir considerables daños. Richardson llamó por radio solicitando la ayuda de la aviación para atacar a los alemanes, que se escondían detrás de una colina, pero lo cubierto del cielo impedía una acción aérea. Desesperado ante la necesidad de municiones y gasolina, Richardson volvió a pedir que le enviasen suministros por medio de un lanzamiento aéreo.

—No hay aparatos disponibles —fue la lacónica respuesta que recibió.

Poco después Richardson recibió otra noticia aún peor: los alemanes habían lanzado un ataque relámpago sesenta kilómetros más atrás de su retaguardia, y estaban a punto de dejarle aislado del grueso de las tropas.

Desde ese momento Richardson solo podía desear que los alemanes que tenía al frente no se decidiesen a atacar. Al menos parecían tenerle el mismo respeto que él les tenía, y no intentaron nada. Pero al anochecer Richardson tuvo

que enfrentarse con otro problema: el general Maurice Rose, comandante de la 3.ª División Acorazada, se dirigía a inspeccionar la Fuerza Especial Richardson y deseaba que alguien fuera a buscarle. Richardson comunicó que no disponía de un solo *jeep* de más.

—¡No manden al general Rose por aquí! —manifestó, y cortó bruscamente la comunicación.

Rose se hallaba a unos ocho kilómetros a la derecha de Richardson, detenido momentáneamente en la Fuerza Especial Welborn. El coronel John Welborn había sido informado unos momentos antes de que la aviación acababa de destruir cuatro tanques en vanguardia, y avanzó confiadamente. Durante algunos kilómetros no sucedió nada, pero cuando los americanos se adentraban entre unas colinas de faldas abruptas, surgió de pronto un fuego intenso y preciso de piezas de 88 milímetros, que castigó sobre todo la cabeza de la columna. Los cuatro «Tigres» supuestamente destruidos se hallaban en perfectas condiciones. Solo habían recibido el impacto de bombas de napalm, que no parecían haberles afectado gran cosa. Welborn y sus tres primeros tanques avanzaron sin inconvenientes hasta un desfiladero, pero los siete siguientes cayeron como indefensas codornices. El general Rose, hijo de un rabino judío, era un comandante impetuoso. Tenía un rostro sincero y agradable, y solía vestir pantalones de montar y botas relucientes. Se hallaba a un kilómetro de los tanques incendiados, y después de enterarse de que los tres primeros habían pasado con éxito, solicitó por radio ayuda de la Fuerza Especial Doan, que le iba siguiendo. Pero siete u ocho «Tigres» alemanes acababan de aparecer por el Sudeste, cortando la retirada a la Fuerza Especial Welborn y bloqueando el avance de Doan. Esta nueva unidad alemana había dejado ya fuera de combate a un tanque pesado y a varios vehículos de transporte de tropas. A excepción de los tres primeros tanques, la Fuerza Especial Welborn se hallaba totalmente rodeada por el enemigo. Enfrente se hallaban cuatro «Tigres», visibles sobre una colina a un lado de la carretera, y detrás había por lo menos otros siete, disparando y acercándose poco a poco a la columna. Y a ambos lados la infantería alemana se hallaba oculta entre los árboles, esperando el momento de actuar.

Al anochecer, después de que el último avión «P-47» americano hubo partido, un grupo de nueve «Tigres», con tres de ellos a la cabeza, salió repentinamente de entre los árboles que había delante y a la izquierda, y avanzó despacio hacia la carretera, ametrallando a los vehículos que hallaban a su paso.

Rose y su comitiva estaban atrapados, con tanques alemanes al frente y detrás, que destruían sistemáticamente todo lo que se les ponía por delante. La única luz que había en el campo de batalla, en esos momentos, procedía de los vehículos americanos incendiados. Ningún movimiento era aconsejable en esas circunstancias, pero a pesar de todo, era necesario salir de allí.

El coronel Frederic Brown, comandante de la artillería de la división, tuvo la impresión de hallarse «ante una vívida escena del Infierno de Dante». Aconsejó a Rose que avanzase por entre los bosquecillos de la izquierda, a pesar del fuego de armas ligeras, con el fin de rodear los tanques que bloqueaban la retaguardia. Pero Rose señaló que no había disparos de tanques en vanguardia, por donde Welborn había avanzado, probablemente debido a la retirada de los cuatro tanques alemanes. Por consiguiente, manifestó que le parecía más seguro ir hacia la derecha, alejándose de la luz que despedía la columna incendiada, para luego reunirse más adelante con los efectivos de Welborn. En consecuencia, el grupo del general —dos *jeeps* y un vehículo blindado, seguidos de un mensajero en una moto— se desvió de la línea de tanques en llamas para dirigirse hacia donde se hallaba Welborn. Un kilómetro y medio más adelante llegaron a un cruce. Hacia la derecha podía verse la oscura silueta de uno de los tanques. La columna de Rose se alejó de la carretera principal, que conducía hacia la Fuerza Especial Richardson, y avanzó hasta donde se hallaba el tanque. Este aparecía inutilizado y abandonado. De pronto se inició una descarga de armas ligeras desde los árboles adyacentes. El grupo de Rose volvió rápidamente a la carretera principal, y siguió hacia donde se encontraban los efectivos de Richardson. El *jeep* del coronel Brown, que conducía este, iba en cabeza; luego seguía el del general Rose, el camión blindado y la motocicleta.

Los cuatro vehículos iniciaban el ascenso de una colina cuando Brown advirtió la presencia de un gran tanque que se dirigía hacia ellos en la oscuridad.

—Ahí viene uno de los nuevos tanques de Jack —dijo, creyendo que la oscura forma era uno de los nuevos «Pershing» de Welborn. Pero conforme el tanque se iba acercando, el coronel Garton, que iba en el *jeep* de Brown, advirtió los dos escapes del vehículo a diferencia de los «Pershing», que solo tenían uno. Era un «Tigre», y Garton tuvo la certeza de que detrás venían otros.

—¡Son «Tigres»! —gritó a Brown—. ¡Fuera de la carretera!

Brown siguió aún un trecho más y pasó ante otros dos «Tigres» alemanes. Los tres primeros tanques germanos no se dieron cuenta de que estaban pasando ante un grupo de enemigos, pero el cuarto comenzó a avanzar para interponerse

en el camino de Brown. Este condujo el «*jeep*» hasta colocarlo detrás de un árbol, y trató de averiguar si el general Rose también se había apartado de la carretera. En ese momento se aproximó un quinto tanque alemán. Brown se lanzó hacia la derecha y se detuvo en medio de un prado. Detrás, los tanques alemanes comenzaron a disparar, y los ocupantes del *jeep* descendieron apresuradamente del mismo y se dirigieron corriendo hacia los árboles.

El *jeep* de Rose, que conducía T. Shaunce, y en el que iba también el ayudante del general, comandante Robert Bellinger, pasó sin novedad ante el segundo «Tigre», pero se vio bloqueado por el tercero. Rose y los demás saltaron a la carretera. Los cañones del tanque les siguieron amenazadoramente. Luego un alemán asomó la cabeza por la torrecilla, hizo una señal con una pistola, y dijo algo que no entendieron.

—Creo que quiere nuestras armas —dijo Rose.

Bellinger y Shaunce se desabrocharon los cinturones de las pistoleras, pero Rose, que estaba entre ambos, tuvo que agacharse para hacerlo.

De pronto surgió un fogonazo y Rose cayó muerto sobre la carretera. En la semioscuridad, el comandante del tanque alemán había interpretado mal los movimientos del general. Shaunce saltó inmediatamente detrás del tanque, fuera de su línea de fuego, y Bellinger lo hizo en dirección opuesta, arrojándose a una cuneta. Atrajo sobre él todo el fuego del vehículo alemán, pero por milagro no le acertaron. Luego corrió hasta internarse en el bosque. Shaunce tenía una pierna rota, pero también consiguió huir. En cambio, la dotación del camión blindado y el oficial de operaciones de la división, teniente coronel Wesley Sweat, se vieron rodeados por los alemanes.

Los supervivientes de la primera emboscada todavía seguían dispersándose por los campos. Mientras corrían, se iban aligerando de las pistolas «Luger», los relojes y otros objetos que habían quitado a los alemanes prisioneros. Sin embargo, sus temores eran infundados en la mayor parte de los casos. Muy pocos eran los alemanes que tenían deseos de venganza, o de dar caza a los americanos.

Aquella misma noche, los sargentos Bryant Owen y Arthur Haushchild, mientras huían por el bosque, fueron a dar de pronto con un centenar de soldados alemanes que les acogieron levantando las manos en señal de rendición. Los dos sargentos se turnaron para vigilar a sus prisioneros. Owen había dormido muy poco durante la semana anterior, y descabezó algún sueño durante sus períodos de descanso, pero casi siempre le despertaba un alemán que le exhortaba a que

se mantuviera vigilándoles. Al amanecer, Owen y Haushchild condujeron a sus prisioneros por una senda del bosque deseando interiormente que fuera aquella la dirección conveniente. Después de varios kilómetros de marcha llegaron ante el refugio de un centinela. Dentro vieron a un soldado, pero no pudieron precisar si se trataba de un americano o un alemán.

—¡Dios santo! —exclamó al fin el centinela, en inglés, al ver aquella partida de alemanes. Owen se sintió tentado de darle un abrazo.

En cuanto los dos sargentos hubieron entregado los prisioneros a un oficial, recibieron la orden de regresar para recuperar el cadáver del general Rose. Les llevó cerca de una hora encontrarlo en la carretera. Sin duda los alemanes no se habían dado cuenta de que dieron muerte a un comandante de división, Los mapas y los libros de códigos seguían en su *jeep*, lo mismo que los del camión blindado.[35] La pistola del «45» de Rose se hallaba aún en su pistolera, y Owen la recogió para entregársela a la familia del muerto. Rebuscaron un poco por el *jeep* y el vehículo blindado hasta que hallaron una manta. Envolvieron con ella a Rose, colocaron su casco sobre el pecho del cadáver y comenzaron a trasladarlo hacia retaguardia. Cuando se acercaban a las líneas americanas, un segundo teniente les preguntó qué estaban haciendo. Cuando se lo dijeron, el teniente les criticó por tratar los restos de un general tan poco respetuosamente. Owen, que tenía varios amigos muertos en la carretera, le contestó de mala manera, y más tarde tuvo que presentarse ante un tribunal militar.

2

El 30 de marzo, Bernard Baruch, que acababa de llegar desde Norteamérica en misión especial, se alejaba de Londres en coche, atravesando la campiña inglesa, verde con la primavera, mientras escuchaba a Churchill hablar con afecto de Roosevelt y Hopkins, dos buenos amigos.

Varios días antes Hopkins había ido a ver a Baruch a las habitaciones que este ocupaba en un hotel de Washington, y le señaló una serie de problemas de posguerra que Roosevelt tendría que solucionar con Churchill. Hopkins dijo que ni él ni John Winant, el embajador en Londres, había podido «ablandar» al primer ministro, por lo cual Roosevelt se preguntó si Baruch sería capaz de influir sobre su viejo amigo.

Baruch fue entonces a ver el presidente para recibir instrucciones más precisas, y Roosevelt pareció al principio estar únicamente interesado en considerar la Operación Amanecer y las inesperadas y sospechosas reacciones soviéticas. Pero al fin el presidente fue directamente al grano. Quería que Baruch viera a Churchill para que le sondease sobre «diferentes problemas relacionados con la paz». Procuró Baruch obtener más detalles, pero no lo consiguió, por lo que tuvo la sensación de que Roosevelt estaba «demasiado fatigado para tomar decisiones». En un punto, sin embargo, se mostró Roosevelt decidido.

—Sería un gesto muy favorable —manifestó— el que los británicos devolviesen Hong-Kong a la China.

Baruch no estaba de acuerdo en este punto, pero indicó que transmitiría de todos modos el mensaje.

—¿Quiere una carta para Winston? —preguntó Roosevelt.

—No necesito carta alguna —contestó Baruch—. De este modo, más tarde podrá usted desmentir mis palabras, si lo desea.

Después de algunas recomendaciones de Stettinius, Arnold, Leahy y King, se traslado Baruch a Inglaterra en el avión personal del presidente, aparato que él había designado con el apodo de «La vaca sagrada». En el momento que se relata, hallándose en camino hacia Chaquers, Baruch preguntó a Churchill:

—¿Qué son esos rumores de que tiene usted dificultades con los muchachos de allá?

A continuación inquirió a Churchill sobre el motivo de su oposición a la UNESCO. El primer ministro le contestó que la consideraba como una organización ineficaz.

—¿Puede provocar algún daño?

—No, pero tampoco producirá ningún beneficio.

—En tal caso, ¿por qué no darle el gusto al presidente?

Antes de que llegasen a Chequers, Churchill había accedido a apoyar al presidente de Estados Unidos, que en definitiva también le respaldaba a él.

En otro aspecto, Churchill había recibido un mensaje de Eisenhower que a su entender revelaba una completa falta de comprensión de lo que significaba la amenaza rusa en la posguerra, El telegrama era una respuesta a una llamada telefónica personal de Churchill en la que este ponía en tela de juicio la conveniencia de eludir la toma de Berlín. Eisenhower contestó exponiendo de nuevo sus argumentos y reafirmó su determinación de dejar la capital alemana a Stalin, encaminándose hacia el Este, solo «para estrechar las manos a los rusos, o

para alcanzar una línea general a orillas del Elba».

Los jefes militares británicos recibieron casi simultáneamente un mensaje aún más inquietante. Era la respuesta del Estado Mayor Unificado americano a la condena a la nueva decisión de Eisenhower por parte de los jefes británicos. Se manifestaba en la nota que Eisenhower era «el mejor juez de las medidas que ofrecían la posibilidad más rápida de destruir los ejércitos alemanes y su poder de resistencia», y que tal concepción estratégica era «juiciosa desde el punto de vista de aniquilar a Alemania lo más rápidamente posible, por lo que recibiría pleno apoyo». Por consiguiente, no había la menor duda: los jefes militares americanos se hallaban sólida y agresivamente alineados al lado de Einsenhower.

En Reims, Eisenhower aún seguía explicando a Marshall la razón de que no se hubiese decidido a tomar Berlín. No se trataba de un «cambio fundamental de estrategia»,[36] pues Berlín no podía considerarse ya como un objetivo de especial importancia. Por otra parte, afirmó Eisenhower, su nuevo contraataque hacia el sur de la capital provocaría «una caída más rápida de Berlín… que si se diseminaban los esfuerzos».

Eisenhower se mostró aún más definido con Montgomery, en relación a Berlín, como lo demuestra el siguiente telegrama que le envió:

> *«… Dicho lugar (Berlín) se ha convertido, por lo que a mí respecta, en un simple punto geográfico, que nunca ha llegado a interesarme. Mi propósito consiste en destruir las fuerzas del enemigo y su poder de resistencia».*

Al día siguiente, 31 de marzo, Churchill redactó una nota destinada a los jefes militares británicos, señalando los errores que habían en el impulsivo mensaje que enviaron a los militares americanos sin haberle consultado antes a él. En general, estaba de acuerdo con ellos, afirmó Churchill, pero hizo notar que «solo una cuarta parte de las fuerzas que invaden Alemania son nuestras, y la situación ha cambiado notablemente desde junio de 1944… En resumen, creo que el telegrama provocará una reacción airada por parte de los jefes de Estado Mayor de Estados Unidos»…

Antes de enviar su mensaje, recibió una copia de la enérgica respuesta de los militares americanos, que respaldaban resueltamente a Eisenhower, por lo que Churchill añadió lo siguiente a su misiva: *P. S. Lo anterior fue dictado por mí antes de haber leído la respuesta de los jefes de Estado Mayor americano*. También envió una contestación al mensaje de Eisenhower del día anterior. Con

notable sentido de anticipación, Churchill objetaba cada uno de los argumentos de Eisenhower, y terminaba con unas palabras que iba a omitir en su propio libro.

«… No comprendo cuál es la ventaja de no cruzar el Elba. Si la resistencia del enemigo se debilita, como sin duda espera usted, ¿por qué no cruzar el Elba y avanzar todo lo posible hacia el Este? Tiene esto un motivo político importante, ya que los ejércitos soviéticos del Sur parece que van sin duda a tomar Viena, dominando a Austria. Si deliberadamente les dejamos Berlín, aun cuando este se halle a nuestro alcance, la doble circunstancia puede hacerles creer, con mayor firmeza, que ya hemos hecho cuanto podíamos hacer.

»Por otra parte, no considero que Berlín haya perdido su valor militar, y mucho menos el valor político. La caída de Berlín tendrá una profunda repercusión psicológica sobre la resistencia alemana, en cualquier lugar del Reich. Mientras Berlín continúe resistiendo, serán muchos los alemanes que considerarán un deber seguir luchando. La idea de tomar Dresde para unirse con los rusos allí, no me seduce. Los departamentos del Gobierno alemán que se hayan trasladado al Sur, podrán hacerlo más al Sur, todavía. Pero mientras Berlín siga bajo la bandera alemana, no dejará de ser, en mi opinión, el punto más importante de Alemania.

»Por consiguiente, preferiría mucho más que se continuase con el plan trazado en el momento de cruzar el Rhin, a saber, que el Noveno Ejército de Estados Unidos avance con el Grupo de Ejército 21 hasta el Elba, y siga hacia Berlín. Esto no irá en desacuerdo con la gran ofensiva central que con tanto acierto está usted llevando a cabo como resultado de las brillantes operaciones de sus ejércitos al sur del Ruhr. Solo se lanza el peso de un ejército sobre el flanco norte, lo que evita que las fuerzas de Su Majestad queden relegadas a un plano secundario».

En Moscú, aquella misma noche, el general Deane y Harriman, junto con sus colegas británicos, se dirigieron al Kremlin y entregaron a Stalin los textos en ruso e inglés del largamente retenido mensaje de Eisenhower acerca de Berlín. Después de haberlo leído, el mariscal mantuvo el rostro tan imperturbable como de costumbre. Dijo que el plan «parecía bueno», pero que no podía comprometerse hasta no haber consultado con sus jefes militares. Luego preguntó si Eisenhower tenía algo previsto con relación al avance hacia el centro de Alemania.

—No —contestó Deane. Quiso saber a continuación si el ataque secundario del Sur se llevaría a cabo en Italia o en el Frente Occidental, y Deane le contestó que tenía entendido que se realizaría en el Frente Occidental.

Stalin inquirió si podían confirmarle los informes soviéticos que calculaban la presencia de sesenta divisiones alemanas en el Frente Occidental.

Los americanos contestaron que habían contado sesenta y una divisiones.

A su última pregunta sobre si los alemanes contaban con grandes reservas en el Frente del Oeste, los norteamericanos le contestaron negativamente.

Harriman inquirió a su vez qué tiempo reinaba en el Este.

—Ha mejorado bastante —respondió Stalin.

—¿Creen ustedes que el plan para comenzar las operaciones a fines de marzo es todavía válido? —preguntó Harriman.

—La situación es aún mejor de lo que yo había previsto —replicó Stalin, y explicó que las lluvias habían sido tempranas aquel año y que los caminos empezaban a ser practicables. Siguieron hablando durante un tiempo acerca del frente oriental, hasta que Stalin, que había estado pensando en el mensaje relativo a Berlín, dijo de pronto:

—El plan de Eisenhower para la ofensiva principal es muy adecuado, y cumple con el importante objetivo de dividir a Alemania por la mitad.

También declaró que era favorable para la reunión de las tropas americanas con el Ejército Rojo. Tras manifestar que él, al igual que Eisenhower, consideraba que los alemanes llevarían a cabo su última resistencia en las montañas de Checoslovaquia o de Baviera, aseguró a sus visitantes que les entregaría al día siguiente la respuesta al mensaje del comandante supremo aliado. Era indudable que Stalin se mostraba satisfecho.

Mientras tanto, en Inglaterra, Brooke, que regresaba a su casa después de un día de pesca, en compañía de Mountbatten, se encontró con un mensaje del primer ministro, en el que se le notificaba que los jefes militares deberían reunirse en Chequers al día siguiente.

Por lo tanto, el fin de semana se le había aguado a Brooke, quien tuvo que partir hacia Chequers en la mañana del 1.° de abril. Durante dos horas, los militares y Churchill conferenciaron acerca de la decisión de Eisenhower. Brooke manifestó que, a su entender, todo el asunto, incluida la transferencia de Simpson a Bradley, se «debía a las aspiraciones nacionales y al deseo de asegurar que el esfuerzo de Estados Unidos no fuera a desperdiciarse bajo el mando británico». Pero el grupo comprendió que nada podía hacerse, y sacó en conclusión que las explicaciones de Eisenhower ponían en claro que «no había grandes cambios» en sus planes, a excepción de que el principal fin del avance era Leipzig, en lugar de Berlín.

Concluida la entrevista, los jefes militares redactaron una contestación, que Brooke calificó como «una nota bastante incorrecta de los jefes americanos». Churchill, entretanto, envió un extenso telegrama a Roosevelt. Era conciliador en el fondo, y se declaraba en él que las dos naciones eran «los mejores camaradas que jamás habían luchado juntos como aliados», pero Churchill

seguía haciendo hincapié en que la agresiva naturaleza del comunismo debería ser puesta al descubierto y refrendada inmediatamente, por cualquier medio posible

> *«… Le digo con toda franqueza que Berlín sigue teniendo la mayor importancia estratégica. Nada ejercerá mayor efecto psicológico, ni producirá más desesperación en las fuerzas alemanas que aún resisten, que la caída de Berlín. Esta será la señal definitiva de la derrota, para el pueblo germano. Por otra parte, si se permite que la capital quede asediada por los rusos, en tanto la bandera alemana ondea sobre las ruinas, seguirá animando la resistencia de todos los alemanes que empuñan las armas. Hay también otro aspecto que usted y yo debemos considerar adecuadamente. Los ejércitos soviéticos no vacilarán en invadir Austria y en ocupar Viena. Si también entran en Berlín, ¿no sacarán en conclusión que han sido los principales forjadores de la victoria, lo cual daría lugar a grandes dificultades en el futuro? Considero, por lo tanto, que desde el punto de vista político debemos avanzar todo lo posible hacia el este de Alemania, y que si Berlín se halla al alcance de nuestras tropas, debemos ocuparla. Esto también parece aconsejable desde el punto de vista militar…».*

Ese mismo día, horas más tarde, Brooke escribía en su Diario: «Es una lástima que las operaciones militares se hayan visto afectadas por el nacionalismo de los aliados… Pero, como dice Wiston, “solo hay una cosa peor que luchar con aliados, y es luchar sin ellos”».

Brooke se hallaba de un talante extrañamente complaciente, pero Eisenhower se encontraba íntimamente afectado cuando contestó al último mensaje de Churchill. Y lo que más le preocupaba eran las últimas palabras del primer ministro. Tras insistir en que «no había cambiado ningún plan», y que la única diferencia era acerca de las fechas, Eisenhower continuaba:

«Me disgusta, o más aún, me duele, que sugiera usted cualquier intención por mi parte de “relegar a las fuerzas de Su Majestad a un plano secundario”.
»Nada se halla más lejos de mi intención, y creo que mi gestión a lo largo de dos años y medio de mando sobre las fuerzas aliadas debe bastar para eliminar tal idea. Dejando de lado este punto, no veo en modo alguno cómo el prestigio del Segundo Ejército británico, y de los ejércitos canadienses, puede verse afectado por el hecho de que el Noveno Ejército, avanzando dentro de su zona, quede bajo el control de Bradley, hasta que me aseguren que nuestra retaguardia está lo bastante despejada, y que el avance hacia Leipzig se lleva a cabo con éxito…».[37]
»Como es lógico, si en algún momento las condiciones de “Eclipse”[38] *adquieren un buen cariz en cualquier lugar del frente, avanzaremos rápidamente y Lubeck y Berlín quedarán incluidos en nuestros objetivos más importantes».*

Si bien los ingleses estaban disgustados con Eisenhower, el otro aliado de Estados Unidos se hallaba más que contento. Aquel mismo día el general Deane entregó al comandante supremo un telegrama personal y secreto de Stalin, que

decía lo siguiente:

«Su proyecto de dividir las fuerzas alemanas uniendo las tropas soviéticas con las americanas, coincide por completo con los planes del Alto Mando soviético. También estoy de acuerdo con usted en que el lugar para la reunión de las fuerzas debe ser la zona Erfurt, Leipzig, Dresde. El Alto Mando soviético considera que el golpe principal de las fuerzas soviéticas debe ser lanzado en esa dirección.
»Berlín ha perdido su antigua importancia estratégica. Por consiguiente, el Alto Mando soviético proyecta enviar fuerzas secundarias hacia Berlín».

Resultaba muy significativo que Stalin emplease el mismo argumento que Eisenhower sobre la carencia de importancia estratégica de Berlín, para ocultar sus propias intenciones, ya que Zhukov, entretanto, se hallaba dando los últimos toques al ataque final y en gran escala contra Berlín.

3

El Domingo de Resurrección, algunos prisioneros de guerra aliados estaban siendo trasladados a pie hacia el interior, desde los frentes de batalla de Baviera. Otros quedaron en sus campamentos o prisiones, esperando ser liberados por los angloamericanos o los rusos, y lo había también que acababan de ser puestos en libertad por los soviéticos, aunque los libertados por estos distaban mucho de sentirse libres. Para la mayoría, sin embargo, el día tenía un significado especial, no desprovisto de emotividad, ya que la liberación parecía hallarse a un paso de ellos.

El grupo que procedía de Hammelburg se hallaba descansando, después de haber salvado casi un tercio de la distancia que les separaba de Nuremberg. Su mayor temor lo ocasionaba los propios aviones americanos. Estos picaron en varias ocasiones sobre la columna para ametrallarlos, pero descubrieron a tiempo unos trapos que los prisioneros habían tendido como señal en el suelo. Pero ¿cuánto tiempo les seguiría ayudando la suerte?

A las once de la mañana, el padre Cavanaugh celebró misa en una pequeña y antigua iglesia de un pueblecito. La iglesia estaba dedicada a San José, y era el primer templo católico que pisaba el padre desde su captura en el Bulge. Revestido con las pesadas vestiduras del cura del pueblo, el padre Cavanaugh comenzó a celebrar la misa ante los ochenta hombres que se apiñaban en el interior de la iglesia.

—Queridos feligreses —dijo—, este es el día en que el Señor resucitó. Alegrémonos profundamente por ello… Durante los cuatro días pasados hemos sufrido con Jesucristo, que estuvo representado en los crucifijos que flanquearon nuestro camino…

«También tenemos mucho que pedir a Nuestro Señor; tenemos que pedirle que nos siga protegiendo, que nos libre del pecado y que nos ayude a ser mejores».

Las lágrimas se deslizaban por muchas curtidas mejillas, y hasta el mismo sacerdote tenía los ojos húmedos.

—El Domingo de Resurrección es una fiesta de paz —prosiguió el padre—. De paz entre Dios y los hombres; de paz entre las naciones, de paz en la política, en el hogar, en el corazón de cada criatura de Dios. Ofrezcamos esta Misa, y la Sagrada Comunión, por que la paz pueda volver cuanto antes a nuestro mundo.

Los soldados que se hallaban recluidos en el campamento Stalag IIA, al norte de Berlín, no tenían la menor duda de que la paz se hallaba cerca, para ellos. Sus guardianes les trataban consideradamente, y no como prisioneros, y pasaban por alto hechos que anteriormente hubieran dado lugar a severos castigos. El domingo anterior, mientras se celebraba la misa en presencia de varios guardias, el padre Sampson se inclinó sobre el púlpito —en el interior del cual se hallaba oculta la radio del campamento— y dijo:

«Buscad el reino de los cielos, y todo lo demás se os dará por añadidura».

Fue como si hubiera dicho «Sésamo, ábrete». La puertecilla del púlpito se abrió de improviso, pues había olvidado asegurarla por dentro, y la radio clandestina cayó dando tumbos al suelo. Mientras el azorado sacerdote colocaba de nuevo la radio en su anterior sitio, toda la congregación comenzó a reírse a mandíbula batiente. Los guardias, en cambio, permanecieron impávidos, como si nada hubiera sucedido, y no informaron del incidente al comandante de la prisión.

Si bien, en el Domingo de Resurrección, los centinelas iniciaron débiles protestas cuando millares de prisioneros de diferentes nacionalidades comenzaron a congregarse en un gran patio alrededor de un altar improvisado. El padre Sampson y los demás sacerdotes habían preparado una misa al aire libre, sin informar siquiera de ello al comandante. Sampson jamás había celebrado ante tantos fieles, excepto durante un Congreso Eucarístico nacional.

El sermón, que fue dicho en francés, inglés, italiano y polaco, fue sencillo pero aleccionador: allí, en el campamento de prisioneros, no había discusiones, odios o intrigas originadas por la lucha por el poder. Había un rey, al que todos amaban y obedecían, y en tal amor y obediencia hallaban la felicidad y la libertad anhelada.

4

El 31 de marzo, a media mañana, el desesperado contraataque de Model había logrado abrir una cuña de trece kilómetros de profundidad en la 3.ª División Acorazada americana, dejando aisladas a las fuerzas especiales de Richardson y Hogan. Collins, el comandante del cuerpo que comprendía a la 3.ª División, aún no estaba al corriente de este hecho, y solo sabía, por boca de algunos prisioneros, que los alemanes iban a lanzar un contraataque contra el flanco izquierdo de sus tropas. En consecuencia, Collins hizo una llamada telefónica a un viejo amigo, el general Simpson. Collins necesitaba ayuda urgente, y no vaciló en recurrir a un ejército perteneciente a otro grupo que no era el suyo. El 281.° Grupo de Ejército de Montgomery debía encontrarse con el 12.° grupo de Bradley cerca de Paderborn, pocos días después, lo cual terminaría por cerrar la bolsa del Ruhr. Pero Collins informó a Simpson que Monty avanzaba muy lentamente, y que la unión debía hacerse antes, si querían evitar que los alemanes escapasen hacia Paderborn.

—Estoy preocupado, Bill —dijo Collins—, pues mis fuerzas se extienden demasiado y se debilitan.

Pidió luego a Simpson que le enviase un comando de combate de la 2.ª División Acorazada hacia Paderborn.

Simpson accedió sin consultar con Montgomery, y al anochecer, su 2.ª División Acorazada comenzó a dirigirse hacia el Sudeste. Cerca de la cabeza de la columna se hallaba el primer teniente William Dooley, comandante de la Compañía E, del 67.° Regimiento Acorazado. No tenía idea de que se hallaba cumpliendo una misión trascendental, y tampoco sabía con exactitud hacia dónde se dirigía. Únicamente le habían ordenado que avanzase rápidamente hasta Lippstadt, una ciudad situada a treinta y cinco kilómetros al este de Pederborn. Reinaba una oscuridad impenetrable, y aunque de vez en cuando

podía oír algún disparo en la lejanía, no notaba nada anormal. Del Sur llegaba el estampido regular de los cañones del Ruhr, donde se estaba librando una batalla decisiva. Los disparos eran tan potentes que hacían estremecer a los mismos tanques.

Pero la Compañía de Dooley solo se enfrentó con disparos aislados de armas cortas, y a las seis de la mañana del Domingo de Resurrección, después de una marcha por carretera de ochenta kilómetros, llegaron a las afueras de Lippstadt. La infantería descendió con aire cansino de los camiones oruga, limpió de enemigos las primeras casas, e inició la marcha hacia el centro de la ciudad. En ese momento hizo su aparición un tanque alemán, que disparó sobre el tanque americano que marchaba en cabeza. La granada rebotó sobre el lado derecho de la torrecilla, y el tanque alemán huyó. Más adelante, los americanos se encontraron con una serie de bloques de hormigón apilados en la carretera, y los mismos civiles alemanes unieron sus esfuerzos para dejar expedito el camino, apartando los obstáculos. El segundo teniente Donald E. Jacobsen, jefe del primer pelotón, recibió la orden de avanzar hacia la ciudad. Una escuadra de infantería había quedado aislada en el interior de un hospital y necesitaba ayuda. Jacobsen cargó su pelotón sobre unos tanques, e inició el avance. En cuanto su fuerza se aproximó al hospital, unos treinta y cinco soldados alemanes se adelantaron, con las manos en alto, y fueron subidos a los tanques. Entonces Jacobsen atravesó la ciudad, buscando alguien con quien luchar. Desde lejos vio algunos tanques que se acercaban desde el Este. Cuando se preparaba para hacer fuego, reconoció los «M-5» de la Tercera División Acorazada.

Era en esos momentos la una de la tarde. Todo el grupo de ejército de Model, integrado por unos trescientos mil soldados, acababa de quedar cercado dentro de la última zona industrial de Alemania,[39] pero para los americanos que llevaron a cabo la histórica reunión, fue un día distinto. Se lanzaron unos a otros alegres pullas y se sintieron sumamente satisfechos al saber que no tendrían que luchar por la ciudad.

Jacobsen no comprendió el significado de lo que había ocurrido, hasta que fue entrevistado por un grupo de fotógrafos y corresponsales congregados al lado de una iglesia. Entonces no pudo dejar de pensar lo poco que sabían los hombres que realmente se hallaban en lo más arduo de la lucha.

Lo que más seguía preocupando a Churchill, aquel día, era la decisión de Einsenhower de dejar Berlín a los rusos. El primer ministro temía que la discusión terminase en algo serio, si no se la cortaba de raíz. A pesar de ello no se decidía a dejar de lado el tema. En consecuencia, decidió enviar a Eisenhower un telegrama razonable y amistoso:

> *«Le agradezco de nuevo su atento telegrama… Me siento abrumado, sin embargo, ante la importancia que tiene entrar en Berlín, la cual puede quedar abierta para nosotros por la réplica que Moscú le dio a usted, y que en el párrafo tercero dice: "Berlín ha perdido su antigua importancia estratégica". Eso debe ser considerado según lo que dije acerca del aspecto político de la cuestión. Juzgo sumamente importante que estrechemos las manos a los rusos lo más al Este que sea posible…».*

Pero este mensaje no produjo mayor efecto en Eisenhower que los anteriores, ya que el comandante supremo se hallaba totalmente abocado a su plan, y creía firmemente en las ventajas que el mismo tenía desde el punto de vista militar.

Cuando Kesselring regresó a su cuartel general, situado en los bosques de Turingia, su jefe de Estado Mayor, Westphal, le informó que había llegado una nueva orden procedente del cuartel general del Führer. Model tenía que defender el Ruhr hasta el último hombre, sin tratar de retirarse bajo ninguna circunstancia.

Kesselring apenas si pudo dar crédito a la orden. ¿Acaso no sabían en el cuartel general del Führer que en el Ruhr solo quedaban alimentos para dos o tres semanas? Por otra parte, Eisenhower podía no tener interés estratégico en el Ruhr, y buscar su objetivo hacia el Este.

El Frente Occidental había dejado de ser un frente de guerra. Blaskowitz, en el Norte, se hallaba hecho trizas. Hausser, en el Sur, no estaba en mejor situación, y los restos de sus tropas se diseminaban en medio de la mayor confusión. En cuanto a Model, en el centro estaba sentenciado. El frente de Kesselring se había evaporado en su totalidad. Desde ese momento solo podía tratar de retrasar lo irremediable.

Bormann estaba escribiendo a su mujer otra vez, desde hacía muchos días,

pintándole la desesperación que se cernía sobre Berlín como una nube tormentosa. Aseguró a su «bien amada» que el comandante del Ejército de Viena era «tan deplorablemente malo que solo podía esperarse allí lo peor», y por consiguiente le aconsejaba que se preparase a trasladarse desde el Obersalzberg al Tirol. «Me hace sentir triste e irritado a la vez, el que por el momento no tenga nada más alegre de que escribirte —terminaba diciendo Bormann—. Procuraré subsanarlo cuando lleguen los ansiados días de la paz».

Pero algunos alemanes aún se resistían a enfrentarse con la realidad del desastre. Himmler sostenía que la situación militar no era desesperada.

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por la nación alemana, pero la guerra debe proseguir —manifestó a sus dos visitantes, el conde Bernadotte y Schellenberg, durante una entrevista que duró cuatro horas—. He dado mi juramento de lealtad al Führer, y ese juramento me compromete totalmente.

—¿No se da cuenta de que Alemania ha perdido la guerra? —inquirió Bernadotte—. Una persona que se halla en su posición, con responsabilidades tan considerables, no puede obedecer a un superior ciegamente, sino que debe tener el coraje de tomar decisiones que beneficien a su pueblo.

Himmler permaneció en silencio, pensativamente. No se movió hasta que le llamaron al teléfono un minuto más tarde. Se puso de pie y abandonó rápidamente la estancia, como si le alegrase tener una excusa para alejarse de Bernadotte. Schellenberg se mostró satisfecho de que su jefe hubiera recibido aquella pequeña lección, y exhortó al conde a que presionase a Himmler aún más.

Pero cuando Himmler regresó, Bernadotte se limitó a hablar de su propia misión, y pidió que todos los daneses y noruegos fueran trasladados rápidamente a Suecia.

Un gesto de aprensión apareció en el rostro del *reichsführer*, que dijo:

—Personalmente accedería complacido a su petición, pero tal vez no me sea posible hacerlo.

A continuación cambió de tema repentinamente y reconoció que el Gobierno alemán había cometido una serie de fatales errores.

—Fue un error no habernos mostrado sinceros con Inglaterra. Por lo que a mí se refiere, bien, ya sé que me consideran como el hombre más cruel y sádico que existe. Pero solo quiero hacer constar una cosa: jamás he vilipendiado públicamente a los enemigos de Alemania.

—Si no lo hizo usted, Hitler lo ha hecho por ambos —contestó Bernadotte

—. ¿Qué fue lo que dijo…? «Aniquilaremos a cada una de las ciudades inglesas». Por consiguiente, ¿puede sorprenderle que los aliados bombardeen sistemáticamente las poblaciones alemanas?

Al día siguiente de la unión de las tropas norteamericanas en Lippstadt, y del hundimiento de la bolsa del Ruhr, Hitler admitió al fin, durante una «conversación privada», que la derrota total no solo era posible, sino muy probable.

—Incluso con esta perspectiva —añadió—, no se desvanece mi fe invencible en el futuro del pueblo alemán. ¡Cuánto más suframos, más gloriosa será la resurrección de la Alemania eterna! Aunque manifestó que no podría vivir en una Alemania sojuzgada, quiso dar algunas «normas de conducta» para aquellos que sobreviviesen. Les aconsejó que respetasen las leyes raciales que se habían establecido, y que mantuviesen indisoluble la unión entre todas las razas germanas.

Luego profetizó que de la derrota alemana solo surgirían dos grandes potencias: Estados Unidos y la Unión Soviética.

—Los factores históricos y geográficos impulsarán a esas dos grandes potencias a una competencia de fuerzas, bien en el terreno militar, en el de la economía o en el campo ideológico. Estos mismos factores hacen inevitable que ambas potencias se conviertan en las enemigas de Europa.

«También es igualmente cierto que las dos potencias, llegado un determinado momento, juzgarán conveniente obtener el apoyo de la única gran nación que quedará en Europa, y que no será otra que el pueblo alemán. Yo afirmo con todo el énfasis de que soy capaz, que los alemanes deben evitar a toda costa el papel de pieza secundaria en cualquiera de los dos campos».[40]

TERCERA PARTE

El Este y el Oeste se encuentran

Capítulo primero

«O-5»

1

La última jugada de Hitler en el Sudeste había fracasado. La ofensiva de Sepp Dietrich, que pretendía escindir primero y aniquilar después a las tropas de Tolbulkhin, comenzó con una acción desesperada, y terminó en el más completo desastre.

El grupo de combate del teniente coronel SS Fritz Hagen, después de sustraer gasolina a otra unidad, llevó a cabo un profundo avance a través del lodo y las ciénagas del centro de Hungría, pero después de cuatro días, y de un recorrido de setenta y dos kilómetros, sus tanques de vanguardia aún se hallaban a treinta y dos kilómetros del Danubio. Cuando Hagen informó de su posición le preguntaron qué demonios hacía tan lejos de los demás, y en seguida le ordenaron que se retirase.

—¿No sabe usted que los rusos están atacando en dirección a Viena? —le preguntaron.

Hagen se mostró disgustado, y aún lo estuvo más cuando se enteró de que en el momento en que Dietrich comenzaba su ataque, Tolbukhin lanzaba el suyo, mucho más potente aún. Consecuencia de ello fue que la mayor parte del Sexto Ejército Panzer de Dietrich quedó destruido en el tremendo encuentro. Los supervivientes fueron retirados apresuradamente, en un desesperado intento por detener el avance de Tolbukhin hacia Viena.

Hagen se retiró con los veinticinco tanques que le quedaban, a una posición que denominaba la autopista de Budapest a Viena. Por allí avanzó la vanguardia de Tolbukhin con tan temerario descuido, que los tanques «Panzer» alemanes, a pesar de estar escasos de municiones, dejaron fuera de combate a 125 grandes tanques «Stalin».

Cuando Dietrich avanzaba por el Nordeste, hacia Viena, se vio obligado a alejarse del Sexto Ejército del general Hermann Balck, para situarse a su derecha, y el 1.° de abril Tolbukhin envió una potente fuerza acorazada a la brecha que había quedado abierta.

Con su flanco totalmente desguarnecido, Balck dijo sarcásticamente al general Woehler, comandante del Grupo de Ejército Sur:

—Si la *Leibstandarte* (la selecta división Adolf Hitler, de Dietrich) no puede resistir, ¿qué van a esperar de nosotros? La transcripción de este comentario irritó considerablemente a Hitler, quien exclamó:

—¡Si mi propia *Leibstandarte* no es capaz de mantenerse firme, les considero incapaces de llevar mi emblema personal!

Y ordenó a Keitel que enviase a Dietrich el siguiente telegrama:

> *«El Führer juzga que las tropas no han luchado como lo exigía la situación, y ordena que las divisiones Adolf Hitler, Das Reich, Totenkopf y Hohenstaufen, sean despojadas de sus brazaletes».*

Según se afirma, después de leer esto, Dietrich, que había reunido a sus comandantes, lanzó el telegrama sobre la mesa y dijo:

—¡He aquí vuestra recompensa por todo lo que habéis hecho durante estos últimos cinco años!

Luego contestó a Hitler que prefería pegarse un tiro antes que llevar a cabo semejante orden, y le remitió sus medallas. En realidad, Dietrich no se mostró irritado con el Führer; estaba plenamente seguro de que le habían informado mal, por lo que decidió desobedecer la orden. Algo, sin duda, que muy pocos comandantes hubieran osado hacer.

De todos modos, el contenido del mensaje de Hitler se divulgó entre los oficiales. Cuando Hagen se enteró, mostróse totalmente desconcertado. Hitler era su ídolo, y nunca podría olvidar el momento en que, con otros veinte oficiales alemanes, fue recibido por el Führer en la Cancillería del Reich. Hitler estrechó maquinalmente las manos que le tendían, pero después de haber pasado ante el arrogante ejemplar de soldado que constituía Hagen, el Führer giró en

redondo y volvió a estrecharle la mano entre las dos suyas, mientras le observaba fijamente con sus penetrantes ojos grisáceos. Desde ese momento, Hagen hubiera dado con gusto su cabeza por el Führer.

El desconcierto de Hagen se convirtió en irritación. Llamó a sus oficiales y dijo:

—Traed un orinal; pongamos en él las medallas y atemos alrededor la cinta de la División Goetz von Berlichingen.[41]

Pero la ira se fue desvaneciendo, y el Grupo de Batalla Hagen regresó al combate.

Malinovsky y Tolbukhin avanzaban al mismo tiempo hacia Austria. Por el norte, Malinovsky se vio frenado de pronto por unas escarpadas colinas, pero Tolbukhin siguió avanzando por la carretera principal, y el 30 de marzo estaba próximo a la frontera austríaca, que distaba solo sesenta y cuatro kilómetros de Viena.

2

Durante el año anterior se habían constituido por toda Austria numerosos grupos de resistencia. A comienzos de 1945, el comandante Carl Szokoll, oficial de Estado Mayor de la Wehrmacht, de nacionalidad austriaca, se presentó ante un grupo conocido como «el Comité de los Siete». Este comité estaba constituido por dirigentes civiles de la resistencia austríaca, de todas las facciones políticas, unidos por su odio común a los nazis. Szokoll les dijo que el éxito de un levantamiento en Austria dependía de la estrecha colaboración entre los grupos de resistencia civiles y militares, y reveló que había formado un fuerte grupo clandestino de patriotas que servían en el ejército germano.

Szokoll era un hombrecillo delgado, de poco más de un metro y medio de estatura. Contaba treinta años de edad, y había tomado parte en la conspiración del 20 de julio, contribuyendo al encarcelamiento de varios funcionarios de la Gestapo y de las SS en Viena. Al fracasar la conspiración, se dio maña para convencer a sus superiores de que había obrado en cumplimiento de su deber.

«El Comité de los Siete» y Szokoll decidieron unir sus fuerzas, y resolvieron denominar a la coalición grupo «O-5». Esta era la cifra clave de las dos primeras letras de la palabra Osterreich (el nombre de Austria antes del *anschluss* de

1938, en que se la designó como Ostmark). Los miembros de la Resistencia comenzaron a escribir el «O-5» en los tableros oficiales de propaganda. La gente se enteró de que era el símbolo del movimiento de resistencia y entonces se convirtió casi en un deporte nacional, para los austríacos de todas las edades, el pintar con tiza dicha cifra, de un extremo a otro del país, dando la sensación de que el movimiento se hallaba más extendido de lo que estaba en realidad.

A mediados de marzo de 1945, los dirigentes de «O-5» tuvieron el convencimiento de que Hitler quería sacrificar a Austria en la lucha final, y de que Viena sufriría el mismo sino que Budapest. Además de salvar a su ciudad, querían demostrar al mundo que a pesar de la prolongada ocupación nazi y del encarcelamiento de centenares de líderes de su resistencia, el deseo de libertad no había muerto en Austria.

El 25 de marzo, el comandante Szokoll manifestó en una reunión del grupo «O-5» que Viena solo podía salvarse si ayudaban al Ejército Rojo a tomarla.

—Si aceptan nuestras condiciones, debemos entregarles la ciudad —manifestó, y explicó a continuación la manera como podría llevarse a cabo lo que proyectaba. Su misión en el Distrito XVII del ejército alemán consistía en contribuir a la formación de una línea que defendiese a Viena de un ataque desde el Este. Ello le había permitido colocar algunos batallones leales al «O-5» en los bosques de Viena, situados al sur de la ciudad. En el momento del ataque final, aseguró Szokoll, se limitaría a retirar dichas tropas, y los rusos podrían avanzar por los bosques, entrando inesperadamente en la capital por la retaguardia, y con la ayuda del grupo «O-5». Viena caería sin gran efusión de sangre. El plan de Szokoll fue aprobado con entusiasmo, y se eligió una comisión para organizar el enlace entre los militares y los civiles.

Cinco días más tarde, siendo Viernes Santo, los habitantes de Viena escucharon por vez primera el retumbar de los cañones de Tolbukhin, que ya se acercaba a la frontera austríaca. Aquella noche el cielo de la ciudad aparecía purpúreo hacia el Sudeste. Se estableció la Ley Marcial, y al día siguiente, por la mañana, se iniciaron los bombardeos de la aviación aliada sobre ferrocarriles, puentes del Danubio e importantes cruces de carreteras. Se produjeron tantos incendios en diversas partes de la ciudad, que los bomberos se mostraron incapaces de luchar contra el fuego. Los vieneses trasladaron sus lechos a los sótanos y refugios, y comenzaron a vivir en la clandestinidad. El tránsito no podía circular a través de las calles llenas de escombros, muchas veces intencionadamente; los tranvías funcionaban deficientemente; solo había gas y

electricidad durante unas pocas horas al día, y muchos distritos carecían de agua por completo.

Los colaboradores políticos y los funcionarios del Partido Nazi, que habían dominado en la ciudad, no osaban aparecer en público con sus uniformes pardos. Por las noches, las carreteras se llenaban de gente que había contado con influencia suficiente para obtener permisos de salida.

La mayoría no podía huir, pero siendo vieneses, no perdían su buen humor, y una de las últimas frases que circulaban era: «El Domingo de Resurrección podremos tomar el tranvía hasta el frente de batalla». Aquello no resultó ser una broma, y en dicho día se corrió el rumor de que Tolbukhin había irrumpido a través de las líneas defensivas de Dietrich, situadas al sudeste de Viena, y se hallaba a solo trece kilómetros de los suburbios. El *gauleiter*, y en esos momentos comisario de Defensa, Baldur von Schirach, antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas, declaró *Festung* a la ciudad, y llamó a los *Volkssturm* para que prestasen servicio inmediato. Niños y ancianos comenzaron a construir trincheras en los alrededores de la población, y todos los civiles se vieron obligados a erigir barreras antitanques en las calles, y barricadas con piedras, árboles y raíles de los tranvías. Los miembros de las Juventudes Hitlerianas recibieron la orden de apostarse con *bazookas* en las trincheras.

—¡Ha llegado la hora de Viena, el momento de la prueba decisiva! —proclamó Schirach.

Un periódico escribió: «El odio es nuestra plegaria, y la venganza nuestra consigna». A su vez, Sepp Dietrich dijo por radio:

—¡No es por nosotros, sino por el Partido! ¡Viva nuestro Führer!

A última hora de ese mismo día, Szokoll se enteró al fin de la posición y la consigna de los últimos refuerzos de Dietrich, formados por dos divisiones de las SS. Ya en poder de esta información, Szokoll reunió urgentemente a los dirigentes del grupo «O-5».

La entrevista se celebró en secreto, la noche del 2 de abril, en uno de los lugares más insospechados: el puesto de mando del Distrito XVII del Ejército, situado en Stubenring, donde Szokoll tenía su despacho.

—¿Quién de ustedes, señores, se ofrece voluntario para exponer mi plan al alto mando soviético? —inquirió Szokoll.

Observó a los que le rodeaban en la habitación, y su mirada se detuvo en Ferdinand Käs, un fornido individuo de treinta y un años. Ambos se conocían desde hacía once años, y sus padres habían servido en el mismo regimiento

durante la Primera Guerra Mundial.

—Ha llegado el momento, sargento —dijo Szokoll.

—Estoy dispuesto, comandante —declaró Käs, al tiempo que daba un paso al frente.

Szokoll dio instrucciones para que rodease la línea principal de fuego, situada al sudeste de la ciudad, y le entregó un salvoconducto falso y un pequeño mapa de la zona. Luego los dos hombres se estrecharon la mano.

Käs se encaminó hacia el Sur en el coche que conducía el chófer del comandante, cabo Johann Reif. Después de recorrer veinticuatro kilómetros, llegaron al famoso balneario de Baden, donde Tolbukhin rompería las líneas alemanas más tarde. Siguieron hacia el Sur veinticuatro kilómetros más, hasta llegar al Wiener Neustadt. Allí comenzaron a rodear hacia el Sudoeste, por carreteras secundarias, y poco antes del amanecer del 3 de abril alcanzaron un sector tranquilo, por donde esperaban filtrarse a través de las posiciones alemanas. Penetraron sin inconvenientes en la línea de batalla, pero cuando lanzaron el coche para atravesarla, los centinelas de los últimos puestos de avanzada comenzaron a disparar sobre el automóvil. El «Opel» resultó alcanzado y varios centenares de metros más adelante se detuvo. Käs y Reif saltaron a una zanja y comenzaron a arrastrarse entre una lluvia de balas.

Poco después, un soldado ruso tocado con un gorro de pieles, y que llevaba en una mano una balalaika, y en la otra un fusil, salió de detrás de un árbol y exclamó:

—*Rukiv verkh*! (¡Arriba las manos!).

Pasaron varias horas mientras los dos austríacos eran llevados de un puesto de mando a otro, y hasta las diez de la noche no llegaron al cuartel general del Tercer Frente ucraniano, situado en Hochwolkersdorf, pueblo a unos dieciséis kilómetros al sur de Wiener Neustadt. Después de una hora de espera, Käs fue introducido en el salón de una gran mansión. Tres generales y media docena de oficiales tomaron asiento alrededor de una mesa y escudriñaron a Käs con mirada recelosa. Uno de los oficiales, el de mayor graduación, coronel general Alexei Sergeievich Zheltov, pidió cortésmente a Käs que tomase asiento, y luego, con acento más tajante le dijo:

—*Nachinaj!* (¡Empiece!).

Käs reseñó el plan de Szokoll, pero manifestó que el mismo no sería puesto en práctica a menos que los rusos dieran algunas garantías: los ataques aéreos contra Viena debían cesar; los miembros del grupo «O-5» no serían detenidos

por los soviéticos, y los prisioneros de guerra austríacos serían liberados antes que los demás.

Disgustados ante las exigencias austríacas, los demás oficiales rusos se mostraron menos corteses que Zheltov, y comenzaron a bombardear a Käs con preguntas:

—¿Qué es el grupo «O-5»? ¿Poseen armas, municiones, tropas? ¿Quiénes son los jefes? ¿Qué son: sociales demócratas, socialistas, comunistas o fascistas? ¿Cuál es la situación política de Austria? ¿Cuál es la fuerza actual del Partido Social Demócrata? ¿Y la del Partido Comunista? ¿Acaso no son nazis todos los austríacos? De no ser así, ¿por qué acogieron con tanto entusiasmo a Hitler cuando este entró en Austria?

Käs comprendió que estaban tratando de tenderle una trampa y contestó con mucha cautela. Por fin colocaron un gran mapa sobre la mesa, y Käs señaló Hochwolkersdorf.

—¿Cómo sabe usted dónde nos encontramos? —le preguntó uno de los presentes, sorprendido.

—Porque hay una señal sobre el cuartel de bomberos —contestó, y todos se echaron a reír.

Käs mostró las posiciones germanas sobre el mapa, y luego dijo:

—La guerra ha terminado prácticamente, y cada soldado que muere ahora, muere en vano. Nosotros, los austríacos, queremos que ustedes consideren a Viena como una ciudad abierta. Los nazis la han declarado ya *Festung*. El movimiento de resistencia no es lo suficientemente poderoso para evitar la destrucción de Viena, pero puede conducir las tropas rusas hasta la ciudad, sin que se produzcan muertes inútiles.

Käs demostró la forma en que el Ejército Rojo podría avanzar a través de los bosques de Viena, de Baden, y luego dar un rodeo y entrar en la capital por el Oeste. Allí los miembros del «O-5» entrarían en contacto con los rusos y les conducirían hasta el corazón de la ciudad, mientras otras fuerzas de la Resistencia se apoderaban de lugares estratégicos.

Un oficial ruso de Inteligencia comprobó la situación de las fuerzas germanas que Käs había dibujado en el mapa, y manifestó que todo estaba de acuerdo con sus informes. Esto impresionó favorablemente a varios oficiales rusos, pero otros aún seguían teniendo sospechas. Uno de ellos, un ceñudo general de división, dijo que no creía que Käs fuera solo un sargento mayor, sino que evidentemente era un oficial enviado por el Alto Mando alemán para atraer a

una trampa a las tropas soviéticas. Käs se dirigió al general Zheltov, que le había parecido un hombre inteligente y objetivo, y se ofreció voluntario para dirigir el primer tanque de la columna rusa. Zheltov quedó convencido, pero afirmó que la aprobación final debería darla el Alto Mando de Moscú. La respuesta llegaría pocas horas más tarde.

Al día siguiente, 4 de abril, despertaron a Käs muy temprano y le llevaron hasta la habitación donde se había celebrado la entrevista el día anterior. El ambiente era más propicio y Käs vio algunas caras nuevas. Un general de edad avanzada, que el día anterior apenas había hablado, se puso de pie, y después de encender un cigarrillo, dijo en alemán:

—El Alto Mando del Ejército Rojo ha aceptado las condiciones de la organización austríaca de resistencia.

Prosiguió diciendo que el grupo «O-5» debía comprometerse a ocupar los puntos clave de la ciudad, tales como los edificios públicos y los puentes, y a restablecer la administración civil y la Policía. El grupo «O-5» conduciría al Ejército Rojo hasta Viena, pero serían los rusos quienes combatirían.

Zheltov intervino diciendo que si Käs accedía, los ataques de los Aliados contra el este de Austria cesarían inmediatamente, y el Ejército Rojo protegería las instalaciones esenciales para la vida de la capital.

—Acepto en nombre de Viena —dijo Käs, poniéndose de pie.

Zheltov también se puso de pie, y ambos se estrecharon la mano. Se encaminaron de nuevo hacia la mesa donde se hallaba el mapa con el plan de ataque del Estado Mayor General del Ejército Rojo. Una flecha aparecía trazada sobre los bosques de Viena, hasta la parte posterior de la capital. Tolbukhin seguiría el plan de Szokoll. Otra flecha se dirigía hacia la ciudad desde el Nordeste: era el Segundo Frente Ucraniano, de Malinovsky. En ese momento repiqueteó el timbre del teléfono. Dijeron a Käs que era el mariscal de campo Alexander, desde Italia, el cual había prometido secundar la promesa del Ejército Rojo de no bombardear Steiermark, ni la Baja Austria, ni Viena.

Käs se sintió enormemente aliviado. Lo único que le faltaba era regresar a Viena.

Una muestra de la importancia que Hitler concedía a Viena, fue el hecho de que ordenase a una de las divisiones Panzer que defendían Berlín, su traslado a las defensas de la capital austríaca. Por la misma orden se privaba a Heinrici, del Grupo de Ejército Vístula, de dos divisiones de infantería, que pasaban al Grupo de Ejército del Centro, bajo el mando de Schoerner.

Heinrici se dio cuenta de que aquel traslado de tropas podía significar el hundimiento de su frente, ya bastante disperso en esos momentos. La pérdida de tres divisiones resultaría catastrófica, y su única salvación consistía en hallar reemplazos inmediatamente. Solo se le ocurrió una solución: solicitar el envío de los dieciocho fogueados batallones del coronel Biehler, que se hallaban en el interior del *Festung* de Francfort. Estos deberían ser retirados más allá del Oder, y colocados a lo largo de la importante autopista Francfort-Berlín. Aquello, lógicamente, suponía que Heinrici debía convencer de algún modo al Führer para que suspendiese el *Festung* de Francfort.

En la tarde del 4 de abril, Heinrici y su oficial de operaciones, coronel Eismann, atravesaron el jardín de la Cancillería para dirigirse a la entrada del *bunker* subterráneo. El jardín era un conglomerado de árboles caídos, trincheras y nidos de ametralladoras. Los dos militares descendieron los escalones, hasta llegar al refugio del Führer. Dos fornidos guardias SS se les acercaron y les preguntaron cortésmente si permitían que les registrasen. Heinrici asintió y uno de los soldados le miró en los bolsillos y le palpó cuidadosamente el cuerpo. Vaciaron la cartera de Eismann, y por fin les permitieron seguir adelante. Todo se hizo correctamente, de manera digna, pero Heinrici no dejó de pensar: «¡A dónde hemos llegado!».

Al final del prolongado corredor se hallaban reunidos unos treinta importantes funcionarios. Una vez que se hubo servido café y bocadillos, Von Keitel dijo:

—Las siguientes personas deberán entrar para dar sus informes… —y nombró a Doenitz, Bormann, Jodl, Krebs, Himmler, Heinrici y Eismann.

Heinrici entró en el pequeño salón de mapas, donde aparecían una serie de bancos dispuestos lateralmente, un gran mapa y una silla, junto a él. Todos tomaron asiento en los bancos, a excepción de Bormann, que lo hizo sobre un cajón que había en un rincón. En seguida se presentó Hitler, que llevaba gafas oscuras. Después de estrechar la mano a Heinrici y Eismann, el Führer tomó asiento.

Krebs sugirió que Heinrici y Eismann hablasen en primer lugar a fin de que pudieran regresar cuanto antes al campo de batalla. Hitler asintió, y Heinrici comenzó a describir vívidamente la situación que reinaba en su frente. De pronto se volvió hacia Hitler, y le propuso que los dieciocho batallones de Biehler fuesen retirados del *Festung* de Francfort. En seguida, se preparó para la violenta reacción del Führer.

Hitler no pareció incomodarse lo más mínimo. Heinrici llegó a preguntarse, incluso, si estaría despierto, ya que no podía verle los ojos a través de los cristales oscuros. Por fin, el Führer se volvió con lentitud hacia Krebs y le dijo:

—Creo que el general tiene razón.

—Sí, mi Führer —contestó Krebs, al tiempo que Doenitz movía afirmativamente la cabeza.

—Adelante, Krebs —murmuró Hitler—. Dé las órdenes.

Heinrici quedó sorprendido ante lo fácil que había resultado su gestión. De improviso se abrió la puerta y Goering entró ruidosamente en la estancia. Tras pedir disculpas por llegar con retraso, colocó su abultado abdomen contra la mesa y anunció pomposamente que acababa de visitar una de las divisiones aerotransportadas suyas, que estaban en el frente de Heinrici. La voz de Goering hizo estremecer a Hitler, como si hubiera estado dormitando. El Führer se puso de pie y exclamó con voz aguda, mientras le temblaban las manos a causa de la excitación:

—¡Nadie me comprende! ¡Nadie hace lo que yo quiero! ¡En cuanto al asunto del *Festung*, ya hemos resistido con éxito en Breslau, y hemos contenido a los soviéticos muchas veces, antes de ahora, en Rusia!

Todo el mundo quedó en silencio, a excepción de Heinrici, quien comprendió que estaba a punto de perder lo que había ganado unos instantes antes. Movió entonces la cabeza y manifestó que las tropas Volkssturm no podrían contener a los rusos. Declaró que debía considerarse un *Festung* de dos maneras: los defensores podían luchar hasta el último instante, y dejarse matar, o bien podían contener al enemigo y retirarse, para reanudar luego la lucha, en el momento oportuno.

—¿Quién es el oficial que se halla a cargo de Francfort? —interrumpió Hitler, secamente.

—El coronel Biehler.

—¿Es un Gneisenau?[42]

—Lo sabremos después del primer ataque soviético importante —declaró Heinrici—, pero creo que lo es, en efecto. —Quiero verle inmediatamente.

Heinrici afirmó que aquello era imposible, hasta que transcurriesen al menos un par de días, y de nuevo insistió en la retirada de los batallones del *Festung*.

—Está bien —concedió Hitler—. Le autorizo a que retire seis batallones. ¡Pero Francfort seguirá siendo un baluarte!

Comprendió Heinrici que aquello era todo lo que iba a conseguir, y comenzó a exponer su plan defensivo ante el inminente avance de las tropas de Zhukov. Planeaba una retirada subrepticia de las tropas de primera línea, a posiciones preparadas de antemano. Hitler aprobó la idea, pero inquirió:

—¿Por qué no se traslada ahora a esas posiciones?

Heinrici explicó que deseaba hacer creer a los rusos que la línea principal se hallaba unos cuantos kilómetros al Este. Poco antes de que los soviéticos comenzasen a bombardear esa línea falsa, sus hombres se escabullirían hasta las defensas verdaderas, dejando tras ellos una fuerza ficticia. Las granadas caerían en terreno vacío, por consiguiente. Admitió que había aprendido esa artimaña de los franceses, en la Primera Guerra Mundial. Hitler sonrió complacido, y Heinrici pensó que ese era el momento de lamentarse por la transferencia de tantas unidades a Viena y Schoerner.

—Pero no es mucho lo que me ha quedado del Noveno Ejército —declaró—. Esto es un rudo golpe para mí.

—Y para mí también —contestó Hitler, sarcásticamente.

—Los rusos están a punto de atacar —protestó Heinrici—. ¿Qué refuerzos puedo esperar?

El Führer pareció algo desconcertado, y después de unos momentos manifestó:

—¿No le han dicho que van a reforzarle numerosas tropas procedentes de Prusia Oriental, así como fuertes columnas de tanques pesados?

—Eso no es del todo seguro —declaró Krebs, manifiestamente inquieto—. Esas columnas también van para el general Schoerner.

—No comprendo nada de esto —exclamó Heinrici—. No sé lo que ocurre en la zona de Schoerner.

Hitler no pareció mostrarse muy preocupado, y con certidumbre que asombró a Heinrici contestó:

—El ataque principal del enemigo no tendrá lugar sobre Berlín, que solo va a ser objeto de ofensivas secundarias. El empuje principal será sobre Praga.

La confianza de Hitler se debía a un informe del general Reinohld Gehlen, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército, cuyos agentes secretos descubrieron que Stalin había ordenado lanzar el principal ataque soviético contra Praga, debido sobre todo a que Bismark dijo en una ocasión que el que ocupase Praga dominaría el centro de Europa.

Los agentes de Gehlen tenían razón. Lo que ignoraban era que la orden de

Stalin encontró una violenta oposición por parte de Zhukov y otros dirigentes militares, que insistían en hacer de Berlín el blanco principal, puesto que Hitler se hallaba allí.

Así, pues, pese a Bismarck y Stalin, el Ejército Rojo estaba preparando su ofensiva más poderosa contra Heinrici.

Este afirmó que tenía la seguridad de que los rusos atacarían Berlín, y comenzó a hablar de la división aerotransportada de Goering, que había sido situada en la línea que defendía a Berlín.

—Son soldados jóvenes y bien armados —manifestó—. En realidad, excesivamente armados, en tanto que la infantería que está a su lado tiene falta de armas.

Goering sonrió vanidosamente, como si le hubieran hecho un elogio personal.

—Pero esos soldados —prosiguió diciendo Heinrici— carecen de experiencia. La mayoría son reclutas con solo dos semanas de instrucción, y les dirigen pilotos.

—¡Mis soldados son excelentes! —estalló Goering.

—Nada digo contra sus hombres, sino que carecen de experiencia en el combate —contestó Heinrici.

Luego se dirigió a Hitler diciendo que el Grupo de Ejército Vístula iba a ser atacado también por el Norte. Hitler afirmó que aquello era imposible, ya que la zona ocupada por el Tercer Ejército Panzer de Manteuffel se hallaba inundada por completo. Heinrici hizo caso omiso de la observación del Führer, e insistió en la necesidad de disponer de más hombres para defender su prolongado frente. Declaró que una división pierde cuando menos un batallón, en un día de combate.

—¿De dónde voy a sacar quien los reemplace? —inquirió—. ¡Necesito al menos cien mil hombres!

Se produjo un largo silencio. De pronto Goering se puso de pie y manifestó:

—Mi Führer, puedo proporcionar cien mil soldados de la Aviación.

Doenitz declaró a su vez:

—Yo puedo dar doscientos cincuenta mil hombres de las dotaciones de mis buques.

—¡Y yo aportaré quince mil hombres! —exclamó lleno de entusiasmo Himmler, que no podía quedarse atrás.

—¡Ahí tiene a su gente! —afirmó Hitler, dirigiéndose a Heinrici.

Este reconoció que todo aquello era admirable, pero que no podía hacer guerra con «gente», sino que necesitaba divisiones organizadas.

Animado aún por los espontáneos ofrecimientos de tropas, Hitler dijo a Heinrici que utilizase los cien mil soldados de reserva en la segunda línea de defensa.

—Se encargarán de aniquilar a los rusos que irrumpan por las brechas.

Heinrici comenzó a decir que el empleo de tropas inexpertas solo conduciría a una matanza, pero alguien se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Deje ya de lamentarse. Hemos perdido dos horas, hasta el momento.

Pero Heinrici no parecía dispuesto a callarse. Dijo haber inspeccionado las tropas que bordeaban el Oder, observando que la mayoría no tenían experiencia en el combate.

—Por consiguiente, no puedo garantizar que resistan el inminente ataque de los rusos. Y la falta de reservas adecuadas disminuye también considerablemente mis posibilidades de detener la ofensiva soviética.

—Ya tiene usted sus cien mil hombres —aseguró Hitler, reposadamente—. Por lo que se refiere a mantener las líneas, es cosa suya el fortalecer el ánimo de las tropas y darles confianza. Con ello se ganará la batalla.

El Führer parecía hallarse satisfecho, cuando Heinrici se marchó a las cinco de la tarde.

Pero el comandante del Grupo de Ejército Vístula, por su parte, se encontraba profundamente disgustado. Había perdido tres divisiones, y a cambio de ello recibía solo seis batallones y cien mil hombres de escasa utilidad. Además, Francfort aún seguía bajo la orden que la declaraba un reducto a defender hasta el último hombre.

Dos días más tarde Biehler llegó extenuado al *bunker* de Hitler, para informar acerca del *Festung* de Francfort, y mientras esperaba en la antesala se quedó dormido. Cuando al fin le condujeron al salón de conferencias, declaró que podía mantener todas sus posiciones, pero que sus vecinos de la orilla del Oder eran débiles, con lo que los rusos no tardarían en irrumpir a través de ellos.

—Entonces me será imposible seguir resistiendo en Francfort. Sugirió una retirada simultánea de todas sus tropas al otro lado del Oder, así como el fortalecimiento de los flancos en la orilla oeste del río.

—Debe usted fortalecer sus flancos, como desea —manifestó Hitler, con voz

suave—. Y también debe procurar hacer lo mismo en la retaguardia. Pero la cabeza de puente seguirá estando en Francfort, y el Oder continuará siendo *Festung*. Esto es una orden directa.

El Führer miró a Biehler, para que le diera su confirmación, pero este no sabía bien lo que debía contestarle. Comenzó a decir «Sí…», y Hitler le interrumpió, declarando:

—Biehler ha dicho que sí.

—No, mi Führer —replicó de pronto.

Los que estaban a su lado le miraron espantados. Hitler se puso de pie lleno de cólera y señaló hacia la puerta, al tiempo que gritaba:

—¡Salga de aquí!

Biehler recogió sus mapas y demás papeles, y salió de la estancia. Mientras se dirigía hacia la salida del jardín, Krebs corrió tras él y le dijo:

—¡Le han destituido! Vaya a ver al general Busse. El le informará de lo que va a ser de usted.

El hombre que había luchado tan denodadamente en Francfort, no podía dar crédito a lo que oía. Aquello no era posible. Haciendo caso omiso de la orden de Krebs, Biehler se encaminó hacia el cuartel general de Zossen para recibir órdenes. Sin duda todos se habían trastornado momentáneamente en el *bunker*. Pero a Zossen había llegado antes que Biehler la noticia de su caída en desgracia, y los oficiales le eludieron, cuando le vieron entrar. Hasta su viejo amigo, el general Dethleffsen, le dijo:

—Será conveniente que cuides de tu propia seguridad.

Aún desconcertado, Biehler se dirigió hacia el frente, y desesperado al no hallar apoyo de nadie, llamó por teléfono a Heinrici, directamente.

—Biehler —le contestó Heinrici, sin vacilar—. Puede estar seguro de que todo saldrá bien.

Esas eran las primeras palabras positivas que oía Biehler en todo el día. Apenas si pudo creer lo que Heinrici le dijo a continuación:

—Vuelva a Francfort y asuma el mando.

Heinrici sabía más sobre la situación de lo que Biehler creía. Unos momentos antes Burgdorf había llamado a Heinrici para leerle un sarcástico mensaje de Hitler, que decía: «Biehler no es un Gneisenau». Luego Burgdorf dijo a Henrici que Biehler había sido destituido.

—Solicito que se rescinda esa orden —dijo Heinrici—. Biehler debe ser restituido a su puesto, y deberían otorgarle la Cruz de Caballero.

Añadió que era totalmente ridículo prescindir de un hombre que era el espíritu de la cabeza de puente.

—¡Imposible! —replicó Burgdorf—. Son órdenes de Hitler.

—O se queda Biehler, o me voy yo —contestó Heinrici, y colgó el auricular.

4

Habían transcurrido sesenta horas desde que el sargento Käs abandonara Viena, a fin de llevar a cabo su misión de entregar la ciudad a los rusos.

En el puesto de mando del Distrito XVII del Ejército, en la mañana del 5 de abril, Szokoll aún ignoraba si Käs había llegado siquiera hasta las líneas rusas. La noche anterior hubo intenso fuego de artillería, y se dijo que los soldados de Tolbukhin avanzaban hacia los suburbios del sur de la ciudad. Al despacho de Szokoll llegaron varios integrantes del grupo «O-5», llenos de excitación, quienes informaron que las operaciones de resistencia se hallaban a punto. Todos ellos preguntaban si Käs había tenido éxito en su misión.

Szokoll también se veía apremiado por las peticiones constantes del Grupo de Ejército Sur y del general Rudolf von Rünau, el cual debía mandar la defensa final de Viena. Los alemanes pedían a Szokol tropas de reemplazo, que él mismo necesitaba para provocar la agitación en diversos puntos neurálgicos, en cuanto se iniciase la rebelión.

Poco antes del mediodía, el secretario de Szokoll comprobó que en el cielo sin nubes de la ciudad no aparecía un solo avión aliado, contra lo acostumbrado. Szokoll se preguntó si ello se debería a la gestión de Käs, o bien a la proximidad del ataque soviético, por lo cual los aviones angloamericanos no desearían dañar a sus aliados. En ese momento un oficial informó que el avance de Tolbukhin se había detenido. Szokoll comenzó a pensar que Käs había tenido éxito, y envió mensajeros a los demás jefes de «O-5» para asegurarse de que todo marchaba conforme se había proyectado.

En esos momentos Käs y Reif se encontraban a unos cuarenta y ocho kilómetros al sur de Viena. Atravesaron las líneas alemanas junto con una gran multitud que trataba de huir de los rusos. Una vez en territorio alemán, hicieron

señas a un automóvil para que se detuviera. El coche conducía al *gauleiter* de Wiener Neustadt, el cual iba a entrevistarse en Viena con Baldur von Schirach.

Käs le enseñó su salvoconducto falsificado y le pidió que le llevase con él. Cuando Käs supo que se dirigían hacia Baden, lo cual les llevaba directamente hacia las tropas de Tolbukhin, exclamó:

—¡Dé la vuelta, los rusos ya han ocupado Baden!

El jefe del distrito declaró que allí solo había tropas alemanas, e insistió en dirigirse a Viena por el camino más corto. Käs le cogió por la garganta y le dijo que se detuviera. Reif se colocó entonces al volante y se encaminó a la capital dando un rodeo.

Al mediodía entraron en Viena. Las calles se hallaban vacías, las tiendas aparecían cerradas y numerosos tranvías estaban abandonados en medio de la calle. Käs y Reif bajaron del coche cerca del museo Kunsthistoriches, situado en la Ringstrasse.

—*Heil Hitler!* —exclamó airado el *gauleiter*.

—*Heil Hitler!* —contestó burlonamente Käs.

Luego se encaminaron él y Reif hacia el hotel Bristol, desde donde llamaron por teléfono a Szokoll, informándole de que todo había salido bien.

Aquella misma noche los jefes del grupo «O-5» se reunieron con Szokoll en el despacho de este, a las once de la noche, para tomar las decisiones de último momento. Szokoll dijo al comandante Karl Biedermann que colocase las unidades más dignas de confianza de su Patrulla Armada de Viena —integrada por austríacos— en los lugares estratégicos, y que por encima de todo evitase la destrucción de los puentes del Danubio. El capitán Alfred Huth tendría la misión de interferir la emisora de radio de Bisamberg con un pelotón de motoristas. El teniente primero Rudolf Raschke correría con la defensa del edificio del Distrito XVII del Ejército, sede de las futuras operaciones del grupo «O-5». Szokoll dijo que él personalmente encabezaría un grupo de oficiales hasta el puesto de mando del general Von Bünau, obligándole a capitular.

Szokoll declaró a los componentes del grupo clandestino que Tolbukhin se estaba acercando en esos momentos a los bosques de Viena, próximos a Baden. Cuando los soviéticos se aproximasen a la ciudad, lanzarían bengalas rojas al aire, y «O-5» replicaría con bengalas verdes. Los rusos avanzarían con banderas rojas y blancas al frente, en tanto que las fuerzas de la resistencia exhibirían

banderas blancas. El santo y seña sería una palabra de pronunciación similar en alemán y ruso: *Moskva*.

Poco después de concluir la reunión, se divisaron las bengalas rojas que eran lanzadas desde los bosques situados al sur de la capital. Después de unos momentos, el cielo se iluminó con bengalas verdes procedentes de Viena, la cual estaba a oscuras por orden de las autoridades. Szokoll dio la orden de que comenzase la rebelión a media noche. En ese momento, el santo y seña del grupo «O-5», *Radetzky*, sería difundido por la emisora del Gobierno, y constituiría la señal para que todos los grupos clandestinos entrasen en acción. Se tomarían los puentes y los edificios más importantes, comenzarían las huelgas, serían detenidas las personalidades nazis, se interrumpirían las comunicaciones, y se levantarían barricadas al sur de la ciudad, con el fin de evitar la retirada del frente de las tropas de Dietrich. Pero antes de que hubiera podido difundirse por radio la palabra clave, el levantamiento se vio traicionado. Un motorista de las tropas del comandante Biedermann contó a un amigo suyo, el teniente Walter Hanslick, que su unidad se iba a apoderar de la emisora de Bisamberg. Hanslick, que era un nazi fanático, sospechó lo que ocurría e informó a sus superiores. Una hora más tarde Biedermann recibió la orden de presentarse ante el general Von Bünau, en el cuartel general del *Festung*. Biedermann comprendió que había sido descubierto, pero obedeció, pues, a su entender, huyendo hubiera comprometido aún más al levantamiento.

En el cuartel general, Biedermann fue interrogado minuciosamente. Como no revelase nada, le sometieron a tortura. Aguantó hasta las primeras horas del 6 de abril, y al fin dio el nombre de los principales conspiradores: Szokoll, Käs, Raschke y Huth.

A las 4:00 de la mañana, Käs recibió la desagradable noticia de que Biedermann había sido detenido. Esto enfrentaba a Szokol con un grave dilema: podía dejar que siguiese la rebelión, como se había planeado, esperando que Biedermann no revelase nada importante, o bien podía trazar nuevos planes. Decidió seguir adelante, y ordenó al puesto de mando de Bünau que atacase inmediatamente para liberar al prisionero. Cuando Szokoll llegó al cuartel general del *Festung*, se encontró con que el edificio estaba protegido por dos unidades de combate de las SS.

Aquello constituía un doble golpe. No solo Szokoll se veía en la

imposibilidad de rescatar a Biedermann, sino que el cuartel general resultaba inexpugnable, y no había posibilidad de obligar a Von Bünau a capitular. Szokoll comprendió que su puesto de mando en el edificio del Distrito XVII del ejército carecía de seguridad, por lo que envió allí a Käs con órdenes de retener el edificio a toda costa, hasta que él pudiera regresar.

Käs llegó al puesto de mando a las 6:30 de la mañana, dio las órdenes oportunas a Raschke, y mandó llamar a los guardias, a quienes ordenó que detuvieran a todo aquel que tratase de entrar en el edificio dando la consigna de la pasada noche, Gneisenau. Pero un momento más tarde el comandante Neumann, jefe de Estado Mayor de Von Bünau, irrumpió en el despacho de Raschke —le habían dejado pasar con el santo y seña del grupo «O-5», *Radetzky* —e inquirió:

—¿Dónde está el comandante Szokoll?

—Está en su casa… le dolía el estómago —contestó Ratschke. El edificio quedó cercado totalmente por los alemanes, pero dos secretarias pudieron llamar por teléfono a Szokoll y a otros jefes del grupo «O-5», informándoles de los inesperados acontecimientos.

Szokoll pensó que nada podía haber salido peor: Biedermann había sido capturado; Von Bünau se hallaba a salvo en su puesto de mando; se había perdido el edificio del Distrito XVII con sus armas, y estaban arrestados importantes componentes de su movimiento clandestino. Con ello, resultaba imposible llevar a cabo la fase militar del levantamiento.

Pero aún quedaba una esperanza. Cuando los conspiradores civiles se enteraron de aquella serie de desastres, no perdieron la cabeza. Sus centros de reunión y los núcleos de combate no habían sido descubiertos, y los dirigentes aseguraron a Szokoll que cumplirían con el cometido que les había sido asignado. A las unidades armadas del grupo «O-5» se unieron los soldados austríacos desertores del ejército alemán, los cuales habían permanecido escondidos durante varias semanas en los parques de la capital. Al concluir el día, la rebelión adquiría renovados bríos.

El mando alemán no llegaba a vislumbrar el alcance de la rebelión, y las detenciones provocaban una inquietud general. ¿Podía confiarse en alguna unidad austríaca? Esta preocupación quedó relegada a un segundo plano cuando llegó otra noticia aún más alarmante: ¡Los rusos estaban atacando a Viena desde la retaguardia!

Se ordenó el envío de contingentes de tropas hacia el oeste de la ciudad, pero

ya era demasiado tarde: los tanques del Ejército Rojo ya avanzaban a través de los jardines de Grinzing y de otros puntos claves de las afueras, en el noroeste de Viena. Hasta el momento, los rusos no se habían encontrado con tropas alemanas, y las dotaciones de los tanques avanzaban despreocupadamente, con las escotillas abiertas. Los hombres del grupo «O-5» trataron de conducirlos hasta el centro de la ciudad, pero los soviéticos no confiaban excesivamente, y se mantuvieron en las afueras.

Por toda la ciudad los habitantes comenzaban a salir de sus sótanos y bodegas, para colocar sábanas y fundas de almohadas en las ventanas y puertas de sus domicilios. Cuando algunos soldados alemanes trataron de hacerse fuertes en las casas, algunos propietarios se opusieron resueltamente. Grupos de mujeres gritaban a los alemanes que se marcharan a su país, y los soldados austríacos que desertaban, se ocultaban en domicilios particulares, donde les proporcionaban ropas civiles. Millares de trabajadores forzados vagaban por las calles en busca de armas. Polacos, ucranianos, checos, servios, griegos, franceses y belgas regateaban con los civiles para conseguir cualquier arma, fuera blanca o de fuego, ofreciéndoles a cambio hasta sus vestimentas. Todos querían ajustar las cuentas a sus antiguos amos. Los rumores de la rebelión se extendieron hasta el frente, y hasta los mismos alemanes comenzaron a desertar. Cuando Dietrich se enteró de que las tropas de Tolbukhin habían pasado a través de sus líneas y casi habían cercado a Viena, se dio cuenta de que no podría resistir más. Amaba la vieja ciudad y no quería verla convertida en un campo de batalla donde no había esperanzas. Desoyendo la orden de vender caro cada palmo de la población, Dietrich mandó a sus tropas que se retirasen más allá de la misma, para formar otra línea de defensa algo más lejos.

Al anochecer las tropas rusas afluían hacia Viena desde el Este casi sin oposición alguna, en tanto que los componentes del grupo «O-5» circulaban por las calles disparando contra todo aquel que llevaba uniforme alemán. Aquella noche, el jefe de Estado Mayor de Dietrich informó al Grupo de Ejército Sur: «Los disparos han comenzado en el interior de Viena, pero proceden de los austríacos contra nuestras fuerzas, y no de los rusos».

El éxodo aumentó cuando los bomberos, los guardias antiaéreos y hasta los policías, se unieron a la desordenada muchedumbre que huía de la ciudad.

Al día siguiente, 7 de abril, el cuartel general militar y civil del grupo «O-5» se trasladó al palacio de Auersperg, propiedad de la princesa Agatha Croy, la cual pertenecía asimismo al movimiento de resistencia. Desde allí, Szokoll y los

jefes civiles continuaron dirigiendo el alzamiento, que había adquirido tales proporciones que el general Von Bünau llegó a telegrafiar lo siguiente al Führer:

> *«La población civil, izando banderas rojas y blancas, dirige contra nuestras tropas un fuego aún más intenso que el del enemigo».*

Berlín le contestó de este modo:

> *«Proceda contra los rebeldes de Viena con los medios más brutales a su alcance. Hitler».*

Entrada ya la noche, las avanzadas soviéticas del grueso del ejército se aproximaban a Viena, en la cual habían estallado numerosos incendios. Las pocas brigadas de bomberos que aún quedaban en la ciudad, corrían de distrito en distrito tratando en vano de apagar las llamas.

El domingo 8 de abril, los soldados de Tolbukhin, que habían sufrido retrasos por dificultades en el suministro, se internaron aún más en los suburbios de la capital, donde casi no hallaron resistencia. Los socialistas de la zona convencieron a la mayoría de los defensores y les hicieron entregar las armas y quitarse el uniforme. En un solo distrito los habitantes ayudaron a los soldados alemanes a convertirse en «civiles austríacos», despojándoles del uniforme y ocultándoles en buhardillas y sótanos. Los primeros rusos entraron dentro del casco urbano hacia el mediodía. Sus disparos fueron escuchados por Paula Schmuck Vachter, que se ocultaba con su hijo de seis años y su madre en el sótano de la casa. Al oír airadas voces arriba, creyó que todos iban a morir. Para calmarse se puso a leer *Fausto*, de Goethe. Una de las partes la repitió varias veces:

> *«… Todo parece como un sueño angustioso, donde reina la confusión sobre el desorden, y la falta de ley es la ley, creando un mundo de errores interminables».*

La madre de Paula escondió a esta y a su hijo en la carbonera, y murmuró:

—«Nacerán más niños y la vida proseguirá».

Sin embargo, los rusos no justificaron el miedo que se les tenía. Se mostraron corteses e incluso cariñosos con los niños. Pusieron de manifiesto gran interés por todo objeto mecánico que desconocían, y algunos gozaban tirando de la cadena de los inodoros, que no habían visto hasta aquel momento. Otros tomaron el inodoro por una fresquera con agua y colocaban los alimentos dentro del artefacto. Hubo algunos que perdieron la comida al tirar de la cadena sin querer,

y pegaron a los dueños de la casa por creer que habían saboteado la fresquera.

En un piso cercano al de Paula los rusos se mostraron afectuosos, hasta que uno de ellos fue herido por un tirador apostado. Los encolerizados camaradas del herido obligaron entonces a un soldado austríaco enfermo a pegar fuego a su piso. En cuanto el austríaco creyó que los rusos se habían marchado, empezó a echar cubos de agua sobre las llamas. Pero un ruso de alto sombrero caucasiano regresó y disparó un tiro en la cabeza al herido. Una mujer comenzó a llamar asesino al ruso, mientras lloraba desesperadamente, y el ruso se limitó a enfundar la pistola mientras decía:

—Ustedes buenos, nosotros buenos. Ustedes malos, nosotros malos.

Puede decirse que en la zona de Viena no había plan de lucha ni línea de fuego. Algunos grupos de soldados alemanes se defendían en numerosos puntos de la ciudad, pero la bandera roja, blanca y roja flameaba en numerosos edificios. Los rebeldes tenían en su poder el Parlamento y el Ayuntamiento. Otros integrantes del grupo «O-5» invadían la sede de la Policía, en Schottering, poniendo en libertad a los prisioneros que allí se hallaban.

El general Von Bünau, sin embargo, seguía firmemente atrincherado en la Ciudad Interior, que estaba rodeada por la amplia avenida denominada Ringstrasse, y por el canal del Danubio hacia el Nordeste.

Por la tarde, una pequeña caravana de automóviles salió de la zona del *Festung*, para dirigirse hacia una plaza cercana. Unos miembros de la Gestapo, y tropas de las SS, sacaron a Biedermann, Huth, y Raschke de uno de los automóviles. Les quitaron las insignias de los uniformes y procedieron a atarles las manos a la espalda. Lanzaron una cuerda alrededor de una señal de tránsito y luego ataron la soga al cuello de Biedermann. Este fue ahorcado, lo mismo que Raschke, unos minutos más tarde. Después ataron otra cuerda a un indicador de parada del tranvía, y colocaron el nudo corredizo alrededor del cuello de Huth, el cual gritó antes de morir:

—¡Por Dios y por Austria!

Pero en el interior de la fortaleza aún seguía un «traidor». Este era el teniente Scheichelbauer, un miembro del «O-5» que pasaba por leal afiliado nazi. En las primeras horas de la tarde, Scheichelbauer había hecho un notable descubrimiento en la sala de operaciones militares. Era el nuevo plan de defensa de la Ciudad Interior, que describía con detalle la situación y la fuerza de cada una de las unidades leales a Von Bünau.

Scheichelbauer logró apoderarse del plan, que entregó a Szokoll. Los

documentos eran tan importantes que Szokoll decidió llevárselos personalmente a los rusos. El 9 de abril, a las cuatro de la madrugada, y mientras las tropas de Von Bünau eran empujadas lentamente hacia el Danubio, el comandante y diez soldados de escolta cruzaron hacia las líneas rusas. Dos horas más tarde Szokoll se hallaba ante el mismo Tobulkhin. Le habló de las nuevas posiciones alemanas y mostró la forma en que los rusos podían penetrar en la Ciudad Interior a través de una serie de túneles.

El viaje de regreso de Szokoll fue accidentado. Szokoll se dirigió a toda velocidad en su coche hasta un puente del Danubio, en compañía de varios altos oficiales de Tolbukhin. Al llegar al río advirtió, ya tarde, que el puente había sido destruido, y el auto se precipitó al agua. Dos de los rusos murieron, pero Szokoll se salvó. Consiguió otro automóvil y se lanzó temerariamente por la carretera, atravesó las líneas alemanas y llegó poco después, a salvo, al palacio de Auersperg.

5

Al día siguiente regresó a su ciudad otro vienés que estaba preocupado por la suerte de la capital. A petición del propio Hitler, Otto Skorzeny se hallaba en viaje de inspección por el Frente Oriental. Skorzeny estaba comiendo en compañía de Schoerner, cuando se le acercó un ayudante comunicándole que los rusos habían entrado en Viena.

La familia de Skorzeny se hallaba aún en la capital de Austria, lo mismo que dos de sus unidades de comandos, que no quiso él sacrificar en una acción regular de combate. Skorzeny llegó a los suburbios de su ciudad natal. Quedóse asombrado al contemplar la multitud de soldados alemanes que se retiraban en desorden de Viena, y su cólera aumentó considerablemente cuando vio a los heridos avanzando a pie por la carretera, en tanto que muchos hombres ilesos iban sentados en camiones cargados de mobiliario.

Skorzeny vio en ese momento un carro que iba cargado de muebles y en el que viajaban también varios soldados y una muchacha. De un salto aferró por el cuello a un sargento, le dio unas bofetadas y gritó:

—¡Tirad todos esos muebles y haced sitio para los heridos! Luego entregó la pistola del sargento a un herido y le ordenó:

—¡Que carguen solo a los heridos!

Ya había anochecido cuando Skorzeny entró en Viena. Descubrió lleno de alivio que sus dos unidades ya se habían marchado, y entonces trató de averiguar la suerte corrida por su familia. Halló semiderruida la casa de su madre. Esta había salido de Viena pocos días antes. También el piso de su hermano estaba destruido y vacío. A continuación Skorzeny atravesó en su coche las calles desiertas, en dirección a la fábrica que había establecido antes de la guerra y donde se fabricaban andamiajes para construcciones de obras. Los ruidos de la lucha fueron haciéndose más intensos conforme Skorzeny fue acercándose al palacio de Schoernbrunn. Una granada estalló cerca de su coche. Después vio a dos ancianos policías y se detuvo para preguntarles acerca de la situación. Los policías adoptaron una rígida actitud de firmes.

—Coronel —dijo uno de ellos, con un gesto significativo—, *nosotros* somos la línea de defensa de Viena.

En la fábrica no había electricidad, y los obreros se amontonaron alrededor de Skorzeny, tratando de estrecharle la mano, mientras que su secretaria procuraba calentar el agua para el té con una vela. Le dijeron que los tanques rusos habían pasado por allí camino del centro de la ciudad. Los mismos ciudadanos se entregaban al saqueo más que los propios rusos. Era el fin de la Antigua Viena y de Austria, decían.

Skorzeny comprendió que Hitler desearía recibir un informe de la situación que reinaba en el interior de Viena. El hecho de que los tanques soviéticos estuvieran entre él y la Ciudad Interior, no le desalentó en absoluto. Siguiendo las callejas que conocía tan bien, Skorzeny guió al chófer a través de la oscuridad hasta llegar al cuartel general de Von Bünau. Dijo al general que no había visto soldados alemanes, sino muchos rusos.

—Cuando me marche de aquí —manifestó Skorzeny—, diré al Führer que Viena se ha perdido.

El general Von Bünau le preguntó si deseaba ver a Baldur von Schirach, el comisario de Defensa, que se encontraba en el vestíbulo, donde tenía su despacho.

Skorzeny se encaminó hacia una vasta estancia iluminada con candelabros y amueblada con gran lujo. Schirach levantó la vista de su escritorio y le sonrió.

—Ya lo ve, Skorzeny, tengo que trabajar a la luz de las velas —dijo.

—No he visto a un solo soldado alemán —volvió a quejarse Skorzeny—. Los puestos de vigilancia de las carreteras están desiertos, y los rusos pueden

andar por donde les place.

—¡Imposible!

Skorzeny dijo a Von Schirach que se diera una vuelta por la ciudad para comprobarlo por sí mismo. El antiguo dirigente de las Juventudes se resistía aún a creerlo, y cuando Skorzeny le aconsejó que huyese, le contestó:

—No. Jamás abandonaré este puesto. Prefiero morir en él. Pero nada se ha perdido. Se acerca una división desde el Oeste, y otra va a cruzar el Danubio para reforzarnos. Contendremos a los rusos.

—Es usted un iluso —contestó Skorzeny—. Informaré al Führer que Viena está perdida.

Al amanecer del 11 de abril, el automóvil de Skorzeny cruzó el puente de Floridsdorfer bajo un intenso fuego de tiradores apostados que disparaban desde los techos de las casas. Skorzeny se volvió para echar una última mirada a Viena. La ciudad estaba en llamas y el estampido de los cañones hacía vibrar la tierra. Dentro de su ser algo pareció derrumbarse.

En el próximo puesto de mando de la Gestapo que halló, Skorzeny envió el siguiente telegrama a Hitler:

> *«En las calles que conducen al oeste, desde Viena, presencié escenas caóticas. Propongo la adopción de medidas extraordinarias en la ciudad. Viena se halla prácticamente indefensa y caerá en manos de los rusos esta misma mañana».*

Las tropas de Von Bünau se vieron obligadas a retroceder hasta la otra orilla del Danubio, para establecer una línea de defensa fuera de la ciudad. Se procedió a volar cuatro puentes, dejando solo el Reichsbücke, para que por él cruzaran las últimas tropas. Cuando el último soldado de Von Bünau hubo pasado a la otra orilla, un equipo de demolición se preparó a destruir la gran estructura, pero los guardias del puente, que eran miembros del grupo «O-5», volvieron sus fusiles ametralladores contra los alemanes y les obligaron a marcharse.

Durante tres días prosiguió la lucha, pero el 14 de abril concluyó definitivamente la batalla de Viena. Las calles estaban llenas de tanques incendiados y de caballos muertos, y millares de alemanes, vieneses y rusos yacían sin vida unos al lado de los otros. Los heridos y enfermos eran transportados a hospitales de emergencia en carretillas y cochecillos de niños. Mucha gente se parapetó en sus casas, para rechazar a los rusos, a los trabajadores forzados e incluso a los mismos vieneses, que se dedicaban al pillaje y a violar. Se adiestró a los niños para que corrieran al puesto de mando

más próximo en busca de auxilio. Si la patrulla llegaba a tiempo, el delincuente era fusilado en el acto. Pero en otros casos solo se le detenía, o le hacían una severa e inútil advertencia.

Si bien los depósitos de agua se hallaban intactos, las conducciones habían quedado destruidas por las bombas y las granadas, y la gente hacía largas colas ante las pocas fuentes de las que aún surgía el líquido. El problema de la alimentación era todavía mas grave. Los almacenes que no habían quedado destruidos, fueron saqueados por la gente. No había casi nada en disposición de usarse. Las tarjetas de racionamiento resultaban inútiles, y prosperaba el mercado negro.

En las calles imperaba la ley de la fuerza. Extrabajadores forzados extranjeros se apoderaban de las armas y asumían singulares funciones policíacas, en tanto que grupos de saqueadores bien organizados se dedicaban a despojar sistemáticamente almacenes, tiendas y hogares. Funcionarios civiles, nombrados a sí mismos como tales, sacaban a la gente de sus pisos y colocaban en ellos a sus familias. En algunos distritos no había más que decir que una vivienda pertenecía a un nazi, para tomar posesión de la misma.

Ya en esos momentos estaban organizándose distintos movimientos políticos. Ernst Fischer, un notorio comunista vienés, llegó por vía aérea desde Moscú. El doctor Karl Renner, antiguo Canciller, fue llevado igualmente a la ciudad por los soviéticos. El comandante Szokoll fue proclamado por los rusos comandante civil de Viena, y quedó instalado en el Rathaus (Ayuntamiento). A los dos días de hallarse en funciones, se presentó ante él un coronel ruso, que le dijo:

—Le acaban de nombrar jefe de policía de Viena. Sígame, hemos hallado algunos criminales de guerra.

Szokoll declaró que estaba demasiado ocupado para marcharse, pero el coronel llamó a varios guardias, y Szokoll fue llevado hasta un coche que esperaba ante la alcaldía.

Solo entonces el coronel reveló que era un oficial del NKVD. Acusó al comandante de ser un espía de los Aliados Occidentales, que había ido al cuartel general de Tolbukhin para descubrir los planes soviéticos. También se le achacó la culpa del fracasado levantamiento, y le amenazaron con ejecutarle.

Por la tarde, los guardias del NKVD encerraron a Szokoll en un sótano lleno de humedad. El comandante se acostó sobre una alfombra que había encima de unos cajones y se quedó dormido.[43]

Capítulo segundo

«Esas viles mixtificaciones»

1

El activo intercambio de telegramas que provocó la «Operación Amanecer», solo parecía haber agravado la situación. El día de Viernes Santo, Roosevelt recibió un nuevo mensaje. En él, Stalin declaraba que a causa de las conversaciones de Ascona, los alemanes habían podido enviar tres divisiones desde Italia al Frente Oriental.[44] Stalin se quejó, además, de que lo acordado en Yalta, en el sentido de atacar simultáneamente desde el Este, Oeste y Sur, no se cumplía, por parte de los aliados, en Italia.

> *«… Esta circunstancia disgusta al comando soviético y genera la desconfianza… En una situación de tal naturaleza, los Aliados no deben tener nada que ocultarse mutuamente».*

Exasperado, el presidente pidió a Marshall y a Leahy que redactasen una respuesta. La junta de jefes militares se mostraba preocupada ante las acusaciones de Stalin, y temió que una ruptura de relaciones con Rusia fuese «el único milagro que evitase el rápido derrumbe de los ejércitos alemanes». Por todo ello se redactó una contestación que a un tiempo trataba de ser conciliadora y enérgica. El telegrama de Roosevelt decía así:

> *«Debo repetir que la entrevista de Berna*[45] *tuvo por único fin entrar en contacto con competentes oficiales militares germanos, y no para llevar a cabo negociaciones de ninguna especie… Todo este asunto se debió a la iniciativa de un oficial alemán al que se considera allegado a Himmler, y existe*

desde luego la posibilidad de que su único objetivo sea el de crear sospechas y desconfianza entre los Aliados. No hay razón alguna para permitir que logren un éxito en tal sentido. Confío en que la categórica exposición de la situación actual, y de mis intenciones, contribuirá a disipar los temores que usted expresó en su mensaje del 29 de marzo».

Los temores de Stalin sobre lo que ocurriría con las aspiraciones comunistas en el norte de Italia, si los alemanes se rendían en corto plazo, se hallaban bien fundados. Confundido evidentemente por los erróneos informes de sus agentes en Suiza, Stalin envió otro telegrama a Roosevelt el 3 de abril. Era un mensaje que para proceder de un aliado era asombroso y en él se acusaba abiertamente a los Aliados Occidentales de actuar con engaño.

«Afirma usted que hasta el momento no se han llevado a cabo negociaciones. Según parece, no está usted bien informado. Por lo que se refiere a mis colegas militares, que se basan en los informes que poseen, están seguros de que las negociaciones ya han tenido lugar, y que terminaron en un acuerdo con los alemanes, por el cual el comandante germano del Frente Occidental, mariscal Kesselring, abrirá el frente a las tropas angloamericanas, permitiendo que avancen hacia el Este, mientras que los británicos y americanos prometieron, a su vez, atenuar las condiciones del armisticio para los alemanes.

»Creo que mis colegas no andan muy errados. En caso contrario, la exclusión de los representantes del comando soviético, de la conferencia de Berna (Ascona), resultaría inexplicable.

»Tampoco puedo confiar en la reserva de los británicos, que han dejado que usted intercambiase conmigo una correspondencia acerca de un asunto tan desagradable, mientras ellos guardan silencio, cuando es sabido que la iniciativa en el asunto de las negociaciones de Berna pertenece a los ingleses…».

El conciliador telegrama que Eisenhower enviara poco antes acerca de Berlín, pudo incluso haber suscitado las sospechas de Stalin, el cual proseguía diciendo que las «negociaciones» de Suiza permitían a los Aliados occidentales avanzar «casi sin resistencia» por el centro de Alemania, mientras que en el Este la lucha seguía con toda ferocidad.

Uno de los norteamericanos que consideraba improcedentes las exigencias rusas en ese ni en ningún otro asunto, era Averell Harriman. En cuanto el telegrama de Stalin pasó por sus manos, envió otro mensaje al Departamento de Estado manifestando que los soviéticos trataban todos los asuntos únicamente desde el punto de vista de sus egoístas intereses.

«… Han divulgado, en beneficio de su propia política, la especie de que reina una penosa situación alimenticia en los países liberados por nuestras tropas, como Francia, Bélgica e Italia, en tanto que las condiciones son muy satisfactorias en las zonas que el Ejército Rojo ha salvado de la cautividad… Por consiguiente, lamento llegar a la conclusión de que debemos cuidar primero de nuestros aliados occidentales y de otras zonas colocadas bajo nuestra responsabilidad, dejando a Rusia lo restante».

Harriman seguía afirmando que la única forma de apoyar a los pueblos antitotalitarios, y de detener la penetración del comunismo, consistía en ayudar a dichos países a alcanzar rápidamente una situación de estabilidad económica.

«… Por consiguiente, recomiendo que encaremos las realidades de la situación y orientemos nuestra política económica en consecuencia…».

Las conclusiones fueron notificadas al presidente, lo cual sin duda influyó para que este enviase a Stalin, el 5 de abril, el telegrama más enérgico e indignado que se redactó desde el comienzo de la guerra:

«… Resulta inadmisible la creencia del Gobierno soviético de que he llegado a un acuerdo con el enemigo sin obtener primero la total conformidad de usted. …Constituiría una de las mayores tragedias de la historia el que, en el mismo momento de la victoria, ahora ya a nuestro alcance, esa desconfianza, esa falta de fe, llegase a perjudicar al conjunto de la empresa, después de las enormes pérdidas de vidas, material y pertenencias que hemos sufrido».
»Hablando francamente, no puedo evitar una sensación de amargo resentimiento contra sus informadores, sean quienes sean, por esas viles mixtificaciones acerca de mis actos y los de mis subordinados de confianza».

Cuando Churchill recibió una copia del telegrama, se sintió sumamente complacido. Manifestó que la última frase, sobre todo, «parecía el mismo Roosevelt encolerizado». Inmediatamente escribió al presidente manifestando su asombro porque Stalin le hubiese dirigido un mensaje tan ofensivo para el honor de Estados Unidos y de la Gran Bretaña. Luego mandó a Stalin un largo telegrama que concluía así:

«… Me adhiero, junto con mis colegas, a la última frase de la respuesta del presidente».

La nota que Harriman envió al otro día al Departamento de Estado, ponía de manifiesto que la «generosa y considerada actitud» de Norteamérica era tenida por los soviéticos como un signo de debilidad. «No podría enumerar las afrentas casi diarias y la total desconsideración que los soviéticos evidencian en los asuntos que nos conciernen», declaró, y exhortó a que se tomasen urgentes represalias para hacer comprender a los soviéticos que no podían «continuar con su actual actitud, si no era a costa de un gran precio, que pagarían ellos mismos».

La convicción de Harriman de que solo una actitud enérgica daría resultado con los soviéticos, pareció confirmarse con la respuesta de Stalin al mensaje en el que Roosevelt hablaba de las «viles mixtificaciones». Evidentemente inquieto

ante el dolido y agresivo tono del presidente, Stalin trató de suavizar un poco la tensión.

> *«… Nunca he dudado de su integridad o de la confianza que nos merece, del mismo modo que jamás he dudado en ese aspecto acerca de míster Churchill».*

Pero seguía afirmando que los rusos debieron haber sido invitados a la entrevista llevada a cabo en Suiza, e insistió en que su punto de vista era «el único correcto». También declaró —no sin cierta razón— que la lánguida resistencia alemana en el Oeste no se debía solo «al hecho de que se les infligieran rudos golpes».

> *«… Los alemanes tienen 147 Divisiones en el Frente Oriental. Podrían retirar, sin graves perjuicios, de 15 a 20 divisiones de dicho frente, con el fin de ayudar a las fuerzas del Frente Occidental. Sin embargo, no han actuado así, sino que luchan desesperadamente contra los rusos por Zemlenice, una ignorada localidad de Checoslovaquia, que ellos necesitan tanto como un muerto puede necesitar una cataplasma, mientras rinden sin presentar resistencia algunas ciudades tan importantes del corazón de Alemania como Osnabruck, Mannheim y Kassel. Debe usted admitir que este comportamiento por parte de los alemanes resulta bastante inexplicable».*

Stalin también telegrafió a Churchill una vehemente nota de disculpa:

> *«… Mis mensajes son personales y absolutamente secretos. Esto me permite hablar clara y francamente. Esa es la ventaja de la correspondencia secreta; pero si usted toma cada afirmación mía como una afrenta, entonces el valor de esta correspondencia queda considerablemente afectado. Puedo asegurarle que nunca he tenido, ni tengo ahora, la menor intención de ofender a nadie».*

Otros mensajes de Stalin enviados a sus aliados aquel mismo día, aunque manifiestamente vehementes, mostraban una inclinación a mostrarse más razonable. El mariscal dijo a Roosevelt, entre otras cosas, que el asunto polaco había llegado a un punto muerto a causa de que los embajadores de Estados Unidos y Gran Bretaña se habían basado en las instrucciones de la Conferencia de Crimea. Pero unos renglones más adelante, Stalin declaraba tener grandes deseos de arreglar el asunto en el tiempo más corto posible. Aunque no había valido para otra cosa, la indignada frase del presidente acerca de las «viles mixtificaciones» había creado un saludable temor en la Unión Soviética. Una vez que Roosevelt hubo leído el mensaje relacionado con Polonia, telegrafió lo siguiente a Churchill:

«… Tendremos que considerar más cuidadosamente las consecuencias de la actitud de Stalin, así como el paso que deberemos dar inmediatamente. Como es lógico, no tomaré decisión alguna, no haré declaración de ninguna clase, sin consultarle a usted, y sé bien que usted hará lo mismo».

Ambos hombres —con un solo modo de pensar, al fin y al cabo— consideraban que la actitud de Stalin había cambiado lo suficiente como para poder albergar, según afirmaba Churchill, «algunas esperanzas de progreso».

Mientras los diplomáticos disputaban entre sí, las fuerzas anglo-francesas-americanas seguían avanzando en todo el Frente Occidental. Tales éxitos no impedían que los jefes británicos siguieran criticando la decisión relacionada con Berlín. Cuando el delegado de Eisenhower, el mariscal del Aire inglés A. W. Tedder, asistió a la entrevista de jefes británicos del 3 de abril, trató de justificar la actuación de Eisenhower manifestando que este se había visto forzado a tratar directamente con Stalin solo debido a que Montgomery había dado a las tropas una orden que chocaba con sus propias órdenes.

—Me asombra que Ike considerase necesario recurrir a Stalin para dominar a Monty —fue la sarcástica respuesta de Brooke.

En un largo telegrama que enviaron al día siguiente, los jefes británicos pedían a sus colegas americanos que considerasen de nuevo «la conveniencia que suponía para las fuerzas angloamericanas el apoderarse de Berlín lo antes posible». Pero Churchill quiso terminar con la discusión. Estaba convencido de que los americanos nunca cambiarían de parecer, y el 5 de abril envió el siguiente telegrama a Roosevelt:

«Considero terminado el asunto. Y para demostrar mi sinceridad, utilizaré una de las pocas citas latinas que suelo emplear: Amantium irae amoris integratio est. (Las disputas de los amantes son parte del amor)».

Pocas horas más tarde, sin embargo, en un mensaje que envió a Roosevelt acerca de la Operación Amanecer, Churchill no pudo resistir el traer a colación, de nuevo, el asunto de Berlín, y manifestó que deberían «estrechar las manos con los ejércitos rusos lo más al Este posible, y si las circunstancias lo permitían entrar en Berlín».

Eisenhower también se mostró incapaz de dejar de lado dicho tema. Siguió dando largas explicaciones a Marshall, el cual ya había dejado de combatir las

objeciones británicas. Hasta el mismo Montgomery se convenció de que las discusiones ulteriores no darían fruto alguno, y con buen humor telegrafió lo siguiente a Eisenhower:

> *«… Sé muy bien lo que usted desea. Arrollaré por el flanco norte, y haré todo lo que pueda por mantener a las fuerzas enemigas alejadas del ataque principal que lleva a cabo Bradley».*

El Noveno Ejército del general Simpson avanzaba rápidamente hacia el Elba y Berlín, y el general no tenía la menor idea de que la capital alemana no era ya el objetivo final de los Aliados, y por consiguiente no sintió recelo alguno cuando Bradley le ordenó detener su avance «para tomar un respiro». Varios días más tarde, Bradley llamó de nuevo por teléfono y manifestó:

—Adelante.

Simpson dijo a sus comandantes que avanzasen «a toda marcha» hacia Berlín, y decidió realizar el ataque final sobre la autopista de Magdeburgo, con la 2.ª División Acorazada del general Isaac White, y la 30.ª o la 83.ª División de Infantería. Simpson disponía de suministros en abundancia, tenía muchos camiones de diez toneladas, y sus hombres se hallaban en perfectas condiciones.

2

Los frentes de batalla de Hitler se iban derrumbando por todas partes, pero a pesar de ello millares de prisioneros aliados se encaminaban hacia la zona del Reducto Nacional, situada en el sur de Baviera. En hora temprana del 5 de abril, los componentes del grupo que procedía de Hammelburg entraron mojados y ateridos a causa de la fría lluvia, en la cuna espiritual del Nacional Socialismo: la ciudad de Nuremberg.

Causó gran impresión en los cautivos el tremendo destrozo que las incursiones aéreas aliadas habían provocado en la ciudad. Las fábricas de la I. G. Farben se hallaban casi en ruinas, pero aún seguían produciendo. Las calles aparecían obstaculizadas por innumerables vehículos inservibles, y la gente se trasladaba de un lado a otro a pie o en bicicleta. No se veían niños por ninguna parte. Cuando la columna de prisioneros llegaba al otro extremo de la ciudad, el cielo se despejó. Se ordenó a los prisioneros que se detuvieran y les concedieron

una hora para comer. El grupo del padre Cavanaugh tomó asiento en un prado, al calor de los rayos solares, y sus componentes procedieron a consumir los alimentos de la Cruz Roja. A continuación se desperdigaron para dormir un poco. Minutos antes del mediodía alcanzaron a oír las sirenas de alarma antiaérea de la ciudad. Se oyeron fuertes detonaciones en la lejanía. A un kilómetro escaso de distancia, más allá de una franja arenosa, se hallaban las vías del ferrocarril, y al lado se divisaban diversas fábricas, almacenes y depósitos de combustible.

En ese momento, una muchedumbre de alemanes, muchos de ellos soldados, comenzaron a saltar sobre el terraplén de las vías, dirigiéndose hacia donde estaban los prisioneros.

—¡Mirad cómo corren esos Fritz! —exclamó uno de los norteamericanos.

El padre Cavanaugh advirtió una serie de puntos oscuros en el cielo, a gran altura. Eran dos grupos de catorce bombarderos. Luego aparecieron otras dos escuadrillas. Conforme se aproximaban, pudo observar una serie de nubecillas blancas entre los aparatos: eran las granadas antiaéreas.

—¡Dios santo, estamos en blanco! —gritó de pronto uno de los prisioneros.

El sacerdote se puso de pie y con voz serena exclamó:

—¡Haced acto de Contrición, hijos míos!

Y mientras las bombas comenzaban a estallar en las cercanías, principalmente en las fábricas, anunció la breve fórmula de la absolución general. El padre Cavanaugh se cubrió la cabeza con una manta y siguió orando. La tierra se estremecía bajo sus pies. Por fin hubo un momento de calma y miró hacia las factorías, de las que surgían grandes llamaradas y una densa humareda. Unas figurillas como muñecos diminutos huían de allí para ponerse a salvo de la hecatombe.

—¡Al suelo otra vez! —exclamó una voz.

Otras escuadrillas se aproximaban. Se percibió el silbido de las bombas al caer, seguido de atronadoras explosiones. Los depósitos de municiones estaban siendo alcanzados por las bombas. El estruendo de las paredes al desmoronarse ahogó el rumor de la tercera oleada de aviones, cuando esta pasó sobre los prisioneros y dejó caer algo más allá su mortífera carga.

—Creo que esto se ha terminado —dijo el padre Cavanaugh, mirando por debajo de su manta. El polvo y el humo oscurecían extrañamente el cielo, y los hombres parecían aferrarse a la tierra, que se estremecía violentamente. Pero aún no había llegado el final. Después de la tercera oleada de aviones vino la cuarta,

y luego la quinta. Una serie de columnas de tierra y arena se levantaban cada vez más cerca. El estruendo era aterrador.

—¡Un médico, un médico! —comenzaron a gritar numerosas voces lastimeras.

El sacerdote se levantó y comenzó a distribuir rápidamente la extremaunción a cada figura inanimada que descubría, corriendo desesperadamente de un grupo a otro, hasta que llegó a la cabeza de la columna.

—Debo de haber omitido a alguno —murmuró algo más sereno, y se dirigió de nuevo hacia atrás.

—Padre, ayúdenos a sacar a ese hombre de ahí —exclamó un oficial, mirando fijamente a un herido que se hallaba en el interior del cráter producido por una bomba.

Otros cinco oficiales miraban también, como si estuviesen hipnotizados. El padre Cavanaugh sacudió a un par de ellos con violencia.

—¡Vamos, de prisa! —les gritó—. ¡Ayúdenme, tengo otras cosas que hacer!

Luego el padre Cavanaugh se aproximó a Johnny Losh, que yacía tendido boca abajo.

—Hola, padre —dijo Losh, sonriendo forzadamente, a causa del dolor—. Me alegra que no le hayan dado a usted.

—A Johnny le han herido en el vientre, padre —explicó Keough, un amigo de Losh.

El sacerdote observó la camisa manchada de sangre, que habían colocado alrededor del abdomen del herido para evitar la salida de los intestinos, y se dio cuenta de que el hombre estaba agonizando. Le dio la absolución, y trató de animarle.

—¿Cree usted que todo saldrá bien, padre?

—Eso espero, Johnny. Pronto llegará un médico para atenderte.

El padre Cavanaugh encontró después a Douglas O'Dell sentado en el agujero abierto por una bomba. Dos hombres le estaban atando un torniquete —una camisa sucia y desgarrada— alrededor de lo que quedaba de una de sus piernas.

—Bueno, padre, me parece que esto ya no tiene remedio —dijo O'Dell, tristemente, señalando hacia una destrozada pierna, que se hallaba algunos metros más allá—. Ahí queda una parte de mi cuerpo.

Luego dijo que estaba tranquilo y que no culpaba al Señor.

Se acercó entonces el capitán John Madden, el cual dijo al sacerdote:

—Padre, uno de los capellanes protestantes ha muerto, y los hombres quieren que vaya usted.

El padre Cavanaugh se dirigió con Madden hacia otro grupo, y vio el cuerpo exánime del capellán Koskamp. Al inclinarse para ungir al muerto, el sacerdote advirtió que en la frente de este ya aparecía trazada una aceitosa señal de la cruz.

El número de víctimas era elevado. Veinticuatro hombres habían muerto, y muchos más eran los heridos. Los guardias alemanes se congregaron alrededor de los que podían andar, unos cuatrocientos prisioneros, y con ellos siguieron la marcha hacia el Sur. Los cuatro capellanes sobrevivientes, así como tres médicos y siete oficiales, se quedaron atrás para cuidar de los heridos. Luego alinearon en filas a los muertos, y por fin se sentaron en el suelo, agotados.

El sargento de los guardias alemanes preguntó el padre Cavanaugh si tenía un cigarrillo. El sacerdote extrajo un paquete, y de pronto sintió que todo giraba violentamente a su alrededor. Cuando recuperó el conocimiento, se dio cuenta de que alguien le estaba dando de beber en un vaso. Era el sargento alemán, que se hallaba sentado junto a él, en la hierba. Los dos hombres contemplaron la escena dantesca que se ofrecía ante sus ojos, pero no pudieron decir una sola palabra.

Los compañeros de campamento que el padre Cavanaugh había dejado en Oflag XIIIB estaban a punto de ser liberados por la 14.ª División de Estados Unidos, que avanzaba rápidamente hacia Hammelburg. A las once de la mañana del día siguiente, 6 de abril, el comandante del campo, general Von Goeckel, dijo el médico americano, comandante Berndt,[46] que sus compatriotas se aproximaban cada vez más y que no tardarían en tomar el campamento.

—Tengo órdenes de Berlín de retirarme con las tropas de mi guarnición. Por consiguiente, le cedo a usted el mando del grupo americano, y le encargo de proteger adecuadamente a sus compatriotas. También quería pedirle un favor.

El general Von Goeckel señaló a unos cientos de metros más allá, y añadió:

—En esa casa dejo a mi esposa y mi cuñada. Le pido que acepte la responsabilidad de cuidar de ellas en mi ausencia. Estoy preocupado a causa del campamento de los rusos, que será liberado poco después de este.

Al hacerse más próximas las detonaciones, Berndt envió a dos médicos para que vigilasen la casa del general. Desde el segundo piso de la enfermería, el propio Berndt pudo ver a los tanques americanos que ascendían por la ladera de la colina. Resultaba un espectáculo sumamente grato para él. Los americanos avanzaban disparando con sus cañones, pero no hubo respuesta alguna.

Los tanques se hallaban a unos cien metros de distancia, cuando dos ayudantes de Berndt desplegaron un par de banderas de la Cruz Roja y de Estados Unidos, cuyos colores habían sido pintados con mercurocromo y azul de metileno. Los tanques cesaron de disparar, y arrollaron las alambradas, penetrando en el campamento. Prisioneros de todas las nacionalidades salieron a su encuentro, gritando llenos de júbilo. Algunos no podían reprimir su emoción y lloraban inconteniblemente, y otros llegaban hasta a besar los tanques.

Berndt buscó al comandante de la fuerza especial, teniente coronel James Lann, del 47.° Batallón de carros de asalto, y le dijo que el coronel Waters debía ser enviado inmediatamente a un hospital. La noticia fue transmitida al Tercer Ejército, y a las cinco de la tarde, el coronel Charles Odom salió del cuartel general de Patton en avión, para hacerse cargo del yerno del general.

Al día siguiente, 7 de abril, Patton fue a ver a Waters al 34.° hospital de evacuación, de Francfort del Main. Aunque débil y muy delgado, el coronel se hallaba con buena moral, y los médicos aseguraron que además de no correr peligro su vida, probablemente no quedaría paralítico.

—¿Sabía usted que me encontraba en Hammelburg? —inquirió Waters.

—No, no lo sabía —contestó Patton—. Me enteré de que había prisioneros de guerra americanos en el campamento, y quise liberarlos.

Unos ciento veinte kilómetros al Nordeste, dos mujeres alemanas que iban en busca de una matrona fueron detenidas por unos soldados de la policía militar americana, pertenecientes a la 90.ª división, en las cercanías de la mina de sal de Merkers. Mientras charlaban, una de las mujeres señaló hacia la mina y dijo como sin darle importancia:

—Ahí es donde está escondido el tesoro.

No tardó mucho en saber Patton que en la mina de sal habían sido hallados más de mil millones de dólares en billetes de Banco, así como las bóvedas selladas del Reichsbank alemán. Patton llamó personalmente a Eddy, el cual manifestó que las bóvedas, a su entender, contenían el total de las reservas de oro de Alemania. Patton ordenó a Eddy que las hiciese saltar para comprobar el contenido. Si realmente se trataba de las reservas de oro, al anunciarse su caída a manos del enemigo, los billetes de Banco alemanes perderían todo su valor.

Gay tomó el teléfono de manos de Patton, y manifestó jovialmente:

—¡Matt, no se rompa las espaldas tratando de transportar todo el oro!

Al día siguiente Eddy informó que buena parte de las reservas de oro se encontraban evidentemente en la mina de sal. Según la primera apreciación,

debía de haber unos doscientos millones de dólares en oro, así como 2750 millones de Reichsmarks. El cambio oficial asignaba a las monedas un valor de unos 84 millones de dólares, lo cual hacía que fuera aquel uno de los mayores depósitos del mundo. Pero además, en las enormes bóvedas había otro tesoro no menos estimable, y que Eddy no había mencionado: una serie de obras de arte de valor incalculable, entre las que se hallaban las que fueron evacuadas del Kaiser Friedrich Museum, de Berlín.

Patton avanzaba hacia el Este, en dirección a Weimar, cuna de Schiller, Liszt, Goethe… y donde se hallaba también Buchenwald. Este campo de concentración estaba situado en la colina que dominaba la ciudad, no lejos del Roble de Goethe, que el poeta solía visitar en sus paseos. En los ocho años de existencia del campo, unos 56 000 internados habían sido eliminados allí. Su capacidad normal, de unos setenta mil prisioneros, había disminuido a veintiún mil, por las recientes evacuaciones. Pero en numerosas fosas seguían aún muchos cadáveres sin recibir sepultura.

Conforme Patton se iba acercando, el comandante del campo dudaba entre utilizar las amenazas o las súplicas para salvarse.

—Después de todo, no soy de los peores —declaró a los internados, y les rogó que dijeran a los norteamericanos lo benévolo que había sido con ellos. Al mismo tiempo, y para evitar cualquier posible rebelión, decidió ejecutar a cuarenta y seis prisioneros políticos.

Uno de ellos era el doctor Zenkl, antiguo alcalde de Praga y antinazi acérrimo durante muchos años. Cuando su nombre apareció en la lista, Zenkl, junto con otros condenados, decidió esconderse. Enterró sus documentos y notas y escribió una carta de despedida a su familia. Un amigo le cortó el pelo, le afeitó el bigote, le recortó las espesas cejas, y lo trasladó a otro barracón. Durante el resto de la noche, el sexagenario Zenkl se vio obligado a buscar una serie de escondites.

La orden de ejecutar a los cuarenta y seis prisioneros tuvo la virtud de unir los dos movimientos clandestinos del campamento: los comunistas y los anticomunistas. Ambos grupos convinieron en no entregar a los condenados. Con tal fin se pasó una consigna de barracón en barracón según la cual ningún prisionero debería contestar a las listas, en el momento de pasarlas por la mañana. La tensión se elevó conforme se iban acercando las ocho de la mañana, hora en que se pasaría lista. Cuando sonó la hora, ninguno de los veintiún mil prisioneros se presentó en el gran patio central. Por último, Zenkl, observando a

través de una grieta de la pared, vio una figura solitaria que se presentaba a pasar lista. Se trataba de un industrial francés. Los guardias le tomaron el nombre, y le dejaron marchar, como para demostrar a los demás que nada les hubiera pasado de haber obedecido.

El comandante ordenó inmediatamente que se pasara lista de nuevo. Esta segunda vez no apareció absolutamente nadie. Los policías del campamento fueron enviados a los barracones para que buscasen a los condenados. Los guardias se mostraron exageradamente minuciosos en su búsqueda, abriendo incluso los cajones de las mesas. Era evidente que no esperaban ni deseaban hallar a nadie. Y es que cada vez se oían retumbar con más fuerza los cañones de Patton.

Algunos de los que habían conspirado para eliminar a Hitler: Fabian von Schlabrendorff, el pastor Dietrich Bonhoeffer, el almirante Wilhelm Canaris, antiguo jefe de Inteligencia del OKW, y su ayudante, el general Hans Oster, se hallaban enfrentados con la muerte, sin esperanza de salvación. Les habían enviado al campo de concentración de Flossenbürg, cerca de la frontera germano-checa, junto con un extenso grupo de prisioneros eminentes, entre los que se contaba el general Franz Halder, el antiguo canciller austríaco, Kurt von Schuschnigg, el doctor Hjalmar Schacht, el mago de las finanzas, y Josef «*Ochsensepp*» Müller, que habían persuadido al Papa, en 1939, para que actuase como intermediario entre los británicos y un régimen antinazi.

El 8 de abril, Müller fue conducido al cadalso desde su celda, y en ese momento le dijeron:

—El último acto va a comenzar. Será usted ahorcado inmediatamente después de Canaris y de Oster.

Pero allí la situación parecía ser aún más confusa que en Buchenwald. Sin darle otras explicaciones, Müller fue devuelto a su celda, y casi al momento le volvieron a llevar al cadalso, donde le hicieron permanecer de pie. Por fin, alguien declaró:

—Por hoy vamos a olvidarnos de usted.

Y volvieron a llevarle a su celda. Esa misma noche un oficial de la Gestapo, evidentemente desconcertado, se presentó en la celda de Schlabrendorff y le preguntó si era Dietrich Bonhoeffer. Contestó que no, y el oficial se marchó, pero al cabo de unos minutos el miembro de la Gestapo regresó y volvió a preguntar lo mismo. También le hicieron igual pregunta a Müller. Este se dispuso a dormir, pero alrededor de las cuatro le despertó la voz de un niño.

Creyó estar soñando o delirando. Pero ocurría que la esposa del doctor Schuschnigg y su hijito, junto con el doctor Schacht y los generales Halder y Thomas, eran introducidos en esos momentos en una camioneta para trasladarlos a Dachau.

Un par de horas más tarde alguien anunció en voz alta algunos números de celda, y luego Müller oyó que Canaris solicitaba que le permitieran escribir algunas líneas a su mujer. Dos horas después entró un guardia que declaró desconcertado:

—No sé lo que ocurre. Me dijeron que era usted el principal de los criminales, y ahora no saben qué hacer con usted.

Müller se dirigió hacia la pequeña ventana de su celda. Fuera vio a dos oficiales extranjeros (uno era un agente secreto británico, Peter Churchill, detenido en 1943) que se hallaban en el patio de ejercicios.

—¿Es usted uno de los funcionarios importantes que van a ser colgados? —preguntó a Müller desde abajo el compañero de Churchill.

—Eso creo.

—Ya han ahorcado a sus compañeros, y ahora los están incinerando detrás del edificio.

Algunos tenues residuos carbonizados penetraron a través de los barrotes de la celda de Müller, flotando en el aire. Pasaron unos minutos antes de que Müller se diera cuenta, horrorizado, de que aquello podía ser lo que quedaba de Canaris o de Oster.

3

En Berlín, el ministro de Finanzas de Hitler, conde Lutz Schwerin von Krosigk, se dio cuenta a esas alturas de que la guerra estaba inevitablemente perdida, y quiso salvar al pueblo alemán de ulteriores padecimientos. El conde era un ferviente católico, y habiendo estudiado en la Universidad de Oxford, se sentía fuertemente vinculado a Inglaterra. En consecuencia, decidió hacer partícipe a Goebbels de sus preocupaciones acerca del sino que esperaba a Alemania. Tal vez el ministro de propaganda fuese capaz de convencer a Hitler para que negociase la paz con Occidente.

Goebbels también se mostró preocupado, pero manifestó que existían más

posibilidades de lograr la victoria de lo que la gente creía. La escisión entre los bolcheviques y los angloamericanos era cada día más acentuada.

—Lo único importante que podemos hacer, es permanecer alerta, a la expectativa de la ruptura que va a producirse —declaró Goebbels. Eso ocurriría, según él, tres o cuatro meses más tarde.

—Yo también creo que va a ocurrir esa ruptura —replicó el conde, si bien manifestó que para entonces ya sería demasiado tarde, por lo que era necesario no perder un solo momento. Prosiguió diciendo que la situación militar era desesperada, y que había que enviar al extranjero, con carácter oficioso, a varios representantes de reconocida competencia, los cuales podrían negociar con algún intermediario, como el doctor Burkhardt o el Papa.

Ante la sorpresa de Schwerin, Goebbels no solo se mostró de acuerdo con la idea, sino que reveló los pasos que secretamente había dado en tal sentido. Lo único que sabía hasta el momento era que a los norteamericanos y los soviéticos no parecían desagradarles la propuesta, pero los británicos, en cambio, mostraban una actitud totalmente negativa.[47]

—Las negociaciones, por nuestra parte, cuentan con la oposición de Von Ribbentrop —añadió Goebbels, y puso de manifiesto que por desgracia no podía criticar abiertamente, ante el Führer, la actitud del ministro de Asuntos Exteriores, ya que corrían rumores de que el mismo Hitler quería hacerse cargo de dicha cartera.

—Tiene usted que comprender —prosiguió diciendo el ministro de Propaganda— que el Führer no va a escuchar consejos de personas extrañas. Por otra parte, lo del 20 de julio le afectó psíquicamente más que físicamente. Esa traición fue para él un terrible golpe, que le ha hecho aún más receloso y solitario. Pero sé bien lo mucho que el Führer aprecia la honradez y la sinceridad de que usted hace gala, y en cuánto estima sus consejos, pues sabe que nunca ha querido nada para sí mismo.

Goebbels hizo una breve pausa, y luego inquirió:

—¿No le importaría que concertase una entrevista entre usted y el Führer?

Sin dar al atónito conde una oportunidad de contestarle, Goebbels agregó:

—Podrá usted iniciar la conversación dándole un informe acerca de su departamento. El Führer comenzará a hablar de la situación general, y ello le dará ocasión para tratar del tema que nos interesa. Pero recuerde usted que el Führer no puede soportar a los derrotistas. Tendrá usted que elegir

cuidadosamente sus palabras.

—Puede usted pedir al Führer que me reciba —dijo el conde.[48]

De pronto, Goebbels pareció recobrar su antiguo entusiasmo. Describió cómo había leído recientemente a Hitler el relato de Carlyle acerca de los penosos días de la Guerra de los Siete Años, en la que Federico el Grande, abrumado por su evidente derrota en Prusia, declaró que si no se producía un cambio antes del 15 de febrero, se envenenaría. «Valeroso rey —escribió Carlyle —, espera un poco, pues se acerca el fin de tus sufrimientos. El sol de tu fortuna está escondido tras las nubes, y no tardará en aparecer ante ti». El 12 de febrero moría la zarina, y se producía un cambio milagroso en la suerte de Federico el Grande. Al terminar la lectura, aseguró Goebbels, el Führer tenía los ojos llenos de lágrimas.

Luego reveló que el horóscopo de Hitler del 30 de enero de 1933, había pronosticado victorias hasta 1941, y luego una serie de reveses que culminaban en un desastre en la primera quincena de abril de 1945. Pero luego habría un éxito temporal en la segunda quincena de ese mismo mes, seguido de un período de calma, hasta producirse la paz en el mes de agosto. Alemania pasaría tres años de grandes privaciones, pero en 1948 comenzaría a levantarse de nuevo.

Al día siguiente Goebbels envió al conde el horóscopo, y si bien las predicciones no parecían del todo exactas, Schwerin se sintió intrigado por lo que podría ocurrir durante la segunda quincena de abril.

4

Si era verdad que iba a producirse algún cambio increíble en la fortuna de Alemania, este no parecía probable que fuera a producirse en el Frente Occidental. En la mañana del 11 de abril, una avanzada del Primer Ejército de Hodges, el comando de combate B, de la 3.ª División Acorazada, convergía rápidamente hacia Nordhausen, localidad del centro de Alemania donde se hallaban las instalaciones en que se construía una de las principales armas secretas de Hitler, los proyectiles dirigidos de Wernher Von Braun.

Von Braun, que estaba recuperándose de un serio accidente automovilístico, al punto que aún tenía el pecho y el brazo izquierdo enyesados, escuchó el Domingo de Resurrección la noticia de que los tanques de Estados Unidos se

hallaban a pocos kilómetros al sur de donde 61 se encontraba. Temió que los SS siguieran la táctica de «tierra arrasada», preconizada por Hitler, y destruyesen la enorme cantidad de planos y documentos relativos a la «V-2». Decidió que aquello debería ser puesto a salvo. En consecuencia, Von Braun dio instrucciones a su ayudante personal, Dieter Huzel, así como a Berhard Tessmann, jefe de proyectistas de las instalaciones de pruebas de Peenemünde, para que ocultasen los documentos en lugar seguro.

—Lo mejor será hallar una vieja mina o una bodega… algo por el estilo —dijo Von Braun—. No se me ocurre nada más que eso, y no hay tiempo que perder.

Se necesitaron tres camiones para transportar nada menos que catorce toneladas de documentos. La pequeña caravana inició la marcha hacia el Norte, el 3 de abril, en dirección a las montañas Harz, conocidas por sus balnearios, y en las que abundaban las minas. Tessman y Huzel buscaron desesperadamente durante todo el día un escondite apropiado, hasta que al fin dieron con una mina de hierro abandonada, en el retirado pueblecillo de Doernten. Treinta y seis horas más tarde, todos los documentos se hallaban cargados en una pequeña locomotora, y fueron introducidos en el interior de la mina, quedando depositados en el polvorín de la misma.

«Misión cumplida», pensó Huzel, que se hallaba agotado por el esfuerzo realizado. Al día siguiente regresó con su colega y dinamitó la galería que conducía al polvorín. Posteriormente, el anciano guardián de la mina hizo estallar otra carga, quedando de este modo completamente sellada la galería. Solo Tessman, Huzel y el guardián se hallaban al corriente de la situación exacta de los documentos. Y este último no tenía la menor idea del valor incalculable de los papeles que allí había escondidos.

El 10 de abril se detuvo por completo el trabajo en la gran factoría subterránea de las «V-2», en Nordhausen. Los especialistas en proyectiles dirigidos, que entre técnicos y obreros sumaban unas 4500 personas, se dispersaron en dirección a sus hogares, en tanto que los trabajadores forzados regresaban al cercano campo de concentración. Anteriormente ya habían sido enviados quinientos especialistas a unos cuatrocientos cincuenta kilómetros hacia el Sur, hasta Oberammergau —sede de la representación de la Pasión—, por orden del general SS Hans Kammler, comisario especial del programa de armas V, el cual evacuó a los hombres en su tren privado, el «Expreso

Venganza». En la mañana del día siguiente, 11 de abril, la fuerza especial Welborn, de la 3.ª División Acorazada, se aproximaba a Nordhausen por el Norte, en tanto que la fuerza especial Lovelady lo hacía por el Sur. Ambos comandantes habían sido puestos sobre aviso por el Servicio de Inteligencia, el cual les notificó que «debían esperar algo anormal en la zona de Nordhausen».

Creyeron al principio que se trataría del campo de concentración de la ciudad, donde se amontonaban cinco mil cadáveres corrompidos en los barracones y los patios. Pero varios kilómetros al noroeste de Nordhausen, en las laderas del Harz, se encontraron con otros prisioneros vestidos con sucios pijamas rayados, los cuales afirmaron que había «algo extraordinario» en el interior de la montaña.

Los dos comandantes miraron dentro del largo túnel, y vieron numerosos camiones cargados con finos cohetes provistos de aletas. Junto con el comandante William Castille, oficial de Inteligencia del Comando de Combate, ambos penetraron en las entrañas del monte. Castille manifestó que aquello parecía «la cueva de un hechicero». En ordenadas hileras aparecían distintas partes de los proyectiles «V-1» y «V-2», y la maquinaria de precisión se hallaba aparentemente en perfecto estado de conservación.

Cuando el coronel Holgar Toftoy, jefe de Artillería Técnica, destinado en París, se enteró del notable hallazgo, comenzó a organizar la «Misión Especial V-2». Su tarea consistiría en trasladar cien «V-2» completas desde Alemania hasta el Polígono de pruebas de White Sands, en Nuevo Méjico. Pero como nadie se molestó en decir a Toftoy que el área de Nordhausen iba a quedar en la zona soviética al terminar la guerra, el coronel se puso a realizar su cometido sin mayores prisas.

A unos sesenta y dos kilómetros en línea recta, hacia el Sudeste, la avanzadilla acorazada de Patton acababa de entrar en Weimar. En la colina que dominaba la ciudad, la tensión que reinaba entre los prisioneros de Buchenwald resultaba casi insoportable. La liberación debía producirse para ellos en cuestión de minutos. Al mediodía todos los guardias de las SS recibieron la orden de marcharse. Para Zenkl, el antiguo alcalde de Praga, la marcha de los amedrentados nazis constituyó el espectáculo más grato que había presenciado en toda su vida. Cuando el último camión de las SS hubo partido, los prisioneros desarmaron a los desamparados centinelas que habían dejado atrás los nazis, y se apoderaron también de las torres de vigilancia. A continuación desplegaron un gran trapo blanco cerca de la entrada del campamento.

Aquella misma tarde los carros de asalto estadounidenses ascendieron colina arriba y entraron en el reducto cercado. Los jubilosos prisioneros rodearon los tanques, tratando de abrazar a los soldados americanos. Zenkl reconoció al corresponsal de guerra, Edward R. Murrow.

—¡Le conozco de Praga! —exclamo Zenkl.

Pero Murrow no tenía idea de quién podía ser aquella esquelética figura.

—¡Soy Zenkl! —añadió, y a las pocas horas Murrow comunicaba a Londres por radio que el alcalde de Praga había sobrevivido al cautiverio de Buchenwald.

Pero Zenkl estaba muy lejos de hallarse a salvo. Durante los últimos años los comunistas se habían adueñado secretamente del mando en Buchenwald, como en muchos otros campamentos, y Zenkl había sido un anticomunista acérrimo desde el año 1920. Mediante su disciplina de hierro y valentía, los comunistas lograron apoderarse de los puestos clave del campamento, y al fin eran ellos quienes decidían las tareas que cada recluso debía desempeñar. Los comunistas eran los que designaban los jefes de las cocinas, del hospital y del crematorio, así como los prisioneros que se enviaban a trabajar a las fábricas, fuera del campamento. Incluso lograban salvar en muchas ocasiones a sus correligionarios de las cámaras de gas.

Zenkl había tenido numerosos conflictos con los comunistas de Buchenwald, y lo extraño es que aún siguiera con vida. La camarilla comunista no tenía intenciones de dejarle ocupar de nuevo ningún puesto político importante en Praga. Durante una entrevista, Murrow se enteró de este hecho y lo puso en conocimiento de Zenkl. Al anochecer, este huyó del campamento y desapareció entre los bosques circundantes. Horas más tarde detuvo un camión en la carretera, y antes del amanecer llegó al puesto de mando norteamericano, donde al fin se halló a salvo.

Algo más tarde, a unos cien kilómetros al oeste de Buchenwald, Eisenhower, Patton y Bradley se encontraban en el interior de un rudimentario ascensor que manejaba un alemán. Se hallaban en la mina de sal de Merkers, con el fin de inspeccionar las reservas de oro del Reich. Mientras el renqueante cajón descendía por el pozo de seiscientos metros, Patton comenzó a contar las estrellas que había en las hombreras de sus compañeros de armas, y luego, al tiempo que miraba hacia el único cable del que pendía el ascensor, manifestó:

—Si ese cordel se rompe, los ascensos en el ejército de Estados Unidos se verán notablemente estimulados.

—Bueno, George —replicó Eisenhower—, ya está bien. Basta de bromas,

hasta que hayamos llegado al fondo de la mina.

Una vez allí, avanzaron trabajosamente por un túnel débilmente iluminado, hasta llegar a unas cámaras abovedadas donde había sacos llenos de monedas, lingotes de oro, cuadros de gran valor y cestos repletos de monturas dentales de oro. Patton echó una mirada a los cuadros que habían pertenecido a los salones del Kaiser Friedrich Museum. Por lo que a él se refería, bien podían valer dos o tres dólares, y no quedarían mal en un vestíbulo.

El guardián de la mina señaló una docena de grandes sacos de monedas, y explicó que aquellos tres mil millones de Reichsmarks eran las últimas reservas de los billetes de Banco.

—Las necesitarán para hacer frente a los pagos del Ejército.

—Dígale —declaró Bradley al intérprete— que no creo que el ejército alemán siga haciendo pagos por mucho tiempo. Luego Bradley se volvió hacia Patton y añadió:

—Si estuviésemos en los antiguos días en que los militares se quedaban con el botín de guerra, usted sería ahora el hombre más rico del mundo.

Patton sonrió significativamente.

Más tarde, durante la comida que tuvo lugar en el puesto de mando del XII Cuerpo, Patton manifestó que no se había incomodado en absoluto por las protestas de los corresponsales, cuando trató de ocultarles el asunto de la mina de sal.

—Sé que tenía razón, al proceder de esa forma —agregó Patton.

—Hasta que dijo eso, pensé que estaría acertado, en efecto —declaró Eisenhower—, pero si tan seguro está, me temo que se haya equivocado.

Patton guiñó un ojo hacia el otro extremo de la mesa, en donde estaba Bradley, el cual se echó a reír y dijo:

—Pero ¿por qué mantenerlo en secreto, George? ¿Qué iba usted a hacer con tanto dinero?

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Patton, el cual hizo notar que el Tercer Ejército se hallaba al respecto dividido en dos grupos que pensaban de distinto modo. La mitad quería que con el oro se hicieran medallones.

—Uno para cada bergante del Tercer Ejército —añadió Patton.

El resto quería que se escondiese el tesoro hasta que el Congreso decidiese la devolución de las propiedades particulares. Entonces el Tercer Ejército podría sacar el dinero de su escondite para comprar nuevas armas.

Eisenhower movió significativamente la cabeza, al tiempo que se volvía

hacia Bradley y le decía:

—¡Siempre tiene usted respuesta para todo!

Después de la comida el grupo salió hacia el cuartel general del XX Cuerpo, situado en Gotha, en las proximidades de Erfurt. El comandante, general de división Walton H. Walker, les informó acerca de la situación y sugirió que efectuasen una visita al campo de concentración de Ohrdruf Nord.

—Nunca llegarán a imaginar lo despreciables que son estos Fritzs —manifestó Patton—, si antes no echan una mirada a ese agujero de pesadilla.

El hedor a carne corrompida resultaba insoportable antes de que los americanos hubiesen traspuesto la empalizada del campamento. Dentro había unos 3200 cuerpos desnudos, esqueléticos, amontonados en fosas de escasa profundidad. Los supervivientes, cubiertos de parásitos, aparecían dispersos por las callejas del recinto. Eisenhower palideció ante aquel espectáculo. Hasta entonces solo había oído hablar de tales horrores. Sin poder disimular su impresión, manifestó:

—Esto está fuera de la comprensión de la mentalidad norteamericana.

Bradley se hallaba demasiado conmovido para hablar, y en cuanto a Patton, se dirigió a un rincón y se puso a vomitar. Eisenhower, sin embargo, consideraba que tenía la obligación de visitar todas las secciones del campamento. Cuando el grupo se hallaba esperando los automóviles a la entrada, para regresar, un soldado americano tropezó accidentalmente con un guardia alemán, y le sonrió con gesto de disculpa.

Eisenhower miró al joven soldado y le dijo secamente:

—Le resulta difícil odiarles, ¿verdad?

A continuación se volvió hacia los demás generales y les dijo:

—Quiero que cada uno de los soldados americanos que no se encuentre en la línea de fuego, vea este sitio. Se dice que el soldado americano no sabe por lo que lucha. Ahora, al fin, sabrán *contra* lo que están luchando.

Ya en el cuartel general del Tercer Ejército, Eisenhower envió una serie de telegramas a Washington y Londres exhortando a ambos Gobiernos a que enviasen al campamento grupos de legisladores, así como periodistas. Manifestó que había que revelar inmediatamente a los pueblos americano y británico la barbarie del nazismo.

Después de la cena, Patton convidó a Eisenhower a tomar unas bebidas.

—No alcanzo a comprender la clase de mentalidad que tienen que tener estos alemanes para verse impulsados a hacer semejantes cosas —observó

Eisenhower, que todavía no había recobrado su color normal—. Nuestros soldados jamás podrían mutilar los cadáveres como lo han hecho los alemanes.

—No todos los Fritzs tienen estómago para eso —dijo el ayudante de Patton —. En uno de los campamentos hicimos que la población alemana echase un vistazo, y cuando el alcalde y su mujer volvieron a su casa se cortaron las venas.

—Bueno, eso es lo más esperanzador que he oído hasta el momento —contestó Eisenhower—. Indica que algunos de ellos todavía tienen algo de sensibilidad.

Cuando Eisenhower quedó a solas con Patton, le refirió confidencialmente que el Noveno Ejército y el Primero tendrían que detenerse dentro de poco, pero que las fuerzas de Patton podrían continuar avanzando hacia el Sur. Luego reveló espontáneamente algo que no había contado a ningún otro comandante.

—Desde el punto de vista táctico —declaró—, no resulta nada aconsejable que el ejército americano tome Berlín, y espero que las influencias políticas no me obliguen a apoderarme de la ciudad. Esta carece de valor táctico, y arrojaría sobre los americanos la carga de centenares de miles de alemanes, de prisioneros de guerra aliados, y de personas desplazadas.

Patton se mostró sumamente afligido y contestó:

—Ike, no sé cómo puede pensar de esa forma. Es conveniente que tomemos Berlín, cuanto antes mejor, y que luego sigamos avanzando hacia el Oder.[49]

5

En las primeras horas de la tarde de aquel 12 de abril, Goebbels, junto con su ayudante y el doctor Werner Naumann, se encaminaron hacia el cuartel general del Noveno Ejército, situado cerca del río Oder. Allí Goebbels contó a Busse y a sus oficiales la anécdota relacionada con Federico el Grande que ya había contado a Schwerin von Krosigk. Uno de los presentes inquirió con tono escéptico:

—Bien, ¿y cuál es la zarina que va a morir esta vez?

—No lo sé —contestó Goebbels—, pero para los Hados todo es posible.

En ese momento, en Warm Springs, Georgia, solo eran las once de la mañana. En la casa de campo de seis habitaciones apodada «La pequeña Casa Blanca», situada a tres kilómetros de la Fundación Warm Springs, el presidente

Roosevelt estaba tratando de descansar. El mal tiempo había hecho desviar al avión correo de Washington, y la correspondencia de la mañana no llegaría hasta el mediodía. Sin nada apremiante que hacer, Roosevelt decidió quedarse en cama, y se puso a leer la Constitución de Atlanta.

—No me siento nada bien esta mañana —dijo Roosevelt a Lizzie McDuffie, una anciana criada negra, y dejó el tomo de la Constitución sobre la novela de misterio que estaba leyendo.

Esta era *The Punch and Judy Murders*, y se hallaba abierta en un capítulo titulado «Dos metros de tierra».

Una hora más tarde Roosevelt se encontraba sentado en su sillón de cuero, charlando con dos sobrinas, Margaret Suckley y Laura Delano, y con una antigua amiga, la señora Winthrop Rutherfurd. El presidente vestía traje gris oscuro, chaleco y una corbata roja de Harvard. Le disgustaba usar chaleco, pero lo llevaba porque iban a hacerle un retrato. Su secretario, William Hasset, le llevó en ese momento la correspondencia para la firma, y Roosevelt comenzó a firmar las cartas. Una de ellas, redactada por el Departamento de Estado, le obligó a hacer un comentario.

—Una carta típica del Departamento de Estado —dijo a Hassett—. No dice nada de nada.

Una dama alta, de digno porte, comenzó a colocar un caballete cerca de la ventana. Era Elizabeth Shoumanoff, la cual había pintado ya una acuarela del presidente. En esos momentos estaba pintando otra, que Roosevelt tenía intenciones de regalar a la hija de la señora Rutherfurd.

La artista colocó una capa azul alrededor de los hombros del presidente, y comenzó a pintar. A la una de la tarde Roosevelt echó una ojeada a su reloj y dijo:

—Aún nos quedan quince minutos.

Mientras la señorita Suckley proseguía haciendo punto, y Laura Delano se dedicaba a colocar flores en los jarrones, Roosevelt encendió un cigarrillo. De pronto se tocó la sien con la mano izquierda, y en seguida su brazo cayó inerte.

—¿Se le ha caído algo? —inquirió Margaret Suckley.

Roosevelt cerró los ojos y dijo, tan débilmente, que solo ella, que estaba a su lado, pudo oírle:

—Tengo un dolor de cabeza terrible.

Luego se inclinó hacia un costado, y perdió el conocimiento. Eran la 1:15 de la tarde. Habían pasado los quince minutos. Pocos momentos más tarde llegó el

comandante de marina Howard Bruenn, que era el médico que asistía al presidente, y ordenó que trasladasen a Roosevelt a su dormitorio. El enfermo respiraba penosamente. Tenía 104 pulsaciones y muy alta la presión arterial. Bruenn comprendió que se trataba de una hemorragia cerebral, y procedió a aplicar algunas inyecciones al presidente.

A las 2:05 Bruenn llamó por teléfono a Washington, al almirante Ross MacIntire, médico personal del presidente, y le dijo que Roosevelt estaba inconsciente, después de lo que parecía ser un ataque cerebral. MacIntire telefoneó al doctor James Paullin, antiguo presidente de la Asociación Médica Americana, y le rogó que se trasladase inmediatamente a Warm Springs.

Aproximadamente en ese momento Laura Delano se puso en comunicación con Eleanor Roosevelt, en la Casa Blanca, y le dijo que su marido se había desmayado mientras le estaban haciendo un retrato. Poco después MacIntire llamó también a la esposa de Roosevelt. Dijo que no estaba alarmado, pero que creía conveniente que ambos fuesen a Warm Springs por la noche. Le aconsejó, sin embargo, que cumpliese con sus compromisos de la tarde, ya que una cancelación inesperada de los mismos podía provocar excesivos comentarios. En consecuencia, Eleanor Roosevelt partió en coche hacia el Club Sulgrave, con el fin de asistir a una reunión de carácter benéfico.

El doctor Paullin corría en su automóvil por las carreteras secundarias que conocía tan bien, y a las 3:28 de la tarde llegó a la Pequeña Casa Blanca. Encontró al presidente con «sudor frío, color ceniciento, y respiraba con dificultad». Su pulso era escasamente perceptible, y a las 3:32 los latidos desaparecieron por completo. Paullin le administró una inyección intracardíaca de adrenalina. El corazón de Roosevelt volvió a latir dos o tres veces, y luego se detuvo definitivamente. Eran las 3:35 de la tarde, hora de los Estados Centrales.

En Washington eran en ese instante las 4:45, y Eleanor Roosevelt todavía se hallaba en el Club Sulgrave, escuchando el concierto de la pianista Evalyn Tyner. A las 4:50 alguien le susurró al oído que la llamaban por teléfono. Era Steve Early, el secretario de Prensa del presidente, el cual le dijo con voz alterada:

—Venga a casa en seguida.

La señora Roosevelt no preguntó el motivo. Sabía muy bien «que algo terrible acababa de ocurrir». Pero comprendía que «había que guardar la debida compostura», y regresó al salón. Una vez que la pianista hubo concluido la pieza, Eleanor Roosevelt aplaudió y anunció que tenía que retirarse, pues la

reclamaban desde su casa. Mientras la llevaban hacia la Casa Blanca, la mujer de Roosevelt permanecía en silencio, estrujándose las manos.

Eleanor se dirigió en seguida al salón de la Casa Blanca, donde halló a Early y a MacIntire, quienes le dijeron que el presidente había muerto unos momentos antes. Reaccionando automáticamente, Eleanor mandó llamar al vicepresidente Truman, y dispuso lo necesario para trasladarse en avión a Warm Springs aquella noche.

Harry S. Truman se encontraba en el Capitolio, presidiendo una reunión del Senado. Aburrido por el prolongado discurso del senador Alexander Wiley, de Wisconsin, el vicepresidente estaba escribiendo una carta a su madre y su hermana:

«Queridas mamá y Mary:

»Estoy tratando de escribiros una carta desde el escritorio del presidente del Senado, mientras un pomposo senador está pronunciando un discurso sobre un tema que desconoce por completo…

»Tengo que permanecer sentado aquí para hacer respetar las reglas parlamentarias, algunas de las cuales son sensatas, en tanto que otras no lo son…

»Poned la radio mañana a las 9:30 de la noche, de vuestra hora, y oiréis a Harry dirigirse a la nación en el Día de Jefferson. Creo que saldré por toda la red de emisoras, de modo que no os resultará difícil captarme. Después hablará el presidente, al que yo presentaré.

»Espero que ambas os encontraréis bien, y que sigáis del mismo modo.

»Os quiero a las dos.

»Escribid en cuanto podáis.

»Harry».

El Senado levantó la sesión a las 4,56 de la tarde, y Truman entró en la oficina de Sam Rayburn para tomar una copa. El locutor del Senado le entregó un vaso de whisky, y de pronto recordó que Steve Early acababa de telefonear pidiendo que Truman llamase a la Casa Blanca. Un minuto después Early decía a Truman con voz llena de excitación:

—Por favor, venga en seguida y entre por el acceso principal de la Avenida Pensilvania.

Eso fue todo lo que Truman recordaba que le hubiera dicho Early, y más tarde escribió manifestando que no se inquietó en absoluto, sino que imaginó simplemente que Roosevelt había regresado desde Warm Springs. Sin embargo, Rayburn dijo que Truman palideció repentinamente, y uno de los empleados del vicepresidente declaró que este entró con aire agitado en la oficina, al tiempo que manifestaba:

—Me voy a la Casa Blanca.

Truman llegó al edificio presidencial a las 5:25 de la tarde, e inmediatamente le condujeron hasta el despacho que tenía en el segundo piso la mujer de Roosevelt. Solo cuando Truman descubrió que la hija del presidente, Anna Boettiger, y Early se hallaban presentes, comprendió al fin —según escribió más tarde— que «algo desusado había ocurrido».

Eleanor Roosevelt se adelantó hacia Truman con serena dignidad, y colocando una mano sobre su hombro le dijo:

—Harry, el presidente ha muerto.

Truman se sintió incapaz de hablar durante unos segundos. Por fin, dijo:

—¿Puedo hacer algo por usted?

—¿Hay algo que nosotros podamos hacer por usted? —replicó ella—. Pues es usted el que se halla ahora en un aprieto. Entonces Eleanor Roosevelt manifestó lo mucho que lo sentía por él y por el pueblo de Estados Unidos.

Más tarde, la mujer de Roosevelt envió el siguiente telegrama a sus hijos:

> *«Padre se ha dormido para siempre. Sin duda espera que sigáis adelante con vuestras tareas, y que las terminéis satisfactoriamente».*

A las 5:45 el fiscal del Estado (o ministro de Justicia), Francis Biddle, se hallaba en una reunión en compañía del secretario de la Marina, James Forrestal, y de Stettinius, cuando llegó un mensaje para este último pidiéndole que se trasladase a la Casa Blanca. Como Secretario de Estado, le correspondía proclamar la muerte del presidente. Cuando se encaminaba al despacho de la mujer de Roosevelt, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Truman pidió a este y a Early que reuniesen inmediatamente a los integrantes del Gobierno, y una vez más preguntó a Eleanor Roosevelt si deseaba que hiciera algo por ella. Esta preguntó si sería correcto trasladarse en un avión del Gobierno hasta Georgia. Truman le aseguró que sería correcto e incluso aconsejable.

Luego Truman pasó al despacho presidencial, en el ala oeste del edificio, y llamó por teléfono a su esposa y a su hija para que se trasladasen a la Casa Blanca. Después telefoneó al presidente de la Corte Suprema, pidiéndole que se presentase lo más pronto posible, para tomarle el juramento como nuevo presidente de Estados Unidos.

Poco después de las seis, Truman reunió al Gabinete y les dijo que tenía el penoso deber de comunicarles que el presidente había fallecido.

—La señora Roosevelt me ha dado la noticia, y al comunicármelo, hizo notar que «había muerto como un soldado». Solo me queda añadir que procuraré desenvolverme como sé que él hubiera deseado que lo hiciese yo, y también todos nosotros. Desearía que todos ustedes siguieran en sus puestos, y espero contar con toda la ayuda que voy a necesitar. En este aspecto, estoy seguro de que sigo los deseos del presidente.

En toda la nación cundió el asombro aquella tarde, y al principio se creyó que la noticia no era cierta. Cuando Robert E. Sherwood, el dramaturgo y consejero presidencial, se enteró de que Roosevelt había fallecido, se quedó un rato junto al receptor de radio «esperando el anuncio —probablemente de su alegre y tranquilizadora voz— de que todo había sido un error, de que la crisis bancaria y la guerra habían concluido, y que todo marchaba perfectamente bien».

En la Casa Blanca, entretanto, se hacían rápidos preparativos para la jura del nuevo presidente. Poco después de las siete de la tarde hallaron al fin una Biblia, que fue colocada en uno de los extremos de la gran mesa de extraña forma que había sido obsequiada a Roosevelt por Jesse Jones. Truman, con su esposa y su hija a la izquierda, se colocaron ante el presidente del Tribunal Supremo, Stone. Los ojos de la mujer de Truman estaban enrojecidos, y miró con aire asustado a su marido cuando este cogió la Biblia con la mano izquierda. Pero Truman se olvidó de levantar la mano derecha, y Stone se lo recordó con toda calma. En aquellas circunstancias, recordó Forrestal, la serena actitud de Stone prestaba dignidad a la escena.

Repitiendo las palabras de Stone, Truman dijo:

—Yo, Harry Truman, juro solemnemente que desempeñaré fielmente el cargo de presidente de Estados Unidos, y procuraré con toda mi capacidad mantener, proteger y defender la Constitución de Estados Unidos.

Eran en esos momentos las 7:08 de la tarde.

Todos abandonaron la estancia, menos el nuevo presidente y su Gobierno. Tomaron todos asiento alrededor de la mesa, en un ambiente que parecía extrañamente apagado. Truman iba a empezar a hablar, cuando Early irrumpió diciendo que los periodistas se preguntaban si la Conferencia de San Francisco tendría lugar, como estaba previsto, el 25 de abril.

—La conferencia se celebrará como el presidente Roosevelt lo había establecido —replicó Truman, sin vacilar.

Luego miró a los miembros de su Gobierno a través de los gruesos cristales

de sus gafas, y declaró que pensaba continuar con la política extranjera y doméstica de la administración de Roosevelt. Añadió que iba a ser presidente por derecho propio, y que asumiría plenamente la responsabilidad de sus decisiones. Esperaba que no dudasen en aconsejarle, pero dijo que todas las resoluciones finales las tomaría él solo. En el espacio de pocos minutos, Truman demostró que no tenía el menor reparo de poner en claro cuanto pensaba. Después de la breve reunión, Stimson se quedó con el nuevo presidente, diciendo que tenía que tratar con él un asunto de la mayor trascendencia. —Quiero que conozca la existencia de un proyecto de inmensa envergadura que está en vías de realización; un proyecto relacionado con un nuevo explosivo de poder destructivo casi increíble —manifestó Stimson, y agregó que eso era todo lo que podía decirle en aquel momento.

Cuando Truman salió pocos minutos después con dirección a su piso de la Avenida de Connecticut, 4701, aún se sentía abrumado por la noticia.

Todo parecía transcurrir normalmente aquella noche en Berlín, cuando el secretario de Prensa, Rudolf Semmler, recibió una llamada telefónica urgente en el refugio antiaéreo del ministerio de Propaganda. Alguien perteneciente al *Deutsches Nachrichtenbüro*, la agencia oficial de noticias alemana, manifestó:

—Oiga, escuche; ha ocurrido algo increíble. ¡Roosevelt ha muerto!

—¿Está usted bromeando?

—No, esto es lo que dice el despacho de la agencia Reuter: «Roosevelt ha fallecido hoy al mediodía».

Semmler repitió en voz alta la noticia. Los adormecidos ocupantes del refugio se pusieron repentinamente de pie, totalmente despiertos, y comenzaron a lanzar gritos de júbilo. Algunos se estrechaban la mano y reían desaforadamente. El cocinero del ministerio se santiguó y dijo:

—¡Este es el milagro que el doctor Goebbels predecía desde hacía tiempo!

Semmler llamó al Noveno Ejército, donde le dijeron que Goebbels se había marchado y no tardaría en llegar a Berlín. Entonces llamaron de la Cancillería del Reich, solicitando que Goebbels telefonease al Führer en cuanto llegase. Quince minutos más tarde el automóvil de Goebbels se detenía ante el ministerio, a la luz de los incendios del hotel Adlon y de la Cancillería. Varios funcionarios corrieron escaleras abajo para recibir a Goebbels.

—*Herr* Reichminister —dijo un periodista—, Roosevelt ha muerto.

Goebbels saltó fuera del coche y permaneció unos instantes como si estuviese hipnotizado. En seguida se volvió hacia *frau* Inge Haberzettel, y a

otros miembros del departamento, que se habían reunido llenos de excitación a su alrededor, y dijo con voz emocionada:

—¡Que traigan nuestro mejor champaña, y luego sostendremos una conversación con el Führer!

Cuando se dirigía hacia su despacho, Semmler no pudo resistir la tentación de gritarle él también la novedad. Goebbels, con el rostro intensamente pálido, manifestó:

—¡Este es el hecho decisivo que esperábamos!

Unas diez personas se apiñaban en torno a Goebbels, cuando este llamó por teléfono a Hitler.

—¡Mi Führer —dijo lleno de ardor—, le felicito! ¡Roosevelt ha muerto! Está escrito en los astros que la segunda quincena de abril será decisiva para nosotros. ¡Hoy es viernes 13, del mes de abril! (Era algo pasada la medianoche). La Providencia le ha librado de su mayor enemigo. Dios no nos abandona. Dos veces le ha salvado de impíos asesinos. La muerte, que le rondó a usted en 1939 y 1944, ha abatido a nuestro enemigo más peligroso. ¡Es un milagro!

Luego Goebbels escuchó a Hitler unos instantes, y a continuación manifestó la posibilidad de que Truman fuese más moderado que Roosevelt. ¡Cualquier cosa podía ocurrir desde entonces!

Goebbels cortó la comunicación y con los ojos reluciendo de entusiasmo comenzó a endilgarles una apasionada perorata. Semmler nunca le había visto tan excitado; era como si la contienda estuviese a punto de terminar.

Patton se preparaba para acostarse en su camión vivienda, después de haber pasado una prolongada velada con Eisenhower y Bradley. Su reloj de pulsera se había parado, de modo que conectó la radio para escuchar la señal horaria de la BBC. En lugar de ello, oyó el anuncio de la muerte de Roosevelt. Patton corrió entonces hacia el pabellón donde dormían los demás, y llamó a la puerta de Bradley.

—¿Ocurre algo? —inquirió Bradley.

—Es mejor que venga conmigo, para que hablemos con Ike. El presidente ha muerto.

Los dos generales se encaminaron hacia la estancia de Eisenhower, y luego el grupo permaneció hablando hasta la madrugada, preguntándose sombríamente el efecto que la muerte de Roosevelt podría tener en la paz futura. Dudaban de que cualquier otro hombre de Estados Unidos tuviese la experiencia que tenía Roosevelt para tratar con Stalin y otros dirigentes, y convinieron en que para

Estados Unidos constituía una verdadera tragedia el tener que cambiar de presidente en un momento tan crítico. Por fin, cada uno de ellos se fue a acostar, sintiéndose todavía tristes y deprimidos.

Cuando Churchill se enteró de que Roosevelt había muerto, notó como si le hubieran asestado un fuerte golpe, y quedó «abrumado por la sensación de haber experimentado una pérdida profunda e irreparable». El primer ministro llamó a Baruch al Claridge, y con voz afligida le preguntó:

—¿Cree usted que debo ir a Washington?

—No, Winston; considero que debe permanecer aquí, atendiendo sus deberes.

Baruch prometió a continuación ir a ver a Churchill antes de regresar a Washington. Cuando llegó al número 10 de Downing Street, Churchill aún se encontraba en el lecho, con aspecto de hallarse sumamente afectado.

—¿Le parece que debo ir? —volvió a preguntar a Bernard Baruch.

Este le contestó que resultaba más aconsejable que permaneciese en Inglaterra. El, por su parte, regresaría en el avión presidencial, con el juez Rosenman y los demás. Era mediodía cuando el aparato despegó para realizar su largo y triste viaje hasta Washington. Ninguno de los pasajeros tenía ganas de hablar, pues se hallaban demasiado embebidos en sus propios pensamientos.

Baruch recordó el día que conoció a Roosevelt en Albany, cuando este era un joven y altivo senador. Luego vino a su memoria el gran momento de la Convención Democrática de 1924, en que, ya gobernador de Nueva York, Roosevelt se acercó con muletas al estrado para hablar en favor de Al Smith. Pese a sus errores y defectos —y ambos habían disentido en numerosas ocasiones—, Roosevelt «creía intensamente en los ideales de la democracia» y «consideraba la libertad, la justicia y la igualdad no como términos abstractos, sino en su relación con los seres humanos».

Al tener conocimiento el conde Schwerin von Krosigk de la muerte de Roosevelt sintió «el aleteo del ángel de la Historia en la habitación», y se preguntó si sería aquel el «cambio de fortuna tan largamente deseado». Llamó entonces a Goebbels y le felicitó por su reciente predicción, aconsejándole que cuidase de la Prensa en seguida. No debía calumniarse al presidente ni elogiarle, y sobre todo, había que procurar no mencionar la querella entre Roosevelt y Goebbels.

—Es posible que surjan nuevas oportunidades —aseguró Schewerin—, y hay que evitar que la Prensa las destruya con su torpeza.

Goebbels se mostró de acuerdo, y declaró:

—Esta noticia provocará un cambio total en la moral del pueblo germano, ya que se puede considerar este acontecimiento como una manifestación providencial de justicia.

El conde se hallaba tan animado, que después de la conversación telefónica se sentó y escribió además una carta a Goebbels, la cual decía, entre otras cosas:

«… Personalmente veo en la muerte de Roosevelt la mano divina, pero es un don de Dios del que tendremos que hacernos acreedores.[50]

»Esta muerte elimina el obstáculo que impedía entrar en contacto con Estados Unidos. Ahora habrá que explotar esta ocasión providencial, procurando todo lo necesario para iniciar las negociaciones. La única forma que esto tiene valor para mí, es a través del Papa. Como los católicos norteamericanos constituyen un bloque fuerte y unido, a diferencia de los protestantes, que se hallan divididos en numerosas sectas, la voz del Papa podría tener un peso considerable en Estados Unidos. Considerando la gravedad de la situación militar, no debemos dudar…».

En una conferencia que sostuvo a última hora de aquella mañana del viernes 13, Goebbels aconsejó a los periodistas que escribiesen objetivamente y sin apasionamiento acerca de Truman, sin decir nada ofensivo para el nuevo presidente. También les dijo que procurasen ocultar su júbilo ante la muerte de Roosevelt. Pero por la tarde, la alegría del ministro de Propaganda comenzaba ya a desvanecerse, pues cuando el general Busse le llamó preguntándole si la muerte de Roosevelt era el hecho al que se había referido el día anterior, Goebbels replicó con escaso entusiasmo:

—No lo sabemos; habrá que esperar para comprobarlo.

Lo cierto es que los primeros informes del frente indicaban que el cambio de presidente no había afectado en absoluto las operaciones del enemigo, y en las últimas horas del día, Goebbels declaró a Semmler y a otros componentes de su personal:

—Tal vez el destino se muestre de nuevo cruel con nosotros y quiera engañarnos. Quizá hayamos vendido la leche antes de ordeñar la vaca.

No todos los alemanes, sin embargo, se habían mostrado jubilosos ante el fallecimiento de Roosevelt. Así, Edward W. Beattie Jr. —un corresponsal de guerra americano recluido en Stalag IIIA de Luckenwalde, unos cincuenta y seis kilómetros al sur de Berlín—, observó que algunos guardias del campamento parecían sinceramente entristecidos. Beattie no había llegado a comprender hasta entonces lo que Roosevelt significaba para el oprimido pueblo de Europa. Durante todo el día, los polacos, noruegos y franceses recluidos en el campo de

concentración, estrecharon la mano de sus compañeros americanos, en señal de pésame.

El general de división Otto Ruge, antiguo comandante en jefe de las fuerzas noruegas, escribió al oficial americano de mayor graduación, teniente coronel Roy Herte, manifestando que «el mundo ha perdido un gran hombre, y mi país, un gran amigo». El oficial inglés de más alto grado, comandante de ala Smith, escribió por su parte: «Nosotros, los súbditos del Imperio Británico, hemos perdido un ardiente y leal amigo… Nuestros deseos habrían sido que hubiese vivido lo suficiente para recoger los frutos de una labor que llevó a cabo con toda dedicación y valentía».

En los barracones de los americanos, el coronel Herte ordenó que se leyera el anuncio de la infausta noticia. Mientras los prisioneros guardaban un minuto de silencio, en actitud de firmes, muchos de ellos lloraban sin poder disimularlo.

Para Truman fue aquel un día muy atareado. Cuando se dirigía hacia la Casa Blanca, llevó consigo en su automóvil a Tony Vaccaro, de *Associated Press*.

—Pocos hombres han igualado en la historia —declaró el presidente— a aquel cuyos pasos estoy siguiendo. Ruego en silencio a Dios que me permita ponerme a la altura de mi tarea.

Luego Truman mandó llamar a Stettinius y le pidió que preparase una reseña de las principales dificultades que había con la Unión Soviética. Se trasladó a continuación al Capitolio y preguntó a un grupo de dirigentes del Congreso si podrían concertar una reunión conjunta del Senado y la Cámara de Representantes, a fin de poder dirigirse a ellos personalmente el 16 de abril.

—Harry, usted ya estaba decidido a llevar a cabo eso —dijo uno de los senadores—, nos gustase o no.

—En efecto —contestó Truman, con su característico acento del Oeste Medio americano—, pero preferiría hacerlo con el pleno apoyo de ustedes.

Los periodistas se alinearon en la parte exterior de la oficina del Senado, y el presidente les fue estrechando la mano uno por uno.

—Muchachos —dijo Truman—, si alguno de ustedes reza, hágalo ahora por mí. No sé si se les habrá caído encima un fardo de heno, en alguna oportunidad, pero cuando ayer me dijeron lo que había ocurrido, me sentí como si la luna, las estrellas y todos los planetas hubieran caído sobre mí, pues me veía ante la tarea de mayor responsabilidad que puede tener un hombre.

—Buena suerte, señor presidente —dijo un periodista.

—Habría preferido que no me hubiese tenido usted que llamar así.

Durante todo el día Truman recibió telegramas de condolencia y aliento. El de Stalin decía así:

> *«El pueblo americano y las Naciones Unidas han perdido en la persona de Franklin Roosevelt un gran estadista de talla universal y un adalid de la paz y la seguridad de posguerra…».*

En Moscú, la muerte de Roosevelt causó sincera pena, y también un evidente temor por lo que pudiera acontecer en el futuro. Las primeras páginas de los periódicos aparecieron orladas de luto, se izaron banderas con crespones negros, y el Soviet Supremo guardó un minuto de silencio. Hasta un enemigo, el nuevo jefe del Gobierno japonés, almirante Kantaro Suzuki, expresó su «profundo sentimiento» hacia el pueblo americano, por la pérdida del hombre que podía considerarse como el responsable «de la ventajosa situación de que los americanos gozaban en la actualidad». Algunos propagandistas japoneses, sin embargo, difundieron la especie de que Roosevelt había muerto en medio de grandes padecimientos morales, y cambiaron sus últimas palabras: en lugar de «tengo un tremendo dolor de cabeza», manifestaron que Roosevelt había dicho: «He cometido un tremendo error».

Truman agradeció el mensaje de condolencia de Churchill, y añadió que dentro de poco le notificaría acerca de su punto de vista en relación con el asunto polaco. A las tres de la tarde Truman recibió a Stettinius y Bohlen, quienes le informaron sobre ese mismo asunto. El presidente redactó entonces otro telegrama para Churchill.

> *«La respuesta de Stalin a usted y al presidente Roosevelt hace que nuestro próximo paso tenga suma importancia. Aunque con pocas excepciones, no nos deja mucho lugar para el optimismo, pero creo firmemente que podremos entendernos con él…».*

Mientras Truman estaba redactando este mensaje, Stettinius le llevó un telegrama de Harriman. El embajador acababa de ver a Stalin, el cual manifestó que esperaba trabajar tan unido con Truman como lo había hecho con Roosevelt. Harriman sugirió a Stalin que la mejor manera de demostrar a todos que los soviéticos tenían deseos de seguir colaborando, sería el enviar a Molotov a San Francisco. Stalin dijo sin vacilar a Harriman que así lo haría si Truman le pedía oficialmente que Molotov fuese en primer lugar a Washington y luego a San Francisco.

El presidente solicitó a Stettinius que redactase la oportuna petición.

Harry Hopkins estaba llamando por teléfono a Sherwood desde el St. Mary Hospital, de Rochester, Minnesota, solo con el fin de poder hablar con alguien acerca de Roosevelt. —Usted y yo tenemos algo inestimable, que llevaremos con nosotros durante el resto de nuestras vidas —manifestó Hopkins—. Es un gran descubrimiento el saber que resulta cierto lo que tantas personas pensaban de él, y lo que les hacía sentir por él un profundo afecto.

Admitió que el presidente parecía hacer excesivas concesiones con el fin de llegar a un acuerdo, si bien dijo que en los asuntos de verdadera importancia nunca dejó de tener en cuenta el interés de su pueblo.

Eleonor Roosevelt se dirigía hacia Washington en el mismo tren en que viajaba el cadáver de su esposo. Según declaró después, el día fue «largo y agotador». Durante toda la noche permaneció en su litera, viendo desfilar el paisaje, y «observando a las gentes que en las estaciones, e incluso en los pasos a nivel, se acercaban a tributar su último homenaje» al presidente.

A las diez de la mañana del 14 de abril, llegó el tren a la Union Station, de Washington. Anna Boettinger, acompañada por su hermano, el general de brigada Elliot Roosevelt, y su esposa la actriz Faye Emerson, entraron en el vagón que transportaba el cadáver. A continuación hicieron lo propio Truman, Henry Wallace y Byrnes.

Una cureña tirada por seis caballos blancos transportó el ataúd, que se hallaba cubierto con la bandera de Estados Unidos, por la Avenida de la Constitución hasta la Casa Blanca, mientras centenares de miles de personas observaban el paso de la comitiva. Ningún presidente, desde Lincoln, había afectado tanto con su muerte al pueblo de Estados Unidos. Muchas personas lloraban calladamente; otras tenían el ceño fruncido, o lo observaban todo como hipnotizadas. Resultaba difícil aceptar el hecho de que el hombre que había sido presidente desde 1933 había muerto. Truman observó a una vieja negra que se secaba los ojos con el delantal, mientras lloraba desgarradoramente como si hubiera perdido un hijo.

Cuando Rosenmann y su esposa pasaban bajo el pórtico de la Casa Blanca, ella susurró:

—Aquí termina una época de nuestras vidas.

También era el fin de una época para Estados Unidos e incluso para el mundo, pensó Rosenmann, y recordó entonces la última frase del discurso que Roosevelt debió pronunciar el día anterior, con motivo del día de Jefferson, que decía: «Sigamos adelante con fe activa e inquebrantable».

Pocos minutos después de haber regresado Truman a su despacho, llegó Harry Hopkins.

—¿Qué tal se siente, Harry? —inquirió Truman, al ver lo pálido que estaba Hopkins—. Espero que no le moleste mi llamada en estos momentos, pero es que necesito saber todo lo que pueda decirme acerca de nuestras relaciones con Rusia, y todo lo que sepa sobre Stalin y Churchill, y sobre las conferencias de El Cairo, Casablanca, Teherán y Yalta.

Hopkins declaró que le satisfacía ayudarle, pues confiaba en que Truman seguiría adelante con la política de Roosevelt, de la que estaba bastante impuesto. Hablaron durante más de dos horas, y comieron allí mismo.

—Stalin es un ruso tosco y empedernido de los pies a la cabeza —dijo Hopkins—. Es como un partisano soviético, que no piensa más que en su país. Pero se le puede hablar con sinceridad.

Cuando Hopkins manifestó que pensaba retirarse en mayo, Truman contestó que deseaba que siguiera en su puesto, si la salud se lo permitía. Hopkins declaró que lo pensaría seriamente. Poco antes de las cuatro de la tarde, Truman, junto con su esposa y su hija, se encaminaron hacia la Habitación Oriental de la mansión ejecutiva, para asistir a los oficios fúnebres por el presidente fallecido. La cureña se hallaba colocada ante un balcón, y estaba rodeada de flores. Uno de los doscientos asistentes, Robert Sherwood, sintió una mano que le oprimía el hombro. Era Hopkins, con el rostro intensamente pálido. Sherwood pensó que tras la muerte de Roosevelt, Hopkins parecía haber perdido toda razón para vivir.

Nadie se puso de pie cuando Truman entró en la estancia, y Sherwood tuvo la seguridad de que «aquel hombre sencillo ni siquiera se había dado cuenta de la descortesía», o en caso contrario, debió de comprender que los presentes aún no le asociaban con su elevado cargo, y solo se daban cuenta de que el presidente había muerto. Pero en cuanto la mujer de Roosevelt apareció en la puerta, todo el mundo se levantó de sus asientos. Después del servicio fúnebre Hopkins pidió a los Sherwood que fueran a su casa de Georgetown. Hopkins se hallaba tan agotado que en cuanto llegó a su hogar se acostó, mientras Sherwood tomaba asiento junto al lecho.

—Bueno, ahora tendremos que hacerlo todo nosotros —manifestó Hopkins, con un brillo especial en sus ojos hundidos—. Hasta ahora todo nos había resultado fácil, porque sabíamos que él estaba a nuestro lado, y teníamos la ventaja de consultarle. Fuere cual fuere el asunto, y lo que pensásemos al respecto, podíamos exponerle nuestras ideas, y si estas tenían algún mérito,

nunca dejaba de ponerlas en práctica, sin temor alguno del idealismo o el riesgo que entrañasen. Bueno, ya no está a nuestro lado, y vamos a tener que hallar la forma de hacer las cosas nosotros solos.

Era evidente que Harry Hopkins aún tenía un motivo para seguir viviendo.

Pero manifestó que él y los demás miembros del Gobierno deberían renunciar.

—Truman querrá tener junto a él a su propia gente, y no a la de Roosevelt —añadió Hopkins—. Si estuviésemos alrededor de Truman, este siempre tendría la sensación de que al observarle pensaríamos para nosotros: «El *Presidente* no lo hubiera hecho de ese modo».

Capítulo tercero

Victoria en el Oeste

1

Los Aliados seguían avanzando a lo largo de todo el frente occidental, casi sin hallar resistencia. En el Norte, Montgomery se acercaba implacablemente hacia Hamburgo. Su único obstáculo era el ejército del general Günther Blumentritt, el cual estaba decidido a retirarse incruentamente, con el menor número de bajas en sus efectivos. No podía decirse que aquello fuera una guerra, realmente. Blumentritt había llegado a un acuerdo de caballeros con los británicos, y hasta llegó a enviar un oficial de enlace para advertir al enemigo de la presencia de una zona donde se habían escondido bombas de gas.

A la derecha de Montgomery, los tres ejércitos de Bradley estaban haciendo progresos mucho más rápidos. Tanto Patton como Hodges habían llegado casi al río Elba, y Simpson, que ya había tendido dos cabezas de puente sobre dicho río, se hallaba a menos de ciento veinte kilómetros de la Cancillería del Reich. Pero esto no asustó a Hitler, el cual urdió un plan no solo para detener a las tropas de Simpson, sino también para salvar los efectivos de Model, que se hallaban cercados en la zona del Ruhr. El proyecto se apoyaba en un nuevo ejército que el Führer acababa de crear, el 12.°, y que mandaba un hombre aún no recuperado totalmente de un grave accidente automovilístico: Walther Wenck.

Este se encontraba aún usando un corsé ortopédico, y solo contaba con un grupo de oficiales, unos pocos mapas, doscientos mil hombres —en teoría—, y

la orden de Hitler de lanzar una poderosa contraofensiva desde la misma zona que estaba ocupada por las cabezas de puente de Simpson. El plan consistía en abrir un pasillo de trescientos veinte kilómetros de profundidad a través de la zona de Simpson, hasta llegar al área del Ruhr. De poderse conseguir esto, se salvaría a los efectivos de Model de la trampa en que se hallaban, y los ejércitos de Montgomery y Bradley quedarían separados entre sí.

El 13 de abril, Hitler mandó llamar al joven oficial de operaciones de Model, coronel Günther Reichhelm, y le comunicó que desde ese momento era el jefe de Estado Mayor del general Wenck.

—El 12.° Ejército deberá introducir una cuña entre las tropas inglesas y norteamericanas, hasta llegar al Grupo de Ejército B. ¡Tienen que avanzar sin detenerse, hasta el Rhin!

Para aquel que hubiera contemplado la situación desesperada en que se hallaba la bolsa del Ruhr, aquello era una insensatez descomunal. Pero, además, Hitler quería poner en práctica una artimaña que utilizaban con frecuencia los rusos.

—Estos se infiltran en nuestras líneas por la noche, con pocas municiones y armamento.

Hitler ordenó que Richhelm reuniera doscientos «Volkswagen» y los utilizase para introducirse en las líneas enemigas, provocando tal confusión en su retaguardia, que el 12.° Ejército pudiera contraatacar sin dificultades.

Model no se sentía tan optimista como el Führer en sus mensajes. Se daba cuenta de que Wenck seguramente no llegaría a entrar en contacto con sus tropas. Los trescientos mil hombres del Grupo de Ejército B se encontraban en esos momentos rodeados en una zona de cincuenta kilómetros escasos de diámetro, con comida y municiones para poco más de tres días. La situación era tan desesperada que el nuevo jefe de Estado Mayor de Model, general Carl Wagener, urgió a Model a que pidiese autorización al alto mando para rendirse. Dijo que una petición de tal naturaleza, proviniendo de un militar tan pundonoroso como Model, quizá haría que el alto mando llegase incluso a poner fin a una guerra que ya estaba irremediablemente perdida.

—No me es posible hacer una petición de esa clase —contestó Model, al que repugnaba la idea de rendirse.

Al terminar aquel mismo día, sin embargo, se hizo evidente que la capitulación era inevitable. Las tres ciudades más importantes que se hallaban entre Berlín y él: Hannover, Brunswick y Magdeburgo, habían caído en poder de

los norteamericanos. Con un acento que Wagener difícilmente pudo reconocer, Model declaró que tenía la responsabilidad personal de salvar a sus hombres, y decidió tomar una medida que no tenía precedente: iba a disolver por mandato el Grupo de Ejército B, librando a las tropas de la humillación de tener que rendirse. Pero instruyó a Wagener para que antes desmovilizase a los soldados más jóvenes y más ancianos, a fin de que pudieran regresar a sus hogares como civiles. Los demás dispondrían de setenta y dos horas para decidirse por una de las tres alternativas siguientes: podrían regresar a sus casas, rendirse individualmente o tratar de retirarse luchando.

Al día siguiente, 15 de abril, los Aliados seccionaron en dos la bolsa del Ruhr. Cuando Hitler se enteró, ordenó que las dos partes volvieran a unirse. Model se limitó a ojear el telegrama y no se molestó en transmitir aquella orden imposible de llevar a cabo. Todo era inútil, y al anochecer la bolsa oriental cayó en poder de los Aliados.

El general Ridgway, comandante del XVIII Cuerpo Aerotransportado, acababa de enviar a su ayudante, el capitán F. M. Brandstetter, al puesto de mando de Model, con una bandera blanca, para pactar. El capitán portaba una generosa carta de Ridgway, que debió dejar asombrado a Model, si en aquellos momentos este pudiera aún asombrarse de algo.

«Nunca la historia, ni la profesión militar, han registrado la existencia de un carácter más noble, un maestro más brillante en el arte de la guerra, y un subordinado más fiel a los intereses del Estado, que el general americano Robert E. Lee. Este mes hace ochenta años que con su mando diezmado, carente de medios de combate y totalmente rodeado por fuerzas que le superaban considerablemente en número, eligió una honrosa capitulación.

»Ante usted se presenta ahora la misma elección. Por el honor militar, por la reputación del Cuerpo de Oficiales alemán y en beneficio del futuro de su nación, le exhorto a que deponga las armas al momento. Las vidas alemanas que usted pueda salvar servirán para restituir a su nación al lugar que le corresponde dentro de la sociedad. Las ciudades alemanas que se salven de la destrucción gracias a usted serán un bien insustituible para el bienestar futuro de su pueblo».

Brandstetter regresó con uno de los oficiales del Estado Mayor de Model, el cual le contestó verbalmente que Model no podía rendirse, pues así se lo había jurado personalmente a Hitler, y la sola consideración a la proposición de Ridgway hubiera significado atentar contra su honor.

A unos trescientos veinte kilómetros al Este, Simpson se hallaba en su puesto de mando del frente, cerca del río Elba, haciendo los planes finales para la toma

de Berlín, cuando le llamaron por teléfono. Era Bradley, el cual deseaba que se trasladase inmediatamente al cuartel general táctico del 12.° Grupo de Ejército, situado en Wiesbaden. Simpson supuso que Bradley querría saber cuándo iba a atacar Berlín el Noveno Ejército. Ya en camino hacia el puesto de mando de Bradley, Simpson revisó de nuevo sus planes. En cuarenta y ocho horas, las divisiones 2.ª Acorazada y 83° de Infantería atacarían en grupo a lo largo de la autopista que conducía hasta Berlín. En cuanto regresase, daría las órdenes finales.

Cuando descendió del avión en Wiesbaden, Bradley ya le estaba esperando. Se estrecharon la mano, y lo primero que manifestó Bradley fue lo siguiente:

—Voy a decírselo ahora mismo: debe usted detenerse donde se encuentre; no puede seguir adelante.

—¿Quién demonios ha dado esa orden? —inquirió Simpson, estupefacto—. ¡Podría hallarme en Berlín dentro de veinticuatro horas!

—Acabo de recibir la orden de Ike.

Simpson insistió en que había escasa oposición al otro lado del Elba. En su opinión había camino libre hacia Berlín, y no esperaba hallar defensa alguna hasta llegar a los suburbios de la capital. Pero las discusiones no servían de nada, y totalmente descorazonado, Simpson regresó a su puesto de mando.

—Bien, señores, esto es lo que ha sucedido —dijo a los corresponsales de guerra, que estaban esperándole—. Tengo órdenes de detenerme donde estoy. No puedo seguir hacia Berlín.

—¡Eso es vergonzoso! —exclamó un periodista.

Simpson trató de disimular su propia decepción, y dijo con tono forzado:

—Esas son las órdenes que he recibido, y no tengo más comentarios que hacer.

Una de las razones que decidieron a Eisenhower a eludir Berlín, hacia fines de mayo, fue el hecho de que los rusos se hallaban mucho más cerca de la capital alemana, y sin duda llegarían primero. Pero dos semanas más tarde, Simpson y Zhukov se encontraban casi a la misma distancia de la Cancillería del Reich, y la declaración de Simpson al manifestar que podía estar en Berlín al cabo de veinticuatro horas, no era una simple bravata. A excepción de algunas unidades alemanas dispersas, la mayoría de las cuales ofrecería poca o ninguna resistencia, nada se interponía entre él y Hitler, más que Eisenhower.[51]

2

En Moscú, entretanto, el embajador Harriman estaba poniendo en práctica los métodos que desde hacía mucho tiempo recomendaba a sus superiores. El y el general Patrick J. Hurley, embajador de Estados Unidos en China, se hallaban en el Kremlin conferenciando con Stalin y Molotov. Harriman aprovechó la ocasión para protestar contra la arbitraria acción de haber hecho aterrizar en Poltava a 163 pilotos americanos a causa del proceder de unos pocos aviadores americanos, que actuaron a su entero albedrío. Uno de los pilotos, por ejemplo, se llevó consigo a un polaco del que afirmó que era un compatriota. En otro caso, un bombardero que aterrizó en un aeropuerto polaco para efectuar algunas reparaciones, volvió a despegar sin tener permiso para hacerlo. Stalin exclamó que tales casos no hacían más que probar que el aterrizaje forzoso estaba justificado, y que los norteamericanos «estaban conspirando con los polacos de la Resistencia, en contra del Ejército Rojo».

—¡Está usted poniendo en duda la lealtad del Alto Mando norteamericano, y eso no puedo consentírselo! —replicó Harriman, acaloradamente.

Hurley trató de apaciguarle, pero Harriman siguió acusando a Stalin de «dudar de la lealtad del general Marshall».

—Respondería del general Marshall con mi propia vida —contestó Stalin—. Pero no se trata de él, sino de oficiales de menor graduación.

Hurley cambió nerviosamente el tema hacia China. Dijo haber fomentado las negociaciones entre el Partido Comunista chino y el Gobierno de Chiang-Kai-Chek, y aseguró que ambos perseguían el mismo objetivo: «La derrota del Japón y el establecimiento en China de un Gobierno libre, democrático y unido». Según manifestó Hurley, Roosevelt le había dado instrucciones para que China hallase el modo de ser la dueña de su propio destino, sin ingerencias extrañas, y le autorizó asimismo a que tratase el tema con Churchill. El primer ministro y Eden ya habían respaldado la política de dejar que China estableciese por sí misma una forma de Gobierno democrática y libre, y unificase todas las fuerzas armadas chinas a fin de lograr cuanto antes de la derrota del Japón.

Después de la entrevista con Stalin, Hurley escribió una carta llena de entusiasmo a Stettinius.

«El mariscal se mostró complacido y manifestó estar de acuerdo, y dijo que en vista de la situación general, deseaba hacernos saber que daría totalmente su apoyo a una acción inmediata que propugnase la unificación de las fuerzas armadas de China, con el pleno reconocimiento de un Gobierno nacional bajo la jefatura de Chiang-Kai-Chek. En resumen, que Stalin se mostró implícitamente de acuerdo con la política americana en China, según esta le había sido expuesta a lo largo de la conversación».

Pero Harriman tenía la seguridad de que Hurley había quedado impresionado por la aparente cordialidad del jefe de Estado ruso, e informó que «Stalin no colaboraría durante mucho tiempo con Chiang-Kai-Chek, y que cuando Rusia entrase en el conflicto del Lejano Oriente, apoyaría plenamente a los comunista chinos». George Kennan, otro diplomático americano destacado en Moscú, que también se hallaba familiarizado con el modo de actuar de los soviéticos, se mostró igualmente en desacuerdo con la carta de Hurley, y manifestó que, en su opinión, Rusia solo quedaría satisfecha cuando dominase Manchuria, Mongolia y el norte de China.

«Resultaría realmente trágico si nuestro natural deseo de ayudar a la Unión Soviética en esta coyuntura, junto con el empleo por parte de Stalin de palabras de significado muy amplio para gran número de personas, nos llevase a confiar excesivamente en la ayuda soviética, o incluso en la aquiescencia de los rusos para el logro de nuestros objetivos a largo plazo en China…».

En los últimos tres días, Truman había ya tenido ocasión de comprobar «la increíble carga» que suponía la Presidencia. Al regreso del entierro de Roosevelt en Hyde Park, el domingo, se dedicó a elaborar el discurso que debería pronunciar en la tarde siguiente ante las dos cámaras del Congreso. Al irse a dormir, rogó que pudiera ponerse a la altura de la tarea que tenía que llevar a cabo. Al día siguiente, 16 de abril, por la mañana, Truman leyó un resumen del último informe de Harriman, en el que este negaba «una serie de manifestaciones de Stalin en relación con la labor de la Comisión Polaca», y recomendaba «seguir insistiendo en que no podemos aceptar la protección encubierta al régimen de Varsovia».

Mediada la mañana llegaron Eden y lord Halifax, el embajador británico en Estados Unidos, quienes en compañía de Truman, estudiaron los borradores del mensaje que pensaban enviar a Stalin en relación con Polonia. La nota conjunta final resultaba cortés, pero insistía en que Mikolajczyk y otros dos polacos de Londres debían ser invitados a asistir a Moscú para consultar con ellos, a pesar de las objeciones del Gobierno de Varsovia. Truman ordenó despachar el mensaje por radio a Harriman, y le pidió que lo entregase personalmente.

Eden se sintió «muy animado» después de su primera entrevista con Truman, y envió a Churchill el siguiente telegrama:

«Mi impresión de la entrevista es que el nuevo presidente es honrado y que actúa amistosamente. Tiene conciencia de sus nuevas responsabilidades, pero no se siente abrumado por ellas. Sus alusiones hacia usted no han podido ser más afectuosas. Creo que tendremos en él un leal colaborador».

Eran las 13:02 cuando Truman entró en el salón del Congreso, donde fue acogido con una gran ovación. El presidente contempló, lleno de orgullo, las galerías abarrotadas de público, y al fin localizó a su esposa y su hija Margarita.

—Señor anunciador… —comenzó a decir.

—Un momento, Harry —susurró Rayburn—. Déjeme que le presente.

Un momento más tarde, el presidente Truman dirigía su primer discurso a la nación.

—Con el corazón lleno de dolor me dirijo a ustedes, mis colegas y amigos. Un trágico sino ha descargado sobre nosotros graves responsabilidades. Debemos superarlas. El líder que nos ha abandonado jamás miró hacia atrás, sino que lo hacía siempre hacia delante, y hacia delante avanzaba. Eso es lo que él quería hacer, y eso es lo que América hará…

Manifestó luego que seguiría manteniendo los planes de guerra y de paz preconizados por Roosevelt; solicitó fuerte apoyo de las naciones aliadas y reafirmó la decisión de exigir una rendición incondicional, y de castigar a los criminales de guerra. —La estrategia primordial de las naciones aliadas, en el campo de la guerra, estuvo determinada, y no en pequeña medida, por la visión de nuestro desaparecido comandante en jefe. Quiero que el mundo entero sepa que tal dirección será mantenida, sin cambios ni vacilaciones… Nada resulta más esencial para la futura paz del mundo que la colaboración continuada de las naciones que deben hallar la fuerza necesaria para derrotar la conspiración de las Potencias del Eje, que pretenden dominar el mundo.

Después de solicitar la ayuda de todos los norteamericanos, Truman añadió:

—En este momento, desde mi corazón se eleva una plegaria. Al asumir mis pesadas tareas, humildemente me dirijo a Dios todopoderoso con las mismas palabras del rey Salomón: «Proporciona a tu siervo un juicio claro para comprender a tu pueblo, a fin de que pueda discernir entre el bien y el mal; pues, ¿quién podrá juzgar mejor a este, tu gran pueblo?». Lo único que pido es llegar a ser un servidor fiel y eficaz de mi Señor y de mi pueblo.

Era evidente que este vivaz norteamericano de la clase media, que sabía ser altivo en un determinado momento y modesto un instante después, se hallaba vinculado por lazos políticos y personales a todas las decisiones tomadas por Roosevelt. Aun cuando Truman hubiera querido adoptar una actitud más resuelta en relación con Rusia, por ejemplo, ello hubiese representado para él una gran dificultad. El pueblo norteamericano había apoyado con abrumadora unanimidad la política moderada de Roosevelt, y los últimos telegramas del presidente a Stalin, Churchill y Harriman, parecían confirmar, en efecto, tal actitud. A Churchill, por ejemplo, le dijo que el problema soviético debería ser minimizado todo lo posible, ya que situaciones como la Operación Amanecer podían surgir diariamente. También dio instrucciones a Harriman para que «considerase el malentendido de Berna (Ascona) como un incidente sin importancia», y comentó con Stalin que «disensiones de esta naturaleza no deberían surgir en el futuro».

Estos mensajes no indicaban, sin embargo, la creciente resolución de Roosevelt a colaborar firmemente con Churchill, en contra de Stalin. Eso solo se puso de manifiesto al final de su nota para el primer ministro, cuando declaró: «Debemos mostrarnos firmes, y por otra parte, seguir con nuestra actitud, que hasta el momento es correcta». Pero para un nuevo presidente, semejante consejo resultaba demasiado sutil.

Como había ocurrido con todos los vicepresidentes que asumieron antes que él la suprema magistratura del país, Truman tampoco se hallaba al corriente de los enormes problemas con que debía enfrentarse el presidente. Por ejemplo, no se le había revelado la existencia de la habitación de mapas secreta de la Casa Blanca, hasta que Roosevelt partió para Yalta, y aun así, todavía Truman no había entrado en ella. El nuevo presidente, en consecuencia, se hallaba deficientemente preparado para encarar tal cantidad de abrumadoras responsabilidades. Solo su agilidad mental y su gran dosis de sentido común le permitirían librarse de cometer imperdonables errores en los días que se avecinaban.

En la mañana del 17 de abril convocó Truman su primera conferencia de Prensa. Un número no igualado anteriormente de representantes de periódicos, emisoras y revistas, en número de 350, trataron de congregarse en su despacho, pero ello no fue posible, y muchos tuvieron que permanecer en el vestíbulo. Con sus característicos modales, bruscos pero afables, Truman contestó a las

preguntas que se le hicieron, las cuales unas veces eran claras, y otras no lo eran tanto.

Uno de los corresponsales le preguntó si deseaba entrevistarse con los otros dirigentes aliados, es decir, con Stalin y Churchill.

—Sería para mí una gran satisfacción poder encontrarme con ellos, y también con el general Chiang-Kai-Chek —contestó Truman—. Lo mismo que con el general De Gaulle. Si este desea verme, yo lo haré con gusto. Estoy dispuesto a entrevistarme con los jefes de todos los Gobiernos aliados.

El 18 de abril, Truman se enteró por vez primera acerca de las zonas de ocupación de Alemania, cuando Churchill le envió un telegrama exhortándole a que ordenase a sus tropas avanzar todo lo posible hacia el Este, y a que se mantuvieran firmes en el territorio conquistado.[52]

Este era otro espinoso problema del que Truman sabía poco o nada. «Me sentí como si hubiera vivido cinco vidas enteras en mis cinco primeros días de presidente —escribió posteriormente—. Es un salto considerable el que se da desde la vicepresidencia a la presidencia, cuando se ve uno forzado a hacerlo sin previo aviso».

La misma noche del 18 de abril, Truman escribió a su madre y a su hermana:

«Ya antes de prestar el juramento, tuve que tomar dos decisiones de trascendental importancia: seguir adelante con la guerra, y confirmar la realización de la Conferencia de Paz en San Francisco. El sábado y el domingo transcurrieron entre las ceremonias fúnebres del desaparecido presidente. El lunes tuve que manifestar ante el Congreso cuál iba a ser mi actuación futura. Me pasé todo el domingo por la tarde, la mitad de la noche y el lunes hasta las once de la mañana, redactando el discurso. Creo que estuve inspirado al escribirlo, ya que el Congreso y el país se pronunciaron unánimemente en mi favor, según parece. El lunes por la tarde recibí a numerosas personas y tomé toda clase de decisiones, cada una de las cuales afectaba a millones de seres humanos. El martes por la mañana todos los periodistas de la ciudad y también de otros lugares, vinieron a hacerme innumerables preguntas. Me proporcionaron quince minutos bastante arduos, pero hasta de semejante pesadilla parece que salí bien parado.

»Luego tuve que pasarme la tarde y las primeras horas de la noche preparando un discurso de cinco minutos para transmitir por radio a los combatientes, hombres y mujeres. Hasta la una no me fui a acostar. El día de hoy también ha sido bastante atareado. Estaba a punto de acostarme, pero pensé que debía escribiros unas letras. Espero que sigáis bien.

»Con todo cariño,

»Harry».

Truman mandó llamar a Harriman a Moscú para sostener con él una entrevista personal, y ambos se reunieron al mediodía del 20 de abril. El presidente tenía gran interés por conocer la impresión directa del embajador acerca de los rusos.

Según Harriman, la Unión Soviética consideraba que podía llevar a cabo con éxito dos políticas simultáneamente: colaborar con Estados Unidos y Gran Bretaña, y a la vez extender el dominio soviético sobre los Estados vecinos, por medio de una actuación independiente. Algunos de los consejeros de Stalin interpretaban erróneamente la buena voluntad de Norteamérica, confundiéndola con debilidad.

—En mi opinión, el Gobierno soviético no tiene ningún deseo de romper con Estados Unidos, debido a que necesitan nuestra ayuda para la reconstrucción —declaró Harriman, y afirmó que, en consecuencia, Estados Unidos podían demostrar firmeza en los asuntos importantes, sin peligro de correr graves riesgos.

Cuando Harriman comenzó a señalar determinadas dificultades, Truman le interrumpió diciendo:

—No temo a los rusos. De todos modos, creo que estos nos necesitan más a nosotros, que nosotros a ellos.

Luego manifestó que mostraría hacia Rusia una actitud firme, aunque correcta.

—A mi juicio, nos hallamos enfrentados con una invasión bárbara de Europa —advirtió Harriman—. Debemos decidir la actitud que hay que tomar en vista de un hecho tan desagradable.

Prosiguió diciendo Harriman que aquello no quería decir que él se mostraba pesimista. Por el contrario, podía llegarse a un acuerdo con los rusos.

—Esto nos exigirá estudiar de nuevo nuestra política —añadió el embajador—, y abandonar cualquier ilusión de que el Gobierno soviético llegue a actuar de acuerdo con los principios a que se ajusta el resto del mundo en los asuntos intercontinentales.

Truman comprendió que deberían hacerse ciertas concesiones por ambas partes. No esperaba que Stalin le concediese el ciento por ciento de lo que iba a pedirle.

—Pero creo que podremos conseguir un ochenta por ciento —manifestó.

Inquirió Harriman si Truman consideraba importante el asunto polaco en relación con la Conferencia de San Francisco, y la participación de Norteamérica en las Naciones Unidas. Truman contestó rápidamente que, a menos que la cuestión polaca quedase solucionada de acuerdo con lo estipulado en Yalta, el Senado nunca aprobaría el ingreso en una organización de naciones.

—Pienso decirle esto a Molotov, con esas mismas palabras cristalinas —

manifestó el presidente, enfáticamente—. Estoy dispuesto a mostrarme firme en mis relaciones con el Gobierno soviético.

Al terminar la entrevista, Harriman dijo confidencialmente que el único temor que tuvo al regresar a Washington fue que Truman no llegase a comprender, como lo había comprendido Roosevelt, que Stalin estaba quebrantando sus convenios.

—Mi temor —concluyó diciendo el embajador— se basaba en el hecho de que usted no habría tenido tiempo aún de estudiar los últimos telegramas intercambiados, pero me satisface mucho comprobar que los ha leído todos, y ver que vamos a hacer frente a la situación.

3

Entretanto, la batalla en Europa estaba alcanzando un dramático aunque previsible punto culminante. En la mañana del 17 de abril, el heterodoxo plan de Model fue puesto en práctica, y los restos que quedaban del Grupo de Ejército B dejaron de existir por otra de un plumazo de su comandante. La batalla de la bolsa del Ruhr había terminado. El pequeño y denodado mariscal de campo se volvió hacia su jefe de Estado Mayor, y dijo:

—¿Hemos hecho lo necesario para justificar nuestra actuación frente a la historia? ¿Qué recurso le queda a un comandante derrotado?

Model hizo una pausa y sus palabras inmediatas no solo contestaron su pregunta, sino que señalaron su propio sino:

—En tiempos pasados solían envenenarse.

Model tuvo razón acerca de la ofensiva de Wenck. Era imposible que el recientemente formado Doceavo Ejército abriese un pasillo hasta el Ruhr. Lo cierto es que Wenck jamás llegó a iniciar tan descabellado ataque. Bastante trabajo tuvo con mantener la línea del Elba, cuyo flanco izquierdo ya estaba amenazado por el firme avance de Hodges. Wenck ordenó al general Max von Edelsheim que protegiese su flanco reteniendo Halle y Leipzig. Pero el 17 de abril, Hodges se apoderó de Halle y dejó aislada a Leipzig.

Esta última ciudad era una reliquia histórica, así como una de las ciudades industriales de Alemania. Lutero pronunció su primer sermón en la iglesia de Santo Tomás, la misma en la que Bach tocó el órgano durante veintisiete años, y

donde el gran músico fue enterrado. También en ese templo fue bautizado Wagner. En Leipzig se hallaba asimismo uno de los monumentos más venerados de Alemania, el de la *Volkerschlacht* (Batalla de las Naciones), con que se honró a los muertos de 1813. El colosal monumento tenía cien metros de altura, y los alemanes, con su estadística mentalidad, aseguraban que se necesitaría un tren de cincuenta y cinco kilómetros de largo para acarrear las piedras y el cemento que integraban su estructura. Más que un monumento parecía una fortaleza, y lo cierto es que en eso precisamente se convertiría pocos días más tarde.

Las endebles defensas de Leipzig se hallaban bajo el mando del coronel Hans von Poncet, y consistían en unos 750 hombres del 107 Regimiento de Infantería Motorizado, y un batallón motorizado de reemplazo que constaba de 250 soldados. Disponía asimismo de unas pocas unidades de la 14.ª División antiaérea, de varios batallones de tropas Volkssturm, y de 3400 hombres del general Wihelm von Grolmann, jefe de policía de la ciudad. Von Grolmann era en realidad un policía, no un comandante militar, y se oponía con todas sus fuerzas al empleo de los muchachos del Volkssturm en una lucha sin esperanzas.

—La policía se halla bajo mi mando —dijo Von Grolmann al coronel Von Poncet, y aseguró que no estaba dispuesto a ceder sus hombres para otros fines. Las fuerzas resultaban mucho más endebles, ya que estaban completamente desprovistas de armas. Concluyó diciendo que los esfuerzos para defender la ciudad eran totalmente estériles, y solo servían para arriesgar inútilmente la vida de los 750 000 habitantes de la misma.

En el momento en que Hodges comenzó a rodear la ciudad con las divisiones 2.ª y 69.ª de Infantería, Von Grolmann y Poncet seguían actuando contrariamente uno respecto al otro. Así, mientras el coronel mandó erigir trincheras en la zona del Ayuntamiento, para que se parapetasen la mayor parte de sus tropas, y luego ocupó en secreto el gran monumento de la ciudad con trescientos de sus mejores hombres, Von Grolmann se preparaba para rendirse.

El 18 de abril, Von Grolmann anunció por radio que había asumido el mando, y que representaría los intereses de los ciudadanos lo mejor que pudiese. A las cuatro de la tarde logró ponerse en comunicación con el general de división norteamericano Walter Robertson, de la 2.ª división, y le ofreció la rendición de Leipzig.

Robertson dijo que Grolmann tendría que convencer al coronel Von Poncet para que depusiera las armas, y luego se comunicó por radio con su comandante, el general Clarence Huebner, del V Cuerpo —quien a su vez habló con Hodges

—, manifestando que estaba a punto de negociar la rendición de Leipzig. Hodges contestó que solo se aceptaría una rendición incondicional. A todo esto, Von Grolmann había establecido contacto telefónico con el coronel Von Poncet, el cual se hallaba ya en el interior del monumento con sus tropas, si bien Von Grolmann lo ignoraba.

—No tengo la menor intención de rendirme —manifestó el coronel Von Poncet, y cortó la comunicación.

A pesar de todo, Von Grolmann envió a uno de sus oficiales al puesto de mando norteamericano más cercano, con otra oferta de capitulación. Estaba ya anocheciendo cuando el alemán fue escoltado hasta el puesto de mando del capitán Charles B. MacDonald, comandante de la Compañía G del 23.° Regimiento, perteneciente a la 2.ª División. Mac Donald solo tenía veintidós años de edad.

—¿Sabe él que soy un capitán? —inquirió Mac Donald al intérprete—. ¿Va a rendirse a un capitán?

—*Jawohl! Ist gut!* —fue la vehemente respuesta afirmativa. Y al cabo de una hora, el *jeep* de Mac Donald avanzaba por las calles de Leipzig ante los asombrados ciudadanos, que le contemplaban atónitos o le saludaban cordialmente. En el cuartel general de la policía, Mac Donald se reunió con tres oficiales alemanes impecablemente uniformados. MacDonald se pasó la mano por la hirsuta barba, dándose cuenta de pronto de que hacía un par de días que no se lavaba, y varios más que no se afeitaba. Se preguntó si debía saludar militarmente. Para no quedar mal, así lo hizo, e incluso dio un fuerte taconazo, como vio que lo hacían los alemanes.

Los oficiales acompañaron a MacDonald hasta la oficina de Von Grolmann, el cual se adelantó hacia el americano con la mano extendida, el rubicundo semblante sonriente y un monóculo en el ojo izquierdo. Para MacDonald, Von Grolmann resultó ser la encarnación del jerarca nazi, tal como lo pintaban las películas de Hollywood. Después de tomar un coñac, se dispusieron a conferenciar. El alemán manifestó que estaba dispuesto a rendir todos los efectivos de la policía, pero movió negativamente la cabeza, con desaliento, cuando el capitán le dijo que también debían deponer las armas las tropas de la Wehrmacht.

—No tengo autoridad alguna sobre el coronel Von Poncet, y ni siquiera sé dónde se encuentra su puesto de mando —dijo Von Grolmann. No obstante, manifestó que, a su entender, la mayor parte de las tropas del Ejército habían

dejado ya la ciudad, por lo que consideraba que Von Poncet no crearía ningún problema Mas la 69.ª División americana comprobaría poco después que la situación era muy distinta. La unidad estaba entrando en ese momento en la ciudad por el Sudeste, avanzando en cabeza la Fuerza Especial del teniente coronel Zwiebol.

Al aproximarse la avanzada americana al monumento, los soldados de Poncet que se hallaban en el interior del mismo abrieron fuego. Los tanques de Zwiebol, que avanzaban normalmente a unos dieciséis kilómetros por hora, iniciaron una carrera calle abajo, hacia la zona del Ayuntamiento, a una velocidad tres veces superior, con lo que iban cayendo poco a poco los infantes que viajaban sobre los tanques. En la última calle antes de llegar al Ayuntamiento, Zwiebol se enteró por un aviador italiano de que en aquel lugar había por lo menos trescientos soldados de las SS. Como solo le quedaban sesenta y cinco infantes, pues ciento sesenta habían caído en la vertiginosa carrera, o fueron eliminados por el fuego enemigo, Zwiebol decidió ocultarse para pasar la noche.

Al amanecer, una compañía de infantería de la 69.ª División intentó llevar a cabo un asalto contra el barroco edificio del Ayuntamiento, pero el ataque fracasó. Zwiebol avanzó para apoyar a los infantes con su puñado de tanques.

Gabrielle Herberner y una amiga suya se encontraban en la intersección de dos calles importantes cuando la Fuerza Especial se acercó al lugar. Ambas muchachas creyeron que los carros de asalto eran alemanes, hasta que uno de los tanques aminoró la marcha y alguien gritó desde dentro en inglés:

—¡Alto, muchachos!

Por la torrecilla de uno de los tanques surgió la cabeza de un soldado, el cual dijo a las chicas:

—Marchaos a un refugio. Al final de la calle está el Ayuntamiento, y vamos a atacarlo.

El norteamericano sonrió y desapareció para asomarse al momento, al tiempo que les arrojaba algunos caramelos. Aún desconcertadas, las muchachas se dirigieron a un refugio, preguntándose qué clase de enemigo era aquel.

Zwiebol hizo avanzar sus efectivos en dos columnas y comenzó el ataque al edificio de la alcaldía, al mismo tiempo que lo hacía la compañía de infantes. Una vez más, los norteamericanos se vieron detenidos por un nutrido fuego de *bazookas*, ametralladoras y fusiles. Hacia las nueve, después de otros dos asaltos infructuosos, Zwiebol decidió emplear la persuasión en lugar de la fuerza.

Convenció a un jefe de bomberos alemán para que llevase un ultimátum al Ayuntamiento: si el comandante no se rendía inmediatamente, los norteamericanos atacarían al cabo de veinte minutos con artillería pesada, lanzallamas, y una división completa de infantería.

Pocos minutos más tarde, ciento cincuenta soldados alemanes salieron del edificio con las manos en alto. En el interior de la alcaldía, los norteamericanos encontraron los cadáveres del alcalde Freyborg, de su ayudante y de las familias de ambos, todos los cuales se habían suicidado.

La única resistencia seria que quedaba en Leipzig era la del monumento, donde Von Poncet se había hecho fuerte y tenía en su poder a diecisiete prisioneros norteamericanos. Los proyectiles norteamericanos, incluso los de gran calibre, tenían escaso efecto sobre la estructura, y algunos rebotaban sobre la superficie de granito. Aquello tenía aspecto de que iba a resultar un largo y penoso asedio. El capitán Hans Trefousse, del 273.° Regimiento, tuvo una idea. Dijo a su comandante, el coronel C. M. Adams, que esperaba convencer a Von Poncet para que se rindiera. Nacido en Francfort del Main, Trefousse había huido de Alemania a Estados Unidos en 1936, y seis años después se graduó en una Universidad americana.

A las tres de la tarde, Trefousse, acompañado por el teniente coronel George Knight y por un prisionero alemán que portaba una bandera blanca, comenzaron a ascender los escalones que conducían a la tienda de recuerdos, situada en la parte posterior del monumento. Von Poncet y otros dos oficiales alemanes se acercaron para recibir a los parlamentarios.

Trefousse dijo a Von Poncet que era inútil seguir resistiendo. —No tienen ninguna posibilidad de vencer. La guerra está perdida para ustedes, y lo más sensato es entregarse y salvar la vida de los que combaten.

—Tengo órdenes del Führer en persona. No puedo rendirme —contestó Poncet.

También se negó en poner en libertad a los diecisiete norteamericanos prisioneros, o a hacer un intercambio con los mismos. Solo accedió a que se celebrase una tregua de dos horas para evacuar los heridos del monumento.

Mientras los enfermeros norteamericanos sacaban una docena de bajas, Trefousse siguió discutiendo con Poncet en el exterior de la tienda de recuerdos, y a las cinco le convenció para que continuasen las conversaciones en el interior del monumento. En el resto de la ciudad, la lucha había terminado, a excepción de algún tirador apostado que seguía disparando, y las tropas norteamericanas

comenzaban a llenar la ciudad. Los soldados de Estados Unidos recorrían las calles en *jeeps* y camiones, agitando banderas nazis de las que se habían apoderado. Uno de ellos iba de pie en la parte trasera de un camión, imitando a Hitler con un peine bajo la nariz, a guisa de bigote, y cantando una canción alemana. Hasta los mismos germanos se reían. Para muchos, era la primera risa, desde hacía varios años.

Günther Untucht y otros chiquillos miraban con gesto ansioso cómo comían algunos soldados norteamericanos, los cuales al concluir quemaron los desperdicios con gasolina. Uno de los chicos alcanzó a extraer de las llamas una de las latas que estaba llena por la mitad, pero un soldado se la quitó. La mayor parte de los norteamericanos, sin embargo, no se mostraban tan hostiles y distribuían chocolate entre los niños, si bien muchos hacían la pregunta acostumbrada:

—¿Tienes una hermana?

Gabrielle Herbener estaba tratando de cambiar dos botellas de coñac por alimentos. Pasó ante una fila de tanques buscando un rostro amistoso, cuando acertó a descubrir al conductor del tanque que le había entregado los caramelos por la mañana.

—Tengo coñac —le dijo la muchacha—. ¿Me daría algo de comida, a cambio?

—Está bien, dame tu pañuelo —dijo el soldado, cogiendo las botellas.

Gabrielle se quitó la pañoleta y observó, atónita, cómo el norteamericano la iba llenando con raciones de campaña, dulces y jabón. Luego, encima de todo aquello, el soldado colocó las dos botellas de coñac que le había dado la chica.

Trefousse y Von Poncet seguían discutiendo cuando ya era medianoche.

—Si fuera usted un bolchevique —dijo el alemán—, no me molestaría en hablarle. Al cabo de cuatro años, los dos nos encontraríamos en Siberia.

—Si piensa usted así —contestó Trefousse—, ¿no es una pena sacrificar a todos estos soldados alemanes que podrían ayudarnos contra los rusos?

—En efecto, pero tengo órdenes de no rendirme.

—Estoy seguro de que conoce usted la anécdota del príncipe de Homburg —manifestó Trefousse—, el cual ganó una batalla para el Elector desobedeciendo sus órdenes.

Algo más tarde, Trefousse dijo a Poncet y a sus oficiales que acababa de

recibir una oferta del puesto de mando de la división: si Von Poncet salía del monumento y se rendía junto con sus hombres, dejarían en libertad a todos. Von Poncet aceptó y a las dos de la madrugada del 20 de abril, salió por la puerta principal de la gran estructura. La batalla del monumento había terminado.

Pero cuando Trefousse iba a soltar al resto de los alemanes el coronel Knight manifestó que se había producido un malentendido. El general Emil F. Reinhardt, comandante de la división, solo había dado permiso para liberar a Von Poncet. Los demás deberían quedar recluidos temporalmente en el interior del monumento. Trefousse regresó adonde estaban los demás oficiales alemanes y trató de convencerles para que aceptasen las nuevas condiciones. Como estímulo les dijo que trataría de conseguirles una estancia de cuarenta y ocho horas en Leipzig, si le prometían no huir. Solo un alemán insistió en que debía mantenerse el acuerdo inicial, y Trefousse le soltó sin entrar en mayores discusiones. Aunque no fuese general, Trefousse consideró que no debía quebrantar la palabra que había empeñado. Luego trató de persuadir a Knight para que aprobase el permiso de cuarenta y ocho horas.

—Está bien —contestó Knight—, pero tenemos que sacar a los alemanes y devolverlos al monumento sin que se entere Reinhardt.

Mientras se procedía a desarmar a los soldados, Trefousse escabulló a una quincena de oficiales alemanes fuera del monumento y los llevó a sus hogares. Cuando regresó a recogerlos, dos días más tarde, todos se hallaban esperándole menos uno, que dejó tras él una nota disculpándose.

Este tipo de extrañas rendiciones tenía lugar por todo el frente occidental en esos días. En muchos casos, por ejemplo, los oficiales norteamericanos se limitaban a llamar por teléfono concertando una capitulación pacífica con el alcalde de la ciudad más próxima.

A todos los efectos, la guerra en el Oeste había concluido. Pero Kesselring consideró que aún debía tratar de retener la línea del río Elba frente a la capital de Alemania, a fin de que Hitler pudiese lanzar todos los soldados de que disponía en Berlín a la batalla final contra los bolcheviques.

El hombre que mandaba esa línea tenía, sin embargo, una idea muy distinta. Sin orden alguna, e incluso sin consultar al cuartel general del Führer, el general Walther Wenck ordenó a su 12.° Ejército atacar en sentido contrario. Sus soldados volvieron la espalda a los norteamericanos y comenzaron a avanzar

contra las tropas rusas.

Capítulo cuarto

«Sobre el filo de la navaja»

1

Durante casi dos meses había reinado una calma relativa a lo largo del frente del Nordeste, mientras Zhukov preparaba su ataque final contra Berlín, y Heinrici había empleado ese respiro para tratar de fortalecer las endebles defensas del Grupo de Ejército Vístula. Por algunos prisioneros rusos se enteró de que la ofensiva principal sería precedida unos días antes por pequeños ataques de tanteo en la zona de Küstrin-Francfort. Cuando comenzaron estos, tal como se había proyectado, el 12 de abril, la estrategia de Heinrici, que este había imitado de los franceses, fue puesta en práctica. Se ordenó a Busse que esperase tres días y que luego retirase su Noveno Ejército —dejando solo un contingente fantasma—, al amparo de la oscuridad, hasta quedar a cubierto tras las sierras situadas detrás del Oder. Varias horas antes de la subrepticia retirada, llegó al puesto de mando del Grupo de Ejército Vístula, situado cerca de Prenzlau, un inesperado visitante: Albert Speer.

—Me alegro de verle por aquí —le dijo Heinrici, después de saludarle—. Mi comandante de ingenieros ha recibido dos órdenes contradictorias.

—Por eso he venido —manifestó Speer, y explicó la razón de que hubiera dado de intento dos órdenes confusas: deseaba proporcionar a los comandantes de campo una excusa para que ignorasen la orden de «tierra arrasada» de Hitler.

Heinrici dijo que no destruiría ninguna propiedad alemana si no resultaba

totalmente imprescindible.

—Pero ¿qué harán los *gauleiters*? Ellos no están bajo mi jurisdicción.

Speer declaró que tenía esperanzas de que el general influyese para evitar que esos funcionarios del Partido entrasen en acción. Heinrici prometió hacer cuanto estuviera de su parte, pero dijo que se vería obligado a destruir algunos puentes, especialmente los más próximos a Berlín, por razones militares. Sugirió que se trasladasen a la oficina exterior, donde se hallaba esperando casualmente el comandante de Berlín, teniente general Helmuth Reymann. Heinrici pidió a este que fuese con él hasta el frente, con el fin de discutir sobre el terreno los problemas que presentaba la defensa de Berlín.

Reymann contestó que las únicas tropas de que disponía en la capital eran noventa y dos batallones de Volkssturm deficientemente entrenados.

—Tengo también un contingente bastante fuerte de baterías antiaéreas, dos batallones de tropas de la Guardia y las llamadas Tropas de Alarma, integradas por empleados y cocineros. Eso es todo. ¡Ah! Y también poseo unos pocos tanques.

—¿Qué hará usted cuando ataquen los rusos? —preguntó Speer. —Tendré que volar los puentes de Berlín.

—*Herr* general —dijo Speer, frunciendo el ceño—, ¿se da usted cuenta de que si destruye esos puentes inutilizará los servicios públicos de más de dos millones de personas?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? O eso o mi cabeza. Respondo con mi vida de la defensa de Berlín.

Speer recordó que por los referidos puentes discurrían tuberías de gas, cañerías de agua y cables conductores de electricidad. Si se destruía todo aquello, los servicios más vitales quedarían interrumpidos, los cirujanos no podrían operar, y la ciudad se quedaría sin agua potable.

—Yo he hecho un juramento, y estoy obligado a cumplirlo —insistió Reymann, visiblemente afligido.

—Le prohíbo que destruya uno solo de los puentes —dijo Heinrici, con su escueta manera de expresarse—. Si se presenta alguna dificultad, debe ponerse en contacto conmigo, para solicitar mi permiso.

—Está bien, general, pero ¿y si tengo que actuar con toda urgencia?

—Examinemos el mapa —dijo Heinrici, e indicó varios puentes que no conducían gas ni cables eléctricos—. De ocurrir lo peor, puede usted volar estos puentes. Para los demás tiene que consultar antes conmigo.

Speer quedó satisfecho, y Reymann se mostró más tranquilo. Había alguien más que asumía la responsabilidad.

En el *bunker* de la Cancillería se estaba celebrando una reunión especial, en el curso de la cual Hitler estaba revelando una singular estrategia para salvar a Berlín: las tropas alemanas que se retiraban hacia la capital crearían un núcleo defensivo que atraería indefectiblemente al Ejército Rojo. Esto daría lugar a que las otras fuerzas alemanas quedasen aliviadas de la presión de los últimos días, pudiendo así atacar a los bolcheviques desde el exterior.

—Los rusos han extendido tanto su frente que la batalla decisiva puede ganarse en Berlín —dijo el Führer, lleno de confianza—. Esto los eliminará como factor de negociación en una paz futura.

En cuanto a él, aseguró que permanecería en la ciudad para estimular a los defensores. Varios de los que le escuchaban le exhortaron a que se trasladase a Berchtesgaden, pero Hitler no quiso ni siquiera discutir el asunto. Como comandante en jefe de la Wehrmacht que era, y como líder de su pueblo, tenía la obligación de quedarse en la capital.

A continuación redactó una arenga de ocho páginas —la última que iba a dirigir a las tropas— y la envió a Goebbels. Cuando el ministro de Propaganda leyó la proclama, comprobó que aquello llegaba al colmo de lo ampuloso y altisonante, y la arrojó sin más al cesto de los papeles. Luego la extrajo de donde la había tirado y trató de corregirla. Sin molestarse en consultar con el Führer para que aprobase la versión final, Goebbels distribuyó las copias entre los combatientes del Este.

*«¡**SOLDADOS DEL FRENTE ORIENTAL**!*

»Nuestro mortal enemigo, el judío bolchevique, ha iniciado su ataque final en masa. Con ello espera aniquilar a Alemania y eliminar a nuestro pueblo…». Si en los días y semanas que se avecinan cada uno de los soldados del Frente Oriental cumple con su deber, el último ataque de Asia fracasará…
»Berlín sigue siendo alemán, Viena debe volver a serlo, y Europa jamás será rusa…
»En estos momentos todo el pueblo alemán nos contempla, mis combatientes del Este, y solo espera que con vuestra tenacidad y vuestro fanatismo, con vuestras armas y bajo vuestra guía, el ataque bolchevique quedará ahogado en un baño de sangre. En el mismo instante en que los hados han eliminado al mayor criminal de guerra de todos los tiempos [Roosevelt], la suerte de la contienda ha quedado decidida.

»Adolf Hitler».

Una noche antes de haber regresado a Washington para ver a Truman,

Harriman se había entrevistado con Stalin. Al terminar la prolongada conferencia, Harriman mencionó la noticia alemana de que el Ejército Rojo estaba proyectando una nueva ofensiva contra Berlín.

—Estamos a punto de comenzar dicha ofensiva —manifestó Stalin, en un tono de voz con el que parecía querer restar importancia al hecho—. No sé qué éxito tendrá, pero el ataque principal se llevará a cabo contra Dresde, como ya he informado al general Eisenhower.

Pero mientras Stalin se expresaba de este modo, Zhukov estaba haciendo los preparativos finales para el ataque en masa contra Berlín. Se iban acumulando en la orilla oriental del Oder grandes efectivos de morteros y cañones de considerable calibre, con los que se pensaba llevar a cabo uno de los bombardeos de artillería más intensos de la historia. Cuatro mil tanques aguardaban en las márgenes orientales del río, la mayor parte de ellos destinados a irrumpir por la zona de Küstrin-Francfort. A ambos lados de Küstrin se emplazaron 1750 reflectores con un alcance de más de cuatro kilómetros, con el fin de iluminar el camino de las fuerzas principales que se dirigían hacia Berlín, y para cegar al mismo tiempo a los defensores.

En el cuartel general de Zhukov estaba a punto de comenzar una importante reunión de oficiales de alta graduación del Primer Frente Ruso Blanco. El teniente coronel Vladimir Yurasov era el oficial de menos grado, y representaba al Departamento de Material de Industrias de la Construcción, filial del Comité Especial para el Desarme Económico de Alemania y sus satélites. Su tarea consistía en transportar fábricas de cemento, completas e intactas, hasta la Unión Soviética, para el programa de reconstrucción de posguerra, y ya había enviado las suficientes instalaciones polacas como para fabricar un millón de toneladas de cemento anuales.

El general Nikolai Bulganin (más tarde jefe de Gobierno) fue el primero en hablar.

—¡La guerra aún no ha concluido! —manifestó—. Hemos derrotado a Hitler, pero no al fascismo. Este existe en todo el mundo, especialmente en América. Necesitábamos el Segundo Frente, y los Capitalistas nos lo han negado. ¡Ello nos cuesta la vida de millones de hermanos!

Mientras Zhukov permanecía en silencio, un general tras otro fueron poniéndose de pie para arengar a los presentes. —Norteamérica es nuestro principal enemigo —aseguró uno de los oradores—. Hemos destruido la base del fascismo. Ahora debemos destruir la base del capitalismo: ¡Norteamérica!

Posiblemente el punto más importante de la línea de defensa de Heinrici era el pueblo de Seelow, situado cerca del extremo sur de la referida línea y de la orilla occidental del Oder. Cruzaba el pueblo la autopista Küstrin-Berlín, sobre la que Zhukov proyectaba lanzar el ataque principal. Una vez que el Ejército Rojo llegase a la cima de la colina por la que discurría la autopista en aquella zona, quedaría abierto para sus efectivos el camino hasta Berlín.

Nada puede ilustrar mejor el deplorable estado del Grupo de Ejército Vístula, que la clase de tropas que defendían la localidad de Seelow. Eran muchachos de la Novena División de Paracaidistas, de Goering, con solo dos semanas de entrenamiento en la Infantería. Sus oficiales eran antiguos pilotos llenos de espíritu combativo, pero con escaso conocimiento de las tácticas de combate en tierra.

Uno de los defensores que podía considerarse como característico era Gerhard Cordes, que contaba dieciocho años de edad y era hijo de un director de escuela primaria. Su regimiento, apresuradamente organizado, acababa de atrincherarse en la ladera oriental de la colina. Armados solo con granadas, fusiles automáticos, rifles y *bazookas*, estaban apoyados por media docena de cañones antiaéreos y por varios cañones antitanques. Al anochecer del 15 de abril comenzó a caer en sus posiciones un bombardeo esporádico de la artillería rusa, y se les dijo que se afianzasen mejor en sus posiciones. Ninguno de ellos tenía la menor idea de que la fuerza principal germana estaba siendo retirada en secreto más allá de la colina, quedando ellos solos para dar una apariencia de fuerza militar. A las dos de la madrugada, abrieron fuego repentinamente veintidós mil cañones rusos de largo alcance en toda la extensión de un frente que abarcaba ciento veinte kilómetros de longitud. La mayor concentración se hallaba precisamente frente a Seelow, y al aterrado Cordes le pareció como si cada centímetro cuadrado del terreno fuese a quedar arrasado por los disparos.

Algo más tarde cesó el fuego de la artillería, y también de improviso se originó un resplandor deslumbrante a ambos lados de la autopista Küstrin-Berlín, y centenares de tanques avanzaron estrepitosamente hacia la colina. A la luz cenicienta que precedía al alba, los soldados de las primeras trincheras, situadas unos seiscientos metros delante de Cordes, en un terreno llano y pantanoso, comenzaron a retroceder gritando:

—¡Vienen los rusos!

Cordes atisbó fuera de su trinchera y vio un espectáculo aterrador: una oleada de grandes tanques se extendía hasta donde alcanzaba su vista. Después de la primera, venía una segunda oleada, y detrás una muchedumbre de infantes.

De improviso se dejó oír un ensordecedor estruendo. Desde la cima de la colina centenares de cañones antiaéreos, que apuntaban hacia abajo, lanzaban su mortífera carga contra los rusos. Los tanques soviéticos comenzaron a quedar envueltos en llamas, mientras los soldados que iban encima de ellos trataban de ponerse a salvo. Los aviadores empezaron entonces a hacer fuego desde sus posiciones, y las tropas rusas comenzaron a flaquear. Unos pocos «T-34» soviéticos irrumpieron por los flancos, pero fueron destruidos cuando trataban de trepar por la falda de la colina. Al amanecer, los atacantes retrocedieron, tras haber experimentado enormes pérdidas.

Los jóvenes aviadores habían sufrido pocas bajas, y se hallaban confiados, incluso engreídos con su triunfo. «Después de todo, la cosa no ha resultado tan mal», pensó Cordes. Sin embargo, él y sus camaradas se sintieron notablemente aliviados cuando llegó la orden, de trinchera en trinchera, de retirarse hacia la colina. A mitad de camino les hicieron tomar posiciones en los bosques que cubrían la falda del promontorio. Más abajo se hallaba un buen campo artillero, y detrás había una zona protectora de árboles. Se sintieron seguros, sin llegar a comprender que, aun después de su retirada, seguían siendo la línea defensiva de choque de Heinrici, y que en el curso de algunas horas volverían a ser el objetivo principal de Zhukov.

Al retirar al grueso de sus fuerzas poco antes de iniciarse el fuego de artillería, Heinrici no solo había salvado millares de vidas, sino que había ganado bastante tiempo. Al encontrar vacías las trincheras y emplazamientos, los rusos temieron alguna trampa y vacilaron, en lugar de llevar a cabo el ataque final contra la colina, que seguramente hubiera tenido éxito.

Por la tarde, Krebs llamó a Heinrici y le felicitó por los resultados obtenidos en Seelow. Más el pequeño general no se mostraba demasiado optimista. Dijo que Busse había sufrido bastantes pérdidas, y que debían esperarse ataques mucho más intensos.

—No nos alegremos de antemano —declaró Heinrici.

Los aviadores de Goering se hallaban atrincherados a lo largo de la autopista de Berlín. A ambos lados del pueblo de Seelow, y en la mitad de la falda de la

colina, una veintena de cañones antiaéreos de varias clases y calibres dirigían sus puntos de mira en un ángulo casi increíble, por encima de la cabeza de los aviadores situados en las trincheras.

Poco después del mediodía, Cordes observó un fila de tanques soviéticos que iniciaban prudentemente la marcha, y que tras doblar una curva de la carretera se dirigían hacia Seelow. Era evidente que trataban de atraer el fuego enemigo para revelar las posiciones germanas. Pero no sucedía nada, a pesar de que los tanques se iban acercando cada vez más. Tanto se aproximaron, que Cordes alcanzó a ver la sombría expresión del comandante de uno de los vehículos, mientras se mantenía resueltamente en la escotilla. De pronto se oyó un intenso silbido, y luego una granada estalló junto al tanque. La dotación del mismo salió rápidamente por la escotilla y corrió colina abajo.

Una orden fue circulando de trinchera en trinchera, entre los alemanes: no disparar y permanecer inmóviles. Mientras pasaban los minutos, aumentaba la nerviosidad de los soldados, que deseaban ya que ocurriese algo… lo que fuera. Entonces, a la luz rojiza del atardecer, Cordes vio una columna de tanques rusos que se deslizaba fuera de los bosques situados en la falda de la colina, y comenzaban a ascender por la ladera. Un solo cañón antiaéreo empezó a hacer fuego, y la columna giró en redondo torpemente y volvió a esconderse entre los árboles. Durante dos horas reinó un silencio opresivo, y Cordes sintió como si hasta la misma vida se hubiera interrumpido. De pronto a las siete de la tarde, volvió a dejarse oír el estruendo de los tanques al avanzar. Debían ser unos cuarenta, por lo menos. El ruido era cada vez más intenso y Cordes comprendió que los vehículos estaban ascendiendo por el lado izquierdo de la carretera, es decir, por su lado. Más allá alcanzaba a percibir otro rumor, como de unos veinte tanques, que avanzaban por el otro lado.

Los aviadores cumplían la orden de no hacer fuego, pero no dejaban de mirarse unos a otros, preguntándose si estarían actuando correctamente. Desde una batería de 88 mm. emplazada justamente detrás, Cordes oyó una voz que exclamaba:

—¡Quiero tener a esos malditos ante mi cañón, antes de que se dispare el primer tiro!

Apareció una forma monstruosa, más grande aún de lo que Cordes había visto hasta entonces en materia de tanques, al punto que se sintió estremecer de pies a cabeza.

—No te preocupes —dijo un hombre de más edad, que había saltado al

agujero donde se hallaba Cordes—. No tienes nada que hacer aún, a menos que se dirijan directamente contra ti. En tal caso debes usar tu *bazooka*.

A continuación Cordes vio nuevas formas. El estruendo de los motores y las orugas de los tanques era ensordecedor, y hacía estremecer la tierra. El joven cogió su *bazooka*. Desde atrás se inició un coro de detonaciones. Los proyectiles de 88 mm. silbaron sobre su cabeza y fueron a estallar contra los primeros tanques. Las llamas surgían por todas partes de los vehículos incendiados, y fragmentos de metal llovían sobre los ocupantes de las trincheras. Seis tanques, por lo menos, habían quedado fuera de combate, pero otros seguían llegando incesantemente. En medio de esta indescriptible confusión, irrumpió la infantería soviética. Debían de ser unos ochocientos soldados, que al ascender por la colina comenzaron a gritar como si hubieran perdido el juicio, según el parecer de Cordes.

Los aviadores empezaron a disparar, y centenares de rusos cayeron al suelo. Los demás siguieron avanzando, siempre lanzando gritos, y al fin, como una gran ola que se debilita y termina por volver hacia el mar, después de haber roto en la playa, los atacantes dieron media vuelta y se retiraron.

Cordes se recostó sobre el suelo, extenuado. Al fin podría descansar un poco. Pero un momento después un tanque pesado alemán pasó ante Cordes y cruzó al otro lado de la autopista. El tanque hizo fuego, y el resplandor del disparo permitió ver los veinte tanques rusos al lado de la carretera. Los soldados rusos de infantería avanzaban detrás de ellos, y comenzaron a dirigirse hacia arriba, en dirección a las baterías de grandes cañones alemanes.

Cordes, junto con los demás que se hallaban en el lado izquierdo, se volvieron y comenzaron a disparar. Las descargas de una pieza antiaérea de cuatro cañones producían un ruido atronador, no lejos de donde se hallaba Cordes. Los proyectiles estallaron en el centro de un grupo de infantes rusos, y una docena de ellos cayeron como si los hubieran segado con una hoz. Un segundo tanque pesado alemán cruzó la carretera y comenzó a barrer a los supervivientes con su ametralladora.

—¡Maldición, allí hay cuatro más! —gritó el compañero de Cordes, y señaló un pequeño grupo de carros de asalto que había al otro lado de la autopista.

—Están inutilizados —dijo otra voz, no muy lejos—. No se mueven.

De pronto surgió un fogonazo anaranjado de uno de los tanques que se hallaban inmóviles, y la batería que estaba detrás de Cordes saltó en el aire, incluida la dotación.

—¡Liquiden esos malditos tanques con un *bazooka*! —gritó una voz detrás de Cordes.

Este y otros dos soldados comenzaron a arrastrarse colina abajo. Los cuatro tanques habían empezado a moverse, y sus siluetas se agrandaban conforme se iban acercando. A la derecha, un soldado alemán hizo fuego. La descarga atravesó la carretera como un cohete de juguete, y fue a estrellarse contra la torrecilla del primer tanque. Se produjo un resplandor, y luego un colosal estampido al estallar el depósito de municiones del tanque.

Cordes disparó hacia el segundo tanque, que quedó envuelto en llamas. Otro soldado acertó al tercero y el vehículo se incendió, como los dos anteriores. El comandante del cuarto tanque gritó algo mientras movía los brazos con violencia. El enorme vehículo giró rápidamente y comenzó a descender colina abajo. Cordes alzó su fusil e hizo fuego. El comandante cayó fuera de la torrecilla, mientras el tanque seguía alejándose.

Poco después quince de los cuarenta tanques habían logrado pasar la barrera defensiva y se acercaban a la cima de la colina. Empezó entonces un duelo con las baterías antiaéreas casi a bocajarro, y la colina entera pareció haber entrado en erupción. Se produjo un tremenda confusión, y Cordes no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Aparecieron más tanques soviéticos, pero el estrépito de los motores y de las detonaciones había mareado a Cordes hasta tal punto que no sabía hacia dónde se dirigían los tanques.

—¡Dejen los tanques y disparen solo contra los soldados! —gritó una voz.

Cordes saltó de nuevo al interior de su agujero e hizo fuego contra las formas que avanzaban a pie. De pronto, un ruso se precipitó en el agujero de Cordes. Tenía los ojos desorbitados y presentaba un orificio en la mandíbula, del que manaba abundante sangre. Cordes extrajo el pequeño botiquín individual, pero cuando el ruso comprobó que era un enemigo, saltó fuera del agujero y se alejó dando tumbos colina abajo.

—Déjale que se vaya —dijo el soldado de más edad—. No llegará muy lejos, y no volverá a molestarnos.

A las once y media se produjo un repentino silencio. No se oía una sola descarga de artillería, ni el golpeteo metálico de los tanques. Cuando Cordes se hubo acostumbrado al relativo silencio, comenzó a oír los lamentos de los heridos. Resultaba increíble, pero la línea había resistido. A derecha e izquierda de Cordes, los agujeros y trincheras estaban llenos de cadáveres o de moribundos. Detrás, la situación no era mucho mejor. Al menos el treinta por

ciento de los aviadores habían perecido, y de los grandes cañones, solo quedaban dos del calibre 88. No podían esperarse reemplazos de cañones u hombres, y lo único que pudieron hacer Cordes y sus camaradas fue esperar en sus puestos a que se iniciase el siguiente ataque.

2

En horas más avanzadas de aquella misma tarde, el VII Cuerpo alemán de Tanques comenzó a ser cargado a bordo de una docena de buques situados a una milla frente al poblado de Hela, que se hallaba en una delgada península de la bahía de Danzig. Estos supervivientes de las duras batallas que tuvieron lugar en la zona de Danzig eran trasladados de frente para contribuir a la defensa de Berlín.

Más de diez mil fugitivos civiles luchaban entre sí por conseguir un lugar en los barcos. Hasta el momento habían llevado una precaria existencia en las dunas de la estrecha península, siendo el blanco de los incesantes bombardeos aéreos y de la artillería. Al anochecer, solo faltaban por admitirse un puñado de pasajeros en el mayor navío del convoy, el «Goya». El oficial de embarque del buque, Werner Jüttner, vio una joven pareja con una criatura, que trepaban al barco desde una lancha. El marido se volvió hacia dos ancianos, presumiblemente sus padres, y les empujó hacia atrás, mientras les decía:

—Ya no valéis para nada. ¡Sois demasiado viejos!

Cuando la lancha dio la vuelta hacia tierra, los ancianos miraron desconsolados a su hijo, que les miraba impasible desde la cubierta del «Goya» y que ni siquiera levantó una mano para despedirse de ellos.

Hacia las siete y media de la tarde, el convoy puso rumbo al Nordeste, protegido solo por dos destructores. La noche era fresca y despejada, y Curt Adomeit, como muchos otros miembros de las dotaciones de los tanques, estaba tan excitado por el hecho de haber escapado de los rusos, que se sentía incapaz de dormir, y se puso a recorrer el barco. Los soldados y los fugitivos civiles se apiñaban en los camarotes y pasillos. El número de los que viajaban no sería menor de siete mil, calculó Adomeit. Ascendió a la cubierta superior y se apoyó en la borda. A las once de la noche oyó un retumbar de cañones. El blanco era uno de los buques. Seguramente los submarinos rusos habían localizado el

convoy. Para ese entonces, Adomeit se hallaba demasiado cansado para preocuparse, y se echó a dormir sobre unos cajones. Poco antes de la medianoche le despertó una explosión, y luego se produjo otra más. Las luces se extinguieron y Adomeit oyó enérgicas voces de mando en la oscuridad. Se produjo un breve silencio, y luego se percibió claramente el borboteo del agua al penetrar por una abertura: los torpedos habían abierto dos orificios en el casco del buque.

Jüttner se hallaba de guardia cuando escuchó las dos explosiones. Observó su reloj, que marcaba exactamente las 23:56. El buque comenzó a inclinarse rápidamente hacia estribor, y por los altavoces se oyó una voz que exclamó:

—¡Pónganse a salvo! ¡Nos han alcanzado dos torpedos!

Los refugiados se apiñaron en las escaleras, forcejeando por salir a cubierta. Solo había mil quinientos cinturones salvavidas para siete mil pasajeros. Los marineros trataron de arriar los botes salvavidas, pero era evidente que el buque se iría a pique antes de que pudiera realizarse la maniobra. Al inclinarse el «Goya», las municiones y demás carga que iba sobre cubierta se deslizó sobre la misma y cayó al mar, en tanto que la gente se aferraba desesperadamente a la borda.

Dominando los gritos de espanto, Jüttner oyó el estampido de las pistolas con las que algunos soldados se suicidaban. Corrió Jüttner hacia una escalera, y en la cubierta superior vio a centenares de personas que se lanzaban al agua. Estaba a punto de hacer lo mismo, cuando una ola lo lanzó al mar. Cerca había una balsa salvavidas y Jüttner subió a bordo.

Adomeit, a todo eso, observó que el «Goya» se estremecía. Inmediatamente el casco se partió en dos, y se encontró al momento sumergido en el agua helada. Escuchó los gritos con que algunas madres desesperadas llamaban a sus hijos. Adomeit divisó una luz amarilla que refulgía desde una de las balsas que flotaban a su alrededor. Los que se hallaban en el agua procuraban subirse a las balsas, y sus ocupantes los rechazaban a golpes e incluso a tiros. Resultaba una escena infernal. Pero al fin Adomeit luchó denodadamente y pudo izarse a una gran balsa. Del agua surgió de pronto una gran llamarada. Sin duda, había estallado una de las calderas del buque. A la luz que produjo la explosión, Jüttner vio a centenares de personas que flotaban en el agua y agitaban los brazos, pidiendo ayuda. Tras haber izado a cinco de ellos a la balsa, Jüttner comprobó que el agua le llegaba a los tobillos. Los que estaban en el mar lanzaban juramentos que Jüttner no había oído antes, contra Hitler y otros dirigentes, e

incluso contra Dios y contra los santos. Las madres lloraban angustiadas al ver a sus hijos desaparecer bajo el agua. Jüttner se dijo que no podía resistir un momento más aquel espectáculo, y extrajo la pistola para pegarse un tiro. Luego pensó en su familia, y lanzó el arma al agua, antes de que pudiera cambiar de parecer. Jüttner prometió entonces llevar una vida mejor, si se salvaba.

Los que flotaban aferrados a maderos y otros restos del naufragio, se aproximaban a la balsa y trataban de subir a bordo. Pero el agua había subido de nivel en forma alarmante y Jüttner, tomando una dolorosa decisión, se unió a los demás de la balsa y comenzó a golpear a los que pretendían subir a ella. De lo contrario, pensó, todos morirían ahogados. Pero mientras rechazaba a uno de los náufragos se dijo que aquello no era una disculpa válida, y que siempre se sentiría culpable. En definitiva, no era mejor que el joven que rechazó a sus padres cuando querían ascender al buque.

Los gritos desesperados de los que se hallaban en el agua no tardaron en acallarse, y Adomeit pronto escuchó únicamente el ruido de las olas al romper contra la balsa. Había perdido toda esperanza de salvación, ya que se hallaban a cien millas de la costa. De pronto refulgió tenuemente una luz en las cercanías y se oyó una voz que gritaba en alemán.

Cuando Adomeit subió a bordo del barco salvador, pensó que en el escaso lapso de veinte minutos toda una comunidad humana había desaparecido de este mundo. ¿Quién iba a informar a los familiares de los muertos? Nadie. Durante muchos años las mujeres esperarían inútilmente a sus maridos; los hombres a sus esposas, las madres a los hijos. En aquel lugar del mar, pensó, no quedaría nada que pusiese de manifiesto que allí estaba la tumba de casi siete mil seres humanos. De estos solo ciento setenta habían sobrevivido.

3

A las cinco de la mañana del 17 de abril todavía era de noche en la colina de Seelow. Cordes estaba adormilado, pero se despejó en seguida, cuando vio una serie de siluetas de tanques que ascendían en la semioscuridad por la parte derecha de la autopista. Esperó confiado a que comenzase el fuego de los cañones que estaban a su espalda, pero no oyó nada. El ruido de los tanques que se acercaban era ya ensordecedor…

Cuando el cielo comenzó a clarear, Cordes vio centenares de tanques «T-34», seguidos por soldados de infantería, que trepaban por ambos lados de la carretera, levantando nubes de polvo. Cordes lanzó dos disparos de *bazooka*, cuando oyó detrás una voz que le gritaba:

—¡Huyamos de aquí! ¡No hay más municiones!

Los aviadores, que habían luchado con éxito en la oscuridad, se vieron poseídos por el pánico. Como respondiendo a una consigna, salieron todos de sus trincheras e iniciaron una desordenada retirada hacia la cima de la colina. Cordes se despojó de los correajes, el casco y el fusil, y corrió hacia el pueblo de Seelow, que estaba desierto.

Pocos minutos más tarde, los soldados del Ejército Rojo llegaban a la cima de la colina y miraban hacia el oeste, por donde se extendía la autopista, libre de obstáculos. Poco más de setenta kilómetros más allá estaba el *bunker* de Hitler.

Heinrici se enteró de que las líneas de Busse habían quedado duramente afectadas en Seelow, y también a unos treinta kilómetros al sur, por debajo de Francfort, así como hacia el norte, en Wriezen. Pero hasta el día siguiente no se dio cuenta de la magnitud del desastre ocurrido en Seelow: la totalidad de la Novena División de Paracaidistas se había retirado de la colina y había dejado libre el camino hacia Berlín. Los tanques rusos ya habían traspuesto la cima del promontorio, avanzando veinticuatro kilómetros por la autopista, en dirección a la capital de Alemania.

Antes de que Heinrici se hubiera recuperado de tan desastrosas noticias, le entregaron un despacho de Busse en que este le notificaba acerca de una nueva catástrofe, ocurrida en una zona inesperada: dos de los ejércitos de tanques de Konev —el Segundo y el Cuarto— habían abierto una brecha entre el flanco derecho de Busse y el izquierdo de Schoerner, justamente al sur de Francfort.

Era evidente que Konev se aproximaba a Berlín desde el sur, para encontrarse con Zhukov al oeste de la ciudad, en un movimiento envolvente.

Heinrici llamó a la Cancillería y pidió permiso para sacar las tropas de Biehler fuera del *Festung* de Francfort, a fin de lanzarlas sobre la brecha del Sur. Pero Hitler se negó: había que retener Francfort, por lo que Heinrici tendría que contraatacar con otras fuerzas. Heinrici cortó la comunicación lleno de desaliento. ¿Cómo podía luchar con unas tropas que huían para salvar la vida? El 19 de abril, toda la colina, desde Seelow hasta Wriezen, se hallaba en poder de

los rusos. Por la noche Heinrici llamó por teléfono a Krebs, el cual había reemplazado a Guderian, para que le consintiera retirar la totalidad del ejército de Busse, a fin de formar un escudo delante de Berlín.

Heinrici oyó un sonido gutural al otro lado de la línea telefónica.

—¡Hitler nunca consentirá eso! ¡Conserve sus posiciones! —contestó Krebs.

Heinrici colgó el auricular, convencido de que era inútil seguir discutiendo con Krebs, el cual no solo obedecía ciegamente a Hitler, sino que tenía una peligrosa tendencia a minimizar todas las dificultades. Si se le decía que estaba atacando una división rusa, informaría que atacaba «solo un millar de soldados».

Por raro que parezca, el mismo Busse no se mostraba dispuesto a retirarse.

—Tenemos que mantener el frente del Oder hasta que los americanos nos golpeen en la espalda —dijo a Heinrici.

—Pero ¿llegarán los norteamericanos hasta aquí? —contestó Heinrici, el cual había oído hablar de la línea de separación entre el Este y el Oeste, y se preguntaba si ello no detendría el avance americano. En este aspecto, Busse se mostró evidentemente confiado, y aseguró:

—Estados Unidos tienen gran interés en mantener alejados a los rusos de Berlín.

4

En la emisión que por la noche se difundió a toda Alemania con motivo de cumplir Hitler los cincuenta y seis años, Goebbels manifestó entre otras cosas:

—… Nunca una situación nos ha presentado tan claramente el filo de la navaja, como en estos momentos. No podemos celebrar el cumpleaños del Führer de la forma tradicional. Solo puedo decir que esta época, con toda su sombría y dolorosa majestad, tiene como único representante de valor al Führer. Tenemos que agradecerle, solo a él, que Alemania exista en la actualidad, y que el Occidente, con su cultura y su civilización, no haya desaparecido aún ante el negro abismo que se abre ante nosotros…

»Allí donde se presenta nuestro enemigo, aparecen la pobreza y el dolor, el caos y la devastación, el desempleo y el hambre… Por el contrario, teníamos un claro programa de restauración que ha demostrado su eficacia en nuestro propio país y en los demás países europeos en que ha podido implantarse. Europa tuvo

ocasión de elegir entre los dos bandos. Se decidió por el de la anarquía, y hoy está pagando las consecuencias. Reconoció Goebbels que la guerra estaba próxima a su fin, pero profetizó que al cabo de pocos años Alemania florecería de nuevo.

—De su arrasada campiña brotarán ciudades y pueblos más nuevos y hermosos, que poblarán gentes felices. Una vez más seremos amigos de las naciones de buena voluntad… Habrá trabajo para todos. El orden, la paz y la prosperidad reinarán en lugar del caos.

Goebbels hizo luego una predicción aún más asombrosa; solo el Führer podía llevarles a la victoria, y por el medio más singular:

—Si la historia puede demostrar que el pueblo de esta nación no abandona a su jefe, y que este tampoco deja de lado a su pueblo, esa será nuestra victoria.

Para los fieles nazis aquello estaba claro: Si la nación seguía mostrando fidelidad a Hitler hasta el final, su espíritu se alzaría triunfante, como el ave Fénix, de las cenizas de la derrota circunstancial.

A diferencia de Goebbels, Hitler aún pensaba en una victoria material en la víspera de su cumpleaños. Estaba decidido a avanzar hasta el Rhin con el 12.° Ejército de Wenck, pese a que aún no se había enterado de que Wenck, por propia iniciativa, se estaba enfrentando con los rusos. Para proteger a Wenck, Hitler había ordenado hacía poco que todos los bombarderos quedasen bajo el mando del combatiente que más admiraba: Hans-Ulrich Rudel.

Dos semanas antes, Rudel había tratado de librarse de tal cometido. Manifestó que toda su experiencia se limitaba al bombardeo en picado y al combate contra los tanques.

—Me he propuesto —declaró— no dar una sola orden que no pueda cumplir yo mismo.

Hitler le contestó que en lo sucesivo no debía volar.

—Hay innumerables personas con experiencia —afirmó—, pero eso no es suficiente. Necesito alguien que pueda organizar y llevar a cabo la operación con vigor.

El Führer accedió, sin embargo, a reservarse la decisión y permitió que Rudel regresara a su base de Checoslovaquia, donde efectuaba diariamente misiones de combate, aun cuando el muñón de su pierna derecha estaba lejos de hallarse curado.

Tiempo antes, Skozerny había visitado a Rudel en un hospital de Berlín, esperando hallarle deprimido. En lugar de ello encontró al aviador bromeando

con todos y dando saltos por la habitación sobre su única pierna.

—¡Tengo que volver a volar! —dijo Rudel.

—¿Cómo piensas hacerlo? —inquirió Skorzeny.

—Mis mecánicos están montando un mecanismo para que pueda manejar los pedales con el muñón.

—Eso es absurdo, Rudel. Piénsalo. En primer lugar, tu herida no está curada, sino abierta. No puedes ir al frente de ese modo. Se te declararía la gangrena.

—Tengo que salir de aquí —manifestó Rudel, dejándose caer sobre un sillón—. Tengo que adiestrar mi pierna más corta.

Cuando Skorzeny llamó al hospital unos días más tarde para preguntar por Rudel, el médico exclamó:

—¡Ah, ese loco se escapó!

Solo un hombre dotado de semejante espíritu, pensó Hitler, podría desempeñar con éxito la misión que deseaba encomendarle, y dijo al general Karl Koller —el jefe de Estado Mayor de Goering, que aún estaba asombrado por su elección— que la experiencia en ese caso no tenía demasiada importancia.

—Rudel es una gran persona —manifestó el Führer—. Todos los demás, en la Luftwaffe, no son más que payasos. Son actores, comediantes, eso es lo que son.

Hitler volvió a llamar a Rudel a Berlín el 19 de abril. Cuando el aviador entró cojeando en la sala de conferencias, el Führer se puso de pie para saludarle con afecto. En primer lugar, Rudel tuvo que escuchar una conferencia acerca de la superioridad técnica de los alemanes. Tal superioridad, manifestó Hitler, tenía que explotarse al máximo a fin de hacer que la victoria se inclinase hacia el bando alemán. Rudel quedó impresionado por la memoria de Hitler para las cifras, así como de su conocimiento de los asuntos técnicos, pero no dejó de notar un brillo febril en sus ojos, y un temblor continuo en las manos. Además se repetía en numerosas ocasiones, lo cual no le había ocurrido nunca anteriormente.

De pronto Hitler dijo una vez más a Rudel que quería que asumiese el mando de las unidades de bombardeo, con el fin de mantener libre el cielo sobre las tropas de Wenck.

—Quiero que esta difícil tarea sea realizada por usted, la única persona que luce la máxima condecoración alemana al valor.

Por segunda vez Rudel rehusó hacerse cargo de la misión, y comenzó a dar

disculpas. Solo era cuestión de unos días, dijo, el que los rusos y los angloamericanos se encontrasen, dividiendo a Alemania en dos partes. Eso haría que resultase imposible llevar a cabo la operación que proponía el Führer. Hitler hizo notar, con tono satisfecho, que sus diversos comandantes de ejército le habían asegurado que no habría más retiradas. Rudel se mostró en desacuerdo. Manifestó que no creía posible conseguir la victoria a la vez en los frentes oriental y occidental.

—Pero podremos vencer en un frente, si logramos un armisticio en el otro —afirmó Rudel.

El aviador observó que en el rostro de Hitler aparecía una cansina sonrisa.

—Es fácil hablar de ese modo —dijo el Führer—. Una y otra vez he tratado de concertar la paz, pero los Aliados no han accedido a ello. Ya desde 1943 han exigido una rendición incondicional. Mi sino personal, como es lógico, no tiene importancia, pero cualquier hombre en sus cabales debe comprender que no puedo aceptar una rendición incondicional, en razón de la suerte del pueblo alemán. Hasta en estos momentos hay negociaciones pendientes, pero ya he perdido toda esperanza de conseguir algo. Por consiguiente, debemos hacer todo lo posible para superar la crisis, con objeto de que las nuevas armas nos proporcionen la victoria.

A pesar de esas confiadas palabras, Hitler dijo que esperaría, y que si la situación general tomaba un cariz favorable, llamaría a Rudel a Berlín, confiando en que entonces aceptase la misión que le encomendaba.

Era ya tarde —pasada la medianoche— cuando Rudel dejó a Hitler. Al pasar por la antesala, el aviador advirtió que esta se hallaba llena de personas que deseaban felicitar al Führer con motivo de su cumpleaños.

Entretanto, en el sanatorio del doctor Gebhardt, Himmler y Schellenberg brindaban por Hitler con unas copas de champaña. La ocasión estaba muy lejos de ser placentera. El *reichsführer* tenía aspecto de hallarse sumamente preocupado, y no dejaba de hacer girar en su dedo el anillo en forma de serpiente. Lo mismo que Hitler, parecía a punto de derrumbarse físicamente.

Durante los últimos meses una docena de personajes, por lo menos, le habían exhortado sin cesar a que tomase una decisión trascendental. A todos les hizo promesas. En algunos casos pensaba cumplirlas, pero en otros las rompía unos minutos más tarde.

Tal vez la promesa más importante la hizo a Kersten y a Schellenberg. Al fin Himmler consintió en entrevistarse con Gilel Storch, el funcionario del Congreso Mundial Judío, para discutir sobre la suerte de los judíos que aún sobrevivían en los campos de concentración. Pero en cuanto supo que Storch se disponía a tomar el avión para Alemania, su decisión se vino abajo por temor de que Kaltenbrunner se enterase e informase de ello a Hitler. Pero Schellenberg le tranquilizó, recordándole que Kaltenbrunner salía hacia Austria. La entrevista con Storch podía celebrarse, sin que nadie se enterase, en la finca de Kersten, en el norte de Berlín.

—Es usted el único, aparte de Brandt (el ayudante de Himmler), en quien puedo confiar por completo —dijo Himmler a Schellenberg.

Admitió luego que la paz con el Oeste no podría negociarse a menos que Hitler dejase el poder. Pero ¿quién iba a librarse del Führer? No podían matar a Hitler de un tiro, ni envenenarle, ni siquiera detenerle, ya que entonces todo el engranaje militar se vendría abajo.

Schellenberg manifestó que aquello no tenía importancia. Solo había dos posibilidades: hacer renunciar a Hitler o echarle por la fuerza.

El valor de Himmler se evaporó instantáneamente, y con semblante pálido manifestó:

—Si hablase al Führer de que debe renunciar, le daría tal acceso de cólera que me mandaría fusilar al momento.

Los problemas de Himmler se agudizaron en la víspera del cumpleaños del Führer. El conde Schwerin von Krosigk insistió en que debía convencer a Hitler para que negociase un armisticio por intermedio del Papa o del doctor Burkhardt.

—¿Acaso el Führer no es capaz de considerar la situación con realismo, sin vanas ilusiones? Yo me pregunto qué es lo que está esperando.

Himmler se mordisqueó la uña del dedo pulgar y contestó:

—Es que el Führer tiene un plan, si bien no nos revela cuál es.

—Entonces debe usted librarse del Führer de cualquier modo —dijo el conde, en tono desesperado.

—¡Todo se ha perdido! Mientras viva el Führer no hay la menor posibilidad de poner término a la guerra —manifestó Himmler, al tiempo que miraba a su alrededor con gesto amedrentado, y se colocaba una mano ante la boca, como si quisiera retener las traicioneras palabras que había pronunciado.

El conde se preguntó si su interlocutor se habría vuelto loco de repente.

Luego Himmler levantó una mano y repitió varias veces, con gran excitación, que no podía prometer absolutamente nada.

No bien Himmler acababa de abandonar furtivamente el despacho del conde, por una puerta trasera, cuando el ministro de Trabajo, Franz Seldte, fue introducido en la estancia. Seldte manifestó haber oído un rumor según el cual el conde iba a ver a Himmler, y quería animarle al respecto. Cuando Schwerin von Krosigk explicó que acababa de hablar con el *reichsführer*, Seldte propuso que le entrevistasen los dos.

—Es mejor que le hable usted solo —aconsejó el conde—. Si ve a dos personas, se pondrá tan nervioso que no conseguiremos nada.

Seldte se encaminó a la oficina de Himmler, y una vez ante él le dijo:

—Tiene que hacer algo. El Führer debe tratar de negociar la paz. Ya no se trata de un asunto personal; es el destino de todo el pueblo alemán el que se halla en juego.

Himmler prorrumpió en manifestaciones de fidelidad hacia el Führer.

—Mi buen Himmler —le interrumpió Seldte—. Solo tiene usted una solución: ¡matar a Hitler!

Himmler salió huyendo hacia el sanatorio del doctor Gebhardt, donde le esperaban más problemas. Kersten acababa de llegar en avión a Tempelhof, con el representante del Congreso Mundial Judío, Norbert Masur (sustituto de Storch, el cual había decidido no hacer el viaje por cierto número de razones).[53]

Un automóvil de la Gestapo llevaba en esos momentos a Masur y a Kersten a la finca de este, Gut Harzwalde, a solo unos pocos kilómetros de distancia. Y eso no era todo: el conde Bernadotte no tardaría en llegar a Berlín, para solicitar otra entrevista con el *reichsführer*.

Himmler estaba sumamente excitado, y comenzó a dar pueriles excusas. Dijo que no podía recibir a dos personas al mismo tiempo, y que consideraba mejor postergar ambas entrevistas. Por fin, desesperado, pidió a Schellenberg que se trasladase a Gut Harzwalde y que sostuviese una «entrevista preliminar» con Masur. Schellenberg accedió y como acababa de dar la medianoche, ambos brindaron por el Führer, que cumplía años el día que se iniciaba.

Pero Schellenberg se mostró desanimado por las últimas vacilaciones de Himmler, de modo que despertó a Kersten para contarle lo que había sucedido.

Hablaron incansablemente, tratando de hallar una forma de convencer a Himmler. Poco antes de irse a dormir, a las cuatro de la madrugada, llegaron a la conclusión de que no había otra alternativa que hacer nuevos intentos para obligar a Himmler a tomar una medida decisiva. Varias horas después, Schellenberg se despertó con el estruendo de los aviones aliados y de sus bombas. Durante el desayuno, Kersten presentó entre sí a Masur y Schellenberg. Este dijo que era el día del cumpleaños del Führer, y que Himmler no podría hablar con Masur hasta últimas horas de la noche. Schellenberg afirmó esto confiadamente, y rogó en silencio que tuviera razón. Más tarde Bernadotte le llamó desde la legación sueca, y dijo que solo estaría en Berlín veinticuatro horas. Con igual muestra de confianza, Schellenberg contestó que Himmler le vería por la noche, en el sanatorio del doctor Gebhardt.

Masur pasó la tarde recorriendo la propiedad y hablando con la gente que allí trabajaba. Pertenecían a una secta religiosa especial —algo así como los Testigos de Jehová—, y como se habían negado a tomar las armas y a decir «Heil Hitler», pues para ellos solo se podía saludar con el «Heil» a Dios, habían sido recluidos allí desde el advenimiento de Hitler al poder. Tres hombres hablaron a Masur de las estremecedoras experiencias que habían sufrido en Buchenwald durante algunos años. Las cosas se pusieron mejor para ellos en noviembre de 1938, afirmaron los alemanes, «cuando llevaron allí a gran número de judíos, y el sadismo de los guardias se volcó sobre los recién llegados».

Mientras Kersten, Schellenberg, Schwerin von Krosigk y otros alentaban a Himmler para que negociase con Occidente, Kaltenbrunner y el general de las SS Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, aconsejaban cautela. En especial, desaprobaban la peligrosa asociación de Himmler con los judíos.

El *obersturmbannführer* (teniente coronel) de SS Karl Adolf Eichmann, encargado del «problema judío» en la Gestapo, reprobó tales contactos aún más abiertamente que su jefe. Con tono de reproche dijo a un funcionario de la Cruz Roja que los judíos del campamento de Theresienstadt estaban recibiendo mejores alimentos y cuidado sanitario que los ciudadanos alemanes, y ello debido a la reciente orden de Himmler de tratar a los judíos con «humanidad».

—Personalmente no estoy de acuerdo con tales métodos —dijo Eichmann—, pues constituyen una deslealtad hacia el Führer.

Poco después, Eichmann entraba indignado en la oficina de Müller. Como a muchos otros oficiales de las SS, a Eichmann le habían entregado un certificado atestiguando haber trabajado en los últimos años para una firma civil.

—Bueno, Eichmann, ¿qué le ocurre? —inquirió el jefe de la Gestapo.

—*Herr gruppenführer*, no necesito estos papeles —manifestó Eichmann, y dio unas palmadas sobre la culata de su pistola—. Este es mi certificado. Cuando vea que no hay otra salida, será mi último remedio. No necesito nada más.

Eichmann fue luego a ver a Himmler, el cual parecía hallarse bastante optimista.

—Conseguiremos un tratado —dijo el *reichsführer*, golpeándose una pierna —. Perderemos algunas plumas, pero resultará algo conveniente. Reconozco que me he equivocado. Si tuviera que comenzar de nuevo, establecería los campos de concentración en la forma que lo hacen los británicos.

Después de esto, Eichmann se dirigió a sus oficinas de Kurfürstendamm, a fin de despedirse de sus ayudantes.

—Si tiene que ocurrir —manifestó serenamente—, con gusto bajaré a la tumba sabiendo que cinco millones de enemigos del Reich (los judíos), han muerto ya como animales.

Durante toda la jornada del 20 de abril, Hitler siguió diciendo a los visitantes que acudían a felicitarle con motivo de su cumpleaños, que aún creía que los rusos iban a sufrir su mayor derrota en Berlín. Por la tarde, el Führer recibió a Arthur Axmann y a un grupo de sus miembros de las Juventudes Hitlerianas en el jardín de la Cancillería. En presencia de Goering, y Goebbels, agradeció a los muchachos su bravura en el combate, en defensa de la capital, y condecoró a varios de ellos.

Luego volvió a descender al *bunker* y recibió al *grossadmiral* Karl Doenitz, el cual recibió la impresión de hallarse ante un hombre abrumado por un peso considerable. Hitler agradeció después a Von Keitel.

—Nunca lo olvidaré —dijo estrechando la mano del militar—. Nunca olvidaré que usted me salvó del atentado, y que me sacó de Rastenburg. Tomó las decisiones apropiadas, e hizo todo lo que convenía.

Von Keitel no se atrevió a felicitar al Führer. Murmuró algo acerca de la milagrosa salvación de Hitler el 20 de julio, y luego manifestó que las negociaciones para la paz deberían iniciarse inmediatamente, antes de que Berlín se convirtiese en un campo de batalla.

—Keitel, sé bien lo que quiero —le interrumpió Hitler—. Moriré combatiendo, bien sea dentro de Berlín o fuera de él.

Von Keitel pensó que aquellas eran palabras huecas, pero antes de que pudiera hacer algún comentario, Hitler le tendió la mano y le dijo:

—Muchas gracias. Traiga a Jodl, ¿quiere? Hablaremos de este asunto más tarde.

Después de una conversación personal con Jodl, Hitler pasó lentamente ante una fila de dirigentes civiles y militares, entre los que se contaban Bormann, Von Ribbentrop y Speer, estrechándoles las manos e intercambiando algunas palabras con cada uno de ellos. Casi todos expresaron la opinión de que el Führer debía huir de inmediato hacia Berchtesgaden, mientras aún quedaba libre alguna carretera, pero Hitler rechazó todas las sugerencias. Desde ese momento, manifestó, el Reich quedaría dividido en dos mandos separados, haciéndose cargo Doenitz del sector norte. Kesselring parecía el candidato para el sur, pero Hitler pensaba en Goering —tal vez como solución política—, y aseguró que dejaría decidir a la Providencia. Recomendó que los diversos mandos militares se dividieran en dos partes, y que los designados para el sur saliesen inmediatamente hacia Berchtesgaden. Goering preguntó si tenía que dirigirse hacia el sur, o si enviaba a su jefe de Estado Mayor, Koller.

—Vaya usted —manifestó el Führer, recomendando que Koller permaneciese en el norte.

Los dos hombres, que una vez habían estado tan unidos, se separaron cortés aunque fríamente. Goering se encaminó hacia Karinhall, donde su mayordomo, Robert Kropp, le estaba esperando con catorce camionetas cargadas de maletas y obras de arte. Bien entrada la madrugada, la caravana salió de Karinhall. Goering ordenó que se volase la mansión, con el fin de que los rusos no pudiesen disfrutar de todo lo que allí dejaba, entre lo que figuraba, incluso, una gran estancia con ferrocarril en miniatura completo. El *reichsmarshall* se dirigió hacia Berchtesgaden, pero dijo a Kropp que se detuviese en la vieja casa familiar, cercana a Nuremberg, para echar una última mirada a los cuadros que había en el sótano de la misma.

5

Himmler abandonó la reunión de cumpleaños que se celebraba en el *bunker*, y se dirigió en automóvil hasta su cuartel general, donde Schellenberg le

comunicó que Masur se hallaba con Kersten, en tanto que Bernadotte se encontraba en el sanatorio del doctor Gebhardt. Los dos deseaban verle.

El persuasivo Schellenberg consiguió al fin llevar a Himmler a un coche, y ambos se encaminaron hacia la casa de Kersten, para ver a Masur. Durante el viaje, Schellenberg pidió a Himmler que no sacase a relucir el pasado, y que no expusiera sus teorías astrológicas y filosóficas.

—Dígale solo lo que hay que llevar a cabo en el futuro —manifestó Schellenberg.

Kersten salió bajo la lluvia que caía en esos momentos a recibir el automóvil, cuando este llegó a Gut Harzwalde a las dos y media de la mañana. Después se llevó a Himmler aparte, y le aconsejó que se mostrase atento y considerado con el representante del Congreso Mundial Judío. Era aquella la ocasión para demostrar al mundo, aseguró, que en el Reich se estaban tomando en esos momentos medidas humanitarias.

Himmler pareció dispuesto a complacerle.

—Deseo enterrar el hacha que nos separa de los judíos —dijo Himmler—. De haber dependido de mí, las cosas habrían ocurrido de muy distinto modo.

Luego acogió a Masur con un efusivo *Guten tag*, en lugar del habitual «Heil Hitler», y le dijo lo satisfecho que estaba de hablar con él. Mientras Kersten pedía que les llevasen té y café, Masur examinó disimuladamente a Himmler. Este aparecía elegantemente ataviado con un uniforme impecable, en el que relucían sus insignias y condecoraciones. Parecía gozar de buena salud, y a pesar de lo avanzado de la hora se mostraba muy vivaz. Masur se dijo que Himmler tenía mejor aspecto en persona que en las fotografías. Tal vez sus ojos diminutos, su mirada errática, eran señales de sadismo y crueldad, pero Masur pensó que de no haber sabido nada de él, nunca hubiera creído que «ese hombre era el responsable de los mayores crímenes en masa cometidos en toda la Historia».

Himmler comenzó a hablar sobre generalidades y manifestó:

—Los judíos eran en nuestro medio un elemento extraño que siempre había sido causa de fricciones. Los expulsaron de Alemania varias veces, y siempre regresaron. Cuando llegamos al poder quisimos resolver este problema de una vez por todas, y yo proyecté una solución humana mediante la emigración. A tal fin negocié con algunas organizaciones americanas para que llevasen a cabo una rápida emigración, pero hasta esos mismos países que se consideran amigos de los judíos, pusieron trabas para dejarlos entrar dentro de sus fronteras.

Masur —un judío sueco, alto y delgado, de cuarenta y cuatro años— recordó

fríamente a Himmler que era contrario a las leyes internacionales el expulsar a la gente de un país en el cual sus antepasados habían vivido durante generaciones.

—Con la llegada de la guerra —prosiguió diciendo el obcecado Himmler, sin tomar en cuenta las palabras de Masur— establecimos contacto con las masas de judíos orientales, lo cual creó nuevos problemas. No podíamos soportar semejante enemigo sobre nuestras espaldas. Los judíos se hallaban plagados de graves enfermedades, especialmente el tifus. Yo mismo perdí millares de mis mejores guardias SS a causa de tales epidemias. Además, los judíos ayudaban a los partisanos.

Masur preguntó cómo podían haber ayudado los judíos a los partisanos, cuando se encontraban recluidos en los *ghettos*.

—Los judíos suministraban informes a los partisanos —contestó Himmler—, y también disparaban contra nuestras tropas desde los *ghettos*.

Esa era, pues, según Himmler, la versión de la heroica batalla de los judíos en el *ghetto* de Varsovia.

Con el fin de prevenir la difusión de epidemias —continuó diciendo Himmler—, tuvimos que construir crematorios para incinerar los cadáveres de la gente que moría a causa de tales enfermedades. ¡Y ahora nos van a echar en cara precisamente el haber hecho eso!

»La guerra en el Este era increíblemente dura. No queríamos entrar en guerra con Rusia, mas de pronto descubrimos que Rusia tenía veintidós mil tanques, y nos vimos obligados a actuar. Era cuestión de vencer, o de resultar subyugados por ellos… El soldado alemán solo pudo sobrevivir porque se mostró implacable. Si asesinaban a un alemán en un pueblo, toda la población debía ser arrasada. Los rusos no son enemigos ordinarios. No resulta fácil comprender su mentalidad. Se negaban a rendirse, incluso en las circunstancias más desesperadas. Si los judíos sufrieron a causa de la crueldad de la lucha, no debe olvidarse que los alemanes tampoco se vieron libres de tales sufrimientos.

En seguida Himmler comenzó a lamentarse de las falsedades que se contaban acerca de los campos de concentración.

—La mala fama de esos lugares se debe a su equivocada denominación —aseguró—. Debimos haberlos llamado «reformatorios». Allí no solo había judíos y prisioneros políticos, sino también alemanes criminales, a los que no se dejaba en libertad, aunque hubieran cumplido su condena. Por esta razón, en 1941, es decir, ya en el curso de la guerra, Alemania gozó de uno de los índices de criminalidad más bajos de su historia. Cierto es que los prisioneros tenían que

trabajar duramente, pero lo mismo hacían los alemanes. El tratamiento en los campos de concentración era severo, pero justo.

Masur no pudo dominarse por más tiempo. ¿Cómo era posible negar los crímenes que se habían cometido en los campos de concentración?, inquirió.

—Admito que se cometieron algunos, ocasionalmente, pero ordené castigar a los culpables.

Y añadió que la ejecución del comandante de Buchenwald, SS *Standartenführer*, Karl Koch, se debió precisamente a los malos tratos que infligía a los prisioneros.

—Ocurrieron muchas cosas que no tienen disculpa —manifestó Masur, pretendiendo apartar a Himmler de su postura defensiva—, pero si deseamos tender un puente entre nuestros pueblos, en el futuro, en tal caso todos los judíos que hoy habitan en zonas dominadas por los alemanes deben seguir con vida.

Masur pidió que los judíos fueran enviados a Suecia y a Suiza, y Kersten le apoyó en su petición. Himmler informó entonces acerca del número de judíos que se hallaban internados en los campamentos, pero Masur consideró que había exagerado notablemente las cifras. Himmler afirmó que habían dejado 450 000 judíos en Hungría.

—¿Y qué pago recibí a cambio de eso? —aseguró con acento compungido —. Que los judíos disparasen contra nuestras tropas en Budapest.

Masur manifestó que si solo habían quedado 450 000 judíos en Hungría, entonces, de los 850 000 que había al principio, 400 000 debieron ser deportados, o se desvanecieron misteriosamente. Himmler hizo caso omiso de tal observación. Pensó Masur que Himmler parecía regirse por lo expresado por La Fontaine, quien escribió en una ocasión: «*Cet animal est très méchant, quan on l'attaque, il se défend*». (Este es un animal dañino; cuando se le ataca, se defiende).

—Siempre fue mi intención cambiar la situación en los campamentos. Así lo hice en Bergen-Belsen y en Buchenwald, pero fíjese lo que me hicieron a cambio. En Bergen-Belsen, los Aliados ataron a un guardia y le fotografiaron al lado de algunos prisioneros muertos. Y ahora esa fotografía ha dado la vuelta al mundo. Estaba desmantelando Buchenwald, pero los americanos, en su avance, comenzaron a disparar. El hospital se incendió y tomaron fotografías de los muertos. Ahora emplean esos documentos gráficos para sus historias de atrocidades. El año pasado, cuando dejé escapar a veinticinco judíos a Suiza, el hecho fue empleado una vez más contra mí en la Prensa. Dijeron que había

soltado a esa gente para tener una disculpa a la que aferrarme. Yo no necesito disculpas. Siempre he hecho lo que creí mejor para mi pueblo, y me hago responsable de todo ello. Sin duda nada de esto ha hecho de mí un hombre rico.

La indignación de Himmler se volcó entonces contra los periodistas.

—Nadie ha sido objeto de mayores difamaciones, por parte de ellos, que yo en los últimos doce años. Pero eso nunca me preocupó. Hasta en Alemania pueden escribir sobre mí lo que les parece bien.

Masur trató de cortar aquella avalancha de quejas, manifestando que los judíos no tenían culpa alguna de lo que se escribía en los periódicos. Prosiguió diciendo que no solo los judíos, sino también otros países estaban interesados en el rescate de los judíos supervivientes, y que ello provocaría un efecto favorable en los Aliados.

Como judío que era el mismo Masur, «le repugnaba el tener que tratar con aquel hombre, responsable de las crueldades cometidas contra millares de seres humanos». Por si esto fuera poco, una de sus hermanas, así como varios miembros de su familia, habían muerto en campos de concentración. A pesar de ello, no dejó que los sentimientos personales se interpusieran en la misión que se había impuesto, de salvar innumerables vidas. Masur se mostró especialmente interesado por la suerte de las mujeres prisioneras en Ravensbrück, lugar situado a treinta kilómetros escasos de donde se hallaban en ese momento, y quiso saber lo que se pensaba hacer con ellas. Como Himmler vacilara, Kersten sugirió que se examinase una lista de las mujeres internadas en el campamento. Schellenberg se dio cuenta de que Himmler no lo haría delante de Masur, y entonces pidió a Himmler que le acompañase a una estancia vecina para cambiar algunos puntos de vista en privado.

Al examinar la larga lista de reclusas, Kersten insistió en que debían seguir siendo fieles al acuerdo establecido en marzo. De pronto, Himmler preguntó a Kersten si querría trasladarse en avión hasta el cuartel general de Eisenhower, para tratar del cese inmediato de las hostilidades.

—Haga todo lo posible por convencer a Eisenhower de que el verdadero enemigo de la Humanidad es la Rusia soviética, y de que solo nosotros, los alemanes, estamos en condiciones de luchar contra ella —prosiguió diciendo Himmler, sin esperar por la respuesta—. Concederé la victoria a los aliados occidentales, los cuales solo deberán proporcionarme tiempo para lanzarme contra Rusia. Si dejan que me haga con el material necesario, aún estoy en condiciones de lograrlo.

Luego, contestando a la pregunta de Masur, Himmler dijo que dejaría en libertad a mil mujeres judías de Ravensbrück, inmediatamente, pero estipuló que su llegada a Suecia se mantendría en secreto. A tal fin sugirió que se dijese que eran polacas, en lugar de judías. Masur pensó que tales precauciones eran características de Himmler, el cual no quería crearse más complicaciones a causa de los judíos.

A las cuatro y media Schellenberg comenzó a pensar en que Bernadotte pudiera hallarse impaciente en el sanatorio del doctor Gebhardt, donde había pasado la noche. A las cinco, Himmler se despidió de Masur, y salió con Kersten de su despacho, para ir al encuentro de Bernadotte en compañía de Schellenberg.

—*Ach, Herr Kersten*, hemos cometido graves errores —dijo Himmler, lanzando un suspiro—. Queríamos la grandeza y la seguridad para Alemania, y hemos dejado tras nosotros montones de ruinas, un mundo destrozado. Pero lo cierto es que Europa debe iniciar una nueva etapa, aunque todo se haya perdido. Siempre he querido lo mejor, pero con frecuencia he tenido que actuar en contra de mis convicciones. Créame, Kersten, que todo ello me desagradaba y resultaba amargo para mí. Pero el Führer ordenaba que así debía ser, pues Goebbels y Bormann influían nocivamente en él. Como leal soldado me veía obligado a obedecer, pues no hay Estado que pueda subsistir sin obediencia y disciplina. Solo me queda decidir el tiempo que voy a seguir viviendo, ya que mi vida ahora carece de sentido. ¿Y qué dirá la Historia de mí? Las mentalidades estrechas, propensas a la venganza, darán a la posteridad una descripción falsa y deformada de todo lo grande y bueno que con la mirada puesta en el futuro he hecho por Alemania. La culpa de muchos delitos cometidos por otros, recaerá sobre mí. Lo mejor del pueblo alemán desaparece con los nacional socialistas, esa es la verdadera tragedia. Los que queden, los que van a gobernar Alemania, no tienen ningún interés en nosotros. Los Aliados podrán hacer lo que quieran con Alemania.

Himmler subió con gesto cansino a su automóvil y extendió la mano, como si lo hiciera por última vez, al tiempo que decía:

—Kersten, le agradezco desde lo más hondo de mi corazón estos años en que he recibido los beneficios de su destreza médica. Mis últimos pensamientos son para mi pobre familia. ¡Adiós!

Los ojos de Himmler estaban cubiertos de lágrimas cuando dijo estas últimas palabras. Al llegar Himmler y Schellenberg al sanatorio, el sol comenzaba a salir por el horizonte. Bernadotte observó que el *reichsführer* parecía estar agotado, si

bien se hallaba preso de una intensa agitación. Himmler, adivinando los pensamientos del conde, manifestó que apenas si había dormido unos minutos durante las últimas noches. Luego se sentaron a desayunarse. El cansancio de Himmler no parecía haber afectado a su apetito, pues comió en abundancia.

Himmler se opuso inesperadamente a la moderada petición de Bernadotte, en el sentido de que se dejase en libertad a los prisioneros escandinavos, para que regresasen desde Dinamarca a Suecia. Luego espontáneamente ofreció permiso para que la Cruz Roja Sueca se hiciera cargo de todas las mujeres que había en Ravensbrück, a pesar de que pocas horas antes había limitado el número a solo un millar. A continuación se retiró a su dormitorio.

Poco después del mediodía, Himmler mandó llamar a Schellenberg. El *reichsführer* tenía un aspecto lastimoso, en su lecho, y dijo que se encontraba enfermo.

—Nada más puedo hacer por usted —dijo Schellenberg, exasperado.

Había pasado las últimas semanas concertando entrevistas clandestinas, y de ellas se habían obtenido escasos resultados. Algo más tarde, cuando el coche en que iban ambos avanzaba por la atestada carretera, en dirección al cercano cuartel general, Himmler declaró:

—Schellenberg, siento temor por lo que pueda ocurrir.

—Eso le dará valor para entrar en acción.

Himmler permaneció en silencio.

Después de la cena Schellenberg comenzó a criticar a Kaltenbrunner por su «ceguera y su actitud poco práctica, al insistir en la evacuación a todo trance de la totalidad de los campos de concentración».

Aseguró que aquella pretensión era un crimen.

—Schellenberg, no vaya usted a decirme lo mismo —manifestó Himmler con aspecto de niño que ha recibido una reprimenda—. Ya Hitler ha estado clamando furioso varios días porque Buchenwald y Bergen-Belsen no habían sido evacuados por completo antes de caer en manos enemigas.

De todos los campos de concentración, los que más preocupación causaban en ese momento al Comité Internacional de la Cruz Roja, eran los dos que se hallaban justamente en el camino de Zhukov, en su avance hacia Berlín: Sachsenhausen y Ravensbrück. El delegado de la Cruz Roja, doctor Pfister, no llegó hasta las tres de la mañana del 21 de abril a Sachsenhausen, que se hallaba

en los alrededores de Oranienburg, treinta kilómetros al norte de la Cancillería. En ese momento algunos de los internados eran conducidos fuera de los barracones, y alineados bajo la lluvia para emprender la marcha. Dieciséis kilómetros al Este, los cañones de Zhukov rugían amenazadoramente. Pfister pidió inmediatamente al comandante del campo, SS *standartenführer* (coronel) Keindel, que entregase Sachsenhausen a la Cruz Roja. Pero Keindel se negó alegando que tenía órdenes de Himmler de evacuar todo menos la enfermería, ante la llegada de los rusos. Mientras tanto, en Gut Harzwald, Himmler aseguraba a Masur que las evacuaciones habían cesado en todos los campamentos.

Casi cuarenta mil prisioneros, enfermos, desnutridos y vestidos con jirones, fueron alineados en dos largas columnas. Los guardias los hicieron avanzar todo lo rápido que se podía hacia el noroeste, bajo la lluvia, y los que no podían seguir a la columna recibían un tiro y quedaban tendidos en la cuneta. El doctor Pfister siguió a la triste caravana, y en los primeros siete kilómetros contó veinte cadáveres, todos ellos con un disparo en la cabeza.

—¿Qué puede pretenderse de un pueblo cuyos hombres no quieren luchar, y cuyas mujeres son violadas? —decía Goebbels. En las retorcidas palabras de su discurso de cumpleaños, Goebbels profetizó que de la aparente derrota surgiría una inesperada victoria. Pero en esos momentos ya reconocía amargamente, ante los que le rodeaban, que la guerra estaba irremediablemente perdida, no por culpa de Hitler, sino a causa del pueblo, que no había respondido.

—Todos los planes, todas las ideas del nacional socialismo, son algo demasiado elevado y noble para estas gentes… Se merecen la suerte que va a caer sobre ellos.

Luego Goebbels miró a sus ayudantes con gesto sarcástico, y añadió:

—¿Y vosotros, para qué habéis trabajado conmigo? ¡Ahora os van a cortar bonitamente el cuello! ¡Ah, pero cuando bajemos a la tumba, hagamos al menos que tiemble la tierra!

También admitió la derrota al hablar ante un grupo de dirigentes civiles, a los que pidió también un sacrificio personal.

—Mi familia está en casa —dijo, con lágrimas en los ojos—. Nos quedamos aquí, y yo les pido, caballeros, que permanezcan en su lugar. Si es necesario, sabremos morir en nuestros puestos.

El iracundo Goebbels siguió fluctuando todo el día entre la desesperación y el resentimiento. Cuando supo que dos de sus secretarios huyeron al campo en bicicleta, se quejó a su ayudante de Prensa en los siguientes términos:

—Y ahora yo pregunto, ¿cómo ha podido ocurrir semejante cosa? ¿Cómo puede uno tener seguridad, ahora, de que van a haber horas regulares de oficina?

Por todo el frente oriental alemán se difundía el rumor, de uno a otro puesto de mando, de que los dirigentes de Berlín habían abandonado toda esperanza y que el Alto Mando se preparaba para trasladarse a Berchtesgaden. Esto no hizo más que animar a Heinrici, pues pensó que tal vez Hitler se dirigiese hacia el Sur, con lo que sería factible una retirada en orden.

Los rusos habían irrumpido a través de las líneas del Grupo de Ejército Vistula en media docena de puntos. Era la ofensiva final absoluta, que el Ejército Rojo había estado esperando desde los aciagos días de Moscú, y Zhukov se había mantenido despierto las seis últimas noches, en compañía de sus ayudantes, gracias al coñac. Los avances más profundos eran en Seelow y unos sesenta y cinco kilómetros al norte, en la localidad de Wriezen. El ataque sobre Seelow continuó hacia el oeste, en dirección a Berlín, y los rusos se hallaban en esos momentos a treinta y dos kilómetros de su objetivo, el *bunker* de la Cancillería. La cuña de Wriezen había llegado a una profundidad doble, y se encontraba ya por encima de Berlín. Se estaba aproximando al campo de concentración de Sachsenhausen, y su objetivo consistía en rodear a Berlín para atacarlo desde la retaguardia, al sudoeste. Allí se encontrarían con la columna de Konev, que inesperadamente avanzaba desde el sur, y Berlín quedaría totalmente rodeado.

Heinrici dijo a Krebs que deseaba defender Berlín desde el exterior de la ciudad, y ordenó al general Reymann que detuviese a los rusos que habían irrumpido a través de Seelow. Reymann lanzó sus noventa batallones Volkssturm hacia el Este en taxis, metropolitanos y ferrocarriles elevados, a semejanza de la caravana francesa de taxis que llevó tropas al Marne en la Primera Guerra Mundial. Poco antes del mediodía del 21 de abril, Heinrici llamó nuevamente a Reymann por teléfono preguntándole el número de batallones que se hallaban ya en sus puestos.

—Trece —contestó Reymann—. Pero la mayor parte de estas gentes no tienen armas. Las que hay son anticuadas, y por si fuera poco, vienen muy mal

vestidos.

Al mediodía, los rusos que habían irrumpido por Seelow se hallaban tan cerca de Berlín, que los proyectiles de la artillería pesada comenzaron a caer dentro de los límites de la ciudad. Las explosiones alcanzaban a oírse débilmente en el interior del *bunker*, cuando Krebs y Jodl informaron acerca de la situación en que se encontraba Heinrici. Busse y Manteuffel se mantenían bastante bien, había dicho Heinrici, pero Zhukov logró introducir una columna entre ambos en Wriezen, la cual había llegado casi a Oranienburg. Ese avance amenazaba con dejar cercado al ejército de Manteuffel. Para impedirlo, Heinrici había colocado sus escasas reservas, constituidas por el núcleo de un cuerpo de tanques bajo el mando del general SS Felix Steiner, a unos cuarenta kilómetros al norte de Berlín.

Hitler se sintió algo más animado. Para él Steiner era un nombre mágico, como los de Skorzeny y Rudel. Fue su desesperado avance desde Pomerania, en febrero último, lo que aminoró la ofensiva de Zhukov. Hitler comenzó a examinar el mapa. Luego levantó la vista, mientras sus ojos relucían.

—¡Contraataque! —exclamó, lleno de excitación.

Steiner avanzaría hacia el sudoeste y dividiría en dos las avanzadas de Zhukov. Con ello, de un solo golpe, se salvaría a Berlín y se impediría que Manteuffel quedase cercado.

—¡Todo comandante que consienta a sus hombres retroceder, perderá la vida en las cinco horas siguientes! —dijo Hitler.

Nadie puso la menor objeción, y la orden pasó a Heinrici, el cual de mala gana la transmitió a los comandantes que tendrían que hacerla cumplir.

De todas las órdenes absurdas que Steiner había recibido en los últimos meses, aquella era la más fantástica. Su Cuerpo de Tanques solo existía de nombre. En total disponía de diez mil hombres, que acababan de llegar de Stettin y Danzig por mar. Con estas tropas agotadas y un puñado de tanques, se le pedía que irrumpiese a través de una poderosa fuerza acorazada de al menos cien mil hombres.

Al anochecer, Heinrici se enteró de que la ofensiva de Konev había progresado alarmantemente hacia Berlín. A las 18:45 Heinrici llamó por teléfono a Krebs y dijo que el Noveno Ejército de Busse debería ser retirado durante la noche, o quedaría totalmente cercado.

—Me debo a mi conciencia y a mis tropas —añadió Heinrici, al comprobar que no contestaban al otro lado de la línea.

—El Führer asume la responsabilidad de sus órdenes —contestó al fin Krebs con frialdad.

—No se trata de eso. Yo también tengo responsabilidades en relación con mis tropas.

Ya entrada la noche, Krebs llamó a Heinrici y con voz excitada le dijo que Schoerner había detenido el avance de Konev sobre Berlín.

—¡El enemigo ha quedado dividido en dos partes, por la retaguardia! —añadió Krebs—. El Führer quiere hacerle notar que su decisión de mantener al Noveno Ejército en su puesto aún sigue vigente. Considera que solo si continúan allí podrá Schoerner iniciar un contraataque.

—¿Cuándo va a contraatacar Schoerner?

—Dentro de dos o tres días.

Heinrici sabía que para entonces Busse habría quedado totalmente aislado.

—Entonces ya será demasiado tarde —dijo Heinrici, escuetamente, y cortó la comunicación.

Heinrici demostró tener razón. Konev solo experimentó un retraso momentáneo a consecuencia del contraataque de Schoerner, y poco después volvía a avanzar hacia Berlín con renovada energía.

Capítulo quinto

«¡El Führer ha sufrido un colapso!»

1

Aunque Stalin había asegurado a Harriman que la ofensiva principal de los soviéticos iba dirigida contra Dresde, las intenciones del gobernante soviético eran evidentes, hacia el 22 de abril, aún para el más ingenuo de los observadores. Cierto era que Konev hacía avanzar una columna sobre Dresde, pero otra mucho más potente ya irrumpía hacia el noroeste, entre Schoerner y Heinrici, y al amanecer llegó a Luckenwalde, situado unos cincuenta y seis kilómetros al sur de la Cancillería. A las seis de la mañana un diminuto vehículo blindado soviético avanzó por la calle principal del cercano campamento de prisioneros de guerra, el Stalag IIIA. Los diecisiete mil prisioneros aliados, a medio vestir, salieron lanzando gritos de júbilo de sus barracones. Cuando el pequeño coche se detuvo en el patio, y el conductor salió por la escotilla, los prisioneros rusos le levantaron en vilo y lo lanzaron al aire varias veces, en señal de alegría.

Cuatro horas más tarde una reducida unidad acorazada soviética penetró por las puertas del campamento. Sobre el primer tanque iba un soldado de rudo aspecto que tocaba el acordeón y cantaba a voz en cuello. Detrás, en un camión oruga, otro soldado tocaba la «balalaika», como si fuera muy natural para ellos ir a la guerra con música. Los curtidos rusos saltaron a tierra, estrecharon la mano a los más próximos, y distribuyeron vino, vodka y cerveza, brindando luego incesantemente por los Tres Grandes, así como por Eisenhower, Konev, las

«Fortalezas Volantes», los aviones «Stormovik» y los coches «Studebaker». Cuando la columna soviética se dispuso a abandonar el campamento, uno de los tanques arremetió contra la valla de alambre y la echó abajo en buena parte de su extensión.

—¡Ya estáis libres! —exclamó el comandante, en alemán.

Más al Sur, el avance de Konev hacia Dresde había encontrado una oposición inesperada, por lo tenaz. Era allí donde Hitlet había colocado sus defensas más fuertes, en la errónea creencia de que Stalin apuntaba hacia aquel objetivo. En algunos puntos, los rusos eran incapaces de detener el contraataque de Schoerner. Una sección de un kilómetro y medio se hallaba bajo el mando heterogéneo de dieciocho oficiales soviéticos de la reserva, entre los que se contaba Mikhail Koriakov, el oficial de aviación que había sido relegado a la infantería a causa de sus creencias religiosas.

El capitán Koriakov era en esos momentos un humilde oficial de infantería.

Al amanecer del 22 de abril, Koriakov apoyó su fusil contra la pared de la cabaña que servía como puesto de mando del pelotón y cogió un icono dorado con la efigie de la Virgen María. Arrodillóse y comenzó a orar. Una gruesa mujer alemana y sus tres rollizas hijas le imitaron. Koriakov acababa de salvarlas de ser violadas por un teniente ucraniano.

A continuación, Koriakov entregó alimentos a los hombres que se hallaban en los agujeros abiertos en el suelo, entre la hierba. Varios centenares de metros más adelante había un bosque cortado en dos por una carretera. Todo aparecía tranquilo, cuando de improviso aparecieron varias figuras en la carretera.

—¡Capitán! —exclamó el comandante del pelotón—. Averigüe quiénes son esas gentes.

Koriakov avanzó y vio una larga hilera de fugitivos civiles que, cargados con maletas, avanzaban en bicicleta o sobre camiones o carros. De pronto, Koriakov escuchó disparos de fusiles automáticos alemanes procedentes del bosque. Los caballos se encabritaron y volcaron varios carros. Un grupo de niños que iba a pie se desplomó a tierra, al tiempo que una granada hacía explosión. Koriakov se lanzó al suelo, pues se hallaba entre dos fuegos. Cada vez que trataba de levantarse, una andanada del bosque le hacía arrojarse de nuevo a tierra. Tendido boca abajo, comenzó a rezar en voz alta:

—No tenemos ayuda, no tenemos más ayuda que la tuya, Santa Madre de Dios…

Una mano poderosa le cogió por el cuello y le sacudió rudamente. Al

levantar la vista, Koriakov descubrió a un corpulento soldado alemán que le miraba amenazadoramente, al tiempo que le apuntaba con el fusil.

—¿Polaco? —gritó el soldado alemán.

Koriakov trató de explicarle que era un capitán soviético. El alemán apartó el arma y le empujó hacia otro soldado, un muchacho de unos catorce años. En el puesto de mando preguntaron a Koriakov si había violado a alguna mujer alemana.

El ruso movió negativamente la cabeza y uno de los capitanes alemanes se rio despectivamente de Koriakov. Luego le abofeteó, haciéndole caer las gafas al suelo, y comenzó a gritar en alemán con acento irritado. Koriakov solo consiguió comprender una palabra:

—*Erschiessen!* (¡Que le fusilen!).

En ese momento, cuatro robustas alemanas avanzaron hacia ellos. Al frente iba la mujer que Koriakov había salvado de que la violaran. Las cuatro gritaban con acento compungido al capitán germano, mientras procuraban secarse las lágrimas que les bañaban el rostro. Mientras Koriakov.

Un anciano coronel alemán, que era testigo de la escena, recogió las gafas de Koriakov y, sin decir una palabra, las entregó al ruso.

2

En el *bunker* de la Cancillería, aquella mañana el tema principal de la conversación era Steiner. Todos se preguntaban si su ataque desde el Norte habría sido llevado a cabo, con objeto de aliviar la situación de Berlín. Media docena de veces hizo Hitler a Krebs esa pregunta, y en otras tantas ocasiones este le contestó que no tenía nada que informar.

A las once, Krebs pudo al fin comunicarse telefónicamente con Heinrici, pero antes de que pudiera preguntarle nada, el pequeño general manifestó:

—Hoy es el último día de que dispone Hitler para abandonar Berlín. Sucede, sencillamente, que no tengo las tropas necesarias para defenderle.

—¿Qué ocurre con Steiner?

Heinrici sintió ganas de echarse a reír, pero cortésmente replicó que era absurdo fundar la menor esperanza en lo que Steiner pudiera realizar. Krebs comenzó a gritar lleno de cólera, y dijo que Heinrici tenía la obligación de evitar

que Berlín quedase cercado. Era vergonzoso que abandonase a Hitler. Aquello no hizo más que exasperar a Heinrici.

—Me echa en cara que debo evitar que el Führer quede cercado —replicó airado, a su vez, Heinrici—. Y sin embargo, en contra de mi voluntad y mis consejos, y a pesar de que he puesto mi cargo a su disposición, aún sigue impidiéndome que haga retroceder a las tropas desde el frente, para protegerle.

Antes de que Krebs pudiese contestar, la comunicación se cortó. Cuando ambos generales pudieron ponerse de nuevo al habla, Krebs manifestó:

—El Führer no da su consentimiento a esa retirada, debido a que con ello Alemania quedaría dividida en dos partes, una al Norte y otra al Sur.

—Esa división es ya un hecho —manifestó Heinrici, y luego solicitó que apelase de nuevo al Führer y que le hiciese conocer la respuesta hacia la una.

A las tres, Krebs llamó al fin para decir que Busse podía hacer una retirada parcial.

Heinrici llamó en seguida a Busse, el cual no se mostró muy satisfecho al recibir la noticia.

—¡Esas decisiones a medias! —declaró—. Una de dos: o me retiro con todos los hombres, o me quedo donde estoy.

—Está bien, retírese —decidió Heinrici.

Pero Busse no podía consentir que Heinrici cargase con toda la responsabilidad, y dijo:

—He recibido una orden del Führer que me obliga a permanecer aquí.

Esto solo era una excusa. Si se retiraba en esos momentos, tendría que abandonar a Biehler y sus hombres en el *Festung* de Francfort. Biehler se hallaba rodeado por el enemigo, y durante las pasadas veinticuatro horas había tratado en vano de romper el cerco soviético. Solo cuando Biehler consiguiera unirse al resto del Noveno Ejército, Busse se retiraría.

3

El doctor Goebbels parecía haber olvidado ya las invectivas que el día anterior había dirigido contra el pueblo alemán. —Bien, debo admitir que los berlineses son un puñado de gentes valerosas —manifestó a su secretario de Prensa, mientras miraba desde la ventana los aviones aliados que se cernían

sobre la ciudad—. No se molestan en ir a los refugios, y en lugar de ello, se quedan mirando al cielo, a ver qué ocurre. Las calles estaban tan atestadas de escombros y de vehículos inservibles, que Goebbels decidió cancelar la conferencia de Prensa diaria, y en lugar de ello, comenzó a grabar un discurso para el pueblo. Pero antes de que pudiera terminar, las granadas soviéticas comenzaron a estallar en las cercanías. Una lo hizo tan cerca, que destrozó los pocos cristales que quedaban en las ventanas. Goebbels dejó de grabar, pero reanudó serenamente su tarea un momento más tarde. Cuando el discurso estuvo concluido, se volvió hacia el técnico de sonido y le preguntó si el ruido se escucharía en la emisión.

—Constituirá un singular efecto sonoro, ¿no le parece? —observó Goebbels.

Luego, durante la comida, se mostró alegre y hasta fanfarrón, calificando a Churchill de «hombrecillo», y a Eden de «petimetre fanfarrón». Pero cuando su antiguo amigo, el doctor Winkler, fue a verle, le agradeció solemnemente los favores que le había hecho y dijo sombríamente:

—No volveremos a vernos.

Con cada hora que pasaba, Hitler se ponía más nervioso e irritable. No tenía noticias del ataque que había ordenado a Steiner, y se encolerizaba cada vez que Krebs le decía que no había ningún informe al respecto. (El endeble «cuerpo Panzer» de Steiner, con sus diez mil hombres, había conseguido avanzar solo trece kilómetros hacia el Sudeste, para quedar definitivamente detenido).

Aquella tarde había algunas caras nuevas en la conferencia diaria del Führer. El vicealmirante Erich Voss representaba a Doenitz, que se hallaba en el norte de Alemania, estableciendo un comando militar independiente. El general de la Luftwaffe Eckard Christian, que había contraído matrimonio con una de las secretarias de Hitler, se hallaba allí representando a Koller, cuyo cuartel general se encontraba en esos momentos al noroeste de Berlín. Bormann, como de costumbre, estaba presente, lo mismo que Von Keitel, Jodl, Krebs, y el ayudante militar que había recibido de Guderian, comandante Freytag von Loringhoven, así como otros ayudantes militares y secretarios.

Jodl interrumpió al optimista Krebs para decir a Hitler la verdad: Berlín se hallaba rodeada en sus tres cuartas partes. Una de las columnas de Zhukov avanzaba por el este de la ciudad, otra lo hacía hacia Postdam, desde el Sur, y probablemente se encontraría en aquella localidad, al cabo de una semana, con una columna de Konev.

Ya nervioso por las palabras de Jodl, Hitler quiso saber al momento el

resultado del ataque de Steiner. Por último, Krebs tuvo que admitir que las fuerzas de Steiner estaban en proceso de reorganización, y que no había nada que informar.

Hitler comenzó a mover la cabeza, mientras respiraba pesadamente. Con voz ronca y tensa ordenó a los demás que salieran de la habitación, con excepción de los generales y de Bormann. Lo hicieron aquellos saliendo precipitadamente de la estancia, y en la sala adyacente permanecieron silenciosos y desanimados. En cuanto la puerta se hubo cerrado, Hitler se puso de pie, con el brazo izquierdo cayendo lacio al costado. Exclamó que estaba rodeado de traidores y mentirosos, mientras gesticulaba violentamente con el brazo derecho y paseaba de uno a otro lado de la habitación. Los que le rodeaban, afirmó, eran demasiado mezquinos para comprender sus elevados fines. Era una víctima de la corrupción y la cobardía, y en esos momentos todos optaban por abandonarle.

Los que escuchaban al Führer nunca le habían visto perder el control de sí mismo de manera tan absoluta. Apuntó acusadoramente a sus generales con el índice, culpándoles de los desastres de la guerra. El único que protestó fue Bormann. Los militares se sorprendieron, pero era indudable que más que defenderles a ellos, lo que trataba Bormann era de calmar al Führer.

Hitler gritó algo acerca de Steiner, y de pronto se dejó caer en su sillón. Con voz angustiada, dijo:

—¡La guerra se ha perdido!

Luego añadió temblorosamente que el Tercer Reich había terminado en un fracaso y que lo único que le restaba era morir. Su rostro palideció y todo su cuerpo se estremeció espasmódicamente, como si estuviese bajo los efectos de un ataque. De pronto, el Führer se quedó quieto. Su mandíbula pendió inerte, y quedóse mirando hacia adelante, con la vista perdida. Esto alarmó más aún a los presentes que su furia anterior. Pasaron así los minutos, que se hacían interminables, hasta que al fin un ligero tono rosado apareció en las mejillas de Hitler, que de nuevo se agitó inquieto en su asiento.

Bormann, Burgdorf y Von Keitel le pidieron que tuviera fe. Si él la perdía, entonces todo habría concluido. Le aconsejaron que saliera inmediatamente hacia Berchtesgaden, pero el Führer movió lentamente la cabeza, y con voz apagada dijo que nunca dejaría el *bunker*. Si ellos querían marcharse, estaban en libertad de hacerlo, pero él se enfrentaría con el fin en la capital. Luego, Hitler preguntó por Goebbels.

Los que estaban en la sala contigua habían oído casi todo. Fegelein cogió el

teléfono y contó a Himmler lo que había ocurrido. El atemorizado *reichsführer* llamó a Hitler y le rogó que no perdiese las esperanzas, prometiendo enviarle inmediatamente numerosas tropas SS.

—¡Todo el mundo está loco en Berlín! —dijo Himmler al SS *obergruppenführer* (teniente general) Gottlob Berger, jefe del mando principal de las SS.

Para el práctico Berger, que en ningún momento había dudado de los grandes fines perseguidos por el Nacional Socialismo, solo había una cosa que hacer.

—Tiene que ir usted a Berlín, *herr reichsführer* —aseguró—, llevándose su batallón de escolta, desde luego. No debe tener tropas de escolta aquí, en momentos en que el Führer se dispone a permanecer en la Cancillería.

Como Himmler no contestase, Berger añadió, con tono de disgusto:

—Bien, yo me voy a Berlín, y su obligación es hacer lo mismo.

Pero el *reichsführer* se encaminó al teléfono, llamó a Hitler y le rogó que se marcharse. Fegelein se puso después al habla y pidió a su jefe que fuera a hacer personalmente la petición. Discutieron unos momentos, hasta que al fin Himmler accedió a encontrarse con Fegelein en Nauen, una ciudad a cuarenta y cinco kilómetros al oeste de la Cancillería… que se hallaba en el único pasillo de escape que le quedaba a Berlín.

Himmler esperó a Fegelein en el lugar establecido, en compañía del doctor Gebhardt, al que aquel había nombrado recientemente presidente de la Cruz Roja alemana, tras el suicidio del profesor Grawitz. Después de dos horas de espera, Gebhardt manifestó que iba a ver a Hitler, para que él confirmase su nombramiento.

Accedió Himmler con presteza. Así él también podría regresar a su cuartel general, sin tener que esperar por Fegelein. Dijo a Gebhardt que asegurase al Führer que el batallón de escolta del *reichsführer* estaba dispuesto a defender el *bunker* hasta el fin. Luego, Himmler dio media vuelta y se perdió en la oscuridad, hacia el Norte.

Goebbels aún se encontraba en su casa cuando se enteró de lo ocurrido al Führer. Le dijeron que este deseaba verle inmediatamente. La catastrófica noticia le afectó más profundamente que cualquier otra. Mientras se disponía a marcharse, supo que Hitler también quería ver a Magda y a sus hijos. Eran aproximadamente las cinco, cuando la esposa de Goebbels dijo a su niñera, con

voz serena, que preparase a los niños para ir a ver al Führer. Los pequeños se mostraron llenos de alegría y preguntaron si el tío Adolfo les iba a dar chocolate y dulces. La madre pensó que tal vez se dirigiesen a la muerte. Con débil sonrisa en los labios manifestó:

—Cada uno de vosotros puede llevar un juguete, pero solo uno.

Goebbels y su familia salieron poco después en dos automóviles. Mientras Semmler les miraba alejarse, observó que su jefe aparecía sereno y, en cambio, Magda y los niños lloraban. La familia quedó instalada en cuatro pequeñas habitaciones, no lejos de las dependencias de Hitler. Luego, Goebbels y su esposa fueron a ver al Führer. Goebbels anunció que él también iba a permanecer en el *bunker*, y que al final se suicidaría. Magda anunció que haría lo mismo, a pesar de las protestas del propio Hitler. Añadió que los seis niños morirían con ellos. Von Keitel logró que se marchasen los asistentes a la reunión para poder hablar en privado con Hitler. Quería convencerle de que debía trasladarse a Berchtesgaden aquella misma noche, iniciando luego las negociaciones de rendición desde allí. Como había ocurrido muchas veces anteriormente, el *feldmarschall* no había hecho más que empezar a hablar cuando Hitler le interrumpió.

—Sé muy bien lo que va a decirme: «¡Hay que tomar una decisión en seguida!» —dijo Hitler, alzando la voz—. Pues bien, ya he tomado mi decisión. Nunca abandonaré Berlín. Defenderé la ciudad hasta mi último aliento.

Von Keitel dijo que aquello era «una locura» y se sentía obligado a «pedir» al Führer que se trasladase inmediatamente a Berchtesgaden, desde donde podría seguir gobernando el Reich y las Fuerzas Armadas. Eso ya no podía hacerse desde Berlín, ya que las comunicaciones quedarían probablemente cortadas de un momento a otro.

—No hay nada que le impida a usted marcharse ahora mismo a Berchtesgaden —contestó Hitler—. En realidad, le ordeno que lo haga. Pero yo me quedaré en Berlín. Hace solo una hora lo anuncié por radio. No puedo echarme atrás.

Jodl entró en el preciso momento en que Von Keitel anunciaba, con voz angustiada, que solo se marcharía si le acompañaba el Führer.

Hitler mandó llamar a Bormann y le ordenó que huyese junto con Jodl y Von Keitel a Berchtesgaden, donde este último asumiría el mando, siendo Goering el representante personal del Führer.

—En los siete últimos años nunca he desobedecido una sola de sus órdenes,

pero me niego a obedecer esta —manifestó Von Keitel.

Recordó a Hitler que él aún seguía siendo comandante supremo de las fuerzas armadas, y añadió:

—No puede concebirse que después de habernos dirigido durante tanto tiempo, despida ahora a su personal militar diciéndoles que se arreglen como puedan.

—Todo está perdido, y ya nada queda por hacer —contestó Hitler.

El resto, agregó, quedaba en manos de Goering.

—No habrá soldado que quiera luchar por el *reichsmarschall* —aseguró uno de los generales.

—¿Qué es eso de «luchar»? Poco es lo que queda ya de combate, y si se trata de entablar negociaciones, el *reichsmarschall* puede hacerlo mejor que yo. Voy a iniciar la batalla de Berlín y la ganaré, o moriré en la ciudad.

Agregó Hitler que no deseaba correr el riesgo de caer en manos del enemigo, y que se mataría en el último momento.

—¡Esa es mi última e irrevocable decisión! —exclamó el Führer.

Los generales aseguraron que la situación aún no era totalmente desesperada. Schoerner todavía estaba fuerte, y el 12.° Ejército de Wenck podía aún ser retirado hasta Berlín, para su defensa. Además, dentro de pocos días Steiner dispondría de tropas suficientes como para lanzar al fin un ataque simultáneo desde el Norte.

De pronto, los ojos de Hitler refulgieron. Por increíble que parezca, la esperanza había vuelto a él, y con ella su determinación. Comenzó a hacer preguntas, y un momento más tarde establecía con todo detalle la forma en que a su juicio podía salvarse Berlín.

Von Keitel dijo que iría a ver inmediatamente a Wenck para darle las órdenes personalmente. Hitler había vuelto a ser el hombre afectuoso de siempre, y solícitamente le mandó que tomase algún alimento antes de marcharse. Decidió que Von Keitel y Jodl estableciesen la sede del Alto Mando algunos kilómetros al Oeste, cerca de Potsdam, de modo que pudiesen huir para reunirse con Doenitz si Berlín quedaba cercado. Krebs permanecería en el *bunker* como consejero militar del Führer. Poco después, Von Keitel y Jodl abandonaron las ruinas de la Cancillería del Reich en un coche del Estado Mayor, llevándose un cesto con bocadillos, coñac y chocolate, que ordenó preparar el Führer en persona. La oscuridad era impenetrable, y mientras el automóvil avanzaba, Von Keitel dijo:

—Solo hay una cosa que puedo decir a Wenck, y es que la batalla de Berlín ha comenzado, y que la suerte del Führer se halla en juego.

Era poco antes de la medianoche cuando Von Keitel halló casualmente el puesto de mando de Wenck en la cabaña de un guardabosques, a unos cien kilómetros al sudoeste de la Cancillería. Von Keitel le ordenó que atacase hacia el Nordeste, contra los efectivos de Konev, que trataban de rodear a Berlín. Al mismo tiempo, Busse atacaría hacía el Noroeste, y entre ambos aliviarían la situación de la capital. Wenck aseguró que aquello era imposible, pues Busse se hallaba totalmente cercado, y solo disponía de escasas municiones.

Von Keitel recurrió a las súplicas. Dijo que la batalla de Berlín había comenzado, y que de ella dependía la suerte de Hitler y de Alemania. Los ejércitos 12.° y 9.° tenían la responsabilidad de acudir en ayuda de Hitler. Aseguró que la vida del Führer dependía por entero de Wenck, y confesó algo que ni siquiera había contado a Jodl: estaba dispuesto a sacar al Führer del *bunker* por la fuerza, si era necesario.

El plan para aliviar la situación de Berlín, aseguró Wenck, se basaba en la ayuda de unas divisiones inexistentes. Pero Von Keitel insistió tanto que el joven general dijo que haría lo que pudiese. Mientras contemplaba como se alejaba el automóvil de Von Keitel, Wenck pensó en Berlín, la ciudad donde se había hecho hombre, y en la suerte que correrían su esposa y sus hijos. Había luchado contra los rusos, y sabía bien la forma en que trataban a los cautivos.

Durante algunos días, el comandante Freytag von Loringhoven estuvo aconsejando a Krebs que tomase alguna medida para que ambos no acabasen en aquel *bunker*. Pero su jefe, que no podía o no quería actuar en tal sentido, prefirió dejarse llevar por los acontecimientos. Krebs dijo al joven barón que no le enorgullecía el hecho de ser el último consejero militar del Führer.

—Pero no puedo hacer otra cosa. Me ha ordenado que me quede, y usted tiene que quedarse conmigo.

Poco después de la medianoche del 23 de abril, Krebs logró al fin una concesión por parte de Hitler: Busse podía retroceder. Krebs llamó inmediatamente por teléfono a Heinrici para comunicarle la buena nueva. Aquello, desde luego, se hacía para que Busse pudiese ayudar a Wenck en el ataque destinado a aliviar la situación de Berlín.

Pero Busse se negó a retroceder. En esta ocasión, sin embargo, dijo a

Heinrici la causa de su proceder.

—No puedo retirarme hasta que las tropas de Biehler no estén fuera de Francfort —manifestó—. Me quedo hasta que el coronel se haya unido a nosotros.

Heinrici escuchó exasperado el razonamiento, pero comprendió y cortó la comunicación.

4

Pocas horas después del ataque sufrido por el Führer, el general Christian irrumpió en el puesto de mando del general Koller, situado en las afueras de Berlín.

—¡El Führer ha sufrido un colapso! —exclamó, y dio una estremecedora relación de lo que había sucedido.

El primer impulso de Koller fue llamar por teléfono a Goering a Berchtesgaden, ya que el *reichsmarschall* era el sucesor de Hitler.

—El único en el que podíamos confiar no saldrá de donde se encuentra —dijo Koller al ayudante de Goering, *oberst* (coronel) Bernd von Brauchitsch—. Pero tengo que irme de aquí.

Von Brauchitsch comprendió que Koller se refería a Hitler, y dijo:

—El *reichsmarschall* quiere que venga usted aquí inmediatamente.

Al otro lado de la línea, Koller cortó la comunicación, y luego preguntó a Christian:

—¿Qué hace el Alto Mando?

—Está abandonando Berlín. Sus componentes se reúnen esta noche en Krampnitz (una escuela de adiestramiento de tanques situada entre Berlín y Potsdam), y han decidido retirar tropas del frente occidental para proseguir la guerra en el Este.

Koller llamó entonces al *bunker* de la Cancillería.

—¿Qué ocurre? —preguntó al coronel Von Below, ayudante de Hitler para asuntos de aviación—. Christian me ha contado algunas cosas. Estoy asombrado. ¿Es eso cierto?

—Así es.

Koller preguntó si debía dirigirse hacia el Norte.

—Sí.

Pero Koller esperaba una respuesta diferente, y contestó evidentemente disgustado:

—Eso no es conveniente, en momentos tan decisivos. Sería mejor que me trasladase hacia el Sur, para informar de todo personalmente al *reichsmarschall*.

—Está bien —le contestaron.

—¿Hay alguna posibilidad de que él (Hitler) cambie de forma de pensar?

Esta vez Below contestó negativamente.

Koller se dirigió apresuradamente hasta el nuevo cuartel general del Alto Mando, y pidió a Jodl que le confirmase el increíble hecho que le habían contado.

—Lo que ha dicho Christian es cierto —contestó Jodl, con calma.

Preguntó Koller si el Führer llegaría a cumplir su amenaza de suicidarse.

—El Führer está decidido, en ese aspecto.

—Cuando el alcalde de Leipzig se mató y dio muerte a su familia, el Führer dijo que era absurdo, que se trataba de una cobarde forma de evadir responsabilidades —dijo Koller, indignado—. ¡Y ahora él quiere hacer lo mismo!

—Tiene usted razón.

—Y bien, ¿qué piensa hacer? ¿Tiene alguna orden que darme?

—No —contestó Jodl.

Koller declaró que tenía que marcharse para informar inmediatamente a Goering. Debía contarle, sobre todo, que el Führer dijo: «Si se trata de negociar, el *reichsmarschall* podrá hacerlo mejor que yo». Semejante informe, aseguró Koller, no podía darse por medio de un telegrama. Era indispensable que fuera él en persona.

—Tiene razón —contestó el lacónico Jodl—. No tiene más remedio que ir.

Así, pues, poco antes del amanecer del 23 de abril, Koller y sus ayudantes militares salieron hacia Munich en quince aparatos «J U-52».

En Obersalzberg, un centro turístico situado en las cercanías de Berchtesgaden, Goering ya estaba bastante al corriente de lo que había ocurrido, gracias a una información inesperada. Aquella mañana había dicho a Josef Zychski, su mayordomo, que acababa de recibir un mensaje radiado secreto, de parte de Bormann, en el que este le informaba acerca del derrumbe nervioso que había experimentado Hitler, y donde pedía a Goering que asumiese el mando. Goering se mostraba receloso. ¿Qué podía hacer? ¿Debía actuar inmediatamente

o era aconsejable esperar?

Koller no llegó adonde Goering se hospedaba —una mansión cómoda, aunque sencilla, que se hallaba en Obersalzburg— hasta el mediodía. Con gran agitación contó al *reichsmarschall* y a Philip Bouhler, un funcionario del Partido, lo relativo al colapso sufrido por el Führer. Como Goering ya estaba enterado de la mayor parte de lo sucedido, no demostró gran sorpresa. Inquirió si Hitler aún seguía con vida, y si había nombrado a Bormann sucesor suyo. Koller contestó que el Führer seguía vivo cuando él abandonó Berlín, y que todavía había uno o dos caminos para escapar. La ciudad tal vez resistiese una semana.

—De todos modos, es usted quien tiene que actuar ahora, *herr reichsmarschall*.

Bouhler asintió, pero Goering aún se mostraba vacilante. Tal vez Hitler hubiera nombrado sucesor a Bormann, y no a él. Bormann, antiguo enemigo de Goering, podía haberle enviado aquel telegrama con el fin de hacerle caer en una trampa, empujándole a apoderarse del mando prematuramente.

—Si actúo, me llamará traidor, y si no lo hago, me acusará de abstenerme en el momento más crítico —dijo Goering.

Mandó llamar luego al ayudante personal de Bormann, quien se hallaba casualmente en la vecindad, y al comandante del destacamento de las SS en Obersalzberg. También requirió la presencia de Hanns Lammers, jefe de la Cancillería del Reich y experto legal, que tenía bajo su custodia los dos documentos oficiales redactados por el mismo Hitler en 1941, donde establecía quién había de ser su sucesor legal. En dichos documentos, Hitler nombraba a Goering delegado para el caso de que él se viera temporal o perpetuamente impedido de desempeñar sus funciones. También sería el sucesor de Hitler, en caso de muerte.

Goering quiso saber si la situación militar en Berlín se sostendría un tiempo, pero Lammers no pudo pronunciarse en tal sentido. Goering estaba al corriente de que su influencia sobre el Führer se había desvanecido, al tiempo que aumentaba la de Bormann, y preguntó si Hitler había dado alguna orden desde el año 1941, invalidando su decisión anterior.

Lammers contestó negativamente.

—Si el Führer dio alguna vez tal orden, ciertamente me hubiera llamado la atención —manifestó, añadiendo que cada cierto tiempo se había asegurado de que los documentos no hubiesen sido anulados.

El decreto, aseguró, tenía fuerza de ley, y ni siquiera hacía falta promulgarlo

de nuevo.

Alguien sugirió enviar un mensaje por radio, para asegurarse de si el Führer deseaba que Goering fuese nombrado su sucesor. Todos se mostraron de acuerdo, y Goering comenzó a escribirlo, pero como se extendiera demasiado, Koller le interrumpió para decirle que un mensaje tan largo no podría ser enviado.

—Sí, tiene razón —concedió Goering—. Redacte usted uno, en tal caso.

Tanto Koller como Brauchitsch redactaron un mensaje cada uno, y Goering eligió el que decía: «Mi Führer, ¿es su deseo, en vista de su decisión de permanecer en Berlin, que asuma el mando absoluto del Reich, de acuerdo con el decreto del 29 de junio de 1941?».

Cuando Goering lo hubo leído, añadió: «Con plenos poderes en los asuntos nacionales y extranjeros», esto con el fin de poder negociar la paz con los Aliados.

Preocupado aún, manifestó:

—Supongamos que no llega respuesta alguna. Debemos establecer un tiempo máximo para esperar la contestación.

Koller propuso un plazo de ocho horas, y Goering añadió debajo: «Si a las diez de la noche no se ha recibido respuesta alguna, interpretaré que se ha visto usted privado de su libertad de acción, y consideraré que se hallan en vigor los términos de su decreto, actuando yo entonces en beneficio de nuestro pueblo y de la Patria». Goering hizo una pausa, y luego añadió apresuradamente: «Debe comprender lo que siento hacia usted en la hora más difícil de mi vida. No encuentro palabras para expresarlo. Dios le bendiga y le haga venir aquí lo antes posible. Su leal, Hermann Goering».

El *reichsmarschall* se recostó pesadamente contra el respaldo de su sillón.

—Es terrible —dijo—. Si no recibo una contestación antes de las diez de esta noche, tendré que hacer algo inmediatamente, como dirigir una proclama a las Fuerzas Armadas, apelar a la población, y otras cosas similares.

Pero su actuación comenzó a ponerse en claro cuando al fin dijo:

—Haré cesar la guerra inmediatamente.

Mientras tanto, y por extraña coincidencia, Hitler estaba siendo aconsejado por Albert Speer para que nombrase a Doenitz como sucesor suyo. Preocupado, el Führer consideró la proposición, pero no dijo nada.

Speer había llegado a Berlín para despedirse personalmente de Hitler, y para hacerle una confesión. Sin pedirle disculpas, manifestó que durante las últimas semanas había estado obstaculizando la política de «tierra arrasada» de Hitler, tratando de convencer a generales y funcionarios para que no destruyesen los puentes y fábricas. (Pero no confesó, claro está, que hacía poco había proyectado asesinar a Hitler vertiendo un tóxico en el sistema de ventilación del *bunker*, lo que fracasó debido a existir una cubierta protectora alrededor del conducto de ventilación). A los veintinueve años, Speer comenzó a trabajar bajo la dirección del arquitecto de Hitler, profesor Paul Troost. Poco después, el Führer incluía al joven en el círculo de sus allegados, y en esos momentos le consideraba afectuosamente como uno de sus amigos más íntimos. Speer esperaba ser detenido y tal vez fusilado, pero Hitler solo se mostró «profundamente conmovido» por la revelación de su ministro.

Aún se encontraba Speer con Hitler cuando llegó el telegrama de Goering. Antes de que el Führer pudiese hacer comentario alguno, Bormann, indignado, calificó de ultimátum la petición de enviar una respuesta antes de las diez de la noche. Parecía más irritado que nadie, y lo mismo que Goebbels exigió la ejecución de Goering.

Hitler vaciló, y al fin admitió que se había dado cuenta en los últimos tiempos de la decadencia de Goering. El *reichsmarschall* era, además, adicto a las drogas. No obstante, Hitler pareció no tomar esto en cuenta.

—Aún es capaz de negociar la capitulación —dijo el Führer—. Da lo mismo quien lo haga.

Prevaleció, sin embargo, la opinión de sus consejeros, y aunque se negó a ordenar la muerte de Goering, le convencieron para que mandase el siguiente telegrama:

> *«Su modo de obrar constituye alta traición contra el Führer y el Nacional Socialismo. La pena con que se castiga la traición es la muerte, pero en atención a sus anteriores servicios al Partido, el Führer no ordenará la pena máxima si renuncia a todos sus cargos. Conteste sí o no».*

Este telegrama había sido dictado por Bormann, y un poco más tarde, Hitler envió otro:

> *«El Decreto del 29-6-41 ha quedado anulado por orden mía. No se puede poner en tela de juicio mi libertad de acción. Le prohibo cualquier actuación suya en tal sentido».*

Siguió luego un tercer mensaje que difería marcadamente de los dos anteriores. En él, Hitler expresaba con mayor precisión su propia actitud:

> *«Su creencia de que me encuentro privado de realizar mis deseos es totalmente errónea, e ignoro cuál pueda ser el ridículo origen de la misma. Exijo que combata inmediatamente esta suposición, y afirmo, al mismo tiempo, que solo entregaré el poder a quien yo considere oportuno, y en el momento que crea conveniente. Hasta entonces, seguiré ejerciendo el mando yo mismo».*

Bormann debió de temer que este último mensaje fuese el comienzo de una actitud benévola, y clandestinamente envió por radio una orden al comandante de las SS en Obersalzburg, para que detuviese a Goering por alta traición.[54]

5

Las catástrofes ocurridas durante las últimas semanas habían llegado a causar la desintegración en el mando militar, tan venerado por los oficiales germanos. Nunca en la historia de la Wehrmacht hubo tantos comandantes que se independizaron hasta llegar al borde del amotinamiento. Primero fue Guderian el que se encaró abiertamente con Hitler, hasta hacerse acreedor a su destitución. Luego, Heinrici manifestó su oposición al Führer, y por último, era Wenck quien ignoraba las órdenes directas y se decidía a proseguir por su cuenta la guerra en el Este.

La rebelión iba descendiendo igualmente en la escala jerárquica. Mientras Heinrici se oponía a Hitler, por ejemplo, Busse se resistía a cumplir las órdenes de Heinrici. En parte alguna había mayor confusión que en el propio mando de Busse. Una de sus unidades, el LVI Cuerpo Panzer, se había separado del resto del Noveno Ejército y se hallaba entonces a treinta kilómetros al este de Berlín, tratando de contener a los rusos que habían irrumpido a través de la brecha de Seelow. Su comandante, el general Helmuth Weidling, había recibido órdenes contradictorias: Busse le mandaba dirigirse hacia el Sudeste, para reunirse con el cuerpo principal de las tropas, en tanto que Hitler amenazaba con hacerle fusilar si no se encaminaba inmediatamente hacia las afueras de Berlín.

Apodado «Karl, el duro» por sus tropas, a causa de su rudo aspecto y sus bruscos modales, Weidling era un típico militar profesional que no anhelaba otra cosa que cumplir con su deber. Por consiguiente, decidió ver a Krebs

personalmente para aclarar de una vez la situación.

En el *bunker*, Weidling fue acogido fríamente por Krebs y Burgdorf.

—Bueno, ¿qué pasa aquí y por qué me van a fusilar? —espetó Weidling, sin más preámbulos.

Krebs contestó secamente que el Führer estaba irritado a causa de que había trasladado su puesto de mando al oeste de Berlín. (Alguien informó falsamente que Weidling había retrocedido con sus tropas hasta Potsdam).

—¡Eso es ridículo! —estalló Weidling.

Se acercó a un mapa mural para demostrar que su puesto de mando jamás había estado a más de tres kilómetros de las líneas rusas. No podía dudarse de tales afirmaciones, y los otros dos militares aseguraron a Weidling que informarían de ello inmediatamente al Führer.

Krebs y Burgdorf hicieron lo que decían, y cuando regresaron hallaron a Weidling con el semblante intensamente pálido. Acababa de recibir un mensaje de su propio cuartel general, según el cual el Alto Mando le destituía de su cargo.

Weidling acusó a los otros dos militares de no tener valor para decir a Hitler la verdad. Krebs no se sintió ofendido. Dijo que aquella orden ya había sido cancelada, y que el Führer quería verle inmediatamente. Descendieron algunos peldaños y siguieron por un corredor hasta la sala de espera. Varias personas se hallaban sentadas en un banco, pero el único al que Weidling reconoció fue a Ribbentrop.

Krebs y Burgdorf le acompañaron rápidamente hasta el salón principal de conferencias, donde Hitler se hallaba sentado detrás de una mesa, observando un mapa. Cuando entraron, Hitler se volvió hacia ellos, mostrando un semblante abotagado sobre el que destacaban sus febriles ojos. El Führer sonrió forzadamente, tendió la mano a Weidling y le preguntó, en voz baja:

—¿Nos han presentado antes?

Weidling contestó que sí, un año atrás, en el Obersalzberg, cuando Hitler le había condecorado con las Hojas de Roble de la Cruz de Caballero.

—Recuerdo el nombre —dijo Hitler—, pero no me acordaba de su rostro.

El semblante del Führer era una máscara, pensó Weidling, el cual no dejó de notar el gesto de dolor de Hitler cuando tomó asiento.

Ante una sugerencia de Krebs, Weidling reveló que ya había ordenado a sus tropas trasladarse al Sudeste, con el fin de reunirse con el resto del ejército de Busse. Si no se cancelaba este movimiento, dijo Krebs, quedaría abierta una

brecha al este de Berlín, a través de la cual la columna de Zhukov, que procedía de Seelow, podría filtrarse.

Hitler, cuya mano derecha temblaba continuamente, asintió con la cabeza y comenzó a dar una larga explicación de su plan destinado a aliviar la situación de la ciudad. El 12.° Ejército de Wenck atacaría desde el Sudoeste, en tanto que Busse lo hacía desde el Sudeste. El conjunto de las dos fuerzas derrotaría a los rusos al sur de Berlín. Simultáneamente, Steiner procedería a atacar desde el Nordeste, deteniendo la columna de Zhukov al norte de Berlín. En cuanto Wenck y Busse hubiesen derrotado a los rusos en el Sur, darían vuelta hacia el Norte, ayudando a aniquilar allí al enemigo en un ataque conjunto en masa. Si todo aquello parecía factible a Hitler, no le ocurría lo mismo a un militar práctico como era Weidling. ¿No estaría soñando el Führer?

De pronto, Krebs anunció que Weidling se haría cargo de las defensas oriental y sudeste de Berlín. Mientras el asombrado Weidling se ponía de pie, Hitler trató de hacer lo propio, pero cayó pesadamente hacia atrás en su silla, con lo cual solo les tendió la mano, en señal de despedida. Weidling salió profundamente afectado al observar el estado físico del Führer. ¿Qué pasaba allí? ¿Podía seguir considerándose aún a aquel hombre como comandante supremo de la Wehrmacht?

En el *bunker* superior, Weidling habló por teléfono con su cuerpo de ejército y ordenó que se tomasen las posiciones necesarias para defender los suburbios orientales de Berlín. Luego, inquirió a Krebs:

—¿Bajo qué mando me encuentro?

—Directamente bajo el mando del Führer.

Weidling examinó un mapa de Berlín y sugirió que se colocase la responsabilidad de la defensa de la ciudad sobre un solo hombre.

—Ya existe ese hombre —contestó Krebs—. Es el Führer.

—Tengo la sensación de que vive en un mundo de fantasía —replicó, a su vez, Weidling—. Sus efectivos de tanques, así como otras unidades del ejército de Busse, han sido aniquilados. ¿Cree usted que las potentes fuerzas soviéticas pueden ser rechazadas con solo proponérselo? Si Berlín no puede defenderse desde el río Oder, es necesario que se la declare ciudad abierta.

Krebs se limitó a sonreír, como si se tratara de una antigua historia, y dijo:

—El Führer ha ordenado la defensa de Berlín, porque tiene la seguridad de que la guerra terminaría una vez que cayese la capital.

6

Poco antes de medianoche, varios automóviles se aproximaron a una casa de reducidas dimensiones situada en las cercanías de un parque, en la ciudad de Lübeck, puerto alemán del mar Báltico. Himmler y Schellenberg, seguidos de varios oficiales de las SS, entraron en la casa, que no era otra que el consulado de Suecia, donde les esperaba Folke Bernadotte. Este acompañó a Himmler y Schellenberg hasta una pequeña estancia que aparecía iluminada únicamente por candelabros. Cuando estaban hablando, se inició una alarma aérea y Bernadotte preguntó si Himmler querría bajar con los demás al refugio. Como de ordinario, Himmler tardó bastante en decidirse, y cuando supo que el refugio era solo una bodega corriente, otra vez se mostró vacilante. Al fin se decidió a bajar, y durante la mayor parte de la hora que permanecieron recluidos en el sótano, Himmler fue haciendo preguntas de persona en persona como si estuviese confeccionando una estadística. Bernadotte notó que Himmler se encontraba totalmente exhausto, y que recurría a toda su fuerza de voluntad para aparecer sereno.

Cuando cesó la alarma, regresaron a la pequeña estancia superior. Al ofrecérsele algo de bebida, Himmler solo pidió soda.

—He llegado a la convicción de que está usted acertado —manifestó el *reichsführer*, inesperadamente, con gesto resignado—. La guerra debe terminar. Admito que Alemania está derrotada. En esos momentos, prosiguió diciendo, el Führer podía estar ya muerto, porque él ya no estaba ligado por juramento personal al mismo.

La temblorosa luz de los candelabros hacía aparecer el rostro de Himmler aún más furtivo e indeciso. Prosiguió diciendo que todo dependía de una sola cosa: la forma en que los Aliados iban a tratar a los alemanes. Si los aniquilaban por completo, Hitler perduraría en el recuerdo como un héroe y un mártir.

—En la situación actual —añadió Himmler, sorbiendo pausadamente su bebida—, tengo las manos libres para actuar. A fin de salvar todo lo posible de Alemania, de manos de los rusos, estoy dispuesto a capitular en el frente occidental, pero no en el oriental. Siempre fui, y lo seguiré siendo, un enemigo irreconciliable del bolchevismo.

Luego preguntó si el conde aceptaría trasladar esa proposición al Ministerio

de Asuntos Exteriores sueco para que este la transmitiese al Occidente.

A Bernadotte no le gustó la idea. No era probable que los Aliados occidentales, declaró, concertasen una paz por separado con Alemania, si esta proseguía su lucha en el Este.

—Me doy perfecta cuenta de las grandes dificultades que entraña la misión —replicó Himmler—, pero de todos modos deseo hacer una tentativa para salvar a millones de alemanes de la ocupación soviética.

Bernadotte accedió a transmitir el mensaje de capitulación a su Gobierno, pero quiso saber lo que haría Himmler si rechazaban su oferta.

—En tal caso, me haré cargo del mando del frente oriental, hasta morir en combate —contestó Himmler.

Manifestó luego que esperaba entrevistarse con Eisenhower para rendirse a él incondicionalmente, sin más demora. Al despedirse, Himmler declaró que aquel era el día más amargo de su vida, y que debía marcharse inmediatamente hacia el frente oriental.

A continuación, Himmler penetró en su automóvil. Inició la marcha y el vehículo fue a enredarse entre los alambres de espino que rodeaban el edificio Los suecos y los alemanes presentes consiguieron liberar al fin al automóvil, y el *reichsführer* se alejó de allí. El conde hizo notar a los que le rodeaban que en aquel suceso había mucho de simbólico.

7

Al día siguiente, 24 de abril, Krebs y sus dos ayudantes, el comandante Freytag von Loringhoven, y el capitán Gerhard Boldt, entraron en la sala de conferencias del Führer. También se hallaban allí Goebbels y Bormann.

Mediado el informe de Krebs, Boldt fue llamado al teléfono. Cuando regresó, dijo haber recibido un despacho del frente de batalla.

—¿Qué noticias hay? —inquirió Goebbels, inclinándose sobre la mesa.

Boldt declaró que un ataque repentino de tanques, efectuado sobre cuarenta y ocho kilómetros por los efectivos del Segundo Frente Ruso Blanco de Rokossovsky, no solo estaba aislando a las tropas de Manteuffel en el Norte, como lo había hecho ya Zhukov en el Sur, sino que indicaba que Stalin estaba volcando sus máximos esfuerzos hacia Berlín. De este modo, tres frentes rusos,

con un total de dos millones y medio de hombres, convergían sobre la capital del Reich.

Hitler se volvió esperanzado hacia Bolot, sin poder dominar el constante tic que agitaba su cabeza. El capitán le dio cuenta del nuevo desastre, y Hitler permaneció en silencio durante un momento, hasta que luego comenzó a hablar con voz ronca.

—Teniendo en cuenta el gran obstáculo natural que representa el río Oder, este éxito ruso es, sencillamente, el resultado de la incompetencia de los dirigentes militares germanos.

Krebs trató de defender a Heinrici y Manteuffel. Dijo que sus escasas reservas habían sido apresuradamente retiradas hacia Berlín, incluyendo los efectivos de Steiner. Esto hizo recordar de nuevo al Führer el ataque de Steiner y al tiempo que apuntaba inseguramente hacia un mapa, comenzó a decir que había que iniciar al día siguiente una nueva ofensiva desde el norte de Berlín.

—El Tercer Ejército Panzer deberá emplear todas las fuerzas disponibles para el ataque, retirando tropas de las otras secciones del frente que no se hallen sometidas a la ofensiva. Es necesario restablecer las comunicaciones entre el Norte y Berlín. Ese es el objetivo inmediato.

La sugerencia de Burgdorf, en el sentido de que Steiner debía dirigir el nuevo ataque, irritó a Hitler.

—¡No necesito a esos arrogantes y obtusos jefes de las SS! —exclamó—. En ningún caso quiero que Steiner asuma el mando.

Cuando Krebs salió de la sala de conferencias, vio a Weidling esperando en la antecámara, y le dijo:

—Anoche causó usted una excelente impresión al Führer. Le ha designado para asumir la defensa de Berlín.

—Mejor habría sido que me hubiese usted pegado un tiro —contestó Weidling.

Y aceptó el mando con la única condición de que solo él daría órdenes para la defensa de la ciudad. No quería intromisión alguna de parte de gentes como Goebbels, que ostentaba el cargo nominal de «Defensor de Berlín».

Esa misma tarde, Jodl llegó al puesto de mando de Steiner, el único hombre del que se suponía que nada iba a tener que ver con el nuevo ataque desde el Norte.

—Por orden de Hitler —anunció Jodl—, debe usted comenzar inmediatamente la ofensiva.

—No deseo dirigirme hacia Berlín —replicó Steiner, con el tono de desafío que se había convertido en algo corriente entre los miembros de la Wehrmacht—. No tengo quien me cubra, y la mayor parte de mis hombres morirá. No pienso hacerlo.

Jodl le miró fijamente, lleno de ira, al tiempo que su calva se ponía de color escarlata, signo evidente de que se estaba conteniendo a duras penas. Pero Steiner resistió su mirada. Su comportamiento no era descabellado. Estaba convencido de que solo una paz negociada con el Oeste podría salvar a Alemania, y una semana antes había convenido secretamente con Manteuffel que establecerían contacto con Eisenhower lo antes posible, diciéndole que las tropas norteamericanas podían pasar a través de sus líneas para llegar hasta el Oder, donde estaban los rusos. En medio de la discusión con Jodl, Steiner recibió la noticia de que acababan de llegar mil miembros de las Juventudes Hitlerianas y cinco mil pilotos. Jodl ordenó que los movilizasen para integrar el ataque en dirección a Berlín. Una vez más, Steiner se rebeló. Dijo que esas tropas carecían de entrenamiento y que enviarlas al combate era un asesinato. Por consiguiente, las mandaría de vuelta a las bases de donde procedían.

Jodl se dio por vencido y regresó al Alto Mando Central. Pocas horas más tarde llegó Von Keitel y conminó a Steiner para que iniciase el ataque.

Steiner no dejó de asombrarse. ¿Se había visto alguna vez a un mariscal de campo alemán humillarse de aquella manera? A pesar de todo, contestó:

—No, no lo haré. Este ataque es un disparate, un asesinato. Haga conmigo lo que crea conveniente.

Por fin, Von Keitel se dio cuenta de que la situación no tenía remedio, y se marchó.

8

El Comité Internacional de la Cruz Roja había fracasado en su intento de detener la evacuación de prisioneros de Sachsenhausen, a pesar de las promesas de Himmler y del jefe de la Gestapo, Müller, pero aún había esperanzas de salvar a las veinte mil mujeres del cercano campamento de Ravensbrück. Los miembros del Comité enviaron un delegado, Albert de Cocatrix, con una carta urgente para el coronel SS Rudolf Hess, jefe suplente de los campos de

concentración, y antiguo comandante de Auschwitz.

Cocatrix se vio demorado en su camino hacia el Norte por los innumerables fugitivos que llenaban las carreteras, y no llegó a Ravensbrück hasta el anochecer. Se presentó ante el SS *Sturmbannführer* (comandante) Fritz Suhrens, comandante del campo, y le dijo que tenía que ver a Hess. Pero este acababa de sufrir un accidente de automóvil y no se encontraba allí.

Cocatrix describió las atrocidades que se estaban cometiendo con los prisioneros que trasladaban desde Sachsenhausen, y advirtió a Suhrens que los responsables deberían rendir cuentas al fin de la guerra. Propuso entonces que las mujeres de Ravensbrück quedasen a cargo de la Cruz Roja, en la persona de un delegado, y se mantuvieran en sus sitios hasta la llegada de los rusos.

Pero Suhrens dijo que tenía instrucciones especiales de Himmler para evacuar el campamento. Por otra parte, la situación militar no era del todo desesperada. No solo se detendría a los rusos, sino que se los rechazaría a las estepas en una colosal contraofensiva que estaba a punto de ser lanzada.

—Solo las mil quinientas enfermas podrán permanecer en el campamento —añadió Suhrens—. ¿Sabe usted que las enfermas rusas han pedido de rodillas que no las dejásemos atrás, pues no querían caer en manos de los rusos, y que además gritaban: «Nix Bolscheviki!?».

A las nueve de la mañana siguiente, 25 de abril, varios millares de mujeres fueron alineadas ante sus viviendas. Suhrens recibió a Cocatrix en su despacho y habló de la buena moral en que se hallaban las «damas», y ofreció enseñarle varias cartas de recomendación que ellas habían escrito para él.

En ese momento entró en la estancia una mujer miembro de las SS y dijo:

—Los archivos han quedado destruidos.

El comandante hizo disimuladamente una señal para que se callase, y tras de presentarla, le preguntó en qué forma se había tratado a los prisioneros recientemente evacuados.

—Humanitariamente —contestó la mujer, sin vacilar.

—¡Ya lo ve, ya lo ve usted! —exclamó Suhrens, y alzó triunfalmente los brazos, al tiempo que alababa el sistema de los campamentos de concentración y ponía de manifiesto los notables resultados obtenidos en la educación y entrenamiento de los prisioneros. Las tremendas cosas que se escribían acerca de los campamentos, manifestó, eran solo «atrocidades de la propaganda», y ofreció a Cocatrix que viese el de Ravensbrück por sí mismo.

Lo que vio Cocatrix semejaba a un campo de prisioneros de guerra, si bien

los barracones estaban atestados de literas de tres lechos. Visitó también la enfermería, la biblioteca y la cárcel, que mostraba un aspecto notablemente pulcro. Sin embargo, no se le permitió inspeccionar varios edificios en la parte Este del campamento, y donde, según Suhrens, se hallaban montadas unas plantas textiles que producían tejidos para la Wehrmacht.

Suhrens paró a una prisionera, como al azar, y le preguntó si había recibido malos tratos, o si tenía quejas de alguna clase. La mujer solo tuvo palabras de alabanza para sus captores. Otras que fueron interrogadas en el mismo sentido, siempre por Suhrens, contestaron aproximadamente de igual manera. En cada caso, Suhrens se volvía hacia el funcionario de la Cruz Roja y decía, con acento significativo:

—*Bitte!*

Luego el comandante del campamento llamó a una mujer miembro de las SS.

—¿Ha infligido usted malos tratos a las prisioneras? —le preguntó.

—¡Eso está prohibido! —contestó la mujer, con acento escandalizado.

—¿Qué pasaría si ustedes las castigasen corporalmente? —Nos sancionarían.

De otras guardianas se obtuvieron respuestas semejantes. Al abandonar la zona del campamento, Cocatrix se sintió tentado de pedir a Suhrens que le enseñase la cámara de gas y el crematorio, pero optó por callarse.

En el despacho le presentaron al coronel de las SS Keindel, comandante de Sachsenhausen, quien un poco vagamente negó que se hubieran cometido atrocidades en la evacuación de su campamento. Cocatrix dijo que un delegado de la Cruz Roja y dos chóferes habían presenciado numerosas asesinatos.

Keindel se encogió de hombros y contestó:

—Tal vez algunos guardias de las SS hicieron eso para acabar con sus sufrimientos…, como un acto de humanidad. No alcanzo a comprender por qué se arma semejante alboroto a causa de unas pocas muertes, cuando nada se dijo del bombardeo terrorista de la población civil de Dresde.

Algunos soldados de las SS pudieron haber actuado un poco rigurosamente, admitió Keindel, pero por lo general, los que peor trataban a los reclusos eran los húngaros, los rumanos y los ucranianos, es decir, gente de mentalidad diferente.

Cocatrix se dispuso a abandonar el campamento, y Suhrens, tomándole familiarmente por el brazo, le dijo de manera confidencial, refiriéndose a lo que había manifestado el coronel Keindel:

—Conmigo, nada tiene usted que temer a ese respecto.

9

El comandante de las SS en Berchtesgaden actuó inmediatamente después de recibir el telegrama de Bormann, y colocó a Goering y su familia bajo arresto domiciliario. Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido las más tempestuosas en la dramática carrera del *reichsmarshall*: el Führer se había derrumbado; creyó que era el sucesor en el mando del Tercer Reich; luego recibió tres telegramas de Hitler, y por último, en esos momentos, tenía la seguridad de que sería ejecutado.

La noche anterior, un SS había colocado un pistola con una bala, en la mesilla de noche de Goering.

—No pienso hacerlo —dijo este a su mayordomo Zyschi, apartando con desdén el arma—. Voy a afrontar las responsabilidades de todo lo que haya hecho.

Al día siguiente, 25 de abril, por la mañana, varios oficiales de las SS, trataron de convencer a Goering, en presencia de su esposa y del mayordomo, para que firmase un documento declarando que renunciaba a todos sus cargos a causa de hallarse enfermo. Goering se negó. A pesar de los telegramas que había recibido, tenía la seguridad de que Hitler estaba mal informado. Pero cuando los SS extrajeron sus pistolas, Goering firmó con presteza. En ese preciso momento, el zumbido de los motores de aviación hizo que todos se refugiaran en el sótano de la casa en que se hallaban.

Los aviones aliados pasaban con frecuencia sobre Berchtesgaden camino de Salzburgo, Linz, y otros objetivos, pero hasta el momento, la zona de Obersalzberg no había recibido daño alguno. Pero en aquella ocasión, dos grandes oleadas de bombarderos se encaminaban hacia allí para tratar de eliminar el posible retiro de los dirigentes del Reich a las montañas. Eisenhower tenía la seguridad de que Hitler permanecería en Berlín, pero también estaba convencido de que la mayoría de los gobernantes nazis se habían trasladado al Reducto Nacional para establecer sus puestos de mando en el Obersalzberg.

A las diez, los primeros bombarderos cruzaron sobre el monte Hohe Goell y dejaron caer bombas de alto poder explosivo en la zona donde el Führer tenía sus instalaciones. Media hora más tarde se presentó una oleada de bombarderos mucho mayor, y durante casi sesenta minutos un avión tras otro, dejaron caer

grandes cargas demoledoras sobre el Obersalzberg.

Cuando el último bombardeo se hubo alejado, el general de aviación Robert Ritter von Greim, comandante de la Luftflotte 6, en Munich, se dirigió en automóvil hacia el Obersalzberg. La residencia de ensueño del Führer había quedado reducida a un conjunto de ruinas. Greim miró a su alrededor, lleno de aflicción. La mansión de Hitler, la famosa Berghof, había recibido un impacto directo. Tenía uno de los muros totalmente derruido, y el techo volado en su mayor parte. Algunos centenares de metros más allá una negra humareda se elevaba de la casa de Bormann, detrás de la cual podía verse lo poco que quedaba de la de Goering. Los cuarteles de las SS, así como el «Hotel Platterhoff» y la cabaña donde Hitler había escrito buena parte de su libro *Mein Kampf*, se hallaba en llamas.

Nazi concienzudo, Greim había recibido un telegrama desde Berlín pidiéndole que informase al *bunker* directamente. Halló Greim a Koller, y comenzó a culpar a Goering de haber abandonado el *bunker*, para llevar luego a cabo actos de traición. Al principio, Koller trató de disculpar a Goering, su jefe, pero luego dio rienda suelta a su resentimiento, largo tiempo reprimido.

—No soy precisamente yo quien debe defender al *reichsmarschall* —manifestó—. Son muchos sus defectos, para eso. Me hizo la vida insoportable, tratándome de forma desconsiderada, diciendo que me iba a llevar ante un tribunal militar para que me juzgasen y me fusilasen. También amenazó con hacer dar muerte a otros oficiales del Estado Mayor delante de otros miembros de ese cuerpo.

Sin embargo, Koller no se mostró de acuerdo con Greim, en todos los aspectos.

—Sé bien que el *reichsmarschall* no hizo nada, en los días 22 y 23 de abril, que pudiera recibir el nombre de traición.

Greim no se sintió impresionado por las palabras de Koller. La actitud de Goering no admitía defensa, declaró, tras lo cual emprendió el regreso hacia Berlín.

10

En horas tempranas de aquella misma mañana, Schoerner, que había sido

ascendido recientemente a *generalfeldmarschall*, descendía de un avión que había tomado tierra en las cercanías de Berlín y se encaminó hacia el *bunker*. Hitler le había mandado a llamar, y Schoerner temía que el Führer se hubiera enterado de sus tentativas de negociación con los aliados occidentales. A semejanza de Himmler, Wolff y Steiner —todos ellos dirigentes de las SS—, Schoerner había actuado por cuenta propia. La iniciativa, sin embargo, partió del doctor Hans Kauffmann,[55] un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores que había tenido algunos altercados con Von Ribbentrop, por lo que le habían trasladado a un batallón de ametralladoras del Grupo de Ejército del Centro. El doctor Kauffmann llegó a convencer a Schoerner de que los nacionalistas checos podían ser utilizados para concertar un armisticio con los aliados occidentales. Se trataba de un plan complicado, pero después de numerosos viajes secretos del doctor Kauffmann, dos aviones alemanes llenos de checos fueron enviados, uno a Suiza y el otro a Italia, con el fin de entablar negociaciones. Pero los ingleses y americanos, ignorando que Schoerner estuviese detrás de todo aquello, rechazaron todas las proposiciones.

Mas Schoerner no tenía nada que temer. Hitler acogió a su comandante preferido con el entusiasmo y afecto con que solía recibirle. Sin embargo, las siguientes palabras del Führer causaron una enorme sorpresa a Schoerner:

—Trasládese de zona y organice un reducto defensivo en los Alpes.

Añadió que la zona montañosa situada entre Alemania y Austria debería fortificarse lo más rápidamente posible, enviándose allí a las mejores tropas disponibles. Siguió explicando el Führer que aquella defensa no se establecía contra el Occidente sino como último baluarte contra los bolcheviques.

Schoerner abandonó el *bunker* para entrevistarse con Goebbels y el doctor Naumann. El ministro de Propaganda explicó que existía un Proyecto Norte, semejante, que estaba llevando a cabo Doenitz en el canal del Kaiser Guillermo (el canal de Kiel). Ambos reductos tendrían gran importancia política, aseguró Goebbels, y puso de manifiesto que era indispensable mantener una estricta disciplina militar en ambas zonas. Entonces, si se hacía necesario rendirse a los occidentales, las tropas se hallarían bajo un control tan perfecto, que Eisenhower sin duda permitiría a los jefes militares alemanes que asumieran el mando de las mismas.

Añadió Goebbels que los pueblos occidentales no tardarían en enterarse de los lamentables acuerdos estipulados en la Conferencia de Yalta, que permitían a

Rusia ocupar la mayor parte de Europa oriental, y que obligarían a Churchill y Truman a atacar la Unión Soviética. Y los jefes aliados sabían que solos no podrían vencer al Ejército Rojo, por lo que aceptarían agradecidos la ayuda de las tropas alemanas establecidas en los reductos norte y sur del país.

El movimiento envolvente que efectuaban las tropas soviéticas en torno a Berlín estaba a punto de completarse. El pasillo existente entre Zhukov y Konev solo tenía ya unos pocos kilómetros de anchura. La lucha era especialmente enconada en los suburbios del sur, cerca del aeropuerto de Tempelhof, donde hubiera resultado casi suicida el intento de cualquier aparato que pretendiese tomar tierra.

Weidling pasó la mayor parte de la jornada reorganizando sus defensas en torno a la ciudad, y era cerca de la medianoche cuando llegó al *bunker* para dar un informe de la situación. Hitler se hallaba en ese momento examinando un mapa que se encontraba sobre una mesa. Goebbels aparecía sentado sobre un banco, como si fuera un ave, frente a él. Weidling pasó junto a los demás y señaló sobre el gran mapa, al tiempo que decía hoscamente que el anillo no tardaría en cerrarse sobre Berlín. Hitler se irguió, con el ceño fruncido. Weidling hizo caso omiso de esto, y manifestó que podía advertirse en el mapa que las fuerzas oponentes eran iguales: una división alemana se enfrentaba con otra de los rusos.

—Solo que nuestras divisiones no existen más que en teoría —añadió sarcásticamente—, además de que el número de soldados soviéticos es diez veces superior al de los nuestros, y la potencia de la artillería aún mayor.

Hitler se negó a reconocer las verdades de Weidling. Afirmó que la caída de Berlín supondría la ruina de Alemania, por lo que permanecería en el *bunker*, se ganase o se perdiese. Luego habló Goebbels, solo para hacerse eco de cuanto había dicho Hitler. La manera de pensar de ambos era tan semejante que a menudo el uno parecía terminar las frases del otro.

Weidling se sintió irritado al comprobar que nadie era capaz de opinar de modo diferente. Todo lo que decía Hitler quedaba implícitamente aceptado. ¿Acaso estaban todos demasiado atemorizados para hablar? Se sintió tentado de gritar: «¡Qué locura, mi Führer! ¡Una gran ciudad, como Berlín, no puede ser defendida con las endebles fuerzas y las escasas municiones que nos quedan! ¡Piense, mi Führer, en las intolerables privaciones que pasará el pueblo de Berlín

durante esta batalla!». Pero él también, quizá contagiado por los demás, optó por callarse.

El frente de Heinrici era un desbarajuste en su totalidad, si bien este había recibido un informe que tenía algo de esperanzador: Biehler había logrado al fin romper el cerco en torno a Francfort, tras unirse a los efectivos del Noveno Ejército, y Busse comenzaba a retirarse hacia el Oeste, adonde se hallaba Wenck.

Manteuffel también estaba a punto de quedar aislado por los ataques conjuntos de Zhukov, por el Sur, y Rossokovsky, por el Norte. A pesar de todo, Hitler insistía en que Manteuffel debía seguir resistiendo.

—¿Tiene posibilidades de cumplir esta orden? —le preguntó Heinrici.

—Podremos aguantar donde estamos, probablemente durante el resto del día —fue la respuesta de Manteuffel—, pero luego tendremos que retirarnos.

Heinrici manifestó que aquello seguramente significaría combatir en marcha.

—No nos queda mucho donde elegir —replicó Manteuffel—. Si permanecemos aquí, quedaremos copados, como el Noveno Ejército.

Heinrici convino en que se hacía necesaria una retirada en las próximas horas. Luego se dirigió hacia el Sur, para hablar con Steiner, el cual le había dicho por teléfono que el Alto Mando aún pretendía que iniciase un ataque en dirección a Berlín.

Heinrici encontró a Steiner discutiendo acaloradamente con Jodl, una vez más. Decía Steiner que el pretendido ataque era absurdo, y que supondría un sacrificio innecesario de vidas.

—Se trata de un caso especial —intervino Heinrici—. Solo en una ocasión como esta se puede liberar al Führer. Al menos debe usted hacer una tentativa.

Agregó que el movimiento tenía una justificación táctica, y que protegería también, en cierta medida, el flanco de Manteuffel. No obstante, Steiner se negó en definitiva a prometer nada.

Mientras Heinrici y Jodl se dirigían en automóvil hacia el cuartel general del Alto Mando, que acababa de ser trasladado a las cercanías del sanatorio del doctor Gebhardt, Heinrici llamó la atención de su compañero sobre la multitud de fugitivos que atestaban las carreteras, así como sobre los incendios y las minas resultantes de los últimos bombardeos.

—¿Ve usted todo esto? —inquirió Heinrici—. ¿Para qué seguimos luchando todavía? Observe esas gentes, cómo sufren.

—Debemos liberar al Führer.

—Y después de eso, ¿qué haríamos?

Jodl replicó vagamente que una vez liberado, el Führer era el único capaz de dominar la situación.

Aquellas respuestas inciertas demostraron a Heinrici que el Alto Mando no tenía un plan determinado para proseguir con la guerra. Al entrar en su propio puesto de mando, comenzó a sonar el teléfono. Heinrici alzó el auricular, sin quitarse el capote.

—Habla Manteuffel —dijo una voz tajante—. Los rusos han entrado en los pantanos que constituyen mi zona de defensa secundaria. Solicito permiso inmediato para retirarme a posiciones más seguras. Será ahora o nunca.

La orden de Hitler, confirmada recientemente, prohibía cualquier retirada en gran escala que no hubiese sido aprobada por el Alto Mando. A pesar de ello, Heinrici contestó:

—Inicie la retirada y abandone también el *festung* de Stettin. Luego, Heinrici cortó la comunicación y dijo al coronel Eismann que informase al Alto Mando que había ordenado la retirada del Tercer Ejército Panzer, y que la orden de Hitler podía irse al demonio.

Capítulo sexto

«Tenemos que crear un mundo nuevo, un mundo mucho mejor»

1

El mismo día en que Hitler sufrió su momentáneo derrumbe, una columna motorizada de la 84.ª División norteamericana penetraba en la ciudad de Salzwedel, a unos ciento sesenta kilómetros en línea recta de la Cancillería. Apiñados en las casas, y casi tan asustados como los habitantes del lugar, se hallaban cuatro mil reclusos de los campos de concentración y trabajadores forzados, a quienes sus guardianes habían abandonado. Tadeusz Nowakowski fue uno de los primeros que se arriesgó a salir a la calle. En 1937, a la edad de diecisiete años, había ganado un premio de la Academia Polaca de Literatura, instituido para escritores jóvenes. Dos años más tarde fue detenido junto con su padre por publicar un periódico clandestino titulado *Polonia aún vive*. El más viejo de los Nowakowski no llegó a vivir lo suficiente para ver liberado el campamento de Dachau, donde se hallaban internados, pues un guardia brutal lo mató propinándole golpes con una pala. El hijo soportó la estancia en una serie de prisiones de la Gestapo y de campos de concentración. Por fin logró huir a comienzos de febrero, y en Salzwedel halló refugio entre los trabajadores forzados de una refinería de azúcar.

Las calles de Salzwedel, al entrar los norteamericanos, quedaron atestadas de *jeeps*, motocicletas, camiones y blindados, que levantaban nubes de polvo.

Nowakowski alcanzaba a escuchar el ruido que producían los motores de los aviones. Era la escena de la liberación, con la que había estado soñando desde hacía varios años.

Un *jeep* se detuvo ante el grupo en que se hallaba el polaco, y de él bajó un fornido negro, que recibió un diluvio de flores y el aplauso de los presentes. El norteamericano apartó a un lado a los que le aclamaban y clavó a un poste un cartel que indicaba «Despacio» a los demás vehículos. Luego se enderezó el casco, regresó al *jeep* y partió, abriéndose paso a bocinazos. Los demás norteamericanos aparecían igualmente indiferentes y miraban a los prisioneros fríamente, aun cuando a veces les arrojaban algunos paquetes de cigarrillos. No podía decirse que actuaran con arrogancia, pero su comportamiento mostraba un desdén mal disimulado, ante el espectáculo que ofrecían aquellos míseros desvalidos. O tal vez, pensó Nowakowski, ya estaban cansados de todo.

Solo un grupo de fotógrafos manifestó algún interés, y dijeron a los depauperados prisioneros que regresaran al cercano campo de concentración para que pudieran tomarles fotografías detrás de las alambradas. Algunos chiquillos lloraban aterrados cuando les pedían que entrasen de nuevo por aquella puerta.

En las ciudades, turbas de trabajadores forzados vagaban por las calles en busca de venganza. Rumanos descalzos vaciaban en las aceras barrililillos de mermelada, al tiempo que iracundas mujeres rompían las vitrinas de los comercios y esparcían las mercancías por la calle.

Un guardia de las SS fue arrastrado fuera de un garaje, donde se había refugiado herido, y fue pisoteado hasta que quedó muerto. Los prisioneros, en gran número, pisoteaban el cuerpo del enemigo, a pesar de que sus fuerzas eran escasas. Nowakowski sintió deseos de gritar: «¡Sacadle los ojos! ¡Por mi padre torturado, por mis compañeros, por mi ciudad arrasada!», pero las palabras se le trabaron en la garganta, y solo atinó a reírse histéricamente, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas y pensaba que, al fin y al cabo, aún estaba vivo.

Una patrulla norteamericana lanzó una descarga sobre las cabezas del enardecido grupo, tocó la bocina en señal de reprobación, y siguió su camino. Era una escena de pesadilla. Ante una tienda, Nowakowski vio a dos franceses borrachos que se habían metido dentro de un mismo vestido de novia destrozado, y que danzaban penosamente. Una vieja polaca vomitaba sangre sobre la acera, en la que varios chiquillos derramaban el contenido de unos sacos

de harina.

Al otro lado del canal, el polaco vio a una turba de antiguos prisioneros trepar a un vagón-tanque del ferrocarril, que transportaba alcohol. Como nadie podía abrir la válvula, alguien se procuró un pico, y pronto surgió del tanque un gran chorro de alcohol. La multitud se acercó aullando, y todos procuraron llenar cazos, sombreros y hasta zapatos. Un checo gritó:

—¡Cuidado, es alcohol metílico! ¡Es veneno!

Pero nadie le hizo caso.

Un grupo de rusos ató al alcalde de la población a la lápida de una tumba y delante de él rasgaron las vestiduras de su mujer y su hija, dejándolas desnudas. Un ruso de rojizo semblante gritó que esa era la suerte que su mujer había corrido en Khartov, y empujó a varios de sus compatriotas hacia la muchacha. La madre se lanzó al suelo y comenzó a besarle los pies, en señal de súplica.

Se produjo un momento de vacilación. Luego un ruso fornido cogió a la muchacha y la obligó a echarse al suelo. Su padre pugnó enérgicamente por liberarse de su sujeción. Arrancó la lápida de donde estaba enterrada, pero se desplomó muerto de un tiro. Nowakowski observó al ruso que había iniciado todo el episodio. El hombre comenzó a alejarse con las manos en los bolsillos, pero luego se sentó al borde de la carretera y hundió la cara entre las manos, con ademán de desesperación. El tumulto alcanzó tales proporciones que los norteamericanos se vieron obligados a contener a los prisioneros. Nowakowski quedó encerrado en el gimnasio de un antiguo campamento del ejército, junto con otros centenares de revoltosos. Pero la pesadilla continuó bastante tiempo aún. Un grupo de jóvenes polacas cantaba canciones de su tierra, en tanto que unos metros más allá, varios hombres, borrachos hasta la intoxicación, vomitaban en medio de movimientos agónicos. Los que sufrían de diarrea tenían que aliviar sus necesidades en el mismo lugar donde se hallaban, y los vecinos los apartaban a golpes, llenos de irritación.

Un grupo de muchachos encontró un equipo de gimnasia en aparatos, y entonces todos comenzaron a trepar por las cuerdas y a columpiarse en los trapecios como si estuvieran locos. Ni siquiera detuvieron sus contorsiones y alaridos cuando uno de ellos cayó sobre un montón de hierro viejo, y tras unos instantes de lamentarse, dejó de existir.

Hacia media noche la situación se hizo intolerable. Unos cuantos hombres arremetieron contra el lugar donde dormían numerosas mujeres polacas y ucranianas. Nowakowsky oyó una serie de gritos, risas, maldiciones y lamentos

ahogados. Se oía la voz de un hombre que decía una y otra vez:

—¡Pero si no puedo, no puedo!

Un italiano enloquecido por el alcohol sufrió un ataque. Como una fiera pasó sobre los durmientes, rugiendo desaforadamente, Cuando llegó a la pared empezó a darse golpes contra la misma, hasta que tropezó contra el radiador. Entonces se desplomó sobre el suelo y quedó inmóvil.

Al amanecer, los norteamericanos abrieron el gimnasio e hicieron salir a los franceses, holandeses, belgas, luxemburgueses y checos, para llevarlos a los alojamientos de oficiales. Esto provocó una serie de lamentos indignados de los que quedaban, que comenzaron a maldecir a los norteamericanos y al día de la liberación.

—¡También nosotros somos aliados! —gritaba lleno de cólera un italiano.

Una ola de histerismo se extendió por la gran estancia. Una ucraniana sospechaba que una polaca le había robado su peine y se lanzó sobre esta última, que, a su vez, comenzó a gritar pidiendo ayuda a los demás polacos.

—¡Matad a los ucranianos! —se oyó gritar.

Mas de improviso se dejó oír la potente llamada de atención de los altavoces, en cinco idiomas, anunciando que se iba a proceder a inspeccionar el lugar. A las ocho, varios oficiales norteamericanos observaron desde la puerta, y aterrados, se retiraron rápidamente. Luego ordenaron que sacaran a todos los niños. Entre los reclusos se extendió el rumor de que las mujeres judías estaban siendo alojadas en casitas, y que les daban pan, huevos y chocolate. Uno gritó:

—¡Toman baños calientes y duermen con los norteamericanos!

—¡Ya veis cómo esos malditos cuidan de los suyos! —vociferó otro—. ¡El judío siempre ayuda a los de su raza, mientras que a los cristianos los dejan morir como perros!

—¡Sí, como perros! —corearon un centenar de voces.

—¡Es porque no somos sucios judíos, como ellos! —gritó una vieja que llevaba una gorra de hombre.

Pero una muchacha replicó, con voz airada:

—¡Eso es porque a nosotras nos quemaban en los crematorios, mientras vosotras os entendíais con los granjeros alemanes en los graneros!

De pronto, reinó el silencio. Todos miraron a la chica. Era pequeña y fea, con una cabeza grande, que parecía una calabaza sobre una estaca. Tenía las orejas rojas y salientes. Al fin, gritó:

—¡Vamos, pegadme!

—*Judin* —exclamó alguien.

Y de pronto, la turba se lanzó sobre la muchacha. Un anciano, con aspecto de profesor, rodeó a la muchacha con ademán protector, al tiempo que exclamaba:

—¡No la toquen!

Los frenéticos atacantes hicieron caso omiso de la advertencia, arrojaron a ambos al suelo, y comenzaron a golpearlos. El anciano presentó escasa resistencia. Las mujeres arrancaron a la chica mechones de cabellos y le metieron los dedos en los ojos, al tiempo que vociferaban:

—¡Esto es por el chocolate! ¡Esto es por lo de los alemanes en el granero, sucia judía!

El defensor de la muchacha no tardó en quedar inmóvil, con los miembros inertes.

—¡Cielos! —exclamó una mujer—. ¡Están muertos!

Las mujeres se apartaron rápidamente. Dos rusos lavaron la sangre que cubría el rostro de las víctimas, y las arrojaron encima de un montón de cadáveres.

El altavoz volvió a dejarse oír, exhortando a los reclusos a que tuvieran paciencia. No tardarían en llevarles alimentos, y se los trasladaría a otros alojamientos. Al cabo de algunos minutos, en efecto, comenzaron a distribuir platos de sopa caliente y trozos de pan blanco. Durante las horas siguientes, los asombrados prisioneros presenciaron una increíble transformación: se procedió a limpiar el gimnasio y, después de hacerlos duchar, les entregaron ropas limpias.

Los reclusos formaban filas para recibir paquetes de comida de un sargento, que se las arreglaba para desempeñar su misión mientras leía una revista de historietas. Todos se aproximaban a la mesa como si esta fuera un altar. La expresión salvaje había desaparecido ya del semblante de los niños, y los adultos sonreían. Todo pareció sencillo y fácil. El altavoz difundía una canción que decía:

«I love you, I love you, I love you…».

Pero el milagro norteamericano aún no había concluido. Poco más tarde llegaron varios camiones con cuatro capillas portátiles que se instalaron en el campo de fútbol del gimnasio, y al cabo de media hora celebraron servicios religiosos de los respectivos cultos, un sacerdote católico, otro ortodoxo, un pastor protestante y un rabino judío. Al concluir los correspondientes himnos

sagrados, los altavoces se dejaron oír por todos los alrededores:

—¡Aleluya! ¡El Señor ha vencido, y el espíritu de la injusticia ha quedado reducido a polvo y cenizas! ¡Aleluya! Las cadenas que aherrojaban las muñecas de los justos se han roto, y el incienso del Sacrificio Divino se eleva hacia los cielos…

Se distribuyeron octavillas donde estaba impresa la plegaria completa, y Nowakowski guardó algunas como recuerdo de aquellos momentos.

2

A las dos de la tarde del 23 de abril, el presidente Truman celebró una importante conferencia con sus principales consejeros militares y diplomáticos: Stimson, Forrestal, Leahy, Marshall King y Stettinius. También se hallaba presente el secretario ayudante de Estado, James Dunn, así como tres expertos en asuntos soviéticos que acababan de regresar de Moscú: Harriman, Bohlen y el general Deane.

Stettinius informó que Molotov, que debía entrevistarse con el presidente pocas horas después, se mostraba intransigente acerca de la cuestión polaca, y seguía exigiendo un puesto para el Gobierno de Lublin en la Conferencia de San Francisco.

—Nuestros acuerdos con la Unión Soviética han ido hasta ahora en una sola dirección, y esto no puede seguir así —dijo Truman, resueltamente—. O ahora, o nunca. Pienso ir con algunos planes a San Francisco, y si los rusos no se deciden a unirse a nosotros, bien pueden irse al infierno.

Luego Truman pidió la opinión de cada uno de los presentes. Stimson admitió que no estaba muy al corriente del problema, pero declaró que no le parecía aconsejable una política excesivamente enérgica.

—Eso me preocupa… En mi opinión debemos tener gran cuidado, y sería prudente que intentáramos suavizar la situación, en lugar de chocar directamente.

—No es este un incidente aislado —contestó Forrestal—, sino uno de los que caracterizan la acción unilateral por parte de Rusia. Los soviéticos han adoptado actitudes semejantes en Bulgaria, Rumania, Hungría y Grecia, y creo que es hora de enfrentarnos con la situación.

—Lo que verdaderamente importa es si vamos a servir de colaboradores en el programa soviético de dominación de Polonia —declaró Harriman—. Es evidente que nos hallamos enfrentados con la posibilidad de una ruptura con los rusos, pero creo que actuando adecuadamente, aún es posible evitar dicha circunstancia.

—No tengo intención de entregar un ultimátum al señor Molotov —aseguró Truman, y dijo que solo quería poner en claro la posición del Gobierno de Estados Unidos.

Stimson aún se mostraba preocupado por la actitud del presidente.

—Me gustaría saber hasta dónde llegaría la reacción de los rusos ante una enérgica postura nuestra, respecto al asunto de Polonia —declaró.

Pensó luego para sus adentros que era necesario contener a gentes como Forrestal y Harriman, quienes evidentemente se sentían cada vez más irritados contra los rusos. En cuanto a Truman, lo sentía por él, que había heredado una situación poco halagüeña, y que tal vez se viese impulsado a tomar decisiones apresuradas.

—Tengo la impresión de que tal vez los rusos se muestren más acertados en lo que concierne a su seguridad, que nosotros con la nuestra —declaró en seguida—, y lamentaría que este incidente proyectase una sombra sobre las relaciones de ambos países.

—Espero que se presente el asunto a los rusos de manera que no se les cierre la puerta a un arreglo posterior —dijo—. Abandoné Yalta con la impresión de que el Gobierno soviético no tenía intenciones de permitir que un Gobierno libre mandase en Polonia. Lo sorprendente habría sido que el Gobierno soviético hubiese actuado de forma diferente. El acuerdo de Yalta puede interpretarse de dos formas, y la ruptura con los rusos es un asunto bastante serio. Pero debemos decirles que apoyaremos una Polonia libre e independiente.

Por fin, Marshall sacó a colación lo que estaba en la mente de todos.

—Tengo esperanzas de contar con la participación soviética en la guerra contra el Japón, y en un momento en que nos resulte de utilidad, pues los rusos tienen la posibilidad de demorar su entrada en el conflicto del Lejano Oriente hasta que nosotros hayamos hecho el trabajo más pesado.

A semejanza de Leahy y Stimson, Marshall afirmó igualmente que la posibilidad de una desavenencia con Rusia era algo muy peligroso.

Después de haber escuchado a todos, Truman dijo haberse formado ya una opinión, y aseguró que a su entender la actitud más aconsejable era la de

Forrestal y Harriman.

—Pienso decir a Molotov —manifestó el presidente— que esperamos que Rusia cumpla con las decisiones de Yalta, del mismo modo que lo hacemos nosotros.

A las cinco y media llegó Molotov en compañía del embajador Gromyko y del intérprete, M. Pavlov. Stettinius, Harriman y Leahy se quedaron con el presidente, lo mismo que Bohlen, que iba a actuar como intérprete de Truman. Después de saludar a los recién llegados, Truman manifestó:

—Lamento saber que no se ha hecho progreso alguno a fin de resolver el problema polaco.

Sus modales, directos y decididos, debieron causar inquietud a los rusos, acostumbrados como estaban a la actitud suave y persuasiva de Roosevelt. Prosiguió diciendo Truman que Estados Unidos estaban decididos a seguir adelante con los planes para establecer una organización de Naciones Unidas, a pesar de las dificultades que pudieran hallar en el camino. Pero de no llegarse a un acuerdo sobre Polonia, era difícil, afirmó, que la colaboración de posguerra tuviese éxito.

—Esto se aplica tanto al aspecto económico como a la colaboración política… Y no tengo esperanzas de lograr estas medidas del Congreso, a menos que sean apoyadas por la opinión pública.

Luego entregó a Molotov una carta que había escrito para Stalin.

«… En opinión del Gobierno de Estados Unidos, la decisión de Crimea acerca de Polonia solo puede cumplirse si se invita a Moscú a un grupo de representantes genuinos de los dirigentes democráticos polacos, a fin de consultar con ellos… Estados Unidos y Gran Bretaña han hecho cuanto ha estado de su parte para mejorar la situación y para cumplir con las decisiones de Crimea, en el mensaje conjunto que fue enviado al mariscal Stalin el 18 de abril…

»El Gobierno soviético debe comprender que la imposibilidad de proseguir adelante en estos momentos, junto con el significado de la decisión de Crimea acerca de Polonia, dañaría seriamente la confianza en la unidad de los tres Gobiernos, y su determinación a proseguir colaborando en el futuro, como lo han hecho en el pasado.

»Harry Truman».

Molotov cogió la carta, y dijo con su habitual formulismo rebuscado:

—Espero poder expresar el punto de vista del Gobierno soviético, al afirmar que este desea la colaboración de Estados Unidos y Gran Bretaña, como anteriormente.

—De acuerdo —replicó Truman—. De lo contrario, no tendría sentido la conversación que estamos sosteniendo.

Algo desconcertado, Molotov prosiguió diciendo que las bases de la colaboración ya estaban implantadas, y que los tres Gobiernos tenían capacidad para hallar un lenguaje común que allanase diferencias. Por otra parte, los tres Gobiernos siempre habían actuado de común acuerdo, sin haberse presentado el caso de que una o dos de las partes hubiesen querido imponer su voluntad a las restantes.

—Todo lo que pedimos —dijo Truman— es que el Gobierno soviético cumpla con las decisiones establecidas en Crimea acerca de Polonia.

La sinceridad del presidente resultaba alentadora, pensó Harriman. Leahy también se mostró favorablemente impresionado ante la actitud de Truman.

Molotov contestó con gesto serio que su Gobierno se atenía a las decisiones de Crimea.

—Es un asunto de honor, para nosotros. Las buenas relaciones del pasado, ofrecen brillantes perspectivas para el porvenir. El Gobierno soviético está convencido de que pueden superarse todas las dificultades.

La voz nasal de Truman volvió a dejarse oír:

—Se ha llegado a un acuerdo acerca de Polonia; ahora solo hay una cosa que hacer para el mariscal Stalin y consiste en cumplir con el convenio según sus promesas.

Molotov replicó que Stalin había expresado su punto de vista, al respecto, en su mensaje del 7 de abril.

—No puedo creer que si los tres Gobiernos han llegado a coincidir en el asunto del Gobierno yugoslavo, no sea posible aplicar la misma fórmula al caso de Polonia.

—Acerca de Polonia ya se ha establecido un acuerdo —dijo vivamente Truman—. Ahora solo se necesita que el Gobierno soviético lo cumpla.

Molotov se hallaba visiblemente incómodo. Aseguró que su Gobierno apoyaba los convenios de Yalta.

—Pero no puedo estar de acuerdo en que la revocación de las decisiones por parte de los demás pueda ser considerada como una violación de las mismas por el Gobierno soviético. Es seguro que la cuestión polaca, por tratarse de un país vecino, tiene el mayor interés para el Gobierno soviético.

Truman no quiso desviarse del asunto principal que discutían, y manifestó:

—Estados Unidos están preparados para cumplir lealmente todos los acuerdos estipulados en Yalta, y solo piden que la Unión Soviética actúe del mismo modo.

Aseguró luego que Estados Unidos deseaba la amistad con Rusia, y añadió:

—Pero entiendo que esto solo puede lograrse observando mutuamente los acuerdos, y no sobre la base de la conveniencia de una de las partes.

Por vez primera Molotov dio muestras de hallarse irritado, y exclamó:

—¡Nunca en mi vida me han hablado de semejante forma!

—Cumplan lo convenido —contestó Truman—, y no le volverán a hablar de esa manera.

3

Después de tomar la ciudad de Leipzig, Hodges prosiguió hasta el río Mulder, y se detuvo a esperar la llegada de los rusos. Las fuerzas de Patton también se aproximaban a la zona donde debían detenerse, y el encuentro con el Ejército Rojo se esperaba de un momento a otro. En la mañana del 23 de abril, el sargento Alex Balter, de la 6.ª División Acorazada, estaba llamando por su emisor de radio, en el Canal 4160:

—Fuerzas americanas aproximándose en el sur de Alemania. ¡Atención, tropas rusas! Esta es la voz de vuestros aliados americanos, que se hallan en Mittweida, esperando el encuentro entre los dos ejércitos.

A las 8:20 de la mañana Baiter repitió el mismo mensaje varias veces. De improviso, una voz rusa comenzó a repetir una y otra vez:

—¡Bravo, *Amerikansky*!

Pero la comunicación quedó interrumpida por la interferencia de una emisora alemana de aficionado.

A las 9:30, Baiter, que conocía el ruso, pues su madre era de esa nacionalidad, estableció un segundo contacto con el Ejército Rojo y dio su posición. Mientras preguntaba a los rusos la de ellos, volvió a oírse música alemana, y una voz empezó a lanzar invectivas contra los enemigos de la Patria y los partidarios de los judíos. La interferencia era tan intensa y persistente, que hasta las 13:10, Baiter no volvió a escuchar voces rusas. Esta vez formaban un coro en señal de felicitación. Por fin, una voz masculina inquirió en son de broma:

—¿Dónde están los alemanes? Parece que todos se quedan a esperarnos hasta que están hambrientos, y luego los condenados se rinden a mansalva.

Los soviéticos se negaron a divulgar su situación, y añadieron:

—Nos encaminamos hacia las líneas americanas; den alguna posición mejor que Mittweida.

—Chemnitz —contestó Baiter.

El ruso corrigió la defectuosa pronunciación de Baiter.

—Nuestras fuerzas están intactas —prosiguió diciendo Baiter—. Hemos llegado a nuestro destino. Felicitaciones. Saludamos a nuestros amigos.

—Camaradas y hermanos, mañana. El gran momento llegará mañana. Estad atentos. Será por la mañana. Dios os acompañe, amigos. Mañana, a las ocho. Esperad donde os encontráis, ¡vamos hacia ahí! —contestaron los soviéticos.

Poco después otra voz agregó en ruso:

—Tercer Ejército, Tercer Ejército, nos estamos acercando a vosotros ahora mismo. No podemos decir más, por el momento. Vuestros camaradas rusos no duermen. Estamos trabajando con gran intensidad.

—Americanos, no os preocupéis —interrumpió una voz alemana, sarcásticamente—, vais a encontraros con vuestros amigos, los rufianes rusos.

Cuando Balter informó lleno de agitación a su comandante acerca de estas conversaciones, este le dijo:

—Baiter, no me estará usted tomando el pelo, ¿verdad?

—Coronel Harris —contestó seriamente el sargento—. Llevo con usted tres años y jamás me he atrevido a tomarle el pelo.

A pesar de las promesas hechas por los rusos a Baiter, al día siguiente ninguna fuerza soviética se presentó para tomar contacto con las tropas de Patton. Las tropas de Hodges aún se hallaban más impacientes. Habían permanecido en las orillas del Mulde durante una semana. Mediada la tarde algunos ansiosos oficiales se ofrecieron para conducir patrullas hacia el este, pero se les advirtió que contuvieran sus impulsos.

Por fin, se consintió al primer teniente Albert Kotzebue, de la Compañía G, 273.° Regimiento de Infantería, 69.ª División, que avanzase con siete *jeeps* hacia el este del río Mulde. Le informaron que se habían visto varias patrullas rusas recorriendo la estrecha franja situada entre los ríos Mulde y Elba. Si encontraba tropas soviéticas, debería concertar una entrevista entre su comandante y el coronel C. M. Adams, cuyo regimiento había tomado recientemente el monumento de Leipzig. De todos modos, no debía avanzar en ningún caso más allá de los tres kilómetros hacia el este.

El teniente Kotzebue, hijo de un coronel de ascendencia rusa, reunió a treinta

y cinco hombres, cruzó el Mulde y se encaminó hacia el Elba. Después de cierto tiempo de viaje se encontró con setenta y cinco alemanes que no tenían más deseo que rendirse. Se hallaban desarmados y les dijeron que se encaminasen hacia la retaguardia. Eran casi las 17:30, cuando Kotzebue llegó al límite que le estaba permitido, la localidad de Kühren.

Kotzebue llamó entonces por radio a «Tryhard», nombre clave de su regimiento, y le ordenaron que explorase otros cinco kilómetros en todas direcciones. No encontró nada, a excepción de algunos soldados alemanes y otros pocos prisioneros de guerra aliados, abandonados por sus guardias, todos los cuales agitaban los brazos y saludaban al paso de la patrulla. En una casa hallaron a un matrimonio y sus dos hijos, postrados sobre la mesa familiar. Se habían envenenado. Kotzebue regresó a Kühren, y como ya había oscurecido, decidió permanecer allí para pasar la noche.

Al día siguiente, 26 de abril, Kotzebue partió temprano con su patrulla hacia el Este. Le habían dicho que entrase en contacto con los rusos, y estaba decidido a hacerlo. Aunque tenía orden de no pasar de los cinco kilómetros, siguió hacia el Elba a través de una zona que aparecía cubierta de colinas, dejándose llevar por la tentación de seguir hasta otro promontorio, cada vez que coronaba uno más. Procuró viajar siempre alejado del vehículo que portaba el aparato de radio, pues temía que le ordenasen regresar.

En el *bunker* de la Cancillería, Heinz Lorenz, de la agencia oficial alemana de noticias, estaba informando a Hitler que acababa de captar un comunicado según el cual los rusos y los americanos se habían encontrado a orillas del río Mulde. Se originaron algunos conflictos en relación con los sectores a ocupar por las tropas de ambas potencias, y los rusos acusaron a los americanos de infringir los acuerdos de Yalta.

Hitler escuchaba erguido, con los ojos relucientes. Luego se recostó en su silla y dijo:

—Señores, esta es una prueba evidente de la desunión que reina entre nuestros enemigos. ¿No me tacharía el pueblo alemán, y la Historia, de criminal, si firmase la paz ahora, cuando aún hay posibilidades de que mañana estalle entre nuestros enemigos un grave conflicto?

El Führer pareció tratar de reunir fuerzas antes de proseguir hablando.

—¿Acaso no es posible que a cada día, sí, incluso a cada hora, llegue a

originarse la guerra entre los bolcheviques y los anglosajones por causa de su presa, Alemania?

Luego Hitler se volvió hacia Krebs y le hizo un ademán casi imperceptible. El jefe del Estado Mayor del Ejército comenzó a dar su informe, pero se vio interrumpido dos veces por Hitler, quien le preguntó sucesivamente dónde se hallaba Wenck, y si el Tercer Ejército de Manteuffel hacía algún progreso. A ambas preguntas Krebs se limitó a contestar, con aire contrito:

—No hay informes.

A las diez y media de la mañana el teniente Kotzebue se hallaba a mitad de camino entre los ríos Mulde y Elba. Continuó avanzando entonces por una carretera polvorienta de segundo orden. Una hora más tarde su pequeña fuerza llegó a un punto situado a solo kilómetro y medio del río Elba. De pronto los americanos vieron un jinete con sombrero de pieles. Kotzebue, lleno de excitación, procuró darle caza, y al fin logró arrinconarle con su vehículo. Era un jinete de la caballería rusa, que le observó recelosamente. A través de un intérprete Kotzebue le preguntó dónde se hallaba su comandante. El ruso se limitó a señalar con el brazo en dirección al Este.

Al cabo de unos minutos los americanos se hallaban en el Elba. Siguiendo corriente arriba dos kilómetros, llegaron al pueblo de Strehla, que parecía abandonado. Kotzebue vio los restos de un puente hundido a medias en la corriente. Al otro lado del río se veían varias figuras moviéndose. Ordenó a su patrulla que se detuviese y observó a través de sus prismáticos. Por la hechura de los uniformes y el brillo de las condecoraciones, Kotzebue dedujo que eran soldados rusos. Miró su reloj. Eran exactamente las 12:05 del mediodía.

Trató Kotzebue de establecer contacto por radio con los soviéticos. Como no lo consiguiese, ordenó a su conductor, Edward Ruff, que lanzase la señal de reconocimiento entre los rusos y los americanos. Ruff lanzó dos bengalas verdes por medio del mecanismo de su fusil. Por curioso que pudiera parecer, los soldados que había al otro lado del río solo se aproximaron a la orilla y se quedaron mirando. Kotzebue gritó entonces:

—*Amerikansky!*

Pero no obtuvo respuesta alguna. Decidió entonces cruzar al otro lado de algún modo. Vio cuatro botes amarrados juntos, cerca de la orilla, y embarcó en uno de ellos en compañía de Ruff y de John Wheeler, un servidor de

ametralladora; Larry Hamlin, fusilero; Stephen Kowalski, sanitario que hablaba ruso, y Joseph Polowky, fusilero que dominaba el alemán.

Comenzaron a cruzar el río remando con trozos de tablas y con la culata de los fusiles. La corriente era rápida, pero al fin llegaron al extremo del pontón que sobresalía en la orilla opuesta. Cuando los americanos salían de su embarcación, tres rusos se acercaron a ellos cautelosamente, bajando por el talud de la orilla. Kotzebue se identificó y dijo que le gustaría que se celebrase una entrevista entre los comandantes ruso y americano lo antes posible. Solo entonces los soviéticos reaccionaron, y deshaciéndose en sonrisas comenzaron a dar palmadas en la espalda, llenos de entusiasmo, a los americanos.

Mientras un periodista se dedicaba a tomar fotografías, se acercó en un coche un oficial con el pecho constelado de medallas. Era el teniente coronel Alexander T. Gardiev, del 175.° Regimiento de Fusileros, el cual devolvió el saludo de Kotzebue con un apretón de manos, asegurando que aquel era un momento histórico para ambos países. Kotzebue se mostró de acuerdo con él. Un rechoncho oficial de enlace se acercó en ese momento y dijo a los americanos que regresaran a la otra orilla con un fotógrafo soviético y que volviesen a cruzar el Elba corriente arriba, con el fin de encontrarse con el comandante de la 58.ª División de Infantería soviética.

El grupo volvió a subir a la embarcación y comenzó a remar con todas sus fuerzas, pero la intensidad de la corriente les llevó corriente abajo. En la orilla occidental del río, los *jeeps* americanos siguieron lentamente al endeble bote, hasta que este llegó al fin a la orilla.

Se dirigieron todos hacia un transbordador rudimentario, y a las 13:30, Kotzebue escribió el siguiente mensaje para enviar al comandante de su regimiento:

A Com. «Tryhard.
»Misión cumplida. Estableciendo acuerdos para una entrevista entre Coms. Situación actual (87-17). No hay bajas».

Desembarcaron en la orilla oriental del Elba, y cuando los fotógrafos les estaban tomando unas instantáneas, Kotzebue oyó que alguien decía en inglés:

—¡Cielos, si son americanos!

Miró a su alrededor y vio a tres prisioneros liberados, dos norteamericanos y un escocés, que gesticulaban llenos de júbilo. A pesar de la oposición de los rusos, Kotzebue insistió en que los tres hombres se unieran a sus tropas. Se envió

entonces el grupo americano hasta el puesto de mando del regimiento ruso, que se hallaba instalado en una granja, donde ya habían puesto la mesa para celebrar un banquete. Kotzebue se quitó las botas y los calcetines, que tenía totalmente empapados, y al instante comenzó la celebración del histórico momento.

Al iniciarse los primeros brindis se presentó el general de división Vladimir Rusakov. El comandante de la 58.ª División se mostró reservado, y no pareció complacerle tener que sentarse junto a un teniente americano de veintiún años, que además iba descalzo. Se hicieron más brindis a la salud de Roosevelt, Truman, Churchill y Stalin, y por fin Rusakov se marchó, con lo que la celebración adquirió un tono de mayor familiaridad. Tanta fue esta, que un americano de raza india se lanzó sobre una rusa de la policía militar, de atractivo aspecto, y solo después de que Kotzebue hubo propinado un fuerte porrazo al vehemente soldado, la muchacha se vio libre del acoso.

El mensaje de Kotzebue tardó casi dos horas en llegar al puesto de mando del regimiento. Cuando el coronel Adams lo leyó, se dio cuenta de que Kotzebue había violado las órdenes recibidas, en su impaciencia por establecer contacto con los rusos. Lleno de aprensión, el coronel informó al general de división Emil F. Reinhardt, el cual se mostró sumamente irritado. Sus superiores le habían ordenado explícitamente no enviar patrullas más allá de ocho kilómetros al este del río Mulde, so pena de que se produjesen incidentes desagradables, y Kotzebue había avanzado al menos cuarenta kilómetros.

Reinhardt quiso confirmar la certeza del encuentro antes de informar a sus superiores, quienes seguramente se mostrarían tan disgustados como él con la acción de Kotzebue. En consecuencia, ordenó el más estricto secreto para que nada trascendiese a la Prensa, y envió a su oficial de operaciones a que volase en avión sobre el lugar del encuentro, para confirmar lo ocurrido. Sin embargo, la posición dada por Kotzebue a Adams era incorrecta, y este se dirigió a ocho kilómetros al sur del punto exacto. A las cuatro, Adams recibió un segundo mensaje de Kotzebue, que decía:

«Acuerdos aún incompletos. Comunicaré con usted más tarde».

Adams no sabía que otra patrulla de su regimiento, con órdenes de dedicarse solo a recoger fugitivos, había llegado igualmente a orillas del Elba. Poco después del mediodía, el segundo teniente William Robertson, oficial de

inteligencia del Primer Batallón —un hombre bajo, de aspecto reposado—, llegó a Torgau, que se hallaba treinta kilómetros al norte del punto por donde cruzó Kotzebue la primera vez.

Acababa de recoger a dos prisioneros americanos, liberados recientemente del campamento cercano, cuando una descarga infernal de armas ligeras se desató desde la orilla opuesta del río. Robertson corrió hacia una droguería donde halló pinturas roja y azul, así como una tela blanca. Pintó entonces una rudimentaria bandera americana, y trepó con ella hasta la torre del castillo de la ciudad, dejando la enseña colgada del muro. Debajo alcanzaba a ver un puente semihundido, como un juguete destrozado. Agitó los brazos y gritó:

—¡Alto el fuego! *Tovarisch! American! Amerikansky*! ¡Rusia, América! *Kamerad*!

Se dio cuenta en seguida de que había cometido un error con la última palabra, que era alemana, y al momento añadió:

—¿Ninguno de ustedes habla inglés?

Cesó el fuego al momento y vio a varios hombres que salían de las ruinas, al otro lado del Elba. Se le ocurrió pensar que podían haber disparado por la fuerza de la costumbre, ya que ninguna oposición había desde la orilla donde él estaba. Uno de los americanos liberados, el alférez Peck, se unió a Robertson en la torre, y cuando sacó la cabeza se produjo otra descarga cerrada. Los gritos y ademanes de Robertson volvieron a detener los disparos, y de la orilla opuesta surgió una bengala verde, seguida de otra, poco después: era la señal de reconocimiento. Robertson ordenó entonces a dos de sus hombres que trajeran un prisionero ruso del cercano campamento de internados de guerra.

Siguió Robertson lanzando gritos para apaciguar a los rusos de la otra orilla, y exhortándoles a que cruzasen el río. Como nadie lo hiciera, Robertson se disculpó diciendo que no tenía bengalas, pensando que el no haber él contestado era motivo de la desconfianza de los soviéticos. A las 15:20, los rusos comenzaron de nuevo a disparar, y una granada antitanque casi hirió a Robertson. En medio del fuego llegó el prisionero ruso y empezó a lanzar gritos a sus compatriotas. Varios soldados del Ejército Rojo se dirigieron hacia el puente semihundido, en tanto que Robertson y los demás corrían desde la torre por la calle abajo. El prisionero ruso tomó la delantera y trepó penosamente por las retorcidas vigas del puente que conducía al otro lado. Detrás de él iban Robertson y Peck. En la orilla oriental, los soldados soviéticos esperaban cerca del otro extremo del puente, pero uno de ellos comenzó a avanzar por las ruinas

para ir al encuentro del grupo de Robertson.

Este soldado y el exprisionero soviético se encontraron cerca de la orilla oriental. Después de cambiar los primeros alborozados saludos, siguieron avanzando hacia donde habían quedado los demás soviéticos. Robertson continuó arrastrándose cautelosamente hacia el otro lado. De pronto se vio frente a un soldado ruso. No se le ocurrió nada apropiado en aquel momento, y se limitó a hacerle un gesto amistoso y a darle unos golpecitos en el hombro.

A las cinco y media de la tarde, cuando aun ignoraba el segundo encuentro que había tenido lugar en Torgau, Adams envió por radio el siguiente mensaje a Kotzebue:

> *«Mantenga en suspenso acuerdos para una entrevista hasta que reciba más órdenes. Informe por correo, no por radio, magnitud e identidad de la unidad rusa, así como hora, lugar del contacto y tipo de comunicación que los rusos tienen con su cuartel general más cercano. Mantenga contacto con nosotros e infórmenos de cualquier movimiento».*

El siguiente mensaje que recibió Adams no procedía de Kotzebue, sino del comandante Fred Craig, oficial de su Segundo Batallón, y decía:

> *«He encontrado al teniente Kotzebue, que se halla en contacto con los rusos».*

Adams se mostró totalmente desconcertado. ¿Acaso Craig había llegado también hasta el Elba, o tal vez se refería a un contacto por radio? Aquello era para volverse loco.

Otras dos patrullas habían sido enviadas anteriormente con la misma misión que la de Kotzebue, y con la advertencia correspondiente de no avanzar más de ocho kilómetros hacia el Este. Una de estas era la del comandante Craig, integrada por cuatro oficiales y cuarenta y siete hombres. A semejanza de Kotzebue, Craig había investigado cada vez más hacia el Este, a pesar de los dos mensajes radiados de Adams ordenándole que se detuviera. A las quince horas se encontró con el *jeep* de comunicaciones perteneciente al grupo de Kotzebue, y se enteró de que se había establecido el primer contacto con los soviéticos.

Craig decidió seguir avanzando hacia el Este. De pronto, por una carretera paralela que corría a la derecha, Craig vio una fila de soldados de caballería que sobre sus monturas se dirigían hacia el Oeste. Los americanos se detuvieron en medio de una nube de polvo y gritaron unánimemente:

—¡Son rusos!

Los jinetes, que iban acompañados por algunos ciclistas y motoristas, al ver a los americanos comenzaron a galopar rápidamente hacia ellos. El soldado americano Igor Belousevitch, nacido en China, de padres rusos, extrajo su aparato fotográfico y tomó una instantánea de la escena. El primero en llegar fue un ciclista ruso. Pedaleó frenéticamente hasta donde estaban los americanos, y poco antes de llegar a ellos cayó al suelo. En seguida se levantó, se acercó al grupo, y sonriendo les tendió la mano. Eran las 16:45.

Se aproximaron los jinetes como en una escena del Oeste, lanzando gritos de «Amerikansky!» y «Russky!». Belousevitch se dirigió hacia un teniente del Ejército Rojo y le dijo en ruso:

—Le saludo en nombre del Ejército de Estados Unidos y de nuestros comandantes, en esta histórica ocasión. Para mí es un privilegio y un honor hallarme aquí.

—La ocasión es histórica —contestó el soviético, como si se preparase a decir un discurso—. Es el momento por el cual nuestros dos ejércitos han estado luchando. También me siento honrado de encontrarme aquí, y me alegra que haya sido en este lugar. Es un momento que pasará a la historia.

Mientras se tomaban fotografías y se intercambiaban cigarrillos, un americano saltó sobre un caballo y cabalgó diestramente unos instantes, como un vaquero. El teniente soviético declaró que tenía que continuar con su misión, y Craig decidió seguir hasta el Elba. En la orilla opuesta le recibió un general soviético, bajo y robusto. Era Rusakov. Belousevitch saludó, identificó a la patrulla y presentó a Craig.

Rusakov dijo astutamente:

—Enséñenme sus documentos y le mostraré los míos.

Craig le entregó su tarjeta de identificación. Intrigado por la insignia de división de Belousevitch, Rusakov inquirió:

—¿Qué es eso?

—Es el distintivo de la 69.ª División —dijo Belousevitch, señalando el seis y el nueve entrelazados. El general sonrió levemente.

A las veinte horas el coronel Adams, aún desconcertado, se preguntaba si Craig habría entrado realmente en contacto con la patrulla de Kotzebue. Por otra parte, aún no sabía nada del encuentro de Robertson con los rusos en Torgau. Robertson se dirigía en ese momento en su *jeep* al puesto de mando del Primer

Batallón, en compañía de cuatro rusos. El comandante Víctor Conley, que mandaba el batallón, se hallaba en ese momento fuera del edificio, y se figuró que Robertson traía con él un hatajo de fugitivos polacos o rusos. Estaba a punto de mandar al demonio a Robertson, cuando este le presentó a tres oficiales y un suboficial del Ejército Rojo.

Al principio Conley no pudo dar crédito a lo que veía. Se sintió anonadado, y su primer impulso fue dar a los soviéticos una botella de whisky, pensando en enviarles de vuelta con una palmadita en la espalda y un «me alegro de conocerles». Pero luego recapacitó y llamó al coronel Adams para decirle que tenía allí a cuatro representantes del Ejército Rojo, y que le indicase lo que debía hacer con ellos.

—¡Cielos! —exclamó Adams.

Pasado el primer momento de asombro, el coronel ordenó que los enviasen al puesto de mando del regimiento. Eran casi las nueve de la noche cuando el grupo entró en el comando, que estaba revolucionado por la noticia.

En cuanto Reinhardt se enteró de que los americanos habían regresado con cuatro rusos, estalló en invectivas. El había ordenado que no avanzasen más de ocho kilómetros. Algo andaba mal, cuando un oficial no sabía distinguir ocho kilómetros de cuarenta. Por consiguiente ordenó que todos los encartados en el asunto, incluso los rusos, se presentasen en su cuartel general, con el fin de interrogarles personalmente.

Adams llamó a continuación a su comandante de Cuerpo, el general Huebner, que era tan iracundo como Reinhardt. El exaltado Huebner se puso en comunicación con Courtney Hodges, quien a su vez llamó a Bradley. Este recibió la noticia con calma.

—Gracias, Courtney, gracias por el informe —manifestó—. Lo esperábamos desde hacía mucho tiempo. Sin duda los rusos han demostrado una gran tranquilidad, al cubrir tan despacio esos ciento veinte kilómetros desde el Oder.

Luego Bradley cortó la comunicación, abrió una botella de refresco, y trazó un círculo alrededor de Torgau, en el mapa que pendía sobre la pared.

4

En Washington, el embajador Winat estaba informando a Truman, después

de la comida, de que Churchill quería hablarle por la línea trasatlántica acerca de una oferta que Himmler le había sometido a través del Gobierno sueco, con el fin de rendir a todas las fuerzas germanas en el frente occidental. El presidente llamó por teléfono a Marshall, el cual sugirió que se recibiese la llamada en el centro de comunicaciones del Pentágono.

El general de división John E. Hull, jefe de la Sección de Operaciones de Marshall, dio las órdenes necesarias y llamó por teléfono a Joseph Grew, en el Departamento de Estado, para obtener algunos informes, pero no pudo enterarse de nada más. Sin embargo, en otra parte del mismo edificio, se estaba descifrando un telegrama en clave de H. V. Johnson, perteneciente al personal diplomático de la Embajada de Estados Unidos en Suecia. Poco después se reunieron en el Pentágono Truman, Leahy, Marshall, King, Hull y el coronel Richard Park, y a las 14,10 se oyó decir a Churchill:

—¿Es usted, señor presidente?

—Habla el presidente, señor primer ministro —contestó Truman.

—Cuánto me alegra oírle.

—Muy agradecido. También me alegra escucharle a usted.

—He llamado varias veces a Franklin, pero… ¿Ha recibido el informe de su Embajada en Estocolmo?

Churchill añadió que él a su vez tenía en su poder una detallada relación de *sir* Víctor Maller, embajador británico en Suecia, e imaginaba que Truman habría recibido otro similar de Johnson. Truman supuso que se refería al informe de Winat, sin saber que Grew salía en esos momentos del Departamento de Estado con un mensaje cifrado del embajador Johnson. Por consiguiente contestó:

—Sí, lo he recibido.

—¿Acerca de esa propuesta?

—Sí. Tengo un breve telegrama (el de Winat) en el que se menciona tal propuesta.

—Claro, claro —replicó Churchill, creyendo siempre que Truman se refería al mensaje de Johnson—. Nos ha parecido muy conveniente.

—¿Y qué piensa rendir (Himmler)?

Desconcertado ante la aparente falta de comprensión de Truman, Churchill dijo que se hablaba de Italia y Yugoslavia, así como del frente Occidental.

—… Pero él (Himmler) no habló de armisticio en el Frente Oriental, de modo que hemos pensado que será necesario hablar con Stalin. Eso quiere decir,

desde luego, que a nuestro entender la rendición debe ser simultánea.

Si Churchill se mostraba un tanto impreciso, Truman no lo fue en absoluto.

—Considero que debe obligársele a que se rinda a los Gobiernos: Rusia, ustedes, y Estados Unidos. Creo que ni debe pensarse en un armisticio parcial.

—Claro, desde luego —contestó Churchill, rápidamente—. Nada de armisticios parciales, para un hombre como Himmler. Este puede hablar por el Estado alemán como pocos pueden hacerlo. Por consiguiente, creemos que sus negociaciones deben llevarse a cabo con los tres Gobiernos.

—Eso es. Así es justamente como yo pienso.

Por fin Truman comprendió que ambos se estaban refiriendo a dos mensajes distintos y dijo:

—Aun no he recibido el telegrama de Estocolmo. El informe que usted me da ahora es el único que tengo hasta el momento sobre el asunto, a excepción de haberme dicho que su conversación iba a referirse a un mensaje que había recibido usted de Estocolmo.

—Comprendo —replicó Churchill, y leyó el telegrama que le habían enviado desde la capital de Suecia, diciendo que era su obligación hablar a Stalin acerca de la oferta que les hacia Himmler.

—Eso creo yo también —contestó Truman—. ¿Ha notificado ya a Stalin?

—Quise detener el asunto un par de horas, en espera de obtener una respuesta al telegrama que yo le envié.

Dicho telegrama aún estaba en curso de expedición, pero Grew ya se estaba aproximando al Pentágono con el mensaje de Johnson.

—Pero hace unos momentos despaché el telegrama de Stalin. Decía así…

Truman no se preocupó por el hecho de que Churchill hubiese actuado por cuenta propia, y le interrumpió diciendo:

—Está bien, usted informa a Stalin y yo le hago saber inmediatamente acerca de esta conversación que ambos hemos sostenido.

—Muy bien. Esto es lo que le digo a Stalin: «*El telegrama que sigue lo he recibido del embajador de Suecia. El presidente de Estados Unidos también está al corriente*». Supongo que habrá recibido el suyo ¿verdad?

—No, aún no me ha llegado —contestó Truman.

Churchill prosiguió citando el mensaje enviado a Stalin:

—«*Por lo que al Gobierno de Su Majestad se refiere, no hay inconveniente en formalizar una rendición incondicional simultánea ante las Tres Grandes Potencias*».

—Estoy plenamente de acuerdo con eso.

—… «*Considerando que debe hacerse saber a Himmler que las fuerzas alemanas, bien individualmente o por unidades, deben rendirse a las tropas aliadas o a sus representantes, en el lugar que se encuentren. Hasta que esto ocurra, el ataque de los Aliados en los frentes donde continúe la resistencia proseguirá con el mayor vigor*». Lo envié hace algunos minutos —prosiguió diciendo Churchill—. E iba a mandárselo a usted con mi telegrama. He reunido al Gabinete de Guerra, y han aprobado el mensaje que le acabo de leer.

—También yo lo apruebo.

—¿El que le mandé a Stalin?

—En efecto. Y yo voy a enviar otro a Stalin, inmediatamente por el mismo tenor.

—Muchas gracias. Es justamente lo que yo deseaba —replicó Churchill.

Sin embargo, uno al menos de los que se hallaban escuchando junto al presidente americano, el general Hull, sintió sus dudas sobre la veracidad de lo que decía el primer ministro. A su entender, Churchill estaba tratando de sondear a Truman acerca de un posible trato con Himmler a espaldas de los rusos.

—Estoy muy satisfecho —añadió Churchill—. Tengo la seguridad de que continuaremos de acuerdo, y espero que Stalin nos conteste en seguida diciendo: «También estoy de acuerdo». En tal caso, podremos autorizar a nuestros representantes en Estocolmo, para que informen a Bernadotte del resultado obtenido. Porque nada puede hacerse hasta que no hayamos llegado los tres a un entendimiento.

—Perfectamente.

—De nuevo, muy agradecido.

—Gracias a usted —contestó el presidente.

—¿Recuerda esos discursos que pensamos hacer sobre la reunión en Europa?

Truman se mostró algo desconcertado.

—Creo que no comprendo sus últimas palabras, señor primer ministro —declaró.

—Me refiero al discurso, a las declaraciones escritas. Pues bien, pienso que debemos dejarlo todo hasta que se lleve a cabo la reunión.

—Sí, creo que tiene razón en eso —replicó Truman, comprendiendo al fin—. Me parece bien… Espero poder verle dentro de poco.

—Estoy planeando lo mismo. Le enviaré algunos telegramas al respecto bastante pronto. Estoy plenamente de acuerdo con su actuación en el asunto

polaco. Creo que avanzamos los dos por el mismo camino.

—Deseo continuar de igual modo —aseguró Truman.

—En realidad, estoy siguiendo sus pasos, y le respaldaré en todo lo que haga en este sentido.

—Muchas gracias. Buenas noches.

A las ocho de la noche, el presidente de Estados Unidos comenzó su alocución radiada a los delegados que asistían a la sesión de apertura de la Conferencia de las Naciones Unidas, que se celebraba en San Francisco.

Aseguró que nunca había sido tan necesaria una reunión, como lo era aquella, y añadió:

—Ustedes, los miembros de esta conferencia, van a ser los arquitectos de un mundo mejor. En sus manos descansa el futuro, y por la labor que desarrollen en esta conferencia, sabremos si la doliente Humanidad va a conseguir una paz duradera y justa…

»Esta conferencia dedicará sus energías únicamente al problema de establecer la organización que sirva para mantener la paz. Son ustedes los que deben escribir su carta fundamental.

»La esencia de nuestro problema consiste en suministrar un instrumento apropiado para allanar las disputas que surjan entre las naciones.

»Debemos construir un mundo nuevo, un mundo mucho mejor, en el que se respete la dignidad del hombre…».

Dos días más tarde, los Tres Grandes anunciaron simultáneamente que los ejércitos norteamericano y ruso se habían encontrado en el frente, y el mundo se vio pronto inundado con los detalles del encuentro del teniente Robertson en Torgau. Cuando él y los tres soldados que le acompañaron en la ocasión, se presentaron ante Eisenhower con la rústica bandera que habían agitado ante los rusos, el comandante supremo de Europa, en la creencia de que eran ellos los que habían establecido el primer contacto con los soviéticos, ascendió inmediatamente un grado a los cuatro.

CUARTA PARTE

Victoria sin alas

Capítulo primero

«Buena caza»

1

Con la reunión de las fuerzas americanas y rusas, el Reich quedé dividido en dos partes. La parte sur, bajo el mando del *feldmarschall* Kesselring, comprendía el sudeste de Alemania, media Checoslovaquia, la mayor parte de Austria, el extremo occidental de Yugoslavia y el norte de Italia. El Frente Oriental de Kesselring resistía admirablemente desde Dresde hasta el mar Adriático, pero el sector occidental estaba a punto de derrumbarse.

La mitad norte de Alemania estaba aún en situación más precaria. Hitler la había colocado bajo el mando del comandante en jefe de la Armada, *grossadmiral* Karl Doenitz. También comprendía una extensa zona: Noruega, Dinamarca, la mitad de Prusia y cierto número de *Festungen* en el Este. El mismo Berlín estaba a punto de convertirse en el último *festung*, ya que Konev y Zhukov no tardarían en rodear por completo a la antigua capital prusiana.

A las dos y media de la mañana del 26 de abril, Von Keitel envió el siguiente telegrama a Doenitz, el cual se hallaba en su cuartel general de Ploen, a unos ochenta kilómetros de Hamburgo:

> *«La batalla de Berlín debe convertirse en una lucha por los destinos de Alemania… Tiene usted que apoyar esta batalla… Tal apoyo deberá efectuarse por transporte aéreo sobre la misma ciudad, y por tierra y agua a los frentes cercanos a Berlín…».*

Media hora más tarde Von Keitel envió a Schoerner, cuyas tropas estaban justamente al sur de donde los rusos y los americanos se habían reunido, el siguiente mensaje:

> *«El Grupo de Ejército Centro, tras haber afianzado su situación, deberá atacar hacia el Norte, entre Bautzen y Dresde, con el fin de ayudar a Berlín…».*

Lo que Von Keitel pedía a ambos hombres era algo imposible, pero al amanecer se extendió por toda la ciudad el rumor de que Berlín no tardaría en quedar liberada, y hasta el práctico general Weidling escribió en su diario: «¡Es el día de la esperanza!».

Una y otra vez Krebs llamó a Weidling, siempre para darle «buenas noticias»: el ejército de Wenck estaba atacando para rescatar a Hitler; tres batallones fuertes y bien armados «acababan de llegar»; o bien Doenitz estaba enviando por avión los mejores efectivos desde los centros de instrucción de submarinos hasta la capital.

Pero el optimismo de Weidling se desvaneció cuando comenzó su ronda diaria de inspección. En la gran torre de control antiaéreo situada cerca del parque zoológico, el *oberst* (coronel) Hans-Oscar Woehlerman, el nuevo comandante de artillería de Berlín, dijo a Weidling que solo podía comunicarse con sus secciones por el teléfono civil. Las paredes del despacho de Woehlerman estaban cubiertas con mapas detallados que indicaban el radio de acción y el máximo alcance de la artillería, pero resultaban inservibles porque el coronel no disponía de red de comunicaciones. Woehlerman dijo que le faltaba personal capacitado, y que el suministro de municiones comenzaba a flaquear. Raro era el día en que se entregaba por aire más de una granada por cañón.

Weidling halló un estado de ánimo semejante en casi todos los puestos de mando de la ciudad, y regresó a su propio cuartel general después de anochecer, exhausto y profundamente disgustado. Por unos prisioneros recientemente capturados se enteró de que le estaban atacando dos o tres ejércitos soviéticos de tanques, y al menos otros dos ejércitos de infantería. Llamó por teléfono a Krebs y le dijo que el enemigo acababa de efectuar profundas penetraciones en la ciudad por el este, el sudeste y el oeste. Ni siquiera esto logró desanimar a Krebs, quien pronosticó que Wenck rompería el frente en unas pocas horas. Cuando anocheció, Weidling salió a dar otra vuelta por Berlín. La Potsdamerplatz y la Leipzigstrasse se hallaban bajo tal fuego de artillería pesada

que el polvo de los ladrillos pulverizados se levantaba en el aire como una pesada niebla. Las calles, sembradas de escombros y de enormes cráteres, estaban desiertas. El avance en automóvil se hacía tan difícil que el general salió del vehículo y echó a andar. Al aumentar la intensidad del fuego enemigo, Weidling descendió al U-bahn (el ferrocarril metropolitano) y avanzó por las vías hasta la siguiente estación, que estaba atestada de atemorizados civiles.

Con miedo o sin él, los berlineses aún tenían esperanzas. ¡Wenck iba a rescatarles! Su excitación se elevó manifiestamente cuando la radio fue dando una serie de noticias que evidenciaban su lento aunque constante avance.

Pero lo cierto era que solo un Cuerpo, el XX, estaba atacando en dirección a la capital, y su limitada misión consistía en llegar a Potsdam para proporcionar a la guarnición de Berlín un pasillo por donde pudieran retirarse. El grueso de los efectivos de Wenck aún seguía atacando hacia el este, para salvar a las tropas de Busse.

—Una vez que hayamos hecho eso —dijo Wenck al coronel Reichhelm, su jefe de Estado Mayor—, retrocederemos hacia el Elba y volveremos nuestros ejércitos contra los norteamericanos. Esa será nuestra última misión.

Los ataques aéreos de los aviones norteamericanos e ingleses se habían interrumpido de improviso, y Wenck sintió interiormente la esperanza de que aquello significase que el Occidente estaba a punto de unirse a ellos en un ataque contra los bolcheviques.

Cerca de cincuenta kilómetros al este de Wenck, el Noveno Ejército de Busse, rodeado por el enemigo, avanzaba hacia el oeste lenta y trabajosamente, y sus exhaustos integrantes solo se sentían espoleados por la responsabilidad que para ellos entrañaban los miles de fugitivos civiles que se amparaban en su centro, y por la esperanza de poder encontrarse pronto con Wenck.

Busse tampoco prestó atención alguna al despacho del Alto Mando, que le ordenaba unirse a Wenck en el ataque hacia Berlín. En esos momentos sus tropas constituían una enorme «bolsa» ambulante, y sería un verdadero milagro si llegaban siquiera a entrar en contacto con el ejército de Wenck. Por fortuna, Busse conocía bien el terreno boscoso del sur de Berlín, desde la época de su instrucción militar, y diestramente guió sus tropas a través de la espesura, al amparo de los bombardeos y los tanques enemigos.

Dentro de la «bolsa ambulante» de Busse se desplazaba una comunidad completa, integrada por hombres, mujeres, niños, caballos, carros, camiones, y enseres y provisiones de todas clases. Por raro que pueda parecer, no había pánico. Los civiles sabían que estaban rodeados, pero al menos se hallaban vivos; el tiempo era benigno, disponían de alimentos y tenían plena confianza en los militares que los defendían.

Entre los integrantes del grupo de Busse se hallaban los supervivientes de Francfort del Oder. Cuatro días antes, Biehler, que había sido ascendido recientemente a general, logró atravesar los efectivos soviéticos que le rodeaban, y treinta mil soldados heridos y civiles del *Festung* pudieron unirse al grueso del Noveno Ejército.

Durante dos días el general Von Greim estuvo tratando de llegar a la asediada Berlín para informar a Hitler. Por fin, a las seis de la tarde se sentó ante los mandos de un «Fiesler-Storch», y comenzó a recorrer la pista, maltratada por las bombas, del aeropuerto de Gatow. En el asiento trasero iba Hanna Reitsch, la conocida piloto de pruebas, que era tan partidaria del Nacional Socialismo como Greim. El pequeño aparato despegó al fin de la pista, y rozando casi la copa de los árboles, puso proa a la Cancillería, situada a unos veinticuatro kilómetros de distancia. Por encima, el cielo se veía cubierto de nubecillas producidas por los proyectiles antiaéreos al estallar. De pronto apareció un orificio en el suelo de la cabina, y Greim se desplomó sobre los mandos. Cuando el avión perdía altura, al quedar sin control, Hanna se echó por encima de Greim y se apoderó de los mandos. Consiguió a duras penas enderezar el «Storch», y aterrizó poco después en la gran avenida que corre a través de la Puerta de Brandeburgo. Detuvo un coche y ayudó a entrar en él a Greim, que solo se hallaba herido.

La primera persona que saludó a Hanna al llegar al *bunker* fue una antigua amiga, Magda Goebbels, que le expresó su asombro y admiración porque alguien tuviera aún el valor y la fidelidad suficientes como para acudir junto al Führer, cuando todos desertaban de su lado.

Hanna se dirigió al dispensario, donde el propio médico de Hitler estaba atendiendo a Greim, cuyo pie izquierdo había recibido una profunda herida. Poco después se presentó el Führer, con un gesto de profunda gratitud pintado en el rostro.

—¿Sabe por qué le he llamado? —preguntó a Greim.

—No, mi Führer.

—Porque Hermann Goering ha desertado; me ha traicionado y a nuestra

patria. A mis espaldas ha establecido contacto con el enemigo, lo que demuestra lo solapado que es.

Hitler tenía las manos temblorosas y la cabeza algo ladeada. Mostró a Greim el telegrama de Goering, y afirmó:

—¡Es un ultimátum, un ultimátum declarado! Mire por todo lo que tengo que pasar: no se respetan las promesas, ni el honor tiene valor alguno; no existe decepción ni traición que yo no haya tenido que sufrir, y por último, este golpe.

El Führer dejó de hablar, visiblemente abrumado. Miró a Greim con los ojos entrecerrados, y dijo en voz muy baja:

—En este momento le declaro sucesor de Goering, como *Oberbefehlshaber* de la Luftwaffe. En nombre del pueblo alemán, le estrecho la mano.

Tanto Greim como Hanna le rogaron que les permitiese quedarse en el *bunker* para compensar la deserción de Goering. Conmovido, Hitler les dijo que podían quedarse. Su decisión, manifestó el Führer, quedaría impresa en la historia de la Luftwaffe.

A últimas horas de la noche, Hitler mandó llamar a Hanna a sus habitaciones.

—Hanna —le dijo con voz casi inaudible—, usted figura entre los que van a morir conmigo. Cada uno de nosotros dispone de una ampolla como esta.

Entregó entonces el Führer un par de ampollas a Hanna, una para ella y otra para Greim, y añadió:

—No quiero que ninguno de nosotros sea capturado por los rusos, ni que encuentren nuestros cuerpos. Cada uno debe ordenar lo oportuno de modo que su cuerpo quede irreconocible. Eva y yo vamos a hacer que nos quemen. Usted puede disponer el procedimiento que mejor le parezca.

Hanna prorrumpió en lágrimas, y dijo con voz suplicante:

—¡Póngase a salvo, mi Führer, eso es lo que desean todos los alemanes!

Hitler movió negativamente la cabeza, y contestó:

—Como soldado, debo obedecer mi propio mando, defendiendo a Berlín hasta el fin.

Luego comenzó a pasear por la habitación, con paso vacilante y con las manos unidas a la espalda.

—Quedándome aquí —añadió— creí dar un ejemplo a las tropas de la patria, y pensé que acudirían al rescate de la ciudad. Pero, Hanna, aún tengo una esperanza —dijo volviéndose hacia ella, con el rostro sonriente—. El ejército de Wenck está avanzando desde el sur. Tiene que rechazar a los rusos lo suficiente para salvar a nuestro pueblo. ¡Luego iniciaremos la resistencia!

2

Al amanecer del día siguiente, 27 de abril, Berlín se hallaba totalmente rodeada, y los dos últimos aeropuertos —Gatow y Tempelhof— cayeron en poder de los soviéticos. Pero un aleteo de optimismo se esparció por todo el *bunker* cuando llegó un radiograma de Wenck anunciando que su XX Cuerpo había alcanzado Ferch, pocos kilómetros al sur de Potsdam.

Goebbels hizo proclamar inmediatamente por radio que Wenck había llegado al mismo Potsdam, y que pronto se hallaría en Berlín. Si Wenck lograba entrar en Berlín, ¿por qué no había de hacerlo Busse?

—La situación ha cambiado decisivamente a nuestro favor —se dijo a los berlineses—. Los americanos marchan hacia Berlín. El gran cambio de la guerra se aproxima. Hay que sostener a Berlín hasta que llegue el ejército de Wenck, sin que importe el precio.

El comunicado diario del Ejército, que también fue difundido por radio, divulgaba más detalles:

«El Cuartel General Supremo del Ejército anuncia:

»En esta heroica batalla de Berlín, la lucha por la vida contra el bolchevismo se muestra, una vez más, abiertamente ante los ojos del mundo. Mientras la capital se defiende en una forma nunca antes conocida en la historia, nuestros tropas en el río Elba han cambiado la dirección del ataque y acuden en ayuda de los defensores de Berlín. Estas Divisiones procedentes del oeste hacen retroceder al enemigo con fuertes ataques, a lo largo de un extenso frente, y han llegado hasta Ferch».

Wenck no podía creer que su situación fuese revelada de manera tan torpe.

—¡Mañana no podremos dar un solo paso hacia delante! —manifestó a su jefe de Estado Mayor. Los rusos habían escuchado sin duda la misma emisión, y concentrarían sus efectivos sobre Ferch. Wenck dijo que aquello era casi una traición.

Después de la conferencia del mediodía, Hitler colgó una medalla del pecho de un muchacho de corta estatura que había volado un tanque soviético. El chico se volvió en silencio y se encaminó al pasillo, donde se acurrucó en el suelo, para quedarse dormido al momento. Los dos ayudantes de Krebs, Freytag von

Loringhoven y Boldt, se sintieron tan impresionados por la escena, que comenzaron a lamentarse de lo insostenible de la situación. Bormann se les acercó y les colocó los brazos familiarmente alrededor de los hombros. Les dijo que aún quedaba alguna esperanza: Wenck estaba en camino y no tardaría en liberar a Berlín.

—Ustedes, que se han quedado aquí y han tenido fe en nuestro Führer, aún en las horas más oscuras —añadió Bormann—, serán investidos con la más alta jerarquía del Reich, cuando esta lucha termine victoriosamente, y recibirán grandes propiedades como recompensa a su fidelidad.

Los dos hombres miraron con gesto de incredulidad a Bormann, pues «jamás habían escuchado algo semejante». Como militares, siempre habían sido tratados con el mayor recelo por parte de Bormann y su gente.

Hanna Reitsch pasó la mayor parte del día en las habitaciones de Goebbels. Este parecía incapaz de olvidarse de la traición cometida por Goering.

—Ese bastardo siempre se hizo pasar por el más fiel partidario del Führer, y ahora no tiene valor de permanecer junto a él —manifestó Goebbels.

Le llamó luego incompetente, y afirmó que había destruido la patria con su estupidez, y que ahora pretendía mandar a la nación.

—Con esto, solo demuestra que nunca ha sido uno de los nuestros, sino que su espíritu siempre fue débil y que era un traidor —agregó, al tiempo que se situaba detrás de una silla, y proclamaba desde allí, como si estuviera dirigiéndose a las multitudes, que los que se encontraban en el *bunker* estaban haciendo historia, y morían por la gloria del Reich, a fin de que el nombre de Alemania pudiese perdurar eternamente.

Hanna pensó que Goebbels se mostraba excesivamente teatral; en cuanto a su esposa, su actitud resultaba admirable. En presencia de los niños, siempre se mostraba alegre y animosa, y cuando creía que iba a perder el control de sí misma, abandonaba la habitación donde ellos estaban.

—Mi querida Hanna —le dijo—. Tienes que ayudarme a quitar la vida a los niños. Pertenecen al Tercer Reich y al Führer, y si estos dos dejan de existir, para ellos no habrá lugar en el mundo. Tienes que ayudarme. Mi mayor temor es que en el último momento me sienta demasiado débil.

Hanna contó a los niños los sucesos que le habían ocurrido como aviadora, y les enseñó canciones que luego ellos cantaban a «su tío, el Führer». Este les aseguraba que los rusos pronto serían vencidos, y que dentro de poco podrían volver a jugar en el jardín.

También hablaba Hanna con Eva Braun, a la que consideraba como una mujer superficial, que pasaba la mayor parte de su tiempo arreglándose las uñas, cambiándose de vestido y peinándose.

—Pobre Adolfo —decía Eva, una y otra vez—. Abandonado por todo el mundo, traicionado por todos. Es mejor que muriesen diez mil personas, antes de que él se perdiese para Alemania.

La conversación telefónica entre Churchill y Truman fue estrictamente secreta, pero algunos detalles se filtraron, y los periódicos anunciaron que «un grupo de altos dirigentes nazis, actuando a espaldas de Hitler, pero con el apoyo del Alto Mando Militar, ofrecían rendirse a Occidente».

El nombre de Himmler no se mencionó, y la fuente del informe tampoco fue revelada.

Por la noche, Weidling trató de hacer comprender a Hitler que Berlín se hallaba totalmente rodeada, y que el círculo defensivo se reducía rápidamente. Comenzó a hablar del sufrimiento de los civiles, pero Krebs le interrumpió iniciando su propio informe. El ayudante de Goebbels, doctor Naumann, fue llamado al teléfono e informó de la pretendida rendición al Occidente. Luego volvió al salón de conferencias y susurró algo a Hitler, el cual intercambió algunas palabras, rápidas y en voz baja, con Goebbels.

Retiróse Weidling, y en la antesala encontró a Bormann, Burgdorf, Axmann y Hewel, así como a los ayudantes militares del Führer y a dos secretarias, que charlaban despreocupadamente. Decepcionado por la conversación que había sostenido en la sala de conferencias, Weidling contó al grupo que estaba en la antesala todo lo que Krebs y Hitler se habían negado a oír. Dijo que la única esperanza que aún les quedaba era abandonar Berlín antes de que fuese demasiado tarde. Para romper el cerco, lo único que podía hacerse era llevar a cabo un ataque simultáneo desde el exterior, y la proximidad de Wenck en Postdam obligaba a efectuarlo dentro de las siguientes cuarenta y ocho horas. Todos se mostraron de acuerdo, incluso Bormann.

Esto animó a Weilding, que repitió su sugerencia a Krebs, en cuanto este salió de la sala de conferencias. También él pareció comprender, y dijo que presentaría el plan al Führer en la noche siguiente.

A unos ochenta y cinco kilómetros de distancia, en el cuartel general de Wenck, un operador de radio estaba en esos momentos enviando el siguiente

mensaje para Weidling: «*El contraataque del 12.° Ejército se ha detenido al sur de Potsdam. Las tropas están dedicadas a una fuerte lucha defensiva. Sugiero que ataque hacia nosotros, Wenck*».

El operador esperó para que le confirmasen la recepción del mensaje, pero no se produjo respuesta alguna.

En el cuartel general que Doenitz tenía instalado en el norte de Alemania, el conde Schewerin von Krosigk escribió una larga nota en su diario, la cual en realidad era la nota necrológica del Nacional Socialismo. Su punto de vista era privado, desde luego, pero reflejaba las conclusiones de innumerables alemanes que anhelaban una solución para aquella guerra, que ya estaba perdida. La nota decía así:

«Es una lástima que un hombre con el talento, la autoridad y la popularidad de Goering no haya utilizado todas esas cualidades durante la guerra, en lugar de desdeñar muchos asuntos para dejarse dominar por su pasión hacia la caza y el coleccionismo… Entretanto, descansaba sobre los laureles que había conquistado su Luftwaffe, en los primeros años de la guerra. Solo él fue el responsable de la incapacidad de suministrar aviones de caza a tiempo para proteger al Reich del terror aéreo. Puesto que perdimos la guerra militarmente, como resultado del fracaso de la Luftwaffe, Goering debe ser considerado como el responsable del desastre que se ha abatido sobre el pueblo alemán. La responsabilidad principal en el campo político pertenece a Ribbentrop. Fue él quien con su engreimiento y falta de moderación, nos enajenó la voluntad de las potencias naturales…

»Entre los responsables de otros fracasos hay hombres como Erick Koch. Su falsa y criminal política en el Este, nos hizo aparecer como opresores, en lugar de libertadores. Como resultado de ello, los naturales de Ucrania y de otras partes de Rusia se negaron a colaborar y a luchar con nosotros. En lugar de eso se convirtieron en guerrilleros y lucharon fanáticamente contra nosotros. Por fin, individuos como Bormann, al que yo considero como el espíritu maligno del Führer, como la "eminencia gris"… Bormann dio al Partido excesiva preeminencia. El Partido fue autorizado a organizar las Volkssturm con los resultados que todos conocen. Las rivalidades dentro del seno del Partido se exacerbaron por el deseo de alcanzar el poder, y las divergencias políticas entre sus miembros, a veces de carácter dudoso, crecieron sin límites… Así pues, al fin, gran parte de la valiente y leal población alemana acogió a los ejércitos invasores occidentales como libertadores, no solo del terror de los bombardeos, sino de otros terrores…».

3

Munich, cuna del Nacional Socialismo, era la ciudad más importante que quedaba en el sur de Alemania. Al anochecer del 27 de abril, la ciudad se enfrentaba con dos amenazas: una era interior, y la otra exterior. El Séptimo Ejército de general Patch se aproximaba rápidamente, en tanto que en el puesto de mando del Distrito VII, un reducido grupo de soldados alemanes se preparaba para apoderarse de Munich a fin de rendirla a los Aliados.

El jefe de estos militares era el capitán Ruprecht Gerngross, comandante de una compañía de intérpretes, que había regresado en 1941 del frente ruso, herido por segunda vez. Fue nombrado jefe de un grupo de 280 intérpretes de la zona de Munich, y desde entonces se había dedicado a organizar, con toda cautela, un grupo de resistencia.

Gerngross era un hombre alto, de fuerte complexión, pero culto y de modales afables, combinación esta que resultaba singular para un revolucionario. Había nacido en Shanghai, si bien su familia se trasladó a Munich cuando él tenía diez años de edad. Estudió Leyes en la Universidad de Munich; luego asistió a la Escuela de Economía de Londres, estudiando con el profesor Harold J. Laski, y recibió su doctorado en 1939.

Empleando a sus 280 intérpretes como núcleo de una unidad clandestina, que en 1944 recibió el nombre de «Acción Libertadora de Baviera», Gerngross buscó prosélitos entre los intelectuales y los profesionales. Sostuvo entrevistas regulares en su propio domicilio, y con la ayuda de dos colaboradores, Leo Heuwing y Otto Heinz Leiling —como él, jóvenes oficiales heridos en Rusia—, estableció contacto con otros círculos semejantes de Munich, entre cuyos integrantes se contaban abogados, profesores, jueces, funcionarios municipales, médicos y dentistas.

Además de su propia compañía de intérpretes, Gerngross controlaba unas cuantas unidades militares más, así como trabajadores de las fábricas Agfa, Steinheil y Kustermann, pero se dio cuenta de que iba a resaltar difícil apoderarse de la ciudad, ya que había que capturar primero al gauleiter de Munich, así como al jefe del Estado Mayor de Kesselring y al general Franz Ritter von Epp, jefe ejecutivo del Reich en Baviera. Por otra parte, había que tomar también las estaciones de radio y los principales periódicos.

Era un plan complicado, pero Gerngross estaba convencido de que podría salir bien si se contaba con la colaboración del general americano Patch. Ya se habían enviado dos mensajeros a Patch con el fin de informarle del alzamiento proyectado, y para pedirle el cese de todas las incursiones aéreas sobre Munich, a fin de que se pudieran hacer con mayor facilidad los preparativos para la rebelión. Las incursiones aéreas cesaron, con lo que Gerngross se dio cuenta de que Patch estaba al corriente de su plan, y supo que entraría en Munich en cuanto la Acción Libertadora de Baviera se apoderase de la población, declarándola ciudad abierta.

En la noche del 27 de abril, Gerngross permanecía sentado en el dormitorio de su cuartel, hondamente abstraído en sus pensamientos, en tanto que un empleado escribía a máquina las últimas órdenes. Ya se había dado la noticia a todos los sectores relacionados, de que la operación militar «Buena caza» daría comienzo a las dos de la madrugada del día siguiente.

Durante mucho tiempo Gerngross y su familia vivieron en el constante temor de ser descubiertos. En esos momentos, la esposa de Gerngross, que se hallaba encinta, y su hijito, se ocultaban en una choza de la montaña. El mismo Gerngross había tomado precauciones especiales. Debajo de su cama había siempre una cuerda con la que pensaba deslizarse por la ventana, si venían a buscarle. En varias ocasiones Heuwing se sintió tentado de dar la alarma, solo por ver al corpulento Gerngross descender haciendo equilibrios por la soga.

A las siete de la tarde se reunió la compañía de intérpretes. El sargento mayor, sonriendo ampliamente, miró dentro de la habitación de Gerngross y dijo:

—La compañía está dispuesta para defender Munich, señor. Gerngross salió e inspeccionó a sus hombres.

—Ha llegado el momento —manifestó—. Vamos a hacer algo para terminar con esta lucha insensata y con la devastación de nuestro país. Si alguien desea retirarse, puede hacerlo ahora, pero los que me sigan, deberán permanecer junto a mí hasta el fin. En este momento os libro del juramento prestado a Hitler.

La respuesta fue unánime. Hasta los pocos nazis que intencionadamente se habían mantenido en la compañía para alejar sospechas, se dejaron llevar por el entusiasmo general, y se agregaron al grupo. Unos a otros se pasaron bandas de tela blanca, que a las dos en punto se colocarían todos en el brazo izquierdo, como distintivo.

Por toda la ciudad los grupos militares de conspiradores comenzaron a colocarse en posición. El teniente Betz y un pelotón del Batallón 61 avanzaron hacia Pullach para apoderarse del general Westphal. El teniente Putz y su pelotón del Batallón 19 se encaminaron al edificio de Gobierno para detener al gauleiter

Paul Giesler. Otras unidades salieron hacia Rathaus, sede de los periódicos, el Munchner Neueste Nachrichten, y el Völkischer Beobachter, órgano del partido Nacional Socialista. También había que ocupar dos emisoras de radio: Radio Munich, en el norte de la ciudad, y otra emisora situada treinta kilómetros al nordeste de Munich.

Heuwing y una veintena de soldados se trasladaron en automóviles hasta el lago Starnberg, al sur de la ciudad. Su misión consistía en destruir las comunicaciones del Alto Mando de Kempfenhausen. Poco antes de la medianoche, llegaron a una zona de estacionamiento cercana a los cuarteles. Heuwing penetró en los alojamientos, dijo estar buscando a alguien, y examinó cada estancia para comprobar la cantidad de soldados que allí se alojaban. Pero el edificio estaba casi vacío, y regresó adonde estaba su caravana para esperar a las dos de la mañana.

Ya pasada la medianoche, Gerngross y Leiling, seguidos de un pelotón que se trasladaba en camiones, se encaminaron en un «Mercedes» robado hasta el domicilio del general Von Epp. Les detuvieron ante un pequeño puesto de vigilancia, y Gerngross dijo al sargento que deseaba hablar con el comandante Carraciola, que era el ayudante de Epp, y uno de los conspiradores. Aprovechó el momento para sacar el cuchillo y cortar los cables del teléfono.

Los asombrados guardias no opusieron resistencia, al verse enfrentados con los fusiles, y algunos llegaron a ofrecerse para integrar el alzamiento. Cuando Carraciola salió, se mostró impresionado, y dijo:

—¡Por Dios!; pero ¿al fin lo han hecho?

Gerngross entró en la vasta mansión en compañía de Leiling. Von Epp se hallaba reunido con algunos funcionarios civiles. Carraciola hizo salir al anciano y aristocrático general al vestíbulo. En 1919 Von Epp había depuesto al Gobierno comunista establecido a la sazón en Munich, y aún era una figura popular.

—Se encuentra usted en poder de la Acción Libertadora de Baviera —dijo Gerngross.

El altivo Von Epp no pareció hallarse impresionado.

—Escúcheme —manifestó Gerngross, con impaciencia—. Tiene usted la responsabilidad de borrar su pasado pardo (nazi), haciendo algo por el pueblo bávaro. Deseamos que firme una declaración por la que rinde el sur de Baviera.

Von Epp se dirigió a su ayudante y le dijo:

—¿Cómo puedo yo rendirme a un capitán?

Ligeramente divertido, Gerngross sugirió que fuesen a Freising, donde había un comandante llamado Braun que pertenecía a su grupo.

—¿Y si me niego a ir? —inquirió Von Epp.

—En tal caso me limitaré a retenerle como prisionero.

Gerngross dejó a Leiling a cargo del general Von Epp, y se dirigió en coche bajo la helada llovizna hasta su puesto de mando, situado bajo un puente de ferrocarril, en el sector norte de Munich. Le dijeron que las dos emisoras habían sido tomadas intactas, y salió inmediatamente hacia Radio Munich, con el fin de pronunciar una alocución radiada. Poco antes del amanecer leyó por el micrófono una proclama preparada de antemano, donde señalaba los principales objetivos de la Acción Libertadora de Baviera, y terminaba con una vehemente exhortación a unirse al alzamiento.

Hasta aquel momento todo había transcurrido según los planes previstos. Justamente a las dos de la mañana, Heuwing entró acompañado de diez hombres en los dormitorios de Kempfenhassen, y dijo:

—¡Levanten las manos!

Tampoco esta vez hubo resistencia, y varios de los detenidos se ofrecieron a destruir las centralitas de teléfono y de telégrafos.

Pero los primeros éxitos resultaron engañosos. A las nueve de la mañana los informes que llegaron a Gerngross indicaban que la conspiración se enfrentaba con serias dificultades. El pelotón que debía capturar al general Westphal se había encontrado con una seria resistencia por parte de una unidad de las SS, y se vio obligado a retirarse. Y cuando el pelotón del teniente Putz descendió hacia el edificio de Gobierno para secuestrar al gauleiter Giesler, se encontró con un intenso fuego de granadas, y tras una dura lucha tuvieron que retirarse sus integrantes, igualmente con las manos vacías.

Pero también llegaban algunas noticias de haberse originado extensos brotes de apoyo popular: las

dotaciones del aeropuerto de Schlessheim habían destruido los aviones; una División completa ofreció entregarse, y otras tropas estaban lanzando sus armas a los ríos Amper y Glonn. Para el pueblo de Munich el levantamiento era un éxito. La bandera azul y blanca de Baviera ondeaba sobre la Marienplatz, y millares de civiles, al escuchar la emisión de Gerngross, comenzaron a manifestarse por las calles. Muchos creyeron que Hitler había muerto, y dieron la buena noticia a sus amigos. Las calles estaban llenas de gentes que gritaban: «¡La guerra ha concluido!».
A las 9:56 de la mañana, sin embargo, la emisora de radio de Alemania del Sur interrumpió su programa habitual y el locutor dijo:
—A continuación oirán el mensaje del gauleiter de München-Oberbayern.
—El gauleiter Paul Giesler se dirige a todos los alemanes en relación con las actividades de unos traidores que operan en nuestra zona: Algunos individuos despreciables que pertenecen a una compañía de intérpretes, bajo el mando de un tal capitán Gerngross, tratan de hacer creer que se han apoderado del mando en Munich. Esto es mentira, y los traidores serán castigados.
Quince minutos más tarde Gerngross volvía a emitir otra vez, en una tentativa de desautorizar a Giesler. Dijo que el general Von Epp había rendido ya toda Baviera, y pidió al pueblo que «ayudase a los nuevos dirigentes a normalizar la vida lo más rápidamente posible».
Gerngross hablaba de buena fe, pero el alzamiento había tomado un cariz desfavorable. Von Epp estuvo a punto de capitular ante el comandante Braun, pero oyó la emisión de Gerngross, afirmando que la Acción Libertadora de Baviera pretendía abolir el militarismo. Aquello era más de lo que el viejo general podía soportar, y se negó en redondo a colaborar. El comandante Braun se mostró tan desanimado que envió al «viejo tonto» de vuelta a su casa.

Al mediodía, el alzamiento, que tan auspiciosamente había comenzado, se hallaba a punto de desintegrarse. El Servicio Alemán del Sudoeste inundó los receptores con anuncios acerca de los traidores que se habían apoderado de Radio Munich.
—Los elementos criminales que se hallan bajo la llamada jefatura de un tal capitán Gerngross, se han rendido sin lucha —dijo un locutor, que presentó a Geisler, el cual relató el fallido intento para apoderarse de él.
—No tomen en serio las ridiculeces de ese Gerngross —prosiguió diciendo la emisora—. Ni una palabra de lo que dice es verdad. Yo en cambio os pido que demostréis vuestra lealtad y vuestro amor a la patria, de lo que el pueblo de Munich, en especial, ha dado tantas pruebas en los momentos más duros de la guerra… Esos deleznables truhanes que en las horas más difíciles quieren manchar el nombre de Alemania, no tardarán en ser fusilados y eliminados. El pueblo de Munich nunca se levantará contra los valerosos soldados que están luchando contra el enemigo. El pueblo de Munich recordará siempre a sus muertos, y nunca abandonará su lealtad hacia Alemania y hacia Adolf Hitler. Confiamos en esa lealtad y en ese amor. ¡Viva Alemania! ¡Viva el Führer! Heil!
Giesler recuperaba rápidamente el control sobre la ciudad. Diecisiete prominentes miembros de la Acción Libertadora de Baviera, así como varios familiares de Gerngross, se hallaban encarcelados, y a las dos de la tarde, el mismo Gerngross admitió que toda resistencia resultaba inútil. Hizo correr la voz de que la rebelión había fracasado, y que cada hombre debía valerse por sí mismo. Gerngross, junto con tres de sus ayudantes, huyó de la ciudad en un automóvil que llevaba la matrícula de las SS.
El levantamiento había terminado, pero la inquietud creada por la Acción Libertadora de Baviera no se había disipado. Los cuarteles del Ejército eran escenario de desórdenes que se aproximaban al amotinamiento. Resultaba casi imposible conseguir el apoyo de alguien, como no fuera de los Nacional Socialistas más acérrimos. La situación era tan caótica que algunas unidades del frente de batalla tuvieron que ser retiradas. A medianoche, el propio Geisler se vio forzado a abandonar su propio cuartel general. Las carreteras que conducían al Sur y al Este se hallaban atestadas de tropas y de funcionarios que procuraban escapar de las tres Divisiones de Infantería de Estados Unidos, la 3.ª, la 42.ª y la 45.ª, que

convergían sobre la ciudad.
Por fin, Gerngross había alcanzado su objetivo, aunque no en la forma en que él lo había previsto: los americanos entraron triunfantes en la ciudad, donde los alemanes les aclamaron y les lanzaron flores.

Capítulo segundo

Una «solución italiana»

1

Los avances enemigos sobre suelo alemán, por el este y el oeste, fueron haciendo ver cada vez a mayor número de alemanes, y con creciente claridad, que el Reich tenía la contienda perdida. Las tentativas de capitulación se hicieron paulatinamente más numerosas, y los hombres implicados, desde Himmler hasta Gerngross, se sentían impulsados por motivos muy diversos.

El 1.° de marzo uno de los jefes de Estado del Eje trató de iniciar negociaciones con el Occidente: Benito Mussolini envió su hijo Vittorio a entrevistarse con el cardenal Schuster, arzobispo de Milán, con una proposición verbal. El cardenal solicitó que la oferta se hiciese por escrito, y a mediados de marzo el joven Mussolini regresó a Milán con un documento titulado «Proposición para Negociaciones del Jefe del Estado». En él Mussolini ofrecía la capitulación al Alto Mando Aliado «para evitar más sufrimientos a la población del norte de Italia, y para impedir la destrucción total de los restos del patrimonio agrícola e industrial…», salvando igualmente a su país del comunismo. Mussolini prometía además disolver el Partido Republicano Fascista, entendiéndose que los que habían dado su juramento a la República Socialista Italiana no serían juzgados «por el tribunal que ahora funciona en Roma a tales efectos».

El interés del Vaticano en la rendición era motivado por tres causas: quería

evitar a la población del norte de Italia los horrores de una resistencia desesperada de los alemanes y los fascistas; deseaba conservar las instalaciones industriales del país, y en fin, quería impedir que los comunistas se adueñaran del poder. Durante algunos meses, el coronel Dollmann, que actuaba en nombre del general Wolff, discutió la posibilidad de negociar la paz con el cardenal Schuster, que era el mediador del Vaticano. El cardenal había prometido que actuaría como intermediario entre los partisanos italianos y Wolff, siempre que los alemanes respetasen las instalaciones industriales del norte de Italia.

El cardenal Schuster entregó la proposición a los Aliados a través del nuncio apostólico en Berna, pero el 6 de abril, Mussolini aún no había recibido respuesta alguna. Ese mismo día, sin embargo, leyó algunas noticias que procedían de Suiza, en relación con otra tentativa para lograr la paz. Se trataba, desde luego, de la Operación Amanecer, y las noticias se acercaban notablemente a la realidad de los hechos:

> *«Las tropas alemanas en Milán recibieron órdenes, él miércoles (4 de abril), de no abandonar sus cuarteles. De acuerdo con los círculos neofascistas y nazis, esta medida se halla relacionada con unas negociaciones iniciadas para determinar la suerte de las tropas alemanas en Italia. Dos miembros del movimiento de partisanos han sido liberados y llevados hasta la frontera, con fines definidos. Uno de ellos es Ferruccio Parri, jefe de la sección militar del Comité Nacional de Liberación del norte de Italia. Parri fue detenido en Milán y encarcelado por las SS en Verona».*

Manifiestamente desconcertado, Mussolini mandó llamar al doctor Rudolf Rahn, embajador alemán en Italia, y le pidió explicaciones. Rahn, como es lógico, estaba al corriente de la Operación Amanecer, a la que daba su aprobación, pero pretendió no saber nada. Luego previno a Wolff acerca de la inquietud que demostraba el Duce.

Al día siguiente, Rahn y Wolff fueron a ver a Mussolini, donde este se hallaba, en el lago Garda. El Duce comenzó a hablar extensamente sobre un plan para llevar a cabo la última resistencia en la Valtellina, zona montañosa situada al norte del lago Como Wolff le escuchó con gesto preocupado. Tal acción podría echar por tierra la Operación Amanecer. En consecuencia, dijo a Mussolini que no resultaba práctico fortificar la Valtellina, y sugirió que se quedase junto a los alemanes.

Después del avance aliado en Italia, de julio de 1943, los dirigentes fascistas llevaron a cabo un golpe teatral, deteniendo a Mussolini, destituyéndole de sus cargos y restituyendo al rey Víctor Manuel. Tras su rescate por Skorzeny en

septiembre, Mussolini estableció un nuevo Gobierno Republicano Fascista en el norte de Italia, a orillas del lago Garda. Pero entonces no era más que un títere de Hitler, ya que las tropas alemanas dominaban toda la zona. En esos momentos existía un gran abismo entre el Führer y Mussolini, cuya última esperanza consistía en lograr una especie de «solución política italiana» que pusiera fin a aquella desastrosa guerra. En consecuencia, nunca llegó a informar a Hitler acerca de las negociaciones de paz que trataba de llevar a cabo con Suiza.[56]

El 11 de abril de 1945, Mussolini recibió un mensaje del Vaticano en el que se le comunicaba que los Aliados habían rechazado categóricamente su proposición. Esto sumergió al Duce en un estado de profunda apatía.

Ya desde el fracaso de aquella gran oportunidad de Hitler, la batalla del Bulge, Mussolini había dado muestras de cierto desequilibrio. «Vive de sueños, en sueños y para los sueños», hizo notar una vez su joven ministro de Cultura Popular, Fernando Mezzasomma. «Carece de todo contacto con la realidad, y subsiste en un mundo que ha creado para sí mismo, en un universo totalmente fantástico. Su vida transcurre fuera del tiempo. Sus reacciones, sus accesos de alegría o de depresión, no tienen relación alguna con la existencia normal, y se presentan de improviso, sin razón aparente que los justifique».

Cuando Ivanoe Fossani entrevistó al Duce en una isla del lago Garda, Mussolini parecía hallarse en un estado semidelirante.

—Si estuviéramos en verano, me quitaría la chaqueta y me echaría a rodar sobre la hierba, como un chiquillo alocado… —dijo al periodista.

Fossani atribuyó semejante ímpetu al hecho de que en aquel momento Mussolini se hallaba lejos de sus guardias; de sus ministros; de su regañona mujer, Donna Rachele, y de su lacrimógena amante, Claretta Petacci.

El Duce habló luego de sus propios errores, pero acusó a otros de cometerlos aún mayores. Dijo haberse visto obligado a entrar en la guerra a causa de «la diabólica política exterior de Inglaterra», y aseguró que Hitler había ido a la guerra contra Rusia, a pesar de sus consejos en sentido contrario. Atacó violentamente al rey de Italia y a su corte de reaccionarios, al Estado Mayor General, a los egoístas industriales y a los grupos financieros. Luego confesó, con tristeza, que se hallaba prisionero, desde su detención en el palacio del rey.

—No me hago ilusiones respecto a mi destino. La vida es un espacio muy corto, al lado de la eternidad. Cuando termine la lucha escupirán sobre mí, pero tal vez más tarde vengan a limpiar lo que ensuciaron. Entonces sonreiré, porque

estaré en paz con mi pueblo.

Madeleine Moller, también periodista, manifestó, después de verle, que parecía un convicto, con su pálido rostro, su cabeza afeitada y los ojos negros y vacíos. Tenía un aspecto humilde, antes que resignado.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Mussolini a la periodista—. Recuerdo que hace siete años vino usted a Roma. Entonces yo era una persona que suscitaba el interés. Ahora estoy pasado de moda. Esta mañana quedó atrapada dentro de mi habitación una pequeña golondrina. Revoloteaba desesperadamente por la estancia, hasta que cayó agotada sobre mi lecho. Yo la recogí con todo cuidado, para que no se asustara, abrí la ventana y luego separé las manos. Al principio el ave no pareció comprender, y miró un momento a su alrededor antes de extender las alas para volar hacia la libertad, piando de alegría. Nunca olvidaré ese júbilo. Para mí, en cambio, la ventana ya no se abrirá si no es para dejarme ir a la muerte… Así es, *signora*, estoy acabado. Mi sol se ha puesto. Trabajo todavía, pero todo es una farsa. Espero el fin de la tragedia, extrañamente desligado de todo. No me encuentro bien de salud, y desde hace un año me vengo alimentando de purés. No bebo, no fumo… Quizá, después de todo, yo solo estaba destinado a mostrar a mi pueblo el camino. Pero en ese caso, ¿ha oído usted hablar alguna vez de un dictador prudente y calculador? La agonía es atrozmente larga. Soy como el capitán de un barco que gira en la tormenta. La nave está desmantelada, y me siento arrastrado por el océano, sin posibilidad de gobernar el buque. Ya nadie oye mi voz. Pero algún día tal vez me escuchen.

En la noche del 13 de abril, Himmler llamó por teléfono a Wolff y le dijo que se presentase en Berlín con la mayor premura, pues se había enterado de las repetidas tentativas de su subordinado para negociar la paz. Wolff prometió que así lo haría, pero luego lo pensó mejor y escribió a Himmler diciéndole que no podía trasladarse a Berlín.

Al día siguiente, Himmler llamó dos veces, ordenando de nuevo a Wolff que se presentase. Wolff ignoró ambas llamadas y asistió a la conferencia diaria de Mussolini, en el lago Garda, como si nada hubiera sucedido.

El Duce aún quería llevar a cabo una resistencia final en la Valtellina, pero casi todos los que asistían a la conferencia se opusieron. El mariscal Rodolfo Graziani, anciano de pelo blanco, que era el comandante en jefe del Ejército italiano, era el que se negaba con más vehemencia, asegurando que constituiría

un deshonor, aún en caso de poderse hacer, el trasladar las fuerzas del frente de batalla, sin la plena aprobación de los aliados de Italia, los alemanes.

—Nadie está obligado a ir a la Valtellina —dijo Mussolini, suavemente—. Cada uno debe decidir lo que crea conveniente.

Después de la conferencia, Wolff trató de disuadir de nuevo a Mussolini para que no trasladase el frente.

—¿Qué carta me queda entonces por jugar? —inquirió Mussolini.

—Abandone sus planes socialistas y entre en tratos con el capitalismo occidental.

—¡Magnífico! —contestó el Duce.

Wolff creyó que hablaba en serio.

—Por ahora tenga paciencia —manifestó Wolff, y advirtió a Mussolini que no hiciese más tentativas para llegar a un armisticio a través del cardenal Schuster.

Si bien Wolff había conseguido aplacar a Mussolini por el momento, sus propios problemas, en cambio, se iban agravando. ¿Qué debía hacer respecto a las órdenes de Himmler, sobre trasladarse a Berlín? Wolff envió un mensaje a Dulles pidiéndole consejo, y este, por intermedio de Parrilli, le dijo que no fuese a la capital. Por el contrario, sugirió que se trasladase inmediatamente con sus ayudantes y su familia a Suiza.

No obstante, Wolff decidió que tenía que ir a Berlín, a pesar de los riesgos, para enfrentarse con Hitler y Himmler. En la noche del 16 de abril, el mismo día en que Zhukov inició su última ofensiva contra la capital de Alemania, Wolff descendió de un avión en un aeropuerto situado a unos veinticinco kilómetros al sur de la capital, donde le estaba esperando el doctor Gebhardt. El cauteloso Himmler quería que Gebhardt sondease a Wolff. Gebhardt llevó a Wolff al hotel Adlon, situado en las proximidades del *bunker*, y allí pernoctaron. A la mañana siguiente se encaminaron en automóvil al sanatorio y comieron con Himmler. Al concluir la comida, Wolff había convencido a Himmler de que solo había hecho lo que Hitler quería que hiciese.

A continuación irrumpió Kaltenbrunner en la estancia y dijo que tenía que hablar en privado con el *reichsführer*. Contó a este entonces que Wolff y el cardenal Schuster estaban llevando a cabo negociaciones secretas, y que en el curso de pocos días se esperaba la firma de un alto el fuego en todo el frente italiano.

Momentos más tarde, Wolff tenía que enfrentarse con las furiosas

acusaciones de Himmler.

—¡Jamás he negociado personalmente con el cardenal Schuster acerca de un armisticio! —aseguró Wolff.

Eso era cierto, pues siempre había delegado tal cometido en un subordinado. Su indignación era tan sincera, que Himmler comenzó a vacilar. Pero Kaltenbrunner no era tan crédulo, y la disputa duró casi una hora, durante la cual Himmler tan pronto creía a uno como al otro. Wolff se asombró de que en una época aquel hombrecillo hubiese sido su ídolo.

Por fin, Wolff pidió que fuesen todos a Berlín, de modo que pudiera él defenderse de la acusación de Kaltenbrunner delante del Führer. Himmler, como era de prever, se negó a ir, y Wolff insistió en que le acompañase al menos Kaltenbrunner. Quería que estuviese presente, dijo astutamente, cuando Hitler se enterase de que las negociaciones de Suiza habían sido informadas debidamente tanto a Himmler como a Kaltenbrunner, y que aquel prohibió a este que informase de ellas al Führer.

Aquello era extorsión, sencillamente, y los tres lo sabían. Pero Kaltenbrunner no se dejó acobardar, y manifestó que iría al *bunker* con Wolf, en un tono que resultaba amenazador. Los dos rivales se encaminaron hacia la Cancillería a la una de la madrugada del 18 de abril, y durante el viaje en automóvil, que duró dos horas, permanecieron sentados el uno al lado del otro en el más hostil de los silencios. Pero antes de entrar en el *bunker*, Wolff dijo algo que hizo palidecer de ira a Kaltenbrunner:

—Si repite usted al Führer el asunto del mensaje de radio enviado por su agente, no iré solo al patíbulo: usted y el *reichsführer* colgarán conmigo.

Los dos hombres hallaron a Hitler en un corredor.

—¡Ah, está usted aquí, Wolff! —manifestó Hitler, sorprendido—. Bien, espere, por favor, hasta que haya terminado con los informes.

A las cuatro se abrió la puerta de la sala de conferencias y Fegelein hizo entrar a Wolff. Hitler se mostraba manifiestamente frío.

—Kaltenbrunner y Himmler me han informado de las negociaciones que ha sostenido en Suiza con mister Dulles —dijo Hitler, acercándose a Wolff y mirándole fijamente—. ¿Qué le ha hecho desdeñar mi autoridad de forma tan flagrante? En su calidad de comandante de las SS en Italia, usted solo se halla familiarizado con una pequeña parte del conjunto militar y político. No tengo tiempo suficiente para decir a cada comandante lo que está sucediendo en los demás frentes de batalla, ni para explicar la marcha de la situación política. ¿Se

da perfecta cuenta de la enorme responsabilidad que ha cargado usted sobre sus espaldas?

—Sí, mi Führer.

—¿Por qué hizo eso?

Wolff recordó a Hitler la entrevista que habían sostenido el día 6 de febrero con Ribbentrop.

—Ya me oyó usted sugerir que si no teníamos la seguridad de que las armas secretas iban a estar preparadas a tiempo, deberíamos entrar en negociaciones con los Aliados.

Wolff habló con gran rapidez, y el Führer no le interrumpió. En ningún momento apartó sus ojos de Hitler, pues sabía que al hacerlo hubiese perdido la vida. Wolff dijo que había interpretado la reacción aparentemente favorable del Führer, durante aquella conversación, como un consentimiento tácito, y que actuó en consecuencia. Describió cómo se había encontrado con Dulles el 8 de marzo por propia iniciativa, ya que no había tenido tiempo de recibir instrucciones de Berlín.

—Ahora tengo la satisfacción de informarle, mi Führer, que he conseguido establecer contacto, a través de mister Dulles, con el presidente, el primer ministro y el mariscal Alexander. Solicito instrucciones para el futuro.

Cuando dejó de hablar, Hitler siguió mirándole durante un momento.

—Está bien —dijo el Führer al fin—. Acepto su representación. Tiene usted una suerte extraordinaria. De haber fracasado, habría tenido que lanzarlo del mismo modo que lo hice con Hess.[57]

Grandemente aliviado, Wolff le dio una versión mejorada de las negociaciones de Suiza, poniendo de manifiesto el hecho de que, en vista de la situación militar y de la actitud de Rusia, era imposible evitar la rendición incondicional.

—Está bien, lo estudiaré —agregó Hitler—. Pero antes tengo que dormir un poco.

Los dos hombres volvieron a encontrarse en las últimas horas de la tarde, durante unos momentos de calma entre dos incursiones aéreas de los Aliados. Hitler decidió tomar un poco de aire fresco y pidió su abrigo. Luego prosiguió la discusión del asunto con Wolff, Kaltenbrunner y Fegelein, mientras paseaban todos sobre la grava de los jardines de la Cancillería.

—He considerado el asunto que me propuso usted esta mañana —comenzó

diciendo Hitler, que inmediatamente se desvió hacia otros temas.

En primer lugar, describió el eficaz sistema antitanque escalonado que había ideado para la defensa de Berlín. Aseguró que todos los días quedaban allí destruidos 250 tanques rusos y que el Ejército Rojo no podría soportar una pérdida semejante. Dijo que los ataques soviéticos no tardarían en cesar, aunque admitió que los rusos y los angloamericanos terminarían por reunirse en algún punto situado al sur de Berlín. Hitler aseguró que en Yalta, Roosevelt y Churchill habían acordado dejar que los rusos penetrasen en Europa, pero dijo que tenía la seguridad de que estos no se detendrían en la línea convenida.

—Los norteamericanos, sin embargo, no consentirán esto, y se verán obligados a rechazar a los soviéticos por la fuerza de las armas, y entonces —Hitler fijó en este momento sus penetrantes ojos en Wolff, con expresión triunfante— será el momento en que exigiré un alto precio por mi participación en la contienda final… ¡en un bando o en otro!

Explicó que podía resistir en Berlín contra el Este y el Oeste durante seis u ocho semanas más.

—Entretanto, este conflicto seguirá adelante, y entonces decidiré.

Wolff estaba anonadado ante aquellas palabras, y al fin inquirió:

—Mi Führer, ¿no sabe aún por qué bando se va a decidir en esa contienda?

Hitler se volvió hacia Wolff, y después de pensar unos instantes, afirmó:

—Me decidiré en favor del bando que más ventajas me ofrezca, o bien del primero que establezca contacto conmigo. El mundo de ídolos de Wolff se estaba derrumbando estrepitosamente. ¿Qué había sido de «la batalla del Occidente europeo contra el nuevo Gengis Kan de nuestro siglo»?, pensó. ¿Dónde quedaba el idealismo de los viejos tiempos?

Hitler siguió diciendo que la desaparición de Roosevelt podía provocar fácilmente una escisión en las filas aliadas.

—Sí, mi Führer —dijo Wolff—. Pero ¿no le han informado que todos los días tenemos sobre nosotros entre quince mil y veinte mil aparatos enemigos? Cada día, cada hora que transcurre, provoca —Wolff casi llegó a decir «inadmisibles»— pérdidas de hombres y de materiales. ¿No es conveniente que tengamos esto presente?

—No puedo permitir que estos informes debiliten mi postura —contestó Hitler, de forma tajante—. El hombre que tiene que tomar las decisiones finales no puede dejarse conmover por los horrores de la guerra.

Luego, Hitler cambió de nuevo el tema, y comenzó a hablar como si lo

hiciera para sí mismo.

—Si fracasa esta trascendental lucha del pueblo alemán bajo mi jefatura, en tal caso ese pueblo alemán no merece seguir existiendo.

Añadió que la raza del Este habría probado ser «biológicamente superior», y que no habría otra cosa que hacer sino «perecer heroicamente». Miró luego a Wolff como si se hallase en trance, y de pronto, su optimismo renació.

—Vuelva a Italia y manténgase en contacto con los norteamericanos, pero trate de obtener mejores condiciones. Insista un poco, porque rendirse incondicionalmente sobre una base de promesas tan vagas resulta absurdo.

En ese momento, se presentó un criado que anunció:

—Mi Führer, es la hora de las entrevistas nocturnas.

2

Wolff se equivocaba al creer que Mussolini se había apaciguado. El Duce se preparaba para trasladarse a Milán, con la incierta esperanza de hallar una «solución italiana» a la guerra, negociando de algún modo con el Comité de Liberación (los partisanos) o con los aliados occidentales. De fracasar, siempre le que daba el recurso de trasladarse a la Valtellina para llevar a cabo allí la última resistencia.

—Después de todo, el fascismo terminaría heroicamente en ese lugar —dijo al mariscal Graziani.

Cuando don Pancino, un sacerdote, fue a verle aquel mismo día, Mussolini le dijo, como si tuviese un desagradable presentimiento:

—Dígame adiós ahora, padre. Le agradezco las plegarias que ha rezado por mí. Siga haciéndolo, porque lo necesito. Sé que me van a matar.

Al anochecer se despidió de su mujer en el jardín de Villa Feltrinelli, y también lo hizo de su hermana Eduvigis, añadiendo que estaba preparado «para entrar en el gran silencio de la muerte». Luego salió con una pequeña caravana hacia Milán.

El 20 de abril, Wolff se hallaba de regreso en su cuartel general, más decidido que nunca a rendir Italia incondicionalmente, a pesar de Himmler[58] y

de Hitler. Después de considerables discusiones, el general Von Vietinghoff, sustituto de Kesselring, había accedido al fin a enviar dos oficiales al cuartel general del mariscal de campo Alexander, con el propósito de llevar a cabo negociaciones para lograr el armisticio.

Sin embargo, Truman y Churchill acababan de decidir el cese de todo contacto con Wolff y sus representantes, con el fin de evitar más roces con Stalin.

Al finalizar aquel día, los jefes conjuntos del Estado Mayor enviaron el siguiente mensaje al mariscal Alexander, que se hallaba en su cuartel general, cerca de Nápoles:

«Es evidente que Cic Italia (Vietinghoff) no tiene intención de rendir sus fuerzas, al menos en el momento actual, en términos aceptables para nosotros.

»En tales circunstancias, y teniendo en cuenta las complicaciones que han surgido con los rusos acerca de este asunto, nuestros dos Gobiernos han decidido interrumpir inmediatamente todo contacto con los emisarios germanos.

»Debe usted considerar el asunto como terminado, informando en consecuencia a los rusos».

El 23 de abril, Wolff cruzó en secreto la frontera hacia Suiza, en compañía de dos hombres, elegidos uno por Vietinghoff y otro por él mismo, para acordar los términos de la rendición. El representante de Vietinghoff era el *oberstleutnent* (teniente coronel) Viktor von Schweinitz, cuya abuela tenía ascendencia norteamericana. Wolff eligió al comandante Wenner.

Los tres hombres fueron acompañados hasta Lucerna por el comandante Waibel y el doctor Husmann, pero hasta que no se hallaron en la casa de Waibel, este no les reveló que los Aliados habían roto las negociaciones. Waibel, que se hallaba casi tan indignado como los alemanes, trató de calmarles. Al fin llamó por teléfono a Dulles.

—¡Estamos ante una situación totalmente imposible! —aseguró—. Quedaremos en el más completo de los ridículos si no arreglamos esto adecuadamente.

Dulles reiteró que tenía órdenes estrictas de no tener más tratos con Wolff.

—¡Pero no podemos hacer eso! —insistió Waibel—. Aquí están ya los delegados alemanes dispuestos a firmar la rendición incondicional. ¡Y los Aliados no quieren verles! Es como si desearan ustedes concluir la guerra matando gente.

Por fin, Dulles cedió. Dijo que enviaría un telegrama a Alexander, quien, a

su vez, solicitaría a los jefes conjuntos que reanudasen los contactos con Wolff.

Waibel no estaba seguro que poder tener a sus tres huéspedes en su casa hasta que se recibiera la respuesta. A la mañana siguiente, todos se hallaban extremadamente impacientes. Wolff dijo que no podía permanecer lejos de su puesto de mando durante mucho tiempo, a causa de un cambio repentino en la situación militar. Durante varios meses hubo escaso movimiento en la Línea Gótica, la cual corría desde el mar de Liguria hasta el Adriático, un poco al sur de Bolonia, y estaba defendida por veinticinco divisiones alemanas y cinco italianas. Pero el teniente general Mark Clark acababa de lanzar su 15.° Grupo de Ejército en un ataque de grandes proporciones. Ya había irrumpido a través de las defensas germanofascistas, para tomar Bolonia y cruzar el río Po. Después de eso, las tropas de Clark se extenderían sin trabas por las llanuras del valle del Po.

Para empeorar las cosas, Wolff recibió un telegrama de Himmler enviado con tal apremio que le fue trasmitido a Wolff telefónicamente a la casa de Waibel. Decía así:

> *«Es imprescindible que el frente italiano continúe intacto. No deben celebrarse negociaciones de ninguna clase».*

No obstante, Wolff dijo a Waibel que aún tenía intenciones de seguir adelante con la Operación Amanecer. Pero conforme transcurría el día iban siendo menores las esperanzas de recibir noticias del cuartel general de los Aliados en el sur de Italia. La situación de Wolff era aún más precaria de lo que él imaginaba. También había estado negociando la rendición alemana con el Comité Nacional de Liberación, pero estas conversaciones solo eran una cortina de humo destinada a mantener quietos a los partisanos mientras se realizaba la Operación Amanecer.

El día en que Wolff entró en Suiza con los dos emisarios, el cardenal Schuster advirtió al coronel Dollmann que todos los contactos con los partisanos quedarían rotos a menos que el mismo Wolff se presentase en seguida en Milán. Dollmann llamó por teléfono a Wolff acerca de este nuevo problema. Le dijeron que diese largas al asunto y que manifestase al cardenal que Wolff aceptaba los términos de los partisanos, y que se encaminaría a Milán «en cuanto pudiese».

El cardenal Schuster contestó a Dollmann diciéndole que había concertado una entrevista con los partisanos para el 25 de abril, es decir, tres días después, en el palacio arzobispal de Milán, y que era indispensable que Wolff estuviese

presente. También pidió el cardenal que asistiera Mussolini a la entrevista, pero este aún no estaba decidido sobre el partido que debía tomar. Le habían sugerido media docena de maneras de huir, pero no mostraba entusiasmo por ninguna de ellas, ni siquiera por la oferta de trasladarse, junto con Claretta Petacci, a España.

En la mañana de la entrevista en el palacio arzobispal, el mariscal Graziani trató de obtener el permiso de Mussolini para retirar las tropas italianas que se debatían ante el ataque de Clark, llevándolas a nuevas posiciones en el Norte, pero el Duce se negó a discutir el asunto. Dijo que tenía una cita con el cardenal Schuster a las seis, y que iba a «evitar al Ejército más sacrificios», rindiéndose al Comité Nacional de Liberación.

Poco después del mediodía, una serie de fuertes toques de sirena de las fábricas anunciaron la iniciación de una huelga general, y los partisanos comenzaron a patrullar abiertamente las calles cuando Mussolini salía del cuartel general de la Prefectura, para entrar en un antiguo automóvil que lo llevaría al palacio arzobispal. El Duce ni siquiera se molestó en decir a su escolta personal, el SS *obersturmführer* (teniente) Fritz Birzer, que se marchara. En el último momento, Birzer corrió a través del patio y entró rápidamente en el automóvil. Cuando este partió, Birzer iba incómodamente sentado, casi sobre las rodillas del Duce.

Al entrar Mussolini en la sala de recepciones del palacio arzobispal, el cardenal Schuster vio «a un hombre abrumado por una catástrofe tremenda». El cardenal trató de alegrarle un poco el ánimo, pero no tuvo éxito. Manifestó Schuster que Mussolini debía evitar a Italia una destrucción innecesaria rindiéndose cuanto antes, pero Mussolini declaró que lucharía hasta el fin en la Valtellina, con tres mil Camisas Negras.

—Duce, no se haga ilusiones —contestó el cardenal.

Y le dijo que la cifra de Camisas Negras más se aproximaría a los trescientos que a los tres mil.

—Tal vez sean más —afirmó Mussolini, sonriendo—. Pero no muchos. No me hago ilusiones.

Cuando el cardenal le recordó la caída de Napoleón, los inexpresivos ojos de Mussolini parecieron cobrar vida momentáneamente.

—Mi imperio de cien días está también a punto de expirar —manifestó—. Debo enfrentarme resignadamente con mi destino, como Bonaparte.

A continuación se hizo entrar en la habitación a los tres delegados de los

partisanos: el general Raffaele Cadorna, representante militar del Comité Nacional de Liberación; Achille Marazza, abogado, cristiano demócrata, y Riccardo Lombardi, ingeniero perteneciente al Partido d'Aziene. Los recién llegados besaron el anillo del cardenal y fueron presentados a Mussolini, el cual sonrió y se dirigió hacia ellos con la mano extendida. Los delegados se la estrecharon con aspecto de no sentirse muy satisfechos.

La atmósfera se enrareció aún más cuando entró el mariscal Graziani en compañía de otros dos ministros de Mussolini. El cardenal señaló una mesa ovalada que había en el centro de la habitación y dijo:

—¿Nos sentamos aquí?

—Y bien —manifestó a continuación Mussolini, con impaciencia—. ¿Cuáles son las proposiciones?

—Mis instrucciones son limitadas y precisas —declaró el portavoz de los partisanos, Marazza—. Solo tengo que solicitar su rendición y aceptarla.

Mussolini reaccionó instantáneamente.

—¡No he venido aquí para eso! Se me dijo que íbamos a discutir las condiciones. A eso vine, a ocuparme de mis hombres, de sus familias y de la milicia fascista. Tengo que saber lo que va a ser de ellos. Las familias de los miembros de mi Gobierno deben recibir protección. También se me aseguró que la milicia sería entregada al enemigo en calidad de prisioneros de guerra.

—Eso son detalles —interrumpió otro partisano—. Creo que tenemos autoridad para establecerlos.

—Muy bien —dijo el Duce—. En tal caso, creo que podremos llegar a un acuerdo.

En ese momento, el mariscal Graziani se puso de pie y exclamó:

—¡No, no, Duce! Permítame recordarle que tenemos obligaciones con nuestros aliados. No podemos abandonar a los alemanes, negociando una capitulación independientemente de ellos, como en este caso. No podemos firmar un convenio sin los alemanes. ¡Debemos tener presentes las leyes del deber y el honor!

—Me temo que los alemanes no sientan los mismos escrúpulos —dijo el general Cadorna—. Hemos estado tratando con ellos los términos del armisticio durante los cuatro días pasados. Estamos de acuerdo en los detalles, y esperamos noticias del tratado en cualquier momento.

Marazza advirtió un gesto de dolor en el rostro de Mussolini, y le preguntó:

—¿Se molestaron ellos en informar a su Gobierno?

—¡Eso es imposible! —exclamó el Duce—. ¡Enséñeme ese tratado!

Ciertamente, Mussolini sabía mucho más de lo que aparentaba, pero su sorpresa e indignación parecieron genuinas a los que se hallaban allí presentes.

—¡Los alemanes han hecho esto a mis espaldas! —añadió poniéndose violentamente de pie, y anunciando que no tomaría decisión alguna hasta después de haber hablado con el cónsul alemán—. ¡Esta vez podremos demostrar que Alemania ha traicionado a Italia!

Afirmó que denunciaría por radio al mundo la jugada de los alemanes y salió de la estancia con paso enérgico.

Por fin, Mussolini había tomado una decisión. En la prefectura tendió un dedo hacia un mapa y exclamó:

—Abandonamos Milán inmediatamente. ¡Nos vamos a Como! Vestido con el uniforme de la milicia fascista, Mussolini avanzó a lo largo del corredor de la prefectura, seguido por sus ministros. Uno le rogó que no volviese al palacio arzobispal, en tanto que otro le exhortaba a que permaneciera en Milán. Dos más le aconsejaron que huyese a España e inmediatamente otro ministro exclamó:

—¡No vaya, Duce!

A todo esto, su secretario agitaba delante de él algunos documentos para que los firmase. Parecía una escena de ópera cómica.

Con un pequeño fusil automático colgado del hombro y una voluminosa cartera en cada mano, Mussolini abrazó a dos antiguos camaradas y gritó:

—¡A la Valtellina!

Eran las ocho de la noche cuando diez coches, cargados con el séquito de Mussolini, incluyendo al mariscal Graziani y a su escolta alemana, salieron del patio de la prefectura, en medio de sentidas frases de despedida, y pusieron rumbo al lago.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —inquirió uno de los ministros a otro colega.

—Solo Dios lo sabe. Tal vez a nuestra muerte.

En uno de los automóviles, un «Alfa Romeo» con matrícula española, iba Claretta Petacci.

«Sigo mi destino —había escrito a una amiga—. No sé lo que va a ser de mí, pero no puedo oponerme a mi suerte».

3

Mientras tanto, Wolff, que se hallaba en Lucerna, aún no había recibido noticias de Dulles. Dijo a Waibel que no podía quedarse en Suiza. Clark seguía avanzando cada vez más en el norte de Italia, y los partisanos exigían tomar una actitud decisiva en Milán. Por otra parte, Dollmann informó que Mussolini estaba actuando de manera un tanto misteriosa.

Wolff regresó a Italia hacia la medianoche, cruzando la frontera por Chiasso. Cansado del viaje, decidió pasar la noche en Villa Locatelli, cuartel general de la policía fronteriza de las SS, en la costa occidental del lago Como. Cuando se disponía a dormir, se presentó el mariscal Graziani, el cual había huido de la caravana de Mussolini en Como, a menos de ocho kilómetros del lago, y buscaba la protección de las SS.

La llegada del mariscal Graziani dio a Wolff la inesperada ocasión de persuadir al anciano de que la rendición de sus tropas era la mejor manera de salvar a Italia. Graziani se mostró reacio al principio, y acusó a Wolff de traicionar al Duce. Pero aquel resultó tan convincente al protestar que siempre había actuado en beneficio de los intereses de Italia, que al fin el mariscal escribió un documento concediendo a Wolff autoridad para concertar la rendición de todo el ejército italiano.

Afuera, en la oscuridad, había otros italianos que no consideraban a las SS como protectores. Eran partisanos armados que acababan de enterarse de la llegada de Wolff. Con todo sigilo comenzaron a rodear la mansión. Al amanecer del día siguiente, 26 de abril, habían establecido un fuerte cerco alrededor de la finca. Sin embargo, se olvidaron de cortar los cables del teléfono.

Cerca del mediodía, el comandante Waibel recibió un informe en el que se decía que un «pez gordo» sería pescado pronto en el lago Como. Algunas investigaciones discretas pronto hicieron saber a Waibel que se trataba de Wolff. Concertó entonces una entrevista con un agente llamado Bustelli, para aquella noche, en la estación de ferrocarril de Chiasso, donde tratarían de hallar algún medio de salvar a Wolff. Luego, Waibel llamó por teléfono a Gaevernitz y le dijo:

—Si no actuamos rápidamente, matarán a Wolff y el asunto habrá concluido —manifestó.

Gaevernitz presentó el problema a Dulles, el cual dijo que lo sentía. Se daba cuenta de la importancia que tenía Wolff, pero tenía órdenes concretas de no establecer más contactos con los alemanes.

—No puedo hacer nada —concluyó.

Gaevernitz le preguntó si al menos podría conseguir la ayuda de Donald Jones, un agente del OSS que pasaba por ser vicecónsul norteamericano en Lugano. Dulles movió negativamente la cabeza y una vez más aseguró que tenía las manos atadas. Gaevernitz decidió entonces actuar por su cuenta, y dijo impulsivamente:

—Me voy a dar una vuelta; regresaré dentro de dos o tres días.

—¡Adiós! —contestó Dulles.

Y a Gaevernitz le pareció que le guiñaba un ojo significativamente.

Ocho horas más tarde, Gaevernitz y Waibel descendían del tren en Chiasso, donde, ante su sorpresa, les estaba esperando Donald Jones.

—Aguardaba la llegada de ustedes —les dijo este—. Tengo entendido que quieren liberar a Wolff.

Waibel no tardó en descubrir que Jones no sabía nada del caso, y que se había relacionado con ellos a través de Bustelli.

—En Suiza existe gran interés por salvar a Wolff —manifestó Waibel, pretendiendo que no tenía nada que ver con la oficina de Dulles.

Pidió a Jones que le ayudase, y le recordó los muchos favores que él le había hecho.

—Ahora le pido este, a cambio —declaró.

Jones accedió rápidamente, y los tres decidieron que la única forma de conseguir algo era llevando a cabo Jones una rápida incursión a través de las líneas de partisanos. Estos le conocían perfectamente con el nombre clave de «Scotti». Llamaron a Villa Locatelli, y se sorprendieron al comprobar que la línea aún seguía intacta. Dijeron entonces a Wolff que dentro de poco, dos automóviles tratarían de liberarle.

A las diez de la noche, la patrulla de Jones salió de Chiasso, dejando a Waibel y Gaevernitz esperando nerviosamente en el pequeño restaurante de la estación, que aparecía débilmente iluminado. En cuanto Jones cruzó la frontera italiana, fue recibido con una lluvia de balas. Jones salió de su automóvil y se colocó junto a las luces del coche.

—*L'amicco Scotti!* —gritó con fuerza.

Ceso el fuego y «Scotti» fue acogido amistosamente. Gaevernitz y Waibel

permanecieron en el restaurante durante dos horas. A medianoche, la tensión se hizo tan insoportable que se trasladaron a la aduana suiza, desde donde podrían observar las luces de cualquier automóvil que llegase de Italia. No vieron nada, pero de cuando en cuando oyeron algún disparo a la distancia. ¿Qué pasaría si Jones fracasaba en la «villa» y le descubrían?

Ya se imaginaba Gaevernitz los titulares de los periódicos:

«UN CÓNSUL NORTEAMERICANO RESCATA AL GENERAL WOLFF, DE LAS SS, DE MANOS DE LOS PARTISANOS ITALIANOS».

¡Y eso en momentos en que Truman y Churchill habían prometido a Stalin que abandonarían las negociaciones! Los dos hombres regresaron al restaurante y esperaron otra hora llenos de inquietud. Volvieron de nuevo a la frontera. Del lado italiano todo estaba sumergido en la más completa oscuridad. Varias veces oyeron acercarse un coche, pero el ruido del motor terminaba por desvanecerse en otra dirección. A las dos de la mañana, varios puntos luminosos aparecieron en la oscuridad. Un par de automóviles se acercaban a la frontera: era el grupo de Jones. Gaevernitz dio media vuelta y se dirigió hacia su propio coche, pues estaba seguro de que traían a Wolff, y quería pasar inadvertido.

Pero una figura corpulenta apartó a los que estaban junto a él y se dirigió directamente hacia Gaevernitz. Era Wolff, el cual manifestó:

—Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

Gaevernitz decidió sacar algún partido de la gratitud de Wolff. Se dirigieron en automóvil a Lugano, y Gaevernitz sugirió a Wolff que escribiese una carta al comandante de las SS en Milán, ordenándole que dejase de luchar contra los partisanos. Wolff no solo escribió la carta, sino que entregó el documento que había firmado el mariscal Graziani. También prometió utilizar su influencia para evitar la destrucción de propiedades, y para proteger la vida de los presos políticos.

—¿Qué haría usted si de pronto Himmler apareciese y dijera: «Asumo el mando, queda usted detenido»? —inquirió Gaevernitz.

—En tal caso, daría media vuelta y haría detener a Himmler.

El 27 de abril, por la tarde, Wolff regresó solo a su nuevo cuartel general situado en Bolzano, localidad del norte de Italia. Para dirigirse a Bolzano, y a fin de evitar a los partisanos, tuvo que tomar una ruta que atravesaba territorio austríaco.

Gaevernitz se dirigió a su casa de Ascona, a fin de dormir un poco, pero al momento le despertó una llamada telefónica de Dulles informándole que había llegado un telegrama de Washington, permitiéndole reanudar las negociaciones con los alemanes.[59] Igualmente llegó otro del cuartel general de Alexander, ordenándole que enviase los dos emisarios de Wolff al sur de Italia inmediatamente.

Capítulo tercero

La muerte de un dictador

1

Poco después de haber llegado Mussolini a la prefectura de Como, envió un mensaje a Donna Rachele, la cual se había trasladado a Villa Montero, a poco más de un kilómetro de donde se hallaba Villa Locatelli, donde Wolff se vio rodeado por los partisanos. Mussolini decía a su mujer que se hallaba en la última etapa de su vida, en la última página de su libro, y le pedía perdón por todo el daño que sin querer le había causado. Luego rogaba que se trasladase con los dos niños, Anna María y Romano, a Suiza, donde podría comenzar una nueva vida.

Apenas había Rachele terminado de leer la carta, cuando sonó el timbre del teléfono. Era Mussolini, el cual había estado tratando todo el día de comunicarse con ella.

—Sigo mi destino —dijo con voz tranquila, resignada—. Estoy solo, Rachele, y comprendo que todo ha terminado.

Después de hablar brevemente a sus dos hijos, el Duce pidió a su esposa que fuera a Como a verle por última vez. Cuando ella hubo llegado, se dijeron adiós en el sombrío patio de la prefectura. Mussolini entregó a Rachele algunos documentos, incluyendo varias cartas de Churchill que podrían ayudarla a cruzar la frontera.

—Si tratan de detenerte y de hacerte algún daño, pide que te entreguen a los

ingleses —dijo él.

Poco antes del amanecer, en aquel 26 de abril, Mussolini y su reducido séquito partieron en automóvil carretera arriba, por la sinuosa ruta que bordeaba la orilla occidental del lago Como, que resultaba un hermoso paisaje aun bajo la densa lluvia que caía.

En Menaggio, a cuarenta kilómetros de Como, el Duce se detuvo en la residencia de un funcionario fascista local, y dijo que esperaría allí a sus ministros y a los tres mil Camisas Negras que Alessandro Pavolini, el secretario del Partido Neofascista, había prometido reunir. Mientras Mussolini se hallaba durmiendo llegó el resto de su séquito, incluyendo a Claretta Petacci, escoltados todos por dos camiones blindados y varias compañías de Soldados Republicanos.

Mussolini se despertó y descubrió una larga caravana estacionada a lo largo de la carretera principal. Dijo que era demasiado arriesgado esperar allí a los Camisas Negras, y ordenó que todos los vehículos se colocasen a un lado del camino. Luego, él y Claretta Petacci subieron a un «Alfa Romeo» y emprendieron la marcha a gran velocidad por la estrecha carretera montañosa que llevaba a Suiza, seguidos por la comitiva.

En el pueblecillo de Grandola, Mussolini y sus acompañantes descendieron ante el «Hotel Miravalle», donde hicieron un alto para escuchar con gesto sombrío las noticias radiadas del avance triunfal de Clark, así como las del alzamiento general de los partisanos en el norte de Italia.

Elena Cucciati, hermosa muchacha, hija de una de las anteriores amantes del Duce, se acercó a Mussolini y se ofreció para regresar en bicicleta a Como, a fin de averiguar lo que ocurría con Pavolini y sus Camisas Negras. Cuando Claretta los encontró a los dos hablando en el jardín, comenzó a llorar, pidiendo a gritos que echaran de allí a la muchacha. Mussolini, azorado, trató de hacerla callar. Forcejearon, y ella se arrojó al suelo, quejándose y llorando desconsoladamente.

Por la tarde, tres de los funcionarios que iban con Mussolini huyeron del hotel, sin despedirse del Duce, y se encaminaron hacia la frontera suiza, a pocos kilómetros al oeste de donde se encontraban.

Mientras otros se preguntaban si debían escapar también, uno de los tres evadidos regresó con la desalentadora noticia de que sus dos compañeros habían sido capturados por los partisanos en la frontera.

Al anochecer, Mussolini, lleno de impaciencia, dijo a Birzer que iba a emprender la marcha inmediatamente hacia la Valtellina, sin esperar a Pavolini.

Allí aguardaría a los Camisas Negras. Birzer le advirtió que los partisanos debían de haber establecido puestos de bloqueo en las carreteras; por otra parte, sus hombres necesitaban una noche de descanso, antes de intentar la huida por la carretera del lago. Mussolini prometió entonces quedarse en el hotel hasta el alba.

En horas tempranas del día, una patrulla de ocho partisanos descendía por las montañas que bordeaban la orilla oeste del lago Como, en dirección a Domaso, ciudad situada en las cercanías del extremo norte del lago. Su jefe era el conde Pier Luigi Bellini delle Stelle, un joven apuesto de veintidós años, con barba mefistofélica y un diploma en leyes por la Universidad de Florencia. Su padre, que fue coronel de caballería, había sido capturado por los alemanes en 1944 y murió en la cárcel a causa del mal trato que recibió.

Los partisanos de la zona de Como se hallaban bajo el mando de los comunistas, pero ni Bellini ni su segundo, Urbano Lazzaro, de veintidós años, eran miembros del Partido, e incluso se oponían con todas sus fuerzas al comunismo. Como muchos otros de aquel ambiente dominado por los comunistas, su principal objetivo consistía en luchar contra los alemanes y los fascistas, procurando cuanto antes restablecer la paz en Italia. La patrulla de Bellini había entrado en la ciudad a proveerse de tabaco únicamente. De pronto, los rodeó una turba, que les levantó en triunfo. «¡La guerra ha terminado!», gritaron una docena de voces. Bellini entró en una tienda y oyó decir al locutor de radio: «Los Aliados han cruzado el río Po y el ejército alemán se bate en retirada. Los Aliados se encuentran en Brescia y se aproximan a Milán. En esta ciudad ha estallado la insurrección y varios grupos de partisanos han ocupado los puntos clave de la misma, y la mayoría de los cuarteles».

Los entusiasmados ciudadanos pidieron a Bellini que les permitiese unirse a él y sus veinte compañeros, que estaban en las montañas. Querían que Bellini se apoderase de toda la zona de Domaso. Pero Bellini solo tenía armas suficientes para organizar una fuerza de cincuenta hombres, y al menos había doscientos enemigos bien armados en la región.

De todas formas, Bellini se decidió a actuar. Escribió una carta al comandante de la cercana guarnición fascista de Gravedona, exigiéndole que se rindiese antes de las nueve de la noche. A continuación pidió a una chica que bajase con su bicicleta por la carretera del lago, hasta Como, y que entregase el

ultimátum al primer soldado que hallase. Otras notas semejantes fueron enviadas a diferentes guarniciones fascistas y germanas.

Por la tarde llegó la primera noticia favorable: la guarnición de Ponte del Passo se había rendido. Poco después, en cambio, Bellini se enteró de que los alemanes de Nuova Olonia, en las cercanías del estratégico puente situado en el extremo norte del lago, estaban disparando sus ametralladoras contra todo aquel que osaba acercarse. Bellini y Lazzaro avanzaron osadamente hasta el reducto alemán y solicitaron una tregua para parlamentar. Aseguró Bellini que era el comandante partisano de la zona y amenazó con hacer volar a los alemanes con disparos de mortero, si no se rendían. El comandante alemán terminó por capitular, y entregó mansamente su pistola a Bellini.

Ya de regreso a Domaso, Bellini sorprendió a un grupo de italianos que querían linchar a varios prisioneros fascistas.

—¡Nosotros, los partisanos, no podemos erigirnos en jueces de todos los desafueros que los fascistas y los alemanes han cometido! —exclamó Bellini—. ¡Contestar a la maldad con más maldad, no haría otra cosa que perjudicar nuestra causa, colocándonos al mismo nivel que nuestros enemigos!

A medianoche, Bellini ya tenía bajo su control dieciséis kilómetros de la carretera que circundaba el lago, desde el puente hasta Dongo. Un kilómetro al sur de Dongo ordenó bloquear la carretera con troncos, bloques de piedra y alambre de púas. A un lado de la estrecha carretera, un talud caía casi verticalmente sobre el lago, en tanto que por el otro lado se alzaba un gran peñasco cubierto de arbustos: la Roca de Musso. Luego, agotado por la agitación de la jornada, Bellini se echó a dormir.

Pavolini acababa de llegar al «Hotel Miravalle» en un camión blindado. La lluvia todavía goteaba por su rostro cuando dijo a Mussolini que la mayoría de los Camisas Negras se habían rendido a los partisanos. Cuando el Duce le preguntó cuántos hombres habían llegado con él para luchar en la Valtellina, Pavolini vaciló un instante, y al fin dijo:

—Doce.

Al amanecer, Mussolini y lo que aún quedaba de su comitiva se unieron a un convoy alemán de veintiocho camiones que ascendía por la carretera del lago. En el camión blindado iba Pavolini junto con varios funcionarios del Gobierno, y dos grandes maletas de cuero llenas de documentos y dinero. Cerca del fin del

convoy, en el «Alfa Romeo» amarillo de matrícula española, iba Claretta y el hermano de esta, con otros familiares.

Mussolini viajaba solo en el «Alfa Romeo» que iba en cabeza. Al llegar a los alrededores de Menaggio, preguntó a un transeúnte si había partisanos por las cercanías.

El hombre le contestó:

—Los hay por todas partes.

Entonces el Duce ordenó detener el coche, descendió del mismo y subió al camión blindado. Eran casi las seis y media cuando la caravana pasó por Musso, a menos de dos kilómetros de Dongo. De pronto, un kilómetro más adelante, surgió en la carretera una barricada de troncos, rocas y alambre de púas. Era el obstáculo que había ordenado colocar Bellini.

Los partisanos dispararan al aire con sus ametralladoras, en señal de advertencia. El camión blindado contestó con fuego efectivo, dando muerte a un viejo campesino que iba hacia Dongo. Pero de uno de los automóviles de la caravana surgió una bandera blanca, y los disparos cesaron. Dos partisanos se asomaron detrás de la barricada y a ellos se les aproximó un oficial alemán que solicitó ver a su comandante.

En Domaso, despertaron a Bellini diciéndole que una columna alemana se dirigía hacia Dongo.

—Que detengan la columna —ordenó Bellini—. Nadie debe moverse, ocurra lo que ocurra.

Bellini envió dos emisarios al Norte, para pedir refuerzos, y en compañía de Lazzaro se dirigió a toda velocidad hacia Dongo. Por el camino dio instrucciones a Lazzaro para que colocase las fuerzas en posición favorable, sobre la gran roca que dominaba la carretera, mientras él negociaba con los alemanes.

Ya en Dongo, un *carabiniere* dio a Bellini los últimos informes acerca de la caravana detenida. El conde echó a andar por la carretera, y en pocos minutos llegó adonde se hallaba el camión blindado, cerca del cual había tres oficiales alemanes. El comandante alemán se presentó, en un italiano bastante aceptable, como *hauptmann* (capitán) Otto Kisnatt.

—Tengo órdenes de llevar a mis hombres a Merano (cerca de la frontera austríaca). Desde Merano me trasladaré a Alemania y seguiré la lucha allí contra los Aliados. No tenemos intención de combatir a los italianos —dijo el alemán.

—Por mi parte, me han ordenado que detenga a todas las columnas enemigas —dijo Bellini, que no había recibido tal orden, pero que creyó con ello impresionar a los alemanes— Por consiguiente, le pido que se rinda, y le garantizo un salvoconducto para usted y sus hombres.

—Sin embargo, nuestro Alto Mando y el de ustedes han llegado a un acuerdo —dijo Kisnatt, mintiendo a su vez—. Los alemanes no debemos atacar a los partisanos, y estos, por su parte, nos dejarán pasar libremente.

—No tengo órdenes semejantes.

—Hemos llegado desde Milán hasta aquí sin disparar un solo tiro. Eso prueba que existe un convenio.

—Si han llegado hasta aquí, eso solo demuestra que no han encontrado partisanos en el camino, o bien que los que hallaron no tenían fuerzas suficientes para detenerlos —aseguró Bellini, prosiguiendo con el juego de embustes—. Tenemos dominada toda la zona; estamos bien situados y tengo fuertes efectivos. Se encuentran ustedes bajo la mira de ametralladoras y morteros. Puedo destruirles en quince minutos.

Lazzaro llamó aparte a Bellini y le informó que había veintiocho camiones llenos de soldados alemanes, un camión blindado, el automóvil del comandante alemán, y otros diez coches llenos de civiles. En cada camión, dijo Lazzaro, había una ametralladora pesada y varios cañones antiaéreos livianos.

Comprendió Bellini que no podría contra tales fuerzas, en caso de desatarse la lucha. Pensó minar el puente de Vall'orba, unos cientos de metros más allá, en dirección a Dongo. Pero esto requería tiempo. Volvió el conde adonde estaban los alemanes, y declaró:

—En primer lugar, debemos comprobar quiénes son los que viajan con ustedes, y si hay italianos entre ellos.

Kisnatt admitió que había algunos italianos en el camión blindado y otros pocos en los automóviles.

—No soy responsable de ellos. Solo me preocupan mis propios hombres. ¿Cuál es su decisión?

—Hemos decidido que no podemos cargar con la responsabilidad de dejarlos pasar, sin haber recibido órdenes en tal sentido. Nuestro cuartel general se encuentra a dos o tres kilómetros de aquí, y tenemos que ir a recibir instrucciones. Será aconsejable que nos acompañe uno de ustedes para establecer contacto con ellos.

Bellini no tenía idea del lugar donde estaban sus jefes; solo quería alejar a

Kisnatt de sus hombres, para que estos no pudiesen actuar.

Cuando el partisano dijo que tardarían una hora y media, aproximadamente, Kisnatt contestó:

—Es demasiado tiempo. No podemos perder un momento… ¡Decídase aquí, ahora mismo!

—Imposible. No puedo dejarles pasar.

Por fin, Kisnatt accedió a acompañar a Bellini al cuartel general, aunque con la condición de que fuesen con otros en un coche alemán.

En voz baja, Bellini dijo a Lazzaro que hiciese una demostración de fuerza, haciendo salir a todos los partisanos a la carretera, y vistiendo a los campesinos que había por allí con algo rojo, a fin de que pareciesen también guerrilleros.

Al entrar en Dongo, el automóvil pasó ante barricadas y tropas de aspecto heterogéneo que llevaban brazaletes rojos. Llegados al puente situado al fin del lago, Bellini llamó a un partisano y le preguntó:

—¿Están colocados todos los efectivos? ¿Se hallan dispuestas las minas?

El partisano se mostró algo desconcertado, hasta que vio el guiño que le hizo Bellini. Entonces contestó:

—Todo está preparado. Hágame saber cuándo debo entrar en acción.

Bellini siguió hacia el Norte. Cuando Kisnatt llegó al límite de su paciencia, Bellini detuvo el coche e hizo como que iba solo hasta su cuartel general. Dijo que regresaría con la decisión de sus superiores.

Mientras tanto en la localidad de Musso, no lejos de donde se hallaba detenida la caravana, el párroco del lugar, don Mainetti, se dirigía a su casa cuando fue abordado por un hombre barbudo que le dijo:

—¡Debo hablar con usted, reverendo! No quiero que mi captura provoque ningún trastorno. Iré con usted a su casa. Puede llamar a algún partisano y me entregaré.

Se trataba de Nicola Bombacci. Treinta años antes, él y Mussolini habían actuado como revolucionarios socialistas. Luego, Bombacci se hizo un destacado dirigente comunista, pero al fin fue expulsado del Partido. En esos momentos era uno de los consejeros de Mussolini.

—Soy una víctima de mi propia estupidez —manifestó.

Y reveló a continuación que el Duce se hallaba en la columna que estaba detenida en la carretera.

Mientras se hallaban hablando, se acercó otro hombre con un muchacho, y dijo:

—Soy Romano, ministro del Gobierno. Este es mi hijo. Quiero dejarlo a su cargo, porque no sé lo que puede ocurrirme.

No bien acababa el sacerdote de llevar al muchacho a su casa, cuando un grupo de funcionarios oficiales —entre ellos, los ministros Mezzasomma y Paolo Zerbino—, llamaron a la puerta. Uno de ellos dijo:

—Somos personas importantes. Le rogamos que hable en favor nuestro.

Bellini regresó adonde se hallaba Kisnatt, sin revelar las presuntas órdenes que había recibido de sus jefes. Todos miraron llenos de expectación a Bellini, y este se dio cuenta de que no podía seguir fingiendo más.

Mirando firmemente a Kisnatt a los ojos, manifestó:

—Estas son nuestras decisiones: Primero: solo se concede permiso para seguir adelante a los vehículos y los soldados alemanes; todos los italianos y los vehículos civiles nos serán entregados. Segundo, los vehículos alemanes deberán detenerse en Dongo, para ser registrados, y sus ocupantes tendrán que presentar los documentos de identificación. Tercero, deberán ustedes detenerse en Ponte del Passo, a esperar una nueva autorización para seguir adelante.

Kisnatt vaciló y dijo que no podía abandonar a sus aliados italianos «en un momento de peligro». Pero Bellini se mostró irreductible, y el alemán solicitó media hora para consultar con sus oficiales.

Bellini asintió. Cuando se sentaba sobre un pequeño muro para encender un cigarrillo, se le acercó un sacerdote murmurando en voz baja. Era don Mainetti.

—¿Qué ocurre?

—¡Mussolini está aquí! No les deje marchar, porque estamos seguros de que se halla aquí.

Bellini no podía creer lo que le decían. De todos modos, pidió a Lazzaro que investigase. Lazzaro echó a andar hacia la caravana, pero consideró que el rumor era absurdo y no cumplió la orden que le habían dado.

Kisnatt regresó adonde se hallaba Bellini y dijo que aceptaría las condiciones si estas resultaban también convincentes para los ocupantes del camión blindado.

Bellini se encaminó a un grupo que se hallaba junto al vehículo blindado, el cual ocupaba el centro de la carretera.

—¿Quién manda aquí? —inquirió.

Un anciano civil, que lucía la medalla de oro de los mutilados de guerra, se destacó de los demás.

—Mi nombre es Francisco Barracu, y soy subsecretario del Gobierno.

A continuación presentó a los dos hombres que estaban más cerca de él, el teniente coronel Casalinovo, ayudante militar de Mussolini, y un Camisa Negra llamado Utimpergher.

Bellini contestó al saludo fascista de los demás con un breve saludo militar, y preguntó:

—¿Qué piensan hacer?

—Seguir con los alemanes, desde luego —respondió Barracu, algo sorprendido—. La pregunta resulta innecesaria.

Bellini les aconsejó que se rindiesen.

—No, debemos continuar adelante a toda costa. Lo repito: seguiremos a la columna alemana.

La actitud gallarda del anciano Barracu pareció impresionar a Bellini, pero este declaró que había llegado a un acuerdo con los alemanes para dividir la caravana.

—No piensen que los alemanes van a luchar por defenderles. Ellos ya no quieren combatir más. Eso está claro.

—Aun así, deseamos seguir adelante.

Bellini contestó que no era posible, y añadió:

—¿A dónde irían ustedes?

—Es usted un soldado, y parece actuar como tal —dijo Barracu, persuasivamente—. Entonces comprenderá a un viejo militar, como yo. Vamos a defender Trieste de los eslavos de Tito. Si podemos llegar allí, estoy convencido de que organizaremos la resistencia, y salvaremos ese trozo de nuestro país, por el cual tantos italianos derramaron su sangre.

Bellini escuchó cortésmente y dijo que si dejaba seguir la columna, otros partisanos la detendrían posteriormente. Y en cuanto al futuro de Trieste, era un asunto que se encargarían de arreglar los Aliados.

—¿Qué clase de italianos son ustedes? ¿Se han olvidado ya de que nuestros padres murieron en Trieste? —exclamó Utimpergher, lleno de excitación.

—Por lo que se refiere al amor a mi patria —contestó secamente Bellini—, nada tengo que aprender de ustedes, o de los que, como ustedes, abrieron las puertas de nuestro país al invasor extranjero, que deportó y asesinó a nuestros propios compatriotas.

—Creo que cada uno cumplió con su deber a su modo —interrumpió Barracu, conciliador, y una vez más solicitó permiso para seguir adelante.

—Ya ve que los alemanes se están impacientando —dijo Bellini—. Como no hemos llegado a un acuerdo, creo que lo mejor será que los alemanes sigan hasta Dongo y luego podremos reanudar las discusiones.

Barracu afirmó que estaba conforme, ante la sorpresa de Bellini, el cual pidió a Kisnatt que retirase del paso el camión blindado, a fin de que la caravana pudiese seguir adelante. En uno de los camiones abiertos, sentado entre los soldados, se hallaba Mussolini vestido con un capote militar, para pasar inadvertido.

Solo se permitió a un coche civil que siguiese a los alemanes: era el «Alfa Romeo», de matrícula diplomática española, que portaba la bandera de España. En su interior iba Marcello Petacci, con su mujer, sus hijos y su hermana Claretta. Marcello aparentaba ser cónsul español.

A continuación, Barracu reanudó sus ruegos, pero Bellini se mostró firme. Por fin, Barracu preguntó si podría volver a Como para explicar a su jefe el motivo que les impedía seguir hacia Trieste.

—¿A su jefe? ¿A Mussolini? ¿Y dónde espera encontrarle? —preguntó Bellini.

—No hablo de Mussolini, sino del mariscal Graziani, que sé dónde se encuentra.

Como Bellini siguiera negándose, Casalinovo y Utimpergher comenzaron a gritar airadamente.

—¡Cállense de una vez! —contestó Bellini—. Esto lo resolveremos nosotros. Escuchen si quieren, pero con la boca cerrada.

Los dos hombres se dirigieron entonces hacia el camión blindado y empezaron a hablar llenos de excitación con alguien del mismo. Bellini recordó entonces lo que le había dicho el sacerdote. ¿Era posible que Mussolini estuviese allí?

Sin esperar más, Bellini entró por la puerta trasera del vehículo y examinó a los que estaban en el interior del mismo.

—¿Ha mirado bien? —inquirió Utimpergher, sarcásticamente —¿A quién esperaba hallar?

Bellini decidió dar permiso a Barracu para que se dirigiese a Como, ya que al fin y al cabo era un mutilado de guerra. Dijo que podía ir en el coche blindado, para regresar dentro de veinte minutos, y añadió:

—Pero le aseguro que si tratan de trasponer la barricada abriremos fuego.

El conde advirtió a los partisanos que se hallaban sobre el gran peñasco que el vehículo blindado iba a dar la vuelta, y que solo debían hacer fuego si pretendía seguir adelante, en dirección a Dongo.

A las tres y cuarto, el camión blindado comenzó a maniobrar para dar la vuelta en la carretera. Pero los partisanos que había sobre la roca creyeron que trataba de dirigirse hacia Dongo y comenzaron a disparar. Tras algunas descargas, una granada estalló en el interior del vehículo, de cuya torrecilla salieron algunos disparos. Pavolini saltó por la portezuela trasera y corrió terraplén abajo, hacia el lago. El Camisa Negra que portaba los documentos de Mussolini le siguió con las carteras. Barracu fue alcanzado en el brazo derecho por un trozo de metralla, y a Casalinuovo y Utimpergher los capturaron en la carretera.

La plaza principal de Dongo habría constituido un escenario perfecto para representar una ópera romántica. Se hallaba flanqueada en tres de sus lados por edificios medievales, con las cumbres nevadas de los Alpes y el lago Como a lo lejos, como fondo ideal.

Allí estaba Lazzaro inspeccionando la caravana de camiones alemanes, cuando oyó los disparos procedentes de la barricada alzada en la carretera. A pesar de sentirse preocupado, siguió examinando los documentos de los soldados alemanes, hasta que oyó que alguien le llamaba con voz excitada:

—¡Bill!

Este era su nombre como miembro del movimiento de resistencia, y el que lo había pronunciado era Giuseppe Negri, un fabricante de zuecos que había sido encarcelado recientemente durante tres meses por ayudar a los partisanos.

—¿Qué sucede? —inquirió Lazzaro.

—¡Tenemos en nuestro poder al Gran Bastardo! —susurró Negri.

—¡Estás soñando! —dijo Lazzaro.

—No, Bill. Te digo que es Mussolini. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Dónde está?

—¡En uno de los camiones, vestido de alemán!

También esto parecía increíble, pero el pulso de Lazzaro se aceleró notablemente.

—Debes de estar en un error.

—Le he visto, y le reconocí al instante. Lo juro, es el propio Mussolini.

Explicó entonces que mientras examinaba los documentos de los alemanes de uno de los camiones, vio a un hombre cerca del conductor, que tenía una manta echada sobre los hombros.

—No pude verle la cara porque se había levantado el cuello del capote y tenía el casco echado sobre el rostro. Fui a pedirle los documentos, pero los alemanes trataron de detenerme, gritando: «*Kamerad* borracho, *kamerad* borracho».

El fabricante de zuecos dijo que se sentó junto al desconocido y le bajó el cuello del capote.

—No se movió. Solo le vi de perfil, pero le reconocí al momento —añadió—. Bill, es Mussolini, puedo jurarlo. Hice como que no me había dado cuenta, y vine a decírtelo.

Los dos hombres se encaminaron a lo largo de la fila de camiones, hasta que Negri se detuvo y señaló a un soldado que tenía el cuello levantado y un casco alemán sobre los ojos. Lazzaro se acercó al camión y, sin subir, con una mano, dio unos golpecitos al hombre que estaba allí acurrucado.

—*Camerata!* —exclamó.

Como el hombre ignorase aquel saludo fascista, Lazzaro volvió a decir:

—*Eccellenza!*

Tampoco obtuvo resultado, y al fin Lazzaro gritó lleno de irritación:

—¡*Cavaliere* Benito Mussolini!

La figura se movió en su asiento, y Lazzaro creyó reconocer al Duce.

Un grupo excitado se reunió alrededor del camión, mientras Lazzaro subía al mismo. Se dirigió hacia el sospechoso y le quitó el casco, dejando al descubierto el familiar cráneo afeitado. Lazzaro le quitó las gafas oscuras que llevaba y le bajó del todo el cuello del capote militar. En efecto, era Mussolini, que tenía entre las rodillas un pequeño fusil automático.

Lazzaro le quitó el fusil y le hizo ponerse de pie.

—¿Tiene alguna otra arma?

Sin decir una sola palabra, Mussolini se desabrochó la chaqueta y entregó al partisano una automática «Glisenti», de cañón largo.

Los dos hombres se miraron unos instantes, y Lazzaro sintió por un momento que perdía sus energías. Aquel era el hombre al que había venerado y maldecido, sucesivamente. La expresión de la cara cerosa de Mussolini indicaba que esperaba algunas palabras del partisano. No parecía atemorizado, sino presa

de un gran cansancio.

La multitud comenzó a gritar en tono iracundo. Solo dos días antes cuatro partisanos del lugar habían sido fusilados por los fascistas.

Lazzaro trató de decir algo que estuviese a la altura de la trascendental ocasión, y todo lo que se le ocurrió fueron estas palabras:

—Le detengo en nombre del pueblo italiano.

El partisano se sorprendió al comprobar lo tranquilo de su respuesta:

—No pienso resistirme —dijo Mussolini, con tono apagado.

—Le doy mi palabra de que mientras esté bajo mi cuidado nadie osará tocarle un solo cabello.

En cuanto hubo terminado de hablar, Lazzaro se dio cuenta de lo absurdo que era decirle eso a un hombre totalmente calvo.

—Gracias —replicó Mussolini.

Cuando Lazzaro acompañaba al Duce, a través de la plaza, hasta la alcaldía, el antiguo Palazzo Mangi, la multitud se aproximó a ellos, lanzando insultos.

Un hombre alto y delgado se acercó a Mussolini y le preguntó bruscamente:

—¿Se acuerda de mí?

—No —contestó el Duce, y siguió andando.

—Soy Rubini, el hijo del ministro Rubini. ¿No se acuerda que me llamó a Roma tres veces?

El larguirucho Rubini aventajaba ampliamente en estatura al rechoncho dictador, cuyo capote alemán, que llevaba desabrochado, lo arrastraba casi por el suelo.

—Soy el alcalde de Dongo. ¿Me recuerda ahora?

—Sí, sí —contestó Mussolini—. Ya le recuerdo.

Los gritos de la turba adquirieron mayor intensidad, haciéndose amenazadores.

—No se preocupe —le dijo Rubini, con acento tranquilizador—. Aquí nadie le hará daño.

—Estoy seguro de ello —manifestó Mussolini, sin demasiada convicción—. Las gentes de Dongo son generosas.

Cuando entraban en la alcaldía, Lazzaro preguntó a Mussolini:

—¿Dónde está su hijo Vittorio?

—No lo sé —replicó el Duce.

—¿Y el mariscal Graziani?

—Lo ignoro; creo que se encuentra en Como.

Seguidos por una docena de curiosos que habían logrado cruzar por entre los guardias, Lazzaro acompañó al Duce hasta una gran estancia sencillamente amueblada que daba a la plaza. Mussolini se quitó el capote y se sentó en un banco.

—¿Desea usted algo? —inquirió Lazzaro.

—Un vaso de agua, gracias.

—¿Por qué estaba usted en el camión, con los alemanes, cuando sus ministros iban en el camión blindado?

—No lo sé. Me colocaron allí. Tal vez alguien me traicionase al final.

Lazzaro ordenó que desalojaran la habitación y dijo a un guardia:

—Nadie debe molestar al prisionero. Protéjale, y emplee el fusil, si es necesario.

La puerta se abrió de improviso, y dos partisanos empujaron hacia dentro a Barracu, Casalinovo y Utimpergher. Cuando estos vieron a Mussolini, se pusieron en actitud de firmes y gritaron:

—*Evviva il Duce!*

Este asintió levemente, con un gesto ausente.

La multitud se apiñaba contra la puerta, tratando de entrar.

—¡Échelos a todos! —ordenó Lazzaro.

Luego dijo a un partisano que comunicase a Bellini la noticia de la captura de Mussolini, y a continuación se encaminó de nuevo adonde estaba el convoy alemán.

—Aquí hay un cónsul español que quiere marcharse cuanto antes —le dijo un partisano.

—¿Ha examinado sus documentos?

—Sí, parecen estar en regla. Dice que tiene que regresar urgentemente a Suiza para celebrar una entrevista. ¿Le dejo marchar?

—Un momento. Voy a verle yo mismo.

Lazzaro se dirigió hacia el «Alfa Romeo» amarillo. El hombre que lo conducía era grueso, rubio y tenía un gran lunar en la carnosa barbilla. Junto a él se hallaba una hermosa joven que miraba nerviosamente a Lazzaro. En el asiento trasero iba otra mujer, que ocultaba a medias su rostro bajo un cuello de pieles, y dos chiquillos. Lazzaro colocó el pie sobre el estribo y preguntó:

—¿Es usted el cónsul español?

—Sí —contestó Marcello Petacci, con gesto de fastidio—. Y tengo mucha prisa.

Su manera de expresarse, en perfecto italiano, hizo que Lazzaro sintiera sospechas.

—¿Puedo ver sus pasaportes, por favor?

Petacci protestó, pero al fin entregó tres pasaportes en los que se leía «Consulado Español en Milán». A Lazzaro no le había caído bien el presunto «funcionario español», y se alegró interiormente cuando descubrió que el sello de una de las fotografías estaba impreso y no en relieve.

—Estos pasaportes son falsos —dijo Lazzaro—. ¡Queda usted detenido!

En el asiento trasero, la mujer de Marcello Petacci miró con gesto suplicante a Lazzaro.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Petacci—. ¡Le pesará esto que hace!

Aseguró que tenía una entrevista en Suiza a las siete con un noble inglés, y añadió:

—¡Jamás he visto semejante descaro!

Pero Lazzaro se guardó los pasaportes y ordenó al indignado Petacci que guiase el automóvil hasta la alcaldía, donde lo dejó para ir a ver a Bellini, al que encontró cuando entraba en el pueblo por la carretera.

—Acabo de capturar a Mussolini —dijo Lazzaro, como quitando al asunto importancia.

Lo primero que pensó Bellini era en la serie de complicaciones que aquello iba a acarrearles.

—Está bien —dijo, no obstante—. Vamos a echarle un vistazo.

Mussolini seguía aún sentado en el banco, mirando con gesto ausente a un punto fijo. Bellini le encontró viejo y decrépito. El conde dijo que se hallaba al mando de la zona.

—Le doy mi palabra de que no se le hará daño alguno —añadió.

El Duce observó detenidamente al joven partisano, alzó la cabeza y murmuró cansadamente:

—Se lo agradezco.

Bellini se dirigió entonces hacia Barracu, al que estaba vendando el brazo herido el farmacéutico de la localidad.

—¿Por qué quisieron seguir adelante? —preguntó Bellini disgustado porque Barracu no hubiese cumplido su palabra—. ¿Por qué empezaron a disparar?

Barracu explicó que los partisanos habían comenzado los primeros, y que en ningún momento pensó en romper la promesa que había hecho.

Bellini preguntó solícitamente por la herida de Barracu, y luego se marchó a

interrogar a los presuntos españoles, que habían sido llevados a otra estancia de la alcaldía. Petacci se levantó de su silla, al entrar Bellini, y se presentó como cónsul de España.

—Tengo muchísima prisa. Estoy agregado a la Embajada y debo llevar a cabo una importante misión diplomática.

Luego pidió permiso para marcharse con su esposa y sus hijos. Bellini manifestó que aquello no sería posible hasta haberse comprobado los documentos. Después señaló con la cabeza hacia Claretta, y preguntó:

—¿Va con usted la otra señora?

—No, no la conocemos —dijo Marcello Petacci, mirando a su hermana—. Nos pidió que la llevásemos en el automóvil y accedí a hacerlo.

—Mamá, ¿por qué estamos aquí? ¿No nos van a dejar marchar estos idiotas partisanos?

—Bien educa usted a sus hijos, señora —dijo Bellini.

—Ya sabe cómo son los niños —contestó la mujer, tartamudeando—. Oyen cosas y luego las repiten.

—Y usted, señora, ¿quién es? —preguntó Bellini, dirigiéndose a Claretta, la cual le pareció atractiva, aunque tenía aspecto de estar muy cansada.

—Nadie importante. Me encontraba en Como durante los disturbios y para evitar cualquier peligro pedí a estos señores que me llevasen. Voy en busca de un sitio más tranquilo y creo que me he metido en un atolladero. ¿Qué piensan hacer conmigo?

Bellini dijo que lo decidiría más tarde, y después de saludar se marchó.

Lazzaro estaba en la habitación grande examinando las carteras de los ministros. Cuando hubo concluido, preguntó a Mussolini:

—¿Y la suya?

—Solo tengo una cartera. Está ahí, detrás de usted.

Cuando la estaba abriendo, el Duce dijo con voz grave y solemne:

—Esos son documentos secretos. Se lo advierto, tienen gran importancia histórica.

Lazzaro echó un rápido vistazo a los papeles. Trataban de Trieste, del juicio de Verona,[60] y de un plan para huir a Suiza. Una carpeta estaba llena de la correspondencia sostenida con Hitler. Debajo de los papeles había ciento sesenta soberanos de oro.

—Los llevaba para mis amigos más fieles —murmuró Mussolini.

Lazzaro también encontró cinco cheques; tres de ellos eran por medio millón de liras. Colocó el dinero a un lado, y entregó a Mussolini el resto del contenido de la cartera: un par de guantes de cuero negro, un pañuelo y un lápiz. Luego le ofreció un cigarrillo. El Duce lo rechazó, al tiempo que le daba las gracias, pero Barracu aceptó.

Bellini acababa de entrar en la estancia pequeña cuando oyó un gran vocerío en el exterior. Vio a tres partisanos que acompañaban a Pavolini desde el muelle del lago. Pavolini llegaba totalmente mojado. Bellini temió que la multitud llegase a linchar al hombre al que casi todos detestaban, y corrió hasta él para acompañarle hasta la alcaldía.

La frente de Pavolini aparecía ensangrentada, y todo su cuerpo temblaba. Cuando vio a Mussolini, levantó débilmente la mano derecha, en señal de saludo, y el Duce hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

Hasta el fin de la tarde, Bellini no se dio cuenta del todo de la enorme responsabilidad que entrañaba para él la captura de Mussolini. Era evidente que tenía que luchar contra dos peligros: alguna fuerza alemana podía hacer una tentativa para liberarle, o bien las turbas pretenderían apoderarse de él para matarle.

Con la aprobación de dos jefes partisanos comunistas, Michele Moretti y el capitán Neri (cuyo nombre real era Luigi Canale), decidióse a trasladar al Duce a un lugar más seguro, donde pudiera pasar la noche. Primero le llevarían, a la vista de todos, al cuartel de los *finanzieri* (guardias fronterizos) de Germasino, unos cinco kilómetros hacia las montañas. Luego, unos pocos hombres de confianza le conducirían en secreto a otro escondite. El sol acababa de ponerse cuando Mussolini entró a un coche en compañía de un sargento de *finanzieri*. Bellini tomó asiento junto al conductor. Seguidos por un camión lleno de partisanos, abandonaron la ciudad y avanzaron por una carretera de segundo orden, sumamente escarpada. Bellini observó cómo el lago Como se iba empequeñeciendo cada vez más, mientras el horizonte se agrandaba, revelando sierras cuyos picos aparecían cubiertos de nieve. En aquellas montañas había pasado un año de peligros y privaciones. Ya había terminado casi todo, y pronto regresaría a su casa… si aún existía, y si encontraba vivos a sus familiares.

Debería odiar al hombre gordo que iba sentado atrás, pensó Bellini, pero, por raro que pareciese, no sentía animosidad contra él. Se volvió y extrajo un

paquete de cigarrillos, que ofreció al Duce.

—No, gracias —dijo este, y explicó que muy raramente fumaba.

—Siempre he envidiado a los que no fuman —declaró Bellini—. Es algo terrible querer fumar y no tener cigarrillos.

Permanecieron unos momentos en silencio. Luego, Bellini se volvió y agregó:

—Ha hecho usted muchas cosas en su vida, unas buenas y otras malas. Pero lo que nunca comprenderé y lo que nunca podré perdonar, es que haya usted consentido que sus hombres tratasen a los compañeros nuestros que caían en sus manos de manera tan bestial e inhumana.

—¡No puede usted culparme de eso! ¡No es verdad! —replicó Mussolini, con vehemencia.

Y aseguró que podía probarlo con documentos.

Ya en el cuartel, Bellini aseguró una vez más a Mussolini que estaba a salvo de cualquier peligro.

—Todos han recibido órdenes para que le traten con consideración y cumplan sus deseos. Adiós, nos veremos pronto. ¿Desea usted algo más, antes de que me vaya?

El Duce dijo que no, pero luego cambió de parecer.

—Querría que diese recuerdos de mi parte a una dama que retienen ustedes en Dongo. La que viajaba con el caballero español.

—¿Y qué desea usted que le diga?

—Nada en especial; solo que estoy bien, que le envío mis saludos y que no debe preocuparse por mí.

—Está bien. Pero, dígame, ¿quién es esa dama?

—Pues… es una buena amistad.

—Al menos podría decirme su nombre, si espera que hable con ella.

—El nombre no tiene importancia —declaró el Duce, visiblemente incómodo—. Se trata solo de una buena amiga, y no desearía crearle ningún problema, pobre mujer.

Bellini manifestó que al fin terminaría por averiguar quién era ella.

Entonces Mussolini miró furtivamente en torno a la habitación, y dijo con un susurro:

—Es la *signora* Petacci.

Bellini se dio cuenta de que era la amante del Duce, y manifestó:

—Daré su mensaje a esa dama.

—¡Le ruego que no revele esto a nadie! —dijo Mussolini—. He confiado en usted, y es algo que debe quedar entre los dos. No quiero que ella pueda resultar perjudicada por mi culpa. Tiene que prometerme que nadie más lo sabrá.

Bellini saludó y se marchó.

Mussolini se sintió más tranquilo, y durante la cena relató a los impresionados guardias numerosas anécdotas de su visita a Rusia para entrevistarse con Stalin, y les habló del inminente derrumbe del imperio británico.

—¡Ah, qué hermosa es la juventud! —afirmó, y como uno de los soldados le mirase sonriendo, añadió—: Sí, sí, la juventud es algo magnífico. Siento afecto por los jóvenes, aun cuando empuñen armas contra mí.

A continuación extrajo su reloj de oro del bolsillo y se lo entregó al sonriente guardia.

—Tenga, guárdelo como recuerdo mío.

En la pequeña estancia de la alcaldía de Dongo, Claretta Petacci acababa de pedir un coñac a uno de los guardias. Pero cuando este se lo trajo, no tomó más que un sorbo. Aún conservaba el sombrero en forma de turbante y el abrigo de pieles con que había viajado. En la mano derecha llevaba un anillo de casamiento. A continuación pidió un café, lo probó ligeramente y dijo que no era bueno. Preguntó si le podían servir otra copa de coñac.

El guardia le dijo que tomase el que acababa de llevarle. Ella replicó, indignada:

—Le ha caído polvo encima; puede hacerme daño.

Por fin tomó la copa, y después de limpiar el borde, bebió el contenido.

—Espero que no me perjudique —añadió.

Poco después se pinchó un dedo con un alfiler y quiso que llamasen a un médico. Cuando se le rompió una uña pidió que le llevaran una lima. Claretta estaba sola, en el momento en que Bellini entró en la estancia.

—Alguien me ha dado saludos para usted —dijo el partisano, con voz tranquila.

—¿Saludos para mí? ¿Quién era? —inquirió ella, mirándole con un gesto de sorpresa.

—Alguien al que acabo de dejar —declaro Bellini, tomando asiento junto a la mujer—. Uno de mis prisioneros.

—Quizá el caballero español que me trajo en automóvil.

—No. Es otro hombre al que usted conoce muy bien. Es Mussolini.

—¡Mussolini! Pero si no lo conozco…

Bellini dijo a Claretta Petacci que no era muy buena actriz, y agregó:

—Sé quién es usted, *signora*. El mismo Mussolini me lo dijo. Bellini se dispuso a marcharse. Pensó que, después de todo, la Petacci no era más que una aventurera.

—Por favor —dijo ella—, ¿puede asegurarme que es cierto, que fue Mussolini quien le dio ese mensaje?

—Le digo que sé quién es usted. Usted es la *signora* Petacci.

—Sí, es cierto; soy Clara Petacci —replicó ella, suspirando profundamente.

De pronto, comenzó a hacer preguntas. ¿Cuál era el mensaje de Mussolini? ¿Dónde estaba él? ¿Se hallaba en peligro? Bellini le rogó que tuviese calma. Dijo que él mandaba en la zona y que Mussolini no estaba en peligro…, al menos por el momento.

—¿Por el momento? —exclamó ella, alarmada—. ¿Por qué dice eso? ¿Qué puede ocurrirle? ¡Dígamelo, por piedad!

Bellini dijo que no le ocurriría nada a Mussolini si no se hacían tentativas para liberarle.

—¿Liberarle? Pero ¿quién puede pensar en eso? ¡Si hubiese usted visto lo que yo en los últimos días! ¡Que gentuza! Era una vergüenza ver cómo huían. Lo único que pensaban era en salvar su mísera piel. Nadie pensó un instante en el hombre al que habían jurado lealtad, y por el que se suponía que iban a dar la vida…

Claretta Petacci se puso a llorar y Bellini tomó asiento a su lado, de nuevo, preguntándose si no se habría equivocado al juzgarla.

—¿Qué le pidió él que me dijese? —preguntó de nuevo Claretta.

—Solo quería enviarle recuerdos y decirle que no se preocupase por él.

Rogó después que el Duce fuese entregado a los Aliados, y Bellini contestó:

—Los Aliados nada tienen que ver con esto. Al contrario, voy a tratar de que no caiga en sus manos. La suerte de él solo concierne a los italianos.

Cuando Bellini se puso de nuevo de pie, la mujer preguntó, con tono vacilante:

—Dígame, ¿qué van a hacer ustedes conmigo?

—No lo sé. Ha estado usted muy cerca de Mussolini y es bien conocida. Las autoridades decidirán.

De pronto, Claretta Petacci preguntó a Bellini si creía que se había convertido en la amante de Mussolini por motivos egoístas.

El partisano no supo qué contestar.

—¡Cielos, también usted! Todos creen cuanto se ha dicho de mí —exclamó ella, sollozando—. Le he querido tanto, que su vida se convirtió en la mía. Solo me parecía vivir cuando estaba con él, lo que siempre era por poco tiempo. ¡Debe usted creerme!

Bellini pensó durante un momento que ella estaba haciendo una farsa. Pero luego le dijo, suavemente, que creía cuanto le había dicho.

—Es usted muy atento —contestó Claretta, llevándose un pañuelo a los ojos y preguntándole después si podía hacerle un favor.

Bellini dijo que primero tenía que saber de qué se trataba. Acercó un poco su silla, encendió un cigarrillo y la observó, mientras ella parecía ordenar sus pensamientos, con los ojos entrecerrados. Por fin, con voz serena, la mujer afirmó que había conocido a Mussolini en 1926, cuando ella solo tenía veinte años.

—El era entonces un hombre muy joven de aspecto, que no representaba en modo alguno su edad —siguió diciendo Claretta, y añadió que Mussolini tenía en aquella época cuarenta y tres años.

Se sintió atraída por su fuerte personalidad y por la sensación de osadía y firmeza que de él se desprendían. De todos modos, ella se dio cuenta de que su alegría era forzada. Evidentemente, se hallaba inquieto, y ninguna de las numerosas amantes que tenía le había proporcionado un amor verdadero.

—Todo lo que yo deseaba era que él pudiera considerarme como una amiga fiel a la que pudiese recurrir cuando intentaba evadirse de los problemas diarios.

Preguntó luego Claretta a Bellini si le estaba aburriendo con su larga historia, y él replicó con franqueza que no era así. Le habló entonces del amor que se profesaron ambos, del total desinterés que ella sentía por la política y de que hasta las antiguas amantes de Mussolini acudían a pedirle ayuda.

—Y puede usted creerme —dijo ella—, cuando le digo que yo solía interceder por esas mujeres. Siempre estuve enterada de sus muchos amores, pero, a pesar de eso, no me sentía celosa.

Le comprendía y le perdonaba, y me alegraba de ser la única que mandaba en su corazón y sus sentimientos.

Por esa razón, declaró, no había pensado en abandonarle, al llegar el fin. Entonces, Claretta se inclinó hacia adelante, cogió la mano de Bellini y dijo:

—¡Déjeme ir con él!

Bellini se estremeció, liberó sus manos suavemente y dijo que los fascistas podían tratar de liberar al Duce, lo que sería un peligro para ella.

—Ahora lo comprendo —dijo Claretta, y lo repitió una y otra vez—. ¡Van ustedes a matarle!

Se secó de nuevo las lágrimas con el pañuelo, y algo más serena, manifestó:

—Debe usted prometerme que si matan a Mussolini podré estar a su lado en los últimos momentos y que me matarán junto a él. ¿Es eso pedir demasiado?

—Pero, *signora*…

—Quiero morir con él. Mi vida no tendrá objeto cuando muera Mussolini. Me moriría, de todos modos, pero más lentamente y con mayores sufrimientos.

La forma en que Claretta trataba de contener sus emociones, conmovió aún más a Bellini que su llanto.

—Por favor, no se inquiete de ese modo. Le juro que no tengo la menor intención de matar a Mussolini —aseguró el conde. Claretta le miró fijamente y él sonrió para tranquilizarla.

—Le creo —dijo ella, suspirando.

—Procuraré hacer lo que pueda —afirmó Bellini, en el momento de marcharse.

El conde se trasladó a otra estancia, y dijo a los dos partisanos comunistas, Moretti y el capitán Neri, que la mujer que se hallaba en la habitación contigua era Claretta Petacci. Les contó lo que ella le había pedido y añadió:

—No creo que haya nada de malo en eso. Estuve a punto de acceder, pero antes quise conocer la opinión de ustedes.

Tanto Nero como Moretti declararon que no tenían ningún inconveniente, y entonces Bellini volvió a donde se hallaba Claretta Petacci.

—Bueno, señora —dijo él, alegremente—. Vamos a acceder a su petición. Puede usted ir a su lado. ¿Está contenta?

—¡Gracias, muchas gracias! —exclamó ella, y trató de besarle la mano, pero Bellini la retiró, visiblemente azorado.

A las once de la noche, Bellini, Neri y Moretti aún no habían recibido instrucciones del cuartel general de los partisanos, en Milán. En consecuencia, decidieron proseguir con sus planes de ocultar a Mussolini. Bellini dijo que saldría en seguida hacia Germasino, para ir a buscarle.

Estaba lloviendo intensamente cuando el conde salió a la plaza de la población. El lago tenía una apariencia espectral, entre las tinieblas. Era una noche perfecta para trasladar al Duce, se dijo Bellini. Ordenó entonces a su conductor que se encaminase hacia el cuartel de los *finanzieri*.

El partisano que estaba de guardia, un tal Buffelli, condujo a Bellini hasta una celda donde se encontraba el Duce acostado sobre un catre.

—¿Está usted dormido? —inquirió Bellini suavemente.

—No, no —contestó Mussolini, echando la manta a un lado—. Solo estaba descansando.

—Siento molestarle, pero es necesario que se levante. Vamos a llevarle a otro lado. Queremos trasladarle a un lugar más seguro.

—Lo esperaba —dijo el Duce, que comenzó a tiritar, por lo que el conde le recomendó que se abrigase bien.

—Le traeré su abrigo —manifestó Bellini, y se acercó a la silla sobre la que se hallaba el capote alemán.

—No, no quiero esa prenda. Ya he terminado con los alemanes. Me traicionaron tres veces y no deseo nada de ellos. Prefiero otra cosa.

Bellini le proporcionó un capote de *finanzieri* y le colocó una capa sobre los hombros. Después dijo al Duce que sería conveniente vendarle la cabeza para que no le reconociesen.

—¿Le importaría? —añadió Bellini.

—No, si usted lo considera necesario.

Vendaron el rostro del Duce, a excepción de los ojos y la boca, y salieron de regreso hacia Dongo.

—Dígame —manifestó Mussolini, con tono vacilante—, ¿pudo usted hablar con la dama?

—En efecto.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien, teniendo en cuenta la situación. Desde luego, está algo deprimida, y preocupada por el futuro.

Bellini observó que la figura vendada que estaba a su lado permanecía en silencio.

—Ahora voy a darle una sorpresa que creo que le gustará —agregó—. Esa señora me pidió que la dejase estar junto a usted. Tanto me rogó y suplicó, que al fin consentí en ello.

—¡Cómo! —exclamó Mussolini, visiblemente conmovido. El Duce se aflojó

un poco el vendaje, y después de aclararse la garganta varias veces, inquirió:

—¿Puedo saber a dónde me llevan ahora?

—A un lugar en las cercanías de Como, donde podrá permanecer en secreto y con toda seguridad.

En Como, mientras tanto, el coronel Giovanni Sardagna, comandante local de los partisanos, acababa de recibir un telegrama del cuartel general de Milán, que decía así:

«Traiga a Mussolini y a sus jerarcas a Milán cuanto antes».

Sardagna llamó a Milán y manifestó que era demasiado arriesgado llevar allí al Duce. En consecuencia, se decidió trasladarlo en lancha hasta Blevio, un pueblo de la costa oriental del lago situado unos seis kilómetros al norte de Como, donde podrían ocultarle temporalmente en una apartada finca, perteneciente a Remo Cademartori, un industrial de la región.

Informaron a Cademartori que pronto tendría un invitado, un oficial inglés herido. Pero el industrial dedujo que se trataba de Mussolini y se trasladó al embarcadero, donde esperó a la lancha en compañía de su anciano jardinero.

Mussolini y sus dos acompañantes se iban aproximando a Dongo. Al trasponer una curva, vieron un automóvil estacionado cerca de un puente y se detuvieron. Moretti salió del coche y dijo al conde que todo estaba dispuesto. Bellini vio al capitán Neri y a Claretta, que salían asimismo del vehículo, y dijo a Mussolini que podía ir junto a ellos.

—Buenas noches, *Eccellenza* —dijo Claretta, saludándole protocolariamente.

—Buenas noches, *signora* —contestó Mussolini.

Ambos se miraron en silencio, mientras la lluvia caía sobre ellos.

—¿Por qué me has seguido? —dijo al fin Mussolini.

—Porque así lo deseaba. Pero ¿qué te ha ocurrido? ¿Te han herido?

—No, no es nada —declaró Mussolini, arreglándose nerviosamente el vendaje de la cabeza—. Una simple precaución.

—Debemos irnos —manifestó Bellini—. Por favor, vuelva al coche, señora.

—Pero ¿por qué no podemos quedarnos los dos juntos? —inquirió Claretta —. Recuerde que me lo prometió.

Bellini dijo que era más seguro ir en coches separados. Entonces Gianna, una muchacha partisana que había ayudado a vigilar a Mussolini, se acercó a Bellini esgrimiendo una pistola de gran tamaño.

—No te preocupes —afirmó—. No se irá de mi lado. Si advierto algo sospechoso, le pego un tiro.

Bellini declaró que no tenía que disparar, a no ser que él diera la orden.

—Está bien —contestó la muchacha—. Pero si te ocurre algo, le mato en el acto.

Colocaron a Mussolini entre ellos, en el asiento posterior, y el capitán Neri abrió la marcha en el otro automóvil. Los partisanos situados en cada puesto de vigilancia de la carretera les conocían y les dejaron pasar. Cuando se acercaban a Menaggio, Mussolini pronosticó que aquel año habría una cosecha excelente, especialmente de cereales y uvas. De improviso se oyó una descarga de ametralladora.

Bellini ordenó al conductor que se refugiase bajo una gran roca que sobresalía hacia la derecha de la carretera, y Neri salió del coche, identificándose, con lo que cesaron los disparos. Pero los partisanos del puesto siguiente, tres kilómetros más adelante, no le reconocieron. Sin embargo, al ver a Bellini, uno de ellos gritó:

—¡Pedro! ¡No puedo creerlo! ¡Aún estás con vida!

Bellini, cuyo nombre en la resistencia era Pedro, explicó que el hombre vendado que se sentaba junto a él era un partisano herido.

—Le llevamos a Como urgentemente. Procura abrirnos paso lo más rápido que puedas.

En la plaza de Moltrasio, unos ocho kilómetros antes de llegar a Como, oyeron disparos a lo lejos, y un hombre del lugar les dijo que los Aliados estaban eliminando partidas de fascistas en las calles de Como.

Tras un rápido cambio de impresiones, decidieron regresar. Neri dijo que tenía un buen lugar para ocultar a Mussolini, cerca de la carretera situada frente al lago. En consecuencia, dieron la vuelta y después de veintidós kilómetros de marcha llegaron a Azzano.

—Salgan todos, por favor —dijo Neri—. Tenemos que ir andando un trecho.

Comenzaron entonces a ascender por un escarpado camino de pedruscos que cruzaba el pueblecillo. Pronto dejaron atrás las casas y se encontraron en el

campo. El suelo era resbaladizo, sobre todo para Claretta, que llevaba tacones altos. Bellini cogió un pesado bulto que ella llevaba y se lo entregó a un guardia. Mussolini, que iba envuelto en una manta, la cogió por un brazo, y Bellini lo hizo por el otro. Durante casi un kilómetro ascendieron penosamente por una colina, hasta llegar al villorrio de Bonzanigo.

Neri se encaminó hacia la primera casa, un edificio de tres pisos pintado de blanco, y llamó a la puerta trasera. El dueño, Giacomo de María, bajó las escaleras, abrió la puerta y parpadeó, aún no del todo despierto. Neri le pidió refugio para «un hombre herido», y el grupo fue invitado a pasar. Giacomo les condujo por unas estrechas escaleras hasta la cocina, donde su mujer, Lía, estaba encendiendo el fuego en una gran chimenea de leña.

El matrimonio accedió a tener a Mussolini y Claretta durante unos días, en el más absoluto de los secretos, y enviaron sus hijos a la montaña, a fin de tener sitio para alojar a los recién llegados. Lía preparó un buen jarro de café de malta. Mussolini no lo probó, pero Claretta, que había rechazado un café mejor en Dongo, bebió el suyo con gesto satisfecho.

Bellini y Moretti ascendieron al piso superior para examinar la habitación de los muchachos. Era pequeña, y en ella se veían dos baúles, un lavabo, dos sillas, un pequeño armario y un lecho de dos plazas con una llamativa imagen sobre la cabecera. Mirando por la ventana, Bellini vio que la altura era de unos siete metros hasta el suelo. Por allí no había posibilidad de huída.

Mussolini y Claretta se hallaban sentados tranquilamente junto al fuego, disfrutando de la tibia temperatura, cuando regresó Bellini. Dijo a dos de los guardias que siguieran vigilando hasta que fuesen relevados, y prometió a Claretta que le enviaría su maleta desde Dongo. Al marcharse, Bellini se volvió para echar una mirada final a la pareja. Mussolini, aún con la cabeza vendada, tenía las manos sobre las piernas y estaba recostado en el respaldo de su silla, mirando fijamente al fuego. Claretta estaba inclinada hacia delante, con los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en una mano.

Pocos minutos más tarde Claretta pidió ir al baño, y Lía la condujo hasta un rústico cobertizo. Uno de los guardias se quedó vigilando en las proximidades. Cuando Lía regresó a la cocina, Mussolini se había quitado las vendas. Sus rasgos eran tan conocidos que la mujer llevó aparte a su marido y susurró:

—Se parece a Mussolini, pero no puede ser. ¿Qué haría el Duce en casa de unos granjeros?

Supusieron que se trataría de algún prisionero alemán, pero no tenían idea de

quién podía ser la guapa señora.

Lía enseñó la habitación a Claretta, y después de algunos instantes esta volvió y dijo a Mussolini:

—Ven a ver. Nos han preparado una habitación para los dos.

El Duce palpó el colchón, como si fuera un turista de vacaciones, y dijo a Lía:

—Está bien, muchas gracias.

Claretta preguntó si podían llevarles otra almohada, y explicó:

—El suele dormir con dos almohadas.

Lía trajo lo que le pedían, y les deseó que pasaran una buena noche. Cuando bajaba por las escaleras, pensó: «¡Qué gente más agradable!».

2

En Milán, mientras tanto, un grupo de dirigentes de los partisanos se reunió y decidió enviar a Walter Audisio, cuyo nombre en el movimiento de resistencia era el de «coronel Valeria», en busca de Mussolini. La reunión se postergó para el día siguiente, pero los comunistas siguieron hablando y se enteraron de que Palmiro Togliatti, jefe del Partido Comunista Italiano, había ordenado en secreto la ejecución sumaria de Mussolini y su amante. Sin la menor objeción se convino enviar al coronel Valerio para que diese muerte a los prisioneros en cuanto se les identificase. Valerio era un comunista acérrimo, que había luchado en la guerra civil española.

Para evitar cualquier tentativa de los Aliados de capturar a Mussolini con vida, los comunistas enviaron el siguiente telegrama al cuartel general de los Aliados, en Siena:

> *«El Comité de Liberación lamenta no poder entregar a Mussolini, el cual, habiendo sido juzgado por un tribunal popular, fue ejecutado en el mismo lugar donde quince partisanos fueron fusilados por los fascistas».*

Valerio salió de Milán poco después del amanecer del 28 de abril, con una escolta de unos quince guerrilleros bien armados. Una hora más tarde, el grupo se vio detenido por los partisanos de Como, que se oponían a que Mussolini fuese llevado a Milán, pues querían tener el orgullo de recluirle en su propia

cárcel.

Por fin, Valerio —un individuo alto, robusto, de unos cuarenta años— empuñó una pistola e insistió en que le tenían que dejar llamar por teléfono a su cuartel general de Milán. Se hizo la llamada y al fin llegóse a un acuerdo: Valerio podía seguir hasta Dongo para apoderarse de Mussolini, pero deberían acompañarle dos partisanos de Como, llamados Sforni y Angelis.

A la una y media un partisano corrió lleno de agitación hasta donde se hallaba Bellini y le dijo que un coche negro y un camión acababan de llegar a la plaza de Dongo. Unos hombres armados que aseguraban ser partisanos, estaban rodeando la Alcaldía, y su jefe exigía ver al comandante local.

Bellini temió que se tratase de un plan para liberar a los prisioneros. Llamó a Lazzaro, que se hallaba en Domaso, y le ordenó que mandase refuerzos inmediatamente. Después se encaminó hacia la plaza. Formando una fila se hallaban en el centro de la misma quince hombres armados con fusiles ametralladores. Con sus uniformes de color caqui, bien planchados, aquellas gentes tenían un raro aspecto, para ser partisanos. Un hombre alto, ligeramente calvo y de rostro atezado, se presentó como el coronel Valerio, enviado especial del Cuartel General del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad, y dijo con acento imperioso a Bellini:

—Tengo que hablar con usted en privado sobre un asunto de la mayor importancia.

Bellini le contestó que le acompañase a su despacho, y añadió:

—Deje a sus hombres aquí y sígame.

—Mis hombres deben venir conmigo —manifestó Valerio.

Inquirió Bellini a los acompañantes de Valerio si tenían hambre, y como contestasen afirmativamente, les envió a la cocina. Examinó luego Bellini los documentos de identificación de Valerio y los encontró en regla. Pero había algo en el coronel que no le gustaba, y dijo que prefería entregar los prisioneros en su propio cuartel general.

—Al fin y al cabo, nosotros los capturamos —agregó.

—Eso no tiene ninguna importancia —replicó Valerio, sin rodeos—. He venido a matarlos.

Bellini se estremeció.

—La sentencia ha sido decretada por el Comité Nacional de Liberación, y es

una orden del cuartel general. Me han encomendado que la lleve a cabo, y estoy dispuesto a hacerlo. Bellini dijo que tenía que hablar con sus compañeros. Neri, Moretti y Giana, la muchacha partisana —todos ellos comunistas, como Valerio —, pensaron del mismo modo que Bellini.

—No debemos entregarlos —repetía incesantemente Gianna. Sin embargo, a ninguno se le ocurría una justificación.

—Bien, le entregaremos los prisioneros —dijo por fin Bellini a Valerio—, pero nos declaramos en contra de lo que usted se dispone a hacer.

Valerio miró despectivamente al conde y pidió una lista de los prisioneros.

—Benito Mussolini, ¡muerte! —leyó, e hizo una cruz con un lápiz, al margen —. Clara Petacci…, ¡muerte!

Bellini dijo que era inadmisible que se diese muerte a una mujer.

—Fue consejera de Mussolini, en el aspecto político, durante muchos años —aseguró Valerio.

—¡Era solo su amante!

—¡Sé bien lo que estoy haciendo! —gritó Valerio, irritado—. ¡Y soy el único que debe decidir!

Agregó que tenía prisa y que debía volver a Milán antes del anochecer con los cadáveres. Bellini insistió en que la sentencia debía ser anunciada por un tribunal debidamente constituido, pero al fin accedió a reunir a todos los prisioneros en la Alcaldía. En ese momento llegó un partisano con la noticia de que dos hombres, llamados Sforni y Angelis, manifestaban haber sido enviados por el Comité Nacional de Liberación de Como para detener la actuación de Valerio y para hacerse cargo de Mussolini. Sin embargo, no pudieron presentar las debidas credenciales, y Bellini tuvo que permanecer inactivo mientras Valerio ordenaba que les encerrasen.

El hermano de Claretta fue introducido en la estancia, y Valerio le preguntó:

—¿*Habla usted español*?[61]

Petacci vaciló, y dijo:

—No, pero hablo francés.

—¿Cómo es eso? ¡Un cónsul de España que no habla español! —manifestó Valerio, sarcásticamente.

Petacci explicó débilmente que llevaba viviendo en Italia veinte años, pero que había visto a su padre en España hacía seis meses.

—Y cuando vio a su padre, ¿le habló en francés? —inquirió Valerio,

bromeando.

Entonces el coronel se puso de pie y abofeteó a Petacci, mientras decía airadamente:

—¡Sé muy bien quién eres, cerdo! ¡Eres Vittorio Mussolini! ¿Te acuerdas de cuando andabas rondando por los estudios cinematográficos?

—Pero…, está usted equivocado —tartamudeó el hermano de Claretta Petacci.

El enfurecido Valerio arrinconó a Marcello contra una pared y ordenó a Lazzaro:

—¡Sáquelo afuera y mátelo…! ¡Ahora mismo!

Lazzaro extrajo de mala gana su pistola y ordenó a Petacci que saliera delante de él. Mientras bajaban las escaleras, Petacci seguía insistiendo que no era Vittorio Mussolini. Cuando atravesaron la plaza, la gente empezó a gritar:

—¡Miren qué gordo está! ¡Que le maten!

Lazzaro contuvo a la turba con su arma, y condujo a Petacci hacia el monasterio de capuchinos, para pedir los oficios de un sacerdote. Luego encendió un cigarrillo y se lo entregó al prisionero.

—Es verdad que no soy cónsul español —admitió Petacci—. Pero tampoco soy Vittorio Mussolini. En realidad soy el jefe del Servicio de Inteligencia Italiano.

Lazzaro hubiese preferido que el prisionero se callase, para poder pensar mejor. Después de todo, ¿por qué iba él a matar a un hombre, solo porque fuese Vittorio Mussolini?

Llegó en esos momentos un capuchino, y Lazzaro se retiró para que los dos hombres pudiesen hablar con más libertad. Al cabo de media hora, Lazzaro se aproximó, y Marcello le dijo:

—No soy Vittorio Mussolini. ¡Soy Marcello Petacci!

—Bueno, ¿y qué? —contestó Lazzaro, que había entendido «Pertacci».

—Soy Marcello Petacci —repitió el prisionero.

—¿Pertacci?

—No, Pertacci no; *Petacci*.

Eran las cuatro de la tarde cuando Valerio, Moretti y Neri llamaron a la puerta de la casa de los María. Valerio subió corriendo al tercer piso e irrumpió en la habitación donde estaban Mussolini y Claretta.

—¡He venido a rescatarle! —gritó.

—¿De verdad? —preguntó Mussolini, sarcásticamente.

Claretta comenzó a rebuscar entre un montón de ropa, y Valerio le preguntó, lleno de impaciencia:

—¿Qué busca?

—Mi combinación…

El coronel les dijo que se diesen prisa, y les empujó luego escaleras abajo. Lía les vio salir por la puerta, y entró en el dormitorio. La funda de las almohadas estaba manchada con tinte de pestañas.

Mussolini y Claretta fueron llevados al poblado de Bonzanigo, hasta la plaza, donde algunas mujeres lavaban la ropa golpeándola contra la piedra de la fuente. Cruzaron bajo una antigua arcada, y luego ascendieron a un automóvil que allí había estacionado. Con dos hombres subidos en los estribos, el coche comenzó a descender lentamente por la colina, en dirección a Azzano. Dos pescadores curiosos les siguieron.

El vehículo había avanzado solo unos cientos de metros, cuando se detuvo ante una gran puerta de hierro que constituía la entrada de una finca.

Valerio salió del coche. Obrando como si presintiese algún peligro, susurró:

—¡Oigo ruidos! Voy a ver qué sucede.

Dijo a Mussolini y Claretta que permaneciesen en sus puestos y avanzó cautelosamente hacia una curva que había algunos metros más adelante. Luego regresó, y siempre en voz baja dijo al Duce y su compañera que se ocultasen detrás de la puerta.

Mussolini se mostró desconfiado, pero fue hacia donde le indicaban. Claretta se le reunió en seguida. Se produjo un embarazoso silencio, y de pronto Valerio gritó:

—¡Por orden del cuartel general del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad, debo hacer justicia al pueblo italiano!

Mussolini permaneció inmóvil, pero Claretta le rodeó el cuello con los brazos y exclamó:

—¡No, no debe morir!

—¡Apártese si no quiere que la maten también! —dijo Valerio.

Claretta se colocó a la derecha del Duce. Con el sudor resbalándole por el rostro, Valerio apuntó con el fusil ametrallador hacia Mussolini, y oprimió el gatillo. No ocurrió nada. Extrajo entonces su pistola, pero también se le encasquilló.

—¡Deme su arma! —dijo Valerio a Moretti.

Este le entregó un fusil ametrallador que Bellini le había entregado hacía un mes tan solo. Desde cuatro metros de distancia Valerio disparó una ráfaga de cinco tiros. Mussolini cayó de rodillas y luego se desplomó sobre el suelo.

En seguida, Valerio volvió el arma hacia Claretta.

Bellini había ido a recoger a otros seis prisioneros al cuartel de los *finanzieri*, situado en Germasino. De regreso por la escarpada que llevaba a Dongo, los prisioneros comentaban la belleza del paisaje.

—¡Lástima que nuestra situación nos impida disfrutar más del panorama! —afirmó Pavolini.

—Yo me preguntó cómo hemos podido llegar hasta aquí —murmuró Casalinovo.

—¿Y qué otra cosa esperaba? —replicó Pavolini, bromeando—. Mussolini siempre tiene razón en lo que hace.

Cuando Bellini salía de su coche, ante la Alcaldía, Lazzaro se aproximaba con Petacci. Lazzaro explicó que su prisionero aseguraba ser Marcello Petacci, y no Vittorio Mussolini. Un partisano intervino y dijo que había visto a Vittorio Mussolini muchas veces.

—Puedo asegurarles que ese cónsul español no es él. Cuando Petacci vio a los demás prisioneros, exclamó:

—¡Esos me conocen!

Pero Pavolini, Casalinovo y Barracu le volvieron la espalda. Para ellos era peor que un alcahuete.

—¿Conocen a este hombre? —preguntó Lazzaro.

Nadie contestó.

—¿Conoce usted a ese hombre? —inquirió Lazzaro, dirigiéndose a Barracu.

—No —dijo el subsecretario, mirando a otro lado.

—¿Y usted, Pavolini?

—No.

—¡Digan quién soy! —gritó Petacci, enfurecido—. ¡Vamos, díganlo! ¡Todos, todos me conocen!

—Bueno, ¿conocen a este hombre, sí o no? —inquirió Lazzaro, con impaciencia. Por fin, Barracu admitió que le conocía.

—Bien, ¿quién es?

Se produjo un largo silencio. Barracu miró a Petacci, y luego dijo con sorna:

—Solo le conocemos como «Fosco».

Los ojos de Petacci se abrieron de asombro. Al momento le sacaron de allí.

Unos minutos más tarde otro automóvil se detuvo ante la Alcaldía. Valerio se asomó por una ventanilla gritando lleno de agitación:

—¡Se ha hecho justicia! ¡Mussolini ha muerto!

Bellini quedó anonadado. Luego musitó:

—Pero creí que habíamos convenido…

—Lo sé, lo sé. Pero no podíamos perder más tiempo. ¿Dónde están los demás? ¿Los tiene en su poder?

Bellini llevó a disgusto a Valerio hasta el primer piso de la Alcaldía, donde estaban encerrados todos los prisioneros en un gran salón de altas y ornamentadas paredes. Rubini se aproximó a Valerio y le rogó que no diese muerte a nadie más. El coronel se negó a acceder, y Rubini dijo indignado que renunciaría como alcalde.

Se solicitó la presencia de un sacerdote del monasterio, y se le dio tres minutos para que preparase espiritualmente a los prisioneros. Comenzó a llover. El cielo estaba oscuro, como fondo apropiado para el tétrico escenario de la plaza. La gente comenzó a reunirse con curiosidad no exenta de malsana satisfacción. Valerio quiso formar un pelotón de ejecución integrado a medias por sus hombres y por los de Bellini.

—Nos oponemos a lo que usted hace —dijo Bellini—. Debo obedecer, y por eso le entrego los prisioneros. Pero nada más. No ordenaré a ninguno de mis hombres que tome parte en la ejecución. No solo eso, sino que una vez que le haya entregado los prisioneros, me retiraré para no presenciar lo que desapruebo, y como señal de protesta.

—¡Le ordeno que se quede! —vociferó Valerio—. ¿Lo entiende? ¡Se lo ordeno!

—Si es una orden —contestó Bellini, secamente—, no queda más remedio que obedecer.

Quince prisioneros, flanqueados por partisanos, comenzaron a cruzar lentamente la plaza del pueblo. En silencio se alinearon delante del bajo muro que daba al lago, dando la espalda al mismo. El pelotón de Valerio, armado de fusiles ametralladores, se colocó a cinco metros de los prisioneros. Mientras el sacerdote administraba los últimos sacramentos, Valerio se acordó del presunto cónsul español y ordenó que lo alinearan con los demás. Poco después traían a

Petacci desde la Alcaldía.

—¡No le queremos con nosotros! —gritaron los otros condenados, levantando el puño contra él—. ¡Es un traidor!

Petacci, retrocedió, consternado.

—¡Colóquenlo con los demás! —exclamó Valerio—. ¡Y terminen de una vez!

—No comprendo cuál es la diferencia —dijo Bellini.

Valerio pareció vacilar, y Petacci fue dejado a un lado. El comandante del pelotón ordenó:

—¡Atención, prisioneros! ¡Media… vuelta!

Varios de los condenados levantaron el brazo haciendo el saludo fascista, y algunos gritaron «¡Viva Italia!». Los demás no parecían darse cuenta de lo que ocurría. Por fin todos se volvieron de cara al lago, a excepción de Barracu, que dio un paso al frente y señaló su condecoración.

—Tengo la medalla de oro —dijo—. Me asiste el derecho de que me disparen en el pecho.

Bellini pidió a Valerio que le concediese aquel favor, pero el coronel manifestó:

—¡En la espalda! ¡Le matarán por la espalda, como a los demás! Barracu se volvió rápidamente. La plaza permaneció en silencio.

—Pelotón… ¡Carguen! ¡Apunten! ¡Fuego!

Se oyó una descarga cerrada y otra vez volvió a reinar el silencio.

—¡Que traigan a Petacci! —gritó alguien.

Retorciéndose desesperadamente, y con el rostro contraído por el miedo, Marcello Petacci fue arrastrado hasta el centro de la plaza por dos partisanos.

—¡No pueden matarme! —gritaba Marcello Petacci—. Están cometiendo un terrible error. Después de todo lo que he hecho por Italia…

Al ver los cadáveres, Petacci se libró de los guardias y corrió por entre la multitud hacia el Hotel Dongo, donde estaban su mujer y sus hijos. De nuevo le cogieron y le llevaron hasta el parapeto, a rastras y dándole golpes. Hizo otra vez un esfuerzo sobrehumano para liberarse, lanzó un aullido y se arrojó al lago, comenzando a nadar desesperadamente. Varias balas de fusil alcanzaron a Petacci, que desapareció bajo las aguas.

Los partisanos dispararon al aire sus fusiles, como para liberar la incontrolable tensión que les dominaba. Cuando terminaron las descargas, Valerio pidió a Bellini que sacase el cadáver de Petacci del lago.

—Busque a otra persona para eso —contestó el conde.

El domingo por la mañana, a hora temprana, los cuerpos de Mussolini, de Claretta y de otros fascistas ejecutados, fueron llevados en un camión hasta una estación de gasolina en construcción, de Milán, donde nueve meses antes quince rehenes habían sido fusilados por los alemanes. Los cadáveres fueron colocados en un montón, y hasta el anochecer no los dispusieron en fila. Mussolini fue colocado a un lado, y su cabeza quedó descansando sobre el pecho de Claretta Petacci.

Una densa multitud se reunió en torno al montón, y algunos mutilaron y golpearon los cuerpos. Mussolini, que conservaba la boca abierta, fue colgado de los pies en un cobertizo. También izaron a Claretta de la misma forma, con lo que la falda se le deslizó sobre la cabeza. Poco después una mujer subió a un cajón y le colocó la falda entre las piernas. Claretta tenía una expresión extrañamente pacífica, pero el rostro golpeado e hinchado de Mussolini estaba cruelmente desfigurado.

Treinta y tres años antes, armado con poco más que una idea, Mussolini había marchado sobre Roma para apoderarse del Gobierno. Ahora estaba muerto y vilipendiado, lo mismo que el Fascismo.

Capítulo cuarto

«El jefe ha muerto»

1

En la mañana del 28 de abril, el Grupo de Ejército Vistula ya estaba casi totalmente desarticulado y sus jefes se hallaban al borde de la rebelión declarada.

El Noveno Ejército de Busse ya no era una fuerza militar, sino una multitud de soldados desesperados y exhaustos que trataban por todos los medios de huir, en compañía de los civiles, hacia la relativa seguridad de las líneas de Wenck. La otra mitad del grupo de ejército de Heinrici, el Tercer Ejército Panzer de Manteuffel, también había abandonado sus posiciones y se retiraba luchando hacia el oeste. Trataban asimismo de escapar de los rusos, y su intención era rendirse a los angloamericanos.

Desafiando la orden de Hitler, Manteuffel había ordenado la retirada general, y cuando Heinrici llamó a Jodl a las diez de la mañana diciéndole que un cuerpo de tropas ya se había retirado hasta el río Havel, el moderado Jodl exclamó:

—¡Me están mintiendo desde todos los frentes!

Von Keitel llamó por teléfono a Manteuffel, directamente, y abiertamente le acusó de derrotismo: Luego dijo que se trasladaría al cuartel general del Tercer Ejército Panzer, situado en Neubrandenburg, para ver personalmente lo que sucedía.

Informado de esto, Heinrici se dirigió inmediatamente hacia Neubrandenburg y esperó allí con Manteuffel hasta que a las dos y media de la tarde llegó un

telegrama ordenándoles que se reunieran con Von Keitel en Neustrelitz, ciudad situada veintinueve kilómetros al Sur.

Los dos generales salieron hacia allí, pero a mitad de camino vieron a Von Keitel y su comitiva que se aproximaban. Ambos grupos se detuvieron en las proximidades de un lago y se inició una conferencia entre los árboles de un bosquecillo. Ocultos en las cercanías estaban tres oficiales del Estado Mayor de Manteuffel. Armados con fusiles ametralladores, tenían órdenes de apoderarse de Von Keitel por la fuerza, si hacía alguna tentativa de detener a su comandante.

—¡El grupo de ejército no hace más que retroceder! —exclamó Von Keitel —. Tanto la jefatura del grupo como la del ejército son demasiado benévolas. Si siguiesen el ejemplo de otros y se decidieran a tomar medidas enérgicas, fusilando a unos cuantos desertores, el grupo de ejército se mantendría en su lugar.

Heinrici replicó secamente que él «no actuaba de esa manera». Entonces Von Keitel se volvió hacia Manteuffel y le acusó de retirarse sin órdenes para ello. Al iniciar Heinrici la defensa de su subordinado, Von Keitel le dijo que no era «lo suficientemente enérgico».

Tomó Heinrici impetuosamente a Von Keitel por un brazo, y le condujo hasta la carretera, que estaba atestada de vehículos que huían en medio de la mayor confusión. Heinrici señaló hacia un carromato lleno de soldados de aviación que huían del frente.

—¿Por qué no me da un ejemplo usted mismo? —sugirió.

Von Keitel mandó detener el carro y ordenó a los soldados que descendieran.

—¡Llévenlos al cuartel general del Tercer Ejército y júzguenlos sumariamente! —exclamó, tras lo cual se encaminó hacia su propio automóvil. De pronto se detuvo y agitó el dedo índice ante el rostro de Heinrici—. ¡De ahora en adelante siga estrictamente las órdenes del Alto Mando! —gritó.

Pero Heinrici no se dejó intimidar.

—¿Cómo puedo seguir tales órdenes, si el mismo Alto Mando está defectuosamente informado acerca de la situación que reina ahora en el frente?

—¡Ya se enterará del resultado de esta conversación! —vociferó Von Keitel, lleno de cólera.

En ese momento se adelantó Manteuffel, quien dijo, con acento tan desafiante como Heinrici:

—¡El Tercer Ejército Panzer solo seguirá las órdenes del general Von Manteuffel!

Von Keitel fulminó con la mirada a los dos generales rebeldes y les repitió que debían obedecer punto por punto las órdenes que se les diera.

—¡Serán responsables del veredicto de la Historia! —añadió.

—Yo soy responsable de las órdenes que doy —contestó Manteuffel —y no culpo a nadie de ellas.

Los tres oficiales avanzaron, con los fusiles ametralladores preparados. Pero Von Keitel ya había dado media vuelta, y sin despedirse, subió a su automóvil.

Al anochecer los rusos irrumpieron a través de la línea que contenía la retirada de Manteuffel, y avanzaron en gran número hacia Neubrandenburg. Heinrici llamó por teléfono a Von Keitel y le puso al corriente del nuevo acontecimiento.

—¡Eso es lo que ocurre cuando uno se decide a abandonar una posición! —dijo Von Keitel.

—En ningún momento me decidí a abandonar posición alguna —contestó Heinrici—. La misma situación lo ha exigido así. Luego pidió autorización para ceder Swinemünde, que estaba defendida por una división de reclutas mal adiestrados.

—¿Cree usted que puedo decir al Führer que el último punto fuerte del Oder va a ser abandonado?

—¿Cómo voy a sacrificar a esos reclutas por una causa perdida? —dijo Heinrici—. Soy totalmente responsable de mis hombres. Y he combatido en dos guerras mundiales.

—¡Usted no tiene responsabilidades en ese aspecto! Es el Mando Superior el que asume le responsabilidad.

—Siempre me he sentido responsable, ante mi conciencia y ante el pueblo de Alemania. No puedo permitirme despilfarrar vidas ajenas.

De nuevo pidió permiso para retirarse.

—¡Debe usted retener Swinemünde!

—Si insiste, tendrá usted que hallar otro para que cumpla sus órdenes.

—Se lo advierto —farfulló Von Keitel—. Tiene usted edad suficiente para saber lo que significa desobedecer una orden en batalla.

—*Herr generalfeldmarschall*, lo repito: si quiere que cumplan esta orden, búsquese a otro que lo haga.

—Se lo advierto por segunda vez. Desobedecer una orden implica comparecer ante un consejo de guerra.

Fue ahora Heinrici el que perdió el control de sí mismo, y exclamó:

—¡Es increíble la forma en que se me trata! He hecho todo lo que pude por cumplir con mi deber, y siempre con la aprobación de mis oficiales. Perdería el respeto de mí mismo si hiciera algo que considero equivocado. Informaré a Swinemünde que el *feldmarschall* insiste en que la ciudad debe ser defendida, pero como no estoy de acuerdo con ello, pongo mi mando a su disposición.

—Con la autoridad que me confiere el Führer, le relevo a usted de su mando. Haga cargo inmediatamente de sus asuntos al general Von Manteuffel.

Pero este no estaba en modo alguno dispuesto a mostrarse complaciente, y telegrafió a Von Keitel diciendo que se negaba a aceptar el mando y el ascenso que con él viniese unido. Terminó el mensaje con un desafiante: «Aquí todas las órdenes las da Manteuffel».

Era, en efecto, el fin del Grupo de Ejército Vistula.

2

La desintegración de la jerarquía militar se hacia evidente hasta en el *bunker* de la Cancillería. Poco antes del amanecer del 28 de abril, Bormann, Krebs y Burgdorf, jefe del Personal del Ejército, se enzarzaron en una áspera disquisición, en la que parecía influir la bebida.

—¡Hace nueve meses me hice cargo de mi actual tarea, con todas mis energías y mi idealismo! —dijo Burgdorf—. Traté una y otra vez de coordinar la actuación del Partido y de las Fuerzas Armadas, y por ello mis compañeros del ejército me desdeñan y hasta me dicen que traicioné la ética militar. Ahora advierto que tales acusaciones estaban justificadas, y que mi trabajo no ha servido para nada. Mi ideal era erróneo, y además de eso, me he comportado como un ingenuo y un imbécil.

Krebs trató de calmar a Burgdorf, pero las voces habían despertado ya a Freytag von Loringhoven, que dormía en la habitación contigua. Este sacudió al joven Boldt, el cual ocupaba una litera situada encima de la suya.

—Te estás perdiendo algo bueno, amigo —susurró.

Se oía entonces a Burgdorf replicar a gritos al conciliador Krebs:

—¡Déjame en paz, Hans! ¡Todo esto había que decirlo! Tal vez ya no podamos hacerlo en las próximas cuarenta y ocho horas… Los jóvenes oficiales llenos de fe e idealismo han ido a la muerte a millares. ¿Para qué? ¿Por la Patria?

¡No, han muerto por ti!

Burgdorff dirigió luego sus ataques contra Bormann. Dijo que millones de seres habían sido sacrificados, a fin de que los miembros del Partido pudiesen progresar en sus cargos.

—Para satisfacer vuestra ansia de lujos, vuestra sed de poder —añadió—, habéis destruido siglos de antigua cultura, habéis aniquilado a la nación alemana. ¡Esa es vuestra terrible culpa!

—Querido amigo —dijo Bormann, con voz apaciguadora, no debes personalizar de ese modo. Aun cuando todos los demás se hubiesen enriquecido, yo, al menos, estoy libre de toda culpa. Eso puedo jurarlo por todo lo que considero sagrado. ¡A tu salud, amigo mío!

Los dos que escuchaban en la habitación contigua oyeron el sonido de unos vasos al entrechocar. Luego reinó el silencio. Durante toda la mañana, el general Weidling había trabajado en su proyecto para salir de Berlín en tres etapas. Era evidente que los soviéticos llegarían a la Cancillería en uno o dos días, y Weidling tenía la seguridad de que conseguiría del Führer, durante la conferencia nocturna, la orden de hacer que todos los comandantes se presentasen en el *bunker* a medianoche.

En sus habitaciones, *frau* Goebbels estaba escribiendo a Harald Quand, un hijo suyo habido de un matrimonio anterior, que se hallaba como prisionero de guerra de los Aliados. Le contaba que toda la familia, incluso los seis niños, estaban en el *bunker* del Führer desde hacía una semana, «con el propósito de dar a nuestra Nacional Socialista existencia el único fin posible y honorable».

Afirmó que las «gloriosas ideas» del nazismo estaban llegando a su fin, y «con ellas todo lo hermoso y noble que he conocido en mi vida». Un mundo sin Hitler y sin el Nacional Socialismo no valía la pena de ser vivido. Por eso había llevado a sus hijos al *bunker*. Eran demasiado perfectos para la vida que seguiría a la derrota «y un Dios misericordioso comprendería las razones que tenía para evitarles tal clase de existencia».

Siguió escribiendo que la pasada noche el Führer había prendido su propio emblema del Partido en el vestido de ella, lo cual la llenó de satisfacción y orgullo.

«Quiera Dios darme la energía necesaria para llevar a cabo mi última y más difícil tarea —escribió—. Solo hay una cosa que deseamos, en estos momentos:

seguir junto al Führer hasta la muerte, y terminar nuestras vidas con la suya. Tal fin es una bendición que nunca creímos recibir. Querido hijo, ¡vive para Alemania!».

3

En San Francisco, donde tenía lugar una conferencia para sentar las bases de una organización de Naciones Unidas, Anthony Eden estaba sosteniendo su primera entrevista con la delegación británica, en el octavo piso del Hotel Mark Hopkins.

—A propósito —dijo Eden a sus colegas, tras ponerles al corriente del asunto polaco—, han llegado algunas noticias de Europa que pueden interesarles. De Estocolmo nos dicen que Himmler hizo una oferta a través de Bernadotte para rendir incondicionalmente Alemania a los americanos y a nosotros. Como es natural, hemos informado de esto a los rusos.

Su forma de hablar era tan despreocupada, que la mayoría de los presentes no dieron gran importancia al asunto. Pero Jack Winocur, un joven funcionario oficial de Prensa, pensó en la trascendencia que aquello tenía. Regresó a su habitación del Palace Hotel, y al leer los periódicos no encontró mención alguna acerca de la rendición, lo cual le provocó gran extrañeza.

Aquel hecho, pensó, podía terminar con la guerra de la noche a la mañana, pero divulgar la noticia podía significar el fin de sus servicios para el Gobierno, si le descubrían. Desilusionado, se fue a dormir.

Hacia la una de la mañana del 28 de abril, le despertó una llamada telefónica de Paul Rankine, corresponsal de la Agencia Reuter.

—¿Hay algo de interés? —inquirió Rankine—. Necesito noticias para la edición de la tarde.

Winocur vaciló, y al fin decidió correr el riesgo. Todos los periódicos publicarían un despacho de la Reuter, y la BBC también se haría eco. Winocur dio a Rankine los detalles de la proposición de Himmler, y le pidió que no revelase la fuente del informe.

—Desde luego —dijo Rankine.

Poco después enviaba la noticia desde la misma oficina de telégrafos situada en el vestíbulo del hotel Palace.

«Ayer se informó en círculos oficiales responsables que de acuerdo con las declaraciones enviadas a Stettinius, Eden y Molotov, les fue entregado un mensaje de Himmler garantizando la rendición incondicional de Alemania a los Gobiernos británico y americano, pero no a Rusia. Himmler manifestó a los Aliados Occidentales que está en situación de concertar la rendición incondicional, de la que él mismo se muestra partidario.

»Rankine».

El telegrama llegó a la Reuter sin censura previa. Jack Bell, corresponsal de la *Associated Press* en San Francisco, comprendió que era una de las noticias más notables de la guerra, y arrinconó al senador Tom Connally, delegado de la conferencia, para que le confirmase el informe. Poco después se difundía un despacho de la *Associated Press* encabezado con la palabra *Rendición*.

> *«SF. Abril 28 (AP). Alemania se ha rendido a los Gobiernos Aliados incondicionalmente, y se espera un anuncio de un momento a otro, según informa hoy un alto funcionario americano».*

El *Call-Bulletin*, de San Francisco, publicó una edición extraordinaria con el encabezamiento: «*Los nazis abandonan*». Algunos ejemplares fueron llevados al Teatro de la Opera, donde Molotov estaba presidiendo una reunión de la Conferencia. Los delegados comenzaron a felicitarse unos a otros animadamente, pero Molotov, tras echar una ojeada al periódico, se limitó a ajustarse las gafas y golpeó sobre la mesa con el mazo para imponer orden.

En Washington, la Casa Blanca se vio inundada de llamadas telefónicas, y la multitud que pronto se reunió, comenzó a cantar el «Dios Salve a América». Truman, que se hallaba enfrente, en Blair House, llamó por teléfono al almirante Leahy y le pidió que confirmase la noticia con el mismo Eisenhower. El almirante llamó a Bedell Smith y le dijo:

—Tenemos informes de que los alemanes han solicitado el armisticio a Eisenhower, pero oficialmente no sabemos nada. ¿Qué es lo que ocurre?

Smith manifestó que no se había recibido tal petición, y Truman tuvo entonces la seguridad de que la noticia se había basado en la oferta efectuada por Himmler a Bernadotte. Ya había anochecido cuando Truman abandonó Blair House para trasladarse a la Casa Blanca.

—Me encontraba allí, trabajando, cuando se difundió ese rumor —dijo a los corresponsales—. Recibí una llamada de San Francisco y también otra del Departamento de Estado. Acabo de ponerme en contacto por teléfono con el almirante Leahy, y él a su vez lo ha hecho con el cuartel general de nuestro comandante en jefe de Europa, y puedo decirles que no hay fundamento alguno

para tal rumor. Es todo lo que puedo decir.

4

El funcionario de Prensa de la agencia alemana de noticias, Wolfgang Boigs, ayudante de Heinz Lorenz, se hallaba en la pequeña oficina de la Deutsches Nachritchtenbüro, situada en el *bunker*, escuchando las emisiones de radio del enemigo. Pero antes de las nueve captó una versión del despacho de Rankine, transmitida por la BBC. Tradujo la noticia y la envió inmediatamente a la «caja de oro», sobrenombre de la sección del *bunker* donde se encontraban Hitler y sus allegados.

Hitler leyó el informe sin dar muestras de emoción, como si estuviese resignado a la proximidad del fin. Pidió a alguien que comprobase la traducción del despacho, y cuando tuvo la seguridad de que era correcto, despidió serenamente a Boigs.[62]

Llamó Hitler a Goebbels y a Bormann, y los tres conferenciaron a puerta cerrada. Durante todo el día Bormann había estado haciendo acusaciones de traición contra todos, y una hora antes envió a Doenitz el siguiente telegrama:

«La traición parece haber reemplazado a la lealtad».

Por el *bunker* se multiplicaban los rumores. Por fin, Hitler abrió la puerta de la estancia donde se hallaba conferenciando, y ordenó que compareciese Fegelein. Este se encontraba en el piso superior del *bunker*, bajo la vigilancia de guardias armados. El día anterior, el oficial de enlace de Himmler había abandonado el *bunker* para trasladarse a su casa de los suburbios de Charlottenburg, pero fue detenido y colocado bajo vigilancia por orden personal de Hitler.

El Führer sospechaba de todos los que estaban relacionados con Himmler, incluso del cuñado de Eva Braun. En el corto espacio de una hora Fegelein fue juzgado sumariamente, declarado traidor y condenado a muerte. A continuación le llevaron al jardín de la Cancillería y le fusilaron.[63]

En el *bunker* aún reinaba la agitación cuando Weidling llegó para la conferencia nocturna. Informó a Hitler acerca de los últimos avances rusos, y le

explicó que las municiones, los alimentos y otros suministros ya se hallaban en manos del enemigo, o bajo el fuego de su artillería. Dentro de dos días, las tropas alemanas quedarían sin municiones y no podrían resistir más.

—Como soldado, le sugiero que corramos el riesgo e intentemos romper el cerco inmediatamente.

A continuación Weidling se puso a dar detalles de su plan, antes de que Hitler pudiese hacer comentario alguno.

Goebbels pretendió ridiculizar el proyecto de Weidling, pero Krebs declaró que era factible desde el punto de vista militar.

—Como es lógico —añadió rápidamente—, tengo que dejar la decisión final al Führer.

Hitler permaneció en silencio.

—¿Qué ocurrirá si se logra romper el bloqueo? —comentó al fin—. Simplemente saldríamos de un lugar cercado para caer en otro. En tal caso, yo, el Führer, tendría que dormir en un prado, en una granja o algo parecido, esperando que llegase el fin, ¿no es cierto? No, para mí lo mejor es permanecer en la Cancillería.

Weidling abandonó la sala de conferencias a medianoche. En la habitación adyacente sus comandantes se reunieron en torno a él. Weidling les refirió su fracaso.

—Solo nos queda un recurso —dijo sombríamente—. Luchar hasta que el último hombre caiga muerto.

Prometió, de todos modos, que procuraría convencer de nuevo al Führer. Este salió de la sala de conferencias para visitar a Greim, que estaba herido. Con él se encontraba Hanna Reitsch. Hitler se dejó caer a un lado del lecho de Greim, con el rostro intensamente pálido, y dijo:

—Nuestra única esperanza reside en Wenck, y para que pueda aproximarse debemos enviar todo avión de que dispongamos a fin de que cubra su avance.

Afirmó que los cañones de Wenck estaban disparando en esos momentos contra los rusos en la Potsdamerplatz. Ordenó luego a Greim que se trasladase en avión hasta el aeropuerto de Reichlin, que se hallaba en las cercanías del sanatorio de Gebhardt, y que pusiese en práctica sus planes desde allí. Solo con el apoyo de la Luftwaffe podría Wenck abrirse paso.

—Esa es la primera razón por la cual debe usted salir de este *bunker*. La segunda, es que se hace necesario detener la actuación de Himmler —declaró Hitler, y sus labios temblaron—. Un traidor nunca deberá sucederme como

Führer. Debe usted marcharse de aquí para asegurarse de que no ocurrirá eso.

Greim dijo que sería imposible llegar a Reichlin, y que prefería morir en el *bunker*.

—Como soldados del Reich, tenemos el deber de agotar todas las posibilidades —manifestó Hitler—. Esta es la única oportunidad que nos queda. Es su deber y el mío el aprovecharla.

—¿Y qué haremos, aunque logremos salir del cerco? —inquirió Hanna.

Pero a Greim le habían impresionado las palabras del Führer, y contestó:

—Hanna, somos la única esperanza que queda a los que permanecen aquí. Si hay una sola oportunidad, estamos obligados a aprovecharla… Tanto si podemos procurar ayuda, como si no nos es posible hacerlo, debemos ir.

Estas palabras provocaron algunas manifestaciones llenas de sentimiento por parte de Hitler.

—La Luftwafe es la que mejor ha luchado de todas las fuerzas armadas, desde el principio al fin —declaró—. De su inferioridad técnica hay que culpar a otros.

Greim comenzó a prepararse para la marcha, lleno de aflicción, en tanto que Hanna, con lágrimas en los ojos, procuró convencer a Hitler.

—Mi Führer, ¿por qué no nos deja quedarnos aquí, por qué?

Hitler la miró y contestó:

—Dios os proteja.

Frau Goebbels dio a Hanna dos cartas para su hijo, y luego se quitó un anillo de brillantes y se lo entregó, pidiéndole que lo llevase en su memoria. Eva Braun también dio a Hanna una carta, para entregar a su hermana, *frau* Fegelein. Poco después Hanna no pudo evitar la tentación y la leyó. Le pareció «tan vulgar, teatral y de mal gusto», que terminó por romperla. La oscuridad de la noche se atenuaba con el resplandor de los incendios, cuando Greim y Hanna fueron trasladados en un camión blindado hasta un aparato «Arado 96», oculto detrás de la puerta de Brandenburgo. Hanna hizo recorrer al pequeño avión un sector de la avenida, y despegó en medio de un infierno de disparos. Al llegar al nivel de los tejados, los reflectores rusos descubrieron el aparato y una serie de explosiones de los cañones antiaéreos comenzaron a rodear al avión. Hanna lo hizo ascender sobre aquel infierno, y puso rumbo hacia el Norte. Debajo quedaba Berlín, como un mar de llamas.

5

La traición de Himmler terminó con las esperanzas y las dudas de Hitler. A pesar de la confianza de que había hecho gala ante Greim, comprendía perfectamente que Wenck y su ofensiva eran algo imposible, y que había llegado el momento de prepararse para el final. Este se inició en el pequeño cuarto de mapas del *bunker*, con una extraordinaria ceremonia para aquellos momentos: una boda. Hitler había dicho con frecuencia a sus allegados que no podía adquirir «la responsabilidad de contraer matrimonio». Tal vez temía quizá que ello contribuyese a desprestigiar algo su condición de Führer. Para la mayoría de los alemanes, Hitler era una figura que veneraban casi religiosamente. Pero ahora todo había concluido, y su primer impulso fue recompensar a su fiel amante con la largamente demorada santidad del matrimonio.

Un funcionario de segundo orden, pero cuyo nombre, sin duda adecuado al caso, era Wagner, fue llevado desde una próxima unidad de Volkssturm hasta el *bunker*, para que oficiase la ceremonia. En presencia de Goebbels y Bormann, como testigos, Hitler y Eva Braun juraron que eran descendientes de arios puros. Después de la breve ceremonia, Eva comenzó a firmar en el registro y puso «Eva B…». Pero en seguida tachó la B y escribió «Eva Hitler, nacida Braun».

A continuación Hitler invitó a Bormann, a los Goebbels y a dos de sus secretarias, *frau* Christian y *frau* Junge, a tomar champaña en sus habitaciones, donde permanecieron durante más de una hora. En ese lapso se agregaron al grupo de tanto en tanto, otras personas, entre ellas Günsche, Krebs, Burgdorf, Below e incluso *fräulein* Manzialy, la cocinera de especialidades vegetarianas. Por fin Hitler declaró que allí terminaba su vida y la del Nacional Socialismo. La muerte sería para él un alivio, después de la traición de sus camaradas más íntimos. En seguida se encaminó hacia otra habitación y comenzó a dictar su testamento político a *frau* Junge.

Manifestó en el mismo que ni él ni nadie había querido la guerra en Alemania, pero que había sido «provocada exclusivamente por los estadistas internacionales de origen judío o que trabajaban en favor de los intereses judíos». Culpó a los ingleses de haberle forzado a invadir Polonia «porque la camarilla política de Inglaterra quería la guerra, en parte por motivos

comerciales, y en parte porque se hallaban influidos por la propaganda del judaísmo internacional».

Declaró que se había quedado en Berlín «eligiendo voluntariamente la muerte, en un momento en que creía que la posición de Führer y de Canciller no podían ya sostenerse por más tiempo», y aseguró que moriría «con el espíritu contento», si bien ordenó a sus comandantes militares «que continuasen tomando parte en la lucha de las naciones». No debía rendirse un solo distrito ni una sola ciudad, y exhortó a sus comandantes a que dieran un perfecto ejemplo de fidelidad en el cumplimiento de su deber, hasta el momento de la muerte.

Destituyó a Himmler y a Goering de sus cargos por «negociar en secreto con el enemigo sin mi conocimiento y en contra de mi voluntad, así como por tratar de apoderarse ilegalmente del control del Estado».

Como sucesor, tanto en su carácter de presidente del Reich como de comandante supremo de las Fuerzas Armadas, Hitler nombró al almirante Doenitz. Goebbels fue nombrado canciller, Bormann ministro del Partido, y Schoerner comandante supremo del Ejército. Los dos primeros, manifestó Hitler, habían pedido morir a su lado, pero él les ordenó «colocar los intereses de la nación por encima de sus propios sentimientos», y salvar su vida.

El testamento terminaba igual que había comenzado, con un ataque contra los judíos. «Por encima de todo, exhorto al Gobierno de la nación y al pueblo a que mantengan diligentemente las leyes raciales, luchando sin tregua contra lo que envenena a todas las naciones, el judaísmo internacional».

Así pues, Hitler siguió con su obsesión hasta el momento de su muerte. *Frau* Junge fechó el documento así: «28 de abril de 1945, 04:00 horas». Hitler colocó su firma debajo, y Goebbels, Bormann, Burgdorf y Krebs firmaron como testigos.

El Führer dictó a continuación su testamento personal. Dejó sus pertenencias al Partido «y si este ya no existe, al Estado», nombrando «a mi camarada más fiel del Partido, Martin Bormann», albacea de su voluntad.

«El deberá entregar a mis parientes todo lo que tenga valor como recuerdo personal, o pueda ser utilizado para mantener su nivel de vida de la clase media, en especial a la madre de mi esposa, y a mis fieles empleados de ambos sexos, a los que él conoce perfectamente, particularmente a mi antigua secretaria frau Winter, que me ayudó durante tanto tiempo con su trabajo.

»Mi esposa y yo elegimos la muerte, a fin de escapar de la vergüenza de sobrevivir a la capitulación. Es nuestra voluntad que nuestros cuerpos sean incinerados inmediatamente, en el lugar donde realicé la mayor parte de mi trabajo cotidiano durante los doce años de servicio que presté a mi pueblo».

Estos lúgubres preparativos originaron más tarde un violento altercado. Cuando el Führer ordenó a Goebbels que abandonase el *bunker* con su familia, Goebbels lo tomó como un desaire, y no como un favor, manifestando que no era lógico que se marchase el Defensor de Berlín. Hitler insistió, y la discusión se hizo tan acalorada que al fin manifestó:

—¡Ni el más fiel de mis seguidores me obedece ya!

Después, se fue a dormir.

Con lágrimas en los ojos, Goebbels se retiró a sus habitaciones, y comenzó a redactar su última voluntad con el título de «Apéndice al Testamento Político del Führer».

«El Führer me ha ordenado, en caso de que la defensa de la capital del Reich se hunda, que abandone Berlín y entre a formar parte, como miembro dirigente, del Gobierno nombrado por él.

»Por primera vez en mi vida me veo obligado a desobedecer categóricamente una orden del Führer. Mi mujer y mis hijos se han unido a mí en esa negativa. Aparte de que los sentimientos de lealtad y humanidad nos impiden abandonar al Führer en esta hora de la mayor necesidad, durante el resto de mi vida se me tacharía de un traidor y vulgar rufián, y perdería el respeto de mí mismo junto con el de mis compatriotas, respeto que necesitaría para cualquier tentativa que hiciese por restaurar el futuro de la nación y el Estado.

»En la pesadilla de traiciones que envuelve al Führer en estos críticos días de la guerra debe haber al menos una persona que permanezca con él incondicionalmente hasta la muerte, aun cuando esto disienta con la orden perfectamente justificable que ha insertado en su testamento político.

»Considero que con ello rindo el mejor servicio al futuro del pueblo alemán. En los duros tiempos que se avecinan, los ejemplos tendrán más importancia que los hombres. Siempre habrá hombres dispuestos a guiar la nación hacia adelante, hacia la libertad, pero la reconstrucción de nuestra vida nacional sería imposible si no se desarrollase sobre la base de un ejemplo claro y evidente.

»Junto con mi esposa, y en nombre de mis hijos, que son aún demasiado jóvenes para hablar por sí mismos, pero que indudablemente se mostrarían de acuerdo con esta decisión, si tuviesen la edad suficiente, expreso por tal motivo mi inalterable resolución a no abandonar la capital del Reich aun cuando caiga en manos del enemigo, sino, por el contrario, decido poner fin a mi vida al lado del Führer, la que personalmente no tiene ningún valor, si no puedo dedicarla a su servicio».

Los «Spitfire» ingleses se dedicaban a arrasar las incendiadas ruinas de Berlín. En el aire flotaba un ambiente de muerte, que recordó al jefe de ala Johnnie Johnson la zona de Falaise, durante la campaña de Normandía. Podía ver en esos momentos los tanques rusos entrando en la capital de Alemania. De pronto observó una gran escuadrilla de cazas soviéticos «Yak» que aparecía en el cielo. Johnson temió que se produjera una escaramuza por error, y dijo por radio a sus cazas:

—Seguid juntos, muchachos. No cambiéis el rumbo.

Los «Yak» eran más de un centenar, y comenzaron a dar lentamente la vuelta

hasta colocarse detrás de los «Spitfire». Johnson hizo entonces girar a sus aparatos sobre la derecha, volviéndose hacia los rusos. Uno de los aviadores le hizo notar que había más aviones rusos encima, y Johnson ordenó a sus aparatos:

—Continuad como hasta ahora. No rompáis la formación.

Los dos grupos de aviones dieron varias vueltas, observándose con recelo. Johnson se acercó lo más que pudo y balanceó el aparato ante el que mandaba a los rusos, pero este no contestó. De pronto los soviéticos se encaminaron hacia el Este desordenadamente. Mientras la indisciplinada escuadrilla se alejaba, subiendo y bajando, Johnson, que los observaba, tuvo la sensación de que se trataba de una bandada de estorninos. De vez en cuando algunos aparatos se separaban del conjunto y descendían a ametrallar algo que había entre las ruinas de la ciudad.

Mediada la mañana, las fuerzas rusas de tierra avanzaban hacia el *bunker* desde tres puntos diferentes: por el este, el sur y el norte. El círculo existente alrededor de la agonizante ciudad se estrechó aún más cuando las tropas soviéticas ocuparon el parque zoológico. Desde las jaulas de los hipopótamos y desde el planetario comenzaron a hacer fuego los rusos contra las dos enormes torres antiaéreas que constituían el puesto de varias divisiones, y que eran también el centro de la artillería. El coronel Woehlerman, comandante de artillería de Berlín, contemplaba en una especie de estado de hipnosis, desde el cuarto piso de una de las torres, cómo los tanques rusos trataban en vano, una y otra vez, de alcanzar con sus disparos las ventanas de la torre. Podía ver la gran ciudad extendida a su alrededor, ardiendo y humeando, casi completamente en ruinas. El campanario de la Gedächtniskirche (templo erigido en memoria del kaiser Federico) ardía como una enorme antorcha, constituyendo un espectáculo tremendamente bello.

Un kilómetro y medio más lejos, en el *bunker*, Martin Bormann estaba haciendo los preparativos para enviar el testamento de Hitler, así como el suyo propio, al sucesor del Führer, almirante Doenitz. Para tener garantía de su entrega, Bormann decidió enviar a dos emisarios diferentes: el SS *Standartenführer* (coronel) Wilhelm Zander, su propio consejero personal, y a Heinz Lorenz. Goebbels también deseaba que su testamento llegase al mundo exterior, y entregó una copia a Lorenz.

Un tercer ejemplar del testamento político de Hitler fue confiado por Burgdorf al comandante Willi Johannmeier, ayudante militar del Führer, con orden de que fuese entregado al *feldmarschall* Schoerner. Burgdorf también

entregó a Johannmeier una nota manuscrita explicando que el testamento había sido escrito bajo el influjo de la triste noticia de la traición de Himmler, y que era la «inalterable decisión del Führer». Debía ser publicado «en cuanto el Führer lo ordenase, o bien cuando se confirmara la muerte del mismo».

Cuando Freytag von Loringhoven, así como Boldt y el *oberstleutnant* (teniente coronel) Weiss, ayudante de Burgdorf, supieron que los tres emisarios abandonaban el *bunker* para entregar el testamento de Hitler, solicitaron permiso para abandonar también la Cancillería.

—Ahora que todo ha concluido —dijeron a Krebs—, pedimos que se nos permita luchar con las tropas, o intentar llegar hasta el ejército del general Wenck.

Krebs comprendió el punto de vista de los tres jóvenes militares y fue a decírselo a Hitler, el cual no opuso reparos, pero quiso verlos antes de que se marchasen.

Al mediodía, Hitler sostuvo con ellos una prolongada charla. Les preguntó en qué forma esperaban salir de Berlín. Boldt indicó un camino a lo largo del Tiergarter, hasta el puente de Picheldorf, donde se embarcarían en una lancha y descenderían por el río Havel.

—¡Eso es, cerca del puente! —exclamó Hitler—. Conozco un lugar donde hay algunos botes eléctricos que no hacen el menor ruido.

A continuación Hitler pasó cerca de quince minutos dándoles explicaciones detalladas de la ruta que le parecía mejor para huir río abajo. El plan era un prodigio, por la memoria de que hacía gala el Führer, pero los tres oficiales escucharon sin gran interés, ya que como todos los proyectos de Hitler, aquel era perfecto en teoría, pero imposible de ejecutar.

Los tres militares se colocaron chaquetas de camuflaje, cascos de acero y empuñaron fusiles ametralladores. Abandonaron la opresiva atmósfera del *bunker* y salieron a la Hermann Goeringstrasse.

El hombre en cuyo honor había recibido el nombre aquella calle, estaba siendo condenado a muerte en aquellos momentos por Bormann, el cual despachó el siguiente telegrama a sus agentes en el Obersalzberg:

> *«La situación de Berlín es sumamente crítica. Si Berlín y nosotros caemos, los traidores del 23 de abril deben ser exterminados. Cumplan con su deber. Su vida y su honor dependen de ello».*

Pero Goering ya había convencido al guardia de las SS que le vigilaba, para

que le llevase, junto con su mujer, su hija y el mayordomo, hasta el castillo que la familia tenía en la cercana localidad de Mautendorf, en Austria. Mientras iba sentado en el automóvil, Goering sostenía entre sus rodillas una tubería de estufa. En su interior iba uno de sus cuadros favoritos, el cual valía dos millones y medio de marcos.

6

En la tarde del 29 de abril, se iniciaron en el *bunker* una serie de lúgubres preparativos. El perro alsaciano preferido del Führer, «Blondi», fue envenenado por el doctor Haase, antiguo cirujano de Hitler, y a otros dos perros del Führer se les dio muerte a tiros. El mismo Hitler entregó cápsulas de veneno a sus dos secretarias, *frau* Junge y *frau* Christian. En señal de disculpa les dijo que era un mísero regalo de despedida, y les rogó que tuvieran valor. Era una pena, añadió, que sus generales no fuesen tan de fiar como ellas.

Kempka vio a Hitler a las seis, poco después de haber llegado la noticia de que Mussolini había sido asesinado por los partisanos. En la mano derecha tenía el Führer un mapa de Berlín; vestía chaqueta gris y pantalón negro. Aunque su mano izquierda temblaba ligeramente, parecía estar sereno.

—¿Qué tal le van las cosas, Kempka? —preguntó Hitler.

El chófer contestó que regresaba a su puesto defensivo de emergencia, en la Puerta de Brandenburgo.

—¿Cómo se hallan sus hombres?

—Tienen elevada moral, y están esperando ayuda de Wenck.

—Sí…, todos esperamos a Wenck —dijo Hitler, con tranquilidad, y luego le tendió la mano—. Adiós, Kempka, y cuídese.

Cuando se estrecharon la mano, uno de los hombres de Kempka gritó por el pasillo:

—¡Pronto, que se acercan los rusos!

Weidling se mostraba lleno de aflicción cuando el Führer inició la conferencia a las diez de la noche. Habló Weidling de la lucha cruel que se libraba en las calles de la ciudad. Manifestó que sus divisiones habían quedado

reducidas a simples batallones. La moral era deficiente y las municiones casi se habían agotado. Agitó en el aire un periódico del Ejército lleno de noticias optimistas acerca de la inminente liberación de Berlín por las fuerzas de Wenck. Pero dijo que las tropas sabían que aquello no era verdad, y que tales decepciones solo contribuían a amargarles mucho más.

De nuevo Goebbels se mostró incapaz de escuchar las verdades del informe. Acusó a Weidling de derrotismo, y surgió una nueva discusión. Tocó esta vez a Bormann calmar a Goebbels, y Weidling pudo seguir informando. Concluyó con la tremenda predicción de que la batalla terminaría en la noche siguiente.

Se produjo un denso silencio. Con voz cansada Hitler preguntó al SS *brigadeführer* (general de brigada) Mohnke, comandante de la Ciudadela (Cancillería), si consideraba que la situación era como la había descrito Weidling. Mohnke afirmó que así era, en efecto.

Weidling volvió a pedir que se intentase romper el cerco. Hitler levantó una mano para imponer silencio. Señaló el mapa, y con tono resignado, aunque sarcástico, dijo que había señalado la posición de las tropas de acuerdo con el anuncio de las radios extranjeras, puesto que sus propios comandantes ni siquiera se molestaban ya en informarle. Sus órdenes, por tanto, habían dejado de ejecutarse, y era inútil esperar nada.

A continuación, el Führer se levantó penosamente de la silla para despedirse de Weidling, y este le rogó una vez más que cambiase de parecer, antes de que las municiones se agotasen del todo. Hitler murmuró algo a Krebs y luego se volvió hacia Weidling, a quien dijo:

—Consentiré la salida de pequeños grupos del cerco.

Luego añadió que la capitulación era algo en lo que no cabía pensar.

Weidling avanzó por el pasillo del *bunker* preguntándose lo que había querido decir Hitler. ¿Acaso la salida de pequeños grupos no podía ser considerada como una capitulación? A renglón seguido ordenó Weidling por radio a sus comandantes que se congregasen en su cuartel general de Bendlerblock, a la mañana siguiente.

El coronel Von Below y su ordenanza abandonaron el *bunker* a medianoche, con una carta de Hitler para Von Keitel en la que aquel informaba del nombramiento de Doenitz como sucesor del Führer. Hitler elogiaba a la Marina por su valiente comportamiento, y disculpaba a la aviación asegurando que sus fracasos habían sido culpa de Goering. Criticaba acerbamente, sin embargo, al Estado Mayor General del Ejército, afirmando que no podía compararse en

absoluto con el mismo cuerpo de la Primera Guerra Mundial. «Los esfuerzos y sacrificios del pueblo alemán, en la guerra actual —terminaba diciendo—, han sido tan grandes que no puedo creer que se hayan llevado a cabo en vano. El objetivo debe ser aún la adquisición de terreno en el Este para el pueblo alemán».

Below y su acompañante siguieron la ruta que los demás habían tomado para salir del *bunker*. Su avance en la oscuridad fue fácil, y poco antes del amanecer se encontraban con el grupo de Freytag von Loringhoven, que se hallaba en el estadio deportivo del Reich.

En el comedor principal del piso superior del *bunker*, Hitler estaba despidiéndose de un grupo de veinte oficiales y de algunas secretarias. Sus ojos aparecían velados por las lágrimas, y a *frau* Junge le pareció que se hallaba totalmente abstraído en sus pensamientos. Luego pasó ante los presentes, estrechándoles la mano, y descendió por último por una escalera de caracol hacia sus habitaciones.

De pronto pareció reinar en el *bunker* una nueva atmósfera de convivencia. Los formulismos desaparecieron, y los militares de alta graduación se pusieron a charlar familiarmente con los oficiales jóvenes. En la cantina donde comían los soldados y ordenanzas, estos comenzaron a escuchar música, y el ruido se hizo tan intenso que enviaron a un soldado con orden de que hicieran menos estrépito, pues en el piso inferior del *bunker* Bormann estaba tratando de concentrarse en la redacción de un telegrama dirigido a Doenitz. En su mensaje, Bormann se quejaba de que todas las noticias que llegaban eran «controladas o desfiguradas» por Von Keitel, y ordenaba a Doenitz que «procediese inmediatamente, y sin piedad, contra todos los traidores».

7

Al llegar la medianoche, el padre Sampson se hallaba en la colina que dominaba Neubrandenburg, hasta donde llegaba el estrépito producido por el avance de los tanques soviéticos. Manteuffel ya había retirado su puesto de mando de la ciudad, dejando solo algunas tropas en la misma.

Durante la semana anterior, los aviones rusos habían estado lanzando enormes cantidades de octavillas sobre la población y sobre el campamento Stalag IIA, advirtiendo que Rokossovsky estaba ya a las puertas de la ciudad. Así era, en efecto, y numerosos tanques rusos embestían en esos momentos contra las torres y las vallas de alambre de púa del campo de prisioneros. Luego se emplazaron grandes cantidades de cohetes montados sobre camiones americanos, que a continuación fueron disparados sobre Neubrandenburg, situada a solo cinco kilómetros de distancia. Al cabo de una hora la ciudad estaba en llamas y el calor del incendio llegaba hasta los prisioneros que se encontraban en la colina. El goce repentino de la libertad, resultaba un don excesivo para los numerosos franceses, italianos, y servios que se encaminaban hacia la ciudad para entregarse al saqueo, y donde a menudo caían bajo los disparos de los rusos. Los norteamericanos, en cambio, bajo el mando del sargento Lucas y del padre Sampson, permanecían en el campamento, según las instrucciones que había dado en clave la BBC.

La libertad era solo una palabra para los tres mil supervivientes soviéticos que había en el campamento. Los sospechosos de haber colaborado con los alemanes fueron ajusticiados sumariamente; al resto les dieron fusiles y les enviaron a la línea de fuego.

Un general ruso preguntó al padre Sampson si tenía alguna queja que dar de los alemanes. El sacerdote manifestó que el médico del campamento se había negado a asistir a los americanos, y el general ruso extrajo su pistola y se la entregó, al tiempo que le decía:

—Mátelo.

Los prisioneros que regresaban de Neubrandenburg contaron tales episodios sobre los crímenes, saqueos y violaciones que se cometieron allí, que el sacerdote francés de la cara juvenil —pese a sus cincuenta años— y el padre Sampson decidieron trasladarse a la población para ver en lo que podían ayudar. En los bosques que había entre el campamento y la ciudad hallaron numerosos cuerpos de mujeres y muchachas alemanas violadas y asesinadas. Varias de ellas, con la garganta ensangrentada por un gran tajo, colgaban de las ramas de los árboles, empaladas por los tobillos.

Neubrandenburg, en un tiempo una hermosa ciudad, todavía se hallaba en llamas, con sus calles llenas de escombros. Mujeres soviéticas de uniforme dirigían el denso tráfico militar. El olor a carne quemada resultaba insoportable, pero el cura francés se internó por aquella escena apocalíptica, orando y

proporcionando consuelo espiritual. Al padre Sampson le pareció el símbolo de la Iglesia en un mundo devastado. Poco después hallaron al párroco del lugar, que permanecía como anonadado, sentado en la escalera de la rectoría, que estaba semiderruida. En el interior de la misma se encontraban la madre del sacerdote y dos hermanas, ambas monjas, sentadas en un diván. Las tres habían sido violadas ante sus ojos por una pandilla de rusos. La madre, inclinada hacia un lado, y aferrando un rosario, daba la sensación de estar muerta. El sacerdote francés preguntó si les podía ayudar en algo, y las dos monjas movieron la cabeza negativamente.

Ya de regreso al campamento, los dos sacerdotes se acercaron a un carromato volcado. En las proximidades del mismo había media docena de tumbas. Un perro pastor estaba echado sobre una de ellas, y el padre Sampson trató de hacerle marchar de allí, pero el perro siguió inmóvil sobre el mismo lugar. La mayor parte de las pertenencias familiares habían sido robadas, quedando tan solo una muñeca y una vieja Biblia familiar.

El cura francés abrió el libro, ojeando brevemente los registros de los bautismos, matrimonios y fallecimientos de la familia. De improviso, el sacerdote dio la sensación de estar agotado, cansado de la vida. En ese momento aparentaba realmente la edad que tenía.

8

En la mañana del 30 de abril, el Tiergarten fue ocupado por los soviéticos, y una unidad de vanguardia informó al puesto de mando desde una calle cercana al *bunker*. En él, Hitler acababa de tomar una ligera comida con *frau* Junge, *frau* Christian y *fräulein* Manzialy, charlando con ellas como si estuviese en una reunión donde no hubiera problemas.

Pero aquel no era un día corriente, y en cuanto las mujeres hubieron salido de la estancia, Hitler pidió a Günsche que llamase a Bormann, Goebbels, Burgdorf, Krebs, Voss, Hewel, Naumann, Rettenhuber y a *fräulein* Else Krüger, secretaria de Bormann. Hitler estrechó la mano de todos, despidiéndose de ellos, en tanto que Eva hacía lo propio y abrazaba a las mujeres. El Führer llevó aparte a Günsche y le dijo que él y su esposa iban a suicidarse. Pidió que sus cuerpos fuesen quemados.

—Después de mi muerte —manifestó—, no quiero que me exhiban en ningún *Panoptikum* ruso (museo de cera).

Cuando Günsche regresó de su puesto de mando en la Puerta de Brandenburgo, llamó a las habitaciones de Kempka en el *bunker* y le dijo:

—Erich, necesito algo para beber. ¿Tienes alguna botella de *Schnapps*?

En la voz de Günsche había un tono extraño, que Kempka no supo definir.

—¿Tienes algo para beber? —insistió Günsche, y agregó que iba a verle.

Kempka se dio cuenta de que algo malo sucedía. En los últimos días nadie había pensado en la bebida. Buscó una botella de coñac y esperó. Sonó entonces el teléfono, y al atender Kempka oyó de nuevo la voz de Günsche:

—Necesito doscientos litros de gasolina, inmediatamente —le dijo con voz ronca.

—Imposible —replicó Kempka, creyendo que Günsche estaba bromeando.

—¡Gasolina, Erich! ¡Necesito gasolina!

—¿Para qué necesitas doscientos litros?

—No puedo decírtelo por teléfono. Los quiero a la entrada de las habitaciones del Führer, sin falta.

Kempka dijo que la única gasolina que había —unos cuarenta mil litros— se hallaba enterrada en el Tiergarten.

—Está bajo el fuego de la artillería, y acercarse significa una muerte segura. Espera hasta las cinco, en que cesan los disparos.

—No puedo esperar ni una hora, siquiera. Mira a ver la que puedes extraer de los vehículos destruidos.

A las tres y media de la tarde, Hitler empuñó una pistola «Walther». Se encontraba en la antecámara de sus habitaciones, solo con Eva Braun. Pero esta ya estaba muerta. Se hallaba tendida sobre un catre, echada de lado, envenenada. Sobre la roja alfombra se veía otra pistola «Walther», sin disparar.

Hitler se sentó ante una mesa. A su espalda había un cuadro de Federico el Grande. Delante del Führer, sobre una consola, colgaba otro cuadro, este de la madre de Hitler cuando era joven. El Führer se introdujo el cañón de la pistola por la boca y disparó. Se desplomó hacia delante y empujó un jarrón, el cual cayó sobre el cuerpo de Eva Braun, empapando de agua su vestido, para luego deslizarse sobre la alfombra.

En el salón de conferencias, Bormann, Günsche y Linge oyeron el disparo.

Vacilaron un momento, y luego entraron rápidamente en la antecámara de Hitler. Günsche le vio tendido con el rostro contra la mesa, y al momento regresó al salón de conferencias, intensamente pálido. Allí le abordó Kempka.

—Por Dios, Otto —dijo el chófer del Führer—, ¿qué ocurre? Tienes que estar loco para querer enviar un hombre a la muerte solo por doscientos litros de gasolina.

Günsche cerró tras él la puerta del departamento del Führer, y se volvió con los ojos muy abiertos.

—¡El jefe ha muerto! —exclamó.

Lleno de asombro, lo único que Kempka atinó a pensar era que Hitler había sufrido un ataque cardíaco.

Günsche pareció haber perdido la voz. Puso la mano en forma de pistola e introdujo un dedo en la boca.

—¿Dónde está Eva?

Günsche indicó la antecámara de Hitler, y al fin pudo empezar a hablar.

Varios minutos tardó Günsche en contar tartamudeando lo que había visto. En ese momento Linge entreabrió la puerta de la antecámara de Hitler y exclamó:

—¡Gasolina! ¿Dónde está la gasolina?

Kempka manifestó que tenía unos ciento setenta litros en latas, a la entrada del jardín.

Linge y el doctor Stumpfegger sacaron el cadáver de Hitler envuelto en una manta parda del ejército. El rostro del Führer estaba cubierto a medias, y su brazo izquierdo pendía inerte. Bormann les seguía, llevando a Eva Braun en los brazos. La mujer de Hitler tenía puesto un vestido negro, y su rubio cabello se balanceaba con la marcha. Kempka no pudo resistir verla en los brazos de Bormann. Recordó que ella siempre había odiado a este, y poniéndose delante de él, cogió en silencio el cuerpo de Eva Braun. El costado izquierdo de la mujer estaba húmedo, y Kempka creyó que era sangre. Pero se trataba del agua que había caído del jarrón. En mitad de la escalera, el cuerpo de Eva casi se le escurrió, y Kempka se detuvo un momento. Günsche acudió en seguida en su ayuda, y entre ambos llevaron a Eva hasta el jardín.

Comenzó entonces otra andanada de cañonazos soviéticos y las granadas comenzaron a estallar en el jardín. Solo quedaban ya las paredes desnudas de la Cancillería, que se estremecían con cada explosión.

A través de las nubes de polvo, Kempka vio el cuerpo de Hitler escasamente

a tres metros de la entrada del *bunker*. Se encontraba en una hendidura del terreno situada junto a una mezcladora de hormigón. Tenía subidas las perneras del pantalón, y el pie izquierdo vuelto hacia dentro, en una posición característica que siempre asumía cuando hacía un largo viaje en automóvil.

Kempka y Günsche colocaron el cadáver de Eva a la derecha de Hitler. La intensidad de bombardeo de artillería aumentó notablemente forzando a ambos a ocultarse en la entrada del *bunker*. Kempka esperó algunos minutos, luego se apoderó de una lata de gasolina y corrió con ella hacia los dos cadáveres. Juntó el brazo izquierdo de Hitler contra su cuerpo, mientras sentía que le faltaba precisión para rociar el cadáver del Führer de gasolina. Una ráfaga de viento agitó el pelo de Hitler. Kempka abrió el recipiente, y en ese momento estalló una granada, cubriéndole de escombros. Otras granadas estallaron, y Kempka corrió de nuevo a refugiarse.

Günsche, Kempka y Linge esperaron en la entrada a que disminuyese la intensidad del bombardeo. Entonces regresaron adonde estaban los dos cuerpos. Temblando de repugnancia, Kempka los roció de gasolina. Pensó que aunque se había sentido incapaz de hacer aquello, por fin lo estaba haciendo. Observó la misma reacción en los rostros de Linge y Günsche, que también derramaban el combustible sobre los cadáveres. Desde la entrada, Goebbels, Bormann y el doctor Stumpfegger observaban todo con una especie de morbosa preocupación.

Los vestidos de Hitler y Eva se humedecieron tanto que el viento fue incapaz de agitarlos. Reanudóse el bombardeo, pero los tres hombres siguieron vaciando las latas hasta que la depresión donde yacían los cuerpos estuvo llena de gasolina. Günsche sugirió encender el fuego con una granada de mano, pero Kempka se negó. La idea de hacer saltar los cuerpos en pedazos le hacía estremecer. Observó entonces la presencia de un gran trozo de tela junto a la entrada del *bunker*. Se lo enseñó a Günsche y este lo cogió y lo roció de gasolina.

—¡Una cerilla! —exclamó Kempka.

Goebbels le entregó una caja. Kempka encendió la cerilla y la aplicó contra el trapo. Günsche corrió con este y lo lanzó sobre los cuerpos cubiertos de gasolina. Una bola de fuego surgió de la depresión, y a ella siguió una densa columna de humo negro. El fuego era pequeño, en comparación con el fondo rojizo de la ciudad incendiada, pero a pesar de todo resultaba aterrador. Los presentes contemplaban las llamas, como si estuvieran hipnotizados.

Poco a poco los cuerpos se fueron consumiendo. Conmovidos, regresaron a

la entrada del *bunker*. Transportaron más latas de gasolina, y durante las tres horas siguientes, Günsche, Linge y Kempka siguieron vertiendo combustible sobre lo que quedaba de los cadáveres.

En el plazo de diecinueve días, tres de los dirigentes más importantes del mundo habían muerto: uno de un ataque, otro por su propia mano, y el tercero a manos de su mismo pueblo. Dos de ellos —Roosevelt y Hitler— asumieron la jefatura de sus respectivos países en el mismo año, 1933, y a los dos les llamaban «el Jefe» sus allegados. Pero allí terminaban todas las semejanzas.

Eran las siete y media de la tarde cuando Kempka y Günsche, agotados por el esfuerzo, entraron en el *bunker* después de haber concluido la tarea de la cremación. En la sala de conferencias reinaba un verdadero desbarajuste. El jefe de la guardia, Rattenhuberg, así como el comandante de la zona de la Ciudadela, Mohnke, lloraban sin disimulos. Otros discutían acaloradamente acerca de nimiedades. Todos parecían estar perdidos, sin el Führer que les dirigiese. Por fin, Goebbels logró serenarse, y como nuevo canciller ordenó que se celebrase una reunión, pidiendo que asistiesen a la misma Bormann, Mohnke, Burgdorf y Krebs. Una de las primeras decisiones de Goebbels fue ordenar a Rattenhuberg que enterrase los restos de Hitler y Eva Braun junto a la pequeña vivienda de Kempka, situada en el jardín. Luego empezaron a discutir la posibilidad de enviar a Krebs, que hablaba un poco el ruso, a través de la línea de fuego, a fin de que negociase alguna forma de tratado.

Weidling aún no se hallaba al corriente de la muerte de Hitler. En las últimas horas de la tarde recibió un mensaje de Krebs, ordenándole que se presentase inmediatamente en el *bunker*, y prohibiéndole romper el cerco de Berlín, aun en pequeños grupos. Aquello era una locura, y Weidling se sintió tentado a desobedecer. Dentro de veinticuatro horas, cualquier intento para atravesar las líneas enemigas resultaría imposible. Los soviéticos habían introducido numerosas avanzadillas en la zona de Potsdamerplatz, y otro grupo avanzaba a lo largo de la Wilhelmstrasse, en dirección al Ministerio del Aire.

Casi media hora tardó Weidling en salvar la distancia de poco más de un

kilómetro que le separaba de la Cancillería, y era ya de noche cuando se presentó en el *bunker*. Le extrañó la agitación que reinaba en el interior del refugio, pero lo que le indicó que algo extraordinario había ocurrido, fue el ver a Goebbels sentado ante el escritorio del Führer. Con voz lúgubre le rogó Krebs que guardase el secreto, y luego le contó que el Führer se había suicidado.

El asombrado Weidling se enteró luego de que sus compañeros solo habían informado del suceso a Stalin. Krebs manifestó entonces que iría en persona a hablar con Zhukov sobre el suicidio de Hitler, informándole además acerca del nuevo Gobierno. Le pediría una tregua para iniciar las negociaciones destinadas a la capitulación de Alemania. Desaparecido Hitler, los deseos de Krebs de luchar hasta el último hombre contra los bolcheviques parecían haber desaparecido repentinamente.

Weidling dudaba de que Krebs hablase en serio, y con tono de incredulidad dijo:

—Como militar, ¿cree usted de verdad que el comando supremo soviético accederá a negociar una tregua cuando están a punto de conseguir todos sus objetivos?

Añadió que solo podía ofrecerse la rendición incondicional. Únicamente aquello pondría fin a la batalla de Berlín, que ya carecía de todo objeto.

—¡No hay que pensar siquiera en la capitulación! —exclamó Goebbels.

—*Herr reichsminister* —manifestó Weidling—. ¿Cree de verdad que los rusos querrán negociar con un Gobierno alemán del que sea usted canciller?

Quizá por vez primera en su vida, Goebbels no supo qué contestar. Cuando habló, sus palabras parecían las de un hombre que pretendía ajustar la realidad a su conveniencia. Declaró que la última voluntad de Hitler debía ser respetada, y que Krebs solo debería solicitar una tregua.

Cuando se disponía a regresar a su puesto de combate, Kempka pasó ante la habitación del doctor Stumpfegger, y vio a Magda Goebbels sentada ante un escritorio. Tenía un gesto ausente en el rostro. Por fin reconoció a Kempka, y le pidió que se aproximase.

—Rogué al Führer de rodillas que no se suicidase —dijo con voz inexpresiva —. Me hizo levantar suavemente del suelo, y me dijo serenamente que debía abandonar este mundo. Era la única forma de que Doenitz pudiese salvar a Alemania.

Para animarla, Kempka dijo a Magda Goebbels que había una posibilidad de huir. Manifestó que tenía tres camiones blindados en disposición de usarse, y que con ellos seguramente podría poner a salvo a todos.

Ella lanzó un profundo suspiro. En ese momento entró Goebbels y dijo que Krebs iba a entrevistarse personalmente con Zhukov. Manifestó que había solicitado morir con Hitler, pero que el instinto de conservación para él y su familia era más fuerte que su ofrecimiento. Sin embargo, aquel instinto debía tener sus límites.

—En caso de que las negociaciones den resultado negativo —añadió sombríamente—, ya he tomado mi decisión. Me quedaré en el *bunker*, porque no podré desempeñar el papel de eterno refugiado en el mundo. Claro que la huida quedará siempre abierta para mi mujer y mis hijos.

—Si se queda mi esposo —dijo *frau* Goebbels, rápidamente—, yo también me quedaré. Quiero compartir su suerte.

El almirante Doenitz no fue informado sobre la muerte de Hitler. Solo le comunicaron que el Führer le había nombrado su sucesor. Bormann le dijo por radio que le enviaría confirmación por escrito, y que entretanto, el almirante quedaba «autorizado para tomar las medidas que la situación requiriese».

Tal vez Bormann había querido retener la noticia, a fin de poder darla él personalmente. A diferencia de Goebbels, estaba decidido a huir de Berlín a toda costa, y sin duda tenía la esperanza de ser el primero del *bunker* que llegase junto a Doenitz. Entonces, con su presencia, tal vez pudiese retener el poder.

El almirante era un verdadero marino, sin aspiraciones políticas, y el nombramiento recaído en su persona fue algo totalmente inesperado. Sin duda Hitler le había nombrado para facilitar la tarea de poner fin a la guerra. Doenitz había dicho antes por radio a Hitler que podía contar con toda su lealtad, y que haría lo posible por sacarle de Berlín.

—Pero si la suerte me obliga a gobernar el Reich, como sucesor suyo —declaró—, seguiré con la guerra hasta concluirla de la única forma que exige la heroica resistencia del pueblo alemán.

Doenitz siempre había temido que la muerte de Hitler pudiese terminar con la autoridad central, siguiendo un caos que provocase la pérdida innecesaria de innumerables vidas. Pero ahora se dijo que si actuaba con rapidez y se rendía incondicionalmente, tal vez pudiera evitar semejante catástrofe. Pero en primer

lugar tenía que comprobar si su nombramiento contaba con la aprobación de Himmler, el cual disponía de tropas en lo que quedaba del país, en tanto que él no disponía de estas. Se requirió que Doenitz llamase personalmente a Himmler, antes de que este prometiese sin mucho entusiasmo trasladarse a Ploen, para hablar acerca de «un importante asunto».

Colocó Doenitz una pistola cargada debajo de algunos documentos que había sobre su escritorio. Aquello resultaba tal vez exagerado, pero le pareció algo necesario. Himmler llegó con seis guardias SS armados, pero entró solo en el despacho del almirante. Doenitz extrajo el telegrama en el que se le informaba de su nombramiento como sucesor de Hitler.

—Por favor, lea esto —dijo a Himmler, y le observó con toda atención.

El *reichsführer* se puso pálido y pareció encogerse, como si fuese un globo al que pinchan con un alfiler. Aun después de conocerse sus tentativas de negociar con Churchill y Truman, Himmler tuvo la seguridad de que sería nombrado sucesor de Hitler. Después de un silencio embarazoso, Himmler se puso de pie y se inclinó ceremoniosamente.

—En tal caso —afirmó—, permítame que sea el segundo hombre de su Gobierno.

El quejumbroso tono de Himmler dio confianza a Doenitz, a pesar de lo cual acercó una mano al arma que tenía escondida. —Eso es imposible —dijo Doenitz con firmeza—. No tengo puesto para usted.

Himmler se aclaró la garganta, como si fuese a decir algo, y luego se puso de pie, con gesto resignado. Doenitz también se levantó de su asiento, y le acompañó hasta la puerta. Himmler salió del edificio con la cabeza inclinada, seguido por sus seis guardaespaldas.

Capítulo quinto

«Y ahora nos apuñalan por la espalda»

1

Desde 1939, año en que el Gobierno polaco en el exilio se trasladó a Londres, se habían originado incesantes discusiones en relación con la suerte futura del trágico país. En Yalta, los Tres Grandes parecían haber hallado una solución; luego Stalin cambió de parecer, lo cual no solo condujo al intercambio de innumerables mensajes de contenido desagradable, sino también al desacuerdo entre Churchill y Roosevelt acerca de la manera más conveniente de tratar con Stalin. Poco después de que Roosevelt se hubiese puesto de acuerdo con Churchill a ese respecto, en el mes de marzo, el presidente americano falleció, y Truman se vio obligado a enfrentarse con una situación sobre la que tenía muy escasos conocimientos. Por consiguiente, hasta fines de abril, Churchill y Truman no estuvieron en condiciones de presentar un frente unido.

Durante varios días, Churchill había estudiado el último mensaje de Stalin, en el que este manifestaba categóricamente que la única solución al problema consistía en adoptar el ejemplo yugoslavo para Polonia. El 29 de abril, Churchill le envió una réplica de 2509 palabras, que era tan vehemente como extensa. Manifestaba Churchill que el acuerdo al cincuenta por ciento sobre Yugoslavia no había dado buenos resultados, pues Tito se había convertido en un dictador. Por otra parte, Yugoslavia y Polonia eran dos países muy diferentes. Los Tres Grandes habían llegado a un acuerdo en Yalta sobre la última nación. Churchill

proseguía manifestando que tanto él como Truman consideraban que la forma en que se había llevado el asunto, desde la Conferencia de Crimea, resultaba bastante desconsiderada para ellos.

El asunto se había agravado aún más a causa de las noticias que llegaban de Polonia, como la de la desaparición de quince polacos que habían abandonado Varsovia un mes antes para negociar con los rusos. Churchill manifestó que no podía oponerse a tales informes, puesto que a los británicos y americanos se les negaba la entrada a Polonia para que examinasen la situación.

Proseguía diciendo Churchill que el futuro tampoco se presentaba demasiado prometedor ya que la Unión Soviética y los países satélites se inclinaban hacia un lado, en tanto que las democracias angloamericanas y sus asociados se inclinaban hacia otro lado.

> *«… Es evidente que ese desacuerdo destrozará al mundo, y que nosotros, los dirigentes de cualquier bando que tengamos que ver en ello, nos cubriremos de vergüenza ante la Historia. Solo el recelar durante largo tiempo y oponer una y otra vez nuestras políticas, será un desastre que impedirá el desarrollo de la prosperidad mundial para aquellas masas que solo puedan alcanzarlas mediante la acción unida de nuestros tres países. Espero que en estos conceptos que salen de mi corazón no haya palabra o frase que pueda constituir una ofensa. En tal caso, hágamelo saber. De lo contrario, le ruego, amigo Stalin, que elimine las diferencias que para usted pueden ser pequeñas, pero que tienen valor simbólico según la forma en que los pueblos de habla inglesa reaccionamos ante la vida».*

La franqueza de Churchill solo pareció irritar a Stalin, el cual contestó que si el Gobierno de Lublin no se tomaba como base para un Gobierno de unidad nacional, sería imposible lograr un acuerdo en lo estipulado durante la Conferencia de Crimea.

Anteriormente, Stalin había negado que supiera algo acerca de los quince polacos desaparecidos, pero ahora admitía que estos se hallaban bajo la custodia soviética. Por otra parte, los aliados estaban informados erróneamente, ya que eran «dieciséis las personas, no quince».

> *«… El grupo se halla encabezado por el conocido general Okulicki. Los servicios de información británicos mantienen un deliberado silencio, en vista de su particular modo de pensar, acerca de este general polaco, que con otros quince ha “desaparecido”. Pero nosotros no tenemos intención de silenciar este asunto. Este grupo de dieciséis personas, mandado por el general Okulicki, ha sido detenido por las autoridades militares del frente soviético y está siendo sometido a una investigación general. El grupo del general Okulicki, y en primer lugar el propio general Okulicki, están acusados de preparar y llevar a cabo actividades subversivas detrás de las líneas del Ejército Rojo, subversión que ha hecho mella en más de un centenar de soldados y oficiales del Ejército Rojo. También se culpa al grupo de suministrar emisoras de radio a la retaguardia de nuestras*

tropas, lo que está prohibido por la Ley. Todos, o una parte de ellos —depende del resultado de las investigaciones—, serán juzgados. Así es como el Ejército Rojo se ve forzado a proteger sus unidades y sus líneas de retaguardia contra los saboteadores y los que crean desórdenes».

A estos cargos, que en realidad eran infundados, siguió una acusación de que el Servicio de Información británico difundía calumnias al anunciar que los rusos habían asesinado a los polacos del bosque de Katyn. El mensaje terminaba con un párrafo amenazador:

«De su mensaje parece deducirse que no se muestra usted dispuesto a considerar al Gobierno Polaco provisional como base para un futuro Gobierno de unidad nacional, o a asignarle el lugar que en ese Gobierno le corresponde por derecho. Debo manifestar con franqueza que tal actitud impide la posibilidad de un acuerdo acerca del asunto polaco».

2

Sobre un punto, al menos, la rendición de Italia, Churchill y Stalin se hallaban de acuerdo. Una vez que Dulles obtuvo la aprobación para proseguir con la Operación Amanecer, pidió a Gaevernitz que llevase a los dos emisarios alemanes en avión y automóvil hasta el cuartel general de Alexander en Caserta, localidad situada cerca de Nápoles. Al principio, el comandante Wenner y el *oberstleutnent* Von Schweinitz se opusieron a los términos aliados de una rendición incondicional, pero en el curso de una sesión que duró toda la noche, Gaevernitz les persuadió para que aceptasen, ya que cada minuto significaba la pérdida de numerosas vidas.

Aún así, Schweinitz insistió en enviar un mensaje al *generaloberst* Von Vietinghoff poniendo de manifiesto los términos de la rendición. Como al llegar el 29 de abril no se recibiese respuesta alguna, Schweinitz decidió firmar el armisticio —estipulado para el 2 de mayo, al mediodía—, con el fin de que él y Wenner pudiesen entregar los documentos de Vietinghoff a tiempo para que este diese la orden de alto el fuego a todas las unidades del frente.

Durante la impresionante ceremonia, que se celebró en presencia del general de división A. P. Kislenko, Schweinitz provocó momentáneamente la consternación de los presentes cuando manifestó que actuaba excediéndose en sus poderes.

—Espero que mi comandante en jefe, el general Von Vietinghoff, aceptará,

pero no puedo hacerme enteramente responsable de ello.

Un murmullo de sorpresa se levantó de los testigos, pero el teniente general William Morgan, jefe de Estado Mayor de Alexander, declaró sin vacilar:

—Acepto.

Y firmó en nombre de los aliados. Eran las 14:17.

Al día siguiente Churchill telegrafió a Stalin: «*Debemos alegrarnos todos de este gran armisticio*». Pero su júbilo era prematuro. Gaevernitz se las había arreglado para hacer volver a los dos alemanes a Suiza, pero no pudo pasarlos por la frontera austríaca. El Bundesrat, el más alto organismo gubernativo suizo, había ordenado el cierre de todas las fronteras. Era evidente que la publicidad que se había dado en todo el mundo a las negociaciones secretas, llegó a resultar molesta para una nación que se enorgullecía de su estricta neutralidad.

Entonces entró en acción Allen Dulles. Abandonando el protocolo, se trasladó ya antes de la hora del desayuno a casa de un funcionario suizo. Mientras este se afeitaba, Dulles trató de convencerle para que dejase pasar a los dos alemanes. Por fin, a las once de la mañana del 30 de abril, se consintió a Wenner y Schweinitz que saliesen de Suiza en dirección a Italia. Poco después se encaminaban en un destartalado automóvil hacia el cuartel general alemán, situado en Bolzano, en las Dolomitas, donde las carreteras aún no estaban totalmente libres de una reciente nevada.

Utilizaban aquella carretera secundaria debido a que se les había informado que Kaltenbrunner bloqueaba las carreteras principales a fin de evitar que entregasen los documentos de rendición a Von Vietinghoff.

Cuando Wolff regresó al cuartel general de Italia, en la noche del 27 de abril, no halló en él más que confusión. Kesselring, recientemente nombrado para el mando de todas las tropas alemanas en el Sur, acababa de recibir el informe del *gauleiter* Hofer, de Innsbruck, de que se había firmado un tratado de paz en Caserta. Kesselring ordenó a Vietinghoff que fuese a entrevistarse con él a Innsbruck, donde reiteró firmemente que la capitulación no debía ser tenida en cuenta. A continuación destituyó sumariamente de sus cargos a Von Vietinghoff y a su jefe de Estado Mayor, general Hans Roettiger, y les ordenó que se presentasen en la zona de retaguardia de las Dolomitas, al nordeste de Bolzano, para recibir nuevas órdenes y quedar sometidos posiblemente al juicio de un tribunal militar.

Von Vietinghoff salió como se le mandaba hacia las Dolomitas totalmente decepcionado con Wolff y la Operación Amanecer, pero Roettiger no le acompañó. En lugar de ello se unió a Wolff para tratar de convencer al nuevo comandante de las fuerzas alemanas en Italia, general F. Schulz, para que se uniese a la conspiración. Pero Schulz, que era un militar disciplinado, se negó a actuar sin la aprobación total de Kesselring.

Kenner y Schweinitz llegaron por fin a Bolzano en la medianoche del 30 de abril, cuando la situación parecía más crítica. Se esperaba que la rendición tendría lugar en el plazo de treinta horas, y Schulz no cumpliría con el pacto. Wolff y Raettiger hablaron hasta el amanecer, y al fin decidieron que la única solución era detener a Schulz. A las siete arrestaron al indignado general y a su jefe de Estado Mayor, recluyéndolos en el puesto de mando del Grupo de Ejército Central, vasto refugio subterráneo excavado en una eminencia rocosa.

Con esto se logró aislar a Schulz, pero entonces surgió otra complicación. Los generales Herr y Lemelsen, que mandaban los dos ejércitos alemanes de Italia y a los que se había convencido para que se uniesen en la Operación Amanecer, consideraron la detención de Schulz como un agravio y cambiaron de parecer, asegurando que en tales circunstancias no podían subordinarse a Roettiger ni rendir sus tropas.

Al mediodía, el mariscal de campo Alexander solicitó urgentemente de Wolff, por radio, que le diese informes acerca de la situación, en especial si Vietinghoff y Wolff habían ratificado los términos del acuerdo de Caserta, y si el armisticio ocurriría el 2 de mayo.

El mensaje fue recibido con un equipo secreto colocado en una pequeña estancia situada junto al dormitorio de Wolff, en su cuartel general del palacio del duque de Pistoia. El operador, Vacalr Hradecky —al que los conocidos llamaban Wally para abreviar—, era un checoslovaco que trabajaba para Dulles y que estaba oculto en el palacio, habiéndose alimentado durante toda la semana anterior con la comida que Wolff pedía como si fuese para él.

Se encomendó a Wolff la tarea de convencer al hombre a quien acababa de encarcelar. Schulz, como era lógico, se hallaba profundamente resentido por su detención, y el persuasivo Wolff tardó un par de horas antes de que el general admitiese de mala gana que la rendición en Italia resultaría beneficiosa para la Patria.

—De acuerdo, estamos con usted —dijo Schulz, al fin—. No pondremos objeciones personales ni oficiales, pero no podemos capitular sin la aprobación

de Kesselring.

Wolff necesitaba aliados, no neutrales, y dijo a Schulz:

—Escuche, no perdamos el tiempo inútilmente. Lo que se halla en juego es Alemania, y no unas pocas personas. Le ruego que comprenda lo que le he expuesto, y que mande a los comandantes de Ejército que deben cumplir las órdenes de rendición.

Aunque no del todo convencido, Schulz llamó por teléfono a Herr y Lemelsen, quienes le prometieron que asistirían a una conferencia de comandantes militares alemanes a celebrarse a las seis de la tarde del 1 de mayo. El mismo Wolff llamó al general Ritter von Pohl, comandante de la Luftwaffe en Italia, el cual exclamó:

—¡Dios santo, estamos en un buen atolladero, y es usted quien nos ha metido en él!

—No, Pohl, no he sido yo quien les ha metido en esto, y por muy difícil que resulte dar este paso, estoy seguro de que usted comprende que es la única forma de solucionar el asunto. Déjeme actuar a mí.

—Está bien —dijo Pohl, suspirando—. Estoy con usted.

Los generales se mostraron reacios a actuar independientemente, lo cual era comprensible. También se comprendía la actitud de los jóvenes oficiales pronazis del cuartel general del grupo de ejército. En cuanto se enteraron de que se estaba tratando la rendición de las tropas, amenazaron con la rebelión. Roettiger les llamó a su despacho y les dijo que resultaba inútil proseguir la lucha. Agregó que no podía seguir asumiendo la responsabilidad de aquella contienda.

Un joven capitán se adelantó y dijo:

—¿En tal caso, señor, por qué no cede el mando a alguno de sus subordinados, que cargará con las responsabilidades, de acuerdo con la orden del Führer?

—Conozco bien esa orden —manifestó Roettiger—. En estos momentos, sin embargo, considero que el alto el fuego es la mayor responsabilidad que tengo entre manos, ya que con ello será posible evitar una efusión de sangre inútil. Capitán, piense en la triste suerte de sus camaradas en el frente, algunos de los cuales, en este momento, están luchando por posiciones que de hecho ya están perdidas, y que, tarde o temprano, deberán enfrentarse con la misma decisión que acabo de tomar yo, pensando en todos los efectivos de la Wehrmacht, en Italia. Roettiger concluyó declarando que asumiría la responsabilidad de tomar la

decisión en nombre de todos ellos.

A las seis de la tarde, Wolff inició la conferencia de comandantes. Dijo que no había tiempo que perder, pues quedaban menos de veinticuatro horas para la aplicación del armisticio. El vicealmirante Loewisch, que representaba al comandante de las fuerzas navales alemanas en Italia, repitió varias veces desde el rincón donde se hallaba:

—El almirante nunca dará su aprobación, y por todos los cielos, no le obliguen a hacerlo.

Pohl tomó la palabra y dijo que la Luftwaffe cumpliría con los términos de la rendición. Herr y Lemelsen vacilaron y terminaron diciendo que no se justificaba la continuación de la lucha.

Llegó entonces el turno al comandante supremo en Italia, Schulz, el cual declaró:

—Estoy totalmente de acuerdo.

Wolff creyó que con ello había ganado la partida, pero en seguida Schulz añadió que no podía hacer nada sin el consentimiento de Kesselring.

Se puso inmediatamente una llamada telefónica al *feldmarschall*, pero este no se hallaba en el puesto de mando. Media hora después, seguía ausente. El ambiente se estaba enrareciendo, en el refugio subterráneo. A las ocho llegó otro mensaje de Alexander preguntando si cumplirían los términos de lo pactado. En caso contrario, los Aliados reanudarían el ataque.

Wolff declaró que trataría de contestarle a las diez de la noche, y efectuó una tercera llamada a Kesselring. Su jefe de Estado Mayor, el general Westphal, dijo que no se le podía molestar en esos momentos.

—¡Esta es nuestra última oportunidad! —exclamó Wolff—. Pero ni usted ni el general Schulz quieren asumir la responsabilidad. Hay aquí cuatro comandantes que solicitan que se nos dé poder para actuar. Ninguno de nosotros tiene ambiciones personales, ni espera recibir protección del enemigo. Estamos dispuestos a defender nuestros actos y a someternos al juicio del *feldmarschall*. Pero debemos tomar ahora una decisión antes de que sea demasiado tarde y se reanude la lucha.

Westphal manifestó que hablaría con Kesselring y les llamaría media hora más tarde.

A las diez, Westphal aún no había contestado y Wolff se dio cuenta de que debía convencer a los que se hallaban en la estancia para que actuasen por su propia cuenta.

—¡Schulz trata de desentenderse del asunto! —exclamó Wolff; desesperado—. Parece que no hay nadie que tenga el valor suficiente para tomar una decisión personal, aun cuando esta signifique la muerte de millares de soldados alemanes y la miseria de sus familias. Por consiguiente, el resto de los que estamos aquí debemos tomar una decisión. Que Schulz y Kesselring hagan lo que les parezca más adecuado.

Se produjo un largo silencio. De pronto, el general Herr se volvió hacia su jefe de Estado Mayor y le dijo, con acento de serena autoridad:

—Dé órdenes a todas las unidades del Décimo Ejército para que depongan las armas mañana al mediodía.

Fue el momento decisivo, y Lemelsen y Pohl no tardaron en dar órdenes semejantes.

A las diez de la noche, Wolff avisó por radio a Alexander que el alto el fuego se produciría como se había proyectado. Pero sus palabras trasuntaban una confianza que no sentía por completo. Se daba cuenta de que Kesselring y Schulz aún podían impedir la rendición.

Una hora después entró un ayudante en la habitación y comunicó que la radio acababa de anunciar la muerte de Hitler. Wolff suspiró aliviado. Con eso, Kesselring y Schulz quedaban libres del juramento que habían hecho al Führer. Pero la muerte de Hitler provocó un efecto inesperado en Schulz.

—Señores, hasta ahora me he mostrado muy complaciente —declaró Schulz—. He dado mi consentimiento a su decisión y he procurado sacar partido de una situación desfavorable. Pero no se olviden de la forma desconsiderada con que he sido tratado esta mañana, y de que a pesar de ello, les presté mi apoyo moral. Apoyé rápidamente las ideas de ustedes, pero no estoy obligado a obedecerles. El *feldmarschall* ha puesto en mí su confianza, y yo no puedo defraudarle. Eso es algo que se comprende fácilmente.

Schulz hizo una pausa, reflexionó y su semblante enrojeció de cólera.

—¡Y ahora yo pregunto cómo osan venir a amenazarme! ¡Vamos, salgan de aquí! —exclamó, señalando hacia la puerta—. ¡Estoy cansado de todo esto! Todavía soy el comandante supremo en este lugar. Si prefieren actuar por su propia cuenta, allá ustedes. Eso corre bajo su responsabilidad. ¡Pero no esperen que yo haga lo mismo!

Wolff salió airadamente de la estancia, seguido de Herr, Lemelsen y Pohl. En las dos salidas principales había centinelas fuertemente armados, y temiendo que les detuviesen, Wolff condujo el grupo por un túnel secreto para trasladarse

después hasta su cuartel general.

Las sospechas de Wolff estaban bien fundadas. Poco después de medianoche llegó un mensaje ordenando la detención de Roettiger, que había huido por el túnel, separado de los demás, y del *oberst* Moll.

—La lucha continúa —declaró Kesselring.

Según podía apreciarse, la muerte de Hitler no había cambiado en nada las cosas.

Pohl, Lemelsen y Herr decidieron que estaban más seguros en sus respectivos cuarteles generales, y pidieron a Wolff que se les uniese. Pero este consideró que debía quedarse en el palacio para salvar la Operación Amanecer, si aún era posible, y ordenó a sus tropas SS de confianza que defendiesen el lugar. Su temor era que Kaltenbrunner pudiese enviar a Otto Skorzeny en una operación aérea de comando, a detenerle.[64] Ante la puerta de la residencia se hallaban siete tanques dispuestos a evitar cualquier sorpresa.

Wolff no tenía idea de lo que pasaría en esos momentos por la mente de Kesselring. Este podía invalidar las órdenes de rendición; podía detener a los conspiradores, haciéndoles fusilar como traidores, o bien tenía la posibilidad de dar su consentimiento tácito a la rendición, absteniéndose de actuar.

No tuvo que esperar tiempo Wolff para saber lo que pensaba Kesselring. A las dos de la mañana del 2 de mayo, este llamó a Wolff por teléfono y exclamó:

—¿Cómo se atreve a actuar por iniciativa propia, sin órdenes mías?

Wolff recordó a Kesselring que ya le habían informado acerca de la conspiración desde un mes antes.

—Si usted se hubiese unido a nosotros entonces, habría impedido que corriera mucha sangre, evitando también la destrucción de numerosas propiedades. Yo puedo conseguir las mismas condiciones de rendición para todas sus fuerzas —dijo Wolff—. Solo tengo que decir unas palabras, y el asunto estará resuelto. Parece olvidar que estaba usted al corriente de esto desde el principio. Sabía muy bien cuanto sucedía, y ahora nos apuñala por la espalda, quitando a Vietinghoff de en medio.

Wolff siguió diciendo que había que cumplir con el acuerdo concertado en Caserta. Estaba convencido de que la historia les justificaría plenamente.

—Será mejor que siga mi consejo —añadió Wolff—. No parece usted darse cuenta de lo que está en juego.

Kesselring le interrumpió. No se mostraba colérico, sino más bien

interesado.

—¿Dice usted que ha hecho un trato con los angloamericanos para que se nos unan en la lucha contra Tito y Rusia?

—*Herr generalfeldmarschall*, no sé de dónde ha podido sacar semejante idea. En eso no hay ni que pensar. Se trata de una simple capitulación. He conseguido salvar a gran cantidad de nuestros soldados, que de ese modo no irán a Siberia, al norte de África o a Dios sabe dónde, y probablemente podré hacer lo mismo por muchos otros soldados. Es irresponsable proseguir una lucha que ya está perdida, sobre todo ahora que conocemos la muerte del Führer, lo que le libra de su juramento de fidelidad. No tiene por qué trasladar este juramento a nadie más. Yo no me siento obligado en absoluto al almirante Doenitz, el cual significa muy poco para mí. Todo aquel que siga luchando ahora, no es más que un criminal de guerra.

Al fin, Wolff dejó de hablar y Kesselring comenzó a rebatir sus argumentos con la misma vehemencia. La amistad que les unía solo contribuía a hacer la discusión más áspera. Ambos hombres gritaron hasta quedar agotados. La discusión había durado dos horas, al término de las cuales, Wolff cortó la comunicación y se sentó como si estuviese anonadado.

A las cuatro y media de la mañana, el teléfono volvió a sonar. Era Schulz. Wolff, desesperado, estaba a punto de replicarle con cajas destempladas, cuando el comandante supremo de Italia anunció que Kesselring acababa de llamarle por teléfono, dándole permiso para llevar a efecto la rendición.

Para oír aquellas palabras, Wolff había hecho varios viajes peligrosos; estuvo a punto de caer en manos de los partisanos, en el lago Como, y se enfrentó directamente con la ira de Himmler y de Hitler. Por si fuera poco, se había visto obligado a humillarse, tuvo que arrestar a un compañero de armas y fue objeto de numerosos insultos. Pero el éxito le dejaba ya indiferente. Ordenó a Wally que telegrafiase a Alexander informándole que Kesselring también había aceptado las condiciones, y luego se tumbó sobre su lecho y quedóse dormido.

Capítulo sexto

«El telón de acero se aproxima cada vez más»

1

En las primeras horas del 30 de abril, el gran núcleo de tropas de Busse, que avanzaba rodeado por los efectivos soviéticos, se hallaba a punto de desintegrarse. Solo el temor a la venganza rusa sostenía a los exhaustos soldados combatiendo siempre en dirección al Oeste, donde se hallaba el 12.° Ejército de Wenck. El *oberst* (coronel) Hans Kempin, cuya misión consistía en evitar que los rusos irrumpiesen por el flanco norte de las tropas alemanas, había abandonado las orillas del Oder con veinte mil soldados. Ahora, después de diez días de intenso combate, su 32.ª División Panzer de Granaderos había quedado reducida a 400 combatientes, y no le quedaba un solo tanque. Kempin, un hombre corpulento, de la estatura de Skorzeny, nunca había sufrido tanto en el tiempo que llevaba combatiendo. Sus soldados se hallaban tan exhaustos, que algunos ni siquiera podían levantarse del suelo. También recurrió el coronel a las mujeres que les acompañaban.

—Si quieren que salgamos de aquí, tienen que ayudarnos… —dijo Kempin a un grupo de mujeres.

Así, pues, también ellas empuñaron fusiles automáticos y rifles y siguieron avanzando hacia el Occidente, junto con los soldados, más cansados por haber llevado el peso de la lucha hasta el momento.

Hacia el Sur, los civiles alemanes que integraban el grupo de Busse habían

experimentado escasas bajas, desde que abandonaron el Oder. Pero algo antes del amanecer, los civiles oyeron un nutrido tiroteo y observaron numerosas siluetas que se aproximaban en la semioscuridad. Eran los rusos. Los alemanes corrieron frenéticamente atravesando los bosques hasta llegar al río Dahme. Este medía escasamente diez metros de anchura, pero sus aguas estaban sumamente frías. Algunos soldados improvisaron balsas y luego se lanzaron al agua y comenzaron a remolcar a las mujeres.

Elisabeth Deutschmann, cuyo marido había perdido una pierna en Rusia, había llegado a la orilla occidental cuando aparecieron los primeros rusos por el otro lado. Los dos soldados que la habían arrastrado hasta la margen opuesta estaban ateridos y no podían moverse, y rogaron a la mujer que se marchase antes de que los soviéticos cruzasen el río. Pero Elisabeth les frotó el cuerpo, les cubrió con su capa de pieles y permaneció junto a ellos.

En la orilla opuesta comenzaron a oírse disparos y gritos salvajes. Luego se produjo un largo silencio y los dos soldados y la mujer creyeron que los rusos se habían marchado. De pronto, apareció un soldado soviético enorme, con un vendaje ensangrentado envolviéndole la cabeza. Avanzó hacia ellos con una pistola en la mano, pero les sonrió y les dijo en alemán:

—No teman nada.

Se acercó entonces un oficial soviético, el cual se apoderó de Elisabeth, pero el corpulento ruso le colocó la pistola en las costillas y declaró:

—Esa mujer pertenece a este soldado —y señaló a uno de los alemanes.

Cuando el ruso llevaba a sus prisioneros por el bosque, vieron a un alemán al que los soviéticos habían arrancado la nariz, y otro al que habían castrado. El ruso dijo que con él estaban seguros, y les dio jamón y unos trozos de pan.

Con el Ejército Rojo amenazando irrumpir por todos los flancos, Busse pidió a sus avanzadas que hiciesen un desesperado esfuerzo por atravesar las líneas enemigas para llegar hasta Wenck. Ya no le quedaban más que dos tanques «Tigres». Se les suministró gasolina de otros vehículos abandonados, y los tanques se dispusieron a encabezar el ataque final.

En la oscuridad se enfrentaron con el fuego de morteros y armas cortas, pero milagrosamente los dos «Tigres» siguieron avanzando, al tiempo que disparaban hasta quedar con los cañones al rojo. Detrás iba la infantería, seguida por centenares de mujeres que portaban fusiles ametralladores, rifles y municiones.

A solo dieciséis kilómetros al Oeste se hallaba Wenck, esperándoles. El general había llegado hasta la línea de fuego en una motocicleta. Sus comandantes le habían advertido antes que el Ejército Rojo estaba a punto de irrumpir a través de sus líneas, lo que aconsejaba la retirada del 12.° Ejército. Pero Wenck recordó los millares de mujeres y niños que acompañaban a Busse.

—Tenemos que resistir —dijo luego a sus comandantes—. Busse aún no ha llegado. Debemos esperarle.

Con las primeras luces del día, aquel 1 de mayo los soldados situados en la vanguardia de Wenck oyeron algunos disparos aislados, y luego vieron numerosas sombras que se les acercaban. Eran los soldados del 9.° Ejército, que les abrazaban, al tiempo que exclamaban con júbilo incontenible:

—¡Lo conseguimos, estamos libres!

Luego muchos se dejaron caer al suelo, incapaces de dar un paso más.

2

Weidling había acertado al pensar que los rusos no querrían entablar negociaciones con los ocupantes del *bunker*. Al anochecer, Krebs regresó con el rostro sombrío de las líneas soviéticas de Tempelhof, informado que había hablado con el general Vasili Chuikov, comandante del Octavo Ejército. Chuikov, a su vez, llamó por teléfono a Zhukov, el cual exigió la rendición incondicional a los Tres Grandes.

Goebbels acusó a Krebs de haber expuesto mal sus propósitos y surgió entre ellos un fuerte altercado. Goebbels lanzó denuestos contra todos, y ordenó enviar otro emisario a los soviéticos, comunicando la cancelación de las condiciones de Krebs, y declarando la «guerra a muerte».

Weidling propuso que se llevara a cabo cuanto antes el plan para escapar del cerco, y afirmó:

—¡Es imposible continuar con la batalla de Berlín!

Krebs manifestó al principio que no podía autorizar aquello, mas luego cambió de parecer.

—Dé las órdenes inmediatamente —dijo—, pero espere aquí, por si se efectúa algún cambio.

Mientras los demás hacían planes para huir, Goebbels se preparaba para la

muerte. Pidió al doctor Stumpfegger que inyectase veneno a sus seis hijos, pero el médico dijo que no quería tener aquel cargo de conciencia, pues también tenía hijos. Entonces, Goebbels empezó a buscar a otro médico entre los refugiados civiles del piso superior del *bunker*.

En la torre antiaérea situada en el parque zoológico, un oficial de inteligencia llamado Fricke llevó aparte al coronel Wohlerman y con voz temblorosa, casi inaudible, le dijo que acababa de enterarse de la muerte de Hitler, y de que el Gobierno iba a anunciarlo al mundo. Como muchos otros, Woehlerman se negó al principio a creer la noticia y dijo a Fricke que no divulgase el rumor.

3

El 1 de mayo, hallándose en Ploen, Doenitz recibió el siguiente enigmático telegrama de Bormann:

> *«El testamento sigue siendo válido. Iré ahí en cuanto pueda. Hasta entonces, creo que debe evitar hacer declaraciones públicas».*

Entonces, Doenitz tuvo la certeza de que Hitler había muerto, y que por algún motivo especial, Bormann quería evitar que se divulgase la verdad. Doenitz, por su parte, consideraba que había que decir inmediatamente al pueblo alemán y al ejército lo que había ocurrido, antes de que los rumores procedentes de distintas fuentes sembrasen la confusión. Pero eran escasos los informes de que disponía, por lo que decidió atenerse a la petición de Bormann, por el momento. Lo que resultaba indudable era que la guerra se había perdido. Como no había posibilidad de llegar a una solución política, su obligación como jefe del Estado era terminar con las hostilidades lo antes posible, a fin de evitar inútiles derramamientos de sangre.

—A mi entender —dijo a Von Keitel y Jodl—, los ejércitos de Schoerner deben evacuar las posiciones que retienen con tanta firmeza, retirándose en dirección al frente norteamericano. De ese modo, añadió Doenitz, cuando llegase el momento de la rendición, podrían entregarse a las potencias occidentales.

Doenitz decidió rendir el norte de Alemania a Montgomery, y con tal objeto telegrafió al almirante Hans Georg von Friedeburg, un hábil negociador, a fin de

que se preparase para llevar a cabo una misión especial. Cuando esto se hubiese logrado, trataría de rendir el resto del frente occidental, mientras contenía a los rusos. Pero esas negociaciones deberían durar lo suficiente para poder evacuar en masa a la población hacia el Oeste. El mismo día dirigió Doenitz su primera alocución a las fuerzas armadas, asegurando que tenía intención de «proseguir la lucha contra los bolcheviques hasta que nuestras tropas y los centenares de miles de familias de nuestras provincias orientales hayan sido salvadas de la esclavitud y la destrucción». Declaró igualmente que «el juramento de lealtad que habéis hecho al, Führer ahora os une a mí, que he sido nombrado su sucesor». A continuación mandó Doenitz a buscar a los *reichskomissars* de Checoslovaquia, Holanda, Dinamarca y Noruega y les ordenó que hiciesen todo lo posible por evitar derramamientos de sangre en aquellos países. A Von Ribbentrop le dijo por teléfono:

—Piense en un sucesor, y cuando lo encuentre, llámeme en seguida.

Una hora más tarde, Ribbentrop volvía a llamarle.

—He pensado una y otra vez en el problema —manifestó—, creo que solo hay un hombre capaz de desempeñar con acierto las tareas que realizo: yo mismo.

Doenitz sintió deseos de «reírsele en la cara», pero se limitó a rechazar cortésmente su oferta. Poco después nombraba para el cargo a Schwerin von Krosigk.

—No espere ganar laureles en su misión, pero tanto usted como yo nos vemos obligados a aceptar nuestras tareas en beneficio del pueblo alemán.

En cuanto Himmler se enteró del nombramiento, mandó llamar a Schwerin von Krosigk a su cuartel general.

—He sabido que va usted a ser el nuevo ministro de Asuntos Exteriores —dijo Himmler—. Debo felicitarle sinceramente. Nunca un ministro ha tenido mejores oportunidades.

El conde le miró perplejo e inquirió:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que dentro de poco, los rusos y los norteamericanos chocarán abiertamente, y entonces nosotros, los alemanes, seremos la fuerza decisiva. Por consiguiente, nunca como ahora el objetivo de los Urales ha estado tan próximo a nosotros.

—¿Aún cree que tiene usted alguna misión que cumplir? —preguntó Von Krosigk, con tono levemente sarcástico.

—¡Desde luego! Yo soy la base del orden, y Eisenhower y Montgomery no tardarán en reconocerme como tal. Todo lo que necesito es una hora de conversación con cualquiera de ellos, y el asunto quedará arreglado.

A última hora de la tarde, Doenitz recibió al fin una confirmación oficial de Bormann y Goebbels, acerca de la muerte de Hitler, concebida en los siguientes términos:

> *«El Führer murió ayer, a las 15:30. En su testamento fechado el 29 de abril, le nombra presidente del Reich, a Goebbels canciller del Reich, a Bormann ministro de Asuntos Exteriores. El testamento, por orden del Führer, se envía al feldmarschall Schoerner, fuera de Berlín, para su custodia. Bormann tratará de ir ahí hoy para explicarle la situación. La forma y el momento de hacer el anuncio a las fuerzas armadas y al público, se deja a su albedrío. Acuse recibo».*

Pero Doenitz no tenía intenciones de incluir a Goebbels ni a Bormann en su Gobierno, y dio órdenes de detenerles si se acercaban por Ploen.

También decidió que era hora de informar al pueblo alemán de la muerte del Führer.[65] A las 21:30 Radio Hamburgo interrumpió su programa para dar «una grave e importante noticia». Se escucharon algunos trozos de óperas de Wagner, luego unos compases de la Séptima Sinfonía, de Bruckner, y al fin una voz solemne anunció:

—Nuestro Führer, Adolf Hitler, luchando hasta el último aliento contra el bolchevismo, cayó por Alemania esta tarde (fue la tarde anterior), en su cuartel general de la Cancillería del Reich. El 30 de abril (el testamento estaba fechado el día 29) el Führer designó al gran almirante Doenitz para ocupar su lugar. El gran almirante y sucesor del Führer va a hablar a continuación al pueblo alemán.

Doenitz dijo que Hitler había caído «a la cabeza de sus tropas», y que la tarea que a él, Doenitz, le incumbía, era la de «salvar a los alemanes de la destrucción que implicaba el avance del enemigo bolchevique».

4

Poco después de anochecer, el coronel Woehlerman recibió la orden de informar inmediatamente al puesto de mando de Weidling, situado en

Bendlerblock. El intento de romper el cerco de Berlín había sido abandonado.

Woehlerman pidió a su primer oficial de Estado Mayor que le acompañase con un fusil ametrallador, y su conductor se ofreció a acompañarle también para defenderle. Ya era casi imposible cruzar el Tiergarten, pues los rusos tenían en su poder el puente de Liechtenstein. Los tres hombres esperaron junto a la torre antiaérea hasta que cesó momentáneamente el fuego, y luego avanzaron por la avenida del eje Este-Oeste. Las granadas comenzaron a estallar sobre sus cabezas otra vez, y tuvieron que lanzarse de un salto al cráter abierto por una bomba. Aquello hizo que Woehlerman se acordase de Verdún. Como el bombardeo persistiese salieron del agujero y continuaron avanzando hacia el Este. En la Friedrich Wilhelmstrasse tuvieron que cruzar a la carrera bajo el fuego enemigo. La Neue Siegesallee (Avenida de la nueva Victoria) era un caos de ruinas. Los monumentos de los gobernantes de Brandenburgo-Prusia, desde Alberto el Oso hasta el kaiser Federico III de Hohenzollern, yacían derribados de sus pedestales. Con todo cuidado se internaron entre los escombros del patio del Departamento de Guerra, donde Stauffenberg y otros más habían sido fusilados el 20 de julio.

En el *bunker* reinaba una atmósfera opresiva, aciaga. Goebbels mandó llamar a su ayudante, Günther Schwägermann, y le informó acerca de los trascendentales hechos acaecidos en las últimas horas.

—Todo se ha perdido —dijo Goebbels—. Yo debo morir, junto con mi mujer y mis hijos. Usted se encargará de quemar mi cuerpo.

Goebbels entregó entonces a Schwägermann una fotografía con marco de plata del Führer y se despidió de él.

Entretanto, había otros en el *bunker* que estaban recibiendo las últimas instrucciones para la huida. A las nueve de la noche, el primer grupo de los seis en que se habían dividido los que iban a intentar escapar, correría hasta la entrada más cercana del ferrocarril metropolitano y avanzaría por el túnel hasta la estación de Friedrichstrasse. Allí saldrán de nuevo a la superficie, cruzarían el río Spree y se encaminarían hacia el Oeste o el Noroeste, hasta encontrarse con las tropas aliadas o las de Doenitz. Los otros cinco grupos seguirían el mismo camino, a intervalos regulares.

Kempka recibió el mando de un grupo de treinta mujeres. A las 20:45, el antiguo chófer de Hitler se dirigió a las habitaciones de Goebbels para

despedirse de él. Los niños ya estaban muertos. Habían sido envenenados. *Frau* Goebbels pidió a Kempka, con voz serena, que la despidiese de su hijo Harald, y le dijese cómo había muerto.

Goebbels y su esposa abandonaron la habitación, cogidos del brazo. Con toda calma agradeció él al doctor Naumann su lealtad y comprensión. Magda solo atinó a ofrecerle su mano, y Naumann se la besó.

Dijo Goebbels que se encaminarían hacia el jardín a fin de que sus amigos no tuvieran que llevarles desde el *bunker*. Estrechó por última vez la mano de Naumann, y acompañado de su mujer, que estaba pálida y silenciosa, se dirigió hacia la salida. El doctor Naumann, junto con Schwägermann y Rach, el chófer de Goebbels, miraron como en trance a la pareja que desaparecía por las escaleras de hormigón.

Un momento después se oyó un disparo y luego otro. Schwägermann y Rach subieron corriendo las escaleras y encontraron a Goebbels y su esposa tendidos en el suelo. Un asistente de las SS estaba observando. El había sido quien, por orden del mismo Goebbels, les había dado muerte. Schwägermann, Rach y el asistente vaciaron cuatro latas de gasolina y prendieron fuego al combustible. Sin esperar a ver el efecto que producían las llamas, regresaron al *bunker*, que también habían recibido la orden de incendiar. Derramaron la última lata de gasolina en el salón de conferencias y le aplicaron una cerilla.

Cuando el fuego comenzaba a hacer presa en la mesa que había sido centro de tan ásperas discusiones, Mohnke y Günsche condujeron el primer grupo fuera del *bunker*. En él se contaba el embajador Hewel, el vicealmirante Voss, las tres secretarias de Hitler y la cocinera. La mayoría de estas personas no habían estado afuera desde hacía bastante tiempo, y comprobaron que los destrozos eran mucho mayores de lo que habían imaginado. Todo Berlín parecía estar incendiado. Era de noche, pero las ruinas de la Cancillería se divisaban perfectamente a la luz de las llamas. Estalló una granada junto al grupo y una nube de grava pulverizada les envolvió. Los disparos de los fusiles y las ametralladoras parecían intensificarse por momentos, mientras iban arrastrándose uno a uno por un estrecho orificio que había en la pared de la Cancillería, cerca de la esquina de Wilhelmstrasse y Vosstrasse. Se escurrieron de uno en fondo unos doscientos metros, y luego desaparecieron por la entrada del metropolitano, situada frente al Hotel Kaiserhof.

Salieron de nuevo en la estación de Friedrichstrasse, y en medio de un intenso fuego de artillería cruzaron el río Spree por una pasarela metálica.

Unos cien hombres, casi todos altos oficiales, se agrupaban en el salón de Weidling, en el Bendlerblock. El general se hallaba detrás de su escritorio, con una expresión hosca en el semblante. Con voz pausada informó Weidling a los presentes acerca del matrimonio del Führer con Eva Braun, y de su posterior suicidio en el *bunker*.

—De acuerdo con su última voluntad —añadió—, sus restos fueron quemados en el jardín de la Cancillería. Por consiguiente, quedamos libres del juramento que le prestamos, y con gran dolor en mi corazón, pero viéndome incapacitado para seguir asumiendo la responsabilidad en esta batalla desesperada, he decidido optar por la rendición.

Agregó que pensaba enviar a su jefe de Estado Mayor, *oberst* (coronel) Theodor von Dufving, para que se entrevistase con los rusos y negociase con ellos.

—De ese modo terminará este terrible drama —concluyó diciendo Weidling.

Los presentes permanecieron en silencio. Se daban cuenta de que era el momento más ingrato en la vida militar de Weidling, y ninguno quiso hacer la menor objeción. Poco antes de la medianoche, Weidling dio instrucciones a Dufving acerca de la rendición. Esta se efectuaría con las siguientes condiciones: capitulación honorable para las tropas; alto el fuego inmediato; protección de los civiles contra el terrorismo; los soldados conservarían sus efectos personales y se les suministrarían alimentos, y los oficiales permanecerían junto a sus unidades.

Poco después, Dufving salía en dirección a las líneas soviéticas.

Kempka condujo a su grupo fuera de la estación de Friedrichstrasse, pero decidió esperar en el interior del teatro «Admiral Palace», antes de intentar el cruce del río Spree. A las dos salió cautelosamente del edificio y vio un reducido grupo que se aproximaba en la oscuridad. Lo dirigía Bormann, con uniforme de *gruppenführer* de las SS, y estaba integrado por el doctor Naumann, el doctor Stumpfegger, Rach, Schwägermann, Axmann y el coronel Beetz, uno de los pilotos personales de Hitler.

Bormann estaba buscando algunos tanques que les ayudasen a atravesar las líneas rusas. En ese momento aparecieron tres carros de asalto y tres camiones blindados. Kempka detuvo el primer vehículo. Su comandante se identificó

como el SS *obersturmführer* (primer teniente) Hansen y manifestó que la suya era la última unidad de una compañía acorazada de la División Nordland.

Kempka ordenó al teniente que avanzase lentamente por la Ziegelstrasse, a fin de que el grupo pudiese seguirle a cubierto. Bormann y Naumann avanzaron a la izquierda de un tanque, seguidos inmediatamente por Kempka. De pronto, se inició una descarga de armas rusas antitanques y de otras de corto alcance. El tanque que protegía a Kempka estalló, y de su interior surgió una enorme llamarada. Kempka vio que Bormann y Naumann eran lanzados contra un costado, y tuvo la seguridad de que ambos habían resultado muertos.[66] Luego sintió que Stumpfegger caía sobre él, y entonces perdió el conocimiento.

Cuando Kempka volvió en sí comprobó que no podía ver. Se arrastró hacia delante, a ciegas, hasta que tropezó con algo. Levantóse despacio, tanteando el obstáculo, que era una barricada. Lentamente, su vista se fue aclarando. Delante de él se hallaba Beetz, como aturdido. Tenía desgarrado el cuero cabelludo y una parte le colgaba hacia un lado. Apoyándose el uno en el otro, retrocedieron con paso vacilante hacia el Hotel Admiral Palace, hasta que Beetz no pudo dar un paso más. Kempka miró a su alrededor y vio a *frau* Haussermann, la ayudante del profesor Blaschke, dentista de Hitler. La mujer prometió llevar a Beetz a su piso.

Kempka comprendió que no conseguiría conducir su grupo fuera de Berlín. Por consiguiente, les ordenó que se dispersasen, y que cada uno se las arreglara cómo pudiese. Luego, Kempka inició una rápida carrera a través de una pasarela que cruzaba el Spree y se escondió en una dependencia del ferrocarril, con cuatro trabajadores forzados. Uno de estos era una agradable muchacha yugoslava, la cual llevó a Kempka hasta el piso superior y le entregó unos pantalones bastante sucios. Kempka estaba herido en el brazo derecho, pero se hallaba tan agotado que se tendió sobre el suelo y se quedó inmediatamente dormido.

Para entonces, el coronel Von Dufving ya había penetrado en las líneas soviéticas y negociado la rendición de las tropas alemanas. Los rusos enviaron mensajes a las unidades germanas de la zona, exhortándoles a una capitulación inmediata. «Les prometemos tratamiento honorable. Los oficiales podrán conservar sus armas y los objetos personales».

Por toda la ciudad en llamas comenzaron entonces a surgir soldados germanos con banderas blancas. El propio Weidling se entregó sin que se produjera incidente alguno. Cruzó el Lendwehrkanal por un puentecillo colgante y se presentó ante el comandante de una división rusa. Le llevaron entonces al puesto de mando de Chuikov, donde escribió un mensaje ordenando a sus hombres que depusieran las armas inmediatamente.[67]

Poco antes del amanecer, el coronel Woehlermann, luciendo todas sus condecoraciones, salió de la torre antiaérea del Tiergarten seguido de sus hombres. El aire estaba enrarecido a causa de la humareda y de la neblina. De pronto, se inició un fuego de ametralladoras alemanas desde una posición posterior. El emisario ruso que se preparaba a recibir a Woehlermann mandó a sus hombres que no contestasen al fuego. Woehlermann dio una orden en voz alta y los disparos cesaron. Sus dos mil hombres formaron una larga fila y se dirigieron hacia el Norte, avanzando por entre los caídos árboles del parque hasta que llegaron a la avenida del Eje Este-Oeste. Cerca del viaducto del ferrocarril vio centenares de tanques soviéticos dispuestos en orden de revista sobre la avenida donde Hitler solía celebrar los desfiles militares. Era un despliegue impresionante.

Al ver acercarse a los alemanes, dispuestos a rendirse, los rusos saltaron de sus tanques y les entregaron cigarrillos, al tiempo que gritaban:

—*Voyna kaputt! Voyna kaput!* (¡La guerra ha terminado!). La amistosa actitud de los soviéticos impulsó a Woehlermann a señalar un grupo de veinte muchachos de las Juventudes Hitlerianas, diciendo:

—*Domoi?* (¿Se van a casa?).

—*Domoi!* —exclamó el parlamentario ruso.

Woehlermann colocó las manos a modo de bocina y gritó:

—¡Muchachos, podéis ir a vuestras casas!

Los chicos lanzaron gritos de alegría y se dispersaron al momento en dirección a sus hogares, en tanto que los demás soldados alemanes experimentaban un sentimiento de gratitud, casi de júbilo, ante aquella inesperada muestra de magnanimidad.

Kempka se despertó de pronto al oír un gran estrépito y numerosas voces que hablaban en ruso. Desde el piso alto, vio a varios soldados rusos que bromeaban

con los trabajadores forzados. La muchacha yugoslava hizo señas a Kempka, y este, temiendo algo desagradable, bajó en seguida. La chica, con la mejor de sus sonrisas, le condujo hasta donde se hallaba el comisario soviético y dijo:

—Este es mi marido.

El comisario dio algunas palmadas al antiguo chófer de Hitler en la espalda y exclamó:

—*Tovarisch, Berlín kaputt, Hitler kaputt!* ¡Stalin es nuestro héroe!

Los rusos sacaron comida y vodka, y a continuación, mientras amanecía, se organizó una estruendosa y alegre fiesta.

5

A excepción de los disparos ocasionales de algunos tenaces soldados alemanes que se negaban a rendirse, la batalla de Berlín ya había concluido, y los defensores de la ciudad se resignaban a entregarse.

Pero a solo cien kilómetros del *bunker*, en dirección al Oeste, millares de alemanes, tanto soldados como civiles, se apiñaban en la orilla oriental del río Elba, en Tangermünde, esperando su turno para escapar hacia el Oeste. El puente había quedado destruido, pero los ingenieros alemanes erigieron una pasarela para cruzar a pie sobre el río. Los norteamericanos contaron unos dieciocho mil alemanes, civiles y militares, que cruzaban diariamente a la orilla occidental del Elba. Varios miles más cruzaban en balsas, botes de goma y lanchas de motor.

En la mañana del 2 de mayo los rusos irrumpieron a través del flanco izquierdo de Wenck cuyo jefe de Estado Mayor sugirió iniciar al momento las negociaciones con los norteamericanos. Wenck declaró que estaba dispuesto a rendirse, pero dijo que deseaba retrasarlo una semana más para que los alemanes del este del Elba pudiesen huir al Oeste.

El general Max von Edelsheim fue enviado al otro lado del río como parlamentario Los norteamericanos convinieron en dejar que cruzasen el Elba las tropas en tres puntos diferentes, pero se negaron a aceptar más civiles.

Al norte de Berlín, el ejército de Manteuffel —casi lo único que quedaba del Grupo de Ejército Vistula— se retiraba en un desesperado esfuerzo por llegar a

las líneas angloamericanas antes de que Rokossovsky les alcanzase. Este, sin embargo, se hallaba más interesado por tomar el puerto clave del Báltico, Lübeck, que por hacer prisioneros alemanes. Eisenhower exhortó a Montgomery a que se apresurase, antes de que los soviéticos se apoderasen de Schleswig-Holstein e incluso de Dinamarca. Montgomery replicó ásperamente que se daba perfecta cuenta de lo que había que hacer. Aseguró que cuando le quitaron el ejército de Simpson, el ritmo de su ataque se hizo más lento. Como respuesta, Eisenhower le envió cuatro divisiones del XVIII Cuerpo Aerotransportado de Ridgway.

Solo el destrozado ejército de Blumentritt separaba a Montgomery del mar Báltico. Durante las últimas semanas, Blumentritt había sostenido una batalla de guante blanco con los británicos, retirándose con la menor efusión de sangre posible. Desde mediados de abril se había establecido un enlace oficioso entre los adversarios, y una mañana, un oficial de enlace del Segundo Ejército británico se presentó ante Blumentritt y dijo que puesto que los rusos se aproximaban a Lübeck, las fuerzas de Su Majestad preguntaban si los alemanes les permitirían tomar el puerto del Báltico antes de que lo hicieran los rusos.

Blumentritt también prefería que Lübeck no cayese en manos soviéticas, y dio órdenes de no hacer fuego contra los ingleses, cuando estos avanzasen.

6

El mismo día, Hanna Reitsch y el general Greim se con Himmler cuando salían de entrevistarse con Donitz, en su puesto de mando.

—Un momento, *herr reichsführer* —dijo Hanna—. Quiero preguntarle algo de gran importancia, si tiene un momento disponible.

—Desde luego —replicó Himmler, casi jovialmente.

—¿Es cierto, *herr reichsführer*, que entró usted en contacto con los Aliados para proponerles la paz, sin órdenes de Hitler en tal sentido?

—Así es, en efecto.

—¿Decidió usted traicionar al Führer y a su pueblo en los momentos más aciagos? ¡Porque eso es alta traición, *herr reichsführer*!

Sin duda, Himmler ya estaba acostumbrado a semejantes ataques, ya que sus reacciones, más que de indignación, eran de disculpa. Declaró que Hitler estaba

«obsesionado por los sentimientos de orgullo y del honor». Añadió que estaba loco, y que «debió haberse detenido mucho antes».

—¿Loco? —replicó Hanna—. Le he visto hace menos de treinta y seis horas, y aseguro que murió por la causa en que creía. Murió valientemente, sin que le faltase el honor del que usted habla, en tanto que Goering, usted y los demás, viven ahora como traidores y cobardes declarados.

—Hice eso para salvar vidas alemanas; para impedir la destrucción de lo poco que quedaba de nuestro país.

—¿Habla usted de vidas alemanas, *herr reichsführer*? ¿Habla de eso ahora? Debió de haber pensado en ello hace años, antes de identificarse con la destrucción de muchas de esas vidas.

La discusión se vio interrumpida por el disparo de las ametralladoras, al pasar los aviones aliados en vuelo rasante sobre el lugar.

En su nuevo cuartel general situado cerca de Kiel, Himmler recibió a León Degrelle, el cual se mostraba profundamente afectado por la noticia de la muerte del Führer. El belga dijo que se marchaba a Dinamarca y luego a Noruega, donde proseguiría la lucha contra el bolchevismo hasta el final. Luego preguntó a Himmler qué planes tenía.

Himmler exhibió una cápsula de cianuro, pero declaró que aún creía que pudiera hacerse algo con el Gobierno de Doenitz.

—¡Debemos resistir seis meses más! —afirmó—. Para ese entonces, los norteamericanos estarán en guerra con los rusos.

Herr reichsführer —contestó Degrelle, sombríamente—. Creo que eso tardará seis años, al menos.

Al anochecer, Doenitz y Schwerin von Krosigk se entrevistaron con el almirante von Friedeburg —el hombre elegido para negociar con Montgomery— en un puente de las cercanías de Kiel. Doenitz le dio instrucciones para que ofreciese la rendición militar de todo el norte de Alemania, al tiempo que se favorecía la huida de los refugiados y soldados hacia las líneas británicas. Luego, Doenitz y Schwerin von Krosigk se dirigieron hacia Flensburg, donde se hallaba su puesto de mando, casi en el extremo norte de Alemania, en las proximidades de la frontera danesa. En camino, Doenitz aprobó un discurso escrito por su recientemente nombrado ministro de Asuntos Exteriores, y dijo que se emitiese por radio lo antes posible.

Ya en Flensburg, Schwerin von Krosigk se dirigió en seguida a la emisora de radio local y comenzó con la alocución:

—Hombres y mujeres alemanes —empezó diciendo—. El telón de acero se aproxima cada vez más desde el Este. Detrás de él, ocultos a los ojos del mundo, todos esos pueblos que oprime el puño implacable de los bolcheviques, están siendo destruidos.

Añadió que la Conferencia de San Francisco trataría de establecer una Constitución que garantizase el fin de la guerra, de una tercera guerra mundial en la que se emplearían aterradoras armas de nueva creación, que provocarían la muerte y destrucción de toda la Humanidad. Pero una Europa bolchevique, pronosticó, seria el primer paso hacia la revolución mundial que los soviéticos habían planeado cuidadosamente durante los pasados veinticinco años.

—Por consiguiente —agregó Krosigk—, consideramos que en San Francisco debe establecerse una Constitución para el mundo, no solo con el fin de evitar futuras guerras, sino también para eliminar los roces que las provocan. Pero tal Constitución de nada valdrá si los incendiarios rojos ayudan a establecerla.

«El mundo debe ahora tomar una decisión de la mayor importancia para la historia de la Humanidad. De esa decisión depende que se establezcan el caos o el orden, la guerra o la paz, la vida o la muerte», terminó diciendo.

Capítulo séptimo

Comienza una larga capitulación

1

Los ingleses habían llegado ya al Báltico antes que los rusos y era evidente que el encuentro con el Ejército Rojo tendría que producirse de un momento a otro. Matthew Ridgway, cuyo XVIII Cuerpo Aerotransportado había sido cedido a Montgomery para la campaña del norte de Alemania, dio instrucciones a la 7.ª División Acorazada para que avanzase con precaución y estableciese un contacto ordenado con los rusos.

El primer teniente William A. Knowlton recientemente graduado en West Point y destinado al 87.° Escuadrón de Caballería de Reconocimiento, fue elegido para mandar las fuerzas que deberían encontrarse con los rusos. Se le dijo que estos «se hallaban en algún punto hacia el Este, a una distancia que variaba entre los ochenta y los ciento sesenta kilómetros, según rumores que circulaban». Le entregaron algunas botellas de buen whisky para el comandante soviético, al que debería tratar de conducir hasta las líneas norteamericanas.

En las últimas horas de la tarde del 2 de mayo, Knowlton inició la marcha con noventa hombres en once vehículos blindados y una veintena de *jeeps*. La pequeña fuerza especial avanzó con decisión por la amplia carretera, como si fuese la avanzadilla de todo un ejército, y al cabo de pocos kilómetros comenzó a pasar junto a los sorprendidos soldados alemanes, que arrojaban sus armas y se dirigían hacia las líneas aliadas para rendirse.

Las tropas de Knowlton entraron en Parchim —situado a unos treinta kilómetros de las líneas enemigas—, más como libertadores que como conquistadores. Los policías militares alemanes despejaron la calle principal de la población, y en las aceras se agrupó una multitud de soldados y civiles que creían que aquellas tropas norteamericanas se dirigían hacia el Este para luchar junto a los alemanes en contra de los bolcheviques.[68]

Se hizo de noche cuando los norteamericanos se hallaban quince kilómetros más al Este, en la población de Lübz. Se encontraban ya fuera del alcance de la radio. Knowlton estableció un puesto de mando en una cervecería, y desplegó una actitud tan enérgica que durante aquella noche se le rindieron unos doscientos mil alemanes. Al día siguiente siguió avanzando hacia el Este, con dos oficiales alemanes subidos a los estribos de su camión blindado.

—Tengan en cuenta, señores —dijo Knowlton a ambos—, que si mi vehículo tropieza contra una mina alemana, ustedes morirán lo mismo que los que vamos en el interior del camión, o tal vez antes.

Después de una cautelosa marcha que se prolongó a lo largo de veinticuatro kilómetros de campos de minas, la caravana se aproximó a la ciudad de Reppentin.

—¡Allí está nuestra artillería! —gritó uno de los oficiales alemanes, señalando una larga columna de jinetes, vehículos y soldados de infantería.

Knowlton entregó sus prismáticos al alemán y le dijo:

—Vuelva a mirar, *herr hauptmann*, y dígame si cree que los alemanes tienen cosacos con sombreros de pieles en su caballería.

Aquel desfile excedía de todo lo que Knowlton hubiese imaginado acerca de los rusos. La columna estaba compuesta por una heterogénea colección de carretas, cañones semioxidados, camionetas alemanas, obuses, bicicletas y motocicletas. Las carretas iban llenas de mujeres y niños, y a los lados de la columna marchaban numerosas cabezas de ganado. Knowlton tuvo la impresión de que se trataba de una caravana de nómadas. Los rusos acogieron a los norteamericanos agitando los brazos y lanzando gritos de júbilo. Una carreta de dos caballos se aproximó conducida por un hombre y una mujer. Knowlton creyó que eran una pareja de granjeros, pero resultó que quien guiaba era el coronel que mandaba la unidad, en tanto que la mujer era una rolliza enfermera.

El coronel y Knowlton se estrecharon la mano y se dieron algunas palmadas en la espalda, mientras exclamaban: «*Tovarisch!*» y «*Ya Americanyets!*». Ambos firmaron en sus respectivos mapas de campaña, y Knowlton extrajo una botella de whisky.

Los soldados rusos, entretanto, se congregaban alrededor de los vehículos blindados norteamericanos, probando los cañones, abriendo y cerrando las escotillas, hablándose entre sí por la radio y actuando como niños maravillados. Uno de los soldados oprimió sin querer el gatillo de una ametralladora, y las balas levantaron un reguero de polvo alrededor del coronel soviético. Los oficiales rusos prorrumpieron en risotadas y volvieron a darse fuertes palmadas en la espalda.

El coronel señaló con gesto imperioso hacia un gran edificio. Varios cosacos galoparon sobre sus cabalgaduras hacia allí y entraron en la casa. Se oyeron ruidos de cristales rotos y luego varios gritos. A continuación salieron corriendo por la puerta dos ancianos alemanes y luego un cosaco, que llevaba asido a un muchacho por el fondillo de los pantalones y al que arrojó encima de un seto. Entonces el coronel se volvió hacia Knowlton y le invitó a que entrase en su nuevo puesto de mando.

Siguieron los habituales brindis por Stalin, Truman, Churchill y todos aquellos que acudían a la mente de los presentes. Poco antes del mediodía se presentó el comandante de la división y dijo a Knowlton que le gustaría encontrarse con el comandante norteamericano aquella noche en una iglesia que estaba a mitad de camino de Parchim.

Knowlton advirtió entonces que un oficial soviético medio borracho se dirigía hacia un grupo de oficiales jóvenes que se mantenían en actitud expectante. Les dijo unas pocas palabras y los jóvenes, con gesto de resignado buen humor, dieron algunas órdenes en voz alta. Se oyó entonces una especie de rugido lanzado por los varios millares de soldados soviéticos que constituían la columna, y esta inició la marcha hacia el Oeste, mientras sus integrantes disparaban al aire sus armas, como si fuesen revolucionarios mejicanos.

Cuando se disponía a abandonar el poblado de Reppentin, Knowlton miró hacia uno de sus vehículos. Sentado en la torrecilla del mismo, un comandante soviético se reía a mandíbula batiente, por efectos del alcohol, mientras un soldado a su lado, con una toalla arrollada al brazo y una vieja navaja, se disponía a afeitarle:

2

Esa misma mañana, el almirante Von Friedeburg, acompañado por tres oficiales, fue conducido hasta el cuartel general de Montgomery, situado en Lüneburger Heide, unos cincuenta kilómetros al sudeste de Hamburgo. Montgomery salió de un remolque, vehículo que había constituido su hogar durante los últimos años, se adelantó y preguntó:

—¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué desean?

Mientras la bandera británica ondeaba sobre su cabeza, Friedeburg leyó la carta de Von Keitel, ofreciendo la rendición de todas las tropas del Norte, incluyendo las que luchaban contra el Ejército Rojo.

Montgomery replicó vivamente que estas últimas tropas deberían rendirse a los soviéticos.

—Si bien —añadió— todo soldado alemán que se aproxime a mis líneas, con las manos en alto, será tomado prisionero inmediatamente.

Friedeburg dijo que los germanos no podían pensar siquiera en entregarse a los «salvajes rusos», y Montgomery contestó que los alemanes debieron pensar eso antes de iniciar la guerra, sobre todo cuando la declararon a Rusia, en junio de 1941.

Por fin, Friedeburg preguntó si podría hallarse alguna solución para que la mayor parte de las tropas, así como también los civiles, pudiesen huir al Oeste. Negóse Montgomery y pidió la rendición de todas las fuerzas que ocupaban el norte de Alemania, Holanda,[69] Frisia y las islas Frisonas, Heligoland, Schleswig-Holstein y Dinamarca.

—No tengo autoridad para ello, pero estoy seguro de que el almirante Doenitz lo aceptará —contestó Friedeburg, y una vez más sacó a colación el problema de los refugiados.

Montgomery dijo que no era ningún monstruo, pero se negó a discutir el asunto. Los alemanes tendrían que rendirse incondicionalmente.

—De lo contrario, ordenaré que prosiga la lucha —dijo.

Friedeburg, manifiestamente afligido, solicitó permiso para regresar al cuartel general de Doenitz, a fin de informarle de las condiciones de Montgomery.

3

Los primeros norteamericanos que entraron en Berlín fueron dos civiles: John Groth, corresponsal y dibujante del *American Legion Magazine*, y Seymour Freidin, del *Herald Tribune*, de Nueva York. Ambos se aproximaron a la capital de Alemania sin autorización rusa ni norteamericana. Poco después de la comida, Freidin, que hablaba el yiddish, convenció a un capitán soviético judío para que le permitiese llegar hasta el centro de la ciudad. Unos momentos más tarde pasaban ante el destrozado aeródromo de Tempelhof. El gran edificio blanco de la administración se encontraba en esos momentos ennegrecido por el fuego, y en las agujereadas pistas se observaban numerosos aparatos inutilizados.

Sobre las paredes aparecían escritos con cal letreros que decían: «*Heil Wermolf!*» y «*Mit unserem Führer zum Sieg!*» (¡Con nuestro Führer hacia la Victoria!). Al lado se veían otros letreros de los propagandistas rusos: «Los Hitler vienen y se van, pero el pueblo y el Estado alemanes perduran. Stalin».

Los soldados soviéticos saludaron con gritos jubilosos el *jeep* donde iban Groth y Freidin, y al que seguía otro, atestado de fotógrafos del ejército norteamericano. Cuando llegaron a la Blücherplatz vieron que no era más que un cementerio de tanques, «con cadáveres quemados aún pegados a ellos». En la plaza había, además, un copioso equipo alemán abandonado, que comprendía desde ropa y fusiles hasta granadas y minas. El dulzón hedor de la carne corrompida se levantaba desde todos los rincones.

Lentamente, los *jeeps* dieron la vuelta en dirección a Wilhelmstrasse. El resplandor de los incendios recortaba a la perfección las ruinas más próximas, y a la distancia podía oírse el retumbar de la artillería, así como el rápido disparo de las ametralladoras, mucho más próximo.

A Groth la Wilhelmplatz le pareció como un gran queso de Roquefort, a tal punto estaba horadada. A su izquierda, una serie de muros semiderruidos rodeaban un enorme montón de escombros. Era la Cancillería del Reich. Sobre la pared oriental, dominando los cráteres que cubrían la plaza, se había colocado un gran retrato de Stalin, en tanto que un cuadro al óleo del Führer pendía oblicuamente de la pared sur. Por todas las esquinas del ruinoso edificio se veían ondeando, a impulsos de la brisa, numerosas banderas soviéticas de vivo color

rojo.

Los norteamericanos estacionaron sus *jeeps* y comenzaron a examinar las ruinas. Freidin trató de hurgar entre los escombros esperando hallar el cuerpo de Hitler, pero se hubiera requerido el trabajo de varias excavadoras mecánicas, durante una semana para llegar al fondo de aquel caos.

Después de unos momentos, los norteamericanos regresaron a sus vehículos y avanzaron por la avenida Unter den Linden, que era un conjunto de ruinas grisáceas y humeantes. Más adelante, los soldados soviéticos se concentraban pasada la puerta de Brandeburgo, con el fin de liquidar los últimos focos de resistencia germana localizados en el Tiergarten. La única nota de color eran las banderas soviéticas que aparecían sobre la puerta de Brandeburgo. La cuadriga que había en su parte superior se hallaba tan dañada, que apenas si se la podía reconocer, quedando en pie uno solo de sus cuatro caballos. A la izquierda, el «Hotel Adlon» aparecía en ruinas, y de una de las ventanas superiores pendía una gran bandera de la Cruz Roja que daba a la zona la única nota de color blanco.

Groth trepó sobre las barricadas construidas entre las columnas de la impresionante puerta de Brandeburgo, y avanzó hacia los rusos del Tiergarten. La escena le recordó el campo de batalla de Hürtgen Forest, donde había estado un año antes. También allí se veían los árboles, yaciendo «como cerillas quemadas» sobre las zanjas y las trincheras. Detrás de una pared que se mantenía parcialmente de pie, Groth vio a los soviéticos atacar a través de la humareda.

Pocos minutos después de las tres, un silencio pavoroso se extendió por todo el parque. De pronto, estallaron innumerables gritos de alegría, y un oficial soviético que estaba tendido sobre el fango, miró a Groth y sonrió, al tiempo que decía:

—*Berlin kaputt!*

4

Nada podía hacer Doenitz, sino aceptar las condiciones impuestas por Montgomery. El almirante ordenó a Von Friedeburg que firmase la rendición militar del norte de Alemania, incluyendo Holanda y Dinamarca. Friedeburg volaría después hasta Reims para ofrecer a Eisenhower la capitulación de las

demás fuerzas alemanas del frente occidental.

Al anochecer, Montgomery entró en una tienda de campaña de Lüneburg, que se hallaba atestada de periodistas. Sobre su uniforme llevaba un capote naval de piel de camello, con caperuza.

—Tomen asiento, señores —dijo con gesto vivaz, y los presentes lo hicieron en el suelo.

Montgomery se alisó inconscientemente el uniforme, señal que para Richard Macmillan indicaba que el mariscal se hallaba en plena forma.

—Hay cierto caballero llamado Blumentritt —empezó diciendo Montgomery —, el cual, por lo que he llegado a saber, manda las fuerzas alemanas que hay entre el Báltico y el río Weser. El miércoles envió un mensaje diciendo que deseaba presentarse el jueves para rendir lo que él llamaba Grupo de Ejército Blumentritt. Este no es en realidad un grupo de ejército, como nosotros lo conocemos, sino una especie de brigada. La rendición se efectuaría ante el Segundo Ejército británico.

»Se le dijo: "Puede usted venir. ¡De acuerdo, encantados!". Pero lo cierto es que ayer por la mañana, Blumentritt no apareció. Comunicó que había algún inconveniente por parte de sus superiores y que no vendría. En efecto, no vino. Pero en su lugar, se presentaron cuatro alemanes.

Luego, Montgomery habló a los periodistas acerca de la entrevista que sostuvo con Friedeburg el día anterior. Un oficial del Estado Mayor avisó en ese momento que Friedeburg acababa de regresar, y Montgomery volvió a su remolque. Friedeburg y sus cuatro compatriotas esperaron bajo la lluvia, nerviosos y totalmente empapados. A través de la puerta abierta del remolque alcanzaban a ver a Montgomery, que rebuscaba entre sus papeles. Por fin salió del vehículo y se quedó bajo la bandera inglesa. Los alemanes saludaron militarmente, pero Montgomery tardó un momento antes de devolverles el saludo. Luego hizo entrar a Friedeburg en el remolque y le preguntó si estaba dispuesto a firmar la rendición total. El almirante asintió con gesto de desaliento, y Montgomery le hizo salir otra vez.

Esperaron de nuevo los alemanes a la intemperie, retorciéndose nerviosamente las manos, y poco antes de las seis, Montgomery salió al fin. Al pasar ante los periodistas, dijo sonriendo ligeramente:

—Este es un gran momento.

Y les echó una rápida mirada, como si buscase la aprobación de los corresponsales. El mariscal de campo condujo a los alemanes hacia una tienda

de campaña, preparada especialmente para la ceremonia. Leyó las condiciones con cierto tono despreocupado en la voz y luego se volvió hacia Friedeburg, diciendo:

—Usted firma el primero.

Montgomery le observó firmar con gesto placentero y con las manos en los bolsillos. Llamó luego a su fotógrafo.

—¿Ha tomado esa fotografía, bajo la bandera inglesa? —inquirió.

El fotógrafo contestó afirmativamente, y Montgomery replicó:

—Muy bien. Es una foto histórica, verdaderamente histórica.

En Reims, mientras tanto, Eisenhower se había cansado de esperar por las noticias de la rendición de Lüneburg, y dijo que se retiraba a descansar.

—¿Por qué no espera usted otros cinco minutos? —inquirió su secretario personal, teniente Kay Summersby—. Tal vez lleguen pronto novedades.

Eisenhower esperó, y cinco minutos más tarde el teléfono sonó.

—Muy bien —dijo Eisenhower por el aparato—. Me parece magnífico, Monty.

El capitán Harry Butcher, ayudante naval de Eisenhower, preguntó al comandante supremo si firmaría personalmente el armisticio cuando el almirante Von Friedeburg llegase al día siguiente a Reims. Eisenhower contestó que «no quería regatear». Diría a sus ayudantes lo que tenían que hacer, pero no deseaba ver a los negociadores alemanes hasta que estos hubiesen firmado.

Los Tres Grandes ya se habían puesto de acuerdo sobre los términos de la capitulación de Alemania, poco después de la invasión de Normandía. Después de Yalta, sin embargo, dichos términos fueron modificados en un segundo documento de armisticio, a fin de incluir la desmembración de Alemania. El embajador de Estados Unidos en Londres, John Winant, temió que la existencia de ambos documentos pudiese provocar alguna confusión y llamó por teléfono a «Beetle» Smith a Reims, con objeto de advertirle acerca de las posibles complicaciones. Smith dijo que no tenía siquiera copia del segundo documento, y que, además, los Tres Grandes y Francia aún no habían autorizado al Cuartel General Supremo aliado a firmar la capitulación.

Más preocupado que nunca, Winant llamó por teléfono al Departamento de

Estado, en Washington, y exhortó a que enviasen en seguida la correspondiente autorización al Alto Mando Aliado.

5

Esa misma mañana, muy temprano, dos oficiales alemanes guiaron una unidad armada hasta la mina de sal situada cerca de Bad Ischl, no lejos de Berchtesgaden, donde se encontraban ocultas las piezas más valiosas de los museos Kunsthrisctorisches, de Viena, y Ostereichische Galerie. Aseguraron que Baldur von Schirach les había ordenado salvar los objetos más importantes, antes de que llegasen los rusos, y amenazaron con dar muerte a todo aquel que se opusiera.

Los oficiales eligieron 184 cuadros valiosos, entre los que figuraban cinco Rembrandts, siete Velázquez, dos Dureros, ocho Brueghels y nueve Ticianos, así como cuarenta y nueve bultos conteniendo tapices y varios cajones con esculturas. Introdujeron todo esto en dos camiones y partieron en dirección a Suiza. La pequeña caravana se detuvo varias horas después en el «Goldener Loewe», una posada de un pueblecillo tirolés, y los oficiales ocultaron las obras de arte en el sótano de una casa de huéspedes adyacente. Dijeron entonces a su disgustado ocupante que desde ese momento tenía la responsabilidad de salvar de los rusos los tesoros artísticos austríacos.

Conforme los dos frentes aliados se iban aproximando cada vez más, se producía una especie de competencia entre el Este y el Oeste, para ver quién se quedaba con más oro, obras de arte, armas militares secretas e investigadores científicos. Un teniente norteamericano de la MAFA (Organización promonumentos, Bellas Artes y Archivos), descubrió el escondite del «Goldener Loewe» y otros compañeros hallaron en la cercana Berchtesgaden el fabuloso tesoro de obras de arte de Goering. Muchas de las obras maestras se hallaban en cestos depositados en la estación del ferrocarril, y en el interior de varios vagones situados en un apartadero.

Otros especialistas norteamericanos se ocupaban a veces de atraerse más científicos alemanes de lo que les correpondía, por la zona en que se hallaban.

Así, el padre Sampson se vio envuelto en un episodio de película cómica, cuando un capitán norteamericano, que apareció de pronto en Stalag IIA, le

convenció para que hiciese pasar a través de las líneas soviéticas a un conocido experto alemán en proyectiles dirigidos. Para que el grupo lograse cruzar por el último puesto de control soviético, el sacerdote se vio obligado a tomar varios vasos de vodka en compañía del comandante del puesto soviético. Cuando alcanzaron la libertad, el padre Sampson iba tambaleándose perceptiblemente.

La Operación Alsos, la más clandestina de todas las de este tipo, fue llevada a cabo con éxito gracias a la tenacidad de un californiano de ascendencia rusa, el coronel Boris Pash. La fuerza especial que mandaba avanzó muy por delante de la vanguardia norteamericana y capturó una pila experimental de uranio en la Selva Negra, así como tres destacados físicos que desarrollaban el programa atómico alemán.

Sin embargo, la mayor conquista que hicieron Estados Unidos en este terreno les salió por una bicoca. El doctor Wernher von Braun y sus principales ayudantes en el proyecto de la V-2, decidieron que Francia e Inglaterra no podrían llevar a cabo un programa importante en materia de cohetes, y voluntariamente se entregaron a la 44.ª División de Estados Unidos. También fue considerable la importancia que tuvo la recuperación de las catorce toneladas de documentos relativos a la V-2, que ocultaron en la mina de Doernten los ayudantes de Von Braun, Tessmann y Huzel.

A pesar del lento comienzo, la «Misión Especial V-2» del coronel Holgar Toftoy, bajo el mando del comandante James Hamill, también logró su objetivo. Así se logró evacuar un centenar de V-2 completas de la base de Nordhausen, solo unas pocas horas antes de que los rusos hubiesen ocupado la zona. Hamill ordenó apoderarse de los cohetes «sin que diera la impresión de que se hubiese saqueado el lugar». A pesar de ello, en aquellos momentos no sabía que se hallaba en zona soviética, por lo cual no creyó necesario destruir los cohetes que quedaban.

Poco después de la partida de Hamill, llegó a Nordhausen el coronel Vladimir Yurasov, enviado allí para trasladar una fábrica de cemento a la Unión Soviética. Por casualidad, dio con las V-2 que había dejado Hamill en el gran túnel donde estaban depositadas.

—Resulta extraño —dijo el coronel ruso a su chófer, Nikolaique siendo esta el arma más secreta de Alemania, los norteamericanos nos las hayan dejado a nosotros. No son mala gente, pero resultan algo confiados.

Poco después, Yurasov acompañó a otro coronel soviético hasta la caverna, y este último se echó a reír, lleno de incredulidad, al tiempo que decía:

—Los norteamericanos nos han regalado esto, y dentro de cinco o diez años lo lamentarán. ¡Imagínese, cuando nuestros cohetes crucen el océano!

6

La reacción de Bedell Smith ante el problema de los dos documentos de rendición, fue redactar un tercer documento, que trataba solo de la capitulación en el campo de batalla. Esto eliminaba la necesidad de obtener una autorización de los Tres Grandes, ya que concernía solo al aspecto militar. En una llamada telefónica que hizo a Churchill, Smith declaró que los alemanes firmarían con mejor disposición un documento sencillo, como aquel, lo que permitiría igualmente salvar gran número de vidas.

Eran las cinco de la tarde cuando Friedeburg llegó por fin a Reims. Las esperanzas alemanas para rendirse solo en el frente occidental se desvanecieron cuando Smith dijo al almirante alemán que Eisenhower exigía la rendición inmediata e incondicional en todos los frentes. Ello significaba que Friedeburg tenía que hallar algún modo de demorar lo más posible la firma del acuerdo, con objeto de permitir que los alemanes del Este huyesen en mayor número hacia el Occidente. Por consiguiente, manifestó a Smith que estaba autorizado a parlamentar, pero no a firmar el armisticio, para lo cual tendría que ponerse en comunicación con Doenitz. Esto le llevaría tiempo, aseguró Friedeburg, ya que no disponía de clave ni conocía la frecuencia de radio para ponerse en contacto con el cuartel general de Doenitz. Además, y a causa de la deficiencia de los medios de comunicación, se tardarían al menos cuarenta y ocho horas antes de que todas las unidades alemanas del frente llegasen a enterarse de la capitulación.

Mientras hablaba, Friedeburg, echaba miradas furtivas a un mapa de campaña que se hallaba extendido sobre el escritorio de Smith. Este lo enseñó a Friedeburg, y dijo:

—Me parece que no se da usted cuenta cabal de la situación desesperada en que se hallan los alemanes.

El almirante observó el mapa. Alemania aparecía flanqueada por el Este y por el Oeste por numerosas flechas que representaban otras tantas ofensivas. Le impresionaron especialmente dos grandes flechas… que Smith había añadido,

solo para asustar al alemán. Friedeburg, con los ojos velados por las lágrimas, pidió que le permitiesen enviar un mensaje a Doenitz.

Winant no se enteró hasta bien entrada la noche de que Bedell Smith había redactado un tercer documento de rendición. Por teléfono dijo a Smith que sería solo un acuerdo militar, que, según lo establecido en las convenciones de Ginebra y La Haya, obligaría a los Aliados a respetar las leyes del Nacional Socialismo, impidiendo, por tanto, que se celebrasen juicios contra los criminales de guerra. También impediría que los Aliados formalizasen una rendición incondicional política con Alemania, y pondría en entredicho su autoridad en el país. Por último, el sustituir el documento aprobado por los Tres Grandes, sin el conocimiento de los rusos, provocaría justificadas protestas por parte de Moscú.

Winant se mostró tan preocupado que expuso el problema a Churchill, el cual decidió no intervenir. La insistencia de Winant solo le valió una concesión: Smith añadió un nuevo párrafo a su documento, declarando que este «quedaría anulado por cualquier documento de capitulación» que redactasen las Naciones Unidas. Winant creía, evidentemente, que Smith había estudiado su documento con los jefes de Estado Mayor Conjunto y con el Departamento de Guerra de Estados Unidos. Envió, por consiguiente, un telegrama al Departamento de Estado, anunciando que el acuerdo había sido formalizado al fin. Pero el Departamento de Guerra y los jefes conjuntos —lo mismo que los rusos— ni siquiera sabían que existiera tal documento de capitulación.[70]

7

Habiendo caído ya Berlín en manos del Ejército Rojo, la única capital importante del centro de Europa que quedaba a los alemanes era Praga. La frase de Bismarck, según la cual el que tuviese a Praga en su poder dominaría la zona central de Europa, aún tenía sentido para Churchill. Este envió a Truman un mensaje por radio, en el último día de abril, declarando que la liberación de Praga por Patton «podía significar un gran cambio en la situación de posguerra de Checoslovaquia, y llegaría a influir en los países vecinos». Advirtió también

que Checoslovaquia seguiría el camino de Yugoslavia, si el Occidente se abstenía de actuar.

El Departamento de Estado aconsejó a Truman que prestase atención a las sugerencias de Churchill, y Joseph Grew, del mismo departamento, agregó que una ofensiva hasta el río Moldava, que atravesaba la capital checoslovaca, proporcionaría a Estados Unidos una situación ventajosa en las futuras negociaciones con los soviéticos. Truman requirió el consejo de sus jefes militares, los cuales solicitaron, a su vez, la opinión de Eisenhower. Este contestó que el Ejército Rojo estaba mucho mejor situado para ocupar Praga, y sin duda llegaría a esta ciudad antes que Patton.

—No haré ninguna tentativa para lograr una ventaja política, que juzgue militarmente poco acertada, a menos que reciba órdenes concretas en tal sentido del Estado Mayor conjunto.

El argumento de que los rusos llegarían a Praga primero —como se había afirmado en el caso de Berlín— se vino abajo cuando Patton, con muy poca oposición, se internó en Checoslovaquia atravesando la frontera alemana.

Al recibir la noticia, Eduard Benes, presidente del Gobierno checo en el exilio, llamó a su mujer y exclamó:

—¡Gracias a Dios! ¡Los norteamericanos acaban de entrar en Checoslovaquia! ¡Patton ha cruzado la frontera!

Solo unas semanas antes, su entusiasmo habría sido igualmente intenso de haber sido los rusos los que se hubiesen aproximado a Praga. En aquel momento, Benes aún confiaba en Stalin. En 1943 se trasladó a Moscú, y en medio de la mayor armonía y cordialidad firmó un tratado de amistad, ayuda mutua y colaboración de posguerra con los soviéticos. Luego aseguró a sus compatriotas que Stalin garantizaba la integridad de Checoslovaquia.

—La Unión Soviética considera que la República debe seguir siendo democrática y progresista —afirmó—. Rusia no exige nada especial de nosotros. Nuestra política será sencillamente la de nuestra mayoría democrática.

Esta confianza no se vio defraudada cuando el Ejército Rojo entró en el país de Benes y los comunistas se adueñaron del poder. Hubo algunas peticiones de secesión de la zona subcarpática, que pretendía unirse a la Unión Soviética. Luego, con la ayuda de los comisarios políticos rusos y del NKVD, se establecieron «comités nacionales» que se hicieron cargo de la administración de ciudades y pueblos.

Los que trataron de resistirse fueron encarcelados como colaboradores de los

alemanes. Stalin escribió a Benes diciendo que se trataba de un «malentendido», pero que él nada podía hacer si la secesión era el deseo de la mayoría de los pobladores de la zona. Al propio tiempo dio a Benes nuevas seguridades de que no tenía intención de romper su acuerdo con Checoslovaquia.

Pero a mediados de marzo de 1945, los informes alarmantes sobre el aumento de actividades comunistas, así como de los actos de terrorismo cometidos por el Ejército Rojo, convencieron al fin a Benes de que su Gobierno en el exilio no debía continuar en Londres. En camino hacia Checoslovaquia, se detuvo en Moscú, donde Stalin dio una cena de gala en su honor. El mariscal brindó por la solidaridad de los eslavos, e hizo notar que el Ejército Rojo «no era un ejército de ángeles», y había que perdonarle en ocasiones su mal comportamiento. Propugnó luego la independencia de todas las naciones, buenas o malas, y añadió:

—La Unión Soviética no intervendrá en los asuntos internos de sus aliados. Sé bien que aún entre ustedes hay algunos que ponen en duda esto.

Stalin se volvió hacia Benes y siguió diciendo:

—Tal vez tenga usted algunos recelos, pero puedo asegurarle que nunca nos inmiscuiremos en las cuestiones internas de nuestros aliados. Ese es el neoeslavismo de Lenin que practicamos nosotros, los bolcheviques comunistas.

A la sombra del Kremlin, los delegados de Londres comenzaron a entrevistarse con los delegados comunistas checoslovacos, y se creó un Gobierno que concedía la misma representación a los seis partidos checos y eslovacos. Pero se incluyó a seis miembros «políticos» que eran «personalidades de reputación nacional y técnicos sin miras políticas», si bien eran en realidad comunistas o simpatizantes del comunismo. El resultado fue que los comunistas quedaron en condiciones de controlar casi todas las decisiones principales del nuevo Gobierno.

En Checoslovaquia, durante la ocupación alemana, los grupos de resistencia clandestina que habían operado más o menos independientemente, terminaron por unirse para desarrollar una acción conjunta. Su objetivo común era evitar la destrucción de los bienes del país por parte de los alemanes, y asegurar un Gobierno democrático en la posguerra.

A diferencia de otras ciudades del centro y el este de Europa, Praga apenas había resultado dañada por la contienda. Su pintoresco castillo, sus puentes y sus

templos, que parecían salidos de un cuento de hadas, se hallaban intactos. En la tarde del día 4 de mayo, los impacientes ciudadanos pusieron en peligro la rebelión proyectada, al destruir los carteles escritos en alemán, o pintar sobre ellos frases patrióticas.

Radio Praga amenazó con severas penas a los que realizasen tales actos de «vandalismo», pero las amenazas no surtieron efecto alguno. Al día siguiente, por la mañana, los vendedores callejeros comenzaron a ofrecer a los peatones, sin el menor reparo, esquelas mortuorias en que se notificaba la defunción del Tercer Reich, «maldición de la Humanidad». En la parte inferior de la tarjeta podía leerse un antiguo proverbio checo: «Cuando se infla demasiado un globo, este termina por estallar». Una noticia falsa hizo creer a los habitantes de Praga que Patton se hallaba a treinta kilómetros de la ciudad, lo cual dio lugar a numerosas manifestaciones públicas. Atravesando la plaza Wenceslaus, pudo verse un tranvía adornado con banderas de los países aliados. El vehículo iba a toda velocidad, haciendo sonar estrepitosamente la campana, mientras desde la plataforma posterior el cobrador lanzaba consignas de rebelión.

Al mediodía aparecieron banderas checas en muchas ventanas, y las tiendas colocaron en sus escaparates retratos de Benes, Masaryl y Stalin. Karl Hermann Frank, el ministro de Estado nazi para Bohemia y Moravia, ordenó que se despejasen las calles, pero solo unas pocas tropas de las SS abrieron fuego contra los manifestantes.

El Consejo Revolucionario Nacional Checo se reunió apresuradamente en el local de una empresa de seguros, y votó unánimemente por dirigir la incipiente revolución. El plan que el Consejo había elaborado dependía sobre todo del suministro de armas por aire, desde aviones británicos, pero los ingleses fueron postergando siempre la operación. La primera tarea del Consejo consistió en hallar un hombre que atrajese las simpatías populares. Se eligió al doctor Albert Prazak, un catedrático de la Universidad de Charles, que tenía sesenta y cuatro años. Era anticomunista, pero no poseía gran energía, y los comunistas del Consejo tuvieron la seguridad de que llegarían a influir en él debido a que su hija era miembro del Partido.

A las tres, el Consejo difundió por radio una consigna exhortando a los ciudadanos de Praga a construir barricadas en las calles. Bajo la helada lluvia, la gente comenzó a levantar obstáculos en todas las esquinas de las arterias importantes. Los hombres quitaban los adoquines de las calles, mientras las mujeres los apilaban formando montones. También los tranvías sirvieron como

trincheras, y muchos fueron descarrilados y volcados con tal objeto.

De pronto, apareció en la plaza Wenceslaus un *jeep* rebosante de norteamericanos. Era un grupo de la Oficina de Servicios Estratégicos, que dirigía el teniente Eugene Fodor, de ascendencia húngara. Los checos abrazaron llenos de entusiasmo a los norteamericanos, pues creían que estos constituían la vanguardia del ejército de Patton. Les llevaron al puesto de mando del alzamiento, donde se les dijo que las fuerzas norteamericanas podían entrar fácilmente en la ciudad. Entonces, el comandante Nechansky, del comando militar, propuso regresar con Fodor para entrevistarse con el general Patton. Quería transmitirle una petición formal en nombre del general Kuttelwasen, jefe militar del alzamiento, para que acudiese en ayuda de Praga.

Uno de los comunistas del Consejo se opuso con vehemencia. Sin duda quería que el Ejército Rojo llegase primero, pero al fin se tuvo que inclinar ante la mayoría.

Fodor llevó a Nechansky al cuartel general norteamericano en Pilsen, unos ochenta kilómetros al Oeste, y encontró a Patton en compañía del general Huebner. Patton se interesó profundamente por la desesperada situación en que se hallaba la ciudad, según el relato de Fodor, y pidió a Bradley que le permitiese llevar a cabo la liberación de Praga. Bradley dijo que no podía tomar aquella decisión, que correspondía a Eisenhower. Llamó entonces Bradley por teléfono a Eisenhower, el cual dijo que la línea de detención de Pilsen era inamovible, y que bajo ninguna circunstancia debía Patton marchar sobre Praga.[71]

En la ciudad, entretanto, cundió la noticia de que dos divisiones alemanas se acercaban rápidamente. Las armas prometidas no habían sido aún enviadas, y en su desesperación, un grupo de oficiales checos se dirigió a los rusos, vestidos con uniformes alemanes y sin informar al Consejo. Esta era una división del llamado Ejército Vlasov, que en las tres últimas semanas había errado desafiante desde su situación de batalla junto al Oder, hasta llegar a solo cincuenta kilómetros de Praga.

Casi tres años antes, el teniente general Andrei Andreevich Vlasov —antiguo consejero militar de Chiang-Kai-Chek y uno de los héroes de la defensa de Moscú— había sido capturado por los alemanes en las cercanías de Leningrado. Se mostró Vlasov tan desilusionado con la situación reinante en la Unión

Soviética, que escribió una carta abierta a los demás prisioneros rusos, acusando a Stalin y exhortándoles a derribar el comunismo. Los propagandistas nazis comprendieron que aquel hombre les resultaría de gran utilidad, y le enviaron en gira por los campamentos de prisioneros para que reclutase a otros rusos en la cruzada de Hitler contra el bolchevismo.

Para disgusto de sus captores, sin embargo, Vlasov también comenzó a criticar a los nazis por tratar de esclavizar a Rusia y aterrorizar a sus habitantes. «Hoy puede aún ganarse al pueblo ruso para la gran batalla —escribió—. Mañana será demasiado tarde». Cierto número de altos oficiales de la Wehrmacht apoyaron la forma de pensar de Vlasov, y el alto y enjuto general soviético de gafas de gruesa armazón fue adquiriendo cada vez más importancia, hasta convertirse en el jefe de más de un millón de prisioneros rusos de guerra que deseaban expulsar el bolchevismo de su país. Hitler, sin embargo, seguía sintiendo recelos de Vlasov y los suyos.

—Nunca lograremos disponer de un ejército ruso —aseguraba el Führer—. Eso no es más que una vana ilusión. En lugar de hacerles luchar contra Rusia, será un ejército que se volverá sobre Alemania, cuando se presente la ocasión. Cada nación piensa en sí misma, y nada más. Por encima de todo, no debemos entregar esas unidades a un hombre que las tenga exclusivamente bajo su poder y que diga: «Hoy lucháis para ellos y mañana no lo haréis».

Pero Himmler consideraba que tales tropas podían ser utilizadas como un factor político de gran importancia, y cuando la falta de hombres empezó a resultar desesperante, mandó buscar a Vlasov y le dio permiso para que organizase una fuerza inicial de cincuenta mil hombres. En un solo día, el 20 de noviembre de 1944, trataron de alistarse sesenta mil, pero bien a causa de la desconfianza de Hitler, como de la falta de armamento y equipo, solo dos unidades entraron en actividad: las Divisiones Primera y Segunda R.O.A. (*Russkaia Osvobitelnaia Armiia*: Ejército de Liberación Ruso).

La profecía de Hitler comenzó a materializarse cuando la Primera División R.O.A. llevaba solo unas pocas horas luchando contra el Ejército Rojo en el frente de Busse. Después de un día de ataques inútiles contra fuerzas soviéticas muy superiores, el general Sergei K. Bunyachenko, comandante de dicha división, ordenó la retirada del frente sin haber recibido órdenes para ello. El general soviético razonó diciendo que la guerra casi había terminado, y que una división más o menos en nada cambiaría las cosas. Su principal preocupación consistía en salvar vidas. Decidido a reunirse con la otra división R.O.A. y con el

propio Vlasov, Bunyachenko ordenó a sus hombres que se dirigieran hacia Checoslovaquia. Los rusos se arrancaron las svásticas de los uniformes y se hicieron treinta mil octavillas en multicopista acusando a Hitler. La R.O.A. se había ya sublevado, como pronosticara el Führer.

El Alto Mando alemán solicitó un arreglo e incluso envió varios camiones de alimentos, como ofrecimiento de paz, pero los veinte mil rusos siguieron marchando hacia el Sur. Schoerner mandó entonces dos delegaciones que exhortaron a Bunyachenko a «conciliar el conflicto». Como los mediadores fracasaron, el propio Schoerner se trasladó adonde se hallaba la división rebelde. Durante una hora conferenció con Bunyachenko y Vlasov, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos, regresó en avión, lleno de disgusto, a su puesto de mando.

Los rusos solo se detuvieron cuando llegaron a la región de Beroun, a unos cuarenta kilómetros al sudoeste de Praga. Desde allí pretendían encaminarse más hacia el Sur, hasta encontrarse con la 2.ª División R.O.A.

En las primeras horas de la madrugada del 4 de mayo, una delegación de oficiales checos que cubrían sus uniformes con abrigos civiles, llegó hasta el puesto de mando de Bunyachenko, situado en el pueblo de Shukomasty, con una petición singular: querían que los rusos de la 2.ª División les ayudasen a llevar a cabo una rebelión en Praga. Bunyachenko les pidió que esperasen y regresó poco después con Vlasov, el cual interrogó a los checos. Luego solicitó la impresión de sus comandantes de regimiento y la de Bunyachenko:

—Y bien, señores, ¿qué les parece que debemos hacer ahora?

Siguió un prolongado silencio, y al fin Bunyachenko dijo con voz ronca:

—¡Creo que debemos ayudar a nuestros hermanos eslavos!

—Les apoyamos en su levantamiento. ¡Adelante! —manifestó Vlasov, dirigiéndose a los checos.

Mientras tanto, los tanques alemanes empezaban a llegar a la ciudad para ayudar a la infantería. Radio Praga, que estaba en poder de los partisanos, anunció la llegada de los efectivos nazis y exhortó a los ciudadanos a que reforzasen las barricadas que se alzaban en las calles.

—¡Esperamos ayuda de nuestros hermanos, los soldados de Vlasov! —proseguía diciendo la emisora checa, que también apelaba directamente a los Aliados—. Necesitamos aviones, tanques, y suministros por vía aérea. Los alemanes están combatiendo implacablemente el alzamiento. ¡Por Dios, envíen

auxilio rápidamente!

Ya había amanecido cuando los primeros efectivos del Ejército de Vlasov, exhibiendo el emblema del R.O.A. sobre sus uniformes alemanes, salieron a pie hacia la capital de Checoslovaquia. Su marcha se convirtió casi en un desfile victorioso. En todos los pueblos por los que pasaban, la gente les vitoreaba y les deseaba suerte. Las mujeres, con lágrimas en los ojos, les ofrecían comida, y las muchachas lanzaban flores a su paso. Al anochecer entrarían en Praga.

Capítulo octavo

«Las banderas de la libertad ondean sobre toda Europa»

1

Doenitz no tenía seguridad de poder cumplir la exigencia de Eisenhower, acerca de una rendición incondicional en todos los frentes. Aun cuando él estuviese de acuerdo con tales condiciones, era evidente que no podría controlar a los soldados del frente oriental, los cuales sentían tal temor por los rusos, que probablemente harían caso omiso de la orden de deponer las armas, y huirían hacia el Oeste. Por consiguiente, Doenitz procuró convencer de nuevo a Eisenhower de que no debían abandonarse los soldados y civiles alemanes en el Este. El 6 de mayo, Doenitz pidió a Jodl que se trasladase en avión a Reims para presentar su nueva proposición, y a tal fin le entregó instrucciones escritas que decían así:

> *«Procure explicar las razones por las que deseamos esta rendición por separado ante los norteamericanos. Si no tiene más éxito con Eisenhower que el que tuvo Friedeburg, ofrezca una rendición simultánea en todos los frentes, la cual será llevada a cabo en dos fases. En la primera cesarán todas las hostilidades, pero se concederá a las tropas alemanas libertad de movimientos. En la segunda fase se suprimirá esta facultad. Procure hacer que el intervalo entre la primera y la segunda fase sea lo más largo posible, y si puede, consiga que Eisenhower acceda a que los soldados alemanes puedan rendirse individualmente a los norteamericanos. Cuanto mayor sea su éxito en esta misión, mayor será el número de soldados alemanes y de refugiados que encontrarán su salvación en el Occidente».*

Doenitz también concedió a Jodl autorización para firmar la rendición en todos los frentes, pero le advirtió que no concretase nada sin obtener permiso previo por radio.

Al terminar el día, Doenitz recibió una inesperada oferta de ayuda para las negociaciones. Goering, que había sido liberado por tropas de la Luftwaffe de su cautiverio a manos de miembros de las SS, le envió el siguiente mensaje por radio:

«¿Está al corriente de las intrigas que con peligro de la seguridad del Estado ha dirigido contra mí el dirigente del Reich, Martin Bormann, con el fin de eliminarme? Todas las actuaciones en contra mía fueron motivadas por la leal petición que envié al Führer, preguntándole si deseaba que entrase en vigor su orden de sucesión…

»Acabo de saber que proyecta usted enviar a Jodl para que negocie con Eisenhower. En bien de nuestro pueblo, considero que yo también debiera ver a Eisenhower, de mariscal a mariscal. Los éxitos que obtuve en importantes negociaciones internacionales que me confió el Führer, antes de la guerra, garantizan qué probablemente lograría crear una atmósfera personal que beneficiará las gestiones de Jodl. Por otra parte, Gran Bretaña y Estados Unidos han demostrado… en las manifestaciones de sus estadísticas, durante los pasados años, que su actitud hacia mí es más favorable que hacia otros dirigentes políticos de Alemania. En esta hora extremadamente difícil, considero que debemos colaborar todos sin ahorrar paso alguno que pueda servir mejor el futuro de Alemania».

Doenitz echó a un lado el mensaje, sin miramientos.

Muchos de los hombres cuyas vidas habían estado dominadas durante bastantes años por el Führer, se vieron de pronto en posesión de una incómoda libertad. En una entrevista final con Adolf Eichmann, en una finca de las montañas de Austria, Ernst Kaltenbrunner le preguntó casi con displicencia mientras hacía solitarios con las cartas y tomaba pequeños sorbos de coñac:

—¿Dónde piensa ir ahora?

Eichmann contestó que se marchaba a las montañas para unirse a otros nazis leales en una lucha final.

—Me parece bien. También se lo parecerá al *reichsführer* Himmler —dijo Kaltenbrunner con un tono sarcástico que seguramente no captó el poco sutil Eichmann—. Ahora podrá hablar de modo diferente a Eisenhower en sus negociaciones, pues sabrá que un Eichmann en las montañas nunca se rendirá… porque no puede hacerlo.

Kaltenbrunner arrojó bruscamente una carta sobre la mesa y añadió:

—Todo esto es absurdo. La partida ha concluido.[72]

La reacción de Himmler ante los problemas que debía enfrentar, consistió en huir a Flensburg.

—No puede marcharse así —protestó el SS *obergruppenführer* (general) Otto Ohlendorf, jefe de la Tercera Sección de la Oficina de Seguridad alemana —. Tiene usted que dar un discurso por radio, o hacer cualquier declaración a los Aliados, por la cual asume la responsabilidad de lo que ha sucedido. Es necesario que exponga los motivos.

Himmler accedió, pero solo para evitar discusiones. En seguida abordó a Schwerin von Krosigk y le preguntó con gesto de ansiedad:

—Dígame, por favor, ¿qué va a ser de mí?

—No me importa en absoluto lo que pueda ocurrirle a usted o a cualquier otro —dijo impaciente el conde—. Solo me interesa nuestra misión en conjunto, y no nuestros destinos personales. Puede usted suicidarse o desaparecer con una barba postiza, pero en su lugar, yo me presentaría ante Montgomery y diría: «Aquí estoy; soy Himmler, el general de las SS, y estoy dispuesto a responsabilizarme de todos mis hombres».

—*Herr reichminister…*

Himmler no pudo terminar la frase, porque Krosigk dio media vuelta y se marchó.

Por la noche, Himmler confesó misteriosamente a sus allegados que aún quedaba por llevar a cabo una importante misión.

—Durante varios años he cargado con un gran peso. Esta nueva e importante tarea deberé realizarla solo. Tal vez uno o dos de ustedes podrán acompañarme.

A continuación Himmler se afeitó el bigote, se puso un parche sobre un ojo, cambió su nombre por el de Heinrich Hitzinger, y con media docena de seguidores, entre los que se contaban el doctor Gebhardt, partió en busca de un escondite. Dos semanas más tarde fue capturado por los ingleses. Un médico que procedía a hacerle un examen reglamentario notó algo en la boca de Himmler, pero antes de que pudiera extraer el objeto, Himmler lo mordió y murió casi instantáneamente. Era la cápsula de cianuro que había enseñado a Degrelle.

2

En París, el Cuartel General Supremo de las fuerzas aliadas había elegido a diecisiete corresponsales para que relatasen el acto de la rendición. En la tarde del 6 de mayo el avión que los conducía salió hacia Reims. Ya en camino, el

general de brigada Frank A. Allen manifestó que el descubrir prematuramente las negociaciones podría tener resultados desastrosos, y pidió a todos que firmasen un compromiso para «no comunicar el resultado de esta conferencia, o su sola celebración, hasta que lo autorice el Cuartel General Supremo».

Llegados a Reims, los periodistas fueron llevados al puesto de mando de Eisenhower, situado en una escuela técnica profesional de la ciudad. Allen les condujo hasta una aula del piso bajo y les pidió que esperasen allí.

Entretanto, otro grupo de corresponsales, entre los que se incluía Raymond Daniell, del *New York Times*, y Helen Kirkpatrick, del *Tribune*, de Chicago, llegaba desde París en un *jeep*. Irritados ante la arbitraria selección de los que tendrían acceso exclusivo a la conferencia, trataron de entrar en la escuela, pero se lo impidieron por la fuerza. El grupo permaneció en la acera, abordando a todos los que entraban y salían del edificio. El teniente general Frederick Morgan simpatizó con estos periodistas, y dijo a Allen que había que hacer algo por ellos. Pero Allen se mostró inflexible y ordenó a los policías militares que los echasen del lugar.

Hacia las cinco y media, Jodl y su ayudante militar, en compañía de dos generales británicos, entraron en la escuela y fueron conducidos hasta una estancia donde se hallaba Friedenburg. Al entrar, Jodl saludó a su compatriota y cerró la puerta tras él. Poco después salió Friedeburg y pidió unas tazas de café y un mapa de Europa.

Los alemanes salieron unos minutos más tarde, y el general de división Kenneth Strong, jefe del Servicio de Inteligencia de Eisenhower, que hablaba correctamente el alemán, les acompañó hasta el despacho de Bedell Smith. Una vez allí, Jodl expuso de nuevo las condiciones alemanas: accedían a rendirse a los aliados occidentales, pero no a Rusia. A las siete y media Strong y Smith dejaron a los alemanes para ir a informar a Eisenhower en su despacho acerca de la marcha de las negociaciones. Después regresaron.

Unos momentos más tarde el capitán Butcher entró en la oficina de Eisenhower y le recordó las dos estilográficas que un viejo amigo de Eisenhower, Kenneth Parker, le había enviado para aquella ocasión. Eisenhower dijo a su ayudante naval que se hiciese cargo de las plumas, una de las cuales pensaba enviar a Parker, y la otra a Truman, tras la firma del armisticio.

—¿Y para Churchill? —inquirió Butcher.

—¡Cielos, me había olvidado de él! —exclamó Eisenhower.

Por fin, Jodl accedió a rendirse también a los rusos, pero solicitó una demora

de cuarenta y ocho horas.

—No tardarán ustedes en estar luchando contra los rusos. Salven a todos los hombres que buenamente puedan de ellos —añadió Jodl.

Jodl mostró tal insistencia a este respecto, que Strong fue de nuevo a ver a Eisenhower y le dijo que los alemanes se mostraban irreductibles.

—Es mejor que se lo conceda —aconsejó Strong.

Eisenhower no quería demorar la firma y dijo:

—Infórmeles que cuarenta y ocho horas después de esta medianoche ordenaré cerrar las líneas del frente occidental, para que no puedan pasar más alemanes. Tanto si se firma como si no se firma el pacto.

Las palabras eran amenazadoras, pero concedían a Jodl lo que este deseaba, dos días de plazo. De todos modos, envió un telegrama a Doenitz y Von Keitel, en el que dejaba trasuntar la decepción que sentía:

> *«El general Eisenhower insiste en firmar hoy. De lo contrario las líneas aliadas quedarán cerradas aun a los que deseen rendirse individualmente, y las negociaciones cesarán. No veo más alternativa que el caos, o firmar. Pido confirmación inmediata por radio sobre si se autoriza la firma de la capitulación. En tal caso, las hostilidades cesarían a la una del 9 de mayo, hora alemana».*

Era casi medianoche cuando Doenitz recibió el mensaje. Para ese entonces Jodl ya había enviado otro: «*Conteste al radiograma con la mayor urgencia*».

Doenitz consideró que los términos del convenio eran una «manifiesta extorsión», pero no tenía otra alterativa. Las cuarenta y ocho horas que Jodl había conseguido permitían salvar a millares de alemanes de la esclavitud y la muerte. En consecuencia, Doenitz autorizó a Von Keitel para que enviase su conformidad, y poco después de la medianoche este mandó a Jodl el siguiente mensaje por radio:

> *«El gran almirante Doenitz le concede plenos poderes para firmar según las condiciones estipuladas».*

A la una y media de la mañana, el comandante Ruth Briggs, secretario de Smith, llamó por teléfono a Butcher y le dijo: «La fiesta va a empezar». Luego le pidió que no dejase de llevar las dos plumas, si no, «¿cómo podía terminarse una guerra sin plumas?».

El salón donde se celebraría la ceremonia fue en un tiempo un recinto de esparcimiento donde los estudiantes jugaban al ajedrez y al tenis de mesa. Las paredes aparecían cubiertas de mapas, y en un extremo de la estancia había una

mesa de gran tamaño que se empleaba en las ceremonias escolares.

Cuando Butcher llegó al salón, este se hallaba ya atestado de gente, entre los que se contaban los diecisiete periodistas seleccionados; el general de división Iván Suspolarov y otros dos oficiales soviéticos; el general de división François Sevez, representante francés; tres oficiales británicos, el general Morgan, el almirante Harold Burrough y el mariscal del Aire *sir* James Robb; y por último el general Carl Spaatz, comandante de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de Estados Unidos en Europa.

Bedell Smith entró en la estancia, parpadeando repetidas veces, a causa del resplandor de los focos instalados por los operadores de cine. Comprobó la distribución de los asientos y dio algunas instrucciones acerca de la forma en que debía actuarse. Poco después Jodl y Friedenburg hicieron su aparición, se detuvieron desconcertados unos instantes, cuando recibieron la luz en los ojos.

Los actores principales de la ceremonia tomaron asiento alrededor de la gran mesa, y Butcher colocó una de las estilográficas ante Smith y otra ante Jodl, que se sentaba frente al general americano. Smith manifestó a los alemanes que los documentos estaban preparados, y preguntó si se hallaban dispuestos para firmar.

Jodl asintió levemente y firmó los primeros documentos que estipulaban un alto el fuego total al día siguiente, a las 23:01, hora de Europa Central. El rostro de Jodl aparecía impasible, pero Strong notó que tenía los ojos húmedos. Butcher entregó entonces a Jodl su propia estilográfica, para que firmase el segundo documento, pensando en que sería un recuerdo interesante. Por fin, colocaron su firma Smith, Susloparov y Sevez. Eran exactamente las 2:41 del 7 de mayo de 1945.

Se inclinó Jodl a continuación sobre la mesa y dijo en inglés: «Desearía decir algunas palabras». «Desde luego —contestó Smith».

Jodl recogió el único micrófono que había en la mesa y comenzó a hablar en alemán.

—General —manifestó—; con la firma de este documento, el pueblo y las Fuerzas Armadas de Alemania quedan, para bien o para mal, en manos del vencedor. En esta guerra, que ha durado más de cinco años, los alemanes han padecido tal vez más que ningún otro pueblo en el mundo. En esta ocasión solo me queda expresar la esperanza de que el vencedor querrá tratarlos con magnanimidad.

Eisenhower paseaba impaciente entre su despacho y el de su secretaria. Para Kay Summersby, el silencio resultaba opresivo. De pronto se presentó Smith,

con una sonrisa ligeramente forzada en el rostro, y anunció que se había firmado la rendición.

En la oficina adyacente, la secretaria, teniente Summersby, oyó el resonar de recias botas sobre el suelo, e instintivamente se puso de pie. Jodl y Friedeburg pasaron junto a ella sin mirarla siquiera y se encaminaron hacia la puerta del despacho de Eisenhower, donde se detuvieron y saludaron militarmente, dando un fuerte taconazo. La mujer tuvo la sensación de que «eran el prototipo que aparecía en las películas nazis, con su rostro sombrío, erguidos y desdeñosos».

Eisenhower aparecía inmóvil, con un continente más militar del que Summersby le había visto nunca.

—¿Han comprendido los términos de la rendición que acaban de firmar? —inquirió Eisenhower.

Strong tradujo y Jodl replicó afirmativamente en alemán.

—Se les dará más detalles e instrucciones posteriormente, y esperamos que lo cumplan con fidelidad.

Jodl movió afirmativamente la cabeza.

—Eso es todo —dijo Eisenhower secamente.

Los alemanes se inclinaron, y después de saludar abandonaron la estancia detrás de la teniente Summersby. De pronto en el rostro de Eisenhower apareció una amplia sonrisa.

—¡Vamos a hacernos una fotografía! —exclamó, mientras los fotógrafos se aproximaban. Todos procuraron colocarse junto al comandante supremo, que sostuvo las dos estilográficas formando la V de la victoria.

Luego envió el siguiente mensaje a los jefes del Estado Mayor conjunto:

> *«La misión de esta fuerza aliada quedó completada a las 2:41, hora local, del 7 de mayo de 1945. Eisenhower».*

Llamó después a Bradley al hotel Fürstenhof, de Bad Wildungen. Bradley llevaba cuatro horas durmiendo, y oyó que el comandante supremo le decía: «Brad, todo ha concluido. Se ha firmado el armisticio».

A su vez, Bradley llamó a Patton, el cual se hallaba descansando en su remolque, en la localidad de Regensburg. «Ike acaba de llamarme, George. Los alemanes se han rendido. La capitulación entra en vigor en la medianoche del ocho de mayo. Debemos mantener nuestros puestos en la línea de combate actual. Ya no hay razón para emprender ninguna acción».

Bradley extendió su mapa de campaña y con un lápiz graso escribió: «D más 335». Luego se dirigió a la ventana de su habitación y abrió las persianas de oscurecimiento antiaéreo.

En la sala de clases de la Escuela Técnica, los diecisiete corresponsales acababan de escribir el artículo más importante de la contienda: la paz en Europa. Sus despachos ya habían pasado por el censor, cuando el general Allen entró y anunció que las noticias no podrían comunicarse hasta pasado un día y medio. Dijo que el general Eisenhower lo lamentaba mucho, pero que se veía incapacitado para actuar, por orden de una alta autoridad política, y que nada podía hacerse en contrario.

Un grito unánime de protesta se alzó de los corresponsales. «Considero que debieran transmitirse las noticias» —dijo Allen, y añadió que la fecha que se había dado era arbitraria, pues los Tres Grandes aún no se habían puesto de acuerdo sobre la fecha en que se anunciaría la capitulación—. De todos modos, trataré de hacer lo posible por conseguir aminorar el plazo, pero no sé qué resultado obtendré. En cualquier caso, lo único que nos resta es volver a París.

En Moscú, a esas alturas, aún no se había recibido informe alguno sobre la firma del armisticio. El general soviético Nikolai Vasilevich Slavin entró en la oficina de la Misión Militar de Estados Unidos, y entregó al general Deane una carta del general Antonov, en la que este se quejaba de que a pesar de las negociaciones de Reims para la rendición, Doenitz «proseguía con sus exhortaciones por radio a los alemanes, para que continuasen la guerra contra los soviéticos…, pero sin resistir a los aliados en el Frente Occidental… De ahí deduce la gente que Doenitz ha efectuado una paz por separado con el Oeste, y prosigue la guerra en el Oriente. No podemos dar a la opinión pública europea la excusa de que se ha firmado una paz por separado». Antonov acababa de enterarse de que el nuevo documento de rendición, que había sido preparado por Smith, difería del que habían aprobado los Tres Grandes, y se negó a aceptar su validez.

Entonces, ante la consternación de Deane, Antonov añadía en su carta: «El alto mando soviético prefiere que la firma del “Acta de Rendición Militar” se celebre en Berlín. El mariscal Zhukov firmará por el Ejército Rojo».

El general Slavin explicó que los soviéticos deseaban que solo hubiese una ceremonia de la firma, y que esta tuviese lugar en Berlín. Se negaban en redondo

a que Susloparov firmase cualquier documento en Reims.

—La ceremonia de Berlín deberá concertarse rápidamente —dijo Slavin—, sin más demora.

Robert Murphy, consejero político de Eisenhower, que se hallaba con este en Reims, estaba tan preocupado por el documento de rendición como el mismo Antonov. Aún no había tenido ocasión de examinar de nuevo dicho documento, y sacó de la cama a Bedell Smith para preguntarle qué había ocurrido con el texto aprobado, que él personalmente le entregara a fines de marzo. Bedell no recordaba haber recibido siquiera el mencionado documento.

—Pero ¿no se acuerda de aquella gran carpeta azul que contenía, según le dije, el documento aprobado por todos? —preguntó Murphy.

Smith, que pocos días antes había discutido largamente con Winant acerca de ese mismo documento, dijo entonces que «ya se acordaba», y poco después él y Murphy estaban en el despacho buscando los papeles. Encontraron al fin la carpeta azul en el gabinete de Alto Secreto Personal, y Murphy quedó convencido que Smith solo había sufrido una pérdida momentánea de memoria.

Hacia las nueve y media de la mañana Butcher se presentó en el dormitorio de Eisenhower, el cual se hallaba en la cama. Junto a él se veía un libro: *Cartridge Carnival*. El mensaje de Moscú había llegado ya, y Eisenhower estaba escribiendo a Antonov que le complacería mucho trasladarse a Berlín al día siguiente, en la hora que Zhukov considerase oportuna.

Media hora más tarde, en el hotel Scribe, de París, el general Allen repitió en una conferencia de Prensa lo que ya había dicho a los diecisiete corresponsales de Reims: no se podrían comunicar noticias acerca de la rendición, hasta las tres de la tarde del día siguiente. Ya enardecidos por la forma en que habían sido tratados, los periodistas se reunieron en el vestíbulo del hotel y amenazaron con lanzar una acusación contra la sección de Relaciones Públicas del Alto Mando. Edward Kennedy, que era a la sazón uno de los diecisiete periodistas autorizados, y desempeñaba el cargo de jefe de la oficina de la *Asociated Press* en París, se dirigió a su despacho situado en el cuarto piso para comprobar los últimos informes: los portavoces de De Gaulle anunciaban que este preparaba una alocución con motivo del día de la Victoria, mientras que el general Sevez dijo a un periodista de *Le Figaro* que había firmado por Francia en Reims. Al mediodía los diarios de Paris traían noticias procedentes de Londres, informando que en el número 10 de Downing Street se estaban montando altavoces. Se tenía la impresión de que Churchill iba a anunciar oficialmente la capitulación de

Alemania.

El anuncio se hizo, pero no provino de Churchill. Poco después de las tres, Kennedy escuchó en la emisión de la BBC una traducción al inglés del discurso que Schwerin von Krosigk acababa de hacer por Radio Flensburg:

> *«¡Hombres y mujeres de Alemania! Por orden del gran almirante Doenitz, el Cuartel General del Ejército ha anunciado en el día de hoy la rendición incondicional de todas las tropas». A continuación se pedía a los alemanes que hiciesen sacrificios. «Ante la oscuridad del futuro, debemos dejarnos conducir por la luz de las tres estrellas que siempre fueron el distintivo del carácter alemán:* "Eingkeit und Recht und Freiheit (Unidad, Justicia y Libertad)*"».*

Resultaba inconcebible para Kennedy que el Gobierno de Doenitz hubiese hecho el anuncio sin el consentimiento del Alto Mando Aliado. Llamó por teléfono al despacho de Allen y le dijeron que éste se hallaba demasiado ocupado para hablar con él. Se trasladó entonces rápidamente a la oficina del teniente coronel Richard Merrick, censor jefe de Estados Unidos, y manifestó que no se consideraba obligado a retener la noticia, una vez que los alemanes la habían hecho pública.

—Haga lo que guste —declaró Merrick.

Kennedy redactó entonces una versión abreviada del hecho, y puso una llamada a la agencia de Londres de la *Associated Press*, por medio del teléfono militar. Desde el hotel Scribe, cualquiera podía decir «París militar», y le comunicaban en seguida con el número de Londres que solicitase. Un agente enemigo que hubiese penetrado en el hotel, podría haber hecho otro tanto.

—Soy Kennedy, Lew —dijo por teléfono a Lewis Hawkins, en la oficina londinense de la agencia—. Alemania se ha rendido incondicionalmente. Es oficial. Féchalo en Reims, Francia, y publícalo.

Como la noticia se había originado en París y sólo fue reexpedida por Londres, los censores británicos consintieron que se despachase tal como se había dictado a la oficina de la A. P. Allí quedó retenida ocho minutos en el despacho extranjero para posibles correcciones, pero no se hizo ninguna, y la noticia fue difundida a todo el mundo aliado a las 15:35, hora de Londres, por la Prensa y la Radio.

Las repercusiones fueron casi inmediatas. Hacia las cuatro, Churchill, que había llamado a Eisenhower media docena de veces ese mismo día, procurando que se divulgase la noticia, llamó por teléfono al almirante Leahy, en el Pentágono, para que le diese más informes.

—En vista de los acuerdos efectuados —contestó Leahy—, mi jefe me pide que le diga que no puede actuar sin la aprobación del tío José. ¿Comprende, señor?

—¿Quiere que alguien más joven le oiga? Yo empiezo a estar un poco sordo —dijo Churchill.

Leahy comenzó a repetir el informe al secretario del primer ministro, pero Churchill le interrumpió, lleno de impaciencia:

—Escuche, el primer ministro alemán (en realidad era el ministro de Asuntos Exteriores, Schwerin von Krosigk) ha dado por radio, hace una hora…

—Sí, ya lo sé.

—Una alocución declarando que se ha efectuado la rendición incondicional de las tropas alemanas.

—Estamos al corriente de eso.

—¿Cómo se explica que el presidente y yo hayamos sido las únicas personas de este mundo que no sabían lo que se estaba llevando a cabo?

Añadió Churchill que daría él mismo la noticia hacia la seis de la tarde.

—¿No ha solicitado la aprobación del tío José? —inquirió Leahy, afirmando que Truman no haría anuncio alguno sin la aprobación de Stalin.

—El mundo entero lo sabe, y no veo por qué debemos retener la noticia hasta que… Bueno, es una situación absurda. Todos están enterados.

—En efecto, todos lo saben. Eso es cierto, señor.

Una hora después, Churchill volvía a llamar. «Nos hemos comunicado con Eisenhower» —le informó Leahy. «Dice que no hará anuncio alguno desde su cuartel general, hasta que no lo hagan previamente Londres, Moscú y Washington».

Churchill replicó el primer ministro que en Londres las multitudes empezaban a concentrarse. «Hay que seguir adelante…». —añadió.

—Comprendo sus razones, y no puedo aconsejarle nada —contestó Leahy—; el presidente dice que no hará anuncio alguno hasta que tenga noticias de Stalin. Luego prometió a Churchill que le informaría en cuanto llegase el mensaje de Moscú.

—Diga al presidente que lo siento mucho. Espero que lo anunciemos todos al mismo tiempo —agregó Churchill.

—Daré al presidente su mensaje.

—Considero que no es posible demorarse más.

—Lo siento —dijo Leahy.

Los londinenses esperaban llenos de impaciencia el anuncio oficial de Churchill. Pocos minutos después de las seis, tres aviones «Lancaster», volando bajo sobre Londres, lanzaron bengalas rojas y verdes, así como banderas de los países aliados, que pronto fueron colocadas en los escaparates de las tiendas.

Durante casi dos horas las multitudes permanecieron expectantes, hasta que el anuncio que habían esperado durante varios años fue hecho público por el Ministerio Inglés de Información: el día siguiente sería el Día de la Victoria. Pero para los londinenses la guerra había terminado aquella misma noche, y comenzaron a celebrarlo de manera desaforada. Desde Picadilly a Wapping se encendieron hogueras en las calles, y su resplandor teñía de rojo el cielo nocturno. Por el Támesis circulaban en uno y otro sentido innumerables lanchas, remolcadores y otras embarcaciones pequeñas, armando el mayor ruido posible. Piccadilly Circus era un conglomerado de gentes que bailaban y gritaban frenéticamente. Las personas extrañas se abrazaban en las calles, mientras los cohetes estallaban en el cielo y se cantaba más o menos afinadamente el «Tipperary», «Lonch Lomond» y «Bless 'em All». Largas filas de londinenses se dirigían hacia el palacio real, gritando todos al unísono: «¡Que salga el rey!».

En Nueva York no se observaba regocijo alguno, pues aún había que ganar una guerra en el Pacífico. También había gran escepticismo sobre la autenticidad de la noticia, debido a un falso rumor de paz que se difundiera diez días antes. Muchos eran también los que recordaban el falso armisticio de 1918. Para ese entonces, a Edward Kennedy, que había divulgado la noticia, le fueron suspendidas indefinidamente todas las prerrogativas periodísticas ante el Alto Mando aliado, pero esto apenas si logró aplacar la ira de los demás corresponsales.

Por su parte, los noruegos celebraban el acontecimiento ante las mismas tropas de ocupación. Vidkun Quisling, el hombre cuyo nombre se convirtió en sinónimo de traidor, aún estaba en el palacio real. Se hallaba escuchando a Leon Degrelle, el cual huyó de Alemania atravesando Dinamarca, con el fin de luchar contra el bolchevismo. Quisling tenía el rostro contraído, y sus ojos se movían nerviosamente, mientras tabaleaba con los dedos sobre la mesa. Degrelle tuvo la impresión de hallarse ante un hombre totalmente vencido por los acontecimientos, y consumido interiormente. En la media hora que siguió, Quisling estuvo hablando sobre el tiempo, y Degrelle se marchó totalmente desilusionado. Había hecho todo lo posible, aguantando hasta el final. Pero, ¿dónde podía luchar ahora?

Se trasladó entonces al palacio del príncipe heredero Olaf, para ver al doctor Josef Terboven, el *reichskomissar* de Noruega.[73] Un mayordomo de librea les sirvió bebidas, como si se tratase de un día corriente. Terboven, cuyos ojos diminutos parpadeaban continuamente, como los de Himmler, dijo con voz grave: «He pedido en Suecia que le den asilo a usted, pero se niegan. Pensé enviarle al Japón en avión, pero la capitulación es absoluta, y no se permite que ningún submarino abandone el puerto. Hay un aparato particular que pertenece al ministro Speer. ¿Quiere correr el riesgo y tratar de volar hacia España, esta noche?».

La distancia desde Oslo hasta los Pirineos es de 2.150 kilómetros, y el avión sólo tenía un radio de acción de 2.100 kilómetros, pero podía ahorrarse gasolina volando a gran altura. A las ocho de aquella noche, un piloto que lucía una condecoración alemana recogió a Degrelle, que aún vestía el uniforme de las SS. Ambos atravesaron en automóvil las atestadas calles de Oslo, en las que la gente exteriorizaba su alegría, y no se detuvieron hasta el aeropuerto.

Pocos minutos después de la medianoche el avión despegó. Volaron sin complicaciones sobre los territorios ocupados de Holanda, Bélgica y Francia, hasta llegar sin gasolina a San Sebastián, en una de cuyas playas el avión se estrelló. Degrelle sufrió la fractura de cinco huesos, pero logró de este modo alcanzar España.

3

Pese a la preocupación que sentía Churchill por los problemas del armisticio, no era capaz de olvidarse del pueblo de Praga, y decidió enviar una exhortación final a Eisenhower:

> *«Espero que sus planes no le impidan avanzar hacia Praga, si posee las tropas necesarias y no se encuentra antes con los rusos. No se moleste en contestarme con un telegrama. Ya me informará cuando sostengamos la próxima conversación».*

Pero Eisenhower no tenía intenciones de avanzar un solo kilómetro al este de Pilsen. En cuanto a Praga, consideraba que el asunto no le concernía, sino que era una cuestión de los jefes militares conjuntos y del presidente de Estados Unidos.

Sólo Vlasov había acudido en ayuda de la capital checa, y uno de los regimientos del R.O.A. estaba empeñado en furiosa lucha con las tropas alemanas, en las calles de la ciudad. En la noche del 7 de mayo, el general Bunyachenko se enteró de que una división de las SS se acercaba a Praga desde el sur. Ordenó entonces a un regimiento de reserva que se atrincherase en una colina a trece kilómetros de la ciudad y que detuviese al enemigo a toda costa.

Mediada la mañana del día siguiente, los alemanes parecían estar detenidos por el regimiento de reserva. Pocas horas más tarde, las victoriosas tropas del R.O.A. comenzaron a salir de Praga. Bunyachenko explicó al comandante de un regimiento que los checos les habían pedido que se marcharan, pues su ayuda ya no era necesaria en la ciudad, donde los tanques de Konev estaban a punto de hacer su entrada.[74]

Los vlasovitas temían sin duda que sus compatriotas no tuvieran piedad con ellos, y abandonaron la ciudad que habían conquistado a los alemanes. Tristes y preocupados, se dirigieron hacia el sudoeste. Esta vez su marcha no era un desfile triunfal; nadie arrojaba flores a su paso, ni les regalaban comida, ni les vitoreaban.[75]

Poco antes del mediodía, el general Rudolf Toussaint, comandante militar alemán de Praga, fue llevado con los ojos vendados hasta el puesto de mando del Consejo Nacional Revolucionario Checo, donde su hijo se hallaba prisionero. El general Toussaint era un hombre alto y apuesto, de cincuenta años de edad, que vestía impecablemente. Una vez dentro del edificio, un partisano le arrancó de un tirón la venda que le cubría los ojos.

Aunque el general representaba a un ejército derrotado, discutió durante más de cuatro horas, hasta que al fin los checos permitieron que sus hombres avanzasen hacia el oeste, para entregarse a los americanos. Aún así, Toussaint se mostró desalentado, y declaró: «Ahora no soy más que un general sin tropas». Unos minutos más tarde hicieron entrar en la habitación a su hijo, con la cabeza vendada, y el general se sintió un poco más reconfortado.

En Praga aquél era el día de la venganza. Por todas partes los checos perseguían a los soldados y civiles alemanes con una furia que engendraron varios años de opresión. No tardó Praga en quedar totalmente libre y con las calles tranquilas, una vez más. Pero esto no impidió que los rusos comenzasen a atribuirse la liberación de la ciudad, lo cual constituyó una fuerte arma en la lucha que se inició más tarde para hacerse con el poder del país.

El 8 de mayo, por la mañana, la única lucha violenta que aún persistía en el Frente Oriental, se llevaba a cabo en Yugoslavia, donde los partisanos de Tito habían rodeado casi por completo a los doscientos mil soldados que quedaban del Grupo de Ejército F, mandado por el *generaloberst* Alexander Loehr. En los pasados dos meses, casi cien mil soldados de este grupo habían muerto en la lucha.

A la derecha de Loehr, el Grupo de Ejército Sur, bajo el mando del historiador austríaco Rendulic, presentaba una línea ininterrumpida desde el sur de Austria hasta la frontera con Checoslovaquia. Los cuatro ejércitos de Rendulic habían combatido muy poco desde la caída de Viena. Confiando en que los americanos y los británicos se le unirían en la lucha contra los bolcheviques, Rendulic envió un emisario al general de división Walton H. Walker, del XX Cuerpo de Estados Unidos, pidiéndole permiso para trasladar las tropas alemanas de reserva a través de las líneas americanas, hasta el Frente Oriental. Walker se negó secamente, y Rendulic, decepcionado e ignorando todo lo concerniente a las negociaciones de Reims, ordenó por su cuenta que cesaran las hostilidades en el Oeste a las nueve de esa misma mañana. Los cuatro ejércitos que se enfrentaban a los soviéticos recibieron la orden de deponer las armas y de retirarse hacia el Oeste.

El *feldmarschall* Schoerner, que ya había ordenado a sus soldados que huyesen a las líneas americanas, recibió un telegrama de Doenitz informándole que al llegar la medianoche entraría en vigor la rendición incondicional de las tropas. Desde ese momento Schoerner daría la orden de alto el fuego y permanecería con sus soldados en el lugar donde se encontraba. Algunos de sus oficiales consideraron que habían sido traicionados, pero Schoerner aceptó la situación resignadamente. Ordenó, sin embargo, a sus tropas que se dividiesen en grupos pequeños y que escapasen hacia el Oeste lo antes posible, llevando con ellos a cuantos civiles pudiesen.

A las diez de la mañana, el coronel Wilhelm Meyer-Detring llegó al cuartel general de Schoerner, situado a unos noventa y cinco kilómetros al norte de Praga, en compañía de cuatro americanos. Meyer dijo a Schoerner que quedaría relevado del mando en cuanto la capitulación entrase en vigor, a medianoche.

Schoerner envió sus últimos mensajes y luego decidió marchar al Tirol en avión para hacerse cargo del mando de *Alpenfestung*, según órdenes anteriores de Hitler.[76]

Hans-Ulrich Rudel, el aviador preferido de Hitler, se enteró de que la guerra había terminado cuando regresaba de una misión, hasta su base aérea del norte de Praga, en las últimas horas de la mañana. Reunió entonces a sus hombres, les agradeció su valentía y lealtad, y les estrechó la mano a todos.

Con otros seis pilotos, Rudel voló hacia las líneas americanas, donde esperaba recibir atención médica para su pierna amputada. Ya sobre el aeropuerto bávaro de Kitzingen, Rudel observó a los soldados americanos desfilando. Guió entonces su pequeña escuadrilla de tres «Junker 87» y cuatro «Focke-Wulf 190» en una pasada rasante hacia la pista de aterrizaje. Cuando las ruedas de su aparato tocaron tierra, Rudel frenó violentamente mientras agitaba la barra de mando, lo que provocó la rotura del tren de aterrizaje. Cuando abrió la cabina, un soldado americano le apuntó con un revolver y trató de sacarle a la fuerza. Rudel le dio un empujón, y cerró la cabina del avión. Poco después un grupo de oficiales americanos le sacaban del aparato y le llevaban hasta una sala de primeros auxilios, para que le vendasen el ensagrentado muñón de la pierna. A continuación le condujeron a una sala de oficiales donde se hallaban sus pilotos. Estos se pusieron de pie e hicieron el saludo nazi. Un intérprete dijo a Rudel que el comandante americano no permitía aquel saludo. También le preguntó si hablaba inglés.

—«Aun cuando hablase inglés, estamos en Alemania, y aquí yo hablo alemán» —contestó Rudel. «Por lo que se refiere al saludo, se nos ha ordenado saludar de esa forma, y como soldados que somos cumplimos las órdenes que nos dan. Por otra parte, poco importa que nos permitan o no saludar como lo hacemos».

Rudel miró con gesto de desafío a unos cuantos oficiales que había sentados ante una mesa próxima y añadió: «El soldado alemán no ha sido derrotado por incapacidad, sino por la abrumadora superioridad de material. Aterrizamos aquí porque no deseábamos permanecer en la zona soviética. Preferimos también no discutir más este asunto, y que nos den algo de comer y nos permitan bañarnos».

Los americanos dejaron que sus prisioneros tomasen una ducha, y mientras estaban comiendo un intérprete dijo a Rudel que el comandante de la base deseaba sostener con él y sus oficiales una charla amistosa, si no tenía inconveniente.

A semejanza de Rudel, varios millones de alemanes del Frente Oriental

estaban tratando de llegar a las líneas americanas. Muchos se encaminaban hacia Enn, en Austria, con la intención de atravesar el río frente a la 65.ª División de los Estados Unidos.

Al anochecer, varios grupos de alemanes de la 12.ª División Panzer SS avanzaron medio extenuados hacia el puente, cuya barricada de grandes troncos había sido retirada en parte, para dejar pasar sólo un camión a la vez. Alguien gritó en esos momentos «*Russky*!», y se produjo una frenética carrera hacia el puente. Los camiones que lo estaban atravesando arremetieron contra los fugitivos, quince de los cuales resultaron muertos, y muchos otros recibieron heridas. El acceso al puente estaba totalmente obstruido, y los aterrados alemanes corrían por las cercanías, gritando: «*Russky*! *Russky*! *Russky*!».

Un tanque mediano soviético avanzó hacia el puente. En la torrecilla podía verse a un teniente que reía sin cesar, ante el espectáculo de seis mil hombres que corrían desesperadamente para huir de su cañón.

4

En horas tempranas del 8 de mayo, Truman escribió a su madre y hermana la siguiente carta:

«Queridas mamá y Mary:

»Esta mañana cumplo sesenta y un años. Anoche dormí en la habitación presidencial de la Casa Blanca. Han terminado de pintarla y algunos de los muebles se encuentran ya en su sitio. Espero que esté dispuesta para vosotras el próximo viernes. (Mi costosa pluma de oro no escribe como debiera).

»Este será un día histórico. A las nueve de esta mañana deberé dirigirme por radio al país, anunciando la capitulación de Alemania. Los documentos se firmaron ayer por la mañana y las hostilidades cesarán en todos los frentes esta noche, a las doce. ¿No es ése un buen regalo de cumpleaños?

»He sostenido una conversación con el primer ministro de Gran Bretaña. Este, junto con Stalin y el presidente de Estados Unidos, han acordado dar la noticia simultáneamente en las tres capitales. Convinimos una hora que fuese adecuada para todos. Se hará a las nueve de la mañana, hora de Washington, cuando en Londres sean las tres de la tarde, y en Moscú las cuatro.[77]

»Mister Churchill me llamó al amanecer para preguntarme si podíamos dar la noticia inmediatamente, sin tener en cuenta a los rusos. Yo me negué, y él trató de convencerme para que hablase con Stalin. Por fin accedió ajustarse al plan previsto, pero estaba tan irritado como una gallina mojada.

»Los acontecimientos se han precipitado arrolladoramente desde el 12 de abril. No ha transcurrido un día sin que haya dejado de tomar una decisión trascendental. Hasta el momento, la suerte me ha acompañado, y espero que siga haciéndolo. De todos modos, la fortuna no puede seguir ayudándome constantemente, y espero que cuando corneta un error, éste no sea demasiado grande, y pueda hallársele remedio.

»Estamos esperando hacer una gira con vosotras. Tal vez no pueda ir a buscaros, como yo creía, pero os enviaré el avión más seguro, con toda clase de facilidades, de modo que os ruego que no me decepcionéis.

»Con todo cariño,
»Harry».

A las 8:35 de la mañana, los periodistas se agruparon en silencio en uno de los balcones de la Casa Blanca, donde Truman ya les estaba esperando en compañía de su esposa, su hija y un grupo de jefes políticos y militares.

—Bien, quiero empezar leyéndoles una breve declaración —dijo el presidente—. Deseo que comprendan, desde el principio, que esta conferencia de Prensa se realiza teniendo en cuenta que ninguna información que aquí reciban será difundida antes de las nueve de la mañana.

Truman dijo que iba a leer una proclama y que hacerlo no le llevaría más que siete minutos, por lo que les quedaba tiempo de sobra. Los periodistas se echaron a reír.

—«Esta es una hora solemne y gloriosa. El general Eisenhower me informa de que las fuerzas de Alemania se han rendido a las naciones aliadas. Las banderas de la libertad ondean sobre toda Europa».

El presidente interrumpió la lectura y añadió:

—También es para celebrar mi cumpleaños en este día.

—¡Feliz cumpleaños, señor presidente! —gritaron varias voces, y se produjo otra explosión de carcajadas.

Truman concluyó su proclama, que terminaba exhortándoles a «trabajar, trabajar y trabajar» para concluir con la guerra, ya que la victoria se había conseguido sólo a medias. Leyó entonces otra nota pidiendo que se luchase implacablemente contra el Japón, hasta que éste se rindiese incondicionalmente, y enumeró lo que suponía para los japoneses la rendición incondicional:

«Supone el fin de la guerra.
»Supone la terminación de la influencia de los jefes militares que llevaron al Japón al desastre actual.
»Supone cuidar del regreso de los soldados y marinos al seno de sus familias, a sus granjas, a sus tareas habituales.
»Y supone no prolongar los sufrimientos actuales de los japoneses con una vana esperanza de victoria.
»La rendición incondicional no significa el exterminio ni la esclavitud para el pueblo japonés».

Sin duda, una declaración similar hecha a los alemanes en 1944, hubiese tenido como consecuencia un fin más rápido del conflicto.

Hablado directamente con los periodistas, Truman manifestó: «Como

recordarán ustedes, se ha repetido aquí siempre que deseamos paz, justicia y legalidad. Eso es lo que trataremos de conseguir en San Francisco, y lo conseguiremos; un marco para la paz, dentro de la Justicia y la Ley. El problema con que nos enfrentamos es abrumador».

Añadió luego Truman que el domingo 13 de mayo sería declarado Día de Acción de Gracias, e hizo notar que resultaba muy sugestiva la circunstancia de que coincidiese también la fecha con el Día de la Madre.

A las nueve de la mañana, el presidente se encontraba en la sala de radio de la Casa Blanca, para leer la alocución a su pueblo. «Este es el momento solemne y glorioso —comenzó diciendo, y añadió espontáneamente una frase que no estaba en el escrito—, y mi mayor deseo habría sido que Franklin D. Roosevelt hubiese sido testigo de este día…».

Exactamente en el mismo momento Churchill se dirigía al pueblo inglés desde el número 10 de Downing Street. Pasó revista a los últimos cinco años, y dijo sombríamente que desearía poder decir que todos los afanes y problemas habían quedado atrás, pero que no obstante aún quedaba mucho por hacer.

> *«En el continente europeo aún tenemos que asegurarnos de que los sencillos y honorables propósitos por los que entramos en guerra no son desechados ni quedan a un lado en los meses que sigan a nuestro éxito, y que las palabras "libertad", "democracia" y "libertad" no sufren una deformación en su verdadero sentido. De poco serviría castigar a los partidarios de Hitler por sus delitos, si la Ley y la Justicia no imperan, y si en lugar de los Gobiernos de los alemanes invasores, se implantan otros Gobiernos totalitarios o policíacos. No buscamos nada para nosotros mismos, pero debemos asegurarnos de que la causa por la que hemos luchado halla reconocimiento en la mesa de la paz, tanto en los hechos como en las palabras. Y por encima de todo debemos trabajar para tener la certeza de que la organización mundial que las Naciones Unidas están creando en San Francisco, no se convierta en un nombre ocioso, en un escudo para los fuertes y una burla para los débiles. Son los vencedores los que deben demostrar su magnanimidad en estas horas de gloria, haciéndose dignos, con la nobleza de sus actos, de las inmensas fuerzas que Gobiernan…».*[78]

Tras pronunciar este discurso, Churchill se dirigió a la Cámara de los Comunes, mas para salvar la escasa distancia tardó casi media hora, a causa de la multitud que se interponía en su camino. Cuando al fin entró en la Cámara, todos los miembros de la misma se pusieron de pie y le vitorearon. Churchill propuso que la Cámara suspendiese sus sesiones y diese «humilde y reverentemente las gracias a Dios Todopoderoso por la liberación de la amenaza germánica». Tras esto emprendió la marcha hacia la abadía de Westminster, entre las turbas delirantes.

Tras la comida en el palacio de Buckingham, Churchill se encaminó al

Ministerio de Salud Pública, situado en Whitehall. Salió a un balcón del edificio, pero los gritos entusiastas de la gente casi no le dejaban hablar.

—Esta es nuestra victoria —dijo con voz tonante—. Es la victoria de la causa de la libertad, en todos los terrenos. En toda nuestra larga historia, no hemos visto jamás un día más grande que éste.

5

A las diez de la mañana el mariscal Vasili Sokolovsky y el resto de los comandantes de Zhukov se encontraban en el aeropuerto de Tempelhof, observando un avión de transporte americano que se preparaba a aterrizar. Creyeron que se trataba de Eisenhower, pero el avión ni siquiera llegaba de Reims. Procedía de Moscú y a bordo del mismo venía el general Deane. Los rusos se mostraron decepcionados y algo ofendidos, y Deane tuvo que correr con la ingrata tarea de explicar que Eisenhower no podía presentarse. Después de que Eisenhower hubo contestado a Moscú que se sentiría sumamente satisfecho trasladándose a Berlín para la firma del segundo armisticio, Smith y otros le aconsejaron que enviase un delegado, el mariscal de la RAF, sir Arthur Tedder, en bien del prestigio de los Aliados. El que firmaba por los soviéticos, Zhukov, era sólo un comandante de grupo de ejército, bastante por debajo del rango militar de Eisenhower.

Una hora después llegaba Tedder con sus acompañantes desde Reims y los conducían en una pintoresca caravana de vehículos capturados a los alemanes, hasta un suburbio de Berlín, donde quedaron instalados en varias cabañas. En el grupo iban algunas mujeres del Servicio Auxiliar Femenino, entre ellas Kay Summersby, la secretaria de Eisenhower. Mientras ésta permanecía sentada en su cabaña, esperando impaciente a que se produjese alguna novedad, pensó que era una suerte que no hubiese acudido Eisenhower, el cual no habría tardado en regresar a Reims irritado ante tan insultante demora.

Pero los rusos no perdían el tiempo, mientras tanto. En otra parte de la ciudad, el teniente coronel Vladimir Yurasov, que se encargaba de despachar instalaciones para fabricar cemento a la Unión Soviética, era aleccionado en compañía de otros oficiales por el delegado de Problemas Económicos, en presencia del comandante soviético de Berlín. «Deben apoderarse de todo lo que

encuentren en el sector occidental de Berlín, ¿comprenden? ¡De todo! Si no pueden hacerse con algo, destrúyanlo, pero que no quede nada para los aliados. Ni una sola máquina, ni una cama. ¡Ni siquiera una bacinilla donde puedan orinar!».

Cuando Zhukov recibió por fin a la delegación de Tedder, cinco horas después de su llegada, cierto número de observadores aliados tuvieron la sensación de que el ruso trataba de demorar la firma. Y esto era precisamente lo que intentaba. Estaba esperando a Vishinsky, el cual en esos momentos se dirigía en avión a Berlín, con instrucciones de Moscú.

Durante este encuentro, sin embargo, se originó otro conflicto importante. Como Eisenhower no se presentó para la firma en representación de todos los aliados occidentales, De Gaulle envió instrucciones de que el general Jean de Lattre de Tassigny firmase por Francia. Varios americanos e ingleses juzgaron que aquella era una nueva muestra de la intransigencia de De Gaulle.[79] La situación quedó resuelta cuando todos, hasta Zhukov, decidieron que Tedder firmaría por los británicos, Spaatz por los americanos, y De Lattre por los franceses.

El general francés advirtió que en el salón donde se llevaba a cabo la ceremonia no había bandera francesa, y las muchachas rusas tuvieron que confeccionar una rápidamente. Los materiales se obtuvieron de una bandera nazi, una sábana y un mono azul. Pero cosieron las franjas horizontalmente, en lugar de hacerlo en forma vertical. De Lattre volvió a insistir, diciendo que habían hecho una bandera holandesa, y no francesa. Las chicas tuvieron que coser de nuevo la bandera, esta vez correctamente.

Pero la ausencia de Eisenhower siguió provocando problemas. Tedder entró en el salón con expresión preocupada, y dijo a De Lattre: «M. Vishinsky acaba de llegar de Moscú y no está dispuesto a acceder a la fórmula que acordamos con Zhukov. Está de acuerdo en que usted firme, pero se opone a que lo haga Spaatz, pues manifiesta que Estados Unidos ya están representados por mí, desde el momento que firmo en nombre de Eisenhower. Pero ahora Spaatz exige firmar si lo hace usted».

De Lattre repitió las órdenes que había recibido de De Gaulle, y añadió: «Si regreso a Francia sin cumplir mi cometido, es decir, permitiendo que mi país quede excluido de la firma de la capitulación del Reich, mereceré que me cuelguen. ¡Piense en mi situación!».

Al fin Vishinsky encontró la solución: Spaatz y De Lattre firmarían algo más abajo que Tedder y Zhukov.

Poco antes de las once y media de la noche, Von Keitel, Friedeburg y el *generaloberst* Hans Jürgen Stumpff, de la Luftwaffe, entraron en el salón donde se celebraba la ceremonia, quedando cegados momentáneamente por los focos de los fotógrafos. Von Keitel avanzó el primero, impresionante en su uniforme de gala. Levantó el bastón de mariscal en un rígido saludo, y tomó asiento frente a Zhukov, con el cuerpo erguido y la barbilla levantada. «¡Ah, también están aquí los franceses!» —le oyó murmurar Vishinsky, cuando Von Keitel vio a De Lattre—. «¡Es lo único que nos faltaba!».

Friedeburg, con grandes ojeras, tomó asiento a la izquierda del mariscal de campo, en tanto que Stumpff lo hacía a la derecha del mismo.[80]

Zhukov se puso en pie y preguntó:

—¿Ha tomado usted conocimiento del protocolo de capitulación?

—Sí —contestó en alemán Von Keitel.

—¿Tiene autorización para firmar?

—Sí.

—Enséñeme esa autorización.

Von Keitel así lo hizo, y Zhukov volvió a inquirir:

—¿Tiene que hacer alguna observación respecto a la ejecución del acto de capitulación que está a punto de firmar?

El militar alemán preguntó con tono áspero si se les podía conceder una prórroga de veinticuatro horas. Zhukov miró inquisitivamente a su alrededor y manifestó en seguida:

—Esa petición ya ha sido rechazada. No hay modificaciones. ¿Tiene alguna otra observación que hacer?

—*Nein*.

—Firme, entonces.

Von Keitel se puso de pie, ajustó su monóculo y se dirigió hacia un extremo de la mesa. Se sentó junto a De Lattre, colocando su gorra y su bastón ante el francés. Este hizo ademán de retirar los objetos, pero el *feldmarschall* se adelantó y los colocó a un lado. Entonces Von Keitel se quitó con parsimonia uno de los guantes, cogió una pluma y comenzó a firmar varias copias del documento de capitulación.

Los fotógrafos y corresponsales se amontonaron alrededor, incluso

subiéndose a las mesas, para registrar mejor la escena. Un fotógrafo ruso trató de abrirse paso entre los demás y alguien le pegó un puñetazo, haciéndole caer hacia atrás.

Tedder miró a los alemanes, y con su voz aguda inquirió: «¿Comprenden el significado de las cláusulas que acaban de firmar?».

Von Keitel asintió, se puso de pie rápidamente, y tras saludar con su bastón de mariscal, salió de la estancia, siempre con el mentón orgullosamente levantado.

En Flensburg, el sucesor de Hitler, *grossadmiral* Karl Doenitz, se hallaba sentado ante un escritorio, terminando su alocución de despedida a los militares del Reich.

«Camaradas… Acabamos de retroceder un millar de años. La tierra que fue germana durante mil años, ahora ha caído en poder de los rusos. En consecuencia, la línea política que debemos seguir es muy sencilla. Resulta evidente que tenemos que unirnos a las Potencias Occidentales y trabajar en los territorios ocupados del Oeste, ya que sólo colaborando con ellos tendremos esperanza de llegar a recuperar algún día nuestra tierra de los rusos…

»A pesar del total hundimiento alemán, nuestro pueblo se halla en una situación distinta a la de Alemania en 1918, ya que no está aún fraccionado ideológicamente. Tanto si deseamos crear otro Nacional Socialismo, como si nos conformamos con el género de vida que nos imponga el enemigo, debemos asegurarnos de que la unidad que nos proporcionó el Nacional Socialismo se mantiene en todas las circunstancias.

»El sino personal de cada uno de nosotros es todavía incierto. Esto, sin embargo, carece de importancia. Lo que realmente interesa es que mantengamos entre nosotros la camaradería que se estableció durante los bombardeos de nuestro país. Sólo con esta unidad será posible dominar las crecientes dificultades del futuro y sólo de ese modo podremos asegurarnos de que el pueblo alemán no morirá nunca…».

Pero estas palabras no trasuntaban fielmente los pensamientos que abrumaban a Doenitz desde que Jodl regresó de Reims con un ejemplar del periódico americano *Stars and Stripes*, en el que aparecían fotografías de Buchenwald. Al principio Doenitz se negó a creer que tales hechos habían ocurrido, pero cuando se hizo palpable la verdad, tuvo que enfrentarse con la evidencia insoslayable de que el horror de los campos de concentración no era un simple recurso propagandístico de los Aliados.

Estas revelaciones conmovieron hasta el fondo la fe de nacional socialista de Doenitz, que preguntó si las realizaciones de Hitler no habrían sido conseguidas a un precio estremecedor, como el de sus dos hijos, que habían muerto por el Führer en el campo de batalla.

Como muchos otros alemanes, Doenitz estaba empezando a darse cuenta de los peligros que entrañaba el *führerprinzip*, o principio de la dictadura. Tal vez la

naturaleza humana era incapaz de emplear el poder que emanaba de la dictadura, sin sucumbir a las tentaciones del abuso de la fuerza.

Cuando hubo concluido el discurso dirigido a los oficiales, el almirante se sintió abrumado por las dudas. Volvió a leerlo brevemente, dobló el papel con lentitud, y luego lo introdujo en un cajón, que cerró cuidadosamente con llave.

Notas del autor

La fuente principal en la redacción de cada capítulo está especificada más adelante con todo detalle. Entre las obras que resultaron de gran valor, y que no serán reseñadas de nuevo, figuran: *The Supreme Command*, de Forrest C. Pogue; *Roosevelt-Churchill-Stalin*, de Herbert Feis; *Die Niederlage 1945*, editado por Percy Ernst Schramm; *Kriegstagebuch des OKW 1944-1945* (Diario de Guerra del OKW), redactado por P. Ernst Schramm; *Hitler-A Study in Tyranny*, de Alan Bullock; *Mein Kampf*, de Adolf Hitler; *Grand Strategy*, de John Ehrman (*History of the Second World War*, Vol. VI); *The War in Eastern Europe*, Departamento de Arte Militar e Ingeniería, Academia Militar de Estados Unidos, West Point, N. Y.; *Correspondence Between the Chairman of the Council of Ministers of the URSS and the Presidents of the USA, and the Prime Ministers of the Great Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945*, Vols. I y II; *The Testament of Adolf Hitler: The Hitler-Bormann Documents, February-April 1945*, editado por H. R. Trevor-Roper; *The Rise and Fall of the Third Reich*, por William Shirer; *Es Begann an der Weichsel* y *Das Ende an der Elbe*, por Jürgen Thorwald; *The Last Days of Hitler*, de H. R. Trevor-Roper; *The Struggle for Europe*, de Chester Wilmot; *Triumph and Tragedy*, de Winston S. Churchill; *Panzer Leader*, de Heinz Guderian; y *Was as I Knew It*, de George S. Patton, Jr.

Asimismo resultaron de gran utilidad más de doscientos manuscritos preparados por la Oficina del jefe de Historia Militar, por el Departamento del Ejército, y por varios oficiales alemanes; los cuarenta y cuatro volúmenes con las actas del juicio de Nuremberg, *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*; los quince volúmenes de los juicios

subsiguientes, *Trials of War Criminals before the Nuremberg Military Tribunals*; e innumerables documentos de los Archivos Nacionales, de Alexandria, Virginia. A menos que se especifique lo contrario, todas las fuentes acerca de los refugiados alemanes del Este, incluyendo los episodios del *Wilhelm Gusloff* y el *Goya*, proceden directamente del Bundesarchiv, de Koblenza.

Otto Skorzeny leyó totalmente el primer borrador de esta obra, e hizo numerosas correcciones y sugerencias. También dio a leer las partes correspondientes a algunos allegados a Hitler, como *frau* Christian, para su comentario y corrección.

PRIMERA PARTE:
LA GRAN OFENSIVA

CAPÍTULO 1. «Marea del Este».

La descripción de la marcha de los prisioneros aliados desde Sagan y otros campamentos del Este se ha basado principalmente en entrevistas o correspondencia mantenidas con el general Vanaman, los coroneles Spivey, Clark y Lockett; teniente Phelan; comandante Charles Lenfest; segundos tenientes James F. Childt y Stratton Appleman. También se revisó *History of Center Compound Stalag Luft III, Sagan, Germany, y Kriegie*, de Kenneth W. Simmons. El episodio del coronel Yardley proviene de un informe oficial.

La poesía de Larry Phelan apareció por primera vez en el *Oflag 64 Bulletin*, un diario de dos páginas publicado por los prisioneros.

La conferencia del Führer se ha resumido de una transcripción de la entrevista del 27 de enero. Otros detalles se obtuvieron del barón Freytag von Loringhoven y de dos personas más que asistieron al acto, pero que desean permanecer en el anonimato. Los sucesos que ocurrieron en Wigarten, y que se relatan en este y los capítulos siguientes, provienen de entrevistas con el coronel Fuller, el teniente Hegel, el primer teniente Francis Richwine, el segundo teniente Henry Cronin, el capitán Donald Gilinsky, y otros. También de: *Neve*

Ross a Selchew, del general Almerico Jacobucci; numerosos documentos italianos; el diario privado de Hegel, y el diario oficial, *Journal of American Prisoners of War* (27 de enero de 1945, y 18 de marzo de 1945).

Otro material se basa en entrevistas con el *feldmarschall* Schoerner y el coronel de las SS Kempka; correspondencia con el doctor Von Braun; un informe de Josefine Schleiter, y los libros siguientes: *The Final Solution*, de Gerald Reitlinger; *Crossbow and Overcast*, de J. Mac Govern; y *V-2*, de Walter Dornberger.

CAPÍTULO 2. «Cinco minutos antes de la medianoche».

Basado en entrevistas con el general Wolff; correspondencia con el doctor Von Braun; un informe oficial de Stalag IIIC; *The Bormann Letters; The War and colonel Warden*, de Gerald Pawle; *Eisenhower Six Great Decisions*, de Walter Bedell Smith; *Foreing Relations of the United States, The Conferences at Malta and Yalta, 1945; Triumph in the West*, de Arthur Bryant; y *Crossbow y Overcast*, de Mac Govern.

La entrevista amistosa con Hitler fue relatada por dos oficiales que se hallaban presentes pero que desean conservar el anónimo. Para confirmar las convicciones de Hitler, ver la fecha del 6 de febrero en *The Testament of Adolf Hitler*.

CAPÍTULO 3. «Esta conferencia puede ser trascendental».

La Conferencia de Yalta se basa en entrevistas con el embajador Harriman, con Freeman Matthews, el embajador Bohlen y Denys Myers, y en los siguientes libros: *Foreign relations of the United States, The Conferences at Malta and Yalta 1945; Felt Admiral King*, de Ernest J. King; *The Memoirs of Anthony Eden, Earl of Avon, The Reckoning; Roosevelt and Hopkins*, de Robert E. Sherwood; *Roosevelt and the Russians*, de Edward Stettinius, jr.; *As He sawit*, de Elliot Roosevelt; *Working with Roosevelt*, de Samuel I. Rosenmann; *Speaking Frankly*, de James F. Byrnes; *The Meaning of Yalta*, de John L. Snell, Forrest C.

Pogue, Charles F. Delzell y George A. Lensen; *Airman at Yalta,* de Laurence S. Kuter; y *I was There,* por el almirante de la Flota William D. Leahy.

La versión oficial de las conversaciones privadas entre Churchill, Eden y Bohlen, al terminar la cena del 4 de febrero, tal como aparece en el informe de Yalta, fue recientemente rectificada por el embajador Bohlen en una carta. Churchill y Eden, manifestó, no se separaron «en evidente desacuerdo sobre el procedimiento de votación en el Consejo de Seguridad de la organización de Dumbarton Oaks».

El material acerca de Polonia, en este y en los capítulos siguientes, proviene principalmente de entrevistas con veintiocho dirigentes polacos de diferentes filiaciones políticas, entre los que cabe citar al primer ministro Mikolajczyk; a Jan Ciechaki, embajador en Estados Unidos; conde Edward Raczynski, embajador en Londres, y Zbigniew Stypulkowsky. También se basa en *Defeat in Victory*, de Jan Ciechanowski; *The Comunist Party of Poland*, de M. K. Dziewanowski; *Rape of Poland*, de Stanislaw Mikolajczyk; *I Saw Poland Betrayed*, de Arthur Bliss Lane; *The Secret Army*, de T. Borkomorowski; *An Army in Exile*, del teniente general W. Anders; y *Allied Wartime Diplomacy*, de Edward Rozek, que contiene numerosos documentos sin publicar hasta el presente.

Otro material: entrevistas con Bernard Baruch, Annedore Leber, Fabian von Schlabrendorff, generales Hull, Hodges y Simpson. También *They Almost Killed Hitler*, preparado y editado por Gero von S. Gaevernitz; *Conscience in Revolt*, de Annedore Lever; *The Public Years,* de Bernard M. Baruch, y un informe de Friedrich Paetzold.

CAPÍTULO 4. «¡Pan por pan, sangre por sangre!».

Basada en entrevistas con el padre Sampson, los generales Wolff y Thomale, el coronel Rudel, el barón Freytag von Loringhoven y el capitán Hans Hermann. También de The Bormann Letters; Look Out Below!, del capellán Francis L. Sampson; Stuka Pilot, de Hans-Ulrich Rudel, y Russia at War 1941-1945, de Alexander Werth.

Desde el fin de la guerra, Rudel se ha convertido en un conocido montañero, figurando en el grupo que ascendió por vez primera el monte Llullay-Yacu, en

los Andes.

CAPÍTULO 5. «El juez Roosevelt aprueba».

Véase el capítulo 3 para Yalta. También: *The Kremlin and World Politics*, de Philip E. Moseley, y un artículo del *Life*, fechado el 6 de septiembre de 1948, y del que es autor William C. Bullitt.

Agradezco a cierto número de los allegados a Churchill por los datos sobre el carácter de este. Entre ellos figuran Bernard Baruch, Clement Attlee y Alan Bullock. Otro material procede de entrevistas con los generales Craig, Horrocks, Huebner y Simpson; de *Battle for the Rhine*, de R. W. Thompson; *Escape to Action*, del teniente general *sir* Brian Horrocks, y *The Victory Campaign*, volumen III de la Historia Oficial del Ejército canadiense en la Segunda Guerra Mundial.

CAPÍTULO 6. «El caos de los Balcanes».

Los informes sobre Yugoslavia proceden de entrevistas con el general de brigada Maclean; el coronel Jack Churchill, veinticinco partisanos, desde soldados rasos hasta generales, y siete dirigentes políticos yugoslavos. También proceden de: *The Heretic and Eastern Approaches*, por Fitzroy Maclean; *Tito*, por Vladimir Dedijer; *The War and Revolution of the Peoples of Yugoslavia 1941-1945*; y *Oslobodilacki Rat, Naroda Jugoslavije 1941-1945*, vol. II.

Durante una entrevista, Alexander Botzaris, un especialista anti-Comintern para los Balcanes, perteneciente al personal de Goebbels, contó una anécdota singular acerca de Mikhailovich. A comienzos de febrero de 1945, Botzaris fue mandado llamar por Kaltenbrunner, el cual le dio un mensaje personal de Hitler que debía ser entregado a Mikhailovich, quien, a su vez, debería hacerlo llegar a los británicos: el Führer prometía retirar todas sus tropas de los Balcanes, si Inglaterra y Estados Unidos iniciaban la ocupación de la zona en las veinticuatro horas siguientes. Una vez que los Balcanes hubiesen sido ocupados por Occidente, Alemania desocuparía Hungría y Checoslovaquia.

Kaltenbrunner advirtió a Botzaris que sería fusilado si trascendía una sola palabra de su misión. Botzaris fue en avión a Sarajevo, se trasladó a caballo hasta Mostar, y luego a lomo de mula hasta los montañas donde estaba el puesto de mando de los chetniks. Cuando Mikhailovich hubo leído el mensaje de Hitler, se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡La guerra ha terminado para nosotros!

La nota fue puesta en clave y transmitida a la estación británica de radio en Bari. Unas veinticuatro horas después, Mikhailovich mandaba llamar a Botzaris.

—Es increíble —dijo Mikhailovich, con lágrimas en los ojos, al tiempo que le tendía una nota—. ¡Los Aliados se niegan a aceptar la oferta y dicen que los alemanes deben enviársela a Stalin!

Información sobre Hungría: entrevistas con Otto Skorzeny; Lothar von Greelen; Erich Kernmayr; Kemal Oltayli; general Herman Balck; general Hubert Lanz, y veintidós húngaros, entre ellos el teniente Litterati y Joseph Nemes, el artista que llevó la autorización escrita de Horthy a los soviéticos. Otro material: *Skorzeny Special Missions*, por Otto Skorzeny; *Liberated Hungary*, editado por Ferenc Baktai y Gyorgy Maté; *October Fifteenth*, de C. A. Macartney; y numerosos informes recogidos especialmente para este libro por el doctor Gyorgy Ranki, director delegado del Instituto de Ciencias Históricas de la Academia Húngara de Ciencias, y el doctor Karsai Elek, jefe de investigación científica a fines de la Segunda Guerra Mundial, en los Archivos Nacionales Húngaros.

CAPÍTULO 7. «Operación Trueno».

Los datos del bombardeo de Dresde se han basado en entrevistas con *sir* Arthur Harris, lord Portal, sargento Skiera y treinta y dos supervivientes, incluyendo a Bodo Baumann, Hans Koehler, Joachim Weigel, Franz von Klepacki, Ingrid Günnel, Joachim Barth y Annemarie Friebel. También: *Victory*, vol. III del *Strategic Air Offensive against Germany 1939-1945*, por *sir* Charles Webster y Noble Frankland; *The Destruction of Dresden*, por David Irving; cierto número de informes oficiales, y el estudio de la USAF, *Historical Analysis of the 14-15 February 1945 Bombings of Dresden*.

Otro material: entrevistas con el conde Raczynski, con el barón Freytag von

Loringhoven, los generales Wolff y Wenck. También: *Himmler*, por Roger Manvell y Heinrich Fraenkel; *Himler*, por Willi Frischauer, y *Goebbels the Man Next to Hitler*, por Rudolf Semmler.

CAPÍTULO 8. «Guerra y Paz».

Entrevistas con los generales Wenck, Steiner, Hausser y Wolff, coronel Degrelle, capitán Koriakov, Bodo Baumann, Hans Koehler, doctor Kleist, doctor Ragnar Svanström, embajador Torsten Brandel y condesa Bernadotte. También *I'll Never Go Back*, de Mikhail Koriakov; *Russia at War*, de Werth; *La Campagne de Russie*, por León Degrelle; *The Gestapo*, de Jacques Delarue; *Himmler*, por Manvell y Fraenkel; *Goebbels-The Man Next to Hitler*, por Semmler; *The Labyrinth*, por Walter Schellenberg; *The Man with the Miraculous Hands*, por Joseph Kessel; *The curtain Falls*, por el conde Folke Bernadotte; y *Between Hitler and Stalin*, por el doctor Peter Kleist; también correspondencia con el doctor Werner Naumann.

SEGUNDA PARTE:
OFENSIVA DESDE EL OESTE

CAPÍTULO 1. «Surgirá un telón de Acero».

Entrevistas con los generales Airey, Simpson, Horrocks y Lemnitzer; general de Brigada Maclean, coronel Thayer y embajador Harriman. También *This I Remember*, por Eleanor Roosevelt; *The Roosevelt I Knew*, por Frances Perkins; *Working with Roosevelt*, por Rosenman; *Battle for the Rhine*, de Thompson; *Triumph in the West*, por Bryant; *Conquer: the Story of the Ninth Army; Patton Ordeal and Triumph*, de Ladislas Farago; *The Memoirs of Field-Marshall Montgomery; Escape to Action*, por Horrocks; *Joseph Goebbels*, por Curt Reiss;

una conferencia sin fecha confirmada que tuvo lugar a fines de febrero, o en los primeros días de marzo de 1945, e informes diversos.

CAPÍTULO 2. «Pleamar y Bajamar».

Basado en entrevistas con los generales Von Manteuffel, Balck, Dietrich, Hodges y Collins, coronel de las SS «Fritz Hagen», coronel Kimball, teniente Kernmayr y Jan Krok-Paszkowski. También *Dance of Death*, de Erich Kern; *Timberwolf Tracks*, de Leo A. Hoegh y Howard J. Doyle; una monografía por el general Koechling y cierto número de informes.

CAPÍTULO 3. «¿Y si me estalla en la cara?».

Basado principalmente en entrevistas con los generales Von Zangen y Wesphal, el coronel Reichhelm, el coronel de las SS Skorzeny, el capitán Bratge y el sargento Rothe; el general de división Edwin Parker, jr., los generales Hodges, Hoge, Leonard, Bull, Gay y Craig, coronel George Smythe, coroneles Carter y Maness, comandante Cothran, capitán I. J. Newman, segundo teniente Fred Mitchell, teniente Miller, sargento Nicholas Brdar, sargentos Sabia y De Lisio, y correspondencia con el general Ridgway, los coroneles Coker y Engeman, capitán Soumas, tenientes Richard T. Alexander jr. y MacCurdy. Basado también en treinta y ocho entrevistas sobre combates, veintitrés monografías alemanas, cuarenta y siete informes de acción bélica norteamericanos y alemanes. También: Diario de guerra del general Gay; *Kesselring A Soldier's Record*, por Albert Kesselring; *The German Army in the West*, por el general Siegfried Westphal; *Three Years with Eisenhower*, por Harry C. Butcher; *Crusade in Europe*, por Dwight D. Eisenhower; *A Soldier's Story*, de Omar N. Bradley; y *The Bridge at Remagen*, de Ken Hechler. Debo agradecer al miembro del Congreso, mister Hechler, por poner sus documentos a mi disposición.

El lector podrá comprobar que mi relato sobre las conversaciones celebradas entre los generales Bradley y Bull (que no solo se basó en *A Soldier's Story*, sino

también en una entrevista y correspondencia con el general Bull), difiere en algunos casos de lo que aparece en el libro del general Bradley.

CAPÍTULO 4. «Estoy luchando por la obra del Señor».

Entrevistas con el doctor Burkhardt, el general de las SS Hausser, el general Hodges, el conde Schwerin von Krosigk, los coroneles de las SS Skorzeny y Kempka, Bernard Baruch y el embajador Harriman. También: *Mein Kampf; Ma Mission à Dantzig*, por Carl J. Burkhardt; *The Labyrinth*, por Schellenberg; *The Public Years*, por Baruch; *This I Remember*, de Eleanor Roosevelt; el Diario del conde Schwerin von Krosigk; *The Kersten Memoirs*, por Félix Kersten; *An Army in Exile*, por Anders; *Drive*, por el coronel Charles R. Codman; cuatro informes confidenciales de los archivos del Comité Internacional de la Cruz Roja, y cinco informes posbélicos. Me fue especialmente útil la obra *The Pursuit of the Millennium*, de Norman Cohn.

CAPÍTULO 5. «Operación Amanecer».

La información acerca de la Operación Amanecer, en este y los capítulos siguientes, ha sido obtenida en las entrevistas con Allen Dulles, Gero von S. Gaevernitz, el teniente general W. D. Morgan, los generales Airey, Lemnitzer y Wolff, y el comandante Waibel. También: *Germany's Underground*, de Allen Dulles; *Kesselring —A Soldier's Record*, por Kesselring; *Call me Coward*, del coronel Eugen Dollmann; *Burn Affer Reading*, de Ladislas Farago; *Spying for Peace*, de Jon Kimche, y cierto número de informes. Estoy agradecido al doctor Von Gaevernitz, no solo por permitir que me entrevistase con él cinco veces, sino por las numerosas sugerencias y correcciones que hizo después de leer la segunda prueba de esta obra.

Otro material: entrevistas con el general Hodges y el embajador Harriman; el Diario de Gay; y *The Kremlin and World Politics*, de Moseley.

CAPÍTULO 6. «La Casa de las Conchas».

Entrevistas con el profesor Fog, J. Jalser, Ole Lippman, Stig Jensen, Kai Johansen, Christian Lyst Hansen y Frode Jakobsen. También: *The Danish Resistance*, de David Lampe; *Secret Alliance* y *From Occupied to Ally*, por Jorgen Haestrup; informes y extractos del periódico clandestino *Information*.

CAPÍTULO 7. «Entre dos ríos».

Entrevistas con los generales Canine, Simpson, Horrocks, Wolff, Busse, Biehler y Heinrici. Se celebraron varias entrevistas con el general Heinrici, algunas de las cuales duraron un día entero. El general dictó de sus notas personales y libros de mensajes, por vez primera en una entrevista, corrigiendo cierto número de fechas e incidentes que aparecieron en otros libros. También: *Hitler's Paper Money*, de Wilhelm Hoettl; *Conquer: the Story of the Ninth Army*; el Diario de Gay; *A Soldier's Story*, de Bradley; *Escape to Action*, de Horrocks; *The Memoirs of Field-Marshall Montgomery; Miracle Before Berlin*, de Richard MacMillan; *American Civil-Military Decisions*, editado por Harold Stein; *Triumph in the West*, de Bryant; *Crusade in Europe*, de Eisenhower; *Kesselring-A Soldier's Record*; y *Roosevelt and Hopkins*, donde mister Sherwood declara que comió con Roosevelt el 24 de marzo. A menos que el presidente hubiese comido dos veces al mediodía, sin duda Sherwood está en un error. El secretario del presidente, William Hassett, escribió la siguiente nota el 24 de marzo: «Hoy vinieron a comer tres visitantes que no estaban en la lista de audiencias: Bernard Baruch, el general Pat Hurley y Anna Rosenberg». Algunos de los detalles fueron suministrados directamente por Anna Rosenberg.

CAPÍTULO 8. «Hemos pasado un día divertido».

La Operación «Varsity» se basa en entrevistas con el general Miley, el coronel. Miller y el teniente Paul MacGuire, así como en correspondencia sostenida con los generales John L. Whitelaw y Ridgway, y el sargento Pete Hulewicz. También: *Soldier: the Memoirs of Matthew Ridgway; Wing Leader*, por el capitán J. E. Johnson, y dieciséis informes posbélicos.

Otro material: entrevistas con los generales Simpson, Heinrici y Busse; *Triumph in the West*, por Bryant; *The Memoirs of Anthony Eden, The Reckoning; Drive*, por Codman; *Crusade in Europe*, por Eisenhower; y la transcripción de la conferencia del Führer, celebrada el 23 de marzo.

CAPÍTULO 9. «Fuerza Especial Baum».

Entrevistas con los generales Hoge y Canine, los coroneles Abrams y Waters (ambos ahora generales de cuatro estrellas), los comandantes Baum, Berndt y Boyer, los tenientes John W. Collins, Robert Westbrook, L. J. Weigel, Oliver Patton, Kern Pitts, Howard Richards, Alexander Bolling, jr., y Alan Jones, jr.; Ernst Langendorf y Pavle J. Javanovic; y correspondencia con el padre Cavanaugh, el sargento York, el reverendo Matthews, el teniente Matthew J. Giuffre y Norman Smolka. También el Diario de los prisioneros de Szubin; dieciséis informes posbélicos alemanes y de Estados Unidos; el informe de Baum, *Notes on Task Force Baum*; nueve entrevistas de combatientes; dos monografías de la Escuela de Infantería de Fuerte Benning, Georgia; una relación del mayor Berndt, y el libro sin publicar del padre Cavanaugh, *American Priest in a Nazi Prison*.

Treinta y dos de los hombres de Bauman resultaron heridos, nueve murieron y diecisiete desaparecieron en acción. No hay cifras exactas en cuanto a las bajas sufridas por los prisioneros de Hammelburg.

CAPÍTULO 10. «Decisión en Reims».

El material acerca de la decisión tomada por Eisenhower proviene de *Crusade in Europe*, de Eisenhower; *Command Decisions*, preparado por el

despacho del jefe de Historia Militar, departamento del Ejército; *Great Mistakes of the War*, por Hanson W. Baldwin, y especialmente, *The Soldier and The State*, por Samuel Huntington. De gran valor ha resultado cierto número de mensajes secretos que se publican aquí por vez primera.

Otro material: entrevistas con el embajador Oshima, los generales Onodera, Busse y Thomale, el barón Freytag von Loringhoven, los coroneles Richardson y Hogan, y mister Stypulkowski. También informes de los últimos días de Danzig, por *frau* Seidler y Friedrich von Wilpert; *Invitation to Moscow*, de Zbigniew Stipulkowski; *Triumph in the West*, por Bryant, y *The Strange Alliance*, por John R. Deane.

CAPÍTULO 11. «La bolsa del Ruhr».

Entrevistas con los generales Von Zangen, Simpson y Collins, el coronel Richardson, mister Baruch y el padre Sampson. También: *Kesselring-A Soldier's Record; The Public Years*, por Baruch; *The Strange Alliance*, por Deane; el manuscrito del padre Cavanaugh; *Look Out Below!*, del padre Sampson; cierto número de informes posbélicos alemanes y norteamericanos; *Kampf und Ende der Heeresgruppe B im Ruhrkessel*, de Carl Wagener; también entrevistas con los coroneles Brown y Garton, el comandante Bellinger y el sargento Owen.

Algunos paracaidistas que debían ser lanzados sobre Berlín en la Operación Eclipse, tenían tal seguridad de que alguna conspiración de alto nivel había hecho abortar el plan, que denunciaron el asunto a más de veinte oficiales de alto rango, entre ellos los generales Simpson, Hodges y Ridgway. Otros nada recordaban de «Eclipse», e incluso los había que solo tenían idea de que se trataba de un plan para gobernar Alemania tras la ocupación. El general Ridgway escribió al respecto: «Nada recuerdo sobre la Operación Eclipse, a no ser, oscuramente, que entre los muchos planes que se elaboraron en los días finales de las hostilidades, había uno destinado a colocar tropas en Berlín. Jamás oí la menor palabra sobre una conspiración de alto nivel, en relación con el plan concerniente a Berlín».

TERCERA PARTE:
EL ESTE Y EL OESTE SE ENCUENTRAN

1. «O-5».

El material acerca de Viena proviene de entrevistas con el comandante Szokoll, el sargento Käs, el coronel A. Podhaj sky, el doctor Friedrich Katscher y señora; *mister* y *mistress* Max Slama, Otto Skorzeny; Paula Schmuck-Wachter, *Frau* Thea Jung, Otto Molden, Franz Sobek, Emil Oswald, doctor Karl Gruber y Leopold Figl. También: *Als Wien in Flammen Stand*, por West; *Skorzeny's Special Missions* y cierto número de artículos y noticias periodísticas.

Otro material: entrevistas con los generales Dietrich, Bittrich, Balck, Heinrici, Busse, coronel de las SS «Hagen», coronel Biehler y teniente Kernmayr.

2. «Esas viles mixtificaciones».

El material sobre la muerte de Roosevelt procede de *When F. D. R. Died*, de Bernard Asbell; *Off the Record with F. D. R.*, de William D. Hassett; *Year of Decision*, vol I de *Memoirs by Harry S. Truman; All in One Lifetime*, de James F. Byrnes; *This I Remember*, de Eleanor Roosevelt; *The Public Years*, de Baruch; *Russia at War*, por Werth; el Diario de Schwerin von Krosigk; *Roosevelt and Hopkins*, de Sherwood; *The Forrestal Diaries; On Active Service in Peace and War*, por Henry L. Stimson y MacGeorge Bundy; *Working with Roosevelt*, de Rosenman; *A Soldier's Story*, de Bradley; *Crusade in Europe*, por Eisenhower; *Diary of a Kriegie*, por Edward W. Beattie, jr.; *Goebbels-The Man Next to Hitler*, por Semmler, y cierto número de artículos de revistas y periódicos. También entrevistas con mister Baruch, el conde Schwerin von Krosigk y el general

Busse.

Otro material: entrevistas con el embajador Harriman, el general Simpson, el coronel Waters, el comandante Berndt, Fabian von Schlabrendorff, y los doctores Müller, Schacht y Zenkl. También correspondencia con el doctor Von Braun. Además: *Triumph in the West*, por Bryant; Manuscritos del padre Cavanaugh; *Crossbow and Overcast*, de MacGovern; relatos del comandante Berndt; una carta del primer teniente Henry R. Heyburn; seis informes posbélicos; el Diario de Gay; y *Buchenwald-Mahnung und Verpflichtung*.

Resulta curioso que no pudiese yo obtener informe alguno de fuentes japonesas, acerca del mensaje donde el almirante Suzuki mostraba sus simpatías hacia el pueblo norteamericano. Nada se mencionó en los periódicos japoneses de la época, y hasta el hijo del propio almirante no llegó a enterarse del incidente.

3. «Victoria en el Oeste».

Entrevistas con los generales Simpson, Blumentritt y Wenck; con el embajador Harriman, el coronel Reichhelm, los capitanes MacDonald y Trefousse, Gabrielle Herbner y Günther Untucht. También: correspondencia con el general Ridgway; *Year of Decision*, de Truman; *The Memoirs of Anthony Eden, The Reckoning; Kampf und Ende der Heeresgruppe B im Ruhrkessel*, por Wagener; *Company Commander*, por Charles B. MacDonald; una monografía del general Von Grolmann; nueve informes posbélicos y tres informes del Departamento de Estado.

4. «Sobre el filo de la navaja».

Entrevistas con el almirante Doenitz, los generales Steiner, Heinrici y Busse, los coroneles Rudel y Yurasov, Robert Kropp y Gerhard Cordes. Este último actuó incidentalmente como intérprete en las tres entrevistas con el general Heinrici. También: *Stuka Pilot*, de Rudel; *The Labyrinth*, de Schellenberg; *The Kersten Memoirs; En Jude Talar Med Himmler*, de Norbert Masur; *The Curtain*

Falls, del conde Bernadotte; *Goebbels-The Man Next to Hitler*, por Semmler; *Dr. Goebbels*, por Manvell y Fraenkel; *Memoirs-Ten Years and Twenty Days*, por el almirante Karl Doenitz; cuatro informes confidenciales del Comité Internacional de la Cruz Roja. La propia historia de Eichmann aparecida en *Life*, el 5 de diciembre de 1960, y correspondencia intercambiada con mister Storch y el doctor Naumann.

5. «¡El Führer ha sufrido un colapso!».

Entrevistas con el *feldmarschall* Schoerner, los generales Von Manteuffel, Wenck, Steiner, Busse y Heinrici; el capitán Koriakov, el barón Freytag von Loringhoven, la condesa Bernadotte, el embajador Brandel, el «doctor Kauffman», Josef Zychski y Robert Kropp. También: *Diary of a Kriegie*, por Beattie; *Goebbels-The Man Next to Hitler*, por Semmler; el interrogatorio hecho a Von Keitel en Nuremberg; *Generalfeldmarschall Keitel, Verbrecher oder Offizier?*, editado por Walter Goerlitz; *Dr. Goebbels*, por Manvell y Fraenkel; *The Curtain Falls*, por el conde Bernadotte; *Notes*, del coronel Hans-Oscar Wöhlerman; *Der Endkampf in Berlin*, Diario del general Helmuth Weidling; *Berlín 1945*, de Werner Haupt; *In the Shelter with Hitler*, de Gerhardt Boldt; *Der letze Monat*, por el general Karl Koller; *I'll Never Go Back*, por Koriakov; dos informes del Comité Internacional de la Cruz Roja, y un informe del doctor Naumann.

6. «Tenemos que crear un nuevo mundo, un mundo mucho mejor».

Entrevistas con los generales Hodges, Hull y Reinhardt, el capitán George Morey, el teniente Kotzebue, y PCF Belousevitch. También: *Year of Decision*, de Truman; *On Active Service in Peace and War*, por Stimson y Bundy; *The Forrestal Diaries; I Was There* por el almirante Leahy; un informe del sargento Balter, y *The Russian-American Linkup*, un extenso informe preparado por la 69.ª División, en el que se incluían entrevistas con los diversos comandantes. La conversación telefónica entre Truman y Churchill se obtuvo de la transcripción

completa que aparece en *Year of Decision*, del presidente Truman.

El relato de Salzwedel proviene de las entrevistas con mister Nowakowski y de su novela *The Camp of All Saints*, que fue traducida a varios idiomas y a la que el *New York Times* calificó como un «libro amargo y brillante».

CUARTA PARTE: VICTORIA SIN ALAS

1. «Buena caza».

Entrevistas con el almirante Doenitz, los generales Wenck y Busse, los coroneles Woehlermann, Reichhelm y Biehler, el barón Freytag von Loringhoven, los doctores Gerngross y Heuwing; Ursula Wilzopolski, Herta Wiegel y Rolf Wiegel. También: *Memoirs*, de Doenitz; el diario de Weidling, *Berlín 1945*, por Haupt; *Notes*, de Woehlerman; el interrogatorio por el ejército norteamericano de Hanna Reitsch; *In the Shelter with Hitler*, por Boldt; el Diario de Schwering von Krosigk; *Conclusive Report about the Activities of F. A. B.*, por el doctor Rupprecht Gerngross, y Otto Heinz Leiling; dos informes del Séptimo Ejército de Estados Unidos; emisiones alemanas interceptadas por los Aliados, y artículos de los periódicos alemanes.

2. «Una solución italiana».

Entrevistas con el general Wolff. También: *The Brutal Friendship*, por F. W. Deakin; *Gli Ultimi tempi di un Regime*, por el cardenal Schuster; el *Processo*, de Graziani; *Mussolini Con f essa alle Stelle*, por Ivanoe Fossani, y *Il Duce*, de Christopher Hibbert. Esta última obra me fue particularmente útil.

Para conocer las fuentes de la Operación Amanecer, ver Capítulo 13.

3. «La muerte de un dictador».

Entrevistas con el conde Bellini y Lía María. *Le ultime Ore di Mussolini*, por F. Bandini; *Il Duce*, de Hibbert, y *The Brutal Friendship*, de Deakin. Estoy en deuda con el conde Bellini y Urbano Lazzaro, por permitirme emplear buena parte del libro de ambos, *Dongo-the Last Act*, que contiene, según creo, el relato más serio y autorizado acerca de las últimas horas de Mussolini.

4. «El Jefe ha muerto».

El relato de los últimos días de Hitler se basó en entrevistas con Wolfgang Boigs, el barón Freytag von Loringhoven, el coronel Kempka y otros tres miembros del círculo íntimo de Hitler que desean permanecer en el anonimato. También: *In the Shelter with Hitler*, de Boldt; el Diario de Weidling; *Notes*, de Woehlerman; *Goebbels-The Man Nex to Hitler*, por Semmler; el interrogatorio de Hanna Reitsch, y correspondencia con el doctor Naumann.

Otro material: entrevistas con el almirante Doenitz, los generales Heinrici y Von Manteuffel, el general Burkhardt Müller-Hillebrand, y el padre Sampson. También *Generalfeldmarschall Keitel, Verbrecher oder Offizier?*, editado por Goerlitz; interrogatorio de Von Keitel; *Year of Decision*, por Truman; *Look Out Below!*, por el padre Sampson; *Wing. Leader*, por Johnson; y *Amateur Agent*, por Ewan Butler.

Al terminar la aparición de esta obra por capítulos, en la revista *Look*, recibí una carta de Texas ofreciéndome en venta el cadáver de Hitler. El comunicante manifestaba que lo había sacado de contrabando de Alemania.

5. «Y ahora nos apuñala por la espalda».

Para conocer las fuentes, ver Capítulo 13. También: un informe del general F. Schulz.

Poco después de terminar con éxito la Operación Amanecer, el papel del

comandante Waibel, que tuvo un lugar destacado, fue puesto al descubierto y cierto número de altos oficiales suizos pidieron que se le juzgase militarmente. El general Henri Guisan, anciano comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Suizas, mandó llamar a Waibel y le pidió una explicación. Waibel dio un informe detallado y luego manifestó:

—Si hubiese pedido su permiso, señor, usted no me lo habría concedido.

Guisan no hizo comentario alguno y mandó marchar a Waibel, impidiendo toda tentativa, de juicio contra él. En la actualidad, el *Oberstdivisionär* Waibel es un jefe de infantería con rango equivalente al de general de división.

Recientemente, Allen Dulles, el general Lemnitzer y Gero von Gaevernitz, se encontraron en Ascona para conmemorar el vigésimo aniversario de la rendición de los ejércitos alemanes en Italia. El alemán que tuvo parte más preponderante en esta histórica capitulación no estaba presente. El general Wolff se encontraba en una prisión de Munich, esperando el resultado de su apelación para un nuevo proceso. Anteriormente había sido juzgado por un tribunal alemán, que le condenó a quince años de trabajos forzados.

Por extraña ironía, fueron los esfuerzos que Wolff realizó en favor de la Operación Amanecer, lo que contribuyó a llevarle al juicio. El mariscal de campo Alexander, el general Lemnitzer y Allen Dulles, consideraron que si se le juzgaba en Nuremberg se tendría en cuenta lo que había conseguido en Italia. Pero como en aquella época había pocas pruebas contra Wolff, no se le llevó a juicio ante los Aliados.

El llamado *Uberleitungsvertrag* (tratado entre las potencias aliadas y el nuevo Gobierno alemán) establecía que los criminales de guerra que habían sido juzgados y sentenciados por las cortes aliadas, no podían ser juzgados posteriormente por tribunales alemanes. Esta especificación fue incluida originalmente en el tratado, porque los Aliados temían que los tribunales alemanes pudiesen reanudar los juicios y reducir las sentencias. Pero ocurrió de muy distinta manera. Una vez la soberanía alemana quedó restaurada, los Aliados concedieron el perdón a todos los criminales de guerra, menos a tres (Hess, Schirach y Speer). En la actualidad, los demás están libres y no pueden ser juzgados por ningún tribunal alemán.

Durante el juicio de Wolff, el doctor Von Gaevernitz testificó en su favor tratando durante dos horas de impresionar a los jueces con lo que Wolff había realizado. Gaevernitz escribió posteriormente que «todo el ambiente era hostil a Wolff». Este fenómeno puede explicarse porque Wolff es el único de los jerarcas

nazis que aún está vivo. Es el único pez gordo que queda, y contra el que la ira de ciertos sectores de población puede descargar.

«También daba la impresión de que era el juicio de una generación alemana joven contra otra de más edad. El fiscal, que es un individuo competente, simpático e inteligente, tiene unos cuarenta años más o menos, y como mucha gente de su edad (o más jóvenes), nunca ha experimentado el terror nazi o de los Estados policíacos totalitarios. Como es lógico, la generación más joven no se siente responsable por los crímenes del Nacional Socialismo, y siente un rencor justificado contra la generación anterior. Esto se debe a que los jóvenes están sufriendo —y probablemente continuarán padeciendo durante muchos años, en el futuro— de las sombras que se han abatido sobre todo lo que es alemán, debido a las faltas y delitos cometidos por sus padres.

»El fiscal, como muchas otras personas, está juzgando los sucesos del reinado nazi desde el punto de vista del ambiente estable y legalmente sano que prevalece en la actualidad en Alemania. No llegan a comprender que en aquellos días una persona difícilmente podía actuar como deseaba sino que se veía forzada a hacerlo del modo que le ordenaban. Era imposible actuar en abierta oposición. Incluso era extremadamente difícil renunciar a cualquier puesto importante para el que le designasen.

»No estoy tratando de disculpar a Wolff. Como uno de los personajes más importantes de la jerarquía nazi, detenta una responsabilidad histórica por los delitos cometidos por el régimen. Pero nunca creó sistemas policíacos, como algunos pretenden. Puede decirse que fue un servidor obediente, que creyó durante largo tiempo en la voz de su amo.

»Wolff comenzó a comprender la verdad en 1943 y no trató de liberarse a sí mismo de la trágica situación, sino que procuró salvar a su país.

»A fines de 1943, Wolff recibió un alto cargo en Italia. Por vez primera se hallaba en condiciones de actuar por su propia cuenta. ¿Qué hizo entonces? Perdonó a los judíos, hizo lo propio con los partisanos, y por fin, sin el conocimiento de Hitler ni de Himmler, estableció contacto con los Aliados en Italia, con tremendo riesgo personal, a fin de poner término a la guerra. El resto ya lo conocemos. Una vez más, quiero decir que si hubiese tenido interés en salvarse a sí mismo, habría encontrado una forma mucho más fácil de hacerlo».

6. «El telón de acero se aproxima cada vez más».

Entrevistas con el almirante Doenitz, el teniente general Miles Dempsey, el general Blumentritt y el general Wenck; el conde Schwerin von Krosigk, los coroneles Von Dufving, Degrelle, Kempka Kempin y Woehlerman; *Frau* Deutschmann y otros allegados a Hitler que no desean ser mencionados. También: Diario de Weidling; *Berlín 1945*, por Haupt; el informe de Woehlerman; *Memoirs*, de Doenitz; el Diario de Schwerin von Krosigk; el interrogatorio de Hanna Reitsch; *La Campagne de Russie*, por Degrelle; *Goebbels-The Man Next to Hitler*, por Semmler; y *Dr. Goebbels*, por Manvell y Fraenkel. También correspondencia intercambiada con el doctor Naumann.

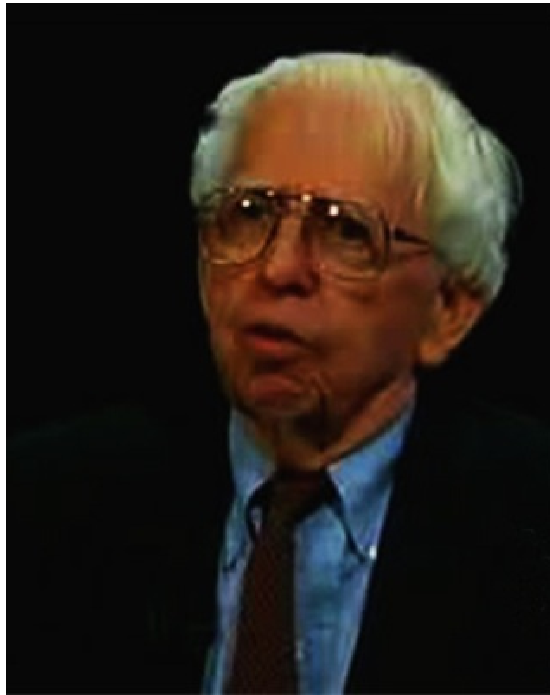
7. «Comienza una larga capitulación».

Los informes relacionados con Checoslovaquia, en este capítulo y los siguientes, se basan en entrevistas sostenidas con el general Arthur Schmidt, el doctor Petr Zenkl, Frank Meloun, doctor Otokar Machotka, Eugene Fodor y Emil Horyna. También: *The Communist Subversion of Czechoslovaquia*, por Josef Korbel; *Whos's Next?*, de John Brown; *Anatomy of a Satellite*, por Dana Adams Schmidt; *Czechoslovakia in European History*, por. Harrison Thomson; *On My Country*, por Josef Josten; *Czechoslovakia Enslaved*, por Robert Ripka, y un artículo de Joseph Wechsberg aparecido en la revista *Collier's*, el 11 de agosto de 1945. Lo concerniente a la actuación de Vlasov, en este y los capítulos subsiguientes, procede de entrevistas con el coronel Konstantin Kromiadi; Misbach Miftachoglu, Eugen Kuzminsky, Valentin Pischvanoff, Constantine A. Krylov, Yury Hakusha, doctor Heinrich Schultz, Gregory Tapeshko, doctor Muzychenko-Pismenny, teniente coronel Vyacheslav P. Artemiev, doctor George Kohlik y Peter Kruzhin. También: correspondencia con Nikolai Gallay; *Soviet Opposition to Stalin*, de George Fischer; *German Rule in Russia*, de Alexander Dallin; un interrogatorio hecho al memoria de los rusos que lucharon por la libertad y que perecieron en campaña contra la tiranía de Stalin.

Otro material: entrevistas con el almirante Doenitz, los coroneles Yurasov y Pash, el comandante Hamlin, el padre Sampson y John Groth. También: correspondencia con el teniente Knowlton, el doctor Von Braun y el doctor L. de Jong, director del Rijksintituut voor Oorlogsdocumentatie, de Amsterdam; *Memoirs*, de Doenitz; *The Memoir of Field-Marshall Montgomery; The Kremlin and World Politics*, de Moseley; *Three Years with Eisenhower*, por Butcher; *Crusade in Europe*, por Eisenhower; *Eisenhower's Six Great Decisions*, por Smith; *Eisenhower Was My Boss*, de Kay Summersby; *Crossbow and Overcast*, de Mac-Govern; *Miracle Before Berlin*, de MacMillan; *The Strange Alliance*, de Deane; *Report of the American Commission for the Protection and Salvage of Artistic and Historic Monuments in War Areas; Survival, de James J. Rorimer; Studio in Europe*, de John Groth; un artículo de William A. Knowlton aparecido en el número de agosto de 1945 del *Reader's Digest*; un artículo de Ernst von Jungenfeld en el número de septiembre de 1961 de *Der Deutsche Soldat*, y un relato de Seymour Freidin, que apareció el 8 de mayo de 1945 en el *Herald Tribune*, de Nueva York.

8. «Las banderas de la libertad ondean sobre toda Europa».

Entrevistas con el almirante Doenitz, el conde Schwerin von Krosigk, el *feldmarschall* Schoerner, los generales Devers, Morgan y Strong; los coroneles Degrelle, Yurasov y Rudel. También; *Memoirs*, de Doenitz; *Himmler*, de Frischaner; *Himmler*, de Manvell y Fraenkel; diario de Schwerin von Krosigk; *Eisenhower Was My Boss*, de Kay Summerby; *Crusade in Europe*, de Eisenhower; *My There Years with Eisenhower*, por Butcher; *A Soldier's Story*, de Bradley; *The Strange Alliance*, de Deane; *Diplomat Among Warriors*, de Robert Murphy; *I Was There*, por Leahy; *La Campagne de Russie*, por Degrelle; *Stuka Pilot*, por Rudel; *Russia At War*, por Werth; *The History of the French First Army*, por el mariscal de Lattre de Tassigny; la autobiografía de Eichmann aparecida el 5 de diciembre de 1960 en la revista *Life*, y un artículo de Edward Kennedy publicado en el número de agosto de 1948, en la revista *The Atlantic Monthly*.



JOHN WILLARD TOLAND (La Crosse, Wisconsin, Estados Unidos, 29 de junio de 1912 - Danbury, Connecticut, Estados Unidos, 4 de Enero de 2004). Es un historiador que se abrió camino a través de Phillips Exeter Academy y Williams College, donde se graduó Phi Beta Kappa en 1936.

Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en la División de Servicios Especiales del Ejército de los Estados Unidos. Después de la guerra llegó a Nueva York y comenzó una exitosa carrera como escritor freelance, contribuyendo a varias revistas nacionales, incluyendo *Look*, *Life*, *Reader's Digest*, y el *Saturday Evening Pos*t. Fue ganador del premio Pulitzer en 1971, por su libro de *The Rising Sun: The Decline and Fall of the Japanese Empire, 1936-1945*.

Está considerado como uno de los mayores expertos en la Segunda Guerra Mundial, escribiendo más de una decena de libros sobre el tema, entre los que destacan *Battle: The Story of the Bulge; Adolf Hitler; No Man's Land: 1918, the Last Year of the Great War*, and the novel *Gods of War*. Aunque predominantemente fue un autor de no ficción, Toland también escribió dos novelas históricas, *Gods of War* y *Occupation*.

Otros premios obtenidos por Toland incluyen el premio *Van Wyck Brooks* de no

ficción y la medalla de oro de la *Sociedad Nacional de Artes y Letras*.

Notas

[1] El papel principal de Himmler fue el de *Reichsführer* de las SS (jefe nacional de los Camisas Negras). Las SS (Schutzstaffel) fueron organizadas inicialmente por Hitler como un cuerpo selecto de guardia personal de unos doscientos ochenta hombres, que juraban absoluta obediencia al Führer. Utilizando ese pequeño grupo como núcleo inicial, Himmler convirtió a los Camisas Negras en una organización amplia y eficiente, dedicada por completo al cuidado del Führer. Sus miembros se elegían escrupulosamente de acuerdo con la eugenesia nacional-socialista, pero los miembros podían ser, además de alemanes, arios de otros países. Las SS comprendían cierto número de secciones, cada una de ellas con una función específica y distinta: lª Allgemeine SS. Estrictamente civil. La mayor parte de los diplomáticos, altos funcionarios del Estado, industriales, abogados, médicos, etc., tenían cargos importantes en el Allgemeine SS. 2.ª RSHA (Reichssicherheitshauptamt, Oficina Nacional Central de Seguridad). Civil y paramilitar. De sus siete departamentos, los más importantes eran: La Sección III, el SD (Sicherheitsdienst, Servicio de Seguridad para el interior de Alemania); la Sección IV, la Gestapo (Policía de Seguridad del Estado); la Sección V (Policía Criminal); y la Sección VI (Servicio de Inteligencia Extranjera). Reinhard Heydrich, que fue jefe del RSHA hasta su asesinato, ocurrido en Checoslovaquia en 1941, fue sustituido por el doctor Ernst Kaltenbrunner, después de permanecer vacante el puesto durante un año. 3.ª Waffen SS. Estrictamente militar. Algunas de las divisiones selectas de este cuerpo estaban integradas por voluntarios de Bélgica, Francia, Holanda, Noruega, Lituania, Dinamarca, Suecia, Hungría, Rumania, los cuales se habían reunido anteriormente para luchar contra el comunismo. 4.ª Totenkopfverbände. Paramilitar. Guardias de campos de concentración. En el momento al que se alude, la mayoría de sus componentes eran soldados de edad o heridos, que no podían luchar en el frente. En 1940, los más jóvenes y sanos integraron una unidad selecta para luchar en primera línea, la Totenkopf División, que pasó de este modo a formar parte de la Waffen SS. <<

[2] Se calcula que unos cinco millones de alemanes abandonaron sus hogares y fueron empujados hacia el Oeste por la gigantesca ofensiva soviética. Los detalles sobre lo expuesto arriba, así como en relación con el tratamiento que el Ejército Rojo dio a los civiles alemanes, provienen sobre todo del Bundesarchiv de Coblenza. De todos modos no se dieron cifras definitivas, ya que el Statistisches Bundesamt, de Wiesbaden (oficina oficial de estadísticas), no pudo determinar la suerte corrida por 1 390 000 refugiados. Hasta que pueda resolverse la incógnita debe considerarse a los desaparecidos como muertos. <<

[3] El Gobierno soviético da una cifra de cuatro millones, pero Gerald Reitlinger, en su estudio *The Final Solution*, estima que unos seiscientos mil desaparecieron en los hornos de cremación de Auschwitz, y otros trescientos mil perecieron de hambre, por enfermedad o fueron fusilados. En una declaración escrita, Rudolf Hess manifestó que dos millones y medio de prisioneros fueron asesinados, y otro medio millón murió de hambre y por enfermedades. Pero más tarde, cuando se le juzgaba en Varsovia, rectificó la cifra total y afirmó que eran 1 135 000 las víctimas. <<

[4] Varios meses después del atentado, el doctor Erwin Giesing, otorrinolaringólogo que había sido llamado para que examinase a Hitler, descubrió que Morell había estado aliviando los dolores crónicos que padeció el Führer en los dos últimos años, con las «píldoras antigás del doctor Koester», que contenían estricnina y belladona. Las píldoras se suministraban al Führer cuando este las pedía a su criado, Heinz Linge, el cual las recibía en grandes cantidades. Giesing informó de esto al doctor Karl Brandt, cirujano principal de Hitler, quien informó al Führer que estaba intoxicándose poco a poco. El pago que recibió Brandt fue su destitución inmediata. No hay duda de que el consumo masivo de estas píldoras contribuyó en gran parte a empeorar el estado de salud de Hitler en 1945. <<

[5] Una carta similar fue escrita en 1939, para ser entregada por un mensajero especial en caso de que ocurriese su muerte:

Mi reichsführer:

Puesto que no sé si podré hablar con usted antes de que ocurra mi muerte, voy a hacerlo de esta manera.

Aprovecho la ocasión para agradecerle por última vez toda la amistad y el aliento que siempre me ha proporcionado. Usted personifica —no solo para mí, sino para todo el Schutztaffel— cuanto hay de bueno, hermoso y varonil, y por lo que vale la pena luchar. Todo lo que hoy somos se lo debemos a usted y al Führer.

De poder formular mi último deseo, este sería que en mi próxima estancia en la Tierra me fuese permitido comenzar de nuevo a su lado, para luchar por nuestra Alemania.

Expreso mis mejores deseos para usted y el Schutzstaffel, y ojalá que podamos llegar a alcanzar nuestros ideales. En compañía de los buenos espíritus estaré cuidando de usted desde las alturas del Valhalla.

¡Heil Hitler!

Su fiel y devoto,

«Wolffchen». <<

[6] Que fue apodado posteriormente «La vaca sagrada», por Bernard Baruch. <<

[7] Más tarde se creyó que Hiss, como espía soviético, había persuadido a Roosevelt para que hiciese concesiones a Stalin en Yalta. Pero no hay evidencia alguna de que diese tales consejos al Presidente o a sus ayudantes. <<

[8] Las conversaciones privadas de Hitler desde febrero de 1945 hasta abril del mismo año, fueron transcritas fielmente por Bormann a petición del propio Führer, con el fin de que pudiesen conservarse para la posteridad. El 17 de abril de 1945, Hitler confió los documentos titulados Bormann-Vermerke (las notas de Bormann) a un funcionario del partido, que recibió la orden de esconderlas en sitio seguro. Estos notables escritos, cada uno de los cuales está refrendado con la firma de Bormann, no fueron publicados hasta 1959, en que aparecieron bajo el título *de El testamento político de Adolf Hitler; los documentos de Hitler-Bormann*. <<

[9] Según Robert Kropp, mayordomo de Goering desde 1933, la mayor extravagancia y dispendio en materia de vestir, de que hacía gala el *reichsmarschall*, residía sobre todo en su gran surtido de batas de noche, que coleccionaba como algunas personas coleccionan sellos de correo. Eran prendas voluminosas, diseñadas por él mismo, bien de terciopelo o de brocado azul, verde o rojo. Una de ellas aparecía cubierta de jeroglíficos egipcios. Para cada bata tenía unas zapatillas de cuero haciendo juego y también usaba un cinturón del que pendía una antigua daga germánica.

Para Kropp, Goering era un buen padre de familia, que pasaba mucho tiempo jugando con sus sobrinos, casi siempre con el gran tren eléctrico en miniatura que había en el *bunker* de Karinhall. Kropp aún se lamenta de las fantásticas historias que se contaban acerca de su amo, acusándole de ser adicto a las drogas y de dar grandes bacanales. Cierto es que después de la Primera Guerra Mundial Goering fue morfinómano durante un tiempo, pero recibió asistencia médica en Suecia y se curó. Por otra parte, bebía muy poco, y su mayor vicio eran las golosinas. Goering no se maquillaba, ni se hacía rizar el pelo, como decían algunas personas; tenía la tez sonrosada y el pelo ondulado naturalmente. Y de haber habido alguna de las orgías de que se rumoreaba, manifestó Kropp, él no hubiera dejado de enterarse.

Kropp no es el único que afirma estos hechos. Muchos de los que estuvieron en Berchtesgaden, aún recuerdan a Goering como un personaje jovial. Por el contrario, casi todos detestaban a Bormann. Para ellos, el *reichsmarschall* era un hombre afectuoso, y los que trabajaban con él solían llamarle *Vati* («papi»). <<

[10] En 1938 Goebbels se habría divorciado de su esposa para casarse con la actriz checa Lida Baarova, si Hitler no se hubiese mostrado opuesto a la boda. <<

[11] En octubre de 1943, los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Inglaterra y Rusia se reunieron en Moscú, y una de las decisiones que tomaron fue la de establecer una comisión fija de peritos diplomáticos, con sede en Londres, a fin de que estudiasen los problemas que pudieran surgir después de la derrota de Alemania. <<

[12] Todas las notas, cartas y mensajes, se reproducen exactamente como fueron escritos. <<

[13] Mikhailovich siguió luchando contra Tito hasta el fin. Por último fue capturado por los partisanos, y tras de juzgarle le ejecutaron. <<

[14] MacLean obtuvo estos informes de fuentes yugoslavas, y cree que los rusos solo pidieron que se mantuviese el secreto, a fin de acabar con las buenas relaciones existentes entre Tito y Churchill. Si esto era lo que se proponían, consiguieron su objeto plenamente. Churchill se mostró sumamente afectado por la marcha secreta de Tito, y en un indignado mensaje por radio a Hopkins, calificó el proceder de Tito de «comportamiento desafortunado». <<

[15] Recientemente Harris comentó: «En un principio, "Trueno" fue proyectada para ser llevada a cabo de día, sobre Berlín, por los bombarderos británicos y americanos, al mismo tiempo. Pero en el último momento Doolittle dijo que Estados Unidos no podrían proporcionarnos los necesarios cazas de gran radio de acción, y yo me negué a actuar sobre Berlín, a la luz del día, sin ellos». <<

[16] Fue una fiesta de Cuaresma improvisada, pues no se celebraba oficialmente el Fasching desde 1939. <<

[17] La Fuerza Aérea de Estados Unidos calcula el número de muertos en veinticinco o treinta mil. En *The Destruction of Dresden*, David Irving hace ascender las víctimas a ciento treinta y cinco mil. Parece que las cifras de Irving se ajustan más a la realidad. <<

[18] El bombardeo de Dresde no solo fue criticado por los alemanes y los neutrales, sino también por los mismos Aliados. Tres días después de las incursiones, C. M. Grierson, comodoro de la R.A.F., declaró a los periodistas en una conferencia del Alto Mando Aliado en París, que la Aviación proyectaba bombardear grandes centros de población en una tentativa de destruir la economía alemana. Grierson se refirió a las acusaciones alemanas de «bombardeos terroristas», y en la mañana siguiente, el despacho de la Associated Press que reseñaba esta frase, fue divulgado ampliamente por Estados Unidos:

«Los jefes aliados de la Aviación han tomado la decisión largamente esperada de adoptar los bombardeos terroristas de los grandes centros alemanes de población, como implacable expediente para acelerar la caída de Hitler…».

Esta noticia provocó en Gran Bretaña una controversia que alcanzó su punto culminante dos semanas después, cuando en la Cámara de los Comunes, Richard Stokes denunció el bombardeo planificado de las grandes ciudades. Citó entonces una reciente noticia del Manchester Guardian:

> *«¿Qué ocurrió en la noche del 13 de febrero? Había un millón de personas en Dresde, incluidos los seiscientos mil evacuados del Este. El violento fuego que se extendió irresistiblemente por las estrechas calles provocó la muerte de gran número de personas por falta de oxígeno».*

Stokes hizo notar sarcásticamente a continuación: «Cuando oigo hablar al ministro [el secretario de Estado para la Aviación, *sir* Archibald Sinclair] del “incremento de la destrucción”, no puedo menos que pensar: ¡Qué magnífica expresión para un ministro del Gobierno, en esta etapa de la guerra!». Stokes se refería a continuación al Informe de la A. P. basado en la conferencia de Prensa de Grierson, y se preguntaba si los «bombardeos terroristas» serían desde ese momento la política habitual del Gobierno.

Estas frases provocaron gran impresión en la conciencia de los occidentales, al punto que Churchill se sintió impulsado a escribir una nota al general Hastings Ismay y al jefe del Estado Mayor del Aire, *sir* Charles Portal:

> *«Creo que ha llegado el momento en que debe revisarse el asunto de bombardear las ciudades alemanas solo con el fin de provocar el terror, aunque se esgriman otros pretextos. De lo contrario,*

entraremos en posesión de un país totalmente arruinado. La destrucción de Dresde constituye un serio interrogante en cuanto a la conducta de los Aliados, en su operaciones de bombardeo. Opino que los objetivos militares deben ser estudiados con mayor atención, en nuestro propio interés, más que en interés del enemigo. El secretario de Asuntos Exteriores me ha hablado de este tema, y considero que es necesario actuar más sobre los objetivos militares, tales como los depósitos de combustible y los medios de comunicación en la retaguardia, en lugar de realizar simples actos de terrorismo y de destrucción desenfrenada, por muy impresionantes que resulten».

Según parece, Churchill olvidaba que había sido él quien motivó la incursión contra Dresde, con su irónica y violenta nota a Sinclair. Una vez que Portal hubo leído la anterior nota del Primer Ministro, le recordó que no podía culparse al Comando de Bombardeo por ejecutar con fidelidad las consignas del Gobierno. Churchill retiró el comunicado y redactó otro, cambiando el término «bombardeo terrorista» por «zona de bombardeo», y sin hacer alusión a Dresde, hizo notar con muy buen criterio: «Debemos procurar que los ataques no nos perjudiquen más a nosotros, a la larga, que al esfuerzo bélico actual del enemigo». <<

[19] No era su verdadero nombre… <<

[20] Las opiniones varían considerablemente en cuanto al número de víctimas. Algunos alemanes consideran que la cifra obtenida en el juicio de Nuremberg, 5 700 000, resulta totalmente exagerada. Gerald Reitliger afirma que el número pudo oscilar entre 4 194 200 y 4 581 200 víctimas. <<

[21] Según el doctor Kleist, Kaltenbrunner ya trataba de negociar la paz en 1943, «cuando resultaba muy peligroso considerar tales ideas. Kaltenbrunner hizo todo lo que pudo por ayudarme en las negociaciones con Gilel Storch, y lo que retrasó el asunto varios meses fue la intervención de Schellenberg».

El doctor Kleist considera que Schellenberg quería impedir que negociasen Ribbentropp y Kaltenbrunner, para su beneficio personal, «Era sencillamente lo que llamamos un *characterschwein*». Storch recientemente escribió: «En relación con el papel de Schellenberg… el conde Bernadotte y yo le prometimos que podría refugiarse en Suecia…». <<

[22] Mucho después Kruschev dijo a Harriman: «Sé que usted conoció bien a Stalin y que le tenía cierta consideración. Por consiguiente, debe saber que en los últimos años se fue haciendo cada vez más receloso. Cuando entrábamos en su despacho, no sabíamos si saldríamos vivos o si devolverían nuestros restos a la familia. Los hombres no pueden vivir de esa forma». <<

[23] Philip Moseley, representante de Estados Unidos en la E.A.C. y uno de los observadores más autorizados del panorama soviético, considera además que «la actuación dominante en la política soviética bien pudo haber pasado del Ministerio de Asuntos Exteriores… a las manos de los poderosos ministerios económicos —propensos a impedir cualquier ventaja económica para Alemania— y también a las de la policía secreta, responsable directa ante el Politburó del control soviético en las zonas ocupadas». <<

[24] Se hizo trabajar como falsificadores a 160 internados del campo de concentración de Schsenhausen. El fin de la Operación Bernhard era doble: perjudicar la economía británica, y proveer nuevos fondos para las operaciones de las SS. Probablemente se hayan producido unos ciento cincuenta millones de libras esterlinas en billetes de cinco, diez y veinte libras. <<

[25] A principios de mayo de 1945, se cargaron en dos camiones numerosos sacos de billetes falsos, con el fin de trasladarlos fuera de Redl-Zipf. Pero ambos vehículos se descompusieron casi al mismo tiempo. Uno fue devuelto intacto a la Wehrmacht, y el contenido del otro fue lanzado al río Traun. Diez días más tarde, sin embargo, los sacos se abrieron, y centenares de miles de billetes de Banco aparecieron flotando en el río Traunsee, de donde los sacaron los naturales de la región y los soldados americanos. Este descubrimiento sensacional llevó a los investigadores norteamericanos hasta el segundo camión, y a unos veintiún millones de libras esterlinas en billetes. <<

[26] El general del Ejército Rojo Andrei Andreevich Vlasov acusó a Stalin tres semanas después de su captura, ocurrida en 1942, y ayudó a los alemanes a movilizar un millón de prisioneros rusos, que pasaron al servicio de Hitler. Sin embargo, su principal interés consistía en abolir el comunismo, y no en apoyar el nacional-socialismo, por lo cual el Führer no dejaba de tenerle recelo. <<

[27] El día D tomaron tierra en Normandía 17 255 soldados aerotransportados, entre británicos y americanos. <<

[28] Campamento de prisioneros de las Filipinas, liberado poco antes por MacArthur. <<

[29] Casi un mes antes, tres oficiales americanos que se habían escapado atravesando Polonia y Rusia Occidental, dijeron al general de división John Deane, jefe de la misión militar de Moscú, que Waters y otros americanos eran conducidos hacia el Oeste por los alemanes. Deane telegrafió el dato a Eisenhower, el cual lo hizo saber a Patton. <<

[30] Poco tiempo después de haber abandonado Baum la localidad de Gemünden, llegó un grupo encabezado por Ernest Lagendorf, a quien le dijeron que ayudase a Baum en la ciudad. Lagendorf no tenía idea de que se encontraba cincuenta y seis kilómetros detrás de las líneas enemigas. El grupo, de tres hombres y una emisora, lanzó llamadas en alemán, y no tardaron en rendirse trescientos soldados germanas. Lagendorf les dijo que esperasen a la próxima unidad americana, y regresó a su unidad sin haber disparado un solo tiro… y sin saber que había estado varias horas en territorio enemigo. <<

[31] Aunque Oshima informó a su país de estos tanteos de paz, su mensaje no fue registrado, y el informe que dio se revela ahora por vez primera. Fue confirmado por el general Onodera. <<

[32] Unas horas antes, otros tres jefes del movimiento clandestino polaco hablan sido secuestrados por los soviéticos y conducidos en avión a Moscú. <<

[33] En marzo de 1944, sin embargo, Marshall y los demás jefes de Estados Unidos habían procurado sin éxito que Roosevelt restableciese los términos de rendición incondicional. <<

[34] Resulta curioso que en la noche del 29 de marzo el general Von Zangen, del 15.ª Ejército, y su Estado Mayor, quedaran aislados del grueso de sus tropas, que formaban parte del grupo de ejército de Model. Entre Von Zangen y sus efectivos se hallaba la mayor parte de la 3.ª División Acorazada del general Rose, que seguía a Richardson, Hogan y Welborn. Zangen se ocultó en los bosques con unos doscientos vehículos, hasta que la última columna de Rose hubo pasado. Esperó un poco, y luego se unió a la misma columna americana, empleando las luces de oscurecimiento. Rodeado de efectivos americanos, Von Zangen permaneció en la columna durante varias horas angustiosas. Por fin, cerca de Brilon, abandonó a los americanos y se internó por un camino comarcal. Pronto se encontró ante Model, que, incrédulo, exclamó: «¿Cómo, está usted aquí?». <<

[35] En algunos periódicos aliados se dio la noticia de que Rose había sido «asesinado» por los nazis porque era judío. Nada hace presumir que esto fuera verdad. <<

[36] La reacción británica ante la decisión de Eisenhower indica que resultaba un gran cambio, al menos para ellos. También sería una noticia sorprendente para cierto número de comandantes de campo americanos. <<

[37] Este párrafo ha sido extraído en su totalidad de la obra de Churchill Triumph and Tragedy, y no aparece en la de Eisenhower Crusade in Europe. <<

[38] La Operación Eclipse fue fundamentalmente un plan general para sostener la administración de Alemania tras el brusco colapso de la capitulación. Iniciada antes del desembarco en Normandía, con el nombre de Operación Talismán, se encargó al Primer Ejército Aerotransportado aliado de preparar los planes para operar contra Berlín o Kiel. El proyecto pretendía apoderarse de los aeropuertos cercanos a Berlín y Kiel, por medio de unidades de paracaidistas. Si bien hasta el fin de la guerra hubo la posibilidad de que el XVIII Cuerpo Aerotransportado de Ridgway efectuase un lanzamiento sobre Berlín, la Operación Eclipse se refería más bien a otros asuntos menos militares, como los términos del armisticio, el desarme, el desplazamiento de habitantes, los prisioneros de guerra y los tribunales germanas. En abril de 1945 no parecía probable que Alemania se rindiese antes de estar totalmente ocupada, y el Alto Mando aliado dijo que no habría cambios en los planes de la Operación Eclipse. Pocos días antes de esta decisión, los ejemplares británicos del texto de «Eclipse» llegaron sin saberse cómo al cuartel general de Kesselring, quien los hizo traducir y enviar a Hitler, junto con un mapa en que Alemania aparecía dividida en zonas de ocupación, y otro indicando a Berlín como un enclave dentro de la zona rusa, pero con división en sectores de Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia. <<

[39] La Bolsa del Ruhr recibió posteriormente el nombre del general Rose, en honor del militar americano caído en combate. <<

[40] Esta fue la última de las «conversaciones privadas» de Hitler. Quince días después, el 17 de abril, los documentos fueron llevados fuera de Berlín, para ponerlos a salvo. <<

[41] Goetz von Berlichingen era el rudo caballero de la obra de Goethe que ordenó al obispo de Bamberg: «¡Besa mi asno!». <<

[42] Oficial de las guerras napoleónicas que defendió una fortaleza con tal resolución que su nombre se convirtió en el símbolo de la resistencia más tenaz. <<

[43] Varias semanas después Szokoll fue enviado a un campamento de prisioneros de guerra. Consiguió escaparse, pero fue detenido nuevamente, aunque después de tres meses lo soltaron definitivamente. Hoy es productor de cine y su figura sigue suscitando controversias en Viena. Para unos es un héroe y para otros un traidor que vendió la ciudad a los comunistas. <<

[44] Solo una división fue retirada de Italia y transferida al frente occidental, pero este hecho nada tuvo que ver con las conversaciones. <<

[45] En todos los mensajes se daba a Berna como sede de la histórica entrevista, en lugar de Ascona. Tal vez se hizo esto para engañar a los rusos. El caso es que también se han confundido muchos historiadores. <<

[46] Después de destituir al comandante Berndt por «insubordinación», el coronel Goode le restituyó a su puesto pocos minutos más tarde, y le ordenó que permaneciese en el campamento con los otros dos médicos, a fin de que atendiese a los heridos. <<

[47] Hasta el momento no se ha podido demostrar que estas negociaciones hubieran tenido lugar realmente. <<

[48] La conversación no llegó a concertarse. Schwerin von Krosigh escribió recientemente: «No sé si ello se debió a Goebbels, que no se atrevía a ver a Hitler, o a que este se negó a hablar conmigo». <<

[49] Más tarde, en el puesto de mando del Tercer Ejército, Patton, en presencia del general Clay, volvió a pedir a Eisenhower que tomase Berlín. Afirmó que podía hacerse en cuarenta y ocho horas. «¿Y a quién le interesa eso?», inquirió Eisenhower. Patton hizo una pausa, colocó ambas manos en los hombros de Eisenhower y dijo: «Creo que la Historia contestará esa pregunta por usted». <<

[50] Alude a la frase de Goethe «*Was du ererbt von deinen Vätern hast, erwirb es um es zu besitzen*». (Antes de poseer lo que has heredado de tus antepasados, debes saber ganarlo). <<

[51] Seis días después, Bedell Smith manifestó en una conferencia de Prensa celebrada en el «Hotel Scribe», de París, que Berlín «ya no es importante». Un periodista preguntó si Eisenhower se había detenido en el Elba debido a algún acuerdo con los rusos. «No —contestó Smith—, nuestro único acuerdo con los rusos ha consistido en elegir la zona en que esperamos reunirnos con ellos. En nuestra correspondencia de hace un tiempo —de hace unas siete u ocho semanas, para precisar— convinimos con los rusos que nos encontraríamos en la zona de Leipzig-Dresde».

Al día siguiente, Drew Pearson escribió en el *Washington Post*:

«Aunque haya negativa oficial, lo cierto es que las patrullas americanas llegaron el trece de abril, un día después de la muerte de Roosevelt, hasta Potsdam, que es a Berlín lo que el Bronx a Nueva York… [pero] al día siguiente se retiraron de los suburbios de Berlín hasta el río Elba, unos ochenta kilómetros al Sur. Esta retirada se ordenó principalmente debido a un acuerdo previo con los rusos por el que estos ocuparían Berlín».

Harry Hopkins escribió una indignada réplica:

«Este relato de Drew Pearson es totalmente falso. En Yalta no se estipuló si los rusos deberían entrar primero en Berlín, y jamás se trató de ese asunto. Los jefes de Estado Mayor aliados convinieron con los soviéticos y con Stalin en la estrategia general, que era la de que cada uno avanzase tanto como pudiera».

Esto era cierto, pero las siguientes frases de Hopkins revelan una indudable ignorancia acerca de la verdadera situación que reinaba a orillas del Elba.

> *«También es falso que el general Bradley se haya detenido en el Elba, a petición de los rusos, con el fin de que estos puedan entrar los primeros en Berlín. Bradley tuvo una división en disposición de llegar a Potsdam, pero no lo consiguió pues los suministros eran totalmente inadecuados. Todo aquel que está al corriente del asunto sabe que habríamos tomado Berlín de haber podido hacerlo. Ello hubiera sido una gran satisfacción para nosotros, y el que Drew Pearson manifieste ahora que el Presidente estaba de acuerdo en que los rusos tomasen antes Berlín, es un completo absurdo».* <<

[52] Churchill también hizo una última petición para que se tomase Berlín, pero Truman reaccionó como antes lo había hecho Roosevelt, es decir, apoyando a Eisenhower. <<

[53] «No abandoné Suecia por varias razones —escribió Storch recientemente—. En primer lugar, no recibí el pasaporte sueco en el momento de marcharme, si bien este no fue el motivo principal. En segundo lugar, Kleist se enteró de que me marchaba, y por ello no quise abandonar Estocolmo. Tercero, habíamos conseguido, en efecto, nuestro propósito de trasladar diez mil judíos a Suecia. El único motivo fue evitar que Kaltenbrunner lo impidiese, como había hecho en Buchenwald… Como yo no podía marcharme, elegí a Masur en el último momento. Le preferí a él porque tenía bigote y parecía mayor que los demás. Por desgracia, Masur no estaba al corriente de nuestras negociaciones, y en vista del poco tiempo que teníamos (dos horas), no pude explicárselo con detalle». <<

[54] Krebs llamó por teléfono a Von Keitel desde el *bunker* y le contó detalladamente lo relativo a la destitución de Goering. Keitel se mostró «horrorizado», y manifestó que allí debía haber alguna interpretación errónea. De pronto Bormann intervino en la conversación y dijo que Goering había sido destituido «hasta de su cargo de Cazador Mayor del Reich». Von Keitel no se dignó contestarle. A su entender, la situación era «demasiado seria para hacer manifestaciones tan sarcásticas». El *feldmarschall* no pudo dormir, después de oír novedades tan desalentadoras. De pronto se dio plena cuenta «del ambiente de desesperación que reinaba en la Cancillería del Reich, y de la creciente influencia de Bormann». Solo él pudo llevar al Führer a la situación temeraria en que se hallaba, pensó Von Keitel. Luego se preguntó qué ocurriría a continuación. ¿Acaso Hitler había decidido dar muerte a Goering y suicidarse después en el último momento? <<

[55] No es su nombre verdadero. Esta persona aún teme las represalias de algunos de sus compatriotas, por intentar negociar independientemente con los Aliados. <<

[56] Varias semanas antes, en una de sus «conversaciones privadas», Hitler había admitido ante sus íntimos que su «inquebrantable amistad» con Mussolini era seguramente un error. «En realidad es evidente que nuestra alianza ha sido más beneficiosa para nuestros aliados que para nosotros… Si a pesar de los esfuerzos que realizamos, no conseguimos ganar la guerra, la alianza italiana habrá contribuido a nuestra derrota. El mayor servicio que Italia podía habernos prestado era mantenerse al margen del conflicto». Hitler aseguró que aún mantenía su «sentimiento instintivo de amistad» hacia los italianos. «Pero debo culparme por no haber escuchado la voz de la cordura que me exhortaba a mostrarme implacable, en mis relaciones con Italia». <<

[57] Tal vez Hitler estaba procurando desorientar a Wolff. De decir la verdad, sus palabras indicarían que había enviado secretamente a Hess a Inglaterra, y que habría reclamado para sí el mérito de haber tenido éxito las negociaciones. <<

[58] Unas horas antes Himmler había llamado por teléfono a Wolff, ordenándole que no realizase más viajes a Suiza, y añadiendo amenazadoramente que iba a trasladar a la familia del general desde la zona italiana del Brenero hasta el Tirol, «para su propia seguridad». <<

[59] Según parece, Stalin se enteró de este cambio repentino de la política aliada antes incluso que Dulles. El día anterior Churchill había enviado a Stalin el siguiente telegrama:

«Los enviados alemanes, con los que quedó roto todo contacto hace unos días, por nuestra parte, han llegado de nuevo al lago de Lucerna. Aseguran tener plenos poderes para rendir el ejército de Italia. El mariscal de campo Alexander tiene permiso para hacer que estos enviados se presenten en el cuartel general aliado en Italia… Le rogamos que envíe representantes rusos inmediatamente al cuartel general del mariscal de campo Alexander. El mariscal tiene libertad para aceptar la rendición incondicional de las cuantiosas tropas enemigas de este frente, pero el aspecto político queda exclusivamente reservado a los tres gobiernos…

»Hemos derramado mucha sangre en Italia, y la captura de los ejércitos germanos situados al sur de los Alpes es una recompensa grata a la nación británica, con la que Estados Unidos han compartido luchas y peligros…». <<

[60] Juicio que entabló Mussolini contra los compatriotas que le hicieron detener durante el golpe de Estado de 25 de julio de 1943. <<

[61] En español en el original. (Nota del traductor). <<

[62] Trevor-Roper declara que Lorenz entregó el despacho a través del ayuda de cámara de Hitler, Heinz Linge, y que el Führer se puso «blanco de indignación». La versión antedicha proviene de Boigs, el cual se halla en la actualidad trabajando para el ejército americano en Berchtesgaden. <<

[63] Los dos últimos días de Fegelein aún aparecen envueltos en el misterio. Se cree que cuando le detuvieron en su casa, llamó por teléfono a Eva Braun, pidiéndole que intercediese ante Hitler, y que ella se negó, indignada. Otto Günsche declara categóricamente que no hubo tal conversación telefónica, pues controló todas las llamadas. Por otra parte, dice Günsche, Eva fue a verle llorando en la noche del 28 de abril, e insistió en que el «querido Hermann» no podía haber traicionado al Führer.

Kempka afirma que el SS *brigadeführer* (general de brigada). Johann Rattenhuber, que mandaba la policía encargada de cuidar al Führer, declaró que Fegelein no fue hallado en su casa, sino oculto en una carbonera del piso superior del *bunker*. Fegelein llevaba en esa ocasión un gran chaquetón de cuero, zapatillas, gorra y bufanda. En una cartera tenía documentos con detalles de las negociaciones de Himmler con Bernadotte. <<

[64] Cuando se le habló de esto, Skorzeny contestó sarcásticamente: «Resulta absurdo pensar que esos miembros de las SS fueran a luchar contra mí». <<

[65] Doenitz creyó que Hitler había muerto en un bombardeo. No hace mucho dijo: «Me alegro de no haber sabido entonces que se había suicidado, pues en tal caso se lo hubiera dicho al pueblo, y muchos soldados habrían depuesto inmediatamente las armas». <<

[66] Pero Werner Naumann sobrevivió. El, Bormann y otros cuatro se encaminaron hacia la estación de Lerter, donde se separaron. Arthur Axmann, jefe de las Juventudes Hitlerianas, asegura haber visto el cadáver de Bormann en horas avanzadas de la noche, pero es un testimonio sin comprobación. Un buen porcentaje de los que huyeron del *bunker* salieron con vida. De todos los dirigentes nazis, Martin Bormann es el que tenía más posibilidades de escapar, porque hasta en la misma Alemania su rostro era conocido solo por unos pocos. Era un hombre reservado, y bien pudo haber huido en el anonimato. Una autorizada fuente de las SS ha testimoniado recientemente que Bormann ha sido visto en Sudamérica. Si alguno de los jerarcas nazis escapó con vida, ese fue sin duda Bormann. Este era un superviviente nato. <<

[67] El 9 de mayo, Weidling, Dufving, cinco generales, tres coroneles y un soldado fueron llevados en avión a Moscú. El soldado era un vendedor de tabaco de Postdam, que se llamaba Truman. Después de su captura le preguntaron si era pariente del presidente Truman y contestó que bien podía serlo, ya que un tío abuelo suyo había emigrado a Estados Unidos. Se colocó a Truman bajo fuerte vigilancia.

En Moscú, Truman compartió una celda con Dufving. Un día, después de numerosos interrogatorios del NKVD, el soldado dijo a Dufving: «El comisario acaba de decirme que no estoy emparentado con el presidente de Estados Unidos, y que debo decírselo a todo el mundo». Tres meses más tarde le hicieron salir de la celda, y Dufving no volvió a verle más.

Dufving fue devuelto por fin a Alemania Occidental en 1955, pero Weidling murió en una prisión rusa en noviembre de ese mismo año. <<

[68] Al día siguiente, un comandante alemán comunicó por radio a su general de división, Ernst von Jungenfeld, que había visto a un capitán americano al mando de veinte tanques, en una intersección de carreteras situada diez kilómetros al este de Parchim.

> *… Nosotros, los jefes de tanques, con cuarenta buenos carros de asalto —decía el mensaje—, solicitamos que ordene personalmente un ataque contra el Este, que deberá empezar el 4 de mayo. Creemos que con la muerte de Hitler, este es el momento de aniquilar por completo a los rusos, y con ellos al comunismo. Por consiguiente, pedimos y esperamos dé usted una orden de ataque contra el Este. Estamos convencidos de que derrotaremos a los rusos y les haremos retroceder, y de que nuestro ejemplo será seguido inmediatamente por otros camaradas.*

Jungenfeld llamó por radio inmediatamente al cuartel general americano para que le dieran informes e instrucciones sobre el ataque conjunto, pero como no pudo establecer contacto, se negó a dar la orden por iniciativa propia. <<

[69] El 17 de septiembre de 1944, el Gobierno holandés en el exilio lanzó una orden de huelga general de ferrocarriles. Como represalia, los alemanes prohibieron todo suministro de alimentos al Oeste de Holanda hasta fines de octubre y confiscaron todos los medios de transporte. El número de calorías ingeridas por persona descendió a 450, y la gente comenzó a morir de hambre en noviembre. A comienzos de abril de 1945, los alemanes dijeron que permitirían a los Aliados el envío de alimentos a la zona ocupada, bajo ciertas condiciones. Por fin se llegó a un acuerdo entre el doctor Artur Seyss-Inquart, *Reichskomissar* de Holanda, y el jefe del Estado Mayor de Eisenhower, Bedell Smith. El 29 de abril, 253 aviones del Comando de Bombardeo lanzaron más de medio millón de raciones en las cercanías de Rotterdam y La Haya. Hacia el 8 de mayo se habían lanzado ya más de once millones de raciones británicas y americanas. <<

[70] Tres días después, el 9 de mayo, el Departamento de Estado comunicó por radio a Winant que el Departamento de Guerra aún no tenía idea de por qué la versión acordada por los Tres Grandes no se había firmado en Reims, y añadió que nada sabía del documento de Smith. <<

[71] El día anterior Eisenhower había vuelto a considerar su decisión de no tornar Praga, tal vez por la continua insistencia de Churchill y Grew. Pero solicitó permiso final, para tomar la capital checa, de los mismos rusos. Llamó por radio al general Deane, que estaba en Moscú, para que dijese al general Alexei Antonov, jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, que las tropas americanas estaban ya en condiciones de avanzar hasta el río Moldava.

La reacción de Antonov fue inmediata y previsible. Pidió a Eisenhower que no se moviese de Pilsen, a fin de evitar «una posible confusión de fuerzas». Afirmó que a petición de Eisenhower había detenido su avance en el norte de Alemania, y que esperaba que el comandante supremo, como compensación, cumpliría los deseos de los soviéticos. <<

[72] Kaltenbrunner fue ahorcado después de los juicios de Nuremberg. Eichmann se marchó a las montañas, pero en lugar de luchar se rindió pacíficamente a una unidad americana, dando el nombre de cabo Barth, de la Luftwaffe. En el campamento de prisioneros se ascendió él mismo a teniente de las SS, y adoptó el nombre de Otto Eckmann. En 1946 escapó sin dificultades y se trasladó en avión a Sudamérica, donde catorce años después le capturaron unos agentes israelitas en Buenos Aires y le llevaron escondido a Jerusalén, donde fue juzgado y ejecutado. <<

[73] Tervoben se suicidó más tarde. Quisling trató de huir, pero fue capturado. <<

[74] El doctor Otakar Machotka, miembro del Consejo Revolucionario Nacional Checo, niega que los vlasovitas hubieran sido despedidos por los checos. <<

[75] De los cincuenta mil vlasovitas, aproximadamente la mitad escapó a través de las líneas angloamericanas. El resto fue apresado por el Ejército Rojo, y los que no se suicidaron fueron llevados prisioneros a la Unión Soviética. Vlasov, junto con Bunyachenko y otros ocho jefes, fue juzgado por «espionaje, desviacionismo y actividades terroristas contra la Unión Soviética». Una junta militar anunció que todos los acusados admitieron su culpabilidad y fueron ahorcados.

En Yalta, Churchill y Roosevelt convinieron en devolver a los ciudadanos soviéticos que se hallaban en sus respectivas zonas de ocupación, y la mayor parte de los que huyeron al Oeste fueron entregados a los rusos, a veces empleando la fuerza sus guardianes angloamericanos. En Lienz, Austria, un grupo de cosacos se negó a entrar en los camiones donde pretendían evacuarlos. Formaron un círculo alrededor de sus familias y lucharon sin armas contra las tropas británicas. Al menos unos sesenta fueron muertos por los soldados ingleses, mientras que otros se lanzaban al río Drava, para morir ahogados, antes de que los llevasen de vuelta a la Unión Soviética. <<

[76] Cuando llegó al Tirol no había *Alpenfestung*, y la guerra había concluido. Una semana después Schoerner se rindió a los americanos, y fue enviado a la Unión Soviética, donde le juzgaron y condenaron a veinticinco años de prisión. Mientras se hallaba en Rusia, su jefe de Estado Mayor, general Oldwig von Natzmer, le acusó de abandonar a sus hombres. Cuando Schoerner regresó a Munich, nueve años más tarde, se encontró con que era un ejemplo de cobardía para muchos alemanes. De nuevo le juzgaron por otros cargos, esta vez por el Gobierno de Alemania Occidental. Un grupo de oficiales se ofrecieron voluntariamente para informar que Schoerner no se había trasladado al Tirol para salvar la vida, sino para asumir el mando del *Alpenfestung*. <<

[77] Stalin, en realidad, aún estaba disconforme con un anuncio tan prematuro, y declaró sus razones en un mensaje que envió a Truman:

> *… El comando supremo del Ejército Rojo no está seguro de que la orden del alto mando alemán, de rendición incondicional, será obedecida por las tropas alemanas del frente oriental, Por lo tanto, tememos que si el Gobierno de la U.R.S.S. anuncia hoy la capitulación de Alemania, podamos vernos en una posición incómoda, creando confusiones en el pueblo soviético. Se sabe que la resistencia alemana en el frente oriental no disminuye, y a juzgar por mensajes de radio que se han interceptado, una cantidad considerable de tropas alemanas han declarado explícitamente su intención de proseguir la resistencia, desobedeciendo las órdenes de rendición dadas por Doenitz. Por este motivo, el mando de las tropas soviéticas desearía que se esperase hasta que la capitulación alemana entre en vigor, y que se postergue el anuncio de la rendición hasta el 9 de mayo a las siete de la tarde, hora de Moscú.* <<

[78] Mientras Churchill y Truman estaban hablando, la radio soviética transmitía un cuento de dos conejos y un pájaro, en «La hora del niño». Stalin estaba decidido a no hacer el anuncio hasta el día siguiente. <<

[79] De Gaulle, por su parte, había sido tratado consideradamente por Churchill y Roosevelt. Para no caer en el ridículo, se negaron a dejarle asistir a Yalta, y no le dijeron nada sobre los resultados hasta que todo hubo terminado. La mayoría de los americanos se sintieron irritados cuando los franceses se mostraron renuentes a evacuar Stuttgart después de su conquista. Truman manifestó por radio a De Gaulle que estaba asombrado ante la actitud de su Gobierno en este asunto, y por sus evidentes consecuencias, y amenazó con una modificación total del mando, si el ejército francés cumplía «los deseos políticos de su Gobierno».

El norteamericano que más relacionado estuvo con el asunto, general Jacob L. Devers, comandante del 6.° Grupo de Ejército, dijo recientemente que el asunto de Stuttgart fue desorbitado por sus propios compatriotas. «El problema era absurdo. No existía tal problema», afirmó. El propio Devers simpatizó siempre con las aspiraciones francesas y mucho de ello se debió a un coronel de sus tropas, Henry Cabot Lodge, que hablaba el francés a la perfección. <<

[80] Quince días después Friedeburg se suicidó. <<